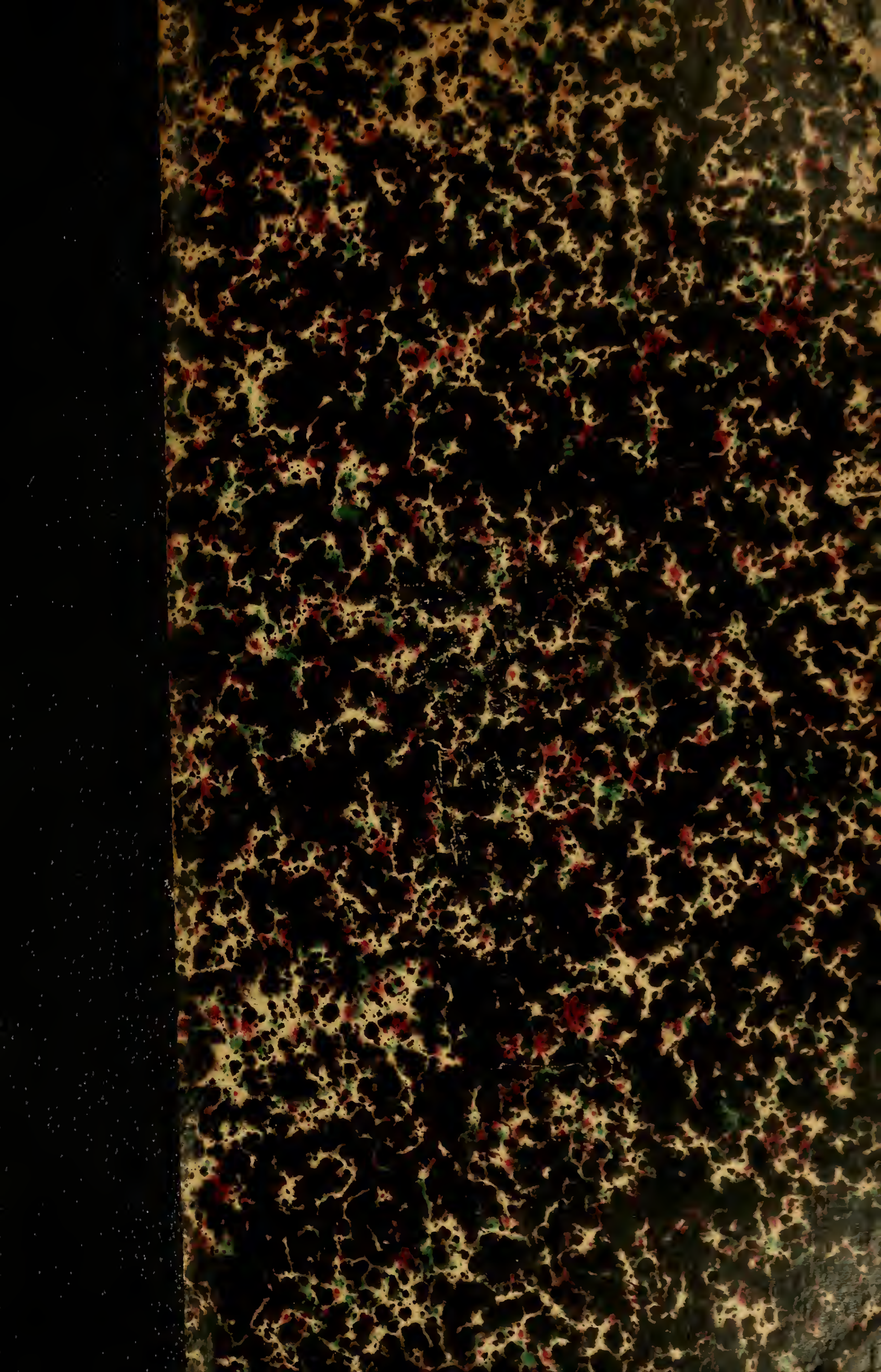
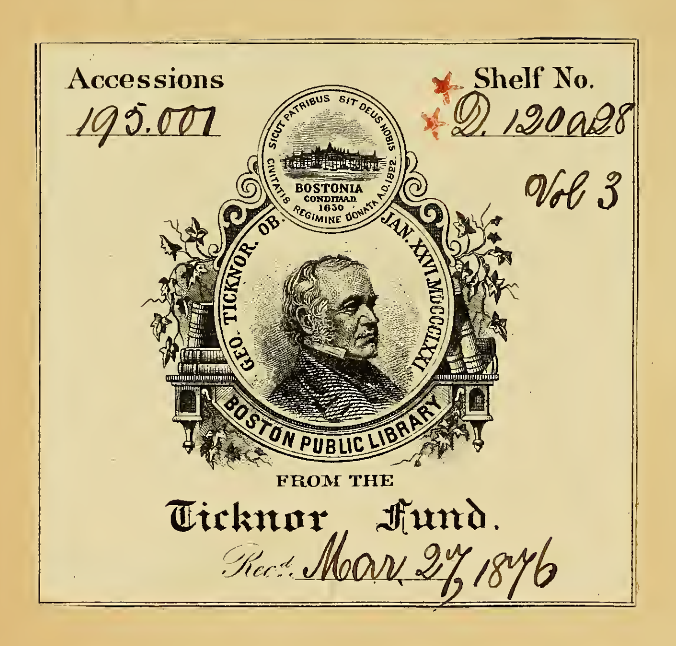



Accessions
195.001
Shelf No.
D. 120a28
Vol 3
SICUT PATRIBUS SIT DEUS NOBIS
CIVITATIS REGIMINE DONATA A.D. 1822.
BOSTONIA
CONDITA A.D. 1630
GEO. TICKNOR. OB. JAN. XXVI. MDCCCLXXI
BOSTON PUBLIC LIBRARY
FROM THE
Ticknor Fund.
Rec'd. Mar. 27, 1876

# HISTORIA

DE

# ESPAÑA.

# A LOS SS. SUSCRITORES.

---

Por fin terminado el tomo segundo de la *Historia de España* por el Sr. Romey, principiamos el tercero, despues de las pausas que á pesar nuestro ha tenido que sufrir la publicacion de esta obra, que es sin disputa la mas interesante de cuantas están saliendo ahora de la prensa española.

Ya dijimos al público, en el aviso que se distribuyó, que el autor no habia podido cumplir lo ofrecido á causa del tiempo é improbo trabajo que requeria la delineacion de la temporada que siguió á la estincion de la dinastía omíade. Con efecto, los lectores atentos habrán podido observar el trabajo y el ahinco que habrá exijido la ejecucion de esta parte de la historia de España, que el autor ha logrado despejar con una maestría y una crítica qne no podemos encarecer bastante. Así que con razon puede darse por bien empleada esta tardanza, ya que ha redundado en ventaja de la obra.

No obstante, deseosos de continuarla con la posible prontitud, pues nadie mas interesado que nosotros en llevarla á cabo, tenemos la satisfaccion de noticiar á los SS. Suscritores que estando en relaciones con el Sr. Romey, hemos conseguido de este escelente escritor la promesa de irnos facilitando con anticipacion el orijinal francés, de modo que el público español podrá leer la version castellana antes de imprimirse aquel en Paris.

En vista de lo espuesto confiamos que los SS. Suscritores, hechos cargo de los sacrificios que necesariamente nos ha de costar este trato, se servirán disimularnos la tardanza que sin culpa nuestra han esperimentado en las entregas del tomo segundo, y se convencerán de nuestros deseos de terminar esta obra sin pérdida de tiempo.

Barcelona 15 de agosto de 1841.

*Los Editores.*

# HISTORIA DE ESPAÑA,

DESDE EL TIEMPO PRIMITIVO HASTA EL PRESENTE,

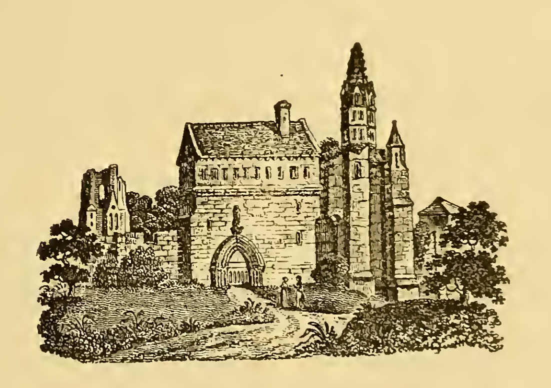
POR

**CARLOS ROMEY,**

Y

**TRADUCIDA POR A. BERGNES DE LAS CASAS,**

AUMENTADA CON NOTAS CRÍTICAS Y ETIMOLÓJICAS, Y ADORNADA CON TREINTA HERMOSAS LAMINAS QUE REPRESENTAN LOS PASOS MAS NOTABLES DE LA HISTORIA ESPAÑOLA, LOS MONUMENTOS MAS GRANDIOSOS, Y LOS BUSTOS DE LOS VARONES QUE MAS HAN INFLUIDO EN LA SUERTE DE LA NACION.



**TOMO III.**



BARNA.--IMPR. DE A. BERGNES Y Cª.
1841.

# HISTORIA
# DE ESPAÑA,
## DESDE LOS PRIMEROS TIEMPOS HASTA NUESTROS DIAS,

por Cárlos Romey.

## PARTE TERCERA.

### CAPITULO PRIMERO.

*Orijen del Mahdy.—Funda la secta de los Almohades.—Jestiones y fallecimiento del Mahdy.—Eleccion de Abd el Mumen.—Situacion de los Almoravides en España con Taschfyn, hijo de Aly, hijo de Yusuf.—Victoria de Alfonso VII contra los Musulmanes.—Carta de consuelo en verso de Zakarya á Taschfyn que habia sorteado la muerte.—Guerras entre los Almohades y Almoravides en Africa, y en España entre Musulmanes y Cristianos.—Elojio poético de los Almoravides y de sus caudillos.—Sublevacion contra estos en los Algarbes, Sevilla, Valencia y otros parajes.—Continuacion de las turbulencias y de la guerra civil entre los dos grandes bandos musulmanes que batallaban por el Africa y la España.—Pasan los Almohades á España.—Sus conquistas primeras.—Fin del imperio de los Almoravides en Africa.—Triunfo definitivo de los Almohades.*

**DESDE 1111 HASTA 1146.**

Abu Aly ben Raschid trae la jenealojía del Mahdy, desde Abu Thaleb, tio del profeta, como tambien Ebn Kothan, habiéndola despues compendiado Abu Merwan, hijo del autor del Salat. Dice que su propio nombre era Mohamed, apellidándole Abu Abdalá, que en cuanto á su padre, lo llamaban los Bereberes Tomrut, y tambien Enigar, apodándole Asifu, que en lengua bereber significa luz, por cuanto su padre era el alumbrador de la mezquita; y que El Mahdy no tomó aquel nombre hasta que fué sublevando los pueblos con sus predicaciones y nuevas doctrinas, y cuando ya muchísimas jentes le iban siguiendo y le obedecian como á su señor (1). Ebn Kothan, al referir el oríjen y pormenores del Mahdy, dice: que salió de Harga, aldea de su naturaleza, situada en Sus el Aksah, y pasó á las Andalucías en el año de 500 (1107) para cursar las ciencias en Córdoba; que se embarcó despues en Almería en un bajel que iba al Oriente; que estuvo allí oyendo al imau Abu Abdalá el Hadramí; en el Cairo al iman Abul Walid de Tortosa, y en Bagdad al gran filósofo Abu Hamid Alghazali, autor del libro intitulado: Hyyau Ulawmi Eddyni, donde enseña especies contrarias á las doctrinas ortodoxas, libro condenado por la academia de Córdoba, despues de enterada de su contenido. El primero que las desaprobó y declaró heréticas fué el cadí de la Aljema de Córdoba, Ebn Ham-

(1) Nuestro norte en todo lo relativo á la historia del Africa septentrional, tan estrechamente enlazada con la de España, que ambas se hacen imprescindibles para su mutua y cabal intelijencia, en cuanto á los Mowahhidynes y los Beny-Merinyes, como para los Morabitas, será siempre el escelente Kastasch menor de Ebn Abd el Halim el Gharnaty (de Granada); y seguirémos oyendo y traduciendo con satisfaccion las relaciones del «Compañero que está dando un concierto en los jardines del papel, etc.»

dain, cuyo afan fué tan estremado que alcanzó con su autoridad que se declarase hereje al mismo Alghazali. Se dió cuenta al emir Aly, quien corroboró y autorizó aquella condenacion de las obras del filósofo de Oriente, haciendo recojer cuantos libros de aquel sabio se pudieron hallar en España y en Africa para quemarlos públicamente. Dispuso la ejecucion de aquella providencia con penas rigurosísimas contra cuantos los recatasen ó enseñasen sus doctrinas, para que no quedase rastro de sus errores. Refiere el autor del Salat que, en opinion de algunos, el esterminio de los Musulmanes en Occidente procedió de aquella condenacion de las obras de Alghazali; añade que llegó á Bagdad donde estaba profesando Alghazali; que entró en su escuela un hombre afeitado, con un gorro de paño en la cabeza; que Alghazali se encaró al punto con él, y conociéndolo por estranjero, le saludó y le preguntó de qué pais era; y contestándole que de Sus el Aksah, Alghazali siguió preguntándole si habia ido, siendo de Occidente, á Córdoba, la escuela mas afamada del mundo, y contestándole que sí, Alghazali se estuvo informando de algunos sabios afamados de aquel pueblo, y enterado de todo, le preguntó tambien si tenia noticia de su libro sobre *el conocimiento de las ciencias y de la ley*, á lo cual contestándole igualmente que sí, quiso saber el concepto que merecia la obra en Córdoba y en otros parajes del Occidente; y como el forastero se parase, aquel encortamiento enardeció mas y mas la curiosidad de Alghazali, quien le instó para que le manifestase sin rebozo lo que habia y cuanto se hablaba de su libro. Entónces el preguntado le refirió como se habia declarado herético y quemado públicamente, tras un escrutinio y discusion esmerada de los sabios, por mandato del emir Aly ben Yusuf, así en Córdoba como en Marruecos, Fez, Kairuan y otras varias academias del Occidente. Inmutóse á esto Alghazali, quien alzando las manos al cielo, exhaló de sus labios trémulos una plegaria á Dios contra los examinadores y contra el rey abrasador de sus libros, y al acabarla, todos sus alumnos contestaron amen. El autor del Salat refiere que fué la plegaria en estos términos: «O Dios mio, tala y destroza sus estados como ha destrozado mis libros, y apéale de su soberanía;» á cuyas palabras, Abu Abdalá el Mahdy, uno de sus discípulos, contestó: «Ruega á Dios, ó iman, que tu anhelo se cumpla por mis manos;» y dijo Alghazali: «Así sea, señor Alá, por las manos de este.» Salió Mahdy de Bagdad á poco tiempo de la vuelta á su patria, abrigando muy cabalmente la plegaria de Alghazali, persuadido á que habia de ser el instrumento de la destruccion del imperio de los Almoravides en Africa. Llegado á Mahadya, se puso á predicar y enseñar sus opiniones nuevas, alborotando el pais, por lo cual Asis ben Nahr quiso castigarle, mas no pudo haberlo á las manos, porque sabedor de que iban á prenderle, se guareció en la ciudad de Budjeia, donde tambien predicó y escandalizó sobremanera. Ebn Hamid, walí del pueblo, trató de arrestarlo y castigarlo por trastornador del pais; mas El Mahdy se ocultó y permaneció así largo tiempo hasta que pudo huir, y se fué á Melylah, donde encontró en una aldehuela llamada Tedjewa á su discípulo y sucesor Abd el Mumen.

El autor del Kamel el Tewarykh refiere así el encumbramiento del Mahdy (1).

El mismo año en que sitiaron los Francos la ciudad de Maarra-Nesryn presenció el arranque de la secta del Mahdy Abu Abdalá Mohamed, hijo de Abdalá, hijo de Tomrut, descendiente del califa Aly por su hijo Hoseyn. Moraba la familia del Mahdy entre los Masmudas, en la sierra de Sus al estremo del Maghreb, habiéndose avecindado allí sus mayores en tiempo de la primera invasion musulmana (en el VII siglo de nuestra era). Habia El Mahdy viajado de mozo por el Oriente, siendo sobresaliente jurisconsulto, impuesto por puntos en la ley, sabiendo de memoria las tradiciones del profeta, enterado de los principios de la relijion y del derecho, é internado en los ramos mas recónditos de la literatura arábiga; y era además relijiosísimo en su interior y en su conducta. Visitó viajando el Irak, y luego peregrinó á la Meca, y embarcándose despues en Alejandría, se volvió al Maghreb, cumpliendo en la navegacion con todos los preceptos espirituales. Hizo tambien que rezasen los demás y que leyesen el Alcoran desde su embarque hasta aportar en la ciudad de Mahadya.

Estaba allí reinando á la sazon Yahya, hijo de Temym, y era el año de 505 (1111, 1112). Hospedóse El Mahdy en una mezquita, sin mas haberes que una taza de cuero y un palo. Cundió luego la noticia de su llegada, acudiendo la jente á leer con él devotamente el Alcoran, y en cometiendo cualquiera un yerro, reconvenia al culpado, procurando precaver su repeticion. El emir lo trajo por fin á una junta de doctores, y hecho cargo de sus prendas y de su persuasiva, lo trató con atencion y con muestras de acatamiento, encargándole que le tuviese presente en sus oraciones. Pasó El Mahdy con una porcion de jente honrada de Mahadya á Monas-

(1) Kamel el Tehwarykh, hist. orient., ed. de M. Reinaud, p. 333 y sig.

tir, donde habitó algun tiempo, y luego se fué á Budjeia, donde tambien se detuvo; pero precisándole á salir, se retiró á una aldea cercana, donde se encontró por primera vez con Abd el Mumen, hijo de Aly, cuya traza é hidalguía juvenil y arrebatada le dieron á conocer desde entónces el sumo poderío y autoridad que con el tiempo vendria á conseguir.

Anduvo El Mahdy predicando mas y mas la virtud y vedando el vicio, hasta su llegada á Marruecos, residencia del emir de los Musulmanes, Aly, hijo de Yusuf. Presenció allí una corrupcion mas rematada que en cuantos paises habia visto, y así se enardeció su afan por ensalzar lo bueno y tiznar lo vedado. Fueron siempre á mas sus parciales, y se granjeó en breve suma reputacion de santidad. Se encontró en cierta ocasion por un camino con la hermana del emir de los Musulmanes, que iba á caballo, acompañada de esclavas hermosísimas, todas con los rostros descubiertos, al paso que los hombres se tapaban la boca con una telilla, al estilo de los Molatsamynes. El Mahdy no pudo menos de reconvenir á aquellas beldades, mandándoles que se cubriesen la cara; y dando de latigazos á sus caballerías, la hermana del emir fué al suelo. Noticioso el emir, mandó comparecer á El Madhy, juntando á los doctores de Marruecos para que le impusiesen silencio; mas el emir le recordó la memoria de Dios y el temor de sus juicios, tanto que hizo derramar lágrimas al emir, pero este no obstante mandó á los doctores que arguyesen con él. Mas no halló El Mahdy contraresto, descollando mas y mas con la solidez de sus doctrinas y raciocinios. Los mas sobresalientes sabian allá la ciencia de las tradiciones, mas no alcanzaban los principios fundamentales de la teolojía y de sus argumentos (1).

La primera pregunta que hizo al contrincante fué, si los caminos de la ciencia podian ó no reducirse á un solo número determinado. Contestó que sí, reducidos al contenido del alcoran, la suna y los raciocinios fundados en esta. Los caminos de la ciencia, le contestó El Madhy, son los que yo pregunto, y si cabe ó no determinarlos á cierto número, y me respondeis refiriéndoos á uno solo, y sabido es que la contestacion ha de cuadrar con la pregunta. No acertó el contrario á calar el punto, y así se quedó cortado. Le preguntó luego El Madhy cuales eran las fuentes de la verdad y del engaño, á lo cual contestó el doctor lo mismo que antes. Al ver El Madhy que ni aquel doctor ni sus compañeros se enteraban de sus preguntas y no acertaban á contestarle, se puso á desentrañarles las fuentes de la verdad y del engaño, y les dijo que eran cuatro: ciencia, ignorancia, duda y concepto; que la ciencia era la fuente del acierto, la ignorancia, por el contrario, la duda y el concepto eran las fuentes del estravío; luego les fué esplicando aquellas fuentes, de modo que campease á sus ojos atónitos el resplandor de aquella antorcha; pero se quedaron á oscuras y enmudecieron. Corridos con aquel desaire, acudieron á calumniarlo, y así dijeron al emir Aly: Este hombre es un hereje, un monstruo, un insensato y un disputador cuya lengua tan solo vale para descaminar á los ignorantes, y como permanezca en el pueblo, ha de estragar la creencia de todo el vecindario. Hicieron que cundiese por donde quiera aquel concepto, arraigándolo en los ánimos del mayor número. Mandóle el emir salir de la ciudad, y así lo hizo; alzó su tienda en el cementerio (aldjebanat) y en medio de los sepulcros, á corta distancia de Marruecos, y se avecindó allí mismo (1). Acudian algunos Talbés á tomar sus lecciones; fueron luego creciendo sus parciales; se le agolparon despues, tributándole los discípulos cariño y acatamiento. Entónces se franqueó con sus íntimos, y les anduvo diciendo que los Morabitas eran unos impíos y herejes que suponian á Dios forma corporal, y que cuantos estaban bien en-

(1) Kartasch el Saghyr, c. 13.—Estaban enterados de la parte de la teolojía llama *foru;* mas no de la que se titula *osul é itikadad*, á saber, los dogmas de la relijion sobre la naturaleza de Dios, su unidad, atributos, decretos y predestinacion, sus promesas y amenazas, derechos y prerogativas esenciales á la calificacion de profeta y de iman. Aquella parte de los conocimientos relijiosos que constituye cuanto los Musulmanes llaman *ilm el kelam*, ó la teolojía dogmática, se contrapone á lo que titulan *ilm el fikeh*, ó la teolojía jurídica, la ciencia de los fakyes (*ilm el fokaya*), relativa á la práctica de la relijion, como rezo, abluciones, limosna, ayuno, que se diferencian con los nombres de *foru é ibadat.* La teolojía dogmática encierra lo contencioso llamado *djedel* ó *modjadela.*

(1) Kartasch el Saghyr, l. c.—Segun el Kamel el Tewarykh (p. 335), uno de los wazyres del emir, oriundo de la ciudad de Córdoba, habló así al príncipe: «O emir de los Musulmanes, este hombre, vive Dios, no trata de hacer practicar la virtud y huir del vicio; lo que intenta es conmover y apoderarse de alguna provincia. Quítalo de en medio, y descárgate conmigo.» Titubea el emir, y el wazyr insiste: «Si no lo quitas de en medio, enciérralo para siempre, pues sin eso, te acarreará desventuras irremediables.» Quiso el emir prenderle, pero se lo estorbó uno de los primeros personajes del imperio, y así se contentó con desterrarlo de Marruecos.

terados de la unidad de Dios debian tomar las armas contra ellos, con mas precision que la de guerrear contra cristianos ó magos. Ya tenia mas de mil y quinientos secuaces, y sabiéndolo el emir Aly, lo llamó de nuevo y le dijo: ¿No os tenia yo vedado el alborotarme y agavillarme la jente, y mandado salir del pueblo? Obedecí, le respondió Madhy, estoy fuera de la ciudad; alcé mi tienda en el cementerio entre los difuntos, y tan solo me afano en pos de los bienes venideros; y así no deis oidos á quienes os están engañando. El emir le replica con baldones y amenazas, y aun trata de prenderle, pero *Dios lo escudó contra sus dañados intentos*, *paraque sus designios sempiternos se cumpliesen.* Contentóse pues el emir con mandarle que se retirase, y se volvió á su tienda. Ya estaba en camino, cuando lo delatan de nuevo al emir, habiéndole informado de sus pretensiones al imanato y de las dilijencias que estaba practicando para alzarse como soberano lejítimo. Varía pues de acuerdo el emir en punto á su persona, y resuelve quitarlo de en medio. Sábelo uno de los discípulos del Mahdy, vuela á su vivienda, y á los asomos de su tienda, clama hasta tres veces: «O Moisés, los grandes reunidos están tratando de matarte; con que sale y marcha, pues te doy un consejo saludable (1). «Hácese cargo Mahdy de la trascendencia del aviso, y huye arrebatadamente hácia la ciudad de Aghmat y trepa por los riscos del Atlas. Se engolfa mas y mas y llega al pais de Sus, por la tribu de Harga y otras de la crecidísima alcurnia de Masmuda hasta llegar á la ciudad de Tynmal; todo lo cual ocurre en el mes de schawal de 514 (1120). Se le incorporan allí sus diez compañeros, los mismos que desde luego habian reconocido su derecho al imanato y la soberanía. Permanecen juntos en Tynmal hasta el mes de ramadhan en 515, y entretanto va siempre en aumento su parcialidad, cundiendo su nombradía por el monte Atlas, y entónces manifiesta ya sin rebozo sus intentos. Lo reconocen antetodo por iman y se le juramentan los diez compañeros sobredichos, el viernes 15 de ramadhan de 515 (1121). Por la madrugada marcha acompañado de los diez hombres, blandiendo sus alfanjes, á la mezquita mayor de Tynmal, sube al púlpito, decanta las jornadas de Dios y los preceptos del islamismo; va esponiendo las adulteraciones que habian padecido aquellos mandamientos, con los progresos de la maldad y la sinrazon. Añade que no cabe ya obedecer á príncipes como los reinantes, y que antes bien se debe lidiar y precisarles á variar de conducta. Enardece los ánimos hablándoles de cuanto el profeta (con quien sean la salvacion y la paz) habia dicho acerca de la venida del Mahdy al Occidente. Añade que debe El Mahdy abarcar la tierra con su justicia, y que el pais enjendrador del Mahdy era el postrer Ocaso (el Maghreb el Aksah). Entónces sus diez hombres (entre los cuales se halla Abd el Mumen) se presentan y le dicen: «Todo eso no cabe verificarse sino en tu persona, y tú eres El Mahdy,» y se le juramentan como á tal.

Entónces anuncia al pueblo reunido que él mismo es el iman Mahdy, cuyo advenimiento están esperando, profetizado allá por Mahoma. Se les ofrece paraque lo reconozcan por soberano, y se ejecuta así por el vecindario de Tynmal y de los parajes cercanos. Va luego encargando á sus discípulos que se repartan entre los kabiles y paises mas ó menos próximos ó lejanos, para ajenciarle mas y mas partidarios, como en efecto lo consiguen agolpándosele el jentío por todas partes.

Ya está El Mahdy encabezando un partido poderoso, y una de las tribus mas grandiosas del pais, la de Hentata, se sujeta toda á su mando; acudiendo personalmente á ella, se plantea un arrimo; apellida á sus discípulos con el nombre de Mowahhydines, esto es, unitarios, y les compone en lengua bereber un libro con la doctrina unitaria, arreglándola por divisiones y subdivisiones al estilo del Alcoran. Les imbuye en que quien no sabe de memoria aquel libro con su doctrina no es verdaderamente unitario, sino infiel, que no cabe reconocerlo lejítimamente por iman, ni se deben comer las reses que hubiera degollado. Acataron los kabiles de Mosameda aquella confesion unitaria al par del Alcoran, pues yacian en retratada ignorancia, y así El Mahdy les hizo creer cuanto quiso con sus ardides y su persuasiva Enseñábales tambien á manejarse acertadamente en sus contratos mutuos, á contentarse con vestidos llanos y baratos, enardeciéndolos entretanto á guerrear contra sus enemigos y arrojar de su recinto á los malvados. Construyó durante su mansion en Tynmal una mezquita estramuros, á donde acudia con sus íntimos á cumplir con el rezo. Hay por el interior de aquella serranía de Tynmal y arroyos, árboles y sementeras, pero es su camino trabajosísimo, no habiendo riscos mas escabrosos y empinados.

Refieren que El Mahdy estando receloso de los montañeses, reparó que gran parte de los niños eran rubios y de ojos azules, siendo por lo jeneral sus padres muy morenos; hay que advertir como el emir de los Musulmanes tenia á

(1) Palabras sacadas del Alcoran, surate 28, v. 80.

su servicio un cuerpo de mamelucos francos y rumes (1), de suyo rubios. En cierta temporada del año trepaban siempre los mamelucos á cobrar el salario que les pasaba el soberano. Los alojaban por las casas del vecindario, y vivian allí á fuer de dueños; y El Mahdy, con el antecedente sobredicho, se encara con los padres y les dice: «¿Cómo es esto, sois morenos, y vuestros niños rubios con los ojos azules?» Le contestan la estrechez que mediaba entre las madres y los mamelucos del emir. Les afea El Mahdy tamaña tolerancia, tachando de impropia aquella conducta, y los naturales desconsolados le replican: «¿Qué arbitrio cabe contra esta tiranía? pues no tenemos medios para contrarestar á los mamelucos.» Insiste El Madhy: «En la temporada consabida, cuando acudan los mamelucos y se repartan por el vecindario, arrójese cada cual á su huesped y quítelo de enmedio. Teneis obligacion de conservar intacta vuestra serranía, pues á viva fuerza no hay persona humana que la allane.» Estuvieron los naturales aguardando sosegadamente la llegada de los mamelucos, y entónces los degollaron, segun el encargo de El Mahdy. Desde aquel punto, teniendo que estar alerta contra el emir, se afanaron por disponer su defensa, atajando los portillos que podian franquear la montaña; lo que redundó en suma pujanza para el podrío de El Mahdy.

He oido decir, añade el autor del Kamel, que al presenciar El Mahdy tanta jente baldía y malvada como habia por la sierra, convocó á los caudillos de las tribus, y les habló en estos términos: «No estaréis enterados de los principios de verdadera relijiosidad, cuando no mandais lo bueno ni vedais lo malo, y no arrojais de vuestros distritos á los perversos. Alistad á todos los malvados y viciosos que moran entre vosotros, y atajad su desenfreno; si se arrepienten, mejor, y si no, poned sus nombres por escrito, y dádmelos, que yo veré lo que se ha de hacer con ellos.» Así lo cumplieron los jeques entregándole los nombres colocados por tribus. Hizo repetir el alistamiento hasta tercera vez, y juntándolos todos, y separando á los que escluia de los suyos, los fué contando, y en seguida convocó al pueblo entero. Entónces traspasó los nombres á su íntimo El Wenscheryschy, llamado comunmente El Beschyr (1), y le mandó que pasase reseña á las tribus, poniendo los malvados á la izquierda y los demás á la derecha, como se hizo; mandó maniatar á la espalda á los de la izquierda, como se cumplió igualmente, y entónces El Mahdy dijo: «Todos estos están ya condenados al infierno, y así quitarles de enmedio;» y dicho esto, mandó que cada tribu fuese matando á sus malvados, como se verificó cumplidamente, llamando aquel dia el de la entresaca jeneral, con cuya operacion halló ya siempre El Mahdy jente sencilla y con ánimo propenso á obedecerle.

Fué El Mahdy enviando cuerpos destacados por las provincias del emir de los Musulmanes, y en tropezando con ejército, regresaban á su serranía, donde se guarecian de todo peligro. Habia ido El Mahdy clasificando sus parciales por grados; el primero se titulaba *ant-aschere*, esto es, la clase de los diez, encabezada por Abd el Mumen; seguíanle Abu Hafs, El Hany, etc., y eran los varones mas descollantes de la secta, y en quienes tenia El Mahdy mas confianza; en una palabra, los primeros que habian abrazado su causa. Llamábase el segundo grado *ant-khamsyn*, ó de la clase cincuentena, que era inmediatamente inferior á la primera, aunque compuesta de los caudillos de todas las tribus. Era el tercer grado el *ant-sabyn*, ó clase de los setenta, que seguia á las anteriores; y el total de los parciales de Mahdy y de cuantos se le habian juramentado se titulaba *Mowahhidines* (unitarios).

Reuniendo Mahdy mas y mas jente por cada dia, juntó luego á sus órdenes una hueste de mas de veinte mil hombres, quienes se comprometieron á pelear por él hasta la muerte contra los Morabitas. Entresacó hasta diez mil, y los puso al mando de Abu Mohamed el Wenscheryschy. Fué su primera espedicion contra Aghmat; pero el emir Aly, sabedor de la marcha de los Mowahhides, envió contra ellos un ejército, el cual quedó derrotado, con su jeneral muerto, y los fujitivos acosados hasta las puertas de Marruecos. Sitian los vencedores aquella ciudad por algun tiempo, pero reunidas todas las tropas de Lamtuna, tienen que levantar el cerco. Cunde sin embargo la nombradía de las proezas del Mahdy por todo el Maghreb y la España. Vuelve á sitiar á Marruecos en el año de 516 (1122), y siguió mas y mas hostigando la ciudad hasta 519 (1125). Avasallado luego en gran parte el Maghreb con los kabiles del Atlas, levanta en 524 (1130) un ejército hasta de cuarenta mil hombres, los mas de infantería. Era su adalid El

(1) La voz *Rum*, que se suele aplicar á los Griegos, denota á veces, en los escritores arábigos, los cristianos de España, y con especialidad los del norte de la Península; y probablemente se habla aquí de los mismos.

(2) El Wenscheryschy es un adjetivo local para espresar que el personaje era oriundo de la Sierra de Wenscherysch, situada al nordeste del imperio de Marruecos.

Wenscherischy, acompañado de Abd el Mumen; y este era, como iman, el que llevaba la voz en la plegaria. Encuentra esta hueste junto á Aghmat la de los Morabitas, mandada por el emir Abu Bekr, hijo del emir Aly; quedan los Morabitas vencidos, se guarecen en Marruecos cerrando sus puertas, y los vencedores, despues de tres dias de sitio, tienen que retirarse á Tynmal: todo lo cual sucede en 524 (1130). Sale Mahdy de Tynmal yendo al encuentro de los Mowahhydes; los saluda, y pronosticándoles sus victorias venideras, el ámbito de sus conquistas y la duracion de su poderío, les anuncia su propia muerte para aquel mismo año, cuya prediccion los desconsuela y les hace prorumpir en lágrimas. Envia de allí á poco nueva hueste contra Marruecos, al mando de los mismos jenerales Abd el Mumen y El Wenscherischy. Baja el ejército de la sierra y se aposenta bajo los muros de Marruecos, hallándose allí á la sazon el emir de los Musulmanes, Aly, hijo de Yusuf. Estréchase esforzadamente el sitio por veinte dias; el emir en el intermedio envia órden al gobernador de Sedjelmesa para que acuda con sus tropas tomando otro camino que el trillado; llega el gobernador, se traba la pelea con empeño y fenecen muchos parciales del Mahdy. Se cuenta entre los muertos el Wenscherischy, que era el jefe principal, con lo que todo el ejército queda á las órdenes de Abd el Mumen.

Adolece de cuidado El Mahdy durante el sitio de Marruecos, y se agrava al saber el descalabro de la hueste; pregunta por Abd el Mumen, le dicen que está en salvo, y prorumpe: «Que yazcan allá los difuntos, puesto que les llegó la hora, pero Abd el Mumen ha de avasallar el pais.» Al mismo tiempo encarga á sus compañeros que se estrechen con Abd el Mumen, lo aclamen por caudillo, se sujeten á su albedrío, y entretanto lo proclama él mismo emir El Mumenyn (emir de los fieles), y luego espira (1), de edad de cincuenta y un años, y segun algunos, de cincuenta y cinco, habiendo reinado diez años. Acude luego Abd el Mumen á Tynmalyl para cautivar los ánimos, mostrando á todos sumo agasajo, y siendo de suyo espléndido y valeroso.

Se dice que El Mahdy al morir llamó á Abd el Mumen para manifestarle su voluntad postrera, entregándole tambien el libro de majia (2) que debia á la amistad del iman Abu Hamid Alghazali. Le encargó que ocultase su muerte por algun tiempo, hasta tanto que se afianzase cabalmente la potestad de los Mowahhydes. Le previno cómo lo habian de enterrar, recomendándole que desempeñase el cargo de lavar su cadáver, de sepultarlo, de hacer por él las plegarias fúnebres, colocándolo en la mezquita mayor de Tynmal.

El autor del Kartasch el Saghyr, que tras estos pormenores rasguea por mayor sus prendas, asegura que su libro, compuesto en idioma bereber para sus secuaces, existia aun en aquella sazon entre los kabiles de Mosameda (1). Trae tambien la particularidad siguiente que desentraña el interior astuto é inhumano de aquel hipócrita. En un trance malhadado para sus tropas peleando contra los Morabitas, El Mahdy acudió á este ardid para desimpresionar á los suyos de tamaño quebranto; cojió é hizo enterrar algunos de los mismos aun vivos, pero dejándoles respiradero; les mandó que voceasen en dándoles la señal con sus preguntas: Hemos reconocido la verdad de las promesas de nuestro caudillo, logrando, por pelear contra los Lamtunes, dos premios y la suma gloria que puede caber con el martirio; echad pues el resto en pelear contra vuestros enemigos, pues cuanto vuestro caudillo El Mahdy os ha enseñado es cierto. Prometióles El Mahdy que tras aquella demostracion los desenterraria con su debido premio, y luego juntando á los principales de los Mowahhydes, los exhortó para que peleasen esforzadamente y mereciesen el galardon que les correspondia, añadiendo que si dudaban de sus verdades, no tenian mas que seguirle al campo de batalla é ir preguntando á sus compañeros difuntos. Fueron allá, y habiendo gritado: Mártires, informadnos del modo como Dios se ha dignado trataros, contestó su jente del conjuro: Hemos hallado junto á Dios lo que ni vieron jamás los ojos, ni escucharon los oidos, ni cupo al hombre imajinar. Los jeques de los Mowahhydes, oida aquella contestacion, la fueron luego noticiando por los kabiles, y entónces El Mahdy cerrando á los desventurados el respiradero, fenecieron allí todos ahogados.

El Mahdy no pudiendo recabar de los pueblos cerriles de Mosameda que aprendiesen el primer surate del Alcoran, acudió al arbitrio siguiente. Contó las voces de todo él, tomó igual número de hombres de la tribu, y los fué ape-

(1) Falleció, segun el Kartasch menor, un juéves 10 de ramadhan de 524 (1129), sobre cuya fecha varian sin embargo los historiadores. Encargó El Mahdy en su enfermedad á Abd el Mumen que le sustituyese encabezando el rezo.

(2) *Aldjifr*, lo que significa una especie de adivinanzas cabalísticas, fundadas en el valor de las letras del alfabeto. Véase d'Herbelot, Bibl. Orient., en la voz *Jefr*.

(1) Kartasch el Saghyr, l. c.

lidiando con aquellos vocablos. Los hizo sentar alineados, nombró al primero *Alhamd l'illah* (alabanza á Dios); al segundo *Rabby* (el dueño); al tercero *Alalemina* (del universo), y así de los demás, y luego les dijo: «Dios no hará caso de vuestras plegarias, á menos que no repitais todos estos nombres por el mismo órden á cada inclinacion que las acompaña.» De aquel modo lograron fácilmente aprender el primer surate (2).

El autor del Kamel el Tewarykh nos dejó dicho que El Mahdy fué colocando por grados á sus parciales; los habia ido componiendo de sus primeros secuaces, ideándolo así desde el principio de su aclamacion bajo un algarrobo, antes de su proclama solemne en la mezquita mayor de Tynmal (2). Acababa de predicar en campo raso contra los Almoravides, cuando diez individuos de su séquito, y entre ellos su amigo y wazyr Abd el Mumen, se levantan y le dicen: «Señor nuestro *(muley-na)*, cuanto nos hablas y el retrato que nos haces de El Mahdy prometido tan solo puede cuadrar contigo. Tú eres nuestro Mahdy, nuestro iman *(mahdy-na ué iman-na)*, y á ti te juramos desde ahora rendida obediencia;» y se juramentaron así bajo un algarrobo, segun aquel historiador, prometiéndole «el estarle unidos para siempre, hacerle veces de brazos y manos, seguirle, defenderle, pelear por él y contra quien dispusiese, servirle y sostenerle respecto de todos hasta la muerte.» Tras los diez se juramentaron igualmente cincuenta de los principales, luego otros setenta, formando despues dos consejos, como hemos visto, la clase de los cincuenta (ant-khamsyn), y la de los setenta (ant-sabyn). Para autorizarse mas tan solo trataba los asuntos de entidad con los diez consejeros primitivos, titulados wazyres; los del consejo de los cincuenta manejaban los negocios menores, y en fin los mas obvios y corrientes se ventilaban y decidian en el de los setenta (3).

Varian las noticias acerca del sucesor de El Mahdy, pues uno dice (4) que los compañeros reducidos á cuatro, por haber fenecido los seis en las peleas contra los Almoravides, se convinieron á su fallecimiento en dar el mando á uno solo para facilitar el gobierno y conservarse en sus estados respectivos, granjeados con tantísima sangre y fatiga contra el poderío del emir de Marruecos. Celebraron pues consejo con las dos jerarquías principales de cincuenta y de setenta, y elijieron unánimes por su emir y señor al wazir Abd el Mumen ben Aly, uno de los cuatro restantes de la decena, sin que se desaviniesen ni discordasen por la sobresalencia y maestría de Abd el Mumen, y en memoria de El Mahdy, cuya intimidad con él habian presenciado, encareciendo en público y en privado su desempeño esclarecido, y cifrando en él sus esperanzas, pues viviendo él, no le quedaba zozobra acerca del paradero del pueblo; y así todos, por inspiracion divina, lo nombraron su adalid y señor absoluto, tributándole los dictados augustos de califa y emir el mumenyn, ó emir de los creyentes. Júranle en seguida sus tres compañeros obediencia, luego los cincuenta y los setenta, y por fin todos los Almohades (1).

El abreviador de las historias de Africa particulariza mas esta eleccion, diciendo que al fallecimiento de El Mahdy, encubierto por largo tiempo por disposicion del mismo y maña de su wazyr Abd el Mumen, propuso este á los diez que lo proclamasen sucesor de El Mahdy, puesto que esta era su voluntad; que se avinieron, aunque no tan pronto, segun algunos, aspirando todos á la preferencia; que mediaron enconos y luego bandos por las tribus, hasta que temerosos con razon de que tanta discordia redundase en esterminio del estado, se convinieron en el nombramiento de Abd el Mumen. El autor del Libro de los Príncipes (Kitab el Moluk) refiere que sucedió en esto lo siguiente: Muere El Mahdy, lo encubre Abd el Mumen, y gobierna en su nombre como si estuviese vivo; amaña entretanto un leoncillo, y enseña á una ave para que diga en arábigo y en bereber estas palabras: —«Abd el Mumen es el defensor y el arrimo del estado.» Enseñados ya sus animales, prepara en una casa fuera de Tyndal un salon, y en él una columna con la jaula y el ave encima; convoca allí caballeros y jeques de los Almohades, colocando al intento el leon enmedio. Llegan los convocados, sube Abd el Mumen al púlpito, donde estaba oculto el leon. Toma la voz, da gracias á Dios, bendice al profeta y la memoria venturosa de El Mahdy é implora la piedad divina para él y para todos; les participa el fallecimiento de su caudillo y los consuela

(1) En cuanto á todos estos hechos, véase el Kart. el Saghyr, c. 44 y sig.

(2) El djuma 15 de ramadhan de 515 (1121).

(3) El historiador anónimo seguido por Conde los espresa: Abd el Mumen ben Aly, Omar ben Aly, Asnadj Abu Mohamed el Baschyr (ó mas bien el Wenscheryschy), Abu Hafas, Ebn Yahya ben Yanty, Soleiman ben Djaluf, Ibrahim ben Ismael el Hezredji, Abu Mohamed Abd el Vahed el Adry, Abu Amran Muza ben Temar, y Abu Yahya ben Yalut.

(4) Conde, c. 31.

(1) Yahya en Conde, l. c.

por tan sumo malogro. Prorumpen todos en alaridos y les dice: «Se halla ya el iman en estado mas venturoso, donde solo apetece que no sobrevenga aquí ni encono ni discordia, que orillemos pasiones é intereses particulares, que seamos verdaderos Almohades, que nos avengamos para la eleccion de un califa emir que nos escude y gobierne para que no puedan los enemigos dar al través con nuestro imperio.» Calla, y mientras todos enmudecen y los jeques permanecen absortos, articula el ave clara y distintamente estas voces: «Auxilio, victoria y poderío soberano á nuestro señor califa Abd el Mumen, emir de los fieles (emir el mumenyn), arrimo y defensa del imperio.» Al mismo tiempo abre Abd el Mumen la puerta oculta de la leonera, asoma el leon, y se muestran todos tan despavoridos, que tratando de huir, no aciertan. Entónces Abd el Mumen se adelanta con sosiego al leon, el cual, como adiestrado de antemano, le halaga y colea rendidamente, lamiéndole luego cariñosamente las manos. Los Almohades con aquel fenómeno lo aclaman á una voz su emir y señor absoluto, pregonando que no cabia señal mas patente de la voluntad de Dios y de su iman El Mahdy; con lo cual en el mismo dia le juran obediencia y fidelidad. Iba el leon siguiendo por donde quiera á Abd el Mumen, acompañándole hasta el rezo, siendo instrumento de un príncipe que ensalzó luego tantísimo el islam. Aquel suceso suministró campo á Abi Aly Anas para los versos siguientes:

Con la crespa melena un leon fiero
Fué para entronizarte el compañero;
Con voz humana y cánticos suaves,
Emir, ensalzan tu virtud las aves,
Y por tanto ese espléndido dictado
Con la gracia de Dios has alcanzado (1).

Reconociéronle particularmente los consejos el juéves 13 de ramadhan del año 524 (1130), y dos años despues se celebró su proclamacion solemne y pública, el djuma', dia veinte de la primera luna de rabieh del año 526 (1132); se le juramentaron desde luego cincuenta jeques almohades, y despues el pueblo entero en la mezquita mayor de Tynmal. Se solemnizó la funcion bajo auspicios venturosos, dice un escritor musulman, y en aquel dia se eclipsó la estrella de la dicha para los Almoravides, desamparándolos ya la suerte.

Mientras estaba sucediendo todo esto en Africa, continuaba Taschfyn con alternado éxito

(1) Emir Bimr'allah, por disposicion ó por la gracia de Dios.

la guerra contra los cristianos en España; y en una refriega reñidísima quedó vencido por el rey de los cristianos Alfonso ben Remund, salvándose poquísimos Almoravides de su espada matadora(1). Apoderáronse los vencedores de los reales musulmanes, y el esforzado Taschfyn, con un corto número de los suyos, contrarestó con teson asombroso los embates disparados de la caballería enemiga cuajada de hierro y de armas de bronce; mas con toda su pujanza no alcanzó á rehacer la pelea, y sin horrorizarse con tantísima y fiera matanza ni con su estremado peligro, se fué retirando y batallando como un leopardo sañudo y malherido, acosándole una bandada de enardecidos cazadores. Con este motivo el fakih Zakarya, su alcatif, le escribió una larga kaside en versos elegantes, consolándole de aquel descalabro con mil parabienes por haber salvado su vida; versos que retratan al vivo los vaivenes encontrados de la suerte en la milicia, sus ardides y peligros, con un cúmulo de consejos al intento.

ZAKARYA (1).

Inclito Rey en armas poderoso,
¿Quién de vosotros hay tan denodado
Y diestro y animoso en los combates,
Que al enemigo acometer intente
Con viva fuerza ó cautelosa maña
Al asomar de la rosada aurora,
O en la tiniebla de la oscura noche,
Sin que pavor ni timidez invada
Su corazon, cuando á los mas valientes
De sobresalto y de temor palpita?
Los caballeros en la lid sangrienta
Su valor muestran y ánimo constante,
Y heridos y de sangre y polvo llenos,
El pundonor los vuelve á la batalla,
Y la siguen en noche triste oscura,
Oscura no, que el fuego de las armas
Y el resplandor de los ilustres hechos
Tornó la noche como clara aurora,
Y ellos con clara luz resplandecian:

(1) Es Alfonso VII de Castilla, hijo de Raimundo de Borgoña y de Urraca, hija de Alfonso VI. Taschfyn ben Aly habia osado embestir á Toledo; pero Alfonso lo rechazó persiguiéndolo hasta Andalucía.

(2) Suelen ir las historias arábigas engalanadas de versos con mas ó menos esplendidez; y Conde ha conservado en su obra este realce de la aficion sarracena; y así ha ido insertando los trozos que ha conceptuado mas característicos, traduciéndolos verso por verso. Véase lo que dice sobre este particular en su prólogo.

Fuego de santo celo los guiaba
A pelear con las infieles hazes
En batalla campal y descubierta,
O en canteloso ardid y en emboscadas.
Solos cuarenta las espaldas vuelven,
Y en torpe fuga buscan salvamento,
Por eso de la muerte atropellados
Fueron dos mil, y mas de mil cayeran
Sin el amparo de otros campeones,
Que como montes al encuentro salen,
Y el ímpetu rechazan del corriente
Arrebatado del bridon contrario.
Trábase nueva lid, espesos golpes
Se multiplican, recio martilleo
Estremece la tierra, y con las lanzas
Cortas se embisten, las espadas hieren,
Y hacen saltar las aceradas piezas
De los armados, y al sangriento lago
Entran como si fuesen los guerreros
Camellos que la sed ardiente ajita,
Cual si esperasen abrevarse en sangre
Que á borbollones las heridas brotan
Fuentes abiertas con las crudas lanzas.
Las gotas de la fresca húmida noche
Que los floridos prados rociaba
Causan dolor á las sangrientas bocas,
En ella hambrientos y feroces lobos
Con los valientes osos combatian.
Por afirmar sus pies en lá pelea
En la vertida sangre resbalaban:
Entre los altos pabellones vienen
Y las tiendas traspasan arrojando
Agudas lanzas que las armas rompen,
Y con ellas tambien los fuertes pechos.
De sangre y confusion llenan el campo,
Estratagema usada de batalla,
Que en las batallas el engaño es bueno.
Ni te parezca, oh Rey, que no es loable
El engañar con arte al enemigo,
Ni cosa desusada entre la gente.
En todas las batallas hay engaños,
Cada dia se ven sucesos nuevos
En las crudas batallas por destreza
De animosos caudillos avezados
A los sangrientos juegos de la muerte.
Capitanes cual tú los inventaron,
¡Oh el mas valiente en todos los valientes,
Cuántos aquella noche te seguian!
Hoy eres ya mas sabio y esforzado
Que fuiste ayer, y crece cada dia
En ti el valor, el ánimo y destreza.
Oye, mi Rey, de la esperiencia y uso
La utilidad: en los primeros años
El que ha de caudillar cuando mancebo
En huestes se acostumbre y ejercite
A mirar los encuentros sin espanto,
Las contrapuestas haces y el combate,
Que oiga sin turbacion ni cobardia
Aquel clamor confuso y alarido
De los varones que el furor de guerra
A brava lid incita y arrebata:
Que no le dé pavor el duro estruendo
De las crujientes y vibradas armas
Ni aquel ruido é ímpetu brioso
De feroces caballos que revuelvan
A todas partes bravos campeones,
Que la pelea cruda ardiente incitan
Del polvo y sangre y de su sudor cubiertos
Lo que decirte quiero, Rey, ahora
Consejos son de guerra, estratagemas
Que usaron otros grandes capitanes
Y Reyes á las armas inclinados,
De ánimo como tú noble y guerrero:
No porque yo me precie de caudillo
Y práctico en batallas los recibas,
Sino porque varones muy famosos
Y diestros en la guerra los usaron,
Y en ocasiones grandes venturosas
A nuestros fieles fueron de provecho.
Por eso, Rey, te doy estos avisos,
Tú benigno mi dádiva recibe.
Procura siempre ventajoso campo,
En sitio, espacio, entradas y salidas,
Y si temieres el rebato y fuerza
De los contrarios, cerca de honda fosa
Tu campo todo: si en campaña rasa
Siguiendo vas al enemigo, ú viene
En tu seguida, los vecinos campos
Con veloces algaras tala y roba,
Y destruye sus pueblos y alquerías.
Finje asonadas falsas y rebatos
Con buen ardid, de noche muchos fuegos
Encenderás, y espesas ahumadas
De dias en atalayadas y altas cumbres,
Que el engañar en esto no es dañoso,
Y es útil dar temor al enemigo,
Y á sus gentes continuo sobresalto.
Así pierde osadía, y no prosigue
Y menos adelanta sus algaras.
Nunca en tus haces desmandada gente
Quieras llevar ni traigas á pelea,
Sino la gente buena, fiel y honrada
Que espera del valor galardon justo,
De mando de su Rey, y en la otra vida
Del paraiso la delicia eterna.
Antes que al enemigo des batalla,
En campo llano dispondrás tu gente
Escojiendo el mas ancho y escampado,
O con propio lugar para emboscadas.
Nunca tu gente en estrechura pongas
Ni donde falte campo á tus caballos,
O estorben y atropellen tus peones,
En todos cuatro lados fortifica
Tu hueste, sin dejar la retaguardia.

Enmedio es lugar propio del caudillo,
Que da vigor y movimiento al cuerpo
Como hace el corazon al cuerpo humano;
Los capitanes á la frente envia,
Que son los ojos guias de la hueste,
Y con ellos la gente denodada
Y mas valiente y práctica en la guerra.
Insignias de tu estado conocidas
No conviene vestir en la batalla,
Pues basta que los tuyos te conozcan
Y los que han de llevar tus mandamientos.
Oculta tu poder al enemigo
Cuando es mayor, y con ficcion le engaña,
Y recela emboscadas enemigas,
Que el infiel usa mucho de este engaño.
Al principiar la cruel pelea,
A espalda de tu campo nunca tengas
Raudo rio ú pantano cenagoso;
Lugares fuertes haya sin peligro.
Y al retirarte cuida de la zaga,
La retaguardia cubra dilijente
La retirada en órden y concierto,
Y en retirada vence al enemigo,
Que así lo hicieron nobles capitanes.
Cuando de tu poder desconfiando
Recelares del fin de la batalla,
Procúrale escusar con arte, y nunca
Muestres temor, y dala por la tarde
Y en el trance no muestres cobardía,
Que si los tuyos tu flaqueza vieren,
Desmayarán y cederán el campo.
Cuando en estrechas y apiñadas haces
Mirares tú la selva de enemigos,
Ensancharás tu jente concentrada
Y en buen órden las últimas hileras,
Estén así mientras el duro trance
Con furia igual mil muertes repartiendo,
Fieros golpes, heridas, sangre y polvo
Que se enciende cual fuego, y nubes de humo,
Espadas que deslumbran como rayos
Y las herradas puntas de las lanzas,
Cuando se despedazan como lobos
Y fieros osos con rabiosa saña.
Y tú con dilijencia á todas partes
Proveerás lo que mejor conviene
Como caudillo diestro y animoso
Para llegar á la elevada cumbre
De la victoria, fin de tu deseo.
Si algun siervo te falta mal su grado
En la batalla á lo que tú quisieras,
No le trates con saña, ni le mires
Con torva faz, que el corazon lastima
De los valientes el mirar airado
De su caudillo, y si de aquel no esperas
Servicio grande ni admirable hazaña,
Confia de los otros generosos,
Y tu airado semblante y torvo ceño,
Del ánimo turbado claro indicio,
No les muestres jamás, que los prudentes
Con palabras agudas y cortantes
Como espadas que hieren y lastiman
Dirán despues: su turbacion notamos;
¿Cuándo tuvistes tú pavor ni miedo?
¿Cuándo al pavor tu corazon dió entrada,
O de Sanhaga estirpe jenerosa?
¿Y cuando estás en salvo y sin peligro
Muestras temor, decid, no sois vosotros
Los leones que á todas partes jiran,
Que acechan vijilantes emboscados
En el verde cañal de espesa selva?
¿Qué pudo ser lo que á deshora vino
A vuestro Rey, y con descuido tanto
Faltasteis de su lado en la defensa?
El caudillo prudente y valeroso
Que lo vé todo, y todo lo previene,
Nunca ocasion tendrá de torpe miedo
Ni vergonzosa fuga: adverso lance
Alguna vez como esta sobrevino,
Que no siempre el mortal es venturoso,
Que la fortuna estable y permanente
Solo á Juzef tu abuelo fué debida,
Que la victoria siempre fué colgada
De sus banderas en famosas lides,
Fortuna que tambien Alá concede
Que siga Aly tu padre y no otro alguno,
Con vestijios que nunca el tiempo borre;
¿Cómo á Taxfin el noble y jeneroso,
Que liberal, benéfico y humano
A todos hace bien, faltar pudisteis?
Así tuvo ventaja su enemigo:
Vuestros ojos lloraron la desgracia,
Mas su valor disimuló su pena,
Y no visteis en él su sentimiento.
¿A quién no admira que en sus tiernos años,
En su florida edad tan triste lance,
Y matanza cruel y atroz pelea
No le turbase, y con sereno aspecto,
Con fuerte y libre corazon mandase,
Y en apuros seguro dispusiese
Lo conveniente á la ocasion terrible?
Despues ya del suceso á los culpados
Perdonó jeneroso, ínclita muestra
De su grandeza de ánimo, pudiendo
Justa severidad usar al punto.
Conviene, ó Taxifin, que algunas veces
En tu campo divulgues falsas voces,
De nocturna incursion y violencia,
Y fuerza superior del enemigo.
Así verás los tuyos avezados
A despreciar temores verdaderos,
Y entradas y rebatos valerosos.
Cuando de noche en la tiniebla oscura,
Asaltó el enemigo tus estancias,
Llenando de pavor tus campeones,

Con la feroz y brava acometida
De sus fuertes caballos, y espantados
Huyeron del esfuerzo de tus lanzas,
¿Cuántas victorias y sucesos grandes
En sus pueblos y tierras has tenido?
¿Cuántas veces huyeron sus valientes
De tu valor y jeneroso aliento?
¿Cuántas veces sus nobles capitanes
A tu espada rendidos se humillaron
Pidiéndote merced? ínclito jóven,
Tu vida es nuestro bien, en ti consisten
Los triunfos y victorias, y tú solo
Eres bien y alegría de tu pueblo:
Eres tú su contento y sus delicias,
Y á todo el mundo, á los nacidos todos
Les doy el parabien de verte salvo:
El color de las alas ví mudarse,
Y pudo ser el caso duro y fuerte,
Que los riscos y montes conmoviera,
Las águilas y buitres carniceros
Acudieron al punto, no dejarán
En toda España quien á Dios loase.
¡O no permita Alá que tú nos faltes!
Que en ti consiste el bien, salud y amparo
De sus pueblos y ley, Dios te prospere,
Guárdete Dios, que guarda al que le invoca,
Y pone en él su bien y su esperanza.

En Rotha-el-Yehud, fortaleza de la España oriental, falleció en aquel año de 524 (1130), en la luna de schaban, el emir de Zaragoza Abu Merwan Abd el Melek, apellidado Amad el Daulah, quien vivia en aquel fuerte inaccesible, asilo y morada habitual de sus antecesores. Sus ajustes y alianzas con el rey cristiano Alfonso ben Remund el Seulthan le hacian aborrecible para sus vasallos, quienes no podian llevar en paciencia que le enviase regalos y le auxiliase en sus espediciones contra los Almoravides. Su hijo, Abu Djafar Ahmed, apellidado el Daulah (1), sucedió á su padre en el solio y en la torpeza, pues en tres años fué acabando de ceder al enemigo cuantas fortalezas le habian venido á quedar por la raya oriental de España. Le apellidaban El Mostansir y El Mostain Billá (el amparado ú socorrido por Dios), harto indebidamente, dicen los autores arábigos; pues Dios no tuvo á bien auxiliarle ni favorecerle, por sus intimidades indecorosas con los cristianos, de modo que con él acabaron los emires de los Beny Hudes, tan poderosos allá en otro tiempo.

Arde la guerra por Africa entre Almoravides y Almohades, pues Abd el Mumen, arreglado una vez el gobierno de Tynmal y de sus tribus dependientes, envia convocatorias á los jeques, y junta ya la hueste, marcha á la contienda santa contra el emir de Marruecos. Acuerda con sus jenerales el rumbo que ha de seguir en las operaciones para la prosperidad de sus armas, y entran por el pais de Alziga; sale Abd el Mumen de Tynmal con treinta mil hombres, un juéves, dia veinte y cuatro de la primera luna de rabieh en el año de 526 (1132); arrolla y sojuzga aquellos pueblos, volcando y venciendo á cuantas tribus intentan oponerse, siendo todo victorias y conquistas y felicidades. Entra en el pais de Tadela, ocupa la ciudad de Daraa, sujeta las rancherías de Belad Taighar, de Belad Fezan, de Belad Gayatah y otras varias; sigue adelante, llega á la ciudad de Marruecos y se acampa en la luna de schawal del mismo año. Está combatiendo sus muros algunos dias, levanta el sitio, cerca y toma á viva fuerza Belad Tadela, sigue su rumbo hácia Daraa, y luego de allí á Sale, cuyo vecindario, sabedor de que se encaminaba contra él, salió de paz y á rendirle obediencia, poniéndose bajo su palabra y amparo, verificando su entrada el sábado dia veinte y cuatro de djulhedja del año 526 (1132), y continuando el año siguiente sus conquistas, sojuzgando el victorioso Abd el Mumen todo el pais de Teze.

En España seguia el emir Taschfyn guerreando contra los cristianos por toda la raya, pero el taimado Alfonso ben Remund logró con sus amaños alevosos que Ahmed el Mostansir ben Mud Saif Daulah, emir de la España oriental, le cediese la fortaleza de Rotha-el-Yehud, con otras de entidad por los confines, en cambio de grandiosas posesiones por el pais de Toledo, y aun la mitad de aquella capital, habiéndose ajustado el convenio en djulkada de aquel año 527 (1133) (1). Avínose El Saif Daulah por la zozobra de que sus propios vasallos las pasasen á los caudillos almoravides, horrorizados todos por los ajustes y alianzas con el rey Alfonso ben Remund, y por otra parte desconfiando de poder conservar las fortalezas, si aquel tirano se desbermanaba con él, como repetidamente se lo habia amenazado. Además el enemigo de Dios, Alfonso ben Sancho (2), engreido con sus pros-

(1) La espada del estado.

(1) Así lo espresa Abd el Halim, aunque dice El Kodai que dichos contratos se efectuaron en 534; pero ya no vivia á la sazon Alfonso ben Remund.

(2) Hay en Conde, por equivocacion, Alfonso ben Remund, pues aquí se trata de Alfonso I, rey de Aragon, hijo de Sancho, hijo de Ramiro, apellidado el Batallador, y famoso en la historia por las reyertas con su esposa la reina Urraca de Castilla, hija de

peridades por el Cinca y el Segre, salió de Mequinenza con hueste poderosa, y emprendió el sitio de Fraga. Fuertísima era la ciudad por su situacion en un solar quebrado y sobre peñas tajadas, por lo cual, junto con el teson de los Musulmanes, se iba dilatando el sitio. Solian los sitiados hacer salidas y escaramuzar encarnizadamente con los cristianos del campamento. El walí Ebn Ganya, enterado de lo que sucedia en el sitio de Fraga, salió de Lérida con un cuerpo selecto de caballería, para hacer correrías y atajar los abastos que acudian á los sitiadores de Fraga. Dispuso Dios que en el acto de hallarse los sitiados escaramuzando reciamente con los cristianos, sobreviniese la caballería y jente de guerra de Ebn Ganya, y al ver Alfonso llegar aquellos jinetes á escape sobre los suyos, destacó parte de sus soldados para contrarestarlos, mas no alcanzaron sus fuerzas al logro del intento, pues los valerosos Almoravides arrollaron y confundieron á los cristianos, quienes huyeron con horrorosa carnicería; poquísimos se salvaron, y el rey Alfonso fué uno de los primeros que fenecieron en la refriega (1). Saquearon los Musulmanes el campamento de los cristianos, donde hallaron mucha riqueza, y persiguieron con la espada en la mano á sus tropas vencidas. Notició Ebn Ganya aquella victoria esclarecida, logro venturoso de sus armas, al emir Taschfyn, quien la celebró en el alma, pues famosísima fué la jornada de Fraga, y nunca la olvidaron los cristianos. Dióse aquella gran batalla en 528 (1134), y Dios derrocó al tirano Alfonso, que era uno de los satanases de la infidelidad.

Contraria iba siendo entretanto por Africa la fortuna de las armas al emir Aly ben Yusuf y á sus caudillos almoravides, opuestos á Abd el Mumen, príncipe de los Almohades, pues los descalabros incesantes de sus huestes, las provincias sojuzgadas y los quebrantos que trae consigo una guerra desastrada, disminuyeron los recursos de Aly, minoraron sus entradas y rentas con el menoscabo de los tributos, resultando suma escasez y descontento jeneral en el Maghreb. En aquella situacion aciaga, algunos almoravides principales aconsejaron á Aly que declarase á su hijo el príncipe Taschfyn sucesor venidero del imperio, teniéndolo todos por valerosísimo, de cabal desempeño, y esclarecido ya con proezas grandiosas y hechos memorables en Andalucía; pues se decia que con algunos refuerzos africanos avasallaria de mar á mar la España entera, y que en cuantas refriegas habia trabado contra los cristianos, siendo muy repetidas, tan sola una vez habia venido á quedar desairado, y aun entónces por un acaso, y siempre con mucho quebranto del enemigo. El emir se avino y dispuso que le escribieran para que volviese al Africa donde las urjencias de la guerra estaban requiriendo que contrarestase al nuevo adalid de los Almohades, que volaba en alas de su bizarría de victoria en victoria (1).

Solemnizó Abd el Mumen su advenimiento en 528 (1134); juntáronse en Tyndal los jeques de cuantas tribus le obedecian y lo proclamaron emir el Mumenyn: hizo acuñar moneda, en la cual, por honrar la memoria de El Mahdy, mandó estampar en una cara: «No hay mas Dios que Dios; ni hay potestad mas que en Dios,» y en la otra: «Alá es nuestro señor, Mahoma nuestro apóstol, El Mahdy nuestro iman.» Y para diferenciarla de la de los Almoravides, la hizo acuñar cuadrada. Partió luego para el pais de Teze, y en el año de 529 (1135), edificó la ciudad de Rabat Teze, lo que le empleó el año entero.

Continuaba en España aventajadamente el príncipe Taschfyn sus espediciones contra los cristianos, pues en 530 trabó con ellos sangrienta batalla en Fohos Atyya; los venció y derrotó con horrorosa matanza, les arrebató muchos cautivos y despojos, y recobró varias fortalezas que le tenian ocupadas los cristianos. En aquel mismo año de 530 (1136), el walí de Granada Mohamed ben Said ben Yuser, que mandaba por los Almoravides, levantó para su morada una especie de alcázar de mármol, con pensiles grandiosos y manantiales abundantes susurrando en conductos y tazones de jaspe y de alabastro.

En 531 (1137), el príncipe Taschfyn recorrió el pais de Huete y de Alarcon, y resistiéndose la ciudad de Cuenca, la tomó por asalto, degollando al vecindario sin escepcion, por haberse sublevado contra los Almoravides que la guarnecian. Por entónces le llegaron las nuevas aciagas del estado lastimoso del Africa por parte de los Almoravides, con las cartas del padre que lo llamaban, esperanzado de que su denuedo enmendaria la situacion y la fortuna adversa de las armas.

Alfonso VI, y madre de Alfonso VII, el mismo de quien se habló mas arriba.

(1) Pereció en el sitio de Fraga Alfonso de Aragon en 1134.—Otros afirman que falleció por el desconsuelo de su descalabro, algunos dias despues, en el monasterio de San Juan de la Peña.

(1) Conde, c. 33.

Compuso tambien á la sazon (1) Abu Taleb-Abd el Djebar de Zukar unos versos en alabanza de los Almoravides, y en particular del esclarecido príncipe Taschfyn; y se hacen acreedores, dice Conde, por su primor á la noticia de la posteridad:

Cuando Alá eterno y poderoso quiso
Que su divina ley fuese ensalzada,
Los ánimos unió de los mortales,
Para elejir un adalid valiente
Que acaudillase del Islam las tropas.
Este fué de Taxfin noble pimpollo,
De tan insigne planta procedido:
Al mundo pareció cual clara aurora
Que á la tiniebla de la noche sigue,
Puro y resplandeciente como el agua,
De clara fuente que aura matutina
Orea y esclarece, y nunca admite
Mancilla en sí que su cristal enturbie.
Abu Jacub fué tal, y su venida
Fué de águila caudal, su presto vuelo
Hácia Zalaca encaminó, la espada
Allí esgrimió la diestra vencedora,
Dia feliz y campo venturoso:
Lo que nos diste tú, ¿quién nos ha dado?
Vuelve otra vez, Señor, tan fausto dia,
¡Oh célebre Giuma, dia dichoso!
Cuando la santa ley, atropellada
Del arrogante infiel, con victoriosas
Armas se levantó, y á los infieles
Dia de juicio fué, y allí quedaron
Como viles y míseros terrones;
No te valió aquel dia tu potencia,
Soberbio Alfonso, pues allí cumplióse
Lo que grabado en tablas de diamante
La eterna voluntad de Dios tenia,
Y protejió con su divina sombra
La jente fiel, y el rayo de la guerra
Abrasó á los infieles como fuego:
Aseguró el Islam cual otras veces,
En los antiguos tiempos venturosos,
Y en todas partes libres y seguros,
A la alba, á mediodía y á la noche,
Y en su tiniebla escura sin temores,
Andaban por do quiera los Muzlimes.
Despues tomó las riendas del estado
El hijo de Juzef, el animoso
Aly, sabio, prudente y justiciero;
El cual siguiendo las paternas huellas,
Alcanzó su virtud, no su fortuna.
Hubo despues las riendas del imperio
Su hijo Taxifin el esforzado,
Como bravo leon, leon rabioso
Cercado de crueles cazadores:
Tiranos ambiciosos á porfia,
Sus estados invaden, los rebeldes
Su señorío usurpan: tantos males
Y sin justicia, violencia y robo
De vos, potente Alá, remedio esperan.

Tras la partida del emir Taschfyn para el Africa, estalló en España el fuego de la sublevacion contra los Almoravides, y las primeras chispas brotaron en el Algarbe, con el principio y causa siguiente. Ahmed ben Hosein ben Kosai, natural de la campiña de Jilbe, llamado tambien Abul Kasem el Rumí, estuvo oyendo en Almería al decantado El Aryf, volvió á su aldea y predicó allí la doctrina de Alghazali, condenada en España por el gobierno; juntó una cuadrilla de compañeros y sectacces y se tituló Iman. Pasa á Sevilla, refuerza su escuela, y á principios de 539 (1144), se hermana y abanderiza con los de Mohamed ben Yahya de Schaltis, apellidado Ebn el Kabela, por otro nombre Mustafá, muy acuadrillado tambien y vitoreado (1). Comunican estos sus doctrinas y sus intentos á la mocedad principal de Algarbe, cuyo castillo mas fuerte cae en manos de Ebn Kosai por maña ó por fuerza, ocultando en los arrabales de Kalaat Mertula unos setenta hombres, introducidos por la noche, y al amanecer del juéves dia 12 de safar del mismo año, embisten y quebrantan las puertas de la fortaleza, arrollando y matando á sus defensores (2). Acuden, como estaba ya dispuesto, en auxilio de Ebn Kosai las tropas de Jabora y de Jilbe, mandadas por Mohamed ben Omar ben El Mondhir, mozo de la nobleza principal de Jilbe, educado en Sevilla, y por su nacimiento é instruccion (de la meschuar de su patria), se entusiasma tanto con las doctrinas nuevas de la secta Alghazali, que en alas de su arrebato se mete por la soledad de un desierto á la orilla del mar, en Rabat Baihena, repartiendo en limosnas su patrimonio; y enardecido por Ebn Kosai, le está favoreciendo en su patria. Sosteníalos Abu Mohamed Sid Ray, hijo del wazir de Jabora, amigos todos de antemano. Júntanse públicamente con Ebn Koasai, al mes de la toma de Kalaat Mertula, esto es, al principio de la segunda luna de rabieh del año 539 (1144). Siendo jente toda de suposicion y arraigo, abanderizan un sinnúmero de pueblos, ya muy mal hallados

(1) Sin embargo parece que estos versos se compusieron despues del fallecimiento del emir Aly.

(1) Conde, c. 34.
(2) Ibid, l. c.

con la opresion é insolencia de los Almoravides, y emprenden la conquista de otras fortalezas, pasan á la del pais de Jilbe, Hisn Merdjek, donde se habian atrincherado los Almoravides, y Ebn Kosai, capitaneando á los suyos con mucho denuedo y maestría, los vence y mata, entrando espada en mano en la fortaleza, y huyendo unos cuantos defensores á Medina Bejar. Los Almoravides que se hallan en aquel pueblo, amagados con la misma suerte, piden al vecindario un salvo conducto para irse á Sèvilla, y apenas salen, cuando entra Omar ben el Mondhir con las tropas que trae á su cargo de Sid-Ray, hijo del wazir de Jabora, y halla ya parciales, entre ellos á su hermano Ahmed y Abdalá ben Aly ben Samail. Se les incorporan el caudillo de la insurreccion Ebn Kosai con el mismo Sid Ray, hijo del wazir de Jabora, á quien por mas autorizado é intelijente entrega Ebn Kosai el mando de Bejar, dando á Omar ben el Mondhir el waliato de Jilbe. Sobrevienen luego entre tantos caudillos etiquetas y desavenencias, y Ebn Kosai los cita ante sí en Kalaat Mertula (1), donde se desagravian y avienen, ó encubren sus enconos. Regresa Omar á su pueblo, incorpora tropas de Oksonoba con las de Jilbe y otras que le llegan de Mérida, y juntándose de nuevo con Ebn Kosai, lo nombra este jefe lugar-teniente en todo su territorio, alternando con él en potestad y mando bajo el dictado de Aziz Billá. Toman alas con tantos logros y se arrojan á atravesar con sus tropas el Guadiana. Marchan sobre Welba, la sitian y toman sin grande resistencia. Pasan á Libla, la cercan y combaten con mucho aparato de máquinas; acuden á reforzarlos nuevas tropas de Algarbe, y tras recios asaltos la toman por intelijencias y el favor de Yusuf ben Ahmed el Pedrutchy, un alcaide de los alborotados y descontentos del pais, quien les entrega la torre que estaba defendiendo por los Almoravides.

Se envalentonan mas y mas con aquel triunfo, adelantando correrías hasta la comarca misma de Sevilla, fortificada y defendida por el emir en persona. Encamínase la hueste de Libla para Sevilla y toma las fortalezas de Hisn Alcazar y de Toliata, las principales de aquella amelya (2), siendo ya muy crecida la hueste de los Almohades andaluces, y sonando por toda España la noticia de la sublevacion del Algarbe. Llegan á Hisn Azahar, recorren las cercanías de Sevilla, toman y ocupan á Atrayana; acontecimientos que llegan á noticia de Abu Zakarya ben Ganya, mayor jeneral de las tropas almoravides de España, quien hallándose en Córdoba, junta su jente para enfrenar á los desmandados del Algarbe, y sabedor de la novedad de Libla, se pone en marcha para la defensa de aquel pais. Los rebeldes que se hallan en Atrayana, con los muchos parciales que tienen por donde quiera, saben la ida del walí antes que llegue á Sevilla, y Omar y los suyos se retiran y despasan fujitivamente el Guadiana. Sígueles Ebn Ganya, los alcanza, traba refriega, los arrolla y derrota, matándoles mucha jente, y cojiendo á otros mas en el alcance.

Aquella misma noche llega Omar ben el Mondhir á Libla, y se atrinchera por dos dias, juntándosele el alcaide Yusuf Pedrutchy en Jilbe; llega tambien Ebn Ganya, sitia la ciudad; pero esta se defiende con teson, hace salidas y sorpresas, escaramuza denodadamente, yaciendo además los de Ebn Ganya á la inclemencia del tiempo (en el rigor del invierno), y padeciendo infinito. A los tres meses de sitio llega á Ebn Ganya la noticia de que han asesinado al cadí de Córdoba, y que en la grande Aljema se ha levantado el jueves, 5 de ramadhan del año 539 (1144), Abu Djafar Hamdain, quien apoderándose de la ciudad, se está apellidando emir-Almanzor Billá (1). Con esta novedad tiene que levantar el sitio de Libla y marchar para Sevilla; sabe por el camino que tambien se ha sublevado el vecindario en Valencia, donde se halla de walí su sobrino Abu Mohamed Abdalá, hijo de su hermano Mohamed ben Aly Ebn Ganya, quien escribe que nada ha podido recabar, ni aun mediando la autoridad del cadí Merwan ben Abdalá, colocado allí por el emir Taschfyn ben Aly, el 24 de djulhedja del año 538 (1143), quien subiendo á la tribuna, habló al pueblo con brio, esforzando los grandísimos servicios y las guerras santas que debian á los Almoravides contra los cristianos, sus auxilios á Djezira (2), los socorros y la libertad que les está igualmente debiendo Valencia, arrebatada de manos infieles por sus tropas valerosas; pero que todas sus exhortaciones han sido en vano, como si predicara en un desierto; que no hubo medio de aplacar al vecindario alborotado, sin poderlo absolutamente enfrenar con sus Almoravides, teniendo que salvarse de noche con su familia,

(1) La antigua Myrtilis, hoy Mertola.

(2) Voz, cuya esplicacion se dió ya en el tomo anterior.

(1) El victorioso por la gracia de Dios.

(2) La isla ó la península; pues así suelen los Arabes apellidar á la España en sus crónicas, y aun á los pueblos en jeneral.

á todo escape, un miércoles de ramadhan; que habia logrado guarecerse en Játiva, llegando por la madrugada y atrincherándose con los suyos. Estas noticias y cuantas le fueron sobreviniendo de asonadas en Murcia, Almería y Málaga, donde el vecindario precisó los á Almoravides á retirarse con su walí Almanzor ben Mohamed ben el Hadj á la Kasbah, sitiándola estrechamente por siete meses, al par de otros pueblos de consideracion, causaron suma zozobra al caudillo Abu Zakarya ben Ganya, quien desesperanzó desde luego de zanjar la guerra y pacificar el Algarbe, y aun temió que la España entera quedase perdida para los Almoravides; en tanto grado estallaban las turbulencias y movimientos por todas las provincias. Escribe al punto á su hermano Mohamed ben Aly ben Ganya que salga de Sevilla con las naves y tropas de los Almoravides, tome al paso las de Almería y se traslade á las islas de Mallorca, para fortificarse allí, puesto que no les queda ya paradero seguro en España, como lo verifica el hermano desde luego. Al salir de Sevilla las naves y tropas de los Almoravides, Abdalá ben Mamun, alcaide de aquella raya, se apodera del mando de la provincia, se hace dueño de la ciudad, donde quita de enmedio á muchos Almoravides y á cuantos vecinos intentan oponerse á sus tiránicas tropelías. Sublévase tambien y se apodera de Almería Abdalá ben Mordanisch; pero en Córdoba el pueblo amotinado depone á los catorce dias al rebelde walí Hamdain, á impulsos de dádivas y amaños de otro tercer partido, levantado á favor de Saif-el-Daulá Ahmed Ebn Hud, el mismo que se hallaba hácia la raya de Toledo, sostenido por los cristianos. Su alcurnia rejia, sus mañas y su opulencia le facilitan aquel impulso del vecindario de Córdoba, que lo proclama y apellida El Mostansir Billá; entra en Córdoba y lo vitorean; pero á los ocho dias tiene que salir, porque el vecindario se incomoda con él y con las tropelías de los suyos; retírase al fuerte de Forontchulios, y su wazir Samtcheh, que permaneció en la ciudad, queda descuartizado por la muchedumbre desaforada. Con la partida de Abu Zakarya Yahya ben Ganya del sitio de Libla, se insolentan los rebeldes del Algarbe, y enterados de las turbulencias de Córdoba, tratan de encumbrar allí su partido. Manda Ebn Kosai á Omar ben el Mondhir que marche á Córdoba con su tropa, llevándose á su secretario Mohamed ben Yahya el Schaltischy, apellidado El Kabela, su íntimo, conceptuando que lograrian entrar en la ciudad y robustecer su partido, pues así lo esperanzaban los parciales que tenia en el barrio ú arrabal de Scharkia, todos prohombres, como Abu el Hasan ben Mumen y otros. Pusiéronse en marcha Omar y El Kabela con las tropas de Jilbe y de Libla, pero antes de llegar les informaron de que se les habian anticipado el agudo Saif Daulá y su bando, estando por él ya el vecindario y proclamándole en varios pueblos (1).

Entretanto Abdalá, el sobrino de Ebn Ganya, seguia haciendo entradas y correrías por el reino de Valencia talando su campiña y verjeles primorosos; y los naturales, para escudarse contra sus embestidas y destrozos, acudieron al caudillo esclarecido Abu Abd el Melek Merwan ben Abd el Aziz, rogándole que los auxiliase y defendiese. Pero aquel noble jeque se desentendió, temeroso de la inconstancia del pueblo y la oposicion de los prohombres; y como el vecindario estaba siempre acosando á los Almoravides quedados en la ciudad despues de la fuga del wali Abdalá, el sobrino de Abdelaziz se ocultó y huyó con los suyos á Játiva, siguiéndole mucha gente hasta que se dejó persuadir por Abdalá ben Mordanisch y por Abu Mohamed ben Ayadh, alcaide de la raya, varon de mucho concepto y autoridad. Recabaron estos que antepusiese el bien jeneral á su interés particular, y que aceptase el mando espuestísimo que el pueblo le estaba ofreciendo. Cede á las instancias, pasa á Valencia, le proclaman el 3 de schawal del año 539 (1140); encarga el resguardo de la raya y de los llanos al alcaide Abdalá ben Ayadh, quien se esmera en poner á buen recaudo su propia frontera y la de su yerno Abdalá ben Mordanisch contra los Lamtunes, que andan reclutando por Albacete y se atrincheran en sus fortalezas (2).

Hamdain se rehace de nuevo con el vecindario de Córdoba, y vuelve á los doce dias de su salida, verificada el 10 de djulhedja del año de 539. Le aclama el pueblo con sumo júbilo y bullicio, como tambien su parentela y sus paniaguados en varias poblaciones de Andalucía. Su alcatib ó secretario, Atchyl ben Edris de Ronda, lo proclama en su patria, ocupa en su nombre la fortaleza inaccesible de aquella ciudad, y se apodera igualmente de Arcos, Jerez y Sidonia, repitiendo la proclamacion. Abdalá el Thogray, alcaide de Cuenca, sabe la rebeldía de Hamdain en Córdoba, entra en Murcia, se incorpora con su partido; pero á su llegada el vecindario, alborotado ya desde el 17 de ramadhan, quiere proclamar por su lugarteniente á uno de sus jeques principales, bien á Mohamed ben Abderrahman ben Taher el Kaisi, noble de

(1) Conde, c. 34.
(2) Lo mismo.

Tadmir, ó bien á Abu Mohamed ben el Hadj el Lurki, ó en fin á Abderrahman ben Djafar ben Ibrahim (1). Habia el vecindario proclamado á Hamdain de Córdoba,y le dieron por su teniente á Mohamed ben el Hadj; mas este por moderacion no acepta el destino. Todo lo vuelca la entrada de Abdalá el Thogray, cuyo bando nombra cadí de Murcia á Abu Djafar ben Abi Djafar. El martes 15 de schawal del año 539, Abu Djafar, á impulsos de su ambicion, alborota el vecindario contra los Almoravides, asesinando luego alevosamente en Orihuela á cuantos habian entrado al resguardo de un convenio; los cabecillas de aquel partido traen el pueblo de los cortijos y aldeas á Murcia, y proclaman por emir á Abu Djafar ben Abi Djafar, por cadí á Abu el Abas ben Helal, y por alcaide de la caballería á El Thogray. Nadie se opone, y así aquel caudillo, quien, so color de proclamar á Hamdain, se encumbra á sí mismo, se apodera del alcázar y se apellida emir el Nasr Ledinalá; mas en breve, como se verá, cesó su reinado.

En Valencia, Ebn Abdelaziz va formando una hueste para ir contra los Almoravides de Játiva, quienes atrincherados en su Kasbah y mandados por Abdalá, sobrino de Ebn Ganya, andan recorriendo y talando la campiña hasta la misma ciudad, saqueando y quemando las alquerías y llevándose las mujeres; y en fin junta sus tropas, sale de Valencia, y llega el 28 de schawal á Játiva. Pide además auxilio al walí de Murcia Abu Djafar Mohamed ben Abdalá ben Abi Djafar, y el dia último de schawal sitia en la fortaleza de Játiva á los Almoravides, quienes se defienden con teson asombroso (2). En Murcia, los parciales de Abdalá el Thogray y de Ebn Taher amotinan al vecindario y proclaman á Saif-Daulá al fin de schawal del año 539, peleando entre sí los banderizos de Ebn Djafar y de El Thogray; cae este último con su partido prisionero, los encarcelan á todos y dan la alcaidía de la caballería á Zoamun de Orihuela. Ebn Taher y Ebn el Hadj salen de la ciudad; el fakih Abu Djafar Mohamed ben Abdalá ben Abi Djafar el Schuseni avalora aquella proporcion para posesionarse del reino á su salvo, quedando dueño de Tadmir á fines de aquel año y dos meses del siguiente. Voceaba que tan solo tomaba el mando para conservar su libertad al pueblo, y empeña luego á su parcialidad en auxiliar á Merwan ben Abdelaziz contra los Almoravides de Játiva. Llega al sitio, escaramuza, como está sucediendo de continuo, y le participan alborotos nuevos en Murcia, donde los parciales de Beni-Taher conmoviendo al vecindario, desencarcela á El Thogray. Marcha arrebatadamente de Játiva con su caballería, llega en diligencia á la ciudad, la sorprende, se apodera nuevamente de los fuertes, mas no logra afianzar á El Thogray, quien se salva ocultamente rebosando ímpetus de venganza; aplaca El Schuseni la sublevacion y se vuelve al sitio de Játiva (1).

Entretanto los parciales de Hamdain en Granada conmueven tambien el vecindario contra los Almoravides, sin alcanzar á contenerlos ni la presencia, ni la autoridad del walí del pueblo, Ebn Abi Bekr, hijo de una hermana del emir Aly, llamado por su madre Ebn Tynwa; pero los acontecimientos del Algarbe tenian de todo punto embargado á su caudillo Abu Zakarya ben Ganya, como tambien á una porcion crecida de las tropas almoravides que componian su ejército; lo que facilitó al cadí de la ciudad Abu Mohamed ben Simek la conmocion del pueblo contra los Almoravides de la guarnicion, y la proclamacion atumultuada de Hamdain en Córdoba. Los cabos almoravides, no pudiendo enfrenar al vecindario enfurecido, tienen que retraerse á la Kasbha, atrincherándose esmeradamente. En los ocho dias primeros de la asonada, son incesantes y sangrientísimas las peleas entre Almoravides y vecinos. Repiten estos sus asaltos á la ciudadela, y los esforzados Almoravides les contrarestan con salidas frecuentes y reñidísimas. En uno de aquellos furibundos choques fenece el cadí Ebn Simek, y el vecindario, con los parciales de Hamdain, le nombra por sucesor á Abul Hasan ben Adha (2). Era un político redomado que conservaba su concepto en ambos partidos; pero en este lance volando con el viento de la prosperidad, se declara contra los Almoravides, pidiendo auxilio al intento á los cadíes rebeldes de Córdoba, Jaen y Murcia, para que le ayuden á lanzar á sus enemigos de Granada.

Tampoco se entonaban los Almoravides en Africa, pues el emir Aly, á pesar de su confianza en la suerte y el denuedo de su hijo Taschfyn, veia á los Almohades triunfando por donde quiera, señoreando sus campiñas y estados, pues en diez años de reñidos trances no habia logrado ventaja alguna; antes al contrario, lo iban arrollando, rindiendo sus pueblos é internándose mas y mas por las provincias que habitaban los kabiles de Ateza, Djebala y Djeza. Ya se dijo como el príncipe habia pasado de España al Africa acaudillando la flor de la caba-

(1) Conde, c. 35.
(2) Lo mismo.

(1) Conde, c. 35.
(2) Conde, l. c.

llería almoravide, y dejando un vacío notable para contrarestar las turbulencias y tropelías que sobrevinieron en su ausencia. Tambien se llevó cuatro mil mozos cristianos de Andalucía, diestros en el manejo de las armas, y que servian en su guardia de caballería. Llega á Marruecos, se prepara para marchar contra los Almohades, y con la incorporacion de nuevas tropas sale en su busca; mas ya no logra desde el principio la prepotencia de Andalucía, pues queda repetidamente descalabrado, perdiendo mucha jente y batallando de dia en dia contra su adversa fortuna. El emir Aly, su padre, presenciando el malogro de sus esperanzas con tantas noticias de contratiempos y derrotas, se apesadumbra en estremo, adolece de gravedad, y acibarándosele siempre su quebranto con tan incesante desventura, fallece en la luna de redjeb del año 539 (1144), habiendo reinado cuarenta años menos cinco meses. Espiró en el alcázar de Marruecos, hallándose su hijo en Aceya, y encubriendo aquella muerte los suyos por mas de tres meses (1).

Divulgado por fin el fallecimiento de Aly ben Yusuf, quedó su hijo, reconocido ya por sucesor al solio de los Almoravides, proclamado emir de los Musulmanes. Avisa la novedad á todas las provincias, exhortando á los pueblos á perseverar en su obediencia y fidelidad; escribe tambien á los principales caudillos almoravides de España, á Abu Zakarya ben Ganya, á Otman ben Adha, y á su tio Aly ben Aly ben Abi Bekir, quienes le corresponden luego con mil parabienes y cartas de reconocimiento, y desde entónces tan solo suena su nombre en el rezo de las mezquitas. Ansiando ajar el engreimiento de Abd el Mumen, emir de los Almohades, echa el resto en agolpar fuerzas para ir en su busca; pues Abd el Mumen, capitaneando tropas poderosísimas, se apea ya de la sierra de Tadela y de las cumbres de Gomera con grandiosa hueste, talando los llanos, arrebatando prisioneros y matando y causando á diestro y siniestro horrorosos estragos. La tormenta asoladora toma el rumbo hácia las serranías que median entre Fez y Tlemcen, disparándose á un tiempo en velocísimas correrías por entrambos vertientes sobre todos sus kabiles; alcanza el emir Taschfyn aquel tropel ensangrentado que, cual manada de tigres hambrientos, huella y destroza cuanto encuentra, y acorralándolo con muchísima caballería, hace en él horrorosa matanza. Huyen los Almohades, dejando el campo cuajado de cadáveres, pasto halagüeño para fieras y aves de rapiña. Con este desman el emir Abd el Mumen tiene que trepar á las cumbres y enriscarse por lo mas escabroso; y el emir Taschfyn lo aventa de las Teharnas y llanuras interminables. En aquella situacion, los Almohades, aunque en número menor, se defendian contra el mayor, abundando de abastos, y escaseando por los llanos, casi yermos, para tan crecida hueste. Los Bereberes montañeses estaban con Abd el Mumen y retraian sus provisiones de los Almoravides; por lo cual se aposentó en las sierras de Gomera, y pasó luego á las de Tlemcen, atrayendo á su obediencia los kabiles zenetas de aquella comarca. El emir Taschfyn llegó en su alcance con el ejército á Wadi-Tehlit, y sobreviniendo el invierno, sentó el real y se detuvo por dos meses, siendo el frio tan intenso que fué preciso quemar chozas, techos de casas, y hasta los palos y varas de las lanzas y tiendas para no helarse. Signió Abd el Mumen por las sierras de Tlemcen de cumbre en cumbre, y el emir Taschfyn insistió siempre en su alcance. Aposentóse Abd el Mumen sobre los mismos picachos que dominan á Tlemcen, acosando el pais con sus correrías. Habia el emir Taschfyn pedido auxilios de tropa á los Beny Amathes de Sanhadjá, confinantes por el oriente con el Africa, y le enviaron una tayfa poderosa de caballería é infantería; llegado aquel refuerzo, el emir Taschfyn se adelantó con sus caudillos principales. Reunida la hueste, cuajan la campiña como enjambres grandiosos de langostas, y patentizan el poderío de los reyes de Marruecos: perspectiva placentera y asombrosa si el esterminio de tantísima grandeza no estuviese ya colgado sobre ella. Agasaja esmerada y honoríficamente el emir Taschfyn á los caudillos, exhalando raptos de complacencia al presenciar una hueste tan hermosa; les franquea sus intentos de embestir al enemigo y de socorrer la ciudad de Tlemcen, que era la mas amenazada. Por otra parte Abd el Mumen está allá atalayando desde sus cimas cuanto pasa por las llanuras, sin que le arredre hueste tan crecida, ni le tremolen pavor las infinitas banderas de diversos matices, ni el estruendo de los timbales que estremecen la tierra y retumban por las cumbres lejanas.

Dispone el emir Taschfyn que algunas tropas lijeras trepen por la falda hasta donde están los Almohades; suben por la parte de Webad, junto á Tlemcen, y por senderos encubiertos se adelantan contra el enemigo. Descuélganse los Almohades sobre ellas, y la pelea es sangrientísima por medio de aquellos despeñaderos; pero los Almohades arrollan y derrotan aquella tropa, que se va derrocando de aquellos

(1) Conde, c. 36.

riscos, y los que asoman por fin á la llanura atemorizan á la muchedumbre del emir Taschfyn; de modo que ni su entereza ni su maestría, ni el esmero de sus gallardos caudillos, alcanzan á contener y arreglar aquel tropel desatinado, vencido mas bien por su propio sobresalto que por el ímpetu del enemigo. Avaloran los Almohades la coyuntura de aquel desconcierto y pavor disparatado, matan mucha jente á los Almoravides, y los van persiguiendo á lanzazos por toda la campiña (1).

Tras aquella desventurada refriega, escribe el emir Taschfyn á todas las provincias para que acudan á la guerra; y fueron luego llegando tropas nuevas de Sedjelmesa y de Budjeia, y vino tambien su hijo Amir Abu Ishac Ibrahim de Andalucía, con un cuerpo selecto de caballería almoravide y de cristianos de su guardia, en número de cuatro mil jinetes. El emir, en la reseña que pasó de su jente, la fué repartiendo por escuadrones en tal cuantía que cuajaba un terreno dilatado, donde se revolvian en moles grandísimas caballería, infantería, carruajes y acémilas con abastos, y hasta pastoradas con todo jénero de ganadería, como si se agolpase allí todo el poderío y la poblacion del Africa. En la revista fuera de Bab Karmedin, la oleada de aquel jentío se iba tendiendo por lomas y vegas hasta el pié de la serranía que cae al frente. Refiere Ebn Isa que allí fué el postrer resto que echaron los Almoravides; y Abd el Mumen, levantando su campamento, marchó hácia Tlemcen, siguiéndole Taschfyn con su hueste innumerable, con intento de atajarle el rumbo y precisarle á una batalla, hostigándole tantísimo las guerrillas, que hubo de bajar al llano y encaminarse como al territorio de los Zenetas, pero estrechado mas y mas por la retaguardia, tuvo que trabar y formalizar la refriega con los Almoravides (2).

Inferior es en fuerzas de ambas armas Abd el Mumen, y así escuadrona toda su jente en un cuadro solo, ciñendo todos sus costados con los mas valientes blandiendo sus larguísimas lanzas, afianzadas con piés y manos, resguardándolos por la espalda filas de escuderos con broqueles grandiosos y rodelas, para escudarse contra las arrojadizas del enemigo; seguian mas atrás líneas de honderos y ballesteros, y al centro del cuadro quedaba desahogo suficiente para encajonar toda su caballería, con los portillos adecuados para romper por donde quiera contra el enemigo, sin desbaratar ni desmoronar la infantería. Ansia Taschfyn la refriega, escuadrona su jente, y embiste con su principal caballería. Disparado es el ímpetu y recio el empuje de los Almoravides, pero se estrella contra los lanzones enemigos; mueren caballos y jinetes; renuevan la carga en medio de la nube de arrojadizas que les asestan, y en aquel trance se abalanzan los jinetes almohades por todas partes, les clavan sus lanzazos y se guarecen luego en el centro de su formacion, que les servia de resguardo y alcázar incontrastable, sin habérselas formalmente con la caballería superior del enemigo. Dura todo el dia la sangrientísima pelea, que por fin redunda en tal descalabro de los Almoravides que no les cabe ya sostenerla, pues tienen herida toda su caballería y muertos sus soldados mas valerosos; de modo que la victoria y el campo de batalla quedan por los Almohades(1). Desahuciado Taschfyn, se guarece en Tlemcen atropelladamente; rehabilita sus muros y fortificaciones, de modo que al asomar el victorioso Abd el Mumen con su hueste sobre la plaza, la encuentra ya guarnecida y resguardada. La sitia, la asalta repetidamente y no se desvía hasta que aburrido con la resistencia de los Almoravides y con sus muchas sorpresas y salidas, donde padecen los suyos infinito, levanta el real y se encamina á Medina Wahran, dejando alguna jente para la continuacion del sitio de Tlemcen. Tenia Taschfyn sumamente fortificada la ciudad de Wahran, conceptuándola como el único valladar que podia quedarle en la apurada situacion de sus negocios para atrincherarse y volverse á España en el último trance; teniendo ya encargado á su alcaide de Almería Abdalá ben Maymon que le guardase habilitadas en el puerto capacísimo de Wahran diez naves mayores para todo evento. Planta Abd el Mumen sus reales sobre un cerro altísimo que hay junto á Wahran, con el intento de sitiar la fortaleza; y entónces el emir Taschfyn con su tropa selecta sale de Tlemcen, arrolla el campamento de los sitiadores, y acude al socorro de su asilo, la ciudad de Wahran. Llega á sus cercanías, acampa junto al enemigo, escaramuzan de continuo con varias alternativas, aunque por lo mas cabiendo la peor parte á los Almoravides. Dice el autor del Fem Imamia (2), refiriéndose á Ebn Matruk el Kini, que el emir Taschfyn se arrojó y aportilló el campamento de los Almohades, logrando internarse en Wahran, mas viendo que el sitio se iba dilatando y que sus salidas y sobresaltos no retraian al enemigo de su intento, quedó desahuciado de sostenerse en el reino de Marrue-

(1) Conde, c. 36.
(2) Ibid., l. c.

(1) En Conde, l. c.
(2) En Conde, l. c.

cos, de modo que desaconsejado y sin consuelo salió reservadamente y de noche de la ciudad, con ánimo de pasarse á la fortaleza del puerto mayor, esperanzado de hallar algun bajel para volverse á España. Sale cabalgándo la yegua mas aventajada de todas las suyas, es la noche muy lóbrega, anda sobresaltado y temeroso de caer en manos del enemigo; llega á una hoyada profunda, y pareciéndole con la oscuridad que el terreno era llano, se despeñó en el barranco, ú tal vez se asombró la yegua con el mar, y feneció de aquel modo, habiéndolo hallado á la madrugada hecho trozos en la playa, como tambien la yegua. Le llevaron á Abd el Mumen, quien lo hizo colgar de un sauce, y envió su cabeza á Tynmal. Supieron los Almoravides la novedad por sus mismos enemigos, y quedando desalentados, entró Abd el Mumen á pocos dias en Wahran, en el mes de moharrem del año 540 (1145). Porfiada fué sin embargo la resistencia, y no entraran á no mediar la sed, por haberles cortado las cañerías del agua, y así murieron muchos de sed, y los demás tuvieron que amainar en la defensa. La entrada fué en la pascua de Alfitra por la madrugada, segun Yahya, degollando á cuantos Almoravides habia en la plaza y á gran parte del vecindario. El reinado de Taschfyn, desde el fallecimiento de su padre hasta el dia de su fracaso, fué de dos años y dos meses (1); fué su muerte al fin de ramadhan del año 539, segun el mismo autor, quien añade que habia hecho ya reconocer por sucesor á su hijo Abu Ishac Ibrahim, desde el año en que llegó de Andalucía (2).

Con encono implacable iban siguiendo guerra y alzamiento en Andalucía contra los Almoravides. Continuaba Merwan ben Abdelaziz el sitio de Játiva, y Abu Abdalá, sobrino de Ebn Ganya, se estaba defendiendo gallardamente con sus Almoravides. Abu Djafar, el walí sublevado en Murcia, acudió de nuevo al sitio de Játiva en auxilio de Merwan, y el caudillo almoravide tuvo que retirarse á la Alcazaba para ir dilatando la defensa. Llega tambien al socorro de los Valencianos el alcaide de la raya Ebn Ayadh con tropas escojidas, y entónces Abdalá ben Ganya entabla su capitulacion, pues conceptúa imposible el conservar mas tiempo la fortaleza. Ajustadas y corrientes las condiciones, aquel esforzado caudillo toma el camino de Almería, con ánimo de pasar con su padre á Mallorca, si no se entonan los asuntos; y apenas sale de la Alcazaba, entra Merwan ben Abdelaziz, la fortifica y despide á sus auxiliares muy ufanos con los regalos de joyas, armas y caballos que les reparte. Dejando á buen recaudo la Alcazaba y la ciudad, marcha á Valencia y entra cabalgando un dromedario ajigantado, con galas rozagantes y armas vistosísimas, entre los jeques y los nobles mas gallardos; el vecindario alborozado vitorea la entrada triunfal; lo que sucedió en safar del año 540 (1145); con cuyo motivo se incorporó Lecant con la Amelya de Játiva, y toda la provincia se adjudicó al gobierno de Merwan ben Abdelaziz. En aquella misma luna de safar volvió Abu Djafar á Murcia, despues de ir persiguiendo en su retirada á los Almoravides de Abdalá ben Ganya, arrebatándoles cuanto pudo, hasta su llegada al término de Almería, donde estaban todavía predominantes.

Continuaba la rebeldía en Granada (1), y se defendian con teson los Almoravides en la Alcazaba; escribió el cadí Abul Hasan á sus deudos y parciales con los rebeldes que pedian auxilios á Córdoba; envió Hamdain á su sobrino Aly ben Omar, apellidado Omilimal, y pasó de Jien el alcaide Ebn Gozci, con tropas agregadizas y mil caballos de la Axarquia, los cuales, incorporados con las tropas que trajo Abu Djafar de Murcia, componian una vistosa hueste de doce mil caballos y mayor número de infantería. Al saber los Almoravides que toda aquella tormenta se asestaba contra ellos, temieron que en incorporándose tantas tropas con los rebeldes, les habian de causar sumo quebranto, y celebrando consejo, salieron al amanecer de la Alcazaba, y se encaminaron al encuentro de los auxiliares que estaban acampados á la cercanía de Granada, los embistieron con estremado denuedo cuando menos lo esperaban, los arrollaron y derrotaron con sangriento estrago, feneciendo en él Abu Djafar, el rebelde de Murcia, y huyendo vergonzosamente todos los auxiliares a diestro y siniestro. Los Almoravides se volvieron ufanos á la Alcazaba (2).

Vueltos á casa los fujitivos de Murcia, elijen y proclaman por emir al noble jeque Abderraman ben Taher, al fin de la primera luna de rabieh de 540 (1145); al mismo tiempo el walí Almanzor, sitiado con sus Almoravides en la Alcazaba de Málaga, trata de rendirla por capitulacion, y Abu el Hakem entra de emir en la segunda luna del mismo mes; pero se retira á Murcia donde se halla su padre Abu Mohamed ben el Hadj. Aquel caudillo Taher, encariñado con la alcurnia de Ebn Hud, acude á palacio,

(1) Dice Yahya tres dias.

(2) Es un yerro; estaba mal enterado Yahya en este particular.

(1) Conde, c. 37.

(2) Conde, allí mismo.

llama á Seif Dola Ebn Hud, y se titula su naib en Murcia, dando la alcaidía á su hermano Abu Bekr, y escribiendo al rey Seif Dola que venga. De resultas tienen que salir de Murcia Abu Mohamed ben el Hadj, Ebn Suar y otros personajes de su bandería, marchándose á Córdoba. El emir Hamdain los agasaja y los envia con su primo El Folfolí, su sobrino Omilimad y un cuerpo selecto de caballería, para sostener su parcialidad en Murcia, arrojando al jeque Ebn Taher. Despavorido este con las nuevas de la guerra que le amenaza, para resguardarse y conservar su mando, se esmera en abanderizar al alcaide de Valencia, Abu Mohamed ben Ayadh, y le ruega que acuda en su auxilio, puesto que blasona de afecto á Ebn Hud. Afectísimo era en sus adentros aquel caudillo á este bando, pero tenia que encubrirlo, y así en vista de aquel pliego se pone en camino aceleradamente. Se encuentra con Zoanun, alcaide de Auriola, que tambien era su banderizo, quien se lo lleva á su ciudad donde lo proclama emir. Acuden prohombres de Murcia al pueblo de Auriola, enardecen su ambicion, le comprometen para seguirlos, y allí mismo lo aclaman emir de Murcia, sin que lo sepa el jeque Ebn Taher; tan ajeno al contrario de tamaña novedad, está preparándole grandioso agasajo, mandando á su parentela y á sus jinetes que le salgan al encuentro. Agólpase el vecindario á la llegada de Ebn Ayadh, quien se hospeda en el Alcazarquivir, donde nadie le espera, ni hay disposicion alguna para recibirlo. Sucede esto el 10 de la primera luna de djumada de 540 (1145), y Ebn Taher pasa á Dar Saghir, donde sabedor ya de toda la novedad, se retira á su casa solariega. Habia quien estaba incitando á Ebn Ayadh para quitarlo de en medio, tildándole de amaños y maquinaciones; pero como le tenia este por sabio y pundonoroso, no quiso derramar su sangre, quedando así depuesto Abderraman ben Taher por un auxiliar suyo á los cincuenta dias de su waliato (1).

Por entónces los Valencianos, enfadados ya con el gobierno de su emir, Merwan ben Abdelaziz, trataron de orillarlo, pues á tanto llega la insubsistencia del aura popular; el pueblo enamorado de alguien lo encumbra al mando; y luego lo menosprecia y odian por insufrible su sistema de gobierno. Los prohombres de la ciudad, y los alcaides de Lecant, Liria, Jezira, Jucar y Murbiter escriben al alcaide de la raya Ebn Ayadh, recienposesionado de Murcia, que acuda ejecutivamente á tomar las riendas de aquel estado, fuera todo de su quicio y sin caudillo que acertase á gobernarlo. No se practicó la diligencia con tanta reserva que no llegase á noticia de Merwan Abdelaziz, pero por mas que ansiase atajar aquella novedad y escarmentar á sus autores, no estaba ya en su mano, por haber cundido en demasía, y descontentos ya todos, apetecian otro emir; con lo cual el vecindario presenciando ya las precauciones, se alborotó y le precisó á dejar el alcázar y ocultarse por las casas de sus amigos, hasta que logró descolgarse por la noche de la muralla, el martes 26, ó segun otros, el 25 de la primera luna de djumada. Iba Merwan disfrazado con un guia que lo estravió por desgracia en las sierras de Almería, cayó en manos del alcaide Mohamed ben Mamun, quien lo conoció, lo encarceló y trató como rebelde, aherrojándolo y remitiéndolo á Abdalá ben Ganya, el sobrino, quien muy gozoso de tenerlo así afianzado, lo fué llevando consigo cual preso por Valencia, Almería y Játiva en todas sus correrías, mas no quiso derramar su sangre, y por fin se lo llevó consigo á Mallorca (1). Se dice que Merwan al huir de Valencia, para en Colbira, volvió luego disfrazado y de noche; que permaneció en su casa solariega hasta que lo descubrieron, pues lo andaban buscando con sumo ahinco; que se salvó segunda vez ocultamente, remaneció por Murcia, donde Yusuf ben Helal lo estaba rastreando para prenderle; que se pudo retraer, que paró tres dias en Murcia, que luego se estravió por Almeria, donde lo apresó la caballería de Mamun, quien conociéndole, como se ha dicho, lo entregó á Ebn Ganya el sobrino; habiendo despues desagraviado á Merwan su parentela y amigos matando al mismo alcaide por su ruindad y tropelía. Apenas supo el vecindario de Valencia la huida de Merwan, proclamó por su emir á Abdalá ben Mordanis, naib de Ebn Ayadh, quien recibió en el camino aquella noticia al fin de la primera luna de djumada, mientras estaba ya hospedado su naib en el alcázar de Valencia. Permaneció Ebn Ayadh zelando todos los ramos del gobierno y la seguridad de la raya, y se volvió luego á Murcia, dejando allá por naib á su suegro Abu ben Saad, tio de Abu Abdalá ben Saad, apellidado el de Albacete, con el motivo que se dirá mas adelante. Sus tropas cojieron á Abu Djafar Ahmed ben Djubeir, padre de Abu Hosein, el sabio, quien habia defendido el alcázar contra el pueblo, y lo envió aherrojado al castillo de Maternis y lo encerró en una torre; se rescató luego por tres mil doblas, y le quitaron los libros, que fué su mayor pesadumbre; retiróse á Játiva, donde lo volvieron á prender los de Ebn Ganya con otros parciales de Merwan Abdelaziz; los empozaron en una mazmorra,

(1) Conde, l. c.

(1) Ibid., l. c.

donde no podian distinguir el dia de la noche, hasta que, como se dirá, los llevaron á Mallorca (1).

Apenas logró Hamdain que el vecindario inconstante y voluble lanzase de Córdoba á Seif Dola, este príncipe, ayudado por el partido que se le iba agolpando, pasó á Jien, se granjeó el ánimo de Ebn Gozei, alcaide de aquel pueblo, quien ansioso de vengar la derrota que le habian causado los Almoravides de Granada, se brindó á marchar con él y embestirlos. Llega á Granada, entra por Bab Morur, yendo á recibirlo el cadí de la ciudad Ebn Adha, saliendo á pié en muestra de mayor obsequio, y despues de saludarlo, se lo lleva y hospeda con su hijo Amad Daulá; este pide agua, y Ebn Adha le presenta un vaso, mas al ir á beberla, un alima que está á su lado prorumpe: «Sultan, no hay que beberla, que está envenenada;» y no la bebió; Ebn Adha, que procedia sin malicia, trastornado, paraque no se le conceptúe capaz de tamaña maldad, empina el vaso, que está realmente emponzoñado, y queda exento de toda sospecha; mas fallece por la noche, por cuanto habia vertido en el agua un veneno agri-dulce con visos de naranjada, ya que fuese casualidad, ya que estuviese malvadamente predispuesta para acabar con alguno de los Beny Hudes que la bebiese. Receloso Ebn Hud de la inconstancia del vecindario, no quiere permanecer, por mas gozosos que se le mostrasen todos y en particular los prohombres; se avecinda bajo una tienda en la vega de Granada por diez dias, pasa luego á la Alcazaba Alhamra ó de los príncipes, donde se traban sangrientísimas peleas con los Almoravides, que siguen defendiéndose esforzadamente contra Ebn Hud y el vecindario, feneciendo diariamente muchísimos de ambos partidos, hasta que en el octavo dia de pelea, que fué reñidísima, rechazan los Almoravides con horrorosa matanza á sus contrarios (2). Sale herido aquel dia y queda prisionero Amad Daulá, hijo de Saif Daula Ebn Hud, y fallece por la noche de sus heridas en la Alcazaba, y los Almoravides lo envian al padre paraque lo sepulte, colocándolo en un féretro ostentoso cubierto de púrpura con franjas de oro y empapado en aromas esquisitos. Solo para Ebn Hud un mes en Granada, viendo al pueblo desconsolado con los afanes y quebrantos de la guerra infructuosa que está sosteniendo en el mismo recinto de la ciudad, lo que acibara mas y mas sus amarguras; alza pues de noche el campamento y marcha para Jien, quedando de gobernador en la plaza Abu Hasan ben Adha, hermano del envenenado. Entónces el vecindario se avino con los Almoravides de la Alcazaba y ejecutaron sus treguas, retirándose algunos á Almuñecar, puerto dependiente de Elvira y proporcionado para pasar al Africa.

Hallábase Saif Daulá (1) en Jien desde su salída de Granada, cuando le llegan enviados de Murcia para tributarle obediencia en nombre de la ciudad y rogarle que la honre con su presencia; monta al punto á caballo con crecido acompañamiento de jinetes bizarros y parciales, y previene en sus pliegos al amigo Ebn Ayadh el dia de su llegada, pues debia Ebn Hud el emirato de Murcia á su intimidad antigua y á la intelijencia reservada que mediaba entre ellos por la raya de Algafia. Entra el dia de djuma, 18 de redjeb del año 540 (1144); le sale al encuentro Abu Mohamed ben Ayadh con la caballería de Murcia y su hijo Abu Bekr; celebrando la entrada con festividad y aclamándole el vecindario alborozado, atenido á la inclinacion de Ebn Ayadh. Detiénense pocos dias en Murcia, salen juntos para Valencia, donde Ebn Ayadh tenia igualmente preparada su proclamacion, que fué muy vitoreada por el bullicio del pueblo, y luego pasan á Denia, donde se hospedan en el alcázar, y queda tambien proclamado Ebn Hud. Regresan pronto á Murcia, donde el emir Ebn Hud se hospeda en el Alcázar Quibir, disponiéndolo todo Ebn Ayadh, en nombre del emir Saif Daulá Ebn Hud.

A poco tiempo llega de la raya la novedad de que El Thograi, alcaide de Cuenca, andaba por el pais de Játiva, y que los cristianos auxiliares talaban y destruian las campiñas, y luego el naib de Valencia, Abdalá ben Said, avisa que El Thograi y su aliado El Tadji Aladfuns tenian sitiada la ciudad de Játiva. El emir Ebn Hud y su walí Ebn Ayadh juntan al golpe su caballería de Murcia, Lorca y Lecant, y encargan al naib de Valencia que acuda igualmente con sus tropas; sabido aquel movimiento por los cristianos, levantan el real, y hechos cargo de que seria mas arduo vencerlos ya reunidos, salen al encuentro á los de Murcia, que eran los mas temibles, para revolver luego sobre los de Valencia; pero tan ejecutivas estuvieron aquellas tropas que se habian incorporado un dia antes de tropezarse. Trabóse la pelea en los campos llanísimos de Albacete ó de Ludjz, y á las cercanías de Chinchilla (2). Sangrientísimo y desaforado fué aquel choque, lidiando por entrambas partes con igual enfurecimiento, no ya como hombres, sino como fieras que se destrozan. Aferráronse allí

(1) Conde, c. 37.
(2) Ibid., c. 38.

(1) Ibid., c. 38.
(2) Id. Ibid.

los guerreros mas aventajados en denuedo y maestría, tanto musulmanes como cristianos, echando el resto de su encono mútuo é implacable; pero en lo mas ardiente de la pelea, cae de un lanzazo el esforzado emir Saif Daulá Ebn Hud, descollando entre los mas denodados, y su alma esclarecida sale con los borbotones de sangre por la honda herida que acaba de abrirle de par en par todo el pecho. Fenece tambien batallando en las primeras filas, como un leon bravío, Abdalá ben Said, el naib de Valencia, sobrino de Mohamed' ben Saib ben Mordanis, naib de Murcia. Se desalientan los Musulmanes de Murcia y Valencia con el malogro de caudillos tan sobresalientes, y á pesar del conato y arrojo heroico del wali Ebn Ayadh, tienen que cejar; ampara la noche con su oscuridad á los vencidos en la fuga, suspendiéndose así la matanza. Salvóse Ebn Ayadh con el resto de sus tropas, y algunos dicen que Ebn Hud, mal herido y desangrado, falleció aquella noche. Acaeció aquel descalabro de los Musulmanes el dia de djuma, 20 de schaban del año 540 (1145), diciendo otros que un sábado (1).

Tras la batalla, Abdalá el Thograi, con sus aliados, pasa á sitiar la ciudad de Murcia, donde se halla de naib Mohamed ben Mordanis, quien, lejos de esperarle, se encamina en su busca con la escasa jente de guerra que tiene; traban su refriega á la vista de la ciudad, y pelean con denuedo, mas quedan derrotados los de Mordanis por el número mas crecido de sus contrarios, pereciendo muchos á manos de los infieles que los van persiguiendo. Se salva Mordanis en su gran caballo, y se guarece con parte de los suyos en Lecant. Entra luego Abdalá el Thograi en Murcia, á principios de jdulhedja del año 540 (1145), esmerándose en cautivar el ánimo de los naturales con su agasajo y en realzar su partido con enlaces amistosos, mas no pudo, á pesar de su ahinco, estorbar la entrada de los cristianos en Murcia, muy á disgusto del vecindario. El walí Ebn Ayadh, rebosando venganza, estaba por las campiñas juntando tropas, ansioso de habérselas mas y mas con el enemigo. Por la parte del Algarbe continuaba Ebn Kosai sus conquistas desde Kalaat Mertula, dominando gran porcion del pais, y obedeciéndole los moradores. Noticioso de las prosperidades de los Almohades en Africa y de la muerte del rey Taschfyn en Wahran, envió enbajadores con cartas para el príncipe de los Almohades Abd el Mumen, informándole de las turbulencias de España, y como tenia él mismo ya sojuzgada gran parte de la Andalucía contra los Almoravides, tratándolos de herejes y ruines Musulmanes, mientras él protestaba atenerse á la doctrina de El Mahdy con la de Alghazali, y luego le prometia obediencia, brindándole con la entrada en Andalucía para señorearla, en términos que Abd el Mumen, pagado de su propuesta, lo nombró su walí de Algarbe en la segunda luna de rabieh del año 540 (1).

Por el propio tiempo el caudillo de los Almoravides Abu Zakarya ben Ganya, enterado del estado lastimoso de los negocios de sus reyes en Africa, se esmeraba en ir sosteniendo por Andalucía su planta ruinosa, así con la pujanza de sus armas como por la cordura de sus disposiciones; andaba por las provincias hermanando los pueblos y encargándoles la obediencia á sus soberanos lejítimos, y donde no bastaba la persuasiva, aplicaba oportunamente el rigor y la violencia. Iba pues manteniendo así la subordinacion en muchas ciudades principales, mas viendo que los rebeldes iban en aumento, y que los de la Axarkia y del Algarbe eran ya poderosísimos, entabló alianzas con los cristianos, y para debilitar á los partidos mas preponderantes, sembró zizaña entre sus caudillos, indisponiéndolos mutua y desventuradamente. Sabedor de que Hosein ben Kosai habia escrito á los Almohades poniéndose á su obediencia, y de que Abd el Mumen lo habia nombrado walí del Algarbe, avaloró la proporcion para encelar á sus parciales Mohamed ben Sid Ray y Omar ben el Mondhir. Decíales que debian desentenderse de su amistad y afanarse para sí mismos, puesto que Ebn Kosai ansiaba encumbrarse solo y empuñar el mando del estado, que las habia con la libertad de todos, y que estaba llamando á España á los bravíos Almohades, para renovar los quebrantos que habian padecido los príncipes y caudillos andaluces con la venida de los Almoravides, con la diferencia de que Yusuf ben Taschfyn aportó para desaherrojar á los Musulmanes de la tiranía de Alfonso, al paso que no le cabia alegar igual motivo laudable en disculpa de su aciago intento; que el ansia desenfrenada del mando supremo le arrebataba únicamente para atraer á España á los derramadores de la sangre musulmana en Africa; que era su ánimo tan solo desengañarlos, sin aspirar mas que á conservar sin desdoro el empleo honorífico de caudillo y de resguardo de la raya del Islam, siguiendo y perseverando por el rumbo del Señor hasta su muerte; pues tal era la gloria verdadera, y que allí se cifraba el rumbo para subir á la cumbre inaccesible de la felicidad inalterable. Alma bizarra y caballerosa era la de entrambos

(1) Conde, c. 38.

(1) Conde, c. 38.

adalides; moviólos la persuasiva de Ebn Ganya, y se avivó la llama competidora que nunca se apagara en sus pechos; prorumpieron en ímpetus de emulacion y desagrado contra Ebn Kosai, tildando altamente su gobierno y sus enlaces, parando por fin en rompimiento declarado, encaminando sus tropas contra él. Aquel walí, para escudarse contra aquellos amagos, pidió auxilios al tirano Ebn Errik, saheb de Colimbria (1), quien acudió prontamente á socorrerle, invadiendo juntos el pais de Bejar y de Mérida, donde estremaron los cristianos sus estragos. Marcharon contra él Mohamed Sid Ray y Ebn el Mondhir, trabaron reñidísimas escaramuzas, le precisaron á encerrarse en su fortaleza de Kalaat Mertula; lo cual ocurrió en schaban del año 540 (1145). Agasajó á los jinetes de Ebn Errik en su propartida con regalos de armas y caballos, y tenia consigo una especie de esclavo que disponia de sus jestiones á impulsos del bando contrario. Tiznábanle entretanto sus enemigos, y todo el pueblo le aborrecia, hasta el punto de no querer ya defenderle sus tropas, favoreciendo las empresas de cuantos se le oponian. Estos se aposentaron en la fortaleza de Kalaat Mertula, movieron una asonada, lo sitiaron en su alcázar de El Scharedjib, donde moraba, lo depusieron, y proclamaron á Mohamed Sid Ray, quien se posesionó del alcázar, lo cojió y lo encarceló en Medina Bejar. Entretanto Abdalá ben Ali ben Samail peleaba por él y sostenia su partido, logrando luego apoderarse de Bejar, desencarcelándolo, mientras Omar ben el Mondhir se guarecia en Sevilla.

Seguia empeñadamente la guerra en Africa entre Almoravides y Almohades. El meschuar de Marruecos, enterado de la muerte infausta del emir Taschfyn, proclamó á su hijo Ibrahim Abu Ishac, enviado allí poco antes por su padre desde Wahran, pues aprensivo y zozobroso con su estrella, dispuso que lo reconociesen por sucesor venidero y asociado al imperio. Ya como un mes antes del infortunio de Taschfyn lo habian reconocido todos los nobles de Lamtuna; pero su tio Ishac ben Aly se opuso al reconocimiento y á la proclamacion solemne como emir de los Almoravides, le negó la obediencia, y se hizo proclamar á sí mismo. No faltaron Almoravides nobles sostenedores de aquel partido desventurado en aquel descalabro del reino de Marruecos, como empujándolo mas reciamente á su esterminio absoluto, mientras Abd el Mumen, blandiendo siempre el alfanje, iba sojuzgando los pueblos y reduciéndolos á su obediencia. Así que con la toma de Wahran, donde estremó la matanza, ocupó la fortaleza de Mersalkibir, levantó el real y pasó á las cercanías de Tlemcen, la sitió, la asaltó repetida y desaforadamente y la tomó á viva fuerza tras largo sitio; y por haberse estremado en la defensa, se vengó degollando á cuantos se presentaron á su feroz soldadesca. Pavorosa fué la carnicería, pues refiere Isa que el número de los muertos en aquella jornada espantosa fué de cuatrocientos mil, que fenenció todo el vecindario al filo de los alfanjes, que saquearon la ciudad, y que siguieron los vencedores arrebatando y matando sin acabar de satisfacer su codicia insaciable y su crueldad bravía. Siete meses se detuvo allí Abd el Mumen, mas sin pérdida de momentos envió sus jenerales á sitiar á Medina Fez; ocuparon por capitulacion á Mequinez, y sentaron el real ante la ciudad grandísima de Fez. Un hijo del emir Aly, llamado Yahya Abu Bekr, era el gobernador, teniendo por amil ó intendente de hacienda á un caudillo aventajado de la Andalucía, del nombre de Abdalá el Djaeni, conocido por el de Abu Aly de Jaen. Defendia este valeroso caballero esforzadamente la ciudad haciendo salidas continuas y briosas con tropas selectas bien escuadronadas, que sobresaltaban sobremanera á los sitiadores y trababan escaramuzas sangrientísimas, afanando mas y mas á los Almohades. Abd el Mumen viendo que el sitio se iba dilatando y que el vecindario se defendia con sumo teson, dispuso un ardid estrañísimo, pero mas certero que todas las máquinas que estaba empleando sin fruto. Agolpó ramaje y troncos de árboles, formó un atajadizo poderoso para desviar el rio que promedia la ciudad (1). La disposicion natural del terreno favorecia el intento, pues la corriente se encajona por una angostura (2); detuvo pues el raudal con un murallon, resultando un pantano anchuroso, que vino á ser un brazo de mar navegable para bajeles crecidos. Levantadas las aguas á grandísimo desnivel, se derramaban por la campiña, formando nuevos cauces; y entónces Abd el Mumen zanja el malecon, y la oleada se dispara sobre los muros con pavoroso estruendo, y los derrumba y desencaja hasta los cimientos, volcando edificios, casas, puentes y cuanto hay cercano al rio. Era al amanecer, y aquella misma tarde debia celebrarse el despo-

(1) Se está tratando de Alfonso Henriquez, hijo del conde Henrique y de Teresa, hija de Alfonso VI y de Jimena de Muñoz, á quien saludaron rey de Portugal en la batalla de Urique en 1139.

(1) Conde, c. 39.

(2) Fodj, alfodj, garganta, camino entre dos montes, y por estension valle.

sorio del walí de la ciudad Yahya ben Aly con una beldad de quien estaba enamorado Abdalá el Djaeni, lo que le traia encelado y sañudo contra el príncipe; mas ni aun entónces faltó á su desempeño. Oye el estampido, percibe el terremoto, y se entera al golpe de que es el rio atajado antes, cuyo embate estrella ahora las murallas. Acude volando con su jente armada á las puertas mas cercanas, y sale con un cuerpo de caballería contra el enemigo desprevenido, mandando á la demás tropa que se coloque sobre los escombros y defienda los lienzos volcados del muro. La corriente impetuosa y profundísima ataja la entrada al sitiador, teniendo además que contrarestar el denuedo de El Djaeni, de modo que por entónces no logra Abd el Mumen el triunfo que esperanzaba. Arrebata el rio mas de mil aduares, algunas mezquitas y otros edificios grandiosos, con cuyo motivo son ya diarias las escaramuzas con éxito vario para unos y otros; pero El Djaeni trae el pecho mas y mas traspasado con el malogro de su amada, cuando una nueva afrenta le brinda con proporcion para dar vado á su ira zelosa y mal encubierta. Intenta Yahya residenciarle por cierta suma, requiriéndosela de contado; El Djaeni se desentiende con las urjencias de la defensa; se acaloran, se injurian y se propasan en términos que El Djaeni muda de inclinacion y se ajusta con Abd el Mumen para entregarle la plaza, como lo verifica, abriéndole las puertas en la siesta del miércoles 14 de djulkada del año 540 (1145), donde Abd el Mumen, caudillo de los Almohades queda proclamado. Huye el emir Yahya con su familia toda despavorida, y no para hasta llegar á Tánjer, donde se embarca para la Andalucía. Agasaja á El Djaeni el wazir Abu Djafar ben Atya, andaluz de Kamarola, aldea de Tartuscha, al oriente de la Andalucía, siendo ya wazir á los treinta y seis años, de modo que así él como su hermano Abu Akyl gozaban suma privanza con el emir de los Almohades por su consumada ciencia. Era Abu Akyl de veinte y tres años, y entrambos estuvieron favoreciendo en estremo á El Djaeni, quien compuso versos elegantes en alabanza de Abu Djafar, de cuya suerte hablarémos en adelante (1).

Al principio del año 541 (1146), á mitad de la luna de moharrem, entró Abd el Mumen por capitulacion en la ciudad de Aghmat, y tras la conquista de Fez, envió sus tropas á la conquista de Sale y de Mequineza, y diez mil caballos de los kabiles de Rukan, Mikilita, Zeneta y Kiznaya plantaron sus reales junto á esta última ciudad. Levantaron un malecon en derredor del recinto para imposibilitar las frecuentes salidas de los sitiados, dejando portillos, pero custodiándolos dia y noche con sumo esmero los Almohades, y por allí acudian á contrarestar al vecindario en amagando con alguna salida. Abd el Mumen activa los trabajos, mas viendo que el sitio se dilata, lo deja á cargo de otro con cuantos requisitos puede necesitar, y se marcha con sus caudillos principales á poner sitio á Sale; mas no bien asoma, cuando acuden los jeques de la ciudad y le juran obediencia. Poseia Sale una alcazaba fuertísima edificada por disposicion del emir Taschfyn ben Aly en un arrabal; mas era tan sumo el pavor que sobrecojió al vecindario, que se rindió á Abd el Mumen sin entablar la menor defensa.

Redondeada tan felizmente la conquista del Maghreb (1), ideó Abd el Mumen dos campañas para las cuales pertrechó colmadamente á su tropa de armas, caballos, abastos, máquinas y cuanto se requeria para la guerra. Dispuso que su jeneral Abu Amran ben Said, con seis mil caballos y doble infantería, atravesando el estrecho pasase á Andalucía, brindándole las turbulencias reinantes y sus guerras civiles con proporcion para avasallarla. Ya tenia habilitadas sus naves en Tánjer y Cezar Aljez para el embarque de sus tropas, y en la luna de djulhedja de 540 (1145), quedaron corrientes para el tránsito, que se efectuó venturosamente al fin de djulkada. Desembarcaron por las playas de Djezira Alhadra, y sitiando la ciudad (Aljeciras), la rindieron en breve, pues los Almoravides que la guarnecian, al verse desahuciados, trataron luego de su rendicion. Hallándose Abu Amran en el sitio de Aljeciras, acudió en su auxilio Hosein ben Kosai con una partida de caballería del Algarbe (2), y el Almohade le salió al encuentro, agasajándole luego con esmero; mas los Almoravides, por no ofrecerles afianzamiento alguno, ni serles posible el defenderse, hicieron desesperadamente una salida, arrollaron el campamento, se abrieron paso á lanzazos y se salvaron por fin en Sevilla. Entraron los Almohades en Aljeciras en la luna de moharrem del año de 541 (1146), y trataron amistosamente al vecindario, por cuanto no les habia opuesto resistencia. Marcharon luego contra Djebal Taric, que se rindió igualmente, y el ejército se encaminó sin

(1) Conde, c. 39.

(1) Kartasch el Saghyr, c. 45, p. 207 de la traduccion portuguesa.

(2) Conde, c. 40.

detencion á Jerez, plantando el real ante sus muros con el intento de sitiarlo, pero en aquel mismo dia salió de la ciudad su alcaide Abu el Kamr, de la esclarecida alcurnia de los Beny Ganyas, con cien jeques principales. Pasaron de paz al campamento de los Almohades, donde capitularon en nombre de todo el vecindario. Participó Abu Amran aquellas victorias y logros á su dueño Abd el Mumen, encareciendo la fina voluntad que abrigaban las tribus de Jerez á favor de su causa; y quedó el emir tan pagado con aquellas noticias, que escribió á los jeques y cadíes de Jerez manifestándoles su complacencia. Les concedia en su carta derecho de precedencia en las juntas jenerales de los Almohades, nombrándolos los precursores y adelantados de Jerez, disponiendo que despacharia sus negocios y demandas, tanto en su consejo de diez como en el de cincuenta ó de setenta, antes que lo perteneciente á los demás pueblos; prerogativa que se les conservó mientras duró la dinastía de los Almohades (1).

Continuaba entretanto la guerra civil por la España meridional; y Ebn Ayadh, noticioso de la entrada de Abdalá el Thograi en Murcia y de la victoria que habia alcanzado bajo los muros mismos contra su naib Mohamed ben Saib, ardiendo en afan vengativo, agolpó tropas de Valencia, Lorca y Alicante, y marchó á Murcia en busca de su enemigo. Al asomar la hueste de Ebn Ayadh, el vecindario, incomodado con El Thograi por haber traido con sus tropas un cuerpo de auxiliares cristianos, notició á Ebn Ayadh que le ayudaria para la toma del pueblo. Embiste luego denodadamente, toma las armas el vecindario contra los cristianos y los musulmanes de la España oriental, banderizos de El Thograi, los cuales sobrecojidos á nada se amañan, y quedan arrollados y vencidos por ambas partes. Abdalá el Thograi pelea valerosamente, pero con aquel trastorno y revuelta jeneral, se aleja de la refriega con algunos jinetes y auxiliares y trata de salvarse con la fuga, mas al salir por la puerta de Africa, le hieren desde las almenas el caballo de una pedrada, y asombrado este se arroja al rio con su dueño, á quien remata un tal Ebn Fedah, sin que sus acompañantes hagan alto ni atiendan mas que á su propio peligro. El matador le cortó la cabeza y se la llevó al caudillo Ebn Ayadh, cuya entrada en Murcia ocurrió con la muerte de El Thograi en el dia 7 de redjeb del año 541 (1146). Trató Ebn Ayadh muy espresivamente á los jeques de Murcia favorecedores de su bando, é indultó á los del partido contrario, pero sin dar cuartel á los cristianos prisioneros, pues los degolló á todos, y quedó segunda vez proclamado emir de Murcia y de toda la Scharkya.

(1) Conde, c. 40.

Mientras la guerra civil está así asolando la España, invadida ya por los jenerales del caudillo de los Almohades, este sojuzgado Fez con su provincia, se apersona de nuevo ante Marruecos, y emprende su sitio con grandísimas fuerzas. Era Marruecos á la sazon capital del imperio de los Molatsamynes, y ciudad populosísima y de suma entidad, siendo todavía niño el emir reinante (1), Ishac ben Aly, ocurriendo este sitio en 541 (1146). Acuartélase su hueste al poniente sobre un cerro, con cuyo motivo se plantea una poblacion donde se hospeda Abd el Mumen con su ejército, y descuella ya una mezquita. Se encumbra en gran manera el palacio de Abd el Mumen, y desde su cima está señoreando y presenciando los movimientos de su propia hueste. Redóblanse los asaltos á la plaza, y dura el sitio once meses, en los cuales suele la guarnicion hacer salidas y atacar á los sitiadores. Acosa el hambre al vecindario, escaseando sobremanera los abastos.

Estrecha Abd el Mumen mas y mas la ciudad, echando el resto en máquinas y torres contra sus murallas. El vecindario, en tan sumo desamparo, se come sus acémilas, y mas de cien mil personas de la plebe perecen de necesidad. El sinnúmero de cadáveres inficiona el ambiente con su hediondez; cuando un cuerpo franco al servicio de los Almoravides en Marruecos, que sirvió infinito al emir, aburrido con la prolongacion del sitio, se relaciona con Abd el Mumen pidiéndole tan solo la vida, y convenido con el príncipe, abre la puerta llamada de Aghmat. Entran de golpe los sitiadores con espada en mano y ocupan la plaza á viva fuerza; matan á cuantos se encuentran en su tránsito, llegan al palacio del emir de los Musulmanes, arrojan á Ishac y á todos los caudillos almoravides que se hallan con él (2). Trémulo Ishac está pidiendo la vida, echando bendiciones á Abd el Mumen y llorando; y entónces uno de los emires de Ishac, llamado Schatryn el Hadj (3), que está maniatado jun-

(1) Kamel el Tewarik, p. 355, y Ebn Abd el Halim (Kartasch el Saghyr) c. 45.—Conde (c. 40) le llama por equivocacion Abu Ishak Ibrahim ben Taschfyn. El sucesor de Taschfyn ben Aly no era hijo suyo, sino hermano.

(2) El autor seguido por Conde llama aquel palacio Kasr el Hidjar, el castillo de piedra. Tan solo allí, segun Ebn Isa, hubo alguna resistencia.

(3) *El Hadj* significa en arábigo *peregrino;* y es el dictado que usan los Musulmanes que han ido en romería á la Meca.

to á él, le escupe á la cara y prorumpe: «¿Estás ahí llorando por tu madre ó por tu padre? Revístete de espíritu, y muéstrate varon: ese hombre (Abd el Mumen) es de los que no temen á Dios, ni tienen asomo de relijion.» Se le abalanzan los soldados de Abd el Mumen, y lo matan á palos, siendo un valiente afamado; y luego ejecutan con Ishac otro tanto, á pesar de su tierna edad (1). Este asesinato ocurrió en 542 ó 543 (1148). Es Ishac el último príncipe de la alcurnia almoravide, cuya dinastía reinó setenta años, con cuatro emires, Yusuf, Aly, Taschfyn é Ishac (2).

Tenia Ishac un sobrino como de su edad, llamado Ibrahim ben Taschfyn, que luego aspiró á la soberanía, apropiándose y haciéndose tributar por algunos parciales el dictado de emir de los Musulmanes. Intenta Abd el Mumen indultarle diciendo: «Harta desventura es la suya, dejémosela llorar en un enciero perpetuo.»—«Cuidado, le contestan los wazires, con criar un leoncillo que luego te haga trozos:» y así quedó igualmente muerto. Cuéntase, dice Conde, que poco antes de esta calamidad, un alima llamado Abu Abdalá ben Verdi decia á sus familiares y amigos haberle parecido oir en sueños estos versos:

Engañado mortal, mezquino y triste,
Despierta de tu sueño; tus oidos
Oigan la voz del hado inexorable:
El eterno decreto lo dispuso,
Y en la tabla fatal está grabado,
En tabla de oro y letras de diamante
Cuanto Alá poderoso determina
Con voluntad eterna y permanente:
El cetro real de Lamtuna se rompe
En la cabeza de Ibrahim, y el triste
Paga en su tierna edad lo que pecaron
Los soberbios emires sus mayores.
De Dios es el imperio y la potencia,
Es eterno su mando, y no vacila
De su grandeza el soberano trono.

Entró Abd el Mumen, el mismo dia de la toma, en Marruecos, mas no quiso pernoctar ni detenerse, volviéndose á su atalaya, situada sobre un cerro llamado Djebal-Djelez; y desde allí fué coordinando sus disposiciones relativas á la nueva conquista. Permaneció allí dos meses, y haciéndose traer cuanta moneda y preciosidades se pudieron acopiar en Marruecos, las fué repartiendo entre sus Almohades con arreglo á los mandamientos del Alcoran. Colocó los esclavos cojidos con las armas en la mano por las haciendas de sus jeques principales, vendiendo mujeres y niños, sujetando á esta providencia á todos los Almoravides sin escepcion de edad ni de sexo. Indultó tan solo á una nieta del gran Yusuf, hija del emir Aly y hermana del último emir almoravide, y aun fué tan solo en consideracion á su marido Hewnan Ismar de Masufa, quien habia seguido el bando de los Almohades; por cuyo motivo le dejaron tambien sus haberes. Quedó la ciudad por tres dias cabales cerrada y como desierta, y luego la purificaron segun la doctrina del Madhy, arrasando sus mezquitas para edificar otras nuevas (1).

(1) Sucedia esto un sábado 18, ó el 12, segun Ebn Abd el Halim, del mes de schawal.

(2) Kamel el Tewarikh, p. 333 y sig.

(1) Conde, c. 40.

# CAPITULO SEGUNDO.

*Movimientos de los Almoravides en España.—Continúan los cristianos sus conquistas contra los Musulmanes.—Victorias de los Almohades por el Africa.—Hermosea Abd el Mumen á Marruecos.—Progresos de los Almohades en Andalucía.—Toman á Córdoba.—Embajada de los cadies, katebes y sahebes andaluces á Abd el Mumen.—Colejios y escuelas fundadas por Abd el Mumen.—Proclamacion de su hijo Cid Mohamed por sucesor suyo.—Continuacion de la guerra entre ambas facciones en Africa y en España.—Disposicion y marchas de sus huestes.—Abd el Mumen conquista á Bujía.—Pasa á España.—Su regreso á Marruecos.—Vuelve á España.—Su muerte.*

**DESDE 1146 HASTA 1163.**

En Andalucía el caudillo Abu Zakarya Yahya ben Ganya, auxiliado por Embalatur (1) de los cristianos, recobra á Baeza, sitia luego á Córdoba, sin que los partidarios de Hamdain asomen contra él, y entretanto la hueste de los Almohades sale de Jerez, trata de sitiar á Sevilla por mar y por tierra, al arrimo de los rebeldes del Algarbe, Hosein ben Kosai con Sid-Ray, quienes acuden allá con mucha jente suya. Los parciales de Hamdain, al par del vecindario, malhallados con los Almoravides, favorecen á los Almohades, quienes hacen su entrada un miércoles 12 de schaban de 541 (1146). Los Almoravides de la guarnicion, recelosos de la venganza popular y del enfurecimiento de los Almohades vencedores, huyen hácia Carmona, y á la madrugada suena ya la khothbah ó rezo por Abd el Mumen en todas las mezquitas de la ciudad, mientras se le está rindiendo Málaga á instancia del alcaide El Hakem ben Hasnun. Van tomando los cristianos auxiliares de Ebn Ganya las fortalezas de Andujar, Baeza y otras, mientras el mismo Ganya sigue estrechando á Córdoba hasta el punto de precisarla á capitular; tan solo el primer dia logra enfrenar á los auxiliares para que no entren desde luego en la ciudad, pero á la madrugada, que era al fin de schaban, se internan los infieles y atan sus caballos en la grande Aljema, profanando además con sus manos el muschaf, tan custodiado allí, del califa Otman ben Afan, traido de Siria por los Beny-Omeyas, preciosidad que Dios no consintió feneciese en sus manos (1). El vecindario estuvo padeciendo tropelías violentísimas mientras permanecieron los cristianos en la ciudad, aunque breve el plazo; pues noticiosos de que los Almohades habian entrado en Jerez Sidonia y Sevilla, celebraron consejo, así Musulmanes de Ebn Ganya y Almoravides, como cristianos del Embalatur, y acordaron unánimes que era del caso retirarse todos á sus respectivos paises, para juntar mas y mas tropas, y echar el resto de sus fuerzas contra los Almohades. El Embalatur Aladfuns ben Remund, como dicen los Arabes, queria conservar la ciudad de Córdoba, mas Ebn Ganya recabó que se contentase con Baeza, mas fronteriza de Toledo; ¡asi Dios nos la devuelva! Convenidos así, la tropa de Alfonso salió de Córdoba, y el conde El Hanrik permaneció en Baeza como walí por los cristianos. La plebe de Córdoba, malquista con Ebn Ganya por sus intimidades con los cristianos, y estando allí el caudillo Mohamed ben Omar, se declaró por él, apeteciéndolo para amil, sin que se opusiera Ebn Ganya por condescendencia; pero Mohamed ben Omar, hecho cargo de la insubsistencia del aura popular, aunque temeroso por otra parte de que Ebn Ganya lo tuviese por desaire, se avino á sus instancias y al afan del vecindario; mas

(1) El Embalatur es el emperador, *imperator*, refiriéndose á Alfonso VII, rey de Castilla.

(1) Se trata de la copia del Alcoran, escrita de la propia mano del califa Otman ben Afan, tercer sucesor de Mahoma.

á los doce dias de proclamado, manifestando su intento á Ebn Ganya, desapareció de la ciudad, dejando una manifestacion escrita de propio puño, en la cual se despedia del consejo y del ayuntamiento de Córdoba, sin esperar, decia, á que la rueda voltaria de la fortuna lo despeñase de la cumbre de un mando espuestísimo, añadiendo que iba á servir de voluntario en el ejército que estaba guerreando en el Algarbe contra los rebeldes del partido de Abu Mohamed Samail ben Wazyr. Quedó herido y prisionero en una refriega, y conociéndolo le llevaron al rebelde, quien desentendiéndose de sus antiguas relaciones, lo cegó y encarceló estrechamente, hasta la entrada en Bejar de los Almohades, quienes le dieron libertad; pasó de allí á Sale, donde murió en 558 (1163).

En la parte meridional de España, el caudillo Ebn Ayadh seguia acosando al partido de El Thograi, y enfrenando á los cristianos, que se esmeraban en ir ensanchando sus conquistas por la parte de Murcia, con incesantes correrías sobre la raya. Sale con un cuerpo de caballería para recorrer el pais y contrarestar los embates del enemigo, como tambien los de una cuadrilla de revoltosos de la alcurnia de los Beny Djomayl, que moraban por el término de Ukles; y al transitar de noche por una angostura á la falda de un cerro, los enemigos fueron arrojando contra los suyos ya peñascos, ya dardos, y Ebn Ayadh salió herido de tal gravedad que tan solo vivió un dia despues, pasando á la misericordia de Dios en la fiesta de djuma, 22 de rabi-el-awal de 542 (1147). Vengaron sus acompañantes justicieramente su muerte, y fué su único consuelo. Llevaron á Valencia su cuerpo muy amortajado en un cófre riquísimo; y fué llorado de todo el vecindario y enterrado con sumo boato. Era caudillo valeroso y defensor siempre esforzado de la raya musulmana, dadivoso en estremo, habiendo mandado tan solo dos años, nueve meses y veinte dias.

Proclaman presurosos los Valencianos por su walí á Abu Abdalá ben Said, en cumplimiento de la disposicion de Ebn Ayadh, sucediendo otro tanto en Murcia, pues con la noticia de su muerte reconocen por walí á su naib Aly ben Obeidalá el Hasan, á quien el mismo Ebn Ayadh habia dejado con aquel cargo á su propartida para la espedicion de Ukles. Sigue con aquel gobierno Odeidalá hasta que llega á Murcia Mohamed ben Said el Ghazami ben Mardanis á fines del mes de djumada. Obeidalá le sale al encuentro y le dice: «Ya sabes, señor, que por ti entré en este pueblo, lo guardo para ti; tuyo es.» Con lo cual queda proclamado en el mismo dia El Ghazami (1). Su yerno Ebn Hamsek, gobernador de Segura y su naib en Valencia, quien le merecia suma privanza, acude á visitarle y saludarle, y acabadas las grandísimas funciones, se vuelve El Ghazami á Valencia, dejando en Murcia por walí al yerno Ebn Hamsek, quien coloca de gobernador en Segura al caudillo Ebn Suar, haciendo sus veces, y aquella partida de El Ghazami ocurrió en el mes de redjeb de 542 (1147).

Los cristianos, al arrimo de los Musulmanes parciales de Ebn Ganya, de los descontentos de Murcia y del partido de Beny Hud, se entrometen por el pais con crecidas tropas rayanas, talan sus campiñas, arrebatan rebaños y marchan sobre Almería. Acude el Embalatur Aladfuns como caudillo de los cristianos con infinidad de jinetes é infantes que cubren cerros y vegas. Apenas basta el agua de manantiales y riachuelos para su consumo, como igualmente la yerba y las plantas para tantísimas acémilas y caballos. Estremécense resonando las lomas con sus pasos, acompañando tambien las tropas por adalides el cónsul Ferdeland de Galicia, el conde Radmiro, el conde Armergudi, con otros caudillos de El Frank y de las fronteras cristianas; llega por mar el conde Remon con muchas naves, y sitian el pueblo por agua y por tierra, de modo que únicamente podian entrar las águilas. Desabastecidos los Musulmanes y faltos de todo arbitrio, capitulan y se rinden al Embalatur, salvando tan solo la vida, á fines del año de 542 (1147) (2).

En Andalucía, el caudillo Ebn Ganya, causador de todos sus quebrantos, sigue recorriendo campos y sojuzgando pueblos, y se esmera en aplacar el descontento y encono de los naturales con sus agasajos y finezas, conservando en sus empleos á los alcaides que propenden al partido de Hamdain; como lo hace con Abu el Kasem ben Edris de Ronda, el cual habia sido secretario de Hamden y su almojarife en Córdoba, sirviendo siempre á su amo con suma lealtad; mas no permaneció en el gobierno de Ronda su patria, por cuanto Abu el Ghamri, alcaide de Arcos, opuesto á los Almohades y á los alcaides de Jerez y de Sidonia (3), se posesiona de él á viva fuerza; y el vecindario de Ronda, descontento con el gobierno de El Kasem, favorece al alcaide de Arcos para entrar en el pueblo,

(1) El dia primero de la primera djumada del año 542.

(2) Conde, c. 41.

(3) Esta frase incidente puede referirse en el orijinal igualmente á El Kasem.

sin cuyo arrimo no podia tomarlo, pues Ronda estaba muy fortificada de suyo por la situacion, y luego por su alcazaba, conceptuada de inespugnable. Dicen algunos que huyó El Kasem de Ronda, y otros que lo cojió El Ghamri y lo soltó luego con su mujer y familia, que se refujió en Málaga y en casa de Abu el Hakem ben Hasan, de donde pasó á Marruecos, se avecindó y permaneció junto á Merwan Abdelaziz, que habia sido walí de Valencia. Ebu Taher de Tadmir y algunos otros sahebes de Andalucía, apeados de sus reinecillos por el vaiven de su estrella, disfrutaban allí la privanza del wazir Djafar ben Ayadh, juntándose todos por la noche en la tertulia del wazir, entreteniéndose con cuentos amenos y poesías elegantes. Colocóse luego El Ghazami en Sevilla por cadí, por influjo de aquel sabio Djafar, permaneciendo muy conceptuado hasta su fallecimiento en 561 (1166).

Apoderado Abd el Mumen de Marruecos, todas las tribus de los Mosomedáes le envian diputados para tributarle juramento de obediencia, señoreando ya el Maghreb sin disputa, hasta que se levanta contra él, en 542, un rebelde en Sale, llamado El Masty, y que se apellidaba El Hady. Su verdadero nombre era Mohamed ben Hud, y era blanqueador de oficio en Sale, siendo su padre bajillero. Predicando contra Abd el Mumen, á quien habia prestado juramento y servido en la toma de Marruecos, consigue ir alborotando los vecindarios contra él. Se apodera al pronto del pais de Temisna y de la mayor parte del de los Mosamedáes, y va juramentando las tribus, quedando tan solo á Abd el Mumen la llanura despejada donde descuella Marruecos. Abd el Mumen envia contra él al jeque Abu Hafs, uno de los diez compañeros del Mahdy, con una division crecida de Almohades. Sale Abu Hafs de Marruecos el primero del mes de djulkada del año de 541. Abd el Mumen salió con él de la ciudad para conducirlo ceremoniosamente hasta que llegó al Tensist (rio de Marruecos (1)), donde lo despidió y dijo á Dios, al modo de los primeros califas, entonando la plegaria por el éxito feliz de sus armas. Abu Hafs marchó en busca del rebelde El Masty, al pais de Temisna, trabó con él varias peleas lidiando en una con su caudillo á quien mató con su propia mano, á poco mas de un mes de su partida de Marruecos, en djulhedjá del mismo año; con cuyo motivo los Almohades lo apellidaron esclarecidamente Saif Alá, la espada de Dios, que cupo allá á Khaled ben el Walid, vencedor de Damasco, y uno de los compañeros del profeta. Volvió entónces Abd el Mumen sus armas contra las tribus de Belid Dukela, que podian apronlar hasta veinte mil jinetes y mas de doscientos mil infantes, pero estaban todos mal armados, y los arrolló fácilmente, precisándolos á orillarse sobre la costa del mar, donde por fin se escuadronaron en batalla y echaron el resto de sus fuerzas en la vanguardia, conceptuando que Abd el Mumen los embestiria de frente con su caballería y sus ballesteros; mas éste se valió del ardid de encubrir su caballería y luego arrojarla sobre el costado enemigo; el cual tratando de jirar con sus escuadrones, los desbarató, y Abd el Mumen los arrolló rematadamente. Sostuvieron no obstante por un rato el cerro que tenian ocupado, mas tambien se les lanzó de aquel punto persiguiéndolos hasta el mar, donde los mas fenecieron ahogados ó á lanzazos. Quedaron las mujeres cautivas, con caballos y camellos, y fué tal el sinnúmero de niños, muchachas y mujeres que pararon en manos del vencedor, que una cautivase feriaba por cualquiera monedilla (1).

Llegan á la sazon los diputados de Sevilla á Marruecos, y se juramentan por todo el vecindario. Eran el cadí Abu Bekr Muschafyn, los katebes Abu Bekr ben Murber, Abu Bekr ben Djyd, Abu el Hasan el Zahrawy, Abu el Hasan ben Sahib Salat, célebre historiador, con otros jeques y prohombres de aquella ciudad; y como se halla Abu Hafs guerreando con El Masty, permanecen toda la temporada (cerca de año y medio, dicen) tras el emir de Marruecos, sin lograr audiencia, hasta hallarle en Mosala, el dia de la festividad de las víctimas (Id el Adhea); habla entónces el cadí Ebn el Araby por todos, y deja al emir pagado de su elocuencia, quien le franquea la dignacion de ir á visitarle cuando quisiera. Conversa repetidamente con él, haciéndole largas preguntas relativas á El Mahdy, si le habia tratado estudiando en Bagdad, y asistido con él á la enseñanza del iman Alghazali; le contesta el cadí que no, pero que varias veces habia estado oyendo al iman Alghazali, quien anunciaba del Mahdy que era el hombre cuya venida habia predicho el profeta para el Occidente. Tambien le preguntó Abd el Mumen si habia cido decir que El Mahdy hubiese recibido de su maestro Alghazali el libro de los proverbios de Aldjifr, con otros varios coloquios sobre ciencias y literatura. Recabada la contestacion favorable á la embajada, con muchas regalías para

(1) Corre el Tensist como á dos leguas de Marruecos.—Passa sei miglia discosto da Marocco, dice Leon Africano, un grand fiume, il quale è appellato Tensist.

(1) Dice Yahya que se vendia una mujer por un dirhem, y un niño por la mitad.

la ciudad de Sevilla, se despiden los enviados para regresar á Andalucía; pero el cadí Ebn el Arabi enferma, se agrava y fallece; se le entierra honoríficamente en el Aldjebannat ó Makbora de Fez, volviéndose los embajadores en la segunda djumada del año 543 (1148). El emir Abd el Mumen, con los tesoros del emir Aly, hijo de Yusuf, y las riquezas de Lamtuna, que eran imponderables (no hay lengua que alcance á referirlas y contarlas), trata de reponer la ciudad, edificando mezquitas y colejios. En el ámbito del Alcázar, llamado Dar el Hidjar (la casa de piedra), construye una mezquita muy superior en todo á la antigua, situada en la parte baja de la ciudad y fundada por el emir Aly. Ejecuta despues en la mezquita tránsitos y galerías de construccion peregrina y reservada, por donde entra y sale sin ser visto por las bóvedas grandiosas de comunicacion con el alcázar: tambien le presentaron un minbar ó púlpito de labor asombrosa, y cuyas piezas eran todas de madera aromática de sándalo encarnado y amarillo, con los cantos, clavos, rodajas, tornillos y clavijas de oro y plata de esquisita labor. Se hizo construir igualmente una maksura movible sobre ruedas para llevarla á donde se ofreciese y capaz de contener hasta mil personas. Tenia seis costados ó brazos colocados sobre gonces, dispuestos, al par de las ruedas, de forma que no sonasen con el movimiento, pudiéndose subir ó bajar á discrecion. Toda esta maquinaria estaba depositada en la capilla por donde entraba el emir en la mezquita; tenian ambas piezas una hechura jeométrica, de modo que se movian igualmente con solo descorrer las cortinas de alguna de las puertas ó entradas por donde el emir solia acudir los viernes al rezo; y entónces la maksura y el minbar, cada uno por su rumbo, iban saliendo pausada y majestuosamente, levantando al compás sus brazos, hasta colocarse en sus respectivos sitios de la capilla principal, teniendo el minbar un mecanismo que, al subir el kateb ó predicador las gradas, se abria la puerta, y luego en habiendo entrado, se cerraba sin que se viese ni oyese el movimiento de aquellas máquinas; y el emir con la guardia y la familia subia á la maksura y se retiraba siempre del mismo modo. Llamábase el diestrísimo artista de aquellos inventos El Haas Yahysch el Malaghy (de Málaga); siendo no solo sumo maquinista, sino grandísimo arquitecto, y fué el constructor de la fortaleza de Jebaltarik por disposicion de Abd el Mumen. Celebró el kateb Abu Bekr ben Murber en una larga kaside de versos elegantes el artificio asombroso de aquellas máquinas. Dice así:

«Venturoso para siempre
Has de ser en ese alcázar
Del príncipe jeneroso
Que naciones mil abarca.
Opulencia peregrina
Y suerte escelsa te aguarda,
Al par de tantos artistas
Y sabios cuyas moradas
Resplandecen con los dones
De su largueza inexhausta.
«Campea el ínclito invento
De la máquina animada
Que por sí sola se mueve
Como criatura humana;
Y al par verás una puerta
De entendimiento dotada,
Que el augusto poderío
De su dueño tanto acata,
Que al acercarse, rendida
Le franquea libre entrada,
Y á sus nobles y wazires
Con igual muestra agasaja;
Y aun mas descuella aquel parto
Sin par de la maquinaria,
Que de suyo á recibirle
Con esmero se adelanta,
Y mas y mas se le arrima,
Y al ver que se va, se aparta
Con grandioso señorío
Y con majestad pausada.
Garboso es su movimiento
Y su forma linda y varia,
Pareciéndose á la luna,
Cuando en carroza de plata
Se pasea del empíreo
Por la bóveda azulada.»

Planteó Abd el Mumen fuera de la ciudad un verjel primoroso de una legua cuadrada, con frutales hermosísimos de todas especies á cual mas esquisita. Para su riego encañó el agua desde Aghmat, derramándola por vistosos surtidores. Refiere Isa como, hallándose en Marruecos en 543 (1148), se arrendó el producto de la aceituna de aquella huerta en treinta mil doblas al Muminis, y que se conceptuaba el arriendo muy barato.

En el mismo año, el rey de Sicilia Rojer se apoderó de Mahadya, de Sitakis, de Bona y de algunos otros pueblos, mientras Abd el Mumen estaba entrando en Sedjelmesa por capitulacion, y volviendo luego á Marruecos, salió despues para guerrear con los Bargawates. Desmanes padeció Abd el Mumen al pronto en aquella guerra; mas luego le vino la vez, y esgrimió la espada sobre sus cervices tan pavorosamente, dice

Ebn Abd el Halim, que de todas sus tribus tan solo vinieron á quedar los muchachos de menos de catorce años. El vecindario de Ceuta se sublevó á la sazon contra los Almohades, con quienes poco antes se habia juramentado, entregándoles su castillo, y á impulsos del cadí Ebn Ayadh, el pueblo alborotado se abalanzó de improviso contra la guarnicion, degolló á cuantos pudo alcanzar y quemó vivos á los principales. Embarcóse el cadí Ayadh y pasó á España para juramentarse en manos del jeneral Ebn Gania, quien le facilitó tropas mandadas por el valeroso capitan El Sakarawy, y volviéndose Ebn Ayadh á Ceuta, el vecindario proclamó al walí Ebn Gania, se le juntaron los Bargawates y marcharon contra Abd el Mumen. Se encuentran, batallan, y Abd el Mumen los arrolla y derrota, matando la mayor parte y haciéndoles infinitos prisioneros. Huyó El Sakarawy, parando en tributar su rendimiento á Abd el Mumen, pidiéndole cuartel y rogándole que lo recibiese bajo su obediencia; le indultó Abd el Mumen; acudió á su dignacion, y lo reconoció con juramento por su señor. Noticiosos ya de todo los de Ceuta, se dan por perdidos, y envian mensajeros para echarse rendidamente á sus plantas y pedirle mil perdones. Oyelos complacidamente el emir, los perdona, como tambien á su cadí Ayadh, enviándolo, para afianzarlo mejor, á Marruecos, y arrasando los muros de Ceuta para precaver nuevas rebeldías. Conquista en aquel mismo año la ciudad de Meknesa, tras un sitio de siete años, tomándola por asalto un miércoles 3 de djumada-el-awal de 543. Queda arruinada, matando á casi todo el vecindario, y quitando á todos indistintamente el quinto de sus haberes.

Los Almohades en aquel mismo año sitian á Córdoba, y la rinden luego por capitulacion de su walí Yahya ben Aischa, que está mandando por Ebn Gania. Se posesiona al punto de ella el jeneral de los Almohades, haciendo el rezo de la khothba por el emir El Mumenin Abd el Mumen, en la mezquita mayor, purificándola segun el rito de El Mahdy. Entre las preciosidades que el caudillo por Abd el Mumen acopió y envió á su dueño, ninguna le fué mas halagüeña que el precioso Muschaf ó Alcoran, escrito por entero de puño de Otman ben Afan, tercer sucesor de Mahoma. Los kalifas omíades de Oriente habian estado largo tiempo atesorando aquel volúmen, trayéndolo luego á España, como ya se ha visto, Abd el Rahman I.°, quien lo habia regalado á la mezquita mayor de Córdoba. Abd el Mumen y sus sucesores lo conservaron luego esmeradamente en su tesoro, chapándolo de oro con realces de diamantes; y en saliendo á guerrear, un camello galanamente enjaezado llevaba por delante el libro sacrosanto en una cajilla revestida toda de tisú. Desesperanzado Ebn Gania de atajar el ímpetu de los Almohades con las únicas fuerzas que tiene en su mano, acude al arrimo de su amigo El Embalatur, rey de Toledo, y El Adfuns le envia alguna caballería mandada por el conde El Marrik. Con aquel refuerzo y sus Almoravides marcha en busca de los Almohades, y por cuanto el adalid Yahya anda desalentando á sus valientes, encareciendo el denuedo y maestría de los jinetes almohades, no puede Ebn Gania reportarse, tira de su alfanje y le cercena la cabeza de una cuchillada, esclamando: «Esto es lo que yo debia hacer antes de encargarte la defensa de Córdoba.» Trabó en Jaen varias escaramuzas con éxito vario, hasta que los Almohades, dueños ya de Carmona, agolpan todas sus fuerzas, se internan por la vega de Granada y la van talando. Quiere el caudillo Ebn Gania formalizar una refriega, que es sangrientísima, de la cual sale herido de repetidos lanzazos que le horadan las armas, y fallece de sus heridas el viernes 21 de schaban del año 543 (1148) (1); lo entierran en Cazbe Baz y en la Makbora de Badis ben Habus, saheb de Granada. Lloráronle los parciales de la dinastía de Yusuf como el postrer Almoravide; y habia sido el trabador de la tremenda batalla de Fraga y el matador del prohombre de sus reyes, el Satanás de la infidelidad, El Adfuns, rey de entrambos reinos (2). Habia no obstante Ebn Gania empañado su nombradía para con los verdaderos creyentes por sus alianzas con los cristianos en la guerra civil (de Alfitna) que estamos historiando.

Tomó Abd el Mumen la ciudad de Jaen durante el mismo año, rezando desde luego la khothba en su nombre; y al principio de 544, sus Almohades se apoderaron en Africa de la ciudad de Melyana, pero luego en la Temisna se levantó un rebelde llamado Ebn Tamarkid, con quien se juramentaron los Bargawates y una porcion de tribus africanas; y aunque anduvo por algun tiempo guerreando con los Almohades, por fin lo vencieron y mataron con otros muchos Africanos, llevando su cabeza á Marruecos. En 545, el emir el Mumenin Abd el Mumen, habiendo pasado á Sale, hizo encañar el agua dulce de la fuente de Ghabula por Rebat el Fatah, recibiendo allí de Andalucía una embajada como de quinientos jinetes, fakihes, cadíes, katebes, jeques y alcaides, y los recibió antes el wazir Abu

(1) El Abar dice el 10 de schaban, un juéves.

(2) De Castilla y de Aragon, por lo menos segun sus pretensiones.

Hafs, con el wazir y fakih secretario de estado Abu Djafar, hijo de Atya, y los jeques de los Almobades, que les salieron al encuentro hasta cerca de una legua de la ciudad. Tras de hospedarlos y agasajarlos espléndidamente, les dieron banquetes suntuosos, y luego fueron admitidos á la presencia del emir de los fieles el 1.º de moharrem de 546 (1151). Abu Djafar hizo seña á los diputados de Córdoba paraque se adelantasen, y su cadí Abu el Kasem manifestó el estado de aquella ciudad. Abu Djafar se esplayó luego acerca de los asuntos de España, en apoyo de cuanto esponian los embajadores, como recien apeado de Andalucía é ido por encargo de Abd el Mumen para arreglar el gobierno de Córdoba recien conquistada, y posesionar al cadí de la mezquita mayor, Abu el Kasem, y así pudo enterar al emir del estado de aquel pais. «La capital de España, le dijo, centro del Musulmanismo, se halla sitiada y asaltada por el tirano Aladfuns (¡á quien Dios anonade!); talada horrorosamente está su campiña, y quemadas sus aldeas con incesantes correrías. Si te avienes, señor, á que Córdoba se pierda, desalentados quedarán aquellos Musulmanes que con tantísimo teson la están defendiendo; esperanzados viven todos de que has de acudir en su auxilio, aventando de sus alderedores á los enemigos del Islam; levantando están todos sus ojos hácia ti, como á una cumbre de donde aguardan arrimo y resguardo positivo; no burles pues tan grandiosas y fundadas esperanzas.» Otro tanto vino á decir Abu Bekr el Djyd en una breve y espresiva súplica, oida por Abd el Mumen atenta y complacidamente, y así contestó con agrado, ofreciendo su proteccion, y mandándoles regresar en seguida para afanarse eficazmente en la defensa de su patria.

Al rayar el año de 546, Abd el Mumen, que dió en apellidarse Abu Mohamed, salió á campaña para la Ifrikya, con ánimo de conquistar á Bujía, marchando hácia Sale, y dejando á Abu Hafs por gobernador en Marruecos. Se detuvo en Sale dos meses, y luego pasó á Ceuta, aparentando querer ir á España, y así despidió luego á los nuevos embajadores de Sevilla y Córdoba para encaminarse hácia el Oriente. Llegado á Kasr-Abd-el-Kerim, pasó reseña á sus tropas, les fué repartiendo sumas cuantiosas, y les mandó que se surtiesen de todo lo necesario; luego tomó otro rumbo, dejando la ciudad de Fez á la derecha; siguió hasta el valle del Molaya, y despues á Tlemcen, donde se detuvo y publicó la órden siguiente: «Tropas mias, quien quiera de vosotros que hable ó denote adonde vamos, perderá su cabeza.» Fué así caminando con su hueste hácia Budjeya con suma diligencia y reserva. Tomó á Arjel al paso sin la menor oposicion, dió cuartel al vecindario, y su comandante salió para Budjeya, en donde dió á Ebn Hamad, su saheb, cuenta de la novedad de la ida de Abd el Mumen, dejándolo atónito y despavorido. Llega el emir á la plaza, halla las puertas abiertas por Abu Abdaá ben Maymun, apellidado Ebn Hamdun, y entra, al paso que Ebn Hamad huye á Constantina en djulkada de 547. Destaca Abd el Mumen parte de la tropa en su alcance, con encargo de sitiarlo y atajarle todo abasto y auxilio de tropa; y lo estrecha en tal estremo que no puede menos de entregar á Constantina y rendir su misma persona á discrecion. Se volvió luego Abd el Mumen á Marruecos llevándose prisionero al saheb destronado Aziz Billá ben Hamad de Sanhadja, á quien regaló desde su llegada una casa magnífica con haciendas grandiosas que le proporcionasen el vivir segun su jerarquía. Se dice sin embargo que su cabeza padeció algun destemple en aquel semi-cautiverio, á pesar de la privanza que gozaba con el emir. Era su recreo predilecto, muy propio de un Sanhadjita, la caza de fieras, esmerándose, con visos de obligacion, en ofrecer á Abd el Mumen parte de los leones, tigres y panteras que cojia en redes de hierro con peregrina maestría.

Arreglados los asuntos de Ifrikya y colocado por walí el jeque Abu Mohamed, Abd el Mumen se volvió á Marruecos, realzándola mas y mas con mezquitas y colejios, y planteando enseñanzas de ciencias y de esgrima y picadero para que la juventud se adiestrase en la milicia, así como los cadíes paraban en literatos y gobernadores de pueblos y de provincias enteras. Convocó en los colejios para su educacion á los muchachos de las familias mas nobles de Mosamedá y de las demás tribus súbditas, hasta tres mil niños de la misma edad, de modo que venian á parecer nacidos todos en un propio dia; los llamaban hafites y tambien talbes, porque estudiaban y aprendian de memoria la mueta, que era como la suna del Mahdy, con otro libro titulado kazema yutlabú (1). Al ir el emir al rezo, hacia que se le presentasen los hafites y le repitiesen cuanto sabian, estimulándoles así al estudio para que se instruyesen y aprontasen salida y consejos oportunos para todo. Los hacia ejercitar un dia á la semana en el manejo de armas y de caballos, corriendo y jugando á su presencia con la lanza y demás recreos y ejercicios caballerosos. Otro dia de la semana se les adiestraba en tirar el arco y la ballesta y desembrazar chuzos y dardos; otro

(1) Conde, c. 43.

dia se les avezaba á nadar, para lo cual se dispuso en la huerta una alberca grandiosa á manera de mar con trescientos pies de ámbito; les hacia tripular embarcaciones, pelear, abordarse, para lo cual habia construido bajeles crecidos en forma de fragatas, algunas de su invencion y de planta estraña y desconocida; y así tenian la semana entera embargada en aquellas tareas, con su dia determinado para cada una. Solia estimular á sus jóvenes con premios para los sobresalientes, y luego regalos y alabanzas al denuedo y al pundonor, salpicados de advertencias cariñosas, incitándolos siempre mas y mas y enardeciéndolos en el afan de campear y merecer su aprecio. El gasto de todo el establecimiento corrió á cargo de su tesoro particular, costeando igualmente las armas y los caballos. Habia entre los hafites hasta trece hijos del emir, que no eran de los menos aventajados entre sus compañeros. Manifestó Abd el Mumen que era su ánimo encargar todos los gobiernos á estos mozos cuyos padres viviesen, dejando los ancianos para consejeros suyos, para auxiliarles con sus advertencias y su dilatada esperiencia. Rogaron los jeques y los nobles al emir que diese á sus hijos los gobiernos principales; mas no quiso, aunque despues con sus instancias encarecidas lograron que así lo hiciese. En aquel año de 546 (1151), pasó Abu Hafs á España por encargo de Abd el Mumen, con crecida hueste de Musulmanes almohades, acompañándole Cid Abu Said, hijo del emir el Mumenin, con ánimo de emprender un ghazwat contra los cristianos.

Traia principalmente recomendada la empresa de arrebatar Almería de sus manos, para lo cual trajeron un sinnúmero de naves, y aun fragatas, á fin de estrechar el cerco por mar y por tierra. Van allá, formalizan denodadamente el sitio y echan el resto para reducir el vecindario al mayor estremo. Ciñe Abu Said su recinto con un malecon que solo franquea paso á las águilas; pero habian pedido los cristianos auxilio al rey Aladfuns, quien ejecutivamente envia sus jenerales al socorro, y va con ellos Ebn Mordanisch con hueste crecida de á pie y á caballo, mas no logran precisar á los Almohades á levantar el sitio, ni aun acercarse á la ciudad, ni siquiera al malecon de Ebn Said. Entónces los cristianos alzan otro espaldon elevado y fuertísimo, que cerca el de Abu Said, y diariamente, con motivo de estorbar ó emprender la obra, se están trabando reñidísimas escaramuzas donde campean proezas portentosas entre los valentones de ambos ejércitos, hasta que desahuciados de vencer á Cid Abu Said, Ebn Mordanisch y los cristianos levantan el campo, desviándose sus tropas para ya nunca reincorporarse. Pasan de allí á sitiar las ciudades de Ubeda y de Baeza, de donde los Almohades habian arrojado á los cristianos que las custodiaban, quienes las habian saqueado en tiempo de Ebn Gania, en la espedicion que hizo el rey Alfonso para auxiliarle, y en la cual fué talando y asolando la Andalucía por tres meses, hasta que aburridos y malparados con los sobresaltos y escaramuzas que sin cesar les repetian los Musulmanes, se retiraron vencidos á la raya. Siguió Cid Abud Said sitiando á Almería por larguísimo plazo, por el poderío de la plaza, como verémos, mientras en Africa tuvo Abd el Mumen que acudir á enfrenar asonadas por Bujía y Medina Kintala, y en estando todo aplacado, fué colocando talbes de los Almohades para gobernar en su nombre. Envió él mismo en el año siguiente en busca de Ischaltyn, de la alcurnia del Mahdy (koraib el Mahdy), que ostentaba ínfulas de nuevo imanato. Lo prendieron y llevaron aherrojado de Ceuta á Marruecos, y le colgó aspado sobre la puerta de Marruecos, y en seguida se fué á Tynmal para visitar el sepulcro de El Mahdy. Repartió cuantiosas limosnas al vecindario, reedificando además y engrandeciendo la mezquita catedral. Pasó luego á Sale hasta fines de 548, y al principio del siguiente confirió la futura del imperio á su hijo Mohamed, en cuyo nombre dispuso que se hiciese la khothba á su fallecimiento. Confirió tambien á sus hijos en aquel mismo año el gobierno de las ciudades principales del Maghreb, dando el de Tlemcen y sus dependencias á Cid Abu Hafs, acompañándole Abu Mohamed Wyldayn, y llevando por secretario al fakih Abu el Hasan, quien lo fué despues de los dos califas sus sucesores. Dió á Cid Abu Said el gobierno de las ciudades de Ceuta y de Tánjer, acompañándole Abu Mohamed ben Soleiman y Abu Otman Said, hijo de Maymun el Sanhadjy. Llevaron por secretario al fakih Abu el Hakem Hermus, con dos subsecretarios. Dió igualmente el gobierno de Bujía y de sus dependencias á personajes de su confianza, con acompañantes y secretarios; á su hijo Cid Yusuf el de Sevilla, de Schilbe y su jurisdiccion, y al jeque Abu Zayd el de Córdoba y sus dependencias.

Tras todos estos arreglos, repartos y disposiciones, tuvo Abd el Mumen que enfrenar un nuevo alboroto. Abdelaziz é Isa, hermanos del Mahdy y parientes de Ischaltyn, se sublevaron contra él en Fez, y marcharon sobre Marruecos por la carretera de Almaden. Noticioso Abd el Mumen, salió personalmente de Sale en su demanda; pero antes de atajarles el tránsito. supo

que se habian apoderado de Marruecos, matando al gobernador Abu Hafs ben Yafrun; mas llegó Abd el Mumen inesperadamente, prendió á entrambos hermanos y los hizo aspar como á su pariente Ischaltyn (1). En aquel mismo año entraron los Almohades en Libla (Niebla), tras un sitio violentísimo dirijido por el caid de Abd el Mumen, Abu Zakarya, hijo de Yumor; tomada la ciudad, hizo salir á todos los varones, y alineándolos en seguida, los pasó por las armas sin distincion de clase ni profesion, pereciendo así sujetos sobresalientes en armas y en letras, entre estos el fakih Abu el Hakem ben Batal, afamado historiador y tradicionista, y el fakih virtuoso y apreciabilísimo (saleh el fadhl) Abu Amer el Had. El número de las víctimas llegó á ocho mil hombres; en el término de Niebla á cuatro mil; vendiéronse en almoneda mujeres, niños y niñas con sus haberes y pertenencias por disposicion arbitraria de Zakarya, prescindiendo de Abd el Mumen, quien, al saberlo, desaprobó altamente tamaña inhumanidad, mandando luego desde Marruecos que le trajesen á Zakarya maniatado y á buen recaudo, y llegó el dia de la Pascua de Alfitra y al fin de ramadhan á Marruecos, donde siguió preso por algun tiempo, y al fin lo soltaron, sin que por eso devolviesen á los naturales de Niebla lo que les habia robado (2). A los principios del año 550, el emir el Mumenyn dispuso que se restableciesen y reedificasen las mezquitas en todo su reino. Quemó sin conmiseracion los libros de historia poética ó caballeresca que plagaban el Maghreb, reformó las costumbres estragadas y encargó á los talbes andaluces y maghrebynos que encaminasen los pueblos á la lectura de los hadites, á saber, la vida y los ritos del profeta, y estimulasen por donde quiera sus traslados y su enseñanza (3).

En Andalucía, el ejército de los Almohades recorre el pais de Granada, ahuyentando al príncipe de los Almoravides Aly, quien se guarece en Almuñecar con el intento de embarcarse, si empeoran sus negocios; y allí mientras sus tropas están guarneciendo las fortalezas de la costa, fenece envenenado en el año de 551 (1156). Apodéranse los Almohades al fin de la ciudad de Granada, rindiéndola por capitulacion el naib de los Beny Ganias; se aposentan en la alcazaba; se reza la khothba á nombre de Abd el Mumen ya en sus mezquitas, y envian los Granadinos sus juramentos de obediencia al emir; se adjudica aquella ciudad á la rejencia de Cid Abu Said, nombrando por su gobernador á un walí; pero salen las tropas almohades, se alborota el populacho, embiste á la guarnicion, la degüella en gran parte con el gobernador, y Ebn Mordanisch se apodera de la ciudad al arrimo de su pariente Ebn Hamsek, saheb de Segura y walí de Murcia, junto con los cristianos.

Mientras el emperador Alfonso VIII se esmera en arreglar los capítulos matrimoniales de su hija Doña Sancha, niña de menos de tres años, con Don Alfonso, infante de Aragon, sabe que Abd el Mumen acaba de enviar á España crecida hueste para estrechar el sitio de Almería; acude ejecutivamente con la suya toda, acompañado del rey de Castilla Don Sancho, su hijo, y de varios magnates y prelados, entre ellos Don Juan, arzobispo de Toledo. Le informan á su llegada que Africanos y Españoles componen un ejército formidable, y enterado de que los enemigos están marchando en su demanda, arrebata su marcha para escusarles el afan de buscarle largo tiempo; y arrostrándose desde luego, se escuadronan entrambas huestes.

Los Almohades pierden la flor de su jente, huyen y abandonan al vencedor el campo de batalla; ciñe el emperador su frente de laureles inmortales, cuando le asaltan los asomos de la muerte, y la naturaleza desfallecida le defrauda de su auxilio para conservar una vida respetada por todas las fuerzas de Africa y España, en medio de sitios y batallas. Mas acosado por sus afanes y conquistas que por el peso de los años, se le apodera una calentura aguda, junto al puerto de Muradal, en un paraje llamado Fresneda, donde entrega su alma á Dios, el 21 de agosto, tras haber recibido por mano del arzobispo de Toledo todos los sacramentos con relijiosidad muy ejemplar. Así acabó D. Alfonso, rey de Leon y de Castilla, y emperador de las Españas. Atesoraba en sumo grado las prendas de un gran rey; cuerdo y atinado, gobernó sus vasallos con cariñosa dignacion; dedicó sus afanes y desvelos al engrandecimiento de la relijion cristiana; fundó varios monasterios de la órden cisterciense, favoreció á los ya

(1) Se equivoca Conde diciendo que los hizo empalar, y tambien que fuesen hermanos de Ischaltyn, pues eran hermanos propios del iman Mahdy, sobre cuyo túmulo Abd el Mumen acababa de hacer sus devociones en Tynmal.

(2) Ebn Abd el Halim, c. 45. —Em Conde, tomo II, p. 345, dice Moura, p. 215, se acha o precedente periodo quasi todo desfigurado e chamando á Niebla *Leila*, por *Liebla*.

(3) Este es el sentido terminante de lo que dice Abd el Halim, en el manuscrito orijinal de nuestra biblioteca, y así lo ha entendido Moura, p. 215.—Conde, al contrario, lo supone prescribiendo la lectura de los libros de caballería.

planteados por la regla de San Benito; convocó el sexto concilio de Compostela, el cuarto de Valencia, el primero de Búrgos, el segundo y tercero de Valladolid, el undécimo de Toledo y el postrero y segundo de Salamanca. Escarmiento severo cupo al vicio en su reinado; sus enemigos acataron su valor; Navarra y Aragon se afanaron en tributarle parias, como tambien los mas de los príncipes mahometanos. No tan solo recobró del rey de Aragon las plazas de Castilla que se habia apropiado con motivo de su matrimonio con Doña Urraca, conservándolas aun despues de disuelto su enlace, sino que conquistó contra sus sucesores parte de Aragon y Navarra. La particion que hizo de sus estados, ya en 1135, á favor de sus dos hijos, al remedo de Fernando I, tuvo un éxito peregrino. Si bien amaba entrañablemente á entrambos hijos, le asomaba mayor inclinacion á D. Fernando, su segundo, que á Don Sancho, el primojénito, como lo echaron luego de ver Don Manrique de Lara y Don Fernando de Castro, conde de Trastamara, sus primeros ministros; y siendo igual su privanza con el emperador, lejos de amarse, estaban mutuamente recelosos de quedar pospuestos en el nuevo reinado. Para descargarse de aquella zozobra, trataron de enfrenar su ojeriza encubierta, y se hermanaron para enardecer la propension del emperador al infante Don Fernando, cuyas prendas, le persuadieron, eran acreedoras á una corona, y se convinieron en que Don Manrique siguiese encabezando los negocios con D. Sancho, retirándose el conde de Trastamara con Don Fernando. Así vino á campear, como en decoracion teatral y nunca vista, el emperador Don Alfonso partiendo sus estados entre los dos hijos todavía mozos, declarando á Don Sancho rey de Castilla y de Toledo, y á Don Fernando de Leon y de Galicia, y luego descollando sobre ellos con la soberanía en su mano, coronándose emperador de las Españas á ejemplo de los reyes suegro y abuelo. Tituláronse desde entónces reyes entrambos príncipes, con su servidumbre competente, y mandándoles siempre el emperador; siguieron así por espacio de veinte y dos años, sin que los hijos se desentendieran de su obediencia al padre (1).

A principios del año 552 (1157), Cid Abu Said estrechó tantísimo el sitio de Almería por mar y por tierra, que no pudo menos de rendirse.

Sabido está como se habia tomado Almería diez años antes por los cristianos; pues sirviendo de madriguera á los corsarios, como Arjel á sus piratas poco ha, andaban acosando de continuo las costas de España con sus estragos y robos, abarcando las de Francia é Italia con sus piraterías y presas de esclavos. Acordó el Embalatur Alfonso VIII arrebatarla á los Musulmanes; mas teniendo que embestirla por tierra y por mar, y escaseando de marina, envió á D. Arnaldo, obispo de Astorga, á Raymundo, conde de Barcelona, en demanda de auxilio. Arnaldo llevó además el encargo de seguir en busca de Guillermo, duque de Mompeller, y luego de las repúblicas de Jénova y Pisa, para manifestarles cuanto interesaban en el esterminio de aquellos apresadores de profesion, y pedirles tambien auxilio. Desempeña el embajador cumplidamente sus tres encargos, se emplazan para acudir todos el 1°. de agosto con sus naves bien armadas sobre Almería, y regresa inmediatamente á dar cuenta al emperador del éxito cabal de su solicitud.

Al arrimo ya seguro de aquel auxilio, convoca el emperador sus condes y grandes á principios de abril, para que á mas tardar á fines de mayo acudan con sus tropas á Toledo, y estrecha al mismo tiempo al rey de Navarra, su yerno, y á Armengol, conde de Urjel, para que tambien le auxilien eficazmente en aquella empresa que debia interesarles tanto como á él mismo. Al mes van ya llegando Don Fernando Joanes con las tropas de Galicia, Don Ramiro Florez Frolaz con las de Leon, Don Pedro Alfonsez con las de Asturias, el conde Ponce y Don Fernando Ibañez con las de la alta y baja Estremadura, Don Martin Fernandez con las de Ita y Guadalajara, Don Gutierre Fernandez de Castro y Don Manrique de Lara con las de Castilla la Vieja, Don Alvaro Rodriguez con las de la Nueva, Don Armengol, conde de Urjel, y Don Garcia, rey de Navarra, con las suyas.

Reunidas las tropas, sale el emperador á campaña, entra en Andalucía, acampa en las cercanías de Andujar, toma los castillos de Baños, Cazlona y Baeza; pasa á sitiar á Almería, el 1°. de agosto, como lo tenia dispuesto; y al mismo tiempo asoman á la altura de la plaza los bajeles del conde de Barcelona, del duque de Mompeller, de los Jenoveses y Pisanos, que componen una armada formidable, de modo que viene á quedar cercada instantáneamente por mar y por tierra. Estréchala el emperador con sus avances, y destroza sus muros con todo jénero de máquinas militares por tierra, al paso que las naves la están desmantelando por la parte del mar. Crecido es el vecindario y se halla pertrechado para contrarestar un sitio duradero, y así embarga las fuerzas del emperador y sus aliados hasta el 17 de octubre en que viene á

(1) Segun otros, ambos reyes no empezaron á firmar como tales hasta 1149.

rendirse. El número de los muertos y de los esclavos es considerable, pero la presa de los cristianos grandísima. Posesionado ya el emperador de la plaza, va repartiendo los despojos á Jenoveses y Pisanos, y luego al rey de Navarra, al conde de Barcelona y al duque de Mompeller, con la reserva competente para agraciar tambien á los soldados.

En el recobro de Almería, en 1157, no mediaron represalias muy sangrientas, pues los cristianos que la estaban guardando pidieron seguridad para sus vidas y regreso á sus paises. Ajustó con ellos el wazir Abu Djafar ben Atia las condiciones de la entrega, y así se reintegraron los Musulmanes de plaza tan importante á los diez años de haberla perdido. Se entabló el rezo en todas las mezquitas por Abd el Mumen, se restablecieron sus murallas, harto quebrantadas con los combates anteriores, y luego la hueste se encaminó á Granada que Abd el Mumen tenia acordado avasallar de nuevo, enviando á su hijo Cid Yusuf y al caid Otman con fuerzas poderosas. Se les incorporaron las de Cid Abu Said, y sitiando á Granada, plantaron sus reales en la Vega. Reforzaron á los Almohades tropas del Algarbe enviadas por el walí Sid-Rai, confirmado en la lugartenencia de Schilbe y de Kalaat Mertula, siendo hijo de Abd el Wahib, allá igualmente walí del Algarbe; y así se formalizó el sitio, mediando refriegas y escaramuzas sangrientas entre Almohades y Granadinos, pero Yusuf y Otman la acosaron en tal estremo que por fin la tomaron por asalto. Pereció El Tadji, el cristiano, con los suyos, pero Ibrahim ben Hamsek y Ebn Mordanisch (1) huyeron, segun refiere Ebn Matrukh; y Ebn Sahib el Salat dice que la toma de Granada y la muerte de El Tadji, el cristiano, acaecieron en 557; pero Dios es quien lo sabe mas á punto fijo. Arrojados los Almoravides de Granada, acudieron á la costa y pasaron á Mallorca, poseida á la sazon por un descendiente de Mudjehyd, y donde se hallaban ya refugiados los individuos de la familia y los parciales de Ebn Gania, á quien hemos llamado ya el postrer Almoravide.

No pertenecia á la sazon Valencia ni á los Almoravides ni á los Almohades, sino á un rey llamado Abu Abdalá ben Mordanisch (2), quien, el año de 1149, á poco de la toma de Almería por los Catalanes y demás aliados, habia ajustado un convenio de paz y de comercio (1) con la república de Jénova, cuya traduccion latina para en los archivos de aquella república. Sentimos no verter aquí todo el texto del tratado, donde llaman á Abdalá Mohamed ben Said ó Saad Boabdele Mohamed filius Saidæ. Se habia encumbrado Boabdele á rey de Valencia por una serie de altos y bajos que no constan individualmente en la historia. Al ir finando la dinastía de los Almoravides ó Morabitas, se tendrá presente que en el año 540 de la héjira, las ciudades de Valencia y de Murcia habian sacudido el yugo de aquella alcurnia, reconociendo por soberano á Abu Djafar Ahmed, apellidado Saif el Daulá, que, al subir al tono del Aragon oriental, se tituló Mostansir-Billá. Aquel príncipe, el postrero de la dinastía de los Beny Hudes, habiendo perdido en aquel mismo año una batalla contra Alfonso-Raymundo VIII, rey de Castilla y de Leon, quedó muerto en su fuga, feneciendo en él la dinastía de los Beny-Hudes zaragozanos. Mediaron veinte y cinco años hasta que la ciudad y reino de Valencia cayeron bajo el dominio de los Almohades, y segun un historiador estractado por Casiri, era Valencia de ellos en el año de 566 (1170 de J.-C). En aquel intermedio de veinte y cinco años, la ciudad, como consta en el mismo Casiri, estuvo sujeta á un rey, llamado allí Mohamed ben Sadeo. Derrotáronlo junto á Granada los Almohades en 557 (1161 de J.-C). Aunque Casiri le desfiguró algun tanto el nombre latinizándolo, se echa de ver que es Boabdele ó Abdalá del tratado de 1149; y así el dictado de rey de Valencia que allí entra cuadra con los documentos históricos, en cuanto era emir soberano ú saheb de Valencia, dictado que los cristianos solian traducir con el de rey.

(1) Dice Conde que murió en la refriega, pero se equivoca, pues asoma luego en su misma obra, á pocos renglones.

(2) Es el Ebn Mordanisch recien mentado.

(1) Empieza así.— Hæc est pax et conventio quam fecit Guillelmus Lusius cum rege Valenciæ. In nomine Domini Amen; Cartam securitatis et pacis et amoris quam firmat et obligat rex Boabdele Mahometo filius Saidæ, Deus illum custodiat, inter se et homines Januæ, consules atque majores et cunctos alios sapientes et negotiatores, cum legato illorum Guillelmo Lusio qui est missus ab eis; advenit nobis cum carta et cum sigillo, qui cognitus et notus; unum ex majoribus illum esse credimus civitatis Januæ. Venit quidem in loco affirmandi et obligandi terminum usque ad annos decem in unum continentibus incipiens scriptura istius conventionis per mare adque per terram, in cunctis eorum terris, usque in extremo illorum potestate. Super hoc quod Boabdele et cuncti ejus hominem pacem tribuant cunctis hominibus Januæ, in quantum est potestas, etc.

En 552 (1157), fueron tan repetidas las quejas que llegaban á Abd el Mumen contra la conducta de su visir Abu Djafar ben Atia, que no pudo menos de apearlo. Se le tildaba de incesantes tropelías con el vecindario, y como era riquísimo, sus haberes le acarrearon envidiosos, que por fin lo derrocaron, habiéndolo mandado encarcelar el emir, confiscándole sus bienes (1). Confirió su cargo de emir á Abd el Salem el Kumi, por tener este una hija lindísima casada con el hijo del emir Cid Abu Hafs, sin embargo de que no se efectuó el desposorio ajustado hasta muerto ya Abu Djafar, suegro de Cid Abu Hafs. Mandó Abd el Mumen á su hijo que repudiase la hija de Ebn Atia, y aunque el príncipe la amaba en estremo, obedeció, enlazándose á su pesar con la hija del nuevo emir Abd el Salem. Cuentan que este, sabedor de que Ebn Atia favorecia su cariño y le inclinaba á desentenderse fundadamente del padre, le envió veneno en el sello de algunos versos, á los cuales contestó Ebn Atia sin asomo de novedad, pero murió á los dos dias (2). Habia nacido en Karmola hácia la España oriental; empezó luego su carrera de mokri en la mezquita mayor de Sevilla y en compañía de su hermano Yahya ben Atia. Estaba dotado de estro poético, que suena todavía en la literatura oriental, siendo además tradicionista consumado. Era favorecedor de los Andaluces en Marruecos, lo que le acarreó enemistades. Por aquel mismo tiempo hizo Abd el Mumen escribir contra las proporciones del Cordobés Abu el Hasan ben Ayadh (3).

Ocurrió á principios del año 553 (1158) la guerra contra Mahadya (ciudad de Berbería junto á Túnez), su toma y su rescate de los cristianos que la habian conquistado con sus armas en nombre de Rojer, rey de Sicilia. Estaba Mahadya, antes de rendirla los cristianos, bajo el dominio de El Hasan ben Aly, de la familia de Taschfyn, poseyéndola por sucesion de padre y abuelos. El Hasan, tomada Mahadya por el rey de Sicilia, habia huido á Arjel, donde vivia avecindado, cuando Abd el Mumen ejecutó su espedicion á Bujía, y El Hasan fué de prisionero á Marruecos; mas Abd el Mumen, prendado de su gracejo y su esclarecido nacimiento, lo casó con una de sus hijas y se lo llevó en la espedicion que referimos contra Mahadya.

Tenia Abd el Mumen acordado avasallar todo el oriente del Africa de una embestida, para lo cual agolpó cuantos caballos y camellos pudo, con una infantería innumerable. Parte de Sale para levante por el órden siguiente: el rezo antes de emprender la marcha, entonándolo al frente del ejército, al ir á salir el sol ó al rayar del alba, que señala la primera plegaria imprescindible de las cinco musulmanas (solat el sohby). Se golpeaba para señal de marcha un tambor descomunal, labrado al intento, redondo, de quince codos, fabricado de una madera sonora, verde y dorado. Se reducia la señal á descargar sobre el tambor monstruoso tres golpes oidos á grandísima distancia; y al punto se ponia la hueste en movimiento é iba desfilando, pues todos debian estar aparejados, siguiendo cada kabile su bandera. Arrollábanse estas todas en la marcha, escepto las de vanguardia, donde estaba á toda hora tremolando un pendon grandioso y empinado, blanco y azul con lunas de oro. Iban tiendas y pabellones sobre acémilas y camellos, y varios mayorales pastoreaban crecidos rebaños de bueyes y carneros destinados al consumo de la tropa. Eran hasta setenta mil los infantes, y se dividia el ejército en cuatro cuerpos separados, mediando siempre entre ellos una jornada para proporcionarse mejores abastos, agua y espacio para los reales. Se marchaba hasta medio dia para acampar luego y descansar con desahogo, y así sucesivamente. Con esta pausa empleó Abd el Mumen de Sale á Túnez hasta seis meses, siendo el tránsito de setenta dias á caballo y sin engorro. Al romper la marcha en montando el emir, los principales jeques y caudillos de la corte se le colocaban delante y rezaban con él, y en acabando, cada cual se desviaba para colocarse en el órden prescrito. Hasta ciento de estos marchaban delante á cierta distancia, montando bridones rozagantes con jaeces recamados de oro y franjas y borlones de una labor esquisita; sus lanzas estaban todas embutidas de marfil y plata y guarnecidas con gallardetes y cintas de diversos colores. Hacia Abd el Mumen desde entónces llevar delante el decantado muschaf de Otman ben Afan, ya citado, y, como se ha dicho, conservado en una cajilla de madera preciosa y aromática, chapada de oro, realzada con rubíes y esmeraldas formando dibujos primorosos; y en cada chapa habia un rubí labrado en hechura de casco de caballo. Estaba guarnecida interiormente de tela verdosa de oro y seda, salpicada de rubíes, esmeraldas y otras piedras preciosas de valor imponderable, y luego el conjunto envuelto en un manto de oro bordado de perlas. Iba la cajilla delante del emir sobre un camello, bajo un palio y entre cuatro banderas, sobre las cuales cente-

(1) Escribió Ebn Atia con este motivo al emir una carta en verso, referida por entero en el Kartasch menor.

(2) El Abar trae la muerte de Ebn Atia en el año de 555.

(3) Conde, l. c.

lleaban en letras de oro los pasos mas sobresalientes del Alcoran. Iba á su lado el hijo Abu Hafs, y los demás príncipes marchaban á cierta distancia por acatamiento al primojénito; seguian las banderas de todas las tribus por su órden, y una gran banda de timbaleros cabalgando alazanes ajigantados con tambores de metal, añafiles y otros instrumentos de música guerrera; en seguida venian los walíes, caides y wazires y luego, la tropa restante. Llegada la hora de acampar, se iban repartiendo con método asombroso por sus respectivos cuarteles, y luego nadie podia salir de su tienda sin el permiso de sus capitanes. Estaba ya puntualísimamente computado el abasto del campamento, sin que nadie echase menos su propia casa, pues abundaba tanto el acopio necesario como en los mercados (sukes) de las ciudades mas populosas. Con aquella hueste innumerable de Almohades, de Alárabes y de Zenetas fué recorriendo los paises del Oriente de Africa, y avasallando, con la ayuda de Dios, el de Zab y todas aquellas fortalezas, sujetándosele cuantos pueblos profesaban la fe musulmana por las rejiones de la antigua Cartago.

Antes de llegar á Túnez le vienen embajadores, todos prohombres de Aquella ciudad, y le piden seguridad y admision bajo su fe y amparo. Concédeles Abd el Mumen resguardo para ellos, sus mujeres, niños y familias, pero sentencia que los haberes han de ser para su tropa, cuya contestacion desagrada al vecindario y le cierran las puertas. Sitia á Túnez, se detiene tres dias y luego pasa adelante, dejando tropas que la tengan bloqueada. Marcha y rinde á Kairuan, como tambien á las ciudades de Susa y de Safés, desde donde se encamina á la plaza fuertísima de Mahadya. Aun antes de llegar, la tropa quedada sobre Túnez estrecha tanto al vecindario, que se entrega bajo las idénticas condiciones impuestas por Abd el Mumen, el cual, enterado de la novedad, regresa con su caballería, saquea el pueblo, junta por dentro y por fuera todo el haber de sus habitantes, y lo distribuye á su tropa, que está luego haciendo feria de los despojos y los revende á sus dueños. Se toma Túnez al principio del año 554, y el emir construye sobre la loma de la ciudad una alcazaba con torres triangulares, empinadas y vistosas, y entre el fuerte y la ciudad, maristanes y colejios. Terminadas sus obras, revuelve Abd el Mumen sobre Mahadya, guardada por los cristianos de Sicilia, dueños tambien de Sifakis y de Bona. Tres mil cristianos guarnecen la ciudad, y Abd el Mumen la cerca por mar y por tierra. Dos cientas naves de Sicilia, con mucha jente de guerra, máquinas y abastos, acude al socorro de los sitiados. El caid y amir de los mares (amiralbahr) de Abd el Mumen, Abu Abdalá ben Maymun, se va para los vinientes con crecido número de bajeles y tropas de Andalucía y del Maghreb, y ante la puerta del astillero se traba sangrienta refriega con gran matanza por entrambas partes; pero vencen los Musulmanes, tomando varias naves cargadas de abastos y quemando algunas otras. Se va dilatando el sitio, pero al fin todo amaina con el teson de los Almohades, y tras seis meses y nueve dias de continuos asaltos, entran á viva fuerza en la ciudad, quedando prisioneros cuantos cristianos se hallan todavía en el recinto. Cuenta Yahya que enterado el vecindario del ánimo de Abd el Mumen para no amainar un punto hasta su rendicion, le envió hasta ocho embajadores, quienes le hablaron con suma humildad y lisonja, diciéndole haber hallado allá en ciertos libros suyos que debia apoderarse de todo aquel pais, como tambien de su pueblo, pero que cuadraba al vecindario el encubrir y disimular todo anhelo de rendirse á su albedrío, hasta cumplido el plazo de seis meses, y entónces le pidieron seguridad para sus personas y vidas, poniéndose en sus manos. Les creyó Abd el Mumen, les concedió su demanda, firmó sus promesas y las cumplió, yéndose libres los cristianos á Sicilia. Tras este logro, ocurrido en el año de 555 (1160), sigue Abd el Mumen conquistando todos los pueblos de la provincia de Ifrikya, entrando los habitantes bajo su obediencia desde Barca hasta Tlemcen. Repuso ú levantó los muros y torres de muchas ciudades y fortalezas del pais, construyendo siempre mezquitas, hospitales y colejios para la instruccion de los niños (1). Hizo por entónces Abd el Mumen medir por millas y parasanjes las tierras de Africa desde Barca hasta Belid Nun en Sus el Aksah, por largo y por ancho, rebajando jeométricamente el quebrado de un tercio, por las serranías y desigualdades del terreno, lagos y recodos precisos de las carreteras. Dispuso que se dividiese el pais con arreglo á la medicion, deslindando territorios de ciudades y pueblos, y que se fuesen pautando segun el vecindario y la estension de los distritos las contribuciones en ganados y frutos que debian pagar las provincias. Se dice que fué el primero en arreglar por escrito en el Maghreb todo este pormenor; y acaban El Burnusy y Djanun diciendo que terminó la conquista de Mahadya el dia de askur del año 555 (1160). Acaeció en este mismo año el fallecimiento del célebre wazir Abu Djafar Ahmed ben Atia, de resultas del veneno que le hizo tomar Abd el Salem el Kumi, quien le suce-

(1) Conde, c. 44.

dió en su empleo, cuando Abd el Mumen apeó al esclarecido Andaluz. Tomaron en este mismo año los cristianos en Algarbe la fortaleza de Alcazar el Fethah, llamada Kasr Abu Danes, matando á sus defensores.

Habia partido Abd el Mumen para Mahadya en los diez primeros dias de schawal de 553, dejando por virey en Marruecos á Abu Hafs, hijo de Yahya, y con él á su hijo Cid Abu el Hasan. Colocó por vireyes, en Fez y sus dependencias, á Abu Yakub Yusuf, hijo de Soleiman; en Sevilla, Córdoba y todos los paises occidentales de España, á su hijo Cid Abu Yakub Yusuf, y en Granada á su hijo Abu Said. Marchó á esta espedicion con tropas innumerables y milicias sin cuento de Almohades, de las tribus alárabes y de las tribus de Zeneta, de Aghzaz y de Rumat.

Vuelto de su espedicion á Ifrikya, hallándose Abd el Mumen junto á Oran, los Arabes de Ifrikya y del pais de Zab donde habia reclutado su ejército, le pidieron permiso para regresar á sus moradas, pero logró avecindar hasta mil de cada tribu con sus mujeres y niños en el Maghreb el-Awsat, fundando la ciudad de Batea, y repartiéndoles sus pegujares. Se escojió el solar, ateniéndose á los anuncios supersticiosos tan reinantes en los pueblos fatalistas. Al hallarse en Ifrikya, algunas de las tribus de Sus y del pendiente meridional del Atlas que lo seguian, con el ansia de reincorporarse con sus familias, mujeres, niños y suelo nativo, idearon el intento de sorprender á Abd el Mumen en su misma tienda, y matarlo durmiendo. Un jeque de ellos mismos, enterado de la conspiracion, se encamina al mismo Abd el Mumen, le avisa lo que está dispuesto y le dice: — « Permite, ó emir, que yo me acueste en tu tienda y en tu propia cama esta noche; si hacen lo que tienen dispuesto, voy á sacrificar mi vida por el bien de los Musulmanes, y espero de Dios mi recompensa; si me salvo, lo atribuiré á la gracia de Dios, y mi galardon será proporcionado á mi honrado intento. » Pasa con efecto la noche en la cama de Abd el Mumen, y lo martirizan los conjurados, conceptuando matar al príncipe de los fieles. A la madrugada, tras el rezo del alba, Abd el Mumen lo busca en su tienda y lo halla muerto, lo hace llevar por delante sobre una camella que anda á discrecion y á diestro y siniestro, hasta que de suyo se arrodilla. Entónces Abd el Mumen hace descargar el cadáver del anciano jeque, y en el sitio mismo del arrodillamiento, abrir la huesa y enterrarlo. Coloca un cimborio sobre el túmulo, edifica en frente una mezquita, y en torno de esta una ciudad, donde avecinda diez hombres de cada tribu de ambos Maghrebes; y aquel jeque sepultado allí está todavía recibiendo ahora mismo el acatamiento y las devociones de los fieles (1).

En Tlemcen, al mismo regreso, hace el emir El Mumenin prender á Abd el Salem el Kumi, su wazir, sucesor de Abu Djafar ben Atia, y luego de encarcelado envenenarlo con una taza de leche, de que murió la misma noche. Pasa Abd el Mumen de Tlemcen á Tánjer en djulhedja de 555, y el año siguiente á España (556). Desembarca en Djebal el Fethah (Jibraltar), edificado y fortalecido ya el año anterior por él mismo, construyéndole además su ciudadela. Se empezó esta el 9 de rabi-el-awal y quedó concluida en el mes de djulkada del mismo año. Todas estas empresas se ejecutaron por disposicion y esmero de su hijo Cid Abu Said Otman, walí de Granada, y el artista director fué el constructor habilísimo de la Maksura de Fez, ya mencionado, El Hadj Abu Yaisch, célebre arquitecto andaluz (2). Detúvose Abd el Mumen dos meses y se anduvo enterando de los negocios del pais, acudiendo walíes y jeques de la Andalucía por las diversas tribus á obsequiarle. Mandóles entablar la guerra por el pais occidental de España, haciendo salir de Córdoba á Abu Mohamed Abdalá ben Abu Hafs, con crecida hueste para la espedicion, y recobró el fuerte de Astrukesch, castillo de la dependencia de Badajoz, que habian tomado los cristianos, pasándolos todos á cuchillo. Marcha Alfonso desde Toledo en su auxilio; llega tarde, y los Almohades se adelantan y lo derrotan, matándole seis mil hombres y llevándosele muchísimos cautivos á Córdoba y á Sevilla. Prosperan los Almohades en la campaña, rinden á Badajoz, Béjar, Évora y el castillo de Alcacer, y Abd el Mumen, nombrando á Mohamed ben El Hadj walí jeneral de todos aquellos pueblos, regresa á Marruecos. El año siguiente (557), con ánimo de acosar á los cristianos por mar y por tierra, manda construir bajeles en todos los puertos de su reino. Habilita hasta ciento y veinte en la embocadura y por las playas de Mamurah, ciento en Tánjer, Ceuta, El Mezemah (Alhucemas) y otros puertos del Beled Ryf; ciento en los de la Ifrikya, Oran y Honain, y ochenta en los de Andalucía. Junta caballos para la guerra santa, acopia pertrechos de toda especie y manda fraguar flechas por todos los ámbitos del imperio. Hasta diez quintales se fabrican diariamente, y así surte las aljabas de todos los flecheros de sus dominios. Crece mas y mas su poderío en aquel

(1) Ebn Abd el Halim, c. 45.
(2) Ibid, Ibid.

año, con el mismo desafecto que lo puso á punto de perecer. Desconfiando de la lealtad de las tribus que le cercan, para las cuales viene á ser un estranjero por nacimiento, encarga reservadamente á los jeques de la tribu de Kumia, entre los Zenetas, de donde es natural, que hagan montar á caballo á todos sus mozos, para acudir á Marruecos muy galanes y armados á proporcion. Envíales al intento ropas y dinero; se juntan hasta cuarenta mil, cabalgando hermosos potros y perfectamente pertrechados, y se encaminan ufanos al emir El Mumenin para ofrecerle sus servicios. Aquella improvisa llegada asombra el Maghreb y desasosiega á los Almohades, de quienes, enterado de todo el emir, dispone que algunos miles vayan á salirles al encuentro, mandándolos el jeque Abu Hafs. Este los halla acampados á la orilla del Om-el-Rabyé. — «¿Sois por ventura amigos, ó venis de guerra?» les dice el anciano Abu Hafs al incorporarse. «Amigos somos,» contestan, «y de la tribu del príncipe de los fieles Abd el Mumen ben Aly, pues somos Zenetas de Kumia; nuestro intento es visitarle y saludarle.» Vuelve Hafs con el mensaje de la contestacion al príncipe de los fieles, quien dispone que se adelanten; les envia para agasajarlos una cuadrilla de jeques y caides almohades, y se celebra á fuer de festividad su entrada en Marruecos, colocándolos el emir en la segunda clase de su guardia, entre la milicia de Tynmal y la siguiente; los arrima á su persona, siendo luego desde entónces los que le encapotan el albornoz y le ciñen su cofia en las sienes, sirviéndole despues de batidores. Complácese Abd el Mumen presenciando sus ejercicios primorosos de á caballo, en los cuales, al pasarle por delante, le doblan la cerviz y hacen arrodillar á sus caballos con portentosa ajilidad (1).

Aquel año (557), en la provincia de Jaen, el caudillo Mohamed ben Said (es el idéntico personaje que el rey de Valencia Boabdele Mohamed, hijo de Said, mencionado arriba en el tratado de paz de 1149) juntó la jente de guerra de Guadisch, de Almunecab y de las Alpujarras, y con hueste selecta de jinetes é infantes, mandando las divisiones sus aliados Ibrahim ben Hamschek, su tio Abu Ishak ben Hamschek, saheb de Kanenat, y Ahmed Abu Djafar, hijo del último defensor de Hueska, caid esforzado que fué ya walí de la raya de Granada, ya de Jaen, ya de Murcia, y no menos guerrero que poeta, marchó hácia Granada contra los Almohades. Estos, en vez de esperarle, se adelantan al encuentro del rey de Valencia y sus aliados con crecida caballería, y se tropiezan las huestes en la Vega de Granada el jueves 28 de redjeb (1). Escuadronan unos y otros su jente y traban sangrientísima refriega, peleando al par con asombroso denuedo y encono desaforado; pero vencen los Almohades con el auxilio de Dios, dice un escritor de su parcialidad, como si Abu ben Said y sus aliados no fuesen verdaderos creyentes y dignos tambien de su amparo. Echa el resto la caballería hispano-musulmana de Mohamed ben Said, mas con todo su esfuerzo yace por lo mas en el campo, y tan solo con la lobreguez de la noche se salvan sus desventurados restos. Grandísima es la pérdida por ambas partes, y el derrame de sangre tan cuantioso que se apellidó aquella la jornada del Sabikató del derramamiento. Los valerosos caudillos Mohamed, Ibrahim y Abu Ishak se enriscaron en la misma noche por las serranías cercanas, adonde fueron acudiendo los escasos fujitivos de sus tropas. Abu Ishak ben Hamschek dejó por walí en Jaen á su wazir Abu Djafar el Osky, quien lo fortificó y resguardó con fuertísimas torres cuadradas, acojiéndose á Murcia con Ebn Said para idear el ansiado desagravio de su derrota. Fueron llamando á sus parciales, agolpándoseles luego muchísima gente de armas de las tribus árabes de Alpujarras, de las poblaciones del distrito de Guadisch y de las varias provincias de su jurisdiccion, y aun desconfiando de sus propias fuerzas, llamaron en su auxilio á los cristianos enlazados con antiguos tratados contra los Almohades. Les llegó caballería selecta de Toledo, y acordaron juntarse en la campiña de Córdoba ó por las lomas de Ubeda, para desde allí marchar sobre los enemigos. Enterados estos de tanto movimiento, se anticipan y adelantan contra Musulmanes y auxiliares. Se arrostran las huestes por los llanos de Córdoba, traban refriega tremenda, donde todos pelean, dice nuestro autor, como tigres ó leones enfurecidos, pero la pujanza de los Almohades se sobrepone á la saña desesperada de los cristianos y musulmanes de Ebn Said, cuyo mayor número queda en el campo de batalla (el

(1) Ebn Abd el Halim, c. 45. Conde alteró este paso á sus anchuras: — «La tribu sola de Kumia, dice, suministraba veinte mil caballos, contingente que se impusieron sus mismos jeques en desagravio, por cuanto se averiguó (por Conde solamente y contra el testimonio terminante de Ebn Abd el Halim, Yahya, Saheb el Salat, y así podemos afirmarlo) ser naturales de allí los conjurados que intentaron matarlo, cuando sucedió lo ya referido del jeque asesinado en su lugar.»

(1) Dice el Abar en viernes, y que se dió la batalla en Margarracad.

domingo 12 de schawal de 557 - 1163). — El rey de Valencia Mohamed y El Osky se retiran, este á Jaen, y el otro á Murcia; entran luego los Almohades en Jaen por capitulacion, y El Osky se junta en Murcia con Ebn Said (1).

El año siguiente (558) sale Abd el Mumen de Marruecos para España con el intento de esforzar la guerra de relijion contra los cristianos. Se pone en camino el jueves 5 de rabi el-awal, pero se detiene algun tiempo en Rebath-el-Fethah, desde donde escribe á todos los jeques de su reino, en Ifríkya, en Sus y en todas las tribus de su mando, tanto al norte como al mediodía, levante y poniente, amonestándoles para que acudan al eldjihed de Andalucía (2). Le contestan atropellándose de todas partes, Almohades, Arabes, Bereberes de las tríbus del desierto, Lamtunes, Ghomares y Zenetas; agolpa junto á sí mas de trescientos mil jínetes, de las tribus recien avasalladas, ochenta mil de caballería arreglada, y cien mil hombres de infantería, de modo que los ámbitos de la tierra parecen muy angostos para abarcarlos. Campamentos y huestes cuajan las llanuras y lomas de la provincia de Sale desde Ain el Ghabulat hasta Ain Khamis, jirando sobre las gargantas de Mamurah. Ya está todo dispuesto, cuando Abd el Mumen de improviso enferma y fallece. Nada habia providenciado en cuanto á declarar inhábil para sucederle á su hijo Mohamed, quien hasta entónces habia estado reconocido por todos como su inmediato sucesor. Al irse agravando, se azora para noticiar á todos como apea á Mohamed de las funciones de su lugarteniente que está siempre ejerciendo en el imperio; lo declara apeado é inhábil para sucederle, tan solo, dice su historiador, porque lo conceptuó incapaz de sobrellevar la carga importantísima del califato; y así se calló ya el nombre de Mohamed en el rezo desde aquel dia, viernes 2 de djumada-el-akher de 558. Escribe Abd el Mumen por tanto á todos los jeques de las tribus de su jurisdiccion (3). Paró luego su dolencia en el último trance, y espiró en Sale por la noche del viernes 8 de djumada-el-akher (13 de mayo de 1163), aunque segun otros al amanecer del 12 del mismo mes. ¡ Alabado sea aquel cuyo imperio es la eternidad! Encubrióse por algun tiempo su fallecimiento. Participólo al punto el cadí Abu Yusuf á Sevilla, donde se hallaba el sucesor designado, Cid Yusuf Abu Yakub, quien fué volando á Sale, proclamándolo el miércoles 11 (de djumada-el-akher con alguna oposicion (1).

Tenia Abd el Mumen al morir sesenta y tres años, segun Ebn el Kahscheb, dándole otros sesenta y cuatro; y asi opina Ebn Saheb el Salat en su libro intitulado El Mynu bi el Imamat. Llevaron su cadáver á Tynmal, donde lo sepultaron junto al túmulo del iman Mahdy, habiendo reinado treinta y tres años, cinco meses y veinte y tres dias. Dejó Abd el Mumen dilatada sucesion, á saber, Abu Yakub Yusuf, quien le sucedió en el califato, su hermano uterino Abu Hafs (2), Mohamed, privado de la sucesion al imperio, Abdalá, príncipe de Bujía, Otman, príncipe de Granada (Ebn Abd el Halim se sirve de la voz saheb), El Hasan, Husein, Soleiman, Yahya, Ismail, Ibrahim, Aly, Yakub, Abd el Rahman, Daud, Isa, Ahmed, en fin el ilustre Cid Abu Omran, el mas noble y virtuoso de esta familia, y dos hijas, Aiescha y Sofya.

Ajeno estuvo el reinado de Abd el Mumen de abultar en España con su briosa grandiosidad como el de Yusuf Taschfyn. Corren parejas bajo muchos conceptos, habiendo dejado Abd el Mumen memoria gloriosa entre los pueblos musulmanes del norte del Africa. Descendia de Adnan, y Ebn Abd el Halim (3) trae su jenealojía segun los mas de los escritores que han historiado su dinastía, asegurando que está sacada de un manuscrito de su nieto, Abu Mohamed Abd el Wahed, mas Dios sabe mejor lo que hay en el caso. Lo que consta verdaderamente es que Abd el Mumen procedia de la tribu de Zeneta, era hijo de Aly, alfarero y fabricante de hornillos de tierra; siendo desde niño en estremo estudioso y muy asistente en las mezquitas. Era oriundo de Kuma Honain, de un sitio llamado Tadjira ó Tadjewa, situado al confin de Tlemcen, á una legua del puerto de Honain (4), don

(1) Conde, c. 46.—Escusado es advertir á nuestros lectores que Ebn Said y Mahomed ben Said, Abu Abdalá Mohamed y Ebn Mordanisch son los varios nombres de un idéntico personaje, á saber, el rey de Valencia, Abu Abdalá Mohamed ben Said ben Mordanisch.

(2) Segun Abulfeda, es Rebath-el-Fethah pueblo moderno, al mediodía de Sale, planteado por Abd el Mumen al remedo de Iskandaryya (Alejandría). Es el Rabato de Leon Africano.

(3) Conde atribuye gratuitamente la deposicion de Mohamed á indicios vehementes de una sublevacion ideada por él contra su padre, con el intento de afianzarse anticipadamente en el Solio.

(1) Ebn Abd el Halim, c. 47.

(2) Conde dice erradamente su mellizo, c. 46. Abu Yakub Yusuf era tan solo hijo de la misma madre que Abu Hafs: y así lo espresa el autor arábigo con el adjetivo de hermano uterino.

(3) Kartasch el Saghyr, c. 45.

(4) El puerto de Honain (Mers el Kibir) está al poniente de Oran, en la rejencia de Arjel, y pose-

de lo halló El Mahdy á su regreso de Oriente, como llevamos referido. Era Abd el Mumen mozo, gallardo y de hermosa estampa; iba á ponerse en camino para el Oriente en compañía de un tio, con el intento de estudiar las ciencias y la literatura en Bagdad, apellidada á la sazon Dar-el-Elm (el alcázar de la ciencia), ó sea el de la salvacion (Dar el Selam). Le retrajo El Mahdy prometiéndole enseñarle cuantos conocimientos podia ir á buscar en Oriente, muy á satisfaccion del tio del mozo, prendado y de la traza y los modales del Mahdy; y así este se le aficionó, dice nuestro autor, por disposicion de Dios altísimo para cumplir su voluntad con él. Le estuvo enseñando en el arrabal de Melyla cuanto podia conducir á sus intentos, y lo enardeció ante todo desaladamente con la lectura de ciertas profecías en un libro que le manifestó, donde se decia que «el imperio de la vida y de la ley no se encumbraria en el Maghreb sino por El Mahdy, prometido al arrimo de Abd el Mumen, lumbrera de los Almoravides.» Cuando lo tuvo impuesto y amañado á sus miras, lo nombró su wazir, y salieron juntos para las sierras de Wanscherysch, donde tropezaron con Abu Bekr, mas conocido bajo el nombre de El Wanscheryschy, quien fué el segundo compañero de El Mahdy: lo demas ya está sabido.—Tenia Abd el Mumen la tez blanca y sonrosada, hermosísimos ojos, cabellera encrespada, la estatura suelta, gallarda y airosa, la barba agraciada y redonda, la nariz ahilada, y parpadeaba de continuo; y era luego despejado y garboso, de modales finos, elocuente, amante de los sabios y amparador esmerado de los injenios. Florecieron artes y letras en sus estados, y particularmente en España, á pesar de los trastornos de la guerra, merced á su proteccion. Era tambien animoso y batallador, inalterable en los peligros, sufrido en los quebrantos, parco en el alimento, travieso, apasionado á viajes y refriegas, conquistador y defensor del Islam en Africa, España, Oriente y Occidente. Fueron sus conquistas en España Almería, Évora, Bejar, Baeza, Badajoz, Córdoba, Granada y Jaen, rendidas todas á sus armas, y en Africa su imperio entero. Tal era su ámbito, que mediaba la distancia de cuatro meses de camino de levante á poniente, esto es, desde Athrabolos (Trípoli de Berbería) hasta Sus-el-Aksah; y del ghuf al kibla, esto es, de norte á sur, la anchura de sus estados, desde la ciudad de Córdoba en Andalucía hasta Sedjelmesa, componia la distancia de cincuenta dias. Su reinado, segun Yahya, fué de treinta y tres años, ocho meses y veinte y cinco dias, y falleció en el Alcázar del arrabal de Sale, llamado El Fethah, ó mas bien Rebath el Fethah.

Es allá Sale, segun Abulfeda, ciudad grandiosa y antigua que tiene á poniente el mar, al mediodía un rio, con huertas y viñedo. Leon Africano da el nombre de Buregrag al rio (1); y por lo que refiere Abulfeda, Abd el Mumen levantó á su frente por el mediodía y sobre la ensenada del mar, un alcázar suntuoso, sobre el cual fueron los palaciegos alineando sus viviendas, resultando luego una ciudad que apellidó El Mahadyah. Prevaleció el nombre de Rebath, adjetivándolo con el de El Fethah (de la entrada ó de la victoria, bajo su segundo sucesor Yakub Almanzor). Hállase Sale en medio del Maghreb-el-Aksah, á poca distancia de el Andalús, siendo su terreno arenisco y rojizo, y su rio, que es caudaloso y participa del flujo de la ensenada, fertiliza el pais con productos abundantes y baratísimos. Cae al mediodía de Sale y bajo su dependencia una provincia anchurosa llamada Temisna, sobresaliente en poblacion, granos y pastos, y allí moraban los Bargawates. Hállase entre los puertos del ámbito de Temisna Anfá (Dar-el-Bayda), ciudad muy sabida á la orilla del mar (2). Los secretarios de estado de Abd el Mumen fueron Abu Djafar ben Atia, su hermano Yahya y otro; sus wazires, primero el mismo Djafar, luego Abd el Selam y dos mas; sus cadíes Abu Omran con otros varios. Hay quien dice que la espedicion de eldjihed preparada por Abd el Mumen contra la España se realizó en el año de 556, cuando desembarcó en Djebal Fethah, levantó fortificaciones, restableció la ciudad y murió luego en Africa; pero lo mas positivo es lo que llevamos referido y resulta de los rejistros de la cámara real de Marruecos (3).

El emir Yusuf, hijo de Abd el Mumen, se apellidaba Abu Yakub; su madre se llamaba Aiescha, y era hija del fakih y cadí Abu Omran de Tynmal, habiendo nacido el jueves 3 de redjeb

sion suya.—Carguen pues allá con su opinion los que han ido á buscar en la ciudad de Kom en Persia el oríjen del adjetivo kumita que usaba Abd el Mumen.

(1) Leone Africano: dell'Africa nona parte, p. 89, á la vuelta.

(2) Abulfeda, descrip. del Maghreb, á la voz Sale.—Menciona el Edris un Sale-el-Hadtsah (Sale la Nueva), que dice está situada sobre la playa, y tan inaccesible por aquella parte, que imposibilita todo intento de desembarco, por cuanto á la desembocadura del rio median peñascos y otros varios tropiezos, donde se estrellan las embarcaciones. (Véase El Edris, III Clima)—Está hablando de nuestro Sale.

(3) Es su fiador Ebn Abd el Halim y cuantos autores cita, Yahya, Ebn el Kascheb, etc.

de 553 (31 de julio de 1158). Era gallardo, blanco y encarnado, de cabellera y barba crespa y revuelta, de ojos hermosos, nariz proporcionada, circunspecto y majestuoso, compasivo y agasajador. Fué el primero de los príncipes almohades que fué personalmente á la guerra santa; conquistó muchos pueblos, agolpó tropas, mantuvo crecidísimas huestes, atesoró inmensos despojos é infinitas riquezas. Reinó en Africa desde Saifala de los Beny Matkudes, serranos del Africa oriental, hasta Beled Nun, al estremo de Sus-el Aksah, y hasta el de Kibla, y en España desde Medina Tuthela, alcudia de la Scharkya, hasta Medina Schantaryn en Algarbe, sin la menor interposicion de señorío estraño. Resguardaba sumamente sus confines, y así en las ciudades como por los yermos vivian sus pueblos seguros y satisfechos bajo su gobierno justiciero. Su tino estaba siempre como presenciando lo cercano y lo remoto, y mediaba personalmente en los actos gubernativos, apeteciendo que nada se le encubriese, y atendiendo hasta á lo mas mínimo del estado, sin que ministros ni aun hijos de la mayor privanza influyesen para sus disposiciones. Tuvo hasta diez y ocho hijos (1); y el primojénito Yakub, apellidado luego Almanzor por sus hazañas, fué el sucesor en el califato. Tuvo este varios hermanos, unos de la idéntica madre, otros de diversas: Talhah, uno de ellos, fué su hadjeb, ó secretario de decretos, pero ni otro hermano, Abu Hafs, que se le rebeló, ni sus wazires lograban el menor influjo en su corte. Tuvo dos secretarios de estado, el primero Abu el Hasan El Korthuby (de Córdoba) por su educacion, y El Yabury (de Evora), por su nacimiento, uno de los varones descollantes de aquella temporada, por su conocimiento de las tradiciones del profeta, y de injenio tan agudo como atinado, y hasta primoroso pendolista; luego tuvo al doctor escelente Abu el Fadhl El Budjey (de Bujia), apellidado Heschewa, afluente y eruditísimo, quien fué tambien despues secretario de Yakub Almanzor, hijo de Yusuf, y por fin de su nieto El Nasr. Su primer médico fué el wazir Abu Bekr ben Tofail, y tras este, que murió en 581 (1185), Abu Merwan ben Kasem de Córdoba. Pero los dos varones sobresalientes é ilustradores de aquella temporada son sin disputa los dos sabios médicos Abu el Walid ben Roschd (Averroes), llamado á Marruecos en 578 (1182) por el emir el Mumenyn para médico suyo, y á quien luego nombró cadí de Córdoba y Abu Merwan Ebn Zohar (1), el cual era sevillano y judío, y murió en Marruecos de noventa y cuatro años, segun Abulfeda, en 595 (1199 de J.C.), y aun, segun algun otro, en 13 de octubre; habiéndoselo llevado de Sevilla Yusuf Abu Yakub para ser en Marruecos walí el khasna (walí del tesoro, ú tesorero). Se afamó con los muchos y esclarecidos partos que dió á luz en medicina, mereciendo tantísimo aprecio que se estamparon muchos traducidos en latin: tradújose tambien su kollyyat en hebreo, y la version latina que usan los médicos se trabajó sobre aquella (2), debiendo infinito, como es muy sabido, el arte farmacéutico y la cirujía á los desvelos de tan sabio doctor. Ebn Zohar, segun Ebn Djydd, sabia de memoria todas las traducciones de El Bokary (sobrenombre de Avicena) (3). Solia residir Abu Merwan Ebn Zohar en Marruecos, pero menudeaba sus viajes á España, y acompañó particularmente al emir en su infausta campaña de Santarem. En cuanto ó Averroes (Abu el Walid ben Roschd, ó segun la pronunciacion española, Aven Roschd, de donde por corrupcion Averroes) (4), era cor-

(1) Afirma en verdad Conde que tuvo hasta diez y ocho hijos, mas por su cuenta solamente resultan diez y siete.

(1) Conocido vulgarmente con los nombres de Aben Zoar, Ebnzohr, Avenzoar.

(2) Véase la biblioteca hebrea de Wolf, n.° 88.— El orijinal arábigo, con otras muchas obras suyas, para manuscrito en la Biblioteca real de Paris, n.° 871, y al n.° 628 de la Bibliot. Bodleyana.

(3) M. Walsin Esterazy menciona equivocadamente á Avicena entre los filósofos y sabios favorecidos por Abd el Mumen, pues además de que Ebn Sina ni era Andaluz ni Maghrebino, habiendo, por lo que nos participa él mismo, nacido en Afsena, aldea de la dependencia de Bokara, el año 370 de la héjira (980), habia muerto en Hamadan de Asia en 428 (1036), de edad de cincuenta y ocho años islamitas (Véase Casiri, t. 1, p. 268).

(4) Asimismo de Ebn Sina se hizo Avicena. Los Españoles desde luego escribieron y pronunciaron Aben Sina, Aben Rosch, Aben Roesch, recargando esta última voz con una kesra, de donde con nueva alteracion, Avicena y Averroes.—Llama Conde á este último desatentadamente (c. 47), como si trascordara el individuo, el fakih Abu el-Walid ben Raschid.—Notemos de paso la diferencia de los dialectos. Los Bretones se valen de la voz *Mab* por Filius (*Mab* filius idiomate Aremorico, Hibernis *Mac*. Tabular. Kemperleg: *Rivallon mab moam*, gravi infirmitate detentus, monachalem habitum suscepit. Ibidem: Kadou mab David, Killæ mab Gusfredi. Véase *mak*, Ducang. Glossar.) Los isleños lo han hecho *ap*, y para abreviar todavía, han cercenado la *a* en los nombres patronímicos siguientes: Powel, filius Ho-

dobés, y su nombradía es ya europea. Se le conceptúa con razon por uno de los filósofos y médicos mas aventajados de los Arabes. Fué el primero que les tradujo del griego los libros de Aristóteles, comentándolos sabia y estensamente. Cultivó y realzó todos los ramos de ciencias apreciados entre sus compatricios, y logró suma nombradía en vida y en muerte, no solo entre los Mahometanos, sino tambien con los Hebreos y los cristianos, quienes por largo tiempo estuvieron leyendo y estudiando con ansia sus libros, lo tradujeron y glosaron, celebrándolo como el único intérprete de la doctrina á la sazon dominante del gran filósofo griego, y como el único norte de los estudios filosóficos; y así vino á ser propiamente el padre de la escolástica en la edad media. Muchísimas son sus obras relativas á materias muy diversas, como se está viendo en el catálogo que ha impreso Casiri (1). Si bien se reducen las mas á traducciones de los varios escritos de lójica, filosofía, metafísica, moral, política, astronomía, retórica y música de Aristóteles y sus comentarios y esposiciones, las hay sin embargo en crecido número orijinales y sobre diversas materias, como el kollyyat (ó los universales), archivo de los principios y fundamentos de su medicina y de su historia de los animales. Traducidas están en latin é impresas repetidas veces las mas de las obras de Averroes, y todas, menos dos ó tres, lo están igualmente en hebreo (2). Trae Abu Osaiba la muerte de Averroes al año 595 de la héjira (1198 de J-C.), siguiéndole casi todos los autores, aunque Leon Africano la pone en 603 (1206) (3).

welli, Price, filius Rhesi; Prichard, filius Richardi; Probert, filius Roberti; Puig, filius Hugonis; Parry, filius Henrici, ó Penrhye, que es lo mismo.

(1) Bibl. Arab. Hisp., t. I, p. 299.

(2) Consúltese en cuanto á estas traducciones la Bibl. Heb. de Wolf, n.º 39.

(3) D'Herbelot menciona (p. 80 de su Bibl. orient.) una obra de política, intitulada Seradj el-Moluk, la antorcha, la lumbrera de los reyes, compuesta por un Averroes de Tortosa, conceptuándolo muy equivocadamente idéntico acá con el nuestro, como que da comprobado en la misma dedicatoria de aquel libro encomendado á Mohamed, hijo de Abdalá (véase antes, tomo II, c. 14). Averroes el Tartuschy vivia por consiguiente dos siglos antes que el Korthuby. Reiske (suplem., p. 753) conjetura por el nombre, que es idéntico, que pudiera ser uno de los abuelos de nuestro Averroes; pero el sabio orientalista no tiene presente que los apellidos no se traspasan así entre los Arabes.—Casiri (t. II, p. 164) menciona otro Averroes posterior, Abu Abdalá ben Roschd, que floreció en el año 760 de la héjira (1300 de nuestra era), autor de una biblioteca arábiga de los jurisconsultos andaluces, y es el Códice manuscrito, nº. 1728 de la Biblioteca del Escorial.

Proclamóse en Africa el emir Yusuf Abu Yakub, tras la muerte de su padre, el miércoles 15 de djumada el akher de 558, y feneció por fin peleando en la refriega de Schantaryn en el pais de Algarbe del Andalus, el sabado 18 de rabi-el-akher de 580 (1184), de cuarenta y siete años, habiendo reinado veinte y uno, un mes y dias; hay quien dice que se le reconoció el 18 de la segunda djumada de dicho año, refiriéndolo en la forma siguiente:

Muerto el poderoso emir Abd el Mumen, lo encubrieron por la ausencia de su hijo Yusuf Abu Yakub, que debia ser el sucesor y se hallaba á la sazon en Andalucía; y así su fallecimiento no se divulgó hasta la llegada de Yusuf, que pasó de Sevilla, así como lo refiere Ebn el Khascheb, disponiéndolo así todo el esmero eficaz del cadí Abu Hedjaj Yusuf ben Omar. Dicen los historiadores de su reinado, acordes y unánimes, que se le proclamó el viernes 8 del primero de rabieh del año de 560, esto es, dos años despues de la muerte de su padre, pues si bien los jeques y toda la nacion se avenian en proclamarlo á los tres dias de la muerte del padre, se opuso el hermano Cid Mohamed, walí de Bujía, como tambien Cid Abu Abdalá, walí de Córdoba; y estuvo el príncipe Yusuf tan comedido, que no quiso se le proclamase solemnemente, ni que le jurasen obediencia los hermanos contra su voluntad; y así no quiso tampoco titularse emir el Mumenin, sino solamente emir, hasta que recabó la concordia de los ánimos encontrados, embelesándoles con su agrado hasta rendirle obediencia.

Mal seguro en cuanto á la voluntad de los pueblos, mal podia llevar á cabo las intenciones del padre, y así de una las primeras jestiones de su reinado fué despedir la hueste inmensa del eldjihed agolpada junto á Sale. En realce de su advenimiento, libertó á los esclavos y repartió limosnas por todo su imperio. Planteó su residencia en Marruecos y lo fué aparatando para la solemnidad de su reconocimiento y proclamacion. Voló su nombradía por todos los ámbitos del Africa septentrional; predicó, requirió obediencia, y por fin la recabó de jeques y cadies en ambos continentes. Era tan sumo cautivador de voluntades, que á fines de 559, sus hermanos Cid Mohamed, walí de Bujía, y Cid Abu Abdalá, de Córdoba, que hasta entónces se habian desentendido de todo asomo de avenencia, acudieron á él arrepentidos y an-

siosos de juramentársele. Encabezáronles la marcha los jeques principales de entrambos pueblos con sus fakíes y cadíes, y Yusuf se esmeró en agasajarlos con obsequios y con dinero, y luego les repartió á todos ropajes honoríficos, tomando desde aquel punto para siempre el dictado de emir el Mumenin. Desairó sin embargo tanto cúmulo de reconocimientos la rebeldía de un caudillo bereber de la sierra de Gomera. Mozdara, el Gomarino y el Sanhadjita, se empeñó aquel mismo año en agolpar todas las tribus almoravides de Sanhadja contra el príncipe de los Almohades, cuya novedad llegó á Marruecos el mismo dia del ceremonial de la proclamacion. Habia Mozdara acuñado moneda en su nombre, poniéndole por rótulo: «Mozdara puesto en camino (ú el viandante) llega con el auxilio de Dios (1).»

Lema tan amenazador estaba prometiendo un nuevo Abdalá ben Yasin ú otro Mahdy al Africa, y con efecto Mozdara habia logrado en breve agolpar consigo los jeques de tres de las tribus principales del Maghreb, de Gomera, de Sanhadja y Owruba; y juntando en ellas su hueste, se habia apoderado de la ciudad de Taza, matando ú haciendo prisionero al vecindario, y estaba ya marchando contra los Almohades. Envia el emir Yusuf un ejército grandioso contra él, y quiere la suerte, dice el historiador maghrebino, que perezca el Sanhadji en uno de los primeros trances de la guerra. Llevan á Marruecos la cabeza cortada del nuevo profeta, y despeja el ánimo del príncipe de los fieles, á quien azoraba fundadamente aquella sublevacion, pues los medios encumbradores de su propia familia eran los que empleaba Mozdara, y no le cabia duda en que solian á veces salir certeros (1).

En el año de 560 (1165) ocurrió en España la refriega de Djelab entre Cid Abu Said Abd el Rahman y los cristianos auxiliares de Ebn Mordanisch, rey de Valencia. Trece mil son los cristianos; se encuentran las huestes en la campiña de Murcia, que suele ser el ferial donde todos los años se agolpan concurrentes de toda creencia, Cristianos, Musulmanes y Judíos. Se arrostran mutuamente las tropas al amanecer, un sábado 8 de djulhedja, y se abalanzan disparadamente y como de un ímpetu acorde unas sobre otras. Suenan y resuenan alaridos y clamores que se oyen á leguas, dicen, de distancia; pelean mas y mas y queda la llanura cuajada de cadáveres, saliendo vencido Ebn Mordanisch, y los mas de sus auxiliares cristianos y aun muertos, salvándose poquísimos del alfanje de los Almohades vencedores. Llamóse aquella refriega la jornada de Djelab ó del Clamor, por causa de los clamores y vocería que lanzaron los combatientes. Contaban los pastores y los campesinos de las cercanías que aun algunos dias despues del trance seguian oyéndose por aquella campiña allá el ronco estruendo y la gritería revuelta de la batalla, y así se apellidó despues con un nombre adecuado para recordar su memoria, Fohos-el-Djelab. Los caudillos El Osky y Ebn Hamschek, ya descontentos de Ebn Mordanisch, mandaban sus respectivas divisiones, y aunque Hamschek le era suegro, lo desampararon entrambos. El Osky dejó á las claras su partido, pasó á Málaga y luego á Marruecos para seguir ya despues el bando de los Almohades (2).

(1) *Mozdara el gharyb nasraho Alá karyb. Nasraho Alá* significa propiamente *Protegat eum Deus*, Dios lo ampare. Hay que preguntar cómo cabe que escriba así Condé esta leyenda, c. 47: *Menduria algoralb nasraha alali coraib.*

(1) Ebn Abd el Halim, p. 139 del orijinal.

(2) Conde, l. c.

# CAPITULO TERCERO.

*Reinado de Yusuf Abu Yakub ben Abd el Mumen.—Guerra civil entre los emires de la España oriental. Correrías de los Almohades por tierras de Cristianos.—Primer tránsito de Yusuf Abu Yakub á España.—Ultimas vicisitudes de la guerra civil de Scharkya.—Toma de Tarragona por los Cristianos.—Construcciones del emir el Mumenin en Sevilla.—Tratado de paz entre el rey de Mallorca y la república de Jénova.—Campaña de Yusuf Abu Yakub contra Santarem; su muerte.—Sucédele su hijo Yakub.—Reinado de Yakub, apellidado Almanzor.—Campañas de Yakub Almanzor en Africa y en España.—Alfonso VIII de Castilla envia una carta de reto al emir el Mumenin.—Llegada de Yakub á España.—Derrota de Alfonso VIII en Alarcos.—Resultas y consecuencias de aquel descalabro.—Muerte de Yakub Almanzor.*

**DESDE 1165 HASTA 1199.**

Yusuf Abu Yakub envió en 560 (1165) á su hermano Cid Abu Zakarya al gobierno de Bujía, encargándole que visitase todas las provincias del oriente de Africa (la Ifrikya de los Arabes). Prescribióle, entre varios puntos, que fuese oyendo las quejas de los menesterosos, ensalzase á los humildes, aliviase á los oprimidos, y doblegase á los tiranos cuya arrogancia y riquezas atropellaban á los endebles y desvalidos, arredrando á los jueces de las provincias ó cohechándolos con regalos; requiriéndole que fuese muy cabal é inflexible sobre el particular, esmerándose en no dejar burlada su justicia. En aquel mismo año se sublevó por las serranías de Gomera Yusuf ben Monsegad, contra el cual á nadie envió, hasta que á principios del año siguiente el mismo emir Yusuf marchó contra el rebelde con un cuerpo selecto de jinetes almohades, acaudillándolos personalmente y conduciéndolos como á una cacería. Encontró por aquellos riscos al rebelde, lo derrotó, arrolló y aventó sus tropas, hasta que habiéndolo cojido, lo degolló y envió su cabeza á Marruecos. Quedó en aquella espedicion reconocido y proclamado por todas las serranías de Gomera, y en el año de 563 (1168) ya tenia avasallados todos aquellos paises, llamándole sus bravíos y tosquísimos serranos su emir el Mumenin en el mes de djumada-el-aker del mismo año (1).

Estallaron por entónces desavenencias en la España oriental entre los caudillos principales del partido de Abu Abdalá ben Mordanisch, separándosele el suegro Ishak ben Hamschek, saheb de Segura, de su obediencia y amistad. Ofendido Mordanisch, repudió la hija de Hamschek, mas luego arrepentido de su liviandad, fué en su busca, y se esmeró en avenirse con el suegro. Escribió tambien al caudillo El Osky para que volviese de Marruecos, brindándole con lugartenencias y alcaidías en sus estados. Contestó El Osky aviniéndose á volver á Valencia y conformarse con su propuesta. Mordanisch entretanto, seguro de sus intimidades con los cristianos, y teniéndolos de guarnicion en Valencia, se malquistaba con el vecindario, cuyos principales desamparaban la ciudad yéndose á las campiñas y á los pueblos de las cercanías (1).

En 565, el emir Yusuf envió su hermano Abu Hafs á España para esforzar mas y mas la guerra de relijion; pasó el mar, de Kasr-el-Adwah á Tarifa, con veinte mil hombres, tanto almohades como jente conquistada, y se encaminó á Toledo, mientras por la España oriental seguia la discordia entre los caudillos del rey de Valencia. Retrájose por entónces de su obediencia uno de los personajes mas encumbrados de aquel bando, Ahmed ben Mohamed el Makhzumy, pundonoroso, rico y desinteresado, que estaba poseyendo y habia hermoseado últimamente Aldjezirah-Schukar (la isla del Júcar), donde campea hoy la ciudad de Alzira, y para afianzar en cuanto le cupiese su independencia, acudió al arrimo de los Almohades. Ya se estaba así preparando el avasallamiento cercano de la España oriental al príncipe que la estaba gober-

(1) Kartasch el Saghyr, c. 47.

(1) Conde, c. 48.

nando. Fortificóse sin embargo Ahmed el Makhzumy en Aldjezirah-Schukar, en donde agolpó muchísimos parciales, y entre ellos el austero y esforzado Abu el Abas de Uclés y otros rais de su confianza; y entónces desechó la obediencia á Ebn Said el Mordanisch, declarándolo públicamente apeado y abrigador de los infieles (1).

En 566 (1170), hizo el príncipe de los fieles Yusuf levantar el puente de Tensist, echándole los primeros cimientos el domingo 3 del mes de safar, pasó en el mismo año á España para enterarse del réjimen de las fronteras y los puertos, zanjar abusos en los negocios del pais y recojer los karadjes. Llegó á Sevilla, donde permaneció un año, y alcaides y gobernadores de las ciudades fueron acudiendo á su corte con los magnates, cadíes y fakíes para obsequiarle é imponerle en el estado de sus asuntos. Al año se puso en movimiento para emprender la guerra, encaminándose á Toledo y apoderándose de varias fortalezas de las cercanías. Anduvo matando y cautivando cristianos á miles, saqueó las campiñas y regresó ufano y triunfante á Sevilla. Terminóse el 7 de djulhedja del mismo año de 566 la construccion de la torre de Mértola, edificada por disposicion de Cid Abu Abdalá ben Hafs, cuyo fakí y cadí Abu Bekr ben Abi Barbaster fué el arquitecto.

En la parte oriental donde reinaba, como se ha dicho, El Mordanisch, iba su partido muy á menos tras las refriegas reñidísimas de El Sabikat y de El Djelab, y seguia decayendo de dia en dia á impulsos de tanta discordia y contrariedad como reinaba entre sus deudos y sus jenerales. Él por lo mas moraba en Valencia, y á temporadas recorria los estados y pueblos de su pertenencia, situados jeneralmente por la costa del Mediterráneo desde Tarragona hasta Cartajena, apellidada por los Arabes El Halfah, como tambien las fortalezas de Murviedro, Júcar, Játiva, Denia, Lecant, Segura, Lorca y Murcia con sus dependencias, con varias poblaciones sobre la raya. El suegro Ibrahim ben Hamschek, que gobernaba por su cuenta la ciudad de Murcia, se habia retraido de su amistad, y tras los desmanes anteriores que El Mordanisch achacaba á cobardía, Ibrahim dejando á Murcia y declarándose independiente en Segura, habia ido fortificando contra él algunos castillos, entre ellos el apellidado por su nombre Soghr Ebn Hamschek. Igualmente, Abu Bekr ben Sofyan, walí de Djezirah Schukar, desentendiéndose de su intimidad, habia abanderizado contra él fortificándose en Júcar, y temeroso de que su emir Ebn Sad le embistiese, anduvo solicitando de los caudillos almohades que acudiesen en su auxilio. Ebn Sad envió contra él á su hijo Abu el Hedjadj ben Ebn Sad, el adalid de su caballería, para que ocupando su territorio, lo sitiase en Djezirah-Schukar. Marcha este de relámpago con su crecida hueste, y lo sitia con tanto ahinco, que solamente las águilas pueden entrar en la isla, desde mediados del mes de schawal de 566 (1171) hasta la mitad de la luna de djulhedja, asolando y destruyendo el pais por un mes entero. Los sitiados tienen ya consumidos todos sus abastos, y se hallan en tan sumo trance, que desahuciados de auxilio y de resistencia, están susurrando públicamente contra Ahmed, de modo que con anuencia de los prohombres, Abu Ayadh ben Hylel, que era uno de los jeques sobresalientes del pais, entrega la fortaleza, desengañando antes á todos de que no era dable sostenerse ni aun en aquella posicion inaccesible, puesto que si el enemigo los asalta, el vecindario y los mas esforzados se hallan tan exhaustos, que ni aun les quedan fuerzas para andar cuanto mas para pelear y defenderse; siendo positivo que de hambre y flaqueza aun los mas robustos quedaron despues debilitados para toda la vida. Entra Abu el Hedjaj en la ciudad y se lleva á Murcia consigo al gobernador Hylel, que le mereció luego suma privanza; encargando despues Ebn Sad la fortaleza á su hermano. Se conservan versos de Abu Bekr ben Sofyan, en que sitiado en Júcar, está pidiendo socorro, y retrata al vivo las desdichas que padecen los sitiados. Abu Bekr se guarece con los Almohades, quienes, por su maña y sus intelijencias secretas, logran á poco tiempo entrar en Valencia. Ebn Sad envia al golpe tropas, que estan tres meses sitiando la ciudad por mar y por tierra; pero Abu Bekr, encargado de la defensa, la desempeña á todo trance, y recibiendo Abu el Hedjaj una carta de su padre para que acuda á socorrerlo en Tarragona por mar y por tierra, pues los cristianos lo están acosando, levanta el sitio; y sin embargo se rinde Tarragona. Dispone Abu el Hedjaj que su jeneral Aly ben Kasem salga con las naves de Tarragona, y marcha él mismo acaudillando su crecida caballería. Traba refriegas con los enemigos entre Tortosa y Tarragona con éxito vario, y aunque el caudillo Aly ben Kasem vence á los cristianos y quema su escuadra, piérdese Tarragona para el Valenciano y viene á parar en manos de aquellos, hasta que el rey de Marruecos se empeñó en reconquistarla para sí, como lo verémos mas adelante (1).

El año de 567 (1171), emprendió Yusuf Abu Yakub la construccion de la mezquita mayor ó

(1) Conde, ib.

(1) Conde, c. 48.

catedral de Sevilla, llamada Djema el Mukyarrim; y el primer kateb que estrenó sus pláticas fué el fakí Abu el Kasem de Niebla, en el mes de djuledja del mismo año, en que se concluyó el edificio. En el mismo año el propio príncipe construyó sobre el rio de Sevilla un puente sobre barcas encadenadas, y luego almacenes grandiosos á la entrada y á la salida (1). Dispuso tambien el arrecife alzándolo y rehaciéndolo desde Bab-Djehwar hasta el sitio donde se planteó despues el jardin ó huerta de Colon, situado á la orilla del Guadalquivir donde forma un recodo, torciendo al sur y frontero al monasterio antiguo de las Cuevas. Construyó pretiles con graderías por ambas orillas, para facilitar la carga y descarga de los buques. Se encañó y repartió por los barrios de Sevilla el agua cristalina del castillo de Djebir (ayun Djebir). Cuantiosos fueron sus desembolsos para tantas obras, hasta que regresó á Marruecos en el mes de schaban (571--1176), habiendo permanecido en España cuatro años, diez meses y dias; y durante aquella mansion cundió y se robusteció el poderío de los Almohades por el territorio entero de los Musulmanes. Con efecto, habiendo fallecido en Mallorca Mohamed ben Said, saheb del territorio oriental de España, en 567, Yusuf se encaminó allá y lo avasalló todo, y asi vino á dominar aquella porcion de la península. Volvió á Sevilla en 568 y envió á su hijo Cid Abu Zakarya sobre el territorio cristiano, por donde se entrometió llegando hasta Toledo, cautivando jente, talando campiñas y asolando pueblos. Asoma contra él un príncipe cristiano llamado Schandjwah (Sancho), apellidado Abu el Barda (el padre de la Barda), porque solia jinetear en un caballo enjaezado todo de seda, con realces de oro y pedrería (2). Traban luego sangrienta refriega, en que Sancho queda muerto y destrozada toda su hueste, sin salvarse un hombre, siendo hasta treinta y seis mil los cristianos fenecidos en la demanda. En el año de 569 (1173), embiste el emir á la ciudad de Tarkuna (Tarragona), mas no consigue rendirla, y se desagravia talando campiñas, degollando á diestro y siniestro, arrebatando cautivos, arrasando pueblos á hierro y fuego, asolando frutos y arruinando edificios; y regresa luego á Sevilla. Celebra el año siguiente el emir sus desposorios con la hija de Mohamed, hijo de Said, dotándola con tales preciosidades que no alcanza la lengua á describirlas. —Dice Abulfeda que tras la muerte del emir Ebn Sad ben Mordanisch, saheb de la España oriental, de Valencia, de Murcia y de otros varios pueblos, acudieron sus hijos á Yusuf, acorralados como se hallaban entre Cristianos y Almohades, que no cesaban de guerrearles, cedéndole todo su territorio por conceptuarse imposibilitados de conservarlo, de modo que tomaron aquel partido y pusieron en manos de Abu Yakub aquellos estados, brindándole la fortuna con lo que ni aun esperanzaba alcanzar á viva fuerza, y así concedió á los Beny Sads nuevos dictados y posesiones, desposándose con una princesa hermana de ellos; lo cual aconteció tras el fallecimiento de Mohamed ben Sad ben Mordanisch. Entónces fué cuando Yusuf edificó una ciudad en Djebal Felah, dando así que hacer á sus cien mil soldados. Para obsequiar dignamente á la hermosísima Bent Ebn Sad, hermana del saheb de Denia, Játiva y gran parte de la España oriental, construyó el príncipe de los fieles en Sevilla una miberghana, cuya riqueza y primor no cabe describirse en lengua alguna. En 571 (1175), se estuvo padeciendo en Marruecos una pestilencia horrorosa, perciendo en Marruecos infinitas jentes, aun de las principales, como varios hijos del emir Abd el Mumen, y un jeque projenitor de los Abu Hafses, y aun el cadí Abu Hedjaj, como tambien al año siguiente el jeque Abu Ishak ben Hamschek, y al otro, el célebre Abd el Rahman ben Taher, que habia sido walí de Murcia. Apeado por Ebn Ayadh, se pasó á los Almohades y luego á Marruecos, donde murió. Componia este Andaluz lindos versos, y aun se conservan los que dedicó á su hijo Abd el Hak, como tambien las cantilenas cariñosas á la hija del visir Ebn Atia, y otras muy morales que El Ziezari solia recitar en Valencia en sus pláticas y sermones. Fallció por entónces en Málaga el gran caudillo de Ebn Sad, Ahmed el Osky, cuya familia, despues de la pérdida de Oska, se habia avecindado en Talavera, por lo cual se apellidó El Talbery. Desavenido con Ebn Sad, se habia vuelto desde Marruecos á Andalucía, y murió en Málaga en 574, enterrándolo con boato sus amigos en aquella campiña, plantando en torno de su túmulo doce árboles pomposos de flores y frutos dobles. Se conservan sus poesías sobre las leoneras que tenia en Marruecos: y su elojio á la flor del almendro

Albor de la primavera,
Sonrisa feliz del año,
Que la estacion deliciosa
Está de gala anunciando;

era muy célebre, y no ha cesado de resonar por

(1) Abd el Halim, p. 140.

(2) Barda est ephippii in Occitania usitati. Capitul. general. manus. S. Victorii Massil legitur: *Item dicimus in scellis, bardis et frenis irregularibus, etc.* —Gallis *barder*, est equum ornamentis instruere.

Andalucía, sino al enmudecer en ella los Arabes (1). El año de 572, el príncipe de los fieles Yusuf pasó á Mauritania y entró en Marruecos el mes de schaban, permaneciendo hasta el año de 574 (1178), donde supo que Ebn Zobeir se habia sublevado en Cafsat, que es ciudad de Ifrikya, y así estaba todo aquel reino revuelto. Era el año de 576, y Yusuf se pone en camino sin demora. Llega, sitia á Cafsat; la acosa reciamente con asaltos incesantes, entra, vence á Ebn Zobeir y lo quita de enmedio (1180), volviéndose á Marruecos en seguida, donde entra pomposo el año de 577 (1181). En aquel mismo año, Abu Sarahan Masud, hijo del rey de Riahh, vino acaudillando una hueste compuesta de los principales del pais, á ofrecer sus servicios al príncipe de los fieles Yusuf (2). Seguian sin embargo independientes las islas de Mallorca y Menorca bajo el gobierno de un bisnieto de Mudjehid, y tenemos con fecha de 1181 un tratado curioso de paz entre la república de Jénova y el rey de aquel reino, y es del tenor siguiente (3):

*Tratado de paz entre Abu Ibrahim Ishak, rey de Mallorca, y la república de Jénova.*

En nombre de Dios clemente y misericordioso, sea Dios propicio á todos los profetas y les dé la salvacion. Tratado de pacificacion y convenios recíprocos, ajustados con la bendicion de Dios y su asistencia, y ratificado bajo sus auspicios favorables, entre el muy ilustre Alfaquí Abu Ibrahim Ishak, hijo de Mohamed, hijo de Alí (á quien Dios conserve largo tiempo la potestad y le conceda esclarecidas victorias), y el insigne embajador Rodoan de Moro (á quien Dios agracie con hacer siempre lo mas agradable á su divina majestad); pactando dicho embajador en nombre del arzobispo, de los grandes, magníficos é ilustres cónsules y de los senadores y prohombres de Jénova, revestidos de autoridad para atar y desatar, y de todos los demás ciudadanos de dicho vecindario, mayores y menores (á quienes Dios bondadoso perpetúe su gloria), y llegado aquí por parte de todos, y con la fecha de la presente, encargado de sus poderes y con la traduccion que se ha hecho en Jénova. Consta por dichas letras que le han concedido plenos poderes, constituyéndole representante á fin de pactar el tratado presente, tanto en su provecho como á su riesgo, de modo que ajuste este negocio entre las dos partes contratantes, y lo concluya en términos que sea irrevocablemente obligatorio para entrambas partes.

El muy esclarecido Alfaquí Abu Ibrahim Ishak, hijo de Mohamed, hijo de Aly (á quien Dios conceda su auxilio y asistencia), y el ilustre embajador Rodoan de Moro, dicho y nombrado, vecino de Jénova (á quien Dios facilite medios de practicar cuanto apetezca) han ajustado los pactos siguientes, con cabal rectitud de corazon y suma pureza de intenciones, tomando á Dios por testigo y juramentándose ante Dios, para cumplir las cláusulas del tratado presente, y acudiendo á este ajuste con tal sinceridad que fomente su mútua y constante intimidad, y estreche mas y mas los vínculos de una correspondencia recíproca.

El muy esclarecido Alfaquí Abu Ibrahim Ishak, hijo de Mohamed, etc, promete al ilustre embajador y demás sujetos sobredichos, que ningun habitante de sus estados, Mallorca, Menorca, Ibiza y Formentera (así Dios los guarde), causará el menor daño por mar ni por tierra, ni se propasará á hostilidad alguna contra súbditos de dicha república, de modo que no han de padecer el menor quebranto por parte de las sobredichas islas; y el ilustre embajador sobredicho, Rodoan de Moro, á nombre de los subdelegantes susodichos, arzobispo, etc., promete que ninguno de ellos, de sus empleados y jente de guerra, embarcados, ya en sus galeras, ya en otros bajeles, de ningun modo dañarán por mar ni por tierra á las cuatro islas sobredichas ni á sus moradores. Ambas partes contratantes prometen cumplir estos convenios puntualísimamente con la misma cabal correspondencia en sus estados respectivos, y con arreglo á los pactos del presente tratado; y el susodicho embajador ha sujetado á la ejecucion de las espresadas cláusulas á sus delegantes ya citados, en virtud de los plenos poderes y la autorizacion contenida en el escrito que trae, por el cual prometen dar por bueno y agradable cuanto él haga y consienta.

El ilustre embajador precitado, Rodoan del Moro (á quien Dios favorezca con cuanto pueda complacerle), se ha comprometido igualmente con el muy esclarecido Alfaquí Abu Ibrahim Ishak, etc. á cuanto sigue, así por él como por sus principales, á saber, que nada maquinará

(1) Conde, c. 49.

(2) Ebn Abd el Halim, c. 17.

(3) Se ha estractado el orijinal arábigo esmeradamente del archivo de la república de Jénova por M. Silvestre de Sacy en 1805, y está en el tomo XI de las Noticias y Estractos de la Biblioteca real.—En el archivo de Jénova, se intitula este tratado en el respaldo: Convenzione col turco; verius cum rege Majoricheæ tunc temporis á Mauris possessæ.—Luego tendrémos que hablar de otro tratado del hijo de Abu Ibrahim Mudjehid con la misma república.

en daño de las citadas islas, ni auxiliarán con jente, caudales ó de modo alguno á sus enemigos, como recíprocamente se compromete el muy esclarecido Alfaquí con el dicho embajador y sus delegantes, prometiendo nunca auxiliar á sus enemigos.

Igualmente se han convenido en que si se cojiere algun súbdito de una y otra parte en compañía de sus enemigos, se le trate como tal, como tambien que si naufragase algun bajel por sus costas, nadie se ha de apropiar los despojos que hubiere por la playa, y si quieren pagar jente para recojer lo suyo, serán dueños de hacerlo.

Las partes contratantes se han convenido en este tratado para ventaja de entrambas, y han fijado esta tregua y convenio por el plazo de diez años, contaderos desde la fecha de las presentes, á saber, desde el mes de safar, correspondiente al mes de junio, del año 577, para que sirva de cimiento de hermandad y vínculo para una alianza (entre ambas partes). El esclarecido Alfaquí, como igualmente el ilustre embajador, se han afianzado lo convenido para entrambos estados, estrechándose las manos y juramentándose ante Dios al desempeño cabal y escrupuloso, sin ardides ni sutilezas que redundasen luego en alguna sospecha. Tomando así á Dios por testigo, que es el mejor de todos, se obligan y comprometen sinceramente y de corazon, y cuantos contravengan á este convenio se hacen reos contra sí mismos y contra su relijion. Dios es quien juzga cuanto estamos diciendo, como testigo y fiador de nuestra fidelidad en el cumplimiento de todo del modo mas adecuado. Alabado sea Dios, Señor de los mundos. Fecho por duplicado.

Como todo depende allá de la disposicion de Dios, sea por siempre honrado y ensalzado.

Salió Yusuf de Marruecos, en 578 (1182), para plantear personalmente el castillo de Rakna (Zucondir), y lo construyó sobre una mina de oro recien descubierta, pasando luego, en 579 (1183), por segunda vez á España para guerrear por la relijion; y salió de su corte de Marruecos el sábado 25 de schawal de 579 (1). Se encaminó por la puerta de Dukela á restablecer el órden en la provincia de Ifrikya, pero sabiendo por Mohamed ben Ishak, venido de ella, que estaba todo sosegado, torció su rumbo en demanda de España. Partió de Sale á las diez de la mañana el jueves 30 de djulkada, celebró la fiesta de los sacrificios fuera de sus murallas, y luego pasó á Fez, donde permaneció lo restante del mes.

(1) Ebn Abd el Halim, p. 141.

En 580, el 4 del mes de moharrem, el emir Mumenin salió de Fez, y siguió sin detencion para Ceuta, donde permaneció lo restante del mes, mientras ya las tropas iban atravesando el mar. Encabezaron el tránsito las tribus de los Arabes, y en seguida las de Zeneta, de Mosamedá, de Maghrawah, de Sunhadjah, de Awruba, y las bereberes. Pasaron despues los antiguos Almohades con las tropas de Aghzaz y de Rumat Traspuesto ya el ejército, pasó él mismo con los esclavos negros de su guardia y sus visires el jueves 5 de safar (18 de mayo de 1184). Aportó en Djebal-el-Fetah, desde donde pasó á la península de Aljeciras, y luego se encaminó á Sevilla por Alcalá, Jerez y Nebrija. Estando acampado en el wad Botran, sabe que su hijo Cid Abu Ishak le salia al encuentro desde Sevilla, con los fakíes y jeques principales, para saludarle, y les envia órden para que se detengan en la Almunia hasta su llegada. Tras el rezo del mediodía, monta á caballo, se encamina á ellos, y habiéndole todos saludado detenidamente, montan igualmente y marchan en demanda de Santarem, en el pais occidental de España, y llegan el 7 de rabi-el-awal de 580 (14 de junio de 1184) (1). Planta el príncipe de los fieles su real ante la plaza, la cerca con sus tropas y sus flecheros, y le da repetidos asaltos sin éxito hasta la noche del 22 de rabi-el-awal. En ella pasa con tiendas y pavellones al poniente de la ciudad, con desagrado de los Musulmanes, muy ajenos de los intentos del emir. La noche siguiente, tras el quinto rezo de los prescritos al Musulman (salat-el aksah), envia órden á su hijo Abu Ishak, walí de Sevilla, para que salga en cavalgata antes del amanecer para Lisboa, trayéndose, para lograr mas certero el gazwat, las tropas de Andalucía y marchando el dia entero. Equivocan la órden, y el hijo entiende que se le manda salir para Sevilla durante la noche. Esparce Satanás por el ejército la voz de que el emir manda partir aquella noche levantando el sitio, cunde mas y mas el rumor, y se emprende la marcha taifa por taifa, partiendo aquella misma noche al amanecer. Asoma el dia, y mueve Cid Abu Ishak su jente, siguiéndole otras muchas compañías, sin noticia del emir. A la madrugada, tras el rezo del alba, totalmente amanecido, nadie asoma sino tal cual guardia ó palaciego, que solian acampar y marchar con

(1) In era MCCXXII, dice la crónica de Coimbra. p. 332, mense julii vigilia S. Joannis Baptistæ, imperator Sarracenorum nomine Aboiac venit cum exercitibus suis, et (obsedit) Scalabi castrum, et vastavit totam Extrematuram, et fuit ibi per quinque septimanas.

él, y los alcaides de España, que seguian sus reales como en clase de enfermeros, para cuidar de los imposibilitados en los movimientos del ejército (1). Alzado el sol, viendo los sitiados desde sus almenas que está levantado el campamento, sin quedar mas que el emir, sus esclavos negros, los oficiales de su guardia y los palaciegos; y enterados además por sus espías qe la ida del ejército, abren sus puertas, y salen voceando: *¡al rey, al rey!* Allá se abalanzan sobre los negros, llegan al real del emir, zescubriéndolo al arrebatarle la tienda; se rehace, blande contra ellos el alfanje, mata á los teis primeros que se le presentan, hasta que, á pesar de su denuedo, cae alanceado y mal herido; y tres mujeres de su harem que trataron de escudarle, quedan á su lado. Pero los jinetes y los negros de la guardia prorumpiendo en voces y alaridos, llegan dos jinetes almohades con parte de la tropa, que logran rehacer, de modo que á punta de lanza lo salvan de manos de los enemigos. Matanza pavorosa reinó allí entre ambas partes por espacio de una hora, pero quedan al fin mal parados los cristianos, y Dios tiene á bien que los Musulmanes los vayan acosando con el alfanje al cuello, precisándolos á encerrarse en la ciudad, con muerte de mas de diez mil hombres (2). Tambien hubo mártires entre los Musulmanes; y el príncipe de los fieles, imposibilitado ya de dar disposiciones, cada cual toma desaladamente el camino de Sevilla, marchando con desmayado silencio al compás del tambor. Se enconan las heridas del emir en el tránsito, se agrava su dolencia, y á pesar del afan de sus médicos, fallece en el viaje. Ebn Mathrukh dice que murió el sábado 12 de rabi-el-akher de 580 (23 de julio de 1184) junto á Djezirah-el-Hadra, encaminándose al Africa, y que llevaron su cuerpo á Tynmal, donde le enterraron junto al túmulo de su padre; aunque otros dicen que espiró en Marruecos, y lo trasladaron á Tynmal para sepultarlo. Su hijo Yakub, sucesor en el califato, fué á quien cupo la entrada y la salida al aposento del padre, y quien manejó los negocios desde su indisposicion hasta el fallecimiento. Yahya cuenta que el emir espiró en el tránsito del Tajo, levantado ya el sitio de Santarem, y que reservando su muerte, lo llevaron á Sevilla para embarcarlo y trasladarlo á Sale, en cuyo arrabal lo

(1) El esclarecido fakí y médico andaluz de los Judíos, Ebn Zohar, era uno de los oficiales de Abu Yakub en aquella campaña.

(2) Ebn Abd el Halim, p. 142, cuya relacion equivoca Conde, haciéndole decir erradamente que el ejército musulman tomó á Santarem.

estuvieron guardando hasta que por fin, llevado á Tynmal, lo colocaron junto á su padre, habiendo reinado veinte y dos años, un mes y seis dias. Su hijo fué el encubridor de su muerte, hasta la llegada del cuerpo á Sale, donde la divulgaron: tan solo Dios es eterno, y nadie es señor y servidor como él (1).

El emir el Mumenin Yakub ben Yusuf se llamaba Abdalá y se apellidó Almanzor Bifadl Elá (el vencedor por la gracia de Dios). Era sonrosado, de estatura mediana y suelta, de ojos hermosos, nariz agraciada, rostro redondo, párpados grandes, ceji-junto, cuelli-largo y espaldudo; era además de índole espléndida y dadivosa, y luego esforzado, afluente, instruido, amante de los sabios y de todo sujeto provechoso á la relijion y al estado. Fué su madre hija del visir de su padre; nació en el palacio de su abuelo Abd el Mumen, en 555 (1160), y se llamaba tambien Abu Yusuf. Decia en su sello: «En Dios se cifra mi confianza.» Tenia en su consejo varones de nombradía, condecorándolos en vida y en muerte; pues solia visitar sus sepulcros, los acompañaba en los entierros, amándole y bendiciéndole todos á porfía. Tuvo cuatro hijos varones, Otman, que le sucedió en el imperio, Abu Abdalá el Nasr, Abu Mohamed Abdalá el Fadhl, y Abu el Ola Edris el Mamun. Tuvo por visires, katebes y médicos los de su padre, y dos cadíes afamados. Quedó reconocido y proclamado el domingo 19 de rabi-el-akher de 580 (1184), pero la solemnidad principal fué el sábado 2 de djumada-el-awal del mismo año, por la particularidad de tener que ocultar la muerte de su padre por trece dias. Se le reconoció públicamente hasta su muerte, que fué el jueves 22 de rabi-el awal de 595 (1199) y segun otros, en la djuma, al fin de la noche, en Medina Marruecos, desde donde lo trasladaron á Tynmal, para enterrarlo, habiendo imperado cinco mil ciento y noventa y dos dias, que componen cerca de quince años. Fué su primer afan, despues de juramentado, sacar de la tesorería hasta cien mil dinares de oro para repartirlos á los necesitados por los aduares del Maghreb, y escribió á las provincias que soltasen á los presos por causas leves, y se liquidasen sin demora los alcances de los acreedores de su padre, descargando las deudas y atrasos devengados al erario. Aumentó los sueldos á los cadíes y fakíes. Fué visitando las provincias, examinó y comprobó su situacion, fortificó las fronteras, puso guarniciones cabales de infantería y caballería, pagando colmadamente la soldadesca almohade. Arreglaba por sí mismo todo lo relativo á me-

(1) Ebn Abd el Halim, p. 142 y 143.

joras en la relijion y el estado, y fué el primer príncipe almohade que encabezó sus cartas y decretos con el: «Alhamdl illah wahidi» (alabanza á Dios solo). Glorificó Dios esclarecidamente su reinado, y lo ensalzó y engrandeció en oriente, ocaso y mediodía, así en Africa como en España, mereciendo el dictado de Almanzor en la jornada esclarecida de Alarcos. Fué su reinado todo de sosiego, confianza, baratura y regalo, y Dios planteó en él la seguridad por levante y poniente de Africa y de España. Viajaba sola una mujer desde Nun an Lomta y llegaba á Barca sin tropezar con quien la salteare ni le dijese una palabra (1). Fué fortificando pueblos y fortalezas de la raya, edificó mezquitas, planteó colejios en todos sus dominios de Africa y España, construyó hospitales para enfermos y dementes, pensionó á los fakíes y talbes, asalarió médicos, cuidantes y sirvientes de los hospitales, y repartió auxilios para los achacosos, mancos y ciegos por las provincias. Construyó torres, puentes, cisternas y pozos por los caminos y en los desiertos, y se esmeró en colocar mentzyles (posadas y paradores) desde Sus el Aksa hasta Suik Maschuk.

El mismo año de la muerte de Abu Yakub Yusuf, 580 de la héjira, el saheb de Mallorca, Aly ben Ishak, de la alcurnia de los Beny Ganias, príncipe de los Almoravides, no bien supo la muerte del emir el Mumenin, juntó una grande escuadra, pasó al Africa, sitió á Bujia, y la tomó á viva fuerza tras recios y repetidos asaltos, arrojando al walí Soleiman ben Abdalá, nieto de Abd el Mumen, con todos sus Almohades. Hizo rezar en la kothba por Nayr Edyn Alá, califa de Bagdad, y sublevó todos los pueblos y tribus de aquellos paises (2).

En el año de 582 (1186), mediando ciertas sospechas, Yakub Almanzor quitó de en medio á sus hermanos Cid Abu Yahya y Cid Omar, y á su tio Cid Abu el Rabieh; y en aquel mismo año se le rebelaron Medina Cafsa y Cabes en la provincia de Africa, incitadas por el walí de los Almoravides Aly ben Ishak. Yakub Almanzor junta su tropa, sale de su corte de Marruecos el 3 de schawal de 582, y sitia á Cafsa con crecidas fuerzas, tomándola en 583. Pelea luego con los Arabes de Ifrikya, los derrota, y franquea á la soldadesca sus mujeres y bienes, con lo cual acuden á rendirle su obediencia. Los hace trasladar al Maghreb el Aksah, y se vuelve á Marruecos, donde hace su entrada en el mes de redjeb de 584. En 585 trae á Marruecos una cañería de agua potable, y uno de sus historiadores le ensalza esta particularidad al par de la proeza mas esclarecida. Pasa á España para entablar la gazya por los paises occidentales, desde el castillo de tránsito (Kasr-el-Aduah) á Djezira Alhadra, jueves 3 de rabi-el-awal, desde donde se encamina á Santarem. Saquea y tala hasta Lisboa, asolando campiñas, destrozando cosechas, anegando semillas y matando y cautivando á los moradores carga, en aquella campaña vengadora, como la apellidan los Arabes, con grandes y riquísimos despojos, y se vuelve á casa á la otra parte del estrecho con trece mil mujeres y niños, llegando á Fez el dia último de redjeb. Se detiene poquísimo, porque le llegan nuevas, al irse desahogando de sus afanes, de que El Mayorky (esto es, Aly ben Ishak) asoma por el reino de Ifrikya. Se traslada allá desde luego el 8 de schaban del mismo año, y entra en la ciudad de Tunez el 1.º del mes de djulkada; y halla sosegadísimo el reino de Ifrikya, por haber huido El Mayorky apenas supo su venida (1).

Suena por el año de 1188 el segundo tratado de paz entre Abu ben Ishak, rey de Mallorca, y la república de Jénova, de que se habló arribal haciendo parte de los legajos diplomáticos sacados del archivo de la república de Jénova por M. Silvestre de Sacy, en 1805. (Cantera seconda) (2).

En este tratado, el rey de Mallorca lleva el dictado de emir, titulándose Abu Mohamed Abdalá, hijo de Ishak, hijo de Mohamed, hijo de Aly; era por consiguiente hijo del que habia concluido el tratado de 1181. Habria fallecido, y su muerte ocasionó un ajuste nuevo, sin estar cumplido el plazo del convenio anterior.— Llámase el embajador jenovés Nicolás Lecanozze, y es la fecha del mes de djumada el akher de 584, correspondiente á agosto de 1188 (3).

(1) Ebn Abd el Halim, p. 144.—Eis aquí, dice Moura, p. 237, como se acha esta passagem traducida em Conde, p. 390: *Y corria sus tierras desde Velad Nul hasta Barca*, e nao he menos notavel o que continua no mesmo período.

(2) Conde, c. 50.

(1) Ebn Abd el Halim, p. 145.

(2) Acompaña al orijinal arábigo una traduccion latina interlinear, publicada igualmente por M. de Sacy.

(3) Véase en los últimos renglones de la version *baulile*, esto es, *bihawl'illah*, con la autoridad de Dios; despues *elcamaro cullao lila gel oas*, esto es, *elamar kulli lilla djal uazz* (todo está sujeto á Dios; sea ensalzado. Parece, dice M. de Sacy, á quien somos deudores de la noticia de esta acta, que esta fórmula, puesta al pié de este tratado y del de 1181, en letras abultadas y entretejidas, hacia veces de firma ó de ratificacion por parte del rey de Mallorca.

En España, el año de 586 (1190), entraron los cristianos con el poder de sus armas en los pueblos de Schilb, de Bedjya (Bejar) y de Yabora (Évora) (1), del poniente de España (Algharb), por saber que Almanzor estaba desviado y detenido en la Ifrikya. Enterado Almanzor de esta novedad, se encoleriza, escribe y reconviene á los alcaides de España por su tibieza con el Islam, y les manda terminantemente que acudan á guerrear al Algharb, hasta que atraviese el mar en persona, como espera verificarlo en breve. Júntanse los alcaides de España con Mohamed ben Yusuf, walí de Córdoba, y sale acaudillando una hueste crecida de ellos, los Almohades, Arabes y Españoles, planta sus reales ante Schilb, lo sitia y combate tan reciamente que en pocos dias lo allana (2). Rinde luego el castillo de Abu Danés (Kasr Abu Danes), los pueblos de Badjia y Yabra, y se vuelve á Córdoba con quince mil cautivos y tres mil cristianos esclavos, haciéndolos entrar en la ciudad por cuadrillas de á cincuenta (schawal de 587, octubre ó noviembre de 1191). Lo que llamaban el Kasr de los hijos de Abu Danes, ó bien Kasr el Fethah, el castillo de la entrada ó de la abertura, comprendia, segun Él Edris, Évora, Badajoz, Sarisa, Mérida, Alcántara y Coria. Se le habia constituido señorío ú waliato por el último Beny Abed, á favor de su visir y poeta Abdalá ben Moheb (3). Vuelve Yakub Almanzor en el mismo mes á occidente, y entra en Tlemcen, donde se detiene hasta el fin del año siguiente.

Al principio del otro año y á los primeros dias de moharrem, el emir de los fieles salió de Tlemcen para Fez, donde adoleció gravemente por siete meses; mas apenas se rehizo, volvió á Marruecos, donde permaneció hasta el año de 590 (1194), en que partió para España, con el intento de continuar la guerra santa, y fué el segundo gazwat de Yakub Almanzor en España, coronado con la célebre batalla de Alarcos.

Con la ausencia dilatada del príncipe de los fieles Yakub, á causa de su enfermedad en Africa, los cristianos de España, avalorando la coyuntura, arrollan acá y acullá la morisma, sin dejarle punto arinconado que no talen y atropellen. Azorados los Musulmanes, no hallan arbitrio para atajar tantísima tropelía, en términos que la hueste enemiga se adelanta malvadamente á sitiar á Aljeciras, sobre el mismo estrecho, de donde el rey castellano escribe á Almanzor retándole á la lid; y el contenido de la carta es el siguiente: «En nombre de Dios clemente y misericordioso, de parte del rey cristiano al emir de los Hanifianos. Si no te cabe, como parece, el venir á guerrear por acá, envíame bajeles y barcas para pasar ahí con mi tropa y batallar contigo en ese tu pais querido, bajo esta condicion, á saber, que si me derrotas (con lo que te hallas á la mano ese regalo sin ir en su busca), quedo cautivo y me das la ley; mas si salgo yo victorioso, he de ser yo rey de entrambas relijiones y dueño de tus estados.» Lee Yakub ben Yusuf la carta, y arde en celo sagrado por desagraviar el Islam; la da tambien á leer á sus Almohades, á los Arabes, á los kabiles de Zeneta y de Mosamedá, y á todos los jeques presentes, y se encolerizan é inflaman todos hasta lo sumo, prorumpiendo en ímpetus y anhelos desenfrenados de acudir á la guerra santa. Llama Almanzor á su hijo Cid Mohamed, su venidero sucesor, le entrega la carta y le manda que conteste al malvado Alfonso. La lee Mohamed, la vuelve y escribe á la espalda estos renglones sacados del Alcoran: «Dijo el sumo Dios: volveré el rostro contra ellos, é irémos en su busca con ejércitos que nunca vieron, y los anonadaré sin contraresto.» Manifiesta la contestacion al padre, quien la lee, y encareciendo su injenio, recapacita un tanto, y luego la entrega al enviado. Manda tremolar el estandarte, y sacar la techumbre ó tienda encarnada (kuba al Hamra), el alfanje y el muschaf de Otman. Y

Al pié del orijinal dice: Carta paciis regis Majoricæ, quam Nicola Ph. Legatus composuit et perfecit secum pro communi Januæ, in consulata Fulconis de Castro, Nicola Embriacci, Ingonis de Fresia, Ogerii Venti, Bald Guercii, Simonis Auriæ, Oberti Spinulæ et Specapetræ, MCLXXXVIII, indictione quintá.

En el latin, las cuatro islas se nombran Majorice, Minorice, Utica et Fermentaria.

Se deslindan los límites del territorio de Jénova en estos términos: videlicet, quod Januences et homines districtûs eorum, à Corvo usque Niciam, sint salvi et securi in insula Majorice.

La duracion del convenio y el plazo del principio de su ejecucion se espresan así: Terminus ejusdem conventionis est decennium, à die videlicet ejusdem conventionis, primo die mensis safar.

(1) Ebn Abd el Halim, l. c.—Leyó Moura equivocadamente Beyra por Yabra ó Yabora (Évora).

(2) Ebn Abd el Halim, p. 145.

(3) Abdalá ben Moheb ben Vazir Abu Mohamed Hispalensis, provinciam obtinuit Alcacerum, vel Kasr el Fathah, id est *clavis castrum*, quem Eledris, p. 153, appellat Alcasscrum ben Abidanes: atque in eo contineri Eboram, Badajcs, Sarisam, Emeritam, Cantaratassaif, et Coriam (Casiri, t. II, p. 59 y 60).

ordena á los Almohades y á todas las tropas que emprendan la marcha y se aperciban para la guerra de religion. Escribe á Ifrikya y á todo el Maghreb, brindando á los pueblos para el nuevo eldjihed, y allá se agolpan á su llamamiento jentes y jentes de armas tomar, de toda edad y de toda rejion, de cerros y valles, ya cercanos, ya distantes (1).

Sale Yakub de su corte de Marruecos el juéves 18 de djulhedja-el-awal de 591 (1195), arregla el itinerario y dispone que se den á la tropa dos ranchos al dia. Pónese en camino aquella muchedumbre infinita, y de tantísimo hervidero de caballería é infantería, para las cuales no hay pábulo en la tierra ni agua en los rios, marcha y corre y vuela, sin volver jamás la cabeza, en alas de su afan por pelear en la guerra santa contra los infieles. Llega el jentío á Kasr-el-Adwah (castillo del tránsito), y van pasando las taifas; encabezan la hueste las tribus árabes, siguen las zenetas, de Mosamedá y de Gomera, los voluntarios de los kabiles del Maghreb, las tribus al Motawaah (voluntarios), Negros, Aghzates, Rumates; luego los flecheros, los Almohades y guardias de servicio, todos atraviesan y acampan por las playas de Aldjezira-Alhadra. Transita el postrero el emir con grandiosa comitiva de jeques almohades, de visires y fakíes del Maghreb. Quiere Dios que pase bonanciblemente, y acampa al instante en Aljeciras, verificándose su llegada tras la azala de la djuma, el 20 de redjeb del año sobredicho. Detiénese un dia á la vista de Alhadra, y luego rompe la marcha contra el enemigo, antes que amaine el fervor de cuantos vienen ansiando la guerra santa. Grandiosa es su hueste, como que camina á ser la salvacion y gloria del Islam, por su bizarría denodada y mas y mas pertinaz en su intento. Desaparece el enemigo, y se sabe que el maldito Alfonso está con su ejército en Medina Alarcos; pero el emir Almanzor se adelanta contra él, confiado en Dios y en su favor poderoso. En ningun pueblo asoma, á nadie espera, ni se cuida de quien se detiene ó se rezaga. Arrójase así contra el enemigo sin parada hasta llegar á un paraje que dista dos jornadas cerca de la ciudad de Alarcos. Planta su real el juéves 3 de schaban de 591 (1195).

Celebra en el mismo dia consejo con sus Musulmanes sobre el modo de acometer al enemigo de Dios, como está dispuesto por el mismo Dios y lo enseña el profeta, pues tiene mandada esta formalidad, y por la cual alaba á su pueblo, segun este paso del libro de Dios: «Juntan consejo para los negocios de entidad y se consultan mutuamente, y revierten liberalmente sobre los menesterosos parte de nuestras dádivas;» y aquel otro donde se dice: «Conduélese de ellos, pide perdon por ellos, y consulta con ellos sobre los puntos árduos de la guerra. Confia pues en Dios, por cuanto ama y ampara á los confiados en él.» Convoca el emir al consejo primero los jeques almohades, y luego á los árabes, á los de Zeneta, á los de los kabiles de Mosamedá y Gomera, con los de Aghzaz y de los Motawaahes. Cada cual va dando su dictámen sobre cuanto conviene, y llama por fin á los alcaides de España; entran, le hacen el salem y se le sientan delante; les repite lo dicho á los demás y añade: «¡Oh Andaluces, aunque cuantos acabo de consultar son caballeros atinados y valientes, avezados á los trances de la guerra, y de sumo teson en las refriegas, por defender el Islam, no les cabe en suma el conocimiento cabal de los ardides de los infieles; no saben como vosotros, que sois rayanos y estais de continuo guerreando con ellos, su modo de pelear, de escuadronarse y desempeñar las batallas. Decidme pues vuestro parecer sobre todos estos puntos, y le contestan: «¡Oh príncipe de los fieles, nuestro dictámen unánime, uno solo de los nuestros, en quien ponemos toda nuestra confianza, y á quien rendimos el habla por su sabiduría y desempeño y por la noticia que posee de las astucias y ardides de guerra de los infieles, te lo manifestará; óyele, pues en suma es nuestra lengua, y cuanto te diga es lo mismo que pensamos todos. ¡Ojalá que nuestro dictámen (que Dios encamine y favorezca) sea el mas aventajado de todos, y que nuestra conducta sobresalga entre todas las del mundo! ¡Así Dios quede pagado de ti!» Y nombraron acordes al caid esclarecido, agraciado de Dios y pundonoroso, Abu Abdalá ben Senadid. Lo notó entre todos el príncipe de los fieles, y encarándose con él, le pregunta su dictámen acerca del modo con que se debia pelear y presentarse ante el enemigo. Contesta Ebn Senadid: «¡Oh emir el Mumenin, los cristianos (á quienes Dios estermine) son muy advertidos y ardidosos en la guerra, y así hay que herirlos por los mismos filos. Por tanto mi parecer (salvo el tuyo, señor) es que al venir á las manos con el enemigo, envíes un jeque de los Almohades que les salga al encuentro, con su denuedo y fervor eminente, acaudillando una porcion grandiosa del ejército, compuesta de tropas andaluzas y africanas agolpadas bajo tu estandarte siempre victorioso. Harás embestir y arrollar al enemigo (¡así Dios lo aniquile!) por este cuerpo bienhadado, mientras tu alteza se mantenga acaudillando la reserva de los Almohades (á quienes Dios haga triun-

(1) Ebn Abd el Halim, p. 147.

fantes), Negros y guardia junto al campo de batalla en paraje encubierto y á la espalda del ejército musulman. Si con el auxilio de Dios, para el engrandecimiento de tu imperio y poderío, vencemos al enemigo, acudirás tú á redondear su derrota y descalabro, y si el trance tomase otro jiro, servirás con tu hueste de asilo incontrastable á los vencidos, los reharás y con tropas de refresco te abalanzarás al enemigo, desalentado ya y postrado con el afan y quebranto de la batalla. Este es mi dictámen sobre el particular, y ojalá sea de tu agrado.» Prorumpe Almanzor: «Vive Dios que tu parecer es el que se ha de seguir, y el Altísimo es seguramente quien te ha inspirado cuanto me aconsejas.» Retíranse todos á sus tiendas, pero el príncipe de los fieles se mantiene en vela toda la noche, que es la del viernes al sábado del 5 de schaban, orando, postrado ante el Dios de las alturas, pidiéndole y rogándole que le franquee con su auxilio poderoso la victoria de los Musulmanes contra los infieles sus enemigos. Tan solo al rayar el alba, el desvelo y la fatiga entorpecen sus ojos, adormeciéndose un tanto sobre su rakiah (alfombra del rezo ú bien humilladero). Despiértase luego ufano y con el pecho desahogado, envia por los jeques y fakíes principales de los Almohades, y les dice: «Os llamo para manifestaros lo que se me ha revelado en mi sueño, en esta hora venturosa de la dignacion especial de Dios altísimo para con nosotros. Con los ojos cargados de sueño, me adormecí en mi rakiah á la hora del rezo del sohby; y he visto como abrirse una puerta en el cielo, de donde ha venido para mí un jinete cabalgando un caballo blanco, hermoso de rostro y exhalando fragancia, tremolando además en la diestra un pendon verde tan grande que oscurecia el horizonte. Se ha llegado á saludarme, y le he dicho: ¿Quién eres? ¡Propicio te sea Dios! — Soy, me ha contestado, un ánjel de los ánjeles del séptimo cielo, que vengo á anunciaros la victoria de parte del Señor del universo, á ti y á cuantos han venido á pelear bajo tu estandarte, con el anhelo del martirio y del galardon celeste del Dios altísimo. Luego me ha recitado estos versos, que al retenerlos me los he sentido estampados en mi corazon:

Ya con vivas sin fin el triunfo brilla,
Que el bando fiel á Dios rinde á Castilla,
Y escelso gozo exhalará tu pecho,
Tus plantas hollarán, desde el Estrecho
Hasta Pirene, la nacion pagana,
Pues á tu alfanje atroz caerá mañana
Yerta su hueste. El sumo Dios te anuncia
Cuanto mi boca anjélica pronuncia.

con lo cual quedé cerciorado de la victoria, y estoy contando con el logro prometido por mi Dios todo poderoso, con su permiso divino (1).

El sábado 5 de schaban de 591 (15 de julio de 1195), remanece el emir Almanzor sentado en su tienda encarnada, destinada para la pelea con los enemigos, y hace llamar al esclarecido jeque Abu Yahya, su primer visir, con todos los señores de la misma alcurnia de los Beny Hafses, conceptuados por la mas noble de Andalucía. Pundonoroso, recto y fiel es Abu Yahya, los señorea á todos, y fué despues emir y caid de los Almohades en la Scharkya de Africa. Le encarga Almanzor el mando de las tribus andaluzas y sus taifas, como tambien de los Arabes, Zenetas y Motawaanes, ó voluntarios de todas las demás tribus del Maghreb. Le pone en la diestra su estandarte siempre venturoso, le hace marchar por delante, y van desarrollando sobre sus sienes las banderas; redoblan los tambores, y él se adelanta con la tribu de Henteta. El caid andaluz Ebn Senadid, capitaneando tribus españolas y sus taifas, encabeza la vanguardia, y Yakub va repartiendo los mandos de las varias divisiones en la forma siguiente: á Hudzail el Maghrawy las tribus del Maghrawah; á Haywah las tribus de Meriny; á Djabar ben Yusuf las de Abd el Wad; las de Tadjin á El Tadjiny, como tambien las de Haskurah á Taldjer ben Aly; y así de las demás, poniendo al frente de los voluntarios al virtuoso peregrino (hadj el saleh) Abu Harets Yakhlyf el Wuruby. Era el jeque Abu Yahya su jeneralísimo. Retiene el emir consigo el recio de los Almohades y Negros, y manda á los demás que salgan y marchen al avance.

El real se conmueve, marcha el jeque Abu Yahya á vanguardia, precediéndole Ebn Senadid con sus compañeros los jeques y caides de España con su infantería y caballería. Acampa el emir el Mumenin por la noche donde se ha desalojado Yahya por la madrugada. Marcha así hasta avistar Yahya á los coligados sobre un altozano con tajaduras y recodos, estendidos tambien sobre las faldas mas ó menos llanas ó quebradas, frente á la ciudad de Alarcos (2).

Llega la hueste musulmana y acampa en el llano á las diez de la mañana, miércoles 9 de schaban (19 de julio de 1195) Abu Yahya escuadrona al punto sus tropas, pone los estandartes en manos de los emires de las tribus, á cada uno el suyo para servir de arrimo y de señal de reunion á las respectivas tribus, confiando la bande-

(1) Todo el pormenor de la vision va literalmente traducido del Kartasch menor, p. 148.

(2) Ebn Abd el Halim, p. 148.

ra verde á los voluntarios. Coloca las tropas de España á su derecha, los Zenetas, Mosamedáes y demás tribus del Maghreb á la izquierda, Aghazes y Rumates á vanguardia, y escoje su lugar en el centro de la batalla con la tribu de Henteta. Escuadronada la hueste con las tribus bajo sus correspondientes banderas y alerta, el emir Djarmun, hijo de Ryahh, jeneral de los Arabes, anda corriendo entre las filas musulmanas, enardeciendo á los guerreros á la pelea y repitiéndoles aquestas palabras del sagrado Alcoran: «O vosotros, creyentes, aguantad con cabal sufrimiento, mostrad teson, confiad en Dios para ser felices. O vosotros, creyentes, esperanzad en Dios, pues él acudirá y os robustecerá las plantas.» Asoma entretanto contrapuesto el ejército enemigo por la cima de una loma, escuadronado en torno de la fortaleza; destaca una columna de siete á ocho mil sobresalientes, cuajados todos de hierro, con sus corazas y jubones de malla, cabalgando potros igualmente resguardados con planchas aconchadas, y se abalanzan al enemigo. Adelántase el pregonero del jeque Abu Yahya, corre por las filas y vocea: «O tropa musulmana, ea, teson en la línea, no hay que cejar; encaminad á Dios de corazon vuestras plegarias y acciones de gracias, pues os ha de recompensar, ó con el martirio y el paraiso, ó con la victoria y los despojos.» Entra luego Ahmed y clama: «Firmes todos aquí en presencia de Dios; él os pone al enemigo en las manos, y así aliento siempre.»

En este punto la columna disparada de los siete ú ocho mil gallardos se arroja á la morisma con tal ímpetu que mal pueden los botes de las lanzas musulmanas contrarestar el empuje de los petrales herrados; cejan un tanto; embisten de nuevo, y los rechazan segunda vez á duras penas; se aperciben al tercer avance, en tanto que Ebn Senadid y el zaym El Arby (caudillo de los Arabes) vocean mas y mas: «Teson, aguante, Musulmanes, así Dios fortalezca vuestras plantas contra esa embestida.» Cargan entónces los cristianos sobre el centro donde está Abu Yahya, y se abalanzan á él, creidos que es el emir el Mumenin; resiste briosamente, y aguanta cuanto le cabe hasta que cae martirizado con una porcion de morisma de los Hentetas y Motawahes, á quienes Dios tenia predestinado aquel martirio, dice nuestro autor, beatificándolos de antemano (1). Contrarestan no obstante los Musulmanes aquel encuentro formidable con entereza, y la polvareda levantada por las pisadas revueltas de los caballos está oscureciendo el dia para los combatientes. Sobrevienen varias tribus en aquel trance, rodean á los cristianos, que han acometido ya por todos los puntos, y trepa Senadid con las tropas españolas y sus tercios hasta el cerro donde se halla Alfonso, siguiéndole varias tribus árabes. Tiene allí consigo Alfonso toda su hueste de trescientos mil hombres de infantería y caballería. Se empeñan contra él los Musulmanes, echando el resto de sus fuerzas. Sangrientísima es la pelea y horrorosa la matanza, con especialidad en los cristianos del primer avance, disparados allá por el maldito Alfonso con su sacrílego estandarte. Habian los sacerdotes entonado sobre ellos la oracion de la victoria, rociándolos con el agua bautismal, y se juramentaron todos para no dejar la refriega hasta acabar con todos los Musulmanes; mas Dios cumple con esto su promesa, y franquea el triunfo á su hueste. Encendida mas y mas la pelea, mírase el infiel á pique de fenecer destrozado, vuelve la espalda y huye hácia el abrigo de Alfonso, mas tropieza con los Musulmanes interpuestos al cerro de sus reales. Revuelve entónces despavorido sobre el llano, pero entónces le cercan todas las tribus y lo acuchillan por entero. Desairada queda la jactancia de Alfonso y marchita con el esterminio de tantísimo valor. Corren ya los jinetes árabes á la tienda encarnada y claman en su carrera al príncipe de los fieles: «Dios ha derrotado á los enemigos.» Suenan y resuenan tambores, tremolan mas y mas los estandartes, prorumpen miles y miles de voces en accion de gracias al Altísimo, y arrebata el emir su reserva para rematar, acaudillando á los Almohades, al enemigo. Alfonso por su parte se mueve con todo el ejército para embestir de nuevo á los Arabes, cuando oye el redoblado estruendo de tambores que por su derecha estremecen el suelo; tiende la vista y mira los estandartes almohades que se adelantan tras la bandera blanca victoriosa al frente, donde asoma estampado aquello de «No hay mas Dios que Dios, y Mahoma es su profeta, no hay mas vencedor que Dios (1),» con los campeones musulmanes ya encima, sus tropas maniobrando y esforzando todos la voz para repetir su profesion de fe, y pregunta qué es todo aquello.—¿Qué puede ser, le contestan, enemigo del Señor, sino el emir de los fieles que te ha vencido y viene con su retaguardia, pues su vanguardia sola ha derrotado tu ejército?» Aterra Dios el corazon á todo infiel, vuelven al par despavoridos las espaldas, huyen á diestro y siniestro, y los jinetes musulmanes los aventan mas y mas á punta de lanza ó de espada; cayendo cris-

(1) Ebn Abd el Halim, l. c.

(1) Le Alá ilé Alá; Mohamed resul Alá. Le Ghaleb ilé Alá.

tianos bajo el alfanje musulman como la mies al corte de la guadaña. Sitian los Musulmanes el castillo de Alarcos bajo el concepto de que está allí guarecido Alfonso, pero aquel enemigo de Dios, como lo están siempre apellidando los Arabes, entró por una puerta y salió por otra de la parte opuesta. Dan fuego los sitiadores á las puertas, asaltan á Alarcos, se apoderan, sable en mano, de todo, tesoro, preciosidades, armas, utensilios, ganados, mujeres y niños. Fenecen á miles los cristianos en aquel trance, pues solo Dios sabe su número. Hasta veinte y cuatro mil veteranos son los prisioneros hechos en la fortaleza de Alarcos, pero el emir los suelta luego sin rescate para blasonar de monarca jeneroso. Desazona sin embargo sobremanera este arranque á todos los Almohades y Musulmanes del ejército, conceptuándolo de estravagancia caballeresca y propia de reyes (1). Tan señalada y esclarecida victoria ocurrió el miércoles 9 de schaban de 591 (19 de julio de 1195), habiendo mediado entre la batalla de Alarcos y la de Zalaca el espacio de ciento y doce años. Descuella esta jornada de Alarcos por gloriosísima para el Islamismo, siendo la mas memorable de cuantas ganaron los Almohades, pues con ella realzó Dios el mahometismo y encumbró su reputacion al nivel de todos los demás príncipes fieles, así anteriores como posteriores. Envió la noticia Almanzor á todos los reinos mahometanos de su mando, por ambas costas, á los dos Maghrebes, el Kibla y la Ifrikya. Antesacó en el campo de batalla el quinto (Khums) de los despojos por la porcion de Dios, y fué repartiendo lo demás á su jente de guerra. Entra luego por el territorio cristiano, arrasa pueblos, aldeas y fortalezas, saquea, mata y cautiva hasta llegar á la sierra de Soleiman(2); vuélvese despues á Sevilla, hace su entrada triunfadora, trayendo en zaga dilatadas líneas de cautivos y carruajes cargados con despojos y mujeres de los vencidos. Aplica el quinto de su presa al realce de la mezquita mayor y á la construccion de su jiralda (592-1195).

Esta es la relacion arábiga de la batalla de Alarcos, y los cristianos la refieren sustancialmente en los mismos términos. Con el reto provocador de Alfonso, ú por lo menos con su ida á Tarifa, acordó Yakub contestar á su llamada como digno y valeroso sucesor del profeta. Atravesó el estrecho con una hueste mas innumerable que las arenas del mar, segun espresion del arzobispo D. Rodrigo, que vivia á la sazon. Marchó á Sevilla, se encaminó á las campiñas de Córdoba, de allí tomó el rumbo de Alarcos, amagó á todo el reino de Toledo, arrasó la yerba de los llanos, volcó los peñascos que le atajaban el tránsito, tramontó sierras encumbradas, y con la muchedumbre de su soldadesca agotaba las corrientes de los rios. Voló mas y mas el eco de su llegada, y la España toda se estremeció con tamaña novedad (1).

Sigue luego el pormenor de la refriega, con poquísima diferencia idéntico al de los Arabes, especificando únicamente el denuedo de las órdenes militares, que echaron el resto en el trance, con lo cual vinieron á perder casi todos sus individuos. Perdióse tambien desde luego Alarcos, y en seguida Calatrava con otras plazas. Escombros quedan tan solo de Alarcos; y la dañada voluntad de los reyes de Leon y de Navarra que aparentaron acudir al auxilio del de Castilla, y que le faltaron adrede y fementidamente, por torcida política y miras ambiciosas, como lo están demostrando los hechos y su alianza seguida luego con Yakub, fué positivamente una de las causas de la derrota de Alfonso, y Rodrigo de Toledo se espresa en términos de no dejar el menor jénero de duda sobre este punto.

Retumbó por toda la cristiandad el estruendo de la derrota de Alarcos, y llegó á Mateo de Paris en su Abadía de San Alban, en Inglaterra.

«Por el mismo tiempo (1195), nos dice, el poderosísimo rey de Marruecos, apellidado comunmente el asombro del orbe, ó mas bien el Almirante Murmelin (*mirabilem mundi*, *admiralium Murmelin*), lo que significa el almirante belicoso y victorioso, aportó en España, acompañado de treinta reyes y de hueste innumerable. Fué asolando toda la provincia por donde pasó con saqueos é incendios, sin distincion de clase, edad ni sexo, agraciando tan solo á quien reverencia-

(1) Ebn Abd el Halim, p. 150 y 151.

(2) La sierra de Soleiman (djebal Soleiman, llamada tambien á veces Alkalaat Soleiman) es una de las dos que abarcaban la antigua Compluto, situada á la orilla izquierda del Henares, y conserva su antiguo nombre arábigo en forma española, Cerro de Zulima, ó mas bien Cuesta Zulema.

(1) Surrexit princeps in multitudine magna, et variis vocibus replevit campestria. Parthus, Arabs, Apher, Æthiops, Almohat, et de claris montibus in exercitu ejus et valdus Bæticæ ad nutum illius, transivit Tyrhenum in stricto Hispalis, et unda, maris calcavit trieribus. Exercitus ejus innumerabilis. multitudo illius ut arena maris, applicatio ejus ad Hispalensem metropolim, et processus illius ad Campestria Cordubæ, firmavit vultum versus Alarcuris, et faciem indignationis ad regnum Toleti plana Tolosæ nudavit pascuis, et scopulorum secuitas ampliavit ungielis, transivit montis supercilia, et in multitudine nimia micavit rivos, fama volatilis perludit sæcula, et celer rumor pulsavit Hispaniam. (Rod. Tolet., de Reb. Hisp., l. VIII, c. 29).

ba sus leyes impías. Componíase su ejército de mas de millon y medio de combatientes, y la llegada repentina de tan descomunal muchedumbre estremeció de confin á confin la cristiandad despavorida; presajiando ya aguaceros monstruosos aquella invasion sobrevenida por la ira del Señor. Quedaron asoladas las viviendas, y se padeció en seguida una hambre horrorosa (1).»

En 592 (1196), emprendió el emir el Mumenin tercer gaswat contra los cristianos, cojiéndoles las fortalezas de Kalaat Rabah, Wadilhadjara, Mahhurit, Djebal Soleiman, Okiss (2), con gran parte de las dependencias de Toledo; sitió la ciudad donde se habia encerrado el rey Alfonso, mas tan solo pudo talar y destrozar sus campiñas; pasó luego á Salamanca, la tomó por asalto, mató al vecindario, escepto á las mujeres que se llevó cautivas, la saqueó, quemó y arrasó sus muros, y la dejó asolada y yerma; regresó á Sevilla, señoreándose siempre y al paso de varias plazas y castillos, entre los cuales nombra Ebn Abd el Halim á Albalat y Tordjalat (3). Fué su entrada el 1.º de safar de 593 (23 de diciembre de 1196), y activó las faenas de la mezquita, á cuyo remate dedicó su porcion entera de la presa jeneral de la campaña. Quiso que se coronase el edificio con tres grandísimas bolas ó pomos, jénero de adorno que caia muy en gracia á los Arabes, y que se echase el resto para darle la mayor magnificencia posible. La de enmedio era tamaña que no pudo caber por la puerta del muezin hasta despues de quitarle el sillar de mármol del umbral (4). La columna donde la sentaron pesaba cuarenta quintales de hierro. El fundidor y colocador sobre el estremo del chapitel fué el alarife ó arquitecto Abu el Layt el Sikily (el Siciliano), habiendo costado de fundir y dorar cien mil dinares de oro. Construyó Almanzor con lo restante de su khums el alcázar llamado Hisn-el-Faradj, sobre el rio de Sevilla, y luego se volvió al Africa, llegando á Marruecos en el mes de schaban de 594 (junio á julio de 1198) (5).

Un sobreañadido al texto de Mateo Paris, sacado del manuscrito de Cecilio, trae una razon harto peregrina para la retirada de Yakub Almanzor al Africa.

«Supieron aquellos bárbaros, dice, que habia juntado el papa un concilio donde propuso la predicacion de una cruzada jeneral contra ellos, y que acaudillase la espedicion el esclarecido rey de los Ingleses, Ricardo, cuya nombradía cundiendo por el Oriente, traia despavoridos á los Africanos. Constábales su prision y su rescate y que á su regreso habia precisado al rey de Francia á retirarse, por lo cual aquella nube de incrédulos se volvió á su casa.»

Como quiera, halló Almanzor á su regreso concluidos los varios edificios que habia dispuesto construir á su tránsito para España, á saber, el alcázar real, la mezquita Djema el Mukyarrim, los sumáes y la torre ó minaret de la mezquita de El Kutbyn, como tambien la ciudad de Rebath el Fethah de Sale, con la mezquita de Hasan y su minaret. Dijéronle que los asentistas y arquitectos del alcázar y mezquita mayor de Marruecos habian descaminado caudales, dando á la mezquita siete puertas, segun el número de las que hay en el infierno; se airó al pronto, mas apenas entró, fué muy de su agrado, y preguntando por las puertas, le contestaron que eran siete, mas no contaban la del emir para sus entradas y salidas, con la cual resultaban ocho; añadió luego que prescindia del costo, cuando el objeto lo merecia, y así se manifestó muy satisfecho (1).

Almanzor, á poco de su llegada á Marruecos, se dió por cansado de reinar, y mandó á los súbditos que se juramentasen con su hijo Mohamed Abu Abdalá, reconociéndole por su inmediato sucesor; apellidóse Nasredino Alá, y los principales jeques almohades y todos los de las demás provincias lo juraron; reconociéndole todas, tanto en Andalucía como en el Maghreb, el Kibla y la Ifrikya, desde Athrabolos el Gharb (Trípoli de Berbería) hasta Belad Sus el Aksah y el postrer lindero del Zahra, lindante con el pais de los Negros, y cuantos paises, pueblos, aldeas, aduares, campamentos, castillos y ciudades abarca todo aquel ámbito, proclamándolo y pronunciando su nombre en el rezo público del viernes, y espidiendo órdenes y decretos en su nombre, aunque en vida del padre. Mas á poco de aquella cesion murió este de enfermedad, y aun el mismo dia de su fallecimiento, dijo al espirar á sus wazires que de todas las jestiones de su reinado tan solo se arrepentia de tres (2): la primera de franquear la Ifrikya, el Maghreb y luego la España á los Arabes, por ser como habia palpado en breve, jente malvada é indómita; la segunda de haber construido

(1) Mat. Paris, Historia major Anglorum, ada ann. 1195.

(2) Calatrava, Guadalajara, Madrid, Alcalá de Henares la Antigua, y Uclés.

(3) Albalate y Turjiello.

(4) Y no la clave, como dice Conde, c. 53.

(5) Ebn Abd el Halim, p. 152.

(1) Conde, dice Moura (p. 250), tom. II, páj. 408, conta de diverso modo o que aqui se menciona.

(2) Ebn Abd el Halim, p. 152.

la ciudad de el Fethah sobre el rio de Sale á tantísima costa, por cuanto preveia además que nunca llegaria á ser floreciente; y la tercera de haber puesto en libertad á los veinte mil cristianos en Alarcos, por constarle que luego vendrian á batallar contra los Musulmanes. Y tras este acto de contricion falleció á las ocho de la noche, tras la plegaria de El Aksah, la última de las cinco diarias del mahometismo, viernes 22 de rabi-el-awal de 595 (21 de enero de 1199), en su propio alcázar de Marruecos.

Yakub ben Yusuf Almanzor, dice Ebn Abd el Halim, al acabar, descolló sobre todos los reyes almohades (moluk al muwahhidyn), así en nombradía como en racionalidad; pundonoroso, espléndido y leal, atesoró riquezas con sus discretos ahorros. Rebosaba en afan de gloria y de intentos réjios, siempre relijioso y siempre comedido sobre los Musulmanes. ¡Así Dios altísimo lo agracie con su misericordia, y lo indulte con su infinita bondad! Tan solo él es grande y sempiterno y se le apellida con fundamento el misericordioso (1).

(1) Ebn Abd el Halim, p. 152.

# CAPITULO CUARTO.

*Califato del emir el Mumenin Mohamed ben Yakub, apellidado Nasredino Alá. — Principios de su reinado en Africa.—Arroja de las Baleares á los Almoravides; sitia y toma á Mahadya.—Pasa á España con hueste formidable.—Pavor que infunde á los reyes cristianos.—Su alianza con el rey de Bayona (Sancho, rey de Navarra.)—Viaje de este á Sevilla.—Recibimiento que le hace el emir el Mumenin.—Juan-sin-Tierra envia embajada á Mohamed el Nasr.—Campaña de Mohamed contra los Cristianos.—Batalla de El Akaba (de Muradal, ó de las Navas de Tolosa).—Hechos subsiguientes.—Principios de la lid sobre la potestad de los emires con la de los jeques de los tres consejos.—Muerte de Mohamed en Marruecos.*

**DESDE 1199 HASTA 1213.**

En Marruecos y en el palacio de su bisabuelo Abd el Mumen, nació el emir Mohamed ben Yakub; era su madre de clase libre; llamábase Omatela, siendo hija de Cid Abu Ishak, hijo de Abd el Mumen, hijo de Aly, y así venia á ser prima hermana del padre, y aun en vida de este lo apellidaron Nasredino Alá (defensor de la ley de Dios). Leíase en el rótulo de su sello: «En Dios se cifra mi confianza, y por cierto que es el amparador mejor y mas seguro que hay.» El encabezamiento de todos sus decretos era: «Alabanza tan solo á Dios.» Vamos á retratarlo: era de tez blanca, de talle suelto y gallardo, con ojos negros, barba cumplida, cejas cerradas y pestañas largas, y miraba como pensativo. Era torpe para enterarse de los negocios, pero rebosaba de vanagloria y amor propio, anteponiendo su dictámen al de todos los demás en asuntos árduos y en el gobierno del imperio. Tenia por visires á Ebn el Schayd y Ebn el Matna; era su hadjeb y primer visir Abu Said ben Ghamia, «á quien Dios maldiga por apropiarse entrambos empleos (1).» Con estas palabras se entabla el pormenor de aquel reinado en el Kartasch menor cuyo orijinal tenemos á la vista; y mas adelante se verá el significado de esta imprecacion, donde se cifra una protesta enérjica de un partidario del gobierno representativo, planteado por El Mahdy, contra el ministro incitador de sus amos para atropellar los límites conformes al Alcoran, y para quitar de enmedio á los jeques ansiosos de continuar su voto deliberativo y no consultivo en sus respectivos consejos. Mas no traspongamos los sucesos.

Se renovaron tras la muerte del padre los juramentos recibidos durante su vida por El Nasr en todas las provincias sujetas á los Almohades. Se rezó la kothba en su nombre por donde quiera, reconociéndole y proclamándole, menos en las sierras de Gomera, como vamos á ver muy pronto. Fueron acudiendo á visitarle y obsequiarle los jeques almohades á Marruecos por

(1) Ebn Abd el Halim, p. 152.

todo el mes de rabi-el-tany de aquel año de 595 (esto es, desde el 23 de enero hasta el 27 de febrero de 1199). Salió de allí el primer dia del quinto mes del año islamita, á saber, el 1.º de djumada-el-awal (28 de febrero), encaminándose á Fez, á donde llegó felizmente y permaneció hasta fines del mismo año, que marchó para las sierras de Gomera, único punto de su grandioso imperio que, como hemos dicho, se negase á rezar la khothba en su nombre. El adalid de aquel rasgo de independencia, que, como se ha podido advertir, se iba renovando á cada mudanza de califa, era cierto El Wudhani apellidado El Gomary, por el nombre de su tribu, á quien el emir logró reducir fácil y por lo visto pacíficamente á su obediencia, contentándose nuestro historiador con decir que lo combatió (1). Vuelto á Fez, reedificó el castillo y las murallas demolidas por su bisabuelo Abd el Mumen al tomar la ciudad contra los Almoravides; permaneciendo allí hasta 598 (1201). Noticioso por entónces de que el Mayorky (2) se le habia apoderado de lo mas del reino de Ifrikya, marchó allá ejecutivamente; llegado á Al-Djezais (Arjel), que por aquel punto seria ya puesto adecuado para espediciones marítimas, habilitó galeras y tropas con el intento de embestir en su propio pais de Mallorca al enemigo que le insultaba en el Africa. Llega la escuadra almohade pronta y felizmente á la vista de Mallorca, cuyo emir ó saheb es Abdalá ben Ishak, hermano de Yahya y sucesor de Abu Ibrahim Ishak, firmante, en 1188, del tratado de paz con Jénova; único reino que poseian todavía los Almoravides. Desembarcan los Almohades á pesar de la resistencia de Abdalá, se le abalanzan denodadamente, y se vienen á señorear de la isla en el mes de rabi-el-awal de 600 de la héjira (noviembre de 1203), rindiéndose luego Menorca é Ibiza por capitulacion. Cojen y degüellan á Abdalá para enviar la cabeza embalsamada á Marruecos. Se presentan los isleños al príncipe de los fieles, arrollador personal de aquel postrer asilo de los Almoravides, y saludándolo como emir y dueño, los indulta y les habla con suma llaneza. Déjales por cadí al esclarecido iman Abdalá ben Hutalah, regresa á Ifrikya para esterminar los residuos del partido cuya cabeza acaba de anonadar. Al eco de la muerte del hermano y del regreso del príncipe de los fieles al Africa, El Mayorky huye de él á carrera, se guarece por los yermos del Zahra, paradero de la tribu de Sanhadja, de donde es oriundo y con la cual conserva siempre estrechas relaciones. Quédale sin embargo una ciudad sobre la costa de Ifrikya, y es Medina Almahadya, que seguia por suya desde que la habia conquistado, con un gobernador, que, segun nuestro historiador, era un peregrino de la Meca, apellidándole solamente El Hadji, el cual era valeroso y amaestrado en la guerra. Estréchale mas y mas El Nasr en la plaza por mar y por tierra, valiéndose de maquinaria desconocida, conceptuada indebidamente por el primer uso de artillería con pólvora (1). Defiéndese El Hadji esforzada, ó sea artísticamente, burlando ardides é inventos por espacio de largos meses, apellidando los Almohades chistosamente al gobernador El Hadji el Kafr (el peregrino infiel). Dispone El Nasr contra él una catapulta cual nunca se habia visto tamaña, que disparaba con ímpetu y á larguísima distancia un peso de veinte y cinco quintales; y una piedra descomunal arrojada por la máquina descarga sobre el centro de la puerta de Almahadya y hunde el planchon de hierro que la cierra sobre el umbral y quicio de pórfido verde, resguardado por leones ajigantados de cobre amarillo. Hácese cargo El Hadji de su temeridad en contrarestar sitio tan dilatado, entabla tratos con El Nasr, se juramenta con él, y le entrega Almahadya. El Nasr le da su fianza, lo trata honoríficamente y luego le encumbra á cargos eminentes, por la misma razon del afan con que habia defendido á su príncipe y sostenido sus derechos; y mandó á sus Almohades que le llamasen el peregrino fiel (El Hadji el Kafih) en vez de El Hadji el Kafr. Tomóse Almahadya en 601 (1204), y en aquel mismo año, Yaisch, gobernador por El Nasr, del pais de Errif, amuralló los pueblos de Badis, El Mezema y Melyla, para precaverse contra las sorpresas del enemigo. Los señores hafsianos obtuvieron en 602 (1205) el gobierno de Ifrikya, y el primer saheb fué el jeque Abu Mohamed Habu Hafs. Renováronse en 601 las murallas de la ciudad de Vedjdah, y en el mismo año edificó El Nasr la estancia de ablucion y la piscina frente á la mezquita de los Andaluces en Fez, encañando el agua de un manantial que hay fuera de la puerta de hierro (Rab el Hadid). A su regreso de Almahadya para el Maghreb, atacóle en el tránsito del rio de Schalaf El Mayorky con hueste considerable de Arabes, de Sanhadjitas y de Zenetas, siempre fieles

(1) Ebn Abd el Halim, l. c.

(2) Se habla aquí de Yahya ben Ishak, hermano de Abdalá, rey de Mallorca, en la temporada que estamos historiando.

(1) Bajo la fe de Conde, que engalana y poetiza mas bien que traduce, como suele, y que habla de maquinas disparando arrojadizas descomunales y globos de hierro (Conde, c. 54).

das, no podia menos, con tanto estrago, de acarrear una reaccion. Imposibilitado una vez el desagravio por el rumbo leal, ¿quién ha de estrañar que se eche mano de cualquiera medio? Brotan luego con la desesperacion tramas y maquinaciones, que paran en el cadalso.

Intenta Mina, en 1814, apoderarse de Pamplona; pero en medio de su malogro, se pone en salvo de la suerte que le aguardaba.

Quiere el jeneral Porlier proclamar en Galicia la constitucion en 1815, y paga con su vida el malhadado empeño.

Richard, en 1816, deja igualmente en Madrid su cabeza en el cadalso.

Pasan por las armas en 1817 al esforzado jeneral Lacy en las islas Baleares, por haber querido restablecer la constitucion.

El coronel Vidal y sus compañeros fenecen, el año de 1818, en Valencia, por haber soñado tambien aquel mismo intento.

Se entabla una nueva tentativa tras el mismo objeto, en 1819, por el ejército espedicionario de América. El conde del Abisbal, que lo mandaba, al pronto echó el resto en apoyo de la conspiracion, pero luego cavilando desconfió del éxito, y varió de parecer. En la madrugada del 7 de julio, el mismo conde del Abisbal, auxiliado por el jeneral Sarsfield, arrestó á diez ó doce prohombres en la trama, mientras estaban haciendo el ejercicio en el Palmar del puerto de Santa María. Apesar de aquel servicio ya tardío, depuso el gobierno al caudillo reemplazándole con el jeneral Calleja, conde de Calderon.

Tantos ensayos sangrientamente malogrados no alcanzaron á escarmentar de conjuraciones. Estallido mas jeneral dió el ejército que el gobierno enviaba á fenecer por las inmensas soledades de las Pampas, ó sobre los despeñaderos de los Andes, por una contienda que ya no podia redundar en beneficio de la metrópoli.

El 1.° de enero de 1820, el comandante de batallon Riego, con alguna tropa, proclama la constitucion de 1812, en las Cabezas de San Juan, sale y sorprende el cuartel jeneral, prendiendo al jefe y á todo su estado mayor; se lleva á los tres batallones de guardia y se encamina á la isla de Leon, á donde llega el 7, á las ocho de la mañana, despues de alguna mansion en Jerez, el 4, y el 5 en el Puerto de Santa María. Ya lo está esperando el coronel Quiroga en San Fernando con otros tres batallones, y como todos ellos estaban completísimos y al pié de guerra, componian reunidos un cuerpo efectivo de seis mil hombres.

Llega á Madrid la noticia de aquel alzamiento, y se despachan plenos poderes al jeneral Don Manuel Freire: toma el mando del ejército que ha de obrar contra Riego, encerrado en la isla de Leon y fortificado en aquel punto inespugnable.

¿Cuál fué entónces la conducta de Riego y de su hueste? ¿Eran los principios que estaban pregonando subversivos y revolucionarios? Oigamos á uno de sus enemigos.

« Era, dice Mr. Martignac, el contenido de sus proclamas comedido, halagüeño y persuasivo, sin desacato alguno á la majestad real. No se trataba mas que de ilustrar la sabiduría del rey, estimular su cariño á los pueblos, y encaminarlo por el rumbo único donde su interés lejítimo debia afianzarlo: espresiones conciliadoras que hermanaban inalterablemente el amor de la libertad con el antiguo respeto al solio. »

Despues del triunfo de 1823, ¿cuál fué el habla de la soberanía absoluta? La proscripcion en globo de todos sus contrarios; la muerte.

Acertado el golpe de mano de Riego, hubo ya un estribo, un centro de accion á donde cada cual pudo ir acudiendo, y ya la resistencia vino á ser grandiosa; y de ahí se fueron orijinando obviamente los movimientos sucesivos de Galicia, Valencia, Zaragoza, Barcelona, Pamplona, y al fin el de Ocaña.

¿Qué fué lo que providenció el gobierno contra aquel incendio abrasador del reino con la pavesa encendida en San Fernando? Nada para contrarestarlo, y nada para aplacarlo.

Median dos meses cabales desde el 1.° de enero hasta la entrada de marzo, sin disponer ni intentar ejecucion alguna Sigue el jeneral Don Manuel Freire con su sitio de San Fernando, arrostra á Riego y á su hueste, y conceptuando atinadamente aquella situacion, se arroja, desempeñando su obligacion como leal y pundonoroso, á manifestar la verdad al rey; no se le escucha.

No se acertó ni á contrarestar denodadamente la insurreccion, ni á aquietarla con entereza y cordura. El movimiento de Ocaña por el conde del Abisbal con el rejimiento *Imperial Alejandro* zanjó la contienda. Hallábase aquel jeneral en Madrid solicitando del rey la honra de ir á embestir á los rebeldes de Cádiz; sale con una comision, llega á Ocaña, situado á pocas leguas de Madrid, y punto estratéjico de suma entidad, por cuanto domina las carreteras de Valencia y Andalucía; se encuentra con el *Imperial Alejandro*, mandado por su hermano Alejandro O'Donnell, capitanea la tropa, y proclama la constitucion de 1812.

Queda entónces patente la capital. — « Desde aquel punto, en vez de aquella tenacidad denodada é incontrastable, de aquella altanería desdeñosa, con que solian corresponder á los gritos y lamentos, vamos á ver los consejeros de la corona ir en busca de su salvamento con

rendimientos, con el abandono total de los derechos, con el afan de las concesiones (1).»

A los dos meses de estar vergonzosamente titubeando, cuando la asonada está ya en los umbrales de Madrid, habla el rey con la nacion, pero le hacen usar un lenguaje indecoroso y muy apropiado para estimular los ímpetus á los cuales se estaba ya en ánimo de avenirse. «Las urjencias del ejército, el desconcierto de la hacienda, los abusos introducidos en la administracion y que están recargando al pueblo de impuestos, las dilaciones de la justicia, la decadencia de la agricultura y las trabas del comercio y de la industria han embargado por fin mi atencion.»

Esta concesion primera, que ni aun se estendia tanto como el decreto de Valencia del 4 de mayo de 1814, no pudo aquietar los ánimos acalorados con los sucesos de Ocaña; y la segunda, aunque mas amplia, tampoco logró mejor acojida. ¿Qué se podia esperanzar de aquellas negociaciones de carteles y bandos con un vecindario enardecido? Si el rey, mejor aconsejado, obrara en vez de andar parlamentando, aun en aquel estremo á que lo habian reducido, podia encabezar el movimiento que ya no alcanzaba á enfrenar; mas tanto él como sus inmediatos carecian esencialmente de tino y de fortaleza.

El 9 de marzo de 1820, proclama Fernando la constitucion de 1812; nombra una junta presidida por el arzobispo de Toledo, cardenal de Borbon, y compuesta del jeneral Ballesteros, del conde de Taboada, etc., etc. El jeneral Sancho fué el secretario. La junta convocó las córtes para el 9 de julio.

Avínose el infante Don Cárlos plena y enteramente á la variacion política y á la constitucion de 1812, con la proclama siguiente al ejército, del cual era jeneralísimo:

«Soldados:

«Al prestar en vuestras banderas este juramento á la constitucion de la monarquía, habeis contraido obligaciones inmensas; carrera esclarecida de gloria se os está preparando. Amar y defender la patria, sostener el solio y la persona del rey, respetar las leyes y enlazaros con el pueblo para consolidar el sistema constitucional: estas son *vuestras obligaciones sagradas*, y esto es cuanto el rey espera de vosotros, y lo mismo cuyo ejemplo os prometo por mi parte,

«Vuestro compañero

«Carlos (2).»

No satisfecho con esta manifestacion de sus pensamientos, Don Cárlos, como coronel de la brigada de carabineros reales, escribió la carta siguiente al rey (1):

«Señor;

«Tengo el honor de remitir á V. M. la esposicion adjunta de la brigada de carabineros, cuyo mando es una de las finezas que debo á la dignacion de V. M.

«Alternando en los afectos que encierra, junto mis anhelos con los de la brigada, congratulando á V. M. con el *entusiasmo mas ardiente* por vuestra resolucion magnánima de restablecer el santuario de las leyes fundamentales que abarca la *sabia constitucion* de la monarquía española, publicada en Cádiz el 19 de marzo de 1812. Sabrá la brigada sostener con teson los votos que tiene la honra de dedicar á V. M.

«Carlos.»

Ya se está viendo cómo el restablecimiento de la constitucion mereció el aplauso de Don Cárlos mismo, pues dicha unanimidad, mas ó menos sincera, se verificó positivamente. Harto habian estado padeciendo los Españoles en los seis años que acababan de trascurrir, y vieron con alborozo el término de tanto devaneo. Esperanzaron desde luego mejor porvenir; se estaban muriendo, y revivieron. Venia á ser el trance de Hamlet, la cuestion del tránsito de una vida á otra, de la muerte á la resurreccion: *To be or not to be, that was the question.* Por desgracia no se enteraron de ella. En vez de aquel tino práctico y disponedor de las conmociones grandiosas en beneficio del pais, vinieron todos á quedar confiadamente colgados de lo venidero, y la ceguedad jeneral no se hizo cargo del contraresto poderosísimo que se le atravesaria por el interior, y del dañado intento que asomaria por defuera.

El restablecimiento de la constitucion de 1812, á impulsos de un alzamiento militar, no podia menos ciertamente de estremecer á la Europa entera, y mas cuando se estaba por donde quiera echando el resto del ahinco por enfrenar los impulsos liberales á punta de bayoneta. Conceptuaba la santa Alianza de menor trascendencia aquel ímpetu trastornador por la situacion jeográfica de España, y aun quizá se lo disimulara en disculpa de la reaccion desaforada que habia padecido por espacio de seis años. Pero los alborotos militares de Nápoles,

(1) Martignac, páj. 191.

(2) Gaceta estraordinaria de Madrid del 12 de marzo de 1820.

(1) Gaceta estraordinaria de Madrid de 15 de marzo de 1820.

Lisboa y Turin constituyeron ya el trance inevitable; pues desde aquel punto vinieron á mirar la España como el foco de una propaganda desbaratadora que iba cundiendo por la milicia; y así desde aquel momento se pudo prever que algo mas temprano ú mas tarde, el paradero seria practicar contra España cuanto se habia ejecutado en Nápoles y en Turin, acarreando los congresos de Tropau y de Laybach el de Verona.

Podia la España con sus medios conjurar la tormenta que la estaba amenazando. Se cifraba el primer paso en desengañarse de que se hacia forzoso el hermanar sus instituciones con las de otras potencias constitucionales, é imposibilitar así la agresion por parte de la Francia. Debia prepararse con el ademan de nacion grandiosa, que va sosegadamente revisando unas leyes fundamentales planteadas en una temporada de ajitacion, pero pronta para rechazar toda intervencion estranjera en sus negocios internos, si en medio de aquellas garantías de arreglo jeneral se intentaba lastimar su independencia. La moderacion realza á la enerjía, pues el sistema conciliador se hermana de suyo con el teson premeditado.

Consistia el segundo medio en atenerse únicamente al ímpetu popular, arrostrar los trances de la pelea, plantear un gobierno revolucionario y anticiparse á los vecinos en el avance. Preparada en estremo se hallaba á la sazon la Francia para alborotos interiores.

Ni uno ni otro se hizo, pues la revolucion, que habia devuelto su constitucion á la España, no le proporcionó gobierno, pasando al contrario de la anarquía del despotismo á la de una libertad teórica é intelectual. Se entablaron por el interior atropelladamente reformas imperfectas, pues se quiso que por ensalmo, en un mismo dia y hora, variase la España de costumbres tan velozmente como de instituciones. Sin hacerse cargo de resistencias y rozamientos, allá se botó al agua la máquina constitucional, no correspondió el desempeño de cada rueda al intento, y vinieron todas á estrellarse.

Harto que hacer estaban dando ya los enemigos interiores, robustecidos por una corte que abrigaba un foco de conspiracion, aunque era superable aquel contraresto. Pero se debia evitar á toda costa, menos el honor, la guerra estranjera, pues sin esta condicion zozobraba la libertad.

Por efecto de un procedimiento de suyo honroso, abultó el gobierno sumamente sus fuerzas; soñando el entusiasmo de 1808 y la victoria contra las lejiones aterradoras del imperio, allá se enloqueció con la flaqueza de los soldados bisoños de la restauracion. Se contó con una fuerza moral que no habia; sin esta palanca volcadora del mundo, y sin la cual todo empuje material yace luego exhausto, quedó imposibilitada la resistencia.

Media una diferencia esencial entre esta época constitucional segunda y la primera. No asomo desde 1810 hasta 1814 mas ímpetu que el del bien público, y mas objeto que el de la independencia nacional y su rescate político.

Hubo reaccion en 1820, pues se hacia inevitable con los despiques y enconos nacidos de las persecuciones de 1814. Habian los ministros de aquellos seis años anteriores comprometido en tanto grado el nombre del rey, y empeñado tan aciagamente su responsabilidad, que habian ya imposibilitado toda armonía entre las potestades del estado, y cuantos vínculos enlazan en una monarquía los diputados de la nacion con el soberano habian fenecido. Los ministros, entresacados de los sujetos mas desangrados con el azote del despotismo, vivian en estremo zozobrosos, sin llegar jamás á infundir al rey la menor confianza; y culpadísimo es Fernando sobre este punto. Así que el resultado de posicion tan violenta no podia menos de ser una anarquía completa; por tanto aquellos tres años ofrecen el espectáculo congojoso de un mútuo desasosiego, donde no tiene cabida gobierno alguno. No hubo arbitrio para desimpresionar al monarca sobre los intentos de las córtes; tampoco acudió á rumbo alguno de conciliacion, que, entablado con señorío y buena fe, hubiera redundado en alguna concordia, pues en medio de todo, reinó en la primera temporada sumo comedimiento. Si al primer asomo de aquella nueva planta, alcanzara Fernando cuánto poderío cabia á un rey de España para hacer que se escuchase su voz hablando el lenguaje de la racionalidad y del honor, hermanara los ánimos en términos de facilitarlo todo. Pero criado allá Fernando VII en aquel cerco de atalayas con que lo estuvo estrechando un privado poderosísimo y receloso, en nadie tenia confianza, y aun desconfiaba de sí mismo. Asombradizo y medroso se arrinconaba allá para valerse de rejistros menguados; en teniendo que manifestar sus pensamientos, se estremecia; precisado desde la niñez á vivir con ardides, jamás llegó á encumbrarse á la índole y señorío que son los escelsos atributos de la soberanía.

Conceptúese cuál pudo ser aquella temporada del reinado de Fernando, teniendo que asomar y oficiar sobre el teatro político en términos que luego en sus adentros estaba desmintiendo. Se puede afirmar que los tres años se emplearon en una pugna lastimosa de engaños y recelos recíprocos, sin que se haya jamás procedido á orillar aquel rumbo de finjimientos inservibles,

aviniéndose sobre el porvenir del pais, estando todos interesados en conocerlo y realzarlo.

Cundió la anarquía por todos los ramos de la administracion; el rozamiento, inseparable de toda reforma, siguió agravando mas y mas los achaques del antiguo desconcierto, y abortó un verdadero cáos moral, intelectual y político.

Los enemigos de la constitucion, acobardados por el pronto con la rapidez del ímpetu liberal, volvieron luego en sí al presenciar la oposicion patente que le estaba mostrando el desafecto de la corte; y así el partido servil acudió, como en 1814, á ofrecer sus servicios.

Estando todavía reciente la guerra de la independencia, se hacia muy obvio el ir alistando jente avezada á guerrear, sin pararse apenas en el objeto del armamento. El clero, que estaba viendo amagadas sus riquezas escandalosas y grandiosos cotos, trató de á todo trance defenderse y aprontar los caudales para la guerra civil que autorizaba la misma corte con su estandarte. Con tales elementos se deja entender cómo se fué organizando la sublevacion anti-liberal, que luego estalló y tomó las armas. No cabia sin embargo en todo el ahinco agolpado de los facciosos el volcar por sí mismos la constitucion; pero terció la Francia en la contienda, echó su espada en la balanza, y quedó la cuestion resuelta.

Voy á historiar con desapasionado esmero los acontecimientos de aquella segunda época constitucional. Asombrosa es la perspectiva de un pueblo dejado á su albedrío, y despavorido con las demasías posibles de una revolucion triunfadora. Escudados con la justicia de su causa y de sus derechos, los Españoles tuvieron fe en el porvenir, y antepusieron el rumbo pausado que ya se tenian delineado de antemano, sin mancillarse con los atentados políticos que suelen tiznar la causa de la libertad, ni atropellar la victoria con proscripciones y con la cuchilla del verdugo. Irémos viendo allá cómo los trastornos y delitos mas abultados se van reduciendo á unos hechos individuales, que menudean harto donde quiera y por desgracia, aun en circunstancias muy obvias.

En el mismo 9 de marzo de 1820, dia en que proclamó Fernando la constitucion de 1812, empezaron ya los amaños callados y pertinaces de los absolutistas, aunando mas y mas sus conatos para derribar lo mismo que estaban aun planteando.

Los sujetos llamados en virtud del nuevo sistema, para el ministerio (1), iban tropezando á cada paso con los estorbos que les atravesaba de contínuo un partido todavía recóndito. Si no fueron árbitros de enfrenar los desbarros de un pueblo recien redimido, supieron por lo menos sacrificar su popularidad á la precision de conservar el órden, alterado á veces por las pasiones, y comprometido a toda hora por las tramas palaciegas.

Para justipreciar un acontecimiento, la opinion de cuantos se le han manifestado opuestos se debe conceptuar concluyente, cuando resulta su aprobacion terminante. Bajo este concepto, acudo á Mr. Martignac, autor de un libro á favor de la intervencion de 1823 para sentenciar la revolucion de 1820.

« Ciudades mayores, comercio, industria, profesiones liberales, el ejército y los proletarios recibieron con entusiasmo el nuevo sistema..... Miraron el clero y los monacales aquella mudanza con desconsuelo, y los campesinos con zozobra (1). »

La acojida que mereció la constitucion, confesada por uno de sus enemigos, es, á mi entender, una prueba irrefragable que la necesidad de aquella mudanza se hallaba en todas las clases pensadoras é ilustradas de la nacion, y aun entre los proletarios, para quienes la amargura de sus padecimientos hacia veces de raciocinio.

Admitió la nobleza la constitucion de 1812. Las dos primeras autoridades de Madrid, despues del 9 de marzo, fueron el marqués de Rubianes y el de Cerralbo, grande de España. Otros tres, el marqués de Santa Cruz y el de Revilla Jijedo y el duque de Frias, pasaron á las embajadas de Paris, de Lisboa y de Lóndres. Nombraron al príncipe de Anglona capitan de la guardia; los empleos palaciegos pararon largo tiempo en manos de los mismos que los ejercian antes del restablecimiento de la constitucion.

Mas adelante las reformas planteadas en la organizacion aristocrática y feudal de España lastimaron los intereses de la nobleza, y amainó en gran manera aquel primer entusiasmo. Se hace doloroso que una jerarquía tan trascendental en una sociedad caduca no se haya hecho cargo de que la independencia nacional debe constituir el primer impulso de los hijos de una misma patria, y de que el yugo estranjero es el mas odioso y mortal de todos.

La esposicion de la grandeza de España al duque de Angulema, dueño de Madrid, solemnizaba con aquella adhesion, escusada al principio de intervencion, el abuso de la fuerza estran-

(1) Don Evaristo Perez de Castro, ministro de estado; Don Agustin Argüelles, de la gobernacion; el marqués de las Amarillas, de la guerra, reemplazado luego por Don Cayetano Valdés; Don José Cangas Argüelles, de hacienda; García Herreros, de gracia y justicia, y Porcel, de ultramar.

(1) Mr. Martignac, páj. 213.

jera. No se le mostró agradecido Fernando VII, y la entereza nacional tiene derecho para afearle aquella manifestacion, como ajena de todo afecto patriótico y de su propia dignidad.

En el clero superior, ya hemos visto al cardenal de Borbon, de la familia real, presidente de la junta provisional; y lo fué de las córtes de Sevilla, en las cuales se hallaban los obispos de Madrid, de Mallorca y de Sigüenza.

En cuanto á los frailes, fueron lo que debian ser.

Supieron los campesinos aquella mudanza, esperanzados y zozobrosos, como sucede por dondequiera en los de su clase, al asomo de una nueva era política. En ninguna parte se tremoló espontaneamente el estandarte de la rebeldía; pero hubo frailes oficiosos para predicar, en nombre del Dios de la paz y por motivos absolutamente materiales, una asonada contra la libertad, sin que faltasen fanáticos secuaces de sus doctrinas; y donde la seduccion quedaba desvalida, el oro de los absolutistas y de los estranjeros acudia á alborotar crecido número de labriegos.

Las víctimas esclarecidas de 1814, arrojadas por el despotismo á presidios y mazmorras, quedaron desaherrojadas y puestas en libertad. Agasajólas la nacion esplendorosamente, y el tránsito del cautiverio al palacio y al consejo del rey era harto contrapuesto; por tanto los nombrados se desentendieron al pronto de aquel ofrecimiento, pero el rey les precisó á aceptar los nuevos destinos. Uno de los transeuntes del presidio al ministerio, Argüelles, insistia en rehusar el desempeño de la gobernacion; Fernando VII hizo llamar al mismo que habia tenido encarcelado por seis años seguidos, y asiendo un ejemplar de la constitucion, le dijo: «La he jurado libremente y de todo corazon, y la cumpliré y la haré cumplir escrupulosamente.» Publicado el paso, sirvió de asunto para una lámina que el rey celebró sobremanera.

Juntáronse las córtes el 9 de julio, y la mayoría se mostró muy comedida en principios y en sistema, nombrando por presidente á Don José Espiga, arzobispo de Sevilla.

La primera jestion de las córtes fué la votacion de la lista civil, y en medio del estado lastimoso de la hacienda, votaron el guarismo de cuarenta millones de reales, fuera de la dotacion de los infantes hermanos del rey; suma exhorbitante que se llevaba mas de un veinteno del presupuesto.

Anularon las córtes en seguida un decreto espedido en Cádiz, por el cual el infante Don Francisco y la reina de Etruria, á la sazon presos en Francia, quedaban escluidos de la sucesion á la corona.

El ejército reunido en la isla de Leon no podia menos de causar zozobra al gobierno, pues la soldadesca se mostraba acaloradísima con sus logros; y luego no acompañaba á los jefes toda la cordura y toda la autoridad en el mando cual se requeria para sosegar los ánimos aprensivos. Se propuso el despido de aquel ejército á pesar de la oposicion de los periodistas; y el jeneral Riego, comandante de aquellas fuerzas, fué nombrado capitan jeneral de Galicia.

De improviso, Riego, que no procedió siempre con arreglo á su nuevo encumbramiento, debido á los nuevos sucesos, llega á Madrid el 31 de agosto á las diez de la noche. Azóranse todos con aquella aparicion impensada y misteriosa. Se sobresalta el gobierno con aquella desobediencia, y en vez de intimar al capitan jeneral de Galicia la órden para que acuda á su destino, se entablan coloquios, se cavila, se glosa y así dejan á Riego, ya entónces el ídolo del público, ensanche para embriagarse de vítores trastornadores de pechos endebles, arrojados por el acaso en el torbellino de la vida política.

La tertulia de la Fontana de Oro le da, el 3 de setiembre, un banquete cívico, y se le dispone un medio triunfo. La comitiva se para delante del teatro donde están representando una funcion de circunstancias, y las cabezas se enardecen hasta lo sumo; se apea Riego de su carroza triunfal, piden todos cantares patrióticos, despues el *Trágala*, canturia soez, que debió arrinconarse con menosprecio, y que sin embargo sonará en la historia. Opónese la autoridad á que se entone el *Trágala*; crece el alboroto y se le contraresta, echando el telon; llega tropa, y se restablece el órden, alterado en estremo.

El ministerio, conceptuándose ajado, depone á Riego de su mando, y le manda salir para Oviedo su patria; sale con efecto, y ocasiona el apeamiento del jeneral Velasco, gobernador de Madrid, y el de varios oficiales, por falta de entereza.

Abonanza todo, cuando el 5 de setiembre, el ministerio, engañado sin duda por informes equivocados, se conmueve y providencia, como para precaver algun peligro inminente, poniendo artillería en la puerta *del Sol* y en otros varios puntos de la capital. Las córtes llaman y reconvienen á los ministros sobre tanta disposicion militar, cuya precision no aparece; y así suenan y resuenan cargos en sesion alborotadísima; y aquel incidente lastimoso tuvo trascendencia mortal para el rumbo de los acontecimientos.

Divídense los constitucionales desde aquel punto en moderados y exaltados, y el 5 de setiembre puede conceptuarse como el principio

del empeño aciago y retrógrado del movimiento de 1820.

En medio de aquel intrincado embolismo que dificulta mas y mas la rejeneracion del pais, llevan los diputados adelante sus conatos civilizadores. Se votá la espulsion de los jesuitas, pero una espresion del decreto, aludiendo al restablecimiento de la órden por Fernando VII tras el destierro fulminado por Cárlos III su abuelo, disuena al rey en el punto de sancionarlo; y luego una diputacion le lleva la ley corriente en términos de venir á despejar las aprensiones del monarca asombradizo.

Prohibe otra ley los votos en los conventos, franqueando á los frailes su permanencia en comunidad, con tal que lleguen á doce; y siendo menos, debian incorporarse con las comunidades inmediatas, quedando los bienes de todo convento vacante en beneficio del estado.

Repugna al rey al pronto el sancionar esta última ley, que era imprescindible para el afianzamiento del sistema constitucional y el fomento de la agricultura; pero mejor aconsejado, dió su sancion para desdecirla luego, y todo el conato del ministerio no puede recabar que se avenga á disposicion tan cuerda.

Corre la noticia de aquel torcido empeño, y causa una fermentacion en el público; con lo cual tiene que cejar Fernando, siempre medroso, y todo se aquieta. Tratan las córtes entónces de manifestarle todo jénero de miramientos, y noticiosas de que apetecia la conservacion de algunos conventos, le suplican que fije su número, y se esceptúan hasta ocho de la providencia jeneral que abarcaba aquellos establecimientos, ateniéndose á los monasterios mismos apuntados por el rey.

Terminan las córtes su lejislatura el 9 de noviembre, y todo es sosiego en Madrid; pero el númen fatal de España se desvela en el Escorial, donde habita voluntariosamente Fernando, á pesar de la representacion de sus ministros sobre el desvío en que se situaba de sus consejeros naturales y responsables. Certeras aparecen luego las zozobras de los amantes del órden, pues cercado el rey de privados necios y aduladores, se arroja luego contra la misma constitucion recien jurada tan solemnemente.

Tiene á su cargo el mando de la provincia de Madrid el teniente jeneral Vigodet, sujeto comedido, que con sus dilatados servicios se habia granjeado el aprecio jeneral y merecido la confianza íntima de Fernando VII. Habian los ministros conceptuado agradar al rey con aquel nombramiento, agasajando al mismo tiempo á un militar esclarecido, cuya presencia afianzaba el órden y la seguridad jeneral. Colocan de repente en aquel mando, deponiendo á Vigodet, al jeneral Carvajal, tachado con siniestros antecedentes, sin que su nombramiento venga refrendado por ninguno de los ministros, y Vigodet se niega á entregarle su cargo.

Corre la voz de aquel embate á la constitucion, y se alborota el vecindario; la diputacion permanente de las córtes y el ayuntamiento representan al rey con suma entereza y señorío. Se revoca el nombramiento, y vuelve Fernando á Madrid, donde le está esperando una acojida heladora, pues no oye mas aclamaciones que las de: *¡ Viva la Constitucion!*

Con arreglo á esta el 1.° de marzo de 1821, se abre la segunda lejislatura; y vamos á ver bajo qué funestos auspicios entabla aquella junta sus tareas; « siendo su principio un acto sin ejemplar (1). »

« Pasa el rey, » dice Mr. Martignac, páj. 275, al salon de córtes, acompañándole los ministros y ocupando sus respectivos puestos. Empieza el rey su discurso, y habla con ahinco y entereza de su apego á la constitucion; manifiesta su voluntad incontrastable de sostenerla contra sus enemigos nacionales y estranjeros, y se declara reciamente contra la invasion amagada por el Austria contra Nápoles. Nunca habia sonado en sus labios lenguaje tan enérjico y terminante, y los ministros iban advirtiendo con estrañeza muy natural las adiciones y mudanzas hechas en su escrito, robusteciendo los dictámenes que intentaba espresar, con sumo despejo y vehemencia. Mas nuevo pasmo y de muy diverso jaez los estaba esperando.

« Toma el rey de repente un ademan brioso y espresivo, y esforzando cual nunca la voz, espone amargamente los desacatos que está ya por cuatro meses padeciendo, y esplayándose allá largamente por un sinnúmero de agravios y quejas, acusa formalmente á los ministros de haber faltado á su obligacion fundamental. »

Queda la concurrencia atónita y fundadamente airada al ver la majestad del solio comprometida tan á las claras. Los diputados se reportan en presencia del rey; pero en saliendo, una esplosion unánime demuestra que todo el congreso abriga un idéntico dictámen, y que le es muy doloroso aquel rompimiento que acaba de presenciar, ajeno de todo decoro.

Los incitadores del rey á paso tan arriesgado no se dan todavía por contentos, sino que exijen la deposicion del ministerio, que se manifiesta en seguida; pero las córtes, aunque airadísimas, acatan siempre la irresponsabilidad del monarca. Nómbrase una comision para informar al congreso del estado del pais, la cual declara únicamente que los ministros al retirarse

(1) Martignac, páj. 276.

merecian mas y mas el aprecio y el agradecimiento de la nacion.

Se plantea á bulto un nuevo ministerio con sujetos que ni aun se conocen entre sí (1). Sus nuevos individuos se hacian recomendables al concepto público por sus dilatados y honrosos servicios; pero ajenos todos del movimiento de 1820, no pueden dar adecuado empuje á los acontecimientos.

Se entrega el mando de Madrid al jeneral Morillo, quien obtuvo el título de conde de Cartajena con la toma importante de aquella plaza de Colombia, y el de marqués de la Puerta, tras la victoria que alcanzó en la batalla de aquel nombre. No mereció Morillo la aprobacion jeneral, pues su índole causaba suma zozobra el hábito de dictador con que se habia resabiado en América en seis años de guerra á muerte, el pormenor de represalias atroces que se le achacaba, su vida soldadesca, sus modales broncos y su natural destemple, todo lo estaba retratando al vivo como un déspota militar mas bien que como caudillo propio para mandar en aquellas circunstancias tan arduas para la capital y para todo el pais. Sobrevienen disturbios, quiere Morillo habérselas con los amotinados cual si fueran enemigos, se propasa de todo viso de racionalidad en medio de pasiones tan encontradas, y exaspera los ánimos. Sin embargo un arranque suyo garboso sosiega el vecindario. Morillo mismo pide que se le residencie; juzgado y descargado, se le devuelve el mando de Madrid sin oposicion, y así se patentiza cómo la mayoría grandísima del vecindario está muy predispuesta á seguir el órden á todo trance.

Se hace violento el decirlo, pero la sensatez de la muchedumbre atinaba, en virtud de los antecedentes, en negar al jeneral Morillo el dictado de defensor de la constitucion; mediaba allá un instinto recóndito de que el conde de Cartajena, militar escelente, ni era estadista, ni mucho menos afecto á la constitucion. Dicho jeneral, en 1823, desamparó la bandera nacional, despues de aceptar el mando en jefe del ejército de Galicia, poniéndose á las órdenes del jeneral francés conde de Bourke: con lo cual echó un borron indeleble á la nombradía que se granjeara en las contiendas desventuradas de la metrópoli con sus colonias americanas.

(1) D. Eusebio Bardají para estado; Valdomero para la gobernacion, que luego obtuvo Feliu; el jeneral Moreno Daoiz para guerra; Barata para hacienda; Cano Manuel para gracia y justicia; Escudero para la marina; Feliu para ultramar, y cuando pasó á la gobernacion, lo reemplazó Pelegrin.

Mientras la capital está viendo el sosiego público afianzado con la conducta sensata y comedida del vecindario principal, sobreviene repentinamente un estallido, facilísimo de evitar, entre el ministerio y los prohombres de la mudanza política solemnizada por la nacion.

Desarrinconan á Riego y le dan el mando de Aragon. Una trama ridícula de un Francés, Cugnet de Montarlot, sacó á luz la desavenencia ya anterior entre Riego y Moreda, jefe político de Zaragoza. Era este uno de los sujetos, siempre muchos, que al principio de una mudanza están viendo por enemigos á todos los entusiastas de aquella novedad. Andaba Riego por Aragon para enterarse del estado de los ánimos; en su roce con el jentío, quizás no usaba todo el comedimiento apetecible; mas no le cabia otro vituperio mas que su demasía en el acaloramiento. Por cuanto las quejas de Moreda contra Riego se hermanaban con la propension medrosa del ministerio, el héroe de la isla de Leon quedó irracionalmente depuesto: fué ejemplar su obediencia, pasando luego á Lérida, que era el paraje señalado por el gobierno para su destierro.

Esta providencia, en realidad arbitraria, aunque cohonestada con su legalidad, acabó de enconar los ánimos, y una provocacion desatinada del rey acarreó la esplosion de un descontento sumo con el príncipe y con el sistema de blandura de sus consejeros responsables.

Habia el ministro de la guerra, D. Tomás Moreno Daoiz, enviado una columna lijera de algunos centenares de hombres por el rumbo de San Ildefonso para celar aquel sitio, donde residia la corte. Logran persuadir al rey que tratan de asaltar á su persona, y se queja Bardají, que, como ministro de estado, se hallaba en el sitio, se lo participa al compañero, el cual, lastimado en su pundonor militar, contesta enviando su dimision. No tiene Bardají entereza para oponerse á que se le acepte. Pero ¿qué sucede? Aquella misma noche envia Fernando á su primer ministro una esquelilla, con este contenido: «He venido en nombrar al jeneral Contador ministro de la guerra;» y ni la persona ni el nombre del nuevo ministro han llegado jamás á su noticia. Se acude á la Guia de Forasteros, y se encuentran con que el jeneral Contador es un jefe de escuadra de ochenta y cuatro años, imposibilitado hacia tiempo de todo jénero de servicios. Los ministros tan ruinmente burlados hacen dimision: mas Fernando VII la rechaza, y revoca el nombramiento de Contador, reemplazándolo de su propio albedrío con el jeneral Martinez Rodriguez, tan desconocido como su antecesor. Se practican nuevas dilijencias, y resulta que Martinez, he-

rido gravemente en la cabeza en Badajoz, con la esplosion de un barril de pólvora, se halla desde entónces, en 1823, absolutamente dementado.

Con este nuevo insulto, tienen los ministros que estender una esposicion de los motivos de su retirada inmediata. Queda revocado el segundo nombramiento, dejando al arbitrio de los ministros el señalamiento para compañero en el despacho de la guerra. Llega la noticia de tales manejos á Madrid, y acalora mas y mas los ánimos.

El ayuntamiento, temeroso de un estallido, hizo una esposicion al rey, suplicándole que tratase de aplacar los ánimos acalorados, regresando á la capital; mas el rey no tuvo por conveniente acceder á la instancia. Iban las cuadrillas agolpándose por las calles con la jente holgazana que rebosa por los pueblos crecidos. Tremolaron el retrato de Riego por las calles principales, pero un destacamento de guardias nacionales apresó el estandarte, y el ademan de la tropa arredró á los alborotadores.

Por entónces se declaró la fiebre amarilla en Cataluña, y uno de los recintos mas industriosos de España, la grandiosa ciudad de Barcelona, estuvo padeciendo un azote que no podia ceder sino á la mediacion del tiempo; y la política enemiga de la restauracion se abalanzó al pretesto de plaga tan horrorosa para intrincar mas y mas los apuros de nuestra situacion, tirando ya sus líneas para el intento que despues vino á plantear como á dos años de intermedio. Pretestando pues un cordon sanitario, el gabinete de las Tullerías fué juntando tropas fomentadoras de la sublevacion de Cataluña. Cesó la causa aparente de aquella reunion de fuerza, mas no por esto se desviaron los cuerpos; trocándolos luego muy obviamente en ejército de observacion (1), siendo ya una ridiculez la denominacion de cordon sanitario.

El ministerio español se iba desconceptuando mas al mostrarse tan aletargado ante los preparativos ya indudablemente hostiles de la Francia. Providenciaban desacertadamente los prohombres del sistema constitucional, sin que compensaran sus yerros con demostraciones que acreditasen afan sincero de sostener la nueva planta de gobierno contra los embates de sus enemigos. Desamparados por el bando patriota y hostilizados encubierta, pero eficazmente, por los sèrviles, no podian contar ya los ministros entre sus defensores mas que á los cobardes y ansiosos de lo mejor en « un medio cabal,» sin acertar á realizarlo, contentándose con ir viviendo de dia en dia, y llorando achaques incurables para ellos.

En noviembre de 1820, Sevilla y Cádiz se rebelan y lanzan de su recinto á las autoridades que intentan atajar el alboroto. Quiere el ministerio español reponerlas, mas no pudiendo recabar su admision, acude á las córtes con un mensaje, en el cual el rey se queja de que sus órdenes quedan desatendidas. Entónces las córtes, trasformándose en tribunal de árbitros, culpan á entrambos partidos, declarando que los amotinados son reos, pero que los ministros han perdido « la fuerza moral. »

Con acuerdo tan estraño, vinieron las córtes á votar como una adehala para cebo de los alborotadores; yerro fundamental que trascendió en gran manera para el trastorno de la nacion. Descuellan desde aquella fecha las facciones en Cataluña y en Navarra, pues el gobierno francés, siempre en acecho, conceptuó la coyuntura oportuna para fomentar la guerra civil contra un gobierno que tan solemnemente estaba pregonando su desvalimiento para enfrenar las facciones interiores.

Sentenciados así los ministros, trataron de retirarse como debian, pero el rey no les admitió la dimision, é incurrieron en la flaqueza de permanecer. Los jenerales Campo Verde y Moreno Daoiz con alguna tropa restablecieron el sosiego en Sevilla y Cádiz, y este desenfado, aunque tardío, sesgó algun tanto las tramas de Fernando y de la camarilla; mas de repente, sin el menor asomo de anuncio, un decreto del rey del 5 de enero de 1822 despide á los ministros, y sigue la España constitucional sin secretarios responsables hasta el 1.º de marzo.

Se juntan las nuevas córtes, resabiadas desde luego con los contrastes de opinion que habian ido descollando desde el restablecimiento del sistema constitucional, advirtiéndose entre la jente nueva sujetos mas acalorados. Recayó por lo mas la eleccion en 1820 sobre individuos ya señalados por su conducta anterior al último alzamiento; pero en los nombramientos de 1821 tuvo ya mas cabida la inclinacion mas ó menos patente á la novedad, la adhesion mas ó menos desalada al sistema, y á la oposicion á un gobierno cuyos pasos mal afianzados estaban causando zozobra.

Aquella trasformacion ya descubierta de la propension jeneral se manifestó desde el nombramiento de presidente en las córtes, pues recayó en 1820 sobre el arzobispo de Sevilla, y cupo en 1822 al jeneral Riego. Asomó sin embargo en el congreso un partido moderado, aunque liberal sin rebozo, encabezado por Don Agustin Argüelles, los jenerales Valdés y Alava y Don Ramon de la Cuadra.

(1) Congreso de Verona.—Chateaubriand, tom. I, páj. 99.

Un ministerio, compuesto en gran parte de los diputados salientes, empuñó las riendas del gobierno. Mientras la sublevacion por la raya de Francia iba creciendo en términos sobremanera temibles, el ministerio sobredicho, encabezado por Martinez de la Rosa (1), andaba soñando otro sistema representativo, una planta á la francesa con dos cámaras, como ha venido á realizarse en 1834 con el Estatuto Real, sin echar de ver que el despotismo mero y absoluto era el alma de las tramoyas de la camarilla y de los apuntes del gabinete francés. De aquí nacieron las jornadas de julio, en que la sangre española corrió por la capital, cuya catástrofe tuvo por paradero el preparar y atropellar la intervencion de 1823.

La adhesion vehemente á intentos de reforma sobre el código fundamental fué por entónces lo que indujo á nombrar los sujetos encumbrados á la potestad, y así anduvieron mudando en gran parte las autoridades civiles y militares para colocar individuos de su pandilla. « Entablaron una reaccion violenta y jeneral contra los liberales (2), » entorpeciendo ante todo por donde quiera las operaciones militares contra los facciosos. En la sesion del 3 de mayo por la noche, manifestó el diputado Alcalá Galiano que el ministerio estaba imposibilitado de obrar con acierto, y recabó de sus compañeros el votar una esposicion al rey, que se le presentó el 25 del mismo.

Estallaron luego síntomas alarmantes y precursores de los trastornos que desconsolaron muy en breve la capital.

Hallábase el rey en Aranjuez, y el 30 de mayo, con motivo de sus dias, acudió grandísima concurrencia al sitio. Suenan, en medio del bullicio, voces de *Viva el rey absoluto*; corre á las armas la guardia nacional, pero la guardia real se escuadrona con ceño amenazador. El predominio del jeneral Zayas y el afan de las autoridades locales logran por fin enfrenar aquella esplosion inminente.

Acontecimientos de más entidad estaban á la sazon sucediendo en Valencia.

Con motivo del dia de San Fernando, el 2.º rejimiento de artillería, ya mal opinado, como constaba al gobierno, pasa á la ciudadela para hacer la competente salva, y se vale de la coyuntura para apoderarse del fuerte, bloqueado al punto por las tropas constitucionales y la guardia nacional. Se intima la rendicion á los rebeldes, y se resisten voceando que no reconocen otro superior que el jeneral Elío, encerrado en la misma ciudadela desde el restablecimiento de la constitucion. Se rompe el fuego el 31 por la madrugada desde los edificios de la aduana, del convento de los Remedios y de la Torre de Santo Domingo. El rejimiento de Zamora y la guardia nacional toman la ciudadela y hacen rendir las armas á los rebeldes.

Sonó ruidosísimamente la coincidencia de los dos alborotos en un mismo dia, el uno en Aranjuez, residiendo el rey, y el otro en Valencia y en la misma ciudadela que encerraba al jeneral Elío, el enemigo mas implacable de la constitucion; y así la sesion de córtes del 3 de junio fué en estremo borrascosa. El diputado Beltran de Lis formalizó una acusacion fiscal contra el ministro de la guerra; se tomó el cargo en consideracion por las córtes, pero se agolparon luego acontecimientos que orillaron aquel asunto.

Situacion tan congojosa trae los ánimos desasosegados, y entretanto vuelve el rey de Aranjuez para cerrar las córtes. Pronuncia Fernando un discurso en que da gracias al congreso por el arreglo que ha planteado en la hacienda, y la economía que resulta en los desembolsos. Reconoce el acierto en el aumento del ejército votado por las córtes, y en la providencia de valerse de las milicias, aun fuera de sus provincias. Se conduele de los quebrantos de Cataluña, y vive esperanzado de que presto van á quedar enfrenados los facciosos, etc.

El presidente Gomez Becerra contesta al monarca: que cabe á las córtes el loor de adelantarse á los anhelos de S. M., franqueando sumas facultades á su gobierno para robustecer sus disposiciones, *restablecer el órden interior*, y *afianzar el sosiego público.*

Concluida la ceremonia, se encamina el rey á palacio, y al atravesar su carruaje la plaza de Oriente, algunos ciudadanos pacíficos lo vitorean con las voces de *¡ Viva el rey constitucional !* De repente salen de las filas unos granaderos de la guardia, despejan el jentío á bayonetazos, hieren á muchos, y entre ellos á Casasola, oficial de su cuerpo, quien se esmeraba en atajar aquella tropelía.

Al primer aviso, el jeneral Morillo, aunque se halla en cama, monta á caballo, y tras él San Martin, jefe político, y con la eficacia de varios oficiales y sarjentos logran por fin acuartelar á los enfurecidos.

Va la guardia nacional patrullando por todo el pueblo, y al desembocar un piquete sobre la plaza de Oriente, le vocean los soldados de la guardia: « *¡ Viva el rey neto !* » Landuburu, primer teniente de guardias, quiere aplacar el alboroto, pero no se le obedece. El comandante

(1) Martinez de la Rosa, de estado; Moscoso, de la gobernacion; Sierra Pamblas, de hacienda; Gareli, de gracia y justicia; Balanzat de guerra; Romarato, de marina; y Bodega, de ultramar.

(2) Martignac, paj. 396.

del batallon y un oficial llamado Mesa, rescatan á Landaburu de manos de la soldadesca, y lo introducen en palacio; pero cunde la asonada, hieren al teniente Toja, y el desventurado Landaburu en medio del fuego y traspasado á bayonetazos, espira á la puerta de la estancia del rey.

Aquel homicidio abominable apesadumbra á todo Madrid; se junta luego el ayuntamiento y da la queja al rey.

El 2 de julio se mueve toda la guardia, y el vecindario está viendo que la tropa real toma la ofensiva, pues salen de Madrid hasta cuatro batallones, y se sitúan en posiciones militares que dominan al pueblo.

El ayuntamiento, del 2 al 6, está providenciando con eficacia, pone el parque de artillería á buen recaudo, y convoca á la guardia nacional. Las tropas de línea, infantería y caballería, al mando de caudillos leales, rebosan en denuedo, y únicamente los ministros permanecen en inaccion y paran en hacer su renuncia; pero los retienen presos en palacio hasta ver el paradero del trance.

El 6 por la tarde, los batallones sublevados se disfrazan, se apoderan de la puerta del Conde-Duque, se internan en el pueblo, y desembocan en cuatro columnas paralelas por las calles inmediatas al palacio; pero es tan redoblado el fuego, que tienen que cejar. Aquellos soldados ciegos, y dignos por su denuedo de sostener mejor causa, vuelven hasta cinco veces á la carga, y otras tantas los rechaza un turbion de balas y metralla que los clarea y desbarata. Por fin un nuevo avance de la guardia nacional y de la tropa de línea logra su intento, derrotando y acosando á los rebeldes á punta de bayoneta hasta el palacio. Envia el rey un parlamentario para que cese el fuego, pretestando que se arriesga la vida de S. M.; pero el jeneral Ballesteros, que acaudilla el avance, contesta que mandará suspender el fuego, mas no la marcha de su tropa.

Se junta luego la diputacion permanente de córtes, y convoca al consejo de estado, á la diputacion provincial, al ayuntamiento, al comandante en jefe y al jefe político.

Se acuerda recibir á los enviados venidos á tratar del armisticio; pero bajo la condicion imprescindible del desarme ejecutivo de los batallones sublevados. El marqués de Casa Sarria, uno de los oficiales enviados por el rey, se opone resueltamente, alegando que el desarme de la guardia es indecoroso para S. M. Mientras se está deliberando sobre lo que se ha de providenciar, vuelve la guardia á las hostilidades y renueva el fuego; pero rechazada reciamente por los jenerales Ballesteros y Copons, va ya cejando hácia el Campo del Moro; y entónces embestida en campo raso por caballería y artillería, aquellos infelices soldados, sin arbitrio ya con tanta carga que no les permite formar el cuadro, van cayendo á los tiros de sus contrarios y se rinden á discrecion.

Se fragua una trama en Sigüenza, y estalla el mismo dia que la de Madrid; los carabineros y algunos soldados de las milicias provinciales de Córdoba se sublevan en Andalucía y marchan sobre la capital; pero acobardados al saber la derrota de la guardia, rinden las armas en Almodovar del Campo á las tropas del jeneral conde de Valdecañas.

Procesados los oficiales cojidos con las armas en la mano, uno solo resulta condenado (1). Apareciendo por el proceso que la trama se habia fraguado en palacio, y que habia sido seducida la tropa por influjo encumbrado, quedaron atajadas las dilijencias. La historia manifestará cómo los prohombres de 1820 nunca se desmandaron, pues no cabe partido victorioso mas comedido que el de los constitucionales; no quisieron apurar la residencia por aquella sangre derramada, por temor de tropezar en los trámites judiciales con reos que la ley y las circunstancias no permitian castigar.

La jornada del 7 de julio no trajo resultas, pues en suma nada produjo. Cuando unos ministros idiotas ó malvados han podido dejar organizar ó han dispuesto por sí mismos una conspiracion como la que estalló el 30 de junio y quedó soterrada el 7 de julio, parece que un escarmiento proporcionado debia alcanzarles; pero se contentaron con reemplazarlos por sujetos, cuyo convencimiento entrañable y sumo influjo con la muchedumbre conceptuaron que habian de entablar una nueva carrera (2); mas nada resultó; pues tan solo el mando en jefe de todas las fuerzas de Cataluña, entregadas al jeneral Mina, fué la única disposicion que produjo un efecto terminante. El ejército de la fe derrotado y exhausto, quedó lanzado del territorio español, á pesar de los auxilios, del fomento y del oro del gabinete de las Tullerías.

El ministerio francés, arrebatado por sujetos hermanados en anhelos y en fanatismo con los *serviles* de España, tiene que avenirse á la ley del bando que lo ensalzó al poder y que tiene clavada su idea en la intervencion. Conmuévese de nuevo la Santa Alianza, júntase el congreso de Verona, y el partido *ultra* ó desaforado, repre-

(1) El teniente Goeffieux, convencido de incitador al homicidio de Landaburu, salió condenado á muerte, y se le ajustició.

(2) San Miguel para estado; Gasco para la gobernacion; Lopez Baños para la guerra; Ejea para hacienda; Navarro para gracia y justicia; Badillo para ultramar, y Capaz para la marina.

sentado allí por M. Montmorency, se compromete á ejecutar en España la restauracion del despotismo; y así Luis XVIII toma asiento en Verona y en el banco de la Santa Alianza.

Vuelve Montmorency, se encuentra con el ministerio indeciso en punto á emprender aquella cruzada, pues M. de Villele está esperanzado todavía de reducir la intervencion á meramente diplomática, y con la tibieza del rey y del ministro tiene Montmorency, ya comprometido en Verona, que hacer dimision, reemplazándole Mr. de Chateaubriand (1).

Con el sinfin de tropiezos que las potencias estranjeras van atravesando á la España, se juntan los muchos fraguados en el interior del palacio.

En el momento en que tan necesario era el empuje al ministerio, el rey lo despide, sin mas motivo que el de atenerse puntualmente á su plan trastornador de ir mudando los ministros á cada reunion de córtes.

Muévense luego las tropas francesas sobre la raya y desengañan á los mas incrédulos, siendo ya inevitable la guerra; entrégase la comandancia en jefe del ejército español que se está organizando en el Bidasoa al teniente jeneral Don Francisco Ballesteros.

Era Ballesteros teniente del resguardo en 1808, y con su arrojo, con aquel denuedo personal muy descollante, se encumbró luego en la guerra de la independencia á los primeros grados del ejército, aunque ajeno de todo desempeño militar. Logró algunos lances brillantísimos en la Serranía de Ronda y aquel fué el orijen de su popularidad en la temporada del acalorado ímpetu nacional. Aconsejó en 1820 eficazmente al rey que publicase la constitucion, aparentó muchísimo fervor patriótico y encabezó la sociedad de los *Comuneros*. Embelesado con aquel entusiasmo constitucional, quiso el ministerio, al darle el mando del ejército dispuesto ya para descargar los primeros golpes en defensa del territorio, dar una garantía á las opiniones mas estremadas y hermanar todos los convencimientos. Necesitaba, como consejero de estado, Ballesteros la autorizacion de las córtes para obtener algun empleo, y lograda luego plenamente, fué traidor á la causa nacional y capituló vergonzosamente con los Franceses. El destierro en que ha muerto fué el premio único que le reservó el rey, y los mismos estranjeros, compradores de su espada, le correspondieron con el menosprecio; corroborando así la máxima de Tácito: *Proditores, ipsis ad quos confugere invisi.*

Las córtes y el gobierno, con el desengaño de la guerra inminente, trataron de alejarse de la capital, y por mas que se opuso el rey, tuvo que ceder. Toman la determinacion impropia de parar en Sevilla, en vez de marcharse en derechura á Cádiz, adonde hubo de pasar luego con una providencia estremada. ¿Mas quién podia conceptuar desertor á Ballesteros?

Al llegar á Sevilla, se sabe el tránsito del Bidasoa el 7 de abril por el ejército francés. No podia menos de encararse al golpe con el de Ballesteros, compuesto de la flor de los rejimientos; y allí se cifraba el destino de España, pendiente del primer trance. No cabe encargo mas hermoso y esclarecido para un jeneral, y los soldados están ardiendo de hidalgo entusiasmo; pero Ballesteros los desmoraliza con su retirada cobarde de doscientas leguas, sin ver al enemigo mas que para tratar de capitulacion.

Además del ánimo denodado de nuestros soldados, su prepotencia numérica y la ventaja de nuestras sierras y desfiladeros para una guerra defensiva, era la resistencia tanto mas obvia cuanto la situacion de las tropas francesas se hizo sumamente crítica desde su entrada en el territorio español, pues consta que, con motivo de ciertas desavenencias entre el ministro de la guerra, mariscal duque de Bellune, y el mayor jeneral conde Guilleminot, se halló el ejército del duque de Angulema de repente sin víveres y sin medios de trasporte.

¡Cuán imponderable ventaja no le cabia al jeneral español, atacando denodadamente al enemigo, que carecia de todo en un pais rebosante todavía de recuerdos heroicos de los naturales contra Napoleon!

Mas los Franceses van avanzando velozmente, pues Ballesteros continúa su retirada sobre el reino de Valencia. El 20 de mayo, tras una contienda gloriosa para el jeneral Zayas contra el ejército de la fe, mandado por Besieres (1), Madrid indefenso abre las puertas al ejército francés.

Sevilla queda patente, y allí están reunidas las córtes. Reconviene el diputado Alcalá Galiano á los ministros sobre la situacion de los ejércitos y las disposiciones tomadas para el resguar-

(1) Apesadumbra el ver semejante nombre, un injenio esclarecido, apandillarse para una empresa vinculada en el triunfo de la ignorancia y del fanatismo; apesadumbra aquel yerro en tan sumos alcances acarreándolo luego el meterse á apolojista del abuso mas inicuo de la fuerza material. Correspondia examinar el libro de Mr. Chateaubriand sobre el *Congreso de Verona* bajo el aspecto de la civilizacion, y así trato de practicarlo en el capítulo siguiente.

(1) Fusilado cuatro años despues de órden de Fernando VII.

do del rey, de las córtes y del gobierno; y le contestan que, segun los partes recien llegados, Sevilla se halla en peligro. Propone Alcalá Galiano que se envie un mensaje al rey, suplicándole que disponga la partida para Cádiz; y las córtes aprueban su propuesta. Preséntase una diputacion á Fernando VII, quien se niega irreduciblemente á conformase con el dictámen del congreso y del gobierno.

En su vista pide Galiano la aplicacion del artículo 187 de la constitucion, que dice: «Gobernará una rejencia el reino, siempre que el rey se halle imposibilitado de desempeñar su autoridad por cualquier motivo físico ú moral.»

Aprueban las córtes la propuesta, y nombran una rejencia, compuesta del jeneral de marina Valdés, del consejero de estado Ciscar y del teniente jeneral Vigodet, quienes dispusieron la marcha, que se verificó al dia siguiente.

Esta fué la sesion memorable del 11 de junio, debida al señor Alcalá Galiano y cuya determinacion se ha zaherido amargamente; no podian sin embargo los diputados de la nacion estarse esperando sosegadamente la entrada del enemigo en Sevilla, ni presenciar con tibieza aquella connivencia innegable del rey con los estranjeros.

Verificósela salida de Sevilla en la tarde del 12; estábamos hacia treinta horas sobre las armas; la guardia nacional á caballo de Madrid y de Sevilla cercaba el coche del rey, y la infantería cubria por escalones la carretera. En medio de tantos motivos de queja, se trató á Fernando en todo el viaje con sumo respeto. Se daba todos los dias la órden para salir á las cinco de la madrugada, mas nunca se partia hasta las once, y la parada era á las cuatro de la tarde; infiérase de ahí lo infinito que padeceria la escolta, aguantando el sol abrasador de junio en Andalucía. En llegando al puerto de Santa María, varió de repente nuestro paso, pues Fernando nos hizo atravesar á escape las cuatro leguas mortales que hay hasta Cádiz, de modo que no llegábamos á cuarenta los acompañantes del carruaje al apearnos.

Entró el rey en Cádiz el 13 de junio, y la rejencia en seguida le devolvió su potestad.

Ningun preparativo se habia entablado para el sitio que nos amagaba, y se acudió atropelladamente á las disposiciones mas urjentes; pero sobrevinieron luego los Franceses. Estaban aletargadas las autoridades, y así quedaba campo para maquinar en todo el recinto de la ciudad, y mas yendo y viniendo diariamente barquillos al puerto de Santa María para los abastos del rey. Apeteció Fernando una gran torre de madera sobre el terrado mas alto de su palacio; se le construyó, y allí solia pasar dias enteros en remontar cometas de todas hechuras y colores; con lo cual los sitiadores se estaban de continuo enterando de cuanto podia interesarles.

Sabe la guarnicion de Cádiz el 24 de julio la traicion de Morillo, verificada el 16, y á pocos dias la capitulacion afrentosa de Ballesteros con el jeneral Molitor.

La pérdida del Trocadero el 30 de agosto, á pesar de la defensa valerosa de la guarnicion y de su digno caudillo, el coronel Grases, causó suma sensacion por haber abultado de mas la entidad de aquel punto, y luego la siguió la del fuerte de Santi Petri. Revivió al parecer el teson al empezar la escuadra francesa el bombardeo de Cádiz, en 25 de setiembre, mas no cabia remedio alguno. Se entablaron hablas con el duque de Angulema, y desde entónces quedaron consumados el derribo de la constitucion y el malogro de la independencia nacional.

Dejó á Cadiz el rey el 2 de octubre, y pasó al puerto de Santa María, publicando antes una proclama en que decia, que «labrar la dicha de sus vasallos es el instituto primero de un rey, y por eso se adelantaba á sosegar las zozobras que pudieran mediar con la aprension del establecimiento venidero del despotismo, y de las reacciones de todo partido;» declarando por tanto:

1.° Que si la necesidad requeria la alteracion de las instituciones de la monarquía, plantearia un sistema de gobierno que constituyese la dicha de la nacion y afianzase la seguridad individual y los bienes y la libertad civil de los Españoles.

2.° Que daba absoluta y redondamente al olvido todo lo pasado.

3.° Que las deudas y obligaciones contraidas por la nacion y el gobierno bajo el réjimen constitucional quedarian reconocidas, como las reconocia desde luego con aquella declaracion.

4.° Que reconocia á todos los empleados eclesiásticos, civiles y militares sin escepcion, que se habian comprometido en la causa de la constitucion, afianzando la mitad de los sueldos á cuantos, por efecto de las reformas imprescindibles, no pudieran conservar sus empleos.

Apenas Fernando VII se vió libre en medio de las bayonetas estranjeras, se desdijo de la proclama de la víspera, sancionando los decretos sanguinarios de la rejencia de Madrid. Nueva era de sangre, de persecuciones y desdichas se renueva en España, y estas calamidades han seguido por diez años; teniendo tan solo por término la vida de aquel príncipe, baldon y desventura del pais donde ha reinado. La llaga que está corroyendo á la España, la anarquía gubernativa, no ha cesado con las vicisitudes políticas, pues desde 1820 hasta 1823 no hubo mas gobier-

no que en las dos temporadas anteriores de 1808 á 1814, y desde este á 1820, se ha ido enconando mas y mas; y ahí se cifra la esplicacion de tanta decadencia, por cada dia mas patente. Aun se hace trabajosísimo el alcanzar cómo este pais desventurado no yace ahora mismo en la mas rematada barbarie, pues se requeria un gran caudal de intelijencia en el pueblo español para abrigar aquel aliento vivífico que todavía lo enardece, y le infunde pujanza para pelear en nombre de la libertad.

---

# CAPITULO TERCERO.

Intervencion de 1823.—El Congreso de Verona por M. de Chateaubriand.

Por no entorpecer la narrativa de los acontecimientos, hablé tan solo por incidencia de la intervencion francesa. Aquel acontecimiento aciago, que atajó toda rejeneracion en España, y abortó un nuevo despotismo político y frailesco, por cada dia mas frenético y horroroso, me ha parecido acreedor á un capítulo separado, asiendo asi oportunamente la coyuntura de contestar al ministro historiador del congreso de Verona.

Malhaya el atentado mas atroz que se pudo jamás cometer contra la independencia de un pueblo vecino y amigo, pues la intervencion de 1823 fué toda en esterminio de los principios *constitucionales* por un gobierno *constitucional.* Harto singular es el empeño de los escritores de la Restauracion en afirmar que la Francia *constitucional* estaba interesada en derrocar la *constitucion* que rejia en la monarquía española, por cuanto era mas democrática que la suya. Por esta regla, tendríamos nosotros que conceptuar como enemigo al gobierno de la Restauracion, y debíamos internarnos en Francia pregonando nuestros principios y acudir á la irracionalidad de la fuerza para derribar su carta otorgada, por menos democrática que la nuestra. Pero al arrimo de teorías tan descabelladas se plantearia una guerra sempiterna entre todos los pueblos, pues no cabe que dos paises rayanos se gobiernen con un sistema tan sumamente idéntico, que no se puedan aplicar mutuamente este nuevo principio del derecho de jentes.

Harto desagraviados quedamos por lo demás los Españoles de aquel atentado de la Restauracion, pues aquella empresa tuvo quizá mas influjo del que se supone en los acontecimientos de 1830; como que el soldado francés vive muy ajeno del temple irracional de un Cosaco, pues raciocina y deslinda, y así debió hacerse puntualmente cargo del móvil de aquella espedicion. Se hermanaba con los constitucionales, peleando contra ellos á su pesar por el honor de sus banderas, abrigándolos siempre que estuvo en su mano, y menospreciando las gavillas de la Fe, que quisieron darle como auxiliares. El ejército estuvo viendo que se atropellaba la libertad de un pueblo, y así pudo prever de rechazo que irian á desmoronar la que reinaba en Francia. Salieron los Franceses de la Península condoliéndose de una guerra desastrada, y sobrecojidos de zozobra por los resultados que pudiera acarrear á su pais; pues una guerra contra la libertad era un bautismo de fatal agüero para la escarapela blanca. Al cavilar sobre los motivos de aquella agresion liberticida, se hacia muy obvio el presenciar ya su rechazo sobre la Francia; envalentonado con aquel éxito, el partido avasallador de Luis XVIII no podia menos, pujando mas y mas en sus intentos, de recabar de la Restauracion que pregonase la belleza ideal de gobierno que habia logrado restablecer en España.

Escribió Mr. Chateaubriand en 1815, en su *Monarquía con arreglo á la Carta*, estas espresiones reparables:

« ¿Quién es mas Francés de nosotros dos, vos que me estais hablando de estranjeros al citarme las leyes de mi patria, ó yo que he dicho en la Cámara de los Pares las palabras que voy á repetir: debo sin duda á la sangre francesa que está corriendo por mis venas esta impaciencia que padezco, cuando al ir á votar me hablan de opiniones ajenas de mi patria, pues si la Europa civilizada se empeñase en imponerme la Carta, me iria á vivir en Constantinopla (1)? »

En 1822, era Mr. de Chateaubriand plenipo-

(1) De la monarquía con arreglo á la Carta, Obras completas de Mr. de Chateaubriand, tomo 18, páj. 392.

tenciario de la Restauracion en el congreso de Europa, no para *imponer*, sino para *desapropiar* su constitucion á la España.

En 1825, Mr. de Chateaubriand se encoleriza, como ministro de Luis XVIII, de que el Señor de San Miguel, ministro español, « prorumpa en aquellas iras hidalgas, al hablarle de estranjeros para ventilar las leyes de su patria, y de que, al ir á votar, le citen opiniones ajenas de su patria. » Luego verémos cómo se espresa Mr. de Chateaubriand, al asomar un ministro español que acierta á hablar como él mismo.

Allá se las haya quien se empeñe en esplicar tamañas contradicciones en una sublimidad ambidestra, tanto en lo intelectual como en lo político; pues por mi parte me bastará el demostrar á Mr. de Chateaubriand que el que volcó la libertad en España ha venido á dañar á la España, á la Francia, á la soberanía y á la civilizacion.

Al publicar Mr. de Chateaubriand su *Congreso de Verona*, le escribí protestando contra su obra; me favoreció con su contestacion, pero motivos personales me hicieron orillar el intento de impugnar aquel libro. Estoy ahora historiando la España contemporanea, y así llegó ya el dia de pararme á examinar una obra cuya refutacion es muy obvia, á pesar de la situacion, y aun la autoridad del escritor, quien me está suministrando los medios.

La aplicacion cavilosa de aquella política trastornadora y anti-social, cuyo promotor y planteador fué Mr. de Chateaubriand, con ánimo de preservar la Francia de una revolucion y proporcionar á los Borbones (1) un ejército leal y valeroso, lo arrebató palpablemente hasta propasarse de su primer intento. « *La victoria del Delfin cegó á la lejitimidad* (2), y la misma que derribó la libertad en España creyó que podria esterminar la Carta; quedaron destronados los Borbones: « Tras la accion, la reaccion; es corriente (3). »

Se me hace el libro de Mr. de Chateaubriand una obra inesplicable en un estadista al par que realista. Como realista, imbuido allá en su monarquía, usa respecto á los reyes un lenguaje que no disonaria en boca de un republicano adusto. « No tienen los reyes mas atractivo para nosotros que nosotros para ellos (4). Habian acudido á Verona operistas y farsantes para entretener á otros comediantes, los reyes (5).»

(1) Congreso de Verona; carta al jeneral Guilleminot, 25 de junio de 1828, tom. 2, páj. 17.

(2) Congreso de Verona, tom, 2, páj. 420.

(3) Congreso de Verona, tom. 2, páj. 435.

(4) Congreso de Verona, tom. 1 páj. 242.

(5) Congreso de Verona, páj. 70.

« ¿ Los soberanos ? — Es allá una necesidad de la educacion descabalada de los pueblos, y nos avenimos á tamaña precision con lealtad, y respeto, y á todo trance. ¿ Acaso no basta ? (1)» Esto es cabalmente lo que piensan, dicen y hacen, mediante algun miramiento por ahora, los enemigos del solio.

Echa el resto Mr. de Chateaubriand por el rescate de Fernando VII, logra el intento, y menosprecia, como verémos, al redimido, por quien comprometió la Francia, descargándole adjetivos injuriosos.

Como estadista, Mr. de Chateaubriand nos rasguea sus planes de 1822, cual si los acontecimientos no trajesen consigo luego el desengaño mortal de sus cálculos, y el malogro patente de sus esperanzas. Al decirnos lo que apeteció por entónces; al presenciar la falsedad de todos sus intentos, escepto el de anonadar la libertad en España, estrema luego su afan harto escusado de cronista, empeño incomprensible en un entendimiento tan encumbrado.

Que insistiera Mr. de Chateaubriand hasta 1829, como enamorado de sus propias sublimidades, en aquella creencia, es corriente, pues le abonaba el intento, ya muy logrado, pero muy amargo de las desdichas de España; mas al ser ministro Mr. de Polignac, conceptuó Mr. de Chateaubriand que peligraba la libertad de la Francia, é hizo caballerosamente dimision de la embajada de Roma. Es así que Mr. de Polignac habia ido antes á la de Lóndres por el empeño redoblado de Mr. de Chateaubriand con Luis XVIII, que no lo apetecia, y con Mr. de Villele, que lo deseaba menos (1).

Consumáronse horrorosamente en 1830 las zozobras que habia causado el ministerio de Mr. de Polignac; quedó la Carta destrozada; pero la revolucion avasalló á sus enemigos. Se negó Mr. de Chateaubriand á hermanarse con el triunfo de la libertad, y acudió á la Cámara de los Pares para resistir al juramento de la revolucion de julio.

¿Y en suma, de dónde procedió el naufrajio total de la soberanía ? De haber querido Mr. de Polignac hacer en Francia lo que Mr. de Chateaubriand habia efectuado en España; la diferencia entre el asalto á la constitucion española y el posterior á la Carta francesa se reduce únicamente al resultado inmediato, y sabido es que se suelen eslabonar las resultas de los mayores trances políticos; pues la España ha hecho en 1836 cuanto ejecutó la Francia en 1830.

El encumbramiento de Mr. de Polignac, y la

(1) Congreso de Verona, páj. 224.

(2) Congreso de Verona, tom. 2, páj. 268.

revolucion de julio, que fué su contraresto, debieron apear á Mr. de Chateaubriand de su entusiasmo con la intervencion de 1823, y desengañarle de que en los tiempos que alcanzamos, los reyes pasan de largo, y que no es servirlos el estrellarlos contra la libertad: él mismo confiesa el daño que ha causado al solio, diciendo: «Mi estrella, no á sabiendas mias, me precisó á coadyuvar para el derribo de la sociedad añeja, al estar yo echando el resto por conservarla (1).» Es muy positivo; pero en tal caso, ¿cómo cabe blasonar de tan malhadado ahinco?

Embargado con su aciago triunfo en España, asegura Mr. de Chateaubriand «que puso el pan de la victoria en manos de la Restauracion, la cual abusó de la vida que le habia devuelto (2).» Se equivoca; no hizo mas la Restauracion que abusar del instrumento arriesgado que le habian hecho empuñar, y se ha suicidado. Entregad armas de fuego á dementes ó ciegos, y veréis cómo las usan. «Por supuesto que cuanto la Francia abarca aferradamente con su puño le queda, y tan solo Dios se lo podrá hacer abrir (3).» Mas los Borbones no eran la Francia; esta habia empuñado aferradamente la Carta con una mano, y le quedó; pero rechazó con la otra á Cárlos X y á su linaje.

Ya se está viendo cómo para refutar á Mr. de Chateaubriand no tengo mas que acudir á él mismo; mas antes de internarnos en el escrutinio de sus pensamientos políticos, voy á rectificar algunos hechos, demostrando los yerros palpables con que tropezó desde las primeras pájinas, y cuán *á lo que saliere* echó repentinamente á luz esta obra.

El pacto de familia entre la España y la Francia se ajustó el 15 de agosto de 1761, y no en 1768 (4).

Ascendió al trono Cárlos IV en 1788, y no en 1778 (5).

«Tras la insurreccion de Madrid y la instalacion de José, treinta y cuatro diputados se constituyeron rejentes en Aranjuez; la rejencia desamparó á Sevilla, se refujió en Cádiz, y se juntaron las córtes (6).»

Desatino. Equivoca Mr. de Chateaubriand la *junta central* con la *rejencia* de Cádiz. La primera se planteó en 1808, la rejencia de Cádiz en 1810; tampoco se hace cargo de que colocado José en Madrid, se hacia muy arduo que se estableciese una rejencia en Aranjuez, esto es, á siete leguas del principal cuartel jeneral de los Franceses, ni de que salido una vez el intruso de la capital, no venia al caso que la rejencia se plantease mas que en el mismo Madrid.

La jenealojía de las rejencias está igualmente disparatada, pues la junta central fué la que nombró la primera, compuesta de cinco individuos, y convocó las córtes. Luego estas fueron nombrando las varias rejencias que se sucedieron hasta el regreso de Fernando VII.

«Fueron las córtes un remedo de nuestras juntas revolucionarias; pues se estuvieron allí proponiendo proscripciones, esterminios, homicidios (1).»

Retamos á Mr. de Chateaubriand para que cite un solo hecho, una palabra en apoyo de semejante cargo, y tan atajado quedará como si se le preguntase cuál es el artículo de la constitucion «que reservaba á las córtes el nombramiento de los empleados públicos (2).»

Estos son los términos del artículo 171:

«El rey nombra para todos los empleos civiles y militares.

«Nombra para todos los obispados, prebendas y beneficios eclesiásticos que le competen, sobre la terna del consejo de estado.

«Nombra igualmente á todos los majistrados de los tribunales civiles y criminales, bajo la misma forma.

«Concede honores y distinciones de todas clases, con arreglo á las leyes.

«Manda ejércitos y escuadras y nombra á los jenerales.»

Se evidencia pues que Mr. de Chateaubriand ni siquiera ha leido la constitucion que está desmenuzando, y contra la cual dispara cien mil armas. ¡Error lastimoso del injenio!

Sigamos:

«Acude el jeneral Freire con trece mil hombres para atacar á los diez mil sublevados; mediaron conferencias con Riego y San Miguel, quienes se retiraron con una columna de quince mil hombres (3).»

No eran mas de seis mil los sublevados; mas aun cuando fueran diez mil, ¿cómo podian *retirarse con una columna de quince mil*? ¿A qué viene luego aquella comparacion estrambótica que trae Mr. de Chateaubriand entre Riego y Don Quijote? Una muerte horrenda, á la cual asistieron las bayonetas de la Restauracion, debia escudar la memoria del malaventurado Riego contra los baldones y escarnios; y tanto mas por cuanto nunca hizo el viaje que plugo á la fan-

(1) Congreso de Verona, tom. 2, páj. 268.
(2) Idem, tom. 1, páj. 315.
(3) Idem, tom. 1, páj. 98.
(4) Tomo 1, páj. 365.
(5) Tomo 1, páj. 5.
(6) Tomo 1, páj. 21.

(1) Tomo 1, páj. 23.
(2) Tomo 1, páj. 24.
(3) Tomo 1, páj. 29.

tasia poética de Mr. de Chateaubriand hacerle emprender por las huellas del héroe de Cervantes.

¿Mas cómo cabe defraudar al autor del *Congreso de Verona* de menear á su albedrío los personajes, cuando se apropia el don de arrebatar el Tajo de su sosegado cauce y desencajarlo desde Toledo ú Aranjuez hasta Madrid, para que Fernando jure la constitucion «sobre aquel rio *que cria oro y piedras preciosas* (1)?» Si no se ha querellado el Manzanares, será por falta de poeta que le desagravie de tamaña usurpacion, como lo hubo allá para llorar sus padecimientos bajo un puente magnífico, cuando el cuitado Manzanares se atraviesa á pié enjuto casi todo el año.

«En el regazo de las córtes de 1820, sonó entre los diputados que las quejas del pueblo merecian la justicia de los puñales (2).»

Repetimos sobre este cargo lo dicho acerca del anterior contra las córtes de 1810 no hay mas que citar quién, cuándo y cómo profirió nadie en el regazo de las córtes máximas tan sangrientas.

Mr. de Chateaubriand se esplaya y agasaja á sus lectores con los estatutos de las sociedades secretas.—¿Serán auténticos?—No me consta; jamás me acerqué á tan lóbregas zahurdas, jamás me hermano con mi fe á la fe ajena, con vínculos misteriosos y criminales; pero supongo que en esa retaila de juramentos sobre puñales contra la vida de los reyes, hay mucho del coco espanta-niños. Estas garambainas á puerta cerrada, si fueron ciertas, habrán sido segunda parte de alguna comilona, pues nunca daré por factible la pandilla de los asesinos, como que la maldad campa siempre por sus respetos. En España ni siquiera es soñable el rejicidio, pero en otras partes ya hemos visto á muchos de estos matadores amanolados parar luego en desalados monarquistas.

Sigue Mr. de Chateaubriand favoreciéndonos mas y mas con aquellos embustes, dichos y redichos por los historiadores sobre noticias de periódicos; ya asoma la patraña de Cugnet de Montarlot ideando con Riego una república doble en Zaragoza (3); ya sale á relucir «la órden del Martillo instituida en Madrid tras el homicidio de Vinuesa (4);» vulgaridades allá desmentidas mil veces, y repetidas otras tantas por la ignorancia y la parcialidad. A manantiales mas cristalinos debiera acudir Mr. de Chateaubriand.

Basta de rectificacion en los hechos, y es hora de llegar al escrutinio de «los intentos que Mr. de Chateaubriand estaba rumiando para el salvamento de los Borbones (1); pues en la guerra de España se cifraba lo de ser ó no ser (2), y si hubo algun reo en aquella empresa, es el autor del *Congreso de Verona* (3);» pues á su misma obra he de acudir mas y mas en busca de la condenacion de sus yerros. No se agraviará indudablemente, puesto que «blasona de la guerra de España, en vez de disculparla (4).»

«Tres fueron los pensamientos tras los cuales se estuvo afanando Mr. de Chateaubriand en Verona: 1.º Soterrar un foco de jacobinismo, reentronizando á un Borbon con las armas de otro (5); 2.º plantear dos ó tres monarquias borbónicas constitucionales en América (6); 3.º Anular los tratados de Viena (7).»

En cuanto al primero, afirmo que no habia tal foco de jacobinismo en España, pues el afan era por ser libre, mas no se queria destronar á Fernando. Dejó este de ser rey en la hora y punto de caer en manos de los estranjeros, y allá va la prueba, y muy concluyente: «Encasquetaos bien, escribió en 17 de enero de 1824, Mr. de Chateaubriand á Mr. Talaru, encasquetaos de lleno que sois rey de España, y que vais á reinar (8).» Con que ahí tenemos á Fernando VII cabal y redondamente destronado por el ministro predicador de la cruzada contra las córtes, por haber planteado un trono constitucional donde no habia mas que una soberanía enfurecida. Durante la segunda época constitucional, creo haber demostrado que tan solo reinaba un desasosiego mortal, por estar viendo «que el rey no habia jurado la constitucion mas que para traicionarla (9). ¡Príncipe aborrecible! (10) capaz de abrasar su reino en un cigarro (11), contrarestando toda disposicion racional (12).—Constaba á los Españoles que en desbozándolo, quedaba el reino atenaceado por su frenesí (13).» Pues para desbocar á semejante príncipe se emprendió la guerra contra la constitucion.

Estuvieron esperando los Españoles, desde 1814 hasta 1820, con la resignacion mas estoica que Fernando VII se desembraveciese de su ciego despotismo; y al estar ya apurado el sufrimiento,

(1) Tomo 1, páj 48.
(2) Tomo 1, páj. 43.
(3) Tomo 1, páj, 18.
(4) Tomo 1, páj. 43.

(1) Tomo 1, páj. 362.
(2) Tomo 1, páj. 101.
(3) Tomo 1, páj. 73.
(4) Tomo 1, páj. 362.
(5) Tomo 1, páj. 145.
(6) Tomo 1, páj. 425.
(7) Tomo 2, páj. 375.
(8) Tomo 2, páj. 332.
(9) Tomo 1, páj. 57.
(10) Tomo 2, páj. 688.
(11) Tomo 2, páj. 231.
(12) Tomo 2, páj. 7.
(13) Tomo 2, p. 197.

estalló la revolucion. ¿Se le hace á Mr. de Chateaubriand escaso el plazo que la porcion pensadora de la nacion otorgó á la soberanía para volver en sí? ¡Ay Dios! Vaya repasando su pliego á Mr. de Talaru en 17 de enero de 1824: «Se le acabó la paciencia á Luis XVIII, pues tanto él como su gobierno se hallan ya cansados de ver correspondidos tantos sacrificios con la suma ingratitud (1).»

Si á los cuatro meses de embates se apuraba el sufrimiento á Luis XVIII, si él y su gobierno estaban ya cansados de tanta ingratitud, ¿á qué vienen esas iras contra los Españoles que habian hecho mucho mayores sacrificios á príncipe tan ingrato? ¿Habia asomado en su mando mas que «un establecimiento sanguinario, codicioso y fanático, un despotismo desatinado y la anarquía mas rematada «de que se estuvo lamentando» Mr. de Chateaubriand en su pliego á Mr. de Talaru en 7 de octubre de 1823 (2)?» Y si aquellas resultas afrentaban la campaña, y desconceptuaban á la Francia en España (3), ¿no les sobraba razon á los Españoles para rechazar semejante sistema, que la Restauracion acudió á restablecer? ¿ Era acaso menor para ellos el baldon?

No pudo el mismo Mr. de Chateaubriand mantenerse empedernido al presenciar tanto desconcierto, pues tomó respecto á Fernando VII el partido mas estremado que tenia en su mano: «Amenazad con la retirada de la tropa, escribió á Mr. de Talaru, el 17 de octubre de 1823 (4), si el gobierno sigue disparando venganzas y devaneos; no hemos de tolerar que unos proscriptores anden tiznando nuestras victorias, y que las hogueras de la Inquisicion sean las aras encumbradas por nuestros triunfos; no hemos de aguantar los desatinos del rey de España y sus decretos inconsiderados. Nos interesa el no traer visos de cómplices en la idiotez y el fanatismo (5). Tan enojado se muestra el rey con la ingratitud de Fernando, que á nada quiere dar oidos (6), y si no os hacen caso, tendrémos que desamparar al monarca malaventurado que hemos ido á rescatar, y allá se las haya con el destino cuya carrera no nos cabe desviar (7).»

¿Cómo ha podido condenar la revolucion, imprescindible en una situacion tan intolerable, ese ministro que está profesando semejantes opiniones respecto al gobierno que acosaba á la España, aun durante la ocupacion militar de los Franceses? Y sobretodo, al presenciar las desventuras acarreadas por la invasion, ¿cómo le cabe el blasonar de haber hecho triunfar un poderío tan horrorosamente desenfrenado?

M. de Chateaubriand ha venido á tiznar el gobierno de Fernando VII con mayor raudal que los supuestos jacobinos españoles mas violentos, valiéndose, para lograr concesiones harto insignificantes, de amagos equivalentes, en caso de ejecutarls, á una revolucion. Corriente; pero menospreciados aquellos amagos, ¿á qué jénero de disposiciones se atenia M. de Chateaubriand? Por supuesto á la retirada de las tropas francesas del territorio español; en cuyo caso seguia la Restauracion el ejemplo dado por la España en 1820. No pudiendo recabar legalmente cosa alguna de potestad tan insensata, se zanjó la contienda con un alzamiento del ejército, como la Francia estaba dispuesta para ejecutarlo con la retirada de sus tropas allende el Pirineo. Allá se va lo uno con lo otro, cuanto mas que el predominio único ejercido contra la España absolutista se cifraba en las bayonetas, teniendo que confesar Mr. de Chateaubriand que «para afianzar el influjo militar de la Francia en España, tenia que reducirse á una impotencia política (1), y que para obrar algo, se habia de hermanar con la poblacion realista, por mas violenta que se mostrase (2).» Papel brillantísimo por cierto para la Francia el de aquellas amenazas hueras, y el de aquel desvalimiento político sin enlace con una ralea desenfrenada, para la cual reserva Mr. de Chateaubriand, despues del éxito, decir «cuanto conceptuaba acerca de ella, teniendo que disimular hasta entónces la afrenta y encubrir en el interior su menosprecio (3).»

Contradictoria fué toda la conducta de Mr. de Chateaubriand, pues habia manifestado que «el gobierno francés llevaba por máxima el no intervenir en nada en la política interior de España, por ningun título (4).» ¿Seria acaso en desempeño de aquel sistema el participar al jeneral Bourmont (5): «Ministro que desagrada á la Fran-

(1) Tomo 2, p. 332.
(2) Tomo 2, p. 276.
(3) Tomo 2, p. 327.
(4) Tomo 2, p. 276.
(5) Tomo 2, p. 297.
(6) Carta á Mr. de Polignac del 16 de octubre, p. 175.
(7) Lo mismo.

(1) Carta á Mr. de la Ferronaye, Paris, 11 de julio de 1823, tomo 2, p. 82.
(2) Carta al jeneral Guilleminot, del 31 de agosto de 1823, tomo 2, p. 141.
(3) Carta al jeneral Guilleminot, del 3 de setiembre de 1823, tomo 2, p. 157.
(4) Carta á Mr. de Polignac del 1 de setiembre de 1823, tomo 2, p. 144. Carta de Mr. de Villele, Verona 10 de noviembre de 1822, tomo 1, p. 148.
(5) Carta al jeneral Bourmont, 19 de enero de 1824, t. 1, p. 333.

cia se debe despedir, y el que gusta debe permanecer? Todo estará parado, si nosotros no gobernamos; nos toca dictar la amnistía, disponer los empréstitos, despedir y reformar el ejército, y á la Francia y á su embajador corresponde el apuntar los ministros que han de colocarse al frente del estado.» Se quiso libertar á Fernando VII de la potestad tiránica de las córtes, cuando reinaba constitucionalmente. ¿Seguia aun reinando tras las órdenes que acabamos de sacar á luz? Aquí sí que está la facultad suprema de las córtes para la provision de los empleos trasladada á manos de la Francia y de su embajador. ¡Qué realce para el solio de España el de esa tutela de un estranjero! Allá se las haya Mr. de Chateaubriand regalándose con la estampa de Fernando que «reina racionalmente bajo el látigo de la Francia (1);» no cabia esto, y allí se cifra el yerro, por no decir el delito, de la invasion. Aquel aborto de espedicion «no es ya mas que suma pesadumbre (2),» con las desdichas que ha venido á acarrear. «Pero la oleada de las revoluciones recae sobre la Francia y la España, y las anega de nuevo (3);» allá se llevó la Restauracion y con ella el despotismo horroroso que vino á imponer á España «con el apremio material de las bayonetas (4).»

Todas esas cavilaciones de Mr. de Chateaubriand sobre las maquinaciones del partido liberal español en Francia son aparentes y aniñadas. Ajeno está de saber la índole de los naturales de la Península y su estremado retraimiento, cuando cree en esos estudiados amaños; y luego ¿qué zozobra podia infundir á la Francia «una nacion toda de arrieros y pastores soldados (5)?» Parando en esto la cuestion por la cortesanía del señor vizconde, es muy obvia la pregunta de ¿cómo un estadista podia sobresaltarse con semejante chusma de idiotas y cerriles?

Pero lo que positivamente no practicó la España constitucional de 1822, ¿no corresponde de justicia achacarlo á la Restauracion? ¿Qué era pues lo que Mr. de Chateaubriand aconsejaba á Mr. de Villele en su carta de Verona del 20 de noviembre de 1827? La jestion mas ruin y malvada en que puede incurrir un gobierno para con otra nacion confinante; pues le aconsejaba que fomentase mas y mas disturbios, y atizase la guerra civil en España. «Propondré el rumbo del sistema que hemos de seguir; aprontar armas y dinero á los Españoles fieles, dejarlos terminar ellos mismos la contienda, ciñéndose á sostenerlos en ciertas posiciones para afianzarles la victoria (1).» Aquí se echa de ver quién fué el agresor en aquella guerra que Mr. de Chateaubriand pregona «no haber sido injusta, pues habia derecho para emprenderla, por cuanto peligraban los intereses fundamentales de la Francia (2).» Los intereses de una pandilla absolutista, corriente; pero los de la Francia, es asunto de risa.

¿Guarda mas consecuencia Mr. de Chateaubriand en sus opiniones liberales cuando dice: «Estamos deseando para España lo mismo que apetecemos para todos los pueblos, una libertad comedida al tenor de sus mas ó menos luces (3)?» No por cierto.

Ante todo, á ver cuál ha de ser el tribunal que justiprecie la suma de libertad condigna para cada pueblo; y luego ¿se ha dejado á los Españoles, únicos jueces en sus propios negocios, el plazo y los medios para revisar su constitucion? De ningun modo. Por el pronto se les ha suscitado una guerra civil, como lo estamos viendo. La corte de Madrid se correspondió luego y conspiró con la de Paris (4); se orilló despues la mediacion de Inglaterra, y en fin el paradero ha sido vocear amenazas y baldones, usando con los Españoles un lenguaje soezmente denigrativo. «En vez de entreteneros en pasar notas á Madrid, escribió Mr. de Chateaubriand á Mr. de Villele el 28 de noviembre de 1822, entraos ejecutivamente por España, despues de enviar un ultimatum á las córtes pidiéndoles la contestacion en veinte y cuatro horas.»

A pesar de los desvios de la Francia, seguia el gabinete inglés dando pasos para evitar un rompimiento. «La paz, la paz, la paz; este era el anhelo de Mr. Canning (5).» Con este intento habia enviado al ministro de estado de Francia copia de una nota pasada por el gobierno español al señor William A'Court, ministro inglés en Madrid, instando los buenos oficios de la Inglaterra para evitar el rompimiento.

Decia San Miguel en aquella nota que «el gobierno español insistia en sus dictámenes, y que si habia lunares en la constitucion, trataria la misma nacion de enmendarlos cuando conceptuase que habia llegado el momento oportuno para ejecutar aquellas variaciones; y luego instaba á la Inglaterra para que lograse que se disolviera el ejército de observacion.»

(1) Tomo 2, p. 425.
(2) Tomo 2, p. 425.
(3) Tomo 2, p. 420.
(4) Carta á Mr. Talaru del 26 de mayo de 1824, tomo 2°., p. 369.
(5) Tomo 2., p. 420.

(1) Tomo 1, p. 268.
(2) Lo mismo.
(3) Tomo 1, p. 290.
(4) Tomo 1, p. 159.
(5) Carta de Mr. Canning á Mr. de Chateaubriand, del 24 de enero de 1824; tomo 1, p. 460.

En suma, era decir: «fuera esos amagos y ese ademan guerrero, pues por acá verémos lo que corresponda variar en la constitucion; con libertad podrémos dedicarnos á tamaña tarea; á viva fuerza no se hará jamás.» Era Mr. Canning de dictámen que el mismo gobierno español hiciese las modificaciones (1)

Ansiaba M. de Chateaubriand la guerra á todo trance, y no alcanzando ya á justipreciar el pundonor de aquellos representantes de un gran pueblo, el lenguaje de San Miguel, el único que correspondia á un ministro español, lo destempla hasta lo sumo. «¿Con que no es esa una proposicion tan insultante como burlona?» escribió á Mr. Canning, en 27 de enero de 1823; «¿y cabe modo semejante de entablar una negociacion? Ya lo estais viendo, se han empeñado en apurarnos (2).» Muchachada aparentando un enojo que no habia, y muy parecida á las zozobras que manifiesta en la misma carta sobre las resultas de los amaños de las sociedades secretas. «No queremos que estén ahí de continuo cohechando á nuestra soldadesca: ¿conceptuais vos la Inglaterra menos amagada que la Francia con las tertulias de Madrid?» Se hace cuesta arriba el creer que Mr. de Chateaubriand, ministro de un pais como la Francia, haya escrito tales renglones; y se estraña mas todavía que no los haya ocultado en los archivos mas recónditos del reino. Ya se haria cargo Mr. Canning, al leer aquel párrafo, de que el poeta sobrepujaba al ministro, y prorumpiria en risa con aquella hipérbole increible del gran peligro que corria la Inglaterra con las reuniones de Madrid. En cuanto á la soldadesca francesa, parece que el arbitrio mas certero para preservarla de todo jénero de cohecho era el alejarla de la raya, como lo estaba pidiendo San Miguel. Es tan positivo que cualquier otro lenguaje de San Miguel no hubiera merecido mas aprecio á los ministros de la Restauracion, que Mr. de Chateaubriand escribió á Mr. de Polignac, en 1.º de setiembre de 1823: «Mas vale que nos posesionemos de Cádiz con bombas que con cartas, pues entónces no cabrian concesiones (3).» ¿Bajo qué concepto apetecia pues tratar el ministro, que no entraba en concesiones, ni tampoco hizo alguna despues del triunfo?

Mr. de Chateaubriand se habia visto en Verona con los enviados de la rejencia de Urjel: «Hablaban, dice, como jente que profesaba dictámenes parecidos á los del siglo. Se pasma de que se les conceptuase desalados tras el absolutismo, al pedir córtes y al vocear que, sin la avenencia del pueblo, no se podia ni cargar impuestos, ni exijir contribuciones (1).» Luego Mr. de Chateaubriand ha presenciado la misma jente en ejercicio, y él mismo nos dice que «un decreto del rey lastimaba solo en Madrid á seiscientas personas de las familias mas principales (2). ¡Cuán irracional (3) (atroz era la voz propia) es esta junta! ¡cuánto desatino está haciendo! y ha publicado un decreto tan amenazador contra los militares vueltos á sus casas, que el duque de Angulema ha tenido que publicar la ordenanza de Andújar (4),» desaprobada altamente, digámoslo de paso, por Mr. de Chateaubriand, «y tales demasías traen consigo la anarquia (5);» y esta anarquía de España viene á recaer en la misma Restauracion y en sus ministros (6), puesto que la Francia tomó la causa á su cargo (7).

Vamos ahora al rey. Ya se ha visto en qué términos se espresaba Mr. de Chateaubriand acerca de su persona. Hablaba Mr. Canning mal de Fernando; pero el autor del *Congreso de Verona* nos confiesa que «lo conceptuaba peor que el ministro inglés (8).» En cuanto á la vida del rey, Mr. de Chateaubriand la daba muy á barato. He aquí lo que escribia al jeneral Guilleminot, en 23 de junio de 1823: «Por supuesto que no os asusta la *aprension mentecata* de que pueda una bomba alcanzar al rey. Estoy esperanzado de que no le ha de sobrevenir algun desman; pero en suma, tan solo se trata de la soberanía, y un rey no es mas que un jeneral en tiempo de guerra... Con zozobras y apocamientos se atasca todo (9).»

En vista de cuanto antecede, se evidencia que la intervencion no podia menos de parar en resultas aciagas para España y para Francia. «Ya que no cabe derribar una institucion jenerosa, donde quiera que fuere, sin descargar el golpe sobre la especie humana (10);» con Fernando y el partido que lo avasallaba, aquel golpe habia de ser mortal, y la Francia iba á verse en la imposibilidad de atajar las resultas de aquel

(1) Tomo 1, p. 461.
(2) Lo mismo.
(3) Tomo 1, p. 144.

(1) Tomo 1, p. 98
(2) Carta á Mr. de Talaru, del 15 de octubre de 1823, tomo 2, p. 104.
(3) Carta á Mr. de Talaru, 2 de agosto de 1823, tomo 2, p. 104.
(4) Tomo 1, p. 387.
(5) Carta á Mr. de Rayneval, ministro en Berlin, 17 de febrero de 1822, tomo 2, p. 345.
(6) Carta á Mr. de Talaru, 25 de noviembre de 1823.
(7) Tomo 1, p. 98.
(8) Tomo 1, p. 416.
(9) Tomo 2, p. 66.
(10) Tomo 2, p. 225

regreso al despotismo. «Ello es que derribar la obra de las córtes sin proporcionar el poderío y el rescate de Fernando, era tan solo obrar algo para la seguridad del trance; redondeado ya el intento, no quedaba el porvenir de la monarquía ni espedito ni afianzado, retoñando luego las turbulencias en España (1).» Esto es cabalmente lo que ha venido á resultar.

Así es que al asegurar á las potencias del Norte, reunidas en Verona, «que la Francia justiciera blasona de tener que preservar la Europa del azote revolucionario (2),» M. de Montmorency decia una vaciedad realista, pues la Francia desechaba el blason que con tantas ínfulas tremolaba el consejo absolutista; porque protestaba toda al pronto con el silencio, luego con la revolucion de julio, y al fin con su adhesion á la causa constitucional de España.

El establecimiento de dos ó tres monarquías borbónicas constitucionales en América era un sueño harto estrambótico, y mas derribando por via de ensayo una monarquía constitucional en España.

«La España, dice Mr. de Chateaubriand, nos traia al despeñadero con sus principios y su separacion del reino de Luis XIV. Allí se cifraba el verdadero campo de batalla, donde podíamos rehacer nuestro poderío político y nuestra fuerza militar.»

Si los principios políticos de España en 1820 eran peligrosos para la Restauracion, ¡cuánto no debian recelar allá las repúblicas americanas con los afanes de Mr. de Chateaubriand! No eran únicamente los principios los que separaban á los nuevos estados americanos del reino de Fernando VII, sino una independencia absoluta. No cabia el ir á Méjico, Lima, Buenos Aires y Colombia á cambiar el sistema de gobierno, sino que se trataba nada menos que de imponer, con la conquista, monarcas á la América meridional. ¿Por ventura opina de veras el autor del *Congreso de Verona*, que, sin su caida del ministerio, habia de acarrear la intervencion aquellas resultas? ¿Se pudo cegar hasta el estremo de creer que consentiria la España, se avendrian la Inglaterra y los Estados Unidos, y se avasallarian los Americanos?

«Figurémonos, dice Mr. de Chateaubriand, dos ó tres monarquías borbónicas en América, sirviendo, en beneficio nuestro, de contrapeso al influjo y al comercio de los Estados Unidos y de la Gran Bretaña.»

Hermosa seguramente seria la perspectiva, pues no podia menos de embelesar el estar viendo á los Estados Unidos y á la Gran Bretaña, espectadores pacíficos, presenciar con los brazos cruzados aquel trastorno en beneficio de la Francia, cuando por entónces «una escuadra de veinte navíos, enviada por Mr. Canning antes de la campaña de Cádiz, apurara en estremo á la Francia (1).» A la verdad, no parece sino que se están leyendo los cuentos de *Mil y una Noches*.

El tercer pensamiento de Mr. de Chateaubriand fué el de destrozar los tratados de Viena. Anhelo jeneroso y patriótico, tarea honorífica para quien intenta desempeñarla. Pero ¿cabia el que en un gobierno sin fuerza y sin raices en el pais, cuando la Francia estaba abarcando bajo un mismo y único pensamiento los quebrantos de 1814 y 1815 con el regreso de los Borbones, que abusando en provecho suyo de la fuerza irracional para sofocar la libertad en un pueblo confinante; cabia, repito, que el empeño nacional de Mr. de Chateaubriand llegase á colmo?

La campaña que nuestro estadista intentaba emprender contra la porcion odiosa de los tratados de 1815, se abria con un congreso donde los principales firmantes de aquellos tratados se juntaban con los representantes de la Francia para saltear la independencia de España; renovando así contra la Península cuanto los tratados de Viena habian impuesto á la Francia. En 1814 y 1815 no se daban oidos á Napoleon, como tampoco á las córtes en 1823; y en ambos casos, se aseguraba que España y Francia quedaban orilladas, pues el tema era contra la ambicion del conquistador y contra la constitucion.

Los impulsos hidalgos del autor del *Congreso de Verona*, y sus propias jestiones y su correspondencia se deshermanan, y tampoco se alcanza cómo, « por el éxito en España, se habia de lograr *tal prepotencia* que avasallase los tratados de Viena.»

Habia de ser la Francia la emprendedora de la guerra; corriente; pero habia tambien de acudir al auxilio moral y *efectivo* de las potencias del Norte.

Allá va un fragmento de las comunicaciones verbales de 20 de octubre de 1822, en el congreso de Verona:

« Al prever el caso de una guerra con España, y al subordinar á los intereses comunes de la grande alianza cuantas consideraciones se rocen con el empeño principal, la Francia, lo repetimos, ha tenido que contar con el arrimo de sus aliados, y aun si lo requieren las circunstancias, con auxilios materiales. Está ante todo convencida de que en la actualidad, es ya precisa la asistencia de las altas potencias para con

(1) Tomo 1, p. 307.

(2) Tomo 2, p. 117. Comunicacion del vizconde de Montmorency, del 21 de octubre de 1822.

(1) Congreso de Verona, tomo II, p. 475.

servar la *unanimidad de miras*, que es el distintivo fundamental de la alianza; siendo de sumo interés el mantenerla y ostentarla para afianzar el sosiego de Europa.

« Sobre la planta de esta asistencia moral, y sobre las disposiciones adecuadas para asegurar el auxilio material que puede requerirse en lo sucesivo, conceptúa la Francia que terminantemente debe llamar la atencion de sus augustos aliados.

« Resumiendo pues cuanto va espuesto y han apetecido saber, la Francia somete á su alta prudencia las tres cuestiones siguientes :

« 1.ª En el caso de verse la Francia en la precision de retirar de Madrid el ministro que tiene autorizado y de cortar toda relacion diplomática con España, ¿las altas cortes estarian dispuestas á providenciar en los mismos términos el retiro de sus respectivas legaciones ?

« 2.ª Si la guerra tiene que estallar entre Francia y España, ¿ en qué términos y con qué jestiones franquearán las altas potencias el apoyo moral que redunde en el mayor poderío de la alianza é infunda un temor beneficioso á los revolucionarios de todos los paises ?

« 3.ª ¿Cuál es en fin el ánimo de las altas potencias *en cuanto á la sustancia*, *y á la forma del auxilio material* que estuviesen prontas á suministrar á la Francia, en el caso de que á su instancia se hiciere precisa su intervencion positiva, admitiendo allá una restitucion que la Francia manifiesta y reconocerán las potencias ser absolutamente imprescindible segun la propension jeneral de los ánimos? (1) »

Ahora pregunto á Mr. de Chateaubriand: ¿por qué rumbo se iba encaminando al esterminio de los tratados de 1815, puesto que mancomunaba los intereses de la Francia con los de la Santa Alianza para conservar la *unanimidad de las miras* ? Esta unanimidad era el cercen de la Francia, y es la primera vez que se ha ideado el rescindir un tratado aumentando la intimidad entre el oprimido y el opresor; á menos que no se esperance algun alivio con un rendimiento ciego á los principios políticos del vencedor. No se hace menos estraño el preparar una peticion de la independencia propia, solicitando tomar la delantera para atropellar la ajena.

Ufanas las potencias absolutistas de ver á la Francia escuadronada bajo sus banderas, ofrecieron auxilio moral y *positivo*, pues la propaganda absolutista no se acobarda, como que es de suyo emprendedora, y aquel comprometimiento de la Francia para atropellar á la España le pareció muy fundadamente la rectificacion mas solemne de los tratados de Viena.

Nos participa Mr. de Chateaubriand cómo la comunicacion de Mr. de Montmorency no es obra suya; pero además de la responsabilidad que le corresponde como plenipotenciario en el congreso, terciaba en tanto grado sobre opiniones con su compañero, que el 10 de diciembre de 1822 escribió al ministro austriaco Gentz. «Sírvanme de arrimo los impulsos afectuosos de los gabinetes de Europa, y quedo robustecido.» No fué desairado, pues Mr. Gentz le contestó cariñosamente desde Viena, el 16 de enero de 1823: «El negocio de España, aunque de suma entidad, al cabo no viene á ser sino un átomo en la carrera anchurosa que os está esperando; bajo vuestros auspicios y los de Mr. de Villele, ya llegarémos, por cuanto la Francia somos nosotros, á unos resultados que en esta contienda afanosa conceptuamos en estremo superiores á nuestras esperanzas. Así opina Mr. de Metternich... Aunque tranquilos y escudados con nuestras instituciones antiguas, ¿cómo habíamos de dar por estable tanta dicha, si la Francia no tuviese á bien devolvernos el mismo apoyo moral que con tanto derecho debe esperar de nosotros ? »

Abundaron pues los estímulos, voceando ufanamente: « *la Francia somos nosotros*; » esto es, la Santa Alianza, su fuerza irracional, artillada y cuajada de hierro, encarcelando, proscribiendo y defraudando al hombre de su facultad de pensar. Para la Restauracion tales elojios eran el ropaje de Deyanira, que debia reducirla á cenizas. Cumplióse la sentencia de la suerte.

Vano es pues el empeño de Mr. de Chateaubriand en sincerarse del paradero de la guerra de España; esta es la mies que le ha cabido. La posteridad le tildará de cuantas desdichas se han orijinado; no le queda escape. Niñería es venirnos diciendo que las potencias del Norte no han sido las incitadoras de la Restauracion para esta guerra contra la libertad española: ¿y á qué conducia, estando ya de suyo tan ansiosos ? Para descargar al gobierno francés de tamaña flaqueza y de procedimientos indecorosos, se acude á vituperar aquel ímpetu espontaneo para entronizar un despotismo irracional. No alcanzo lo que granjea la Restauracion con aquel cambio de la opinion pública; idéntico fué el delito para el concepto de la Francia y de la civilizacion.

Para rasgar los tratados de Viena se requeria espada; mas la Restauracion habia tributado la suya á Fernando VII, á la Inquisicion y á la anarquía realista, y se halló desarmada al alancearla el destino. Lo estaba desde 1823.

Al anonadar la libertad en España, llovieron sobre Mr. de Chateaubriand condecoraciones de las cortes absolutistas, y se atropellaron por

(1) Tomo 1, p. 108.—110.

cual le habia de enviar mas insignias de sus órdenes y agasajos y loores, pues príncipes y ministros se deshacian en parabienes. La publicacion de las cartas que tuvo Mr. de Chateaubriand en aquel amarguísimo trance no es lo que menos pasmó en la leyenda del *Congreso de Verona.*

« Poderosamente habeis contribuido á tan grandiosas resultas, le participa el emperador Alejandro, y no cabe galardon mas precioso para vuestro injenio y vuestros conatos (1). »

« Me complazco tanto en daros gracias, le escribe el rey de Prusia, como que me consta que esa victoria decisiva sobre el sistema revolucionario de Europa, que la Europa está debiendo al ahinco de S. M. Cristianísima, es tambien el triunfo de los principios vuestros y el objeto sumo de vuestros desvelos (2). »

« Acaba la Providencia de afianzar un triunfo justísimo á la causa mas sacrosanta, dice el emperador de Austria, y me deleito con este motivo en aseguraros todo mi aprecio (3). »

« Campea ya el triunfo del sistema monárquico afianzado, y el ministerio de V. E. todo esplendoroso.

« Os pido vuestro permiso para juntar mis parabienes con acaecimientos tan esclarecidos. Obra vuestra es en parte tamaño triunfo, y os acompaño de corazon en la complacencia que debe causaros (4). »

Justísimos eran estos elojios, pues habia hecho Mr. de Chateaubriand un servicio sinpar á la Europa absolutista (5), profesando en Verona los idénticos principios que los ministros de aquellas potencias; y habiendo triunfado la causa tan recta y sacrosanta del despotismo, se hacia acreedor á dignísimos premios: y con efecto, se los prodigaron.

Mas para enterarnos de las resultas inmensas que habian conseguido, además del derribo de un gobierno representativo, único anhelo de los monarcas por derecho divino, acudamos al mismo Mr. de Chateaubriand, pues á la vuelta de aquella hoja rebosante de pomposos elojios, tropezamos con estos renglones: « Oponíase Fernando á todo asomo de racionalidad. ¿Qué cabia esperanzar con un príncipe que, allá cautivo, habia estado ansiando la mano de una mujer de la alcurnia de su alcaide? Se evidenciaba que abrasaria su reino dentro de un cigarro... Entablóse el reinado de las camarillas al fenecer el de las córtes. Los embajadores estranjeros se fueron apandillando con halagos, lisonjas ó desaires á alguno de los privados; esmerándose en lograr con Fernando algun valimiento ajeno de la Francia. Las juntas nos habian aquejado menos, pues con ellas bastaba la fuerza; pero enredados en las tramas, trabajoso se nos hacia el arrollar lazos invisibles, mas y mas añudados, mañosamente entretejidos con mil redobles y laberintos (1). »

Con que se habia celebrado un congreso, empujado á cien mil hombres y cometido el atentado mas solemne para lograr, ¿á ver qué ventajas á la Francia y á la España? Añadamos el rescate de un rey « que se habia estrellado con actos de irracional barbarismo (2). » Cuidado que no soy yo quien lo digo, sino el intervencionista de 1823; nos conformamos con este dictámen, aun los impugnadores de la intervencion.

Antepusiera, dice Mr. de Chateaubriand, á todo ese cúmulo de cartas imperiales, reales y ministeriales, una esquelilla de Henrique IV; desde luego lo creemos, pues el Bearnés le advirtiera por supuesto que iba á pelear contra los verdaderos enemigos de la Francia.

Como celebrador entrañable del númen de Mr. de Chateaubriand, quisiera que la libertad, la humanidad y la civilizacion ciñeran su sien con el único realce que le corresponde, una corona cívica, en premio de los servicios que su entendimiento abarcador tributara á la libertad. Debia ser su columna y escudo; ha preferido su esterminio en España, alucinado allá con sueños de una gloria aciaga, inasequible y estéril. Si tanto daño como nos ha causado, si la sangre que su yerro indefinible ha hecho derramar, no le está royendo las entrañas « como una pesadilla pavorosa, » será porque el amor sacrosanto de la humanidad es una palabra huera. ¿A qué podrémos dar crédito, puesto que las inspiraciones del númen carecen de verdad y de fe? Malhaya pues la temporada en que las almas que estamos ensalzando por privilejiadas del cielo paran en fementidas y descarriadas al empuñar la potestad suprema. Al encumbrarse tanto, debieran abarcar el horizonte, y tras él allá la humanidad toda con grandiosos intentos. ¿Porqué no se atuvo Mr. de Chateaubriand á aquella máxima tan preciosa y atinada, y que es toda de su cosecha? de que « al derribar una institucion jenerosa, donde quiera que sea, lastima el golpe á la especie humana. »

La constitucion de 1812 no era de unos mamelucos españoles, sino una obra nacional, por supuesto defectuosa, pero de oríjen hidalgo y

(1) Tomo I, p. 203.
(2) Tomo I, p. 204.
(3) Carta de M. Bernstof, tomo I, p. 206.
(4) Carta del rey de Prusia, tomo I, p. 112.
(5) Carta del rey de Cerdeña, tomo I, p. 113.

(1) Tomo I, p. 230.
(2) Carta de M. de Serre, 18 de julio de 1822, t. 2, p. 92.

castizo. Ventilada en las córtes y en medio del fuego del estranjero, y á impulsos del vuelo nacional mas sublime que hemos estado presenciando, ¿no debia granjearse el cariño de todo pecho pundonoroso, afanado por la gloria y la independencia de su pais? En vez de este logro, ¿qué alcanzó á descubrir Mr. de Chateaubriand en la intervencion criminal de 1823? «La restauracion cabal de los Borbones, ó su *derrumbo final* (1).» A pesar de aquel éxito, ú mas bien por causa suya, sonó la hora de su esterminio. «Un triunfo encariñaria para siempre el ejército con el rey,» escribió Mr. de Chateaubriand el 14 de junio de 1823. Si el rumbo fuera hácia el Rin, contra el despotismo y por la libertad, corriente; pero aquel logro contra la libertad confirmó cuanto estaba ya maliciando la Francia sobre el *intento final* de los Borbones contra la *Carta otorgada*, y de allí sobrevino el *derrumbo final*, en el dia de justificar Cárlos X todas las dudas con las ordenanzas de julio.

Voy á terminar esta refutacion de los desaciertos públicos del hombre grande, cuyo númen literario no tiene elojiador mas acalorado que yo, con una contestacion á dos reconvenciones que dirije á la Francia de julio:

«¿Cuál viene á ser pues aquella guerra cuyas resultas se han bendecido universalmente?» — Sepamos ante todo quiénes fueron aquellos bendecidores.—«Roma, que está dos dias iluminando sus escombros; y Viena, Berlin y Petersburgo que vitorean.» Contestado queda Mr. de Chateaubriand con las pocas palabras que anteceden. Fué una guerra contra la libertad política y relijiosa á favor del fanatismo frailesco y despótico. El papazgo y el absolutismo debian echar el resto de su palmoteo al saber aquel paradero venturoso. Si Mr. de Chateaubriand nos agasajase con los vítores de la Francia verdadera y los parabienes de Lóndres y de Washington, la posteridad veria en la intervencion de 1823 un hecho glorioso para el ministro que se está ahora lisonjeando de haber sido su autor principal; pues no creemos que revalide los elojios redoblados de los soberanos del Norte á Mr. de Chateaubriand.

«Tentad el vado, sigue diciendo Mr. de Chateaubriand á la Francia de julio; ¿porqué pues tos en el trance, no acudis al recreo de pasearos por Cataluña y las Castillas?»

Si Mr. de Chateaubriand gusta honrarme leyendo mi obra, se encontrará con que no elojio yo la política del gobierno francés, firmante del tratado de la cuádruple alianza. Es sin embargo cierto que si los ministros de Luis Felipe ajenciaran un congreso para entronizar á Don Cárlos, les llovieran tantos y mas cordones que á los de la Restauracion. Por de contado «iluminara Roma sus escombros,» y no les faltara la asistencia moral y *positiva* de las potencias del Norte. Mas por esta vez hay que escudar la libertad en vez de degollarla, y ahí estriba la diferencia. Escasean las entendederas en Viena, Berlin y Petersburgo, cuando se trata de encumbrar triunfadoramente las ideas liberales; y la Francia, al comprometerse en España para hacer el contraresto de 1823, tuviera que ir positivamente á resguardar la Península sobre el Rin. Ahora la Francia las ha con la Santa Alianza; ya no tiene Cosacos á la espalda, y los arrostraria de muy buena gana. En cuanto á la España, si la ínfima hez del populacho, por confesion de Mr. de Chateaubriand, recibió a la Restauracion con los brazos abiertos, al par de la frailería; en el dia, la flor de la nacion vitoreara con entusiasmo á la bandera tricolor. Harto se ha estado pidiendo la intervencion; pero á Dios gracias, no cupo este segundo baldon á mi patria. Obra nacional es el convenio de Vergara, y constituye la pájina mas vistosa en la vida del jeneral Espartero.

Si he ido esplayando mis pensamientos sobre la intervencion de 1823, es porque se me representa, no solo como muy trastornadora del órden natural en los sucesos de España, sino como trance arriesgado para la libertad. Todo atraso en el libertamiento de los pueblos y su enseñanza me parece calamidad lastimosa para el jénero humano. Adolecia la España innegablemente desde 1820 á 1823 de nulidades esenciales, pero transitorias, y la intervencion fué una curandera agravadora de la dolencia, pues empeñándose en zanjar la cuestion nacional á punta de lanza, no hizo mas que dilatarla, encomendando al porvenir una solucion mucho mas intrincada y trabajosa. Devaneo fué el conceptuar que se daria al través con aquel afan de libertad, como si se matasen los pensamientos á bayonetazos. Demostrado dejaron los mártires en todas las creencias que nunca se ajustician ni se atajan en su carrera las ideas.

Las resultas de aquella invasion fueron para España el malogro de su libertad y el regreso de los desbarros que redondearon el esterminio de toda prosperidad pública, repusieron otra vez en planta todos los abusos eclesiásticos y administrativos, encarcelaron á los prohombres del pais, y encaramaron los mas briosos al cadalso. En cuanto á la Francia, le costó la intervencion 800 millones de reales (1). Los Borbones de la rama primojénita, cebados con sus logros en España, se engrieron, y conceptuando el ejército escua-

(1) Carta á M. Talaru, del 2 de agosto de 1823, tomo 2, p. 104.

(1) Tomo 2, p. 225.

dronado todo bajo su dinastía, tuvieron la ocurrencia de las ordenanzas de julio, sin maliciar que al firmarlas estaban firmando su propia sentencia.

Allá va la carta que tuve la honra de escribir á Mr. de Chateaubriand, en 6 de junio, con la contestacion que le merecí:

« Señor Vizconde:

« Habiendo leido la obra de Vd. sobre el congreso de Verona y la intervencion de 1823, no puedo menos de apetecer que la jeneralidad de mis conciudadanos pueda estudiar como yo estas revelaciones y esas máximas sobre la política francesa respecto á España. Harto preciosas son para que cuantos Españoles se afanan tras el porvenir de su patria se esmeren en recojerlas. No alcanzo, Señor Vizconde, si semejante estudio redundaria en provecho de la Francia; pero nosotros los Españoles nos reconocemos deudores de sumo agradecimiento á quien tanto nos ha enterado de aquella política. Nunca se dijo con mas elocuencia y menos rodeos que la Península debe servir de pedestal para el poderío francés, aun cuando se hacinen cadáveres de los defensores de la libertad para cuajar la gradería del solio, y hacer veces de tarima para el triunfo de la Inquisicion.

« Como la enseñanza es tan acendrada, no puede menos de sernos provechosa.

« No ha sido á la verdad tan certera la política de Luis XIV, que convenga seguirla; pues ni la guerra de sucesion, ni la del imperio, ni la de 1823, han mejorado en gran manera los intereses de la Francia; la primera abocó á Luis XIV á su perdicion; la segunda contribuyó poderosamente al derrocamiento de Napoleon, pues sin la batalla de Bailen, no asomara la de Leipzik, y la tercera, frustrando el objeto que llevabais por delante, tan solo apareció al orbe culto como un atentado monstruoso contra la libertad de los pueblos. Zozobra mortal debieron abrigar desde aquel punto los Franceses sobre el paradero de su constitucion; el rastro está diciendo si aquellas zozobras eran soñadas, pues si las ordenanzas de julio fueron consecuencias de la intervencion de 1823, no lo fué menos la espulsion de Cárlos X y de su linaje.

« El *despido* de Vd., Señor Vizconde, fué el anuncio de la reaccion que estaba Vd. ajeno de preparar en la realidad. Cuando allá andaba soñando glorias para la Francia á costa de la libertad española, á su lado de Vd. se estaba palmoteando el derribo de la constitucion del año 1812 como floreo para el de la Carta. Aciago es el triunfo contra la libertad de un pueblo, pues el tocar aquella arca sacrosanta es una demasía que tarde ó temprano lleva su escarmiento. Ahí está, Señor Vizconde, la justicia de Dios arrebatando á Cárlos X al destierro, donde ha fallecido destronado, devolviéndonos á los proscritos al regazo de nuestra patria para restablecer la misma constitucion que nos volcaron. A ver, ¿qué es lo que queda de esa intervencion? de sus entidades nada, y de los hombres, solo Vd. para referirnos cuanto pasó en Verona, como lo atestigua la nota cronolójica que trae al fin el citado libro. Así sucede que la violencia y las tropelías nada producen jamás, dejando al derecho lejítimo su animacion sempiterna.

«Nunca pude alcanzar, cómo Vd., señor Vizconde, cuyo hidalgo y jeneroso pecho está siempre latiendo con ímpetus de gloria por la Francia y por su libertad, ha podido soñar que estaba sirviendo á la una y la otra, al arrollar á una nacion de mano armada, doblegándola allá bajo el yugo de los frailes. El empeño equivale al de mejorar la hacienda propia talando la inmediata; pero todavía alcanzo menos cómo, tras esa nada, con los quebrantos de España de aumento, abortados en el congreso, y la intervencion de 1823, blasone Vd. de sus timbres en la invasion; pues en realidad su obra de Vd. me parece bajo este concepto un anacronismo completo. Daba yo por imposible que todo ese injenio quiera en 1838 añadir á tantas palmas de verdadera gloria la de haber sido el destructor de la libertad de un pueblo.

«Constituyóse Mr. de Martignac, en 1832, apolojista de aquella intervencion liberticida; no conocia la España ni los Españoles, y así se equivocó en todo como acaba de suceder á Vd. Proscrito yo á la sazon, acudí á contestarle, y con toda mi escasa voz, y en medio de tan desigual pelea, quise trabarla y estendí esas pájinas que tengo la honra de encaminar á Vd. Tenga Vd. á bien leerlas, Señor Vizconde, pues hallará una causa grandiosa defendida con hechos, con el ardor de un pecho acendrado, y con el convencimiento cabal que me harán veces del desempeño literario. Tambien podrá Vd. enterarse de que me constaba cuanto habia ocurrido en el congreso de Verona, y de que hice á Vd., desde 1823, la justicia que conceptuó Vd. harta tardía para reclamarla. No fuí de los muchos contra quienes Vd., se querella sobre los promotores verdaderos de aquella intervencion: nombré á Vd., y tuve la dicha de dar á conocer desde entónces en sustancia los pormenores que acaba Vd. de sacar á luz; y así mi escrito merece el concepto de contestacion anticipada á esa obra.

«Trato de dar una nueva demostracion de mi apego á una causa por la que abogué con arma y pluma, analizando aquel contenido, y con especialidad los yerros históricos que encierra.

Vd. mira el asunto como francés; yo bajo el concepto de español y de amante de la humanidad. Devaneo parecerá tal vez en mí el habérmelas con el entonador sublime de la *Atala* y de *Renato*; pero si los hechos están conmigo, si me sirve de arrimo la historia inexorable, y en fin si alcanzo á demostrar, aunque Español arrinconado, que uno de los prohombres de la Francia se ha equivocado al hablar de mi pais, ¿á qué viniera el cejar ante la verdad? Me atreveré á manifestar á esa Francia, nuestra dañadora, que su política de predominio material sobre España ha sido siempre un yerro que ha redundado en dolorosísimo quebranto á la misma Francia. Créame Vd., Señor Vizconde, otro rasgo mas esclarecido le compete, pues en desentendiéndose de su influjo en la Península con la fuerza física, y dedicándose á derramar sobre ella la ráfaga bonancible del saber y la civilizacion, los mismos que hemos contrarestado á la Francia serémos los primeros apóstoles de esta obra de hermandad y rejeneracion. No hay mas que una potestad, Señor Vizconde, ante la cual todas las cervices deben doblegarse, como derrame del mismo Dios, y aquella reside en Vd.

«Téngame Vd. por suyo, etc.

«MARLIANI.»

Paris, 6 de junio de 1838.

El Señor Vizconde de Chateaubriand al señor Marliani:

«Muy señor mio: agradezco á Vd. en el alma la obra que ha tenido á bien remitirme, honrándome sobremanera con ese afan de venir tan lejos en busca mia. Voy á leer la *España y sus revoluciones*, pero con ahinco y provecho, instruyéndome igualmente luego con la publicacion de esa obra de entidad que está Vd. disponiendo contra el *Congreso de Verona*; pues irá Vd. por supuesto examinando algunos hechos con la imparcialidad de un historiador. Al entrar nosotros en España en 1823, esos carbonarios se daban la mano con los nuestros (1), y trataban de sublevar á nuestro ejército; conspiracion que ya no se niega y de que todos blasonan. Dejaba el gobierno de Madrid anunciar todas las mañanas nuestro cercano esterminio (1); la Península, en vez de hallarse sosegada, era el mismo trastorno; vuestras provincias nos estaban instando para que acudiésemos á establecer en ellas el órden (2); el mismo rey Fernando clamaba por nuestra asistencia (3). Nunca lográramos internarnos por aquel pais, si los denodados compatricios de Vd., para con los cuales abrigo un aprecio antiguo y entrañable, no nos llamaran; y la facilidad de nuestros adelantos está comprobando la voluntad de España. Tampoco opinará Vd. que yo, defensor incontrastable de la libertad de imprenta y del gobierno representativo (4), apetecia restablecer en España el despotismo de la Inquisicion (5); y en el *Congreso de Verona* me esplico con tanto desenfado acerca de Fernando y de la camarilla, que no cabe sospecha contra mis dictámenes (6).

«Hablo así por mi sistema justiciero; pues fuera de esto, yo no salgo en defensa de mis escritos, sin trabar contiendas, ni contestar jamás; me avengo á las críticas, agradeciendo los consejos que tengan á bien darme, y mas cuando vienen, como los de Vd., espresados con tanto comedimiento y cortesanía.

«Quedo, etc.

«CHATEAUBRIAND.»

(1) Aun dado por cierto el hecho, ¿porqué habia de estar aquel ejército amenazando en la raya? ¿no era harto lejítima la defensa?

(1) ¿Qué potestad tenia el gobierno? ¿no sabe M. de Chateaubriand que la libertad de imprenta carecia de límites? En cuanto á los periódicos del gobierno, esto es, la *Gaceta* de Madrid, reto desde ahora que se cite alguna provocacion de esa especie, en cuyo caso único asistia á la Francia derecho para la queja; y en cuanto á los demás, el embajador de Francia era muy árbitro de ponerlos por justicia.

(2) Corriente, así como los realistas estaban llamando á los Rusos y los Prusianos en 1814 y 1815.

(3) Así como Luis XVIII estaba implorando en 1815 la de los aliados.

(4) ¿Cómo pues el defensor incontrastable de la libertad de imprenta y del gobierno representativo ha conceptuado asunto de guerra la demasía de la imprenta y los errores del gobierno representativo?

(5) No me consta que era lo que M. de Chateaubriand apetecia restablecer en España; sabemos únicamente lo que se restableció, esto es, el mas horrendo despotismo.

(6) Nada maliciaré jamás contra el pundonor de Mr. de Chateaubriand, pero me conduelo del yerro que lo arrebató á causarnos tantísimo daño.

# CAPITULO CUARTO.

Reaccion de 1823.—Ministerio de Zea Bermudez.

Ya hemos presenciado las reacciones de 1814 y de 1820; ahora verémos cómo se va ensanchando su ámbito con el segundo período reaccional del reinado de Fernando. Empiezan con el suplicio de Riego por el pronto, y paran en el degüello, en la misma hora y sitio, de Torrijos y sus cincuenta y cuatro compañeros. Por esta vez no se vincula el estrago en los Españoles; acude el ejército francés en auxilio del gobierno absoluto, y la soldadesca de una monarquía constitucional robustece el sistema perseguidor cuyo enfurecimiento sobrepujó á cuanto cabe imajinar. Bastará, para retratar al vivo esta nueva reaccion, citar el decreto de la rejencia de Madrid, de mayo de 1823. Sentenciaba á muerte á cuantos diputados habian votado en Sevilla la traslacion del rey á Cádiz, á los ministros que lo acompañaron, á la rejencia provisional nombrada por las córtes el 11 de junio, y en fin á todos los oficiales del ejército y de los varios batallones y escuadrones de guardias nacionales que fueron escoltando la corte y el gobierno. Debia ejecutarse la pena capital «sin mas formalidad que el mero reconocimiento de la identidad.» Este fué el estremo del programa fielmente desempeñado en los diez años consecutivos del restablecimiento de la potestad absoluta, rebajando tal cual tregua proporcionada por ministros mas humanos é ilustrados; pero luego arrebatados tambien con el raudal de pasiones desenfrenadas que estaban acosando el solio. No bastaba esto, pues el rey paró en sospechoso para la faccion apostólica que por dos veces intentó derribarle. Ni aun era ya árbitro Fernando de conservar ministros opuestos á tan ciegas persecuciones, teniendo que desviarlos de sí para trasponerlos á los puñales del bando apostólico.

Al vuelo salvaré los diez años de quebrantos que siguieron á la intervencion de 1823. Si crueles habian sido las persecuciones de 1814, las sobrepujó en gran manera esta segunda temporada de reaccion. Centuplicáronse las víctimas, y el ímpetu de las pasiones apareció infinitamente mas horroroso. Campearon organizadas las venganzas, y fueron mas y mas implacables, encargándose la mitad de España de encarcelar ó desterrar á la otra mitad. Tomó la anarquía en el gobierno todo jénero de visos; siguió desquiciada la administracion en todos sus ramos; y si asomó alguna mejora en industria ó comercio, fué contra viento y marea del gobierno. Una de sus primeras jestiones fué la infraccion de la fe pública, negándose á reconocer todo empréstito de la temporada constitucional; y sin embargo habia que ir viviendo con empréstitos estranjeros. Diez años de paz y una ocupacion de tropas aliadas durante cinco años no permitieron al gobierno de Fernando el nivelar los desembolsos con las entradas. Aumentóse la deuda 1.745, 850, 666 reales, que es la suma de aquellos empréstitos (1); y así cada año habia que cubrir esta suma con el desfalco de un décimo. Pregúntese á aquella administracion derrochadora é incapaz el paradero de tan inmensas sumas; no lo sabe. Allá se empozó todo en la sima del desconcierto y la anarquía; nada sobrevive para atestiguar el empleo de capitales tan subidos, no solo en destinos provechosos, mas ni aun en gastos de lujo y de gala. No cabe ajuste de cuentas con el desconcierto administrativo, pues con él no hay mas contestacion que dar á toda residencia sobre descarríos tan criminales de los haberes públicos.

Aquel decenio nefando es reparable por un acaecimiento ajeno de toda idea intelectual que iba descollando en España desde 1810, y sin embargo ha venido á poner en contraresto los dos principios opuestos y á producir la guerra presente; en tanto grado es positivo que en cundiendo un pensamiento fecundo por cualquier pais, los hechos mas inconexos con él redundan en su provecho y contribuyen para su triunfo.

Hermandad afectuosísima habia reinado entre Fernando VII y su hermano, el infante don

(1)

| | | | |
|---|---|---|---|
| 1er. | empréstito real, | Reales | 334.000,000 |
| 2°. | — | 5 p. %... | 188.870,000 |
| 3°. | — | — .. | 300.000,000 |
| 4°. | — | — .. | 293.000,000 |
| 5°. | — | — .. | 61.844,000 |
| 6°. | — | 3 p. %... | 569.136,666 |
| | | Total. . . | 1,745.850.666 |

Cárlos desde su niñez; mancomunándose además en su vida de cautiverio y de rescate, como igualmente en opiniones; pues habia bastado la reaccion de 1814 para los parciales de la potestad absoluta.

Nada de esto sucedió desde 1825, pues no les bastaba ya Fernando; el bando inquisitorial, apellidándose apostólico, lo graduaba de blando y endeble en sus providencias. Habia peligrado el absolutismo con la revolucion de 1820, y habia que imposibilitar ya toda conmocion, esterminando obvia y ejecutivamente á todos los liberales; y Fernando carecia de brio y fanatismo para redondear por entero aquella empresa.

Conspiróse pues en palacio contra el rey, y los defensores del trono y del altar cañonearon en brecha á la soberanía en nombre de la Iglesia.

La primera tentativa de 1825 no tuvo séquito, y el caudillo Besieres fué cojido y ajusticiado.

En 1827, el partido apostólico habia ido anudando su trama en Cataluña, y una sublevacion jeneral estaba amenazando abrasar el principado entero (1). Conceptuóse el alzamiento harto trascendental para requerir la presencia del rey, pues solo él podia arrollarla, haciendo caer las armas de manos de los revoltosos.

Suele eslabonar la Providencia combinaciones ajenas de nuestro alcance, como sucede aquí con aquel acontecimiento provocado por la intolerancia política y el fanatismo relijioso. Con él se engarza la libertad de España y el advenimiento de Isabel II al solio de sus padres; la ley de 1789 habia revocado el *auto acordado* que Felipe V quiso publicar en 10 de marzo de 1715, quebrantando las leyes de sucesion á la corona, acatadas en España por espacio de diez siglos. Fernando VII publicó la ley de 1789.

Jeneralmente se ignoran los motivos de promulgarse la pragmática sancion de 1789, y de restablecerse la ley antigua de la sucesion á la corona de España. Conquista de los liberales se ha conceptuado aquella innovacion, suponiendo que para lisonjear la ambicion de María Cristina y sus anhelos de madre, habian pactado afianzarle la corona á su hija, á trueque de que devolviese á España la libertad malograda.

Con tanto afan se ha desencajado la historia, sin hacer alto en la fecha de la promulgacion de la ley, que desde luego demuestra la falsedad de aquel concepto, siendo de 1789. Citar el influjo de los liberales en el mes de marzo de 1830, cuando yacian allá desterrados, ó presos, ó despavoridos, es una de aquellas aprensiones disparatadas que se desploman de suyo; pues para descargar al partido constitucional de toda intervencion en aquel documento de tanta trascendencia, basta decir que lo publicó el ministro Calomarde.

Siendo positivo que para nada sonaron los liberales en aquellas interioridades palaciegas, es igualmente cierto que la promulgacion de la ley de 1789 es obra esclusiva del partido apostólico y de Calomarde, su privilejiado representante en el gabinete de Fernando; y por mas impropia que á primera vista aparezca esta interpretacion de los hechos, no por eso deja de ser puntualmente histórica.

Ya llevo dicho cómo, tras la intervencion de 1823, se fraguó un bando, siempre dispuesto para enfurecerse contra todo asomo de liberalismo; apellidóse *apostólico*, por estar allá empapado todo, á su decir, en los intereses predilectos de la relijion; y no pudiendo estremar á Fernando hasta el punto que tenian conceptuado, trató á lo menos de colocar en el ministerio una hechura avasallada. Calomarde fué el escojido, pues humilde y arrinconado en su carrera, se encumbró á ministro de gracia y justicia; en una palabra, en instrumento ciego de la pandilla apostólica.

La sublevacion de Cataluña requirió, como se ha dicho, la presencia del rey, y los alborotadores invocaban por grito banderizo el nombre de don Cárlos.

El bando apostólico, preparador del alzamiento, suponiendo sumo teson en los sublevados, quiso que Calomarde, quicio de todo aquel embolismo, acompañase al rey. Ufano Calomarde, se avino al intento, esperanzado de venir á desempeñar el papel de medianero, ensanchando así mas y mas su privanza y granjeándose poderoso influjo con los apostólicos.

Llega el rey á Cataluña, se desploma la sublevacion y se ajustician sus prohombres. Calomarde, en acecho para utilizar los acontecimientos (nada le suponen ya sus cómplices), en vez de escudarlos, viene á ser su verdugo. Impónense castigos horrorosos y se apaga con sangre toda semilla de conspiracion carlista.

Calomarde se hace cargo de su odiosidad para con el bando apostólico y del sumo peligro que le está amagando. Le va la cabeza en el trance, y para sortearlo, acuerda alzar una valla insuperable entre el solio y don Cárlos, cuyo reinado iba á ser el de los apostólicos.

Asoma la preñez de la reina María Cristina; y Calomarde, previendo el nacimiento de una princesa, aconseja eficazmente á Fernando la promulgacion de la ley de 1789, que revoca el *auto acordado* de Felipe V. Verificóse la promulgacion el 29 de marzo de 1830, esto es, siete meses antes del nacimiento de la reina Isabel, salida á luz el 10 de octubre de 1830.

(1) El principado comprende las cuatro provincias actuales de Cataluña.

Con que así el abortamiento de la rebeldía apostólica encajonó á Calomarde, su instrumento y hechura, en la precision de venir á descargar el golpe que habia de alejar á don Cárlos para siempre del solio.

No apareció asomo de protesta contra la legalidad de aquella acta de Fernando VII, ni antes ni despues del nacimiento de su hija Isabel, enmudeciendo allá don Cárlos y todo su bando. Se fraguaron tramoyas encubiertas, y se prepararon asaltos contra la nueva ley que reponia á las mujeres en el trono de España, como habia rejido desde tiempo inmemorial.

Adolece el rey desahuciadamente en otoño de 1832, y rodea la ansiada coyuntura. Acuden los apostólicos y don Cárlos al lecho del monarca moribundo, y se trata de aprovechar el trance para arrebatarle una revocacion del acta de 29 de marzo de 1830.

Ni el plan ideado ni los medios convenidos corresponden á la nacion española.

Hallábanse reunidos en la Granja varios individuos del cuerpo diplomático; conferenciaron íntimamente para ver de lograr á todo trance la revocacion de la pragmática sancion, en la agonía de Fernando VII. Acordes ya en el rumbo que habian de seguir, Antonini, ajente de policía, y á la sazon enviado de Nápoles en Madrid, quedó encargado de tramoyista para la ejecucion; pues, á fuer de ministro de familia, se le franqueaba mas el palacio, y luego era de temple muy adecuado para el desempeño de tan rematada iniquidad. Clavado Antonini á las plantas de la reina Cristina, en aquel trance de quebranto que traia como enlutado el palacio entero, á la perspectiva del rey moribundo se añadia el azoramiento de tanta maquinacion como se entretejia á diestro y siniestro. Es de estrañar que la reina no lanzase de palacio á un ministro de familia que, aparentando sumo interés por ella y por su hija, la estaba acosando con zozobras, ostentándole un cuadro de fracasos horrorosos que iban á saltear á toda la familia al espirar Fernando, si no dilijenciaba en precaverlos con la revocacion del acta de 29 de marzo de 1830. Cercada de enemigos, sin arrimo y sin consejeros, María Cristina, postrada con el afan y los desvelos dedicados con asombroso estremo al alivio de los quebrantos de su esposo, asustada con aquella descarga incesante de siniestros anuncios, tuvo que amainar á tan redoblado martirio y se desprendió por fin de la anuencia que le estaban requiriendo los apostólicos.

Apresada una vez aquella adhesion, desentrañada con los quebrantos de reina y de madre, encargóse Antonini de avenirse con el conde de Alcudia, ministro de estado, para estender el acta de revocacion; pero el conde previendo allá las resultas posibles de aquella tropelía, fué poniendo reparos á la forma y la sustancia del documento que le pedian, y paró en negarse á facilitarlo, diciendo que el acta correspondia al ministerio de gracia y justicia, y que acudiesen á Calomarde, malquisto hasta entónces con los conspiradores, por autor de la misma acta que estaban ansiando anular.

Antonini, de suyo perspicaz, se entera de lo mucho que podrian recabar del mismo Calomarde en aquella coyuntura; se encara desde luego con este sujeto, se esplaya sobre lo infinito que arriesgaba, en muriendo el rey, para purgar las ejecuciones sangrientas de 1827 en Cataluña, y la fealdad de su delito para con don Cárlos, promulgando la ley que lo escluia del solio. Obvio se le hace el demostrar á Calomarde que el único arbitrio para desagraviarle, y amistarse de nuevo con el bando al cual debia su encumbramiento, es el estender el acta de revocacion accedida por la reina. Ufano de reencompadrar con sus camaradas anteriores, Calomarde se aviene gustoso á la retractacion que abonaba su conducta pasada. Redactada el acta por Cruz Mayor, se encargó el conde de Alcudia de presentarla al rey, quien la firma en garabatos inlejibles, que hicieron veces de todos los requisitos.

«Estaba ya el rey oleado y ajeno de todo conocimiento, y al parecer en el trance de la muerte; aun se le habia conceptuado difunto algunas horas antes, participándolo así el embajador francés á la corte de las Tuilerías. Entónces Peña y Gonzalez, confesores del rey, se entrometieron hasta su dormitorio, y utilizando la postracion del moribundo, le amenazaron, con voces solemnes y ademan vehemente, con el castigo sempiterno, si no revocaba el decreto que llamaba á su hija al solio. Mandaron á la reina, que se hallaba presente, que lograse de S. M. que hiciese lo que únicamente podia salvar su alma, y dejarle morir con la conciencia sosegada. El rey, con el entendimiento ya enmarañado por la cercanía de la muerte, al ver que le estaban imponiendo terminantemente una jestion, sin enterarse de sus circunstancias, volvió rendidamente la vista hácia su esposa. Tristísima seria la situacion del pecho de la reina en tan apurado trance; y así estrechada por una parte, y consultada por otra, no le cabia mas arbitrio que sacrificar toda consideracion terrena al alivio de los postreros momentos de un rey espirando. Concedió la reina su anuencia, y el conde de Alcudia, que estaba en acecho á la puerta, entró, á una seña del confesor, con el decreto ya corriente: la firma real, tal como puede formarse en aquel punto, se logró, arrebatándola á una mujer postrada y llorosa y á la mano tré-

mula de un moribundo; y aquella acta, rebosante de injusticia personal, ha sido el manantial de las calamidades nacionales de España (1).»

Alcanzada la firma de Fernando, ú lo que debia hacer sus veces, los capataces de aquella tramoya volaron con el acta al respetable decano del consejo de Castilla, don José Puig, para que dispusiese su publicacion; pero aquel dignísimo majistrado se desentendió de todo el empeño del partido apostólico antes del fallecimiento del rey, y retuvo en su poder el documento (2).

Descuella aquí uno de aquellos decretos incomprensibles de la Providencia, ajenos todos de nuestros alcances; pues los carlistas, siempre tramadores, acarrearon la promulgacion del acta que están ahora hostilizando, y Calomarde, su hechura y su comodin, es el promulgador de la pragmática sancion de 1789, y luego de la revocacion desencajada á Fernando en el trance de morir.

Cuando el rey, ya convalecido, se hizo cargo de las tramoyas maquinadas en su angustiosa y dilatada agonía, despidió á cuantos ministros intervinieron en aquella trama, y fué ya calando los intentos de su hermano y del partido que acaudillaba. Formó luego un nuevo ministerio, se ajuició en sus miras, y en fin, mas comedido, atajó el torrente de persecuciones que duraban ya desde nueve años, y así empezó á rayar por el horizonte la aurora de otra era nueva. Alternó la reina en la autoridad suprema, mediaron razones conciliadoras, y luego la primera amnistía franqueó las puertas de su patria á un sinnúmero de Españoles desterrados desde 1823. Tras el despotismo reaccionista, asomó una tolerancia efectiva, que se apellidó luego *despotismo ilustrado*, contrapuesta á la realidad mentecata que hasta entónces habia servido de normal gobierno; y así en medio del idioma intrincado que se estaba usando, aparecian las incertidumbres. Campeaban ya en la nueva potestad los visos del principio fundamental de la libertad política. Providenciando así el despotismo, desfallecia mortalmente en el propio monarca que tanto lo habia estremado. Zea Bermudez fué el encargado de aquel tránsito reparable, y desenfurecida ya la persecucion, amaneció allá cierto miramiento con las opiniones políticas. Se remontaron los ánimos en alas de aquella tolerancia primera, y al paso que se iban entonando, amainaba mas y mas el poderío. Hablaba ya este de reformas positivas, y aun las estaba apeteciendo, pero al mismo tiempo rechazaba toda reforma política. Despropósito estrañísimo en que han incurrido sujetos de injenio, pues conceptúan muchos que cabe la reforma en abusos administrativos, aborto del atropellamiento de los derechos de toda nacion, no reponiéndola desde luego en su decoroso asiento, devolviéndole el ejercicio lejítimo de sus derechos. Intento desatinado es el de creerse engreidamente mas pujante á solas y prescindiendo de pensamientos y de empuje, que obrando á la luz del desengaño. Tal apareceria un caudillo que, arrostrando una hueste crecida, entablase la pelea sin tropa y sin auxilios.

Cabe en un soberano el empeño de su potestad ilimitada, prescindiendo de toda cooperacion. Pedro el Grande, ejerciendo su absolutismo por mano del verdugo, fué arrollando el contraresto de la barbarie á sus intentos civilizadores. Degolló á los Estrelizes y sentenció á muerte á todo barbudo. Mahmud, tremolando allá el pendon del profeta, alcanzó con el arrimo del pueblo, el esterminio de los jenízaros, y con diestra briosa, derrumbando todo el edificio añejo de la barbarie, pudo llamar á la civilizacion en su auxilio.

Cupo á Fernando VII aquella postestad sin límites, pero la empleó para contrarestar la civilizacion, monstruosidad casi insoñable para nuestro siglo. Pero ¿cómo se ha llegado á conceptuar que semejante carrera asoladora habia de sobrevivir á su inventor, y que vendria un ministro de suficiente desempeño para seguir con el ejercicio de una potestad absoluta, ya inasequible, aun encaminada al acierto? Yerro gravísimo era el conceptuar á la España sentenciada á yacer sempiternamente maniatada con los cordeles de la arbitrariedad. No cabe pujanza que haga enmudecer los acontecimientos, cuya voz encierra un desengaño patente de la instabilidad de todo lo humano.

El manifiesto del 4 de octubre de 1833 zanjó la cuestion de la existencia del ministerio, ciñendo en sustancia su programa á estas palabras: *Nada de innovacion*; como si la precision en que se hallaba de patentizar á la nacion el rumbo que iba á seguir no fuese ya lo sumo de las innovaciones. ¿De cuándo acá habia el gobierno de España tributado aquel acatamiento á la opinion pública, para desembozarle á las claras sus íntimos pensamientos?

Esta opinion, por cada dia mas descontentadiza, ni un ápice agradeció á Zea, ni su ademan esforzado con los carlistas, ni su heroicidad en lanzar á don Cárlos de Madrid, á ciencia y presencia de 300 mil voluntarios realistas armados.

Cuentan que el manifiesto del 4 de octubre

(1) Bosquejo de la política inglesa respecto á la España, en contestacion á la obra del conde Carnarvon, intitulada Portugal y Galicia.

(2) Quedó revocada el acta en la célebre reunion de 31 de diciembre de 1832.

mercció la aprobacion de las potencias del norte, y aun añaden que el príncipe de Meternich aseguraba que le estampara su firma. Como aquel estímulo meramente diplomático no se comprobó con demostracion alguna de afecto, esto mismo está diciendo que dicho programa era muy ajeno del impulso de pensamientos que iba descollando en España. Dechado infausto para su remedo era el de la yerta y sempiterna inmobilidad del Austria, pues siendo de suyo monstruoso el intento de encallar la sociedad teniéndola despavorida, y si la racionalidad se destempla contra aquella potestad desaforada, á lo menos cuando se ha cumplido con todos los requisitos del órden y del bienestar positivo respecto á los dependientes, como lo está realizando el todopoderoso archicanciller del Austria hace ya treinta años, cabe abogar por la inmobilidad; mas por cierto que los ministros españoles ni en un ápice podian alegar igual jénero de desempeño, pues carecian de toda la habilidad administrativa del imperio austríaco. Tanto allí como en Prusia, ha venido el absolutismo á hacerse llevadero con su método y despejo gubernativo, al paso que en España, siempre se ha hecho mas y mas abominable por sus robos y su idiotez, al par que por sus crueldades.

El estadista que remeda debe hacerse cargo de la identidad de circunstancias que se le hagan comparables. No lo hizo Zea, y así le cuadra aquel cargo tan sonado con los constitucionales innovadores, y es haber querido embocar á la España, ajena toda de los elementos adecuados, un sistema advenedizo. Despavorido Zea con el peligro de las innovaciones, y embelesado con la prosperidad de los estados absolutistas, se empeñó tras un sistema insensato, y exánime ya con Fernando VII. En una palabra, trabó Zea una lid en pro de una potestad ya difunta para la España entera y que ninguna fuerza humana alcanzara á conservar.

Yerros y delitos acompañan innegablemente á ratos la libertad; pero los visos aciagos de su existencia suelen ser efecto de la resistencia que ha de arrollar; ¿mas á ver qué disculpa cabe con una potestad que, siempre voluntariosa y sin mas norte ni fiscalía que su propio albedrío, tan solo supo derrocar y abortar aquel caos administrativo, yermando el pais mas opulento y fecundo de toda Europa? Entonador y beneficioso sin par tiene que ser un gobierno absoluto para hacerse acreedor á una especie de tolerancia tácita de parte de la moral y la filosofía; y cuando, á fuer de todo poderoso, está arrollando hasta los derechos mas sagrados del hombre, tiene que producir mil bienes y dichas palpables en la sociedad, como el Nilo, cuyas aguas van fertilizando las campiñas que anegan. Mas si en vez de todo esto, la potestad absoluta desustancia y esteriliza, allá se le arroja fundadamente el odio del jénero humano. Esta potestad no ha sido en España mas que un raudal desbocado y asolador, mereciendo únicamente sobresalto y maldicion.

Se afirmó que las potencias del norte iban á reconocer á Isabel II, cuando la caida de Zea les hizo variar de rumbo; y el ademan ostentado por aquellas potencias al fallecimiento del rey, está demostrando su desafecto para con nuestra jóven reina; y así no soy de los ilusos que creen aun en aquel cambio eventual. El afan de lejítimidad dinástica nunca enardeció esclusivamente á los soberanos del norte, y sobran pruebas para evidenciar su tolerancia, y aun su tibieza en punto á dinastía. Mas con este pretexto de mudanza en el órden de sucesion, se encubria un principio político, cuya causa se mostraba muy patente. Prusia, Austria y Rusia acordaron ya entónces no reconocer á la hija de Fernando VII, y así aquella cuestion de dinastía se les rodeó muy oportunamente para cohonestar su desvío de principios.

Difunto Fernando, latió la esperanza en todos los pechos jenerosos; entrañable era ya la fe en la libertad, pues era el estribo del porvenir de España, habiendo tenido que sobreponerse á tan amargas pruebas, y conservándose cabal en medio de los martirios de aquel aciago reinado. Ya estamos presenciando el movimiento de las ideas vuelto á su cauce, tras las reacciones de 1814 y de 1823, arrebatando los últimos rastros de la potestad absoluta. El justísimo engreimiento nacional ansiaba tambien borrar las huellas de la intervencion liberticida de la Francia; pues forzoso se hacia el protestar contra tamaño atentado.

No se hizo cargo Zea, como estadista, de la situacion y circunstancias de España, en particular tras la muerte de Fernando. Aquel ministro denodado no se enteró de que tal acontecimiento, precedido de la mudanza en la ley de sucesion, era una revolucion entera, y que quedaban yertas desde aquel punto las fuerzas todas del gobierno absoluto.

Conceptuó Zea que para el esterminio de los carlistas en 1834 bastaba quererlo, como ya lo habia querido en 1825; mas no alcanzó que su fuerza ministerial de entónces no le era de modo alguno personal, sino un destello del poderío de Fernando VII, y que aquella prepotencia ya no existia. En vez de agolpar bajo una misma bandera para lo venidero opiniones inconexas y fuerzas nuevas, desahució á todos con estas palabras: *Ninguna concesion*, en el mismo punto en que, á impulsos de la opinion pública, tenia que franquear las puertas de Es-

paña á los emigrados de 1823. Imprudencia suma fué el proferir aquella espresion que recuerda el rótulo del Dante á la puerta del infierno:

«Lasciate ogni speranza, voi ch' entrate.»

Necesita el hombre esperanzar, y no era de mas, despues de doce años de quebrantos, el franquear cierta esperanza de mejor porvenir; y así en vez de lograr el agradecimiento de los emigrados entrantes, los tuvo Zea á todos encontrados. Su presencia en el suelo patrio robusteció la opinion pública. Nadie se avenia á dejar ya la suerte de la nacion en manos de un ministerio que se desentendia de todos. Por una parte, una opinion naciente, bastante poderosa para demostrar su ánimo de tramontar los límites del manifiesto del 4 de octubre, y por otra, la insurreccion carlista, mas y mas amenazadora, hacian muy arriesgada y resbaladiza la posicion del ministerio. El contraste violento entre lo pasado y lo porvenir imposibilitaba de todo punto el *statu quo*; y tuvo Zea que retirarse.

---

## CAPITULO QUINTO.

Tercera temporada constitucional. — Ministerio de Martinez de la Rosa. — El estatuto real. — Ministerio de Toreno.—Sublevacion de las provincias.—Caida del ministerio.

Estamos en 1834. — El pensamiento de libertad que descolló en 1810, en medio de una lid memorable para siempre en los fastos de la independencia de las naciones, sobrevivió y medró con las persecuciones. Asalta, vuelca y arrolla todos los tropiezos; contraresta los mayores fracasos, no se apaga con la sangre de tantas víctimas esclarecidas, y aquel fuego sagrado baña por tercera vez con sus vivíficos destellos los ámbitos de España. Al cesar la potestad tiránica de Fernando, el ímpetu de libertad se dispara á manera de un resorte comprimido largo tiempo, y recobra su elasticidad.

No se asemeja esta tercera perspectiva de la era constitucional á las anteriores, y está atestiguando con qué teson se conservaron las tradiciones de la grande é hidalga iniciativa de las córtes de Cádiz.

En 1834, no es ya una asonada militar que está con espada en mano pidiendo el restablecimiento de las instituciones; no es una revolucion que estrella cuanto encuentra, ni es tampoco rebeldía de los pueblos: es la opinion pública sosegadamente triunfadora del despotismo agonizante, con el empuje único del dogma vividor de la libertad. La soberanía misma es la que acude á pedir para la cuna de una reina niña el arrimo de los principios vedados hasta el dia de su ascenso al trono. Aquella hermandad pactada entre la nacion y la corona, sagradamente enlazadas con la libertad, se jura á la paz del fanatismo político y relijioso. Ruje á lo lejos pregonando la pelea que va á trabar con la presa que se le escabulle; y este será el postrer trance para la libertad. Olvidan los Españoles sus desventuras pasadas, y en la hija de Fernando están viendo tan solo el símbolo de su rejeneracion. Reciben á Isabel II de manos de su augusta madre y la proclaman por su reina lejítima; oye María Cristina, al par de María Teresa, el grito caballeresco: *Moriamur pro rege nostro*, y la corona de Isabel queda á cargo del pundonor castellano. ¿A qué pueblo cupo jamás el hacerse acreedor á un agradecimiento tan entrañable de parte de su monarca? ¿Qué nacion habrá venido á derramar tanta sangre por conservar la corona á las jeneraciones de reyes? Desapropiada de Fernando VII por usurpacion estranjera, contrarestada á Isabel II por usurpacion doméstica, sagrada es ya para los Españoles dicha corona, por cuanto en 1808 y en 1834 ha estado desempeñando el grandísimo principio de la rejeneracion nacional: la anuencia y la aclamacion del pais constituyen únicamente la lejitimidad de los solios, y entónces verdaderamente un rey es el unjido del Señor.

Sucedió un ministerio al de Zea, que se cifraba en su caudillo Martinez de la Rosa. Esperanzas halagüeñas se eslabonaban con un nombre amado por los enamorados de la libertad, y harto esperimentado con el martirio padecido magnánimemente en los presidios de África; mas por desgracia se frustraron.

Inmenso adelanto era el advenimiento de Martinez de la Rosa en 1834 por el rumbo en que España ansiaba, hacia un cuarto de siglo, emprender su marcha; y los nombres de córtes y de constitucion corrian parejas con el del nuevo ministro.

Desaciertos de trascendencia tendrá por cier-

lo que tildar la historia en este prohombre, afamado por su injenio y sus prendas esclarecidas; mas nadie le tachará el haber desertado por entero de las banderas que tan hidalgamente habia seguido. En medio de los infaustos desvíos que los principios de libertad han venido á padecer en su ánimo, se mantuvo siempre leal en cuanto á la esencia; y si ha ido variando en sus aplicaciones, nos harémos cargo de que su convencimiento íntimo, por mas aciago que fuese para la patria, es hijo de su conciencia y acreedor al respeto público.

No pudiendo abarcar sino los acontecimientos mayores de cada época, como padrones que las deslindan, no iré desmenuzando por ápices el desempeño del Señor Martinez; pues todo sigue como siempre, y tan solo me cabe repetir lo mismo y evidenciar que en la administracion, ó mas bien en su carencia cabal, se cifra la llaga que causa todos los quebrantos de España. Fué pues el ministerio de Martinez de la Rosa, al par de los anteriores y posteriores, endeble, atascado, sin impulsos y sin asomo de grandiosidad en sus intentos. Anarquía gubernativa fué siempre la norma de su administracion, sin plantear cosa alguna acreedora al recuerdo de las jeneraciones venideras. Un padron mas será un tránsito del señor Martinez de la Rosa por los negocios, para ir siguiendo aquel carril árido y trillado por tantos ministros que no han venido á dejar mas que una manifestacion de sanos intentos sin el menor resultado.

Las dos únicas jestiones de bulto en el ministerio del señor Martinez de la Rosa son el estatuto real y la cuádruple alianza.

Cuando en 1810 recobraron los Españoles por primera vez el ejercicio de sus derechos políticos, confiscados por la monarquía, tremolaron en sus banderas el principio de la soberanía nacional. Armado el pais en defensa propia, el primer paso terminante para el rescate del pueblo fué una constitucion; quedando así indeleblemente consagrada. Habia el monarca desamparado el pais, estando cautivo en Valençay, y el dia de su redencion, tenia que aceptar el pacto social; mas ya se ha visto cómo quedó desechado al asomar la monarquía por el suelo reconquistado de la patria.

Median diez años, y un alzamiento militar restablece aquella misma constitucion volcada á viva fuerza. La soberanía vencida la acepta y protesta interiormente, llama luego á cien mil bayonetas y logra derribar por segunda vez la constitucion nacional.

En 1834, el ministerio es el que brinda con un nuevo pacto que la nacion tiene que aceptar á ciegas; pero lo orilla la nacion como debia.

Ni aun fué el estatuto real de Martinez de la Rosa un fuero otorgado por la corona, embocándoselo á España por cédula ministerial. Carece acaso de ejemplar un convenio con visos de fundamental, sin que lo vote la nacion ni lo conceda el albedrío personal del monarca. ¡ Un ministro que se hace constituyente ! ¡Usurpar á un tiempo la soberanía del pueblo y la iniciativa rejia! Con solo este yerro insoldable, fué el estatuto real un enjendro muerto al nacer, pues concebido mera y ministerialmente, no le cupieron accidentes de vida. ¡Y cuánta desdicha acarreó tan aciaga usurpacion ! Hablando de las antiguas leyes fundamentales de la monarquía democrática de España, salia con un bosquejo macilento de constituciones estranjeras y descabaladas. Tachaban á las córtes de Cádiz de remedadoras de la constitucion francesa de 91, y trascordando descabelladamente las libertades antiguas de España, se toma por norma la carta otorgada de la Restauracion francesa, finada ya en las jornadas de julio de 1830, quedándose en el remedo muy en zaga de su mente, de suyo antiliberal.

Desentendióse Martinez de la Rosa voluntariamente de la nombradía mas esclarecida que puede anhelar un estadista. Si hecho cargo de la grandiosidad de aquel empeño en plantear un nuevo sistema político y social, lo estribara en el principio incontrastable de la soberanía del pueblo, convocara la nacion á córtes jenerales para labrar una constitucion castizamente española, conservando cuanto suministrasen las córtes antiguas para la planta moderna en la sustancia y en la forma, si repudiara toda estranjería, como antipática á la nacion, poseeria la España una ley fundamental de carta toda española, planteada por el consentimiento libre de la nacion y de la corona. Por entónces no habian las pasiones todavía causado los estragos sobrevenidos posteriormente. Grandísimo fuera el influjo de un gobierno convocador de la nacion y ventilador de un pacto nuevo para el arreglo de aquella ley fundamental, escuadronándose la España de estremo á estremo bajo una idéntica bandera. En vez de aquel respeto tributado á la majestad nacional, se arrojó allá, como agraciando á la ansiedad jeneral, el estatuto rejio, cuya traza estranjerada fué ya un motivo de repulsa. Este desatinado remedo francés vino á ser un hachon de discordia entre los constitucionales, y enjendró un partido nuevo, cuando se debian aventar los ya existentes. En suma, nadie admitió de veras el estatuto real, ni lo aceptó ni lo prohijó partido alguno de corazon. En analizando brevemente aquella obra de los adoctrinadores de España, quedará demostrado que la oposicion que encontró al nacer fué el anuncio de su derribo inevitable.

tremenda muchedumbre, dice Rodrigo, cuyos lanzones clavados en tierra á la inversa venian á formar una estacada con puntas de hierro. Habia á su espalda hasta trescientos camellos eslabonados entre sí con cadenas gruesísimas, y por delante se tendian en batalla los Almohades y Bereberes de las tribus principales del Maghreb, casi todos á pié, y por fin sobre un elefante que estaba dominando la campiña, el cimborio encarnado del califato, en un recinto señalado por aljabas metidas en el suelo, y traido, por un camello lujosísimamente enjaezado, el tabernáculo que atesoraba el Alcoran reverenciado de Otman ben Afan. Erguíase allí el emir, con el escudo á sus piés y el caballo á su lado, ya en pié, ya en su asiento, entre su boato rejio, ciñendo su alfanje y cubierto con el albornoz negro que fué de su abuelo Abd el Mumen (1). Tenia delante abierto el Alcoran de Otman, sacado del tabernáculo, y estaba leyendo en alta voz las promesas tan sagradas de Dios, en que promete la vida y la bienaventuranza sempiterna á sus mártires. El jentío indisciplinado y agregadizo de todos los ángulos del Maghreb, traspuesto por la retaguardia, estaba cuajando llanos y oteros.

| | |
|---|---|
| El vizconde de Bas, D. Hugo, | Pero de Belloch, |
| Remon de Cervera, | Galceran de Papiol, |
| Bernardo Guillem Çaportella, | Bernardo de Tous, |
| | Remon Galceran de Pinos. |
| Remon de Monells, | Hugo de Mataplana, |
| Bernardo de Malla, | Galceran de Angresola, |
| Bernardo de Centelles, | Ponce Çagardia, |
| Pero de Sent Menat, | Marc de Villa de Many, |
| Pero de Montboy, | Remon de Manlea, |
| El senescal Pers de Moncada, | Dalmau de Mediona, |
| | Pero de Tagamanent, |
| Guillem de Cervellon, | Galceran de Castelvin, |
| Remon Aleman, | Arnald de Rajadell, |

Todos caballeros, formando juntos con sus hombres de armas, dos mil y quinientos caballos y diez mil infantes.

Los Aragoneses, dice la Crónica, eran en menor número, porque no estaban en buenos términos con el rey, pretendiendo que quebrantaba sus fueros; con todo habia algunos de los principales, como los siguientes:

| | |
|---|---|
| D. García Romeu, | D. Eximen Dezlor, |
| D. Lopez de Luna, | D. Eximen Cornel, |
| D. Blasco de Alagon, | D. Isnar Pardo, |
| D. Miguel de Luzia, | D. Pedro Pardo, |
| D. Ferrando de Luna, | D. Ferrando de Martorens. |

Entretanto D. Diego Lopez de Haro, adalid de la vanguardia, traba la refriega al rayar el sol, con D. García Romeu, y los cuerpos encomendados á D. Lope Diaz su hijo, al infante de Leon Sancho Fernandez y á D. Martin Nuñez de Hinojosa.

Ya nos tiene dicho Ebn Abd el Halim como los Negros estaban colocados en torno de la tienda encarnada del califa, en número de cuarenta mil, segun los autores cristianos; como las tropas aliadas se adelantaron al par de enjambres densos, contra los Motawatynes, que, en número de ciento y sesenta mil, formaban, con sus pendones grandísimos, el frente de la batalla, y al pronto las arrostraron con esforzado teson, y tras una pelea sangrienta, atrayéndolos al centro y encajonándolos entre las dos alas, los fueron degollando absolutamente á todos, sin que los caides andaluces se moviesen de sus lugares; como en seguida los cristianos, esterminados ya los Motawatynes, se abalanzaron con ímpetu rabioso sobre los Almohades y los Arabes; el desvío, en aquel trance, de los caides de España, quienes se alejaron de la refriega antes de terciar en ella, á impulsos de su encono contra el wazir insolente Ebn Djamea; la fuga deshecha y jeneral que sobrevino, con la cual llegaron los cristianos al cerco que resguardaba á El Nasr, compuesto de los Negros y sus guardias; con qué maestría lo arrollaron; la huida del emir, la dispersion y el esterminio de los suyos, y en fin como los heraldos de Alfonso andaban corriendo y pregonando: «No hay cuartel, mueran todos, el que haga un prisionero quedará muerto con él;» relacion que tan solo en ciertos ápices discrepa del pormenor de los cristianos, mas circunstanciado en cuanto á los nombres de los combatientes. Consta por ellos que al trabar D. Diego Lopez de Haro la refriega sin poder aportillar las filas de los Motawatynes, á los ecos clamorosos que estaban dis-

(1) Agareni vero in summitate quadam præsidium instar atrii firmaverunt de scriniis sagittarum, infra quod erant præcipui peditum collocati, ibidemque rex eorum recedit habens juxta se ensem, induens cappam nigram quæ fuerat Abdelmumi, qui fuit principium Almohadum, et librum etiam sectæ nefariæ Mahometi, qui dicitur Alchoranus, etc.—Por todos estos pormenores, tanto en Rodrigo como en los Arabes, apenas suena la caballería de los Almohades, y parece que con efecto tenian poquísima. El arzobispo de Narbona Arnaldo, que, como dijimos, se halló en la batalla, en la carta que al intento escribió al abad y capítulo jeneral de los Cistercienses, llega á decir que la caballería venia á ser ninguna en la hueste sarracena: — Ut dum nostros armatos á facie viderimus, non nobis, vel armis personarum, vel equorum quæ multa erant in exercitu nostro, paucissima verò vel nulla in exercitu sarracenorum, sed Domino Jesu-Christo adscriberemus victoriam postmodum sequeturam.

parando los Musulmanes, cual el recio estruendo de las olas encrespadas que se encumbran y se estrellan, asomó la zozobra palpitante por los pechos cristianos, y hasta el del rey de Castilla adoleció de algun desaliento. Parecióle que estaba todo perdido y que habia ido allí con aquella comitiva esplendorosa de hidalgos tan solo para fenecer; y vuelto al arzobispo de Toledo D. Rodrigo, le dijo: «Arzobispo, tenemos entrambos que morir aquí.—Nada de eso,» le contestó el prelado, «vais aquí mismo á triunfar de los enemigos.» Entónces el rey con su fortaleza prorumpe: «Vamos á acudir á los primeros que están peligrando;» y luego Gonzalvo Rodriguez y sus hermanos de Calatrava allá se arrojan entre los combatientes de vanguardia. Sin embargo Fernando Garcés, soldado valeroso y esperto, aconseja al rey que escasee los auxilios á los primeros en el trance; clama entónces él rey de nuevo: «Aquí, arzobispo, hemos de fenecer, mas con tal muerte que sea decorosa en tamaño empeño;» y el arzobispo le contesta: «Si á Dios place, la corona del triunfo, y no la muerte nos ha de caber; pero si el Señor lo dispone, estamos aquí todos aparejados á morir con vos. — Aun en aquel conflicto,» prosigue el prelado; «atestiguo ante el mismo Dios que el gallardo rey ni se inmutó, ni varió de modales ni de habla, sino al contrario, como varon denodado y arrogante, y al par de un leon que por nada se asusta, se mantuvo inalterable en su intento de vencer ó morir (1).»

Mientras Mohamed huia, mudando de caballos, hácia Jaen, á donde llegó aquella noche, Aragoneses, Castellanos y Navarros, cada cual por su parte, soterraban y mataban á cientos y á miles la innumerable morisma; y al presenciarlo el prelado de Toledo, segun lo refiere él mismo, se encara con entereza al rey de Castilla y le dice: «No hay que olvidar como la gracia de Dios está supliendo cuanto os falta, y que os está rescatando del baldon en que yaciais (aludiendo aquí sin duda á los amores del rey con una hermosa Judía de Toledo, en los cuales vivió largo tiempo embargado). No hay que olvidar tampoco á vuestra jente de armas, por cuyos brazos habeis venido á encumbraros hasta lo sumo de la gloria (1).» Tras alocucion tan soberana y de un engreimiento sacerdotal que enajena el corazon, y donde centellea sin término el señorío del dueño espiritual sobre el rey del tiempo y de la materia, el mismo prelado de Toledo, en compañía de los demás obispos sus hermanos y sufragáneos, Tello de Palencia, Rodrigo de Sigüenza, Menendo de Osma, Domingo de Placencia y Pedro de Avila, entonó en coro con ellos, en medio de los cadáveres y con voz cuajada de lágrimas y sollozos, el *Te Deum laudamus*, etc. Tantísimos eran los difuntos por todo el campo, que aun cabalgando alazanes poderosísimos, no podíamos andar sin peligro de estrellarnos, dice Rodrigo (2). Los Agarenos, añade, yacian muertos por el otero (donde estuvo Mohamed el Nasr), y lo mas pasmoso es que siendo tan ajigantados y carnudos, todos descabezados y despojados absolutamente por nuestra soldadesca menesterosa, no asomaba en tan dilatado ámbito el menor rastro de sangre. Tras esto, los nuestros, aprovechando la fineza del Señor, siguieron á diestro y siniestro estrechando siempre el alcance hasta muy á deshora; y segun el cómputo que se fué haciendo, se conceptuó que habian fenecido hasta doscientos mil enemigos, y por nuestra parte unos veinte y cinco mil (3).

(1) ..... Dixit omnibus audientibus pontifici toletano: Archiepiscope, ego et vos hic moriamur. Qui respondit ei: Nequaquam, immo hic prævalebitis innimicis. Rex autem invictus animo: festinemus, inquit, primis succurrere in periculo constitutis... Tunc rex inquit iterum: — Hic, Archiepiscope, moriamur; talis enim in tali articulo mors non dedecet. Et ille: — Si Deo placet, corona victoriæ, non mors insistat. Sin autem aliter Deo placuerit, vobis commori omnes communiter sumus parati. In his autem omnibus testificor coram Deo nobilis rex non mutavit vultum, nec gestum solitum, nec loquelam: immo viviliter, et constanter, ut leo imperterritus, aut mori, aut vincere firmus erat...

(1) Ibique mutato jumento, Gienum ea nocte pervenit. Interea Aragonensibus ex sua, Castellanis ex sua, Navarris ex sua parte instantibus cæsa sunt multa millia Agarenorum. Quo viso et audito Toletanus pontifex hæc verba dixit nobili regi: Estote memor gratiæ Dei, quæ omnes defectus in vobis supplevit, et opprobrium aliquandiu toleratum hodie relevabit. Estote etiam memor vestrorum militum, quorum auxilio ad tantam gloriam pervenistis.

(2) His et aliis in hunc modum dictis (véase la nota anterior), ipse Toletanus et alii pontifices, qui simul aderant, cum lacrymis devotionis in laudis canticum elevatis vocibus, proruperunt dicentes: Te Deum laudamus, te Dominum confitemur. Erat etiam ibi Tellius Palentinus episcopus, Rodericus Segontinensis, Menendus Oxomensis, Dominicus Placentinus, Petrus Abulensis. Multi etiam alii clerici Domino cantica decantantes. Campus autem sic strage Agarenorum plenus erat, ut etiam in robustissimis equis vix super eorum cadavera absque periculo transiremus.

(3) Erant autem Agareni, qui supra prædictum

Los que descollaron en el trance fueron, segun Rodrigo Jimenez, además de los reyes de Navarra y de Aragon, Jimenez Coronel, encargado de encabezar con su tropa el avance; García Romeu y Aznar Pardo que capitaneaban á los Aragoneses, los caballeros de Calatrava, los de Santiago, y el gran maestre de los Templarios, con sus compañeros de la encomienda de Monzon. Los obispos acompañantes echaron el resto de su fervor (1). Castellanos, Aragoneses, Navarros y estranjeros se igualaron en su completo desempeño, pero sobresalieron los Aragoneses mas briosa y desaforadamente en la matanza, ajilísimos siempre en alcanzar y rendir á los fujitivos; y así los fueron degollando á millares. Mas si yo me parase á ir relatando las proezas y heroicidades de cada cual, dice el arzobispo Don Rodrigo, desmayaria mi puño antes que le faltase campo para rasguear sus hechos. Pertrechados todos de la gracia divina, no asomó uno de los sujetos visibles que apeteciese algo menos que el martirio ú la victoria (2). Redondeado ya todo al irse poniendo el sol, prosigue el gran prelado, tuvimos que sentarnos ya postradísimos bajo las tiendas de los Agarenos, y tan ufanos con el triunfo que nadie volvió á nuestros reales, á escepcion de los esclavos en busca de nuestro equipaje, y era tan grandioso el campamento enemigo, que apenas llegamos á ocupar la mitad. Allí cuantos se dedicaron á saquear fueron cargando de todo jénero de preciosidades, oro, plata, ropas lujosas, muebles de seda, adornos esquisitos, fuera del dinero y riquísimos vasos; presa imponderable en que infantes y jinetes aragoneses principalmente se cebaron (1). Sus magnates sin embargo y cuantos se esclarecian con su afan por la fe, acatamiento al rey ó denuedo nativo, se desentendian de aquellos despojos, acosando mas y mas al enemigo, á impulsos principalmente del amago de anatema que el mitrado de Toledo habia disparado la víspera contra los que se cebasen con la presa enemiga, favoreciéndoles la providencia con el timbre de la victoria (2). No cabe guarismar, ni aun por mayor, los camellos, acémilas y abastos de todo jénero hallados en el real de los Sarracenos. Allí nos detuvimos aquel dia y el siguiente, fatigadísimos, nos dice el grande arzobispo, testigo presencial, y aun actor en la sangrientísima trajedia. Jente, carruajes, riquezas y equipajes que desatendimos con el afan de la guerra, quedaron á cargo de nuestros criados para irlos llevando á buen recaudo (3). Y lo que parece increible, aunque es muy positivo, en aquellos dias no se quemó para el uso de todos mas leña que la de las lanzas y flechas de los Agarenos, sin consumir de ellas mas que una mitad, aunque empleándolas, no solo para nues-

atrium inventi sunt, statura proceri, pinguedine dilatati... Et quod mirabili est dictu, licet jacerent in omnibus partibus corporis detruncati, et jam a pauperibus spoliati, in tanto campo nec signum sanguinis poterat inveniri. Quibus peractis nostri gratiæ Dei terminum nolentes imponere, per omnes partes usque ad noctem eos infatigabiliter sunt secuti, et secundum existimationem creduntur circiter bis centum millia interfecta. De nostris autem vix defuere viginti quinque (Rod. Tolet., de Reb. Hisp., l. VIII, c. 10). — Se evidencia desde luego que los veinte y cinco muertos por parte de los cristianos son miles, contrapuestos á los doscientos mil Sarracenos, y no veinte y cinco individuos solos, como lo han espresado los milagreros, y los que, como Voltaire, han querido chocarrear sobre este punto.

(1) Se mostraron los obispos, dice Rodrigo, en toda aquella guerra, in sollicitudinis vigiles, in consiliis providi, in necessitatibus largi, in exhortationibus seduli, in periculis strenui, in laboribus patientes.

(2) Sed si singulorum magnalia vellem prosequi, citius in scribendo manus deficeret, quam dicendi materia mihi deesset. Sic enim omnes præventrix armaverat gratia, ut nullus de iis, qui esse aliquid videbantur, aliud appeteret, nisi aut pati martyrium, aut obtinere (Ibid., l. c. 11).

(1) Hiis itaque omnibus peractis feliciter, jam circa solis occasum in Agarenorum tentoriis sedimus fatigati, satis tunc pro victoriæ lætitia recreati, necque ex nobis ad castra qui redierunt, nisi famuli ad sarcinas deportandas. Tanta autem fuit in campo Arabum multitudo, quod medietatem spatii vix potuimus occupare. In campo autem qui voluerunt rapere, plurima invenerunt, aurum scilicet, argentum, vestes preciosas, suppelectilia serica, et multa alia preciosissima ornamenta, nec non et pecunias multas et vasa preciosa, quæ omnia pro majori parte pedites et aliqui milites de Aragonia habuere. (Ibid.)

(2) Majores enim et quos fidei zelus, et regis reverentia, et amor strenuitatis nobilitaverat, hæc omnia contemnentes, usque ad noctem persecutioni viriliter intenderunt. Præsertim cum præcedenti die Pontifex Toletanus sub interminatione anathematis inhibuisset, ne quis prode campi insisteret, si divina providentia victoriam concedere dignaretur.

(3) Camelorum autem, et cæterorum animalium, nec non et victualium, quæ inibi sunt inventa, vix posset quantumlibet subtilis discretio estimare. In eodem itaque loco illo die, et sequenti moram fecimus fatigati. Homines, et vehicula, et res, et sarcinas, quæ fuerant ob belli instantiam proposita, vel neglecta, famulorum studio sunt advecta.

tras urjencias, sino tirándolas adrede al fuego para acabarlas (1).

Esta fué la tan memorable batalla, y dicen que el rey de Navarra fué quien tronchó las cadenas que estaban resguardando los reales arábigos, ó mas bien la parte del campamento donde se hallaba el emir, apellidándola sus escritores con la voz El-Akab (el otero ú la cuesta), llamada Atrio por D. Rodrigo; y en memoria de tamaña heroicidad, enarboló las cadenas que campean en las armas de Navarra, y que luego pasaron al escudo de les armas de Francia (2).

El engreido El Mumenyn Mohamed el Nasr, huido de la refriega, acudió al vuelo á Jaen, á donde habia escrito que llevaria aherrojados á los tres reyes rumes que acababan de aventarlo. Despechado y corrido entre los suyos por malogro tan exorbitante, pasó inmediatamente al Africa, infundiendo ya allí mismo poquísimo concepto y acatamiento á sus vasallos. Permaneció la hueste cristiana dos dias en el campo de batalla, como se ha dicho, atareada en hacinar los despojos del real enemigo. Agolpáronse las particularidades para constituir aquella jornada en estremo peregrina y asombrosa, y en especial dos circunstancias se dan la mano con los portentos de la epopeya; á saber, la aparicion del pastor para guiar á los reyes hasta el páramo de las Navas, y luego el desvanecerse hasta el mas mínimo rastro de sangre, como dice Rodrigo, por todo aquel ámbito. Pasma tambien el guarismo tan subido de los ciento y ochenta mil que vinieron á perder los Almohades. No redondean los historiadores arábigos el número de sus difuntos, mas al parecer están corroborando aquel concepto de la infinita matanza, incomprensible, como advierte un escritor, antes de la invencion de la pólvora, y aun despues (3).

Al tercer dia tras la refriega, fueron los cristianos arrojando á los Mahometanos de Ferral, Bilches, Baños y Tolosa, destinadas por el rey de Castilla para repoblarlas y retenerlas. Pasó el ejército á Baeza, la halló desierta, escepto la mezquita, donde se habian guarecido los enfermos y achacosos, pues el vecindario sano ha bia huido con mujeres y niños á Ubeda. Ensangrentóse desapiadadamente el vencedor con los refujiados en la mezquita de Baeza, pues incendiada la mezquita por los cristianos, vinieron á fenecer abrasados, haciendo poquísimos prisioneros.

Encamínanse los cruzados á Ubeda, paradero de los trozos del ejército musulman y del vecindario de Baeza y de varias plazas menores del contorno, atrincherándose allí como en una fortaleza. Asáltanla los cristianos, pero quedan rechazados con sumo teson, y además del quebranto crecido que les cupo en sus ataques, era su escasez de abastos insufrible. Dan sin embargo los Aragoneses un avance por su distrito, á los ocho dias de la batalla, y un soldado de la jente de Lope Fernanz de Luna encaramándose á las almenas, su aparicion aterra á los sitiados; parlamentan y ofrecen un millon de pesos en rescate de la ciudad; pero contra el dictámen de los reyes y de los ricos-homes, los obispos hacen desechar la propuesta del vecindario, el cual, aunque reducido al postrer trance, se aferra en vender cara su vida antes que rendirse; pero escaseces y dolencias precisan á la hueste cristiana á tratar de retirada. Deja el rey de Castilla guarniciones en Bilches, Baños, Castro-Ferral y Tolosa, que venian á ser las llaves de Andalucía, y entónces los cruzados tienen que encaminarse á las serranías. Llegan á Calatrava y se encuentran con el duque de Austria, que acudia con grandiosa comitiva á terciar en la guerra sagrada; pero hallando la campaña concluida, regresa con el rey de Aragon, quien se despide allí del rey de Castilla y del de Navarra (1).

Siguen su marcha los reyes de Castilla y de Navarra para Toledo, á donde se habian adelantado obsequiosamente los prelados, y salen á recibirlos acaudillando el clero y el vecindario, pasando luego en procesion á la catedral para entonar gracias al Señor por la victoria concedida á las armas cristianas. Descansan allí algunos dias, y Sancho se despide por fin de Alfonso, quien le devuelve, en albricias de su gallardo desempeño, hasta quince plazas que le estaba reteniendo con varios pretestos (2). Para perpetuar la memoria de tan grandioso acontecimiento, se dispuso que todos los años se celebrase en Toledo, el 16 de julio, una festividad apellidada El Triunfo de la Cruz, funcion que se estendió luego á todas las iglesias de Castilla y de Leon.

(1) Et quod vix videtur credibile, licet verum, in illis duobus diebus ad usus omnes nulla alia ligna combusimus, nisi hastas lancearum et sagittarum, quas secum duxerant Agareni. Vix tamen in illo biduo potuimus consumere medietatem, quamvis ex industria non ad necessitatem ignem opponerent, sed ad eorum multitudinem consumendam.

(2) Beuter, Crónica jeneral de España.

(3) Adviértase sin embargo que el uso de la pólvora ha hecho las guerras menos inhumanas, y por la misma razon considerablemente menos mortíferas.

(1) Roder. Tolet, l. c.

(2) Véase Moret, Antigüedades de Navarra.

Harto avanzados estaban sobre el territorio morisco los vecindarios de Bilches, Baños, Castro-Ferral y Tolosa para disfrutar dilatado sosiego, pues no bien se retiró la hueste cristiana, cuando los walíes almohades, ya de Jaen, ya de Granada y de Córdoba, juntaron sus tropas con tal cual resto del tremendo descalabro padecido en el Akab, y se arrojaron, aunque en vano, sobre todos los puntos, formalizando el sitio de Bilches y peleando incesantemente dos dias con sus noches. Envió Alfonso en su socorro á Don Gonzalo y D. Martin Nuñez, hermanos, con todo el vecindario de Toledo, dicen sus anales, así jinetes como infantes y ballesteros, con las compañías de Madrid y de Huete, de modo que los walíes tuvieron que retirarse, y entónces los cristianos se internaron con sus correrías por tierra de Moros, y volvieron cargadísimos de presa. Todo lo cual acaeció en setiembre de la era 1250 (1212), á los dos meses de la gran batalla (1).

Sobrevinieron, durante la campaña, ocurrencias de mas ó menos bulto, pues los dos Alfonsos de Leon y de Portugal, desentendiéndose entrambos del memorable trance, ajenos de inaccion, el primero avaloró harto indecorosamente la ausencia del Castellano, para embestir por sus estados los pueblos que tenian en litijio, mientras sus guarniciones acudian á batallar en las Navas. Fueron estos Rueda, Ardon, Castro-Tierra, Villalon, Castro-Gonzalo, Alba de Liste, Luna, Arbolio y algun otro. Al mismo tiempo el Portugués, Alfonso II, estaba despojando á sus hermanas, Dª. Teresa, reina viuda de Leon, de Monte Mayor y de Esquerra, y á Dª. Sancha del pueblo de Alemquer, las que estaban disfrutando en virtud del testamento de su padre Sancho I. Apeteciendo Alfonso redondearse con estas plazas, instaba á las hermanas para su cesion; pero una y otra, en vez de avenirse, las habian puesto en estado de defensa, acudiendo al arrimo de los próceres que sonaban como fiadores en el testamento del padre. Logró Alfonso con sus armas lo que no pudo recabar con ruegos y amenazas, y entrambas interesadas y menesterosas tuvieron que recurrir al papa y al rey de Leon, su deudo.

Inocencio III, como se ha visto, estaba ocupando la cátedra de San Pedro, y condolido por la justicia de las infantas, encargó al arzobispo de Santiago y al obispo de Zamora que requiriesen del rey de Portugal la devolucion de las plazas usurpadas, so pena de escomunion en caso de resistencia. Procedieron á la ejecucion entrambos delegados, pero el rey envió á Roma un embajador con el encargo de esforzar sus razones ante el pontífice, y logró ante todo el levantamiento del entredicho, hasta que se zanjase el asunto por los abades de Osera y Espina, nombrados árbitros al intento.

Alfonso de Leon habia acudido con tropas al llamamiento de sus hermanas, internándose en Portugal por la parte de Ciudad-Rodrigo. Fué tomando á Freyjo, Balsamao y Ulgoso, arrasando, dicen, estos últimos; pero los escesivos calores le atajaron la carrera, y conceptuó prudente y aun preciso volverse á casa para veranear con regalo; mas llegado setiembre, insistió en su empeño, y juntando tropas, allanó la raya de Portugal, tomó á Lanoso (hoy castillo de Lindoso), Melgazo y Contrasta (Valencia de Miño), y comprometió allí al de Portugal en defensa de su reino. Se encuentran las huestes sobre Portella de Valdevez, pelean por espacio de tres dias, el primero en la provincia de Entre Duero y Miño, el segundo junto á Braga, y el tercero por las cercanías de Guimaraens; pero siempre campearon los Leoneses, derrotando y aventando á los Portugueses, cojiéndoles todos los equipajes y guarneciendo luego cuantas plazas rayanas pudieron haber á las manos (1).

Sucedia esto á poco del regreso de Alfonso de Castilla á sus estados y hallándose en Búrgos para el arreglo de los negocios de su reino. En medio de tan fundados motivos para estar enconado con el de Leon, le brindó cristianamente con la paz; se avistaron en Valladolid, y el Castellano cedió al Leonés, no tan solo cuantas plazas habia ocupado, sino que le añadió varias, á saber, Peñafiel, Almansa y Miranda de Hieba en Asturias, y en el territorio de Salamanca, los castillos de El Carpio y Monreal, bajo condicion de arrasarlas (2). Propuso al mismo tiempo Alfonso un avistamiento al de Portugal en Plasencia, para ajustar amistosamente sus desavenencias, y mancomunarse para la guerra contra los musulmanes con toda la sobresalencia

(1) Despues vinó el rey de Jaen, é el rey de Granada, é el rey de Córdoba con grandes gientes de Moros, é lidiaron á Baños, é Tolosa, é Ferral, é non pudieron y facer nada: é pues fueron cercar á Bilch, é lidiaron de dia é de noche XXII dias; é vinó ende mandado al rey D. Alfonso, é envió á socorrerla D. Gonzalvo Nuñez, é Martin Nuñez, con todo Toledo, peones é caballeros, é ballesteros, é los de Madrid, é los de Huept, é fuéronse los reyes de los Moros. É los Christianos fueron á correr, é aduxieron gran ganancia. Esto fué en el mes de setiembre, era MCCL. (Anal. Toled. I, páj. 397).

(1) Lúcas de Tuy.

(2) El mismo.

que cabia á las armas cristianas con el logro postrero y esplendoroso.

No obstante Alfonso, sin mas aguardar, sale por sí á campaña desde febrero de 1213, capitaneando los tercios de Madrid, Guadalajara, Huete, Cuenca y Uclés. Preséntase ante Dueñas á la falda de Sierra Morena, y defendida por grandiosa guarnicion musulmana, rinde por capitulacion la plaza y la entrega á sus dueños los caballeros de Calatrava; se apodera luego de Castel de los Rios y de Avenyor ó Exnavejor, y los regala á los militares de Santiago. Sojuzga tambien á Riopar y se adelanta hasta Alcaraz, plaza á la sazon fuertísima, con guarnicion crecida. Reforzado con los tercios de Toledo, Maqueda y Escalona, formaliza aquel sitio; redóblanse los asaltos, y tras repetidos rechazos, el enemigo, falto ya de jente y mas de abastos, rinde la plaza en miércoles 22 de mayo. Entra el rey con el arzobispo de Toledo, quien consagra la mezquita, hoy parroquia de San Ignacio mártir. Dan en ella solemnes gracias al Señor por tan señalado logro, y el rey en seguida, repoblando á Alcaraz con cristianos, regresa á Castilla. Se encuentra en San-Torcaz con la reina D.ª Leonor que le salia al encuentro, el infante D. Henrique y la reina Dª. Berenguela, acompañada de sus dos hijos, Fernando (despues el Santo) y Alfonso; y celebrando allí la festividad de Pentecostes, se encaminan juntos á Castilla (1).

En aquel año cuentan los Anales de Toledo que estuvo helando desde octubre hasta febrero, sin llover desde marzo hasta junio, resultando una cosecha esterilísima, y despoblándose cortijos y aldeas por el reino de Toledo en la era de 1251 (1).

Redondeada ya aquella espedicion tan solo con los tercios de Toledo, Maqueda y Escalona, entraron los de Talavera de la Reina por Estremadura en Andalucía, asomándose arrojadamente sobre Sevilla. Enterado Ceit, ó Abu-Zeid, hermano de Mohamed y walí jeneral de España, marcha contra ellos, los derrota, y casi acaba con ellos, el 8 de julio de 1213, perdiendo hasta cuatrocientos infantes y sesenta jinetes (2). Vencedor así Abu-Zeid, se interna hácia Toledo, hostiliza desaforadamente, cautiva hombres, mujeres y niños, y se lleva muchísima ganadería. Marcha Toledo contra los Moros, los alcanza, cargadísimos de presas, en Fagabrasen; se traba refriega, degüella el enemigo á los cautivos, temeroso de algun desman en el trance, y arrostra á los Toledanos; mas estos se le abalanzan, lo aventan y recobran sus ganados y regresan á Toledo con muchísimas corazas, caballos y cabezas moriscas, en miércoles, 18 de setiembre de 1213 (3).

En aquel mismo año, el papa, á quien habia apelado Pedro de Aragon acerca de su matrimonio con María de Mompeller, declaró, con

(1) ....In eodem anno mense februario Castrum Dominarum impugnatum machinis occupavit, et restituit quorum fuerat, fratribus Calatravæ. Et inde procedens cepit castrum quod Eznavexorc dicitur, et militiæ Sancti Jacobi dedit illud. Et inde perveniens ad castrum famosum, quod Alcaratium dicitur, obsidione diutina impugnavit, et in die ascensionis Domini ejusdem anni cepit illud Domino faciente, et a Roderico Toletano Pontifice, et clero qui aderat processionaliter est receptus in ecclesia Sancti Ignatii, quæ Mezquita fuerat, divinis solemniter celebratis, cepit etiam aliud castrum, quod Rivus Oppæ dicitur, expulsis Arabibus ab eodem. Et sic reversus in terram suam, in villa ecclesiæ Toletanæ, quæ Sanctus-Torquatus dicitur, festum Pentecostes præsente uxore sua regina Alienor, et filio suo Enrico, et filia sua Berengaria Legionensi Regina, et nepotibus suis Fernando et Alfonso cum gratiarum actionibus et gloria celebravit (Rod. Tol. de Reb. Hisp., l. VIII, c. 13). — Fué el rey D. Alfonso, dicen los Anales de Toledo, en huest con los de Toledo, é de Maqueda, é de Escalona é con sus ricos omes de Castiella, é prisó al Castel de Dios, é al castiello de Avenxore, mediado marzo. De sí cercó Alcaraz, é lidióla con Almajaneques é Buzones, é salieron los Moros, é quemaron los Buzones, é lidiaron el Castiello muchos dias é murieron y mas de dos mil Christianos en prender el Castiello, é prisiéronlo dia de mércores en XXII dias de mayo.

(1) En este año fizo helada en october, é november, é december, é janero, é febrer, é non lovió en marcio, ni en abril, ni en mayo, ni en junio, é nunca tan mal anno fué, é non cogiemos pan ninguno, é fugieron los quinteros, é cremáronse las aldeas de Toledo, era MCCLI.

(2) Arrancada sobre CCCC peones é LX caballeros de Talavera, (en otro ejemplar) arrancada sobre el consejo de Talavera, peones é caballeros é ballesteros, allende Guadalquivil, cerca de Sevilla, que non escaparon ende sinon muy pocos, lúnes VIII dias de julio era MCCLI. (Anal. Toled. I, p. 397 y sig).

(3) Vinó el fillo del rey de Córdoba con algaraves, é con algoces, é con andaluces, é muchos peones adagarados, é pasaron Tajo, é corrieron é prisieron muchos cativos é cativas, é mucho ganado. É exió el appelido de Toledo, peones é caballeros é ballesteros é alcanzáronlos en Fegabraen, é lidiaron con ellos, é arrancaron á los Moros, é sagudieron la ganancia. Mas los Moros mataron á los cativos, é dieron fuego Alaxara, é quemaron muchos Moros, y aduxieron á Toledo muchas lorigas, é muchos caballos, é muchas cabezas, dia de mércores en XVIII dias de september, era MCCLI. (Ibid., l. c.)

dictámen de los cardenales, aquel desposorio lejítimo y válido, escribiendo al rey con instancia para avenirse con su esposa y tratarla maridablemente y con el aprecio á que se hacia tan acreedora, y encargando á los obispos de Aviñon y Carcasona que acudiesen á las censuras eclesiásticas para precisar al rey á cumplir lo dispuesto, en caso de no verificarlo de su buen grado (1).

Ardia mas y mas la guerra en Francia contra los Albijenses y sus apadrinadores, y acudiendo los condes de Tolosa, padre é hijo, con quienes tenia Pedro casadas sus dos hermanas, y los de Foix y Bearne, á quienes tomaron los cruzados varias plazas, acosados todos por las tropas del conde de Monforte, espusieron al rey de Aragon que careciendo de su arrimo en aquel conflicto, quedaban en total desamparo. Pedro, á fuer de amigo y deudo, pasa á Francia con cuantos voluntarios puede haber á la mano, á principios de 1213. Proporciona al pronto una tregua, y pide una conferencia sobre el particular al legado del papa. Reclama, en nombre de los diferentes condes, los pueblos y fortalezas arrebatadas sin motivo, puesto que se allanaban ante la Santa Sede, prontos á desagraviarla en los términos que se les prescribieran por las demasías en que pudieran haber incurrido. Los legados, para enterarse cumplidamente de las demandas del rey, se las piden por escrito, como lo hace con fecha del 15 de enero de 1213.

Júntanse los legados y obispos, que intervienen al par en la guerra con el arzobispo de Narbona, y sentencian que el rey está procediendo bajo supuestos equivocados, que conceptúa positivos, siendo muy dudosos, con el antecedente de que cuantas protestas alegaban los condes carecian de todo asomo de sinceridad, estando encaminadas únicamente al recobro de cuanto se les habia ido despojando; y así hechos cargo del espediente, desechan la propuesta del rey, fundándolo todo por escrito; con este resultado envian el mismo alegato á Roma, y el papa se aviene á lo mismo que habian desechado sus dependientes, y escribe al arzobispo de Narbona y al conde Simon de Monforte. Pero acudiendo estos de nuevo al pontífice, y noticiándole como estaba mal enterado, y que los tres condes se aferraban en apadrinar la herejía, manda el papa al arzobispo de Narbona, legado apostólico, que convoque una junta de prelados para zanjar definitivamente el negocio. Convoca el arzobispo la junta en Lavaur, y todos los vocales opinan que no tiene cabida la propuesta del rey de Aragon; por tanto esponen muy detenidamente al papa cuantas demasías tienen contra sí los citados condes. En vista de todo, escribe Inocencio á Pedro una carta insolente, en cuyo contenido, desentendiéndose de cuanto el rey le habia comunicado por el obispo de Segorbe, enviado á Roma al intento, le recomienda que no apadrine al conde de Tolosa y sus aliados, y aun le amenaza con los rayos del Vaticano, si no procedia absolutamente bajo el concepto grandioso que le estaba todavía mereciendo su catolicismo.

Desahuciado Pedro con esta carta, pregona que no puede menos de abrigar la causa del conde de Tolosa, como pariente, é igualmente á sus compañeros por varias razones de estado; junta ejército en seguida y trata de reponerlos en posesion á viva fuerza de cuantas plazas le han quitado. En fin, tras varios acaecimientos que se pueden ver por estenso en la historia de Langüedoque por los monjes Vic y Vaissete, acaudilla Pedro sus tropas y las de sus aliados, acampa ante el castillo de Muret, mal guarnecido, lo sitia, y se apodera luego de sus arrabales. Participan los sitiados su conflicto al conde Simon de Monforte, que se halla á ocho leguas en un castillo llamado Fanun Jovis ó Fanjus. Ya tenia aviso anterior de lo sucedido, y encuentra á los mensajeros por el camino, con lo cual redobla la marcha, llega impensadamente, arrolla los atrincheramientos del rey, entra, delibera sobre el rumbo de las operaciones, y acuerda ejecutar una salida en el dia de la exaltacion de la Cruz, por cuya gloria se está peleando. Se sacramenta la soldadesca, y Simon de Monforte con sus obispos la encabeza y allá se dispara contra los reales del rey de Aragon, quien fenece en el reencuentro.

Cuenta así Mateo de Paris la salida de los cruzados y la muerte del rey de Aragon:

«Por aquel mismo tiempo, el rey ó emir murmelin ya mentado juntó una hueste inmensa y trató de apropiarse toda la España; cuyo intento, dicen, iba auxiliado con todo ahinco por el rey Juan. Esperanzaba el Miramamolin en la fe mal segura de Juan y el entredicho de su reino; mas no bien asoma, cuando los reyes cristianos de España, al arrimo de varios prelados, le contrarestan con sumo teson, lo derrotan y le precisan á dejar aquel pais, matándole á su hijo primojénito y cojiéndole el estandarte real. Acreedor se hizo el rey de Aragon en aquel trance á una gloria sempiterna; pero ufano con la victoria que acaba de alcanzar, se empeña altaneramente en que Simon de Monforte, poseedor del territorio conquistado á los Albijenses, lo reconozca por su soberano, á pe-

(1) Véase la carta de Inocencio III en Rainaldi y en Zurita.

sar de la prohibicion del papa, que trae la misma demanda; y así el rey se acarrea una guerra que tiene para él aciago paradero.

«Al coronarse dicho rey de Aragon en Roma por mano del papa Inocencio III, se le formalizó una prohibicion terminante de auxiliar á los enemigos de la fe; pero tras la victoria alcanzada contra el Miramamolin, se desentendió de toda reconvencion por el padre espiritual, entabló competiciones y dañó cuanto pudo al conde Simon; se confederó con los herejes Albijenses, se coligó con los condes del pais, pasó á Tolosa, se le juntó el vecindario, se le incorporó Rojer de Bezieres con sus vasallos y con un sinnúmero de habitantes de aquel territorio. Agolpada su hueste formidable, se empeña en sitiar el castillo de Muret en la tercera feria tras la Natividad de nuestra Señora. Con esta novedad, los reverendos padres obispos de Tolosa, de Nimes, Agde, Bezieres, Lodeva, Uzés, Carcasona, Perpiñan y Magalona, los abades de Clery, Villemagne y San Jilles, con otros varios personajes de cuenta llamados por el arzobispo de Narbona, legado á la sazon de la santa Sede apostólica, para la defensa de la santa cruz, acuden á robustecer la hueste de los fieles mandada por Simon de Monforte, y se ponen todos en marcha para socorrer eficazmente el castillo de Muret. Llegan el mártes de dicha octava á un castillo llamado Saverdun, desde donde envian los obispos sus mensajeros á los caudillos sitiadores, noticiándoles como iban con ánimo de ajustar la paz y pidiéndoles salvo conducto para el intento. A la madrugada, estrechando ya la urjencia, sale el ejército cruzado de Saverdun, y se encamina arrebatadamente á Muret. Proponen los obispos sobredichos hacer alto en el castillo de Hauterive, á mitad de camino y á dos leguas de Muret y Saverdun, para esperar allí el regreso de los mensajeros, quienes traen la contestacion del rey, negándose á facilitar el salvo conducto, del cual podian prescindir, acompañados de tamaña hueste. Con este desengaño, entran los cruzados en Muret el miércoles de dicha octava; mas perseverando en su afan piadoso, envian dos relijiosos al vecindario de Tolosa y al rey, quien les contesta fisgonamente: «¡Por cuatro perillanes que traen consigo, quieren avistarse con mi persona!» Por otra parte los Tolosanos responden que coligados como están con el rey de Aragon, tienen que contar con él para todo. Enterados los obispos y abades, quieren presentarse al rey descalzos, y en el punto de avisarle su llegada y de abrirles las puertas, mientras el conde de Monforte y los suyos están desarmados, pues iban los obispos de paz, intentan los herejes arrojarse al pueblo por traicion, mas quedaron, á Dios gracias, frustrados en su intento. El conde y los cruzados, enojadísimos con la avilantez de los sitiadores, se purgan contritos de todos sus pecados con una confesion sincera; se arman luego, se presentan al obispo de Tolosa, que está desempeñando las funciones de legado en nombre del arzobispo de Narbona, y le piden rendidamente permiso para hacer una salida contra los enemigos de la fe. Concédela el obispo (desesperanzado de todo ajuste), y en nombre de la Santísima Trinidad se forman en tres cuerpos de batalla. Sale por su parte el enemigo en varios trozos del campamento, resguardado únicamente con sus personas. Aunque son muchísimos respecto de los cruzados, ponen los defensores de Cristo su confianza en él, y á impulsos de aquella pujanza sobrehumana, embisten denodadamente. La voluntad del Altísimo estrella luego á los enemigos y los destroza instantaneamente por mano de sus servidores. Los herejes vuelven la espalda, huyen y se dispersan como una polvareda al soplo del viento, unos se salvan á carrera, otros se ahogan al atravesar el rio, pero grandísima parte queda degollada. Deplorable se hace el paradero aciago del esclarecido rey de Aragon, que yace entre los difuntos; mas habia incurrido en el desman de coligarse con los enemigos de la fe y de trastornar malvadamente la iglesia católica. Habia sabido el conde Simon por sus espías que estaba el rey de Aragon en ademan de sentarse á la mesa para comer (¡tan sumo era su descuido!), y dijo por tanto al salir para el avance: — «Voy, par diez, á servirle el primer plato.» Quedó muerto con efecto el rey de Aragon desde el primer avance, y degollado antes de tragar tres bocadillos de pan. No consta positivamente el número de los muertos, mas por parte de los cruzados tan solo feneció un jinete con algunos palafrenes. Dióse la refriega en la sexta feria despues de la Natividad de la bienaventurada María, el año del Señor de 1213, en el mes de setiembre (1).»

En otoño del mismo año (1213), Alfonso de Castilla, habiendo ajustado paces, como se dijo, con el rey de Leon, con ánimo antetodo de acosar mas y mas á los Moros por Andalucía, acordó con él que los embestirian, cada cual por su raya, con las fuerzas competentes, y el VIII de Castilla envió al IX de Leon á Don Diego Lopez de Haro y á Lope Diaz su hijo, á quienes ya hemos visto descollar entre los mas

(1) Math. Paris, Historia Anglorum, ad ann. 1213.

valerosos en la batalla de las Navas de Tolosa. Llevaban consigo un gallardo acompañamiento de seiscientos caballeros esforzados, revestidos de sus armas. Tomó el rey de Leon con ellos á Alcántara, pero rechazado en Cáceres, se desalentó y regresó á sus estados. Entretanto el rey de Castilla se internó con su jente hasta Baeza. Acudieron allá D. Diego y su hijo, trayendo á su rey la palabra del de Leon de írsele á incorporar entre Córdoba y Sevilla allende el Guadalquivir; mas el Castellano estuvo en balde esperando al Leonés. Continuaron las tropas castellanas sus correrías, y matando infinita morisma, se retiraron con riquísimos despojos, tomando á Gulíena. Sucedia esto en noviembre y se mantuvieron hasta gran parte de enero sobre Baeza, pero sin lograr su rendicion, perdiendo al contrario muchos caballos y todas sus acémiles, y hambreando hasta el estremo de comerse los cadáveres y fenecer muchos de necesidad. Hubo dia en que la fanega de avena costó sesenta sueldos de oro, y ni aun se hallaba á tan subido precio. Retiróse el ejército hácia Toledo, pero siguió acosándole el hambre; estremó el crudísimo invierno ya mencionado sus rigores, y quedaban yermos los campos; llegando, hasta la primavera, aquella plaga á la suma violencia de comer perros, gatos, y hasta los niños que se podian robar (1). Rodrigo, quien, á fuer de sumo prelado, estuvo terciando eficazmente en los grandiosos acontecimientos que refiere, suele hablar de sí mismo en tercera persona, como Julio César, y dice que recordando en Calatrava las palabra de San Juan, en que declara la caridad del Señor ajena de quien con entrañas empedernidas se desentiende del conflicto de su hermano menesteroso, repitiendo el mismo pontífice Toledano cuanto dice la Escritura: — « Socorre al hambriento, pues si te retraes de su necesidad, lo matas, » fué repartiendo á sus hermanos cuanto caudal pudo recojer, y paraque no quedasen los castillos de la raya despoblados é indefensos, se allanó á padecer escaseces y perseverar en el auxilio y alivio de los necesitados. Por tanto retirado el rey con la hueste á sus hogares, fué el prelado suministrando alimento á cuantos seglares habian permanecido en Calatrava desde la festividad de la Epifanía hasta la octava de San Juan. Estremados fueron los apuros de todos durante la cuaresma, en términos que el arzobispo acordó con el capítulo que comerian de carne antes que desamparar el país, si el Señor no acudia con sus misericordias; pero la gracia y las finezas de Dios resplandecieron con efecto, y no careció el prelado de abastos, pudiéndolos repartir y aliviar el desamparo de sus hermanos, hasta que la tierra del Señor franqueó sus frutos á ricos y pobres (1). Utilizando Rodrigo su mansion en

(1) El rey D. Alfonso de Castiella, é el rey de Leon, fizieron paz, é fizieron pleyto, que faesen cada uno en huest sobre Moros por su frontera, é dió el rey D. Alfonso al rey de Leon Diago Lopez é Lop Diaz con DC caballeros bien guisados en ayuda, é fueron, é prisieron Alcántara, é fueron ende á Cancies (Cáceres), ó non la podieron prender, é tornóse el rey de Leon con su huest. É fuéronse Diago Lopez é Lop Diaz con sus caballeros á Baeza al rey, é pusieron el rey D. Alfonso é el rey de Leon que se ayuntasen entre Córdoba é Sevilla alende Guadalquivil, é non vinó y el rey de Leon. Fueron en Algara, é tomaron á Gulíena, é mataron y muchos Moros é muchas Moras, é aduxieron gran ganancia. Esto fué en noviember, é duraron tres sedmanas de janero sobre Baeza, é non la prisieron, é murieron y caballos é mulos, é mulas, é asnos, é comieron las gientes, é despues murieron las gientes de fambre. É fué hora que custó el almud de la cevada LX soldos, é vínose la huest para Toledo, é duró la fambre en el regno hasta el verano, é murieron las mas de las gientes, é comieron las bestias, é los perros, é los gatos, é los mozos que podian furtar. Esto fué en Toledo, é andaban VIII almudes de trigo á.... Era MCCLII (An. Toled. I, p. 399).... Era MCCLI anno, vuelven á decir los Toled. III (p. 411), este rey D. Alfonso fué cercar Vaiecça, é tanta fué la fambre, que los de la huest comien carnes á hombre no acostumbradas, ¿ descercóla de consejo de los suyos. — Es mera traduccion castellana de Rodrigo de Toledo.... Et sic invaluit fames ibi, ut exercitus carnes humano generi insuetas edere cægerentur.... Cumque diu Beatiæ obsidio traheretur, nec à patria victualia portarentur, omnibus fere fame deficientibus, suorum consilio rex nobilis tregua cum Arabibus reformata rediit Calatravam.... (Ibid., l. IX, c. 14).

(1) ....Rodericus etiam Toletanus pontifex, attendens verbum Johannis apostoli, qui viderit fratrem suum necessitatem habentem, et clauserit viscera misericordiæ suæ, quomodo Dei charitas est in illo; et item dicit Scriptura: — Pasce fame morientem, quem nisi paveris occidisti: totum argentum, quod apud se potuit invenire, fratribus erogavit. Et ne castra frontariæ remanerent habitatoribus destituta, elegit ipse cum indigentibus indigere, et cum fratribus in terras solatium et subsidium eo tempore remanere. Rege itaque cum exercitus ad patriam redeunte, prædictus Pontifex omnibus sæcularibus remanentibus Calatravæ à festo Epiphanicæ usque ad octavas Sancti Johannis omni die edulium ministravit. Sed in quadragesima ad tantæ necessitatis angustias pervenerunt, quod ipse pontifex cum patrum capitulo potius car-

Calatrava, construyó por entónces, sobre la misma carretera por donde los Arabes solian asolar las tierras de Toledo, una fortaleza con su vecindario, apellidándola Milagro; llamáronla los Moros al pronto Almilagro, y es hoy Almagro, pueblo muy conocido de la Mancha en la campiña de Calatrava; hallándose situado en grandísima llanura, á tres leguas de Ciudad Real y á cuatro del suntuoso convento de la órden de Calatrava. Es el territorio de Almagro de los mas pingües de la Mancha, abundando en trigo, avena, vino, aceite y hermosísimo ganado vacuno (1). Aguaceros é inundaciones atrasaron algun tanto aquella construccion, pero la activó eficacísimamente el arzobispo, colocando allí los caballeros con la jente de guerra para su guarnicion, y luego acudió á Toledo por las vísperas del domingo de Ramos. A su llegada, los gritos de los menesterosos traspasaron sus entrañas; prorumpió en pláticas de caridad, y el Todopoderoso enardeció el pecho de sus oyentes, en términos que, á su ejemplo, todos acudieron al socorro, agolpando las gracias caritativas hasta el punto de no quedar en la ciudad un solo menesteroso sin amparo (2). En medio de aquel afan, la morisma, en número de setecientos jinetes y mil y cuatrocientos infantes, embiste la nueva poblacion de Almagro y la está asaltando encarnizadamente por un dia entero; mas al ver el sumo teson de los sitiados, y los muchos que van perdiendo á flechazos y pedradas, y aun á sablazos, tienen que soltar la presa, cejar y ponerse en salvo. Enterado de todo Rodrigo, acude arrebatadamente á Milagro con guerreros y mas vecinos, trayéndose en carruajes á Toledo los heridos del sitio, y asistiéndolos con esmero hasta su cabal curacion. Tras estos afanes, continúa el historiador, pasa Rodrigo á Búrgos, donde se apersona con el gallardo rey Alfonso, quien, tras de encomendar tantísimo ahinco al Señor, le cede veinte cortijadas para posesion perpetua de la iglesia de Toledo (1).

Pero á los cincuenta y tres años de su reinado, deseosísimo Alfonso VIII de zanjar las desavenencias que estaban plagando á Portugal, brinda al rey Alfonso II, su yerno, con una conferencia, se pone en marcha para Placencia, punto de su avistamiento, y enferma en Gutierrez Muñoz, pueblecillo del término de Arévalo (2), agravándosele de todo cuidado la dolencia con la noticia de negarse el Portugués á pasar hasta Placencia, diciendo que si el motivo de la conferencia era de tan suma entidad, podian muy bien evacuarla en el confin de ambos reinos. Fué mas y mas recreciendo la dolencia, y á pocos dias quedó desahuciado el paciente. Asistióle el arzobispo D. Rodrigo en sus postreros momentos, y falleció el 6 de octubre de 1214, á los cincuenta y siete años y veinte y dos dias, habiendo reinado cincuenta y cinco. Sepultáronle en el monasterio de las Huelgas de Búrgos, donde le acompañaron luego la reina Doña Leonor, su hija Doña Berenguela, el arzobispo D. Rodrigo y varios ricoshomes del reino. Fueron sus albaceas el mismo arzobispo, D. Tello, obispo de Palencia, la condesa Doña Mencía, á la sazon abadesa de San Andrés de Arroyo, y Don Gonzalo Ruiz Jiron. Un pintor contemporaneo, segun la tosquedad de los rasgos, condecoró el altar mayor del hospital del rey con su retrato, donde aparece de gallarda estatura y hermoso rostro, aunque de colores algo subidos; era de nariz aguileña, frente salida, y de cabello y barba muy negros. La mencion de su muerte,

nes comedere, quam terram deserere decreverunt, nisi Dominus aliter provideret. Sed Dei abundantia pietatis misericorditer sic providit, ut prædicto pontifici alimonia non deesset, et fratrum indigentiam supportaret, usque in diem, qua terra Domini divitibus et pauperibus fructum dedit.

(1) Eo tempore, idem pontifex, in via publica, per quam Toletum Arabes gravius infestabant, castrum, quod Miraculum dicitur, populavit.

(2) ...Cum clamor insurgeret egenorum, idem pontifex verbum exposuit charitatis, et sic Omnipotens corda audientium inflammavit, ut ipse incipiente, cæteri qui verbum Domini audiebant, usque ad tempus fructuum cæteros pauperos receperint, et sic charitatis gratiarum numerum augmentavit, ut in tota urbe vix remanserit, qui exhibitorem proprium non haberet....

(1) Sed post accessum Arabum Roderico Pontifici, cujus erant, nuntio destinato, successores fortes et incolumes receperunt, et ipsi Toletum vehiculis sunt advecti ubi commoditate debita recreati usque ad sanitatis gaudium sub chirurgico remanserunt. Rodericus autem Pontifex, his dispositis, ivit Burgis ad regem nobilem Aldefonsum, qui opera ejus commendans in Domino dedit viginti aldeas in possessionem perpetuam ecclesiæ Toletanæ.

(2) ....in Aldea quadam Arevali, quæ dicitur Guterrius Munionis.....—Hay en España un sinnúmero de nombres de parajes que lo son tambien de hombres, de mujeres, etc., como D. Benito, D. Jimeno, Garcillan, Dª. Mencía, D. Gonzalo, etc., ya porque correspondieron á sujetos de aquel nombre, ó porque fueron sus fundadores, repobladores ó acrecentadores: como Gutierre-Muñoz, aldehuela del obispado de Avila, á dos leguas de Arévalo.

con todo el pormenor sobredicho, se halla, además de en D. Rodrigo y todos los cronistas, al márjen del memorial particular (kalendas) del monasterio de las Huelgas de Búrgos. Así como la memoria de Alfonso VI se cifra en la toma de Toledo, como que se apellida con la cláusula *qui cœpit Toletum*, se suele denotar á Alfonso VIII con el hecho que descuella esclarecidamente en su historia, á saber, su victoria sobre el rey de los Marroquíes en las Navas de Tolosa (1).

Se colocó el sepulcro de Alfonso en el centro del coro mismo de la iglesia de las Huelgas, sin epitafio ni mas realce que un escudo estampado sobre la piedra con un castillo dorado en campo de gules. Sobrevivióle su esposa la reina Leonor tan solos veinte y cinco dias, falleciendo en Búrgos el 31 del mismo octubre. Construyeron su túmulo á la izquierda del de su marido en las Huelgas, sin ponerle tampoco epitafio, esculpiéndole únicamente un leon de gules sobre campo de plata (2).

Al fallecer Alfonso VIII, rejia la era de César ó de España 1252 (1214 de J. C.). Ocupaba Inocencio III la silla de San Pedro; era Federico II emperador de Alemania en competencia con Oton IV; Henrique, hermano de Balduino, disfrutaba el solio del imperio latino en Oriente, residiendo en Constantinopla, así como Teodoro Láscaris el del imperio griego, morando en Nicea. Reinaba en Francia Felipe Augusto, quien, á los diez dias cabales de la muerte del Castellano, suegro de su hijo Luis, padre de Luis IX, acababa de ganar contra Oton, junto á la aldea de Bovines en Flándes, la decantada batalla de aquel nombre, con cuyo motivo el consorte de Blanca de Castilla fundó muy luego, en hacimiento de gracias, cerca de Senlis, la abadía de Nuestra Señora de la Victoria. Ocupaba Juan, hermano de Ricardo, el trono de Inglaterra; Alejandro II el de Escocia, y Valdemaro II el de Dinamarca. Era Casimiro II duque de Polonia; Andrés II duque de Hungría; y en fin, en la misma Península, era rey de Leon y último allí de aquel nombre Alfonso IX; Jaime I de Aragon; Sancho de Navarra, y Alfonso II de Portugal, mientras la España musulmana estaba con impaciencia aguantando, bajo diversos caudillos, la opresion de los emires almohades de la dinastía bereber de Abd el Mumen, y propendia recónditamente á libertarse de aquel yugo.

Entablóse el desposorio de Alfonso VIII con Leonor de Inglaterra en 1169, celebrando el rey sus primeras córtes en Búrgos por noviembre (1), aunque, como se ha visto, no se realizó hasta 1170. Envió el rey de Castilla en julio á Burdeos, en busca de Leonor, una embajada compuesta del arzobispo de Toledo, D. Cerebrun, de los obispos de Búrgos, de Palencia, Segovia y Calahorra, y varios condes y ricos-hombres. Hallábase Leonor en Burdeos con su madre, quien la entregó á los embajadores castellanos y aumentó su comitiva con el arzobispo de Burdeos, otros dos ó tres obispos y varios señores ingleses, gascones, bretones y normandos. El pueblo escojido para el desposorio fué Tarazona, donde se debian ratificar los capítulos matrimoniales en presencia del rey de Aragon, como pariente de la reina de Inglaterra, madre de Leonor. Gallardeó el rey de Castilla con su lozana comitiva al entrar en Tarazona, y los mismos prelados y ricos-hombres conductores de la novia le tributaron pleito homenaje á fuer de fieles vasallos. Solemnizáronse galanamente los desposorios por setiembre, cual nunca, dando el rey á Leonor como dote los pueblos de Búrgos, Castrojeriz, Dueñas, Amaya, Carrion, Aguilar, Medina del Campo, etc., con las rentas de otros varios parajes, con la propiedad de cuanto territorio pudiera conquistar en lo sucesivo; y encargó sobre la marcha á los embajadores ingleses que pasasen á posesionarse de todos aquellos sitios en nombre de la nueva reina, juramentándose en su presencia para el debido cumplimiento de todo el contrato. Pasó la corte de Tarazona á Búrgos, donde se repitieron los festejos con el ceremonial referido en la crónica de D. Alfonso el Sabio (2).

Trajo consigo Leonor á la corona de Castilla su derecho al ducado de Gascuña (3), y así se conservó en aquellos reyes hasta el acta de cesion que hizo Alfonso el Sabio al rey de Inglaterra, en 1.º de noviembre de 1254, traspasándolo por entero á su hermana Doña Leonor, casada con el príncipe heredero de la corona de Inglaterra.

Tuvo Alfonso VIII en Leonor, hija de Henri-

(1) XI non. octobris obiit serenissimus rex Castellæ Alphonsus fœlicis memoriæ, qui potentissimum regem Marroquitanorum campestri prœlio superavit, in loco qui dicitur Navas de Tolosa, era MCCLII.

(2) Obiit bonæ memoriæ regina Elienor, era MCCLII, primo kalend. novemb. (Nota marjinal de las kalendas de la metrópoli de Búrgos).

(1) Facta Charta Burgis in era 1207, 13 kal. decembris tunc temporisque Serenissimus rex Adefonsus ibi primò curiam celebravit (In Alarcon., script. 19).

(2) Véase Mat. de Paris; — Zurita, l. II, c. 28; Garibay, l. II, c. 16, y la Chr. jeneral. fol. 387.

(3) Pedro de Marca, Hist. del Bearne, l. VII, c. 8.

que II, rey de Inglaterra: 1.º Berenguela, por 1171, casada con Alfonso IX, su primo, rey de Leon, de quien tuvo á San Fernando, segundo de aquel nombre, reconociéndola al nacer heredera del reino de su padre, falleciendo este sin sucesion varonil (1);

2.º. Un hijo llamado Fernando, segun se opina por un privilejio conservado en el archivo de Calatrava, fecho en 28 de junio de 1173 (2), el cual murió verosimilmente á pocos dias de su nacimiento;

3.º Sancho, nacido en Búrgos, el 4 de abril, y muerto el año siguiente;

4.º Henrique, nacido á los dos años de Sancho, sucesor del padre, y el primero en España de aquel nombre, dándoselo su madre en obsequio de Henrique II de Inglaterra;

5.º Fernando, quien falleció poco antes de la batalla de las Navas (3);

6º. Urraca, nacida por 1187, casada con Alfonso II, rey de Portugal;

7.º Blanca, desposada con Luis VIII, hijo de Felipe Augusto, rey de Francia, y madre de San Luis, nacida en 1188;

8.º Un tercer Fernando que tambien murió muy tierno;

9.º Constancia, que tomó el hábito y falleció de abadesa del monasterio de las Huelgas en Búrgos y en 1243.

10.º Y en fin, Leonor, que despues se desposó con Jaime I de Aragon.

Añádeles la crónica jeneral de Alfonso una niña con el nombre de Mofalda, que murió soltera en Salamanca, y otras dos hijas, que fallecieron muy tiernas y cuyos nombres se ignoran. Leonor fué la que hizo construir el monasterio magnífico de las Huelgas en Búrgos (1).

Sucedió inmediatamente Henrique á su padre bajo la tutela de su madre Leonor.

Alfonso VIII, dueño de los muchos paises poblados de Arabes y de Mozárabes, esto es, cristianos árabes en cuanto á idioma, costumbres y entronques, hizo acuñar monedas en caractéres arábigos. Las hay muchas en los museos públicos y particulares de España. Casiri ha ido describiendo é interpretando las que posee el gabinete de la Real Academia de la Historia de Madrid. Algunas ha publicado tambien Adler en su Museo Borjiano, y las hay tambien en Paris, en el gabinete de medallas de la Biblioteca Real; y entre ellas una que voy á describir:

Trae en el ámbito las voces colocadas asi:

امير القتولقين الفنش بن

شنجة ايده الله ونصره

Amyr أمير

al-katulikin القتولقين

Alfunsch ben Schandja الفنش بن شنجة

ayda Allah ايده الله

we nasra ونصره

Esto es, «el emir de los católicos, Alfonso, hijo de Sancho, á quien Dios fortalezca y auxilie.»

Luego por todo el campo,

إمام البيعة المسيحية بابة رومية

Imam al biaa al Mesyhya baba Rumya; «el iman del Mesias, el papa de Roma.»

Leyenda:

بسم الاب والابن والروح

القدس الاله الواحد من

امن وتعمد يكون سالما

Besm el abu el aben we el ruh el kadus Allah el wahid min amin utamid ykun Salema, esto es, «en nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, que son un solo Dios; el que crea y se bautize quedará salvado (2).

(1) Rod. Tolet., l. IX, c. 5. — Si nullus esset masculus, præferri deberet Regina Legionum (Berengaria) tanquam primogenita, dice en términos absolutamente conformes Mateo de Paris en su Historia Anglorum (sub ann. 1216); y la Crónica jeneral, fol. 390: —Luego que esta infanta Doña Berenguela fué nascida, el rey D. Alfonso, su padre, mandó facer cortes en Búrgos, é fízola jurar por heredera del reino, é fué fecho ende privilejio é dado en fialdad et en guarda en el monasterio de las Huelgas de Búrgos. É empos desta Doña Berenguela ovieron fijo varon á que dijeron D. Sancho, é á que ficieron omenaje luego los de la tierra, et lo recibieron por heredero, mas luego á pocos dias finó: et ficieron otro sí que este infante D. Sancho fué finado otra vez omenaje á la sobredicha Berenguela otra vez los del reino otorgando su privilegio.

(2) Chrónica Alfonsi VIII, c. 29.

(3) Obiit in oppido Magerito, in diocesi Toletana, mense octobri, era MCCXLIX. (Rod. Tolet., lib. VII, cap. 36).

(1) Versos de Alfonso en lengua vulgar, y otros muchos.

(2) Evanjelio de San Márcos, cap. XVI, v. 16.

Léese por fin en la orla :

ضرب هذا الدينار بطليطله

ومايتين والف لتاريخ الصفر

عام واحد واربعين

Dhireb hadza aldinar bi Tholeithola aam wahed we arbain we maytyn we elf litarikh el Safar, esto es, se acuñó este dinar ( dinar de oro del valor de unos 55 reales ) en Tholeithola, el año uno y cuarenta y doscientos y mil (1241) de la época de El Safar, esto es, de la era Romana ó del Romano ( 1203 de J.-C. ) (1). La voz safar significa amarillo; y entabla Conde la pregunta de si el nombre de safar, usado por los Arabes para espresar la época ó la era española, procede estragadamente del nombre *sefared* ó *sefard*, como apellidan los Judíos á España, que procederia de ἑσπέριδα ó hespérida. *A la letra*, añade, *puede interpretarse época del Rojo* (debió decir *época del Azafran*); mas nos queda ahora que saber porqué usan los Arabes aquella voz como equivalente de Romano, sobre la cual corren dos tradiciones que Conde pasa por alto, pero no cabe duda en que *el Safar* significa positivamente Romano en los escritos arábigos, y allá un poeta anterior al islamismo, Adi ben Zeid, muy citado por los historiadores, apellida jeneralmente á los Romanos hijos de Asfar.

Al fallecer Alfonso VIII iba la España entablando grandiosamente el rumbo de su trasformacion, asomándole cada dia un nuevo rasgo de fisonomía moderna; descollaba ya su índole nacional, y al mismo paso se iba fraguando su idioma, y cuando no tenia la Italia todavía libro alguno escrito en lengua vulgar, ni se hablaba aun allende el Pirineo el francés, á penas intelijible en el dia, de San Luis y de Joinville, ya estaba la España poseyendo el poema del Cid y los escritos de Berceo, obvios desde luego para todo Castellano, á pesar de las variaciones sobrevenidas en su idioma.

Vamos á bosquejarlo un tanto cual se hallaba en la temporada que historiamos.

Tras la conquista de España por los Arabes, se promedió la nacion en dos porciones, una sojuzgada, y otra independiente.

Gozaba la primera, como se ha visto, el ejercicio libre de su relijion cristiana y de un gobierno particular con arreglo á las leyes godas; mas prohijaron todos el habla de sus conquistadores, en términos que por el siglo noveno sonaba vulgar y casi únicamente el árabe en boca de los cristianos, de lo cual se está lamentando desconsoladamente el mártir San Eulojio (1). Subdividióse la porcion independiente en estadillos menores, de cuya separacion fueron brotando varios dialectos del romance español, en cuyo medro tuvo su cabida mayor ó menor el elemento arábigo, pero en cantidad harto reparable para señalar entre todas las lenguas neo-latinas las dos hermanas en que Cervantes y el Camoens rasguearon sus partos peregrinos é inmortales (2). La revolucion sobrevenida en el latin al irse trajeando bajo la forma del romance vino á entablarse por un rumbo no siempre obvio para deslindarse, mas aparecen desde luego los resultados y se van fácilmente evidenciando. Así que las voces latinas que constituyen el caudal del habla castellana se fueron adulterando por un término estraño, ya con la mudanza de una vocal, ya de una consonante, con el aumento ú el cercen de algunas letras, y mas notablemente por el nuevo sesgo ú desvío de la declinacion latina. Hagamos algunos reparos para despejar el intento; el *au* de los latinos suele trocarse en *o*, y el *aurum* paró en oro, el *taurus* en toro, el *maurus* fué moro, el *paucus* poco, *autumnus* otoño, *laudare* loar, *gaudium* gozo, *thesaurus* tesoro, *pauper* pobre, *auditu* oido; advirtiéndose la misma particularidad en italiano, que hizo de *laudare* lodare, de *gaudere* godere, de *paucus* pocco, etc.

La *e* se trocó en diptongo de *ie*, é hicieron de *terra* tierra; de *nepos*, nieto; de *mel*, miel; de *fel*, hiel; de *ferrum*, hierro; de *membrum*, miembro; de *pellis*, piel; de *certus*, cierto; de *centum*, ciento.

Se convirtió á menudo la *i* en *e*, como en *imperator*, emperador; *infirmus*, enfermo; *digitus*, dedo; *cingere*, ceñir; *siccus*, seco; *pilus*, pelo; *sigillum*, sello; *viretum*, verjel.

La *u* se mudó en *o* para los derivados castellanos, y así de *lutum* se hizo lodo, de *gutta* gota; el *duplex* fué doble, el *currere* correr, *turdus*, tordo, *curvus*, corvo, *ulmus*, olmo, *musca*, mosca, *tussis*, tos, *buxus*, boj, etc., así como en la primera persona del plural en todos los

(1) Háblase de la era de Augusto ú de España, en la Historia de España de El Makari ( mss. arab. 704, t. I, fol. 47 á la vuelta): « César, cuya era, que es la de los Romanos, precedió al nacimiento del Mesías;» é igualmente en el folio 45 á la vuelta: « La era de los Romanos conocida en los paises estranjeros. »

(1) Eulogii Cordubensis Opera, Hisp. illust., t. III.

(2) . . . . . . Facies non omnibus una,
Nec diversa tamen: qualem decet esse sororum.
OVID METAMORPH., l. II., v. 2.

verbos ; y así lo suelen practicar los Italianos, como de *multi* molti, de *suspicor* sospettare, de *duplex* doppio, etc.

Propendió la *o* al *ue*; el *noster*, *vester* se hizo nuestro, vuestro ; el *populus*, pueblo; *solum*, suelo ; *somnus*, sueño ; *ossis*, hueso; *hospes*, huésped ; *porta*, puerta ; *rota*, rueda; *corda*, cuerda ; *bonus*, bueno ; *novus*, nuevo ; *hortus*, huerto y huerta ; *corium*, cuero ; *cornu*, cuerno ; *corvus*, cuervo ; de *longe*, lejos ; de *hostis* hueste. En italiano, y aun en francés, se ha conservado mas la *o* etimolójica, como en *popolo*, *nostro*, *sonno*, *porta*, *notre*, *sommeil*, *porte*, etc.

Entre las consonantes se suele sustituir la *b* á la *p*; el latin *capra* se hizo cabra ; el *caput*, cabeza y cabo ; *cooperire*, cubrir; *duplex*, doble ; *episcopus*, obispo ; *lupus*, lobo ; *ropere*, robar ; *sapere*, saber, *superbia*, soberbia ; *vipera*, víbora ; *upupa*, abubilla. Los Italianos, trocando la *b* en *v* de las raices latinas, hicieron de *supernus* sovrano, de *episcopus* vescovo, etc., pero retuvieron por lo mas la consonante orijinal. Pujó el francés al cambio castellano, y trocó el *duplex* en double, *cooperire* en couvrir, *capra* en chevre, etc.

Allá por cierta redundancia que infunde mas brio á la pronunciacion, trasformaron el final *men* en *umbre*, y trocaron *alumen* en alumbre; *culmen* en cumbre, *lumen* en lumbre, etc.

La *c* fué casi por donde quiera trascendiendo en sonido de *g*; y así de *acuere* se fraguó aguzar ; de *acus*, aguja ; *alacres*, alegres; *amicus*, amigo ; *gallaici*, gallegos ; *cythara*, guitarra, *crassus*, graso ; *draco*, dragon ; *dico*, digo; *facio*, hago ; *ficus*, higo ; *focus*, fuego ; *hac hora*, agora ó ahora; *hoc anno*, ogaño ; *illico*, luego ; *lacus*, lago ; *locus*, lugar ; *sacratus*, sagrado ; *urtica*, ortiga, y así con otros muchos, aunque tambien se conservó la *c* con frecuencia.

La *c* y la *p*, seguidas de *l*, se truecan en *ll*, como *clavis* en llave ; *clamare*, en llamar ; *plenus*, lleno ; *planus*, llano ; *flamma*, llama ; *pluvia*, lluvia ; *plorare*, llorar, etc.

Cuando á la *e* sigue una *t* en el latin, el romance muda la *ct* en *ch*, como en *despectus*, despecho ; *dictum*, dicho ; *directum*, derecho; *ductus*, ducho ; *factum*, hecho ; *lacte*, leche ; *lectum*, lecho ; *lucta*, lucha ; *nocte*, noche; *pectus*, pecho ; *tractus*, trecho ; *tectum*, techo.

La *d*, letra un tantillo recia para la pronunciacion, suele ahogarse y desaparecer en la trasformacion de la voz latina, como de *audire*, oir ; *cadere*, caer ; *comedere*, comer ; *credere*, creer ; *crudelis*, cruel ; *desiderium*, deseo ; *fides*, fe ; *fidelis*, fiel ; *fœdus*, feo ; *hodie*, hoy; *judex*, juez ; *laudare*, loar ; *medulla*, meollo; *padus*, po ; *radius*, rayo ; *radix*, raiz ; *rodere*, roer ; *radere*, raer ; *videre*, ver ; *vindicare*, vengar.

La *t* mas fuerte se muda en *d*: *amatus*, amado ; *lectus*, leido ; *auditus*, oido. Las terminaciones en *tas* se truecan en *dad*, como *bonitas* en bondad ; *charitas*, caridad ; *pietas*, piedad; *suavitas*, suavidad, etc. ; como igualmente de *catena*, cadena ; *latus*, lado ; *letus*, ledo ; *latinus*, ladino ; *natare*, nadar ; *rotare*, rodar ; *seta*, seda ; *totus*, todo ; *vita*, vida ; *vitus*, vid, etc.

En francés suele seguirse mas cercanamente la índole de la lengua madre, y los Italianos duplican la *t*, como en *stimatto*, *letto*, ó meramente como en *bontà*, *carità*, etc., y trocando á veces la *d* en dos *gg*, como de *hodie*, oggi, de *manducare*, manggiare, etc.

En muchas voces castellanas suele tomar la *h* el lugar de la *f*, como de *faba*, haba; de *fabulare*, hablar ; de *falco*, halcon ; *fames*, hambre ; *farina*, harina ; *fatum*, hado ; *fel*, hiel ; *ferire*, herir ; *ferrum*, hierro ; *filius*, hijo ; *fossa*, huesa ; *femina*, hembra ; *formosus*, hermoso ; *formica*, hormiga ; *fovea*, hoya ; *fumus*, humo ; *fuga*, huida ; *fungus*, hongo ; *furtum*, hurto, etc.

Suele la *g* trocarse en *y* ; así de *gelu*, yelo ú hielo; *gener*, yerno; *gypsum*, yeso; *plaga*, playa; *regnum*, reyno; *greges*, *reges*, *leges*, greyes, reyes, leyes, etc. Desapareció enteramente la *g* en otros vocablos, como en *corrigia*, correa ; *digitus*, dedo ; *frigus*, frio ; *fugio*, huyo ; *legere*, leer ; *magis*, mas ; *magister*, maestro ; *regina*, reina ; *regalis*, real ; *sigillum*, sello ; *sagitta*, saeta ; *vagina*, vayna, etc.

Asoman muchas voces latinas con la *l* convertida en *g* ó en *j*, como *alienus*, ajeno; *alium*, ajo ; *auricula*, oreja ; *consilium*, consejo ; *cuniculus*, conejo ; *coagulum*, cuajo ; *folium*, hoja; *filius*, hijo ; *melior*, mejor ; *milium*, mijo ; *oculus*, ojo ; *palea*, paja ; *speculum*, espejo; *tegula*, teja ; *vetulus*, viejo, etc. Tomó tambien la *l* el lugar de la *r*, y por la inversa, como de *lilium*, lirio ; *robur*, roble ; *palpebræ*, párpados ; ó al revés, *arbor*, árbol ; *carcer*, cárcel; *cerebrum*, celebro ; *periculum*, peligro ; *miraculum*, milagro.

La *n* ya desaparece en ciertas voces, ya se añade á otras; entre aquellas, *anima*, alma; *consuere*, coser ; *insula*, isla ; *salnitrum*, salitre; *sensu*, seso ; *sponsus*, esposo ; de estas otras : *halitus*, aliento; *macula*, mancha; *matta*, manta, y algunas mas. Las voces que en lo antiguo se escribian con dos *nn*, ó con *gn* segun la etimolojía latina, se han escrito despues con la

*ñ* pronunciada como el *gn* italiano ú francés, *Spagna*, *ingegno*, *regne*, etc. Abundan mucho estas en castellano, como *annus*, año; *autumnus*, otoño; *balneum*, baño; *canna*, caña; *canabis*, cáñamo; *castanea*, castaña; *cingere*, ceñir; *damnum*, daño; *Hispania*, España; *intranea*, entrañas; *insanire*, ensañarse; *pugnus*, puño; *scamnum*, escaño; *tingere*, teñir; *vinea*, viña, y otros muchos.

La *q* y la *c* recias se trocaron á menudo en *g*, y así se hizo de *æqualis*, igual; de *aliquis*, alguien; de *antiquus*, antiguo; *aqua*, agua; *aquila*, águila; *equa*, yegua; *sequi*, seguir, etc.

La *s*, en la temporada que estamos historiando, y aun despues, se solia trocar en *g*. Léese en las siete Partidas: *si otro gelo embargare*, *bien ge lo pueden demandar*; trocóse posteriormente en *x* ó en *j*, propendiendo al sonido natural de esta. La *capsa* fué caja; *roseus*, rojo; *Salo*, Jalon; *sapo*, jabon; *semis*, jeme; *Sœtabis*, Játiva; *Sucro*, Júcar.

La *t*, cargando la *i* con otra vocal, se convirtió en *c*, con arreglo á la pronunciacion de los antiguos, volviéndose á veces *z*; así *avaritia* se escribió avaricia, de *captare* se formó cazar, de *duritia*, dureza; de *oscitare*, bostezar; de *platea*, plaza; de *puteus*, pozo; de *singultu*, sollozo, etc.

Ocurrieron al principio estos trastrueques de letras por ignorancia y tropiezo, tomando el oido allá un sonido por otro, como era natural en el desbarro de los Arabes en el pronunciar las voces latinas que la precision les hacia usar, estrechando ú contrayendo muchos vocablos corrientes. Toda terminacion en *bilis* solia contraerse por igual; por ejemplo, *amabilis* sonó amable; *nobilis*, noble; *terribilis*, terrible, etc.; *aperire*, abrir; *diabolo*, diablo; *fabulari*, hablar; *laborare*, labrar; *libero*, libre; *littera*, letra; *miraculum*, milagro; *regula*, regla; *stabulum*, establo; *tabula*, tabla, y un sinnúmero de otros. El uso, que á veces paró en regla jeneral, hizo añadir al principio ú al fin de las dicciones varias letras, anteponiendo una *e* á las palabras líquidas, como en *scamnum*, escaño; *schola*, escuela; *spiritus*, espíritu; *spina*, espina; *spatium*, espacio; *speculum*, espejo; *sterilis*, estéril; *stabilis*, estable, etc.; aunque esta particularidad corresponde mas bien al tiempo ya posterior en que se fijó el idioma. Hay que añadir á las voces contraidas: arrancar, de *averruncare*; don, de *donum*; mes; de *mensis*; loable, de *laudabilis*; ojo, de *oculus*; proa, de *prora*; rio de *rivus*; azúcar, de *saccarum*; trueno, de *tonitruum*; tos, de *tussis*; trigo, de *triticum*, etc., etc. Por la inversa de voces contraidas, se fueron formando de *advena*, advenedizo; *bombus*, zumbido; *levare*, levantar; *ora*, orilla; *ovis*, oveja; *præco*, pregonero; *ripa*, ribera; *ruga*, arruga; *semen*, simiente; *sera*, cerradura; *testis*, testigo; *turbine*, torbellino, y otros por el mismo rumbo.

De todos estos manantiales fué naciendo el idioma nuevo, hermano del francés, del italiano y del portugués, é hijos todos del latin, cuya sintáxis prohijaron en grandísima parte; mas el conjunto vario ó inconexo de las circunstancias que cupieron á la España vino á labrar su gramática con una estampa peculiar; prohijando además, por el atraso de los tiempos, ciertas demasías y locuciones estrañas que se fueron por fin vinculando con el uso. Así fué el recargo de pronombres demostrativos *aquel*, *este*; el empleo de infinitivos con el pretérito *ibam*, en vez del pretérito imperfecto del subjuntivo, como por *amaret illum*, *amare illum ibat* ó *ivisset*, de donde salió *amaria* y *amase*; el recargo de dos negaciones á la griega, que tambien rije en francés, como *no he visto á nadie*; la repeticion de los infinitivos junto á los verbos, como *habrás de hacer*, *tornó á ser*; el menudeo de los jerundios, *diciendo*, *escribiendo*, etc.

Varió y se adulteró mas y mas la ortografía, principalmente en la temporada histórica que traemos entre manos, por el roce mas estrecho de los literatos latinos con los arábigos, y así se están multiplicando las letras árabes *ha*, *kha* y *za*, espresadas con las latinas *h*, *x*, y *z*; luego la pronunciacion recia y gutural de la *c*, *g*, y *j* y de la *x*, y la entonacion de la postrera sílaba en ciertas palabras, como *desden*, *piedad*, *escribir*, *recrear*, *entender*, *diré*, *jamás*, *correji*, *oracion*, *despues*, *atrás*, etc.; otro tanto ocurre con cierto jénero de espresiones, jiros y fórmulas á lo árabe en las bendiciones y cortesanías: ¡*Que Dios guarde*! — ¡*Que esté en el cielo*! — ¡*Que de Dios goce*! etc.

No asoma por lo demás rastro del castellano vulgar antes del siglo doce, pues cuantos documentos fechan sobre aquel plazo, hasta las escrituras y actas privadas, están en latin; bien que tan bárbaro y salpicado de voces ya desfiguradas y de solecismos, que por do quiera se palpa una habla vulgar, diversa positivamente de la que usa trabajosamente el notario.

En los reinados esclarecidos de aquellos Fernandos y Alfonsos de Castilla, de los Sanchos, Pedros, Jaimes y Alfonsos de Aragon y de Portugal, que en los siglos once, doce y trece echaron el resto en esplayar y afianzar con tantísimo denuedo y pujanza el poderío cristiano, cupo al habla vulgar, con los acontecimientos y los varones que la usaban, nuevo brio y gallar-

día; fué medrando y floreciendo con los aujes de la nacion entera que descollaba esclarecidamente, y se engalanó con el señorío y el boato caballeresco, y con aquel ímpetu y aquel caudal de símiles y pinceladas, con aquella majestad imperial que la encumbran sobre todas las lenguas neo-latinas sus hermanas. *Incessu patuit Dea.* Acudieron últimamente diversas causales á robustecerla y amenizarla, y entre ellas abultá el movimiento político, á cuyo arrimo se fué engrandeciendo y entonando con la mezcla de las cinco naciones que estaban poblando las Castillas, Portugal y Aragon, á saber: los Muzárabes, los Españoles, los Francos, los Arabes y los Judíos: los Muzárabes, descendientes de los antiguos dueños del pais, siempre tan fieles, aun bajo el dominio musulman, á la relijion y á los usos de sus padres, que Alfonso VI los halló en Toledo celebrando todavía los oficios godos de Leandro y de Isidoro de Sevilla en toda su pureza nativa; los Españoles ó nuevos conquistadores, descendientes de los antiguos Hispano-Romanos, con mezcla de sangre goda ó sin ella, Asturianos, Leoneses, Gallegos, Aragoneses, Castellanos, etc.; los Francos, aquellos estranjeros llegados para guerrear en España contra los Arabes, y avecindados ya en la Península, y en particular los confinantes de antemano, gobernándose por sus propios fueros mas ó menos estensos, de donde proceden las voces *franquear*, *franqueza*, *franco*; y en fin, los Arabes y Judíos, quienes vivian á sus respectivas leyes, acudiendo á las mezquitas y sinagogas, como en tiempo de los emires y califas.

Barajados en el propio solar y teniendo que rozarse y contratar imprescindiblemente, alternando con sus idiomas, vinieron á plantear el castellano con el señorío y garbo que acabamos de significar. Siguieron sin embargo predominando en las notarías el árabe y el latin, alternando al modo de lo que sucede con el francés y el aleman en los pueblos crecidos de la Alsacia; y así como hay en ellos periódicos en ambos idiomas, solian estenderse las actas públicas de España en arábigo y en castellano, pues las actas revueltas de este con el latin no pasan de los diez años primeros del siglo doce. Sin embargo, ya en el reinado de Alfonso VIII se fueron aficionando los Españoles al consonante y á cierto metro, hirviendo ya la Península de *trovadores* y *cántigas* en lengua vulgar. La obra de mas entidad en aquella temporada, y en el reinado mismo de Alfonso VIII, es el poema sobre Santo Domingo de Silos, por fray Alonso de Berceo, quien falleció, segun se opina, por 1211, antes de la batalla de las Navas.

Vamos pues á redondear nuestra digresion con tres muestras del habla que usaban los Españoles á principios del siglo trece; la una en romance revuelto con el latin, la otra en prosa ya pura, y la tercera en romance métrico y aconsonantado. Son los tres monumentos mas antiguos en aquel jénero, y seguirémos el órden cronolójico. Conceptuamos la historia del idioma de un pueblo como parte de la misma nacionalidad, y bajo este concepto debe ser tan interesante como todos los demás visos de su existencia anterior. Cuantos opinan de distinto modo pueden orillar todo el final de este capítulo.

I.

*Muestra del romance revuelto con el latin, del año* 1191 *de la era cristiana.*

« In Christi nomine et ejus gratia. Ego Donus Alvarus Johannes neto de Doña Maria Mescabello, donamus a poner unam terram, que habemus sub dominio Talavere, et in termino de Fontanellas, et habet terminos contra Orientem nostram terram: contra Meridiem maiolum, quod possuit Petrus Prior Sancti Michaelis in terram nostram: contra Occidentem rivulo de Fontanellas: contra Aquilonem similiter terra nostra. Nos supradicti donamus hanc terram tibi Nunio Levita Sancti Michaelis, ut plantes in ea maiolum, sicut mos est. Et quando istum maiolum fuerit de partir, ut partamus eum, et accipiamus eum, et accipiamus nos prædicti tertiam partem de hoc maiolo, et tu prædictus Nunius, ut accipies duabus tercibus de maiolo isto, et sint tuos tibi, et hereditariis tui. Et si aliquis homo, tam de nostris, quam estraneis vobis hanc terram, aut postque positam fuerit vinea, voluerit contradicere, aut demandare, ut nos supradicti arretremus eum, aut qui omnia nostra hereditaverit, sicut mos est in Talavera, vel in Toleto. Facta carta in mense Februarii, Era M.CC.XIX. (año 1191). Huius rei sunt testes. Et donamus nos supradicti Alvarus et Salvator tibi Nunno illum pratum, qui est in Occidente de illa terra supradicta, ut plantes ibi vinna, aut arbores, aut qui facias ibi ortum, si volueris. Et si hoc feceris, dona nobis nostra medietate. Et si nolueris facere ibi aliquid, laxa nobis nostra hereditate de prato. Et nos supradicti Alvarus, et Salvator, et Nunius auturgamus hanc cartam coram testibus, qui præsentes fuerunt. In hac carta habet interescritum partem. — Ego Iohannes Pelagii confirmo. —

Ego Iustus Iohannis testis. — Ego Fernando testis. — Ego Iohannes Iusti testor et notavi. »

II.

*Maestra del romance castellano puro del año 1206.*

« In Dei nomine, et eius gratia. Esta es avenencia e camio que fezo Donna Cecilia Labadessa (1) del Monasterio de Sant Climent, con voluntad e otorgamiento de nostro Seniore Padre onrado Larcebispo de Toledo D. Martino, e Primat de Spania, *quem Deus salvet et onret* (2). Labadessa nomrada fezo esta havenentia con Don Fernando Pedrez, fillo de D. Pedro Matheo, *quem Deus perdonne*. Tal avenentia fezo, que del dia doy delessa (3) D. Fernando Pedrez, e des esses (4) de toda la heredad quel tiene en Aldea Darganz (5) el, e ome por el, de tierras, vineas, ortos, prados, molinos, casas, corrales, solares, entradas, y essidas (6), e de quantas derechuras avie en Aldea Darganz la conomrada de las Aldeas de Toledo, e delessos, e desessione de poco e de mucho, como que le avie, o le devie ad haber, e delessolo al Monasterio de Sant Climent, que sea heredad de sus heredades del Monasterio de Sant Climent, e nol remasó (7) a Don Fernando Pedrez el conomrado, ni poco, ni mucho, ni entrada, ni essida en Aldea Darganz la conomrada, ni a el, ni a omne por el. E por esto que D. Fernando Pedrez dio al Monasterio de Sant Climent, dio la Abadessa conomrada, e so convent en camio a D. Fernando Pedrez el conomrada, dieronle, e desessieronse dello, dieronle en Aldea de Rielves de las Aldeas de Toledo, *que Deus salvet*, dieronle la meatad de quantas tierras an oy en dia, e deben ad aver tro (8) al dia doy on Aldea conomrada de Rielves, e si en esta meatad quel dieron huviere Fernando Pedrez heredad para ses yugos de buees (9) a cada yugo VIII. Kafizadas semmadura, las duas partes de trigo, e la tercera de cebada, tengalo, e sea pagado, e si non ovierez y tanto ena (10) mediatat pora ses yugos, como dicho es, quel den cumplimiento en otra meatat, que es del Monasterio. E dieronle a Don Fernan Pedrez la meatat de casas, de corrales, e de solares, e de las eras, e deras, e de tierras para ortos, e meatat de prados, e meatat de las vineas, e de maliolos (1), que oy en dia an, et que deben ad aver tro al dia de oy porqual guisa seqnier que sea (2). E dan ye el tercio de la heredad, que fo de D. Julian Filio Dalvacil Ceid en Aldea de Daralviejo de las Aldeas de Toledo, e otro si, le dan el tercio de prados, e casas, e corrales, e solares, e aguas, e entradas, e essidas de quanto pertenescie a Don Julian el conomrado, de heredo su filio Donna Luna, la que es soror del Monasterio, fueras los majolos, que son de Don Alvaro, e en esto ad a seer pagado Fernando Pedrez, como dicho es. E este camio, que Labadessa fezo, e so convent con D. Fernan Pedrez en Aldea de Rielves, et en Aldea de Daralviejo, secundo, que connomrado es, non remasso a Labadessa, nin a so Convent en ellas, ni poco, ni mucho, ni entrada, ni essida, ni pedition (3) ninguna, ni a ellas, ni a omne por ellas. E sopo Labadessa, e so Convent, que dieron, e que prisieron (4), e sopo como senie Fernand Pedrez, aquello que tiene Arganz, e non se entorparon (5), ni se enganearon en algo, ni non se les encrubrio ninguna cosa, ni a ellas, ni a Fernand Pedrez, e vinieron que todo se tornaba en provecho del Monasterio, e sopieron, e entendieron lo que ficieron, e otorgaronlo por siempre maes (6) los unos, e los otros, e nunqua maes non ayan poder de tornarse (7) dest fecho. E que aya Don Fernand Pedrez esta heredad conomrada, quel da Labadessa connomrada, e so Convent per camio, que sea D. Fernand Pedrez, derechero heredamiento por siempre maes del e de su generacion, e faga della su voluntad, venda, e camie, e de a qui quisiere, e sobre esta conveneutia deste camio ficieron romper a Don Fernando sus Cartas, las que tenie de la heredad conomrada Darganz, e si alguno sacare a Fernand Pedrez poco, o mucho desto, que dio Labadessa, e so Convent por camio en Aldea de Rielves, e de Daralviejo, secundo que dicho es, quel Monasterio conomrado, e

(1) Cambio, que hizo Dª. Cecilia la Abadesa.

(2) *Quem Deus salvet et onret*, fórmula árabe de cortesanía.

(3) *Delessa*, deja, del latin *laxat*.

(4) *E des esses*, y de allí sale se *desase*, se *desapodera:* de *exit*.

(5) *Darganz*, de Arganza.

(6) *Essidas*, salidas; de *exitus*.

(7) *Nol remasó*, no le quedó. *Non illi remansit.*

(8) *Tro*, hasta.

(9) *Ses yugos de buees*, seis yugos de bueyes.

(10) *Y tanto ena*, allí tanto en la.

(1) *Maliolos*, majuelos.

(2) *Por cual guisa sequier que sea*, por cualquiera manera que sea.

(3) *Pedition*, accion á pedir.

(4) *E que prisieron*, y lo que tomaron.

(5) *Entorparon* por *entorpecieron*, *engañaron*, como lo esplica el verbo siguiente.

(6) *Por siempre maes*, por siempre jamás.

(7) *Tornarse*, volverse, apartarse de lo hecho.

so aver couro (1) a Don Fernand Pedrez el connomrado valia (2) daquello aquel sacaren. E sobre esto ficieron firmar si firmas (3) buenas derecheras por passar, e otorgaderas de tiempo, e de sazon, et escribieron sos nomres proprias manos e los que no sopieron escribir escribieron por ellos.

Fecha la Carta en XVI. dias de Janero, Era M.CC.XL.IIII. Et acrescieron (4) en esta conveniencia, que si oviere D. Fernando Pedrez en esta mealad, quel dan de Rielves, cumplimiento de XL. VIII. Kafizadas, como dicho es, tengalo Don Fernando, e sea pagado, e si oviere y (5) de maes, lesselo, e si non oviere y tanto, e oviere y tro a XL. V. tengalo, e sea pagado. E si non oviere y cumplimiento a XL. V. Kafizadas, como dicho es, cumplane en sulco de lo so a (6) cumplimiento de XL. V. Kafizadas, secundo que vieren los omes buenos, que foren partillo. E si por aventura paresquiere otra Carta desta heredad de D. Fernando, o del Monasterio nomrado, non vala, ni aya fuerza, ni non vala otra Carta sino esta. — Ego Cecilia Abbadesa desuper nominata confirmo, et jussi scribere nomen meum. »

III.

*Muestra de versos en romance del poema de fray Gonzalo de Berceo, del año de 1211.*

Por amor que creades (7) que vos digo (8) verdad,
Quiero vos dar a esto una autoridad,
Como fo (9) el Propheta, fablo certenidad (10),
Por onde fo afirmada la su gran santidad.

San Vicente avia nombre un Martyr anciano
Sabina i Christeta de ambas fo hermano.
Todos por Dios murieron de violenta mano.
Todos yacien (11) en Avila non vos miento un grano (12).

(1) *Coure*, cubra, recobre, satisfaga.
(2) *Valia*, valor, precio.
(3) *Firmas*, testigos.
(4) *Acrescieron*, acrecentaron, añadieron.
(5) *Y*, ahí ó allí, *ibi*, *illic*.
(6) *Cumplane en sulco de lo so a*, cúmplanle en tierra que esté pagada, ó á surco de la suya hasta.
(7) *Creades*, creais.
(8) *Que vos digo*, que os digo.
(9) *Fo*, fué.
(10) *Fablo certenidad*, hablo verdad.
(11) *Yacien*, yacian, estaban, ó reposaban.
(12) *Non vos miento un grano*, no os miento nada.

El rey Don Fernando siempre amo bondad
E metie en complirlo toda su voluntad (1)
Asino de trasladarlos a mejor santidad,
E metellos en tumbas de mejor honestidad.

Asino (2) un buen consejo, essa fardida lanza (3),
Traerlos a San Pedro que dicen de Arlanza
Con esse buen viento abrien mejor finanza (4)
Serien mejor (5) servidos sin ninguna dubdanza (6).

Contra tierras de Lara, faza una contrada (7),
En rio de Arlanza en una renconada (8);
Y aciessen Monasterio (9) una casa honrada
San Pedro de Arlanza es por nombre llamada.

Avia ay un Abad Santo Siervo del Criador.
Don García por nombre de bondad amador
Era del Monasterio cabdillo (10) y señor.
La grey demostraba cual era el Pastor.

En vision le vino de fer un mysterio
De aquellos Santos Martyres cuerpos de tan gran precio
E los desenterrarse del vivo Cimenterio
E que los aduxiesse (11) para el su Monasterio.

Fablo con el Rey al cual de Dios bon passo
Al que dicen Fernando un principe muy precioso
Tobolo (12) por buen seso, e por fecho fermoso (13)
Non fo para cumplirlo el Abad perezoso.

Convido los Obispos, e los provinciales,
Abades e priores otros Monges Claustrales,
Diaconos e Prestes otras personas tales,
Del Señorio todos los Mayorales.

Foron i Cavalleros i grandes Infanzones,
De los Pueblos menudos mugeres y varones,
De diversas maneras eran las processiones,
Unos cantavan laudes, otros dicen canciones.

(1) *E metie*, y metia.
(2) *Asino un buen consejo*, asigno un buen consejo.
(3) *Essa fardida lanza*, esta lanza atrevida, designacion de D. Fernando.
(4) *Abrien mejor finanza*, tendrian en mayor veneracion.
(5) *Serien mejor*, serian mejor.
(6) *Dubdanza*, duda.
(7) *Faza una contrada*, hace una contrada.
(8) *En rio de Arlanza en una renconada*, en rio de Arlanza en un rincon.
(9) *Y aciessen Monasterio*, yacia el Monasterio.
(10) *Cabdillo*, caudillo.
(11) *E que los aduxiesse*, y que los llevase.
(12) *Tobolo*, túvolo.
(13) *Fecho fermoso*, hecho hermoso.

Aduxieron (1) el cuerpo de Señor San Vicente,
E de las sus hermanas, honrado viene gente
Todos cantando laudes al Dios Omnipotente
E sobre pecadores a siempre cosimente (2).

Trabesaron el Duero, essa agua caudal,
Abueltas Duraton, Esgueva otro tal
Llegaron a Arlanza acerca del ostal
Non entrarien las gentes en un grande corral.

Señor Santo Domingo el natural Cannas
E nascio (3) en buen punto pleno de bonas mañas.
I viene cabdellando (4) essas bonas campañas
Faciendo captenencias que no abrien calanas.

Condesaron los cuerpos otro dia de mañana
Vincencio, e Sabina, e Christeta su hermana
Metieronlos en tumba firme e adornada.
Facia gran alegria essa gente Castellana.

En essa translacion de estos tres hermanos
Fueron muchos enfermos de dolores sanos
Los unos de los pies los otros de las manos
A Dios Christianas i Christianos.

Abades Obispos e Canonges (5) Reglares,
Llevaron ende reliquias todos a sus Lugares,
Mas el Abad de Silos e sus familiares,
Solo no las osaron tañer de sus polgares (6).

Vino á su Monasterio el buen Abad bendito
Fo de sus Compañeros mui bien recibido
Dijo el BENEDICITE en voz muy sabrido
Dijeron ellos DOMINUS en son bono cumplido (7).

(1) *Aduxieron*, trajeron.
(2) *A siempre cosimente*, se ha siempre misericordiosamente.
(3) *E nascio*, y nació.
(4) *Cabdellando*, caudillando.
(5) *Canonges*, canónigos.
(6) *Polgares*, pulgares.
(7) *Son bono cumplido*, en su buen cumplido.

# CAPITULO SEXTO.

*Guerras civiles de los Musulmanes en España.—Caudillos andaluces que se declaran independientes: Abu Djomail en Valencia; Ebn Hud en Murcia; Ebn el Ahmar en Jaen y en Granada.—Guerras con los cristianos.—Correrias del rey D. Fernando hasta Jerez.—Batalla de Guadalete.—Campañas en Aragon y en Andalucía.—Toma de las Baleares.—Toma de Ubeda y de Córdoba.—Discordias entre los Musulmanes.—El rey D. Jaime les toma Valencia.—Recapitulacion del reinado de los emires de Marruecos.*

**DESDE 1212 HASTA 1242.**

Dejarémos, por un plazo de treinta años, hablar esclusivamente á los Arabes, para oir luego á los cristianos, y así vendrémos á presenciar por entrambas perspectivas la historia de la Península, pues Conde tan solo nos ofrece el envés (1).

Desde el aciago trance de El Akab, dice (2), va menguando en España la dinastía de los Almohades. Vencido y despechado El Nasr, achacaba aquel fracaso, no al esfuerzo y valentía de los cristianos, sino á la culpa de los caudillos andaluces; y así llegado á Sevilla, se disparó en venganzas tremendas, degollando á los de mayor suposicion y apeando á los demás de sus alcaidías y tenencias. Lastimóse hasta lo mas vivo la nobleza andaluza con tropelía tan violenta, y el afan de venganza fué labrando en los ánimos

(1) En Conde, IV parte, c. 1, 2, 3 y 4.
(2) Este libro, dice en el prólogo, viene á ser como el revés de nuestros anales.... y así hay que leerlo como escrito por un injenio arábigo, siendo efectivamente fiel traduccion de varios autores.

pundonorosos la disposicion á manifestar oportunamente los estragos de su ira. Fuése El Nasr al Africa, desatendiendo el recobro de sus pérdidas con nuevas y poderosas campañas; pues ya se dijo cómo llegado á Marruecos, se ocultó en su alcázar, se encenagó en deleites y feneció emponzoñado por mano de los ministros de sus venganzas y de sus recreos. Era muy mozo su hijo y sucesor El Mostansir, y vivió siempre bajo la tutela de sus jeques y deudos, los cuales se fueron repartiendo todas las provincias de Africa y de España, no con intento de gobernarlas justa y prósperamente durante su menoría, sino para desangrarlas y atropellarlas desenfrenadamente. Wazires y walíes, sus lugartenientes, vivian en acecho de cuantas coyunturas se les rodeasen para enriquecerse, y mientras la dañada administracion estaba desangrando mas y mas las provincias, los cristianos andaban á sus anchuras asolando las campiñas, abrasando las aldeas, matando ú cautivando á los moradores andaluces, y apropiándose las fortalezas, en términos de quedar la raya musulmana absolutamente indefensa. Entretanto El Mostansir se dedicaba á la cria de ganados, pastoreando personalmente, en vez de guerrear, y dejando que su preciosa grey de los Musulmanes de España feneciese en las garras de lobos rabiosos. Falleció al fin sin dejar sucesion, y con las mañas y tramoyas de los jeques ascendió al solio Abd el Wahid, su tio, hijo de Abu-Yakub; sus hermanos Cid Abu Mohamed y Cid Abu el Ola estaban imperando ferreamente en España, y desde entónces asomó el descontento de los pueblos de Andalucía. Descolló en Murcia, con el dictado de emir, Abu Mohamed, apellidándose El Adhel (el Justo). Declaráronse por él todos los jeques de la provincia, y al abrigo de tantísima turbulencia, se fueron abanderizando otros muchos en incesantes creces. Se mancomunó Mohamed, walí de Baeza, con los cristianos, para sostenerse en su mando, auxiliándoles en todas sus correrías por el pais. La calamidad jeneral redundó en odio mortal contra el emir Adhel, maldiciéndole los pueblos y pregonándolo en las mezquitas como enemigo de Dios y perseguidor de los fieles. Otro tanto acaeció en Africa, pues los jeques depusieron al emir Abd el Wahid y proclamaron á su hermano el afamado Cid Abu el Ola el Mamun, esclarecido príncipe, á no enconarse la suerte contra su alcurnia. Aterró á los rebeldes, estremeció á sus enemigos, y para atajar el ímpetu de los trastornos y el vaiven de la anarquía que estaban aquejando el imperio, vedó el consejo de los jeques, siempre desmandados en el gobierno de los Almohades; mas no arrinconó á los ministros ambiciosos que estaban componiendo su consejo, y luego se le alborotaron y emprendieron nuevas sediciones, así en Africa como en España, donde ardia siempre el fuego de la discordia. Sublevaron contra él un jeneral valeroso, y para incitarlo á la guerra, lo proclamaron emir y sucesor lejítimo al solio de los Almohades. Este fué el jeque Yahya ben El Nasr, á quien Ola El Mamun venció con su denuedo y maestría sin igual, precisándole á enriscarse y guarecerse por cumbres y despeñaderos. Afianzaba al parecer aquella derrota al emir El Mamun la posesion del trono; y aquietadas las turbulencias de España, marchó desahogadamente para el Africa; mas no bien aporta, cuando se levanta en España un bando poderosísimo contra los Almohades. Abu Abdalá Ben Hud, caballero gallardo y descendiente de los antiguos emires de Zaragoza, presenciando aquella coyuntura de vengarse de los Almohades y recobrar los antiguos derechos de su familia, poseedora allá, como se ha visto, de un estado floreciente en la parte oriental de España, logra con su persuasiva y jenerosidad, y luego con la maña de sus allegados, juntar un crecido número de parciales á caballo, quienes le prometen morir en su servicio. Júntase en Escuriante (1), pueblo enriscado y de suyo fuertísimo, del término de Ujijar, y lo reconocen y proclaman unánimes por emir de los Musulmanes de España, solemnizando el nombramiento en 1.° de ramadan del año 625 (3 de agosto de 1228). Con el fin de bienquistarse y comprometer á los pueblos para seguirle y desentenderse de los Almohades, pregona que va á desagraviar á las jentes acosadas con las tropelías de sus mandarines; que planteará impuestos ó contribuciones legales, abolirá los pagos arbitrarios que están de continuo recargando sus tiranos (tal era el dictado odioso que les daban); zahiere la falta de relijion; predican imanes, khatebes y demás ministros del culto que se profanan las mezquitas, y á fin de inflamar hasta lo sumo el fanatismo popular, las bendicen y purifican con lustraciones y ceremonias públicas. El emir y la nobleza visten luto en demostracion de quebranto y desconsuelo, mientras el walí Abu Djomail Ebn Mordanisch mueve otra sublevacion en Valencia á favor suyo (2). Sabedor de tanta novedad

(1) Dice El Koday que fué en Suhur, y que sucedió á fines de redjeb.

(2) Llámale Conde Djomail en los capítulos 1 y 4, y Abu Djomail en el 2 y 3. Abu Djomail era nieto de aquel Abu Abdalá ben Mordanisch, que vimos allá ajustar un tratado de paz en 1149 con la república de Jénova, como se puede ver mas arriba; esforzado guerrero que suena en las crónicas españolas con los

Yahya ben Nasr, que vaga errante y fujitivo lejos de los ámbitos del imperio, se envalentona, fomenta mas y mas por su parte la discordia con sus emisarios por España, y encrudece el descontento y la guerra civil contra los Almohades. Regresa entónces Abu el Ola El Mamun á Andalucía, y lo primero que hace es ajustar una tregua con el rey Ferdelando de los cristianos, quien seguia hostilizándole con varias alternativas por la raya de Córdoba; dado este paso, acude El Mamun y echa el resto en busca del enemigo. Tropieza con la hueste de Ebn Hud en la campiña de Tarifa, se arrostran, se embisten, se ensangrientan, como si estuviesen profesando contrapuestas leyes; pelean indecisamente gran parte del dia, y al anochecer, postrados con su mutua matanza, suspenden acordes la horrorosa refriega. Anochece, sigue la tregua de aquellos valientes, y traban de nuevo al amanecer su lid reñidísima; pero los Almohades, en número inferior, no pueden ya contrarestar á los Andaluces; queda El Mamun vencido, pierde á sus jenerales descollantes, entre ellos á sus parientes Ibrahim ben Edris, Ebn Abu Ishak, walí de Ceuta, y Abu El Medjayed, walí de Badajoz; y sale gravemente herido Abu el Hasan, hijo del mismo El Mamun, y adalid de toda la vanguardia (6 de ramadan de 626 — 29 de julio de 1229). No quiere el emir El Mamun arriesgarse en nuevo trance; se retira, siempre temible, aunque vencido, á sus reales; y Ebn Hud no trata de hostigarle en su retirada, habiéndole costado carísima su victoria. Acuerda el vencido pasar al Africa, agolpar hueste poderosa y contrarestar con el número el denuedo de las banderas venturosas de Ebn Hud. Con este acuerdo dejó los negocios de España á cargo de su hijo Abu el Hasan, y de sus hermanos Cid Abu Abdalá y Cid Abu Mohamed, y pasó al Africa.

Entretanto Abu Djomail, avalorando aquellas turbulencias, se apodera de Valencia, arrojando al walí Cid Abu Mohamed ben el Mansur, ó Almanzor, hermano de El Mamun; sobrevinieron lances en que Cid Abu Mohamed peleó denodadamente, aunque sin ventaja, tanto que por último se guareció al arrimo del rey cristiano Gaymis, con quien estaba en paz, por verse ya desahuciado. Agasajóle el tirano Gaymis, enemigo mortal de los Musulmanes, mas no trató de reponerlo ni desagraviarle, pero se valió de aquel pretesto para talar y saquear el pais, entrando á fuer de amparador del walí apeado, y apoderándose en su nombre de varias fortalezas. Estalló la sublevacion de Valencia por Abu Djomail en el año de 627 (1230), cuando ya el tirano Gaymis habia quitado las Mayorcas á los Musulmanes.

Yahya ben El Nasr, noticioso de la victoria de Ebn Hud sobre el emir El Mamun, le envió luego mensajeros con albricias, brindándole además con su intimidad y alianza, y descolgándose de sus riscos para infestar el pais con sus tropas; mas como nunca el hombre gusta de terciar con otro ni en el mando ni en el cariño, no le contestó el emir Ebn Hud en los términos que él habia esperanzado; antes al contrario, como caudillo dilijente, adelantó un cuerpo de caballería que estaba mandando Aziz ben Abd el Melek, y se apoderó de Murcia por maña y arrojo de sus rais y de su cadhí Abu el Hasan el Kaseli, al arrimo, en aquella espedicion, de varias compañías de jinetes cristianos. Acudió luego personalmente á la ciudad, cuyo vecindario alucinó, protestando que su ánimo era únicamente el libertar al pueblo español de la opresion tiránica de los Almohades, estragadores de las costumbres musulmanas y causantes de las discordias y de la decadencia del estado. Tratábalos de bárbaros y de herejes deshermanados de los demás Musulmanes. Acosado el pueblo con el gobierno violentísimo de los Africanos, atropelladores de los mismos jeques, fué muy obvio el ir escitando los ánimos contra ellos, hasta el punto de aclamar con gran júbilo por saheb de Murcia á Mohamed ben Yusuf Ebn Hud. Descollaba este con sus prendas físicas y morales, y ante todo con su afluencia arrolladora, y así en poquísimos meses vino á señorear todo el pais, colocando en Murcia por caudillo y walí á su íntimo Aziz ben Abd el Melek; en Játiva, á Yahya el Hosein de Denia, donde puso al hijo de este mismo; y luego el pueblo apellidó á su emir Ebn Hud El Motawakel Elá Alá.

Con la ausencia del emir El Mamun, y con la última victoria y las novedades de Murcia, todo aparecia ya rendido á Ebn Hud para sus secuaces; mas noticiosos de que el walí de Sevilla, hermano de El Mamun, está en marcha contra ellos, le salen al encuentro. Trae el Sevillano soldadesca del Algarbe, y en contraresto de los preparativos de Ebn Hud, acude á los cristianos de Galicia, quienes llegan á Mérida con su caballería y se incorporan con los caudillos de Cid Abu Abdalá. Tropiézanse junto á Albanche, traban sangrientísima batalla, y vencidos los aliados, tienen que guarecerse en Mérida; y con Abdalá, que habia sido walí en Alcázar el Fetah

nombres, ya de Lupo, ya de Lop, y mas comunmente Aben Lop, sin duda porque tanto él como su padre Saïd trataban á los cristianos á manera de lobos con las ovejas, *ut lupus urget oves*. Y así era Abu Djomail de la alcurnia de los antiguos reyes de Valencia que por el siglo XII contrarestaron el poderío de los Almohades en España.

ó Abydanes, ocupado á la sazon, como tambien Montanches por los cristianos, se retira igualmente su hermano Abd el Rahman. Habia allí muchos gallardos jinetes almohades, pero preponderaban los afectos al partido de Ebn Hud, y estos últimos se amañaron tan eficazmente, que en la misma noche entregaron traidoramente sus compañeros á los jenerales del mismo Ebn Hud. Ocurrió aquella reñidísima refriega de Mérida en 629 (oct. ó nov. de 1231) (1). Al regreso de la raya de el-guf, trajeron ambos caudillos Abdalá ben Mohamed ben Wazir y su hermano Abu Omar Abd el Rahman á Sevilla, donde, á pesar de su mérito y nobleza, la plebe los atropelló, acuchilló y destrozó, muy á despecho del emir Ebn Hud, quien apreciaba muchísimo á Abd el Rahman por su injenio y erudicion, y por glosador de la peregrina cantinela elejíaca de su padre Abu Bekr. Cuéntase que dicho walí, al transitar por una vega amenísima, llamada Wadilhama, situada entre Arcos y Medina ben Zelim, oyó el arrullo suave y melancólico de un torcaz, y compuso los hermosísimos versos del quejido de la paloma, que los de Algarbe suelen cantar á la claridad de la luna. Dicen otros que el esclarecido caudillo Abu Omar y su hermano murieron alanceados por disposicion de Ebn Hud, de allí á poco, en su vuelta de Murcia á Granada con hueste poderosa; en cuya espedicion se le incorporaron á porfía los alcaides todos del pais, aclamándole triunfalmente el vecindario de la ciudad, en donde dicen que le presentaron entrambos jenerales prisioneros, quienes sobrellevaban su adversidad con asombrosa entereza, y los hizo degollar ó alancear ejecutivamente, desentendiéndose de la nombradía del padre y de las prendas de los hijos, y dando cumplimiento á su fatal destino un príncipe que se preciaba de humano y de literato. Recorrieron los Toledanos el territorio de Cazorla, ocupando sus fuertes, como tambien á Castalla, recobrada luego por los Musulmanes de la raya, arrojando á los cristianos. Estos por la parte de Algarbe se apoderaron de Torjiela, con sumo quebranto para los Musulmanes de Batalinsch, donde se hallaba de walí Ibrahim ben Mohamed, apellidado Abu Ishak.

Tres años antes (en 1228), el tirano Gaymis habia ido contra Mallorca con fuerzas poderosas y grandísimo aparato de bajeles; y Cid Abu Mohamed y los suyos conceptuaron que acudia á sostenerlos. Apoderóse de los puertos, entrando en la isla principal, á pesar de los conatos y el teson esclarecido del walí de la isla Said ben el Hakem ben Otman el Koraischy, de Tabira de Algarbe. Iba aquel sumo caudillo tendiendo asechanzas, en que con la continua matanza no dejaba dar un paso á los cristianos sin regarlo con su sangre; mas al fin tuvo que irse retirando hasta la alcazaba, donde siguió defendiéndose por algunos dias, y desahuciado por fin el vecindario, se rindió é hizo tributario con pactos vergonzosos (1). Siguieron al par los jerifes de Menorca y de Iviza, quienes se avasallaron al rey Gaymis. Eran estos cuatro jeques: Abdalá, saheb de Hisn el Yehwd, Aly de Beny Saida, Ebn Yahya, saheb de Beny Fabyn, y Mohamed, saheb de El Kayor, los cuales se sujetaron al vasallaje. Quedó Ebn Otman por walí de las islas, á instancias de los Musulmanes, y permaneció hasta que el cadhi Abu Abdalá ben Hescham se le sublevó por envidia; y acudiendo por sus reyertas de nuevo los cristianos, les agravaron estremadamente el yugo.

En el año de 1232 sobrevino la muerte inesperada del emir de los fieles Abu el Ola El Mamun, junto á Marruccos, y con aquel acontecimiento quedaron desahuciados los Almohades de España. Pregonó de nuevo Yahya ben El Nasr sus derechos ó pretensiones al solio de los Almohades; pero ya que estuviese mal fundado su derecho, su bando era menos poderoso que el de Ebn Hud, quien nacia ya tiempo lo estaba mirando como su competidor único. Mientras estos batallan aferradamente por la posesion de Andalucía, esmérase Djomail en irse ensanchando por su reinecillo de Valencia; está ocupando á Denia y coloca en su nombre por walí á su primo El Djezamy Mohamed ben Sobaya, quien arroja de allí á Hosein ben Yahya. Este se refujia junto á su padre, walí de Játiva, Ahmed ben Isa el Bhazradji, el cual, por sus riquezas y servicios, y luego por su entronque con Abu Omar ben Aly, era walí de su patria, y la recobró poco despues, conservándola hasta la entrada de los cristianos, como se dirá en adelante.

Yahya ben El Nasr junta sus tropas, llama y estimula á sus parciales y amigos, agolpa en Arjona su linda hueste, y entrega el mando á su sobrino Mohamed El Nasr de Arjona, mozo de esclarecidas prendas, pundonoroso y cuerdo como un anciano, y caudillo tan esforzado y eminente como el famoso Almanzor ben Aby Ahmer. Apellidaban al jentil guerrero El Ahmar, estimadísimo en toda Andalucía por su denuedo y su lozanía; y ansiosísimo de sobresalir

(1) En El Koday dice por equivocacion 627.

(1) El lúnes 3 del mes de safar de 626, que corresponde al último dia de diciembre (dice Ebn Abd el Halim, p. 179), ocurrió el grande acontecimiento de la pérdida de Mallorca. ¡ Así Dios la devuelva al islamismo !

sirviendo al tio, se encamina con su caballería á Jaen, tomándolo por asalto el dia de djuma de la luna de.... de 629 (1232). Tales fueron los principios de Ahmar. Cuatro años despues, murió su tío Yahya junto á Marruecos, dejando al sobrino el afan de su venganza y la herencia de su territorio y sus pretensiones. No divulgó hasta despues de afianzar á Guadix y Baeza aquella muerte, y entónces, en alas del aprecio y los aplausos de jeques y vecindarios, quedó proclamado emir de los Musulmanes en Arjona, Jaen, Guadix y Baeza, y al arrimo de varias fortalezas, se manifestó luego enemigo mortal del emir Ebn Hud y de todos sus allegados.

Enemiguísimo de los Musulmanes era el rey de los cristianos Ferdelando, y ardiendo en afan de lanzarlos de las Andalucías, recorria y talaba sus campiñas con incesantes cabalgatas y quemaba y destruia pueblos y aldeas. La discordia y guerra civil que mediaba entre los banderizos de Ebn Hud y los de Djomaíl, como tambien la novedad del partido poderoso de Mohamed El Ahmar, favorecian en gran manera sus intentos; vivian los pueblos desavenidos entre sí; los mas de los caides y walíes, árbitros en sus gobiernos, sobre no saber á quien atenerse, eran mas avarientos que cuerdos y leales, y se iban declarando sahebes independientes en sus ciudades y fortalezas para desentenderse de todos los partidos. Los vecindarios por su parte, halagados por la paz y el sosiego con que se les brindaba, se conceptuaban venturosos y seguros, al paso que iban quedando solos y sin arrimo. Esperanzados en tamañas desavenencias y disturbios, estaban ya los enemigos de Alá fundadamente preparando el postrer asalto á la cuitada y exánime Andalucía; y aun se hacia muy creible que vendria á desplomarse por sí misma, sin dejar mas que duelos y memorias amargas de lo mucho que habia sido. Asoma en aquel trance el rey Ferdelando con sus jinetes por las cercanías de Córdoba, toma fortalezas y cautiva ó mata á los moradores. Entran los suyos en Baeza á viva fuerza y degüellan á diestro y siniestro hasta á los ancianos, niños y mujeres, sin abstenerse de ir así derramando la sangre inocente. Yacen los pueblos despavoridos con tantísima crueldad, y así los cristianos siguen su rumbo sin tropiezo hasta los términos de Sevilla y de Jerez.

Desconsuélase en estremo el gallardo emir Ebn Hud con aquellos avances, y desentendiéndose de su nuevo competidor en el pais de Granada, habilita su jente para marchar contra los cristianos, convocando las tribus y agolpando hueste poderosa, cuya muchedumbre va cuajando cerros y valles. Vuela Ebn Hud en busca de los enemigos de Dios, acampados á la orilla del Guadalete, junto á Jerez, abarcando riquísima presa de ganados y cautivos. Avanzan los Musulmanes dando por suyos aquellos temerarios; avístanse las huestes, alza Ebn Hud sus tiendas por los olivares, y dispara mil jinetes musulmanes para escaramuzar con los cristianos; mas estos no asoman y se están escuadronando para la refriega. Desahuciados de salvar sus vidas, quieren de antemano tomar una venganza inhumana y violentísima; colocan á los cuitados Musulmanes cautivos, teniéndolos atados á vanguardia, los pasan todos á cuchillo, y el caudillo, para comprometer á los suyos peleando desesperadamente, les vocea: «Ahí teneis el mar á la espalda, delante al enemigo, no queda mas salvacion que la del cielo, y si hemos de morir, muramos vengados.» Oyen los jinetes de Ebn Hud el alarido de los prisioneros al degollarlos, acuden allá denodadamente y á carrera; muévese todo el campamento gritando desaforadamente Alakbirah, retumban tambores y trompas tan pavorosamente, cual si cielo y tierra se estuviesen desplomando. Arrójanse por su parte disparadamente los cristianos, y se traba una refriega sangrientísima, donde todos batallan como fieras; los cristianos, en formacion cerrada, arrollan á la caballería musulmana que embestia por el centro para alancearlos; confiados en su denuedo y en su número, se abren paso por la infantería, volcándola y hollándola á su albedrío. Revuelven sobre ellos los jinetes de los Musulmanes y redoblan el desconcierto y trastorno de su infantería, y se arrojan tras el enemigo revueltos con él por los olivares; por cuyo medio se salvaron en aquel dia los cristianos, aunque á muchísima costa; pereciendo tambien muchísimos Musulmanes voluntarios y gallardos caballeros de Ebn Hud. Esta segunda batalla de Guadalete ocurrió á fines del año de 630 (set. ú oct. de 1233).

En la España oriental, Abn Djomail, en venganza de la sangre musulmana derramada á raudales, va recorriendo y talando las campiñas de Aragon, destruyendo cortijadas y aldeas hasta Hisn Amposta y Tortosa, y vuelve de su espedicion con muchísimas riquezas y cautivos; pero los cristianos por su parte ocupan á Peñíscola, Castellon, Buñol y Alcalatan; entran de noche por sorpresa en Hisn-Almanzora por las orillas del Júcar; toman igualmente al fin del año á Morella, y sitian y rinden por capitulacion á Burriana, con resguardo de todo daño para el vecindario y los aldeanos de la comarca, en 631 (1234). Iba al mismo tiempo El Ahmar señoreando las ciudades de Loja y Alhama, y luego toda la sierra. Ufanos los cristianos con

sus gloriosos logros, marcharon sobre Ubeda, la asaltaron, formalizando el sitio con máquinas y artimañas, y así, aunque sumamente fortificada, tuvo que rendirse al rey Ferdelando, quien cumplió los pactos de seguridad ilesa para el vecindario y sus haberes. Ocurrió aquella pérdida en la luna de... del año 632 (1235). En el mismo año, los cruzados, con sus espediciones sobre el Algarbe, se hicieron dueños de Albanje y de otras fortalezas (1), sin que pudiesen los Musulmanes impedirlo, por sus aciagas desavenencias. Cupo la misma suerte á Medellin y á Mudela, aldeas de los Beny Meddely Beny Mordanisch, y otro tanto le estaba predestinado á la capital del imperio andaluz, la antigua y populosa Córdoba.

Junta el emir Ebn Hud sus tropas en Écija para acudir á Ubeda, y luego encaminarse á Granada, y acontece que la guarnicion cristiana de Ubeda, sabedora del sumo abandono y escaso resguardo de Córdoba, fragua una empresa desaforada, bajo el concepto de que la suerte favorece siempre al arrojado: incorpóranse con los fronterizos de Andujar, trepan sobre las almenas de Córdoba en una noche muy lóbrega, y se apoderan de una torre, degollando á los centinelas y á toda la guardia descuidada. Cae la torre á levante, amanece, y el vecindario atónito sabe la ocurrencia, corriendo allá los mas esforzados, mas es de suyo fuertísima la torre; defiéndenla con bizarría y rechazan á los asaltadores. Particípase el fracaso al emir Ebn Hud, espresándole el conflicto de la ciudad, y añadiendo que el rey Ferdelando acudia arrebatada y poderosamente al ataque de toda la ciudad; marcha Ebn Hud á su socorro, pero á mitad de camino le anuncian como ya los cristianos son dueños de todo el arrabal de Akarkia, y que el rey Ferdelando, llegado ya con crecidas fuerzas de Estremadura, tiene sus reales en Alcolea. Ebn Hud, no sabiendo á que atenerse, celebra consejo con sus caides; unos opinan por marchar al vuelo y contrastando á los cristianos alentar á los Cordobeses; otros mas apocados conceptúan ajeno de cordura el arrojarse á los enemigos sin cerciorarse antes de su número y situacion. Indeciso Ebn Hud, envia á un Don Suar que se halla en su campamento, para enterarse de la hueste de los cristianos; pero aquel enemigo de Dios vuelve mintiendo, abultando y engrandeciendo como innumerables las fuerzas contrarias; con lo cual y con el aviso que llega en aquel trance de parte del walí Djomail, despachado en Denia y noticiando á Ebn Hud como ha precisado á los cristianos á levantar el sitio de Cullera, pero que se le han apoderado de Moncada en las llanuras de Valencia, y que los enemigos de Dios están dispuestos para despojarlo de todo aquel pais; que corra y vuele en su auxilio para contrarestar al tirano Gaymis; que si le auxilia, se le rinde vasallo, anteponiéndole para señor al rey de los cristianos, quien le impondrá tributo con feísimas condiciones; lee Ebn Hud la carta á sus caudillos, y allá se arroja sin demora, ya por presenciar el desaliento de sus tropas, acobardadas por los Jerezanos y con la zozobra que les infunde un peligro cercano, ya esperanzado de afianzarse el afecto y los estados de Abu Djomail, desamparando á Córdoba y entregándose al raudal irresistible de la fatalidad, estampado en tablas diamantinas por la diestra del Altísimo. No da por perdida así como quiera á Córdoba, y aun siéndolo por una corta temporada, no quedará el quebranto sin arbitrio, no pudiéndola conservar los cristianos, encajonada allá en el centro de Andalucía, y cabiendo muy bien el recobrarla con hueste poderosa. Trábanse mientras tanto en su mismo recinto sangrientísimas peleas; su vecindario crecido y valeroso está mas y mas batallando por su patria, su libertad y su vida; redóblanse porfiadamente las refriegas por calles y plazas, sin quebrantarse su entereza y sin desesperanzar de su socorro; mas con el desengaño de su total desamparo, se acobardan y postran todos, hasta que por fin desahuciados, se rinden con decorosas condiciones; mas los cristianos, seguros ya de su triunfo cabal, tan solo conceden á los vecinos la vida, con la facultad de marcharse adonde les convenga. Queda así perdida la ciudad principal de Andalucía, rindiéndose al enemigo el domingo 23 de schawal de 623 (30 de junio de 1236), y viendo enarbolada la cruz por los chapiteles de las mezquitas, y profanada la grande aldjema de Abd el Rahman, convirtiéndola en su iglesia. Salen los cuitados Musulmanes de su Córdoba (¡así Dios nos la devuelva!), refujiándose por otros pueblos de Andalucía, y repartiéndose los cristianos sus casas y herencias; y luego fortalezas y poblaciones, al saber la rendicion de Córdoba y otras ciudades, entre ellas Baeza, Estepa, Écija y Almodovar, desahuciadas de toda resistencia, juran fe y homenaje al rey Ferdelando, quien las recibe por tributarias.

En el intermedio, Abu Djomail va juntando crecida hueste, y esperanzado de que Ebn Hud ha de acudir en su auxilio, marcha sobre Albarracin y lo sitia y estrecha con ahinco; los cristianos, muchos y valientes, resisten y aun asaltan los reales enemigos; siguen peleando

(1) Véanse las Crónicas de Francia en D. Bouquet.

con sumo teson por ambas partes, hasta que el vecindario, no contando con auxilio, hambriento y hecho una manada de lobos rabiosos, se arroja de nuevo á la refriega, y es tan desesperada y sangrienta, que Abu Djomail se ve precisado á levantar el campo y retirarse á Valencia, dejando la fortaleza en manos de sus dueños. Ocurrió esta lid á fines de djulhedjá del año 634 (agosto de 1237).

Sigue entretanto Ebn Hud marchando hácia Almería, con ánimo de embarcarse para Valencia y juntarse con Abu Djomail; llega á Almería, donde el caid Abd el Rahman lo hospeda en la alcazaba, lo agasaja con funcion particular y espléndido banquete, como tambien á todos sus caudillos, y en aquella misma noche del juéves de djumadá-el-awal, lo ahoga alevosamente en su propio lecho (15 de enero de 1238). Así feneció aquel emir empeñado en realzar la suerte de su alcurnia en aquella temporada de anarquía, siendo advertido, valeroso y digno de mejor estrella, habiendo Mohamed El Sabany celebrado en versos primorosos su peregrino heroismo. No malició su tropa la traicion, publicándose haber muerto de apoplejía ó de beodez, pero en suma le llegó la hora postrera decretada por Dios alto y poderoso. La soldadesca, muerto su emir y saheb, se fué marchando á su pais, sin que cupiese á los caudillos el retenerla y seguir la empresa entablada á favor de los Valencianos. En Murcia, sabido su fallecimiento, proclamaron á su hermano Aly ben Yusuf, apellidado Adid-Daulá. Ocurrió esto el 4 de moharrem del año siguiente 636 (16 de agosto de 1238), pero luego se levantó contra él Abu Djomail el Gazemi, y en breve logró arrollarlo, pues al arrimo del vecindario, se le abalanza un dia de djuma, 15 de ramadan, lo prende, y en lúnes 26 del mismo mes, lo degüella. Adolecian de irrelijiosos los Beny Hudes, y esto los perdió, dice el autor musulman. El alevoso caide de Almería Abd el Rahman, para congraciarse con Mohamed ben Yusuf, saheb de Arjona y de Jaen, hizo que las tribus de Almería con todo aquel territorio se declarasen por él; el walí de Jaen Ebn Khaled por su parte logró tambien granjearse los ánimos de los Granadinos; y Mohamed, que estaba siempre alerta, avaloró la proporcion, anduvo recorriendo el pais, le aclamaron, y entró en Granada al fin de ramadan de 635 (15 de mayo de 1238). Encargó el gobierno de los pueblos y de las provincias á sujetos aventajados en valor y cordura y á los que merecian mas privanza con el pueblo.

Los cristianos al mando del rey Djakum, que otros llaman Gaymis, iban mas y mas recorriendo y talando las huertas de Valencia; salen de Hisn-Schantamarya (Albarracin), haciendo voto de tomar el mismo Valencia, verjel y embeleso de España; juntan una hueste de ochenta mil infieles y atraviesan el Guad-al-Abiad; se adelanta la caballería de Abu Djomail para imposibilitarle el plantear sus reales, y por mas que anduvo escaramuzando algunos dias, no logró su intento, y por fin una muchedumbre infinita de Alfrank y de Barschalonna, que solo Dios su criador alcanzara á contarla, bloquea la ciudad por mar y por tierra; formalizan el sitio el 17 de ramadan de 635 (1.° de mayo de 1238), y empiezan á golpear los muros con máquinas y catapultas. Defiéndela esforzadamente el emir Abu Djomail con su soldadesca, pero entretanto implora el auxilio de Andaluces y Africanos, y con especialidad á los Beny Zeyanes, sus deudos, quienes acuden con sus bajeles. Asoma el refuerzo y permanece á la vista de Valencia por algunos dias, pero el temporal se embravece, no logran desembarcar en ningun punto de la costa y tienen que retirarse. Nadie llega de Andalucía, donde todo se vuelve zozobra y desasosiego, y la discordia está azorando á los walíes de Murcia, aspirando todos á la soberanía. Los Musulmanes de Valencia, acosados en estremo con los quebrantos de un sitio dilatado y el redoble incesante de asaltos y peleas, precisan á Abu Djomail á capitular. Salen dos caudillos con plenos poderes al intento y se avienen con el rey Djakum en rendirle la ciudad, dejando al vecindario toda la libertad de marcharse á donde quiera con sus haberes, y en que los quedados serán tributarios como los demás vasallos del rey, conservando el uso espedito de su relijion, leyes y costumbres, con toda libertad y resguardo, y además el ensanche de cierto plazo para disponer de sus personas y bienes. Firmadas estas condiciones por ambas partes y fijado el término, se rinde Valencia á Djakum el 17 de safar (28 de setiembre de 1238, víspera de San Miguel). Salen los Musulmanes en cinco dias de tan hermosa ciudad y trasponen el Júcar, no conceptuando por seguro el permanecer entre los cristianos. Así finó el reino de Djomail ben Zeyan y el imperio de los Musulmanes en Valencia.

No vino á despejar cabalmente Conde su relacion sacada de autores que no espresa, abarcando cuanto ocurrió en España por todo el período de treinta años, en que, tras el vuelco de los Almohades, sobresalen tres hechos trascendentales, á saber, la conquista de las Ba-

leares por la corona de Aragon, la de Córdoba por San Fernando de Castilla, y la de Valencia por En Jaime I de Aragon.

Antes de anudar el pormenor de los individuos y los negocios en los estados cristianos de la Peninsula por aquel período, tengo que referir, aunque sucintamente, por Ebn Abd el Halim, la historia correlativa de los sucesores de Mohamed El Nasr.

Muerto este en Marruecos al año de la batalla de El Akab, sucedióle, como ya dijimos, su hijo Yusuf, apellidado El Mostansir. Era su madre, llamada Fátima, de estado libre y esfera esclarecida, y aun parienta en cierto grado, siendo hija de Cid Abu Aly Yusuf, hijo de Abd el Mumen. Era El Mostansir de gallarda estatura, blanco y galan de rostro, con la nariz aguileña y la cabellera cumplida. Fueron sus secretarios de estado los mismos que tuvo el padre. Sus tios los wazires, con los jeques, se apoderaron de todos los poderes del estado, por la razon de que siendo niño y asomado apenas á la mocedad, carecia de esperiencia y conocimiento en los negocios, y así vinieron á reducir su califato á la clase de puramente honorífico, á la manera que los Turcos redujeron el de los Abasides en Oriente. Tampoco lo resistió él mismo, y así no asomó pugna sobre el particular á los principios de su reinado; mas luego cuando por fin quiso mandar por sí, quedó desobedecido, pues el mandarin de un pueblo soltaba la rienda á su albedrío, constituyéndose absoluto para fraguar y espedir decretos. Menguó la grandiosidad de los Almohades con El Mostansir, y al flaquear su pujanza, la fortuna les volvió la espalda; hubo sin embargo en su reinado paz, sosiego y sanidad. Desvió hácia el fin á sus tios, tanto paternos como maternos, pero fué mas bien de Marruecos que de las funciones preeminentes del estado; pues envió para gobernar la España á Abu Mohamed Abdalá, hijo de Almanzor, confiriéndole el gobierno de Valencia y Játiva, fundando en Murcia, Denia y sus dependencias feudos militares, y enviando tambien con él al jeque Abu Zeyd, hijo de Yardschan, uno de los jeques mas afamados y de suposicion entre los Almohades. Envió al mismo tiempo á su tio Abu el Ola el Grande (el primojénito) á Ifrikya para rechazar al Mayorky. Este Abu el Ola es el que edificó las dos torres que hay sobre la puerta de Almahdya, y la fortificó luego, y es tambien el autor de la torre del Oro en Sevilla, siendo su gobernador en vida del padre. Permaneció algun tiempo en Ifrikya, mas luego, apeado por el emir, le sucedió el jeque Abu Mohamed Abdalá, hijo de Abu Hafs. En el año de 614 (1217), los Musulmanes quedaron derrotados en Keasrabydanes, siendo, dice Ebn Abd el Halim, uno de los grandísimos descalabros semejantes al de El Akab, por cuanto Alfunsch (Alfonso II de Portugal), sitiando á Kasr Aby-Danés, arrolló á los guerreros de Sevilla, Córdoba, Jaen y los Algarbes, quienes acudian al socorro de la plaza, y los fué acuchillando en el alcance hasta acabar con todos; volvió luego al sitio, esforzándolo con tal ahinco que entró por asalto y degolló á cuantos Musulmanes pudo hallar en todo el recinto (1). En el año de 620 (1223), falleció en Marruecos el emir Yusuf el Mostansir: era aficionadísimo á toros y caballos, y traia terneros de España, complaciéndose en criarlos por su propia mano en los establos de su alcázar; pero una noche, acercándose á caballo sobre las vacas, una de ellas asombrada le clavó el asta por el corazon, y murió al punto en sábado 12 de djulhedjá de 620 (6 de enero de 1224). No dejó mas sucesion que la de un niño, aun en el vientre de una esclava. Tampoco se movió de su corte durante todo su califato, entregando el gobierno del imperio á los estadistas que le aventajaban en desempeño (2).

Proclamaron á Abu Mohamed Abd el Wahed, hijo del emir el mumenyn Yusuf, dicen que á su pesar, en la mezquita de Almanzor del alcázar de Marruecos, á las diez de la mañana, en domingo 12 de djulhedjá de 620. Era muy anciano, y ejerció dos meses el mando absoluto de los Almohades; leyéndose en el ámbito del imperio la plegaria en su nombre, menos en Murcia, donde el sobrino, hijo de su hermano, Cid Abu Mohamed Abdalá, no quiso reconocerlo, siendo gobernador y apellidándose El Adhel (el Justo), aconsejado por su wazir Abu Zeyd, por sobrenombre El Asfar (el Amarillo). Descollaba este último por su travesura entre los Al-

(1) Refieren los Anales I de Toledo aquel acontecimiento de este modo y con la fecha correspondiente, deslindándola en el 25 de setiembre: — Vino grand huest en barcas por sobre mar, gientes que non entendíamos, é arribaron á Carsabodenez, é fueron allá de Portugal, é los freyres de los otros regnos, é ayuntáronse los reyes é los Moros con toda Andaluz, é lidiaron con los Christianos, é vencieron los Christianos á los Moros, é mataron mas de LX mil Moros, XXV dias de septemb. era MCCLV. (Annal. Toledanos I, p. 400).

(2) Reinó tres mil seiscientos veinte y cinco dias, que sumados en años, componen diez con cuatro meses y dos dias, siendo el primero de este un miércoles 11 de schaban de 610, que fué el dia de su coronacion, y el último el sábado 12 de djulhedjá de 620. (Ebn Abd el Halim, mss. orij., p. 161).

mohades, pues Almanzor al verle se encomendaba á Dios, temeroso de sus maldades, prorumpiendo: «¡ Malhayan esas manos fraguadoras de tantas guerras, ó El Asfar!» Llegada pues la noticia á Murcia de la proclamacion de Abu Mohamed Abd el Wahed, dijo Abu Zeyd á Cid Abdalá ben Almanzor: —«Ni por sueño reconozcas á Abd el Wahed; tú eres el habiente derecho al califato antes que él, pues eres hijo de Almanzor, hermano de El Nasr, tio de El Mostansir; tienes cordura, tino, despejo, trascendencia, jenerosidad y luces, y en brindándote personalmente á los Almohades, ni dos habrá que se te opongan; y así manos á la obra para dar al través con el gobierno de El Wahed antes que se robustezca.» Con esto Cid Abu Mohamed junta arrebatadamente á los Almohades, faquíes y jeques de Murcia y sus dependenc as, instándoles á que lo reconozcan por su emir y se juramenten con él, como lo hicieron. Escribió luego á su hermano Cid Abu El Ola, saheb de Sevilla, con el propio intento, como tambien lo verificó desde luego, juramentándose igualmente, haciéndolo reconocer por el vecindario de Sevilla y los Almohades todos de su jurisdiccion; pero casi todos los pueblos vinieron á desentenderse de aquel llamamiento.

Empeñado El Adhel antetodo en hacerse reconocer por la capital del imperio, escribió á los jeques vocales en el divan de Marruecos, incitándolos á proclamarle y apear á Abd el Wahed, prometiéndoles montes de oro, gobiernos y encumbramientos; y entónces á su impulso se agolparon en busca del emir el mumenyu Abd el Wahed, amenazándole de muerte, si no abdicaba y reconocia á El Adhel. Avínose aquel á todo (sábado 21 de schaban de 621), y se retiraron dejándolo al cargo de algunos que lo tuviesen siempre arredrado. Volvieron el 22 á su empeño, y llamando al cadhi, á los faquíes y jeques, pregonaron su renuncia y avasallamiento jurado á El Adhel; pero á los tres dias lo agarrotaron, sin que conste el motivo, saqueando el palacio, se apropiaron sus tesoros y cautivaron sus mujeres, deshonrándolo así hasta en los puntos mas respetables; y este fué el primero de los hijos de Abd el Mumen que haya sido depuesto y muerto, no habiendo ejemplar semejante con emir alguno de todos sus antecesores. Procedieron los jeques almohades, dice Ebn Abd el Halim, como antiguamente los Mogoles con el último califa de los Abasides. Aquel desenfreno fué el causador de su esterminio en imperio, reyes y jeques, abriendo así ellos mismos la puerta para sus alborotos y trastornos. Ocurrió la muerte de Abd el Wahed en la noche del miércoles 5 de ramadan de 621 (20 de setiembre de 1224). Su reinado todo fué de doscientos cuarenta y cinco dias, como cuenta Ebn Abd el Halim, ó de ocho meses y cinco dias, siendo el primero un domingo, y el postrero el sábado de la renuncia (1).

Su competidor Abu Mohamed, hijo de Almanzor, se llamaba Abdalá. Apellidábanle El Adhel fi Ahhkyam Alá Toala (el Justo en las leyes de Dios altísimo). Era su madre esclava y madre de varones; y era además cristiana de las cautivas de Santarem, y llamábase Sirra el Hasne. Era de tez blanca, gallarda estatura, aunque cenceña, ojos negros y encendidos, nariz arqueada, y ralo de barba por las mejillas; tenia tino en los negocios, mas en punto á relijion, se preciaba poco de timorato. Se le reconoció por emir y luego único soberano, el 15 de safar de 621 (el 9 de marzo de 1224). Prestáronle juramento los Almohades en jeneral, esceplo los moradores de Ifrikya, tras la abdicacion de su tio paterno Abd el Wahed, el domingo 22 de schaban de 621 (8 de setiembre de 1224). Cid Abu Zeyd, hijo de Abdalá, príncipe de Valencia, Játiva y Denia, se negó al pronto y únicamente á reconocerlo, como tambien los gobernadores de Ifrikya y los Beny Hafs de Mahadya. Cid Abu Mohamed, al ver que su hermano Abu Zeyd iba dilatando el aclamar á El Adhel, alzándose á soberano, hizo lo mismo en Baeza, quebrantando el juramento que tenia hecho á El Adhel, y exhortó á sus pueblos para que se juramentasen con él. Luego los vecindarios de Baeza (Bayasat), Córdoba, Jaen (Djayan) y Kaschtala, con las fortalezas del Puente-Medio, se le avasallaron; y se apellidó El Bayasy por haberse proclamado en Baeza, con lo cual se iba ensangrentando mas y mas la guerra entre los hijos de Abd el Mumen. Envia allá El Adhel á su hermano Cid Abu el Ola con hueste poderosa para sitiar á Baeza; pero al verse cercado, reconoce á El Adhel, logra engañar á Abu el Ola, y al verle marchar, se perjura de nuevo pidiendo auxilio á Alfonso contra El Adhel, brindándole con Baeza y Castalla, y fué el primero de la alcurnia que entregó pueblos ó fortalezas á los cristianos en pago de algun servicio. Envíale Alfonso veinte mil caballos; junta luego y acaudilla su oficialidad y tropa, en número de cuarenta mil hombres, y se encamina desde Córdoba á Sevilla, en cuyas cercanías tropieza con Cid Abu el Ola mandando un crecido cuerpo de tropas. Llegan pronto á las manos, y tras reñida pelea, queda vencido El Ola, apoderándose El Bayasi con los cristianos de armas, caballos y cuantas preciosidades hay

(1) Ebn Abd el Halim. p. 162.

en los reales. Asústase El Adhel, teme que le atajen la carrera del califato, y se marcha de España para Mauritania. Llega á Marruecos, se sienta en el solio, entrega, como virey, á su hermano El Ola el gobierno de España; pero en el mes de schawal de 624 (octubre de 1227), este se perjura con su hermano, se le rebela y se brinda al pueblo para que se juramente con él, apellidándose El Mamun con el dictado que está anhelando. El vecindario de Sevilla es el primero que se le juramenta, siguiéndole luego los mas de las Andalucías. Corriente ya por la parte de España, escribe á los Almohades de Marruecos para incitarlos á que lo aclamen y se sujeten á su obediencia, esperanzándolos con ricas promesas; y así aunque titubean al pronto, se arrojan por fin unánimes á deponer á El Adhel; acuden á su alcázar y le requieren que deje el imperio; mas á fuer de acreedor, lo resiste; lo abocan al tazon de una fuente, con amagos de ahogarle al punto, si no renuncia y aclama con juramento á su hermano El Mamun. Contesta: «Haced cuanto querais, mas no he de morir sin el dictado de emir de los fieles.» Entónces le desciñen el turbante, se lo enroscan al cuello y están tirando hasta que con la cabeza metida en la fuente espira, el mártes 22 de schawal de 624 (3 de octubre de 1227). Al pronto enviaron su juramento á El Mamun; mas luego, ya por zozobra, ya por insubsistencia, se arrepintieron, recien partido el mensaje para el nuevo emir, y proclamaron á un hijo de Mohamed el Nasr (Yahya ben El Nasr) en su lugar. Fué el reinado de El Adhel, desde su reconocimiento en Murcia hasta su muerte, de tres años, siete meses y nueve dias (1).

El nuevo proclamado Yahya era hijo de Abdalá el Nasr y bisnieto de Abd el Mumen; apellidábanle Abu Zakaryy; segun otros, Soleiman, titulándose El Motasem Billá. Era muy mozo, de arrogante estatura, entre rubio y ceji-junto. Juramentáronse acordes los jeques almohades, despues de estarlo ya con El Mamun, probablemente con la zozobra de su encono, por estar muy encariñado con el hermano El Adhel antes de sus competencias ambiciosas que los deshermanaron; pues constábales su entereza y se maliciaron con fundamento que los reconviniese de cuanto habian practicado sin su disposicion contra El Adhel, aun siendo á favor suyo; temblaron, dice terminantemente nuestro historiador, de que los residenciase por el homicidio de su tio Abd El Wahed el Depuesto (El Maghlu), como tambien por el del hermano, y por tanto le contrapusieron desde luego un emir cuya índole fuese graciable, y así se prendaron de Yahya ben El Nasr, mozo de diez y seis años, con quien se juramentaron en la mezquita de Almanzor del alcázar de Marruecos, tras el rezo de vísperas, el miércoles 28 de schawal de 624 (10 de octubre 1227). Unicamente las tribus árabes de Khalteh y de Haskura se desentendieron de aquel reconocimiento, diciendo que estaban ya juramentadas con El Mamun, y no querian retractarse. Con cuyo motivo tuvo Yahya que juntar hueste de Almohades y voluntarios de todas las tribus para enviarla en su demanda; pero aquellos Arabes la sobrepujaron en varios trances y siguieron obedeciendo á El Mamun, regresando los Almohades vencidos á Marruecos. Yahya, tras su investidura en aquella capital, hizo degollar al jeque Abu Zeyd con su hijo Abdalá, colgando sus cabezas á la puerta de El kohhul (Babel-kohhul), haciendo tambien pasear sus cadáveres por las calles de la ciudad. Estuvo Yahya reinando un mes en Marruecos, mas luego fué todo al través: se encarecieron los abastos, se plagaron las carreteras de salteadores; talas y asolaciones trastornaron el Maghreb; arreciando luego el partido almohade de El Mamun contra el jóven emir hijo de El Nasr, tuvo este que huir de Marruecos, guareciéndose en Tynmal, por el mes de djumadá-el-akher de 626 (en mayo de 1229). Los jeques almohades, resabiados en cambiar de emires á su antojo, se nombraron un gobernador para escudarse con el nombre de El Mamun; renováronle su juramento, y le noticiaron la huida de Yahya de Marruecos á la serranía, instándole á venir para posesionarse del mando. Permaneció Yahya cuatro meses en Tynmal, y de improviso cambió de parecer y se introdujo en Marruecos, y degollando al gobernador en su mansion de siete dias, pasó á la sierra de Tchalan para atajar el rumbo á El Mamun, que se encaminaba á Marruecos. Siguió luego guerreando contra El Mamun y su hijo El Raschid, hasta que lo mataron alevosamente en el valle de Abdalá; y así vino á reinar nueve años y nueve dias, empleados todos en hostilizar á El Mamun y á su hijo (1).

Llamábase Edris el Mamun hijo de Almanzor Abu el Ola, cuando lo proclamaron emir, mas desde entónces tomó el dictado de El Mamun. Era su madre española, de clase libre; llamábase Safya, y era hija del emir Abu Abdalá ben Sad de Valencia. Era blanco, oji-negro, gallardo y afluente, y siendo jurisconsulto, sa-

(1) Ebn Abd el Halim, p. 163.

(1) Ebn Abd el Halim, fol. 164.

bia de memoria todas las sentencias del profeta; descollaba además su maestría en descifrar los manuscritos del Alcoran y en predicar con voz hermosísima, y antetodo se señoreaba con el árabe literal, escribiéndolo además con primor. Aun se guardaban cartas suyas en tiempo del Granadino Ebn el Halim, sumo encarecedor de tan peregrino pendolista, añadiendo, por última pincelada de su panejírico, que estuvo en todo su reinado leyendo y esplicando los libros de El Mowtah, de El Bokhary (Avicena) y las leyes de Ebn Dawd (los Proverbios de Salomon). Hermanaba con prendas tan eminentes un denuedo arrojadísimo que le allanaba las empresas mas arduas; era no obstante sanguinario, y no se paraba en tropiezos, si se atravesaban tal vez á sus intentos. Habia nacido en Málaga el año de 581 (1185), y lo encumbraron al califato en el arduo trance de estar ya el podcrío de los Almohades asomado á su esterminio, y cuando todo era anarquía por España, pues batallaban tres bandos por el imperio, mientras los cristianos se iban mas y mas internando por el territorio musulman. Descollaba en Ifrikya la alcurnia de los Beny Hafses, y los Beny-Merinis se habian arrojado al Maghreb y conquistado la parte meridional hasta el Zahra, planteando gobiernos por su cuenta y nombre. El Mamun, no sabiendo á quien dar oidos, prorumpió en el acto de tomar posesion del imperio. «Eran tantísimos los corzos ante el gato montés, que á pesar de su maestría, no acertaba á entresacarlos en el cazadero.» Se le juramentaron desde luego, como se ha visto, en Sevilla, un juéves 2 de schawal del año 624 (1227), y al proclamarse, quedó unánimemente reconocido por los diputados, así de España como de Tánjer, Ceuta y parte de la provincia de Fez. Escribió al punto á los jeques de los consejos supremos residentes en Marruecos, instándolos para juramentarse con él y apear á su hermano El Adhel: obedeciéronle desaladamente, mas se propasaron, por lo visto, de sus deseos matando al competidor. Ya se ha dicho como recienproclamado, se retractaron, traspasando el juramento á su sobrino El Nasr; y aunque fué en el mismo dia, era ya cuando habian despachado el correo para España. Juramentados una vez los Almohades en Sevilla, dispuso que se leyese y pregonase el acta por toda España, poniéndose luego en camino para Marruecos, solio del imperio. Adelántase hácia Aljeciras en ademan de atravesar el Estrecho, y sabe que los Almohades se han retractado, juramentándose con su sobrino Yahya; baja la cabeza, y luego prorumpe en aquellos versos, que entonó allá Hasan, cuando asesinaron al emir el Mumenin Olman:

Llega y suena el correo pregonando,
¿Cuándo, cuándo
Asomais, vengadores
De Olman, y degollais sus matadores?

En seguida pide al rey de Castilla auxilio contra los Almohades, suplicándole que le envie tropa cristiana para pasar á Mauritania en su compañía y acabar con Yahya y sus parciales. Contesta el Castellano: «Corriente, irán allá las tropas, pero con la precisa condicion de entregarme antes diez plazas fronterizas á mi albedrío; y si logras entrar en Marruecos, has de edificar en medio de la ciudad una iglesia para los cristianos que te acompañen, profesando allí públicamente su relijion y tañendo las campanas para las horas de su rezo. Si hubiese algun cristiano que tratase de hacerse musulman, que no se le reciba, y se entregue á los hermanos para que se le sentencie segun su ley; pero si al contrario algun musulman se quisiere cristianar, que no se le estorbe ni retraiga de su intento por ningun jénero de arbitrio.» Convenido todo, le envia Alfonso hasta doce mil caballos para pasar con él á Mauritania, y es el primer emir que se ha valido allí de tropas cristianas. Se le incorporaron en ramadan de 626 (agosto de 1229), dejando en España un virey en aquella coyuntura tan ardua de haberse juramentado los mas de los pueblos con Ebn Hud, aclamándolo califa por los paises orientales de España. Pasó de Aljeciras, en el mes de djulkadá de 626 (setiembre ú octubre de 1229), á Ceuta, donde permaneció algun tiempo para luego encaminarse contra Marruecos: pero atacóle en sus cercanías Yahya, á la hora de vísperas ó hácia el anochecer, en sábado, 25 de rabi-el-awal de 627 (10 de febrero de 1230); mas quedó Yahya derrotado y huyó hácia la sierra, dejando muerta gran parte de su soldadesca almohade (1).

Entra El Mamun en la ciudad de Marruecos, acuden jeneralmente los Almohades á rendirle juramento, sube al púlpito en la mezquita de Almanzor, y entona al pueblo una plegaria, maldiciendo á El Mahdy, y espresando, segun refiere nuestro historiador: «O pueblo, no le estés ahí apellidando el impecable, sino seductor y embustero; llámale impostor y malvado, pues no hay otro Mahdy Alá (encaminado por Dios) que Isa (Jesús); y por tanto hemos desechado sus aciagos mandamientos.» Luego al fin

(1) Ebn Abd el Halim, p. 165.

del rezo, añade, aludiendo á una profecia sobre el derrumbo del imperio bajo un Edris: — « O junta de Almohades, no creais que soy el mismo Edris acabador de este reino; no por cierto, no soy yo, sino que ha de venir detrás, si place así á Dios todopoderoso. » Baja luego del púlpito y escribe y manda á todos los pueblos de su obediencia que revoquen las instituciones de El Mahdy. Cercena su nombre en las plegarias, lo raspa y borra de las monedas de oro y los dirhemes, las hace acuñar todas redondas (eran cuadradas las antiguas de los Almohades), y luego pregona que cuanto ha hecho El Mahdy, y por tanto que cuanto por consiguiente habian practicado sus antecesores, no era relijion, sino impostura, y por ningun título debia conservarse. Enciérrase luego por tres dias en su alcázar; por fin al cuarto dia junta los jeques y prohombres almohades, y prorumpe: —«O señores almohades, reacios en estremo os habeis manifestado contra mí, trastornándolo todo; quebrantadores de tratados, habeis estado ahí echando el resto en combatirme, matándome hermanos y tios, faltando siempre á palabras y promesas...» Saca la carta donde se contiene el juramento que le han prestado; les afea destempladamente sus falsedades y perjurios, de modo que todos los presentes se inmutan y se ponen á temblar. Se vuelve entónces hácia el cadhi El Makidy, que está á su lado, y le acompañó á Sevilla, y le dice: «¿Cuál es tu parecer, faquí, y cómo hemos de tratar á estos perjuros?» — «Lo que Dios altísimo espresa,» dice el faquí, « en su libro patente, ó príncipe de los creyentes, es que el violador de juramentos se perjura únicamente en daño propio, y que quien cumple los preceptos de Dios ha de lograr dignísimo galardon. »—«La verdad es atributo de Dios todopoderoso,» contesta el emir de los fieles, «y así los condenamos con arreglo al decreto del Altísimo, pues quien al fallar se desentiende del libro que le envió el Señor á la tierra (el tendzil) es por aquel hecho injusto y reo. » — En seguida manda degollar á todos los jeques de los Almohades y á sus prohombres, y los ejecutan sin quedar uno solo. Van así matando padres é hijos; le traen el muchacho de su hermana, mancebito de trece años, que sabia de memoria el Alcoran entero, y en el trance de ajusticiarlo, dice al tio: — « Príncipe de los fieles, debes agraciarme por tres razones.» —Pregúntale el emir cuáles son, y le contesta: « La primera por mi mocedad; la segunda por nuestro cercano parentesco, y la tercera por tener decorado todo el Alcoran. » Vuelto el emir al cadhi El Makidy, le pide su dictámen acerca de aquel denuedo del mancebo en hablar así á su presencia. « Si los andas indultando, » contesta el cadhi, «ó emir de los creyentes, descaminarán te tus sirvientes leales y vivirás entre jente infiel y malvada. » Y entónces el emir manda quitar de en medio al muchacho. Dispone luego que descabezen á los ajusticiados para colgar todas aquellas cabezas por las almenas de la ciudad, resultando así clavadas en derredor hasta mil y seiscientas. Era á mediados de otoño, y se plagó el pueblo de ambiente hediondo; quejoso el vecindario de aquella podredumbre, prorumpe el emir: — «Si hay orates que lleven á mal el hedor de esas cabezas, han de tener entendido que si viven ellos en paz, es porque están cortadas. Desagrádeles en hora tal ese hedor, que es un perfume halagüeño para las narices amigas, y odioso para las enemigas (1).» Habiéndose entónces destemplado en querellas el cadhi de los cadíes de las mezquitas de Marruecos, El Mamun lo hizo prender. Era un personaje de cuenta llamado Abu Mohamed el Haak, y lo puso con grillos á la custodia de Hytal ben Hamid, y lo tuvo preso hasta que se rescató con seis mil dinaros de oro. Permaneció El Mamun cinco meses en Marruecos, y luego se encaminó á la serranía en demanda de Yahya y sus Almohades, en ramadan de 627 (1230). Arrostráronse las huestes junto al pueblo de Kazagha, donde quedó vencido Yahya, feneciendo muchísimos Bereberes serranos que venian á componer sus fuerzas, cortando luego las cabezas y llevándolas á Marruecos en número de catorce mil. El año siguiente de 628 (1231), recibe El Mamun cartas participándole como la España toda, desprendida de manos de los Almohades, paraba ya en la potestad de Ebn Hud, quien la estaba acaudillando, titulándose en Murcia califa y sucesor de los Abasides desde el año anterior. Al mismo tiempo Cid Abu Muza Almanzor se declara contra El Mamun su hermano, en Ceuta, con el dictado de El Mowayd. Noticioso El Mamun, marcha contra él, pero tras largo sitio, no le causa la menor mella; y con aquella ausencia dilatada, Yahya utiliza la coyuntura, se descuelga de la sierra, entra en Marruecos, arrasa la iglesia cristiana, edificada con arreglo á la promesa de El Mamun al rey de Castilla, mata crecido número de Judíos y de Beny el For-

(1) Estos pormenores son del Kartasch menor de Ebn Abd el Halim, fol 180 y sig. — El autor musulman trae aquí unos versos en boca de El Mamun, cuyo concepto es que se han de cortar las cabezas de los malvados y perjuros, clavándolas por muros y árboles, para escarmiento de los alevosos y com-

khanes (1), saquea sus haberes, entra luego en el alcázar y se lleva á la serranía cuanto halla en él. Enterado El Mamun en el mes de djulhedjá, levanta arrebatadamente sus reales de Ceuta para acudir inmediatamente á Marruecos. No bien se desvia de Ceuta, cuando Abu Muza pasa á España, se juramenta con Ebn Hud, le entrega á Ceuta y recibe de Ebn Hud en cambio el gobierno de Almería y fallece. Sabe El Mamun que Ebn Hud es dueño de Ceuta, y que los pueblos por donde quiera se andan levantando contra él; con tantísima adversidad se enfurece, enferma y muere de saña y despecho, á la orilla del Uad-al-Abyad (rio de los Blancos), á poco de alzar el sitio de Ceuta, el 15 de djulhedjá de 629 (2 de octubre de 1232). Reinó cinco años, tres meses y un dia, el primero un juéves, y el último un sábado; siempre con fracasos, alborotos y desavenencias. Se abanderizaron los Almohades y partieron la monarquía en dos mitades, destrozando así su imperio como por sus propias manos, y anonadando y aun acuchillando su grandioso poderío. Bajo otro concepto, si tanta disension y desenfreno viniera á cesar así en España como en el Maghreb, dice al acabar nuestro historiador, se mostrara El Mamun desde luego imitador de las prendas del padre, pareciéndosele en rasgos y en desempeño; mas Dios tenia decretado lo contrario, y él es el único grande y sempiterno, y dignísimo en todo de las alabanzas del hombre (2).

Abu Mohamed Abd el Wahed, hijo de Edris El Mamun, hijo de Yakub Almanzor, apellidado El Raschid (el Lejista) (3), conocido especialmente por el último dictado, tuvo por madre una esclava cristiana, llamada Hhabab, madre de hijos varones. Era una de las mujeres mas instruidas y despejadas de su siglo, y presenció la elevacion de su hijo al califato junto al rio de los Blancos, á los dos dias del fallecimiento del padre, domingo 1.° de moharrem de 630 (17 de octubre de 1232), á la tierna edad de catorce años; siendo Kanun, hijo de Djarmun El Safyani, Schoayb Abu el Karret el Haskuri, y Frankasyl, jeneral de los cristianos, quienes lo juramentaron. Con efecto, al morir El Mamun, la reina Hhabab encubrió su fallecimiento, envió en busca de los tres caudillos, arrimos y columnas de la hueste del marido, en la cual cada uno de ellos estaba mandando á diez mil guerreros de su nacion respectiva. Llegan, les manifiesta la muerte del emir El Mamun; les ruega que afianzen el imperio á su hijo, sosteniendo su proclamacion, y antetodo les entrega un caudal cuantiosísimo brindándoles con el saqueo de la ciudad de Marruecos, si la toman. Ellos, dice el historiador, se juramentan, mantienen el gobierno en manos de su hijo y se encargan de juramentar á los pueblos, quienes con efecto lo reconocen bien ó mal de su grado, temerosos de sus alfanjes (1). Terminada la proclamacion, se encamina El Raschid á Marruecos, con el féretro de su padre delante; hállase Yahya á la sazon en la ciudad, y el vecindario, enterado de la promesa de Hhabab al caudillo cristiano y á los caides sobredichos, que era el saqueo del pueblo, sale de Marruecos acaudillado por Yahya para atajar la marcha á El Raschid; se encuentran los ejércitos, batallan, queda vencido Yahya, y El Raschid no se detiene hasta las mismas puertas de la ciudad, que están cerradas. Trata el vecindario de contrarestarlo, pero entran en negociacion, y se avienen al reconocimiento rescatando el saqueo. Envíase en seguida al caid Ar-Rum (esto es, el jeneral cristiano) y á sus compañeros la suma convenida, y puesta en sus manos, dicen que ascendió á quinientos mil dinaros de oro. Entra El Raschid en Marruecos, donde permanece hasta el año de 633 (1235—1236), y aunque cumple su palabra con el vecindario, hace traer á los jeques de los Arabes khalathebes y manda degollar hasta veinte y cinco en su propio palacio, con lo cual se le rebelan los demás, entran por sorpresa en

placencia de los veraces (con arreglo á la ley de Dios). Es la venganza del talion debida á los dueños de la defensa y de la justicia, y por fin prorumpe su ira en epigramas contra los jeques degollados. « Aun cuando la clemencia de Dios, dice, sobrepujase á las ofertas del Alcoran, no dejarian los mas de estos de quedar condenados.» (fol. 166 hácia el fin.)

(1) Significando el Forkhan el deslinde (entre lo lícito é ilícito, lo bueno y lo malo), Beny el Forkhan (hijos del deslinde) debe en nuestro concepto venir á significar en el paso presente los cristianos de Marruecos.

(2) El capítulo del Kartasch menor que nos suministra los hechos y matices de la relacion antecedente, es el 44 de la traduccion portuguesa de Moura, y en el manuscrito arábigo orijinal de la biblioteca pública ocupa los folios 166 y 167.

(3) Ebn Abd el Halim encabezando el capítulo que le dedica (p. 167 sobre el fin) le pone todos sus nombres y apellidos Abu Mohamed Abd el Wahed, ben Edris-el-Mamun ben Yakub-el-Mansur ben Yusuf-el-Schaed ben Abd el Mumen ben Aly el Kumy el Mowahhyd.

(1) Ebn Abd el Halim, p. 168.

la capital y la saquean toda. Huye El Raschid con su tropa y tiene que refujiarse en Sedjelmesa, mientras los khalathyynes acuden á Yahya, lo traen á Marruecos, se juramentan con él y lo aclaman en el alcázar de los califas; El Raschid se refuerza con jente y dinero, y saliendo de Sedjelmesa, se apodera impensadamente de Fez. Está allí preparando el vuelco de su competidor; cohecha faquíes y devotos, concediéndoles rentas y repartiéndoles cuantiosos caudales, y luego se encamina á Marruecos. Le sale Yahya denodadamente al encuentro con Arabes y Almohades; mas El Raschid lo vence, le mata mucha jente y lo aventa en fuga deshecha; se encamina el vencido á Rebat de Taza, cuando los Arabes de Hisn-el-Moakal lo matan alevosamente y llevan su cabeza á El Raschid. Vuelve este á Marruecos y permanece hasta que muere en un estanque ó cisterna, juéves 9 de el djumadá-el-akher de 640 (3 de diciembre de 1242), habiendo reinado diez años, cinco meses y nueve dias y guerreado con Yahya dos años y nueve meses. Se le juramentaron en Sevilla por abril ó mayo de 1238, y los de Ceuta al mes siguiente (1). Padecióse durante todo su reinado en Mauritania y España suma carestía; causó estragos la peste, y la escasez llegó al punto de venderse el cahiz de trigo hasta ochenta dinaros de oro (2). Tuvo por sucesor El Raschid á Abu el Hasan el Sayd Aly, su hermano, hijo de Edris el Mamun y nieto de Almanzor; fué su madre una esclava de Nubia, enjendradora de varones. Era su apellido Abu el Hasan, y su dictado El Sayd (el Venturoso.)

(1) Ebn Abd el Halim, p. 169 del manuscrito orijinal. — Estaba ya Córdoba, hacia dos años, en manos de los cristianos.

(2) Como unos treinta ducados portugueses.

---

# CAPITULO SÉPTIMO.

*Negocios de Aragon. — Coronacion de Jaime I. — Reinado de Henrique I en Castilla. — Rejencia de Berenguela. — Advenimiento de Fernando II (San Fernando). — Desposorio de Fernando con Beatriz, hija de Felipe, emperador de Alemania. — Matrimonio de Jaime con Leonor de Castilla. — Muerte de Alfonso II, rey de Portugal. — Advenimiento de Sancho III. — Guerras y conquistas del rey de Castilla en Andalucía. — Campaña y conquista de las Baleares por Jaime I de Aragon. — Toma de Jaen, Baeza y Ubeda por los Castellanos. — Fallecimiento de Alfonso IX de Leon é incorporacion de ambas coronas en la sien de San Fernando, su hijo. — Continuacion de sus conquistas en Andalucía. — Toma de Córdoba. — Espedicion de Jaime contra Valencia. — Sitio y conquista de Valencia. — Varios hechos y acontecimientos.*

**DESDE 1214 HASTA 1245.**

Sobrevinieron turbulencias en Aragon, tras la muerte de su rey Pedro II en la batalla de Muret. Los hermanos de Pedro, Fernando, monje de Poblet, y Sancho, conde del Rosellon, pleitearon por la tutela del infante Don Jaime, que á la sazon corria á cargo del conde de Monforte, sin que se zanjase el asunto hasta mayo del año siguiente (1214), interviniendo el papa, quien hizo trasladar al príncipe á Aragon, poniéndolo en manos de los Templarios en la encomienda de Monzon, costeando y ajenciando todas las ocurrencias Ayspan, obispo de Segorbe, como amigo particularísimo que fué de Pedro II. Era Jaime de seis años y cua-

tro meses, y su menoría (1) en el castillo de Monzon se singularizó con el ensanche del poderío y los derechos de los barones ó ricos hombres aragoneses. Avaloraron mas y mas sus regalías, resultando allá guerras particulares entre señores y pueblos, si damos crédito al autor anónimo del Gesta Comitum Barcinonensium. Juntólos en Lérida Pedro de Benavento, legado de la Santa Sede apostólica, para zanjar mancomunadamente los negocios del reino; y esta es la primera mencion auténtica de una reunion verdadera de cortes aragonesas, y allí asoma el principio de aquellas esclarecidas prerogativas de los ricos hombres aragoneses, que pararon luego en la decantada fórmula: « Nos que cada uno somos tanto como vos, é todos juntos valemos mas que vos, os hacemos rey de Aragon, con tal que jureis é guardeis nuestros fueros é privilejios, é se no, non (2).» Reconoció toda la junta por rey á Jaime, encargando su educacion á Sancho, su tio, conde del Rosellon (3).

Parece que corresponde á la misma temporada la institucion del Justicia, caudillo del mancomun de aquellos barones engreidos, que no debian al rey mas que su asistencia personal, por lo mas dos ó tres meses al año, aun cuando dependiesen de él por feudos ó cargos *honoríficos* (4). No desentrañarémos mas por ahora la constitucion política del reino que estamos historiando, pero queda evidenciado que sus elementos vinieron á cuajar en el reinado de D. Jaime el Conquistador, pues en aquel mismo reinado, los ricos-hombres contrarestaron repetidamente las demasías de la corona y deslindaron los alcances de la potestad real, mas no se verificó hasta 1283 el precisar á Pedro III á sacramentar sus derechos con la ley conocida bajo el nombre de privilejio de union, llamado por un escritor inglés la Magna Charta de Aragon, cimiento de las libertades civiles y políticas de aquel reino, abarcando disposiciones terminantes contra impuestos arbitrarios, confiscaciones de bienes por delitos de estado, procedimientos reservados en materia criminal, sentencias pronunciadas por el *Justicia* sin anuencia de las cortes, el tormento (fuera de los monederos falsos), el cohecho de los jueces, y en el cual, volviendo los Aragoneses por estos fueros á título de antiguas libertades de su pais, declararon, « que nunca la potestad absoluta fué constitucion de Aragon, ni de Valencia, ni aun de Ribagorza, y que no se introduciria en lo venidero innovacion alguna, antes al contrario, que se conservarian esmeradamente las leyes, fueros y privilejios antiguos de dichos reinos (1).» Siguieron los Aragoneses abrigando aquel gallardo temple de independencia, espresándolo las cortes aragonesas de 1452 muy al vivo en estas palabras tan sencillas como hidalgas: « Siempre havemos oydo decir antigament e se trova por esperiencia, que atendida la grand sterilidad de aquesta tierra, é pobreza de aqueste regno, si non fuere por las libertades de aquel, se yrian á bivir y habitar las gentes á otros regnos, e tierras mas frutíferas (2). »

En Castilla, en aquel año señalado con el advenimiento de Jaime, todavía niño, al solio de Aragon, Henrique primero de este nombre, mancebillo tambien de once años, sucedió al

(1) Ordonavit Dominus Papa Innocentius quod Jacobus puer et rex Aragonum suis naturalibus baronibus traderetur. Et ad hoc faciendum delegavit magistrum Petrum de Benevento sacrosanctæ Romanæ ecclesiæ cardinalem, per quem restitutus fuit præfatus infans Jacobus baronibus fidelibus sui regni. Et totum procuravit in sua propria persona et suis propriis expensis Ayspan, episcopus de Segorb. Et fuit missus et positus ad nutriendum puer Jacobus rex prædictus in castro de Monso Templariis traditus (Gesta Com. Barc., c. 26).

(2) Véanse en Blancas (Hieron. Blanc. Comment. Arag., p. 737), las quejas de Alfonso III, reconviniendo á los barones por su empeño en rezagarse á tiempos antiguos, en que habia en el reino tantos reyes como ricos hombres.

(3) In dicto castro puero commorante insurrexerunt multa mala inter barones et civitates ac villas totius regni, et sic fuerunt duo procuratores constituti in regno. Et cardinalis prædictus habito consilio Ecclesiæ ac Baronum omnium et nobilium dicti regni commendavit infantem Jacobum avunculo suo nomine Xanxo comiti (Gesta Comit. Barc., l. c.)

(4) Los ricos hombres, por los feudos que tenian del rey, eran obligados de seguir al rey, si iva en persona á la guerra y residir en ella tres meses en cada un año (Zurita, t. I, p. 43). Todo rico hombre, segun Frontalis, á la sazon obispo de Huesca (Hieron. Blancæ Comment., p. 638), debia obtener del rey un feudo ú *honor* (llamabase en Aragon honor lo que en Castilla tierra, y en Cataluña feudo. Zurita, t. I, p. 46), en términos de dividirlo tambien y enfeudarlo militarmente en tres caballeros dependientes del baron; podia, como se ha dicho, ser llamado el baron una vez al año para guerrear con el rey por tres meses, teniendo igualmente, con el debido requirimiento, que asistir á la *corte* del rey, ó junta jeneral, como procurador nacional, para terciar en las deliberaciones y en la gobernacion del reino.

(1) Véase Zurita, t. I, p. 265, y Fueros de Aragon, folio 9.

(2) Hieron. Blanc. Comment., p. 350.

padre bajo la tutela de su madre Leonor; mas difunta esta, como se dijo, á los veinte dias tras su marido (1), quedó Henrique bajo la rejencia de su hermana Berenguela, reina titular de Leon, en virtud de la disposicion testamentaria de Alfonso VIII y de Leonor (2): y todo siguiera gobernado por ella, como en tiempo del padre, á no mediar competencias ambiciosas y trastornadoras por los ricos-hombres por todo el reino, dice Rodrigo (3). Tres hermanos de la casa de Lara, Fernando, Alvaro y Gonzalo, hijos del conde Nuño, se empeñaron en apear á Berenguela de la tutoría del tierno Henrique, como lo habia verificado allá el abuelo con el padre de Henrique, duránte su menoría. Alvaro, quien venia á manejar la gobernacion, logró en las cortes de Valladolid el encargo de la rejencia por los barones de su parcialidad. En seguida, para mejor avasallar al rey, entabló su desposorio con Mafalda, hija del rey de Portugal, trayéndola á la corte de Castilla, mas quedó la infanta frustrada de su enlace, por oponerse principalmente el legado del papa Inocencio, con motivo del parentesco que mediaba entre los novios. Trató Alvaro entónces, dicen, de apropiarse la novia; mas esta, como pundonorosa, cuenta Rodrigo, que se dió por agraviadísima y desechó airadamente las instancias del conde (4).

(1215 — 1216) Andaba entretanto revuelto Aragon, ya con las pretensiones de Sancho, quien se azoraba tras la corona de Jaime, su sobrino y pupilo; ya con las disposiciones para precaver tamaño atentado, proclamando de nuevo solemnísimamente al rey menorcillo en cortes jenerales reunidas al intento en Monzon (1).

(1217) En Castilla, Alvaro de Lara se armó contra Berenguela, tras de haber intentado en balde malquistarla, culpándola de haber procurado envenenar á Henrique su hermano. Fallece este en Palencia de trece años y diez meses, un mártes 6 de junio, de un tejazo que le dió en la cabeza, y segun otros, de una pedrada que le tiró inadvertidamente un muchacho de la corte con quien estaba jugando (2). D. Alvaro poco antes habia entablado sus tratos con Alfonso de Leon para casar á Henrique con Sancha, hija del rey y de su primera mujer Teresa Sanchez. Con la muerte de Henrique, heredó su hermana Berenguela forzosamente la corona de Castilla para traspasarla al punto á su hijo Fernando que tuvo con Alfonso de Leon, de quien se hallaba á la sazon separada, como se dijo arriba. Han afirmado que no era terminante el derecho de Berenguela, correspondiendo á su hermana, consorte de Luis VIII, rey de Francia, como primojénita de Alfonso VIII de Castilla. Mas ya se evidenció que ni aun era Blanca la segunda, sino la tercera; pues los embajadores de Felipe Augusto antepusieron Blanca á su hermana Urraca (estaba ya casada Berenguela con Alfonso de Leon), por el eco de su nombre, que sonaba mas halagüeñamente que el de Urraca á los oidos franceses (3).

El advenimiento de San Fernando al trono de Castilla ocurrió del modo siguiente:

Berenguela, con los magnates de su bando, se hallaba, á la muerte de su hermano, en Autillo y en Cisneros, con algunas fuerzas, sin

(1) Hæc (Alienor) erat Enrici regis Angliæ filia, pudica, nobilis et discreta, et sepulta est in prædicto monasterio juxta virum. (Rod. Tolet. l. IX, c. I.)

(2) Et custodia pueri regis et regni gubernatio remansit penes Verengariam reginam sororem ejus (Ibid. l. c.)

(3) ..... Licet baronum varietas zelo invidiæ circum acta discidia procuraret.—Es la primera vez que asoma en la crónica de Rodrigo la voz *baron*, equivalente aquí á rico-hombre. Aunque en castellano *un varon* tan solo significa un hombre, para entender adecuadamente su acepcion política por la edad media en España, como fuerte, brioso, acaudalado y de suposicion, hay que recordar lo que en cierta parte dice Isidoro de Sevilla: — Mercenarii sunt qui serviunt accepta mercede. Idem et *barones* greco nomine, quod sint fortes in laboribus. Βαρεῖα enim dicitur gravis, quod sit fortis. Cui contrarius est levis et infirmus. (Isid. Hisp. Origin., l. IX, c. 4, de civibus.)

(4) Et post, ut fertur, inter se et Dominam (Mafaldam) voluit comes Alvarus connubium procurare. Sed ipsa, cum esset pudica, verbum respuit indignanter. (Rod. Toled., l. IX, c. 2.)

(1) Zurita, Anales de Aragon.

(2) El rey D. Enric trevellaba con sus mozos, é firiolo un mozo con una piedra en la cabeza, non por su grado, é murió ende VI dias de junio, en dia de martes, era MCCLV (Anales Toled. primeros, p. 400). Habia reinado dos años y diez meses: Undecim annorun erat cum regnare cæpisset, et duobus annis et decem mensibus regnavit.

(3) Véase arriba.—Que Berenguela no era la primojénita de las hijas del abuelo materno de San Luis, tan solo puede ser punto dudoso para quien jamás acudió á las fuentes. Sobre las muchas actas auténticas de Alfonso VIII, en que siempre hemos visto á Blanca mencionada de hija tercera, lo espresa formalmente D. Rodrigo (l. IX, c. 5): Cum esset inter filias primogenita (Verengaria), regni successio debebatur. Véase además el paso de la crónica jeneral citado arriba.

saber que rumbo tomarian. Sabedora, por sus confidentes, de aquella novedad, antes que se divulgase, envió á dos de sus mas íntimos, Don Lope Diaz de Haro y D. Gonzalo Ruiz Jiron, á su hijo Fernando, que estaba á la sazon en Toro con su padre. Los mensajeros notician al hijo el motivo de su ida, y alucinan al padre en términos que logran del rey el llevarse sin reparo al infante y juntarlo con la reina Berenguela (1). Entretanto el conde D. Alvaro habia hecho trasladar el cuerpo del difunto rey de Palencia á Tariego, donde esperanzaba tenerlo oculto por algun tiempo (ut in castrum, quod dicitur Tarecum cælaretur). Mas Berenguela frustra sus intentos, descolgándose con todo el señorío de su bando sobre Palencia. Todo prospera, aclámala el pueblo gozosísimo; su obispo el anciano Tello, encabezando el clero todo, le sale al encuentro y le tributa en triunfal solemnidad ostentoso recibimiento. Pasa, con su hijo y las tropas ya agolpadas, de allí á Dueñas, castillo cercano que está por Don Alvaro de Lara, y lo rinde á viva fuerza (2).

Entónces algunos magnates intentan entablar un convenio con el conde D. Alvaro, mas este á nada se aviene, no poniendo en sus manos la persona del rey venidero, y á la sazon infante, como lo estuvo mucho antes el tio del mismo Fernando; mas ni la animosa reina ni los grandes, que estaban muy enterados y temerosos de las ínfulas del conde, quieren entrar en el ajuste, y marchando por Valladolid, se adelantan hácia las Estremaduras del Duero; pues llamaban así á la porcion encajonada entre aquel rio y la sierra que deslinda entrambas Castillas y el reino de Portugal. Fué el primer arranque de infausto agüero, pues el vecindario de Coca les cerró las puertas, sin quererlos albergar ni por un rato, y así tuvieron que hacer alto en una aldea llamada San Yuste, donde oyeron que les estaba esperando el mismo recibimiento en Segovia, Avila y demás pueblos de las Estremaduras del Duero; participándoles igualmente que D. Sancho Fernandez, hermano del rey de Leon, se encaminaba contra la reina y su hijo con fuerzas considerables, y así se volvieron aceleradamente á Valladolid.

La reina, con su entereza siempre cabal, envia desde allí diputados á los pueblos de las Estremaduras del Duero y á los de allende la sierra de Segovia, para hacerles cargo de la lejitimidad de su derecho; que por dos veces se la habia declarado heredera de los estados de su padre á falta de hermanos, que estaba esperando á sus diputados en Valladolid, que vivia confiada de que le darian muestras de lealtad. Desempeñaron tan acertadamente su encargo los diputados de la reina, que todos los varones de las Estremaduras del Duero, dice Rodrigo, se aunaron junto á la señora tan animosa, y todos, así los venidos del Duero como los ricos hombres é hidalgos castellanos, todos unánimes, cumpliendo con su instituto, brindaron con el reino de Castilla á la esclarecida reina. Luego fué proclamado rey Fernando, no solo por el señorío y clero, sino tambien por el vecindario y los procuradores agolpados en Valladolid, con tan grandioso jentío, que se celebraron las cortes al descampado, junto á la ciudad; á cuya parte meridional se alzó un tablado espacioso, y aclamaron á Fernando por rey madre, prelados ricos hombres y la inmensa muchedumbre que cuajaba acá y acullá la campiña. Condujeron luego en solemnísima procesion al nuevo rey á la iglesia de Santa María, entonando el clero y el pueblo cánticos devotos, y allí recibió el homenaje y juramento de fidelidad de todos los asistentes, siendo á la sazon Fernando de edad de diez y ocho años. Tan solo Alfonso (1), rey de Leon y padre de Fernando, miró desabridamente el encumbramiento del nuevo rey. Impulsado por D. Alvaro, dispuso una espedicion para arrebatar la corona á su hijo, adelantóse sobre Búrgos, mas enterado de que tanto caballeros como pecheros de la comarca estaban sobre las armas, desiste del intento (2). En el mismo año (1217)

(1) Qui euntes rumorem de morte regis pueri sumpserunt, et regi Legionis causam aliam suadentes cum infante Fernando ad reginam Verengariam redierunt (Rod. Tolet., l. IX, c. 4).

(2) Ibid., l. c.

(1) Sed extra portam meridionalem Vallis-Oleti educta multitudine extremorum Dorii et Castellæ, ut forum agitur, convenerunt, eo quod tantam multitudinem domorum angustia non ferebat, et ibidem filio regnum tradens, infans Fernandus, de quo diximus, omnibus approbantibus ad ecclesiam Sanctæ Mariæ ducitur, et ibidem ad regni salutem sublimatur, anno ætatis suæ decimo octavo, clero et populo decantantibus: Te Deum laudamus, te Dominum confitemur. Et ibidem omnes ei fecerunt hominium et fidelitatem regi debitam juraverunt, et sic honore regio ad regale palatium est reductus (Rod. Tolet., l. IX, c. 5.).

(2) Cum autem audisset regina nobilis Aldefonsum regem Legionensem ad villam quæ Airoiun dicitur, advenisse; modestiæ suæ insistens pudori, per Mauritium Burgensem, et Dominicum Abulensem episcopos humiliter supplicavit, ut se ab inquietatione filii temperaret. Sed ipse rex elatus superbia, quam cordi ejus comes Alvarus instillarat, supplicationi es

tomaron los Portugueses á Alcazar-do-Sal sobre el rio Salado (castillo de Abu Danés), tras de haber vencido á los Musulmanes con hueste de Alemanes y Flamencos cruzados, á quienes los vientos contrarios precisaron á arribar á Lisboa. Las órdenes militares del reino de Leon descollaron en la toma de la plaza, concedida luego á los caballeros de Santiago (1).

(1218) Fenecieron en Castilla aquel año las turbulencias promovidas por el conde D. Alvaro de Lara, á quien prendieron las tropas del rey Fernando, y no logró su ensanche hasta que devolvió al rey cuantas plazas se habia apropiado (2).

Otro tanto vino á ocurrir en Aragon, mas costó á precio muy subido al rey mozo aquel sosiego, cediendo á Sancho su tio, conde de Rosellon, pingües fincas en Cataluña y Aragon, para reducirlo á desprenderse de la gobernacion. Se cree que la órden de la Merced salió á luz aquel año en Barcelona, á instancias de Pedro Nolasco, caballero langüedociano, que despues vino á ser canonizado: aunque otros autores rezagan de algunos años la fundacion de aquel instituto; mas por entónces planteó Santo Domingo varias casas de su órden por España (3).

precibus contradixit, eo quod imperio inhiabat, immo transivit Pisoricam, et venit Lacunam ubi cum diebus aliquot permansisset, direxit faciem contra Burgis, et cum loca plurima et domos militum devastasset, et alias incendio concremasset, ad villam, quæ Arcus dicitur, supervenit: sperans civitatem Burgensem se capturum. Sed cum audisset in eadem urbe Lupum Didaci, et multos milites congregatos, frustratus spe vacua, et inani, contra consiliarios indignatus in terram suam propere remeavit (Ibid., l. c.).

(1) Alcázar do Sal fué tomado, segun los Arabes, el 7 de agosto de 1217: —Expugnato Christianis Alcacero die 11 gemadi prioris anno Egiræ 614. (Casiri, t. II, páj. 59 y 60).

(2) Cumque ibidem de compositione aliquandiu tractaretur, ea conditione fuit pactio acceptata, ut comes Alvarus restitueret castra omnia, quæ tenebat, scilicet Cannetum et Alarconem, Amaiam et Tarecum Cæsareum, et Villamfrancam, Turrim Belli Foraminis, Anagaram, Najaram et Pandicurvum, et his deditis solveretur. Ibid., c. 7.

(3) Zurita, Anales del reino de Aragon.

En 1219, el rey de Leon hizo nueva correría por Castilla, á instancias de D. Alvaro, quien vivia con él, y por cuya muerte cesó la guerra. Yacia últimamente el conde en tan sumo desamparo, que hasta careció de medios para costear su entierro. Su hermano Fernando, careciendo ya de su arrimo, pasó á Marruecos, donde á cierto tiempo falleció con el hábito de la órden de San Juan de Jerusalen, como su hermano habia querido morir en el de Santiago, devocion corriente á la sazon, sin que obstase á Fernando para tomar partido en Marruecos y guerrear á todo trance entre las tropas musulmanas (1).

Campeó por Castilla en aquel mismo año de 1219 una nueva cruzada contra los Musulmanes. Rodrigo, arzobispo de Toledo y legado por ella, la capitaneó y tomó varias plazas á los infieles, mientras el mozo Fernando celebraba su desposorio en Búrgos con Beatriz, hija del emperador Felipe de Suabia (2). Al pasar la novia por Paris en demanda de Castilla, mereció finísimo agasajo á Felipe Augusto, quien le se-

(1) Hay en D. Rodrigo pormenores curiosos acerca de Fernando Lara, refujiado en Marruecos. No iban, dice, los negocios en Castilla (l. IX, c. 9) por su rumbo apetecido; por lo cual in Africam transfetavit, et al Amiramomenino susceptis muneribus varia jactitavit, et dum ibi longa mora, ut moris est Arabum traheretur, eum contigit infirmari et fecit ad vicum prope Marochos, qui Elbora dicitur, se transferi. Vicus enim à christianis duntaxat incolis colebatur, et dum percepit ex incurabili morbo interitum imminere, à Gundisalvo fratri Hospitalis, qui Innocentii Papæ tertii familiaris extiterat, suscepit habitum Hospitalis, et universæ carnis viam ingressus cum aliis qui ibidem obierant, ad domum Hospitalis qui Pons-Fiterii dicitur, in diocesi Pallentinensi, in sarcophago est delatus, et idem ab uxore sua comitissa Majore, et filiis suis Fernando et Alvaro, et multis aliis est sepultus.

(2) Beatriz de Suabia, primera mujer de San Fernando, desde 1219 hasta 1235, era prima hermana del emperador Federico II, y segun D. Rodrigo, era pundonorosa, cuerda y atinada. Tuvo por bisabuelos, abuelos y padre los personajes que aparecen en el árbol siguiente:

| | | | |
|---|---|---|---|
| Federico, duque de Suabia.<br>Judit de Baviera, | Federico I, emperador. | Felipe, emperador. | Beatriz, reina de Castilla en 1219, y de Leon en 1230. |
| Reynaldo, conde de Borgoña.<br>Agueda de Lorena. | Beatriz de Borgoña, emperatriz, 2.ª mujer de Federico. | | |
| Andrónico el Anjel, emperador de Oriente.<br>Eufrosina, emperatriz. | Isaac el Anjel, emperador de Oriente. | Irene el Anjel, emperatriz. | |
| Bela III, rey de Hungría.<br>N., reina de Hungría. | María de Hungría emperatriz, 2.ª mujer de Isaac. | | |

ñaló escolta para acompañarla hasta la raya (1). Acudió á Vitoria esplendorosa comitiva de obispos, clérigos, ricos hombres, señoras é hidalgos, acaudillada por la reina-madre Berenguela, para conducir la novia á Búrgos, donde el rey la estaba esperando, é hizo su entrada el 25 de noviembre. El 27, antevíspera de San Andrés, el obispo de Búrgos Mauricio, uno de los embajadores, celebró misa solemne fuera de la ciudad, en la iglesia del monasterio real de las Huelgas. Bendijo el obispo las armas con las cuales debia el rey ser armado caballero. Fernando, portándose ya rejiamente, asió del altar por su mano la espada grandiosa de caballero, y se la ciñó en seguida; pasándole afectuosamente su madre el tahalí por el hombro. Luego el dia mismo de San Andrés, se solemnizó el desposorio, y recibieron los novios la bendicion nupcial en la iglesia mayor, por el obispo Mauricio, en presencia de la grandeza, damas y casi toda la hidalguía y los prohombres de las ciudades del reino (2).

Concuerdan todos los testimonios en sus encarecimientos de la hermosura peregrina y como hereditaria de la preciosa reina. Con su estremada devocion, á poco de sus desposorios, entabló la construccion de uno de los monumentos mas grandiosos del arte cristiano en la edad media. Colocó San Fernando con su madre la primera piedra para la catedral de Búrgos, bajo la disposicion esmerada del obispo Mauricio, el 20 de julio de 1222, dia de Santa Margarita, segun consta en los antiquísimos anales castellanos de Cardeña (1). Beatriz, en aquel mismo año, alumbró en Búrgos un hijo, que recibió en el bautismo el nombre esclarecido de Alfonso, llevado ya con blason por ocho reyes castellanos, y que luego debia él realzar con el dictado de *Sabio*, pues aquel mismo niño va á ser el verdadero rey castellano, el ensalzador del romance vulgar, el planteador, el padre de las *Siete Partidas*, y el autor en fin de las tablas astronómicas apellidadas Alfonsinas, Alfonso el Sabio, al cual tan solo vituperarémos por ahora la equivocada eleccion de su cronista, que debe toda la existencia á su nombre. Nació Alfonso en Búrgos un mártes 23 de noviembre de 1221, dia de San Clemente (2), en el cual tuvo Fernando los dos mayores logros de su vida, pues tam-

(1) Los principales de la embajada para Alemania y á Federico II, primo paterno de la princesa, para lograr su mano, fueron Mauricio, obispo de Búrgos, y Pedro, abad de San Pedro. Dilatóse contra su concepto la negociacion por cuatro meses, al cabo de los cuales atravesaron por Francia con la princesa, habiendo empleado un año cabal en su viaje.

(2) D. Rodrigo, quien titula á Beatriz *nobilis*, *pulchra*, *composita*, *prudens*, *dulcissima*, la apellida en toda su relacion *Domicella*:—Tandem rex Fredericus in imperatorem electus consobrinam suam Beatricem nobilem, pulchram, compositam et prudentem regi Fernando per dictos nuncios cum apparatu nobili destinavit, et cum Parisius advenissent, Rex Francorum Philippus nomine, qui tunc Galliis præsidebat, eam honeste recepit per terram suam honorifice dans ducem, ad regnum Castellæ fælici itinere pervenerunt. Et regina nobilis Verengaria comitatu nobili religiosorum et secularium magnatum et dominarum ultra Burgum, qui Victoria dicitur, ocurrit nobili Domicellæ et Burgis ex inde venientes invenerunt regem Fernandum cum magnatibus et nobilibus, et civitatum primoribus expectantem, qui Domicellam et nuncios honore, quo decuit, receptavit, et tertia die ante festum Sancti Andreæ in regali monasterio prope Burgis celebrata missa à venerabili Mauritio Burgensi episcopo, et armis militaribus benedictis, ipse Rex suscepto gladio ab altari manu propria se accinxit cingulo militari, et mater sua regina nobilis ensis cingulum deaccinxit, tertia die in festo scilicet Sancti Andreæ, Beatricem Dulcissimam Domicellam duxit solemniter et legitime in uxorem missam venerabili Mauritio in cathedrali ecclesia celebrante, et benedictionem nubentibus largiente. Et fuit ibi copia nobilissima, celebrata assistentibus regni magnatibus, dominabus et fere omnibus regni militibus et primoribus civitatum. (Ibid., l. IX, c. 10.) El mismo Fernando, en escritura referida por Colmenares, recuerda, p. 136, y deslinda terminantemente la fecha de su desposorio con Beatriz, añadiendo que se ciñó el tahalí por sus propias manos: — Facta cartha apud Segoviam V. kal. feb. era MCCLVIII, anno regni mei tertio, eo videlicet anno, quo eo memoratus rex Ferrandus in monasterio Sanctæ Mariæ Regalis de Burgos manu propria me accinxi cingulo militari, et tertia die post D. Beatricem Reginam, Philippi quondam regis Romanorum filiam, duxi solemniter in uxorem.

(1) Era de MCCLIX fué puesta la primera piedra en Santa María de Búrgos, en el mes de julio, el dia de Santa Margarita, é pusiéronla el rey D. Fernando é el obispo D. Moriz (Chronicon de Cardeña, p. 372).

(2) Nasció el infant D. Alfonso, fillo de D. Fernando rey de Castiella, mártes dia de San Clemente en XXIII dias de novembre. E este infant fue fillo de la reyna D.ª Beatrix, filla del emperador de Alemaña, era MCCLIX (An. Toled. II, p. 405). — Alfonso el Sabio recuerda como habia nacido el dia de San Clemente, en un privilejio conservado en el convento de Agustinos de Toledo.

bien conquistó en él á Sevilla (1). Despues de Alfonso, hubo el rey en Beatriz otros varios hijos, Fadrique, Fernando, Henrique, Felipe, Sancho, Manuel, y dos hijas, Leonor y Berenguela, nueve al todo; sonando algunos de estos nombres por la vez primera en la historia de España, é introduciéndolos Beatriz en memoria del padre y abuelos, como el de Manuel, emperador de Oriente, de quien descendia por su madre, así como allá Leonor trajo el de Henrique en recuerdo de su padre Henrique II. Sancho VII, rey de Navarra, construyó aquel año el castillo de Viana, cerca de Logroño, á orillas del Ebro, para resguardarse de Castilla (2).

Sonó el año de 1220 en Castilla con las revueltas ocasionadas por el rebelde Rodrigo Diaz de los Cameros; acudió el rey, recobró luego las fortalezas, y mediando Berenguela por servicios contraidos anteriormente, lo satisfizo con algunos caudales (3). En el reino de Leon, Sancho Fernandez, mal hallado con el rey Alfonso su hermano, trató de retirarse á Marruecos, pero se le anticipó la muerte, cuando se le habian alistado hasta cuarenta mil Españoles para seguirle al Africa (4). Nueva rebelion de la casa de Lara señaló en Castilla el año de 1221, pues Gonzalo Perez de Lara tomó las armas en Molina contra Fernando II; mas era tal el poderío de aquella casa, que antes de llegar á las manos, se ajustó la paz, y una hija de Gonzalo, llamada Mafalda, se desposó en aquel mismo año con Alfonso, hermano del rey de Castilla (5).

(1221) Se iba engrandeciendo entretanto Jaime de Aragon, y D'Esclot lo retrata como el mozo mas gallardo del orbe, llevando mas de un pié de alzada á todos los demás, y proporcionado en todos sus miembros, pues tenia el rostro despejado y fogoso, la nariz crecida, la boca grande, pero bien formada, la dentadura blanquísima y perlada, ojos negros, cabellera dorada, hombros anchurosos, cuello largo y erguido, brazos cumplidos y agraciados, manos hermosas, dedos largos y piés finos, bien hechos y siempre mejor calzados. En cuanto á sus prendas, era brioso y denodado, de índole compasiva, dadivosa y agasajadora, y siempre ansiando guerrear contra los Sarracenos (1). Este retrato en verdad que no cuadra por ahora cabalmente á Jaime, pero es tambien innegable que fué precoz en todo, y esto mismo quiso espresar Ramon Muntaner al decir que creció y se hermoseó mas en un año que otros en dos (2). Habíale destinado, como consta, su padre y comprometido ya de niño en mantillas á la hija del conde Simon de Monforte; mas muy pronto cobró sumo desvío para todo jénero de enlace con el conde, y luego los prohombres aragoneses, que á duras penas lo habian rescatado de sus manos, trataron desde muy temprano de emparentarlo con alcurnia española, y en términos decorosos y dignos para entrambos contrayentes y para el señorío del pais. Tendieron la vista por Castilla y acudieron á una de las hijas de Alfonso VIII, llamada Leonor, como su madre y su abuela venida de Inglaterra. No consta formalmente la fecha de su nacimiento, que seria positivamente poco antes que el de Henrique, antecesor de Fer-

(1) Hácia el fin de su vida.

(2) Anales Pinatenses, y Moret, Antigüedades de Navarra.

(3) Véase Rodrigo de Toledo, l. IX, c. 11.

(4) Véase la Crónica de Alfonso el Sabio, al mismo año.

(5) Era Alfonso fruto segundo del enlace anulado de Berenguela con Alfonso IX de Leon.—Sobre doña Mafalda Manrique de Lara, luego cuñada de San Fernando, véase Sanchez Portocarrero, Historia de Molina, p. 217, y Salazar, Casa de Lara, t. 1, l. IV, c. 2.

(1) Aquest rey d'Aragó En Jaume fo lo pus bel hom del mon, que ell era major que altre hom un palm, e era molt be format et complit de tots sos membres; que ell havia molt gran cara, e vermella e flamencha, e lo nas llonch e molt dret, e gran bocha e ben feyta, e grans dents e molt blanques que semblaven perles, e los ulls negres, e los cabells rosos, semblant á fil de or, e grans spalles, e llonch cos e delgat, e los braços groços a ben fets, e belles mans, e llonchs dits, e les cuxes grosses é ben fetes, e les cames longues e dretes e grosses per llurs mesures, los peus llonchs e ben feyts e gint calsats, e fou molt ardit e prous de ses armes. E fou valent e larch de donar, e agradable á tota gent e molt misericordiós. E hac tot son cor e sa voluntat de guerregar ab Serrayns. (D'Esclot, Crónica del rey En Pere e dels seus antecessors passats, c. 12).

(2) Ramon Muntaner, c. 6.—Introdújose el nombre de Jaime en la casa de Aragon por efecto del acaso, que suele gobernar el mundo en tantísimos lances, pues los mas de los historiadores refieren que su madre la reina María, deseosa de dar á su niño el nombre de alguno de los doce apóstoles, mandó encender doce cirios iguales en tamaño y peso, poniendo á cada uno el respectivo nombre de alguno de los compañeros de Jesu-Cristo santificados por la iglesia, á fin de ponerle el nombre cuya vela fuese la mas duradera, y cupo á Santiago, y así María de Mompeller y Pedro de Aragon llamaron Jaime á su hijo.

nando, si ya no le fué posterior; y habiendo nacido Henrique el miércoles 14 de abril de 1201 (1), tendria en 1220 de diez y seis á diez y ocho años. Era Leonor hermana de Blanca, tia de Fernando de Castilla y del jóven Luis de Francia, nacido en 1215, destinado para rey y santo como su primo el Castellano. Llegan embajadores á Búrgos en demanda de su mano para el mancebo Jaime, en 1220, y eran los primeros personajes de Aragon: Guillen de Moncada, gran senescal, Guillen Coronel y Guillen de Cervera. La reina madre, Berenguela, hermana de la infanta y de mucha mas edad, es la arregladora de las condiciones y del pormenor de aquel desposorio con su hijo Fernando; y este, con madre y esposa y la principal nobleza de Castilla, acompañan á Leonor hasta Agreda. Acude por su parte Jaime á recibirla, llevando consigo á los obispos de Zaragoza y Huesca, los grandes maestres de los Templarios y de San Juan, Nuño Sanchez, conde del Rosellon y primo del rey, el senescal Guillen Ramon de Moncada, Don Blanco Romey de Alagon y otros varios señores. Contrajeron los novios sus esponsales el 6 de febrero de 1221, y segun el estilo, dió el rey por arras á la reina los pueblos de Daroca, Epila, Pina, Barbastro y otros, y desde allí pasaron entrambos á Tarazona. Celebróse allí pomposamente el desposorio en la catedral, donde poco antes el jóven monarca se habia armado caballero á sí mismo, así como el de Castilla en Búrgos, al desposarse con Beatriz. Recibieron los novios la bendicion de mano del obispo, pero el mismo Don Jaime nos participa en sus memorias que era de trece años al enlazarse con Leonor de Castilla, y que medió un año antes que tuviese trato íntimo con ella por su menor edad (2). Tuvo en ella un hijo llamado Alfonso, como su abuelo materno, y que prometia suma jentileza y poderío, si viviera, dice Ramon Muntaner, pero falleció antes que el padre, por lo cual no le nombrarémos mas (1). Se desposó despues el rey con la hija del de Hungría, y hubo en ella (2) tres hijos y tres niñas; el primero fué el infante D. Pedro, que sucedió al padre; el segundo Jaime, rey de Mallorca, el tercero el infante D. Sancho, arzobispo de Toledo; y de las tres hijas, dos pararon en reinas, una de Castilla, y otra de Francia (3).

Juntó Fernando en 1222 las cortes de Castilla en Búrgos para que se reconociese por sucesor á la corona á su hijo Alfonso, nacido en el año anterior. Con este motivo hizo bendecir su espada y su estandarte por el obispo, y pregonó su intento de vincularse en guerrear contra los Arabes dia y noche y á todo trance. Entabló por entónces el rey de Leon un avance contra los infieles, pero cejó en virtud de una suma convenida y se retiró á su casa.

Traen al año siguiente (1223) la fundacion de la universidad de Salamanca, por Alfonso IX, rey de Leon, y una victoria contra los Sarracenos por Martin Sanchez, uno de los caudillos reales. En aquel mismo año, Fernando, abad de Montaragon, tio de Jaime I, se apoderó de la persona del jóven rey con la autoridad soberana. D. Rodrigo, arzobispo de Toledo, fundó ú repobló, en Castilla, el pueblo de Yepes, y en Portugal, falleció, el 25 de marzo, Alfon-

(1) Nasció el infant D. Enric, dicen los Anales de Toledo, miércores amanecient en XIV de abril, era MCCXLII (Anal. Toled. primeros, p. 394).

(2) Si que un any stiguem ab ella que no podiem fer ço quels homens han á fer ab sua muller, car no haviem la edad (c. 18.) — Tenemos ya deslindada la fecha del nacimiento de Jaime al 1.º de febrero de 1208, y aquí encaja una prueba terminante; mas hay aun otra en las mismas memorias de Jaime sobre su vida (Cróuica, ó commentari del gloriosissim é invictissim rey En Jacme rey d'Aragó, etc.); pues manifiesta, en el cap. 9, no tener mas que *seis años y cuatro meses* cuando salió de manos de Simon de Monforte, á quien el rey su padre lo habia entregado en 1211; es así que Simon no lo devolvió á los señores de Aragon hasta mayo de 1214: resulta pues que Jaime habia nacido en 1.º de febrero de 1208.

(1) Ramon Muntaner, c. 6. — El cronista de los hechos y jestiones de los reyes de Aragon se muestra desatentado, contra lo que acostumbra, en lo que añade á continuacion, á saber, que la reina, madre del dicho infante En Alfonso, murió luego y permaneció poquísimo con el rey. Vivió con él hasta despues de la conquista de Mallorca; en cuya época el cardenal Juan, obispo de Santa Sabina, legado de Gregorio IX en España, sabedor de que Jaime y Leonor eran parientes en cuarto grado, encargó el negocio á un concilio reunido en Tarazona, donde se declaró nulo el matrimonio en abril de 1229, lejitimando sin embargo al niño habido de buena fe en aquel desposorio. Volvióse Leonor á Castilla, donde permaneció con su hermana Berenguela, y no murió hasta en la era de 1282 (1244), segun el rejistro auténtico del monasterio real de las Huelgas, á donde dicen algunos que se retiró, y cuya fundacion le atribuyen otros equivocadamente, trocando la madre con la hija, por tener el mismo nombre (Véase Aguirre, t. III, p. 493; y Zurita, l. III, c. 3, y c. 19).

(2) Yolanda, hija de Andrés, rey de Hungría, y de Yolanda de Curtenay. Se desposó con ella el 8 de setiembre de 1235 en Barcelona.

(3) Véanse Ramon Muntaner y d'Esclot.

so II, hijo de Sancho, tercer rey de los Portugueses (1). Habia sido escomulgado Alfonso y puesto su reino en entredicho por algunas tropelías con el arzobispo de Braga, pero se le habia descargado y estaba ya corriente algun tiempo antes de morir. Enterráronle en el monasterio de Alcobaza, y tuvo por sucesor á su hijo Sancho II, quien reinó desde 1223 hasta 1248, apellidado Capel, por cuanto su madre Urraca de Castilla le habia hecho llevar en su mocedad el hábito monástico por devocion. Este Sancho II Capel era sobrino de Blanca de Castilla, y por consiguiente primo de San Luis. Tuvo tambien Alfonso II de Urraca al infante D. Alfonso, que fué conde de Bolonia; á D. Fernando, apellidado el infante de Serpa, por su dotacion; á Don Vicente, muerto de niño, y á la infanta Leonor, casada luego con Valdemaro III, duque de Dinamarca.

En 1224, entabló Fernando su guerra contra los Arabes, cuyo paradero habia de ser desposeerlos para siempre de Jaen, Córdoba y Sevilla; avanzó sobre Andalucía, mientras los tercios de Cuenca, Huete, Uclés y Alarcon embestian al reino de Valencia. Vuelto á Toledo, se encontró con Juan de Briena, rey de Jerusalen y emperador de Constantinopla, venido á España en demanda de auxilios y para cumplir su voto de peregrinacion á Santiago y adorar el esclarecido sepulcro del grande apóstol. Se le hizo un recibimiento ostentoso, y pasó luego á Compostela. Tomó á su regreso el rumbo de Búrgos, donde se desposó con Berenguela, hija de Alfonso, rey de Leon, y de Berenguela de Castilla, y de consiguiente hermana por padre y madre de Fernando (2). Este siguió adelantando en su guerra de Andalucía (1225 y 1226), al paso que su padre, el rey de Leon, alcanzaba por su parte nuevas ventajas contra la morisma sevillana. Fernando se apoderó de varias plazas á la bajada de los puertos de Muradal, entre ellas, de la torre de Albrit (quizás Castellar), de San Estévan del Puerto, de Isnatorafe, de Ciclana, etc. Revolvió sobre Andalucía en 1227 y allanó á Burgalimar, Salvatierra, Capilla y Baeza. Acompañábale el arzobispo D. Rodrigo en aquella espedicion; y entretanto, al ejemplo del Castellano, Sancho II de Portugal juntó sus tropas, se arrojó sobre el territorio musulman y les tomó á Durumeña, Elvas y otras plazas, aunque luego Elvas recayó en manos de los Arabes; pero Fernando siguió tomando mas y mas plazas por el territorio de Ubeda y de Baeza. Puso en el año siguiente de 1228 la primera piedra de la catedral de Toledo, cual permanece en el dia, bajo la advocacion de Santa Leocadia, edificio levantado á la memoria de las victorias que Dios le habia otorgado. Valíanse antes los cristianos de la mezquita-djema de Toledo, purificada ya desde luego y erijida en templo católico. Contribuyó el arzobispo D. Rodrigo para la construccion de la nueva iglesia, como él mismo nos lo participa en su crónica (1).

No estaba holgando por su parte Jaime de Aragon, mientras el Castellano seguia hostigando á los Arabes andaluces, pues preparaba con ahinco su espedicion contra las Baleares, cuya empresa ejecutiva resultó de un desacato contra la marina catalana, y fué en la forma siguiente (2):

(1) La primera dinastía portuguesa, llamada de Borgoña, se fundó, como ya se ha visto, entre 1092 y 1112, por el conde Henrique, hijo de Roberto el Anciano, duque de Borgoña y nieto de Roberto II, rey de Francia, á quien Alfonso VI dió, con el condado de Portugal, su hija Teresa en matrimonio. Falleció Henrique en 1112, dejando el condado á su hijo Alfonso (Alfonso Henriquez), bajo la tutoria de la condesa Teresa. Derrota Alfonso á los Arabes en los llanos de Urique en 1139, y la soldadesca lo proclama *rey*. Conquista lo demás de Beira, toda la Estremadura y casi todo el Alentejo. Se reconoce por 1112 vasallo y tributario del papa, quien le confirma el dictado de rey, precisando al rey de Castilla á reconocer su independencia. Fallece en 1185. Su hijo Sancho le sucede y reina desde 1185 hasta 1212, y muere en aquel año, dejando la corona á Alfonso II.

(2) Vinó el rey de Acre dolent del mar por á Toledo, é reciviolo el rey D. Ferrando, é ficiéronlo grand alborozo en Toledo. Esto fué en viérnes, en cinco dias de abril. De si fuesel á Sant-Yago, é de su venida casó con la hermana del rey de Castiella, era MCCLXII (Ibid., l. c.)

(1) Et tunc jecerunt primum lapidem rex et archiepiscopus Rodericus in fundamento ecclesiæ Toletanæ quæ in forma mezquitæ a tempora Arabum adhuc stabat, cujus fábrica opere mirabili de die in diem non sine grandi admiratione hominum exaltatur (Rod. Tolet., l. IX, c. 13).

(2) Poco antes intentara en vano Jaime el apoderarse de Peñíscola. — En aquell temps, dice Bernardo d'Esclot, havia un castell molt forta, ribamar de la part de Tortosa, que havia nom Paniscola, e era de Serrayns. E aqui tenien frontera los Serrayns ab los cristians de la ciutat de Tortosa e del regne de Aragó. E lo rey En Jacme ajustá ses osts e aná assetjar lo castell de Paniscola. Aquest es molt fort, e seu en una roqua sobra mar, que no temen null hom, per gran poder que haga, sol que haguen que manjar. Lo rey estech aqui gran temps que no li poch res fer, quel castell era molt be apparellat de vianda e

Una galera y una tartana del rey de Mallorca encontraron y escarnecieron á dos naves catalanas; trabóse combate, se rindió la tartana, huyó la galera, y echando el resto los remeros, se salvó, y llevó al emir musulman la nueva de la toma de su compañera. Aquel emir, á quien apellidan los cristianos rey de Mallorca, llamado Abu Zeyd el Raschid, hizo apresar el primer bajel catalan que asomó por aquellas aguas, y era barcelonés, riquísimamente cargado, que pasaba de Bujía á Mallorca, y sin darse por satisfecho, hizo lo mismo con otro buque catalan que pasaba junto á Ibiza con rumbo para Ceuta (1).

Airados los Barceloneses con ambas pérdidas y otras muchas tropelías por parte de los Mallorquines, acuden al rey, quien toma el asunto con las mayores veras, despacha ejecutivamente un enviado al rey musulman, con el encargo de requerir la devolucion de entrambos buques y un desagravio por las tropelías cometidas con los Catalanes; no bien desempeña su embajada el Aragonés, cuando al oirle nombrar á su rey, le pregunta el Mallorquin: — «¿De qué rey me estás hablando?» — A lo cual contesta con arrogancia el enviado: — «Del rey de Aragon D. Jaime, hijo de D. Pedro, el cual, en la batalla memorable de las Navas de Tolosa, destrozó una hueste innumerable de jente vuestra, como lo teneis bien sabido.» Esta contestacion encolerizó tantísimo al emir, que estuvo á pique de atropellar el derecho de jentes y poner sus manos en el embajador.

Segun D'Esclot, un Jenovés que se hallaba á la sazon comerciando en Mallorca, preguntado por el emir si suponia mucho el poderío del rey de Aragon, y si para no enconarlo mas, seria del caso el devolverle los dos bajeles, se lo disuadió en nombre de sus paisanos, de los Pisanos y de los Provenzales que se hallaban en la isla, diciendo que no habia motivo para temer al Aragonés, que andaban abultando en estremo su poder, que no era tal como lo estaban pregonando sin fundamento, pues no habia mucho que ni aun habia podido rendir un castillejo llamado de Peñíscola. Aconsejó por tanto el Jenovés al emir que retuviese cuanto habia podido asir á los súbditos de aquel rey, á quien, segun su moralidad política, era corriente el ir despojando sin reparo en razon de su desvalimiento. Engrióse con esto el emir, y aquel engreimiento le acarreó prontamente su esterminio, atrayéndose encima las armas aragonesas (1).

Vuelto el enviado á Barcelona, dió al rey cuenta puntual de su negociacion, y D. Jaime, debidamente lastimado, resolvió no sosegar jamás sin haber destronado al rey de Mallorca, y aun dicen que llegó á jurar solemnemente no desistir de la empresa hasta asirlo por la misma barba (2).

Mediaban por otra parte motivos poderosísimos y un sinnúmero de razones para emprender la conquista de las Baleares, todo lo cual asoma de lleno en el discurso que los cronistas contemporáneos traen de Pedro Martel, ciudadano de mucha cuenta en Barcelona y el marino mas práctico de aquel tiempo. Convida Martel al rey con sus palaciegos á comer, todos personajes de suposicion, á saber, Nuño Sanchez, primo del rey, Huguet, conde de Ampudias, Guillen de Moncada, vizconde de Bearne, Ramon de Moncada, hermano suyo, Jeraldo, conde de Cervellon, Ramon Alamany, Guillen de Claramunt, Bernardo de Santa Eujenia, etc.; y ocurre sobremesa que desde el comedor se

d'armes, e de ço que mester havia. E quant viu lo rey que no hi podia res acabar, levasen e tornasen ab ses osts.

(1) El mismo rey D. Jaime refirió la conquista de las Baleares en sus memorias, intituladas por sus editores: Chronica ó Commentari del gloriosissim é invictissim rey En Jaume de Aragó, de Mallorques, de Valencia, conde de Barcelona, Urjell y Muntpesller, feyta é scrita per aquell en sa lengua naturall e treyta del Archiu de Valencia, hou estaba custodida. Valencia, viuda de Joan Mey Flandro, 1557.

(1) D'Esclot refiere así el coloquio del rey de Mallorca con el traficante jenovés que tanto se propasó contra el rey de Aragon: — En la ciutat de Mallorques havia mercaders Genovesos, e Pisans e Prohensals. El rey mallorquí feu los se tots venir denant, e dix los: — Barons, vos altres sots mercaders chrestians, e venits en la mia terra, é guanyats hic vostre prou, e sots saus e segurs sobre la mia fe. E yo dich vos que me consellets llealment de ço que yo us demanaré. Lo rey d'Aragó m' ha tramés missatge que yo li dega trametre dos naus que yo he preses de Catalans, si no quem tengua per acuydat. E yo deman vos: lo rey, quiu poder ha, ne si m'en cal tembre, e si les hi retre? Et de aço vull quem aconsellets. Sobre aço llevás hun rich-hom genovés e parlá per tots les altres, e dix al rey mallorqui: No-us cal haver temor ni pahor del rey d'Aragó, ca ell es rey de poch poder: que no gran temps ha que tench assetjat hun catiu castell qui ha nom Paniscola, e hac sen a partir, que nol poch prendre. Per que, no li retats res que hajats pres de les sues geuts. (D'Esclot, mss de la Bibl. Real, núm. 1581, fondo de S. Jerman, c. 14.)

(2) Se verá mas adelante que el juramento fué posterior y hecho en el mismo suelo de Mallorca.

estendia la vista por la marina hácia la parte de Mallorca; y Martel, enteradísimo cual nadie de la trascendencia de aquella conquista (1) para Cataluña y la cristiandad toda, dice al rey: — « Señor, diariamente estamos padeciendo de parte de los corsarios de esas islas Baleares sumos quebrantos, así por mar como por tierra, y aun en nuestros propios hogares, asolándolos con incesantes correrías. Aquel comercio tan floreciente que estábamos haciendo con las naciones estranjeras yace atajado. Esos piratas africanos, enemigos mortales del nombre cristiano, acuden á estas islas, y como desde un antemural inespugnable, se arrojan sobre nosotros. ¡Cuántas ventajas nos aprontará ese solar, si llegamos á poseerlo! pues abunda en aceite, vino, trigo, frutas y ganado. Suministran sus playas escelente pesca y puertos segurísimos. La isla mayor, llamada por esta razon Mallorca, es de suyo tan regalada, que allá en otros tiempos, Griegos, Cartajineses y Romanos echaron el resto por afianzarla, y aun en tiempos mas cercanos, los señores reyes vuestros abuelos han venido á labrarnos el rumbo, dando por inasequible el plantear seguro sosiego en sus estados, mientras tuviesen los infieles en su mano el venir á hostigarnos. Por tanto, señor, conceptúo que allá os arrojeis á derrocarlos, haciendo así un servicio grandioso á la cristiandad en jeneral y á nuestra patria en particular. »

Era diciembre de 1227, y el rey, empeñado á todo trance en su intento por tantísimas razones, convocó las cortes del reino en Barcelona. Componíanse de los ricos hombres de Cataluña y Aragon, prelados y prohombres de los pueblos, formando el parlamento, como lo llama D'Esclot, bajo su presidencia en el dia de Navidad (2). Díjoles: — « Señores, habiéndome Dios agraciado con el ánimo eficaz de ir personalmente á embestir la isla de Mallorca para sujetarla á nuestra fe y enfrenar el descaro de los Bárbaros, que repetidamente se han manifestado enemigos de mi corona, y os han hecho padecer tan amargos quebrantos, os amonesto en nombre del Señor, cuya causa estoy defendiendo, y por el acatamiento y obediencia que me corresponde, que me otorgueis tres puntos: el primero que me ayudeis con vuestros sanos consejos; el segundo que apagueis hasta las pavesas de toda discordia, dejando pacífico el estado, mientras nos estemos afanando en conquistar tierras ajenas; y el tercero que echeis el resto para suministrarme caudales para acudir á la manutencion del ejército, con cuyos medios vivo esperanzado en la dignacion del Señor de que triunfarémos de los infieles, y de que Dios quedará satisfecho con todos nosotros (1).

Sumo efecto surte el discurso del rey, como se lo presumia, y toda la junta se acalora con su demanda; el ancianísimo arzobispo de Tarragona, Aspárago, se enajena de gozo en términos de prorumpir con el antiguo Simeon: *Ecce filius meus dilectus, in quo mihi benè complacui*; y luego corroborando con obras sus palabras, se encarga personalmente de suministrar por su cuota mil marcos de oro, quinientas fanegas de avena, doscientos jinetes cabales y mil infantes con alabardas y ballestas, acudiendo al importe de su manutencion y demás gastos hasta la rendicion de la isla. En medio de su muchísima edad, se empeña en seguir la espedicion, y como el rey se lo dispensa, su zelo consiente que en su defecto vayan con la hueste todos los obispos y abades de su metrópoli. Berenguer de Palou se brinda á seguir al rey con noventa y nueve jinetes y mil infantes, suministrándoles paga, vino, pan, avena y cuanto necesitasen (2); el obispo de Jerona treinta caballos y trescientos peones en los mismos términos; y el abad de San Feliu de Guixols cinco jinetes. Comprométese el obispo de Tarazona para el apronto de una galera, cuatro jinetes y su persona para mandarlos; el arcediano de Barcelona para cien hombres á caballo y doscientos á pié, todos mantenidos, y su persona. Los abades, priores, canónigos, superiores de las comunidades relijiosas y clérigos seculares, se empeñan, no solo á contribuir

(1) Está Mallorca situada á mas de treinta leguas al sud-sud-este de Barcelona, que es el punto menos distante de aquella isla.

(2) Ab tant lo rey feu ajustar sos barons de Catalunya e de Aragó, e homens de ciutats e de villes, e perlats de la Santa Sgleya á Barcelona. E aqui tench parlament ab ells en les festes de Nadal (Ibid., c. 14).

(1) Segun D'Esclot, les dijo mas sencillamente: — Barons, be sabets lo mal e el dan quel rey mallorquí fa tots jorns á les mies gents; e yo l'intrames missatger; e ell ha m'ho tengut en vil. Per que he en cor e voluntat que, á plaer de Deu, per tal que son servir hi sia encara fet, que si vos altres mi volets aydar, que yo vaja á prendre la ciutat de Mallorques ab tota la ylla. E de açó vos prech tuyt, que hagats bon cor, e quem retats tal resposta que Deu ne sia beneyt e pagat, e yo, e tots vos altres (Ibid., l. c.)

(2) E yo promet denant tots, que y yré ab cent menys hun cavaller, e ab mil servents; é donar los he bon sou, e prou pa é vi e civada, e tot ço que mester los será, etc. (Ibid., c. 16.)

segun sus alcances para el mantenimiento de la tropa, sino tambien á armarse por sí mismos, y no desistir hasta vencer á la morisma toda mallorquina y arrojarla de las islas. Acuden tambien los Templarios con treinta caballeros y veinte hermanos sirvientes, flecheros y ballesteros (1).

Compitieron en ahinco ricos-hombres é infanzones con el estado eclesiástico. Nuño Sanchez, conde de Rosellon, de Conflant y de Cerdaña, habló primero y se empeñó en disuadir al rey, por su tierna mocedad de menos de veinte años, de su asistencia personal. «Irémos á Mallorca, » vocea Nuño, « la conquistarémos, y luego vendréis á tomar posesion; mas si os aferrais en venir, todos acudirémos allá para escudaros, echando el resto, mientras Dios nos dé vida, como corresponde á buenos vasallos con su buen señor, y aprontaré doscientos jinetes muy corrientes, y donceles, hijos de infanzones, hasta ciento y uno, con crecido número de sirvientes, aventajados ballesteros, á propósito para guerrear por quebradas y por llanuras, y mucho pan, vino, carnes y avena, sin que me vuelva mientras lo apetezcais (2). » Así habló Nuño, y luego tomó la voz el conde de Ampudias, y prometió ochenta jinetes, ciento y veinte ballesteros á caballo, y mil sirvientes de infantería.

El valeroso vizconde de Bearne, Guillen de Moncada, fraguador poco antes de una liga de señores contra el rey, entró confesando sus yerros y dando gracias á Dios por haberle rodeado proporcion para acreditar ansiosamente al rey su afan de servirle y recobrar su cariño y agrado, que tenia desmerecido con sus deslealtades, y manifestó, tras aquel desahogo candoroso, que iba á echar el resto en cumplir con su señor, quien se complaceria en perdonarle (3). Fué sin embargo, al par de Nuño Sanchez, de dictámen que permaneciese el rey en Cataluña, y vino á esponerlo casi en los propios términos. « Opino, » dijo, « que os quedeis aquí, pues irémos á Mallorca, conquistarémos el pais, y entónces podréis venir á vuestras anchuras, » y terminó diciendo: « Señor, voy á serviros con mi compañía, hasta que tomemos la ciudad, y mientras querais (1). » Propuso luego, en nombre de todo el congreso, y con la seguridad de no hallar contraresto, que se pagase sin ejemplar en aquella ocasion al rey el derecho de vacada, para las urjencias de la escuadra y gastos imprevistos de la espedicion (2).

Siguiendo los demás señores aquel ejemplo, ofreció Guillen Ramon de Moncada, hermano del vizconde, veinte y cinco jinetes armados por entero y crecido número de flecheros, ballesteros, lanceros y marineros, y otro tanto hizo Pedro Berenguer de Ajer. I ardo de Torellá de Mont-Griu prometió veinte jinetes y cuanta soldadesca montañesa pudiera aprontar y mantener; y en fin, el sindicato de Barcelona puso, de parte de la ciudad, á disposicion del rey cuantas galeras y bajeles de diversa magnitud estaba poseyendo.

Cerró el rey la sesion, prometiendo por su continjente, en verdad harto escaso, doscientos infanzones de Aragon gallardos y valerosos, perfectamente armados y montados, quinientos señoritos lozanos de la misma clase, y cuanta infantería se requiriese (3). Añadió que dispondria muchas máquinas ó artimañas de guerra (molts ginis), trayendo injenieros de todo desempeño (bons ginyadors); prometió ante Dios que, dándole vida, antes de un año habria pasado á Mallorca, y encargó á los barones que fijasen el plazo en que todos estarian prontos (4).

(1) Ab trenta cavallers e ab vint ballesters. (c. 22.)

(2) E nos irem á Mallorques, e conquerirém la terra, e puix vos ponets anar. E si tant s'es que no vullats remanir, yo iré ab vos... e aportarém molt pa e molt vi e carn, civada; e non m'en tornaré tro que vos ho vullats (Ibid., c. 23).

(3) Ab tant llevás lo prous vescomte En Guillem de Moncada, et dix: Senyor ver Deus! beneyt siats vos, que ço he trovat ara, que quant havia cerquat com pogués servir á mon senyor e tornar en sa amor e en sa gracia don hom me haya gitat a gran desllealtat, mas ara lo serviré tant de mon poder que será son plaer quem perdonará (Ibid., c. 25.)

(1) Per mon consell, vos remandrets, e nos irem á Mallorques, e conquerirém la terra; e puix porets hi vos anar. Mas si tant es, senyor, que non vollats remanir, yo iré ab vos, etc. E serviros he, senyor, ab tota ma companya, tro que la ciutat hagam presa, e puix, aytant, com vos vullats.

(2) El derecho de vacada era un feudo que por una vez se pagaba á los reyes de Aragon á su advenimiento, á tanto por yugada de bueyes, y por eso se llamaba así.

(3) E yo amenaré docents cavallers de Aragó, molt bons e valents e gint arreats de bons cavalls e de riques armes, e cinch cents doncells que serán bons á cavall e valents, e homes de peu tants com mester n'habré.

(4) E yo promet á Deu que, sol que vidam bast, que abans de un any seré passat á Mallorques. E prech vos que emprenam lo terme que cascú sia apparellat...

Contestaron todos gozosísimos y unánimes que estarian corrientes por Nuestra Señora de agosto en Tarragona, y aprobándolo el rey, todos quedaron acordes; y aquel señorío que se acababa de comprometer hizo traer un misal y se juramentó con el rey, como este con los demás, para cumplir sus promesas (1).

Luego, continúa candorosamente el cronista, se despidió el parlamento y todos se marcharon á comer (2).

No hay que obvidar como aquella funcion parlamentaria, caballeresca, feudal y municipal á un mismo tiempo se estuvo celebrando por Navidad en Barcelona. Anochece, y el rey vela y reza con todo su señorío (ab tota sa cavallaría) y otras muchas jentes, en la iglesia de Santa Cruz, á la luminaria de antorchas y hachones en estremo centellantes. Allí pasa la noche, y oida la misa de Navidad, en medio de la canturia y plegarias de la iglesia, no sale hasta el amanecer con toda su comitiva, la cual come con el rey, juega con grande algazara; y en seguida se despiden todos del rey, y acuden á sus estados y haciendas, á fin de preparar cuanto convenga para la campaña ideada (3).

Permaneció todavía el rey algun tiempo en Barcelona, y encargó á un rico-hombre vecino de la ciudad, llamado En Ramon de Plegamans, el apronto de las galeras y trasportes, nombrándolo veedor jeneral del ramo marítimo, y en suma, almirante de la corona de Aragon; y al asomar la primavera de 1228, se marchó para Lérida, donde halló á Juan, cardenal titulado de Santa-Sabina, recien enviado por el papa á España; y luego diputados, y aun tal vez el individuo mismo de un encumbrado personaje de la alcurnia de los Almohades, bisnieto de Abd el Mumen, á saber, Cid Abu Zeyd Almanzor, recien arrojado por Djomail Ebn Mordanisch de Valencia, en demanda de auxilios del rey de Aragon contra los rebeldes Valencianos; y halló además á los barones de Aragon, Ribagorza y Pallarés que tenia convocados. Agasajó el rey espléndidamente cuanto pudo al cardenal legado, quien se mostró muy satisfecho con la presencia del rey, de su corte y sus tropas (fo molt alegre é pagat de la vista del rey et de son capteniment). Conversaron sobre negocios, y el rey le fué refiriendo sus disposiciones para la empresa de Mallorca. El cardenal le clavó la vista y estrañó que en mocedad tan lozana hubiese ideado tamaño intento. — «Hijo mio,» le dijo, «el pensamiento de empresa tan grandiosa no pudo salir de vos; Dios ha sido el inspirador y os ha favorecido de lleno con su gracia. ¡Así os guie hasta el término de su logro, tan cabalmente como lo estáis deseando (1)!

A la madrugada, llama, y acuden todos á la voz del rey, infanzones, ciudadanos, clérigos, y jente de todas clases, al congreso para enterarse de lo que le pareciera (lo rey maná que tuyt fossen au palau á parlament, é tuyt foren aquí, cavallers é ciutadans é clergues é homens de tot orde, etc.). Mas ya de antemano algunos señores de Aragon y vecinos de Lérida habian instado eficazmente al legado paraque pidiese al rey la variacion de su intento, asestando sobre Valencia cuantas fuerzas se agolpaban, pues urjia mucho mas que el tránsito á Mallorca, paraje de espuesto desembarco, y en fin separado con el mar; especie sin duda provenida de los enviados de Abu Zeyd que estaban presentes. Manifiesta el rey con brioso señorío las causales de aquel intento, cuales son el fervor relijioso, su pundonor y el interés de la corona y de la cristiandad que lo están llamando á Mallorca. Levántase sin embargo el cardenal y va esponiendo la contrariedad de los barones y del vecindario de Lérida para la espedicion ideada, brindándose todos con sus personas, caballos y armas para una campaña contra Valencia, mas no sobre Mallorca, de que todos se desentienden (2).

Replica el rey insistiendo á todo trance en su intento, pues así lo tiene jurado y no ha de quebrantar su palabra, añadiendo luego con ahinco: «En suma, quien me siga cumplirá con su obligacion, y seré su amigo de corazon, y quien se desentienda faltará á lo que le corres-

(1) Ab tant tuyt respongueren á huna veu, ab gran alegría que á Santa María de Agost fossen tuyt ajustats á Tarragona. E lo rey tench ho per bo, e tuyt ensemps ab ell. E tots los barons que havien fetes llurs profertes, faheren aportar hun llibre missal e juraren ho denant lo rey, e lo rey atressi.

(2) E puix partis lo parlament e anaren manjar.

(3) A fin de prepararse para el intento sobre Mallorca, dice Bernardo D'Esclot (c. 30):—per apparellarse del fet de Mallorques.

(1) Fill, dix lo cardenal, certes, aytal fet com es aquest no es mogut de vos, ans es mogut de Deu qui us ha spirat e trasmesa la seu gracia. E placia á ell que us ho leix acabar axí com lo vostro cor desitja!

(2) Quant lo rey hac parlat, lo cardenal se llevá é parlá e dix: Senyor, los barons que aquí son e ells richs homens de aquesta ciutat m'han pregat que yo que us dega dir e pregar que mudets lo viatge á Valencia, e seguir vos han tots, e faran tot ço que vos manets. Que del anar á Mallorques no han voluntat ne cura.

ponde y estará á las resultas (1).» Se desprende luego un cordoncillo de lana que trae, lo pone en cruz, y suplica al cardenal que se la cosa al hombro; lo hace así el cardenal, la bendice y pregona que concede, en nombre de la Santa Sede, grandísimas induljencias á quien siga al rey. En Berenguer de Palou, obispo de Barcelona, el arcediano y el sacristan de su iglesia, y muchos ricos hombres venidos de allí con la corte, reciben tambien la cruz de manos del legado (2).

Al ver los ricos-hombres de Aragon y el vecindario de Lérida, añade D'Esclot, que el rey, contra su concepto, se habia cruzado con otros muchos, lo estrañaron en gran manera, y se apesadumbraron de no poderlo inclinar contra Valencia, y así nada ofrecieron absolutamente para la espedicion (3).

Jaime, sin embargo, parte para Aragon, donde junta los infanzones y tropas que le han de seguir, mientras el obispo de Barcelona se marcha á un paraje de sus haciendas llamado Querol ó Terol, segun D'Esclot, donde halla á Guillen Ramon de Moncada que lo está esperando con la compañía de sus jinetes, y todos al saber que el rey se ha cruzado, se empeñan en no ser menos, se lo piden á Berenguer, y el digno obispo, gozosísimo, les pone la cruz (4). Vuélvese á Barcelona, junta deudos y amigos, con sus caballos, armas y pertrechos que le corresponde suministrar. Está pronta la jente y la entrega á sus caudillos (capdelladors), En Guillen de Moncada, su primo, En Ramon de Solsona, En Ramon de Tayava, y Arnau Desvilar, todos á cual mas honrados y valientes, dice D'Esclot (cavallers honrats e prous).

Asoma la primavera; Cataluña toda se conmueve, mas tibio se muestra Aragon, pero suministra su cuantioso continjente. El domingo segundo despues de Pascua (1), barcos mayores y menores han acudido al puerto de Salou junto á Tarragona, y se van agolpando las tropas de donde quiera. Llega el conde Nuño con sus amigos principales, Jeofredo de Rocaberti, comendador del Temple (comanador molt honrat), Oliver de Termens, Ramon de Canet, Jisbert y Pedro de Barberá, Pons y Arnau de Vernet, Bernardo Spanyol, Berenguer de Mont-Squin (Montesquiu), Cascalla Rois, y dos honradísimos barones de Castilla, cuyos nombres omite el cronista. En Guillen Ramon de Moncada, vizconde de Bearne, no trajo compañeros menos esclarecidos, descollando entre ellos, Guillen de San Martin, Guillen de Cervellon, Ramon Alamany, y Guillen de Claramunt, quienes habian peleado con el rey En Pedro II en la batalla del Muradal; Hugo de Mataplana, Guillen de San Vicente, Ramon de Belloch, Berenguer de Centeylles, Guillen de Palafols y Berenguer de Santa Eufemia, todos comendadores y varones honrados en Cataluña.

Llega el rey á Tarragona el 1.º de mayo con sus infanzones de Aragon y barones de Cataluña (ab tots los cavallers d'Aragó é tots los barons de Catalunya), y tiene que esperar á que vayan acudiendo los varios continjentes convenidos con el señorío en las cortes de Barcelona en diciembre anterior; pero al acercarse nuestra Señora de agosto, están ya todos presentes. El rey les pasa revista, habilita y abastece de bizcocho y víveres las naves, embarca hombres, caballos y pertrechos por direccion de Ramon de Plegamans, está ya la escuadra para dar la vela. Compónese de veinte y cinco bajeles mayores, diez y ocho tarides, doce galeras, cien galeotas, siendo al todo ciento cincuenta y cinco buques, fuera de los trasportes. Consta el ejército de quince mil infantes y mil y quinientos jinetes, sin contar los voluntarios jenoveses, pisanos, provenzales y otras naciones que se le van incorporando.

Llega el plazo para la salida, el rey con todo su séquito oye misa en la catedral de Tarragona y comulga por manos del obispo de Barcelona; oye tambien la misa el ejército, comulga en una capilla fabricada al intento sobre el puerto, y tremola luego la señal de partir. Encabeza la vanguardia el bajel que monta el capitan Nicolás Bovet, donde se halla En Guillen

(1) E qui seguir me volrá fará ço que devrá, e yo seré l'in mils son amich. E qui seguir non volrá, havrán abans guardo que fi.

(2) Ab tant lo rey pres hun cordonet qui tenia e feune huna creu, e dix al cardinal que la li cosis. E el cardinal cosilali, e beneil e donali sa gracia, e doná grans perdons á tots aquells que seguirien. E puix lo bisbe e el artiacha, el sacristá e d'altres richs homens qui ab lo rey eren venguts de Barcelona crohárense de la ma del cardinal.

(3) Quant los richs homens de Aragó e les gents de Leyda veren que el rey fo cruat e molt d'altres, foren maravellats, e fo los molt greu com no hac mudat lo viatje á Valencia; e no y hac nengú que hanc li fes proferta de res.

(4) Quant En Guillem de Moncada oy dir que el rey havia pres la creu, dix al bisbe son cosí, que al nom de Deu, que li creu. E lo bisbe feu ho molt volenters e puix á tots los altres cavallers.

(1) Quant vench lo pastor, dice Bernardo D'Esclot, esto es, el segundo domingo despues de Pascua, cuyo evanjelio empieza con estas palabras: Ego sum pastor bonus.

Ramon de Moncada, vizconde del Bearne; cierra la retaguardia el capitan Carroç, y las galeras van ciñendo los bajeles. La última embarcacion que sale es una galera de Mompeller, en que debia embarcarse el rey, quien se detiene para el embarque de mil voluntarios sobrevenidos en el acto de dar la vela, y se acomodan en buques menores.

Verifícase la salida un miércoles 6 de setiembre muy por la madrugada, pero á las seis ó siete leguas, se levanta de repente una tormenta horrorosa; se empeñan los pilotos despavoridos con el rey para que regrese á Tarragona, pero en vez de avenirse, los trata de cobardes, y les manda que sigan su rumbo, y teniendo que obedecer, batallan mas y mas con las olas hasta el dia siguiente por la tarde en que abonanza el temporal por un rato, mas aquella misma noche se enfurece en términos que la oleada tramonta las galeras; por fin, á la madrugada amaina la tempestad y aparece la isla de Mallorca, por lo cual acortan los comandantes de vela para no ser descubiertos desde la playa. Tras esta disposicion, se encaminan al puerto de Pollensa, que era el punto de arribada; pero sobreviene otro temporal mas deshecho, y tienen que aportar en la Palomera. Fondean allí las naves y se amarran, llegando la galera del rey á un isletillo ú sea peñasco tajado que llaman Pantaleu, y que avanza sobre el mar y está todo desierto. Desembarca el rey, mandando que se alzen las tiendas para su albergue y el de los barones, quienes necesitan el descanso con tanta mas urjencia cuanto se hallan todos mareados, y con especialidad los que se embarcaban por la primera vez (1).

Al ver los Musulmanes isleños los bajeles cristianos amarrados en aquel punto, acuden á contrarestarles el desembarco, agolpándose al pronto como unos dos mil para alejar de la tierra al rey con los suyos. En aquel trance, una barquilla de la escuadra se encamina á tierra con ocho hombres armados, al parecer para reconocerla; eran ocho Almogavares catalanes. Bajan á tierra siete á cierta distancia, y el otro está guardando la barquilla. Envian los Sarracenos hasta cuarenta de los suyos para escarmentar á los temerarios; trábase pelea, y los Catalanes matan á tres Sarracenos, y además hieren á varios de los otros, resultando solo un Almogavar con algun rasguño en una pierna; agólpanse los Sarracenos á la playa, mas logran los ocho reembarcarse sin mayor quebranto, antes que lleguen los demás enemigos que van acudiendo.

Nuño Sanchez, uno de los condes, por lo que aparece en D'Esclot, refirió luego ante el mismo cronista, como ancladas ya todas las naves en la Palomera, y estando el rey en Pantaleu rehaciéndose con sus ricos-hombres (1), un Sarraceno llamado Alí de la Palomera, intendente ó mayordomo del emir de Mallorca, pasó á nado al campamento cristiano, y al salir del agua, se presentó al rey, se le arrodilló, le saludó y se le brindó para servirle (2). Hizo el rey que lo vistiesen y luego le preguntó noticias del interior de Mallorca. Le contestó el Sarraceno que el rey mallorquin tenia consigo hasta cuarenta y dos mil hombres bien armados, los cinco mil de caballería y los demás de á pié, pero todos valerosos y denodados, y que así trataba de atajarle todo desembarco por el contorno entero de la isla; y por tanto instaba á Don Jaime paraque verificase inmediatamente el desembarco, antes que el Musulman le saliese de la ciudad al encuentro. Agradecióle D. Jaime la fineza y le ofreció corresponderle y servir á todos los suyos.

En vista de aquel informe, junta el rey consejo, y acordaron todos que en aquella misma tarde se anduviese costeando para desembarcar seguidamente en el paraje mas oportuno para el desembarco, imposibilitado ya en la Palomera. Con efecto, hasta quince mil Musulmanes, entre infantería y caballería, habian acudido y estaban acampados al frente de la escuadra cristiana; y así en anocheciendo, dió esta la vela, celebró el rey consejo, y se dispuso

(1) Véase la crónica orijinal de Jaime, c. 56. — D'Esclot trae menos particularidades sobre el tránsito del rey con su ejército de Tarragona á Mallorca, sin hacer mencion de los apuros en la travesía: — E anaren tant per la mar ab hun vent e ab altre, dice, que arribaren á la primera terra de la ylla, que ha nom la Palomera. E aqui ormegaren totes les naus e els lenys, e les tarides e los altres navilis. E lo rey devallá en huna ylleta prop de terra que ha nom Pantaleu, e fech aqui parar tendes. E tots los barons que no eren usats de la mar reposaren aqui tro que llur temps fo. Pantaleu, corrupcion de Πέντε Λέῳ, los Cinco Pueblos, era, como lo denota el nombre, colonia griega, y ahora es un puertecillo á unas dos leguas al sur de Palma.

(1) Per ço com la mar los havia molt treballats.... (D'Esclot, c. 85.)

(2) ... Vench denant lo rey, e agenollat á ell, e saludat en son latí. — *Latín* se toma aquí en el mismo sentido que tiene en Juan Froissart en la frase siguiente y en otras muchas; y el Inglés en su latin le dijo.....

que Guillen de Moncada, el conde Nuño y demás caudillos de Aragon y Cataluña irian á vela y remo costeando las playas. Siguieron así toda la noche, y un lúnes presenciaron un hermoso puerto, llamado Santa Ponça, con la entrada patente, sin que asomasen Sarracenos para estorbarla. El primero que saltó en tierra fué un Catalan llamado Bernardo Rieu de Moyá, seguido luego por Bernardo de Argentona; y aquellos valentones tremolaron allá un pendon llamando á los compañeros. Bernardo, en camisa y con abarcas, y alzando mas y mas su bandera, trepa á un cerro tajado sobre Santa Ponça, y lo toma antes que lo echen de ver los Sarracenos. Setecientos hombres mandados por el conde Nuño Sanchez, Ramon de Moncada, Bernardo, Jisberto de Cruillas y otros ciento y cincuenta caballeros, siguen con arrojo el ejemplo de los dos denodados Catalanes.

Muévense entretanto los Sarracenos, y asoman armados por la llanura; pero ya Moncada está atrincherado sobre el cerro; está luego oteando al enemigo que se adelanta, se dispara de la altura con toda su jente, mata hasta mil y quinientos y aventa á los demás. El rey se entera de cuanto está pasando, quiere terciar en la primera victoria, acude al galope, tan solo con veinte y cinco infanzones aragoneses, los cuales se entrometen tan desaforadamente en la refriega, que viene á quedar solo con tres individuos. Pasa en aquel punto un bizarro mozo árabe, muy armado y á pié; ríndete, le vocea el rey, pero el contrario le contesta gallardamente en árabe *le muley*, no señor (1), y enristra su lanza. Al ver, cuenta el mismo D. Jaime, que uno de los suyos, llamado Pedro Lobera, le embiste, descarga el Sarraceno tan tremendo lanzazo al caballo de Lobera, que lo vuelca en el suelo con su jinete. Entónces el rey con los dos únicos compañeros que le quedan se abalanzan á él y lo matan, despues de haberle intimado repetidamente en vano que se rindiese en términos hábiles.

Incorpórase en tanto el rey con su tropa, reforzada ya á la sazon oportunamente con trescientos caballos desembarcados en el puerto de la Porasa, y sabe al mismo tiempo de boca de un rico-hombre aragonés llamado En Ladron, que el emir de Mallorca se halla acampado junto al Puerto-Opi. Embistiérale en aquel mismo punto D. Jaime á impulsos de su denuedo, pero deteniéndose á deliberar maduramente sobre el trance, Moncada, Nuño y otros señores son de dictámen de esperar hasta la mañana siguiente. A la madrugada, que era mártes, se apercibe el ejército entero para trabar la refriega. Tan sumo es el afan de todos, que hasta cinco mil hombres se desmandan y se disparan sin caudillos sobre el enemigo. Sobresáltase el rey con aquel ímpetu desatinado y opuesto á la disciplina; pero Moncada y el vizconde de Ampudias se adelantan con un destacamento de los suyos en toda dilijencia, y tropezando con el enemigo, lo embisten sobre la marcha. Aférranse los Arabes y está en vaiven el trance. Entablada la pelea, tiene Nuño que acudir con la retaguardia, mas se niega diciendo que no le cabe esponer la persona del rey á peligro tan inminente para reforzar otros puntos, en lo cual procedió malamente, dice el historiador mas esmerado de la conquista de Mallorca, siendo los enemigos tan superiores en número, que sin aquel auxilio no era dable el vencerlos. Tienen que cejar los cristianos ante la oleada irresistible de los Moros. Descargan á Ramon de Moncada un cimitarrazo tan recio en la pierna que le cercenan el pié, va rodando por tierra medio muerto, y luego lo acaban. Su hermano Guillen, Huguet Desvilar, Huguet de Mataplana y otros ocho señores de esforzado pecho fenecen igualmente en aquel trance.

Al mismo tiempo el rey, ansiando campear contra el emir de Mallorca, se incorpora con Nuño, desde cuyo campamento se está viendo al Musulman montado en un caballo blanco llamado Retabohineh, capitaneando una hueste esplendorosa, y enarbolando á su lado un pendon rojo y blanco, cuyo estremo traia ensartada una cabeza humana. No bien lo divisa el rey de Aragon, se dispara contra él, pero el conde Nuño, Pedro Pomar y Lope Jimenez de Luesia, asen las riendas á su caballo y lo detienen. Clama el caudillo cristiano que es vergonzosísimo el huir del enemigo, se alientan los fujitivos, se rehacen y ahuyentan luego á los Moros. Llega en aquel trance el estandarte real acompañado de cien soldados que se embeben al punto en la hueste, y abalanzándose todos desaladamente al enemigo, lo arrollan, lo alcanzan y lo arrojan del campo de batalla. Derrotado el Musulman, trata de regresar á la ciudad por mil rumbos estraviados; pero Jaime, enterado de su intento, se los ataja todos, y orillando el dictámen de Ramon Alamany, que opina por la detencion y el descanso, estrecha mas y mas el alcance, especialmente sobre el emir; pero este, llevando ya media legua de ventaja, huye á escape y logra conservarla á los batidores aragoneses, enriscándose al fin por las sierras al norte de Palma.

(1) E com li deyen. « Rent te, » ell deya : «le muley, » que vol dir : no senyor. ( Crónica de Jacme, c. 43.)

Entónces el obispo de Barcelona participa al rey la infausta nueva de la muerte de entrambos Moncadas y sus compañeros, y Jaime, sentido en el alma, llora principalmente por el malogro de los hermanos, á quienes amaba entrañablemente por el afan con que le servian, habiéndole sido opuestísimos al principio. Encamínase el ejército á Puerto-Opi, donde acampa en una llanura á una legua escasa de la capital, que luego queda sitiada. Se hallaba á la sazon Palma bien murada y torreada, con un vecindario de ochenta mil almas, en vez de las treinta y seis mil que se cuentan en el dia; y así hubo que acudir desde luego á medios poderosos para abrir las brechas y superar sus muchas defensas.

Junta entretanto el rey de Mallorca por la sierra hasta ocho mil fujitivos, con los cuales va tomando disposiciones para entrometerse en la plaza, y para facilitarlo enarbola una señal á los sitiados que se halla á cierta distancia y que estén prontos con algun ardid para recibirle. Con la lobreguez de la misma noche, se agolpan en crecido número por las almenas, hácia la parte por donde los Aragoneses tienen la trinchera abierta, con gran luminaria de hachones. Se asustan los sitiadores con la aprension de que van á asaltarlos, y así acuden por todas partes al paraje que conceptúan amagado, con lo cual entra el rey á su salvo por una poterna de la parte opuesta, á favor de la oscuridad y la confusion.

Adelantan sin embargo los cristianos el sitio con suma pujanza, mas una novedad lo entorpece, pues atraviesa sus reales una escasa corriente que abastece de agua personas y caballos, y un vecino principal de Mallorca, llamado En Fatila, hablando como D'Esclot, pues el historiador catalan lo honra con el *En*, porque seria algun *rich-home*, sale de la plaza con cien caballos y quinientos infantes, desvia el arroyo y acampa en el sitio mismo de la cortadura para guardarla; y como no puede el ejército prescindir del agua, é imposibilitando aquel hecho la continuacion del sitio, envia el rey á Nuño con tres mil hombres para restituir el arroyo á su corriente. Intenta la jente de Fatila contrarestarlos (quizás Fathi-Ellah), pero Nuño la embiste tan oportuna y denodadamente, que deja quinientos Sarracenos en el sitio, y queda el precioso arroyo en poder de los cristianos. Fenece Fathi-Ellah en la refriega, y para amedrentar y tratar á su modo, y como se ha dicho despues, de Turco á Moro, á los Sarracenos de la plaza, el rey cristiano manda degollar á los muertos y arrojar sus cabezas al recinto, asegurándose que se tiraron hasta cuatrocientas y doce.

Mientras sucedia esto en Palma, llega un Sarraceno serrano, muy hacendado y de suposicion, llamado Ben-Abet, se presenta al rey de Aragon, y le manifiesta como está mandando ochocientos caseríos de Moros serranos, que ansiaban estar en paz y hermandad con él, dándole rehenes y aprontándole abastos y pertrechos, con tal que les franquease á su salvo el campamento para sus tráficos y negocios. Allánase gustoso el rey á su propuesta; le entregan cierto número de niños y niñas por via de rehenes; y desde aquel punto acuden todos ellos abasteciendo los reales y comunicando cuanto pasa en Mallorca. Tan inesperada alianza sirve infinito á los cristianos, y robustece sus esperanzas, que iban ya flaqueando. Ben-Abet, por primer acto de vasallaje, regala al rey varias cargas de trigo, caza, aves y uvas, traido todo en veinte acémilas; y el rey en pago le proporciona crecida escolta con su bandera para que le sirva de resguardo. A pocos dias llega Ben-Abet con el aviso de que otras dos porciones de la isla acuden á recibir órdenes y rendir vasallaje al rey, el cual queda ajustado en los términos de aquel tiempo. Pide Ben-Abet al rey que nombre, para el réjimen de cuantos pueblos se le han pasado y bajo su nombre, dos gobernadores racionales, y Jaime echa mano para el intento de Berenguer Durfort de Barcelona, y de un palaciego llamado Jaime Sanz de Mompeller (1).

Se va estrechando mas y mas el cerco, y los sitiados acuden para contrarestarlo á un arbitrio tan bárbaro como estraño. Hay en el recinto crecido número de cautivos cristianos, y conceptuando que los hermanos se han de retraer de su empeño, por no esponerse á matarlos, los atan desnudos á sus sendas cruces, colocándolas sobre las almenas por el paraje donde mas se esmeraban los sitiadores en acosarlos; mas por aquella novedad nada amaina su denuedo, pues al contrario se aferran mas y mas en el avance, y así el emir desengañado retira á los cautivos y los aherroja de nuevo (2).

Los cristianos desde aquel punto echan el resto, en términos que desahuciado el enemigo, pide capitulacion, y suplica á Jaime le envie sujetos de toda su confianza para tratar de ajuste. Nuño es el encargado de la negociacion. Ofrece el Mallorquin aprontar al rey de Aragon to-

(1) Véase Bernardo D'Esclot, c. 45, y el Commentari de Jacme, c. 65.

(2) Crónica de D'Esclot, c. 40.

dos los gastos de la guerra desde su embarque hasta la retirada, con el bien entendido de que no ha de quedar en la isla guarnicion alguna estranjera. Pero se desecha su propuesta y le notician muy á su pesar como Jaime tiene jurado, por su corona y por la fe de Jesucristo, que aun cuando le dieran cuanto dinero cupiese entre sus reales y la sierra, no lo ha de tomar sin que la plaza se rinda á su total discrecion. Pide el Sarraceno segunda conferencia con Nuño, y preguntándole este á qué se aviene, contesta que no alcanza porqué el rey de Aragon ha tomado tan á empeño el acabarlo, no habiéndole jamás agraviado. Entónces Nuño le recuerda su pregunta arrogante al enviado del rey en demanda de las dos naves apresadas por su disposicion, pues preguntaste: «qué venia á ser en suma el rey de Aragon; mas ahora ya harto lo conoces,» añade Nuño, «como que ha venido en tu busca. No hay aquí mas arbitrio que la entrega total de plaza é isla, sin que te quede mas esperanza que la de su dignacion.» En tan apurado trance, insiste el Mallorquin ofreciendo evacuar la plaza y pagar quinientos besantes de oro por cabeza, tanto de hombres como de mujeres y niños, con tal que se le franqueen los buques precisos para irse al Africa con los suyos, familia y comitiva (1). En estremo rendida parece que era la propuesta en boca de un sujeto de alguna entereza, y está retratando lo desesperado de su situacion, siendo por otra parte harto admisible, pues así la conceptúa el mismo rey. Junta consejo sin embargo, y la pone en deliberacion. El obispo de Barcelona, primer votante, lo da por corriente, aunque se atiene siempre al dictámen de los caudillos, como jueces mas autorizados sobre el particular. Se encara luego el rey con el conde del Rosellon y le pide parecer. Contesta el conde que cifrándose la empresa en la conquista de la isla con sujecion al cristianismo, queda logrado el intento con la propuesta del Musulman, y aceptándola, se evitan los afanes y peligros que ha de ocasionar todavía la rendicion absoluta de la plaza á viva fuerza. Pero llega la vez de opinar á Ramon Alamany, quien se atiene á todo trance al dictámen opuesto, clamando que habiendo puesto Dios en manos del rey el desagravio de las tropelías y muertes de tantos varones jenerosos como habian empuñado las armas por su persona, no debia malograr la ocasion. «Pues en fin, si se franquea á estos bárbaros su tránsito al Africa, ¿quién nos afianza que con el arrimo de sus compatriotas,» dice al acabar el opinante, «no han de revolver sobre vuestras fuerzas con mayor saña y poderío para reconquistar la isla? Soy pues de dictámen, señor, que deseccheis todo ofrecimiento de esos enemigos de la fe de Cristo y de vuestros estados, y que se lleve adelante el sitio con mas ahinco que nunca.» Esfuerzan la voz Guillen de Cervellon y Guillen de Claramunt, y dicen: «No hay que olvidar, señor, aquel ímpetu de Guillen de Moncada por vuestra nombradía, ni os avengais á que el desagravio de su muerte quede atajado con un ajuste vergonzoso: haced al contrario que miles de muertes sean su holocausto, y que sus acuchilladores fenezcan acuchillados.» Siguen los demás barones y caudillos aquel dictámen, y el rey contesta al emir que no espere cuartel, y al mismo tiempo reencarga el avance á la plaza, asaltándola por todas partes.

El vecindario, desahuciado ya por parte de los cristianos, se arrebata y acuerda vender muy caras sus vidas; y así va diluviando saetas, dardos y fuegos artificiales sobre cuantos intentan trepar á las almenas. Enardece el rey de Mallorca á los suyos con ímpetu vehemente; y les manifiesta, en un razonamiento que Jaime conservó en su crónica, como los emires el-mumenynes de Marruecos están, hace cien años, poseyendo aquellas islas, cuyo gobierno el último de ellos le tiene encargado, pues allí están sus mujeres, niños y padres; que es su obligacion indispensable el defenderlos, y acaudillándolos ufano, sirviendo á todos de norma con un denuedo y teson que el mismo Jaime se complace en elojiar, se dispone á arrostrarlo todo antes que rendirse á los cristianos (1). Mancilla su defensa con actos de crueldad, pues hace arrojar con las máquinas hácia el pabellon del rey cabezas de cristianos que los suyos, al estilo nacional, habian cortado, entre las cuales asomaron algunas de sujetos esclarecidos muertos en los últimos reencuentros (2).

Azorado ya el rey con tan esforzada resistencia, y receloso de las resultas, muy propias de un jentío desesperado, se vuelve á Ramon Alamany y Guillen de Cervellon, que están á su lado, y prorumpe: «¿No os parece que muchos de los barones quisieran ahora la propuesta aventajada y honorífica que nos estuvo haciendo el Musulman?» Entónces con efecto se muestran como arrepentidos de haber aconsejado al rey que la desechase. Pero el rey con-

(1) Crónica de Jacme, c. 69.

(1) Véase en la Crónica de Jacme (c. 70 al fin) *l'Exortació del rey de Mallorques, animant los seus Sarrahins.*

(2) Contábanse los dos Moncadas, Huguet Desvilar y Huguet de Mataplana en aquel número.

ceptúa ya indecoroso el allanarse á pedir lo idéntico que poco antes se ha desechado altaneramente, y manda á los caudillos que se eche el resto y se emprenda el asalto, sin cejar un punto hasta que el estandarte real tremole enarbolado en medio de la plaza. Esta disposicion enardece á la tropa en términos que jura toda unánime y solemnemente sobre los Santos Evanjelios: 1.º plantar en las brechas las banderas de todos los caudillos; 2.º que nadie ha de huir, por sumo que sea el peligro; 3.º que á todo el que muera se le dejará en el sitio sin retirarlo, mas que sea conde ó infanzon; 4.º que ningun herido se ha de retirar á las tiendas; 5.º que nadie absolutamente se pare ni llore á deudo ú compañero muerto, sin pensar mas que en vengarlos; 6.º que si alguien huye, los suyos lo acosen y maten, como cobarde y traidor á la patria y al rey; 7.º en fin, que aun cuando se entre en la plaza, nadie se ha de hospedar mientras no esté la plaza rendida toda. El rey es uno de los primeros en juramentarse para la ejecucion de los siete artículos, pero se lo estorban, manifestándole que no corresponde á la dignidad real semejante compromiso (1).

Juramentados todos, arrecian hasta lo sumo los embates contra la plaza, repitiendo asaltos y mas asaltos, y arrollando al fin toda heroica resistencia, trasponen los sitiadores las murallas y se internan por el pueblo. El primer entrante es un Barcelonés sirviente de armas, cuyo nombre no suena en la historia, pues trepa con un pendon en la mano á las almenas, adonde le siguen al punto otros seis compañeros, y luego arrojando á los Sarracenos de la torre que defienden, están allá blandiendo las espadas y brindando al ejército para que los siga; descuélganse, y tras ellos los cristianos en globo, voceando mas y mas «¡adentro, adentro; todo es ya nuestro! (2).» Los Sarracenos, atónitos al pronto, se rehacen luego, y se encrudece de nuevo la pelea de calle en calle; clama y lidia aferradamente el vecindario al impulso de los moezines que enardecen á sus fieles desde lo alto de los minaretes. Mujeres y niños arrojan, desde los terrados, ascuas, piedras, y hasta vigas ardiendo, y aun yesones enormes sobre los cristianos. Dura larguísimo rato la refriega, pues por una parte el rey de Aragon esgrime su espada acaudillando á los suyos por lo mas encarnizado del trance, y por otra el emir, capitaneando ya escasa jente y cabalgando su leal Rotabohiheb, clama á los suyos *rodo*, que, segun el historiador que estamos siguiendo, es lo mismo que «ánimo siempre, y siempre teson, sin desamparar los puntos» (1); mas la suerte, que alterna al pronto ya con un partido, ya con el otro, por fin se declara á favor de los cristianos. Todo amaina y se rinde al rey D. Jaime en la madrugada del 31 de diciembre de 1228 (2).

Traen ante D. Jaime al rey sarraceno, hallado por unos Tortosinos en el patio de una casa donde se habia guarecido. El rey lo entrega á Nuño, quien al golpe le requiere que haga entregarles el castillo de Al-Mudayna, que se está todavía defendiendo, y enviando mensajeros al intento, se entrega, y luego queda todo rendido á los cristianos. Le pide tambien Nuño que presente los cautivos cristianos, que son ciento y ochenta, quienes, al ver á D. Jaime, se le arrodillan y le besan la mano; y tanto el rey como los asistentes derraman lágrimas al presenciar las amargas lástimas de aquellos desventurados (3).

Reparte el rey el territorio entre los caballeros, con proporcion al número de jente que trajeron á la conquista y segun sus respectivas jerarquías; reparte tambien sus porciones á la infantería, y otorga regalías eminentes á la ciudad de Mallorca, con la particularidad de comprender por igual á Cristianos, Sarracenos y Judíos (4). Incorpora así D. Jaime aquel reino á la corona de Aragon, gobernándolo con todas sus dependencias, desde aquel mismo dia, con el dictado de rey.

«Paraque consten á todos las sumas finezas de Dios para con el rey D. Jaime de Aragon, du-

(1) Véase sobre aquel trance tan decisivo la crónica del rey Jaime, c. 71.

(2) ¡Via dins, via dins, que tot es nostre! (Crónica de D'Esclot, c. 47.)

(1) E cridá los seus, dice Jaime, *rodo*, que val aytans dir com star. (c. 76.) — *Rodo* propiamente en árabe significa despacio, con sosiego, teson; *ruyda*, diminutivo, muy quedito. Véase Freytag, en la voz *rodo*.

(2) Açó fo en lo any de la incarnació de Nostre Senyor Jesus Christ inent 1228, lo darrer dia del mes de dehembre, le matí, la vespra de ninou, que fa lo temps bel é clar, dice Bernardo D'Esclot. (c. 47.)

(3) E el rey e cells que ab elleren ploraren de pietat dels catius que tan mal havien passat. (Ibid., l. c.)

(4) E donals la ciutat francha e quitia, sens dret ne usatge, que no fossen tenguts de donar a null hom; encara, que tot hom hi foss franch, anent e venint, crestian o serrahy o juheu de tot ço que y aportas ne tragues, que no fos tengut de nengu dret a donar. (Ibid., l. c.)

rante su vida, dice Ramon Muntaner, con motivo de tan gloriosa conquista (1), voy á referiros algunas compendiosamente. No las especificaré metódica y circunstanciadamente, pues hartos libros hay ya sobre su vida, conquistas, denuedo y proezas, y así os lo apuntaré todo en resúmen para acudir cuanto antes al objeto principal de mis escritos.

« No hubo rey jamás á quien, como tengo dicho, favoreciese Dios en tan gran manera cual á D. Jaime, y así voy á referirlo en parte. Desde luego su nacimiento fué somamente milagroso, como se ha visto; descolló además en jentileza, sabiduría, jenerosidad y justificacion, y así vino á ser el ídolo de todos, tanto palaciegos como súbditos y estraños; y mientras dure el mundo, siempre se dirá: el buen rey D. Jaime de Aragon. Fué luego amante y temeroso de Dios en todo; queria tambien al prójimo, siendo de suyo justiciero, veraz y compasivo, y con tantísimos dones fué al mismo tiempo el mas sobresaliente lidiador que se conoció jamás. He presenciado sus rasgos y me cabe el afirmarlos al par de cuantos tuvieron proporcion de verle ó de oir sus alabanzas. Le favoreció Dios colmadamente en hijos y nietos de ambos sexos, y en estar viendo sus escelencias, como lo llevo referido. Tambien le agració Dios con la conquista de Mallorca, antes de los veinte años, arrebatándola á los Sarracenos, tras mil quebrantos y afanes que estuvieron padeciendo él y los suyos, ya en las peleas, ya con las escaseces, enfermedades y otros contratiempos, como os podeis enterar por el libro que compuso acerca de la toma de Mallorca (1), que es una de las plazas fuertes del orbe, y murada á las mil maravillas. Dilatándose el sitio con los quebrantos de frio, calor y escaseces, encargó al conde de Ampurias una escavacion profunda para minar la muralla, que se desplomó el dia de San Silvestre y Santa Colomba del año de 1228; y por aquella brecha el rey blandiendo su espada se internó, acaudillando la tropa en la ciudad, encarnizándose mas y mas la refriega en la calle llamada hoy de S. Miguel. El mismo rey, divisando al Sarraceno, se abalanzó á él por medio de todos, y asestandole la espada, lo asió por la barba, y así cumplió el juramento que tenia hecho de afianzarlo por aquella parte.

« Hizo el rey aquel juramento, por cuanto el Sarraceno habia disparado con sus máquinas cautivos cristianos al campamento, y así plugo á nuestro Señor Jesu-Cristo que dejase vengada su muerte. Dueño ya de la ciudad, se le rindió todo el reino, menos la isla de Menorca, que está como á diez leguas, pero su almojarife se le avasalló, aviniéndose á pagarle cierto tributo anual. Otro tanto sucedió con Iviza; siendo entrambas apreciables y poderosas, muy pobladas de jente sana morisca.

« Procedió así el rey, por cuanto no le cabia el detenerse allí mas tiempo, pues los Sarracenos del reino de Valencia andaban mas y mas haciendo correrías por su territorio, padeciendo tantísimo daño sus vasallos, que le era preciso acudir en su auxilio; y así se marchó de aquellas islas sin arrojar por entónces á los Sarracenos; cuanto mas que le eran muy necesarios para conservarlas pobladas, y por otra parte quedábale siempre la facultad de allanarlas cuando lo apeteciese. Conquistado el pais por entónces hasta aquel punto, otorgó á los moradores fueros y franquicias mayores que las de ningun otro pueblo, y por tanto descuella ahora mismo en riquezas y vecindario catalan muy recomendable; y como tales, sus descendientes componen ahora mismo una poblacion tan honrada y culta como la primera que se conozca (1). »

Resultaron luego de la conquista de Mallorca ventajas de suma entidad, franqueando á Don Jaime coyuntura para incorporar el condado de Urjel á su corona. Estinguidos los varones de la alcurnia de Urjel, procedente de un segundo de la casa de Barcelona, cuya herencia habia recaido directamente en la de Aragon, siendo Armengol IV el postrero, pasó el condado de Urjel á manos de Aremberga, hija única de Armengol. Acababa esta de enlazarse con el infante D. Pedro, hijo tercero de Sancho I, rey de Portugal. Tanteó D. Jaime si el dictado de rey le halagaria en términos de avenirse á una permuta del condado de Urjel, que le correspondia como propiedad de su esposa, por el reino de Mallorca. Complacido el infante con la propuesta, se estendió debidamente el acta

(3) En el capítulo intitulado: donde se refieren compendiosamente las sumas proezas del rey En Jacme, y como no siendo aun de veinte años, se apoderó de Mallorca con la fuerza de sus armas.

(1) Se equivoca Ramon Muntaner aquí en un punto, pues tenia D. Jaime mas de veinte años al tiempo de aquella conquista, siendo en realidad de veinte años con mas once meses cabales, como nacido el 1º. de febrero de 1208, como se estableció ya anteriormente. —La conquista de Mallorca constituye, en la crónica de D. Jaime, el material de sesenta y un capítulos, desde el 45 al 105 inclusive.

(1) Ramon Muntaner, crónica ó descripció dels fets é hazanyes del inclit rey En Jacme primer, re Daragó, etc., c. 7 y 8.

que traspasaba al infante y su consorte las islas de Mallorca, Menorca y Formentera, bajo la denominacion de reino de Mallorca, y entrámbos por su parte cedieron al rey D. Jaime cuanto estaban poseyendo en Cataluña; pero bajo el pacto de que muriendo el nuevo rey D. Pedro sin sucesion, la corona de Mallorca seria devuelta á D. Jaime, ó bien á sus sucesores.

Por consiguiente tomó D. Pedro, con su esposa, posesion de las Baleares, reinando con sumo sosiego hasta su fallecimiento en 1235. Sucedió lo previsto de morir D. Pedro sin sucesion y reintegrarse D. Jaime desde entónces, permaneciendo el reino de Mallorca unido á la corona de Aragon hasta el año de 1259, en que lo separó el rey á favor de su hijo segundo (1).

Está ya asomando la conquista del territorio musulman por ambas coronas, tan de mancomun, que no cabe duda en el paradero de toda la Península, que va á quedar en poder de los cristianos. Toma el rey de Leon á los Musulmanes, en 1230, los pueblos de Mérida y Montanches (2); y en el mismo año, su hijo Fernando entra en Andalucía, va talando las campiñas de Jaen, sitia la plaza, y durante aquella operacion sabe el fallecimiento de su padre. Pasando Alfonso, tras la toma de Mérida, á Santiago, enferma por el camino en Villanueva de Sarria en el Bierzo, y fallece en 24 de setiembre. En el testamento, encarga Alfonso, IX de su nombre entre los reyes de Leon, que se le entierre en la metropolitana de Santiago, junto al túmulo de Fernando II, su padre. Nombra por el mismo testamento herederas de su reino á sus dos hijas Sancha y Dulcia, habidas en Teresa de Portugal, su primera esposa; pues Alfonso habia tenido en ella, desde 1191 hasta 1196, en los cinco años de su enlace, tres hijos, esto es, dos niñas y un varon, Sancha, Fernando y Dulcia. Falleció muy pronto Fernando (3), y ambas niñas vivieron célibes. Habíase criado la menor con su abuelo Sancho, segun aparece por el testamento de este en 1210, donde espresa que deja «á la infanta Doña Dulcia, educada en su casa, cuarenta mil maravedises y ciento y cincuenta marcos de plata, sacados de su tesoro de Alcobaza.» Y á la otra nieta, residente en Castilla, le deja Sancho, por el mismo testamento, veinte mil maravedises (1).

Muerto D. Sancho, habia la infanta Dulcia regresado á la casa paterna, juntamente con la primojénita Sancha. Es la idéntica Sancha con quien Alvaro de Lara ideó casar al rey de Castilla, Henrique I, cuando se deshizo el enlace del niño rey con Mafalda de Portugal, y entretanto sobrevino la muerte del novio. Hallábanse en 1217, por el mes de mayo, con su padre las infantas en Toro, donde confirmaron la donacion de Alcántara que hizo el rey á los caballeros de la órden de Calatrava (2).

Insistió Alfonso en su intento de proclamarlas herederas del reino de Leon; y con efecto, en una acta de donacion, estendida en Mérida el último año de su vida, el 30 de marzo de 1230, á favor de la órden recien fundada de Alcántara, declara obrar con la anuencia de sus hijas (3). Al saber que el concilio de Tarazona acababa de anular el enlace de Jaime de Aragon y Leonor de Castilla (1229), trataba de casar á su primojénita Sancha con el mismo, dándole por dote nada menos que todo su reino; tan estremado era su ahinco en desheredar al hijo, cuando la muerte zanjó de un golpe toda negociacion (4); y Fernando, que se hallaba sitiando á Jaen, acudió inmediatamente para posesionarse del reino.

Al cundir el fallecimiento de Alfonso IX, se dividió el estado en dos bandos, poderosísimos ambos. Los pueblos de Leon, Astorga, Oviedo, Lugo, Mondoñedo, Salamanca, Ciudad-Rodrigo y Coria, con sus obispos, por San Fernando; y Compostela, Tuy y Zamora por las infantas Sancha y Dulcia, por cuyos intereses obraban muchos señores gallegos y asturianos. Fundábanse los fernandistas en su juramento reconociéndole por sucesor del padre, y los parciales de las infantas alegaban el testamento del padre y la obligacion que habian contraido de ponerlo en planta. En Leon, el conde Don Diego Diaz se habia entrometido de mano armada en la iglesia de San Isidoro, apropiándosela por las infantas, al paso que el obispo y varios señores introdujeron tropas en la catedral por San Fernando. En medio de tantos desconciertos, San Isidoro, dice un historiador devoto (Ferreras), abrigando el derecho lejítimo del impecable rey de Castilla, alcanzó de Dios que el conde D. Diego Diaz quedase castigado por su temeraria empresa, pues plagado de dolencias estrañas, se postró ante el cuerpo

(1) Véase d'Achery, Specil., t. IX, p. 176, y Zurita, Anal., l. c.

(2) El rey de Leon prizó Mérida é Montanches, era MCCLXVIII (Anal. Toled. primeros, p. 408).

(3) En 1228, un lúnes, se enterró en Santiago: Murió el infant, fillo del rey de Leon, en agosto era MCCLII (An. Toled. primeros).

(1) Véase Brandao, t. IV, escrit. 4.

(2) Bullar. Alcantar., p. 20.

(3) De consensu filiarum mearum (Ibid., p. 33).

(4) Zurita, Indices, ann. 1250.

del santo obispo rendidamente, y se retrajo del partido de las infantas, y así toda la ciudad de Leon paró en manos de Fernando (1).

El correo enviado por Berenguela á su hijo, instándole para que se apresurase orillándolo todo, lo encontró en Daral Fecia, de donde salió arrebatadamente en pos de su madre, la que por su parte se adelantó á su encuentro hasta Orgaz. Marcharon desde allí juntos para Toledo, y no conceptuando ya del caso su detencion, pasaron luego á Avila, Medina del Campo, Tordesillas, Villalar y Magan, cuyo gobernador les entregó el castillo. Siguió luego Fernando para Villar de Frades, donde recibió á los diputados que le enviaba el vecindario de Toro, instándole para que pasase á tomar posesion de su pueblo, donde fué vitoreado á porfía; pero se detuvo poco, encaminándose luego á Leon por Villallon, Mayorga y Mansilla.

Cunde la voz de su llegada, y acuden á su encuentro prelados, señores y prohombres de los pueblos declarados á su favor; y luego todos ellos se van incorporando en su gozosísima comitiva. Llegado á Leon en compañía de madre, esposa y niños, pasan todos en procesion á la catedral, donde se le proclama al eco de mil cánticos y aclamaciones del clero y el vecindario, con el bien entendido de haber jurado antes conservar los fueros y prerogativas del reino. Hállase con él D. Rodrigo, el arzobispo de Toledo, y desde aquel punto se apellida Fernando rey de Castilla y de Leon, y junta para siempre entrambas coronas en sus sienes (2).

Mediaron sin embargo todavía negociaciones para zanjar sus desavenencias por la línea paterna con sus hermanas; y así se trató de avistarse todos con Teresa, madre de las infantas, retirada ya en el monasterio de Lorvao en Portugal. Así lo ideó Berenguela, y juntándose con Teresa, esposas ambas retraidas bajo el mismo concepto y viudas del difunto rey de Leon, en Valencia de Miño, fué Berenguela esponiendo los derechos de Fernando su hijo con el afan y el brio que la acompañaban en todo. Era en su concepto indisputable el derecho de Fernando á la corona de su padre, ya por varon, ya principalmente por habérsele declarado sucesor en su edad tierna, al efectuarse la separacion de sus padres. Manifestó que el padre, al desheredar al hijo de su reino, habia cometido una sinrazon tremenda, y sus razones hicieron tan lísima mella, que, con parecer de los obispos y prohombres que asistian al consejo de entrambas reinas, se desentendió Teresa del supuesto derecho de sus dos hijas, á las cuales pensionó luego Fernando con treinta mil piezas de oro. Con esto Berenguela logró la renuncia de las hermanas del rey á las pretensiones entabladas bajo su nombre, y aun mas, que concurririan á hacer devolver á Fernando los pueblos y fortalezas que sus partidarios estaban todavía reteniendo á favor de las mismas; y concluido el tratado, se fué el rey á Valencia de Miño, de donde, dice Rodrigo, nos marchamos á Benavente, á donde acudieron tambien por su parte las hijas de la reina Teresa, y allí fué donde el rey formalizó á favor de las hermanas el sobredicho vitalicio (1).

Fué luego recobrando al abrigo de los obispos, *sine effusione sanguinis*, los pueblos que al pronto se le habian desentendido. Algunos ricos hombres gallegos aprensivos desconfiaron sin embargo de su jenerosidad, y dándose por comprometidos, emigraron; entre ellos un tal Lorenzo Suarez, quien se pasó al servicio del emir Ebn Hud, y que suena en los autores arábigos bajo el nombre de Suar, con motivo de la toma de Córdoba. Estuvieron las armas del rey ocupadas todo aquel año de 1231 por Castilla en afianzar la ansiada pacificacion, y á instancias del mismo, confirmó el papa Gregorio IX el convenio ajustado con la reina Teresa, en una carta comedida y afectuosa para con el rey, su familia y todos los Españoles (2).

Los pueblos de Zamora, Salamanca, Ledesma, Ciudad-Rodrigo y Alba son los postreros en avenirse, cediendo por fin á la persuasiva del arzobispo de Toledo, á quien Fernando, en agradecimiento, le regala, á título de herencia para su iglesia, el pueblo de Caseata (Quesada), dejando por lo demás á su cargo la empresa de su reconquista de manos de los Sarracenos, quienes últimamente la habian recobrado y reedificado en gran parte. A los tres meses de firmada el acta, marcha el arzobispo con su jente de armas, recobra Caseata, la fortifica, y para mayor gloria del rey, su donador á la iglesia de Toledo, la guarnece, y tomando otros fuertes que va nombrando, los fortifica igual-

(1) Lucas de Tay.

(2) Et universis civibus ad regni Legionis fastigium elevatur, clero et populo cantantibus concorditer et jucundè et ex tunc rex Castellæ et Legionis pariter est vocatus (Rod. Tolet., l. IX, c. 15).

(1) Et indè omnes ivimus Beneventum quo etiam infantes filiæ reginæ Tharasiæ advenerunt, ubi rex Fernandus et regina nobilis eis redditus triginta millium aureorum in locis competentibus assignarunt toto tempore vitæ suæ (Rod. Tolet., l. c.)

(2) Roder. Tolet., l. c., y Brandao, ad ann. 1231

mente y pertrecha para su cabal defensa (1), empleando así todo el año de 1233. En el año siguiente, sitia Fernando á Ubeda, plaza fuerte, con el vecindario todo guerrero y abastecido cumplidamente para un cerco dilatado; pero la estrecha con tan sumo ahinco, que pide luego capitulacion, y entrega la plaza, sin mas condicion que la de salvar sus vidas; y por fin entra Fernando un viérnes, 29 de setiembre de 1234, dia de San Miguel (2).

Tras aquella toma, regresa Fernando á Toledo (3), y el año siguiente de 1235, sin hostilizar á los Musulmanes, dedicó todo aquel espacio á la administracion de su reino, y tambien algun tanto al encumbramiento de un príncipe estranjero á las puertas de Castilla; pero hay que rezagarse con el hilo de la historia; pues no corresponde menos á la de Francia que á la de España el acontecimiento á que nos referimos.

Sancho el Fuerte y VII de Navarra habia fallecido en el mismo año (9 de abril) de la toma de Ubeda por Alfonso. La hermana de aquel, Blanca ó Sancha, hija de Sancho VI, llamado el Sabio, rey de Navarra, habia estado casada con Teobaldo, conde onceno de Champaña y de Bria. Teobaldo, siguiendo las huellas del padre y del hermano, se habia cruzado, en 1199, con su primo el conde de Blois y otros varios señores; pero enfermó y murió en 1200 ó en 1201, dejando á su mujer Blanca de Navarra embarazada de un hijo, que se llamó igualmente Teobaldo, apellidado el Póstumo. Este, que se tituló el IV y el Grande y tambien la Truvere, empezó á reinar al nacer, como dozavo conde de Champaña, bajo la tutela de Blanca de Navarra. Habíase coligado por algun tiempo, durante la menoría de San Luis, con los señores descontentos, pero se habia enamorado de Blanca de Castilla al verla; y la reina, tan mañosa como recatada, dice Bosuet, se fué valiendo sagazmente de aquella pasiom para comprometerlo en los intereses del rey su hijo. Dejó Teobaldo el partido de los descontentos, y quedó correspondido con el apoyo que le apronto contra los príncipes que intentaron despojarlo de los condados de Champaña y de Bria, á nombre de Alix de Chartres, reina de Chipre, hija de Henrique II, fallecido en la tierra santa. Era Teobaldo, por su madre Blanca, sobrino del rey de Navarra, que acababa de fallecer, siendo indisputable su derecho á la sucesion, y así fué proclamado rey, á pesar de la oposicion de D. Jaime, si la hubo, el 8 de mayo inmediato á la muerte del tio, en la ciudad de Pamplona, que fué luego el solar de la nueva dinastía; con lo que la corona de Navarra recayó en la casa de Champaña, y de ella paró despues en la de Francia. Vendió Teobaldo en el mismo año á San Luis el señorío de los condados de Blois, de Chartres y de Sancerre, reservándose únicamente la Champaña y la Navarra, y gobernándolas como digno remedo de San Fernando y de Jaime de Aragon (1).

Mi grandioso instituto, que no se ciñe á la historia de un reino, sino que abarca la de todos los reinos de España, me precisa á volver aquí hácia D. Jaime, que vino á quedar en el punto de señorearse cumplidamente de las Baleares. Descollaron varios acontecimientos al regresar á su Aragon, y seguramente el de mas entidad es el arranque de su empresa contra el reino de Valencia, cuyo paradero debia ser su conquista absoluta. No habia cumplido un año desde la toma de las Baleares, cuando en Alcañiz conceptuó D. Jaime que debia acceder á las encarecidas instancias de Hugo de Forcalquier, gran maestre de los Hospitalarios, y prepararlo todo para la conquista de Valencia, para la cual se le habia brindado en términos harto estraños, hallándose en Mallorca, por uno de sus ricoshombres, llamado Sanz de Orta, uno de los tomadores de Palma. Complacíase el rey sobremanera sobre la posesion de Mallorca, en tertulia con sus caballeros principales, encareciendo sus ventajas, y Sanz de Orta le instaba mas y mas para la conquista de Valencia con todo su reino, asegurándole que nada era todo aquello en cotejo de la preciosa Valencia. Concordando el dictámen de Sanz con el ruego del

(1) ..... Ad honorem regis qui illud dederat ecclesiæ Toletanæ, custodivit hactenus, et custodit cum aliis castris, scilicet Pilos, Toyam, Lacra, Agosmo, Fonte-Juliani, Turribus Dela, cum Ficu, Alaulula, Areola, Duobus-Germanis, Villa-Montini, Nubila et Castorla, Concha et Chelis.

(2) Véase Rod. Tolet., l. c., y la crónica de San Fernando,

(3) Era millesima ducentesima septuagesima secunda, dice Rodrigo.

(1) Su aficion á la poesía le mereció el renombre de *Cancionero*, segun Bosuet; y *aun compuso á la reina* (Blanca de Castilla, madre de Luis IX), añade, *versos amorosos*. La coleccion de las canciones del conde Teobaldo de Champaña se halla manuscrita en la Biblioteca real de Paris. Publicóla en 1742 La Ravaillere, quien insiste, en sus cartas preliminares, en que Teobaldo no compuso tales *versos amorosos*, y que no hablara así Bosuet, si escribiera despues de la publicacion de las poesías del trovador (y no cancionero), de quien parece que el erudito obispo habló tan desentonadamente sin conocerlo.

gran maestre de los Hospitalarios, se conmueve el rey, quien está ya viendo en la repeticion de consejos tan unánimes una manifestacion de la voluntad de Dios; y así lo espresa él mismo (1). Por tanto, despues de celebrar cortes en Monzon, hace pregonar cruzada contra Valencia, el 18 de febrero de 1233. Agólpanse al llamamiento los mas de los prelados y ricos-hombres de Aragon y Cataluña, muchos voluntarios de las provincias de Narbona y Provenza, los Templarios y los Hospitalarios de San Juan, de las varias encomiendas aragonesas. Traen los señores y los infanzones las tropas que les corresponde suministrar, y á primeros de mayo, estando ya todo corriente, abre el monarca aragonés la campaña. Entra por Teruel en el territorio enemigo y va talando todas las cercanías de Jérica y el valle de Segorbe, y luego encaminándose á la marina, emprende el sitio de Burriana. Teníala el emir de Valencia Ebn Zaen guarnecida y pertrechada en estremo y contraresta esforzadamente el embate de los Aragoneses, pues al par que Jaime echa el resto de su denuedo para acosar la plaza con las máquinas militares de aquel tiempo, se aferran los sitiados en rechazar con sumo teson tantísimo ahinco. Aconsejan al rey algunos ricos-hombres que levante el sitio, que se va dilatando ya en demasía; pero siguiendo su práctica recomendable de perseverar en sus empresas comenzadas, el rey los oye con desabrimiento, y con el auxilio de sus leales infanzones y aun de los mismos apocados consejeros, retenidos por su mismo pundonor, manifiesta que ha de tomar á Burriana, á pesar del diablo (2). Acosa con nuevo ahinco la plaza, echando el resto de todas sus baterías; y luego los sitiados, escaseándoles ya los abastos, piden al rey la tregua de un mes, con el pacto de rendirse, no siendo socorridos por el rey de Valencia. Contesta Don Jaime que no espera ni un mes ni ocho dias, y que si no se entregan sobre la marcha, acudan al asalto, pues va allá con su espada en la mano. Se allanan á esperar tan solos quince dias, y Jaime les responde que ni quince, ni ocho, ni cinco, y en aquel trance, ya no piden mas que el rescate de sus vidas y el permiso de marcharse con cuanto se pudieran llevar, en el término de cinco dias, entregando en el acto la plaza, y retirándose, con el debido resguardo, á Nules con sus familias. Acepta D. Jaime las condiciones, reduciendo la permanencia á cuatro dias, y aviniéndose tan solo á dejarles lo que pudieran llevar consigo; salen los Musulmanes de Burriana, y entra el rey el 15 de julio, componiéndose el vecindario, con hombres, mujeres y niños, segun el padron que está presenciando el vencedor, de siete mil y treinta y dos individuos; habiendo durado el sitio dos meses cabales, desde el 15 de mayo hasta el 15 de julio (1).

Tomada Burriana, destaca el rey á Jimenez de Urrea, con algunos centenares de jinetes, para ir sojuzgando los pueblos de Valencia que median entre la plaza tomada y la raya aragonesa. Se apersona Urrea al pronto en Peñíscola, cuyo vecindario, desahuciado sin duda de socorro, le envia diputados para que los presente al rey, quien los admite bajo su obediencia con los pactos decorosos que le propusieron. Concediólos el uso espedito de su relijion y las idénticas franquicias que habian estado disfrutando hasta entónces, con lo cual se manifestaron prontos á entregarle el pueblo y el castillo. Habia que estender por escrito, segun costumbre, el tenor de la capitulacion ajustada, y habiéndoles dicho el rey que no tenia consigo á sus notarios por haber ido allí á la lijera, y añadiendo que la estendiesen por sí mismos, se desentendieron por miramiento, diciéndole: «¿Lo quieres tú así? corriente; nos fiamos de ti, entregándote el castillo bajo tu palabra,» como lo cumplieron. Capitularon igualmente Castellon, Burriol, Cuevas y otros pueblos, reservándose sus fueros (2). Tan solo Alcocer se empeñó en hacer alguna resistencia, pero Urrea lo tomó á viva fuerza, lo entregó á saco, degolló parte de la guarnicion y cautivó la res-

(1) ..... E direm una cosa, que par que Deu ho vulla. Nos eram á Mallorques, al cap de Pera, quant Manorca se reté e era ab nos Don Sanz Dorta, e Don García Dorta son frare, e Pero Lopis de Pomar, que havia stat per missatgeria nostra al alcayd de Xativa: e nos gabam lus molt la terra de Mallorques, e mentre que nos la gabavem, dix nos Don Sanz Dorta: Senyor, vos gabats tots dies Mallorques, mes conquerits Velencia e tot aquell regne, que tot es nient contra aquell que vos trobarets á Valencia.... (Chron. ó comentaris de En Jacme, l. III, c. 2).

(2) ... Per vergonya que auran romandrán, e axí prendrem Borriana á pesar del diable, e dels homens mals quins consellen mal.

(1) Jacme, c. 35 y 36.—E fo axi feyt, quen exissen tots dins quatre dias ab ço que porien levar en les costes e en les mans e en aquesta manera haguem Borriana. E per tal que sapien les gents quants havia en Borriana entre homens, fembres e xichs, foren VII millia trenta dos; e durá lo siti ans que fo presa dos mesos.

(2) E guaniam á Castelló de Borriana, e Borriol, e les Coves de Avircrma, Alcalate e Villafames (Jacme, c. 43.).

tante. Rindióse Xivert á los Templarios, y Cervera á los caballeros de San Juan. Rindióse igualmente Almazora, y el rey, á impulsos de su agradecimiento, dispuso la edificacion del monasterio de San Bonifacio de la órden cisterciense (1).

Sucedia esto en 1233; y en 1234 (8 de setiembre), Jaime se desposó en segundas nupcias, en la ciudad de Barcelona, con Yolanda, hija de Andrés II, rey de Hungría, y de otra Yolanda, hija de Pedro de Curtenay, emperador de Constantinopla. Ya se ha visto cómo, durante la campaña de Mallorca, se habia separado, por causa de parentesco, de su primera mujer, Leonor de Castilla, en la cual tuvo un hijo llamado Alfonso, declarado luego lejítimo por el mismo concilio, que, segun las representaciones del legado del papa, habia fallado nulo el enlace de su madre con el rey de Aragon (2). Hermosísima era Yolanda y calificada de tal por D'Esclot (molt bella dona). Tuvo Jaime en ella tres varones y cuatro niñas, á saber, al infante, despues Pedro III, rey de Aragon y de Sicilia; Jaime, rey de Mallorca y las Baleares y luego conde del Rosellon y de Cerdania, con otros señoríos en Cataluña, sobre el de Mompeller, y fué casado con Claramunda de Foix; Sancho, arcediano de Belchite, abad de Valladolid, y por fin arzobispo de Toledo, donde murió de mano de los Moros, un año antes del fallecimiento del padre; Yolanda, que casó con Alfonso el Sabio, rey de Castilla, hijo de San Fernando (3); Constancia, mujer de D. Manuel, hermano de Alfonso el Sabio; Isabel, reina de Francia (se desposó en Barcelona con Felipe el Atrevido, hijo de San Luis, 1262); y en fin María, muerta sin marido, como dice D'Esclot (morí sens marit), y que era dama sobresaliente, por hermosa, recatada y afable con todos (1). Además de los hijos de Yolanda, tuvo D. Jaime en Doña Teresa Jil de Vidaure dos hijos, que luego lejitimó y habilitó para la sucesion á su corona, en defecto de hijos lejítimos (2).

Entretanto, y no como afirman varios historiadores, á poco del sitio de Ubeda, falleció en Toro, el 5 de noviembre de 1235, Beatriz, reina de Castilla, esposa de San Fernando. Trasladáronla á Búrgos por disposicion de la reina-madre Berenguela, y la enterraron en el monasterio de las Huelgas, junto al rey Henrique I. Habia tenido el rey en ella siete varones, Alfonso, Federico, Fernando, Henrique, Felipe, Sancho y Manuel; y luego tres hijas, Leonor, Berenguela y María (3).

(1) Véase la crónica de Jaime, c. 43 y sig., y Gaspar Escolano, Diago y Zurita.

(2) Alfonso, hijo de Jaime, falleció en vida del padre, al ir á casarse con Constancia de Moncada, hija de Gaston de Moncada, vizconde de Bearne.

(3) Los abuelos paternos y maternos de Yolanda fueron:

| | | | |
|---|---|---|---|
| Alfonso II, rey de Aragon. Sancha de Castilla. | Pedro II, rey de Aragon. | Jaime I, rey de Aragon. | Yolanda de Aragon, mujer de Alfonso IX de Castilla en 1246. |
| Guillermo IV, señor de Mompeller. Eudoxia Comneno. | María de Mompeller, reina de Aragon. | | |
| Bela III, rey de Hungría. Margarita de Francia. | Andrés II, rey de Hungría. | Yolanda de Hungría, su segunda mujer. | |
| Pedro II de Curtenay, emperador de Constantinopla. Yolanda de Henao. | Yolanda de Curtenay, su segunda mujer. | | |

(1) E era molt bella dona e gran, e agradable á tota gent e de molt bona vida (D'Esclot, c. 58).

(2) Algunos historiadores dan como reina á Teresa Jil de Vidaure, sin duda por este motivo.

(3) Véase Alarcon, escrit. 82 y 83; y Ortiz de Zúñiga, p. 115, etc.—Alfonso el Sabio, sobre una enfermedad de su madre Beatriz, que debió su sanidad á una imájen dedicada á la Vírjen, compuso una plegaria afectuosa, segun el gusto de aquel tiempo, la que servirá de muestra para el estado del idioma: citaré el encabezamiento y algunos versos, cuya sencillez no tiene igual:

*Esta è como Santa María guareceu à reyna Doña Beatrix de grand' enfermedade, porque a orou á ssa omagen con grand' esperanza.*

Quen na Virgen groriosa
Esperanza muy grand'ha

No habia asomado Fernando por Andalucía desde el sitio de Ubeda; pero en 1236, sobrevino una novedad peregrina, que puso la rejia Córdoba en sus manos, como lo refiere D. Rodrigo de Toledo (1).

Algunos Sarracenos, dice Rodrigo, agraviados por los principales de la ciudad, se llegaron á la soldadesca que tenia el rey á la traspuesta de Sierra Morena en resguardo de las plazas ya sojuzgadas brindando con sus personas y el arrabal de la Axarquia, á levante de la poblacion (2). Aquellos guerreros, á quienes apellidaban los Moros Almogávares, oyeron gozosísimos la propuesta, y aunque desconfiaban del éxito, se arrojaron al intento, por mas arriesgado que fuese. Acuden pues á deshora bajo los muros por la parte oriental de Córdoba, hallan á los centinelas dormidos y mudos, arriman las escalas, trepan á las almenas, ocupan algunas torres, y matando á sus guarniciones, invaden el parque llamado el Scharkyah, esto es, el arrabal de levante, degollando en parte aquel vecindario; y luego se atrincheran, orillando toda zozobra, en las mismas

Ma car seia muit enfermo,
Ela muy ben o guariá.

Dest'un muy grand miragre
Ves quero decir que oí.
E pero era minyno,
Mémbrame que foy assí:
Cam esta eu deante,
E todo ouvi e oí
Que fezo Santa María,
Que muytos fez e fará
*Quen na Virgen groriosa*
*Esperanza muy grand'ha*, etc.

Esto foy en aquel año
Quando o muy buen rey ganou
Don Fernando á Capela,
E de Christianos poblou,
E ssa moller a reyna
Doña Beatrix mandou
Que fosse morar en Conca
En quan el foy acolá
*Quen na Virgen groriosa*
*Esperanza muy grand'ha*, etc.

(1) Cæterum obsedit Cordubam regiam et patriciam civitatem, ad cujus obsidionem hoc modo venit (l. IX, c. 16).

(2) Sarraceni quidem offensi primoribus civitatis venerunt ad quosdam Christianos spondentes se daturos unum ambitum el Axarquia civitatis (Ibidem, l. c.).

torres. A pesar del afan con que se van agolpando Sarracenos de los demás barrios con flechas, venablos y hondas para desalojarlos, se sostienen en términos de avisar á los cristianos de la raya lo que está pasando. Con esta noticia, un caudillo de la misma familia del rey, llamado Ordoño Alvarez, juntando cuanta jente pudo y capitaneándola hácia Córdoba, despacha un correo para enterar al rey de la novedad (1). Entretanto Alvar Perez, magnate poderoso, acude por su parte, y Fernando, que á la sazon se halla lejano en Leon, apenas sabe noticia tan venturosa, junta el vecindario, y con un centenar de hombres mal armados se pone en camino sobre la marcha. Sobrevienen lluvias, crecen los rios, y no le cabe llegar tan ejecutivamente como está ansiando, pero asoma por fin á tiempo. De dia en dia van acudiendo grandes, plebeyos y tropa de Castilla y de Leon; estrechan mas y mas á Córdoba, y reducida al postrer trance por la carencia de abastos, por fin se rinde. No cupo á los sitiados mas condicion que la de salvar sus vidas, y el dia de los apóstoles San Pedro y San Pablo, queda la ciudad patricia purificada de toda mancha de mahometismo, y de la cima del minaret donde se solia invocar el nombre del profeta árabe, á quien Rodrigo titula por escelencia el alevoso, hace Fernando enarbolar la madera vivificante de la cruz, y todos entonan llorosos de gozo el *Deus adjuva.* Tremola luego junto á la cruz la bandera real, y allá prorumpen por las tiendas en vivas de regocijo, cantando á competencia clérigos y obispos el *Te-Deum laudamus*, etc. (2).

(1) Hi autem milites, qui Almogaveres dicuntur arabice, verbum gaudii audentes, licet non crederent, periculose se dederunt, et in noctis silentio ad murum Cordubæ pervenerunt, et cum vocem vigilum non audissent, quia soporis ignavia tenebantur, appositis scalis, quos secum tulerant, ad muri altitudinem ascenderunt, et turres aliquas occuparunt, in quibus vigiles occiderunt, et ambitum qui Axarquia dicitur invaserunt, multis ex Arabibus interfectis, qui in hoc ambitu habitabant, et ipsi, metu postposito, in turribus resederunt, licet ex alio ambitu Arabes sagittis, fundis, jaculis et lapidibus impugnarentur. Quod cum audisset miles quidam de familia regis qui Ordonius Alvari dicebatur, statim omnes, quos habere potuit, Cordubam secum duxit, et statum obsidionis domino regi continuo intimavit (Rod. Tolet., l. IX, c. 16).

(2) Rod. Tolet., ibid., l. c. Se está viendo nuestro conato en irnos emparejando, cuanto es dable por todo este paso, con el arzobispo D. Rodrigo en sus espresiones características.

Añade la crónica de San Fernando algunos pormenores interesantes á los de D. Rodrigo, sobre la primera sorpresa que puso una porcion de los muros de Córdoba en manos de un puñado de Almogávares cristianos, que no contaban mas que con su denuedo jenial, y proporcionaron á Fernando el conquistarla cuando menos lo pensaba. Segun ella, fué la ocurrencia en una noche lluviosa del 8 de enero. Llegan los cristianos al muro del arrabal, destacan sus escuchas, todo está silencioso, y arriman las escalas al punto inmediato. Las habia de madera y de cuerda, mas como todas son cortas, las van atando de dos en dos; los que hablan el árabe mejor trepan por delante, para dificultar el ser conocidos.

Eran estos Alvaro Colodro y Benito Baños, á quienes siguen otros: se adelantan por la muralla y tropiezan en una torre con cuatro centinelas que les dan el quien vive; contesta Colodro que es la ronda, y uno de los escuchas es de los apalabrados para franquear el arrabal, y conociendo á Colodro, le aprieta la mano y le dice quien es al oido, encargándole el silencio. Afianzan á los otros tres, los amordazan y arrojan de la muralla, y los degüellan los cristianos. Apodérase Colodro de otras torres con su jente, y llegan, á los asomos del amanecer, á la puerta de Martas, donde pasan á cuchillo la guardia toda y franquean la entrada. Abalánzase al punto Pedro Ruiz Tafur con su caballería, allanan las casas y degüellan á diestro y siniestro á los Musulmanes. El vecindario se sobresalta, acude á las armas en medio de la conmocion por un acontecimiento tan inesperado, se encamina á la ciudad, llevándose cuanto puede, mas perece casi todo á manos de sus enemigos. Ya la ciudad entera se arma, se disparan los Musulmanes, y al abrigo de una descarga jeneral de flechas, dardos y pedradas, rechazan hasta tres veces hasta los muros del arrabal á los cristianos. Se aferran y se atrincheran estos sin embargo, afianzándose lo suficiente para seguir contrarestando por algun tiempo á los Cordobeses, y despachan inmediatamente un aviso á la tropa fronteriza mandada en Andújar por Alvarez Ordoño; quien, con Alvar Perez de Castro, acude en dilijencia, capitaneando un refuerzo de consideracion, y enviando tambien desde luego prontísimo aviso al rey, estrechándole paraque envie tropa suficiente para señorearse sin contraste de la ciudad. Llega el correo al rey con la gran novedad de tener á su disposicion el arrabal de Axarquia (el Scharkya), que por lo visto formaba recinto aparte, y sonando ya por donde quiera tan plausible noticia, con la necesidad de mas y mas refuerzos, acá y acullá se ponen voluntarios á miles en movimiento. Está el rey para sentarse á la mesa cuando recibe el correo con el pormenor individual de tamaño acontecimiento. Fernando se halla en Benavente, toma un bocado, monta á caballo, y allá se arroja en demanda de Córdoba, capitaneando escasamente cien jinetes, como ya nos lo tiene dicho Don Rodrigo. Despacha á diestro y siniestro mil órdenes á pueblos, concejos y señores para que echen el resto acudiendo sobre Córdoba con su jente, encargando á los grandes maestres de las órdenes militares que le envien sus jinetes mas esforzados. En medio de su afan por llegar personalmente á la ciudad, lluvias y avenidas, como se dijo, entorpecen su marcha, y tiene que violentarse en gran manera para llegar pausadamente á Ciudad Rodrigo, y luego por Alcántara, Medellin, Magacela, Bienquerencia y Dos Hermanas, dejando á Córdoba por la espalda. Con la voz de que el emir Ebn Hud acude al socorro de la plaza desde Sevilla, planta sus reales delante del puente de Almodovar para atajar aquel auxilio. Se va reforzando por la marcha, pero no se le han incorporado todavía tropas en crecido número, porque ni concejos, ni ricos-hombres, ni grandes maestres, por sumo que fuese su ahinco, no habian podido juntar aun la jente que apetecian, pues los barrizales y aguaceros entorpecian su marcha, hasta que por fin quedan allanados todos los tropiezos, y acuden mas y mas á competencia y al vuelo á los reales con infantería y caballería y acémilas, con pertrechos y abastos, y con vacadas y rebaños, como solian acompañar ó seguir entónces á los ejércitos para su mantenimiento.

Asoma Ebn Hud acaudillando á los suyos por Écija, para atajar á Fernando y rescatar la Axarquia; pero á pesar de cuanto le dicen de la escasez de fuerzas de los cristianos, no le cabe conceptuar que Fernando haya entablado una empresa de tan suma entidad sin las tropas competentes. Tiene muy presentes las dos batallas que ha perdido en Mérida y Jerez de la Frontera los años anteriores, y aun no ha vuelto en sí de la zozobra que entrambos descalabros le han causado. Titubea en abalanzarse á los reales de Fernando, y para cerciorarse de su fuerza y del rumbo mas adecuado al intento, encarga su averiguacion á un cristiano, el Gallego Lorenzo Suarez, quien lo está sirviendo y capitaneando alguna tropa, desde que emigró cuando las hermanas ocasionaron á Fernando los sinsabores ocurridos por la herencia del reino de Leon. Avístase Suarez con el rey, se congracia con él y traiciona á su nuevo amo Ebn

Hud; el cual, engañado con la relacion de Suarez, quien le abulta las fuerzas castellanas, y al mismo tiempo instado por Ebn Zeyan; rey de Valencia, paraque acuda en su auxilio contra las empresas, por cada dia mas arrojadas, de Jaime de Aragon, se retrae y pasa á Almería, con ánimo de embarcarse para Valencia; y allí, como ya se sabe, le cupo la muerte, eclipsándose con él la nombradía de la alcurnia antigua de los reyes musulmanes de Zaragoza (Beny Hud, esto es, hijos de Hud.)

Embargaron tantos acontecimientos á Sarracenos y Cristianos en los primeros meses del año 1236; y la Axarquia, tomada el 6 de febrero, seguia en manos de los Almogávares; mas Córdoba seguia rechazando sus embates. Reforzado Fernando con las cuadrillas que diariamente van llegando á sus reales, acude por fin á dar nuevo empuje á las faenas del sitio; mas no pudo hasta el mes de junio llevar á venturoso cabo su empresa; pues entónces los Cordobeses, mas y mas hambrientos y acosados, tienen por fin que capitular. Se les concedió única y redondamente la vida, pues de sus haberes no se les consintió guardar mas de lo que pudieron llevar consigo, y el 29 de junio, dia de la festividad de los bienaventurados apóstoles San Pedro y San Pablo, entregaron y evacuaron la plaza con arreglo á la capitulacion. Juan, obispo de Osma, canciller del rey, con los obispos, Gonzalvo de Cuenca, Domingo de Baeza, Adan de Placencia, y Sancho de Coria, se posesionaron desde luego de la mezquita mayor de Córdoba, que, segun la espresion de D. Rodrigo, sobrepujaba en grandiosidad y señorío á todas las demás mezquitas de los Arabes (1), donde se enarboló la cruz de la salvacion. El obispo Juan, haciendo las veces del arzobispo primado de Toledo, Rodrigo, quien se hallaba á la sazon en Roma junto á la Santa Sede apostólica, despues de purificarla de las hediondeces de Mahoma (eliminata spurcitia Mahometi) y lavarla y tersarla con agua salada, fabricó un altar en honra y gloria de la Vírjen María, celebrando misa y predicando patética y espresivamente á los fieles.

El rey, á su instancia, dotó la nueva iglesia, á cuyo frente D. Rodrigo (que nunca olvida el titularse primado y pontífice de Toledo, Rodericus primas et pontifex Toletanis) colocó, vuelto ya de Roma, por obispo al maestre Lope de Fitero. Dotóla tambien Rodrigo con rentas al par del rey, cediéndole además en propiedad absoluta el pueblo de Lucena. Atraian en tan gran manera la abundancia, amenidad y riqueza de aquella ciudad, segun las pinceladas del sabio arzobispo, que al eco del pregon llamador de jentío para avecindarse en aquella ciudad despoblada, acudieron á competencia y á enjambres de toda España nuevos pobladores, desamparando sus hogares nativos, como si se les brindara á unas bodas rejias, de modo que en vez de escasear moradores para tanto albergue, segun el mismo D. Rodrigo, faltaron casas para colocar al nuevo vecindario (1). Cabal y absoluta fué la toma de posesion en casas y solares de los Musulmanes arrojados de la ciudad, y luego el rey, los obispos, señores y colonos se repartieron bajo diversos conceptos todo el recinto. Hallando en la mezquita mayor las campanas de Santiago que se apropió Mohamed Almanzor, en el apocamiento del poderío cristiano, y que habian estado sirviendo de lámparas colgadas á la bóveda de la Djema, se mandaron devolver á su iglesia primitiva, disponiendo, segun la tradicion, que D. Rodrigo no corrobora en verdad á las claras, que los cautivos musulmanes las trasladasen sobre sus hombros desde Córdoba hasta Compostela, en represalias de haberlas traido por decreto de Almanzor desde Galicia hasta Andalucía en hombros de cautivos cristianos (2). Por fin, el rey, encargando el resguardo de la raya á Don Alvaro Perez, y otorgando varios fueros y privilejios al nuevo vecindario, regresó á Castilla á fines de setiembre, añadiendo desde entónces á sus dictados anteriores el de rey de Córdoba y de Baeza. Encontró en Toledo al arzobispo D. Rodrigo, recien llegado de Roma, y nombraron de mancomun obispo de Córdoba á Lope de Fitero, quien luego fué consagrado (3).

Para conceptuar al vivo qué traza de hombres venian á ser los nombrados aquí por pri-

(1) Quæ cunctas mezquitas Arabum ornatu et magnitudine superabat.

(1) Et tanta est urbis illius abundantia, amænitas et ubertas, quod audito præconio tantæ urbis ex omnibus Hispaniæ partibus habitatores et futuri incolæ relictis natalibus sedibus, quasi ad regales nuptias concurrerunt. et sic incolis continuo est repleta, quod domus habitatoribus, non habitatores domibus defecerunt (Rod. Tol., l. IX, c. 17).

(2) Dice D. Rodrigo meramente:—Et cum in opprobrium populi Christiani campanæ sancti Jacobi, quas, ut diximus, Almanzor detulerat in Cordubæ mezquitam dependerent functæ officio lampadarum, rex Fernandus easdem campanas fecit ad ecclesiam beati Jacobi reportari et ecclesiæ beati Jacobi restitutæ sunt cum cæteris cymbalis bene sonantibus in sanctis suis peregrinorum devotio laudat Deum. (Ibid., l. c.).

(3) Crón. de San Fernando.

mera vez en D. Rodrigo arábigamente Almogávares, á cuyo arrojo temerario atribuye el autor la toma del arrabal de Córdoba, por donde se allanó la ciudad, hay que atenerse á la descripcion que trae de su traje y costumbres el cronista catalan Bernardo D'Esclot.

Los llamados Almogávares, dice, son tales que viven guerreando; no habitan pueblos ni aldeas, sino emboscados allá por las sierras y peleando de continuo con los Sarracenos. Se entrometen como un dia ó dos por la morisma, roban á diestro y siniestro jente y haberes; y esa es su vida. Aguantan quebrantos insufribles para los demás, y así suelen pasar dos dias sin el menor alimento, ó bien se mantienen con la yerba del campo arrasándolo por entero. Sus adalides tienen muy sabido el terreno y los tránsitos. No visten, invierno y verano, mas que un camison, bragas de piel, y abarcas por calzado; traen un cuchillo con su correon ó charpa al cinto; un morrion, lanza, dos saetas y un morral de cuero para la comida completan su arreo. Son de suyo robustísimos, y andan que vuelan para acosar ó evitar al enemigo, y suelen ser catalanes ó aragoneses. Los hay llamados Golfines, Castellanos ó Salagones, de lo mas remoto de España, y por lo mas de la costa. Y como ni son hacendados ni industriosos, sino meramente haraganes y fujitivos de su pais por alguna maldad, van siempre armados. Luego, como á ningun ejercicio se dedican, allá se agolpan por la raya de Muradal, terreno emboscado y montuoso, al confin de Sarracenos y Cristianos, y sobre el camino de Castilla á Córdoba y Sevilla, saqueando al par amigos y enemigos. Viven allí emboscados y en crecido número, diestrísimos todos en el manejo de las armas, sin que el rey de Castilla pueda jamás avenirse con ellos (1).

Se verá mas adelante, al historiar la guerra de Sicilia, y antetodo en el pormenor de la espedicion de Catalanes y Aragoneses al Asia Menor y la Grecia, donde hubo hasta cuatro mil Almogávares, se verá, repito, de cuanto arrojo era capaz aquella jente; y Jorje Paquímero los está retratando harto al vivo, cuando, al hablar de su rebeldía contra el emperador de Constantinopla Andrónico, tras el asesinato del adalid Rojer de Flor, nos espresa que el anciano emperador, disponiendo de las fuerzas de todo el imperio, desesperanzado de doblegar á los Almogávares, hombres hermanados con la muerte, y para quienes sirve de juguete el esponer sus vidas á todo trance, echó el resto en ver de atraérselos, etc. (1).

Córdoba, conquistada de antemano por algunos Almogávares, cuyo ataque, segun D. Rodrigo, allanó el arrabal de El-Scharkya, habia caido tambien por sorpresa y escalada en manos de los Musulmanes desde el primer año de su conquista. Se tendrá presente el ímpetu con que Mugheith el Rum, teniente de Tarec, la allanó á poco de la batalla de Guadalete; y reconquistada á fines de junio de 1236 por San Fernando, habia estado sujeta á los diferentes bandos de los Musulmánes en España desde 711 por espacio de quinientos veinte y cinco años.

Descollaron las diversas órdenes militares de fundacion española, así en la conquista de Córdoba como en las anteriores, y luego juntando únicamente sus propias fuerzas, y al arrimo del obispo de Placencia, tomaron á Trujillo en 1232, el dia de la conversion de San Pablo (25 de enero) (2); á Medellin, Alfanje y Santa Cruz

(1) Aquestes gents qui han nom Almugavers son gents que no viven sino de fet de armes, ne no estan en viles ni en citats, sino en muntanyes e en boschs; e gurreien tots jorns ab Serrayns. E entren dins la terra dels Serrayns una jornada ó dues, lladrunyant e prenent dels Serrayns molts e de llur haver, e de aço viven. E sofferen moltes malenances que els altres homens no porien sostenir, que be passarán á vegades dos jorns sens menjar, si mesterlos es: e menjarán de les erbes dels camps, que sol no s'en prehen res: e los adelis quels guien saben les terres els camins. E no apposten mes que una gonella ó una camisa, sia stiu ó ivern, e en les cames porten unes calses de cuyro, e als peus unes avarques de cuyro. E porten bon coltell e bona correja e un fogur á la cinta. E porta cascú una llança e dos darts, e un ceró de cuyro en que apporten llur vianda. E son molt forts e molt laugers perfugir per encalsar. E son Catalans ó Aragonesos e Serrayns. E aquelles altres gents que hom apella Golfins son Castellans e Salagons e gents de parfunda Spanya, e son la major partida de paratge. E per ço com no han rendes, ó han degastat ó jugat, o per alguna mala feyta, fugen de llur terra ab llurs armes. E axi, com á homens que no saben altre fer, vehent sen á la frontera dels ports de Muradal, qui son grans montanyes e forts e grans boscatges, e marquen ab la terra dels Serrayns e dels crestians, e queus passa lo camí qui va de Castella á Córdoba e á Sivilia, axi aquelles gents prenen Crestians e Serrayns. E estan en aquells boscatges e aquí viven; e son molt grans gents, tant quel rey de Castella non pot venir á fi. (D'Esclot c. 79).—Los adalides eran los caudillos ó guias, del árabe *dalil*, guia; v. D'Esclot.

(1) Homines eo difficiliores occisu quo se promptius ad necem offerunt. (Georgius Pachymeres, l. 7, c. 1).

(2) Los freyres de las órdenes, é el obispo de Pla-

en 1233 (1); á Mayacella en 1234, por febrero (2). No fueron menores sus servicios por la causa cristiana en Andalucía y contra el reino de Granada, al paso que las órdenes estranjeras, con especialidad Templarios y Hospitalarios, se esmeraron en guerrear con esplendor contra el reino de Valencia.

La conquista de Córdoba por San Fernando resplandeció en su reinado, al par que la de Toledo en el de Alfonso VI. Sirvió de júbilo á la cristiandad, y la solemnizó el papa Gregorio IX en su bula al intento, rebosando de loores al rey y á cuantas tropas le auxiliaron para redimir la patria del grande Osio y del confesor Eulojio, Córdoba la católica, del yugo de los infieles (3). Las crónicas españolas propiamente dichas, ó cronicones pequeños, están muy sucintos sobre el particular.—El rey Fernando de Castilla, Toledo, Leon, Galicia, Córdoba, Murcia y Jaen, dicen los segundos anales de Toledo, tomó á Córdoba el dia de San Pedro, en domingo, dos dias antes de julio, en la era de 1274 (4).—Entre otros rasgos, para acreditar su agradecimiento católico al santo rey, el papa Gregorio IX le concedió por tres años un subsidio de veinte mil piezas de oro sobre el clero de sus estados, para continuar la guerra contra los infieles (5).

Tras la muerte de Ebn Hud, variaron de semblante los negocios de los Musulmanes en España, resultando la formacion de varios estados menores en Andalucía, division provechosísima para los cristianos (6). Elijieron en Murcia por emir á Ebn Hudiel; en Arjona á Mohamed el Ahmar (Akhamar), á quien reconocieron en Guadix, Baeza, Huescar, Jaen, Granada, Málaga y en todo el pais que correspondió luego al reino de Granada. El vecindario de Sevilla, recelando la tiranía de los emires advenedizos, planteó una especie de república, y se manejó con sus majistrados propios, al paso que en el pais de Niebla y en los Algarbes, vinieron como á reinar sus caudillos indíjenas: estados y reinos de cortísima subsistencia, escepto el que se apellidó reino de Granada, donde Mohamed el Ahmar vino á establecer el solio de su gobierno. Mal esplicados están positivamente en Conde los principios del reino de Granada, que asomó al horizonte político é histórico de la Península en el trance mismo de trasponerse el de Córdoba; y por lo visto, aviniéndose únicamente á la fe de algun historiador lisonjero, entronca á su fundador con la dinastía de los Almohades, suponiendo á Mohamed el Ahmar nieto de Mohamed el Nasr, el vencido en las Navas de Tolosa (1). D. Rodrigo, contemporáneo de El Ahmar y muy creible en el particular, le da otro oríjen, muy ajeno de miramientos ruines que al parecer predominan al escritor seguido por Conde, y que le hacen desencajar sucesos y fechas para cohonestar su intento. Segun D. Rodrigo, al fenecer Ebn Hud asesinado en Almería por su hospedador y vasallo Abd el Rahman, vino luego á descollar y encumbrarse un tal Mohamed Aben Alagmar, quien poco antes habia empuñado la esteva; pues reina aun ahora mismo, dice, en Arjona, Jaen, Granada, Baeza, Guadix y otros parajes (2). Del vuelco de Córdoba brota aquel nuevo reino, que, tras el derribo inmediato de Valencia, Murcia y Sevilla que vamos á historiar, ha de asomar á solas y habérselas con los dos ya grandes reinos de Castilla y de Aragon, en quienes se han de cifrar las fuerzas cristianas de la península, que acosarán alternativamente á Granada, hasta que caiga tambien con los embates mancomunados

cencia, prisieron á Trugiello, dia de conversion sancti Pauli, en janero, era MCCLXX (Anal. Toled. segundos, p. 408.)

(1) Los freyres de las órdenes prisieron Medellin, é Alfange, é Santa-Cruz, era MCCLXXII. (Ibidem, l. c.)

(2) Los freyres de las órdenes prisieron á Mayazella en febrero era MCCLXXIII (Ibid.).

(3) La bula de Gregorio IX sobre la toma de Córdoba por San Fernando es parte del Bulario de Reynaldo, al núm. LX.

(4) El rey Ferrando de Castiella, e de Toledo, e de Leon, e de Galicia, e de Córdoba, e de Murcia, e de Jahen, prisó Córdoba dia de San Pedro, domingo, dos dias por andar de julio era MCCLXXIV (Anal. Toled, segundos, p. 408).—Era MCCLXXIV tomó el rey D. Fernando Cordoba en la fiesta de San Pedro y de San Paulo, dicen tambien mas lacónicamente los Anal. Toled. terceros, p. 412.

(5) Reynaldo, donde arriba.

(6) Post interitum Aben huti, Vandalia cismarina in plures regulos est divisa, et ab Almohadibus separata quod Christianis utile invenitur (Rod. Tol., l. IX, c. 13).

(1) Conde, l. c.

(2) Sed a quodam suorum, qui Abd el Roman dicitur, invitatus (Abenhut) ad epulas et delitias familiares, quas gentis illius colit voluptas, factione hospitis et vassali occiditur in præsidium Almariæ. Et tunc invaluit Arabs quidam dictus Mahomad Abenalogmar, qui paulo ante bovis et aratri vestigia sequebatur. Hic Arione, et Gienni, Granatæ, Vastæ et Acci, et locis aliis adhuc hodie principatur (Rod. Tolet., l. IX, c. 13).

de entrambos, y con ella el mahometismo en toda la España.

Enviudó Fernando, como se ha visto, de su primera mujer Beatriz de Suabia á fines de 1235, y consumió todo el año siguiente embargado en la campaña de Andalucía. A su regreso, la madre Doña Berenguela, paraque no mancillase su recato con galanteos, trató de reenlazarlo, y pidió para él á una señorita gallarda y esclarecida, llamada Juana, hija de Simon, conde de Ponthieu, y de la condesa María su esposa. Era Juana bisnieta de Luis VII, rey de Francia, por su tercera mujer Alix ó Alodis, bisabuela de nuestra novia (1); y con ella vino el nombre de Juana á la casa de España, pues habiéndose tratado de casarla con Henrique III de Inglaterra, hubo que orillar el intento, por cuanto resultaron parientes en grado prohibido (2). Afirman autores que mediaba tambien parentesco entre Fernando y Juana en cuarto grado, por sus abuelos, Sancho rey de Castilla, é Isabel, reina de Francia, ambos hijos de D. Alfonso VII el emperador, y que con este motivo les concedió dispensa el papa; pero está equivocada la especie. No descendia Juana de Isabel, reina de Francia y segunda mujer de Luis VII (llamada tambien Constancia), sino de Alix de Champaña, su tercera mujer (3); de donde resulta que no se requeria dispensa para aquel desposorio. Verificóse este en Búrgos el año 1237, era 1275, como lo espresa Don Rodrigo (4), solemnizándolo con boato. La novia, dice el arzobispo cronista, quien cierra su historia con esta particularidad, era una beldad peregrina con sumo agrado y recato, hasta el punto de ser estremado su atractivo para su esposo, y nada menos para las jentes, y aun para con Dios (5). La dicha Doña Juana fué recibida del rey, dice Alfonso IX en su crónica, á la costumbre de los reyes, et fechas sus bodas muy honradas. Et fué alzada del rey por reina ante toda la corte, et otorgáronlo todos. Mas diz que fué grande de cuerpo, et fermosa además, et guisada en todas buenas costumbres, et por tal se probó ante todos los omes buenos que la conocen (1). Tuvo en ella Fernando otros tres hijos, tres varones y una niña, llamados Fernando, Leonor y Luis, cuyo último nombre asoma por primera vez en los anales de España, en honor de la casa de Francia, á la que Juana correspondia. Nombra el arzobispo de Toledo á los tres en el postrer capítulo de su crónica, terminada en el año de 1243, por donde se evidencia que habian ya nacido en aquella fecha (2).

Entretanto D. Jaime de Aragon, siempre en ademan desalado, como se espresa un historiador, sobre la conquista de Valencia, ideada y aun entablada á los dos años de la de Mallorca, habia ido adelantando todos los antecedentes hasta el punto de conceptuar ya llegado el trance de por fin descargarle el mandoble de remate, y así se arrojó á aposentarse en un paraje avanzado sobre la misma capital.

Envia pues al intento á Bernardo Guillen de Entença y á Guillen de Aguiló con ochenta caballeros hermanos del Temple, unos treinta Hospitalarios y dos mil infantes, á la toma de un cerro á dos leguas de Valencia, para aposentarse y atrincherarse de asiento. Llamábase á la sazon aquel punto el cerro de Cebolla, y tambien, cuando escribia D'Esclot, de Santa María de Valencia. Llegan, trepan, se fortifican en cuanto les cabe, poniéndose al resguardo de los Sarracenos y en ademan de arrojarse á toda hora sobre ellos (3).

(1) Et ne regis pudicitia alieniis commertiis læderetur, regina nobilis mater sua, domicellam nobilem, generosam, pronepotem regis Francorum illustrissimi Ludovici, filiam Simonis, illustris comitis de Pontino, et Mariæ, illustris comitissæ ejusdem, Joannam nomine, procuravit in conjugem sibi dari, era millesima ducentesima septuagesima quinta. (Rod. Tol., l. IX, c. 18.)

(2) Duchesne, casa de Bethuna, l. IV, p. 275.

(3) Véanse los hermanos de Santa Marta, l. XII, p. 482.

(4) Mariana, con su puntualidad acostumbrada, refiere el desposorio de San Fernando con Juana de Ponthieu al año 1238.

(5) Hæc vero regina pulchritudine, præstantia et modestia sic floruit, ut in conspectu viri virtutibus gratiosa, coram Deo et hominibus sit accepta (Rod. Tol., l. IX, c. 18 y último).

(1) Crón. gener., fol. 411 v.

(2) Et suscepit ex ea filium, qui dicitur Ferdinandus, et filiam parvulam à proavia Alienor est vocata, et alium parvulum Ludovicum, dice Rodrigo, donde arriba. —La estampa de Juana, en los sellos reales que usaba (véase Duchesne, casa de Bethuna), iba acompañada de flores de lis, y su entronque con Blanca de Castilla y Luis IX merecia evidenciarse. Consérvase uno de tales sellos en el archivo de Calatrava (cajon X), donde Juana está representada con seis flores de lis, tres á cada lado, de modo que una le viene á caer sobre la mano derecha.

(3) El rey trames en Bernat Guillem de Aguiló ab huytanta cavallers e frares del Temple, e del Espital tro á trenta cavallers, e dos milla homens de peu, a dues legues prop la ciutat de Valencia, en stabliment de hun puig que apella hom lo Puig de Cebolla, e ara es apellat lo Puig de Madona Santa María

Suena ya su llegada en los oidos del rey de Valencia, y vuela el eco por toda la comarca hasta Murcia, y están ya todos presenciando la tala y los estragos que van á padecer los Sarracenos. Convoca el rey á consejo á sus prohombres, y despacha mensajeros y cartas á todos los súbditos hasta Murcia, participándoles como los cristianos se han situado á las puertas mismas de Valencia, á donde les manda que acudan en plazo fijo á pié y á caballo (1).

Mientras la jente del reino de Valencia y de Murcia se va agolpando en la capital para sitiar el otero donde están aposentados los cristianos, ocurre que una noche á deshora se presenta un cautivo cristiano, recien huído de las cárceles de Valencia, á la falda del monte. Al asomar junto á la barbacana, acuden los centinelas, y dice que es un cristiano fujitivo de Valencia; lo traen á presencia de Entença y de Aguiló, quienes le preguntan las novedades que sabe (2).

— «Señores,» les dice, «os las voy á referir. El rey de Valencia ha llamado á todos los Sarracenos del pais y de Murcia, y á la madrugada están juntos aquí, muy creidos de que os van á sorprender indefensos (1).»

Oido este aviso, se juntan y celebran consejo todos los principales de la empresa (la stablida). Toma la voz Entença y encarga á los concurrentes que vayan diciendo lo que conceptúen mas acertado para ellos y para la honra del rey. Los hay que apetecieran el desamparar el cerro y marcharse; y entónces Aguiló toma la palabra é impugna reciamente aquel dictámen (2).

— «Señores, somos aquí venidos en honor de Dios y de nuestra Señora Santa María, para la exaltacion de su nombre y la celebracion de su santo sacrificio, y á fin de esterminar á esta ralea incrédula con todo su mahometismo, y que nosotros, siendo poquísimos, salvemos nuestras almas. Serémos no obstante mas que ellos, por cuanto estará Dios con nosotros, y así los sobrepujarémos, y así permanezcamos aquí todos con teson y bizarría. Nunca la bandera de Aragon tremoló cejando, y tampoco ha de cejar ahora, pues vale mas morir con honra que vivir con afrenta; y si fenecemos en este trance, irán nuestras almas á vivir con Dios; y si nos afrentamos, nuestras almas y nuestros cuerpos quedan ya perdidos (3).»

Tal era el temple, habla é ímpetus de aquel tiempo, y es un fausto hallazgo el de su espresion entrañable y ajena de galas académicas, pues, como se echará de ver, nos esmeramos

de Valencia. E quant foren en aquell puig, ells se atendaren, e s'en muntaren, e s'enfortiren al mils que pogueren, per tal quels Serrayns nols poguessen sobrar ne fer dapnatge, e que ells poguessen fer dan als Serrayns tots jorns e correr sobre ells.

(1) Mentre que ells estaven axí, les noves anaren al rey de Valencia, per tota la encontrada entro á Murcia, que cavallers crestians e gents del rey d'Aragó se eren venguts atendar en aquell puig per fer mal e dan als Serrayns e a tota la terra. Sobre açó lo rey de Valencia hac son conseil ab sa gent, quin conseil li donaven de aquell fet que a gran minua e desonor il tornava, car tan prop s'eren posat los crestians de la ciutat, ne come axi eren entrats en sa terra. E trames missatgers e lletres per tota sa terra tro á Murcia, quels crestians eren venguts en aquell lloc per donar dan a paganisme. E maná que tots fossen a Valencia a dia cert, a cavall e a peu.

(2) Mentre que totes les gents del regne de Valencia e de Murcia foren ajustades a Valencia per anar en aquell puig hon los crestians staven en stablida, esdevench se que en aquella nit un crestian scapás de la presó de Valencia, qui era catiu, e aná s'en al puig hon los crestians staven, e fo aquí ans de miga nit. E com fo aquí prop de la barbacana, los guaytes lo sentiren e anaren per ell; e prenguerenlo, e demanaren li quin hom era. Ell dix que era crestian que era scapat de la presó de Valencia. E aquell amenaren lo denant En Bernat Guillem de Entença e denant Guillem de Aguiló. E demanaren li quines novelles sabia.

(1) Senyors dix ell, yo us diré quals. Lo rey de Valencia havia fets ajustar tots los Serrayns del regne de Murcia e de Valencia, e al matí seran totsací, que us cuyden prendre sens contrast.

(2) E quant los cavallers e les gents qui eren en la stablida oyren açó, ajustaren se tots e tengueren conseil sobre açó. En Guillem d'Entença parlá e dix que cascuns digués ço que mils li paregués a profit d'ells e á honor del rey. Si que n'i hac altres que digueren, que seria bo que desemparassen lo puig e que s'en anassen. Sobre açó respos En Guillem de Aguiló.

(3) Senyors, dix ell, nos som aci venguts a honor de Deu e de Nostra Dona santa Maria, e per tal quel seu nom hic sia exaltat el seu sant sacrifici hic sia feyt, e aquesta gent menyscrehent sia destraida e comfusa, ells e llurs mafometiques, e nos, qui som pocha gent, hi salvem les animes. Empero nos serem mes que ells, que Deu será ab nos, e axi sobrar los-hem. E axi cascú stiga ab bon cor e ab ferm, que hanch la senyera de Aragó no torna atrás, ne dará aquesta: que molt mes val morir ab honor que viure ab desonor. Que si morim, les animes nostres iran á Deu; e si vivim ab desonor, les animes e els cossos havriem perduts.

en ir traduciendo aquí el orijinal tan arrimadamente como nos cabe.

Habla luego En Bernardo Guillem de Entença, y dice:

— « Señores, cierto, atinado é hidalguísimo es cuanto os ha dicho En Guillem de Aguiló, y merece penetrar hasta lo íntimo del corazon. Endeble es con efecto nuestro cuerpo, todo de caballeros y sirvientes; pero confiemos en Dios por quien aquí nos hallamos. Echemos el resto en disponernos y entablar la refriega; pues vendrán traidora y desconcertadamente contra nosotros, y están ya creidos de que nos tienen afianzados para siempre en sus manos; pero nuestro arreglo ha de ser el siguiente: Tenemos hasta ochenta jinetes cuajados de hierro y á cual mas cabal é incontrastable; tenemos entre mulos y jumentos como doscientas acémilas y dos mil hombres de infantería. Los que carecen de armadura y de insignia coloquen sobre las acémilas sus mantas, y aparentarémos cuanta caballería podamos. Tendrémos los gallardetes y pavellones de las tres galeras que nos han abastecido; y al amanecer saldré del recinto con cincuenta caballos y mil infantes, y me abalanzaré por la parte del mediodía sobre la hueste sarracena, y todos los demás quedarán con D'Aguiló, el Temple y el Hospital, menos algunos sirvientes, las banderas y sus pares de trompetas que permanecerán detrás del cerro, y en trabando allá de recio la refriega, os arrojaréis con banderas desplegadas y grandísimo estruendo y boato sobre el otro costado del ejército. Con esto los Sarracenos creerán que nuestra hueste toda está aquí con el rey, se conmoverán luego, huirán, y luego los perseguirémos y acosarémos á todo trance (1). »

Lo disponen todo como lo tienen dicho, continúa D'Esclot, y cada cual en su tienda va requiriendo y aliñando sus armas; y los que carecen de arreos y jaeces pasan la noche afanados en ataviarse de unos y otros. Envian luego á las galeras, que les habia enviado el rey, un mensaje, en busca de banderas y gallardetes para que acudan con sus pavellones y divisas, como tambien clarines y armas.—Amanece, se confiesan y comulgan todos; comen cada cual á medida de su apetito, y en seguida se van escuadronando en la formacion de batalla. Dispárase Entença de la altura con sus cinquenta jinetes y mil infantes por la parte del mediodía hácia la marina; y asoma por la falda del monte allá tantísimo Sarraceno á pié y á caballo que cuajan lomas y llanos, causando congoja el verlos, y dando tan por suyos á los cristianos del frente como si los tuviesen ya encerrados en Valencia (1).

En Bernardo Guillem de Entença, con sus cincuenta caballos y mil infantes, embiste á los Sarracenos con disparado denuedo, volcando hasta un sinnúmero á lanzazos; defiéndese la morisma esforzadamente con sus lanzas y ballestas, conceptuando que toda la jente del cerro se arroja sobre ella; mas al avistar la espalda de su campamento hácia el norte, se desengaña, asomando ya sobre una loma En Guillem de Aguiló con los demás jinetes y sirvientes, encabezándolos todas las banderas y pendones,

(1) Aprés parlá En Bernat Guillem de Entença e dix: « Senyors, ço que En Guillem de Aguiló vos ha dit son paraules de gran veritat é de gran seny e de gran noblea: e cascú deu les mettra en son cor. Be es ver que nos som aci pocha companya de cavallers e de servents; mas hagam bona fe en Deu per qui nos som, ell será ab nos. E aparellem nos al mils que puxam; e ordenem nostra batalla; que ells son grans gents sens nombra, e vendrán fellonament e desordenada; e cuydarnos han sempre tenir en llurs mans. E nos farem ho axí: nos havem aci huytanta cavallers cuberts de ferre, bons e certes. Hi ha entre muls e rocins ben dohents; hi ha dos milia homens de peu. E aquells qui no han trepes ni sobresenyals prenguen lurs cubertes e posen-los als muls e als rocins. E façam aytants homens a cavall com puxam; e haguerem los penons de les tres galeres e les senyeres quins han aportades les viandes. E quant vendrá al matí, yo exiré ab cinquanta homens á cavall e ab mil homens a peu de la bastida, e feriré en la ost dels Serrayns, de la huna de vers mitg jorn. E tota la altra gent de peu et de cavall serán ab En Guillem de Aguiló ab lo Temple e ab l'Espital. Els altres servents ab totes les senyeres et ab sis parells de trompetes, starán de tras lo puig. E quant veurán que nos serém en major cuyta ab ells, vos altres exits de la altra part del puig ab les senyeres estesses, e fets com major mostra puxats, e ab gran brogit ferits en l'altra part de la ost. E els Serrayns que açó veurán cuydarán que sia major gent e que y sia lo rey quins vingua en ajuda e desbaratar s'han, e commençarán de fogir. E nos pensarem d'ells encalsar e de ferir en ells.

(1) E quant vench al matí, tots confessaren e combregaren, e puix dinaren ço axí com á cascú vent la talent. E puix aparellaren se e stabliren lurs batalles; que En Bernat Guillem d'Entença devalla del puig ab cinquanta homens a cavall e ab mil servents, de la banda de mig jorn, vers la mar. Els Serrayns foren venguts e foren al peu del puig a cavall e a peu tant quels plans e les muntanyes ne eren cubertes, que gran feredat era del veure. E tengueren los crestians que al puig eren ja per llurs, mils que sils tinguessen a Valencia en presó.

y tremolando el estandarte real. Los cristianos cabalgando sus mulos y jumentos son como dos mil y doscientos sirvientes, y se arrojan sobre el enemigo por el norte, con tal ahinco que la morisma se desbarata y huye atropellada y revuelta. Los cristianos los van persiguiendo y acuchillando á monton por espacio de legua y media, con sus caballos cansadísimos por tropezar de continuo con tantos cadáveres, que los habia, solo por efecto del tropel sin golpe ni herida, hasta dos mil, que se querian escudar con los mismos difuntos y espiraban de miedo. Habiéndolos acosado así hasta media legua de Valencia, rendidos de fatiga, se vuelven al cerro atrincherado con infinitos despojos, caballos, mulos, jumentos y armas, no habiendo perdido mas que tres jinetes y siete infantes; y ufanos todos, dan gracias á Dios por favor tan señalado, pues habia mas de mil Sarracenos muertos para un cristiano (1).

Llegan los Sarracenos fujitivos á Valencia, se rehacen, refieren lo sucedido y el malogro de lo mas de su hueste, vienen todos á quedar como exánimes de miedo, hasta el punto de que su rey, llamado Jahent, manda tapiar con cal y canto, menos una, para entrar y salir, todas las puertas de Valencia (1).

Sabe el rey de Aragon la noticia de que los caballeros y acompañantes que están en el cerro de Valencia han hecho una gran correría y matanza sobre los Sarracenos, y se regocija en gran manera, como es muy debido; y cuantos lo oyen bendicen el nombre de nuestro señor Dios, y se muestran tambien gozosísimos (2).

Aquella bienandanza de los cristianos, acarreadora del rey Jaime de Aragon hasta el pie de los muros de Valencia, así como la toma inesperada de un arrabal condujo al rey Don Fernando de Castilla hasta el mismo Córdoba, acaeció en el mes de junio de 1237, pues consta, por un privilejio del bailiato de Valencia, referido por Diago (3). Ni Desclot, ni D. Jaime en sus comentarios, entrambos a mano para enterarse de los sucesos, y en particular el segundo, hablan de la aparicion milagrosa de San Jorje, quien, dicen, estuvo muy patente peleando en aquel trance contra los Moros y contribuyó mayormente para su derrota. En suma, si hubo milagro, fué todo de pujanza y valentía. Obraron con efecto los cristianos portentos de arrojo en la refriega con respecto á su escaso número. Ansioso el rey de ver al punto á los valientes que tanto le facilitaban sus avances sobre Valencia, vino y les encareció sobre manera su denuedo, y vuelto á su Aragon, hizo pregonar la cruzada contra Valencia para la primavera próxima.

Echando está Jaime el resto de su ahinco en aquel intento, cuando sabe el fallecimiento del anciano gobernador de la fortaleza del cerro. El esforzado En Guillem d'Entença acababa de espirar en su lecho (enero de 1238); acude al punto Jaime y halla la guarnicion del cerro sin consuelo, desesperanzada de sostenerse tras el

(1) En Bernard Guillem d'Entença, ab los cinquanta cavalls e ab los mil servents, van ferir entre els Serrayns molt ardidament; si quen abateren en terra molts de colps de lances. E els Serrayns se defensaren molt fort ab llances e ab ballestes. E cuydaren que tots aquells qui eren al puix fossen aquí. E quant ells guardaren de tras lo puig vers tramuntana, en hun coll, ells veren exir En Guillem d'Aguiló ab lo remanent dels cavallers y dels servents que eren al puig ab moltes senyeres e ab pènons e ab l' estendart major real estés. E foren entre homens a cavall e en muls e rocins cubèrts de llançols e de cubertes, tro á docents e dos mil servents; e hac hi sis parells de trompes. E van ferir en la ost dels Serrayns de la banda de tramuntana: si quels Serrayns se desbarataren e començaren á fogir, en tal guisa que los huns cahien sobre los altres. Els crestians encalsaren los huna legua e miga, firent e tallant, e hagueren ne tants morts que llurs cavalls eren llassats e hujats, que no podien anar, sino sobre homens morts. E hac n'i be deu milia que y moriren sens colp qui gitaven se los morts dessus e morien de paor. E quant los crestians los hagueren a miga legua prop de la ciutat de Valencia, ells foren llassats e hujats; e tornaren s'en al puig hon era llur stablida, ab gran guany e ab gran presa de cavalls e de muls e de rocins e d'armes, mes que no hagueren perduts sino tres homens a cavall e set a peu. E foren molt alegres; e feren grans gracies a Deu de tanta honor que feta los havia, que a huu crestian havia mil Serrayns.

(1) Quant los Serrayns qui foren scapats vius de la batalla se foren recollits en la ciutat de Valencia, comtaren les novelles com los era esdevengut, e que tota la major partida de la lur ost era perduda; e foren molt desconfortats e hagueren molt gran paor. Si quel rey de Valencia, qui havia nom Jahent, feu tancar a pedra e a calç tots los portals de la ciutat, sino un purtal per hon entrassen e exissen.

(2) Les novelles anaren al rey d'Aragó que los cavallers e la companya qui eren en la establida del puig de Valencia havien feyta tan gran esvaida e tan gran venço de Serrayns, e fou molt alegre, esser que-u dech. E tots cells que-u hoiren beneyren lo nom de Nostre Senyor Deu, e foren molt alegres.

(3) Diago, Anales de Valencia.

malogro de su caudillo. Aliéntala para la empresa entablada, y le ofrece volver en algunos meses con fuerzas considerables, tan luego como las hubiese reunido en Aragon. Y ya estaba haciendo sus preparativos para el regreso, cuando un monje de la órden de los hermanos Predicadores, que le habia seguido, le comunicó la resolucion que habian tomado los defensores del Puig, de abandonarlo tan pronto como Jaime se hubiese marchado. Pesaroso el rey de lo que oia, y conociendo la inutilidad de cuanto hasta entónces habia hecho, si abandonaba la menor parte de lo que habia conquistado, tomó en la noche siguiente una resolucion caballeresca muy propia de su carácter; reunió á los defensores de la fortaleza, y en pié, delante del altar de la capilla dedicada á Santa María, que habia escojido para celebrar sus cortes militares é improvisadas, juró no trasponer el Ebro sin haberse apoderado antes de Valencia. Mas hizo todavía; envió á buscar á la reina su mujer, y á su hija, que despues fué reina de Castilla, para tenerlas á su lado hasta que hubiese dado cima á la conquista proyectada (1).

Aquella resolucion del rey D. Jaime rehizo á los defensores del Cerro de Santa María y traspasó de zozobra á Ebn Zeyan; redoblándose su congoja á los asomos de la primavera, al presenciar los preparativos y movimientos de las tropas dispuestas por Jaime en toda la raya aragonesa, reseñándolas personalmente con un ahinco y un desvelo imponderable.

(1) El mismo Jaime es quien nos entera de estos pormenores, trayendo el razonamiento que con este motivo encaminó á los barones, y especificando los términos idénticos de su juramento: — Barons, be conoxem e creem que vos sabets, ab tots aquells qui en Spanya son, la gran gracia que nostre Senyor nos ha feyta a nostre jovent del feyt de Mallorques e de les altres illes. E daçó que havem conquest de Tortosa ença: e vos altres sots tots aquí ajussats per servir Deu e nos. Ara frare Pere de Leyda parlá esta nuyt ab nos, e dix nos que la major partida de vos altres sen volien anar, si nos nos enanassem. E maravellam nos en; que la nostra anada cuidavem fer a prou de vos altres e de la nostra conquista. Mes puys entenem de la nostra anada, que pesa a vos altres, llevam nos en peus e dixem: nos prometem aquí a Deu e altar qui es de la sua mare, que nos no passarem Teral, ne lo riu de Tortosa tro que Valencia hajam presa. E enviam per la regina nostra muller, e per nostra filla (qui es ara regina de Castella, que vingen per ço que entenats que major volentat hich avem de aturar e de conquerir á que el regne que sia servici de Deu (Jacme, Commentari, etc. l. III, c. 72).

Con efecto, tras el juramento solemnizado ante sus caballeros, con visos de algun enfado por aquella precision (destemple, por lo visto, harto fundado, y cuyo contenido retrata al vivo los apuros en el oficio de rey, particularmente en Aragon por aquel tiempo), nos refiere él mismo cómo Ebn Zeyan, enterado de su intento, al verle tan desaforado tras el esterminio de Valencia, desmayó de quebranto y le envió un mensajero para entablar entre ellos un convenio (1). Aparece muy peregrino aquel modo de tratar el asunto para dicha temporada en la historia de la edad media en España, pues echó mano Ebn Zeyan para el intento de un literato espedito, llamado Alí-Albata, y dándole las debidas instrucciones, lo envió con amplios poderes al rey cristiano. Alí-Albata, ó El Batha, estaba relacionado íntimamente muy de antemano con un infanzon aragonés de la parte de Teruel, muy pudiente y bien conceptuado. Llega el Musulman, llama encarecidamente á Fernando Diez ó Diaz, pues era este el nombre del caballero cristiano, se juntan y le dice el enviado: Sidi Fernando, antes de manifestarte el motivo de mi venida, quiero que me jures por tu ley que nada has de revelar de cuanto voy á decirte, sino al sujeto que yo apetezco.

Júralo Fernando sobre un librito de horas que lleva consigo y contiene los Santos Evanjelios.

Entónces Alí-Albata se esplica sin rebozo, y manifiesta á Diaz el asunto para que lo comunique al rey.

«Hecho esto, dice el mismo D. Jaime en sus Comentarios, Fernando Diez viene y me dice que tiene que hablarme con suma reserva y sijilo sobre un punto que nos tenia á todos muchísima cuenta, y separándonos luego de los demás, me dice: Envióme Zaen un mensaje por Alí-Albata, quien me ha hecho jurar por los Santos Evanjelios que no lo descubriré mas que á vos, y luego añadió de su parte que os entregará cuantos fuertes hay desde Guardamar hasta Tortosa, y desde allí hasta Teruel, que os construiria un alcázar en su señorío, y os pagaria anualmente un tributo de dos mil besanes de renta en la ciudad de Valencia (2).»

(1) Hablando de las causas que le movieron y de la noche desasosegada que pasó cavilando sobre el intento de los caballeros, dice: E quant vench entre mija nuyt e l' alba, nos nos despertam, e tornam en nostre pensament; e pensam que haviem á fer á ab mala gent, car al mon no ha tan sobrer poble com son cavallers. (Ibid., l. c.)

(2) Et quant ho hach feyt, Ferrando Dies vench a nos, e dix nos que volia parlar ab nos de segret, de gran nostre prou. E quant nos oym aço tiram nos a

Holgóse Jaime con esta oferta, segun él mismo nos lo espresa, pues le ofrecia Zaen grandioso y lindo territorio, y estuvo ya dispuesto para aceptarla. Candoroso y jenial en estremo es aquel paso de su crónica, y diciendo á Diaz que lo recapacitaria, está cavilando un rato, así como el que se emplea en andar una media legua, y al fin prorumpe: « Fernando Diaz, vivo enterado de que os afanais por nuestra ventaja y honor, mas harémos alto en cuanto á la ejecucion del negocio, pues ya nos hallamos en ademan de afianzar á Valencia, y así nos cabrá la llueca con sus pollitos (1).» Pasmóse Diaz, continúa el rey catalan, se santiguó y esclamó que le asombraba el menosprecio de tamaña oferta ( la cual de una pincelada retrata al vivo los objetos y la temporada). « Si semejante proposicion y oferta se hicieran á vuestro padre y abuelo, brincaran y danzaran de júbilo por tanta ventura (2). »

Sigue luego el rey marchando de triunfo en triunfo, pues se le rinden, ya de suyo ú por negociaciones que el conquistador va historiando con su acostumbrada llaneza, Almenara, Nules, Betera, Paterna y otros varios pueblos. Entretanto, si bien señoreaba con sus correrías todo el territorio aquende el Turia, no sucedia otro tanto con las campiñas de allende, necesitando fuerzas de mayor cuantía para trasponer el rio y mantenerse gallardamente por las cercanías de Valencia. Asomaba la primavera de 1238, y estaba el rey echando el resto para juntar hueste suficiente y redondear la empresa que tan á derechas tenia entablada.

Desde marzo de aquel mismo año van acudiendo cruzados de las varias provincias de España, Francia, Italia, Inglaterra y otras rejiones; mas Jaime, mal hallado con la pausa de su llegada, se arroja únicamente con sus tropas á emprender el sitio de Valencia. Tiene la osadía, con la escasa hueste de ciento y cuarenta jinetes, ciento y cincuenta Almogávares y unos mil sirvientes de infantería, de ponerse á sitiar una plaza capaz de habilitar para campaña diez veces mayor soldadesca que la suya, y pasando el Turia al sudeste de Valencia, entabla el cerco por aquella parte.

Es el Turia el nombre antiguo (céltico) del rio, á cuya orilla derecha está el solar de Valencia, llamado, á causa de sus aguas cristalinas y someras, por los Arabes Guadalaviar, el rio blanco ú trasparente (Wad-al-Abyadh). Manando de uno de los entronques mas meridionales de los montes Idúbedos, sirve, por todos los recodos de su cauce, y con especialidad por la Huerta de Valencia, para el riego del territorio; siendo los Moros sus primeros sangradores, y continuando ahora mismo su práctica; por cuya razon, en siete meses del año, ni aun cerca de su embocadura, con sus dos ó tres piés de profundidad, puede ser navegable, menguando su caudal hasta lo sumo en la temporada del estio. Mas por el contrario, en invierno, y ante todo en enero y febrero, que es el tiempo de los aguaceros, suele crecer sin término, pues anegando toda la Huerta, corre á veces por las calles de Valencia, fenómeno que está manifestando por qué causa son tan macizos y de tan costosa conservacion los cinco puentes actuales de Valencia.

Se acuartela Jaime en Rusafa, á la sazon mera alquería, que luego vino á parar en un arrabal de cuantioso vecindario, como á un cuarto de legua de Valencia, por la marina.

En cuanto al entable del sitio, dejarémos que hable Bernardo Desclot.

« Dispone luego el señor rey una hueste crecida, planta sus tiendas, coloca sus máquinas, que empiezan á disparar contra la ciudad recia y diariamente; mientras el rey despacha órdenes á todos los pueblos de su reino paraque acudan con sus tropas, por ser crecidísima la morisma, poseyendo parajes y castillos fuertísimos, que ascienden, solo en el reino de Valencia, á trescientos, todos de peña y tan enriscados que á nadie temen, con tal que tengan comestibles (1).

« Al recibir los ricos hombres de las ciudades aquel mensaje del rey, al punto se aperciben á

una part a una casa en que nos jahiem... E dix nos... Zaen ma enviat missatge per Ali-Albata, em feu jurar sobrels Sancts Evangelis que no ho descobris sino a vos. E dix me de part dell que aço vos tendria, queus daria tots los castells quants son de Guardamar tro Tortosa, e de Tortosa tro a Terol. E queus faria un alqucer a la çaydia, e dar vos ha tots los anys del mon part açó deu milia besants de renda en la ciutat de Valencia (Commentari, l. III, c. 76).

(1) ...Aquesta cosa es aytal que no farem res, per aquesta raho: car nos sous venguts a hora e a punt que podem haver Valencia, e axi haurem la gallina e puix los polls.

(2) ...Si aquesta cosa, aquest pleyt fos vengut en temps de vostre pare e de vostre avi, ells saltaren e ballaren de tan gran bona ventura com los fora esdevegunda...

(1) E mantinent lo senyor rey aparellas ab molt gran ost e aná assetiar la ciutat de Valencia, e aqui pararen lurs tendes e dreçaren trabuchs, e combateren la ciutat mol fort tots jorns. Puix trames lo rey a totes les ciutats e viles de son regne, e que venguessen totes les osts, per ço com los Serrayms eran molt gran gents e havien molt fort terra e castells de roca qui no temen null hom, sol que hagen que menjar (Bernat Desclot).

pié y á caballo, con sus tiendas y abastos de carne, trigo y cuanto necesitan, marchando ya muchos hácia España en demanda de la esclarecida ciudad de Valencia, levantando á su albedrío las tiendas junto á la ciudad. Llegan las tropas de Barcelona por mar y por tierra, muy pertrechadas y en crecido número, sobre bajelillos y galeras armadas, con enseres y comestibles, y se acuartelan junto á la misma ciudad de Valencia (1).

« Pasa el rey la cuaresma en el cerro, y luego á la Pascua se arroja sobre Valencia, sin esperar los refuerzos que tiene pedidos, con el gran maestre de los Hospitalarios, Hugo de Forcalquier, un comendador del Temple, el comendador de Alcañiz y algunos otros caballeros, en número, como se ha visto, de ciento y cuarenta, y además ciento y cincuenta Almogávares y unos mil infantes (2). Con esta poquedad de fuerzas atraviesa el Guadalaviar, á levante de Valencia por la marina, en el sitio llamado el Grao, muy parecido á la Crau de la Delta del Ródano, y cuyo nombre céltico denota su calidad pedregosa. Pasada el agua, se sitúan en varias casas, mas cercanas al Grao que á la ciudad, y allí tremolan sus banderas y levantan las tiendas (3). Están á media legua escasa de Valencia, donde trata el rey de esperar la jente ya convocada de Aragon y Cataluña. « Y en aquel dia, » dice D. Jaime, « estuvimos viendo jinetes sarracenos, que se nos interponian ante la ciudad, con el intento de hacernos alguna presa; mas se dispuso que nadie los arrostrase hasta quedar enterados del terreno (4). »

Refiere el rey cronista el adelanto que á la madrugada se hizo, por entónces á pesar suyo, y como al dispertarse vino á encontrarse dueño de la Rusafa de los reyes de Valencia. « Al amanecer, » dice, « sin noticia nuestra, los Almogávares y los sirvientes se arrojan á tomar á Rusafa, que está á dos tiros de ballesta de la ciudad. Adolezco de los ojos y no puedo abrirlos sino lavándolos con agua tibia, y me dicen que los Almogávares y la infantería han ido á aposentarse en Rusafa y lo han logrado. Viene Hugo de Forcalquier, maestre del Hospital, y me dice: «¿Qué es lo que disponeis, pues ya están todos acuartelados en Rusafa?» Y le digo: «Aprontemos los caballos, y con banderas desplegadas vamos allá, pues si no, fenecen todos, » y me contesta: «Hágase como mandais.» Nos armamos, acudimos á Rusafa, y no haciéndolo así, echando el resto, toda aquella jente queda en la demanda; pues al entrar en el fuerte, está la morisma á la otra parte y la arrollamos por un llano (1). »

Entretanto van acudiendo á los reales de Jaime tropas de todas las naciones, ansiosas de terciar en la conquista, con especialidad prelados y nobles; entre los primeros, el arzobispo de Narbona Pedro de Amiell, con doce caballeros de su familia y seiscientos infantes; el gran maestre del Temple de Provenza con crecido número de sus Templarios, y otros varios personajes de cuenta, franceses é italianos. Llegan de Aragon D. Fernando, tio del rey, D. Blasco de Alagon, D. Artal de Alagon, á quien el rey ha levantado el destierro, D. Pedro Fernandez de Azagra, señor de Albarracin, Antonio de Corella, Blasco Maza, Athon de Foces, Ejimen de Urrea, Ladron Heredia, Lope Jimenez de Luesia, hermano de Ruy Jimenez, muerto en la refriega del cerro, Jimen Perez de Trierga y su hijo muy mozo, hermano de aquel Trierga, tambien fenecido en el cerro, Aleman de Sádava y su hermano Fortun Lopez de Sádava, Fernando Diaz, citado arriba, á quien rastreo por varios asomos como descendiente del Cid, Fernando Perez de Pina, Rodrigo Ortiz, Jimen Perez de Arenas, Sancho de Orta, García de Orta, su hermano, y otros muchos de los principales infanzones de Aragon. Habian quedado de comandantes otros dos Aragoneses, Pedro Cornel y Fernando Ahones, el uno en Burriana, y el otro en Peñíscola.

(1) Ibid., c. 103.

(2) E nostra manayda qui eren ab nos e podian esser tro a CXXX o CXL cavaliers; e havia hi cent cinquenta Almugavers, e be tro á mil homens de peu (Jacme, l. III, c. 87).

(3) ...Anam nos en riba mar tro al Grau. E passam allí á Guadalaviar, e quant fom della laygua, nos, e nostres adsembles a unes cases que hi havia a la mijania de Valencia e del Grau (pero pus eren prop del Grau que de Valencia), faen fermar nostres senyeres e nostres tendes, e staguem aqui...

(4) E feyem be guardar nostres cavallers que no anassen á frau tro que sabessen la terra.

(1) E quant vench altre dia ans del alba, menys de sabuda de nos, los almugavers e en servertes anaren pendre Ruçafa, que es dos trets de ballesta prop de la vila. E nos llavors haviem mal als ulls, e nols podiem abrir menys de aygua calda que nos llavavem. E dixeren nos que almugavers e homens de peu com eren anat á pendre posada a Ruçafa, que havien presa. E vench Nuch de Fullalquer mestre del Spital a nos, e dix nos que commendats que façam que tots s' en anats a prendre alberchs a Ruçafa? E nos dixem: Armen nostres cavalls e ab nostres senyeres desplegades, anem los al acorrer, si no tots son morts. E ell dix: sia feyt lo vostre comendament. E entant armam nos tots, e pensam de anar vers l' alquería, los Sarrahims eran en altre cap de la alqueria, en una plaça que hi havia faem los tots aunar.

Llegan tambien esclarecidos varones de Cataluña, como En Guillem de Cardona, hermano de Ramon Folch, Guillem de Cervera, Raymundo Berenguer de Ajer, Guillem Çagardia, García Romeu, Ramon Guillem, hijo de Bernardo Guillem, muerto en el cerro; Arnaldo de Agullal, Arnaldo de Rocafull y crecido número de otros ricos hombres. Asoma luego el obispo de Barcelona, Berenguer de Palavisin, con sesenta caballeros de su alcurnia y de sus estados y ochocientos peones. El obispo de Lérida, D. Berenguer de Avill, trajo consigo una caterva de caballeros de su parentela y mucha mayor de infantería, como igualmente el de Tortosa. El de Zaragoza, Bernardo de Montagúe (sucesor de Sancho de Ahones, fallecido allá en Acre de Siria, en la guerra santa, dos años antes) llevó tambien á todos los Montagúes. El prior de Santa Cristina, el comendador de Alcañiz, el de Montalvan y el de Oropesa, recien salido de manos de Ebn Zaen, quien lo tenia prisionero, acuden tambien con sus banderas cruzadas y los timbres de caldera y pendon, como pudientes para alimentar á su comitiva. Llegan de Navarra Jimenez de Valtierra, Artal de Agramont y otros; de Castilla los grandes maestres de Uclés y de Calatrava, con séquito cuantioso de caballeros de sus órdenes y algunos de las alcurnias de Fonseca y de Hurtado; y de Francia, como se dijo, Pedro de Amyell, con su jente y un caballero llamado Monsiur de Brisac (1); y en fin, de Italia, tres Romanos, hermanos todos, nombrados por los cronistas españoles Rosdorcines de Campo de Flor (Rosci d'Orsini del Campo di Fiore), llevando Onufrio, el primojénito, hasta sesenta caballeros, y entre ellos un Romano que se hizo palaciego de D. Jaime y traspasó á su posteridad el apellido de Lansol, por haber enarbolado antes una sábana (en catalan llansol) en forma de bandera, capitaneando á sus jinetes en el tránsito del rey al venir de Segorve y pasar por Murviedro. Irémos nombrando á otros en el ámbito de esta relacion, dice la crónica, pues nos pesa en el alma el dejar en el olvido á los pundonorosos y esforzados que sirvieron tantísimo á Dios y al rey en esta guerra (2). Los pueblos que enviaron tropas fueron Calatayud, Teruel, Daroca, Zaragoza, Lérida, Tortosa y Barcelona, y cuantas iban llegando plantaban luego sus tiendas ante Rusafa para Valencia, mas ó menos cerca, segun venian. Fueron las últimas las de Barcelona, y por lo mismo seria el alzar sus tiendas en el paraje llamado la torre del Esperon, en el dia parte del Estudio Jeneral, en el entronque de ambos valles, y la puerta de Jarea, punto llamado hoy los Santetos, pues allí las aposentó D. Jaime, y por esta causa, cuando luego Valencia abarcó aquel sitio dentro de sus muros, su primera calle se apellidó de Barcelona, nombre que conserva aun en el dia. Descollaba entre el señorío esclarecido de aquellos reales, bajo el nombre de D. Vicente Belviso, Zeyt Aby Zeyt ben Yusuf, ex-rey de Valencia, ya cristianado, con varios jinetes árabes de su bando, y muchos cristianos alistados con él, y fueron agolpándose tantísimos refuerzos, que se contaron hasta mil caballeros de esclarecido linaje, y sesenta mil infantes de diversos paises.

Colócanse los vecindarios de cada pueblo por su órden al derredor de la ciudad; hace pregonar el rey que el primer entrante en Valencia será tambien el primer avecindado en Valencia, con el uso de sus propios pesos y medidas para todos y para siempre. Acuden caballeros, mas ó menos principales, á pedir al rey desde entónces otorgamientos de fincas que les faciliten el vivir en Valencia, y cada cual puja ya sus demandas, segun la jente que le acompaña. Va ya el rey escriturando algunas donaciones de antemano sobre barrios de la ciudad y de haciendas, y de allí procede el apellidarse Valencia la Noble, para diferenciar Valencia la Catalana de otras que llevan el mismo nombre. Sobresalieron sus alcurnias, cada una de las cuales guerreó por sí sola contra los Moros, y se domiciliaron en ella desde entónces; á saber, las de Alagon, Maza, Azagra, Cornel, Moncada y Cardona; siendo todas tan pudientes, que sin auxilio estraño, con los de su casa solos, dice la crónica de Beuter, guerreaban por donde querian. Los Ahones, Corellas, Craones, Pardos, Villanuevas, Palavicines, Ribelles y otras familias que se avecindaron en Valencia, venian á ser igualmente ilustres y poderosos.

Los maquinistas encargados por el rey del embate contra el muro principal frontero á los reales por la parte del mediodía se mostraron tan certeros que en pocos dias lo aportillaron; mas siendo obra morisca de arcilla con un revestimiento interior muy macizo de greda, en el cual, tras la caida de las piedras y ladrillos que le servian de arrimo, la herramienta se empotraba sin éxito, quedaron desesperanzados los sitiadores de adelantar por aquella parte. Entónces la jente de Lérida se arroja á pasar hácia la otra parte del valle, para trepar al asalto con escalas, y ver de franquear paso con el pico y meterse en

(1) ...Condezo cavalleros hombres de armas, seyscientos infantes, y un cavallero francés, llamado Mossiur de Bressac, dice Beuter (l. II., c. 36).

(2) Ca pesanos de dexar en olvido los buenos y valerosos que sirvieron en esta guerra á Dios y al rey...

la plaza con la ayuda de Dios, como lo traducimos de Jaime, segun se echará de ver. Con este intento se abalanzan tres hombres armados por el nordeste y embisten denodadamente al bastion, contrarestando á los Moros que se agolpan en su defensa, y en poco rato abren tres portillos, por cada uno de los cuales pueden pasar dos ó tres hombres de frente. Enterado el rey del arrojo de los Leridanos, les envia ejecutivamente auxilio; mas la morisma, al ver á los cristianos en aquel punto de la muralla, acude armada á competencia, rechaza á los cristianos, y en poco rato queda remediado el daño.

Tan tenaz es la defensa de los sitiados que dura seis meses el sitio, en cuyo intermedio sobrevienen lances memorables y retos de dos, diez y cien Moros contra otros tantos cristianos. Ocurre una vez que los Españoles en corto número entran en la ciudad y pelean por las calles como en campo raso. En una de estas peleas, queda el rey herido levemente, mas con la herida tiene que encerrarse por bastantes dias en la tienda. Habia en la ciudad, dice Desclot, muchos caballeros sarracenos, y luego ballesteros y otra jente de armas; y estaban diariamente saliendo algunos á trabar lides y torneos con los acampados, quienes se adelantaban hasta los muros mismos á hostilizarlos, matando á muchos Sarracenos á lanzazos y estocadas, dedicando al intento cuatro horas diarias. Por una parte andaban guerrilleros acá y acullá, tanto á pié como á caballo, arrebatando á los Sarracenos jente, ganados y armas; y por otra las artimañas estaban disparando noche y dia contra la ciudad.

Así permaneció el rey Jaime hasta que el vecindario, acosado por el hambre, hizo con el sitiador el ajuste de que cada cual cargaria á su salvo con cuanto pudiera llevar, evacuando la ciudad en tres dias, dándoles resguardo hasta siete leguas de Valencia por tierra, y hasta treinta á los que se quisiesen ir por mar (1).

Pongo en la nota el texto idéntico, y curiosísimo á todas luces, del tratado concluido entre Jaime y el rey árabe de Valencia. Su fecha es el 4 de las kalendas de octubre de la era 1276 (28 de setiembre de 1238). El siguiente, 29, dia de San Miguel, rey, reina, arzobispos de Narbona y Tarragona, obispos de Barcelona, Zaragoza, Huesca, Tarazona, Segorbe, Tortosa, caballeros y ricos-homes con sus tropas entraron triunfantes en Valencia (1).

Enarboló Jaime la bandera de Aragon en las almenas de una torre, llamada luego del Temple,

(1) E axi lo rey en Jaume stech tant aqui ab sa host tro que la ciutat fo mol destreta per la fam, e feien partit ab lo rey quels ne lexas anar sans, ab ay tanta roba com cascuns sen poguisen adar ne portar, e que haguessen spaxada la ciutat dins tres jorns, e quels assegurás a set llegues, luny de Valencia, é á cent millas del mar, si per mar sen vulien anar (Bernat Desclot, c. 29)—confirmado por don Jaime en sus comentarios (c. 89 y sig.)—Las condiciones del tratado, segun Conde, fueron estas:—que la ciudad le seria entregada (al rey Jaime), ofreciendo seguridad á todos sus moradores, y libertad para irse á otra parte donde quisiesen, con todos sus haberes, y que los que quisiesen permanecer en ella fuesen tributarios, como los otros vasallos del rey Gacum, permitiéndoles el libre uso de su relijion, leyes y costumbres, y á todos disponer de sus personas y de sus bienes, libertad y seguridad y ciertas plazas. Ajustáronse tambien treguas por algunos años, y firmadas por ambas partes estas condiciones y dado el dia, se entregó la ciudad de Valencia al rey Gacum el dia de safar de 636 (miércoles 29 de setiembre, dia de san Miguel, 1238).

(1) Nos Jacobus, dei gratia, rex Aragonum et regni Mayoricarum, comes Barchinonæ et Urgell, et Dominus montis Pessulani, promittimus vobis Zayen Regi Lupi et filio de Modef, quod vos et omnes mauri tam viri quam mulieres, qui exire voluerint de Valentia, vadant et exeant salvi et securi cum suis armis et cum tota sua ropa mobili quam ducere voluerint et portare secum, in nostra fide et in nostro guidalico; et ab hac die presenti quod sint extra civitatem usque ad viginti dies elapsos continue. Præterea volumus et concedimus quod omnes illi mauri qui remanere voluerint in termino Valentiæ remaneant in nostra fide salvi et securi, et quod componant cum dominis qui hereditates tenuerint. Item asecuramus et damus vobis firmas per nos et omnes nostros vasallos, quod hinc ad septem annos, damnum malum vel guerram non faciamus, per terram nec per mare, nec fieri permittemus in Deniam nec in Culleram, nec in suis terminis. Et si fuerit forte aliquis de vasallis et hominibus nostris faciemus, illud emendari integrè secundum quantitatem ejusdem maleficii. Et pro his omnibus firmiter attendendis, complendis, observandis nos in propria persona juramus et facimus jurare Dominum Infantem Fernandum, Infantem Aragonum, patrum nostrum, et Dominum Muñonem sancii consanguineam nostrum, et Dominum Petrum Cornelii, majordomum Aragonum, et domnum Petrum Ferrandi de Azagra, et domnum Garciam Romei, et domnum Rodericum de Lizana, et domnum Berengarium de Entenza, et Guillermum de Entenza, et domnum Acorella, etc. Item nos Petrus, Dei gratia, Narbon. et Petrus Tarracon. archiepiscopi, et nos Berengarius Barchinon., Bernardus Cæsaraugust. Vitalis Oscen, Garcia Tirasson., Eximius Segobriun., Pontius Dertus., et Bernardus Vicen. episcopi, promittimus quod hæc omnia su-

por cuanto se concedió á los Templarios. Pasó montado á la Rambla, y apeándose, besó, vuelto al oriente, la tierra en accion de gracias al Señor por el sumo favor con que acababa de agraciarle (1). Presenció luego el cumplimiento de la cláusula del tratado relativa á la emigracion de cuantos Musulmanes quisiesen desamparar su patria. «Y llegado el tercer dia,» dice Bernardo Desclot, que conceptúa al parecer la emigracion como jeneral, «los Sarracenos se marcharon de la ciudad, unos por mar y otros por tierra, costeando naves ó carruajes de Barcelona y de otros puntos (2).» «El tercer dia,» dice el mismo Don Jaime, se aprontaron para salir, y yo mismo con caballeros y jente de armas los conduje fuera á la campiña que cae entre Rusafa y la ciudad. Hubo allí que castigar de muerte á los desmandados que despojaban á los Sarracenos de sus haberes, y se apoderaban de algunas Sarracenas, con lo cual todos ellos no vinieron á perder el valor de mil sueldos, siendo hasta cincuenta mil entre hombres y mujeres, merced al Señor, y luego los fuimos conduciendo hasta Cullera (3).»

Refiere Ramon Muntaner como sigue la conquista de Valencia; su relacion, pesada y revuelta como siempre, tira mas largo, abarcando sucesos inmediatamente posteriores.

«Redondeada, dice, esta conquista (la de Mallorca), se volvió á Cataluña, pasó á Aragon, y celebrando Cortes en una y otra provincia, agasajó á sus barones y demás con regalos, y los agració con ensanches de fueros y libertades, como habia hecho en Mallorca. Pero ni se detuvo ni desperdició el tiempo en aquellos paises, pues se trasladó ejecutivamente á Tortosa, y desde la raya entabló la guerra con los Sarracenos de Valencia y con todos los del orbe por mar y por tierra, arrostrando intemperies y quebrantos de ventiscas, lluvias, tormentas, sed, hambre, frio y calor; y siguió conquistando á los Sarracenos pueblos, castillos y aldeas por llanuras y por serranías. Fué tan dilatado aquel plazo, que desde la toma de Mallorca hasta el trance de sitiar y rendir á Valencia mediaron dos años cabales.

«Tomada Valencia el dia de San Miguel, por la tarde en el año de 1238, la pobló con su jente y continuó rindiendo y sojuzgando lo restante de aquel reino; y encaminándose al de Murcia, tomó á Aljetura (esto es, Alcira), pueblo é isla sobre el Júcar, que es una de las mas fuertes y esclarecidas; en seguida el castillo de Játiva, y luego la ciudad á que corresponde, que es hermosa, crecida y cercada de muros fuertísimos. Siguieron el castillo de Concentaina, los pueblos de Alcoy, Albaida, Penáguila y otros que seria muy prolijo especificar.

«Ajustó al mismo tiempo, continúa Muntaner, treguas con muchos barones sarracenos, á fin de ir poblando sus conquistas; acudiendo todos los contratantes á rendirle cuentas al fin del año. Tomó tambien el castillo y pueblo de Cullera, que está en la orilla del mar. Otro tanto hizo con el castillo de Corbera y el pueblo de Alfandech con sus tres castillos. Tomó en seguida igualmente á Yairan con su fortaleza regular, á Palma, Villalonga, Rebollet. Gallimeza, los valles de Loger, Jalo y Jebea, luego Alcalá, Denia, Lovayba y otros muchos castillos y pueblos que hay por aquella parte, y que pasaré por alto, pues, como ya dije, se hallan en el libro de la conquista. Aun antes de la toma de Valencia, ya se habia apoderado de otros muchos lugares, como queda ya dicho. Voy á nombrar algunos puntos que son de entidad, con sus visos de ciudades. Desde luego al salir de Tortosa, hácia el mar.

pradicta faciemus attendi et attendemus quantum in nobis fuerit et poterimus bona fide. Et ego Zayen rex prædictus promitto vobis Jacobo Dei gratia regi Aragonum, quod traddam et reddam vobis omnia castra et villas quæ sunt et teneo citra Xacarum infra prædictos viginti dies, abstractis et retentis mihi illis duobus castris Denia scilicet et Cullera — datis in Ruzalfa in obsidione Valentiæ quarto kalend. octobris, Era millessima ducentessima septuagessima sexta. (Archivo real de Barcelona, armario jeneral, 5 saco 34, n.° 400.

(1) E nos fom en la Rambla, entre el Reyal é Torra; descavalcam é dresam nos vers Orient e ploram en nostres ulls besant la terra, per la gran mercé que Deu nos havia feyta (Jaime, l. III, c. 110).

(2) E quant vench al tercé jorn les Sarrayns desampararen la ciutat e anaren sen, les uns per terra, les altres per mar, en naus é en leys que noliejaren de Barcelona e d' altres lochs (Bernat Desclot, c. 59).

(3) Al tercer dia feren tots aparellats de exir. E nos ab cavallers e ab homens armats que foren prop de nos traguemlos fora en aquells camps qui son entre Rusafa e la vila. E haguem hi á ferir homens per mort, sobreaço com volian toldre robá als Sarrahins, e emblar algunes Sarrahines e cossets, si que hach tant gran gent com de Valencia exia, hon havia entre homens e fembres be cinquante milia, e la merce de Deu no perderen valent de mil sous, e guiam, e les faem guiar tro Cullera. Jaime, c. 110. No pudo Jaime, por lo visto, resguardarlos mas. — «Quant los paoncells els almugavers (dice Desclot, c. 59) saberen quels sarrayns s'en anaven en terra de Murcia e de Granada, passaren en las partidas de Alacant, e en partides de Villena; e aqui captivarenne molts, en occiren, els tolgueren grans armes e gran tresor.

Amposta, que á la sazon venia á ser un sitio real, el castillo de Uldecona, Peñíscola, Uzpesa, Castelló, Borriana, Vilches, Almenara, Vall de Segon; despues otros hácia el interior, como Vall de Roures, Morella, San Mateo, Cervera, La Yana, la Salcadella, Cabanes, Vilafarnés, el castillo de Montaznes, Burriol, Nules, el castillo de Ujo, el valle de Altura y el Riu de Millas, donde hay hasta treinta castillos, y el castillo y pueblo donde hay tantas torres como dias en el año.»

Redondeadas tantísimas conquistas y planteado en todo un réjimen espedito, quiso D. Jaime visitar de nuevo Aragon, Cataluña y los condados del Rosellon, Cerdania y Conflant, que su primo, el conde Muño Sanchez, quien le acompañó á Mallorca, habia dejado. Pasó tambien á Mompeller, donde se mostró muy complacido.

«Por donde quiera iba celebrando solemnísimas procesiones, en hacimiento de gracias al Señor, su preservador en tan repetidos peligros; y por donde quiera lo iban festejando y engrandeciendo con juegos, bailes y todo jénero de funciones; esmerándose las jentes á porfía en divertirle y obsequiarle; y por su parte iba agraciando y favoreciendo á todos con tal estremo que los sucesores y herederos están todavía disfrutando sus aventajadas resultas (1).»

(1) Ramon Muntaner, c. 9.

# CAPITULO VIII.

*Nuevas conquistas de los Cristianos. — Allanamiento del reino de Murcia. — Principios del reino de Graanada.—Desposorio de Alfonso, hijo de Fernando de Castilla, con Yolanda, hija de Jaime de Aragon.—Adelantos de Fernando por Andalucía. — Toma de Jaen. — Mohamed Ebn el Ahmar de Granada quiere tributar pleito homenaje al rey de Castilla.—Sitio y toma de Sevilla.—Varios hechos.—Muerte de Fernando.—Sucédele Alfonso, su hijo.—Indole de Alfonso. — Fallecimiento del rey de Navarra.—Alfonso elejido emperador.—Casamiento de Pedro, infante de Aragon, y Constancia, hija de Manfredo, rey de Nápoles y de Sicilia. — Enlace de Felipe de Francia con Isabel de Aaragon.—Conquista final de Murcia.—Casamiento de Blanca, hija de San Luis, con Fernando de la Cerda, primojénito de Alfonso el Sabio. — Muerte de Mohamed I de Granada.—De Fernando de la Cerda. — De Jaime de Aragon. — Guerras y turbulencias que sobrevienen con el fallecimiento de Fernando de la Cerda.—Pretensiones de Sancho, hijo segundo de Alfonso, corroboradas por las Cortes.—Afianza la sucesion de su padre.—Guerra entre Alfonso y su hijo.—Tribulaciones de los últimos dias de Alfonso.—Llama en su auxilio al emir de Marruecos Abu Yusuf el Mariny. —Fallecimiento de Alfonso.—Sus propiedades.*

**DESDE 1241 HASTA 1284.**

San Fernando, rey de Castilla y de Leon, vino á pasar grandísima parte del año de 1241 en la ciudad de Córdoba, escojiendo aquella residencia, no tan solo para restablecer metrópoli tan decantada y á la sazon exhausta, por medio de arreglos acertados en policía y demás ramos de gobierno, sino para ponerse en disposicion de seguir adelantando sus conquistas por Andalucía, tan venturosamente entabladas; y al mismo tiempo Jaime de Sanguineto, con tropas mantenidas por él, como obispo de Coria, segun el uso de los ricos-hombres de pendon y caldera (1), estaba arrojando á los Musulmanes de Zamalea, Llerena y otros pueblos al sur de Sierra Morena hasta el rio Guadalmena. Iba entretanto la hueste aragonesa por su parte siguiendo felizmente sus avances y señoreándose enteramente de la huerta de Gandia en breve tiempo. D. Pedro de Alcalá y otros cinco caballeros aragoneses habian caido prisioneros en manos del caide de Játiva, lo que bastaba para Jaime, pues reclamó sus caballeros desde las gargantas y cerros de Carcel, á una legua escasa de Játiva (1).

(1) Esto es, ricos-hombres que podian *alzar pendon* y alistar jente con él á su costa, significando esto mismo la *caldera* que sobresale en los escudos de armas, en señal de nobleza, entre las familias mas esclarecidas de España.

(1) Játiva, hoy san Felipe, situada allende el Júcar, estaba comprendida entre las siete poblaciones que el Aragonés se comprometió á respetar en el tratado de Valencia, valedero por siete años, pero en su con-

cuyo caide Husein Yahya, enterado de aquel acuerdo del rey, sin que nada le hiciese cejar de los que una vez habia tomado, le envió de embajador un morisco, llamado Beni Ferri, encargado de representarle que los caballeros por cuya causa guerreaba habian sido apresados legalmente, pues desentendiéndose de la tregua ajustada con Zaen, atropellaban á mano armada con su jente las aldeas y campiñas de la Vega, adelantando sus estragos hasta los arrabales de la ciudad, cuyos muros y torres habian hostilizado. Pero Jaime insistió en pedir sus prisioneros, como Abul Husein en denegarlos, con lo cual Jaime se fué adelantando hasta cercar á Játiva (1). Entró saqueando la campiña, y cortando los acueductos y malecones. Con esto quedó la ciudad sin agua, los molinos inservibles, la campiña sin riego y talada por los Aragoneses. Estrechado en tal estremo Abul Husein, destacó de nuevo á Beni Ferri para el rey, quien exijió entónces con sus prisioneros un castillo en el territorio de Játiva llamado Castellan, reconociéndole por soberano de aquel paraje. El caide, ya despavorido, tuvo que avenirse, devolviendo los prisioneros y entregando el castillo al rey con el territorio, y luego pasó á su campamento, acompañado de los prohombres del vecindario, los cuales todos tributaron homenaje con juramento al rey de Aragon, como á su señor. El rey en seguida levanta el sitio y regresa á Valencia.

Por entónces el rey D. Sancho habia conseguido del papa Gregorio IX un año de cruzada en Portugal. D. Pelayo Perez de Correa, Portugués de nacion y luego gran maestre de Santiago, fué nombrado caudillo para una de las espediciones; y como á la sazon ya no habia Musulmanes en Lusitania con quienes guerrear, hubo que acudir para su anuencia al rey de Castilla y entrar por Badajoz y los Algarves. Peleó Correa esforzadamente contra la morisma y la arrojó toda de los Algarves. Entretanto se estaba San Fernando apercibiendo para continuar la guerra contra los Almohades en Andalucía, aunque tuvo que suspenderla por una enfermedad de que adoleció en Búrgos. Iba ya su primojénito Alfonso, de 21 años, á sucederle en la primavera de 1243, y marchó para Andalucía capitaneando un ejército formidable. Llegado á Toledo, se le vino á las manos una ventaja que le hizo variar de rumbo. Se encontró con los embajadores que le enviaba el walí que estaba mandando en Murcia, para tributarle á él su rendimiento, declarándose vasallo de la corona de Castilla, y pidiendo su proteccion contra las tropelías del emir de Granada. Mohamed ben Aly, á quien los historiadores españoles llaman Hudiel, ofrecia á la Castilla parte de las rentas de su reino, contentándose con poseer la otra como vasallo del Castellano. Encaminóse luego Alfonso á la raya de Murcia, redoblando la marcha, para no dejar tiempo á Mohamed de arrepentirse antes de quedar zanjado el negocio. Mas parece que Mohamed procedia de buena fe, y así el reino de Murcia vino á avasallarse á Castilla (1). Alfonso fué colocando guarniciones por los castillos y fortalezas, especialmente en la capital. Sin embargo Lorca, Muela y Cartajena, que dependian del gobierno de Murcia, no quisieron avenirse, ajustando alianza con Granada. Alfonso no pudo acudir á las armas para rendirlas, pues carecia de lugar y de fuerzas para sitiarlas. Pero la campaña en su conjunto habia sido venturosa, y de vuelta, halló ya al padre convalecido. No podia menos de prendar á San Fernando aquel arreglo que zanjaba el reino de Murcia del de Granada, y servia de resguardo por aquella parte á su raya.

Sobrevinieron por aquel año sumas desavenencias en Aragon y en Cataluña, pues D. Jaime juntó Cortes en Daroca, y tras de haber hecho reconocer por sucesor suyo á D. Alfonso (hijo de Beatriz de Castilla), logró que se dividiese su reino entre Alfonso y Pedro, habido en Yolanda de Hungría, asignando á este último el condado de Cataluña con alguna alteracion en los confines, lo que desagradó tanto á los Catalanes como á los Aragoneses. Sucedia esto, decian, á impulsos de la reina, ansiosa de que las Cortes reconociesen á su hijo, juntándolas en Lérida por enero de 1244, empeñada en que los Catalanes se aviniesen al nuevo deslinde que abarcaba á Lérida en Aragon, como situada allende el Segre, que formaba la línea de separacion. Las-

cepto, quedaba la tregua quebrantada por los Arabes agresores, y así le hacia al caso un *status belli;* con lo cual ponia en salvo su *palabra*, y sinceraba sus avances, y así entablando la guerra, plantó su campamento.

(1) Se lee en Conde, y como aventurada, la nota siguiente: A fines de schaban de 639 (1242) murió en Setabis su walí Ahmed ben Isa el Khastadji, que la estaba poseyendo por Motaskkeb Ebn Hudi, y tuvo por sucesor á su hijo Abul Husein Yahya.

Era afamada Játiva por sus amenidades; y allí fabricaban los Arabes un papel finísimo. Véase El Makkari; manuscritos de la Biblioteca Real, nº. 705.

(1) Ocurrieron estos sucesos á fines de 1242, segun Beuter y otros historiadores, y conceptuamos que esta es la fecha positiva, aunque Zurita los trae en 1240, dos años antes. El mismo D. Jaime no deslinda puntualmente la fecha en sus comentarios.

timaba esta disposicion los intereses de Alfonso, hijo del primer matrimonio, y no podia menos de contrarestar aquella desmembracion que menoscababa su reino. Los mas de los señores, en desempeño del juramento contraido con el hijo de Beatriz, se pusieron de su parte, y la desavenencia vino casi á parar en un rompimiento. Alfonso de Aragon se desvió de su padre, y se juntó con el heredero de la corona de Castilla; mas el negocio no pasó adelante, pues Alfonso de Castilla se apalabró de allí á poco tiempo con una de las hijas de D. Jaime y de Yolanda, y Alfonso de Aragon, como se verá muy pronto, vivió y murió (en 1260) sin arrimo. Entretanto Jaime iba mas y mas adelantando denodadamente sus conquistas. Arrolló á Denia en 1 de djuledjá de 641 (11 de mayo de 1244) contra el ex-emir de Valencia Abu Djomail Zeyan, sin haberse cumplido los siete años aplazados en las treguas del tratado de Valencia referido arriba; mientras los jenerales de Fernando estaban en Andalucía talando las campiñas de Jaen y de Alcabdat y apoderándose de Arjona. Siguieron luego internándose por el pais y ocupando pueblos y fortalezas, entre otras, las de Pegalhajar, Montanches y Carchena. Ya se iban encaminando á Granada, cuando Mohamed el Ahmar, que ostentaba el dictado de emir, juntando arrebatadamente hasta tres mil jinetes y algunos infantes, les salió al encuentro, los arrolló y les quitó la presa y los despojos que se habian ido apropiando por su territorio (1).

Aquellos fueron los cimientos del engrandecimiento de Granada. Aclamaron á Mohamed á su regreso con el dictado de *Ghaleb*, vencedor (*ya el Ghaleb*, el vencedor), y el contestó: *We le Ghaleb ille Allah* (¡he! no hay mas vencedor que Dios). Aceptó sin embargo el dictado mas llano de *Ghaleb Bilá* (vencedor por el auxilio de Dios), pero este primer arranque de un vencedor relijioso, *we le Ghaleb ille Allah* ha seguido siendo la divisa de los reyes de Granada durante toda la existencia de su monarquía; divisa redoblada á millares por las paredes de la Alhambra, y que luego campeó en letras de oro, con diagonal azul, cercando el escudo plateado que el nuevo sultan de Granada tomó por armas, á ejemplo de los reyes cristianos y de los sultanes contemporaneos de Ejipto y de Siria(2).

(1) No traen los autores arábigos la fecha de esta primera victoria que robusteció le potestad de Mohamed en Granada, pero se rastrea que fué á fines de la héjira 642 (1244).

(2) Estas fueron las armas musulmanas de Granada, de 1244 á 1492, y no la soñada granada abierta, figuracion palpable para los Españoles, mas no para los Arabes, quienes llaman *zumachea* el fruto que se dice *granada* en castellano. Los estremos de la faja paraban en gules de dragon. «Conservaron siempre sus descendientes la idéntica divisa, dice un autor arábigo, aunque variando los matices del escudo, que solian ser rojo, azul ó verde, y aun cuando mudasen la faja, dejaban la divisa de El Ahmar.» En cuanto á lo que dice M. Viardot (Escenas de costumbres arábigas, etc., p. 11), de que en las banderas de los reyes de Granada campeaba bordada una granada abierta, cuyos granos eran de rubíes, y la orlaba este rótulo: «*naci con la corona*,» todo es por cierto lindísimo, pero por desgracia muy ajeno de verdad. La bandera amarilla de los emires de Granada no traia mas divisa que la de El-Ahmar: *we le ghaleb ille allah.*

Hagamos aquí algun alto para historiar los hechos principales, recien apuntados, de Mohamed el Ahmar.

Mohamed Abu Yusuf el Ansary, mas conocido con el dictado de Elamar, era natural de Arjuna ó Archidona, en la Andalucía oriental, hijo de labradores, pero descendiente de un Ansory, ó compañero medinés del profeta. Un resobrino de aquel Ansary, llamado Ebada, habia venido de la Arabia para avecindarse en España, desde la primera temporada de su conquista por los Musulmanes. Educóse Mohamed, cuentan sus biógrafos, muy aventajadamente para sus escasos haberes, ostentando desde su mocedad sumo afan por aseñorearse y descollar en esclarecidas empresas. Gallardo, galan, forzudo y valeroso, causaba de suyo respeto medroso á las jentes; pero luego se prendaban todas con su tino, su agrado, su parcimonia, sus costumbres irreprensibles y sencillez de su porte. Sirvió al pronto con los emires descendientes de Abd el Mumenin, y su desempeño, tanto en la administracion civil como en la carrera militar, fué siempre pundonoroso y sobresaliente. En el menguante ya de aquella dinastía, se arrimó á Lotawakk el Ebn Hud, y peleó largo tiempo con él para dar al través con el poderío y las doctrinas heréticas de los Almohades. Se rebeló en fin contra el mismo Ebn Hud, y se encumbró, hablando como las crónicas latinas, á rey (surrexit rex) en Ardjuna su patria, donde seria gobernador; tomó á Jaen por asalto el año de 629 (1232), se fué apoderando de Guadix, Baeza, etc., y se hizo proclamar en cuantos pueblos venian á reconocer su señorío, sin usar al pronto, á ejemplo de los caudillos almoravides, mas dictado que el de emir de los Musulmanes (*Amyr al Moslemyn*) (1), mudándolo luego en el de sultan y altísimo emir de los fieles (*sculthan tala*

(1) Kartasch el Saghyr, manus. aráb. de la Bibliot. Real de Paris, p. 179.

*amyr al Mumenyn)*, que le está dando su epitafio. Al fallecimiento de Ebn Hud, el caide alevoso de Almería, que lo habia cegado, como ya se ha visto, hizo declarar su ciudad á favor de Mohamed ben Elahmar, y luego el wali de Jaen, abanderizándole el vecindario de Granada, lo hizo por fin recibir al acabarse el ramadhan de 635 (15 de mayo de 1238). Aunque estaba mandando en Ardjuna y Jaen hacia cerca de seis años, su prepotencia nunca habia llegado á ser absoluta (1).

Estos fueron los principios de Mohamed I, apellidado Ebn Elahmar y El Galeb Bilá, de la dinastía de los Nasides, y del nuevo fundador de Granada, que campeará á solas en el postrer aspecto de la historia de los Arabes y Moriscos andaluces (2).

Apoderóse el infante D. Alfonso, á su propartida de Murcia, de Mula, plaza de entidad, cuyo alcázar estaba murado y torreado; y al paso fué talando los territorios de Cartajena y Lorca, cuyos walíes se habian desentendido de sus propuestas, y de avenirse con Mohamed ben Ali ben Hud, de Murcia, á impulsos del emir de Granada. Se desvivia Mohamed por afianzarlos, favoreciendo su rebeldía, utilísima á sus intentos, continuando el empeño que traia entre manos. Se esmeraba con esto en poner su raya á buen recaudo (Soghurs), para lo cual propuso principalmente los jinetes de una ó varias tribus, que se apellidaron por aquel destino *Seghryes* ó *Zegríes*, pues en nuestro concepto, no tiene dicho nombre otro oríjen. Acudió al reparo y habilitacion de sus fortalezas, y antetodo echó los cimientos de la Alhambra entre el Darro y el Jenil, sobre una loma situada al oriente de la ciudad, apellidándola así por la voz arábiga *al-hambra*, la roja (1). Hácia el mismo tiempo mandó construir almarestanes ú hospitales para los enfermos, y hospicios para los menesterosos, ancianos y estranjeros; colejios y escuelas, baños, hornos, mataderos y escelentes alfolíes para conservar los abastos. Con tantas obras tuvo que cargar algunos impuestos temporales, pero como el pueblo estaba viendo la parcimonia de la casa del emir y que todo el caudal se invertia en gastos de utilidad pública y jeneral, no llevaba á mal estos nuevos pagos. Se atareaba al mismo tiempo con sus consejeros y sus jeques, y daba audiencia dos veces por semana á ricos y pobres. Solia visitar escuelas, colejios y hospitales, enterándose de la asistencia y desempeño de los facultativos, preguntando él mismo á los pobres y á los enfermos. No era menos esmerado en el réjimen de su propia casa. Tenia en su haren pocas mujeres, y aun les escaseaba sus visitas; pero cuidaba de que las sirvieran con puntualidad, como hijas de los principales jeques de todo el reino. Las trataba con cariño y las mantenia decorosa y pacíficamente; en lo cual, dicen sus biógrafos que echaba el resto de sus alcances. Se esmeró tambien con ahinco en corresponderse con los emires mas poderosos del Africa, enviando pliegos, por mano de sus embajadores, al emir de Tunez Abu Zakarya Yahya, bisnieto de Abu Hafs, uno de los jenerales mas esclarecidos de Abd el Mumen. Aquel Yahya, desentendiéndose de toda dependencia de los príncipes almohades, habia tomado en Tunez, el año 1226, el dictado de califa con el sobrenombre de emir El Morthadah, estendiendo su señorío hasta el Biladaldjerid y el pais de Zab. Si se da crédito al autor del Kitab almunis (libro del que está enterado de la historia de Africa y de Tunez (2)), el califato de Abu Zaka-

(1) Casiri, t. II, p. 265.

(2) Mohamed el Ahmar es el verdadero fundador del reino de Granada y tronco de la dinastía que siguió reinando desde 1239 hasta 1492.—Se ignora de que le vino el apellidarse Ahmar ó el Ahmar (el rojo ú el hijo del rojo) que le da Conde. Es probable que se orijinaria de la construccion de la famosa Al-hambra, que emprendió y adelantó en gran manera, en cuyo caso, era mas adecuado, segun la índole del idioma arábigo, abu-al-ahmar (el padre de la Alhambra). Mas parece que en tales casos era corriente en Granada el usar *Ebn* ó *Ben* por *Abu*; pues el mismo Moha med tuvo un hijo llamado Ebn Faradj (hijo del júbilo), en vez de Abu Faradj (padre del regocijo). Por otra parte cabe que El Ahmar fuese un apodo de la familia del emir. Él mismo y su hijo escusaban este nombre en las actas de oficio, lo que prueba que no les interesaba, ó tal vez les sobrevino despues, por algun moderno, con presencia de la Alhambra. Conde, en su hacinamiento mal zurcido, siempre los suele llamar con aquel sobrenombre; pero Conde adolece de la maña impropia de no espresar la temporada en que vivieron, ni tampoco el concepto que merecen los autores de quienes se vale, de modo que nos es forzoso acudir a conjeturas.

(1) En rigor, pudiera proceder Alhambra de *Al-Omrah*, *alcazaba*: *Al-Omrah*, por ejemplo el palacio ó sitio de los emires, puesto que habia en España seis ú ocho pueblos ó aldeas con el nombre de alhambras, llamadas cabalmente así del color de sus solares, ó del material de su construccion (piedra ó ladrillo rojo). Con efecto, este es el viso de las paredes de la Alhambra en Granada, construidas ó como tapiadas con argamasa y quijo ú cascajo, que el sol y el tiempo han teñido con un matiz primoroso.

(2) Libro recien adquirido por el ramo de manus-

rya Yahya quedó reconocido en España, y en cuanto á la temporada que estamos historiando, se hace muy verosímil el dicho del Tunezino. Tambien se amistó Mohamed con Yaginnur Abin ben Zean, que se habia educado en Tlemcen, y con el emir merinita que estaba reinando en Fez y estaba á la sazon planteando su dinastía, con las tribus que le merecian su confianza, sobre los escombros de los Almohades (1).

Entretanto acerca del deslinde de los antiguos reinos musulmanes de Valencia y Murcia, el uno ya conquistado por el reino de Aragon, y el otro avasallado por el de Castilla, habian llegado á desavenirse las dos coronas, cuya deshermandad podia redundar en daños temibles, y estuvo ya amagando el trance; pero Jaime y Fernando, aconsejados por los obispos y los ricos-hombres, ajustaron un convenio por el cual se comprometian á mancomunarse, en cuanto les fuese dable, en vez de perjudicarse. Además, y á fin de robustecer su hermandad, se entabló una boda entre el infante D. Alfonso, heredero de la corona de Castilla, y Yolanda, hija del rey de Aragon. Era Yolanda la primojénita de las hijas del rey de Aragon, y fué la primera reina de Castilla procedente de la casa de Aragon, y fué tambien la primera de aquel nombre (trocado por el uso en Violante), que era el mismo de su madre, hija de Andrés II, rey de Hungría, y de Yolanda, su segunda consorte, hija de Pedro de Curtenay, emperador de Constantinopla. No pasó la infanta aragonesa hasta dos años despues á Valladolid, punto señalado para los desposorios, que se celebraron en noviembre de 1246, á primeros del mes. Berenguela, aquella abuela ilustre de Alfonso, falleció con efecto el 8 de aquel mismo noviembre, y no se hace probable que se solemnizase la boda, aplazando el tiempo de su consumacion (2). Riquísimo fué el dote otorgado por Fernando y Alfonso para la novia, y no se fijaria hasta despues de la muerte de la reina madre Berenguela, pues entraron en él los mas de los pueblos de su viudedad; á saber, Valladolid, Palencia, San Estévan de Gormaz, Astudillo, Ayllon, Curiel, Bejas y otros parajes, de que despues se apoderó su hijo Sancho (1).

No por esto se estuvo holgando el Castellano en aquel intermedio, pues ya desde el principio de 1245 puso sitio á Jaen. Durante la resistencia que le hizo el walí de la plaza Abu Omar Ali ben Muza se le proporcionó el ir talando las cercanías, el apoderarse de Alcalá ben Said, el quemar y asolar á Illora, y el matar ó esclavizar muchísima morisma. Mohamed sale contra él con una hueste bisoña, le contraresta esforzadamente junto á Hisn-Bollullos á cuatro leguas de Granada; pero cejando algunos de sus soldados inespertos, se le desbarata y queda absolutamente derrotada su caballería. Revolvió Fernando sobre Jaen y estrechó mas y mas el pueblo; en términos que el emir de Granada conceptuó mas cuerdo y preferible el tener al santo rey por amigo que por contrario, acudiendo á rendirle vasallaje en sus reales junto á Jaen. El emir Ebu Elahmar, dice la crónica musulmana, hecho cargo de la resolucion de Fernando, que tenia jurado no levantar el campamento sin entrar en Jaen, tomó un partido estrañísimo, pues acudió á solas á los reales del rey de Castilla, se hizo acompañar á su tienda, le entregó su persona y estados y le besó la mano en demostracion de vasallaje. No consintió Fernando que Elahmar le sobrepujase en confianza y jenerosidad; le abrazó, lo apellidó su amigo, contentándose con recibirlo por vasallo, dejándole árbitro en gobernar sus estados como antes á su albedrío. Dispuso únicamente el rey que le tributase anualmente cierta cantidad de miskales de oro (ciento y cincuenta, segun allá un autor). Obligóse Elahmar á servirle con cierto número de jinetes, cuando se le requiriese al estilo corriente entre los grandes y ricos-hombres del reino, asistiendo á las Cortes, siempre que se convocasen para negocios de entidad. Pactó al mismo tiempo Fernando que habria guarnicion cristiana en Jaen, guardándola los jenerales como fianza del tratado. Firmáronse estos convenios en los reales delante de Jaen en el mes de schaban de 643 (enero ú febrero de 1246). Despidióse entónces Elahmar, y regresó á Granada con el walí de Jaen, Abu Omar Ali ben Muza, á quien confió el mando de su caballería (2).

Llevaba Elahmar ocho meses de estar hermo-

critos de lo Biblioteca real, y hasta ahora omitimos en el catálogo, y así no podemos apuntarlo individualmente.

(1) Llamábase á la sazon aquel emir Abu Fehr ben Abd el Hak el Meriny, etc.; véase el pequeño Kartasch, c. 64.

(2) Refiere Ramon Muntaner que se casó en Valencia con una jóven aun muy niña, y que solo diez años despues la llevó junto á sí. Véanse sus Memorias, c. 251.

(1) Crónica de Fernando III, c. 1, fol. 6. Berenguela de Leon falleció el 8 de noviembre de 1246, y conjeturamos que presenció la boda (en el último trance) de su nieto con Violante de Aragon, á quien dotó como por via de testamento.

(2) Conde, c. 5.

seando, enriqueciendo y fortificando á Granada desde aquel trance, cuando recibió pliegos de Fernando llamándole por auxiliar para la conquista de Sevilla, señoreada por los Almohades, encabezándolos Cid Abu Abdalá, hermano del emir de los fieles. Elahmar, como fino andaluz, odiaba de muerte á los Almohades, y así no tan solo envió su continjente, sino que quiso acudir personalmente, siendo el primero que se internó por el territorio sevillano, capitaneando un cuerpo de quinientos jinetes. Entablaron la tala por la parte de Carmona, abrasando mieses, cortijos y aldeas, y allá Don Pelayo Perez Correa, gran maestre de Santiago, por otro rumbo, despues de tomar el pueblo de Alcalá de Guadaira, se adelantó hasta los muros mismos de Sevilla, acaudillando sus guerreros formidables, sin dejar, dice la crónica, una hoja verde en toda la campiña, al paso que el gran maestre de Calatrava iba tambien arrollando enfurecidamente las cercanías de Jerez. El rey, situado en Alcalá, estaba en todo, acudiendo con refuerzos por donde quiera que se necesitaban. Las tropas aliadas fueron arrojando á los Almohades, ya de Lora y Reina, y luego de Constantina, Guillena y Cantillana, para en seguida agolparse todas delante de Sevilla. Hizo el rey atajar el desembocadero del Guadalquivir por una escuadra de tres naves, á las órdenes de D. Ramon Bonifaz, que era señor y alcaide de Búrgos, y vino á ser el primer almirante de Castilla (1).

Cristianos y auxiliares permanecieron por larga temporada en el sitio de Sevilla. Comunicaba el arrabal de Atrayana (Triana), situado á la orilla derecha del Guadalquivir, por el puente de barcas encadenadas, con la ciudad, y el rey determina zanjar aquella comunicacion y desabastecer así al vecindario, quemando y destruyendo el puente. Apronta para esto dos naves grandísimas y reforzadas hasta lo sumo, para que arrebatadas por el ímpetu del viento y de la corriente, volcasen con su empuje aquella mole, destrozando las cadenas y argollones de hierro que la afianzaban (20 de mayo de 1248).

Logróse el intento y quedó la ciudad absolutamente separada de Triana, mas á pesar de tamaño quebranto, seguia seis meses despues el sitio. Descolló en aquel plazo Pelayo Pedro Correa con sus valerosos caballeros, y en una ocasion rechazó á todo un cuerpo de auxiliares empeñados en internarse en la plaza; y sucedió el dia de la fiesta de nuestra Señora de agosto. Encarnizóse la refriega. Pelean los Cristianos voceando *Santa María, alarga tu dia.* Dilatado es el dia con efecto, y proporciona á Correa el arrollar con sumo quebranto al enemigo. Luego, en el mismo sitio donde quedó vencedor, hizo construir un templo que subsiste todavía con la propia advocacion de Santa María, deten tu dia, que fué la voz con que los relijiosísimos guerreros de Santiago invocaron á la Vírjen en el mismo trance de la pelea.

Sobreviene el invierno, y los Cristianos mas y mas aferrados en su empresa, estrechan la plaza hasta lo sumo. El vecindario, dice la crónica musulmana, acosado con tan largo sitio y desahuciado de todo auxilio, trató de avenírse á la necesidad, y envió mensajeros al rey cristiano para ajustar con él los pactos de su rendicion. Se convino en que cuantos moradores quisiesen permanecer en Sevilla serian árbitros de vivir á su modo, y segun sus leyes y costumbres, pagando únicamente al rey de Castilla el idéntico tributo que estaban pagando al emir de Marruecos, y que cuantos al contrario prefiriesen el ausentarse quedarian árbitros de sus haberes, con el plazo suficiente de un mes para salir de la ciudad y de sus dependencias, aprontando acémilas para los que se marchasen por tierra, y bajeles para los que quisiesen ir por mar, de cuenta de los Cristianos. Brindó el rey al walí Abu el Hasan, que estaba mandando en Sevilla, con su permanencia en la ciudad ó en cualquiera otro punto de sus estados, costeándole la subsistencia; mas el veterano se desentendió de la oferta, y se embarcó para el Africa al entregar á Fernando las llaves de la ciudad, el 12 de schaban de 646 (19 de noviembre de 1248). Se aposentó Fernando en el alcázar, y sus jenerales se fueron posesionando de las puertas fortificadas. En medio de aquellas condiciones tan favorables al vecindario, fueron poquísimos los Musulmanes que quisieron permanecer en Sevilla, dejando á los Cristianos sus casas y haciendas, y llevándose tan solo el oro y las alhajas mas apreciables. Muchos aceptaron el amparo de Elahmar y fueron á avecindarse por el territorio de Granada, ó en la misma capital; algunos emigraron hácia Jerez y los Algarbes, y algunos pocos pasaron á Ceuta con los Almohades. Así feneció el reinado de aquellos príncipes en Sevilla, y los Musulmanes perdieron aquella hermosa ciudad, dice la crónica arábiga; cuajáronse torres y mezquitas de cruces y de ídolos, quedando profanados los sepulcros de los fieles mahometanos. Elahmar se despidió del rey Ferdoland, quien se atareó en el réparto de haciendas y casas de los Musulmanes. Contristóse mas que se complació Elahmar con tantísimas ventajas de los Cristianos, pues se hacia muy bien cargo de que su engrandeci-

(1) Véase nuestra Memoria sobre el dictado y las funciones de los almirantes de la edad media.

miento y sus prosperidades no podian menos de redundar al fin en la perdicion del mahometismo. Consolábase sin embargo con la esperanza de que toda aquella grandiosidad y poderío, en pasando á otras manos, se desplomaria y se estrellaria por su propio peso (1).

Yació Sevilla por espacio de quinientos cincuenta y tres años avasallada á las leyes del Alcoran. Llevaba ciento y cinco años de sujecion especial á los Almohades, y hacia ciento y siete que Yusuf ben Taschfyn habia arrojado á su postrer emir independiente. Contenia á la sazon en su seno mas de veinte y cuatro alcurnias arábigas, divididas en otras tantas tribus.

Apesadumbrados y despavoridos los fieles andaluces con el malogro de Sevilla, cundió de jente en jente la voz de aquel fracaso por todo el pais musulman del Oriente y el Ocaso. Abu Bekka Saleh, hijo del jerife El Rondy (de la ciudad de Ronda), la lloró en verso. Entre los muchos que decantaron aquella novedad tan desastrada, dice El Makkari, nadie prorumpió en sentimientos mas grandiosos y entrañables que Saleh de Ronda (2), pues dice:

«Cuanto llegó á la cumbre adolece luego de menoscabo. ¡Ay hombre! no te dejes descaminar con el embeleso de la vida.

«Todo lo humano está padeciendo vaivenes incesantes, pues si la suerte le halaga una temporada, luego le sobrevendrá otra de amargura y desconsuelo.

«Nada permanece incontrastable en esta morada terrestre; ¿cabe pues que el hombre disfrute invariablemente la propia suerte?

«Decreta el cielo y se estrellan esas corazas que rechazaron intactos alfanjes y lanzas.

«¿No centellea allá el acero desenvainado? pues aunque lo blandiese Dzu Yazan y el fuerte de Gondam le sirviese de resguardo, sabria la suerte estrellarlo en trozos.

«¿Dónde están los monarcas poderosos del Yémen? ¿dónde están sus coronas y diademas?

«¿Qué fué del señorío ostentoso de Schedad en Irem? ¿En qué paró aquel poderío de la alcurnia de Sasan por la Persia?

«¿A dónde volaron las riquezas atesoradas por el altanero Carun? ¿en qué pararon Ad, Schedad y Cathan?

«Un raudal incontrastable de quebrantos se disparó contra ellos; fenecieron, y sus pueblos yacieron en la misma catástrofe.

«Con reinos y soberanos sucedió lo idéntico que con las sombras voladoras del fantástico sueño.

«Volcó la suerte á Darío, asestó luego sus tiros á Cosroes, y ni siquiera halló luego albergue en su propio alcázar.

«Allá lo arrolla todo la fortuna, y anonadó el reinado de todo un Salomon.

«Varia la malvada infinitamente sus embates, y encierra en su hondo seno agasajos y quebrantos.

«Hay por cierto contratiempos llevaderos, y cabe consuelo en ellos; mas no hay asomo de alivio para el fracaso que ahora mismo acaba de asolar el ámbito de la media luna.

«Recio, horrendo, irremediable quebranto está aquejando la España; allá retumba hasta la Arabia, y los cerros de Ohod y el monte Thalan se muestran estremecidos.

«Traspasó á la España toda el conflicto del Islamismo, y sus ciudades y provincias yacen ahora yermas.

«Pregunta en Valencia ¿qué fué de Murcia? ¿dónde se halla ya Játiva? ¿dónde Jaen?

«¿Dónde se halla Córdoba, mansion de los injenios? ¿dónde están aquellos sabios que moraron en su regazo?

«¿Dónde asoma Sevilla, con cuantas galas campeaban por sus éjidos? ¿y aquel grandioso rio que arrolla unas aguas tan cristalinas, abundantes y deleitosas?

«Ciudades ostentosas, vuestros solares son las columnas de las provincias. ¡Ay de mí! ¿A ver cómo se han de sostener las provincias, si sus columnas yacen por el suelo?

«Como un amante está llorando la ausencia de su dulce dueño, así llora inconsolable el Islamismo.

«Avasallan incrédulos sus comarcas desamparadas y dolientes.

«Trasformáronse nuestras mezquitas en iglesias, sin que aparezcan ya mas que cruces y campanas.

«Nuestros púlpitos y santuarios, aunque de madera yerta y durísima, prorumpen mas y mas en lloros y jemidos, al presenciar tantísima desventura.

«Tú, que yaces ahí apoltronado, mientras la suerte está ahi vertiendo consejos, si te adormeces, ten desde ahora entendido que la fortuna está siempre despierta.

«Te paseas por ahí complacido y ajeno de toda zozobra, con el embeleso de tu ameníisima patria; pero ¿nos cabe ya por ventura patria, tras el malogro de Sevilla?

(1) Ebn el Abar, manusc. de la Bibliot. Escurial.

(2) He sacado este magnífico poema elejíaco de la Historia de España de Ahmed el Makkari, manuscrito aráb. de la Bibliot. Real de Paris, al n.° 705, y del cual nos participa Conde en su prólogo que se esmeró en ajenciar una copia. Es patente la trascendencia histórica de tan lindo poema.

«Este postrer fracaso arrinconó en el olvido los anteriores, pero ni el mas dilatado plazo no ha de aventar su memoria.

«Jinetes que estais cabalgando alazanes voladores como águilas en medio de la refriega que se enfurece con centellantes aceros;

«Guerreros que estais blandiendo alfanjes venidos de la India, que reverberan en medio de la densa polvareda con vivísimas llamaradas;

«Y vosotros, que allende el piélago estais disfrutando dias bonancibles y halagüeños, y que en vuestros alcázares ostentais boato y poderío;

«¿Nadie os habrá noticiado las novedades de España? pues volaron mensajeros de parte de los malaventurados habitantes con desastrados anuncios;

«Implorando están dia y noche vuestro auxilio, y entretanto yacen ó difuntos ó cautivos; ¡ay de mí! no asoma un viviente que acuda á su defensa.

«¿A qué son esas desavenencias entre Musulmanes? ¿y por ventura cuantos adorais al sumo Dios no sois todos hermanos?

«¿No descollarán entre vosotros almas arrogantes, jenerosas y denodadas? ¿No asomarán guerreros para socorrer y desagraviar la relijion?

«Afrenta torpe está afeando á los moradores de España; los mismos que no ha nada se erguian á fuer de soberanos en sus viviendas, ahora yacen esclavos de unos incrédulos.

«¡Ay si vieras sus rostros llorosos en el trance de venderlos! tamaña desdicha te traspasara de quebranto, y se te ofuscara el entendimiento.

«¡Si los vieras errantes, despavoridos, sin arrimo ni asistencia, y ceñidos de ropas que están pregonando su esclavitud!

«¡Ay Dios! ¿con que median cumbres entre la madre y sus hijos? ¿con que las almas andan vagando separadas de sus cuerpos?

«¡Y tantas niñas, hermosas como soles, y cuya aurora va derramando rubíes y corales! ¡Oh amargura! los bárbaros se las llevan para emplearlas en rastreros menesteres; ¡ay, que sus ojos brotan lágrimas, y sus pechos están cuajados de amargura!

«Al presenciar tanto desastre, ¿cómo nuestros corazones no se desangran, si queda todavía en ellos algun asomo de fe y de islamismo?»

Estos eran los lamentos hidalgos de Abu Bekka el Rondy, mas todos desoyeron la llamarada guerrera del poeta, y el sistema pacífico por precision del sultan de Granada podia tan solo atajar la dispersion de las fuerzas musulmanas que los Cristianos iban mas y mas estrellando en su presencia. Esmerábase, dicen los escritores árabes, en fomentar la industria y la agricultura, franqueando ventajas y exenciones á cuantos labradores sobresalian en el cultivo; alentaba á los chalanes, á los armeros y tejedores; protejia particularmente el ramo de la seda, que vino á perfeccionarse en Granada hasta el punto de sobrepujar á la de Siria: se beneficiaron minas de oro, plata y estaño. El empuje duplicado de la conquista aragonesa y castellana iba arrollando á los vencidos sobre Granada, y aumentaba mas y mas el vecindario del reino. Habíale enviado Játiva sus habitantes fujitivos de las armas de Jaime de Aragon (1). Desde 641 (1248), poco antes de la conquista de Sevilla, los Musulmanes valencianos, segun El Kodhay, no pudiendo ya sobrellevar los impuestos y tropelías de los Cristianos, acosados de tanto avasallamiento y servidumbre, se fueron retirando, así de Valencia como de otros pueblos y cortijadas, con especialidad los que no eran muy pudientes, al cebo de la nombradía del acertado gobierno y seguro resguardo que estaban disfrutando los venturosos Granadinos, acudiendo en crecido número al territorio de Ebn Elahmar, quien dispuso que se les acojiese con esmero, y que se les tratase como lo requerian sus desventuras, eximiéndolos de pechas por algunos años, y esmerándose

(1) Mientras los Cristianos se empeñaban mas y mas en la guerra, dice un autor contemporáneo, El Abar el Kkoday de Valencia, los que mandaba el conde de Barschaluna pusieron sitio á la ciudad de Schatibatis, embistiéndola y acosándola con toda especie de máquinas é inventos, hasta estrecharla tan desaforadamente que su walí Yahya Husein entabló su rendicion bajo condiciones tolerables; mas no dejaban de ser afrentosas, sin que cupiese mas que perdicion y muerte con los tratados fraudulentos y alevosos de El Barschaluny (El Khodai prorumpe en desacatos, al revés de los autores catalanes, con el rey D. Jaime). Prometió dejarlos en sus respectivos albergues, dueños de sus haciendas, con el uso espedito de su relijion; entró en Játiva á fines del mes de safar de 644 (el 15 de julio de 1246), y á poco tiempo arrojó del pueblo y sus cercanías á miles de Musulmanes, que se fueron desparramando acá y acullá menesterosos y hambrientos. Quien escribe estos renglones llegó á ver al walí Yahya y á su rais Abu Bekr en tan suma desventura, que vivian á costa de sus amigos, vagando por el pais de casa en casa. A principios del año 645, añade el Khodai, falleció en Lorca el walí de aquella ciudad, Mohamed ben Aly Abu Abdalá, varon pundonoroso y entendido, que proporcionó al vecindario de Lorca mil ventajas, como azequias de riego, casas de refujio para necesitados y estranjeros, que descolló en todas las guerras de Murcia con su ardimiento y desempeño, y favoreció la entrada de Djomail en el pais engañando á los Cristianos.

mas y mas en aliviarlos, y en granjearse ciudadanos útiles y adecuados para proporcionar con el tiempo aumentos de riqueza y poderío al estado (1).

Esta era la situacion del reino de Granada recienplanteado y de sus relaciones con los cristianos, al fallecer San Fernando en Sevilla, el viérnes 31 de mayo de 1252, tras el dia de la funcion del Corpus, de resultas de una hidropesía que lo estuvo aquejando los dos últimos años de su vida (2). Era de cincuenta y cuatro años, y su fin fué el de un verdadero penitente, pues recibió el viático arrodillado sobre el suelo raso, con una cuerda al cuello, como un reo consumado. San Fernando, nacido en 1199, habia reinado en Castilla treinta y cinco años menos seis dias, contando desde el 6 de junio de 1117, dia del fallecimiento de su tio D. Henrique, rey de Castilla, á quien habia sucedido por su madre Dª. Berenguela; y en Leon veinte y un años, ocho meses y siete dias, desde el 14 de setiembre de 1230, en que murió su padre Alfonso IX, último rey de Leon. Enterróse en la catedral de Sevilla, y desde entónces fué reputado por bienaventurado en el pueblo que presenció sus virtudes cristianas; aunque la Iglesia no lo colocó entre sus santos hasta el año de 1671, en que lo canonizó el papa Clemente X. Hubo en su primera mujer, Beatriz de Suabia, como ya se dijo, á D. Alfonso el Sabio, quien le sucedió, y despues á otros seis hijos, llamados Federico, Fernando, Henrique, Felipe, Sancho y Manuel; y luego tres hijas, Leonor, Berenguela y María. En la segunda consorte, Juana de Ponthieu, tuvo á D. Fernando Alonso, D. Juan, D. Luis y Dª. Leonor. Murieron muchos de sus hijos, de niños. Felipe, Sancho y Fernando Alónso se ordenaron; pero verémos al primero orillar mas adelante los beneficios que le habian presentado, para desposarse con Cristina de Noruega, en 1258 (1).

Fué proclamado Alfonso y recibió el juramento de fidelidad, como rey de Castilla y de Leon, el dia despues del fallecimiento del padre, el 1º. de junio de 1252. Al saber Ebn el Ahmar aquella novedad, envió embajadores a Alfonso para darle el pésame y pedirle la alianza entre Granada y Castilla bajo las mismas condiciones que antes (2). Aceptó y agradeció el nuevo rey aquel paso, y dicen los Arabes que era de suyo aquel rey jeneroso, sabio y rebosando de bondad y señorío en todas sus jestiones. A los dos años escribió Alfonso al emir de Granada que estaba en ánimo de invadir el pais de Jerez, y deseaba que le enviase un cuerpo de jinetes, ó acudiese en persona á la ideada espedicion. Ya que Ebn Elahmar le auxiliase voluntaria ó violentamente, como insinúan sus concreyentes, siempre resulta que se incorporó con el Castellano y sitiaron juntos la ciudad de Jerez de la Frontera. En vano se esmeraron en defenderla los Almohades, pues el vecindario, para evitar la tala de sus verjeles, viñedos y plantíos, precisó al gobernador Ebn Obeid á capitular, y obtuvo de Alfonso los pactos corrientes en aquella temporada; á saber, que cuantos habitantes gustasen eran árbitros de salir libremente del pueblo con todos sus haberes, oro, plata y ropas, y que cuantos quisiesen permanecer estarian á buen recaudo, sin desposeerlos de sus casas ni haciendas, tratándolos al contrario como á los demás súbditos del rey, franqueando además su salvo conducto á los jeques almohades y á sus familias. El tratado, estendido y firmado en ambos idiomas, segun costumbre, se entregó la ciudad en 652 (1254).

Alfonso, continúan los Arabes, aposentó en el alcázar un jeneral valerosísimo, llamado Gomis (García Gomez), que era uno de sus mas esclarecidos palaciegos; marchó luego contra los pueblos Arcos, Sidonia y Nebrija, en cuyos sitios dejó á su hermano Anrik (3) y se volvió á Sevilla, como tambien Elahmar á Granada. Precisó Henrique las tres plazas á rendirse, pero luego el mismo príncipe, dicen los mismos Arabes, se desavino con su hermano, y hay quien opina

(1) Ebn el Abar, lugar citado.

(2) Traen puntualísimamente los autores arábigos la fecha del fallecimiento de san Fernando. Mientras Ebn El Ahmar estaba disfrutando la paz que le cabia con los Cristianos, favoreciendo la agricultura y las artes y derramando felicidad por sus estados, el rey Ferdenand de Castilla, aquel conquistador de Córdoba y de Sevilla, cumplia el decreto incontrastable del Dios Altísimo, en la noche del dia de djuma 11 de rabi-el-awal de 650 (viérnes, 31 de mayo de 1252).— Falleció en Melun aquel mismo año (el 1 de diciembre) á los sesenta y cinco años de edad, la esclarecida tia de san Fernando, Blanca de Castilla, aquella española varonil que manejó el reino de su hijo san Luis con tanto brio y entereza, durante el desventurado cautiverio que estuvo este padeciendo largamente en Ejipto.

(1) Véase mas adelante. Los Arabes en Conde, la misma parte, c. 6. La crónica de Alfonso, etc.

(2) Véanse las citas de la nota anterior.

(3) Henrique de Castilla, hijo cuarto de Fernando, á quien verémos luego, tras una mansion harto dilatada entre los Musulmanes africanos, pasar á Italia y hacer un papel aventajado en la contienda de la casa de Suabia con Cárlos de Anjú, de quien vino á ser prisionero en Tagliacozzo.

que fué por una competencia amorosa, pues teniendo que dejar la corte de Alfonso, envió un mensaje á Ebn Elahmar, con quien se habia entrañado en amistad, suplicándole que lo hospedase en Granada; pero el emir, para evitar toda indisposicion con Alfonso, le movió, por la mediacion de un jeneral muy allegado á su persona, á pasar al Africa, recomendándolo eficacísimamente á su amigo el emir de Túnez, encargándole que le tratase como si fuese él mismo. Hízolo el príncipe Henrique, y lo agasajaron en Túnez estremadamente, hospedándolo en casa del emir, como su valor y su nobleza lo requerian (1).

Una de las jestiones mas estrañas del reinado de Alfonso y que corresponde á esta temporada, fué, segun dicen, la de negociar, despues de seis años de matrimonio con Violante de Aragon, un nuevo enlace con una princesa lejana, para resguardarse con el arrimo de un soberano en el norte de Europa. Carecia á la verdad de sucesion con Violante, mas era tan solo de diez y ocho años, y el repudiarla era un arrebato intempestivo mediando aquella mocedad. Como quiera, envió Alfonso embajadores á Noruega para pedir al rey Akin (2) la mano de su hija Cristina. Concedida la solicitud, salió la novia para España al cargo del obispo Hamezense. Llegó á Burgos en 1254, y su venida puso al rey en gran conflicto. Violante, á quien el rey queria repudiar, principalmente por causa de esterilidad, apareció embarazada en aquel intermedio, y estaba ya el rey arrepentido de su intento. Mas no cabia el sonrojar á Cristina, traida de tantísima lejanía. La casó entónces con su hermano Felipe, quien, aunque nombrado arzobispo de Sevilla, no estaba todavía ordenado en términos irrevocables, y á poco tiempo se verificó el desposorio. Mas falleció en breve Cristina, y si creemos á ciertos autores, fué por el desconsuelo de haber quedado en infanta, despues de haber consentido en ser reina (3).

Entretanto, por la parte del Pirineo, Teobaldo, conde de Champaña, y primero de este nombre como rey de Navarra, Teobaldo, el Trovador (1), habia fallecido en 8 de julio de 1253, dejando de su primera mujer Margarita, hija del conde de Dampierre, Teobaldo II, quien le sucedió, un hijo llamado Henrique, y una infanta con el nombre de Leonor. Tuvo de su segunda mujer, Inés de Bayeux, una hija llamada Blanca, casada luego con el duque de Bretaña, Juan el Rojo. Menos de quince años tenia el nuevo rey al fallecimiento de su padre, y su madre y los principales del reino estaban con zozobra por parte de los reyes de Castilla y de Aragon, con motivo de las pretensiones antiguas que traían sobre la Navarra; mas no ocurrió novedad sobre este punto. Se zanjó todo por parte de Castilla con enviados que se juntaron mutuamente en Tudela, y se hermanaron por entónces los intereses con Aragon, pidiendo al rey una de sus hijas para consorte del rey de Navarra, propuesta sin embargo que nunca llegó á efectuarse (2).

Poseian los reyes de Inglaterra á la sazon, como es muy sabido, la Guiana, hacia como un siglo, desde el ascenso al trono de Henrique II el Plantajeneta, á quien Leonor habia llevado en su casamiento la Aquitania toda desde Nán-

(1) El emir que á la sazon estaba reinando en Túnez era de la dinastía de los Benu-Abu-Haffs ó Hafsitas, y se llamaba Abu Abdalá Mohamed el Mostansir Billah; y contra él se verificó la espedicion de san Luis sobre Túnez.

(2) Aquino, tirano que reinó treinta años en Noruega desde 1232 hasta 1263.

(3) Si bien la crónica tan sabida bajo el nombre de Alfonso trae este hecho (c. 2 y 3), se hace sin embargo dudoso que Alfonso entablase efectivamente aquel desposorio para sí mismo, quedando mas probable que pidiese á Cristina para alguno de sus hermanos; y este es el tema que toma con empeño el marqués de Mondejar en sus Memorias sobre Alfonso el Sabio, publicadas por D. Francisco Cerdá en 1777; esmerándose en comprobar (p. 584) que desde el año 1253, la reina Violante, á los diez y seis años, dió á luz su hija Berenguela, que la venida de Cristina fué posterior (a. 1257), habiéndola pedido espresamente para D. Felipe ó para otro de los hermanos á quienes la princesa gustase de escojer, tan solo con la mira de amistarse allá con el rey Aquino, y comprometerlo para cooperar con Alfonso para su logro anhelado del imperio de Alemania, como lo consiguió en 1257, segun se verá mas adelante; y Felipe no se desentendió del estado eclesiástico, y por consiguiente del arzobispado de Sevilla, hasta dicho año de 1257; como que los anales de Sevilla no mencionan aquella vacante de la mitra hasta el año siguiente de 1258.—Dotó el rey con aquel motivo á su hermano con el señorío de Valdecorneja, Piedrahita, el Barco, etc., que despues han pertenecido siempre á la familia de los duques de Alba. Véase con particularidad el Elojio, premiado por la Academia Española de D. Alonso el Sabio, por don José Vargas Ponce.

(1) Tenia pintados sus versos á Blanca de Castilla en las paredes de su palacio de Provins, entre realces de rosas, traidas de Jericó; y así tienen aquellas rosas un orijen harto poético.

(2) Véase Zurita, con los demás analistas de Aragon, sobre aquel año.

tes al Pirineo (1153). Se estrecharon luego las relaciones de aquellos reyes con la España, por medio del enlace entre Eduardo, hijo de Henrique III, rey de Inglaterra, y que vino á reinar despues, y Leonor, infanta de Castilla, hija de San Fernando y de Juana de Ponthieu.

Acudió Eduardo á Búrgos, donde se celebró el desposorio, y el rey de Castilla dió por dote á su hermana la Gascuña, con todos sus derechos á ella, cuando la estaban ya poseyendo los Ingleses, y los condados de Ponthieu y de Montreuil, heredados por su madre, como consta plenamente por una acta del 1º. de noviembre de 1254, posterior á la celebracion de la boda, donde se espresa que el rey habia armado caballero á su cuñado Eduardo; y las funciones que se hicieron en aquel desposorio fueron muy decantadas, pues suenan en actas y privilejios, concedidos por Alfonso durante aquel año y el siguiente (1).

El tratado de Corbeil zanjó poco despues las desavenencias que mediaban entre San Luis y D. Jaime de Aragon, cediendo á este San Luis todos sus derechos y pretensiones á los condados de Barcelona, de Urjel, de Besalú, del Rosellon, Ampudias, Cerdania, Conflans y Vic. Se desentendió Jaime con San Luis de sus derechos sobre Carcasona, Rodés, Luzac, Beziers, Albi, Narbona, Nimes, Tolosa, San Jilles y otros parajes que habia poseido con sus territorios Raymundo Berenguer, último conde de Tolosa. Se apalabró en las mismas conferencias Felipe, hijo segundo de San Luis, quien despues vino á reinar bajo el nombre de Felipe el Atrevido, con Leonor, hija de Jaime y de Violante de Hungría, ajuste que se verificó en Corbeil, donde se hallaba San Luis, y habian acudido los embajadores aragoneses el 11 de mayo de 1257. No se realizó aquel desposorio, pero Felipe se casó cinco años despues, como vamos luego á decirlo, con otra hija de Jaime de Aragon, llamada Isabel, enlace que vino á ser como la consagracion del tratado de Corbeil (1).

Con esto se está viendo cómo la España se va desarrinconando y desde luego terciando en la política jeneral de Europa. Desde 1250, Teobaldo II de Navarra se habia enlazado con Isabel de Francia, hija de San Luis, y así los tres reinos cristianos y principales de la Península se habian hermanado con estrechos entronques á la Francia en particular. La nombradía de Alfonso lo encumbró todavía á timbres mas esclarecidos, en 1257. Discordaron los electores del imperio, pues nombraron los unos, en Francfort, á Ricardo de Cornualis, hermano del rey de Inglaterra, y los otros, en Tréveris, á Alfonso de Castilla. Mas los afanes de este y su índole cauta y pausada, en no estrechándole algun asunto ejecutivo, le retrajeron de acudir á la toma de posesion de aquella dignidad suma. Ricardo, mas dilijente, pasó á Aquisgran y se hizo coronar, mas no por esto dejó Alfonso de conceptuarse el único emperador lejítimo de los Romanos, insistiendo siempre en el uso de aquel dictado, hasta 1271, en que lo renunció formalmente de resultas de una intervencion terminante, como verémos, despues de la eleccion de Rudolfo de Ausburgo (2).

El dictado de emperador que tanto estaba embelesando la flaqueza engreida de Alfonso no le hacia desatender un punto los negocios de su reino. Habian mediado tres años desde la conquista de Jerez, cuando llamó de nuevo á Elahmar para auxiliar en la guerra de los Algarbes, de donde estaba ansiando lanzar á los Almohades, enemigos de entrambos. Espidió el emir de Granada sus órdenes terminantes á las tribus de Málaga, que eran de los Beny Escaliolas, juntó sus jinetes, é incorporado con ellos, acudió á la presencia de Alfonso; sitiaron la ciudad de Niebla y fueron recorriendo el pais de Schal-

(1) Léese en una acta de Alfonso, confirmando los privilejios de San Vicente de Monforte: — E yo el sobredicho rey D. Alfonso, reinante en uno con la reina doña Yolanta, mi mujer, é con mis fijas la infanta doña Berenguela é la infanta doña Beatriz en Castilla, en Toledo, etc., otorgo este privilejio, é confirmolo, é mando que vala así como valió en tiempo del rey D. Alfonso mi avuelo, é del rey D. Fernando mio padre... Fecha la carta en Búrgos por mandado del rey, XXIX dias andados del mes de octubre, era de MCCXCIII años, en el año que D. Odoarte, fijo primero heredero del rey D. Henrique de Anglaterra, recibió la caballería en Búrgos del rey D. Alfonso el sobredicho. — Resulta de esta acta que en el 29 de octubre de 1255, no habia mediado un año cabal desde el casamiento de Eduardo y de Leonor de Castilla. En el acta dotal del 1.º de noviembre del año anterior, asoman sin embargo ya casados; con que se hace probable que se verificó el enlace en uno de los dos dias entre el 29 de octubre y el 1.º de noviembre; esto es, el 30 ó 31 de octubre de 1254.

(1) Véase Guillermo de Nanjis sobre aquel año.

(2) Llámase aquella temporada el Interregno, por cuanto Ricárdo, aunque coronado ya en Aquisgran, no pudo suministrar el desembolso preciso para el decoro de su encumbramiento, y tuvo que regresar á Inglaterra en 1258 ú 59, donde permaneció hasta su fallecimiento, sucedido en 1271, pues Alfonso á nada se movió, ni preparó siquiera algunas disposiciones para ejercitar sus derechos positivos al imperio.

tis, cuyo walí era Ebn Mohamed, jeneral de los Almohades. Fuertísima era la plaza, con sus muros altos y torreados, de piedra de sillería, guarnecido todo de guerreros que andaban haciendo salidas y teniendo dia y noche en sobresalto á los sitiadores, rechazando sus avances y disparándoles con sus máquinas dardos á lios, cual tiros de trueno con fuego (1). Hasta nueve meses duró el sitio, y al fin el vecindario, exhausto de abastos y desahuciado de todo socorro, recabó de Ebn Obeid que negociase una capitulacion con Alfonso. Pasó el walí personalmente á conferenciar con el rey, quien se mostró tan jeneroso que se avino á cuanto le propuso. Quedó comprendida en la capitulacion la entrega de todo el Algarbe, y Alfonso concedió al walí Ebn Obeid crecido señorío, *la Algaba* de Sevilla, la huerta del rey cercada de torres, y además el diezmo del aceite del Aljarafe, que producia un rédito de entidad. A este precio se posesionaron los Cristianos de Niebla, Huelva, Schaloyan, Serpa, Mora, Ataucin, Tabira, Faro, Saule, Inibos, y de casi todo el Algarbe, en el año de 655 (1257) (2).

Anduvo Elahmar por este tiempo recorriendo sus haciendas, visitando todos sus cortijos y fortificando sus plazas fronterizas, hecho cargo de cuan arduo se le haria el seguir siempre bienquisto con los Cristianos, por cuanto, dice un autor arábigo en este paso, nunca el acíbar y el ajenjo se desprenden de su amargura, ni cabe el que la zarza produzca uvas (3). Detúvose algun tiempo en los pueblos de Guadix, Málaga, Tarifa y Aljeciras, y tambien habilitó las murallas de Jebaltarek. En aquella mansion le fueron llegando caballeros musulmanes de Jerez, de Arcos, de Sidonia, y aun de Murcia, quienes se comprometieron en juntarse con él, si les auxiliaba para sacudir el yugo pesadísimo de servidumbre que les tenian impuesto los Cristianos. Prometióles el emir contestarles prontamente, y se volvió á Granada con los walíes Ebn el Hak y Abu Bekr, wazir de Murcia. Juntó luego su consejo y consultó sobre este negocio con sus wazires y consejeros; los mas fueron de dictámen que se debia acudir al socorro de los hermanos y hollar la paz con Alfonso, cuyo engrandecimiento se hacia muy temible, y que para semejante guerra todos los fieles se agolparian bajo sus pendones. Encarece Ebn Elahmar hasta las nubes aquel afan, pero les manifiesta cuan arduo y arriesgado era el romper desembozadamente la guerra contra el rey Alfonso, añadiendo que era muy del caso el abrigar á los Murcianos, pero encubiertamente, pues la vecindad proporcionaba medios para practicarlo, y que al mismo tiempo los de Jerez y del Algarbe se sublevasen á las claras; que teniendo el rey Alfonso que acudir con tropas y con esmeros á varios puntos divididamente, cabia que le enviase á pedir el auxilio consabido, y desentendiéndose con pretestos obvios, quedaba rota la alianza por su parte; que entónces los Granadinos se internarian por su territorio, y con su llamada contra los Cristianos, auxiliarian á sus compatricios. Quedó aprobado aquel dictámen, y se cartearon con los de Jerez, Algarbe y Murcia para que todos se aunasen y en un mismo dia tomasen las armas, asesinando en sus pueblos respectivos á cuantos Cristianos los estaban ocupando. Los cabecillas de aquella revolucion, para estimular á los vecindarios, les dieron á entender que el emir de Granada los estaba ya abrigando y defendiendo, y aun entrando ya por el territorio cristiano para acosarlos con sangrienta guerra.

Arrójanse á ciegas los vecindarios, empuñan las armas, prorumpen á cual mas en alaridos de guerra, aclamando á Mohamed Ebn el Ahmar, y se abalanzan á los Cristianos. Sublévanse en un mismo dia Murcia, Lorca, Mula, Jerez, Arcos, Nebrija, con otros pueblos; arrojan de las fortalezas, ó matan á cuantos Cristianos las están ocupando, y sobresale Jerez en la matanza; defiende el conde D. García Gomez el alcázar á todo trance, pues yacen ya muertos sus soldados todos, y él sigue, cuajado de sangre y de heridas, peleando mas y mas como un leon; pero lo abruma el jentío desaforado, hasta que cae y espira desangrado absolutamente. Sobrevienen estos ímpetus en 559 (1261), y van cundiendo por todo el pais; y así fueron muchas las poblaciones que con el recobro de su libertad se fueron vengando de los Cristianos que las tenian tiranizadas; y acudiendo tropas de Granada á Murcia, se afianzó allí la libertad.

Envia Alfonso acá y acullá sus caudillos, y escribe al emir de Granada que acuda con sus

(1) Por estos tiros de fuego hay quien está ya viendo el uso de la pólvora, pero Conde, bajo cuyo testimonio estamos escribiendo esto, suele traducir voluntaria y arbitrariamente, y se requeriria tener á la vista el orijinal arábigo para conceptuar si estos *tiros de trueno con fuego* que tanto se decantan, son ó no algunos de aquellos realces sobrepuestos de que por desgracia suele adolecer.

(2) Cabe el conjeturar que Ebn Obeid, que sucesivamente habia defendido á Jerez y á Niebla, llave de los Algarbes, se dejó cohechar con los ofrecimientos del rey de Castilla, y vendió los intereses de los Almohades, en cuyo nombre estaba gobernando á Niebla.

(3) Véase Conde en el lugar citado.

fuerzas sobre el punto de Murcia; pero Ebn el Ahmar se desentiende con escusas de relijion y de estado, añadiendo que, en cumplimiento de las obligaciones contraidas con sus pueblos, tendria que terciar en aquella guerra. Desabrido Alfonso con aquella contestacion, encarga al punto á sus tropas fronterizas que traten como enemigos á los súbditos del emir de Granada, y así quedan ya entabladas las hostilidades. Sale Ebn el Ahmar de Granada, corre, vuela y va talando las campiñas de Alcalá de Aben Zayda; acude Alfonso á su defensa, y se tropiezan allí las huestes; trábase sangrienta refriega, y los jinetes zenetas que acompañan al Granadino le proporcionan el timbre de quedar con el campo de batalla por su parte, verificándose el trance en el año de 660 (1262). Siguen luego escaramuzando diariamente con alternativas de logros y azares, sin victoria de cuenta por ninguna de las dos partes. Ebn el Ahmar, en aquellas guerras donde la valentía personal descollaba esclarecidamente, galardona hasta lo sumo a ciertos jinetes, ya Zenetas ó ya Zegríes, ó fronterizos (1); con lo cual desazona á tres aventajados walíes de los Beny Escaliolas, Abu Mohamed Abdalá, gobernador de Málaga, Abu Hasan, walí de Guadix, y Abu Ishak, walí de Comares, como tambien á otros que eran sus parciales; y luego al encargarles que acudiesen á Murcia, embestida por los Cristianos, se desentendieron de terciar en aquella campaña, alegando que tenian harto afan con el desempeño de sus mandos respectivos.

Ebn el Ahmar, antes de salir á campaña, hecho cargo de la incertidumbre de todo lo humano, por si la muerte le atajaba la carrera, para plantear desde luego una autoridad cabal en su defecto, quiso declarar á su primojénito por sucesor al trono y asociado en el gobierno. Lo hizo pues reconocer y proclamar, añadiendo su nombre en la Khotbá pública de todas las mezquitas catedrales de sus estados; reconocimiento que se verificó al principio de 662 (noviembre ó diciembre de 1263); y los walíes sobredichos de Málaga, de Guadix y de Comares fueron los únicos que se desentendieron de acudir al ceremonial.

Los tres walíes mancomunados, dice la crónica musulmana, enviaron juntos su mensaje al rey Alfonso para declarársele vasallos suyos, rindiéndose á su albedrío y amparo, y brindándose á marchar contra el emir de Granada, y no hacer jamás paz ni tregua con él sin su anuencia, con tal que el rey D. Alfonso se comprometiese por su parte á resguardarlos y auxiliarlos contra él mismo. Gozosísimo Alfonso de encontrarse á su propartida con aquella embajada, les ofreció auxilio y resguardo en todo, y les propuso el salir desde luego á guerrear contra Granada, como lo prevenia á sus tropas fronterizas, para que los tratasen como aliados y compañeros en cuanto pudiese ocurrir. Cumpliéronlo así los walíes, pues lo estaban anhelando, y se arrojaron con sus algaradas por el territorio granadino, y con su llamada retrajeron á Ebn el Ahmar de marchar contra Alfonso, redundando luego en desahogo y ensanche del Castellano para guerrear contra los sublevados en Andalucía y los Algarbes. Acude á sitiar á Jerez, lo embiste y estrecha mas y mas, talando al mismo tiempo su campiña y los puntos inmediatos, hasta que á las cinco meses vienen á rendirse los Musulmanes de la plaza por capitulacion, en que tan solo se les concede la vida, y echándolos de su recinto, queda por algun tiempo despoblado, dispersándose el vecindario menesteroso y pobre por varios puntos de Andalucía; muchos se encaminan á Granada, y otros se van embarcando para pasar al Africa, y tan solo Málaga y Aljeciras abrigaron á algunos amistosamente. Sucedió aquel esterminio de Jerez en el año de 663. Sidonia, Rota, Arcos, Sanlucar y Nebrija se fueron rindiendo igualmente, y sus vecindarios tuvieron tambien que espatriarse con arreglo á su estrechísima capitulacion. Refujiáronse los mas por Granada, que era la propension mas obvia de las tribus árabe-andaluzas. Era el Africa por supuesto asilo mas seguro, pero se habian ya totalmente españolizado, aunque permaneciendo musulmanes, y se les hacia el destierro mas llevadero por las vegas amenísimas del Jenil y del Darro, bajo el amparo del emir poderoso que estaba edificando la Alhambra, que por los estados de Yagmurasin ó de Yusuf. Estaba así Ebn el Ahmar presenciando los aumentos en la poblacion de su territorio, mientras iban los Musulmanes perdiendo terreno por de fuera, y este fué quizás el móvil mas eficaz de la prosperidad á que se encumbró en pocos años aquel reinezuelo portentoso, cuyo fundador vino á ser él mismo, y donde se mantuvo decorosamente el Islamismo en España, por espacio todavía de mas de dos siglos.

A esta temporada corresponde un entronque que, veinte años despues, acarreó la posesion

(1) De Soghr, rastrillero, y en mi concepto de allí se apellidó la tribu ó ralea guerrera de Granada, los Zegríes, que suenan allá tantísimo en las novelas caballerescas, contrapuestos á los Beny Seradjs, ó Abencerrajes.

de la Sicilia para la casa de Aragon; esto es, el enlace de Constancia, hija de Manfredo (1), con Pedro, hijo de D. Jaime. Aquel bastardo de Federico II, Manfredo, estaba reinando en la Italia meridional con injenio y brillantez. La nombradía de su poderío movió á D. Jaime para pedirle por novia del heredero de la corona de Aragon á su hija Constancia, habida en Beatriz, su primera mujer, hija de Amadeo, conde Saboya, desposada cuando aun vivia el emperador su padre (2). Sabido es el encono de los papas con la casa de Suabia, y así Urbano IV se opuso eficacísimamente al intento de D. Jaime, no queriendo que el rey de Aragon emparentase con aquella ralea de víboras (de viperco sanguine Federici secundi). Escribió á D. Jaime, para retraerle, una carta en donde iba reseñando ahincadamente las maldades que se achacaban á Manfredo. «¿Cómo, decia entre otras cosas, intento tan estraño ha podido tener cabida en ese pecho? ¿Cómo, hijo mio, esa alma encumbrada ha podido alucinarse con semejante pensamiento? ¿Cómo has podido ni siquiera tolerar que te propusiesen el casar á tu hijo con la hija de un hombre cual es ese Manfredo? ¿Con que tu hijo vendria á ser menospreciado de todos los príncipes del orbe? ¿No le cabria enlazarse con una princesa rejia y virtuosa? ¿Qué baldon no fuera el tiznar con tal enlace todo el brillo de tu alcurnia? ¿Qué jestion mas horrorosa cabe que el entroncar, con vínculo tan estrecho, un hijo tan rendído á la iglesia con su enemigo y perseguidor implacable? (3).»

El mismo San Luis, sabedor de aquella boda, parece que se apesadumbró algun tanto de haber ajustado el matrimonio de su hijo segundo, que despues le sucedió con el nombre de Felipe el Atrevido, con una hija del propio D. Jaime. Así sonó por lo menos en Roma, y el papa conceptuó que estaba en su mano el incensar con parabienes al rey de Francia por haberse desentendido desde luego de hermanar su sangre con la del escomulgado Manfredo (1). Mas estuvieron muy tardías las cartas pontificales, porque estaban ya contraidos ambos enlaces; y mientras Urbano se afanaba en escribir desde Viterbo, Felipe, de solos diez y siete años, estaba ya desposado con Isabel, hija del rey de Aragon, por Pentecostes, dice Guillermo de Nanjis (2), esto es, el domingo 28 de mayo; y acababa Pedro de celebrar su desposorio con la dicha Constancia en Mompeller, el 13 de julio, despues de acompañar á su hermana y asistir á su boda en Clermont, siendo de unos veinte y cinco años, y Constancia de doce. Con motivo del casamiento de Felipe de Francia con Isabel de Aragon, pasaron ambas coronas á ejecutar el tratado de Corbeil, que parece no habia sido mas que nominal (3), y por su parte, Constancia trajo su derecho eventual á la corona de Sicilia, y corrió luego por cuenta de las circunstancias el poner en planta aquel derecho, cuando llegó el caso.

Estaba ya cercano el trance de venir Murcia á dejar de ser musulmana; y Ramon Muntaner será quien, además del acontecimiento, nos historie sus preliminares, el avistamiento de Alfonso y de Jaime en Valencia, y los términos del convenio en que este se desprendia de Murcia á favor del Castellano.

«Voy á referiros cómo el rey de Castilla pasó á Valencia con la reina su esposa y sus hijos. Salióle al encuentro el rey D. Jaime de Aragon hasta la misma raya del reino, habiendo dispuesto de antemano que ningun individuo del acompañamiento tuviese que hacer el menor desembolso, abasteciendo á todos de cuanto necesitasen; y así se les suministró colmadamente

(1) Había fallecido Alfonso de Aragon, hijo de D. Jaime y de Leonor de Castilla, en 1260, cuando estaba para desposarse con Constancia de Moncada, hija de Gaston, vizconde de Bearne, sin causar con su muerte pesadumbre muy amarga al padre, cuya propension á Pedro, primojénito del segundo matrimonio, se habia manifestado en varios lances de la última temporada. Con la muerte de Alfonso, quedó Pedro heredero principal de los reinos del padre.

(2) Parentelam cum rege Aragonum tractatam hinc inde per nuntios præmisso primordio contrahit, et filiam suam Constantiam, quam ex prima consorte sua Beatrice filia quondam A. Sabandiæ comitis, imperatore vivente, susceperat, domino Petro primogenito dicti regis Aragonum matrimonio solemni copulavit (Anonym., Murat., Supplem., t. 8, p. 591).

(3) Annal. Eub., ann. 1262, l. XIV, p. 74.—La carta va fechada en Viterbo, al 26 de abril de aquel año, datum Viterbi 6 calend. maii.

(1) Vide litter. Urbani ad reg. Franc., apud An. eccles. 5. 17 ann. 1262, 13 cal. augusti.

(2) Anno Domini MCCLXII. Ludovicus ex Franciæ, congregata circa Pentecostem omni fere nobilitate regni sui apud Claramontem Avernia Philippo filio suo primogenito Isabellam filiam regis Aragoniæ desponsavit...

(3) Et propter illud matrimonium rex Aragonum in signi pacis et concordiæ quam intendebat habere de cetero erga regnum Francorum quitavit in perpetuum regibus Franciæ quidquid in civitatibus Carcassona, Bituris et Amiliano possidebat. Rex verò Franciæ quitavit ei vicissim quidquid in comitatibus Devesando, Ampurcaram, Rociliones, Barcinonæ, Cathaloniæ requirebat...

lo que pedian ó pudieran apetecer. A los abastecedores que acudian á sus compras se les daban carneros y cabritos con cuartos grandiosos de vaca ó ternera, y luego capones, gallinas, conejos, perdices y otros volátiles, de modo que los vecindarios por donde pasaban venian á vivir de balde, vendiéndose todo baratísimo. Continuó aquel desembolso por los dos meses que permaneció el rey de Castilla en Valencia ó su reino, sin gastar un maravedí, como tampoco sus acompañantes; y se deja desde luego discurir que así el rey como la reina, infantes, condes, vizcondes, barones, prelados y caballeros venidos de todas partes, y luego ciudadanos y marinos, estuvieron disfrutando aquel agasajo y viviendo divertida y regaladamente.

«Estaban un dia juntos ambos reyes, y prorumpió el de Castilla: «Padre, ya tendréis presente que al concederme vuestra hija por novia, me prometisteis auxilio para conquistar el reino de Murcia; y así os pido, cuan encarecidamente cabe en un hijo, que me ayudeis para redondear aquella conquista; y entónces os quedaréis con cuanto hayais reducido, y nosotros con lo nuestro, pues aquel reino está causándonos infinito daño en todos nuestros dominios.» Contéstale el rey de Aragon que todo era cierto; y así que se marchase á su pais para acudir á los demás confines, puesto que él tomaba á su cargo la conquista de Murcia, juramentándose en acabarla muy en breve, con ciudad y gran parte del territorio.

«Levantóse el rey de Castilla, le besó en la boca, y le dijo: «Padre y mi señor, os estoy agradecido por cuanto habeis dicho. Con eso me vuelvo á Castilla, pongo á buen recaudo toda la raya granadina, y con especialidad á Córdoba, Ubeda, Jaen, Baeza, y la frontera de Sevilla igualmente; pues en quedando corriente por la parte de Murcia, ninguna zozobra me han de causar los reyes de Granada, ni los de Marruecos, ni todos sus auxiliares. El peligro único que estaba siempre amagando á mi pais procedia de la parte de Murcia, mas en lo sucesivo, con el favor de Dios y de la bienaventurada Señora nuestra Santa María, ya me dejais enteramente resguardado.» Tras estos coloquios, regresó el Castellano á su casa, acompañándole el rey de Aragon hasta mas allá de la raya; abasteciéndole de todo, y al par á su comitiva, como ya lo llevamos dicho.

«Dejando ahora al rey de Castilla, que está ya en su casa, volvamos al de Aragon, quien se apercibe desde luego para entrar en el reino de Murcia. Celebra consejo con sus hijos y sus ricos hombres, y son todos de dictámen que, en desempeño de la promesa hecha al rey de Castilla y que les acaba de manifestar, no podia menos de entrar en Murcia. Fueron todos mostrándosele prontos á seguirle, á sus propias costas y riesgos, sin faltarle un punto, mientras les quedase el menor aliento, hasta que redondease aquella conquista. Gozosísimo el rey, les da las gracias y encarga al príncipe D. Pedro una gran correría sobre Murcia, para ir allá reconociendo todo el reino. Apronta pues á D. Pedro hermosa hueste, compuesta de ricos-hombres y caballeros, con ciudadanos, marinos y almogávares. Van por mar y tierra talando á su albedrío y quemándolo todo, permaneciendo en cada punto hasta dejarlo exhausto y abrasado por entero. Así lo practicaron por todas las cercanías de Alicante, Monforte, las Aguas, como tambien por Elche, valles de Elda y Novelda, Villena, Aspe, Petres, Crebillente, Catral, Travanellas, Callosa, Guardamar y Orihuela, adelantándose hasta el castillo de Montagut, junto á Murcia. Hacen alto, y desde allí lo talan todo. Sale entónces el rey sarraceno de Murcia, echando el resto de su infantería y caballería; los espera el infante escuadronado por dos dias, mas no se atreve el Murciano á trabar contienda con él. Entónces el infante le disparara su caballería, á no atajarle las acequias que median entre ambas huestes; mas son las acequias tantas y tan crecidas, que le imposibilitan el intento. Ocurren sin embargo lances empeñados, y con especialidad uno en que el infante les mata diez jinetes de los zenetas (1). Por donde quiera que asoma, aun cuando llegue á tropezar, se rehace á espuelazos, sin consentir que el enemigo llegue á embestirle, apenas llega á divisarlo. Baste decir que permaneció un mes entero en aquel reino encendiendo y abrasando; y todos sus acompañantes se enriquecieron hasta lo sumo con tantísima presa como hicieron de esclavos de ambos sexos y de alhajas y ganadería que se llevaron.

«Luego el señor infante se vino con su hueste á Valencia, donde el padre lo agasajó en estremo con cariños particulares y festejos públicos.

«Pagadísimo quedó el rey con cuanto le fueron refiriendo, y ante todo sobre el tino y desempeño de su hijo. Preguntóle qué opinaba acerca de aquella conquista, y si era ya sazon de entablarla, mas le contestó: «No me cumple el hacer advertencias á vos que sois tan cuerdo y entendido; mas voy con todo á manifestaros lo que conceptúo, y luego haréis lo que mejor pareciere á vuestro discernimiento, y entónces no dejará Dios de iluminaros. Entiendo pues que será mas acertado el que paseis á visitar á Ara-

(1) O mas bien, montados en potros ó caballejos del pais.

gon, Cataluña, Valencia y Mompellér, como tambien vuestros demás dominios; permaneciendo yo sobre la raya, y hostilizando al enemigo hasta el punto de no dejarle sembrar; y aun cuando lo hiciere, se ha de quedar sin cosecha. Pasado un año, os cabe volver á Valencia con ejército poderoso por el mes de abril, temporada en que por este pais empiezan los esquilmos, segando ya las cebadas, y marchar vos á sitiar á Murcia, mientras yo recorro el pais, y atajo los pasos al rey de Granada, para imposibilitarle el acudir al socorro; quedando así asolados capital y reino.—Acertado es ese dictámen, le contesta el rey, por tanto se ha de entablar la empresa así mismo como lo habeis discurrido.»

«Espide en seguida órdenes por escrito á todo el reino de Valencia, para los ricos-hombres, prelados, caballeros y ciudadanos, para que acudan puntualmente en el debido plazo, como se verificó. Entónces juntándolos en la iglesia catedral de Nuestra Señora de Valencia, el señor rey prorumpió en un discurso con escelentes pasos adecuados á las circunstancias, y luego mandó á todos que reconociesen por caudillo y comandante al señor infante D. Pedro, obedeciéndole como á él mismo. Lo dejó por fin por encargado y lugarteniente suyo en todo el reino de Valencia; y como tal lo reconocieron y reverenciaron todos como apoderado jeneral de su padre. Dividióse así la corte con suma estrechez y armonía, yéndose el rey para Aragon, y luego para Cataluña, el Rosellon y Mompeller (1).

«Habiendo el rey dejado el reino de Valencia, lo manejó el infante con sumo acierto, pues no habia Sarraceno ú otro alguno á quien no se castigase por sus delitos. Capitaneó al mismo tiempo la guerra con desvelo y denuedo contra el rey musulman de Murcia, de modo que los Sarracenos jamás podian parar, pues cuando lo conceptuaban á dos jornadas de lejanía, se lo veian encima, recorriendo sus tierras, apresando, incendiando y acabando con todos sus haberes; al paso que él trasnochaba, resistia la intemperie, el hambre y la fatiga, acosando mas y mas á los Sarracenos sin dejarles un solo dia de sosiego.

«Acudió entónces el rey con parte de sus fuerzas al reino de Valencia; entró en la ciudad, mas aparatado que nunca por mar y por tierra y á todo trance. Internóse luego por el reino de Murcia, ocupando siempre la marina para que su tropa estuviese de continuo y colmadamente abastecida. Tomó la ciudad y el castillo de Alicante, luego Elche y á todos los pueblos ya citados que median entre el reino de Valencia y el de Murcia. Esta ciudad, hermosa, noble, fuerte y mejor murada que todas las del orbe, quedó sitiada en términos que nadie absolutamente se le podia acercar. ¿Qué puedo referir mas? Larguísimo fué el sitio, pero el vecindario quiso capitular bajo la condicion de entregar al rey de Aragon la mitad del pueblo, conservando la otra mitad bajo su soberanía. Entró luego por una calle hermosísima y cual la de ningun otro pueblo, y empieza desde el mercado en frente del convento de Predicadores y corre hasta la iglesia mayor de Santa María; y en aquella misma calle están las tiendas de pieles, de paños y otras muchas y tambien los cambios. Cuando la ciudad quedó así dividida en dos porciones, pobló la suya el rey con los suyos; mas los Sarracenos echaron luego de ver que no podia ser duradera aquella hermandad entre Musulmanes y Cristianos en un mismo recinto, y así pasaron á suplicar al rey que tuviese á bien apropiarse la mitad que estaban poseyendo para poblarla á su albedrío con el vecindario competente, y que les franquease un solar donde pudieran ellos ave-

(1) Se hace naturalísimo á todo hombre y á toda criatura (dice aquí particularmente Muntaner, c. 15) el amar á su patria y á los sitios que le vieron nacer, y por tanto el señor rey, nacido en Mompeller, estuvo siempre encariñado con aquel pueblo; y todos sus descendientes deben tambien amarlo con motivo de aquel milagroso nacimiento. Debo añadir que nunca los reyes de Aragon tendrán pais tan apasionado á los descendientes del rey D. Jaime; pero despues acá han sobrevenido jentes de Cahors, de Fijeac y de san Antonio, que conceptuaban el pais escelente, como acudieron tambien de otras partes, pero ya ninguno de los advenedizos es oriundo de Mompeller, y así la casa de Francia ha logrado arraigar su autoridad, siendo positivo que esta novedad ni agradó ni agradará jamás á los verdaderos naturales del pais. Mas cuantos paises dependan de aquel señor rey no pueden menos de amarle con toda el alma y ser correspondidos, y el vecindario no debe quedar defraudado de aquel cariño por treinta ó cuarenta casas de sujetos advenedizos; y asi suplico encarecidamente á cuantos ricos-hombres, caballeros, ciudadanos, mercaderes, marinos, almogávares y soldados de infantería y caballería moran por las posesiones del rey de Aragon, que amen y honren á cuantas personas de Mompeller vinieren á encontrar: pues obrando así, merecerán el agrado de Dios y de Santa María de Valencia, de nuestra señora de las mesas de Mompeller y del rey D. Jaime, que nació allí; lo merecerán en este y en el otro mundo, y aun el del mismo rey, y conservarán el cariño que debe reinar por siempre entre ellos y nosotros, siendo del agrado de Dios.

cindarse á su salvo, cercándolo de murallas. Gustoso se avino el rey á su peticion, y dándoles terreno fuera de la ciudad, lo cercaron y muraron; y allí se avecindaron, llamándose el pueblo Rejacha. Tomóse la ciudad de Murcia por el rey D. Jaime, el año de 1266, en el mes de febrero. La pobló luego de Catalanes, haciendo otro tanto con Orihuela, Elche, Guardamar, Alicante, Cartajena y otros parajes. Resulta que cuantos habitan Murcia y demás pueblos recien dichos son verdaderos Catalanes, hablan lejítimo catalan, y son jente de pro y dispuesta para todo, y cabe afirmar que son los dos reinos mas amenos del mundo; como que positivamente se puede asegurar que nadie sabe provincias mejores y mas colmadas en todo que los reinos de Valencia y Murcia.

«Practicadas aquellas providencias por el rey D. Jaime, traspasó la porcion correspondiente al rey de Castilla, su yerno, para que acudiese á defenderla en todo trance, y pudiesen sostenerse mútuamente, entregando principalmente á su yerno el infante D. Manuel los valles de Elda y Novelda, Elche, Aspe y Petres. El rey D. Alfonso de Castilla creó al mismo infante D. Manuel adelantado de toda su parte, para que un territorio tan floreciente pudiera defenderse contra los Moros. El rey de Aragon, al entregar su parte del reino á D. Alfonso de Castilla y á su yerno el infante D. Manuel, puso la condicion de que se le devolviesen siempre que se les reclamase; para lo cual se avinieron y se escrituraron en la forma competente; con cuyo fundamento recobró la casa de Aragon aquellos dominios, como se dirá á su tiempo.

Al redondear aquella conquista con sus conatos D. Jaime de Aragon, estaba D. Alfonso de Castilla pidiendo á Blanca, hija de San Luis, rey de Francia, para su hijo D. Fernando, apellidado de la Cerda; Juan Martinez, relijioso de San Francisco, obispo electo de Cádiz, conquistada á los Moros en 1262, y un caballero llamado Henrique Toscano llegaron á Paris con dicho intento. Concedió San Luis la mano de su hija, firmándose el contrato el 28 de setiembre de 1266; y aunque no se efectuó el desposorio hasta tres años despues, fué por la escasa edad de los novios. Blanca, nacida en Siria durante la primera cruzada de su padre, tenia catorce años, y Fernando tan solos once, como nacido en 1255. Parientes eran entrambos en tercero ú cuarto grado, esto es, vedado por la iglesia para el matrimonio; y así se hizo el ajuste bajo la condicion de que se les concediese la dispensa (si ecclesia consentit). Avínose la iglesia con efecto, y es la primera dispensa de este jaez concedida por los papas á la casa de Castilla (1). Vino por entónces á España la emperatriz de Constantinopla María de Briena, hija de Juan de Briena, rey de Jerusalen y de parte de la Palestina, y de Berenguela de Leon, hermana de San Fernando. Vino la emperatriz en solicitud de auxilios por parte de los reyes de Aragon y Castilla, para el rescate de su hijo único, Felipe de Curtenay, á quien tenian los Venecianos cautivo, como fianza de una cantidad considerable prestada á su padre Balduino I. Encargóse Alfonso por sí solo de aquel apronto y se lo entregó á su tia, por via únicamente de agasajo y don gratuito (2).

Entretanto el papa Clemente IV estaba mas instando á los príncipes cristianos para llevar adelante la guerra santa. Habia San Luis pregonado su intento de acudir á la guerra contra los infieles, y movidos con aquel ejemplo, resolvieron tambien cruzarse los reyes de Aragon y de Navarra. Preparóse este desde luego para ir a incorporarse con San Luis, y marchó D. Jaime por su parte, despues de asistir en Toledo, á fines de 1267, á la primera misa de su hijo Sancho, recien nombrado arzobispo de aquella mitra. Empeñóse en vano Alfonso en retraer á su suegro de semejante intento, pues D. Jaime permaneció en Toledo tan solos ocho dias, y D. Alfonso, queriendo cooperar por su parte al éxito de la guerra sagrada, dió al suegro cien mil maravedises de oro, y permitió á los caballeros de Santiago que lo acompañasen, capitaneados por su gran maestre Pelayo Correa. El monarca ara-

(1) Fernando de la Cerda y Blanca descendian al par en línea recta de Alfonso VIII de Castilla por el órden siguiente:

Alfonso VIII

| | |
|---|---|
| Berenguela | Blanca de Castilla |
| San Fernando | San Luis |
| Alfonso IX. | Blanca de Francia |
| Fernando de la Cerda | |

(2) Tratábase, dicen, de la cantidad de diez mil marcos de plata, que serian de dos á tres millones de reales; dicen unos que Berenguela pidió 150 quintales, y otros 20 mil libras de plata, reduciendo otros la suma á 50 quintales, equivalentes á 10 mil marcos. Dícese que la emperatriz se contentaba con el tercio del rescate de su hijo, encargándose el papa y el rey de Francia de redondear todo lo restante. Como quiera, siempre consta que el rey, con este motivo, hizo un regalo cuantioso á la hermana de su padre, y á esto alude sin duda en la dedicatoria de su libro de las Querellas, pues hablando de sí mismo, dice que es

Aquel que los reyes besaban el pié,
E reinos pedian limosna en mancilla.

gonés dispuso el apronto de una escuadra de treinta naos de alto bordo, con crecido número de trasportes bien carenados, abastecidos y municionados, y luego acompañados del caudal competente para las urjencias; y dando la vela, logró viento favorable en 4 de setiembre de 1269, pero al tercer dia de su salida, una tormenta formidable dispersó los bajeles, que fueron aportando donde les cupo, aunque muy averiados, y aun desarbolados la mayor parte. Desembarcó el rey en aquel idéntico puerto de Aguas Muertas, de donde pocos meses despues debia partir San Luis para su fatalísima cruzada contra Túnez. El rey de Aragon estuvo viendo en aquel descalabro retratada la voluntad del Señor que le vedaba el partir, y así regresó á Aragon por Mompeller, ya retraido de su cruzada. Pasó á Búrgos, donde, el 30 de noviembre de 1269, se celebró el desposorio del infante de Castilla D. Fernando con Blanca de Francia. Presenciaron el acto los reyes de Aragon y de Castilla, el emir de Granada, Juan de Acre, conde de Eu, un obispo francés y otros muchos caballeros acompañantes de Blanca, como tambien todos los infantes de Castilla y de Aragon, y crecido número de ricos-hombres de ambos reinos, el arzobispo de Toledo, D. Sancho de Aragon, tio del infante, quien dijo la misa matrimonial y bendijo á los novios (1).

Creyó San Luis afianzar á su hija Blanca, con esta boda, la corona de Castilla, á cuya sombra habia nacido su madre amadísima, aquella otra Blanca, *tan blanca de corazon como de rostro*, y segun allá un poeta, *Candida candescens et cordis et oris*. El cariño entrañable de Alfonso para con Fernando, el predilecto de todos sus hijos, venia al parecer á robustecer mas y mas aquella esperanza (1).

Salió San Luis á poco tiempo para su cruzada con el rey de Navarra Teobaldo II; quien dejó en su ausencia el reino á cargo de su hermano D. Henrique.

Aportó la armada de los cruzados junto á Túnez por el mes de julio. Los Cristianos cercaron la plaza, pero dilatándose el sitio hasta el otoño, sabido es lo demás. Eran escesivos los calores, y el influjo del clima en Europeos nacidos en rejiones frias ó templadas enjendró una peste en que fenecieron muchísimas personas, y entre ellas San Luis y su hijo. Cárlos de Anjú, rey de Nápoles y de Sicilia, ajustó la paz con el emir de Túnez, bajo la condicion de que este pagaria doble tributo anual del que habia estado pagando hasta entónces. Con este convenio se levantó el sitio, y la escuadra dando la vela para Palestina, llegada á Trepani, falleció el rey de Navarra el 5 de diciembre; y entónces careciendo ya de caudillos aquella armada, dió la vela para Francia, de donde las tropas fueron regresando á sus hogares; y así la espedicion tan solo vino á redundar en provecho del rey de Sicilia. La reina de Navarra Isabel falleció el 25 de abril del año siguiente, y careciendo de sucesion, el infante D. Henrique, quien estaba ya desempeñando las funciones de virey en ausencia de su hermano Teobaldo, vino á heredar la corona.

Sobrevinieron por aquella temporada turbulencias grandísimas en Castilla. Hasta diez y siete ricos-hombres, acaudillados por Nuño de Lara, varon poderoso y altanero, prorumpieron en demandas exorbitantes contra la autoridad real. Nuño y los suyos se mostraban lastimados por el rey en siete puntos fundamentales, clamando por desagravio sobre todos ellos. El infante Don Felipe, hermano del rey, prohijó el empeño de los Laras, que tuvo por paradero el destierro de los rebeldes al territorio de Granada. Ocurrió cabalmente en este trance el estar Mohamed Ebn Elahmar desavenido con Alfonso por el

(1) Zurita, Anales de Aragon, en aquel año.—Refiere la Crónica de Cardeña el caso en estos términos: Era de 1307 (1269), miércoles 27 dias de noviembre, entró el rey de Castilla D. Alfonso, é D. Jaime de Aragon en Búrgos, é otro dia juéves entró Dª. Blanca fija del rey de Francia, é el sábado, postrimero dia de este mes sobredicho, dia de sant Andrés, fizo bodas el infante D. Fernando con Dª. Blanca, fija del rey de Francia, etc...—Fernando de la Cerda, como se verá, murió antes que su padre, en 1275, de veinte años escasos, dejando de Blanca dos hijos, llamados, como su abuelo y su padre, Alfonso y Fernando; estos, segun los principios de la ley romana, tenian derecho innegable á la sucesion del abuelo, pero la nacion española, educada con las máximas del derecho godo, opinó de muy diverso modo. Se alcanza sin embargo que las pretensiones de los hijos de La Cerda se conceptuaron fundadas, y que vino á formarse un partido á su favor; pero cuantos historiadores, ya españoles, ya franceses, han supuesto derechos á la abuela de Blanca, á Blanca de Castilla, madre de Luis IX, se han equivocado, errando en esto, como suelen, por seguir á Mariana. — Tenia Blanca tres años mas que su marido, pues habia nacido en Siria en 1252, el mismo año del fallecimiento de su abuela Blanca de Castilla.

(1) Alfonso nunca deja de mencionar en sus diplomas á Fernando con el dictado de *primero heredero*. —Todos los hijos de Alfonso y de Violante habian ya nacido en 1268, como consta en un privilejio fecho en Sevilla, sábado 11 de agosto de 1268.—En Sevilla, sabado 11 dias andado, en era de 1306. E nos el sobredicho rey D. Alfonso, regnante con la reina.

asunto de los walíes de Málaga, de Guadix y de Comares, á quienes el rey Alfonso estaba amparando contra Mohamed. Avalorando Alfonso aquellas turbulencias, habia entablado la solicitud de que el emir de Granada le cediese Aljeciras y Tarifa, pero mostróse el Moro quejosísimo de que se intentase defraudarle de las llaves de sus estados, por cuanto, usando su derecho, estaba empeñado en avasallar á los walíes rebeldes de Málaga, Guadix y Comares. En aquel intermedio, el príncipe Fibo el Zaim, D. Nuño y otros caballeros esclarecidos de Castilla, mal hallados, dicen los autores arábigos, con que Alfonso se gobernase por su mujer, y no por sus sanos consejos, acudieron en busca de asilo á Granada. El emir los agasajó segun sus merecimientos, los fué hospedando en sus casas mas ostentosas, y admitió gustoso la oferta que le hicieron de alistarse en su servicio; mas le suplicaron que nunca los emplease contra el rey de Castilla, contra quien únicamente no les era dable complacerle. Ebn el Ahmar encareció aquella hidalguía, y de allí á poco marcharon contra los tres walíes sublevados, á las órdenes del emir Mohamed, sucesor ya nombrado de aquel reino. Amistáronse sobre manera durante la campaña el infante D. Felipe y D. Nuño de Lara con el emir sucesor, y descollaron con sumas proezas en competencia de los Musulmanes mas valientes; mas estando las fuerzas del emir muy repartidas, la guerra contra los díscolos walíes paró toda en salteamientos y asolaciones, y así se fué dilatando por años, sin lograr la sumision ansiáda, de modo que en el año de 670 (1272), angustiado Ebn el Ahmar con guerra tan interminable, acudió en demanda de auxilios á Abu Yusuf Yacub, fundador de la dinastía de los Merinitas; mas falleció Mohamed antes que llegase el caso de acceder el caudillo africano á su llamamiento.

Alistó Mohamed mucha jente para de una vez avasallar á los rebeldes, y aburrido con tanta dilacion, quiso, á pesar de su ancianidad, ir allá personalmente á fin de eximirse por fin de empeño tan congojoso. Montó á caballo, y en compañía de la flor de los caballeros granadinos y de los Cristianos que tenia á sus órdenes, rompió la marcha. Siniestro agüero asomó desde el principio, pues al salir por la puerta, el primer caballero que encabezaba la marcha, descuidándose de bajar su lanza, tropezó contra la bóveda y se quebró. Prosiguió no obstante el emir su rumbo hácia Málaga, y como á media jornada de camino, se sintió indispuesto, en términos que hubo que volverlo á la capital, llevándolo en andas; y espiró luego antes de llegar, tras un vómito de sangre, el 29 de djumada-el-akher de 671 (21 de enero de 1273), teniendo á su lado al infante D. Felipe, quien le acompañaba en aquella espedicion. Era Mohamed de ochenta años, habiendo reinado treinta y seis en Granada, y usado ya el dictado de rey, desde su primera proclamacion en Ardjuna, hasta cuarenta y dos años (1). Enterráronlo con grandioso boato en el cementerio jeneral de Granada, en un atahud de plata (2), y lo colocó en túmulo de mármol esquisito su hijo, esculpiendo en letras de oro el siguiente estraño epitafio:

«Aquí yace el muy grande y muy alto sultan, antemural del Islamismo, gala del jénero humano, gloria del dia y de la noche, lluvia de jenerosidad, rocío de misericordia, polo de la rectitud, lumbrera de la ley, amparo de la tradicion, alfanje de la verdad, caudillo de los hombres, leon de la guerra, esterminio de los enemigos, columna del estado, resguardo de los confines, vencedor de las huestes, hollador de los tiranos, triunfador de los infieles, emir de los creyentes (emir El Mumenyn), guia del pueblo escojido, broquel de la fe, timbre de reyes y sultanes, vencedor de parte de Dios (el Ghaleb Bilá), el afanado en el camino del Señor, Abu Abdalá Mohamed ben Yusuf ben Nasr el Ansary. (¡Así Dios lo encumbre á la jerarquía de los altos y acrisolados, y lo coloque entre los profetas, los justos, los mártires y los santos! ¡así Dios lo acoja y le sea misericordioso, puesto que fué del agrado del Dios propicio que naciese para un destino venturoso el año de 591, y falleciese á la hora del rezo del ahsar, viérnes 29 de djumada-el-akher de 671!). ¡Alabado sea Aquel, cuyo imperio no tiene fin, cuyo reinado nunca empezó, y cuya duracion no ha de tener término! No hay otro Dios mas que él, el misericordioso y el clemente. (*El nahman we el zahym*) (3).»

(1) Dice Casiri que murió de un vómito de bilis en un paraje que no espresa, in loco quodam decubuit, ubi accedente bilioso vomitu vitam finivit anno eodem qui supra (671) feria 6t die 29 djemadi posterioris.

(2) Sepultusque in antiquo et comuni cometerio; ejusque corpus ibi in arca argentea conditum (Casiri, t. II, p. 265).

(3) El Khateb, in Casiri, t. II, p. 265. — El uso de los epitafios, contrapuesto á la mente del islamismo, desconocido para los califas y monarcas del Oriente, hasta los sultanes otomanos, lo habia sido igualmente en España hasta Mohamed. Se reducia á un remedo patente, condenado por algunos fakihes rigurosos, de la práctica de los Cristianos. Otro tanto sucedia con los escudos de armas que introdujo Mohamed en Granada desde los primeros años de su reinado.

Ya se dijo que fué el primer edificador de la Alhambra, dedicándose personalmente y con sumo ahinco al intento, y terciando á toda hora con los injenieros y arquitectos. Construyóse el cuerpo principal de la obra en su reinado, pero el conjunto de los brazos que abarcó despues bajo este nombre no se redondeó hasta mediados del siglo XIV, temporada en que la discordia y las guerras intestinas fueron imposibilitando la continuacion de mayores aumentos. Ningun monumento de la arquitectura arábiga corresponde mas que este al concepto agraciado que el nombre de arte morisco representa en el ánimo. Mezquinas asoman sus proporciones, en cotejo de las obras de Grecia y de Roma, y en parangon ante todo de las construcciones ajigantadas del Ejipto, cuya inmensidad y solidez son los atributos predominantes; pero ¡cuánto esmero, garbo y primor se está viendo en los millares de pormenores y realces por aquellas galerías con tantas hechuras en festones y estaláctitas, con encajes de estuco antiguamente pintados y dorados, y en la colocacion de aquel sotillo de columnitas, aquí aisladas, allí en parejas, y allá agolpadas, y siempre airosas, entre las cuales brincan los plateados surtidores de la fuente de los Leones, y el galano boato de las estancias reales! Es en suma un monumento único, bien así como la civilizacion y la índole del pueblo que lo encumbró, donde está descollando por entero aquel númen orijinal de nacion tan peregrina, valerosa, aguda, mística y galanteadora, desidiosa al mismo tiempo y atareada, cuyos sacerdotes y guerreros eran de suyo poetas y acaballerados.

Sabido es lo que en el dia viene á ser la Alhambra; parte de la antigua residencia de los emires de Granada yace en escombros, pues cuerpos enteros del edificio quedaron sacrificados en la primera mitad del siglo XVI, despejando solar para un palacio al gusto de aquella temporada, pues el emperador Cárlos V lo queria contraponer á la obra maestra de la arquitectura morisca. Otras porciones se han ido desmoronando con el tiempo, ú menoscabando con reparos torpísimos. Pero quedan restos harto patentes y grandiosos para formar concepto de la magnificencia del edificio antes de todo asomo de alteracion (1).

Mohamed, el hijo único de Mohamed que sobrevivió á su padre, llevó el dictado de emir Almumenin mucho tiempo antes de la muerte de aquel, y por esta causa Casiri y Conde lo particularizan con el nombre de El Emir. Terminadas las exequias de su padre, cabalgó por las calles de Granada, y fué proclamado rey con ímpetus y demostraciones de sumo regocijo. Espejándose en su mismo padre en impulsoss pundonorosos para todas sus empresas, ninguna variacion hizo en los empleos civiles y militares, ni en el réjimen planteado por aquel atinado monarca. Conservó su guardia africana, capitaneada por un príncipe merinita ó zeyanita, como tambien la andaluza, que, en defecto de príncipes de la sangre, estaba á las órdenes de Ebn Muza, aumentando á entrambas la paga. Algunos palaciegos, mal-esperanzados de medrar con sus amaños en los principios de un reinado nuevo, tildaron de ingrato á su soberano, se mancomunaron y luego se abanderizaron con los walíes Eschkaisolidas. Alentados estos con el fallecimiento del difunto emir para redoblar sus correrías, tuvo Mohamed II que marchar contra ellos, los derrotó junto á Antequera, les quitó sus despojos y les fué siguiendo por varias leguas el alcance, y vuelto á Granada, galardonó caballerosamente á los señores castellanos cuyo denuedo le habia afianzado aquel triunfo.

En aquel tiempo, dice un escritor arábigo, volvió de Africa (de Túnez) el príncipe D. Fadrique (1), esto es, Federico, hermano menor inmediato del rey D. Alfonso, el cual mucho tiempo antes habia pasado al Africa, y permanecido siempre junto al emir de Túnez (2). Fede-

(1) Con todo, el viajero que al llegar á Granada se desoja tras la Alhambra, conceptuándola como la diadema esplendorosa de la ciudad entera, se lleva grandísimo chasco al no ver mas que una mole de medallones rojizos en perspectiva harto monótona. El esterior de los edificios moriscos, sencillísimo, casi ajeno de realces, y apenas horadado con alguna ventana, y aun esta cuajada de celosías, está por donde quiera recordando la vida sedentaria y meramente interior que la relijion y sus hábitos imponian siempre al Moro; por tanto en Granada, no solo en edificios públicos, mezquitas, colejios y baños, sino hasta en las viviendas particulares, todo el boato de realces, todo el esmero lujoso se reconcentraba en el interior. Nada está ofreciendo, por el esterior de la Alhambra, el salon de los embajadores ni el de las Dos Hermanas; hasta la misma entrada tan solo presenta un ámbito inmenso, salpicado de algun emblema y de una inscripcion con el nombre del príncipe su edificador; al paso que por el interior todo va dejando airoso el concepto jeneral que solo el nombre de Alhambra infunde siempre en el ánimo.

(1) Conde leyó Anrik, II parte, c. 9, pero equivocadamente.

(2) Anrik (Henrique), hecho prisionero en Tagliacozzo por Cárlos de Anjú (en 1268), se hallaba á la sazon, y siguió largos años despues, bajo el poder

rico, amistado anteriormente con el emir de Granada, y congraciado ya con su hermano D. Alfonso, desaprobó el abrigo que estaba este dando á los walíes rebeldes de Málaga y Guadix, y le infundió zozobra de que Mohamed acudiese al amparo del emir de Marruecos. Entónces Alfonso estrechó reservadamente á su hermano D. Felipe y á los ricos-hombres castellanos que se hallaban en Granada, para que se volviesen á sus territorios, dando al olvido todo lo pasado, encargándoles al mismo tiempo que le ajenciasen un ajuste con Mohamed II; quien, siempre bien hallado y sin rebozo con sus huéspedes y apeteciendo entrañablemente la paz, desde luego se avino á la propuesta, y aun los siguió sin reparo hasta Sevilla, en el mes de ramadhan de 671 (abril de 1273). Alfonso les sale al encuentro con brillante cabalgata, hospeda á Mohamed en su alcázar, lo agasaja con festejos, lo arma caballero, lo abraza como amigo, y con su mediacion perdona á sus hermanos y sus parciales, quienes acuden todos con sus albricias al emir de Granada. Hermana este príncipe, con la lozanía de su mocedad y hermosa presencia, la gran ventaja de espresarse sueltamente en castellano, por cuya proporcion entabla y menudea sus coloquios cortesanos con la reina Violante y sus hijas. Le recaba mañosamente la reina promesa formal de conceder tregua por un año á los walíes de Málaga, Guadix y Comares, como por via de galanteo; pero el Moro se hace cargo de que el intento de los Cristianos es tenerlo siempre á la raya por medio de aquellos enemigos interiores, que podrian á su albedrío dispararle oportunamente; y así ajusta luego un convenio con el rey de Castilla, obligándose á pagarle un tributo anual, para acudir al respectivo servicio de caballería impuesto á su padre. Logró que los Musulmanes, en sus relaciones con los Cristianos, disfrutasen los mismos resguardos y las franquicias idénticas, y cumplió su promesa de conceder la tregua á los walíes. Despidióse entónces de D. Alfonso y de toda la familia real, acompañándole hasta Marchena los tres infantes Don Felipe, D. Manuel y D. Fadrique.

Urjíale á D. Alfonso el ajustar la paz por aquella parte, y cumplidos ya sus deseos, volvió la vista para la Alemania. La muerte de Ricardo de Cornualis, sucedida poco antes, el 2 de abril, volvió á esperanzarle del imperio. De los tres papas, Alejandro IV, Urbano IV y Clemente IV, que habian estado gobernando la iglesia desde que los Alemanes habian venido á Búrgos brindando con el imperio á D. Alfonso, segun la espresion de la crónica de Cardeña (1), ninguno habia favorecido á su causa. El fallecimiento de Ricardo, su competidor en aquel mismo imperio, atajando ya toda desavenencia, parecia muy obvio que los electores no tratasen ya de nombramiento, conviniéndose en coronar al mismo á quien las urjencias de su situacion habian retraido, durante la vida de Ricardo, del correspondiente desempeño en la potestad imperial; sin embargo los electores permanecieron todavía por mas de dos años indecisos, sin que las turbulencias de su reino permitiesen á D. Alfonso el formalizar jestion alguna fuera de sus estados para posesionarse de la dignidad con que tanto se afanaba.

Al saber Alfonso la muerte de Ricardo, para esforzar su derecho al imperio, envió á Viterbo por embajadores á Aldemaro de Alardre, de los hermanos predicadores, que despues fué obispo de Avila, D. Fernando Martinez, canónigo de Zamora y obispo electo de Oviedo, y Diego Perez de Sarmiento. Elejido Gregorio X el primero de setiembre de 1271, se hallaba en Palestina (2), y los embajadores castellanos estuvie-

del mismo, encerrado en el castillo de Santa María, en la Pulla. Como Federico habia terciado en los movimientos de la Italia meridional contra Cárlos, habia estado mucho tiempo en Túnez con Henrique, junto á Abu Abdalá Mohamed el Mostansir, á donde habia regresado de Sicilia tras la ocupacion entera de la isla por las tropas de Cárlos, y por aquella temporada, á España, donde, como se verá, feneció trájicamente por disposicion de su hermano. — Era este Federico de suyo sereno y denodado, y dejó á Túnez, dice nuestro autor, por cuanto malició que el emir trataba de quitarlo de enmedio, á causa de que un dia estando para ir juntos á caza, mientras estaba solo esperando al Mostansir en un patio del alcázar, se halló de improviso con dos leones descomunales al frente, que los leoneros habian dejado escapar de la leonera del emir. Tiró el valeroso caballero de su espada para resguardarse, mas no le embistieron los leones; y salió del patio, advirtiendo muy severamente á los leoneros que estuviesen mas cuidadosos en lo sucesivo. Escusóse el emir, mas Federico no quiso fiarse, y así se despidió de El Mostansir, y se vino á España.

(1) Era de MCCXCV (1257), entraron los Alemaños en Búrgos, para dar el emperazgo al rey D. Alfonso, fijo del rey D. Fernando, en el mes de junio (Crón. de Cardeña, sobre aquel año).

(2) Carecia la iglesia de caudillo, hacia mas de dos años (desde la muerte de Clemente IV, fallecido en Viterbo en 29 de noviembre de 1268). Juntóse el cónclave en Viterbo, y acordando nombrarle un sucesor, fijó su eleccion en Teobaldo Visconti de Plasencia, que se hallaba á la sazon en la Tierra Santa, ordenado únicamente de arcediano. Apellidóse el nuevo

ron esperando en Viterbo hasta fines de marzo de 1272. Coronóse Gregorio el 27 de aquel mes, y cupo á los embajadores el presentarle las cartas de Alfonso y abogar de viva voz por la justicia de su causa. Se cifraba antetodo su empeño en que el papa tuviese á bien aplazar dia para la consagracion y coronacion solemne del señor D. Alfonso, rey de Castilla y de Leon, como emperador del sacro Romano Imperio. Pero Gregorio, atenido á la mente de sus predecesores, y abrigando por su parte á la casa de Suabia de donde procedia por la línea materna, ó mas verosímilmente, por cuanto intentaba agolpar las fuerzas de la cristiandad contra los infieles, y no conceptuaba á D. Alfonso en positura de acudir y dar empuje á la cruzada que estaba ideando, se negó á reconocer al Castellano como rey de los Romanos, se desentendió de todas sus peticiones, y escribió al rey que orillase sus pretensiones, empeñado en demostrarle que eran de todo punto infundadas (1). Escribió tambien á los electores, hacia tanto tiempo desavenidos, que diesen sus nombramientos anteriores por absolutamente nulos, y los amonestó para que se juntasen y elijiesen de los príncipes alemanes un varon cuyo mérito y desempeño alcanzasen á rehacer el imperio tan quebrantado, anunciando desde entónces por cartas encíclicas la convocacion solemne de un concilio jeneral en Lion para el año de 1274 (2). Verificóse la eleccion en el año de 1273, recayendo en Rodulfo, conde de Ausburgo, y cepa de la segunda casa de Austria, en medio de reñidísimos debates, y á pesar de las protestas de Othokar, rey de Bohemia, sostenedor siempre aferrado de la eleccion de Alfonso. Habia sido Rodulfo mariscal de aquel mismo rey de Bohemia á quien despues privó de corona y vida (3).

Aprobó el papa aquel nombramiento de un sujeto que merecia jeneral aprecio por su valentía, como igualmente el concilio de Lion, y allí fué donde los electores eclesiásticos y el obispo de Espira, canceller de Rodulfo, repitieron, á nombre de su amo, la promesa de acatar las libertades eclesiásticas y de nunca invadir los dominios de la iglesia (1).

Habia Gregorio X acudido á Lion desde el mes de noviembre de 1274, y avaloró mañosamente los miramientos que le estaba tributanto el rey de Francia para recabar Aviñon y el condado Venesino, cedidos antes á la Santa Sede en 1229 por Raymundo VII, pero devueltos despues á Raymundo por Gregorio IX. Aquel concilio de Lion, cuyo objeto era acudir á las urjencias de la Tierra Santa y hermanar las iglesias griega y latina, se abrió en marzo de 1274, y quedó cerrado el 17 de julio siguiente. Habia esperanzado el rey de Castilla que Gregorio dispondria á su favor del solio imperial, al cual acababan los electores de encumbrar á Rodulfo de Ausburgo, y mal herido con aquel reconocimiento público de su competidor, protestó y acordó sostener su derecho de mano armada. El conde de Vintimilla y algunos señores lombardos de los enviados por la república de Pisa y por el marqués de Monferrato le estuvieron estimulando á aferrarse en su intento, asegurándole que mediaba mas y mas un partido en Italia á su favor, á pesar de las actas notorias del postrer concilio. Instábanle por tanto paraque acudiese en su auxilio, aprontándoles socorro de jente y dinero. Quiso Alfonso echar el resto; juntó las Cortes en Búrgos, á fines del estío en 1274, y les pidió arbitrios para sostener sus armas en Italia. Los medros de Cárlos de Anjú, el fallecimiento de Conradino, y allá el desagravio de ciertas ofensas añejas, le inclinaban al rompimiento; pero le contestaron tibiamente las Cortes, aunque le otorgaron al parecer algunos medios para enviar tal cual jente de armas y contrarestar el nuevo partido güelfo-imperial formado á impulsos de Gregorio X, quien se sobresaltó y se esmeró en sostener eficazmente á Rodulfo, y así le obligó á tramontar personalmente los Alpes. «Habeis de saber,» le decia, «que vuestro competidor ni duerme ni se desalienta; haceos cargo de lo espuesto que seria el apocaros en el principio de vuestro encumbramiento, y cuan fácilmente vendrian á desestimaros vuestros mismos parciales. Tambien cabe (lo que seria mucho peor) que estos mismos se pasen al partido de vuestro competidor, si este reforzase las tropas que estamos presenciando, y siguiese re-

pontífice Gregorio X, y no volvió hasta el año siguiente para tomar posesion de la silla apostólica.

(1) La bula de Gregorio X á D. Alfonso está fechada en 16 de las calendas de octubre de 1272 (16 de setiembre)—datum apud urbem veterem, XVI Kal. octobris pontificatus nostri anno I. Cap. Raynaldd., ann. 1272, núm. 33 et seq., p. 197.

(2) Litteræ Encyclicæ de Concilio celebrando, apud Raynald, tom. XIV, ann. 1272, núm. 21.

(3) Véase en el primer capítulo de la Historia de los Suizos, por Juan Muller, el oríjen de la casa de Ausburgo, y el eslabonamiento de sucesos que, tras tanta guerra como Rodulfo estuvo sosteniendo con teson y desempeño en sus feudillos hereditarios, por fin acarreó su encumbramiento inesperado al imperio (Geschichte der Schweiz, l. I, c. 17, p. 507 y sig.).

(1) Véanse las escrituras otorgadas con este motivo en Raynaldo sobre este año de 1274, núm. 7 y siguientes.

doblando acá y acullá sus promesas, insistiendo mas y mas en su empeño. Figuraos hasta qué estremo engreiria á vuestros contrarios con sus logros, y cuán obvio seria el descalabro que resultaria para la Lombardía entera, si os imposibilitasen el recibir la corona imperial, y os deshuciasen para siempre de sentaros en vuestro solio. ¿Qué paraje, ó qué arbitrio os quedaria para restablecer vuestro poderío, si quien se empeña en frustrároslo se apoderase de la Lombardía á viva fuerza ó como fuere?»

Estrechaba por tanto el papa mas y mas á Rodulfo paraque pasase los Alpes y fuese á recibir de sus manos la corona imperial; pero Rodulfo, así como lo hizo luego con Nicolás III, se negó á ir á Italia, alegando que ninguno de sus predecesores habia vuelto sin menoscabo de sus derechos y de su autoridad. Sin embargo el papa estaba á toda hora prorumpiendo en ímpetus de afecto tan desalados, que Alfonso se mostró mas deseoso que nunca de abogar por sus derechos ante el mismo Gregorio, ú por lo menos protestarle altísimamente contra el injusto fallo que le escluia del imperio; cuanto mas que mediaban otras pretensiones que alegar acudiendo al mismo pontífice. Avínose el papa al avistamiento, fijando la cita para Belcaire, que, por su posicion sobre el Ródano entre España é Italia, pareció á entrambos el paraje mas adecuado al intento. Púsose Alfonso en camino para Francia en el invierno de 1273, con la reina y los infantes, menos el primojénito Fernando, á quien encargó el gobierno del reino en su ausencia. Tomó el rumbo para el Pirineo por Valencia y Tarragona, en cuya última ciudad lo estaba esperando el suegro D. Jaime de Aragon. Partieron juntos para Barcelona, donde celebraron la fiesta de Navidad (1). Allí fué por fin donde pasada la festividad, se franqueó Alfonso con Jaime, pidiéndole dictámen acerca de su intento; pero el suegro se lo desaconsejó, é insistiendo mas y mas Alfonso, partió para Mompeller (2). Por todo el camino lo estuvieron agasajando y obsequiando, deteniéndose en los pueblos de su tránsito uno ú mas dias, hasta que llegado á Perpiñan, dejó allí la reina y los infantes, y pasó á jornadas cortas por Narbona, Bezieres, San Thibery y Lupian, á Mompeller, donde celebró la Pascua, que cayó aquel año en 14 de abril de 1271, y no siguió hasta despues del domingo de Cuasímodo, 21 de abril de 1271. Llegó el rey á Belcaire, acompañado del arzobispo de Narbona, como el papa lo apetecia. Acudió luego Gregorio; mas nada pudo recabarle D. Alfonso, ni siquiera la mano de la jóven heredera de Navarra, para uno de sus nietos, nacido del matrimonio de su hijo D. Fernando, que era primojénito, con Blanca de Francia.

Habia fallecido con efecto en 1274 Henrique, rey de Navarra y conde de Champaña y de Bria, ahogado por su gordura, sin dejar mas que una hija llamada Juana, todavía en la cuna, bajo la tutela de su madre Juana de Artois, hermana del conde del mismo nombre, rejente de Sicilia y primo de Felipe el Atrevido. Tenia Alfonso que reforzar sus pretensiones antiguas á la Navarra, y así estaba ansiando lograr para alguno de sus nietos la mano de la heredera de aquella corona. No alegaba Felipe III, rey de Francia, derechos directos á la Navarra; mas como estaba lindante por una parte con Francia, y por otra con Aragon, y por cuanto la heredera de Navarra lo era igualmente de Champaña y de Bria, interesaba á Felipe infinito que se dispusiera de aquella princesita á favor de alguno de sus hijos; y la tutora, como princesa de la sangre de Francia, era toda suya, cuanto mas que en sus conferencias de Lion se habia franqueado con Gregorio acerca de su intento. La Navarra se abanderizaba en tres partidos, el de Francia, el de Aragon y el de Castilla; y así la autoridad de la tutora tenia que contrarestar á entrambos partidos opuestos. Temerosa Juana de Artois de que le arrebatasen la hija, lo hizo ella misma, y huyendo reservadamente, se la llevó á Francia, mientras los bandos aragonés y castellano seguian batallando en Navarra. Preponderó el partido aragonés, y se acordó el no reconocer á la princesa Juana, sino bajo la condicion de que se desposase con Alfonso, primojénito de Pedro III, y nieto de Jaime I. Esto era plantear la potestad aragonesa en el corazon de la Francia, pues entónces lograba eslabonar con Navarra, Aragon, Cataluña, Rosellon y Mallorca, al estremo opuesto de Francia, la Champaña, y luego la Bria á las mismas puertas de Paris. Acojió Felipe III bajo su amparo á entrambas reinas de Navarra, enviando al pais el conde de Artois, hermano de la una y tio de Blanca, y el condestable Imberto de Beaujeu. Su hueste sorprendió y saqueó á Pamplona, mientras se estaba capitulando, se desmandó con mil tropelías horroro-

(1) Lo refiere el mismo D. Jaime en su Crónica: —En lo endemes fo vengut lo rey de Castella en Tarragona, e la regina muller dell e tots sos fills, levat D. Ferrando, e partem daqui, e venchsen ab nos en Barcelona, e aqui tench ab nos la festa de Nadal. (Jacme, c. 61).

(2) E dix nos que volia anar al Apostolich sobre el tort quel dit Apostolich li tenia sobrel feyt del Imperi, e sobre molts altres torts que li tenia, e nos consellamli per nula re no hi anas, e nons volch creure daquel consell, et anassen al Apostolich.

sas, como suele suceder, las que á penas pudo contrarestar ó deshacer el conde, pero allanó ó esterminó toda la bandería, y quedó reconocida la autoridad de la jóven reina Juana de Navarra, casándola con Felipe el Hermoso, hijo de Felipe el Atrevido, y vino á ser reina de Francia y de Navarra (1).

Mediaba por fin un punto que para el concepto de aquellos tiempos era innegable á favor del rey de Castilla, á saber, la restitucion que estaba solicitando del ducado de Suabia que le correspondia por su madre, usurpado por Rodulfo; mas nada recabó Alfonso del papa, ni sobre este particular ni sobre alguno de los demás. Regresó enojadísimo, en busca de su esposa y familia, á Perpiñan, y luego pasó á Castilla por la salida del verano.

Hora era de que Alfonso volviese á España, habiendo, durante su ausencia, sobrevenido acontecimientos de suma entidad, y entre ellos el malogro del heredero real, encargado del gobierno en su nombre; pero hay que tomar el hilo desde mas atrás.

Ya desde antes de la salida de Alfonso para Francia habia fenecido la tregua concedida por el emir Mohamed á los walíes Eschkaisolidas de Málaga; y el emir habia desde luego roto la guerra contra ellos, pero sin éxito; mas con la ausencia de Alfonso acordó echar el resto para sojuzgarlos. Arrojóse á mucho mas; esto es, al intento de rehacer en España el ya tan quebrantado islamismo, sostenido únicamente y á duras penas por medio de ardides y condescendencias. Escribió pues al esclarecido caudillo de los Beny-Merines. Yakub, hijo de Abd-el-Hak, apellidado Abu Yusuf, nombrado sucesor de su hermano Abu Yahya, á los ocho dias de su fallecimiento, el 27 de redjeb de 656 (30 de julio de 1258), á la edad de cuarenta y seis años, y encumbrado á lo sumo de su poderío; y al par de los príncipes musulmanes descollantes, hallándose espedito y sin enemigos cercanos, aspiraba á coronar su nombradía con alguna brillante espedicion relijiosa, de las que los Musulmanes condecoran con el dictado de obra sagrada; y en el trance de redondear su poderío por Fez y por Marruecos (2) recibe la carta y los embajadores de Mohamed. Particípale el emir de Granada el estado lastimoso del islamismo en España, y lo llama paraque acuda con su remedio; insiste encarecidamente en el estrago que le causan los walíes rebeldes hermanados con los Cristianos, recorriendo mas y mas sus campiñas, y así le brinda para que se constituya árbitro sobre las desavenencias que trae con aquellos súbditos sublevados, y sobre todo para estimularle al intento, le ofrece los puertos de Tarifa y de Aljeciras. Hallándose Yakub en coyuntura tan aventajada para tamaña espedicion, afianza con mil amores la proposicion que se le rodea, y aparata cuanto conduce para emprender aquella guerra de relijion en España. Al rayar la primavera, sale de Fez el primero de schawal de 673 (19 de marzo de 1275), y se aposenta en Tánjer para zelar el tránsito del ejército. Envia desde luego á España á su hijo Abu Zyan, capitaneando cinco mil jinetes de los mas esforzados, para posesionarse de las dos plazas que debian servirle de arsenales y desembarcaderos. Embárcase el emir Abu Zyan en Kasr el Madjaz y aporta en Tarifa el 16 de djulkada de 673 (12 de abril de 1275); detiénese allí tres dias para rehacer su jente y sus caballos del marco (pues nunca dan los Arabes por obvio aquel tránsito); avanza luego en ademan de esplorador, hace una correría ventajosa por Albohaira (Albuera), junto á Jerez de la Frontera, saqueando aldeas y cortijadas, hasta la misma campiña de Scherisch (Jerez) y talándolo todo. Agolpa despojos y cautivos, los envia á Mauritania, y regresa personalmente á Aljeciras, y allí espera las órdenes del padre.

Despavorida se muestra la España toda con la llegada de los Merinies; los walíes Eschkaisolidas temen el primer embate de la espedicion, movida por Mohamed de Granada, y se afanan en ajustar con él una tregua; acuden juntos al encuentro del emir africano y lo esperan en Aljeciras.

Emperézase algun tanto Yakub con los preparativos de la campaña, pero quedan corrientes á mediados del estío, y trasportada una vez con la debida cautela aquella crecida hueste, se embarca él mismo y aporta en Tarifa á las diez de la mañana, juéves, 21 de safar de 674 (15 de agosto de 1275), y en el propio dia pasa á Aljeciras, donde halla al emir Mohamed y á los jeques Eschkaisolidas con sus comitivas. Zanja Yakub amistosamente sus desavenencias, reconviene á los walíes por su rebelion tan perjudicial á los intereses del islamismo, y los reconcilia, por lo menos en apariencia, con Mohamed. Júntanse y celebran consejo de caudillos de ambos

(1) Por ella han venido á parar la Champaña y la Bria á la corona de Francia, y así el dictado de reyes de Francia y de Navarra es jeneral entre los descendientes de Roberto el Fuerte.

(2) Hacia pocos años que el hijo de Abd el Hak era dueño de Marruecos; habiéndoselo apropiado en 668 (1269), despues de vencer y matar al postrer emir de la dinastía de los Almohades.

ejércitos andaluz y africano sobre el modo de entablar la guerra contra los Cristianos, y se acuerda que Yakub se internará desde luego por el territorio sevillano, mientras el emir Mohamed embiste los términos de Jaen, y los walíes Eschkaisolidas los de Córdoba.

Ausente el rey de Castilla, como se ha visto, se halla de adelantado por aquella raya el conde D. Nuño de Lara, rico-hombre valeroso y engreido, que habia vivido largamente desterrado en Granada y amistado estrechamente con Ebn el Ahmar y con su hijo. Congraciado al fin con Alfonso, le habia este confiado el resguardo de aquella frontera, tras su llegada á Sevilla en abril de 1273, con el infante D. Felipe y los demás señores castellanos indultados.

«Descuélgase de improviso, dice el Kartasch menor, sobre el territorio cristiano, y sus tropas se disparan como un raudal furioso, ú como un enjambre descomunal de langostas hambrientas.» En pocos dias tala y clamor imperan tan solo por las atónitas campiñas de Almotowar (Almodóvar), Obdat (Ubeda) y Bayada (Baeza), bastando, para ejecucion militar allá tan bravía, la vanguardia del ejército africano, compuesta de cinco mil jinetes, al mando de Abu Yakub, uno de los hijos del emir, y quedando para largo tiempo el rastro mortal de sus estragos por las orillas del Guadalkivir. Los apersona el Kartasch menor tomando por asalto el castillo de Boleya (Bolea), no dejando árbol sin cortar, cortijo sin quemar, ni prendas, alhajas ó caudales sin saquear; arrebatando niños y mujeres, y cautivando varones; y en fin talándolo ó salteándolo todo en su tránsito. Llenaron mas y mas los Beny Merines sus manos con todo jénero de despojos, esclama el historiador musulman. Dispuso el emir africano que se agolpase toda la presa en un mismo sitio, y fueron pastoreando bueyes, carneros, potros y esclavos, hombres, mujeres y niños, y era tantísima su muchedumbre, que cuajaban cerros y valles. Incendió el pais en llamarada inmensa en términos que todo él estuvo ofreciendo por largos dias los matices encendidos de la aurora (1).»

El emir de los Musulmanes conceptuó mas acertado el marchar desde allí en retirada, temiendo el malogro de sitios dilatados sobre ciudades principales, pues el eco de su invasion habia retumbado hasta el norte de la Península, enardeciendo á los Cristianos y dándose por muy positiva su próxima llegada á las Andalucías. Hizo Yakub traer á su presencia todos los despojos y los Cristianos cautivos, amarrados de dos en dos. Llegó capitaneando su hueste victoriosa, con tanto trofeo como Dios le habia regalado, á la ciudad de Eschdja (Écija), y hallándose allí acampado y discurriendo el rumbo que debia seguir, un espía le trae la noticia de la llegada del Zaim D. Nuño de Lara, que iba marchando contra él al frente de una hueste. Acababa Yakub de juntar á los jeques de los Beny Merines para celebrar consejo, cuando asoma de improviso la infantería de los Cristianos, formada en dos líneas, y seguida por sus jinetes, que se iba adelantando hácia ellos á miles y miles. El Zaim de los Cristianos Don Nuño iba en medio de todos. Alfonso, á quien Dios maldiga (dice el autor musulman), le habia conferido el mando jeneral de su ejército, dejándole árbitro del pais para todos los negocios; y se daban por venturosos los Cristianos en ir á sus órdenes, por cuanto nadie lo habia llegado á vencer; como que era uno de los Satanases de la infidelidad. Al avistarse los pendones de entrambas huestes, por mas que el valeroso Zaim Don Nuño se hizo cargo de que las tropas de Abu Yakub componian un ejército formidable y duplicado del suyo, sin embargo, sea por engreimiento y temeridad, ó sea por su fatalidad, conceptuó que le era afrentoso el soslayarse de la refriega, y así escuadronó ejecutivamente su tropa, y se arrojó al avance. Hizo igualmente Yakub embestir á su caballería; estremecíase la tierra al estruendo de los tambores y clarines y al alarido de los combatientes (1). Los Musulmanes fueron estendiendo sus líneas y cercando á los Cristianos, que batallaban como leones, pero acorralados por los Arabes, quedaron vencidos, salvándose tan solo un número cortísimo que huyó á la ciudad cercana de Écija. «Dios agració al ejército musulman aventajadamente, dice el Kartasch menor, hizo vencedores á sus santos,

(1) Kartasch el Saghir, fol. 201.

(1) Atronando con la vocería de *Dios es grande*, ó ciñéndose mas literalmente á las espresiones del escritor arábigo, al estruendo del *Tahlil* y del *Takbir*, que era el alarido bélico de los Musulmanes. El Tahlil compendia ó cifra en sí estas palabras: *no hay pujanza, no hay potestad mas que en Dios, en aquel Ente supremo, en aquel Ente poderosísimo;* y el Takbir estas otras: *Dios es grande, Dios es grande; no hay mas Dios que Dios, Dios es grande, Dios es grande, ¡alabado sea Dios!*

Esto es lo que espresa Conde, sin mas esplicaciones con la voz altakebirah. — Acercóse la hueste musulmana al campamento cristiano, *ahullando un no sé que aterrador*, altisonis clamoribus, dice Guillermo de Nanjis, nescio quid ululantes (Gesta Philippi testii Francorum regis, anno 1270). *El no se qué* eran el Tahlil y el Takbir.

ensalzando sus tropas fieles. El Zaim de los infieles, Don Nun, quedó muerto, y su tropa derrotada y dispersa. Esta merced bien-aventurada con que plugo á Dios favorecer á los Muslimanes hollando á los idólatras acaeció en sábado del bendito mes de rabi-el-awal, el mismo del nacimiento del profeta nuestro Mahoma (S. S. S.) en el año de 674 (8 de setiembre de 1275) (1). » Envió Yakub al emir de Granada la relacion de su victoria con la cabeza del jeneral castellano. Apesadumbró en gran manera á Mohamed la muerte de Don Nuño, pues eran amigos entrañables. Al vaciar el esclavo portador del odre donde iba metida, aquella cabeza, Mohamed apartó la vista, y tapándose el rostro con ambas manos, prorumpió en castellano: ¡jualá, amigo, que no lo merecias! Habíale D. Nuño de Lara acompañado á Córdoba y Sevilla, y se habian amistado con suma estrechez. Hizo Mohamed empapar la cabeza de almizcle y alcanfor, y la envió en un cofrecito de plata primorosamente labrada á D. Sancho en Córdoba para que la enterrase honoríficamente (2).

Habíase entretanto conmovido la España toda con la llegada de Yakub á Andalucia, y D. Fernando, hijo de D. Alfonso, habia convocado el pais entero á la defensa jeneral. Desde Búrgos hasta la raya sonó el llamamiento de ricoshombres y de vecindarios en nombre del rey, encargándoles que fuesen disponiendo las mesnadas para seguirle. Habia él mismo salido arrebatadamente de Búrgos capitaneando su jente, encaminándose á las Andalucías, é incorporando consigo cuantas tropas iban acudiendo á escuadronarse bajo el estandarte real. Llega Fernando á Ciudad Real, enferma y se postra imposibilitado de seguir su camino. Hay que hacer alto, se agrava la dolencia; y por mas que los facultativos echan el resto, es todo en balde, pues á pocos dias fallece, sin que conste el dia, sabiendo únicamente por la Crónica que es en el mes de agosto. Habia recomendado eficazmente Fernando, al espirar, su esposa y sus hijos á D. Juan Nuñez de Lara, hijo del mismo Don Nuño, que estaba preparando los medios de atajar los salteamientos de Abu Yusuf, empresa en que iba á fenecer. Habíale D. Fernando muy espresamente encargado que echase el resto para que se reconociese el derecho de su primojénito Alfonso, nacido de Blanca de Francia, para heredar la corona de Castilla (1) al fallecimiento del abuelo, pues por entónces no se observaba todavía en España el derecho de representacion por el padre difunto en el hijo que le sobrevivia, segun la ley romana, sino tan solo el de la inmediacion al reinante, lo que se hacia naturalísimo en los pueblos atenidos á las leyes godas; mas era tan sumo el influjo de los Laras, que les cabia el cumplimentar la voluntad del príncipe; quien, para comprometer mas y mas á D. Juan Nuñez de Lara, le habia conferido la tutoría del mancebo Alfonso, encargándole su educacion.

Entretanto D. Sancho, hermano inmediato del infante recien difunto, el mismo que á los diez y ocho años habia descollado con rasgos de valentía, habia juntado por su parte una hueste en sus estados, y acudiendo desde Búrgos á la raya de Andalucía, al saber la novedad del fallecimiento de su hermano, redobló su marcha hácia Ciudad Real, esperanzado repentinamente de hermanar los ánimos á su favor y de hacer proclamar un beneplácito que lo declarase primojénito del rey, y sucesor y heredero de su reino. D. Lope Diaz de Haro (2), señor de Vizcaya, igualmente acudia en aquel punto á la raya con sus mesnadas contra el enemigo comun. Noticioso de la muerte del infante, se encaminó tambien á Ciudad Real, á donde supo que se hallaba D. Sancho, para intervenir por su parte en cuanto viniese á resolverse.

Celebró D. Sancho sobremanera su llegada, que le proporcionaba el tratar con él de sus negocios, pues era D. Lope el señor de las Castillas que mas podia corroborar sus intentos, y se franqueó con él, afirmando que su derecho para suceder al reino del padre á su fallecimiento no admitia la menor duda; se le brindó á conceptuarlo siempre por su amigo mas entrañable y su primer palaciego, si tenia á bien favorecerle

(1) Por supuesto que al dar el Kartasch menor, en su diario muy circunstanciado y puntual del reinado de Abu Yusuf Yakub, una fecha tan terminante, y concordando en cuanto al mes y el dia con los anales toledanos, y en cuanto al año con los demás historiadores españoles, no hay que hacer alto en la fecha errónea que trae Conde, fundado en no sé quien, para la batalla de Écija en el año de 672 (1273). —Véase el Kartasch el Saghyr, ejemplar arábigo de la Bibliot. de Paris, fol. 106; Historia dos Soberanos Mahometanos que reinarão na Mauritania, por Fray José de Santo Antonio Moura, p. 350, confirmado por los Anales Toledanos III, p. 419:—Et in eadem era (anno Dñi. MCCLXXV) obiit Dominus Nunio, Ecija, Sabato VII idus Septembris.

(2) Kartasch el Saghyr, y El Khateb, el mismo año.

(1) Sin duda hácia el fin, como unos ochos ó diez dias antes del fracaso de D. Nuño de Lara.

(2) Suele llamarle Mondejar equivocadamente Don Diego Lopez de Haro. Era este hijo, como lo está denotando su nombre, y no hermano, segun algunos han supuesto, allá de D. Lope Diaz de Haro, tambien señor de Vizcaya.

en su empeño, y aun le vino á insinuar mañosamente que, en reinando el sobrino, todo el gobierno pararia en manos de D. Juan Nuñez de Lara. Llega en esto á Ciudad-Real la noticia del total descalabro y de la muerte de D. Nuño en las cercanías de Écija; y estrechaban sumamente las circunstancias para acudir con un contraresto ejecutivo; así que D. Sancho, juntando sus ricos-hombres presentes, se hace reconocer y proclamar infante heredero. Convoca al mismo tiempo á todos los buenos Españoles para la defensa comun, y envia órden á todas las plazas y á todos los castillos fronterizos para que estén muy sobre aviso contra el enemigo, y que pongan todos á buen recaudo la ganadería y los haberes de mas entidad á los asomos del peligro, pues acudia él mismo en su auxilio, anunciando desde luego su próxima partida para Córdoba.

Enlutó tan atinadas disposiciones el fracaso de la derrota y muerte del infante de Aragon y arzobispo de Toledo D. Sancho. La noticia de los estragos que estaba haciendo la hueste poderosísima de Abu-Yusuf por los éjidos de Jaen y hasta las mismas puertas de Martos, encomienda dependiente del arzobispado de Toledo, le habia conmovido; y para inclinar mayor número de jente á tomar las armas contra los infieles, habia ajenciado una bula de Gregorio X, franqueando las induljencias de la cruzada para cuantos le acompañasen en aquella guerra (1). Pregonó cruzada, juntó, de Toledo, Madrid, Alcalá, Huete, Guadalajara, Talavera y otros concejos, cuantas tropas le fué dable, y luego se encaminó arrebatadamente á la raya. Tramonta la Sierra Morena, hace algun alto en Linares, aguardando varios tercios de cruzados que se le debian incorporar; y allí fué donde el comendador de Martos, Frey Alonso García, de la órden de Calatrava, le notició como una porcion de Musulmanes se hallaban á la sazon junto á Martos, con una presa enorme de ganados, alhajas y cautivos, y le abultó la facilidad que se proporcionaba para derrotar aquella jente rendida de cansancio y arrebatarle sus despojos.

Escasas eran las fuerzas del arzobispo para tamaño arrojo, y un caballero aragonés, su consejero íntimo, llamado Sancho Duerta, era de dictámen que se esperase á D. Lope Diaz de Haro, quien, por disposicion del infante D. Sancho, debia llegar al dia siguiente á Jaen, donde habia de ser su incorporacion y su auxilio poderoso. Pero el comendador de Martos replicó allá con poquísimo tino que no convenia esperar á Don Lope, quien se apropiaria la gloria del vencimiento. Prevaleció aquel dictámen azaroso, y emprendieron la marcha en busca del enemigo, á quien hallaron acampado en las puertas mismas de Martos. El arzobispo denodado acaudilla á los suyos y embiste disparadamente á los Musulmanes, cuya caballería lo acorrala y destroza con toda su hueste; yacen Duerta y el comendador entre los difuntos; conocen á D. Sancho por su ropaje y le hacen prisionero, y queriéndolo enviar los Africanos á su señor Abu-Yusuf, y los rayes de Andaraque y de Baza á Mohamed de Granada, sobrevino entre ellos una gran reyerta sobre quien se lo llevaria. Engreíanse los auxiliares africanos con las ínfulas de la victoria, voceando que sin ellos nunca los Granadinos bebieran las aguas del Guadalquivir, é iban ya á venir á las manos, cuando el rais Ebn Nasr, individuo de la alcurnia de Granada, espoleando á su caballo, se arroja sobre el prisionero y lo traspasa de un lanzazo diciendo: «*no quiera Dios que por un perro se derrame la sangre musulmana.*» Cae Sancho difunto, le cortan la cabeza y la mano donde está resplandeciendo el anillo episcopal; cabe á los Africanos la cabeza y á los Andaluces la mano con el anillo; mas una y otra quedan luego devueltas á los Cristianos á instancias de Mohamed, quien las hizo entregar á su amigo D. Gonzalo Ramon, gran maestre de Calatrava, y una y otra, juntas con el cuerpo, hallado por los Cristianos en el campo de batalla, fueron honoríficamente enterradas en Toledo. Llega al otro dia á Jaen con el refuerzo sobredicho D. Lope Diaz de Haro, y sabedor, por los fujitivos, de la derrota y muerte del arzobispo, resuelve el vengar uno y otro, descolgándose improvisamente sobre el enemigo á la madrugada. Sorprende D. Lope á los Sarracenos al retirarse engreidísimos con su triunfo, y absolutamente ajenos de toda zozobra, y los embiste desaforadamente. Se encarniza la refriega hasta la noche, en que se desvian mútuamente sin mas ventaja que la de recobrar los Cristianos la cruz y la bandera episcopal, matando al Bereher que las llevaba. Por la noche se desviaron mútuamente entrambos ejércitos, sin que sobreviniese ya nueva pelea. La muerte de D. Sancho acaeció el 11 de octubre; y este segundo encuentro dos dias despues, junto á Hisn-Azahara. Retiráronse los Musulmanes con su presa, sin que se la pudiesen quitar nunca los Cristianos (1).

(1) Véase la carta que le escribió Gregorio X desde Belcaire, con este motivo, fecha del 3 de setiembre de 1271, en Raynaldo, sobre aquél año, núm. 16.

(1) Anno Dñi. MCCLXXV, XII kal. novembris. Obiit Dñs. Sanctius filius regis Aragonum, et archiepiscopus Toletanus.—D. Sancho habia sido nombrado arzobispo de Toledo en 1266 por el papa Clemente IV, recibiendo el subdiaconado la víspera de su

Entretanto el monarca africano, rechazado en Écija despues del trance en que feneció D. Nuño de Lara, va talando todo el pais hasta las mismas puertas de Sevilla, y acarrea presa y cautivos á Aljeciras. Allí se halla al regresar D. Alfonso de Francia, mientras D. Sancho se halla en Córdoba hostilizando denodadamente la hueste africana. Crucero eficaz ataja, por disposicion suya, el estrecho, en términos de tener acorralado al mismo Abu-Yusuf. Escasea su ejército de abastos, y así antes de verse reducido á mayor estremo, envia embajadores á Alfonso, recien llegado á Toledo, y logra fácilmente el ajustar con él una tregua de dos años, con la cual se le franqueó el estrecho para su retirada. Cuentan que Mohamed llevó muy á mal aquella tregua en que no intervino, pues, segun el autor arábigo, estaba esperanzado de otro porte en la hidalguía de Abu-Yusuf. Los walíes de Guadix y de Málaga, al presenciar la tregua del emir Moslemyn con los Cristianos, se retiraron á sus respectivos gobiernos, pero antes el de Málaga se avistó con Alfonso y le renovó en propias manos su rendimiento, disculpándose de lo sucedido con el poderío preponderante del emir africano, quien le habia precisado á terciar en aquella guerra (febrero de 1276).

Esta primera guerra santa, ó mas bien mansion de Abu-Yusuf en España, duró cinco meses y tres dias, desde el 15 de agosto de 1275, dia del principal desembarco en Tarifa, hasta el 18 de enero de 1276, en que regresó á la ciudad de Fez, donde entró el 15 de schaban de 674 (2 de febrero de 1276) (1).

Desamparado Mohamed por su aliado, y pesaroso de haberle entregado las dos llaves de Andalucía, permaneció sin guerra abierta con Castilla en los dos años de la tregua con Abu-Yusuf, y se estuvo mas y mas dedicando á consolidar las empresas entabladas por su padre El Ahmar, que tantísimo se afanó por hermosear á Granada, y así corresponden algunas porciones de la Alhambra á aquella temporada. En medio de sus tareas le quedaron ratos para cultivar la poesía y la oratoria con su primer wazir Azys ben Aly de Denia, quien alternaba con su amo en aquel lla aficion, y aun se le asemejaba peregrinamente en edad, estatura, índole y estampa. Celebraba con él crecidas reuniones ó conferencias literarias, donde admitia á los eruditos mas aventajados de Andalucía, como tambien á los filósofos, los médicos, los astrónomos y toda clase de literatos, para quienes siempre estaban patentes las puertas de su alcázar.

Por otra parte, la espedicion de los Beny-Merines á la Península habia envalentonado á la morisma valenciana, que yacia oprimida, y se disparó ejecutivamente. El incitador, segun los autores cristianos, fué un tal Alazdrach, recien-venido de Granada con cierto número de cabalgantes á la jineta, para que echasen mano de la coyuntura con la llegada del emir musulman y el trastorno consiguiente en toda la España, sacudiendo de una vez el yugo cristiano. Los primeros en acudir á las armas fueron los de Montesa y sus cercanías, siguiendo luego su ejemplo los de Tur, Finestral, Valle de Gallinera, valle de Legos, Alcalá, Tarbena, Cofrentes y valle de Guadalés.

Juntó el rey su hueste en Valencia, marchó á Játiva, Concentaina, Alcoy y á los castillos inmediatos. Intentó Alazdrach asaltar á Alcoy, pero los Cristianos lo rechazaron con escarmiento; hicieron estos luego una salida, y siguieron el alcance al enemigo, pero engreidos con sus fuerzas, vinieron á caer en una emboscada, donde fenecieron casi todos; y aquel logro aumentó el número y el desenfreno de los rebeldes.

«A primeros de julio padecieron los Cristianos otro descalabro junto á Luchente, en el cual pereció D. García Ortiz de Azagra, con otros varios caballeros no menos esclarecidos; y además cayó prisionero D. Pedro de Moncada, comendador del Temple, con algunos mas de su órden. Supo el rey aquella novedad en Játiva, á donde habia acudido su hijo el infante D. Pedro, asociado ya en el solio; y pasando entrambos á Alcira, se sintió el rey allí gravemente indispuesto, hizo al príncipe una exhortacion en el postrer trance, sobre el modo de comportarse con sus hermanos, los prelados, ricos-hombres y demás individuos del reino, y se dispuso á la muerte. Habia poco antes convocado las cortes de Aragon á Zaragoza para deslindar el punto de la sucesion; y una vez reunidos, dice Ramon Muntaner, prorumpió el rey en razonamientos atinados y conceptuosos. Quiso que se reconociese por rey de Aragon al señor infante D. Pedro, y por reina á su esposa Dª. Constancia, de quien ya hemos hablado, y que se les prestase juramento; y todos lo verificaron gustosísimos, así como lo tenia dispuesto. Escusado es el espresar que acompañaron á la celebracion de

consagracion (anno Dñi. MCCLXVI fuit creatus Dñs. Sanctius, infans Aragoniæ, in archiepiscopum Toletanum per Dominum Clementem IIII, præcedenti autem die per eundem in subdiaconum ordinatus. Apud an. Tolet. III, p. 418). — Léese en el archivo de Toledo, fol. 71: Cabe Martos mataron al arzobispo los Moros, por no esperar á D. Lope Diaz de Haro... y la cabeza y mano cobró por amistad D. Gonzalo Ramon, Comendador mayor de Calatrava.

(1) Kartasch el Saghyr, fol. 208.

aquellas Córtes grandísimos regocijos; y concluido todo el ceremonial, pasó la familia real á Valencia, donde se celebraron tambien Córtes, y quedó igualmente reconocido como rey el infante D. Pedro, y su esposa por reina. Yendo luego á Barcelona, se juramentaron todos con él como conde de Barcelona y de toda la Cataluña, y á la reina por condesa. En seguida nombró á su hijo el infante D. Jaime rey de Mallorca, Menorca é Ibiza, y conde del Rosellon, Conflan, Cerdania y señor de Mompeller (1). Zanjáronse estos puntos con la gracia de Dios, con el ánimo que ya queda manifestado de emplear lo restante de su vida en acrecentar y multiplicar la santa fe católica y abatir y volcar la de Mahoma.

«Durante su mansion en la ciudad de Valencia se recreaba con el ejercicio de la caza y algun otro desahogo, y solia visitar en sus correrías las viviendas de los campesinos.

«Hallándose en Játiva, quiso Dios que enfermase de calenturas, aunque seguia levantándose; pero los facultativos opinaban siniestramente, por cuanto estaba asomado á los setenta años, y es muy obvio que no cabe á un anciano el seguir el mismo método de vida que á un mozo; mas conservó siempre su despejo y su mucha memoria.

«Los Sarracenos de Granada, con quienes se hallaba en guerra, sabedores de su dolencia, se internaron, con mil jinetes y mucha infantería, hasta Alcoy. Tuvieron un reencuentro con García Ortiz, lugarteniente con potestad en el reino de Valencia; batallaron con él y con su bizarro tercio, que constaba de doscientos caballos y quinientos infantes; pero permitió Dios que pereciese Ortiz en aquel trance con crecido número de los suyos.

«Sábelo el rey, que estaba en cama, y prorumpe: «Sus, sus, vengan mi caballo y mis armas, que quiero marchar contra esos traidores de Sarracenos, que me creen ya difunto, y están muy ajenos de presumir que voy á esterminarlos á todos;» y estaba tan resuelto que se empeñaba en incorporarse sobre su lecho, mas no le fué posible.

«Alzó entónces las manos al cielo y esclamó: «Señor, ¿porqué permitis que yazca así privado de mis fuerzas? Pues bien, ya que no puedo levantarme, sacad y tremolad mi pendon, y llevadme en una litera hasta el paraje donde están esos Moriscos alevosos; no creen que esté yo en este mundo, y en viendo mi litera, ya están vencidos y van á quedar todos muertos ó prisioneros.» Pero su hijo, el infante D. Pedro, se le habia anticipado, arrojándose en medio de ellos. Fué la refriega recia y sangrienta; y no podia menos, pues habia cuatro Sarracenos contra un Cristiano. En medio de tamaña desigualdad, se abalanzó el infante tan disparadamente que logró arrollarlos; dos veces le mataron el caballo, y otras dos tambien dos de sus jinetes se apearon para aprontarle sus caballos para que montase; y por fin en aquel trance todos los Sarracenos vinieron á quedar muertos ó prisioneros. Al tremolar el pendon del señor rey D. Jaime sobre el campo de batalla, luego apareció él mismo en la litera, lo que apesadumbró en el alma al infante D. Pedro, por temer que semejante fatiga le acarrease alguna fatalidad; aguijó el caballo, fué en su busca, hizo apear la litera, dejó las riendas, y plantado allí el pendon, besó los piés y las manos á su padre, y prorumpió llorando: «O mi padre y señor, ¿qué es esto? ¿no sabiais que estaba yo en vuestro lugar, y que no habia necesidad de atropellaros? — No digas eso, hijo mio, pero, ¿qué fué de esos malditos Sarracenos? — Gracias al cielo y á nuestra suerte propicia, padre mio, todos han venido á quedar muertos ó prisioneros.» Entónces alzando las manos al cielo, dió gracias al Señor, y besando hasta tres veces á su hijo en la boca, le echó repetidísimas veces su bendicion.

«El rey D. Jaime, sabedor de todo, volvió á dar gracias al Señor, y se encaminó á Játiva, acompañándole su hijo el rey D. Pedro. Gozosísimo allí D. Jaime con aquella nueva victoria debida al favor de Dios, lo estaban igualmente los circuntantes, pero estos se mostraban al mismo tiempo sumamente desconsolados presenciando el fatalísimo estado en que se hallaba el rey. Se acordó entretanto por parte de D. Pedro y de los prelados, barones, ricos-hombres, caballeros y prohombres de Cataluña, de Játiva y de otros pueblos, que se retirarian á Valencia para la celebracion de las competentes funciones; y así se verificó.

«Al llegar á Valencia, el vecindario todo salió

(1) Lo refirió Muntaner en el capítulo 17, pues juntó Córtes jeneraies (celebradas probablemente en 1272), donde el rey dispuso que se reconociese por lugarteniente y procurador jeneral de Aragon, Valencia y de toda la Cataluña hasta el collado de Panizus, al señor infante D. Pedro, y nombrando en iguales términos para Mallorca, etc. al infante D. Jaime, para que, dice otro autor, «los recibiesen todos por señores, con las reinas sus esposas, infantes é infantas, y para el acierto en el réjimen y gobierno de los pueblos, lo que disponia así en vida para que diesen á conocer su desempeño, pues no es dable enterarse de las prendas de un sujeto, sea de la clase que fuere, hasta que se le pone la potestad en las manos.» — Véase sobre este punto á Bufurull, t. II, p. 236, y los anales de Aragon sobre aquel año.

al encuentro del rey D. Jaime; lleváronlo á su palacio, donde se confesó varias veces, comulgó, se le dió la estrema uncion, y recibió devotamente todos los sacramentos, tras lo cual, rebosando de relijion y hecho cargo del fin favorable con que Dios le agraciaba, hizo llamar á su hijo y sus nietos, dió á todos su bendicion, les echó una plática, como que conservaba todo su despejo y su memoria, y encomendándolos á todos á Dios, se cruzó las manos sobre el pecho y dijo la oracion que el mismo Dios habia pronunciado sobre la Cruz; y entónces terminada ya su oracion, se desprendió el alma de su cuerpo, y gozoso y satisfecho, voló al sagrado paraiso.

«Así falleció el rey D. Jaime el 28 de julio de 1276; dispuso que su cuerpo se llevase al monasterio del órden de Poblet, que se compone de unos monjes blancos colocados al centro de Cataluña. Resonaron luego lamentos y alaridos por toda la ciudad, no quedando rico-hombre, prelado, caballero, ciudadano, dama ó señorita, que no siguiese su bandera y su escudo, acompañados de diez caballos con las colas cortadas, y todos iban llorando y voceando.

«Duró el duelo cuatro dias por toda la ciudad, y luego todos los convidados al entierro le iban acompañando, y aquellos mismos pueblos, castillos y parajes que antes lo habian recibido con tanto regocijo y complacencia, prorumpian ahora en ayes y en lamentos descompasados y llorosos.

«Al eco de aquellas demostraciones de quebranto, fué trasladado al monasterio de Poblet. Halláronse allí arzobispos, obispos, abades, priores, prioras, relijiosos, condes, barones, sus comitivas, caballeros, ciudadanos y vecinos y jentes de toda clase del reino entero, hasta el punto de no caber por caminos y pueblos á seis leguas de distancia. El rey, sus hijos, las reinas y sus nietos acudieron igualmente. ¿Qué diré mas? Era tan grandiosa la concurrencia, que jamás se ha visto muchedumbre tal asistir á exequias algunas, sean de quien fueren; en fin, tras procesiones inmensas, con lloros, alaridos y plegarias, se le puso en el suelo, y así Dios quiera, por su misericordia, recibir su alma. Amen. En fin estoy cierto de que se halla entre los santos del paraiso, y todos deben creerlo igualmente.

«Terminadas las ceremonias, regresaron los reyes á sus casas, como tambien los acompañantes de todas clases, y podemos afirmar de aquel señor, que fué feliz antes de nacer, que su vida lo fué igualmente, y su fin todavía mejor (1).»

Acreedor se hizo con efecto D. Jaime de Aragon á parte de estas alabanzas, pues sus acciones grandiosas le han merecido gloria inmortal; siendo de suyo un príncipe escelso, en estremo cristiano y adicto á las máximas de su relijion. Fundó y dotó hasta dos mil iglesias en los paises que fué arrebatando á los Musulmanes, y se le conceptúa por uno de los capitanes mas descollantes de aquel siglo. Llegó á trabar en el discurso de su vida hasta treinta refriegas con la morisma, y siempre con éxito venturoso; les conquistó las islas Baleares, Valencia y Murcia. Fué su reinado de sesenta y tres años, desde el fallecimiento de su padre, el rey trovador que feneció en Muret defendiendo al conde de Tolosa, en 1213, y era este de cinco años al sucederle. La posteridad, dice Mariana, nada tuvo que vituperarle mas que su incontinencia (1). Consta que tuvo á un tiempo dos mujeres, que por su jerarquía y el afecto que le merecian, se las podia conceptuar por consortes, á saber, Dª. Teresa Jil de Vidaure y Dª. Berenguela Alfonsa, hija del infante D. Alfonso, señor de Molina. Tuvo trato mas volandero con una dama del linaje de Antillon, y con otra llamada Berenguela Fernandez. La segunda mujer de D. Jaime, con quien se desposó el año de 1235 en Barcelona, habia fallecido el 4 de octubre de 1251 (2); de modo que enviudó á los cuarenta y tres años; y así en los veinte y cinco que median entre 1251 y 1276, tra-

(1) Ramon Munt., c. 25, 26, 27 y 28.—Tan entrañable es el cariño de Muntaner á sus reyes; «si me preguntan, esclama en otra parte, cuáles son las finezas de los reyes de Aragon para con los súbditos, mas que las de otros reyes: contesto, antetodo, que hacen cumplir á los infanzones, prelados, caballeros, ciudadanos y campesinos la justicia y la buena fe, mejor que todos los demás señores de la tierra: pues cada cual puede acaudalarse sin que nadie vaya á residenciarle y pedirle mas de lo que le corresponde en sana equidad, lo que no sucede con otros señores, por tanto son allá mas pundonorosos los Catalanes y Aragoneses, por cuanto gozan de mas ensanche para sus jestiones, y nadie podrá jamás ser gran guerrero sin ser tambien altamente pundonoroso.»

(1) «Habia D. Jaime, pues á tanto llega la hinchazon española (dice un profesor de historia de la universidad de Paris), ganado ú recobrado hasta dos mil iglesias, pero dicen que tuvo todavia mayor número de mancebas.» Ajustando ahora la cuenta, pasaron de dos mil sus barraganas. Muchísimas son para un rey tan atareado, y aun para cualquiera. Tan solas cuatro hemos podido contar en una viudez de 25 años, pero este arranque da mas garbo á la clausulilla, y esta es la gala corriente en el historiador que estamos citando.

(2) Anno Dñi. MCCLI, IIII nonas octobris, obiit Dña. Yoles, regina aragonum (an. Toled III, p. 418).

tó ilícitamente con las cuatro mujeres sobredichas, siendo Teresa Jil de Vidaure la que señoreó últimamente el corazon del rey hasta su fallecimiento. Parece que en todas tuvo hijos, y ya hemos visto como hubo en su primera esposa, Dª. Leonor de Castilla, un hijo llamado Alfonso, que falleció en 1260; en Violante tuvo á Pedro, que le sucedió en la Península; á Jaime, á quien hizo rey de Mallorca; á Fernando, que murió niño, y á Sancho, que fué arzobispo de Toledo; y luego á Violante, reina de Castilla; á Isabel, que fué reina de Francia, mujer de Felipe el Atrevido; á Constancia, casada con el infante Don Manuel; á Sancha, que, al par de su hermano Sancho, profesó la vida relijiosa, hizo á pié y pobremente vestida el viaje de Jerusalen, donde falleció de enfermera en los hospitales, y en fin á María, que fué monja en España, y á Leonor, que no suena en la historia. Fueron muchos sus bastardos, y lejitimando á algunos, se les habilitó para la sucesion; entre ellos fueron Jaime y Pedro, que tuvo en Teresa Jil de Vidaure, siendo el primero señor de Jérica, y el segundo de Ayerbe (1).

Ninguna alteracion acarreó el fallecimiento de D. Jaime en los reinos de Aragon y Valencia, pues sus hijos se posesionaron sosegadamente de sus reinos con arreglo al testamento del padre; mas en Castilla la ambicion del infante D. Sancho enmarañó en gran manera los negocios, pues ajustada la tregua sobredicha de Abu-Yusuf con los embajadores de Alfonso, acudió el infante á Toledo para solicitar del padre que lo declarase sucesor inmediato, con esclusion de los hijos de su hermano D. Fernando. Acababa de morir D. Juan Nuñez de Lara, y los hijos pararon en ahijados de su madre Dª. Blanca. Estribaba la dificultad en que D. Sancho lograse la aprobacion de D. Alfonso, lo que se hacia tanto mas arduo por cuanto se habia ligado con sus propias leyes, habiendo ya redondeado sus *Partidas*, donde, con arreglo al derecho romano, decretó que los hijos del príncipe muerto antes que su padre equivalen á la persona de su propio padre, de modo que este traspasa todos sus derechos á la persona de sus hijos (2). Sin embargo D. Lope Diaz de Haro se encargó del negocio, y manifestándolo al rey, con el desahogo de su jerarquía y nacimiento, encareció los servicios hechos por el infante en su ausencia, sus méritos y el aprecio que merecia á toda la grandeza; y tomando luego la voz el infante D. Manuel, esforzó eficazmente la propuesta de D. Lope de Haro (1). Estas instancias y ciertas consideraciones de jaez mas encumbrado recabaron de D. Alfonso que reconociese á D. Sancho por heredero del estado, y sancionó al punto esta decision:

«Porque es costumbre y derecho natural, y tambien fuero y ley de España, que el hijo mayor herede los derechos y señorío de España, no haciéndose indigno con sus obras, ni con procedimientos contrarios á ellos; por tanto Nos confirmando estas disposiciones, pues que Dios ha querido que el infante D. Fernando ha faltado, que era el medio ú camino recto por donde se comunicaba el derecho de reinar de nos á él y de él á sus hijos, atendiendo al derecho antiguo, etc. (2).»

En fin, para solemnizar mas este reconocimiento, convocó en Segobia las Cortes, cuando ya tenia el infante cohechados á los mas de sus vocales, y así fué al punto declarado hijo *primero del rey, y heredero de sus reinos,* y como tal quedó juramentado (3).

Mostró Sancho en aquella primera mocedad

(1) Hay que zaherir aquí como merece la inadvertencia de Carbonell, quien, p. 63 de su Crónica, supone á D. Jaime 87 años, y p. 64, le quita 5, no dejándole mas que 82, en medio de que el mismo Carbonell está diciendo que nació en 1207. Blancas afirma tambien equivocadamente que falleció de 72 años, el 26 de julio. Lo cierto es que D. Jaime, nacido en 2 de febrero de 1208, tenia al morir, en 27 de julio de 1276, 68 años, 5 meses y 25 dias ni mas ni menos.

(2) Véase la ley 2, título 25 de la II Partida:—«E esto usaron siempre en todas las tierras del mundo.. e aun mandaron, que si el fijo mayor muriese, ante que heredasse, si dexasse fijo ó fija, que oviesse de su mujer lejítima, que aquel ó aquella lo oviesse, e non otro ninguno.

(1) Estas son las idénticas palabras del infante Don Manuel, segun la crónica alfonsina: —O señor, el árbol de los reyes non se pierde por postura, nin se desecha por ál al que viene por natura; ca si el mayor que viene del árbol desfallece, debe fincar la rama de só él en somo. Et señor, tres cosas son que non son só postura; Ley ni Rey, nin Reyno. Et toda cosa que sea fecha contra qualquier de estas non vale, nin debe ser tenida nin guardada; et ansi pues que el infante D. Fernando finó, que era el primero heredero, é fincó D. Sancho que era el mas cercano del mayor de todos sus hermanos, queste debia de heredar los reynos despues de los dias del Rey, et non otro nenguno (Crónica de D. Alonso el Sabio, 6, 64, B.).

(2) Ibid. l. c.

(3) Hácese mencion de este reconocimiento en los anales toledanos terceros, bajo los términos siguientes (p. 419):—anno Dñi. MCCLXXVI, magnates regni Castellæ, et Legionis, et Galiciæ adque Lusitaniæ fecerunt omagium Dño Sanctio filio illustris regis Alfonsi Castellæ, et fratris Dñi Fernandi.

una entereza briosa é inesperada, y desde luego terció en los negocios y reinó mancomunadamente con su padre, bien ó mal de su grado. La eleccion de Sancho, á la manera goda, que se verificó en Ciudad Real, como heredero presuntivo de la corona, lo dejó de hecho asociado al solio para el mantenimiento de los privilejios de la grandeza y de los ricos-hombres de Castilla, Leon y Galicia (1).

Con esto quedó Blanca desahuciada de ver reinar á sus hijos, y orillados ya sus derechos, acorde con su suegra, trató de buscar asilo en Francia, y pretestando un viaje á Guadalajara, se refujió con la suegra y sus dos hijos Alfonso y Fernando en el reino de Aragon, cuyo rey era hermano de la reina madre. Fadrique, uno de los hermanos del rey, aprobó, resguardó y aun coadyuvó al intento, y de órden suya, D. Jimen ó Simon Ruiz de los Cameros, su yerno, escoltó á la reina, la infanta de Castilla y los niños hasta la raya de Aragon, cuyo nuevo rey, tio de Blanca, los envió allí á recibir, y luego escoltar hasta su corte con el mayor obsequio.

Encolerizóse Alfonso con aquella huida, acriminándola como delito de estado, sin que fuese necesario que instase Sancho para castigar á los banderizos de los infantes. Encarceló al punto á D. Fadrique, é igualmente á D. Simon Ruiz de los Cameros, siéndole muy obvio el comprobar que el uno habia favorecido la traslacion de los infantes, y que el otro la habia coadyuvado, y sin encausarlos, por su propia autoridad y cierta ciencia real, les hizo dar muerte, quemando vivo á D. Simon en Treviño y ahorcando ú ahogando á D. Fadrique en Búrgos. Hay á la verdad crónica que afirma como se les sentenció formalmente por la justicia (mediante justicia), pero los trámites de la ejecucion están evidenciando la esclusion de todo procedimiento arreglado (2). Al mismo tiempo el rey estuvo levantando tropas para marchar contra el rey de Aragon y precisarle á que le devolviera su mujer y los niños. D. Pedro, recien-ascendido al trono, acudió, segun su costumbre, á un arbitrio para salir del paso; devolvió la reina de Castilla á su marido; encerró á los infantes en la fortaleza de Játiva, comprometiéndose con el rey á no soltarlos sin su anuencia, mientras con su permiso la reina Dª. Blanca pasaba á Francia, como madre de los infantes, en busca de su hermano Felipe el Atrevido para suplicarle que no desamparase á sus sobrinos, defraudados por un abuelo y un tio al par injustos de la herencia del padre (1).

Felipe el Atrevido, condoliéndose de los quebrantos de su hermana, determinó tantear una espedicion á favor de los sobrinos; juntó crecida hueste, se internó en España y llegó á Salvatierra, mas no pudo pasar adelante, pues falto de pertrechos de boca y de guerra, le acobardó el aspecto del pais y tuvo que retroceder. La crónica de San Macario menciona satíricamente esta espedicion, muy poco honorífica para Felipe, y donde el hijo de San Luis pasó en *loca guerra* en 1276 (2).

Revivió entretanto por Andalucía la guerra entre Cristianos y Musulmanes, en el estío de 1277, pues por aquel mes de junio volvió Abu Yusuf Yakub á España, aun antes de finar la tregua de dos años, ajustada á fines de 1275. Pasó al pronto á Ronda, donde se le incorporaron los hijos de los Eschkailolas, á saber, el rais Abu Ishak, saheb de Uady Yasch (Guadix), y el rais Abu Mohamed, saheb de Málaga, para guerrear contra los Cristianos. Estando ya juntos, se adelantaron á plantar sus reales sobre Sevilla. el 1º. de rabi-el-awal de 676 (22 de julio de 1277). Ensañóse Alfonso al presenciar los pendones de Abu Yusuf tremolando por las llanuras de Sevilla, y no pudiendo contenerse, salió á pelear capi-

(1) Así lo arroja cabalmente la Acta de *Hermandad* de Valladolid, como vamos luego á verlo.—Hay de D. Sancho una carta al obispo de *Cibdat de Castiella* (denotando bajo este nombre la ciudad de Búrgos, capital de Castilla), que despeja á las claras la índole y jestiones de D. Sancho, que prepararon su advenimiento al solio; carta que es un monumento curiosísimo del habla de aquel tiempo y del estilo particular de Sancho, y por lo mismo siento en el alma el no tener una copia á la mano.

(2) Anno Dñi. MCCLXXVII, nobilis rex Alfonsus, mediante justitia, occidit Dñm. Fredicum, et Dominum Simonem Roderici de los Cameros (anal. Toled. III, p. 419).—La crónica jeneral dice que fué ahogado D. Fadrique, y sin embargo Mariana, con su puntualidad acostumbrada, dice que D. Sancho (y no D. Alfonso): *á D. Fadrique, hizo cortar la cabeza en Búrgos.* Este D. Fadrique era un caballero bizarrísimo, un tanto á la morisca, al modo de su hermano Henrique, á la sazon tenido preso en Calabria por Cárlos de Anjú.—En cuanto al jénero de suplicio impuesto á D. Simon Ruiz, opina D. Juan Ferreras (t. VI, p. 309) que habiéndose puesto en defensa, los ejecutores pegaron fuego á la casa donde se habia refujiado y lo quemaron dentro.

(1) D.ª Blanca se hizo luego monja francisca, en San Marcelo de Paris, en donde vivió hasta el 17 de junio de 1320 (Véanse los hermanos de Santa Marta, t. I, p. 534).

(2) A España y á Salvatierra
Fué su hijo en loca guerra.
Chr. de S. Mat., Fabulercs de Barbazan, II, 228.

taneando á los suyos. Escuadronóse la tropa cristiana en batalla sobre la orilla del Guadalquivir, en crecido número y con grandísimo aparato, estando, segun el autor musulman, toda cuajada de cotas de malla completas y con morriones realzados de brillantes, espadas relucientes y centellante conjunto, de modo que se cegaron despavoridos los Musulmanes. Pero el valeroso emir los fortalece, se traba la refriega, y Dios franquea la victoria á la morisma, el 12 de rabiel-awal (13 de agosto), encerrando á Alfonso derrotado en Sevilla. Desentendióse sin embargo Yusuf de aquel sitio, arrollando luego por asalto á Alcalá de Guadaira y talando toda aquella parte de Andalucía. Falleció el walí de Málaga á los dos meses de aquella espedicion, y habiendo el emir de Marruecos estremado los mismos estragos por la campiña de Jerez, acudió junto al Ardjuna á incorporarse con él, amonestando para terciar en aquella guerra de relijion al emir de Granada. Marchan juntos sobre Córdoba, la talan y estrechan sin poderla tomar, se apoderan de Hisn ben Yeschir, y destrozan toda la comarca entre Córdoba y Jaen. Envia Alfonso una diputacion de monjes y clérigos á pedir la paz al emir de Marruecos, quien se halla á la sazon en Baeza; y Yusuf contesta que siendo tan solo auxiliar del emir de Granada, con este debe entenderse. Se avistaron pues con él y se le mostraron desabridos con su propio soberano, por cuanto no sabia defender ni á sus súbditos ni á su relijion. Juraron la paz sobre sus cruces y ajustaron con el emir de Granada un tratado, que ratificó el monarca africano en Aljeciras, á fines de ramadan de 676 (febrero de 1278) (1).

Alfonso, habiendo roto la paz en aquel mismo año, sitió á Aljeciras por mar y por tierra. Aguaceros, huracanes y rebeldias imposibilitaron á Yakub el volver á España; pero vino su hijo Yusuf á Tanjer, y juntó en aquel puerto una escuadra de sesenta naves, á las cuales añadió el emir de Granada, que seguia auxiliando al de Marruecos, doce embarcaciones armadas en Málaga, Almería y Almuñecar. Llevaba ya el sitio de Aljeciras cerca de un año, y el vecindario estaba exhausto de abastos y de todo auxilio, hasta de noticias, fuera de las que les traia una paloma despachada desde Jibraltar, pero no padecian menores quebrantos los sitiadores. Su escuadra estaba adoleciendo de una epidemia asoladora, que les precisó á desembarcar gran parte de sus tripulaciones, y en medio de aquel conflicto, la armada musulmana embistió y derrotó completamente á los Cristianos, quedando prisionero el almirante castellano, con varios oficiales de graduacion, un pariente del rey de Castilla y el príncipe de Bayona; y entónces el infante Don Pedro, que estaba mandando el ejército, presenciando aquel descalabro naval, no dió lugar á que desembarcasen los vencedores; y así levantó el sitio, abandonando tiendas, máquinas y municiones en su arrebato. Libertóse Aljeciras el 12 de rabi de 678 (23 de julio de 1279), tras un bloqueo de cerca de un año. Acudió el príncipe Yusuf á primeros del mes siguiente, reedificó el pueblo en solar mas aventajado, en el mismo terreno de los reales cristianos, y concedió una tregua al rey de Castilla, quien se obligó á auxiliarle con tropas contra el emir de Granada. El monarca africano se desentendió del tratado y de dar audiencia á los embajadores que le presentó su hijo; mas le sobrevino guerra con el emir de Tlemcen, y tuvo que dilatar sus intentos contra la Andalucía.

Mohamed, emir de Granada, desahogado por parte del Africa, á causa de su alianza con el rey de Tlemcen, y la lejanía del Marroquí, se entró por los estados de Castilla, talando las campiñas de Écija y de Córdoba, y acudiendo Alfonso personalmente á contrarestarle, adoleció de la vista y tuvo que entregar el mando á su hijo Sancho, quien cayó en una emboscada, junto á Hisnmoelin, á principios de 679 (1280), y le mataron hasta tres mil hombres, contando entre ellos muchos caballeros y oficiales de suposicion. Intentó el año siguiente desagraviarse el infante, pero Mohamed, acaudillando hasta cincuenta mil hombres, alcanzó segunda victoria, apoderándose de los reales cristianos (1).

Entretanto el rey de Francia, á pesar de su campaña infructuosa en 1276, no se dió por vencido en cuanto á los derechos de sus sobrinos, y así, aunque rechazado en Salvatierra, aplazó nueva espedicion para la primavera inmediata de 1277; pero Alfonso conceptuó haber ideado un arbitrio para negociar y quedar corrientes entrambos; se avistan entre Bayona y San Juan

(1) El Kartasch menor es el que nos suministra los acaecimientos de aquel año de 676. Conde los calla todos.

(1) Era de M et CCC et XVIII annos entró Don Sancho en la vega de Granada y Don Gonzalvo Ruiz Giron Maestre Duclés, é otros muchos Caballeros seglares y freires : ovieron facienda con los Moros, y duró todel dia fata que los partió la noche, y el maestre salió ferido, y murió dessas feridas, y el dia murieron hi muchos hombres buenos y D. Alvar Diaz de... turias, padre del Cardenal D. Ordoño, obispo de t... via murió su muerte huyendo á la frontera y Gil Gomez de Villalobos abat de Valladolit murió denfermedad en Sevilla en la salida de la Vega.

de Luz, donde Alfonso aviniéndose á desagraviar á Felipe sobre el asunto que los juntaba, y quizás labrando el cariño en su pecho alguna propension á sus nietos, propuso el conferir al primojénito, ú mas bien plantearle el reino de Jaen recienquitado á los Musulmanes con todas sus dependencias, pero pechado con una pension y homenaje á los reyes de Castilla. El rey de Francia no pudiendo recabar otra ventaja, firmó por fin el tratado, que vino á quedar nulo, pues no tuvo resultado alguno para los agraciados (1).

Entónces D. Alfonso, con arreglo al tratado de Bayona, envió el obispo de Oviedo al rey de Aragon, para suplicarle que le remitiera los infantes. Enterado Sancho de la negociacion, conceptúa la sesion descompasada, con lesion de las prerogativas de su reino venidero, y prorumpe que se empeñan en descuartizarle la monarquía para destroncarlo y dejarlo á merced de los infieles; que el rey se propasa despóticamente, desentendiéndose de los fueros y de las Cortes; que está derramando antojadizamente la sangre de los súbditos, prescindiendo de las leyes, y clama sin rebozo que menoscaba la hacienda y atropella y anonada todo jénero de lejislacion.

Los parciales del infante amplian y redoblan estas quejas, pregonan manifiestos, juntan tropas, y se aferran en que no cabe obedecer á un príncipe injusto, atropellador y alevoso. Los reyes de Portugal y de Granada, desentendiéndose de su alianza con Alfonso, se mancomunan con los conjurados; y el rey de Aragon, aprensivo allá con esta nueva potestad, no se atreve á devolver los infantes. El rey despavorido y exánime está viendo ya su corte desierta, es luego sabedor de la sublevacion de todo el reino y de su condenacion por las Cortes convocadas al intento por su hijo en Valladolid (abril de 1282) (1). Habíase desposado poco antes (en 1281) D. Sancho en Toledo con Dª. María de Molina, hija del infante D. Alfonso, hermano de San Fernando, y por consiguiente tio del rey D. Alfonso; dando así á conocer á toda la España que enlazándose con su propia alcurnia, se desentendia de todo arrimo estranjero, no aspirando á otro mas que al de sus entrañables Castellanos (2);

(1) El Alfonso para quien se estaba arreglando aquel reino de Jaen, como primojénito de Fernando de la Cerda, era todavía niño, nacido en Valladolid el año de 1270. Fernando, nacido en 1256, lo habia tenido siendo tambien muchacho, pues tal era el estilo de las personas reales en aquel siglo. Habia bautizado á Alfonso su tio Sancho, arzobispo de Toledo, en la iglesia de Santa María (véanse anal. Toled. III, páj. 418 y sig.).—A pesar de cuantos conatos se hicieron á favor suyo, Alfonso usó el dictado de rey, sin resultas hasta el año de 1304, en que por fin lo renunció, por mediacion de los reyes de Aragon y de Portugal, quienes arbitraron que no usase mas de aquel dictado, ni de las armas acuarteladas de la casa real, sino variando el sitio de los leones y demás figuras que campean, como lo suelen hacer los que no son reyes. No fué voluntario el desahucio de sus pretensiones, pero récibió en desquite fincas considerables, pero desparramadas y allá inconexas por varios parajes del reino; como los estados de Alba de Tormes, Bejar, Valdeconeja, Val de Manzanares, Jibraleon, el Agava, la Puebla de Sanabria, Lemos y otras varias posesiones de entidad que constituian su riquísimo infantazgo, como se está viendo en la sentencia arbitral de entrambos reyes (Valera Cron., c. 157).—De él descienden los duques de Medinaceli, en cuya familia se ha perpetuado el apellido de la Cerda. D. Alfonso de la Cerda fué renovando sus pretensiones, hasta que habiendo reconocido por rey á D. Alfonso, como le llaman otros, emigró á Francia, donde se enlazó con Masalda, condesa de Clermont, en la cual tuvo dos hijos: Luis de la Cerda, conde España, ó el hijo venturoso de las islas afortunadas, que hacian parte de la herencia de D. Alfonso. que fué padre de Isabel de la Cerda, de cuya cepa desciende la familia de Medinaceli. El segundo hijo de D. Alfonso fué D. Cárlos de la Cerda, condestable de Francia, que murió sin hijos. El hermano de D. Alfonso, segundo hijo del infante D. Fernando y de Doña Blanca, se llamó Fernando como su padre, y se casó con Doña Juana de Lara, la Palomilla, de donde trae su oríjen esta última casa.

(1) Puede verse el texto de la Acta de Hermandad de Valladolid en Escalona, apéndice III, escrito 266, bajo el título de Hermandad hecha por los infantes, prelados, ricos-hombres, concejos, órdenes y caballería de los reinos de Castilla, Leon y Galicia, sometiéndose al infante D. Sancho, por quejas contra el rey D. Alonso su padre, etc. Trae la fecha del 8 de julio de 1320 (1282), y se lee entre otros pasos:—Que por los muchos desafueros, daños, fuerzas, muertes, molestias (despechamientos), sin ser oidos, deshonras y otras muchas cosas depuedidas que eran contra Dios, la justicia, fueros y gran perjuicio del reino que habia hecho el rey, se habian juntado de órden del infante D. Saucho, su señor, los infantes, prelados, etc., para que unidos con él pudiesen mantener los fueros, privilejios, cartas, usos, costumbres, libertades y franquezas que tenian desde el tiempo del rey D. Alonso que ganó la batalla de las Navas (VIII de Castella) y el rey D. Alonso que venció la batalla de Mérida (XI de Leon) y otros soberanos.

(2) Era MCCCXX (1282) fuit lata sententia contra regem Alfonsum in Valleoleti in mense aprilis. Proxima præcedenti era contrarit Rex Dñs. Sanctius adhuc

desposorio que robusteció en gran manera su parcialidad. Instáronle los amigos para que tomase el dictado de rey, pero lo rechazó con entereza, repitiendo que tal dictado era privativo del rey su padre para mientras viviese; mas con toda aquella negativa, se avino á cuantas resoluciones le conferian la autoridad rejia. Nombráronle rejente y le entregaron la administracion de las rentas y de las cargas del estado; con lo cual empezó D. Sancho á reinar en Castilla antes de la muerte de su padre. Sin embargo D. Alfonso, dueño de Sevilla, lo escomulgó por su parte (1).

Pero suponia poco aquella escomunion, y necesitaba un aliado el rey de Castilla en aquel desamparo de todos los potentados de Europa; y así desahuciado, acudió al emir de los Musulmanes contra su hijo rebelde.

Sancho, sobresaltado con aquella alianza, se desvivió tras la del emir de Granada, entregándole el fuerte de Arenas por prenda de su palabra. Se avistaron en Priego, tratándose como amigos antiguos, é idearon á una su plan de campaña (1). Pasó Abu Yusuf Yakub á Aljeciras, á fines de rabi-el-awal de 681 (julio de 1282), y continuó su marcha hasta Saghiatebad (Zahara), á donde acudió Alfonso y le ofreció la corona en prenda para el pago de los auxilios que le pedia. Esmeróse el Africano en acatar al rey de Castilla, le franqueó cien mil dinares, y se incorporaron para ir á sitiar á Córdoba, donde D. Sancho se habia fortificado; pero al mes levantaron el sitio al asomo del rey de Granada, talaron las cercanías de Andújar y de Jaen, fueron derrotados junto á Ubeda, y regresaron el uno á Sevilla y el otro á Aljeciras.

A principios de moharrem de 682 (abril 1283), Yakub pasó á Málaga, tomó á Kartama, Schil y algunos otros castillos pertenecientes al emir de Granada, quien recurrió á la mediacion de Yusuf, hijo del emir de los Musulmanes. Acudió este desde el Maghreb y logró zanjar las desavenencias que mediaban entre los dos soberanos, y recabó de su padre que no tratase como enemigos mas que á los Cristianos. Yusuf Yakub fué asolando la campiña de Córdoba, consiguió una victoria contra D. Sancho, y dejando su presa y su bagaje principal en Baeza, se encaminó á Toledo, siguió talando todo el pais hasta una jornada de la capital, y despues de matar largos miles de Cristianos, regresó á Aljeciras con un sinnúmero de prisioneros y crecida cantidad de ricos despojos. Habia aquel monarca preservado el territorio del emir de Granada, aliado de D. Sancho, atajando las correrías de los Castellanos alfonsinos contra sus posesiones; y estos, maliciando alguna alevosía, desampararon sus reales y se volvieron á Sevilla, donde infundieron á Alfonso sus propias zozobras sobre tratos íntimos entre los emires de Granada y de Marruecos. Manifestóse el Castellano quejosísimo, escribiendo á este último sobre aquel desvío; pero Yakub lo serenó, comprometiéndole de nuevo su palabra para hacerle triunfar de todos sus enemigos. Sobrevino en esto el otoño, y retrayéndole sus negocios al Maghreb, regresó de nuevo á Aljeciras, y luego á sus costas de Mau-

infans, cum Regina Dna. Maria Toleti in mense julii (D. Joan Emmanuelis, Chr.).

(1) Esto, dice Zurita, se hizo con grande solemnidad y ceremonia, y ayuntaron en el palacio real D. Ramon, arzobispo de Sevilla, D. Suero, obispo de Cádiz, fray Aymar, electo obispo de Avila, Pelay Perez, abad de Valladolid, y todas las dignidades y prelados de las órdenes que allí se hallaron, y fueron presentes D. Martin Gil de Portugal, y tres embajadores del rey D. Dionis, que eran D. Suer Perez de Barbosa, D. Juan de Arboin, y Gonzalo Fernandez, y otros caballeros portugueses, Tel Gutierrez, justicia de la casa del rey, Pedro Garcia de Ayrones, Garci Iofre de Loaysa, Pedro Ruiz de Villejas y Gomez Perez alguacil mayor de Sevilla. Asentóse el rey en presencia de todo el pueblo, en su estrado que para aquel acto estuvo aderezado, y públicamente ante todos, por su sentencia se refirieron por escrito las causas que para ella habian precedido, y entónces maldijo al infante D. Sancho, su hijo, diciendo que le sometia y ponia debajo de la maldicion de Dios y su ira, y que estuviese sujeto á ella como impío, parricida, rebelde, inobediente y contumaz. Tras esto declaró que le desheredaba y privaba de cualquiera derecho que tuviese y le podia competer en la sucesion de sus reinos y señoríos, como á hijo ingratísimo y que tanto habia dejenerado; y porque no pudiese suceder en ellos despues de su muerte, ni otro por él en su lugar, le condenaba en aquella sentencia; la cual se publicó á ocho dias del mes de noviembre del año pasado de MCCLXXXII. Despues de haberse pronunciado esta sentencia, revocó el rey los homenajes y juras que se habian hecho por su mandado al infante, cuando se trató que le jurasen de tener y obedecer como heredero y sucesor despues de los dias del rey su padre. Hieron. Zurita, Anales de Aragon, l. IV, c. 34, é índices latinos, p. 171.

(1) Conde altera aquí notablemente el arábigo: —no tomo III (dice Moura, el traductor fiel portugués del Kartasch menor) no tomo III, p. 69, diz Conde: — luego que el rey Alfonso entendió los tratos de su hijo con Muhamad, temió mucho de sus alianzas, y escribió al rey Juzef, que estaba en su nueva obra de Aljeciras é continua alterando os successos.

ritania (redjeb de 682—octubre de 1280) (1).

En aquel intermedio enfermó D. Alfonso y falleció en Sevilla el 14 de abril de 1284 (2), renovando, al espirar, las maldiciones sobredichas contra su hijo, y declarando al primojénito de D. Fernando de la Cerda rey de Castilla y de Leon, y dando además á D. Juan, su segundo, el reino de Sevilla, y al tercero D. Jaime el de Murcia.

Hallábase D. Sancho en Avila cuando recibió el aviso del fallecimiento de su padre, y manifestando sumo desconsuelo, se enlutó con mas rigor y esmero del que acostumbraban sus antecesores; y luego pasó á Toledo, en donde quedó coronado con la reina su consorte; y para desesperanzar de una vez á los infantes sus hermanos de toda sucesion, hizo reconocer solemnemente á su hija única, Dª. María, por heredera de *Castilla* y de *Leon.* Esmeróse luego en pacificar el reino, evidenciando con su ahinco y despejo que no habia evitado toda refriega con su padre por mero apocamiento ú cobardía. Corrió á Sevilla, de cuyo reino se habia ya posesionado el infante D. Juan, su hermano, en virtud del testamento del padre. Lo apeó sin tropiezo, y fué igualmente allanando las plazas que permanecian bajo la obcdiencia del rey difunto. Regresó en seguida triunfante á Toledo, en donde, para colmo de sus anhelos, alumbró la reina un hijo, que reinó despues bajo el nombre de Fernando IV.

Fué Alfonso uno de los mayores reyes que tuvo la España. Dedicado desde su mocedad á estudios fundamentales, y versado en cuantas ciencias se conocian á la sazon, dió á su nacion un empuje grandioso por el rumbo de la civilizacion intelectual. Esmeróse, ya desde su ascenso al trono, en organizar esclarecidamente la universidad de Salamanca, planteada por su abuelo Alfonso de Leon. En 1254, estableció dos cátedras de derecho civil, dos de canónico, otras dos de lójica y de filosofía, y una de música. Quedaron los catedráticos crecidamente dotados, y los estudiantes condecorados con privilejios especiales. Alternando siempre con un sinnúmero de sabios que estaba atrayendo á su corte con su aficion, sus regalos y agasajos, dedicó todos sus ratos desahogados á grandísimos trabajos literarios.

Son muchas las obras que compuso en prosa y en verso, y unas y otras le merecieron condignamente el dictado de *Sabio.* Escribió, ú lo dispuso, mas de diez obras en prosa, y las tablas astronómicas llamadas Alfonsinas son peculiarmente suyas; se dice que Judíos y Arabes instruidos le ayudaron en aquella tarea; cabe muy bien, pero al cabo fué él mismo el disponedor y coordinador del conjunto. Compuso en verso una coleccion de cántigas en honor de la Vírjen, de la cual se conserva un ejemplar, segun se dice, de su propia mano en la librería de la metropolitana de Toledo, y están en gallego (1). Pero su obra de mayor entidad es la de las *Siete Partidas*, fundando en motivos encumbrados tamaña empresa: «Hecho cargo, dice, de que los mas de nuestros reinos carecen hasta ahora de fuero, y que la justicia se ha estado ejerciendo arbitrariamente por los reyes, ó por el fallo de prohombres nombrados al intento por las partes interesadas, ó bien por usos establecidos sin derecho formal, resultando quebrantos y daños infinitos para los pueblos y para los hombres, etc. (2).»

Atribúyesele tambien una obra en verso intitulada Libro de las Querellas, poema donde se quejaba, con un pariente fiel y su amigo, de la deslealtad de los ricos-hombres de sus estados, que se habian abanderizado con su hijo. Conduélense al par la historia y la verdad del malogro de aquel poema, quedando solas dos octavas, dedicadas á Diego Perez Sarmiento, primo del rey (Cormano). Permanecióle fiel Diego Perez Sarmiento en medio de tanta desventura, y este es el móvil de aquella agradecida dedicatoria, conceptuándole dignísimo confidente de sus amarguras contra su hijo y sus vasallos infieles:

(1) Kartaseh el Saghyr, c. 73.

(2) Era MCCCXXII, obiit rex Alfonsus in Hispali in mense aprilis (D. Joan Emman. Chron.).—Martes ante de Pascua, quatro dias andados de abril (Chron. de Cardeña, año 1284).

(1) Hay una copia moderna en folio, segun Sanchez, entre los manuscritos de la librería del Escorial. La primera copla de cada Cántiga es, como decian en lo antiguo los Españoles, *asonada;* esto es, solfeada, ó acompañada de música, y como una especie de canto llano, cuyos ejemplos se pueden ver, para enterarse de la música del siglo trece, en la *Paleografía Castellana*, p. 720, y en la estampa 8 de Zúñiga, anales de Sevilla, quien trae varias coplas de las Cántigas de D. Alfonso el Sabio, p. 116 y sig.

(2) Entendiendo que la mayor parte de nuestros reinos no ovieron fuero fasta el nuestro tiempo, et juzgabanse por fazañas por albedríos departidos de los omes et por usos desaguisados sin derecho, de que nacian muchos daños á los pueblos é á los omes, etc. ley 198 del Estilo.—Preámbulo que allá se va con el de la declaracion inmortal de los derechos por la Asamblea Constituyente.

A ti, Diego Perez Sarmiento, leal,
Cormano é amigo é firme vasallo,
Lo que á mios omes de cuita les callo,
Entiendo decir, plañendo mi mal:
A ti que quitaste la tierra é cabdal
Por las mis faciendas en Roma é allende,
Mi péndola vuela, escochala dende,
Ca grita doliente con fabla mortal.

Como yaz solo el rey de Castilla,
Emperador de Alemania, que foe
Aquel que los reyes besaban el pié,
E reinas pedian limosna é mancilla;
El que de hueste mantuvo en Sevilla
Diez mil de á caballo é tres dobles peones;
El que acatado en lejanas regiones
Foe por sus Tablas é por su cuchilla.

Estas dos octavas tienen un arranque grandioso, y por tanto se echa menos dolorosamente el poema. Hasta el título de *Libro* puesto al poema hace tambien conceptuar obviamente que seria obra considerable, ó por lo menos de alguna estension, y por consiguiente de entidad para la ilustracion de la historia de aquel reinado. Parece que D. Alfonso lo escribió en los últimos años de su vida, en los cuales quedó defraudado de su corona, esto es, de 1282 á 1284.

# CAPÍTULO IX.

*Lista de los papas y de los emperadores en Italia. — Federico II y Manfredo. — Derrota y muerte de Manfredo por Cárlos de Anjú en Benevento. — Conradino. — Batalla de Tagliacozzo. — Ejecucion de Conradino en Nápoles. — Entronque de la alcurnia de Aragon con la de Suabia. — Competencia de Pedro III de Aragon con Cárlos de Anjú, rey de Sicilia. — Desempeño de Cárlos en Sicilia. — Agravios y quejas de la Sicilia contra Cárlos. — Juan de Prócida. — Vísperas Sicilianas. — Espedicion de D. Pedro á Sicilia. — Llámanle allá. — Llega, y lo coronan rey en Palermo. — Providencias ejecutivas de D. Pedro. — Liberta á Mesina. — Carta de D. Pedro á Cárlos de Anjú. — Su contestacion. — Reto de Bardeaux desentendido por D. Pedro. — Consolidacion de la potestad aragonesa en Sicilia. — Varios hechos.*

**DESDE 1245 HASTA 1302.**

La contienda entre papas y emperadores, ó Güelfos y Jibelinos, tuvo por aquel siglo tan suma trascendencia por lo relativo á la presente historia, que no cabe pasarla por alto. Sabidas son las revueltas y vaivenes que estuvieron consumiendo el reinado de Henrique VI, de la casa de Hohenstaufen, heredera del ducado de Suabia. En aquel reinado y en el de su hijo Federico II, se embraveció mas y mas la lid tan reñida del sacerdocio con el imperio, y nunca sus respectivas pretensiones habian rayado tan alto, ni aferrádose con tantísimo ahinco y teson. Al fallecer Henrique VI en Mesina el 8 de setiembre de 1197, su hijo Federico era tan solo de dos años y algunos meses, y su madre Constancia pidió para él al papa Celestino III la investidura de la Sicilia, y no siendo el niño emperador, la consiguió (1), pero por cuanto lo habia sido su padre y habia fallecido escomulgado, habia que pagar, por la investidura del hijo y por el permiso para enterrar al padre, hasta diez mil marcos de plata para el papa y los cardenales; obligando además á la madre á jurar que Federico, que se ansiaba conceptuar de advenedizo, era verdaderamente hijo suyo é igualmente del emperador. En el mismo caso se halló Fredegunda, quien habia tenido que jurar y hacer jurar por

(1) Federico II, hijo de Henrique VI y de Constancia, era, por la madre, nieto de Rojer, primer rey de Sicilia, sobrino de Guillermo el Malvado, primo de Guillermo el Bondadoso, sobrino tambien de Tancredo y primo del malhadado Guillermo, cegado y mutilado por Henrique VI. — Era en efecto Constancia hija póstuma de Rojer, hermano de Guillermo el Malvado, y tia de Guillermo el Bondadoso; se habia desposado, mediante la anuencia del rey su sobrino, con Henrique VI, rey de los Romanos, hijo de Federico I, llamado Barbaroja, de la casa de Suabia.

obispos y por testigos íntimos, que Clotario II habia nacido positivamente de ella y de Quilperico. Se malició de Fredegunda el asesinato de su marido, como igualmente de Constancia el envenenamiento del suyo. No era Constancia una Fredegunda, pero Henrique VI se habia malquistado tantísimo con sus crueldades, que aun suponiéndole aquel atentado, venian casi á disculparla.

Inocencio III, sucesor de Celestino III, fué el que dió á las claras el primer embate á la regalía de la legacion perpetua, y requiriendo sin rebozo aquella supresion, no se avino á dar la investidura sino bajo aquel concepto; en vano echó Constancia el resto en agasajos y regalos, pues el pontífice se aferró inexorablemente, y cuanto se le pudo recabar se redujo, para no estrellarse con la concesion de sus predecesores á que no sentenciase formalmente contra la legacion; mas la dejó de hecho revocada con todas las disposiciones de sus bulas en que iba deslindando la eleccion de obispos y abades, restablecia las apelaciones á Roma, mandando ante todo que se sujetasen á sus legados, á pesar de cualquier privilejio ú rescrito en contrario, como dimanado de la santa Sede, y así envió ejecutivamente un legado á Sicilia.

En aquel intermedio, la emperatriz Constancia, rendidísima con Roma, puso al morir á su hijo bajo el amparo de Inocencio III, nombrándole rejente del reino, y si fué por política, salió esta acertada. Siguió á la verdad Inocencio aboliendo la legacion perpetua, corroboró cuantos derechos acababa de resumir para la santa Sede; mas tuvo por sagrados todos los derechos é intereses de su ahijado; lo defendió con ahinco tenaz contra todos los enemigos de su alcurnia, que eran muchos y poderosísimos, dedicando en su abono las armas ya espirituales ya temporales. Habia Gauthier de Briena casádose con la primojénita, Albina, de Tancredo, y estaba con aquel entronque disputando la Sicilia á Federico; mas no se rastrea el móvil político ú empeño en dilatar los ámbitos de su tutoría hasta agolpar en la persona del ahijado aquella incorporacion de la Sicilia con el imperio, tan temida por los papas. Al fallecimiento de Henrique VI, no cabiendo el revestir con el imperio á un niño como era Federico, habian nombrado emperador á Felipe, hermano de Henrique; mas como siempre la casa de Suabia habia estado enemistada con los papas, contrarestó Inocencio aquella eleccion y fraguó un cisma en el imperio, haciendo nombrar á Oton IV de la alcurnia de Sajonia, y sin embargo labró despues la deposicion de este mismo, hechura suya, para proporcionar el imperio á Federico, volcando así al mismo tiempo su propia obra y la de sus predecesores; novedad que no redundó en ventaja alguna ni para los papas, ni para la casa de Suabia. Honorio III, sucesor de Inocencio, acudió al pronto á medios suaves para enderezar aquel yerro de tantísimo bulto para su concepto; conceptuó que en la mocedad de Federico, edad tan propia para emplearle tras espediciones lejanas y halagüeñas, lograria fácilmente el desviarle allá comprometiéndole en una cruzada. Prometiólo así Federico por el pronto, mas luego, ya que echase de ver el ardid, ó bien que los derechos correspondientes á su señorío, cuales los estaba presenciando, embargasen de sobras su ambicion y su desasosiego, ó sea en fin que el ejemplar de su abuelo Federico I, fallecido en uno de aquellos viajes relijiosos (1), le entibiase en cuanto á la empresa, la fué dilatando con varios pretestos, que suministraron á los papas el de tacharle de infiel á sus promesas, fulminandole los rayos de la iglesia, tan redoblados á la sazon, y aun tan temidos posteriormente; cuanto mas que Federico estaba tiznado de otros desbarros de mas cuenta que el de mostrarse tan reacio para su viaje á la Tierra Santa; pues habia renovado contra ellos su empeño tras la Sicilia y el imperio; se habia repuesto en posesion de la legacion hereditaria, alegando que sobre aquel punto único habia Inocencio III abusado contra él de la flaqueza de su niñez y de la autoridad de rejente, y que la emperatriz su madre, obsequiosa en demasía con los papas, no habia podido, en perjuicio de un rey menor, transijir sobre un derecho tan positivamente granjeado para su corona. A la verdad, los autores rendidos á la corte de Roma, como Buronio, dicen que Federico, ya en mayoría, habia ratificado la anuencia de Constancia su madre á la bula, en la cual Inocencio III dejaba abolida la legacion. Entablaba Federico otros intentos aun mas angustiosos para los papas, denegándoles el predominio de la Sicilia. El homenaje tributado por Roberto Guiscar á Nicolás II y á Gregorio VII, y por el rey Rojer II á Inocencio II, se reducia, en su concepto, á honor y miramiento, sin asomo de feudalismo; se tributaba al sumo pontífice, al sucesor de San Pedro, y no al soberano, y ¿de dónde vendria aquel feudalismo? no podia menos de proceder de algun otorgamiento donde el otorgante se desprendia de un haber á favor del agraciado, quien paró luego, en pago de aquel sacrificio, en *hombre* y vasallo suyo; pero de nada

(1) En 1190, al tránsito del Cidno; el idéntico rio que causó la indisposicion de que Alejandro estuvo á pique de fenecer, por haberse bañado en su corriente.

se habian desprendido los papas á favor de los príncipes normandos, por cuanto los papas nunca habian poseido finca alguna, ni en los estados de Nápoles, ni en la Pulla, ni en la Calabria, ni en la isla de Sicilia, ni en punto alguno correspondiente al reino de este nombre. Habian dado de antemano á los Normandos las conquistas que iban á verificar, confirmándoles su posesion despues de redondeadas; mas prescindiendo de que Roma gozase ó no de aquel derecho, ¿á ver qué era cuanto habia añadido al engrandecimiento positivo de los príncipes normandos? nada mas que dictados honoríficos, por los cuales ni se les habia tributado, ni se les debia homenaje alguno, sino tambien meramente honorífico.

Entretanto Federico II, conceptuando su pundonor comprometido en el viaje de la Tierra Santa, acordó cumplirlo en 1229; mas al llegar á Jerusalen, tuvo que retroceder, con el aviso de que Gregorio IX, sucesor de Honorio III, aprovechaba su ausencia para hostilizarle por Italia. Siguió mas y mas la guerra, tanto espiritual como temporal, por toda la vida de Federico, pues los papas Honorio III, Gregorio IX é Inocencio IV no cesaron de acosarle y de ser acosados, correspondiéndose mútuamente en largos y amarguísimos ultrajes; hasta que por fin Inocencio IV lo hizo escomulgar solemnemente, y luego apear en el concilio de Lion en 1245.

La deposicion del emperador Federico II en aquel concilio, abierto el 26 de junio de 1245 (1), hizo sumo eco por sus particularidades estrañas. Pronunció el papa la sentencia de su deposicion en medio de un aparato lúgubre y aterrador, pues en el trance de disparar el pontífice el anatema, quedaron apagadas las velas que alumbraban la concurrencia; mas no mereció la aprobacion unánime de toda ella, protestando algunos individuos con ademan vehemente; y Tadeo, enviado del emperador, prorumpió en estas palabras: «¡Dia de ira, dia de malandanza y de calamidad!» presenciando la ceremonia y valiéndose de las idénticas palabras consagradas en los cánticos fúnebres de la iglesia (2). Era Fiesco, amigo antiguo de Federico, quien hecho papa, estaba así persiguiendo al cabeza de la alcurnia de Hohenstaufen (3); con lo cual abonaba la contestacion de Federico á los palaciegos que se le desalaban en parabienes por el encumbramiento del nuevo pontífice. «Por fin lograréis,» le decian, «la intimidad de un papa.--Decid mas bien,» replicó Federico, «que he venido á perder la amistad de un cardinal, pues Fiesco amaba á Federico, é Inocencio IV odiará al emperador.» San Luis, San Fernando y D. Jaime 1°. de Aragon, los mayores monarcas de aquel tiempo, parece que desaprobaron aquel boato que aparató el papa con el ánimo de aterrar á las jentes; mas todos se redujeron á un desagrado tácito, y luego los resultados de aquella sentencia fueron siguiendo su rumbo, y sirvieron de pretesto para la rebelion y la desobediencia.

(1) Fué el primer concilio jeneral de Lion, y el décimotercio ecuménico.

(2) Dies illa, dies iræ, calamitatis, et miseriæ! dies magna et amara valde!.

(3) El Jenovés Sijibaldo de Fiesco, cardenal bajo el título de San Lorenzo, elejido papa por unanimidad con el nombre de Inocencio IV, el 24 ú mas bien el 25 de junio del año 1243.

Falleció Federico II en Fiorenzuola de la Pulla, en 13 de diciembre de 1250 (1). Conrado, su hijo, rey de Romanos, á pesar de la oposicion del papa, quien confirmó el imperio en Guillermo, conde de Holanda, elejido por la faccion del papa en 1247, tomó el dictado de emperador; le dejó su padre por testamento todos sus estados, y entre ellos el reino de Sicilia, con el dictado de rey de Jerusalen, que siempre han usado despues los reyes de Sicilia; habiéndolo tomado Federico en el mismo Jerusalen, cuando el viaje á Tierra Santa, el 18 de marzo de 1229. Se habia poco antes desposado, al pasar por Constantinopla, con Violante, hija de Juan de Briena, rey titular de Jerusalen, llamado para gobernar el imperio latino de Constantinopla durante la menoría de Balduino II, y que manejó hasta en 1237 con el dictado de emperador; y en ella tuvo Federico á Conrado (2).

Habia Federico pactado en su testamento que si conrado moria sin hijos, Henrique, su herma-

(1) Fué Federico varon valiente y de entereza, cual se requeria para contrarestar á los papas por entónces con algun éxito; mostróse comedido en la prosperidad y fuerte á proporcion en la desgracia; amó y cultivó las humanidades y las ciencias; poseia varios idiomas, planteó para la instruccion de la juventud, en Nápoles, una academia ó universidad, y en su tiempo y por su esmero se afamó la escuela de Salerno para el estudio de la medicina; hizo traducir varias obras griegas en latin, que era el idioma corriente, pues las lenguas modernas estaban muy en mantillas para componer en ellas obras de fundamento. Hizo redactar por su canciller, Pedro de Viñes, las constituciones del reino de Sicilia, y añadió leyes atinadas á las de los príncipes normandos. Escribió sobre la caza, *de naturá et curá avium*, y se hallan cantares y poesías suyas en lengua toscana entre las de Pedro de Viñes.

(2) Conrado IV, hijo de Federico II y de Violante de Briena, habia nacido en 1228.

no segundo, á quien por otra parte dejaba una porcion de la herencia, al arbitrio de Conrado, sucederia á este último. Tenia Federico otro hijo natural llamado Manfredo, á cuya sucesion le llamaba en defecto de posteridad de Conrado y Henrique; dándole desde luego, como por via de lejítima, el principado de Tarento, con otros estados considerables en Italia y la rejencia de Sicilia, durante la ausencia de Conrado, quien se hallaba á la sazon en Alemania, donde se habia desposado con Isabel de Baviera. Conrado pasó el año siguiente á la Pulla, y siguió luego á tomar posesion del reino de Sicilia, á pesar del contraresto de Inocencio IV, quien pasó de Francia ó Italia y escomulgó á Conrado y á sus afectos. Disfrutó poquísimo el hijo de Federico la sucesion de su padre, pues falleció el 22 de mayo de 1253 en la Pulla, envenenado, si creemos á los escritores güelfos, por Manfredo, su hermano natural, y dejando de Isabel de Baviera, su esposa, un hijo único y heredero llamado Conradino (1), quien de tan solos dos años se hallaba á la sazon en Alemania al cuidado de su madre. Habia Conrado en su testamento nombrado por tutor á un Aleman que le acompañó á Italia; era este Bertoldo, marqués de Hohenbrue; y por uno de aquellos raptos corrientes entre los enemigos de los papas, en el trance de la muerte, al par de Federico II, le encargó que pusiese á su hijo bajo el amparo de la santa Sede, quien no quiso avenirse á ser ayo del niño, sino bajo el pacto de que se habia de posesionar de toda la Sicilia durante aquella niñez, hasta que Conradino se hallase en estado de gobernar por sí mismo, esto es, de constituirse su virey, si es que cuadraba aquel cargo á la santa Sede. Tuvo á bien no obstante conformarse con una escrupulosidad muy fundada, espresando en el juramento de fidelidad que se le requeria, la cláusula de *salvo el derecho de Conradino;* y el papa, por una admonicion, fecha en Anagni del 15 de agosto, dia de la Asuncion, no dió mas plazo al marqués de Hohenbrue, á Manfredo y á sus parciales, que el de 8 de setiembre siguiente, dia de la natividad de la Vírjen, para la entrega de aquel estado. Llega el plazo, y declara que han incurrido en las censuras, y envia allá por legado al cardenal Guillermo de Fiesco, su sobrino, con ejército y con potestad indefinida para causar cuanto daño pudiera redundar en provecho de la Santa Sede.

Nobleza y pueblo se desavienen y abanderizan, segun son güelfos ó jibelinos, estando los unos por el papa y los otros por Conradino y Manfredo, cuyos intereses iban á la sazon hermanados. Hechos cargo los Jibelinos de que el marqués de Hohenbrue propendia al papa, le privaron de la administracion del reino, y la vincularon en Manfredo, á quien correspondia naturalmente. Suena allá un eco de que Conradino ha fallecido en Alemania, y Manfredo agolpa sus parciales, y dispone ó insta encarecidamente para que, si vive Conradino, se le entregue la rejencia, y si ha fallecido, se le reconozca por soberano.

Inhábil por el pronto para contrarestar al turbion de fuerzas del papa que lo acosan, acude á un ardid; aparenta allanarse, llama él mismo á Inocencio IV, en ademan de entregarle el reino. Revoca entónces el papa las censuras, honra á Manfredo como á su primer súbdito, que está dando ejemplo tan acendrado á los demas, y lo nombra su lugar-teniente-jeneral para una parte del reino, le ratifica la donacion del principado de Tarento y suple con nuevas concesiones las que el legado le tenia revocadas.

Lleva Manfredo adelante aquel ardid tan certero; sale al encuentro al papa, lo acompaña llevándole el caballo del diestro, y queda hecho un palaciego del pontífice. Sobreviene que un palaciego en realidad del papa, llamado Burel de Agnone, tratando de posesionarse de un feudo perteneciente á Manfredo, quedó muerto por los dependientes de este, quien protestó mas y mas que no habia mediado en aquella atrocidad; pero avisado reservadamente de que el papa lo descreia, y que desengañándose ya de aquellos actos de rendimiento, quiere prenderle, huye por senderos desusados y se mete en Luceria, una de las dos colonias mahometanas planteadas por Federico en la Italia meridional. En 1223, habiendo vencido á los Sarracenos de Sicilia, les brindó con nuevos territorios en sus estados, prestándole de nuevo juramento de fidelidad y sirviéndole en sus tropas. Aceptaron largos miles de Mahometanos aquellas condiciones, y Federico los trasladó á la Pulla y los posesionó de la Luceria, con las hermosas campiñas de la Capitanata. Veinte y cuatro años despues (en 1247), indujo los últimos restos de los Sarracenos sicilianos á avecindarse, en los mismos términos, en la ciudad de Nocera, situada en un valle ameno entre Nápoles y Salerno, y que desde entónces se apellidó Nocera de i Pagani (Nocera de los Paganos) (1).

Habíanse agolpado los Sarracenos sobre los muros y la puerta: «Aquí está vuestro príncipe

(1) Conradino, ú Conrado menor.

(1) Giovani Villani, l. VI, c. 14.—Suelen los historiadores italianos equivocar Luceria con Nocera de Pagani, pues se apellidó así la ciudad del principado Citerior, y no la de Capitanata.

y señor,» les voceó en arábigo uno de los acompañantes de Manfredo,«quien viene, como apeteceis, á ponerse en vuestras manos, confiado en vuestra lealtad; abridle las puertas.» A estas palabras, los pechos sarracenos rebosan de entusiasmo. Se hacen luego cargo de que tienen cerradas las puertas contra el hijo de su rey, y que Marquisio, el gobernador de Luceria, era enemigo suyo. «Que entre, que entre,» prorumpen todos, «antes que el gobernador sepa su llegada; que entre, y nosotros le salimos fiadores.»

Habia Federico encerrado en Luceria cuantiosos tesoros, y Manfredo se valió de ellos para levantar una hueste con la cual derrotó la del legado, tomó á Foggia y Troya en la Capitanata, y despavorido el legado, huyó á Nápoles, donde supo que su tio Inocencio IV acababa de fallecer el 7 de diciembre de 1254 (1).

Alejandro IV, sucesor de Inocencio y sobrino de Gregorio IX, heredero de su enfurecimiento contra la casa de Suabia, envia otro legado, el cardenal Octaviano Ubaldini, cohecha con timbres y agasajos al marqués de Hohenbrue,á quien supone enemistado con Manfredo; cita á Manfredo para Nápoles á responder personalmente de la muerte de Burel de Agnone, y por el descaro, mucho mas inmoral para el papa, de haber osado vencer á su legado, arrojándolo de la Pulla; pero Manfredo contestó que no era su ánimo desacatar á la santa Sede, sino volver por los intereses de su sobrino, pues obraba siempre en calidad de rejente y á nombre de Conradino; pero amargó mucho mas aquella respuesta, precisando al nuevo legado á pedir la paz y á firmar un tratado por el cual resignaba en Manfredo, siempre á nombre de Conradino, el reino de Sicilia por entero, á escepcion de la Tierra de Labor, que se reservaba la Iglesia romana en cabal propiedad. Desentendióse Alejandro IV de la ratificacion de aquel tratado, enarboló cruzada contra Manfredo, y segun allá una negociacion entablada ya por Inocencio IV, ofreció el reino de Sicilia á Edmundo, hijo segundo del rey de Inglaterra, Henrique III. Respondió mas y mas Manfredo á estas nuevas hostilidades de Alejandro IV, redondeando aquella misma comarca de Labor que el legado Ubaldini habia querido afianzar para la Santa Sede. Entretanto Henrique III aceptó á bulto el bríndis del papa, y siendo Edmundo sobrado mozo para ir á emprender aquella conquista del reino de Sicilia, se obligó el padre, so pena de todas las censuras eclesiásticas, á transitar allá con ejército; pero lo dilató al pronto por dos años, y luego fué pidiendo prórogas y mas prórogas hasta que por fin vino á conocer que habia prometido mas de lo que podia cumplir, habiendo el señorío inglés desaprobado la empresa, y negado absolutamente el caudal necesario para verificarla.

Sonó de nuevo el rumor falso de la muerte de Conradino: ¿dejarian de ser tales voces parto del mismo Manfredo para tantear los ánimos acerca de su persona? Lo que inclinaria á maliciarlo es que se valió de este último eco para pasar á Palermo y hacerse coronar solemnemente, el 11 de agosto de 1258, como rey de Sicilia, diciendo que robusteció su potestad, y acabó de redondear bajo su ley todas las posesiones normandas, aquende y allende el Faro. Le hizo cargos Isabel de Baviera sobre tamaña usurpacion y atropellamiento de los derecho de Conradino, su hijo, tras de mostrarse allá tan comprometido con sus mismos empeños. Entónces Manfredo orilla la máscara, y contesta que habiendo desagraviado al padre y al hermano y desprendido la Sicilia de las manos de dos papas, conceptuaba haberse granjeado aquel reino por título de conquista para disfrutarlo ya toda su vida, pero se apalabra en cederlo al morir á Conradino. Era con efecto un arreglo doméstico que podia ajustarse amistosamente, siendo Conradino tan ternezuelo que apenas tenia seis años; era tambien Manfredo harto mozo, no teniendo mas que veinte y seis, y su rejencia no podia menos de dilatarse largamente, y en suma á él únicamente se le estaba debiendo la conservacion de aquel reino. Con motivos tan poderosos pudiera Isabel avenirse á dejar que reinase Manfredo, estrechándole á que, en llegando Conradino á edad competente, lo asociase desde luego á su solio; pues la única demasía de Manfredo en aquella empresa era el haber procedido por su propia autoridad, y sin contar con los interesados.

Al saber el papa la coronacion de Manfredo, recargó mas y mas la escomunion y puso aquel reino en entredicho; pero ya Roma, con tanto menudear sus descargas, hermanándolas á las claras con su propia ambicion, se estaba desautorizando, y así Manfredo, avezado á tales fulminaciones, se esmeró en merecerlas. No quedándole un punto que redondear por Sicilia, se fué adelantando, y la guerra en sus manos, siendo antes defensiva, paró en ofensiva, entrometió su tropa desde Nocera por el patrimonio de S. Pedro (1), y Alejandro IV, en aquel desamparo, ya no trató mas que de entablar una paz, cohonestándole en cuanto le fuese dable por el honor de

(1) Cuentan que espiró de pura saña, al saber la derrota del legado, que luego le siguió al sepulcro.

(1) ..... e l'oste de suei Sarraceni avea messi nel patrimonio di San Pietro (Giov. Villani, l. VI, c. 99.)

la santa Sede, cuando falleció en Viterbo el 25 de mayo de 1261, y con él feneció tambien su ánimo pacífico, pues Urbano IV, su sucesor, francés de nacion é hijo de un remendon de Troyes, volvió al flujo de los anatemas y hostilidades, y predicó cruzada contra Manfredo y sus Sarracenos (1).

Entretanto en España, como ya se ha visto, los dos reinos de Castilla y Aragon se habian sobrepuesto á todos los demás, encumbrándose á potencias con quienes todas las estranjeras ansiaban entroncar. Se ha dicho tambien cuales fueron los timbres que habia tremolado Jaime I de Aragon, llamado, con harto fundamento, el Conquistador. Acataban todos á D. Jaime casi por igual á S. Luis y á S. Fernando, y así conceptuó Manfredo que debia solicitar su parentesco; brindóle, para su hijo, que fué luego rey de Aragon bajo el dictado de Pedro III, con su hija Constancia, y con ella, dicen, la esperanza de Sicilia, reservándose únicamente el usufructo.

«Aquel rey Manfredo, dice Ramon Muntaner, vivia espléndidamente, pues era grandioso en sus jestiones y en sus desembolsos, y así aquel enlace mereció sumamente el agrado del rey de Aragon y del infante su hijo D. Pedro, y así lo aceptaron con preferencia á todos los demás, enviándose mutuamente mensajeros esclarecidos al intento. Llegados á Nápoles los de D. Jaime, ajustaron el convenio con Manfredo, quien al punto envió con dos galeras armadas la señorita, de edad de catorce años. No cabia criatura mas linda, honesta y agraciada. Condujéronla al dicho señor en Cataluña, acompañada de jentiles hombres, caballeros, ciudadanos, prelados, señoras y señoritas. Se desposaron lejítimamente, como lo dispone la Iglesia. Asistieron al desposorio el buen rey su padre, los hermanos y todos los barones de Cataluña y de Aragon, y se deja discurrir cuan grandiosos serian los festejos; mas cuantos deseen allá enterarse pueden acudir al libro que se compuso luego sobre el asunto, siendo ya rey el infante. Allí verán las cuantiosas dádivas y sumos agasajos que mediaron, con otras particularidades que omito por estar ya manifestadas (1). En aquella señorita, añade Muntaner, llamada Constancia, tuvo varios hijos, sobreviviendo á los padres hasta cuatro varones y dos niñas, á saber, los infantes D. Alfonso, D. Jaime, D. Federico y D. Pedro, siendo todos cuerdísimos infantes, de cabal desempeño para la guerra y otros ramos, como se echará de ver en lo sucesivo, segun se vaya ofreciendo, como tambien las infantas, de las cuales ya he dicho que la una fué reina de Portugal, y la otra mujer de Roberto, rey de Jerusalen. El rey D. Jaime casó á D. Jaime con la hija del conde de Foix, el baron mas descollante y acaudalado de Langüedoque; llamábase Claramunda y fué una dama de las mas sabias y recatadas del orbe. Mediaron tambien grandísimos festejos en esta boda, entre los barones de Cataluña, Aragon, Gascuña y todo el Langüedoque. Tuvo el infante D. Jaime en aquella señora larga prole, de la cual sobrevivieron á los padres hasta cuatro varones y dos hembras, como sucedió al infante D. Pedro. Llamáronse los hijos Jaime, Sancho, Fernando y Felipe, de cuyos hechos se hablará despues. Casó una de las hijas con D. Juan, hijo de D. Manuel de Castilla; y la otra con el rey Roberto, como se dijo, siendo su esposa tras la muerte de Violante, hija del señor D. Pedro.»

La primera jestion de alianza é intimidad por parte del rey de Aragon fué el intento de hermanar á Manfredo con el papa, brindando con su mediacion; pero el papa por el contrario echó el resto para retraer al rey de Aragon de aquel entronque con un escomulgado; el cual sin embargo esperanzaba con una corona. Verificóse el enlace, el 13 de junio de 1262, en Mompeller, único pueblo que correspondia aun al rey de Aragon, tras el tratado de Corbeil, en Francia. Tan solo declaró Jaime I (2) que no le cabia parte alguna en contraponerse á los intereses de la iglesia romana; pero sabida es la trascendencia de tales manifestaciones. Con tal desengaño el papa anduvo desaforadamente como á caza de competidores contra Manfredo y el rey de Aragon, y clavó su ahinco en armar contra ellos todo el poderío de la Francia. Junta conclave, va reseñando las demasías de Manfredo, y al ver tan desvalida la Inglaterra para el intento, con dictámen del consistorio, traslada la corona de Sicilia á un príncipe francés; mas como siempre hay que cohonestar la sinrazon con algun viso de equidad, el pretesto del papa en andar ofreciendo la corona de Sicilia primero á la casa de Inglaterra fué el haber si-

(1) E li predicó croce contra loro (ibid., l. c.).— Urbano IV, llamado antes Jaime Pantaleon, quedó electo papa en Viterbo el año de 1261. Murió en Perusa el 2 de octubre de 1264, vacando luego la santa Sede por cinco meses. — Poi elesseso papa Urbano quarto della cita di Tresi di Campagna in Francia; il cuale fu di vile nazione, si come figlio di un ciabattere, ma valente home fu, e savia.....( Giov. Villani, l. VII, c. 90).

(1) Ramon Munt., lugar citado.

(2) El mismo lugar citado.

do fundado aquel reino por Normandos, cuyos descendientes eran los príncipes ingleses. Acudióse al mismo pretesto para con la alcurnia de Francia, como que descendia igualmente, aunque por línea femenina, de los mismos duques de Normandía; mas venia á ser todo mera farsa; pues ¿en qué los duques de Normandía, ó sus habientes derecho, podian heredar á unos particulares normandos, quienes por su valentía se habian constituido soberanos en Italia? ¿por ser colonia de Normandos? pero ni el gobierno habia enviado tal colonia, ni esta seguia relacionada con su metrópoli, siendo únicamente posesion de aventureros que se habian desentendido de su patria, y se habian allá labrado su existencia; y así tan solo podia caber aquella herencia á tal cual pariente, y no á soberanos de quienes se habian retraido, y á quienes, cuando menos, habian venido á igualarse.

Ya en el año de 1253, viviendo é imperando todavía Conrado, habia Inocencio IV ofrecido la corona de Sicilia al conde de Anjú, hermano menor de San Luis, pero este se hallaba á la sazon en cruzada con su hermano, y el asunto no pasó adelante. Ofreció Urbano IV en 1262 aquella corona al mismo San Luis, no para sí mismo, sino para el hijo que tuviese á bien escojer, con tal que no fuese el heredero del trono, pues tan á mal se llevaba que la Sicilia perteneciese al rey de Francia como al emperador, porque venia á ser siempre un vasallo sobrado poderoso; cuanto mas que harto tiempo habian sido los reyes de Francia emperadores y muy en realidad soberanos en la misma Roma, conservando todavía allá pretensiones siempre temibles. No cabian tales zozobras con San Luis; se desentendió, fundándose en este dilema tan puro en moral como en política: ó la santa Sede se hallaba con derecho para andar así traspasando coronas ó no; si no lo tenía, quedaba la de Sicilia para Conradino, y si con efecto era árbitro, estaba ya consumado el derecho en la persona del príncipe inglés Edmundo; y no queriendo Luis dañar al derecho de nadie, en vano se esmeró el papa en desimpresionarle de sus escrúpulos, asegurándole que el punto quedaba ya maduramente deslindado en el consistorio, siendo todos de dictámen, con él mismo, que en vez de cometer una tropelía, daba un paso en estremo grato á Dios; y aun, además de ser lejítimo, lo debia mirar como de su obligacion, debiendo con efecto practicar todo cuanto es del agrado del Señor. Insistió Luis en su dilema y en su desvío; y el papa anteviendo desde luego aquel tropiezo, y noticioso por su nuncio de la ambicion del conde de Anjú, encargó al mismo enviado que entablase con él aquella negociacion.

Valeroso y ambiciosísimo era Cárlos, conde de Anjú, habiendo descollado por ambos rumbos en la primera cruzada, donde habia acompañado al rey su hermano en la desventura; y aun su ambicion y su índole desaforada habian asomado anteriormente. Habiéndole el rey armado caballero en 1245 á presencia de una reunion esclarecida de barones, y echando el resto en el boato del ceremonial, Cárlos, harto descontentadizo en punto á blasones y realces, acudió á su madre, la reina D^a^. Blanca, quejándosele de haberlo agasajado en aquel trance menos que *á sus hermanos, siendo el único que pudiera apellidarse hijo de rey*, como si el descendiente en línea recta de larguísima serie de monarcas no fuese hijo de rey, por cuanto al nacer él, estaba todavía viviendo su abuelo, y su padre estaba esperando una corona que no podia menos de caberle á no fallecer antes. El rey, en aquel mismo año, confirió los condados de Anjú y de Maina al desagradecido hermano, adjudicándole crecidas pensiones que le constituian, á medida de sus anhelos, príncipe rico y poderoso.

Habíase además enlazado muy á su placer, puesto que le cupo un estado grandioso por su consorte Beatriz, cuarta y última hija de Raimundo Berenguer, conde de Provenza, la misma á quien se antojó al padre reservar la herencia, contentando á las otras con dotes en dinero, y casándolas con monarcas; la primojénita Margarita fué la mujer venturosa de San Luis, la segunda, Leonor, de Henrique III, rey de Inglaterra, y la tercera, Sancha, lo fué de Ricardo, hermano del rey de Inglaterra, elejido despues rey de Romanos. Era el condado de Provenza, apropiado á Beatriz, una especie de reino, aunque sin el dictado de tal, superior, cuanto mas igual á varios reinos de España, por lo cual acudieron á Beatriz todos los aspirantes ambiciosos, pidiéndola soberanos aun de mano armada. Apetecíala el rey de Aragon, D. Jaime, para su hijo D. Pedro, antes de casarlo con la hija de Manfredo, encaminando tropas á Provenza en apoyo de su instancia. Armóse igualmente el conde de Anjú para la propia conquista, y aquel fué el principio de la competencia entre la casa de Aragon con la princesa de Anjú. Acertó Cárlos á afianzarse los prohombres de Provenza, quienes inclinaron á Beatriz á su desposorio con el conde de Anjú, contra el ánimo del difunto conde de Provenza, su padre, quien la destinaba para el conde de Tolosa, Raimundo VII.

Instituia el testamento de Raimundo Berenguer por heredera á Beatriz, al arrimo del derecho romano que rejia en aquella provincia,

franqueando ensanche sin coto para testar á todos. Comedido siempre San Luis, acató el testamento del suegro; pero Margarita, condigna esposa del santo, rebosando, como él, de relijiosidad, en medio de su cariño al padre, parece que no opinó con el marido sobre este punto; mirando siempre al conde de Anjú y á su consorte como usurpadores en cuanto á la Provenza; instó encarecidamente á su marido para que defendiese su derecho, pero desentendióse él sobre este único particular, y si cabe maliciar algun encono en persona tan justificada y apacible como Margarita, se puede afirmar que nunca quiso bien ni á su hermana Beatriz ni á su cuñado Cárlos.

San Luis no obstante, respetando el testamento de Raimundo, pidió á Beatriz las cantidades ofrecidas en dote á Margarita; pero Beatriz, que estaba usurpando, ú por lo menos poseyendo la Provenza, ni aun se avino á lejitimar en cierto modo aquel goce satisfaciendo las sumas que se les habian asignado por dotes (1).

El conde de Anjú á nadie pagaba y todo lo contradecia á quien quiera, pues solia el rey prestarle de sus ahorros; pero Cárlos siempre se desentendia, y aun ya se ha visto como estuvo dispuesto para disputar á San Luis aun la misma corona, pretestando que solo él era hijo de rey; pleiteó reñidamente con Beatriz, suegra de entrambos, viuda de Raimundo Berenguer, sobre derechos matrimoniales, dándoles acaso Beatriz sobrado ensanche. Llegó la desavenencia al punto de acudir á las armas y talarse las campiñas; pero mediando como árbitro San Luis, le impuso el sacrificio de sus pretensiones, aunque indemnizándole luego con dinero, y mediante su esmero, la reconciliacion entre las partes tuvo visos de entrañable, y fué duradera.

No era menos cabal el enlace de Beatriz de Provenza con el conde de Anjú, que el de Margarita con San Luis, pues si la virtud y relijiosidad estrechában á estos, no iba en zaga la ambicion de aquellos para intimarlos por el mismo rumbo.

Envidiaban las hermanas á Beatriz su Provenza, y estaba esta envidiándoles con el mismo ahinco su dictado de reinas; sonrojábase en estremo de haberse quedado en condesa, reinando tan solo en Provenza, al paso que sus dos hermanas mayores se engreian con ínfulas de reinas, la una en Francia, y la otra en Inglaterra, y aun esta última se hallaba pronta para remontarse todavía desde el dictado de reina al aun mas augusto de emperatriz, lo que sin embargo no llegó á realizarse.

En medio de aquellas pasiones grandiosas y vanaglorias mezquinas, ofrece el papa Urbano IV al conde de Anjú la corona de Sicilia; al mismo conde de Anjú á cuya ambicion nada bastaba y á cuyo denuedo nada podia contrarestar, era á quien iba á plantear por competidor de su enemigo Manfredo. Estaba el reino á la verdad por conquistar, mas esta circunstancia es un aliciente mas para Cárlos, quien ansiaba reinar, pero anhelaba con mayor ahinco el vencer, y su ambicion quedara menos pagada con un imperio, no teniendo que batallar; y Beatriz por su parte, en pos de aquel dictado de reina, ídolo de sus entrañas, hizo cuantos sacrificios requeria la suma importancia de aquella empresa, vendiendo su pedrería para comprar y estipendiar un ejército.

Ajustóse un tratado con los pactos que mediaban para entronizar al conde de Anjú en Sicilia, estendido por el legado del papa Simon de Bria. cardenal con el título de santa Cecilia. Reconocíase en el artículo IV la soberanía del papa sobre el reino de Sicilia, espresando que se habia de repetir el pleito homenaje en cada mudanza, no tan solo de rey, sino de pontífice. El artículo V disponia que los reyes de Sicilia no serian solo vasallos y pecheros, sino tambien tributarios de la santa Sede; que pagarian anualmente, el dia de S. Pedro, un censo de ocho mil onzas de oro, so pena de escomunion, si el pago se dilataba de dos meses; de entredicho, si eran cuatro, y de apeamiento absoluto del trono, si eran seis; que además presentaria al papa de tres en tres años una hacanea blanca, contando desde la conquista...—La bula que encierra este tratado es del 26 de febrero de 1265; es del papa Clemente IV, quien la espidió á los veinte dias de su nombramiento (1).

El papa (y era una de las condiciones de la misma bula) señalaba al conde el plazo de quince meses para aportar en Sicilia, acaudillando una hueste, y aun era muy dilatado para el apocamiento á que Manfredo habia reducido la Iglesia, y harto escaso para los preparativos que se habian de aparatar en Francia. Cárlos, sobrepujando en ímpetus al papa, no espera el plazo. sino que arrebata alguna tropa; sale de Paris el 21 de abril, se embarca en Marsella con mil jine·

(1) Véanse Bouche y Papon, hist. de la Prov. sobre aquel año.

(1) Clemente IV nació en San Jiles, sobre el Rin. Llamado anteriormente Gui Fulcodi, cardenal obispo de Santa Sabina, fué electo papa el 2 de febrero de 1265, y coronado el 22 del mismo mes; Clemente IV murió en Viterbo el 29 de noviembre de 1268.

tes selectos, da la vela para Roma, contraresta temporales, y orillando todo dictámen apocado, se atiene al tema de los temerarios, que la fortuna es compañera del arrojo. Anda la escuadra de Manfredo cruzando por aquellas aguas para asirlo en su tránsito; y el mismo temporal, cuya violencia era tan de temer para su intento, es cabalmente quien lo salva enmarándolo mucho y alejándolo de la escuadra apresadora. Llega el 20 de mayo á la vista de Ostia, cuyo puerto habia imposibilitado Manfredo atendiendo á todo; pero Cárlos ejecutivamente lo desembaraza, entra, surca Tiber arriba y llega el 23 á Roma, donde el alarido jeneral de pasmo y regocijo le premia al punto su denuedo.

Con las turbulencias de Italia, no habitaban los papas en Roma, sino en Agnani, Viterbo, Orbieto ú Perusa, y por tanto Clemente IV lleva á mal que Cárlos con parte de su comitiva se hospede en el palacio Lauranense, y así le escribe desabrida y altaneramente, mas no se agravia Cárlos, pues mediando el afan de reinar, no se para en fruslerías.

Deja todo de serlo, conceptuado, hasta lo mas mínimo, desacato y tropelía por parte del senador de Roma; pero Cárlos, enajenado tras su intento, aplaca al pontífice y sigue adelante. Manfredo, tras el malogro de apresar á su competidor por mar, quiere asaltarlo en Roma, aun desvalido sin la hueste que está esperando de Francia, arrojándose á la ciudad por tres puntos diversos; pero Cárlos acude tan atinada y ejecutivamente á su defensa, que Manfredo, ya sobre Tívoli, tiene que cejar y desviarse. Cárlos, con aquella guerrilla valerosa y acaballerada que le habia acompañado, quiere salirle al encuentro; mas el papa le escribe que enfrene su denuedo, y encarga á los cardenales residentes en Roma que lo contengan hasta la llegada de los auxilios de Francia. Cárlos, incapaz de sosiego, emplea aquella temporada en juntar los Güelfos, parciales del papa y enemigos de la casa de Suabia, echando el resto en robustecer su bandería y negociar con los varios estados de Italia el tránsito espedito del ejército francés, precisado á ir atravesando casi toda la Península. Habia el legado hecho pregonar en Francia nueva cruzada contra Manfredo, con lo cual se habian agolpado señores y caballeros de todas las provincias de aquel reino. Intentan los Jibelinos, parciales de Manfredo, atajar á los Franceses en el tránsito de los Alpes, mas logran tramontarlos, al arrimo del marqués de Monferrato, á quien Cárlos, por medio de sus negociaciones, tiene ya afianzado de antemano. Los Milaneses, enemigos declarados de la casa de Suabia, auxilian igualmente al ejército francés, que va evitando la Toscana, donde dominan los Jibelinos, y se encamina por la Romaña, el ducado de Urbino, la marca de Ancona, el ducado de Espoleto, hasta que llega á últimos de diciembre ó primeros de enero á Roma. Pertrechado entónces Cárlos con cuanto necesitaba, esto es, ejército y arrojo, le delega el papa varios cardenales para coronarlo allí el 6 de enero de 1266, festividad de la Epifanía, con su esposa Beatriz, quien por fin, empapada toda en aquel dictado que ansiaba tantísimo, nada tiene ya que envidiar á sus hermanas.

A los catorce dias de su coronacion, sale Cárlos á campaña con toda su hueste, y Manfredo, teniendo ya que orillar el papel de agresor, se reduce á resguardar sus estados. Envia entónces proposiciones de paz al papa, que ni siquiera le contesta, y de convenio á Cárlos, quien responde en francés á los enviados: «andad, y decid al sultan de Nocera que no trato mas que de batallar, y que hoy mismo ú yo lo empozo en los infiernos, ó él me encumbra al paraiso» (1).

Afanado Manfredo en resguardar á Capua, á la sazon capital del que luego se llamó reino de Nápoles, estaba atrincherado contra su enemigo bajo los muros de aquella ciudad y á la orilla del Vulturno, que no intentaria Cárlos probablemente atravesar, á la vista de un ejército poderoso; como sucedió con efecto, pues no lo pasó por aquel punto, sino que dió un rodeo rio arriba, para luego descolgarse sobre Capua. Chasqueado Manfredo y careciendo del arbitrio que tenia ideado para atajarle, desconfiando además de los ánimos del vecindario de Capua, temió quedar acorralado entre una ciudad mal segura y un ejército victorioso; y así dejó aquel punto y se colocó bajo las almenas de Benevento, desde donde resguardaba la Pulla, y esperaba refuerzos considerables de Alemanes y Sarracenos de Africa. Resistiendo mas las plazas que tan atropelladamente se iban rindiendo, cabia el irle llegando oportunamente aquellos refuerzos, pues así lo tenia conceptuado Manfredo. Acababan tambien de entregarse Capua y Nápoles, mas llegando al cabo un socorro de ochocientos caballos alemanes, bastó esto para envalentonar y esperanzar á Manfredo, y aunque fuese cordura el seguir aguardando mayores auxilios que acudian de todas partes, no le cupo el contrarestar mas largamente el rubor de ir cejando ante el enemigo y manifestando cobar-

(1) Il re Carlo di sua bocca volle fare la risposta, é disse in sua lingua, in francese: allez, etc. (Giov. Villani, l. VII, c. 5).—Téngase presente que Manfredo se valió de los Sarracenos al romper la guerra, y por eso le llama el sultan de Nocera.

dia. Entonado con el cariño y el afan que le mostraban los Alemanes, acuerda por fin batallar; en cuya determinacion, dicen, cometió un yerro tanto mas indisculpable, cuanto, además de los refuerzos que la menor demora iba á proporcionarle, escaseando los Franceses de todo jénero de abastos y ante todo de dinero, podian, por decirlo así, quedar vencidos sin pelea. Bajo este concepto, gravísimo era el yerro por ambas partes, y así tan torpe era el desempeño de Cárlos en comprometerse hasta el estremo de tener imprescindiblemente que pelear ó fenecer, como el de Manfredo en atropellar una lid que debia evitar á todo trance. Pero Cárlos quedó vencedor, y este logro lo abona todo, pues *facilísimamente nos perdonamos nuestros desaciertos en sincerándolos la suerte*, dice Bossuet. El odio, embotado con la muerte de Manfredo, le franquea el elojio de haber cumplido en la refriega desventurada de Benevento con los requisitos de soldado valeroso y de capitan intelijente. Cabe tambien á Cárlos de Anjú la digna alabanza de haber afianzado la victoria en lo sumo del trance, ya por su desempeño en la batalla, ya por una órden que tuvo la serenidad de espresar á las claras y oportunísimamente en lo mas recio de la pelea.

Habia tenido la advertencia de colocar entre la caballería piquetes de infantería que disparaban flechas ó esgrimian sus aceros, no contra los jinetes, sino contra los caballos que, muertos ó heridos, volcaban desde luego á los conductores unos sobre otros, desbaratando la formacion enemiga y completando la derrota.

Echó tambien de ver en medio de la refriega que los Alemanes, con sus espadas largas y pesadísimas, sus hachas y sus mazas, armas todas grandiosas, destrozaban á miles á los Franceses, cuyas espadas cortas y endebles no hacian mella en los morriones y corazas de los enemigos; por lo que conceptuó muy preferible la punta al filo de la espada, y así voceó que se mandase herir de estocada al enemigo; «estocada, soldados, estocada,» iba repitiendo y dando el ejemplo. Luego se echó de ver la trascendencia deaquella disposicion, pues al enarbolar los contrarios inadvertidos el brazo,y antes que descargasen el golpe, ya estaban malheridos, y con esta disposicion quedaron aportillados hasta dos tercios del ejército de Manfredo.

Hallábase él mismo, capitaneando á sus Sarracenos predilectos, en el tercer cuerpo, y allí en derredor suyo quedaron tendidos casi todos. Tuvo, al encasquetarse el morrion para la refriega, la corazonada de su esterminio, pues el águila que descollaba sobre su cimera se le cayó sobre el arzon del caballo. *Hoc est signum Dei*, dijo á sus barones; «habia yo afianzado con mis propias manos la cimera, y no es el acaso quien la desprende;» y no llevando aquella insignia real que lo diera á conocer, se abalanzó á la refriega y desapareció, mediando luego varios dias sin que constase su paradero, hasta que asomó un jinete picardo, montado en un caballo, y terciada una banda, y se advirtió luego eran uno y otro de Manfredo; preguntáronle dónde paraba el guerrero contra quien habia alcanzado aquellas insignias victoriosas, y contestó que absolutamente no lo conocia, pero que habiendo visto al desconocido pelear desesperadamente, se le habia arrojado, y al irlo á atravesar, habia tropezado su lanza en la cabeza del caballo, que se habia empinado furiosamente volcando al jinete; que entónces algunos desalmados remataron al hombre á mazazos; se acudió al sitio, se le buscó por largo rato, y por fin un sirviente de su ejército lo conoció en medio de los difuntos. Trajeron su cadáver á presencia del rey Cárlos, atravesado sobre un asno, y llamando á los barones prisioneros para cerciorarse de si era él mismo, contestaron todos afirmativamente; pero preguntado el conde Jordan Lancia y enseñándole el rostro de Manfredo, se abofeteó á sí mismo con ambas manos, y esclamó llorando y sollozando: «¡ay, amo mio, en qué hemos venido á parar!» y los caballeros franceses que lo presenciaban se enternecieron tambien con aquel espectáculo (1).

Aquella batalla de Benevento que decidió de la suerte del reino de Sicilia, como la de Hastings dos solos años antes habia sentenciado la de Inglaterra, fué en el 26 de febrero de 1266, á un año cabal de la fecha de la bula que conferia la Sicilia á Cárlos de Anjú. Dicen unos que Cárlos mandó enterrar honoríficamente á Manfredo, aunque sin funcion eclesiástica, por haber fallecido bajo anatema, y otros refieren (sin que se contradigan tal vez ambos relatos) que los Franceses, entre los cuales tenia sus apasionados, pidieron por él á Cárlos los honores del sepulcro, quien contestó: «sí lo haria, á no haber muerto descomulgado;» y entónces lo enterraron en un hoyo junto al puente de Benevento, cubriéndolo luego los soldados con un monton de piedras, por via de monumento militar, y á esto se reducirá lo que llaman los autores haberlo enterrado honoríficamente. Lo hizo luego el papa trasladar fuera del término de Benevento, por ser territorio papal, y por supuesto bendito, que no debia mancillarse con el cuerpo de un escomulgado; y su paradero fué á la orilla de un riachuelo sobre el confin del

(1) Giov. Villani, l. VII, c. 9.

estado de Nápoles. Conceptuábasele impío, porque era enemigo de los papas, hermanándose indistintamente con Cristianos y con Sarracenos, y sobre todo porque estando ya escomulgado, seguia asistiendo á los oficios divinos, lo que á la sazon se tenia por una profanacion. Por lo demás, aquel Manfredo á quien tantos frailes y escritores güelfos tiznaban de un Neron, otros, á saber, los Jibelinos lo han asemejado á Tito. No fué Manfredo ni uno ni otro; era valeroso, despejado, magnánimo y dadivoso, gustaba del estudio y amparó las artes, supo gobernar, y entre tantos vaivenes, los pueblos, no siendo desventurados, lo echaron menos; á esto se reduce todo, alcanzándole tambien positivamente los achaques de su siglo y de su situacion (1).

Entró Cárlos triunfalmente en Nápoles, y todo al parecer se le fué rindiendo, así en el continente de Italia como en la isla de Sicilia. Un tio de Manfredo, llamado Galvano de Lancia, nombre muy propio de un desfacedor de entuertos, trató de recojer algun escaso resto del ejército siciliano, mas tuvo luego que salir de Sicilia con todos los suyos. Resistieron algun tanto los Sarracenos de Lucera, recibiendo á la viuda de Manfredo con sus dos niños, Manfredino y Beatriz; sostuvieron un sitio que fué forzoso trocarlo en bloqueo que fué larguísimo; pero todos los demás pueblos, bien rebeldes á la santa Sede, ó bien armados contra el conde de Anjú, fueron ansiosos acudiendo á pedir paz y la lograron bajo condiciones mas ó menos violentas; y así vino á quedar postrado el partido Jibelino por toda la Italia (2).

Estremóse Cárlos en rehacerlo, gobernando tan á ciegas como habia peleado á derechas, echando el resto para que todos echasen menos á Manfredo hasta lo sumo, y así atropelló á su reino á fuer de mero pais conquistado, sin alcanzar ni soñar los esmerados miramientos que requiere toda posesion recien-adquirida. Las haciendas de los barones que habian permanecido adictos á la casa de Suabia, y cuya fidelidad debia infundir mas confianza, quedaron confiscadas, parando en manos de los palaciegos mas codiciosos del conde; fueron igualmente depuestos los oficiales antiguos; agolpáronse un sinnúmero de nuevos, descollando los mas descocados, agasajando mas y mas y anteponiendo siempre á los consejeros de pasos violentos y de sumas tropelías; y el redoblarlas era el negocio importantísimo y predilecto del gobierno, siguiendo Cárlos el rumbo de los tiranos hasta en hacerse visible, pues yacia allá como sacramentado en el sacrario de su alcázar y en medio de sus válidos mismos, esto es, de los ejecutores de sus exacciones y crueldades. No podian sonar en sus oidos los lamentos del lloroso, desvalido y exhausto, pues tenia así atajado el paso hasta su solio con todo estudio y por sistema. Cuajadas están las cartas de su entronizador Clemente IV de pormenores de su conducta con los Sicilianos. «Si ese reino tuyo, escribia á su ahijado (1), queda así desapiadadamente exhausto á manos de tus paniaguados, tú eres el culpado únicamente, vinculando los empleos en una gavilla de forajidos y asesinos, que andan por todo el estado cometiendo atrocidades que Dios no puede presenciar. . Esos malvados se están de continuo tiznando con robos, adulterios, exacciones bárbaras y todo jénero de salteamientos... Te empeñas en ablandarme con tus escaseces, mas ¿por dónde puedo darte crédito? ¿Con que no aciertas á vivir con las rentas de un reino, cuya abundancia suministraba á todo un soberano como Federico, ya emperador de Romanos, lo muy suficiente para acudir á gastos mayores que los tuyos, y aun para saciar la codicia de la Lombardía, de la Toscana, de ambas Marcas y la Alemania, atesorando todavía con el sobrante riquezas inmensas.»

«No alcanzo, le repetia en otra carta con fecha del 5 de mayo en Viterbo, año IV de su pontificado porqué, te estoy escribiendo como á rey, supuesto que tú te desentiendes así de tu propio reino, que yace ahí talado por Sarracenos y por enemigos alevosos. Empobrecido ya por tus ministros asoladores, fenece ahí descuartizado por otros enemigos..... menguando sus defensores cuanto sus estragadores van siempre en aumento. Si acabas de perder ese reino por tu culpa, no esperanzes ni sueñes que la Iglesia se esponga á nuevos afanes y desembolsos para reponértelo. Entónces te podrás volver á tu condado hereditario, empapado allá en tu dictado inservible de rey y colgado de los acontecimientos. Quizás te engries con el arrimo de tu denuedo bajo

(1) Villani (VI, c. 89) recarga el retrato de Manfredo en demasía:—Non lasciava Manfredi di far persequitare di continuo la Chiesa, e'l papa e suoi fedeli; ed egli si stava quando in Cicilia, é quando in Puglia á gran delizie, e in gran diletto, seguendo vita mondana ed epicuria a ogni suo piacere, tenendo piu concubine, e vivendo lussuriosamente, e non parea che curasse Iddio né santi.—Era afectuosísimo á los Sarracenos, confiándoles la guardia de plazas y tesoros. Tenia hasta nueve mil recien llegados, y los capitaneó en el avance de la última batalla, como se ha visto. Véase Villani, l. c; véase tambien Duchesne, t. V.

(2) Véase Muratori, Script. Rer. Ital., ad ann.

(1) Tesoro de anécdotas de Martenne.

el concepto de que Dios ha de hacer por ti milagrosamente lo que debieras hacer tú mismo; ó quizás vives confiado en tu propio desempeño, soñando así preferencias ideales contra los consejos de los demás. No era mi ánimo escribirte mas sobre estos particulares, y si lo hago por la vez postrera, es cediendo á las instancias de nuestro venerable hermano Raul, obispo de Albi (1).»

Iban ya propendiendo los ánimos á nueva revolucion, pues seguia Cárlos practicando cuanto conducia para su destronamiento; clavan la vista en el mancebo Conradino de quince años, pero caviloso ya con la suerte de su alcurnia y con el desempeño que le compete, y aunque su madre lo está criando con delicadeza aprensiva, retrayéndolo de todo ahinco sobre negocios públicos, de suyo peligrosos, está viviendo en la corte de Oton, duque de Baviera, su tio materno; proporciónale otro su madre desposándose con el conde del Tirol; y asomando ya en Alemania y en Italia un partido á su favor, remanece Galvano Lancia por un ángulo de la Calabria; se rehacen los Sarracenos de Luceria, y se juntan los Jibelinos desterrados. La parcialidad de Manfredo se va reuniendo, apellidando ahora á Conradino; las ciudades imperiales de Italia y cuantas se habian doblegado á su pesar, parándoles luego tantísimo perjuicio, acuden con diputados á la Alemania, y sus proposiciones se conceptúan acreedoras á ser oidas en la familia de Conradino, menos por la madre, que tan solo hace alto en las contingencias de la empresa, y está viendo inconsolable, teniéndose luego su quebranto por una corazonada, alejársele para siempre aquel hijo idolatrado.

Entre los consejos que Clemente IV tenia dados á Cárlos (quien, por mas provechosos que fuesen, los habia menospreciado), era uno que la fuerza era imprescindible para escudar su sinrazon, y con su conducta se habia sentenciado á no arrimar jamás la espada ni la coraza, ni á desviarse un punto de su hueste; y Cárlos ni la parte que cuadraba con su tiranía habia tomado de aquel consejo; antes despidió ejecutivamente el ejército cruzado y su entronizador para Francia, ciñéndose únicamente á las fuerzas de sus estados nuevos, todos mal seguros y descontentos, y así aparecian favorables las coyunturas para el intento de Conradino; pero se atraviesa aquí un personaje que asomó de antemano, y que hizo grandísimo papel en aquella espedicion, dando lugar á que se le retrate mas al vivo.

Henrique, infante de Castilla y hermano de Alfonso X, llamado el Sabio, hijos ambos de San Fernando, y por tanto pariente cercano de San Luis y del nuevo rey de Sicilia (1), andaba por el mundo en clase de aventurero, despues de haberse arrojado á destronar á su hermano, fracasando en su intento, salió de España donde no le cabia ya el dañar, y llevándose consigo á su hermano Federico y una colonia de Castellanos, pasó al Africa, y se alistó con ellos al servicio del rey de Túnez, donde llegó á juntar un caudal grandioso (2). Sabedor luego de la revolucion que habia entronizado en Sicilia al conde de Anjú, su pariente, pasó á Italia, esperanzado de aumentar mas y mas sus haberes. Presentóse en la corte de Nápoles, capitaneando un cuerpo de ochocientos caballos castellanos, con todo el boato de pariente y de guerrero provechoso. Agasajóle Cárlos, franqueándole suma privanza, pero en vez de darle, ó dejarle tomar dinero, como habia hecho el rey de Túnez, le recabó un empréstito de sesenta mil ducados, y estrechándose así su mutua confianza, le encargó que pasase á Roma para sosegar una asonada, donde su dictado de senador, del cual nunca se habia desprendido, le proporcionaba un predominio que ansiaba afianzar. En materia de asonadas, habia promovido las de España contra su hermano el rey de Castilla; y así como ducho, acertó á utilizar mas la de Roma, pues en vez de enfrenar á los alborotadores, se esmeró en agradarles. Desazonaba al vecindario el ver que habiendo conferido á Cárlos tan honoríficamente la senatoría perpetua, y habiendo Cárlos jurado por su parte el conservarla siempre, se habia obligado por el tratado relativo á Sicilia á renunciarlo por lo mas en el término de tres años, y aquellos dos comprometimientos contradictorios hacian por lo menos muy sospechosos sus intentos. Avaloró mañosamente el príncipe Henrique aquella coyuntura para hacerse nombrar á sí mismo para la senatoría, y con arterías, peculiarmente suyas, supo hacerse confirmar la eleccion por el papa, granjeándole el albedrío hasta el punto de quererle brindar con el reino de Cerdeña para conquistarlo á los Pisanos, que se lo habian apropiado (3). Teniendo Cárlos ya comprobado que sabia conquistar los reinos que le regalaba la

(1) Véase Raynaldo, tom. II, p. 159.

(1) Un escritor célebre (Mr. Sismondi) dice por inadvertencia, en su historia, que el padre de Henrique era hermano de la madre de Cárlos; era el padre de Henrique hijo de una hermana de la madre de Cárlos, y así de un sobrino, y no de un hermano de este.

(2) Henrique y Federico venian á ser medio árabes, y, segun se cree, lo que es mas, medio musulmanes.

(3) Véanse los historiadores de Italia.

santa Sede, estaba á la sazon pidiendo el de Cerdeña; y apeado por él de la senaduría de Roma, sobraban motivos para desavenir á dos ambiciosos. Tenia tambien por su parte Henrique sus fundamentos para quejarse, pues, como queda dicho, se esmeraba poquísimo Cárlos en satisfacer sus deudas, y no habiendo devuelto á Henrique su préstamo de sesenta mil ducados, á pesar de habérselos pedido repetida y encarecidamente, y de haber pasado á Nápoles para recibir dádivas y no para hacerlas, vinieron uno y otro á ser enemigos irreconciliables. En medio de estos ánimos da Henrique oidos á las proposiciones de los Jibelinos, ansiosos de comprometerlo en su partido, granjeándose desde luego un refuerzo útil y poderoso.—Tenia Henrique consigo en Roma hasta trescientos jinetes españoles y sarracenos que le habian seguido desde Túnez, y aun habia logrado ajenciarse otros, afianzando además su valimiento en Roma con muestras de equidad y de entereza, restableciendo el buen órden y la seguridad; mas habia hecho prender y afianzar, por via de rehenes, algunos nobles y parciales de los Güelfos, como un Orsini, un Savelli, un Stefani y un Malabranca. Entabló Henrique tratos con Conradino y conmovió á su favor á los Romanos (1).

Mediaba además un Conrado, vástago tambien de la casa de Suabia, con el dictado de príncipe de Antioquía, hijo de un bastardo del emperador Federico II, distinto de Manfredo, aunque menos querido y agraciado por el padre; tenia aquel Conrado en Sicilia un partido soterrado por Cárlos desde su llegada, pero que estaba á la sazon retoñando. Granjeóselo Henrique para el bando de Conradino, y se mancomunaron para providenciar sobre la reconquista de Sicilia, con ánimo de afianzársela á Conradino, ú apropiársela él mismo, segun lo rodeasen las circunstancias (2).

En vista de aquellos conatos y vaivenes, Conradino por fin se declara, fundando algunos su inaccion en vida de Manfredo para opinar que este se hallaba tan solo de rejente en Sicilia; aunque en la realidad los motivos poderosísimos para aquel retraimiento fueron su niñez y su carencia total de coyuntura adecuada. Las propias causas le imposibilitaron el armar contra Cárlos, en el trance de emprender este la conquista de Sicilia, y aun en el punto de su coronacion, por tanto hasta que Cárlos se desconceptuó con su rematado desgobierno, y hasta que se fué su mocedad habilitando para los negocios, no cupo á Conradino el allanarse á los anhelos de sus amigos, quienes lo estaban llamando para el solio, usando ya el dictado de rey de Sicilia. Quiere el papa cortarle los vuelos, vedándole su intento y prohibiendo tambien á Sicilianos y Napolitanos el reconocerle bajo pena de escomunion. Va Conradino adelante, y Cárlos se echa á reir al saber los exánimes conatos de un niño para robustecer su potestad, y se marcha á guerrear en Toscana, donde los Jibelinos se van preparando para favorecer á Conradino. Ríndense Florencia, Luca y Pistoya, nombrándole la primera Podestá por diez años, en resarcimiento de la senaduría de Roma, en que lo habia desbancado Henrique de Castilla.

Habian los papas promovido en el imperio aquel cisma, en cuyo caso y en el de vacante se empeñaban en alegar derecho para manejar la Toscana por medio de un paciario ú pacificador, nombrándolo ellos y facultándolo de vicario jeneral del imperio. Condecora Clemente á Cárlos con aquel nuevo señorío y como desagravio por la senaduría romana. Sigue Cárlos con sus conquistas, toma á Poggi Benzi, sobre el camino de Siena á Florencia; detiénese largo tiempo en aquel cerco, como tambien con otras espediciones de corta entidad que va entablando por Toscana (1).

Asoma entretanto sobre Italia Conradino, acompañado por su tio el duque de Baviera, por el suegro, conde del Tirol, y por su primo el mozo Federico de Austria (2). Hace algun alto en Verona para ir juntando sus tropas y adquiriendo intelijencias, y adelántase luego hasta Pavía. Intenta Cárlos sitiarlo y zanjar así la guerra en su arranque; pero la causa idéntica en que suelen zozobrar jeneralmente las empresas, es tambien el escollo mortal de aquella, á saber, la carencia de dinero.

Además, así el papa como los acontecimientos, están llamando á Cárlos para que acuda ejecutivamente á la defensa de sus propios estados, pues habian Conrado, el príncipe de Austria y Federico de Castilla, hermano de Henrique, hecho un desembarco en Sicilia, derrotando al lugarteniente de Cárlos; los Sarracenos de Lucera tremolan en la Pulla el estandarte de Conradino; entra allá Galvano Lancia y enarbola las insignias del jóven príncipe, aclamándole gozosísimo el vecindario; desengañado entónces el papa acerca del infante D. Henrique de Castilla, lo escomulga, lo apea de la senaduría de Roma y la devuelve por diez años á Cárlos, amándolo siempre como á hijo suyo, á pesar de cuantos sinsabores le ha ido acarrean-

(1) Saba Malaspina, historia sicula, l. III, c. 20.
(2) El mismo, l. IV, c. 2.

(1) Giovan. Villani, l. VII, c. 21.
(2) A quien Villani apellida *el Dogo de Osterich.*

do, y mirando con ojos de íntimo amigo sus desbarros y voluntariedades, ansioso mas y mas de servirle, y disimulándoselo absolutamente todo, hasta el menosprecio de sus consejos.

Habian desamparado á Conradino el suegro y el tio, marchando entrambos desde Verona para su Alemania, sin duda para irle proporcionando nuevos refuerzos; pero él se iba adelantando con ínclito denuedo, al par de Federico, tambien mozo, su primo, y por consiguiente uno y otro bisoños; pero los caudillos de los Jibelinos, como veteranos y curtidos en los infortunios, suplian aquel vacío. Entra Conradino en Poggi Benzi, derrota en Toscana á los tenientes de Cárlos, é internándose por el patrimonio de S. Pedro, pasa junto á los muros de Viterbo, donde Clemente estaba hacia años habitando, y se pone escusadamente en estado de defensa, mientras Conradino estaba ajenísimo de todo desacato á la morada del padre de los fieles. Se cuenta que el papa, de suyo humano y bondadoso, no pudo menos de prorumpir en lágrimas al ver á un príncipe, y precioso mancebo, en pos de la corona de sus padres, engolfarse denodada y caballerosamente al punto tal vez de su propio esterminio (1). Triunfal es su entrada en Roma; se le juntan Galvano Lancia y Henrique de Castilla, y al saberlo tan cerca, levanta Cárlos el sitio de Lucería que hace tiempo lo tiene embargado. Se arrostran por fin ambas huestes en la llanura de san Valentin ó de Tagliacozzo, al confin de los Abruzos. Tiene Conradino hasta treinta mil hombres, y Cárlos escasamente diez mil, y es positivo que este va á perder la batalla y la vida, á no rodearle la suerte un baron ducho en amaestrar su denuedo con la cordura, quien le afianza el éxito. Es aquel un caballero francés muy veterano y esclarecido en las guerras de tierra santa, sumo guerrero y consumado caudillo. No apoca la edad su valentía, pero le imposibilita el aguante de intemperies y fatigas, volviéndose á Francia en pos del sosiego, y se llama Alard de San Valery. Al atravesar la Italia, hace su acatamiento al rey de Sicilia, pidiéndole órdenes para su pais; encontrándolo en su propartida para los Abruzos. Mirándole Cárlos como enviado del mismo cielo en su auxilio, le instó para que le siguiese y luego lo guiase con sus consejos en aquella espedicion; valióse Alard del propio móvil que lo traia á Francia para desentenderse, mas fueron tan encarecidas las instancias de Cárlos, que no pudo menos de avenirse; y al oirle luego sus hablas acerca de sus hazañas y espediciones orientales, siempre certeras, pues nunca se dejaba dominar ni por los antojos de la suerte, ni por los ímpetus de un denuedo desaforado, se desengañó mas y mas que tan solo aquel héroe veterano alcanzaria tal vez á sacarle por fin á salvamento con sus escasas fuerzas. Divide Alard su ejército en tres cuerpos al par de Conradino, pero disponiendo ya de todo á su albedrío, oculta uno de ellos en un valle, quedándose allí con el rey, al paso que presenta las otras dos porciones al enemigo por la llanura, y con aquella mengua de fuerza le infunde grandísima confianza como era el intento. Los engaña además en cuanto al punto donde se halla el rey, revistiendo con sus armas é insignias reales á Henrique de Cosenza, mariscal de Francia, jefe del primer cuerpo donde se hallan los Provenzales y los Italianos, constando el segundo de lo mas selecto de la nobleza francesa y provenzal.

Embisten desde luego Henrique de Castilla y Federico de Austria el primer cuerpo y lo arrollan; el mariscal de Cosenza, tenido por el rey sin querer nunca rendirse, aunque cercado en derredor, queda muerto en el sitio; y Conradino se conceptúa al punto sin competidor. Adelántase con sus Alemanes para rematar á los derrotados; y al moverse el cuerpo francés para restablecer la refriega, se arroja sobre él con denuedo y le contrarestan igualmente. El trance está allí en vaiven por largo rato, pero en fin los Franceses, abrumados con tantísima preponderancia, huyen desconcertadamente, y así destruidos ó aventados ambos cuerpos de Cárlos, viene Conradino á quedar sin enemigos; los Alemanes se abalanzan al saqueo; y aquello era lo que Alard de San Valery tenia previsto, y allí los estaba esperando.

Trabajoso fué para Alard el enfrenar los ímpetus de Cárlos durante la pelea, mostrándose este siempre pronto á desentenderse de su propia determinacion, mas al ver ya arrollados y dispersos ambos cuerpos, toda su confianza en el señor de San Valery estuvo á pique de zozobrar, é iba ya á arrojarse sobre el enemigo y arrebatarle la victoria, ó fenecer á sus plantas; á todas estas furias, Alard, siempre sosegado é inmoble, no contesta mas que con estas dos palabras, no es hora todavía. Enfurécese brotando fuego Cárlos, pero se detiene. Al ver por fin Alard á los Alemanes azorados y dispersos tras el saqueo, ufanísimos con el paradero de aquella jornada, conceptuando no solo la refriega concluida, sino al rey difunto, hace tremolar

(1) Así aparece por las espresiones de escritores contemporáneos. Véanse Ptolomæi Lucensis, Hist. Eccl., l. XXII, c. 36, y Raynald. ann. eccl. ad ann. núm. 20.—Son unas víctimas, dijo Clemente á los cardenales, que se dejan llevar al suplicio (lugar citado).

los pendones y prorumpe: «ahora sí que es tiempo;» Cárlos, cuya señal ansiaba tantísimo rato, sale de la emboscada, se abalanza á los Alemanes, ya tan ajenos de toda novedad; parte de los fujitivos, al ver la pelea reentablada, acuden y se escuadronan en las banderas de Cárlos; sobrecojidos y atónitos los Alemanes, sin saber de donde salen aquellos nuevos enemigos, ni cual es su número y su pujanza, se atemorizan y son ellos ya los que huyen. En vano echan el resto los caudillos para contenerlos; quedando ellos tambien arrebatados en aquel ímpetu; Cárlos no piensa mas que en acosarlos; pero Alard, que está en todo, lo detiene clamando: «ahora mas que nunca hay que escuadronar esmeradamente la tropa, pues no venciste todavía.» Con efecto, asoma luego Henrique de Castilla con sus Españoles, volviendo del alcance de los Provenzales en busca de Conradino cuya derrota y fuga está ignorando. Hay que reentablar el trance; son los Españoles superiores en número, marchan en formacion con las filas muy cerradas, y Cárlos puede muy bien arriesgar la victoria. Al embestirlos con su denuedo acostumbrado, y como un leon enfurecido tras su presa, dice un escritor de aquel tiempo, Alard acude en su auxilio, dejando ya por un rato, el papel de jeneral pausado por el de arrojado aventurero; se desvia de la formacion con una cuadrilla de caballeros valentones, embiste disparadamente para llamar por aquella parte la atencion y los golpes de los Españoles, y luego se retira como desbaratado, pero con tantísimo ardid y maña, que su retirada tiene todos los visos de fuga; alucinados los Españoles, los persiguen al pronto cautamente, y luego ya ufanos vocean, «nuestros son,» y entretanto se desencajan y se clarean sus filas. Entónces Cárlos se engrie y logra su lance; revuélvese tambien Alard, dan un rodeo y se arrojan de costado; trábase una refriega tenaz y reñidísima, mediando hazañas por ambas partes, cuales son de presumir entre dos naciones valerosas; descuella ante todos, entre los Franceses, Guy de Monfort, nieto de aquel formidable Simon de Monfort, y cuarto hijo del conde de Leicester. Mas en lo recio de aquel empeño y con el ímpetu de sus movimientos, se le revuelve el morrion en términos que la visera le cae á la espalda y se queda á ciegas, y en aquella situacion sigue peleando, como lo hizo despues en la batalla de Crecy Juan el Ciego, rey de Bohemia, descargando golpes á bulto sobre amigos y enemigos, y sin poder sortear ó rechazar los que le asestan, y al ir á fenecer, como sucedió al rey de Bohemia, por cuanto nadie osa acercársele para sacarlo de aquel estremo peleando á diestro y siniestro, tan solo Alard se empeña en salvarlo á todo trance; pero recibe esta un golpe tan tremendo, que debe únicamente la vida á la solidez de sus armas; está ya Monfort en ademan de segundar, cuando por la voz conoce á Alard, el libertador jeneroso que allá se está sacrificando por él, y entónces le desata el morrion, devolviéndole vida y luz á un mismo tiempo.

Sigue mas y mas dudoso el paradero de la batalla, pues no hay medio de volcar á los Españoles, siempre incontrastables en sus caballos; y luego tan apiñados que no cabe el aportillarlos, pero ante todo tan encajonados en sus armaduras, que no tenian apenas cabida para ellos las heridas. Por fin la fogosidad francesa zanja el trance; «aquí,» están clamando, «hay que valerse de los brazos y no de las armas;» arrójanse allá sobre los Españoles, los afianzan con una treta corriente en los torneos, y los van desmontando en tan crecido número que desbaratan toda aquella caballería; huye entónces desatinadamente, y por último arrollan consigo al mismo Henrique, empeñado mas y mas en rehacerla. Aquella lid tan decisiva fué en 23 de agosto de 1268 (1).

Cárlos, en memoria de tanto logro, fundó en la llanura de Tagliacozzo,

> la da Tagliacozzo
> ove senz'armi vinse il vecchio Alardo,

un monasterio de la órden Cisterciense, bajo la advocacion de Santa María de la Victoria, derribado algunos años despues por un terremoto, lo que miraron los supersticiosos como presajio de que la casa de Anjú no habia de prosperar; mas la ereccion de aquel monumento no fué mas que remedo de lo que habian hecho su abuelo Felipe-Augusto y su hermano San Luis, en memoria de la batalla de Bovinas. El abuelo, en medio del trance, lo habia ofrecido, y el nieto, en desempeño de aquel voto, habia construido la abadía de nuestra Señora de la Victoria, junto á Senlis, en una soledad amenísima, situada entre la llanura feraz de Valois, muy arroyada, y la selva grandiosa de Chalis y de Ermenonville, contigua á las de Chantilly y de Halath.

Podia Cárlos vencer como el abuelo y el hermano, y cabíale tambien el alzar templos á

(1) En cuanto á todos estos pormenores sobre la batalla, véase con especialidad Giovani Villani, l. VI, c. 27 y sig., Ricordano Malaspina, c. 192.—Sabas Malaspina, l. IV, c. 9 y 10, y la carta de Cárlos al papa Clemente IV, fecha en el mismo dia de la refriega, en Raynald ad ann, núm. 32 y 33.

Dios; mas variaba infinito entre los hermanos el objeto de aquel acto relijiosísimo, pues la victoria de Tagliacozzo tan sólo aprovechaba á la ambicion de Cárlos, y su fruto se reducia á una mera usurpacion; en la de Bovinas, en qué Felipe-Augusto hizo el voto que luego desempeñó S. Luis, se cifraba la salvacion de la Francia con todo su pundonor; y además ni uno ni otro vinieron á mancillar su victoria con crueldades, y veamos cual fué el comportamiento de Cárlos sobre este particular.

Hizo pesquisar los caudillos enemigos para tenerlos todos en su poder, y no era con ánimo de perdonarlos.

El primero que paró en sus manos fué el infante D. Henrique de Castilla, y como no habia cesado de huir un punto desde el campo de batalla por espacio de mas de doce leguas hasta el monte Casino, llevó la noticia del trance aparentando que Conradino lo habia ganado, y que el mismo infante habia muerto á Cárlos con su propia mano; pero su traza desastradísima y el trastorno y azoramiento que traia estaban desmintiendo sus palabras, y haciéndose sospechosa su relacion, el abad de Monte Casino lo puso á buen recaudo, y sabida luego la verdad, lo entregó al vencedor, aunque con la promesa terminante de salvarle la vida.

Conradino y el duque de Austria Federico, Galvano Lancia y su hijo Galeoto, con varios caballeros alemanes é italianos, disfrazados todos de campesinos, anduvieron algun tiempo errantes y emboscados, y llegando trabajosísimamente á una playa, entraron en un pueblo llamado Astura, en la campaña de Roma, cuyo castillo era de un hidalgo romano de la alcurnia de Francispani. Habia estado viéndolos embarcar, notándoles una traza aseñorada muy ajena de su ropa, y luego un conjunto estranjerado; constábale ya la victoria de Cárlos, y desde luego se figuró que los campesinos embarcados para Sicilia, donde Conrado, príncipe de Antioquía, y Federico de Castilla sostenian aun su parcialidad harto poderosa, pudieran ser Conradino y su comitiva, y entónces le asaltaron especies de engrandecimiento; ya estaban engolfados, sale en su persecucion, los alcanza, los prende y los lleva personalmente á Cárlos, quien le premia aquel servicio con una hermosa campiña junto á Benevento (1).

Habiendo pues tributado á Cárlos aquel agasajo propio de un curial ó alguacil, dispuso aquel galardon, y Alard de San Valery, que le habia servido tan á la heroica, siguió en los mismos términos, rehusando mas y mas todo jénero de recompensa; y en vano Cárlos le estuvo ofreciendo los condados de Amalfi y de Sorrento: «No he venido á Tagliacozzo,» le contesta, «para enriquecerme, sino por darte gusto, servirte y aconsejarte, dando á tu denuedo la única leccion que podia suministrar mi larguísima esperiencia, á saber, la de moderarse.»

Pudiera añadir, y la de gozar de tu victoria con magnanimidad; pues, al parecer, Cárlos no ansiaba el vencer, sino para ser temido y odiado. Feneciendo fueron todos los parciales de la casa de Suabia en suplicios, valiéndose, para descubrirlos, de alevosías y traiciones infernales. Pueblos enteros les franqueaban desaladamente asilo para luego entregarlos al tirano; hizo el rey cortar las piernas á cuantos se habian declarado contra él, y temeroso despues que la presencia de aquellos desventurados le suscitase nuevos enemigos, los encerró en una casucha de madera, y pegándole fuego, los abrasó á todos (1). Vinieron á caer en sus manos la viuda y los hijos de Manfredo, los encerró en el castillo del Ovo, y dejó que Helena y Manfredino espirasen allí de hambre y desamparo, estremando así hasta lo sumo la vileza bárbara de sus venganzas siempre atroces. Beatriz, hija de Beatriz de Saboya, primera mujer de Manfredo, no logró su libertad sino mucho despues, á favor de otra revolucion que se ha de referir (2).

Mientras Conradino estuvo libre y acaudillando una hueste, Conrado, príncipe de Antioquía, su primo, nieto como él del emperador Federico II, aunque por un bastardo, siguió tributando homenaje á los derechos lejítimos de Conradino, á cuyo nombre habia ido avasallando gran parte de la Sicilia; mas una vez prisionero Conradino, se empeñó en obrar bajo su propio nombre, y así estaba reclamando la corona de Sicilia, como único vástago libre y en armas de la alcurnia de Suabia; cifrábanse ya en él solamente las esperanzas de los Jibelinos, quienes acudian á él atropelladamente. Hasta entónces habíale auxiliado aventajadamente Federico de Castilla, mas todo varió al asomo de un ejército que Cárlos envió á la isla al mando de varios caudillos, siendo los principales aquel Guy de Monfort que habia descollado en Tagliacozzo, y Felipe su hermano. Huye embarcándose ejecutivamente Federico de Castilla (3), y aventados los Jibelinos, se fueron sometiendo los pueblos: Guy de Monfort, no menos heredero de la crueldad que del valor de Simon, sitia á Conrado en una for-

(1) Los escritores citados arriba.

(1) Sabas Malaspina, hist. Sicula, l. IV, c. 17.

(2) Donde arriba.

(3) Entónces probablemente fué cuando entro en España. Véase el capítulo precedente, ad, ann.

taleza, la rinde y comete la atrocidad de hacerle quitar los ojos para despues ahorcarlo (1), y cupo la misma suerte á Marino y Jacobo de Capecio. Los jueces inferiores se esmeraban en remedar aquellos ejemplares de crueldad, y así iban tratando al pueblo como estaban viendo tratar al señorío. Ya enviaban los reos al cadalso, ya los lisiaban, ya los despojaban de sus haberes, sin oirlos siquiera antes de sentenciarlos. Habian enviado á Guillermo á Sicilia para enfrenar y castigar la rebeldía á fuego y sangre. Vino á sitiar la ciudad de Augusta entre Catania y Siracusa; defendian la plaza mil ciudadanos en estado de manejar las armas y doscientos valentones toscanos, traidos de Sicilia por los Capecios. Siendo la situacion aventajada, cabia el poder acaso apurar el aguante de los sitiadores, pero seis traidores entregan la plaza á los Franceses, franqueándoles una puerta reservada, y el vecindario, sobrecojido y degollado por las calles, no alcanza á contrarestarlos. Cesa la pelea, Guillermo va colocando sus verdugos por la playa, y haciéndose presentar á cuantos infelices van descubriendo por los sótanos de sus casas, los hace degollar á todos y arrojar sus cadáveres á las olas (2). No quedó un solo habitante de Augusta, pues hasta los fujitivos, que se habian agolpado sobradamente en una embarcacion, zozobraron en medio del mar, y aun los seis traidores de sus conciudadanos, afianzados como los demás por los verdugos, terciaron en la catástrofe que habian acarreado á su patria. El vecindario de Conturbia entregó Conrado Capecio á Guillermo, quien, despues de arrancarle los ojos, lo mandó ahorcar, como el rey de Monfort lo habia hecho con Conrado de Antioquía. Cárlos en persona tomó á Luceria, cuando ya el hambre habia menguado el vecindario hasta lo sumo, y pueblos y castillos, todo volvió á caer en manos de los Franceses (3).

(1) Barthol. á Neocastro, c. 11.

(2) Sabas Malaspina, l. IV. c. 18.

(3) Ibid. l. IV, c. 19 y 20. El paradero de aquellas desventuradas víctimas de venganzas políticas, ó mas bien antipolíticas, pudiera haber sido el de aquel famoso Rodolfo de Hasburgo, vasallo de la casa de Austria, y que fué electo emperador cinco años despues (en 1273). Hallóse en la batalla de Tagliacozzo y en el partido de Conradino; cayó en manos de un Italiano, quien lo libertó por dinero, segun refiere una crónica antigua, añadiendo que habiéndose el Italiano descompuesto con una manceba que mantenia, y que estaba sabedora de lo sucedido, esta en venganza acudió á delatarlo, y que el Italiano fué ahorcado, como traidor al papa y al rey de Sicilia, mientras Rodolfo pudo por fin lograr el salvarse en Alemania.

Hay sin embargo que hacer justicia á tal rey ó tal tirano, pues acataba algun tanto sus promesas, especialidad harto ajena de las costumbres y del código de los tiranos; cumplió en efecto su palabra al abad de Monte Casino, y no se propasó con Henrique de Castilla, aunque lo encerró para siempre, á no recabar, á los veinte y cinco años, su libertad de Cárlos el Cojo, hijo de Cárlos de Anjú, su sobrino D. Sancho IV, rey de Castilla (1).

Quedaba todavía pendiente el paradero de Conradino y de Federico, duque de Austria, y al fin se les condenó como reos de alta traicion, pues Cárlos no fué usurpador y tirano á medias, y para aventar toda zozobra acerca del heredero lejítimo, lo envió al cadalso con su compañero de armas, el duque de Austria. Cuando Roberto de Bari, juez supremo en Nápoles (protonotario del reino) les leyó la sentencia de muerte en que se les tildaba de traidores, «¡desastrado!» prorumpió Conradino, «¿tienes la desvergüenza de apellidar traidor á tu amo, y á quien tú mismo has traicionado?» El conde de Flándes, Roberto III, aunque yerno del rey Cárlos, no pudo oir aquella lectura sin un rapto de ira, y arrojándose sobre Roberto de Bari, le dió una estocada y lo dejó muerto (2). Llegado Conradino al cadalso, él mismo se desprendió la capa, se arrodilló para rezar, y al levantarse esclamó: «¡Ay madre de toda mi alma, cuán sumo será el quebranto que te va á traspasar la noticia de mi paradero!» y luego arrojó su guante en medio del jentío, como en demanda de un vengador. Cuentan que quien recojió el guante fué un caballero aragonés y se lo llevó al rey de Aragon D. Jaime, cuyo hijo estaba desposado con la hija de Manfredo. Luego Conradino recostó su cabeza sobre el tronco y cayó al punto degollada. Su gallardo amigo, Federico de Austria, con sus fieles consejeros, como Lancia y Gherardesea, fenecieron en el mismo dia y en el propio cadal-

(1) En 1293.

(2) Al giudice che codnanno Curradino, Ruberto figliulo del conte di Fiandra, e genero del re Cárlo, come ebbe letta la lezione della condannagione, gli die d'uno stocco... del qual colpo il giudice, presente il re, morio, e non ne fu parola, peroche Ruberto era molto grande appo il re (Villani, l. VII, c. 30).—Refieren los historiadores que hicieron asistir á Conradino y al duque de Austria á una misa, que se celebraba antes por el descanso de sus almas, en una capilla enlutada, circunstancia sobre la cual el historiador de Provenza Papon, gran desentrañador de este negocio, suscita allá ciertas dudas.

so (1). Así espiró Conradino, á la edad de 17 años, en su propia capital y en medio de sus vasallos, el 26 de octubre de 1268 (2).

Tras tantísimas crueldades, Cárlos se conceptuó afianzado en el trono de Sicilia; no quedaban de la alcurnia de Suabia mas que Constancia y Beatriz, hijas lejítimas del bastardo Manfredo. Seguia Beatriz siempre encerrada en el castillo del Ovo, pero la primojénita Constancia, en quien se cifraba el derecho hereditario, lo habia traspasado á D. Pedro su marido, y aquel es el título fundamental de la casa de Aragon.

En corroboracion de aquel título sobrevino la investidura caballeresca que Conradino confirió desde el cadalso á su vengador, quien quiera que fuese, con aquel guante arrojado, y como aseguran, cojido por el Aragonés Henrique Dapífero, y luego llevado al suegro de Constancia (3). No cabia oponer á Constancia la bastardía de Manfredo, no siendo motivo de esclusion, ni en España ni en Italia.

Pero quedaba estinguida la posteridad de Suabia, y así estaba Cárlos descuidado y los Güelfos satisfechos.

Habia fallecido Beatriz de Provenza, mujer de Cárlos I, en 1267, no disfrutando su ansiadísimo dictado de reina mas que dos años. Un miércoles, 28 de junio, víspera de San Pedro y San Pablo, hizo un testamento, en el cual tratando á sus tres hijas, Blanca, Beatriz é Isabel como antes á sus hermanas, esto es, reduciendo sus derechos hereditarios á una cantidad de dinero, instituyó heredero al conde de Provenza y de Forcalquier, Cárlos II de Anjú, llamado el Cojo, su hijo, disposicion mas atinada y equitativa que la relativa á ella misma, en perjuicio de sus dos hermanas. Se volvió á casar Cárlos en 1269 con Margarita de Borgoña, condesa de Vonnere, hija de Eudo, conde de Nevers, hijo de Hugo IV, duque de Borgoña, y marchó para la cruzada, á donde su hermano Luis lo estaba llamando; llevábale hermosas tropas y auxilios de diversas especies. Desembarca en la costa de Africa, suenan sus clarines y nadie contesta ni asoma. Atónito con aquel silencio y desamparo y maliciándose algun fracaso, deja la hueste á cargo de sus tenientes, y corriendo á escape hácia la campiña, se apea luego á la vista del pabellon real, entra en él palpitando de zozobra, y el primer objeto que se le ofrece es el cadáver de su hermano tendido sobre la ceniza, en donde acababa de fenecer (el 25 de agosto de 1270). Traspasado de quebranto, se postra á los piés del rey santo, los besa devota y entrañablemente, y los empapa en lágrimas. A impulsos de su pesar amarguísimo logra conservar algunos restos de un hermano que merecia ser llorado, y sobre todo imitado por él mismo. Le conceden, sus entrañas que luego fueron enterradas en la abadía de Monreal en Sicilia junto á Palermo.

Es todavía mas doloroso su regreso á Europa que su viaje al Africa, pues una tormenta le anega mas de cuatro mil cruzados y gran parte de sus bajeles; pero la parte de la escuadra donde se hallan hasta tres reyes, Felipe III, rey de Francia, apellidado el Atrevido, Cárlos, el rey de Sicilia, y Teobaldo, rey de Navarra, aporta felizmente en Trapani de Sicilia. Fallece á los quince dias, de enfermedad, el rey de Navarra; Felipe pasa á Palermo, donde el tio lo agasaja suntuosísimamente, pero apenas pasa á Calabria, su esposa Isabel de Aragon, hija de D. Jaime I y hermana del infante D. Pedro, cae del caballo, aborta y muere en Cosenza; fallecen igualmente en aquel regreso Alfonso, conde de Poitiers, hermano de San Luis, y la condesa Isabel de Tolosa, hija de Raymundo VII, en Savona ó en Jénova. Traian tambien á Francia los restos del príncipe Juan (Juan Tristan), cuarto hijo de San Luis, desposado con una princesa de Borgoña, primojénita de la nueva reina de Sicilia, los de Alfonso, conde de Eu, hijo de Juan de Briena, rey de Jerusalen, y los de Pedro de Villebrun, camarero de San Luis, íntimo de su amo, y á quien iban á enterrar á sus piés en la iglesia de San Dionisio.

Así pues el hijo de San Luis, al volver de aquella aciaga cruzada de Túnez, vino á depositar hasta cinco atahudes en los sótanos de aquel templo; y él mismo, ya endeble y moribundo, se hallaba heredero de casi toda la familia, prescindiendo de Valois que recaia en él por la muerte de Juan Tristan, su tio. Le dejaba Alfonso un reino entero por el mediodía de Francia (Poitú, Auvernia, Tolosa, Ruerga, Albijez, Quercy, Ajenis, etc.). Por fin el fallecimiento del conde de Champaña, rey de Navarra, del cual solo que-

(1) Va nombrando Villani á los degollados por Cárlos junto á Conradino:—fu discollato Curradino, e'l duca d'Osterich, e'l conte Calvagno, e'l conte Gualferano, e'l conte Bartolomeo, e due suoi figli, e'l conte Gherardo da Doneratico di Pisa, in sul mercato di Napoli a lato al ruscello dell'acqua che corre d'incontro alla chiesa de'Frati del Carmino.

(2) Su desventurada madre, al primer eco de su cautiverio, acude volando á pagar su rescate, pero llega tarde. Se está todavía viendo en la plaza del mercado de Nápoles una capilla edificada en el propio sitio donde Conradino habia sido degollado, y donde se cree que está enterrado; y en aquella capilla es donde el ejecutor de las justicias conserva las herramientas de su ejercicio.

(3) Véase Giannone, Storia de Napoli, l. XIX, c. 4.

daba una hija, puso aquella heredera riquísima en manos de Felipe, quien la casó con su primojénito, conocido luego con el nombre de Felipe el Hermoso (1).

Vamos á ver ahora como se desprendió la Sicilia de las garras de Cárlos de Anjú.

Habia fallecido el papa Clemente IV en 29 de noviembre de 1268; y de sus cuatro sucesores inmediatos, Gregorio X, Inocencio V, Adriano V y Juan XXI, los tres últimos habian venido á desaparecer en el término de un año; el primero clavó todo su ahinco en el intento de nueva cruzada, que no llegó á verificarse, y luego en ir enfrenando la ambicion de Cárlos; quien, no contentándose con la Sicilia y Nápoles, queria reinar en Roma y ser la única potestad dominadora de la Italia; ansiaba además ir estendiendo sus conquistas por de fuera, no aspirando á menos que al imperio de Constantinopla, ya para sí mismo, ya para su familia. Lo que se llama Imperio de los Latinos, esto es, el imperio de los Franceses, fundado en 1203 en Constantinopla con los Venecianos, acababa de fenecer en 1261 por Miguel Paleólogo, restableciendo el imperio griego. El postrer emperador latino destronado por Miguel era Baldovino II, de la rama de Curtenay en la alcurnia de Francia, el cual tenia casado á su hijo Felipe con Beatriz, hija segunda de Cárlos, quien ansiaba reentronizar en el solio latino á su consuegro (2). Apareció Clemente IV propicio á este intento, y con esta mira habia propuesto aquel enlace de Felipe con Beatriz; mas Miguel Paleólogo acertó á recabar para sí á los sucesores de Clemente, esperanzándolos con la union de ambas iglesias, esto es, la sumision de la griega á la latina, lo cual, junto con la zozobra que le estaba causando la prepotencia por cada dia mas descollante de Cárlos, los fué entibiando en cuanto á la ideada conquista de Constantinopla. Dueño ya Cárlos de un gran reino en Italia y á quien potencias berberiscas estaban pagando tributo, venia como á reinar en Roma con la senaduría, y además estaba disponiendo de todos los pueblos güelfos de Italia, que eran muchísimos y poderosos; afianzábale sus naves el predominio de los mares cercanos; crecidas tropas veteranas al mando de capitanes de todo desempeño se hallaban siempre prontas para acudir á donde conviniera; poseia además Cárlos en Francia, el Anjú, el Maina y la Provenza, á la cual la condesa de Poitiers, su cuñada y mujer de Alfonso, acababa de añadir por su testamento el condado Venesino, sin gozar de menos privanza con su sobrino Felipe el Atrevido, que la habia logrado con su hermano San Luis. Se iba engrandeciendo por la parte del mar como por la de tierra, apoderándose de Malta y de Corfú. Habíale cedido María de Austria todos sus derechos, cualesquiera que fuesen, á la corona de Jerusalen, y la estaba ya poseyendo por sus lugartenientes; y si lograba conquistar el imperio de Constantinopla, no habia entónces potencia en el orbe á la cual no se hiciese temible; mas estaba ya asomado al finiquito de toda aquella grandeza.

El papa Nicolás III, de la casa de los Ursinos, nombrado el 25 de noviembre de 1277, apareció al punto bastante propenso á Cárlos (1); entró reconciliándole con el emperador Rodolfo de Hasburgo (2), ya dispuesto á guerrear contra Cárlos, quejándose mútuamente entrambos. Seguia Cárlos ejerciendo el vicariato del imperio en Toscana, aunque no debia tener cabida aquel mando habiendo ya emperador. Disputaba por otra parte Rodolfo á Cárlos el condado de Provenza y de Forcalquier, dándolos por incorporados al imperio con la muerte de Raymundo Berenguer, último conde, quien no habia dejado varon. Fué obvio el ajuste, pues Cárlos se desentendió del vicariato del imperio, y Rodolfo lo dejó en posesion de la Provenza y sus dependencias bajo la soberanía del imperio.

El rey de Sicilia, en el raudal de sus crueldades contra los parciales de Conradino, habia degollado al marido de una sobrina del papa, y además tanto él como Felipe el Atrevido le habian contrarestado su encumbramiento, por cuanto estuvieron sosteniendo á un papa francés; mas aquellos móviles de encono fueron amainando ante otro mas preponderante que le cabia al papa, á fin de no deshermanarse con el rey de Sicilia, pues ansiaba entroncar con la casa real de Francia, pidiendo para una de sus sobrinas, hija de Bertoldo, uno de los hijos del príncipe de Salerno, Cárlos el Cojo, hijo del rey de Sicilia. Habíase airado á esta propuesta la altanería de la casa real de Francia, prorumpiendo Cárlos, «¿se figura acaso que, por traer medias encarnadas, la sangre de los Ursinos se ha de mezclar con la de Francia?» (3). Este desaire y la contestacion referida al papa enconaron mas y mas su pecho contra Cárlos, quien por su parte debia con mucho fundamento contemplarle, á saber su plan idolatrado sobre Constanti-

(1) Véase el capítulo anterior.

(2) Ducange, Historia de Constantinopla, y el presidente Cusin.

(1) Giovanni Gaetano Orsini, que tomó el nombre de Nicolás III, procedia de una de las primeras alcurnias de Roma.

(2) Electo emperador en 1273.

(3) Villani, l. VII, c. 54.

nopla, del cual no acertaba á desentrañarse y para el que necesitaba el favor y la cooperacion de la santa Sede. Esmeróse pues en desagraviar al papa, y así le aparentó rendida sumision á las órdenes que tuvo á bien darle con cuanta arrogancia era capaz de lastimar la suya. El pontífice, en vez de participarle su renuncia al vicariato del imperio, como condicion requerida por Rodolfo para el convenio, le mandó con su autoridad pontifical que depusiese el vicariato. Obedeció Cárlos retirando á su lugarteniente. Nicolás le ordenó luego que dejase la senaduría, y así lo hizo. Se empeñó Nicolás en hacerlo inobediente y desaforado, para lograr un pretesto con que apearlo del reino de Sicilia, á fuer de vasallo rebelde; le estaba enviando legados con el encargo de aburrirlo y destemplarlo con sus altanerías, y luego sobrecojerle con sus amaños, y él se esmeraba mas y mas en obsequiarlos. «Cualquiera otro,» escribia uno de aquellos legados, «cayera en nuestras redes, mas con este nunca lo recabarémos.» Aun el mismo papa no pudo menos de prorumpir: «este hombre tiene la dicha de la casa de Francia, heredada de sus padres, el númen de España que le cupo de su madre la reina Blanca, y sin duda se ha granjeado de nosotros el tino en palabras y obras que ha ido aprendiendo por su trato con la santa Sede (1).» Careciendo de fundamento para estallar, acechaba el papa algun pretesto que hiciese sus veces á fin de doblegar un vasallo harto poderoso, que mas y mas lo estaba desazonando con tanta sumision política.

El rey de Aragon fué su asidero, y era á la sazon Pedro III, esposo de Constancia, hija de Manfredo; recaian pues en él todos los derechos de la casa de Suabia, y entronizado ya desde 1276, se hallaba en estado de volver por sus fueros. No cabia el reconvenirle por su atropellamiento en sacarlos á luz, pero se le rodeó por fin el trance que habia sabido esperar. No variaba Cárlos de violencias y tropelías, ciego ya y destroncado con sus prosperidades. Estaba desangrando á los pueblos con sus impuestos. La nobleza rebosaba de ira; los Franceses, dueños de todos los empleos, abusaban de su predominio para enriquecerse, no tan solo con estorsiones, sino con tiranías intolerables. Cuantas quejas iban llegando, con tal sinnúmero de injusticias, hasta el umbral del solio quedaban rechazadas con menosprecio y amago. Sonaban ya y resonaban aquellos murmullos precursores de las revoluciones, pero lo mas insufrible y mas odioso en los Franceses para el vecindario siciliano era el desenfreno con que atropellaban á sus mujeres, pues era lastimarlos en la parte mas vidriosa y sensible de la índole nacional.

Pregona entretanto Cárlos á fuer de nueva cruzada la espedicion que está preparando contra Constantinopla. Junta un cuerpo crecidísimo de caballería; pide auxilios á todos sus aliados; arma bajeles, envia allende el Adriático á Canina junto á Durazzo un cuerpo de tres mil hombres, mandado por Rousseau de Soli (1), á quien iba á seguir él mismo, para entablar la conquista del Oriente. Pero aquel afan insaciable, con tantísima ambicion y crueldad, habia por fin enojado la suerte, y apurado el sufrimiento de los súbditos. Un enemigo privado, pero varon de índole caballerosa y trascendental, sujeto que abrigaba entrañablemente cariño y agradecimiento á sus anteriores soberanos, con el ansia de llegar á desagraviarlos, y luego sumo encono á la tiranía advenediza, varon por fin que se arrojó con sus alcances individuales, á dar al través con el usurpador que estaba oprimiendo á su patria, logró con efecto disponer y redondear aquel grandísimo desagravio nacional.

Giovanni di Prócida, noble de Salerno, era señor de aquella isla de Prócida que los curiosos suelen visitar ahora, para ver las costumbres y los trajes griegos conservados, siendo tambien dueño de Caiano, Tramonte y Pistilione. Su alta cuna no le retrajo de estudiar la medicina que cultivaban á la sazon los señores principales, habiendo sido médico y confidente íntimo de Federico II y de Manfredo (2). Habia tomado las armas por Conradino al asomar este en aquel reino; tras la victoria de Cárlos, le confiscaron los bienes, y se retiró junto á Constancia, hija de Manfredo y reina de Aragon, última heredera de la casa de Suabia, y lo habian agasajado como á súbdito fiel y amigo estremado. Habíale nombrado el rey D. Pedro de Aragon, para indemnizarle de sus quebrantos, baron del reino de Valencia y Señor de Luxen, Benizano y Palma.

Mas ni feudos ni reyertas alcanzaban á trascordar en Prócida las muertes trájicas de Manfredo y Conradino, con las desventuras de su patria y la opresion de sus conciudadanos. Cuantas correspondencias conservaba en ambas Sicilias estaban rebosando de tropelías por parte de los Franceses, de sinrazones y crueldades, y antetodo del sumo menosprecio que ostentaban de aquella nacion que no habian conqnistado, sino que

(1) Raynald ad ann.

(1) Véase Paquimero, l. VI, c. 32, y Nicef. Greg., l. V, c. 6.—Véase el nombre de Rousseau de Soli, muy desfigurado por los historiadores griegos, y las notas de Busin ad Nicefor. Gregor., p. 28.

(2) Véase el testamento orijinal de Federico donde se le califica de Magister Johannes de Procida, y la inscripcion del puerto de Salerno.

se habia puesto en sus manos, esperanzada de mejorar de gobierno.

Enteró cabalmente Juan de Prócida á los reyes de Aragon acerca de las quejas de los Sicilianos, quienes, mas desviados de Cárlos, paraban en las garras de sus lugartenientes, que los desangraban con mayor estremo que el rey á los Pulleses. Recordó á Constancia muy al vivo que era la única heredera lejítima de la casa de Suabia y del reino de ambas Sicilias; que Conradino, en el trance de morir, le habia solemnísimamente encargado que acudiese á recojer la sucesion y vengar su fracaso; que no le cabia solamente aquel derecho, sino que la estrechaba su obligacion imprescindible de aceptar el gobierno de un pais que le incumbia por las leyes de las naciones y por el afan de los pueblos; y por cuanto Pedro y Constancia estaban remisos en emprender aquella guerra por conceptuarse desiguales en poderío á Cárlos, que sonaba por el rey mas encumbrado de la cristiandad, enajenó Prócida cuanto les habia merecido con sus larguezas para dedicarlo á viajes y pasos á fin de enemistar á Cárlos con el orbe entero (1).

Pasó desde luego á Sicilia en 1279 para imponerse personalmente en el estado de los súbditos de Cárlos. Se hizo cargo de que no podia contar con grandes conatos por parte de las provincias de Tierra Firme aquende el Faro, por cuanto sobre los escombros de los parciales de la casa de Suabia, habian fincado los barones franceses tan sólidamente como pudieron hacerlo sus antecesores. Se desengañó de que la cercanía de la corte, el tránsito incesante de armas, el esmero y ahinco del dueño que andaba recorriendo á toda hora las provincias, ahogaria toda rebelion en su primer asomo.

Hallábase en muy diverso estado la Sicilia, pues como la nacion en globo se habia declarado por Conradino, se empeñaban los Franceses en escarmentarla por entero. Yacian los barones descontentos y exhaustos; mas estremando la opresion, no cabia ni el prenderlos ni el arrojarlos á todos de la isla; incitábanlos mas y mas por cada dia con repetidos ultrajes, los cuales sin embargo no venian á imposibilitarles el desagravio. Habitaban los Franceses las ciudades y las costas sin osar apenas internarse por las serranías de la isla, donde señores y labriegos seguian disfrutando su total independencia. Gobernaban el pais tres oficiales de graduacion de Cárlos: Eriberto de Orleans, lugarteniente rejio, Juan de San Remi, gran justicia de Palermo, y Tomás Busant, de igual clase en Valle del Moto (1). Su venalidad parcial, su codicia y su crueldad los constituian dignísimos sucesores de Guillermo el Estandarte, el sayon de los Sicilianos, y el pregon de la cruzada contra Constantinopla, que tenia los pueblos todavía enconados. «Habia Cárlos,» dice Neocastro, «enarbolado ya, contra nuestros amigos de la Grecia, la cruz del salteamiento, pues bajo esta bandera sacrosanta suele ir derramando la sangre de los inocentes. Su ahinco en arrollar al pueblo siciliano á semejante guerra redundaba en el quebranto de nuestra patria (2).» So color de la cruzada, requeria Cárlos á los súbditos subsidios cuantiosos é intolerables, con inauditos impuestos. Disponia al mismo tiempo de las herederas ricas ó nobles, casándolas con sus parciales por via de galardon; al paso que para quitar de en medio á los sospechosos, ó los degollaba sin mediar acusacion, ó los empozaba en mazmorras, ó bien los estrañaba y desterraba por paises lejanos. Muchos señores, venerables ya por su edad, su relijion ó sus cargos, yacian atropellados con bárbaros desacatos, como las heces de la ínfima plebe... (3).

Padecian otras muchas tropelías los Sicilianos. Parece que hasta entónces quedaban yermos por privilejiados; las serranías pero se descuelgan dependientes de la hacienda, lo escudriñan y miden todo desangrando la isla entera; y harto descuellan las desdichas de la Sicilia en medio de aquel raudal espumoso de elocuencia en Bartolomé de Neocastro, en medio de aquella maleza de solecismos y barbarismos: «¿qué dirémos de sus inventos inauditos? ¿de sus decretos sobre bosques? ¿qué de su veda disparatada de las orillas? ¿del abultamiento imponderable del producto de la ganadería? cuando todo estaba exánime con los calores angustiosos de la otoñada; no importa, siempre el año era propicio y la cosecha colmada.... acuñó de repente una moneda de plata pura, y así por un dinerillo siciliano se hacia pagar treinta.... creiamos que nos cabia un rey del padre de los padres, y nos ha venido el ante-Cristo.»

«Habia que manifestar,» dice otro, «todo rebaño al fin del año, y además una corderada mayor de la que podia producir el rebaño. Lloraban los infelices labriegos, y reinaba un pavor mortal entre vaqueros y cabrerizos, y en todas las pastoradas. Los hacian responsables de sus

(1) Hisp. ilustr., t. II, p. 621. Sobre todos los hechos relativos á las negociaciones de Juan de Prócida, nos remitimos desde ahora por mayor á la traduccion de la crónica siciliana orijinal, que damos luego por via de apéndice al presente capítulo.

(1) Barthol. á Neoc., c. 14.
(2) El mismo, c. 12.
(3) Nicolás Specialis rerum Sicularum, l. I, c. 2.

abejares, y hasta de los enjambres que suele arrebatar el viento; les vedaban la caza, y luego iban á hurtadillas á meterles en sus chozas pieles de ciervos y de gamos para tener un pretesto de confiscarlo todo. En acuñando el rey moneda nueva, andaban con clarines por las calles, y de puerta en puerta para que entregasen dinero (1). »

Ya estaba en sazon el trastorno, pues el volcan habia ido calladamente agolpando sus lavas y sus cenizas. Llega entónces Juan de Prócida á Sicilia; habla de venganza á los Sicilianos tan entrañablemente gangrenados, les apunta el plazo ya cercano, pero les encarga al mismo tiempo que la vayan aparatando pausadamente para hacerla mas certera; y se compromete á afianzarles el auxilio del rey de Aragon, su lejítimo soberano, y de Miguel Paleólogo, enemigo de sus enemigos.

Pasa luego á Constantinopla, patentiza al emperador de los Griegos el armamento formidable que se está aprontando contra él; pues Cárlos tiene ya tripuladas cien galeras de menor porte, veinte naves mayores, trescientos trasportes y doscientas balandras para embarcar los caballos. Hasta cuarenta condes y diez mil jinetes le acompañan; está al mismo tiempo negociando un tratado con Juan Dandolo, dogo de Venecia, en el cual se ajusta muy pronto que la república ha de terciar en la cruzada, enviando al dogo en persona con cuarenta galeras armadas en guerra. Parecen suficientes aquellas fuerzas para dar al través con el imperio griego, con tanto mayor fundamento, cuanto Paleólogo tenia ya muy esperimentado el denuedo incontrastable de los latinos y la cobardía de sus propias tropas (2). Prócida al estarle evidenciando el peligro que le amaga, le ofrece al mismo tiempo el suscitar al enemigo en sus propios estados una rebelion que le imposibilitase el pensar por largo plazo en guerras estranjeras. Le ofrece además el aferrar á Cárlos con otra nacion no menos valerosa que la suya; otra nacion cuya pavorosa infantería ni se estremecia ni cejaba ante el ímpetu de los jendarmes. Lo único que pide á Paleólogo es dinero para aprontar la espedicion aragonesa, y suministrar armas á los Sicilianos sublevados.

Estaba todavía Nicolás III gobernando la Iglesia, y Paleólogo, que habia feriado á tantísima costa su reconciliacion con la santa Sede, no queria malograr sus sacrificios; por tanto concedió á Prócida por el pronto auxilios en dinero, mas con el bien-entendido de lograr la anuencia del pontífice para la sublevacion de la Sicilia. Vuelve Juan á Malta, en hábito, como siempre, de franciscano, con un secretario del emperador griego. Acuden allí tres barones principales de Sicilia, y corroboran las promesas de Prócida al secretario, y le encargan que patentize al papa y al rey de Aragon lo intolerable del yugo que los está acosando, y el anhelo sumo por su descargo (1).

Regresa con efecto Prócida á Roma, con el enviado del emperador, y logra una audiencia reservada de Nicolás, en el castillo de Suriano. Allí se ha supuesto que cohechó con el oro griego al conde Bertoldo Orsino y al mismo papa, mas ante todo recordó al último que Cárlos se habia desentendido de emparentar con su familia, rechazando la propuesta con un arranque insultante; además de estarle siempre contrarestando sus intentos, que se estaba esmerando en fomentar las guerras civiles que el papa ansiaba apagar, y que en fin, constituyéndose árbitro de Italia, tenia la Iglesia bajo su servidumbre; y para quebrantar el poderío francés, no pedia Prócida al papa mas que su anuencia por escrito, para que Constancia volviera por sus derechos sobre Sicilia, para la casa de Aragon; y luego pertrechado con su diploma de Nicolás para D. Pedro, se puso en camino para España.

Mas al llegar á la corte de Barcelona, el fallecimiento inesperado de Nicolás estuvo á pique de anonadar sus intentos. Mostróse D. Pedro desalentado, y era de temer que los Sicilianos cejasen, si el caudillo de la Iglesia, en vez de estimularlos, se les manifestase opuesto. Determinó Prócida volver á Constantinopla para activar los auxilios que estaba esperando D. Pedro, y al mismo tiempo apeteció que los enviados de este fuesen á tantear el ánimo del nuevo pontífice, y que por su parte los Sicilianos acudiesen con sus quejas al papa, contando con que si no les daba oidos, los exasperase mas y mas con parcialidad tan patente á favor de los Franceses.

El encargo ostensible del embajador de Aragon era el parabien á Martin IV por su eleccion, y pedirle la canonizacion del beato Raymundo de Peñafort, relijioso catalan fallecido á principios de enero de 1275, tras de haber resucitado, decian, cuarenta mártires y atravesado el mar de las Baleares, sobre su capa, que le hi-

(1) Nicol. Spec., apud. Muratori, t. VII, p. 252.

(2) Se halla el tratado orijinal de Cárlos con la república de Venecia en el archivo jeneral del reino, al núm. LIII, con fecha del 3 de julio de 1281.

(1) No mencionan esta negociacion los historiadores griegos, escepto Nicéforo Gregoras, l. V, c. 2 (citado por Ducange, Histoire de Constantinople, libro VI, c. 12, p. 97).

zo veces de embarcacion. Poquísimo sirvió la recomendacion de D. Pedro al bienaventurado, contrarestando su canonizacion hasta el año de 1601. Mas luego, cuando el embajador aragonés intentó recordar al papa los derechos de Constancia á la corona de ambas Sicilias, Martin le contestó airado: «decid á vuestro amo que antes de venir pidiendo mercedes, acuda á pagar los atrasos á la santa Sede, por el tributo anual que su abuelo prometió á la Iglesia, declarándose su vasallo y feudatario (1).»

Recibió todavía peor á los enviados de Sicilia, que eran Bartolomé, obispo de Pacto, y un relijioso dominico, pues Martin no quiso oirlos sino en consistorio pleno, y cuando se les admitió, se quedaron atónitos al presenciar al mismo rey Cárlos en el auditorio, con ínfulas de uno de los jueces; el prelado no obstante, con suma entereza, entabló su arenga, encabezándola con estas palabras de la Escritura: «Hijo de David, apiadaos de mí, por cuanto el mismo Satanás está atrozmente atormentando á mi propia hija.» Fué luego relatando las tiranías y atropellamientos de los dependientes de Cárlos; y encarándose con el rey gallarda y despejadamente, le pidió que atajase tamañas demasías. Terminado el discurso, lo despidieron sin contestarle, pero al salir de la audiencia, los guardias de Cárlos prendieron á los enviados y los encarcelaron. Cohechó con su dinero el prelado á los aprensores y se puso en salvo, pero su desdichado compañero yació largos años en el encierro fatal. Mas el primero, vuelto á Sicilia, manifestó sin rebozo el resultado de su embajada. Otros Sicilianos, llegados de Nápoles, añadieron que Cárlos trataba de trasladar á Sicilia el ejército que tenia dispuesto contra los Griegos, y que iba á escarmentar á fuego y sangre á los Sicilianos por sus ánimos sediciosos.

Habia entretanto Juan de Prócida repetido, en 1281, su viaje á Constantinopla, trayéndose luego veinte y cinco mil onzas de oro, que entregó á D. Pedro, con la promesa de mayor subsidio, pagadero al ponerse su hueste en movimiento. D. Pedro sin mas demora, y pregonando que marchaba contra los Sarracenos de Africa, juntó hasta diez mil infantes y trescientos cincuenta jinetes, habilitando para su trasporte diez y nueve galeras, cuatro naves capacísimas y ocho balandras.

Yacian en profundísimo silencio las negociaciones de Prócida, mas constando las pretensiones de la reina Constancia sobre la Sicilia, los reyes de Francia y de Nápoles se enzozobraron con el armamento del monarca aragonés, y así su cuñado, Felipe el Atrevido, hizo que le preguntasen á dónde asestaba sus armas. Contestó D. Pedro que las habia, al par de sus padres, con los enemigos de la fe, y por lo mismo no podia menos de instar á Felipe que cooperase á tan sagrada empresa, enviándole cuarenta mil libras tornesas que necesitaba. Hízolo Felipe, mas adoleciendo todavía de recelos, aconsejó al papa y á Cárlos que pidiesen mayor aclaracion sobre el asunto. Envió Martin al Aragonés un relijioso dominico para cerciorarse en nombre de la Iglesia de todo el arcano, brindándole con el arrimo de la santa Sede, si con efecto el blanco de sus afanes era contra los enemigos de la fe, y vedándole, por el contrario, el pasar adelante, si el armamento se encaminaba contra algun príncipe cristiano; mas Pedro le contestó, «únicamente que si una de sus manos patentizase á la otra sus reservas, se la cortaria ejecutivamente.» Apenas Martin comunicó á Cárlos aquella contestacion, replicó este: «ya os tenia yo dicho que Pedro de Aragon era un bribon rematado;» y sin embargo no tomó precaucion alguna (1).

Entretanto, por enero de 1282, Juan de Prócida y el señor Acardo dejaron á D. Pedro en Barcelona, afanadísimo en aparatar su espedicion, y pasaron á Sicilia para acalorar los ánimos al movimiento ideado. Llega Prócida, junta á los tres caudillos principales de la conspiracion, Alaimo de Lentini, Palmieri, abate, Gualtiero y demás conjurados, y los encoleriza y esperanza mas y mas, mostrándoles su peligro sumo mediando mas demoras, y al mismo tiempo la oportunidad del trance, hallándose Cárlos en Roma y su hijo en Provenza; acordóse que el arranque del estallido saliese de Palermo, adonde por diversos rumbos acudirian todos los conjurados á principios de marzo.

Era la Pascua para el vecindario de Palermo funcion de azoramiento y regocijo, pues fuera del recinto y hácia el sudeste hay una loma suave que va desde el mismo pueblo hasta la cima en donde campea la iglesia del Santo Espíritu, como á media legua escasa de distancia, sobre la orilla del Oretto. Llámase el sitio Monreal, y allí se agolpa el vecindario entero y se tiende acá y acullá durante los tres dias en que se celebra la resurreccion del Hijo del hombre. Va subiendo el jentío para la iglesia desde la ciudad, el lúnes 30 de marzo de 1282; repártese en cuadrillas por el pendiente, unas sentadas sobre el césped, y otras cojiendo flores; resuena de estremo á estremo la llanura con la gritería gozosa de to-

(1) Nic. Spec., l. I, c. 3.

(1) Giovanni Villani, l. VII, c. 60.

do el vecindario, cuando asoma junto á la iglesia una muchacha lindísima (1). Era hija de un prohombre de Palermo llamado Maestr'angelo, á la que el novio y la familia acompañaban ó vísperas. En días de tantísimo jentío M. de Saint Remy, lugarteniente de Cárlos en toda la isla, tenia á cordura el vedar el uso y ejercicio de todas armas, que se practicaba desde muy antiguo, pero aquella cautela atropelló el trance, pues proporcionó á los conjurados que tenia Prócida agolpados en Palermo la coyuntura que estaban acechando para estallar. Al asomar la primorosa Palermitana en la plaza de la iglesia, embargó con su embeleso á una cuadrilla de Franceses desmandados, y uno de ellos arrebatándose de improviso, salió de la soldadesca y se abalanzó al novio. Druet (2), pues era este su nombre, lo rejistra, y no hallándole armas, aparenta en seguida que la muchacha es la portadora de ellas, y se propasa á tantearla por debajo de la ropa (3). Desmáyase la hermosa «¡atentado preciso! ¡venturoso desenfreno!» esclama el anciano Neocastro, «con lo cual allá la providencia del Señor Supremo rodeó la matanza pavorosa que ejecutaron nuestras manos en los Franceses.» Enardécense con aquel arrojo, se abalanzan á Druet, lo desarman y lo traspasan con su propia espada. Suena y resuena acá y acullá el alboroto, y se echa mano de todo voceando el alarido de: *Mueran los Franceses* (4). No se salva uno siquiera de cuantos se hallan en la funcion, y aunque no se han armado todavía los Sicilianos, degüellan hasta doscientos por la campiña, mientras las campanas de la iglesia de Monreal están repicando á vísperas. Regresan los Palermitanos á la ciudad repitiendo mas y mas el mismo alarido de: *mueran los Franceses*, y se ensañan mas y mas en la matanza. Pavorosas represalias por el degüello de Benevento y de Augusta recaen sobre los Franceses; hombres, mujeres, niños, cuanto correspondia á la ralea advenediza de los conquistadores y desangradores, queda destrozado; se propasan hasta escudriñar en el regazo de las Sicilianas el fruto de sus tratos con los Franceses, y fenecen ya cuatro mil en aquella primera noche.

Quiere el gobernador de Palermo salvarse disfrazado, pero lo conocen y lo acaban; corre la furia de la asonada instantáneamente á los demás pueblos; en Monreal, Carini, Conglione, Termini, quedan degollados el mismo dia que en Palermo. A la madrugada del 31 de marzo la matanza vuela por pueblos mas distantes, como Cefalú, sobre la costa septentrional, en Trápani, Marsalla y Mazzara, por la costa occidental, pasa el enfurecimiento á la parte meridional, el 1 de abril en Jerjenti, y en Alicata y el postrer acto de trajedia, tan sangrienta es en Catania, por la costa oriental, en 4 de abril, y allí la matanza procedió de la idéntica demasía que la primera en Palermo; pues un mozuelo francés, llamado Juan Villemade, intentó atropellar á una mujer cuyo nombre era Julia Villanelli; entra el marido, intenta castigar aquella insolencia y queda muerto; clama la mujer por auxilio, pidiendo venganza, se alborota el vecindario, se arroja sobre los Franceses, y mata en aquel mismo dia hasta ocho mil.

Otro Francés, llamado Luis de Mompeller, habia robado una Siciliana principal, cuyo marido se empapó en el deleite entrañable para todo marido, y mas para un zeloso, de traspasar al robador, ahorcándolo luego en las ventanas de su propio palacio.

Así pues por donde quiera el desenfreno de los Franceses y su desacato con las mujeres, enconado con los zelos de sus naturales, causaron su fracaso; cuantos pudieron salvarse fueron encerrándose en fortalezas, y careciendo de abastos, vinieron á morir de hambre, y algunos lograron escapar disfrazados de Sicilianos. Dos gobernadores caritativos y justicieros no solo quedaron indemnes, sino que fueron acatados y bienquistos; á saber, Guillermo de Porcelets, provenzal, comandante de Calatafimi, el otro Felipe Scalambre, gobernador del valle de Noto, cepa de los barones de Serravalle.

Al saber Cárlos tamaña novedad, enmudece de ira por un rato; enfurecido luego, mira acá y

(1) Dumque sedentibus aliis super herbas, aliis flores legentibus, quos marcius prestabat aperiens, ac tota planicies civium gaudiis resultaret, ecce nobilis nympha facie satis decora, aspectu formosa per omnia..... etc.

(2) Quidam Gallicus nomine Drohettus (Barth. á Neoc., p. 1027).

(3) Manu intrepidus, dice Bartolomé de Neocastro, pectus infra vestes et ubera tangit illicite, simulans quod eam propenderet ipsa partere.—Mas terminante está todavía Nicolás Specialis:—quidam plus aliis furore vitiosæ libinis forsitan excæcatus, dice, in unam ex mulieribus illis temerarias manus injecit atque asserens eam pugionem viri sui sub vestibus abscondisse, temerarias manus illam in utero titillavit. (Nic. Spec., c. 4).—La crónica siciliana á nadie nombra, diciendo tan solo:—d'undi unu Franciscu si prisi una fimmina tucandola eu li manu disonestamente, *comu ia eranu usati di fari...*

(4) Moriantur Galli! (Bartolomé de Neocast; pájina 1028) ....armati di petri é di armi, gridandu: *Moranu li Franzisi.* Chr. Sicul., orig. de la Bibliotec. de Palermo.

acullá pavorosamente; muerde calladamente un baston ó especie de cetro que trae en la mano: y aquel ímpetu colérico menudeaba en él con sus arrebatos, y en verdad que nunca habia sido mayor la causa; prorumpe por fin en juramentos horrorosos de plantear en Sicilia un monumento para siempre memorable del escarmiento de los pueblos y desagravio de los reyes, y al mismo tiempo echa el resto en aparatar su venganza. Intenta, mas ya tarde, enderezar los desbarros de su réjimen; espide sobre el particular algunas órdenes infructuosas; el papa, aunque hermanado con él en intereses, no le acude con mas auxilios que los de sus escomuniones contra los rebeldes; y el cardenal legado que Cárlos tiene en su ejército, no las escasea. Vuela con su formidable ímpetu á embestir á Mesina, y la estrecha tan reciamente que el vecindario, temeroso de ser entrado por asalto, entabla capitulacion.

Los Mesineses acudian siempre á invocar en sus conflictos el nombre de *Guillermo el Bueno*, citando sin cesar su ejemplo á todos los soberanos; aveníanse á la rendicion, con tal que Cárlos, al indultarlos, se contentase en lo venidero con los tributos que pagaban á Guillermo, y que los Franceses jamás ejerciesen majistratura, cargo ú empleo alguno en la ciudad. Todos los caudillos del ejército, y hasta el mismo legado, eran de dictámen que aceptase Cárlos aquella propuesta; pero su altanería se lastimó de que unos rebeldes, merecedores, como decia, de la muerte, osasen proponerle condiciones. Manifestó no obstante que los indultaba por la mediacion del legado, mas graduaba de indulto el hacerles entregar ochocientos rehenes, con quienes á nada se comprometia, y sujetar á Mesina al mando de quien le acomodase, sin rebajar un punto de los impuestos exorbitantes que les tenia cargados. Breve y briosísima fué la contestacion de los Mesineses: «antes nos comerémos á nuestros hijos que nos sometamos á tales proposiciones.»

No dió la escuadra de D. Pedro la vela del puerto del Fangar, recargadísimo en el dia por las avenidas del Ebro, hasta el 10 de mayo; se hallaban ya las vísperas sicilianas redondeadas por toda la isla; Mesina, amagada la primera por las armas de Cárlos le contrarestaba gallardamente, y D. Pedro acababa de desembarcar en el puerto de Alcoill sobre la costa de Africa, trayendo realmente á la sazon altercados con los Sarracenos de aquella parte. Habia cooperado pocos años antes al encumbramiento del emir de Túnez, á quien Muntaner llama Mirabasach (esto es, emir, Abu Ishak). Era este hermano del emir Mohamed Abu Abdalá, apellidado El Mostansir, que estaba reinando en Túnez, al tiempo de la espedicion de San Luis. Abu Ishak, habiéndose armado contra su hermano, huyó á Cataluña, donde permaneció largo tiempo, amistándose mucho con los infantes de la casa de Aragon. Cupo luego al Mostansir por sucesor (mayo de 1277) su hijo Abu Zakaria Yahya, apellidado el Watek, y este era el volcado por su tio Ishak, al arrimo del rey de Aragon, en el mes de rabi-el-awal de 678 (julio de 1279). Mediaban causales políticas para que D. Pedro auxiliando al tio destronase al sobrino, redundándole dos ventajas, pues defraudaba á Cárlos del tributo que le estaba pagando el emir de Túnez, en virtud del tratado concluido en 1270, y luego se lo abocaba para sí, apocando así á su enemigo y engrandeciéndose á sí mismo. Sobreviniendo luego nuevas desavenencias en la alcurnia de los Benu-Hafs, acudieron á D. Pedro en los últimos meses de 1282 para que terciase con aumentos de poderío, aun prescindiendo de sus miras sobre la Sicilia, y desde entónces tenia preparado su tránsito.

Hallábase ya en Africa guerreando con alternativas de acierto y de malogro y dando largas á la empresa de Sicilia. Mas era ya forzoso el romper, pues seguia Mesina sitiada, y mientras estaba contrarestando con teson á toda la hueste de Cárlos, llega diputacion de Sicilianos de Palermo, como lo espresa Muntaner (1), á los reales de Alcoill para instar á D. Pedro á que acuda á posesionarse desde luego de su territorio, y al mismo tiempo resguardarlo de los embates de su competidor. Son ocho los diputados, venidos en dos barcas armadas con pabellon negro. Eran cuatro caballeros y cuatro ciudadanos enviados por el concejo de Sicilia; prohombres todos de esperiencia y cordura. Aportan directamente en Alcoill, pasan á la presencia del rey, se arrodillan, besan la tierra y siguen andando de rodillas casi hasta sus piés, se los estrechan y claman en coro: «Señor, misericordia,» y siguen besándole los piés. Sus alaridos, lloros y jemidos mueven á compasion; están enlutados..... ¿qué mas diré? el rey, cejando algun tanto, les dice:

«¿Qué quereis? ¿quiénes sois? ¿de dónde venis? — Señor,» contestan, «somos de la tierra huérfana de Sicilia, desamparados de Dios, de todo señor, de todo arrimo terrestre; cautivos desventurados, hombres, mujeres y niños estamos asomados al esterminio hoy mismo, si vos no acudis á nuestro amparo. Venimos, señor, en pos de vuestra majestad real, de parte de aquel pueblo huérfano, á clamaros por gracia y misericordia. En nombre de cuanto nuestro Señor padeció en la cruz por el jénero humano, condoleos de ese desventurado pueblo, dignaos so-

(1) C. 54.

correrlo, alentarlo y rescatarlo del quebranto y cautiverio á que se halla reducido. Por tres razones debeis hacerlo, Señor, primera por cuanto sois el rey mas santo y justiciero del orbe; la segunda porque la Sicilia y todo el reino corresponde y debe pertenecer á la reina vuestra consorte, y tras ella á vuestros hijos los infantes, como nacidos de la línea del santo emperador Federico y del santo rey Manfredo, que eran nuestros lejítimos señores, pues, segun Dios, la señora reina Constancia, vuestra esposa, debe ser nuestra reina, y vuestros hijos y los suyos deben ser nuestros reyes y señores; y por fin la tercera razon, porque todo santo rey no puede menos de amparar á los huérfanos, á los menores y á las viudas, y la Sicilia enviudó con el malogro de tan escelente señor como el buen rey Manfredo, y los pueblos se hallan huérfanos, careciendo de padres que los defiendan, si Dios, vos y los vuestros no acudís á auxiliarlos. Así pues, Señor, apiadaos de nosotros y venid á posesionaros de ese reino que os corresponde; rescatadlo de las manos de Faraon, y así como Dios libertó á su pueblo de Israel de aquellas manos, así podeis vos libertar á este pueblo de las manos de la jente mas cruel del orbe, pues no hay en él jente mas inhumana que los Franceses, donde quiera que se hallan con potestad.»

D. Pedro está titubeando á las claras, manifestándose no obstante deseoso de favorecerles en cuanto le cupiese, mas sin comprometerse redondamente. Esperando están una contestacion terminante, cuando á los cuatro dias, llegan otras dos embarcaciones armadas, tambien de Sicilia, con idéntico mensaje y con traza todavía mas aciaga. Trae una de ellas dos caballeros y dos ciudadanos de Mesina, sitiada por Cárlos, como se ha dicho, y en vísperas de quedar rendida y asolada: es la otra de Palermo, con la misma clase y número de mensajeros con poderes de toda la Sicilia, y eran, segun D'Esclot, Juan de Prócida, Guillermo de Mesina con dos señores de Palermo, llamados Romeo Portella, Catalan, y Nicolás Espolla. Vienen igualmente enlutados en sus personas, velamen y pabellon. Cuadruplican los recien llegados los lamentos, de sus precursores, condoliéndose tantísimo todos los asistentes, que por fin prorumpen y redoblan como en coro el alarido de: «Señor, á Sicilia; Señor á Sicilia; por amor de Dios, no hay que dejar aquel desventurado pueblo en tal desamparo, debiendo luego pertenecer á vuestros hijos.»

Los ricos-hombres, al presenciar el afan de todo el ejército, pasaron llorosos en busca del rey para decirle: «Señor, ¿qué estais haciendo? Apiadaos, en nombre de Dios, de un pueblo que está ahí clamando misericordia, pues no hay en el orbe corazon, cristiano ni sarraceno, tan empedernido que no se condolezca. Os lo rogamos encarecidamente, y mas entrañable debe ser vuestro anhelo por las razones que os han estado alegando con toda verdad, y luego por la contestacion violenta que os ha dado el papa. Mirad que todo esto procede allá del mismo Dios, pues á no ser así, infundiera Dios al papa el anhelo de auxiliaros; mas ha dispuesto ese mismo desaire para que acudais al amparo de ese pueblo desdichado. Lo que tambien os está demostrando que esa es la volutad del Señor, es que la voz del pueblo es la voz de Dios, y ahí todo el jentío de vuestro ejército está clamando porque lo lleven á Sicilia. ¿Qué estais todavía esperando, señor? pues os afianzamos, en nuestro propio nombre y en el de toda la hueste, que vamos allá todos á seguiros y perecer por la gloria de Dios, por vuestro honor, y por el rescate del pueblo de Sicilia; y acá estamos todos prontos á seguiros sin la menor paga.»

Al oir aquellas instancias y presenciar el afan de la tropa, levanta el rey los ojos al cielo, y prorumpe: «Señor, por vuestro honor y por vuestro servicio, emprendo este viaje, y me encomiendo á vos por mí y por los mios;» y luego añade: «Consiento; puesto que Dios lo quiere y vosotros tambien, marchemos con la gracia y el amparo de Dios y de nuestra Señora Santa María, con toda la corte celestial; vamos á Sicilia;» y todos claman: «Ea, ea; á Sicilia, á Sicilia.» y todos se arrodillan, y entonan esforzadamente el *Salve, Regina*.

Salen aquella misma noche las dos barcas para Sicilia, con tan fausta nueva, y por la madrugada el rey dispone el embarque de jente, caballos y cuanto hay en tierra, y él es el último que sube á bordo. Concluida la operacion en tres dias, salen las otras dos barcas para Sicilia, á fin de participar como habian visto el rey de Aragon dar la vela para Trapani el 3 de agosto.

Llega con efecto á Trapani, se detiene cinco dias, y pasa luego á Palermo por tierra. Todo el vecindario le sale hasta cuatro leguas al encuentro, y al entrar el rey por tierra el 10 de agosto, asoma la escuadra por mar, y llegados todos, los prohombres de Palermo despachan mensajeros á todas las ciudades, villas y castillos, y luego á los síndicos de todos los distritos, para que trajesen las llaves y plenos poderes de cada paraje, bajo el concepto de que se han de entregar las llaves al rey como señor, rendirle fe y homenaje y coronarle rey, dueño y señor (1). Acude sin embargo á lo mas urjente, hallándose Mesina en sumo peligro. Es su ánimo ir personalmente con

(1) Ramon Muntaner.

todas sus fuerzas de mar y tierra, mas le aconsejan que dé lugar á la venida de todo un ejército á Palermo. Pregonan por toda la Sicilia que los hombres de quince á sesenta años acudan á Palermo en el término de quince dias con armas y pan para un mes, pues tal es la voluntad del rey de Aragon. Envia entretanto dos mil almogavares á Mesina, y entraron de noche con sus alforjas al hombro; no aparecia con ellos el menor asomo de equipaje, pues cada cual se llevaba el pan, segun su costumbre. Cuando marchan en correría, cada uno se lleva su pan para la temporadilla y nada mas, y con su pan, agua y algunas yerbas, tienen cuanto necesitan. Llevan prácticos que los guien por las sierras, y luego las seis jornadas que median entre Palermo y Mesina las andan en tres dias; llegan pues de noche y entran por una parte llamada la *Caperna*, en donde las Mesinesas habian levantado un espaldon que se conserva todavía; y se introducen tan reservadamente en la ciudad que no lo advierten los sitiadores. Cunde la noticia de su venida por Mesina, y sabe Dios el alborozo y enajenamiento que causa por todo el vecindario. A la madrugada tratan los almogávares de salir á la refriega, y los Mesineses al verlos tan maltrajeados, con esparteñas en los piés, polainas en las piernas y su redecilla en la cabeza, andan susurrando: «Nos apeamos de la cumbre de nuestro regocijo, ¿qué especie de jente viene á ser esta que anda tan horra y desnuda, sin mas vestidura que la de un gambeto, sin escudo ni broquel? Si todas las tropas del rey de Aragon se parecen á estas, no hay que confiar mucho en nuestros defensores.»

Oyen los almogávares aquel susurro, y prorumpen: «Hoy se verá lo que somos.» Hacen que les franqueen la puerta y se arrojan allá tan impetuosamente sobre el enemigo, que le hacen horrorosa matanza antes de darle lugar á rehacerse. En suma, el ejército pierde mas de dos mil hombres, antes de enterarse cabalmente de qué ralea viene á ser aquella tropa, que luego afianza y se trae á la ciudad cuanto le viene á las manos, retirándose toda sana y salva.

Al presenciar los Mesineses el portento de tales guerreros, cada cual quiere hospedar en su casa por lo menos á dos individuos, honrándolos y agasajándolos hasta lo sumo; hombres y mujeres se esplayan, y en aquella noche hay tanta iluminacion y algazara que todo el ejército enemigo se muestra atónito, abatido y amedrentado.

Reunidas por fin las tropas con los diputados en Palermo, celebra el rey córtes con los prohombres de Palermo, pueblos y castillos de Sicilia, formando un cuerpo selecto, y les dice: «Ya sabeis, barones, como me hallaba en Berbería contra los Sarracenos, en honor de Dios y de toda la cristiandad, delante de la ciudad de Alcoill, cuando vuestros mensajeros llegaron á nos de vuestra parte y de todo el conjunto del reino de Sicilia para decirme que era mia y de mis hijos, y que me suministrariais cuantos caballos necesitase, como tambien cuanto oro y plata se requiriese para defenderos contra Cárlos, entregándome cuanto fué suyo; y así quiero saber de vosotros, si os conformais, y si es todo cierto.»

Calla el rey, se sienta, y esperando la contestacion, se levanta un caballero de mucha cuenta, y habla así por todos:

«Por cierto, señor, que tus palabras son escelentes y verdaderas, pues todo es idénticamente como has dicho. Concedido te queda todo por el dictámen unánime de todo el reino.» Comprobaron los demás cuanto dijo el anciano, quien luego siguió diciendo: «Señor rey, te rogamos una concesion que redundará en hacerte para todo tiempo de los habitantes de Sicilia tus servidores y vasallos, á saber, que tengas á bien otorgarles las buenas costumbres del rey Guillermo, y desde ahora en adelante nos gobernarás á tu albedrío.»

Concede D. Pedro al orador su peticion; en términos muy formales y espresivos se estendió la escritura con el gran sello del rey de Aragon; y todos los barones de la isla se afanaron desde luego en hacerlo coronar por el obispo de Cefalú, y juramentarse entre sus manos (el 2 de setiembre de 1282).

Clamando está Mesina por mayor auxilio, tras el primero, que tantísimo le estaba ayudando para contrarestar los embates de Cárlos, y amaga por fin postrarse. Resuelve D. Pedro, á propuesta de Juan de Prócida (1), acudir allá personalmente con todas sus fuerzas de tierra, y envia sesenta galeras menores armadas en guerra, al mando de Rojer de Lauria, jentil-hombre calabrés, que habia emigrado al conquistar los Franceses aquel pais. Era el marino mas consumado y venturoso de su siglo. Debia Rojer ocupar el estrecho con su escuadra, y atajando los abastos á Cárlos de Anjú, imposibilitarle el regreso. Al mismo tiempo, siempre con dictámen de Prócida, á quien D. Pedro, desde su llegada, habia nombrado gran canciller de Sicilia, pone en movimiento á jornadas cortas su tropa hácia Mesina, señala Raudozo, á la falda del Etna, al paso, para por punto de reunion del ejército envia tambien por delante á tres caballeros catalanes y aragoneses llamados Pedro de Queralt,

(1) Giovanni Villani sobre aquel año, y tras este capítulo, en el apéndice, la traduccion de la Crónica Siciliana.

Ruiz Jimenez de Luna y Guillermo Aymerich de Barcelona, para presentar á Cárlos la carta y el reto siguiente:

«Pedro de Aragon y de Sicilia, rey, á ti, Cárlos, rey de Jerusalen y en Provenza conde:

«Te participamos nuestra llegada á la isla de Sicilia, como propia, sentenciada á mi favor por la autoridad de la santa iglesia y de los venerables cardenales, y te mandamos que vista la presente, al punto te vayas de la isla con toda tu potestad y todas tus tropas, hecho ya cargo de que si no lo verificas, te parará el perjuicio de ver á nuestros caballeros y nuestros leales arrojarse sobre tu persona y tus soldados.»

Sañudo sobremanera el soberbio Cárlos, contesta al golpe á D. Pedro:

«Cárlos, por la gracia de Dios, rey en Jerusalen y en Sicilia, príncipe de Capua, conde de Anjú, de Forcalquier y de Provenza, á ti, Pedro, rey en Aragon y conde en Valencia:

«Atónitos estamos con tu osadía de pasar al reino de Sicilia, conceptuado nuestro por la autoridad de la santa iglesia romana, y por tanto te ordenamos que vista nuestra carta, te marches ejecutivamente de este reino nuestro de Sicilia, como malvado y traidor á Dios y á la santa iglesia romana, y no haciéndolo, te retamos como enemigo y traidor para con nosotros; pues en seguida nos verás acudir en perjuicio tuyo, por cuanto deseamos en el alma el verte á ti y á tu jente con nuestras fuerzas (1).»

Mas no pudo Cárlos dejar airosas las ínfulas que ostentaba en su carta, y su almirante Henrique de Mari acudió á manifestarle que le constaba la próxima llegada de Rojer de Lauria, y se hallaba imposibilitado absolutamente de contrarestarle, pues sus naves grandiosas no eran para maniobrar en aquel estrecho, estando además desarmadas. Asomaba el tormentoso equinoccio: tampoco ofrecia la Calabria puerto alguno para guarecerse á su salvo, y si el enemigo lograba incendiar la escuadra de Cárlos, tenia luego el ejército que perecer de hambre. Incontrastable seria la urjencia, cuando aquel monarca tan engreido y además tan enconado, el mismo á quien nadie habia jamás tachado de cobarde, tuvo que allanarse, mas nunca deja de hacerse inesplicable, tras la carta sobredicha (2), aquella retirada. Despasó el ejército francés el estrecho, y á los cuatro dias, asomó la escuadra aragonesa ante el Faro de Mesina.

Si damos crédito á Muntaner, procedió Cárlos en aquel trance con sumo tino y cordura, y es tambien el dictámen de Villani; conceptuó, dice Muntaner, que si acudia el rey de Aragon, alguno de los suyos le habia traicionado, pues habiendo antes vendido á Manfredo, cabia el que practicasen otro tanto con él, cuanto mas que estaba temeroso de que se le rebelase la Calabria. Embarcóse pues de noche para Reggio, y al amanecer vieron los Mesineses que se habian ido, quedando no obstante un número crecido, y los almogávares los embistieron, y acabaron al par con todos los infantes y los jinetes; luego acudieron todos, y el vecindario de Mesina se enriqueció para siempre con tamaño despojo. Pasaron al arsenal de San Salvador y hallaron mas de ciento y cincuenta galeras y embarciones largas, aprontadas por Cárlos para pasar á Romania, como ya se ha visto, y las abrasaron todas. Cárlos estuvo mirando desde la otra orilla el incendio sin poderlo apagar. Se dice que estuvo rabiosamente mordiendo el cetrillo que empuñaba, y repitiendo cuanto dijo al saber la matanza de Sicilia: «¡Ah, Señor Dios, mucho me estais dando que padecer; ya que os empeñais en desventurarme, que sea á pausas y suavemente (1)!»

Corrieron los Mesineses en busca del rey de Aragon, que acababa de levantar el real de Bardazno, y lo hallaron á diez leguas del estrecho. Con la novedad de aquella retirada apresuró su marcha, y entró en Mesina el 10 de octubre, como á los quince dias de la huida de Cárlos (2).

Campeó felizmente D. Pedro desde sus primeros acontecimientos en Sicilia, pues «hallándose Cárlos, dice Muntaner, con las tropas que habian podido desembarcar durante la noche en Catona, mandó al conde de Alenzon, su sobrino, hermano de Felipe, rey de Francia, que permaneciese allí con gran parte de la caballería, y pasó á Reggio, y despidió las galeras para sus casas, lo que practicaron con sumo gozo. De las ciento y veinte que eran, treinta se encaminaron á la Pulla por la parte de Brindis, y las otras ochenta hicieron rumbo para Nápoles. Al ver todo esto el señor rey de Aragon desde Mesina, llamó á su hijo Jaime-Pedro y le dijo: «almirante, colocad en vuestro lugar en las veinte y dos galeras que

(1) Las cartas orijinales son parte de las actas de Rimer.

(2) Dolorosísimo se hizo á Cárlos el cejar ante el enemigo, á quien tan altaneramente acababa de baldonar: mas parece que la urjencia era imprescindible. Pueden verse en Muntaner y en Villani, desmenuzados y comprobados los motivos de su retirada.

(1) Giov. Villani, l. VII, ad ann.

(2) E venne á Messina addi 10 d'ottobre dell'anno detto; e da Messinesi huomini e femmine fu ricevuto à grande processione e festa, come loro novello signore, e che gli havea liberati delle mani del re Carlo (Ibid., l. VII, c. 76).

tenemos al noble Pedro de Queralt y á vuestro vice-almirante Cortada, para que acosen y embistan á esa escuadra; son jente fujitiva y descorazonada, son una mezcla de naciones revueltas y desacordes. Tened entendido que esas naves no se defenderán á una, y quedarán vencidas.—Señor,» le contesta Jaime-Pedro, «llevad á bien que no coloque á nadie en mi lugar, mediando, tales empeños, sino que vaya yo mismo, pues, como decis, van á quedar todos prisioneros; con que dejadme ese blason.»

«No queremos que vayais, por cuanto teneis que atender á lo restante de la escuadra.»

«Quedóse el noble Jaime-Pedro, aunque con sumo quebranto, y dispuso las galeras con arreglo á la órden del rey, y la jente se embarcó al punto con sumo regocijo, voceando, *ea*, *ea*.

«El vecindario de Mesina y los demás Sicilianos, que se hallaban allí, se mostraban atónitos de que fuesen á salir veinte y dos galeras contra noventa, y luego mas de otros cincuenta barcos, ya cortos, ya largos, todos armados. Se adelantan al rey y les dicen: «¿cómo es esto, señor? ¿enviais ahí veinte y dos galeras, contra ciento y cincuenta velas que de todos modos se retiran?—Barones,» les contesta, sonriéndose, «hoy habeis de presenciar la potestad de Dios, y como descollará en este negocio dejadnos obrar, y nadie se oponga á nuestra voluntad, pues confiamos tantísimo en la voluntad de Dios y en nuestro fundado derecho, que aun cuando fuesen ellos en doble número, los veriais hoy igualmente vencidos y presos.—Señor,» contestan todos, «cúmplase vuestra voluntad.»

«Monta el rey á caballo, acude á la playa, hace sonar el clarin, y todos se embarcan ufanísimos. Trepan entónces el rey y el almirante á las galeras; les habla el rey encargando á cada cual lo que ha de hacer; y los nobles Pedro de Queralt y Cortada le responden: «Señor, dejadnos ir, pues hoy hemos de practicar tales hechos que realzarán para siempre la casa de Aragon, colmando de gozo y deleite á vos, á nuestro almirante y á cuantos hay en Sicilia.»

«La tropa de las galeras prorumpe: «Señor, persignadnos y bendecidnos, y luego mandad la salida; ya son nuestros.»

«Alza el rey los ojos al cielo y dice:«Señor Dios, nuestro padre, ¡bendito seais por habernos concedido el mando de jente tan grandiosa de corazon. Dignaos ampararla, preservarla de todo daño y concederle victoria.» Así los persignó, bendijo y recomendó á Dios. Entónces el rey y su hijo el almirante bajaron de las galeras al desembarcadero, pues las galeras se hallaban junto á la Fuente del Oro de Mesina.

«Desembarca el rey, echan las galeras el resto con sus remos, y al ponerse en movimiento, Cárlos estaba sobre el paraje que llaman Coda di Volpe, y como la veintena no piensa mas que en su abordaje, tiende su velámen favoreciéndole el poniente, va en dilijencia á remo y vela y se arrojan al enemigo. Los ve este venir, se encamina á Nicotera, y al entrar en aquel golfo, se reune, y prorumpe: «ahí están las veinte y dos galeras de Mesina; ¿qué harémos?» Dicen los Napolitanos que están en suma zozobra que los Provenzales los desamparan, y que Jenoveses y Pisanos se desvian de la pelea.

«Si acaso interesa el saber el número de galeras de cada pais, digo que habia veinte galeras provenzalas, bien armadas y corrientes; mas de quince jenovesas, diez pisanas, y cuarenta y cinco de Nápoles y de la costa del principado; siendo todos los barcos armados calabreses. ¿Qué dirémos mas? al hallarse la escuadra de Cárlos delante de Nicotera, arria vergas y se forma en batalla. Hállanse las veinte y dos á tiro, y amainan vergas igualmente, zafan la crujía, enarbolan el pabellon en la almiranta, luego se arman y amarran unas con otras, de modo que las veinte y dos quedan en una, y enlazadas así, se abalanzan en batalla sobre la escuadra de Cárlos. La tripulacion de esta nunca los tuvo por tan locos que se arrojasen á embestirla, conceptuando que se contentarian con aparentarlo; mas en fin, al verlos avanzar de veras, las diez galeras pisanas se destacan de la izquierda, alzan el velamen, y barloventeando contra las ráfagas harto recias, se engolfan y huyen. No hacen menos Jenoveses y Provenzales, pues sus galeras eran ájiles y muy cabales. Al ver las cuarenta y cinco galeras y barcos armados del pais aquella maniobra, se dan por perdidas y varan por la playa de Nicotera, y entónces las veinte y dos se les arrojan encima. ¿Qué dirémos? nuestra jente mató un sinnúmero, hicieron mas de seis mil prisioneros, y se apoderaron de las cuarenta y cinco galeras con sus barcos armados. No contentos con esto, embisten á Nicotera, la toman y matan á mas de doscientos caballeros franceses, que habian acudido allí de la hueste del rey Cárlos. Tan solo median diez leguas entre Nicotera y Mesina, y todo se ejecutó en aquella tarde, entregándose al sueño la noche siguiente.

«Despues de media noche, á favor del terral que soplaba en el golfo, dan la vela, y son tantísimos que no se deja ver el mar. No se crea que estaban solas allá las cuarenta y cinco galeras y barcos acompañantes, pues hallaron en Nicotera, entre trasportes, barcas armadas y al remo y embarcaciones cargadas de abastos para el ejército del rey Cárlos, mas de treinta velas, y conduciéndolas á Mesina, las cargaron de mercan-

cias y de cuanto hallaron en Nicotera. Favorecidos con el terral, navegan de noche tan prósperamente, que al amanecer se hallan en la embocadura del Faro y delante de su torrecilla. Al presentarse allí habiendo ya amanecido, el vecindario, al ver tantísima vela, prorumpe: «¡Ay, señor! ¡ay mi Dios! ¿qué vendrá á ser todo esto? Ahí está la escuadra del rey Cárlos que, tras de apoderarse de las galeras del rey de Aragon, revuelve sobre nosotros.»

«El rey, siempre gran madrugador, levantándose con el dia en verano y en invierno, está en pié, oye aquel estruendo y pregunta «¿qué hay de nuevo? ¿á qué vienen tantos alaridos por todo el pueblo?—Señor,» le contestan, «es la escuadra del rey Cárlos que vuelve, y mucho mayor que á su salida, habiéndose apoderado de nuestras galeras.»

«Pide el rey un caballo, lo monta y sale del palacio, con unos diez acompañantes. Corre por la playa al eco de infinitos lamentos de hombres, mujeres y niños; los alienta y les dice: «Buena jente, no hay que temer, pues son nuestras galeras que traen prisionera la escuadra del rey Cárlos; y cabalgando mas y mas por la orilla del mar, sigue repitiendo las mismas palabras; y todos vocean «¡ojalá, señor, que así suceda!» ¿Qué diré mas? todo el vecindario, hombres, mujeres y niños le van siguiendo, como tambien la hueste entera de Sicilia. Llegado el rey á la Fuente de Oro, al presenciar aquel espectáculo de tantísima vela como se agolpa con el viento sud-este, recapacita y prorumpe entre sí: «¡Logre yo que el Señor, quien con su gracia me ha traido acá, no me desampare, como tampoco á este pueblo desventurado!»

«Mientras está el rey así cavilando, asoma un leño de guerra, todo empavesado con las armas del señor rey de Aragon, y montado por Cortada, llega al mismo paraje donde se halla el rey capitaneando toda su caballería y cuantos lo han ido siguiendo. No cabe espresar cuanto se holgó el monarca, al ver la nave con su bandera; se acerca el rey al mar, Cortada salta en tierra y le dice: «Señor, aquí están vuestras galeras que os traen todas esas otras que hemos apresado, sin las quemadas y destruidas, como tambien en Nicotera, donde han fenecido mas de doscientos caballeros franceses.» A estas palabras, el rey se apea, se arrodilla, y haciendo los demás otro tanto, entonan todos juntos el *Salve Regina*, y bendicen y alaban á Dios por tamaña victoria, refiriéndosela, no á sí mismos, sino únicamente á Dios; ¿qué mas dirémos? El rey da la bienvenida á Cortada, y añade que acuda á disponer la colocacion de los bajeles delante de la aduana, alabando á Dios y haciendo su saludo. Queda obedecido, y entran delante las veinte y dos galeras, remolcando cada una por su popa mas de quince galeras, leños y barcos; llegan á Mesina engalanadas y tremolando sus estandartes, empapando en el mar las insignias enemigas. Jamás se vió júbilo y algazara semejante, no pareciendo sino que el cielo y la tierra venian á confundirse, y en medio de tanta vocería sonaban las alabanzas á Dios y á nuestra Señora Santa María con toda la corte celestial. Llegados todos á la aduana y delante del rey, suena y resuena la vocería, respondiendo el brazo de mar y los valles de tierra, oyéndose claramente el estruendo desde la Calabria (1).»

Al ver Cárlos tantísima vela por la embocadura del Faro, y el conde de Alenzon, su sobrino, venido de Tortosa, creyeron que era su escuadra trayéndose las veinte y dos galeras catalanas apresadas, y que venia á presentarlas; mas al reparar que van entrando en Mesina, y luego la grandísima iluminacion que resplandece por toda la ciudad, se quedan atónitos, y luego con el desengaño, vocean: «¿Qué viene á ser todo eso, gran Dios? ¿y qué especie de jente ha caido sobre nosotros? Esos no son hombres, sino diablos del infierno. ¡Así Dios nos conceda la gracia de librarnos de sus manos (2)!»

Sobrado motivo cabia al conde de Alenzon (3) para elevar á Dios aquella plegaria, pues á pocos dias, pidieron los almogávares á D. Pedro que les permitiese hacer un desembarco en Catona. Nada podia asustar á aquellos tremendos almogávares; desembarcan con efecto, con intento terminante de sorprender y matar al conde de Alenzon, en defecto del rey Cárlos, que á la sazon se hallaba en Reggio. Atraviesan de noche, de San Renier de Mesina á Catona, los puntos mas cercanos de ambas orillas, tanto que de una parte á otra se divisa un hombre á caballo, viendo si lleva el rumbo para levante ó poniente. Amanece, y están ya todos desembarcados; nuestra jente, dice Muntaner, se va adelantando pausada y mudamente hácia el pueblo, y unos capitanes debian marchar en derechura, desentendiéndose de sus compañeros, á la casa principal de Catona, donde se hospeda el conde. Otros deben arrojarse al recinto, y algunos á las tiendas y barcos que hay por al derredor, por cuanto el pue-

(1) Ramon Muntaner, c. 67 y 68.

(2) Aço no son homens, enans son diables infernals. Deus per la sua merce nos jaquesca escapar de las llurs mans (Ibid., l. c.).

(3) Pedro, conde de Alenzon, hijo de San Luis, habia, en 1282, acompañado á Cárlos en la Pulla con Roberto, conde de Artois, y los condes de Bolonia y de Dapmartin.

blo era estrecho para todos... Aclara el dia, acude de cada cual á su embarcacion, suena el clarin de los almogávares y de los sirvientes, y todos se arrojan á un tiempo. Se levanta la tropa del conde sin saber lo que sucede, pero almogávares y sirvientes los acuchillan tan desaforadamente que no dejan vivo uno solo. El cuerpo que debe asaltar al conde hace tambien su avance denodado; pero tiene que batallar con ahinco, pues encuentra hasta trescientos caballeros á pié que componen su guardia; mas de nada le sirve, pues á poco rato quedan todos destrozados. Hallan al conde que se está armando con diez jentiles hombres que atrancan y defienden la puerta de su estancia. ¿Qué dirémos á esto? trepan los almogávares á lo alto, y empiezan á derribar la techumbre; y entónces vocean los caballeros: «Alto, alto; el conde de Alenzon es el que está aquí: cojedlo y dejadle la vida, y se os darán mas de quince mil marcos de plata;» pero los otros contestan: «nada de prisioneros; muera en venganza de los degüellos del rey Cárlos.» Todos los caballeros fenecen á la entrada del aposento, y entre ellos yace el conde de Alenzon (1).

Conceptúa Cárlos que su ejército y armada, instrumentos antes tan dóciles á su albedrío, ya no han de obedecer á la diestra que los estuvo manejando; hállase vencido sin alcanzar la pujanza enemiga, y sin haber mediado pelea; por tanto se muestra ansiosísimo de apelar á su propio denuedo, y desentendiéndose del arrimo de su soldadesca y de la inconstancia de los elementos, concentrar en sí mismo todo el afan de su desagravio. Engolfado en la desventura que acabamos de presenciar, se empeña en provocar á D. Pedro, convidándole á zanjar en lid personal, sujetando al juicio de Dios, sus derechos y su contienda. Propone que peleen cien caballeros contra otros ciento, en Burdeos, bajo el resguardo del rey de Inglaterra, dueño de aquella ciudad; cada cual de entrambos reyes tenia que capitanear á su propia cuadrilla, cifrando el paradero de la Sicilia en el resultado de la pelea. D. Pedro, á quien interesa en gran manera el ir ganando tiempo para afianzar mas y mas su autoridad en Sicilia, y redondear los preparativos de su defensa, acepta gozosísimo la propuesta, pues poseyendo menos súbditos, menos tropas y menos caudales, se le hacia en estremo ventajoso el pelear con fuerzas iguales. Comprométense ambos monarcas á acudir á Burdeos el 15 de mayo de 1283, allanándose, en caso de no cumplir á su debido plazo, á desentenderse de todo su derecho á la Sicilia, y luego á quedar despojados para siempre de sus propios estados y arrojados de toda reunion de nobles y caballeros, como traidores y deshonrados (1).

(1) Ramon Munt., c. 70.

Los preparativos de aquella lid retrajeron por algun tiempo á entrambos reyes batalladores de los reinos de Sicilia y Pulla, y así disfrutaron aquellos paises por una temporada ciertos visos de paz.

A su propartida uno y otro hacen sus disposiciones como en vísperas de morir ó de un viaje ultramarino; el rey de Aragon encargó el gobierno de la Sicilia, hasta tanto que pudiese venir su esposa Constancia á tomar posesion, á un consejo nacional, cuyos directores fueron Rojer de Lauria, nombrándole grande almirante, Juan de Prócida, á quien confirió la dignidad de canciller supremo de Sicilia, y Alaimo de Lentini, vicario y comandante del valle de Mazzara.

Cárlos por su parte entregó el gobierno de su reino, tanto en la porcion que le quedaba como en la que se debia reconquistar, al príncipe de Salerno, su hijo, para quien arregló un consejo compuesto de los principales señores y de los ministros mas consumados de la corte, pero entre los cuales no asomaban dos varones como Juan de Prócida y Rojer de Lauria.

El conde de Artois pasó á Calabria acaudillando la hueste que debia conquistar la Sicilia, pero que yacia maniatada con la tregua y el paradero del soñado desafío.

Tras este arreglo, partieron ambos reyes, Don Pedro para España, y Cárlos para Francia, de donde tenian que acudir, cada cual por su parte á Burdeos.

El 15 de mayo, dia del convenido plazo, Cárlos con sus cien caballeros entra en el palenque y permanece desde la salida del sol hasta su puesta, sin que asome nadie para lidiar, y toma públicamente su testimonio de comparecencia.

Tómalo tambien D. Pedro de la suya, pues entrando la noche anterior disfrazado en Burdeos, se presenta á la madrugada al senescal de Inglaterra, hace sus protestas, declara como le consta que el rey de Francia se acerca á Burdeos con grandísima escolta, para armarle asechanzas por el camino, y así se desentendia de la lid por falta de seguridad; deja morrion, espada y lanza en comprobacion de su comparecencia, y se retira arrebatadamente, andando mas de treinta leguas por el rumbo de Aragon, mudando caballos (2).

Burlado así Cárlos de Anjú, aparata nuevo ejército en Provenza; mas D. Pedro (3) logró ya

(1) Barthol. de Neocastro, c. 54; el mismo, c. 74 y 75.

(2) Véase la relacion gallarda de Muntaner, c. 89, 90, 91 y 92.

(3) Cárlos y Pedro estuvieron luego llenando la

su intento, ganando tiempo, fortificándose en Sicilia, y su mujer con los infantes, á quienes habia enviado al llegar á Aragon, van engrandeciendo su parcialidad, haciendo Juan de Prócida que reconozcan á la reina Constancia y á Jaime y Federico solemnemente las Córtes reunidas en Palermo, organizándolo todo para la defensa (1).

Entretanto el papa, siendo francés de nacimiento y de corazon, antes del plazo para el reencuentro de los dos reyes, habia echado el resto para estorbarlo, y luego conceptuándose árbitro en la causa, la tenia ya sentenciada á favor de Cárlos, pronunciando contra D. Pedro un fallo, con fecha de 15 de marzo de 1283, en el cual, no solamente lo deponia apeándolo de todo derecho á la Sicilia, sino que en castigo de haberse apoderado de aquel reino por engaño, en desprecio de la prohibicion de la Iglesia, y de sus compromisos con San Pedro, cuyo vasallo estaba reconocido, lo declaraba apeado de sus reinos hereditarios de Aragon y de Valencia, entregando sus estados al primer ocupante. Enterado luego de que D. Pedro se habia mofado de los reyes de Francia y de Nápoles en el negocio de Burdeos, suelta Martin IV la rienda á sus iras; da nueva sentencia con fecha de 27 de agosto de 1283, mas cuajada todavía de baldones que la primera, confirmándola, y en la que brinda á Felipe el Atrevido con los reinos de Aragon y de Valencia, para su hijo segundo Cárlos de Valois, vedándole para lo sucesivo los dictados de tales reinos, de que lo despojaba á causa de sus pecados (2). Así se está continuando la guerra del papazgo contra cuanto pertenecia á la casa de Suabia. Avínose D. Pedro por escarnio, intitulándose tan solo *Señor de Aragon*, *dueño del mar y padre de tres reyes*, por cuanto poseia tres reinos, Aragon, Valencia y Sicilia, para repartirlos entre sus tres hijos. Se ventiló formalísimamente en Francia cuál era el partido que se debia tomar en punto á esta nueva concesion de Martin IV; y barones y prelados de mancomun opinaron que se debia aceptar con pleno conocimiento, y el cardenal Cholet, fundador del colejio de este nombre en Paris, venido de legado á Francia sobre este negocio, revistió solemnemente al mancebo conde de Valois con el reino de Aragon y condado de Barcelona.

Prometiéronse induljencias y finezas á miles para cuantos auxiliasen á la casa de Francia en la conquista del nuevo reino, predicando cruzada á favor de Cárlos de Valois: entretanto, como los príncipes de Francia cargaban todavía mas la consideracion en recobrar la Sicilia que en conquistar á Aragon recien ofrecido, Cárlos de Anjú se vinculó todo aquel año en disponer sus preparativos para allanar de nuevo su isla; y en mayo del año siguiente (1284) partió de los puertos de Provenza, haciendo rumbo para Nápoles, con cincuenta y cinco galeras armadas y tres bajeles grandísimos cargados de tropas.

Alarde podia hacer con efecto el *caballero de Aragon* de su señorío del mar, pues tal se lo afianzaba Rojer de Lauria, á pesar de todas las bulas de Martin IV. Portentos habia seguido haciendo aquel grandísimo almirante despues de la partida del rey; va recorriendo las costas de Calabria, asegura á los Aragoneses la posesion de Rejio, de Calama y Lamota, de los castillos de San Lucido, de Santa Agueda, de Pontedatille, de Amendolea y de Bova, toma á Tripani y Stromboli, temblándole cuantos surcan los mares; envia Cárlos á cruzar por los mares de Sicilia una escuadra formidable salida de Marsella, á las órdenes de Guillermo Carnut; la embiste Lauria á la altura de Malta, voceando: *Aragon, Aragon, al abordaje, al abordaje*; se apodera de las naves mayores, mata con su propia mano al almirante.... no hay mas que leer en Muntaner el pormenor de aquel combate, donde entrambos contrarios estuvieron á pique de fenecer. La toma de Malta y de Gozzo fué el fruto de la victoria (1).

Habia entretanto Cárlos de Anjú dado la vela de las costas de Provenza, y enterado Rojer de Lauria de su venida, se arroja á dar un golpe de mano sobre el mismo Nápoles. El príncipe de Salerno, Cárlos el Cojo, primojénito del rey, quien le sucedió luego, se halla en Nápoles mandando en ausencia de su padre. Temeroso este en gran manera de su arrebatada bisoñez, al partir para Sicilia, le envia por un bergantin ór-

Europa con sus manifiestos. Véanse las cartas circulares, enviadas con este motivo por ambos reyes á la comunidad de Módena. Antiq. Italic.; tom. III, disertac. 39, p. 649 y sig.

(1) Ramon Munt., c. 99.

(2) Véase Bulla depositionis Petri Aragon. 12 Kal. aprilis Urbe veteri, et altera, 6 Kal. septembris, anno 1283, ap. Raynaldus, ad annum, num. 25 et seq. —«Esta fué la sentencia que pronunció el papa Martin, francés de nacimiento, dice Muntaner (Simon de Brion, nacido en Mont-Epiloir, junto á Bavany en Champaña), elejido papa bajo el nombre de Martin IV, el 22 de febrero de 1281, en Viterbo. Dicen que jamás han salido de la corte de Roma sino sentencias equitativas; y así debemos creerlo, por cuanto los clérigos, que son los administradores de la santa iglesia, nos dicen: *Sententia pastoris, justa vel injusta, timenda est.*»

(1) Véase Muntan., c. 83 y 84.

den terminantísima para que nada intente hasta su incorporacion, que le participa como muy cercana; la escuadra siciliana del crucero apresa el bergantin y sigue resguardando su costa ó invadiendo la de Nápoles y acecha á Cárlos. Avalora Lauria aquella noticia para practicar allá cabalmente lo que el enemigo está temiendo; va diariamente á provocar y retar á los Napolitanos hasta sus mismos muros, talando la campiña hasta sus mismas puertas, encona con mil insultos la fogosidad de un mancebo, el cual, reprimido largo tiempo á cargo de un legado, por fin se desprende de manos de aquel ayo, y orillando todo sufrimiento, sale de Nápoles con treinta galeras grandes. Lauria aparenta miedo y se engolfa para retraer al príncipe del arrimo de Nápoles y frustrarle todo auxilio. Vira luego de bordo y se presenta al ansiado trance; se acerca al abordaje, engancha la galera comandanta, y el almirante en persona la asalta con la espada en la mano. Defiéndese el príncipe diabólicamente, «mejor que un rey ó hijo de rey, ó cualquiera otro caballero,» dice un historiador, mata...Algunos oficiales del almirante al ver defensa tan pertinaz, se arrojan á alancearle, pero vocea el almirante: «Barones, alto, que es el príncipe, y mas lo quiero prisionero que muerto.» Así se verifica, y Lauria trata de avalorar aquella presa. Amenaza á Cárlos con la muerte que cupo á Conradino, si no se aviene á cuanto se le pida; y es la primera condicion que le ha de traer una hermana de la reina Constancia, hija de Manfredo, encerrada todavía en el castillo del Ovo, desde la toma de Luceria de Pagani, que le entregue el castillo de la isla de Ischia, á la entrada del golfo de Nápoles, y uno y otro se le concede. Envia Cárlos el Cojo á tierra un barco armado que trae «á la hermana de la señora reina, con cuatro señoritas y dos damas viudas.» Toma luego, con anuencia del príncipe, posesion de las islas Ischia, Prócida y Caprea. Le sirvió Ischia para enfrenar á Nápoles; deja allí un oficial con cuatro galeras y dos barcos armados, con órden positiva de no franquear entrada ni salida para Nápoles absolutamente á nadie sin su pasaavante; cuantos entrasen habian de pagar tanto por bajel, laud ó mercancía; cuantos saliesen habian de pagar tambien un florin de oro por tonel de vino y dos florines por el de aceite, sujetando así en arancel todos los renglones para el correspondiente adeudo. Todo esto y mucho mas se verificó, dice Muntaner, estrechando tantísimo al vecindario de Nápoles, que el comandante de Ischia tenia en la ciudad un cobrador para recojer los derechos de todo lo referido. Para salir, cada cual tenia que ir pertrechado de su pasaporte, y sin este requisito, se le prendia, embargándole el bajel ó laud con todas sus mercancías (1).

Asoma Cárlos con su escuadra delante de Gaeta, el dia despues de la batalla: «¡así quedara muerto,» esclama, «ya que quiso quebrantar mi mandato!» al saber el cautiverio de su hijo (2). Se arrebata con todo el ímpetu de la altanería ajada contra el vecindario de Nápoles, que habia llegado á vocear, como se ha dicho: *Muera Cárlos, viva el señor Rojer de Lauria;* arrebato enfrenado al golpe por los barones, y así era cordura el desentenderse totalmente. En el encendimiento de su ira, dice y repite que ha de reducir la ciudad á cenizas, y se requirió el predominio de todo un legado para aplacar los estremos de su enfurecimiento. Indultó, pero á su modo, ahorcando á mas de ciento y cincuenta Napolitanos; indultó, pero introdujo sus tropas en el recinto, para vivir por algun tiempo á su discrecion, llamando á esto agraciar á la ciudad que merecia quedar abrasada. En seguida citó para Concione en Calabria á las tres escuadras, tratando de reunirlas para armar guerra en Sicilia, á saber: la de Provenza que traia consigo, la del principado de Salerno y la de Pulla; pasó luego á Brindis por tierra para activar el armamento de la última.

Titubea sin embargo; amaina su pujanza y su prontitud en tomar algun partido; no acierta á embestir aquella Trinacria que le tiene afianzado á su hijo. Intenta sitiar de nuevo á Mesina, para rescatar á su hijo á viva fuerza, pues de todos los modos de recobrarlo, es el que mas halaga á su

(1) Ramon Munt., c. 93.—Refiere Villani un lance curioso. Tras aquella victoria esclarecida, seguia Rojer de Lauria maniobrando en pompa delante de Nápoles, y el vecindario de Sorrento, hecho cargo de que tan gran triunfo vendria á decidir la suerte de la casa de Anjú, envió el parabien al almirante con una diputacion, con un presente de fruta y de dinero. Llegan los diputados á la almiranta, ven al príncipe Cárlos de gala en medio de sus barones, dan por supuesto que es Rojer de Lauria, se le arrodillan y le presentan los higos y las doscientas piezas de oro que llevan, diciéndole: «Señor almirante, aceptad de parte del vecindario de Sorrento esta fruta y este dinero, y sabed como hemos sido los primeros en dar la enemigo la señal de á tu fuga. ¡Ojalá que afianzaras al padre al par que al hijo!» Cárlos, en medio de su desconsuelo, no pudo menos de prorumpir en risa con aquella torpeza. «Vive Dios,» esclama, «que esta es jente bien leal con su señor el rey.»

(2) Lo re Carlo... come intese la novella..... della presura del prenze..... fu molto cruccioso e disse con irato animo: or fostil mort, pors qu'il a fali notre mandement (Villani, l. VII, c. 93).

denuedo; entra en el Faro con una armada de mas de cien velas: no se sobrecoje Constancia, antes le envia á decir que en asomando por alguna playa de Sicilia, manda cortar la cabeza á su hijo. El leon así aherrojado tiene que retirarse rujiendo; regresa á la costa de Calabria, donde emplea su ejército en sitiar á Rejio, siempre en manos de los Aragoneses. Entabla entónces negociaciones con el gobierno de Mesina y mediando el papa con el mismo rey de Aragon, quien siempre lo estuvo esperanzando con la libertad de su hijo, y lo engañó como en lo demás. Ya se le iba malogrando todo. Aquella plaza de Rejio, defendida esforzadamente por su gobernador Depontis, valeroso oficial catalan, le precisó á levantar el sitio despues de perder mucha jente, por falta de abastos; y así hasta en el mismo continente de Italia, zozobrando sus empresas, estaba en vaiven su trono.

Voló el prestijio, y el apresamiento del príncipe de Salerno fué el estrellon de Cárlos, adormeciéndose su actividad acostumbrada. Equivocó todas sus disposiciones, sus conatos fueron exánimes y descaminados; y así fué pasando entre zozobras y tribulaciones lo restante del año de 1284. Mientras los enemigos trataban de vengar en su hijo la muerte del jóven Conradino, los acontecimientos iban evidenciando que la política atropelladora en la prosperidad se está siempre labrando contratiempos para lo venidero, pues llega á perder de vista los vaivenes de la suerte, fundándose mas en la aprension disparatada de prorumpir en « siempre he de ser feliz y poderoso.» Dejó de serlo Cárlos, y se estaba ventilando el punto de la justicia y aun de la precision de usar de represalias con el príncipe de Salerno; pues con efecto estaba adoleciendo aquel príncipe del propio achaque para fenecer, esto es, la desventura. Van acudiendo diputados de todos los pueblos de Sicilia en demanda de su cabeza; y una junta celebrada por ellos en Mesina, donde se halla la reina Constancia, formaliza aquella peticion. Conceptúase al príncipe de Salerno por holocausto muy adecuado en espiacion del solemne degüello de Conradino, y queda sentenciado á muerte; le hace la reina notificar el auto de su decreto, encargándole que se disponga para morir, señalando un viérnes para la ejecucion. La contestacion que traen á Constancia es que el príncipe ha recibido aquella nueva, no solo con entereza, sino con cabal serenidad; que ha mostrado una resignacion muy cristiana, y que se daba el parabien de ir á dejar la vida en el mismo dia en que el Hijo de Dios habia tenido á bien dar la suya por la salvacion de los hombres. Se queda la reina un rato cavilando y prorumpe: « ¡ay que ese fué para el jénero humano un dia de clemencia y misericordia, y no lo he de trocar en trance de ira y de venganza! Cayó el desventurado Conradino en manos de bárbaros; evidenciemos que el hijo de su verdugo ha parado en manos cristianas; viva ese infeliz, y mas no siendo culpado.» Instan encarecidamente los diputados de los pueblos para la ejecucion de la sentencia en Mesina. Contesta la reina que no le cabe el tomar sobre sí la disposicion de una cabeza de tamaña entidad en ausencia del rey, su marido, el cual, en volviendo á Sicilia, decidiria del paradero del príncipe; y á impulsos de Juan de Prócida, quien, ya sea por política, ya por humanidad, propendia á la clemencia, lo trasladaron á Barcelona (1).

Estremecido Cárlos con la contingencia del príncipe, estaba absorto y temeroso, tanto de obrar como de estarse en inaccion, y no menos de prosperar que de ir á menos; y presenciando á su enemigo allá en la cumbre, y siempre árbitro de consumar su venganza, aquella perspectiva, clavada en su fantasía, lo estaba trayendo dia y noche sin sosiego. Está preparando en Brindis grandísimo armamento sin tener ideado su objeto, titubeando entre descolgarse al arrimo del rey de Francia sobre alguno de los estados de Aragon, ó empeñarse en recobrar la Sicilia pasando de nuevo á Mesina con fuerzas mucho mas arrolladoras; y siempre mas y mas airado y mas despavorido, sale de Nápoles y vuela á Brindis para ir examinando y enardeciendo aquel mundo de preparativos. Enferma en Foggia de la Pulla á fines de diciembre de 1284, comprende que se le acerca el último trance, y fallece con efecto el 7 de enero de 1285, muy azorado por la situacion en que deja su casa y sus negocios, pero siempre iluso y altanero como hasta entónces. Mostró sin embargo suma relijiosidad, blasonando de no haber conquistado la Sicilia, sino en servicio de la Iglesia (2).

(1) Giovanni Villani ad ann.—Trae Ramon Muntaner los razonamientos que mediaron entre los diputados sicilianos, juntos en córtes en Mesina, deliberando sobre el paradero del hijo de Cárlos de Anjú. Alaimo de Lentini, uno de los tres grandes promotores de las vísperas sicilianas, fué de los demandantes mas ahincados de la muerte de Cárlos el Cojo, en espiacion del degüello de Conradino. Véase Munt., c. 94.

(2) Giov. Villani, l. VII, c. 94. Enterraron á Cárlos en Nápoles, donde yacen todavía sus cenizas; su corazon estaba en los Dominicos de la calle de Santiago en Paris, antes de la revolucion. Leíase este rótulo: *Le cœur du grand roi Charles, qui conquit la Sicile.* Hiciéronle en Nápoles el epitáfio siguiente, que encier-

Sobresale el año de 1285 en haber quitado de enmedio á los cuatro personajes descollantes en dar movimiento á los negocios de Europa; Cárlos I, rey de Sicilia; el papa Martin IV, Felipe el Atrevido, rey de Francia, y el rey de Aragon, Pedro III, competidor y enemigo de aquellos tres grandes potentados.

Falleció repentinamente Martin IV, el 28 de marzo, tras de haber esforzado consumadamente los intereses de Roma, así en la rejencia de Sicilia como en el cautiverio de Cárlos el Cojo. Habia Cárlos I conferido aquella rejencia á su sobrino el conde de Artois, con quien la promedió un legado del papa (1).

Habia muerto Cárlos cuando el rey de Francia se puso en movimiento para España, acompañándole sus dos hijos Felipe el Hermoso y Cárlos de Valois, á quien esperanzaba colocar en el solio de Aragon; el cardenal Cholet iba como legado á presenciar la ejecucion del decreto del papa. Habia ido el rey con toda solemnidad á tremolar el arqui-estandarte en San Dionisio, acompañándole luego la reina y toda la familia real hasta Carcasona, *para ganar la induljencia de la cruzada*. Un sinnúmero de nobles iban capitaneando la formidable hueste, cuya marcha iba encabezando por las gargantas del Pirineo Don Jaime, rey de Mallorca, hermano de D. Pedro. En el reparto que habia hecho D. Jaime I de Aragon de sus estados entre sus tres hijos, habia dado á D. Jaime, como se ha visto, el reino de Mallorca y Menorca, con el Rosellon y la Cerdania, para poseerlos sin la menor dependencia de la corona de Aragon. En medio de aquella disposicion, corroborada, como quiera, por el mismo D. Pedro, en vida del padre, apenas subió al solio, desde luego se empeñó en exijirle varias concesiones, y Jaime, sin fuerzas para contrarestarle, formalizó una acta aviniéndose á todo en 20 de febrero de 1277. Suena el armamento de Francia, malicia D. Pedro algun enlace con ella por parte de D. Jaime, le intima homenaje á fuer de vasallo con su debido auxilio, y quiere avistarse con él. Temeroso D. Jaime de alguna asechanza, se desentiende de todo, pretestando que, como vasallo mas indudable de Francia, por ciertas porciones de sus estados, que de Aragon, no le cabe el moverse contra ella (1). A esta contestacion marcha D. Pedro con jente selecta, se interna por el Rosellon, sorprende á su hermano en Perpiñan, lo apresa con toda su familia y se apropia su erario; logra salvarse el prisionero aquella misma noche por un subterráneo, pero su esposa con cuatro hijos queda presa. Un caballero de Carcasona, llamado Villar, le hace la suma fineza de arrebatarla y traerla á los reales franceses, á donde se habia refujiado D. Jaime. Al asomar el ejército francés por el Rosellon, se rinde Perpiñan; Elna, tomada por asalto, queda saqueada y destruida; venciendo mil obstáculos, se allana el cuello de Paullás, y á pesar del contraresto perpetuo del rey de Aragon, se descuelgan sobre la llanura del Ampurdan; los cruzados en su tránsito van profanando iglesias, violentando monjas, roban los vasos sagrados, los ornamentos y las campanas, y haciendo luego un tráfico sacrílego, se afanan en ir ganando las induljencias de la cruzada, y al arrojar una flecha ó una piedra prorumpen con ahinco: «tiro este flechazo ú esta pedrada contra los Aragoneses, para alcanzar el perdon de la santa Iglesia (2).»

No ocurrió mas empresa de entidad que el sitio de Jerona. Habíase apoderado la escuadra francesa, mandada por el almirante Guillermo Lodera, del puerto de Rosas, afianzando así su comunicacion con el ejército, abasteciéndolo con abundancia. Valíanse los cruzados en aquel sitio de una artimaña ó máquina en que cifraban un éxito formidable; pero los sitiados la embisten y la queman, y el rey Felipe se encoleriza desesperadamente por la zozobra de tener que levantar el sitio. Así para imposibilitarse á sí mismo aquel partido, se juramenta con mil estremos

ra el mérito de no abultar sus prendas, ni encubrir sus desbarros:

> Conditur hac parvâ Carolus rex primus in urnâ.
> Parthenopes, galli sanguinis altus honos,
> Cui sceptrum et vitam sors abstulit invida, quando
> Illius famam perdere non potuit.

Llámase con razon en estos versos *primer rey de Nápoles*, pues fué el primero que planteó su morada en Nápoles, por caer mas al centro de sus estados, ó siquiera menos al estremo, como sucediera en Palermo, y hallarse menos distante de sus posesiones francesas. Desde entónces lleva Nápoles el dictado de reino, siendo antes tan solo una parte del de Sicilia.

(1) Véase Raynaldi sobre aquel año.

(1) Muntaner, como palaciego fino, se desentiende totalmente de estas desavenencias de la familia; y así hemos acudido peculiarmente, sobre la espedicion de Felipe el Atrevido, á la Crónica catalana de Bernardo Desclot.

(2) Crueldades horrorosas cometieron los Franceses en la toma de Elna; quam rex, de precepto legati, omnino destruxit, trucidans omnes qui intus erant, juvenes, senes, clericos, mulieres et parvulos (Chr. Sanct. Bertin).

para nunca volver á Francia sin tomar antes á Jerona; y apuradísimo se hallara con su empeño, á no mediar oficiales franceses, parientes del gobernador, quienes proporcionaron una capitulacion honorífica, y pusieron en salvo el pundonor del rey; el cual entró en Jerona el 7 de setiembre.

Habia precedido á la capitulacion una refriega reñidísima, en que el rey de Aragon se granjeó un timbre costosísimo, pues enterado de que el 15 de agosto, dia de la Asuncion, debia marchar un convoy grandioso del puerto de Rosas para los reales franceses, acude personalmente con el afan de apresarlo, emboscándose sobre el tránsito. Sábese su ida por un espía, y corre á embestirle el condestable Raul de Nesle, con fuerzas superiores, en el mismo sitio donde los Aragoneses se conceptuaban ocultos; encarnizada es la lid, pero tras una resistencia tenacísima, quedan arrollados los Aragoneses. D. Pedro, malherido en el rostro de un lanzazo, está á pique de caer prisionero, pues un Francés le agarra las riendas del caballo; tiene D. Pedro la serenidad de cortar las riendas, que allá quedan en manos del cruzado; mas puesto en salvo de aquel peligro, fallece el rey á los tres meses de resultas de su herida, por haberla despreciado, pues en todo aquel intermedio siguió afanándose y peleando, hasta que logró, antes de morir, el ver á los Franceses arrojados de toda la Cataluña, y sus huestes de mar y tierra destruidas, ya por enfermedades, ya por el arrojo de las tropas y el desempeño de los caudillos.

La picadura venenosa de una especie de insecto abortado por escesivos calores mató en los reales franceses un sinnúmero de caballos, cuyos cadáveres ocasionaron una epidemia; mortal era ya la mansion en España para el ejército francés, con lo cual tomó Felipe la disposicion de tramontar el Pirineo, despidiendo desde luego una division cuantiosa de su escuadra, á la cual embistió y derrotó el almirante de Barcelona, Marquet, perdiendo los Franceses hasta treinta bajeles en aquel trance. En remate de conflicto y descalabro, el grande almirante de Sicilia, Rojer de Lauria, sobrevino inesperadamente y se abalanzó á la parte de la armada francesa que permanecia aun en Rosas para el abastecimiento del ejército, al mando de Eguerando de Bailleul, y la destrozó por entero, apresando al mismo Bailleul. Entónces careciendo de víveres, se juntó el hambre con la peste en el campamento francés; y así con la precisa retirada por veredas escabrosísimas, y todavía á la sazon mas trabajosas por los muchos aguaceros, con los embates de Aragoneses y Catalanes en el alcance, ya hostilizando, ya atajando á los fujitivos por senderos que ignoraban, se agravó mas y mas el contajio, comprendiendo al mismo rey, quien á duras penas pudo llegar en litera á la ciudad de Perpiñan, donde falleció un mes y dos dias antes que el rey de Aragon (5 de octubre), desengañado de que no todas las coronas regaladas por el papa estaban tan á la mano para afianzarlas, como antes lo habia sido para su tio Cárlos de Anjú la de Sicilia.

Vuelto D. Pedro á Barcelona, falleció el 8 de noviembre inmediato, dejando á sus hijos enemistados.

No tratamos de ir puntualizando en todo su pormenor la guerra sobrevenida y duradera hasta principios del siglo XIV. Muerto D. Pedro, su hijo y sucesor en el trono, Alfonso de Aragon, sostuvo con teson la guerra de Sicilia; mas falleciendo tempranamente sin sucesion, su hermano Jaime II, que hasta entónces habia desempeñado los negocios de Sicilia, vino á ser rey de Aragon. Exhausto se hallaba el reino, y aunque los Sicilianos, al arrimo de los valerosos Catalanes y Aragoneses, no se desalentasen de arraigar mas y mas la libertad recobrada hacia nueve años, D. Jaime II se inclinó á la paz, con tantas mas veras, cuanto su madre espiritual la Iglesia, se lo estuvo incesantemente pidiendo. La muerte de Nicolás III, la dilatada vacante de la santa Sede por mas de dos años, y el ningun desempeño de Celestino V, estaban siempre contrarestando el anhelo del monarca aragonés; pero al empuñar Bonifacio VIII las riendas intelectuales del mundo cristiano, afanáronse todos con ahinco en las negociaciones pacíficas.

Aquel pontífice, empeñadísimo en reponer al rey de Nápoles en posesion de su Sicilia, logró ajustar entre Cárlos II, hijo de Cárlos de Anjú, y Jaime II, rey de Aragon, un tratado, con fecha de 20 de junio de 1295, por el cual cedia este al primero la Sicilia, indemnizándole con la mano de la princesa Blanca, hija de Cárlos, un dote de cien mil marcos de plata, y la restitucion de cuanto habian conquistado los Franceses en Aragon (1). Desde entónces el rey de Nápoles no tuvo ya tropiezo por parte del rey de Aragon para posesionarse á su albedrio de la Sicilia, pero habia dejado allí Jaime II á su hermano Don Federico en calidad de virey, y este, confiado en el teson de los Sicilianos, y al arrimo de la tropa catalana y aragonesa, pregonó que no se conformaba con el tratado y que no se apropiaba la corona de Sicilia contra su hermano, sino contra el rey de Nápoles.

Con esto vinieron á quedar los negocios en el

(1) Véanse los documentos.

mismo estado, con la diferencia de que Cárlos devolvió sus conquistas en España, y tuvo derecho para llamarse á engaño. ¿El infante Don Federico obró así á impulsos del papa, ó por lo menos con su anuencia? así se malició jeneralmente, y no sin fundamento; pues se estuvo viendo á Bonifacio VIII desagraviarse tibiamente del sonrojo que se le hizo en desairar á sus nuncios, y no avalorar aquel trance tan grandioso, sino para convocar en Roma al rey de Aragon con el de Nápoles, y estrechar y consolidar mas y mas sus relaciones con un nuevo desposorio entre Violante, hermana de D. Jaime, y Roberto, primojénito de Cárlos II. No se encubrió á Felipe el Hermoso el arcano de aquella doblez papal, y caló que el papa se manejaba con aquel engaño para lograr la independencia que tantísimo apetecia del predominio de la Francia que estuvieron padeciendo sus antecesores desde el derribo de la alcurnia de Hohenstaufen; y lo que antes se habia meramente maliciado se patentizó, cuando Bonifacio, tras los nuevos conatos de la Francia en reconquistar la Sicilia, ajustó repentinamente la paz entre el soberano de la isla y el de Nápoles, en tratado concluido en Castro-Novo el 19 de agosto de 1302, cuyo primer artículo espresaba que Federico vendria á conservar la posesion de la Sicilia, bajo el nombre de reino de Trinacria, casándose con la princesa Leonor, hija de Cárlos II. Con esto quedaba zanjada la guerra suscitada por aquella provincia de tantísima entidad, tras de haber durado mas de veinte años y de costar muy caro, tanto á los Sicilianos como á los individuos del reino de Nápoles; mas habia acarreado el desvio de ambos reinos, planteando el de Nápoles, y entronizando el Aragon en medio del Mediterráneo. Vino pues la política á segundar la obra de la naturaleza para la Sicilia, segun la tradicion:

> Hæc loca vi quondam et vasta convulsa ruina,
> Tantum ævi longinqua valet mutare vetustas,
> Dissiluisse ferunt, cum protinus utraque tellus
> Una foret, etc.
>
> Virgil. Æneid., l. III.

A poco tiempo el rey Cárlos envia con mucho boato la infanta á Mesina, adonde por su parte acudió el rey Federico; la nieta de Cárlos de Anjú fué recibida solemnemente, «y allí en Mesina,» dice Ramon Muntaner, «y en la iglesia de santa María la Nueva la tomó por consorte, quedando en aquel dia levantado el entredicho para toda la tierra de Sicilia, por un legado del papa, arzobispo, enviado espresamente de parte del santo padre, indultando á todos de cuantos pecados se habian cometido en la guerra. En aquel mismo dia se colocó la corona en la sien de la señora reina de Sicilia, festejándola con regocijos nunca vistos (1).»

(1) Ramon Muntaner, c. 98.

# APÉNDICE AL CAPITULO IX.

## Conspiracion de Juan de Prócida.

*(Traduccion de una Crónica en lengua siciliana.)*

El puntualísimo y atinado Juan Villani nos dejó en sus Crónicas una breve relacion, en estremo briosa, de la conspiracion entablada en 1282 por J. de Prócida, para libertar á su patria del dominio de Cárlos de Anjú y de los Franceses. Contemporáneo casi de aquella sangrientísima trajedia, puesto que falleció en 1346, no pudo menos de acudir para su desempeño al testimonio de varios testigos, y á los pormenores que desde luego se pondrian por escrito. El sabio Rosario Gregorio con el fin de acabalar en cuanto le fuese dable su *Biblioteca Histórica de Sicilia bajo los reyes de Aragon*, y estrañando que ni Bartolomé de Neocastro, ni Nicolás Specialis, ni el Cronista anónimo publicado por Martenne, trajesen la menor mencion de la empresa de J. de Prócida, ni de sus negociaciones con el emperador Paleólogo, con el papa y con el rey de Aragon, anduvo rejistrando todas las librerías de Sicilia, en busca de algun monumento contemporáneo, y por fin logró dar, entre los manuscritos de P Carrera, en la biblioteca pública de Palermo, una crónica, en siciliano antiguo, relativa únicamente á aquel grandisimo acontecimiento.

Sencilla y sin rebozo es la narrativa del cro-

nista anónimo, con dialecto castizo y elegante, corroborando sus asertos con el cabal conocimiento de los hombres y de los hechos. Cotejando su relacion con las de Ramon Muntaner y Bernardo Desclot, resaltan y campean mas y mas una y otra. Algunas cartas de los papas, referidas por Martenne en su coleccion, y la fidelidad con que parece lo fué siguiendo por pasos comprueban colmadamente el valor de aquel monumento literario.

En la Biblioteca de Gregorio no trae mas título que este: Historia conspirationis Prochytæ; pero en el manuscrito que hay en la casa de Ayuntamiento de Palermo, está anotada con las palabras siguientes: *Quistu è lu ribellamentu di Sicilia, quali ordinu e feichi fari Miser J. Procida,* etc.

Se estaba echando el resto para vencer á Paleólogo y á todo su imperio de Romania, cuando el señor Juan de Prócida, que se hallaba á la sazon en Sicilia, ideó el modo de contrarestar la espedicion que tenia dispuesta contra el emperador, y acabar con el rey Cárlos, sublevando á la Sicilia y matando á todos los usurpadores. Acordó pues pasar á Romania en demanda de Paleólogo y entenderse con él, y frustrar el intento de Cárlos. Parte Prócida, llega á Constantinopla, busca á dos caballeros rebeldes al rey Cárlos que se hallan allí, y les habla reservadamente, refiriéndoles todo lo relativo á su viaje: «Arrojado yo de mis posesiones y en busca de aventuras, os ruego encarecidamente que me congracieis con el emperador, colocándome en su propia casa. Quisiera merecer su privanza, manifestándole antes que soy sujeto de suposicion, esclarecido por mis blasones, y como preciso para auxiliarle con mis consejos atinados, en desempeño de sus urjencias.»

Holgáronse en gran manera entrambos con aquellas palabras, y se brindaron á cumplir con el encargo; en seguida marcharon á avistarse con Paleólogo, y le dijeron: «Señor, somos portadores de nuevas favorables, recien-llegadas de Sicilia, por el conducto del médico mas consumado de todo el orbe; viene con ánimo de permanecer con vos y en vuestra misma corte, es un sabio sin igual, y hallaréis en él un consejero sumo, y muy enterado de todos los negocios tocantes á Sicilia, al rey Cárlos, á su poderío y sus barones.»

Mostróse muy placentero el emperador al oir esta noticia, y mandó que se lo presentasen, como al instante lo hicieron. Llega el señor Juan, le tributa los acatamientos correspondientes á un emperador, y este le recibe con sumo agrado, creándolo su consejero jeneral; permaneciendo así el señor Juan hasta tres meses en la corte, y mereciendo honores y agasajos de Griegos y Latinos.

En aquella temporada dijo el señor Juan al emperador: «Señor, os suplico que dispongais un paraje reservado en que pueda yo hablaros con desahogo y que nadie oiga nuestras razones.» El emperador le contesta: «¿qué será eso que vas á decirme tan reservado? — El negocio de mas entidad que puede caberos.» — Y en seguida subieron á una torre altísima del palacio en el cual se hospedaban todos los secretarios del emperador.

Al entrar le dice Paleólogo: «Señor Juan, tened entendido que estamos en paraje muy reservado.» Prorumpe entónces el señor Juan: «Quien quiera que se precie de sujeto cuerdo y mirado, no podrá menos de conceptuaros por insensato y torpísimo, parecido á un irracional que tan solo se mueve con aguijonazos. Digo esto, por cuanto llevo tres meses de estar en vuestra corte, oyendo siempre hablar de vuestra situacion espuestísima, esto es, del esterminio que os está amenazando, y vos estáis ahí tan ciego y loco, que no os ocurre el acudir en busca de arrimo y resguardo contra ese peligro. Viene luego el rey Cárlos á destronaros y mataros con toda la familia, pues trae al mismo heredero lejítimo de la corona, esto es, al hijo del emperador Balduino (1). Y viene contra vos con todos los Cristianos cruzados, con cien galeras armadas y veinte naves grandísimas y diez caballeros completos, y cuarenta condes, con sus tropas correspondientes, todos para conquistar todo este reino.»

El emperador, al oir aquellas palabras del señor Juan, prorumpe en amargnísimo lloro, y dice: «¿Qué quereis, señor Juan, pues yo existo y vivo aquí como un desesperado? Varias veces he tratado ya de ajuste con el rey Cárlos, mas nunca hemos podido avenirnos de modo alguno. Me he puesto en manos de la santa iglesia de Roma y de los cardenales, en las del rey de Francia, de Inglaterra, de Castilla y de Aragon, y todos me contestan á cuantas cartas les escribo que se asustan de muerte tan solo de ventilar el asunto, tan grandioso es el poderío de Cárlos; por lo cual ni consejo ni auxilio espero de los hombres; y así tan solo cuento con el arrimo y el favor de Dios, careciendo de todo por parte de los hombres.»

Replícale el señor Juan: «En tal caso, á quien te liberte de tantísimo pavor y quebranto lo vas á conceptuar acreedor á cierto premio.» Y responde: «Mereceria cuanto me cabe practicar con

(1) Felipe, emperador titular de Constantinopla, casado con Beatriz de Anjú. Falleció Felipe en 1286.

un hombre. Mas ¿ quién se ha de atrever á pensar en mí, echando el resto de su albedrío, y á guerrear por mí contra el poderío del rey Cárlos de Francia?» y replica Juan: «Ese soy yo, si quereis, quien acabe con el rey Cárlos, con vuestro arrimo á mis consejos, y á mi cargo corre el disponerlo todo como se requiere. Y así tened á bien oirme, como tambien á sus vasallos rebeldes, pues todos nos desagraviarémos de tantísima tropelía,y vos lograréis vuestro intento; pues ya vuestro enemigo no podrá dañaros, cuanto mas avasallaros, con la voluntad de Dios.»

Dícele entónces el emperador: «¿A ver de que modo podréis verificar todo eso?» el señor Juan le contesta: «Jamás os lo diré, á menos que me prometais cien mil onzas de oro, con las cuales yo haré venir alguien que avente de Sicilia al rey Cárlos, dándole tantísimo que hacer, que jamás acertará á contrarestarle.» Complacido en estremo el emperador con aquellas razones, prorumpe: «Señor Juan, cargad con todos mis tesoros y haced cuanto querais, con tal que sea pronto,» y replica Juan: «Juradme el debido resguardo, y firmad la libranza de cuanto acabais de prometerme, pues pertrechado así, voy á partir al instante, esmerándome en cumplir cuanto antes lo ofrecido.» El emperador se juramenta con Juan, y este le dice, al salir de la estancia: «Señor, necesito salir en esta forma, y es que me hagais desterrar, tratándome públicamente de traidor, y ante todo delante de mis amigos latinos, y les diré yo que os he agraviado y tengo que huir con este motivo; todo lo cual hace muy al caso para encubrir y cohonestar nuestro reservado intento;» y entónces vinieron á separarse muy prendados uno de otro.

Sale el señor Juan de Prócida en aquel mismo año de Constantinopla, y pasa á Sicilia, disfrazado con hábito de franciscano; trata con el señor Palmeri, abad, con el señor Alaimo de Lentini y con otros barones de Sicilia, diciéndoles: «¡Ah desastrados! vendidos ahí como perros, atropellados por la suerte y los hombres, helóse vuestro denuedo. ¿Con qué nunca os sublevaréis? ¿con qué seréis esclavos perpetuos, pudiendo ser señores y vengar vuestras tropelías y afrentas?» Y entónces prorumpen todos en llanto y le dicen: «¡Ay, señor Juan! ¿cómo cabe el proceder de otro modo, yaciendo aquí avasallados por dueños poderosos, cuales ninguno en el mundo? No vemos camino para salir de esta servidumbre.» Y el señor Juan les contesta: «En mi mano está el libertaros, con tal que tengais teson para cumplir lo que yo y mis amigos os vamos á encargar, y que tengais confianza en lo que se os mande;» y todos aquellos señores le replican: «Prontos estamos á seguiros hasta la muerte.»

Entónces insiste el señor Juan: «Hay que sublevar todo el territorio de Sicilia en el trance dispuesto por el Señor, y su santa señoría os lo premiará.» Y el señor Gualtieri de Calatagione dice: «¿Cómo cabe eso que estáis diciendo? ¿No os haceis cargo de que tenemos por dueño al potentado mas poderoso que actualmente hay en la cristiandad? y así esas palabras y esos consejos aparecen delirantes.»

A estas palabras de aquella jente noble contesta el señor Juan: «¿Conceptuais acaso que haya yo ido á engolfarme en negocio tan arduo, sin tener ya de antemano recapacitado cuanto hay que practicar y el modo de ejecutarlo? Por tanto nada os cabe mas que aguardar confiadamente, pues antes de un año presenciaréis ya puesto en planta cuanto os estoy diciendo.» En seguida los barones se avienen y juramentan con el señor Juan, y estendiendo una carta, la van todos sellando con sus respectivos sellos. El contenido es el siguiente:

«Al magnífico, esclarecido y poderoso rey de Aragon y conde de Barcelona: En vuestro poderío graciable ciframos todos nuestro albedrío. Ante todos Alaimo, conde de Lentini; luego los señores Palmieri, Abad, y los señores Gualtieri de Calatagione, y demás barones de la isla de Sicilia, quienes os saludamos con el debido acatamiento, suplicándoos tengais á bien apiadaros de todos nosotros. Como jente vendida y avasallada á manera de grey, nos ponemos en manos de vuestra señoría y de la señora vuestra esposa, que es nuestra dueña, y á la cual debemos rendir homenaje. Acudimos á vos para pediros encarecidamente que tengais á bien rescatarnos, sacándonos de manos de nuestros enemigos, que lo son igualmente vuestros, así como libertó Moisés á su pueblo de las manos de Faraon, de modo que vengamos á tener por dueños á vuestros hijos, desagraviándonos de estos lobos alevosos y mal nacidos, devoradores de cuanto diariamente..... (1) escribirémos, y cuando no podamos hacerlo por cartas, tened á bien dar crédito al señor Juan, que está en todo nuestro secreto.»

Selladas las cartas, encargó el señor Juan á todos los caballeros que contasen con cuanto tenia dispuesto, y en seguida les enseñó las del emperador Paleólogo, quien le tenia prometida gran cantidad de dinero, juramentándose con

(1) Hay un claro. Trae Desclot, en las páj. 628 y 629, la proclama del vecindario de Palermo, tras la matanza de los Franceses, dónde asoman rastros de la presente carta.

él para su intervencion y asistencia en aquel negocio; y entónces el señor Juan partió, pertrechado con las credenciales de los señores Palmieri, Alaimo y Gualtieri.

Ocupaba á la sazon y mandaba la santa Sede el papa Nicolás III, de la casa de los Ursinos de Roma, quien llamóse antes el señor Juan Gaetan, cardenal, y hallándose en una quinta llamada de Suriano, se le llegó el señor Juan de Prócida y le habló en estos términos: «Santo Padre, tenia que hablar reservadamente con vos; y el papa le contesta: «corriente,» pues lo conocia y lo recibió agradablemente.

Luego el señor Juan de Prócida le dice: «Santo Padre, vos que estáis sosteniendo el orbe entero y teneis que gobernarlo en paz, interesaos por esos infelices arrojados de los reinos de Sicilia y Pulla, quienes no hallan quien los gobierne y sostenga, estando peor que los irracionales; os suplico que los repongais en sus casas, pues son tan cabales cristianos como todos los demás del orbe.»

Y el papa contesta: «¿Cómo me cabe el proceder contra el rey Cárlos, nuestro hijo, sostenedor del boato y decoro de la iglesia de Roma?»

Responde el señor Juan de Prócida: «Me consta que el rey Cárlos ni obedece, ni hace caso de mandato alguno vuestro; » y replica el papa: «¿y cuándo me ha desobedecido?» y contesta Juan: «cuando quisisteis emparentar con él, y darle una esposa de vuestra alcurnia, él se desentendió con el desaire y el sonrojo de hacer trozos vuestras cartas. No podeis menos de tenerlo presente.»

Estraña el papa en gran manera aquellas razones, y el señor Juan añade: «¿Cómo es eso? ¿lo estrañais? Sábelo toda la Sicilia, pues le consta que ni hace caso de vuestros mandatos, ni de vuestro entronque con él.»

Se encoleriza el papa y prorumpe: «Cierto es cuanto dices, pero ya tendrá que arrepentirse,» y esclama entónces el señor Juan: «Nadie como vos puede hacerlo en el mundo.» Contéstale el papa: «A ver cómo,» y le responde el señor Juan: «si me dais crédito, yo le haré perder la Sicilia y todo su reino,» y el papa le replica: «¿cómo cabe todo eso, siendo aquellos paises de la iglesia?» y le contesta Juan: «Yo los haré avasallar por un señor que anhela ser fiel á la Iglesia y rendiros puntualmente el censo, y un señor que emparentará gustosísimo con vos y vuestra familia, y nos repondrá á todos en nuestros debidos lugares;» y dícele el papa: «A ver quien es ese señor que puede tantísimo y es capaz de contrarestar al rey Cárlos, que se arrojase con cabal desempeño á tamaña empresa;» y le contesta: «si allá en vuestro interior quereis contar conmigo, yo voy á manifestaros á las claras el modo de poner en planta nuestro intento:» y dice el papa: «á fe mia que os prometo la reserva.»

Contéstale el señor Juan: «Santo Padre, cuento con el rey de Aragon, obrando con el caudal de Paleólogo, con tal que vos accedais; y con las fuerzas de los mismos Sicilianos, quienes se han juramentado conmigo, como adalid, para acudir á la empresa.»

«Acudan enhorabuena,» dijo el papa, «puesto que así lo quereis, pero sin carta mia;» y replica el señor Juan: «eso no cabe, pues necesito vuestras cartas para otros, á fin de que me crean.»

Y contesta el papa: «se escribirán, ya que lo apeteceis.» Se estendieron las cartas, y él se las hizo sellar, no con la bula del plomo papal, sino con el sello particular del papa, muy diverso del ordinario. Y en seguida el señor Juan se despidió del papa con mucha armonía y mutua satisfaccion; siendo el contenido de las cartas en la forma siguiente:

«Al rey muy cristiano, nuestro hijo, rey de Aragon, el papa Nicolás III.

«Os enviamos nuestra bendicion, con un encargo sagrado, y es, que hallándose nuestros fieles de Sicilia tiranizados y mal dirijidos por el rey Cárlos, te encargamos y mandamos que vayas y señorees por nos en la isla de Sicilia y sobre los Sicilianos, entregándote todo el reino para avasallarlo y mantenerlo, como hijo conquistador por la santa iglesia romana. Da crédito al señor Juan de Prócida, nuestro confidente, y á cuanto te diga verbalmente. Ten reservada la empresa para que nadie la sepa; y para ello te encargo la ejecucion, sin la zozobra de que alguien pueda agraviarte.»

Marcha pues el señor Juan con esta carta sellada por el papa, y se encamina á Cataluña, donde luego se presenta al rey de Aragon, quien le agasaja en gran manera, recibiéndole con sumo agrado; permanece allí algun tiempo sin darse á conocer, y estando allí, se lo lleva el rey á su quinta de Mallorca. Entónces el señor Juan le dice: «Tengo que hablar con vos reservadamente sobre asuntos de entidad, en que tan solo Dios y nosotros debemos entender.» Y le contesta el rey: «Decid sin reparo cuanto se os ofrezca, pues todo quedará oculto;» y replica el señor Juan: «nada sabréis de mí sin que medie antes vuestra fe y juramento.» Y el rey le jura darle crédito y guardar sijilo. Y entónces prorumpe el señor Juan: «Tened entendido, señor rey D. Pedro, que si allá por acaso se viniese á saber algo de lo que voy á deciros, por accio-

nes ó por palabras, quedariais destruido con vuestra familia, tantísimo abulta lo que voy á manifestaros.» El rey se sobresalta y le contesta: «¿Qué es lo que me estáis diciendo, señor Juan?» y este le responde: «Tengo coordinado todo lo relativo á ese crédito y fe que pudiera sobreponeros...» y el rey le replica, «contad con mi crédito y fe, y con el favor de Dios.»

Añade entónces el señor Juan: «¿querriais desagraviaros de cuanto os tienen, ya hace tiempo, injuriado? pues mas afrenta os ha cabido que á ningun otro señor de la cristiandad. Harto os consta que el rey Manfredo vino á dejar el reino de Sicilia á su hija, que es vuestra esposa, y vos, apocado y cobarde, no habeis acudido á posesionaros de vuestro dote. Tambien deberiais tener presente á vuestro abuelo muerto vilmente por los Franceses en Muret junto á Tolosa. Pues ahora os cabe resarciros de tantísimos quebrantos, si teneis tino y denuedo.»

Contéstale el rey: «¿por dónde me es dado el ejecutar cuanto me dices ahí hecho un mentecato y delirante? ¿ignoras que la casa de Francia, y con especialidad el rey Cárlos, está avasallando el mundo entero? ¿acaso cabe que un potentado tan menguado como yo las haya jamás con él? pero en fin, si hay medio para conseguirlo, aquí estoy con ánimo para todo.» Y le contesta el señor Juan: «¿si os entregase yo el pais avasallado, no lo tomariais con solo alargar la mano?...Pues además os regalo cien mil onzas de oro para acudir á las urjencias vuestras y del pais.»

Y le suplica el rey: «¿cómo has de hacer eso? no me cabe alcanzarlo, si no me muestras otras credenciales.» En seguida el señor Juan saca las cartas del papa, de Paleólogo y de los barones de Sicilia, y las pone en manos del rey. Este las mira, se complace y dice al señor Juan: «os doy gracias, amigo del alma, por haber arrostrado empresa tan grandiosa por vuestro honor y con ese afan de lograr vuestro intento; por mi parte quiero avalorar la fineza de Dios con el albedrío del papa, y desde luego conceptúo confiadamente de que puede hacer cuanto promete, sin quebrantar jamás su palabra. Y yo, Pedro de Aragon, me comprometo y os juro crédito y fe. Tenedlo presente; haced que tamaña empresa se realice felizmente, y haré cuanto sea de vuestro agrado, tomando desde ahora á mi cargo todo el negocio.»

Y le contesta el señor Juan: «Id preparándolo todo encubiertamente, pues entretanto vuelvo al papa, á Paleólogo y á los Sicilianos, y á mi regreso traeré grandísimo caudal para acudir á los desembolsos de la empresa, y os impondré en todo el pormenor de todo el intento. Mas aun despues de aceptada la propuesta, no hay que manifestarla á nadie, por ningun término, aunque costase la vida, pues lo contrario nos redundaria en suma continjencia.»

Ventilado el punto, el señor Juan regresó con el rey de Mallorca para Cataluña, y al despedirse, acordaron los medios de comunicarse durante la ausencia, pues tenia que ponerse corriente con Paleólogo, con el papa Nicolás III, y con los Sicilianos. Marchóse por mar, aportó en Pisa, y luego pasó á Viterbo, en donde halló al papa, quien lo agasajó en gran manera, diciéndole con sumo agrado: «Ola, señor Juan, ¿en qué habeis quedado con el rey de Aragon?» y el señor Juan contesta: «O Santo Padre, está desempeñado el encargo. Recibió el rey de vuestro beneplácito aquel señorío, anhelando mas y mas vuestra bendicion santa, y os envia estas cartas, reservando siempre el asunto, y tenga luego el acertado paradero que estamos ansiando.» Pregúntale el papa: «¿qué concepto habeis formado del rey de Aragon?» y le contesta: «Tened entendido que es el varon mas cabal y el caballero mas atinado que hay en la cristiandad entera;» y le dice el papa: «me hace muy al caso semejante hombre, necesitándolo absolutamente para nuestro intento, y mucho mas preciso es para los Sicilianos; por tanto partid para Sicilia y manifestad que se afanen todos por salir de manos del rey Cárlos; decidlo de mi parte y de Paleólogo, bajo el concepto de que les auxiliaré acá reservadamente, asegurándoles que en breve tendrán un amo competente, con el favor de Dios.»

Parte de nuevo el señor Juan, se embarca en Pisa, llega á Trapani, se avista prontamente con el abad Palmieri, y convoca á todos los barones deSicilia. Acuden á Trapani, y el señor Juan les va refiriendo como el papa tiene concedido el señorío de Sicilia al rey de Aragon, y como el dicho rey D. Pedro lo aceptaba gustosísimo, jurando la muerte del enemigo. «Por tanto os encarga que reserveis el asunto hasta mi regreso, y que esté corriente cuanto conduzca á su logro; pues trato de ir en busca de Paleólogo, para manifestarle cuanto se ha hecho y el cómo, para traerme el caudal convenido, y así formarémos una hueste crecida y poderosa, y echarémos en todo el resto, con el favor de Dios; por cuyo honor os encargo mas y mas la reserva, puesto que asoma ya el trance para rescataros de la esclavitud y de manos de los enemigos, y nos desagraviarémos de nuestro oprobio y quebranto.» Despídese luego del abad Palmieri, se embarca en Trapani, yendo en una galera veneciana que lo deja luego en Negroponto; y pasa en seguida á Constantinopla, vestido siempre

de franciscano, para ocultar sus pasos y que nadie le conozca.

Preséntase luego al emperador Paleólogo, y le dice, siempre con reserva: « Alegraos, señor, ahora que están ya cumplidos vuestros intentos, pues el papa se aviene á la muerte y destruccion del rey Cárlos, con vuestro auxilio, el de los Sicilianos y el de nuestros amigos, entre los cuales el rey D. Pedro de Aragon se ha puesto en mis manos para ser el caudillo y capitan. Él es quien ha de encabezar la guerra, juramentándose como compañero vuestro hasta morir, teniendo por amigos ó enemigos á los vuestros. Ya estais viendo como he cumplido mis promesas con las cartas de los barones de Sicilia y del papa; y esto es lo que tenemos preparado. Durante el año de 1282 se sublevará la Sicilia contra el rey Cárlos, matando á todos los Franceses, apropiándonos todas sus galeras y naves, con cuantos aprestos tratan de traer contra vos; y asi quedarán frustrados todos sus intentos, pues serán tantísimos por allá los afanes del rey Cárlos, que no le dejarán cabida para traerlos por acá. »

Al ver Paleólogo todas aquellas cartas, prorumpe, palpando sus sellos: «Estoy pronto á decir y practicar cuanto os acomode, pues habeis desempeñado el encargo cual nadie en el orbe entero, y dirán que Dios se ha dignado traspasaros toda su voluntad y poderío.» Y el señor Juan le contesta: «Por ahora aprontadme treinta mil onzas de oro para habilitar la escuadra y juntar caballeros y soldadesca; y os suplico igualmente que me deis uno de vuestros privados íntimos para que me acompañe á Cataluña, para la entrega de este dinero al rey de Aragon.» — «Quisiera,» dice Paleólogo, «entroncar con él, dando á su hijo una hija mia, para corroborar mas y mas nuestra fe y nuestros ánimos.» Y le contesta el señor Juan: « Conceptúo que ese intento tiene mucha cabida, y que el rey de Aragon entrará gustoso en él; por lo cual os ruego que cuanto os pido se verifique ejecutivamente, pues no puedo demorarme mas en este pais; por tanto quisiera llevarme conmigo alguno de los vuestros. »

En seguida el emperador manda pesar el oro, colocándolo luego en una galera donde se embarca el señor Juan; embarcacion jenovesa que lo trasporta á Barcelona con un caballero del emperador, su mensajero secreto, llamado Acardo, latino, nacido por los llanos de Lombardía, caballero de suyo valeroso, cuerdo y atinado.

Viniendo el señor Juan por mar, tropieza con un barco de Pisa; le pregunta noticias de Italia, y le contestan que ha fallecido el papa Nicolás III, siendo aquella la única noticia. Id con Dios, les dice el señor Juan, y aparenta desentenderse de aquella nueva, en términos que nada advierte el señor Acardo, y resignándose interiormente, aporta en Sicilia. Llegado á Trapani, habla con el abad Palmieri y demás barones de Sicilia, conviniendo todos en pasar á Malta para conferenciar allí á sus anchuras, y juntos, se huelgan y regocijan, agasajando en estremo al embajador de Paleólogo, el señor Acardo. Refiéreles el señor Juan de Prócida como el emperador de Constantinopla se ha juramentado para hermanarse con el rey de Aragon, y con vos, añade, señores y barones de Sicilia; manifiéstales tambien el mucho dinero que trae para entablar la empresa. Levántase luego el caballero Alaimo de Lentini y dice: «Señor Juan, agradecemos en el alma al señor emperador y á vos mismo, por tantísimos afanes como estais padeciendo dia y noche, para sacarnos á luz y libertarnos de esta esclavitud en que nos tienen los enemigos, mas entended como acaba de sobrevenir un contratiempo que dificulta en gran manera nuestra empresa, y es el fallecimiento del Santo Padre, el papa Nicolás, que era el alma de todo, y bajo cuyo nombre habia ensanche para las operaciones; mas habiendo fallecido, no me avengo á que el intento se lleve adelante, anhelando al contrario que lo hecho hasta aquí siga mas y mas encubierto; por cuanto no merece la aprobacion de Dios en vista de la señal que nos tiene dada con esa muerte. Así que debemos esperar hasta ver cual es el papa que se elija, y si por acaso se hermanase con el señor tan amigo nuestro, veríamos entónces si era del caso el obrar: conceptúo este consejo por el mas acertado. » Confórmanse todos los barones de Sicilia con este dictámen, retrayéndose de tamaña empresa, amedrentados con el fallecimiento del papa.

Se enardece y encoleriza á las claras el señor Juan al oir estas palabras, y prorumpe: « Asombrado estoy, señores, con esas palabras. Falleció, es muy positivo, el papa, pero ¿es por ventura su muerte tan gran contraresto para nuestro intento? No cabe el orillarlo, teniéndolo ya entablado, por semejante contratiempo. Si el nuevo papa es amigo, desde luego siendo la Iglesia de Roma induljente de suyo con los pecadores, quedarémos corrientes; y si no lo fuese, acudirémos á la fuerza para nuestro logro, á pesar del papa y de la Iglesia de Roma, por cuanto el emperador ha de preponderar al rey Cárlos, y aquel os ha de sostener mostrándonosle pundonorosos y leales; y luego no puedo menos de instaros para que guardeis lealtad con el señor á quien habeis comprometido vuestra fe, y que procede tan valerosamente en la empresa. » Así habló el señor Juan, fundándose en sus razones, y al fin se

convinieron todos y trataron de enviar al rey de Aragon para esplorar su albedrío.

Y dice el señor Juan: «yo quiero ir, como tambien el señor Acardo desea presenciar el reparto del dinero que trae del emperador, para abastecer la soldadesca y la marinería y redondearlo todo.»

Parten pues los señores Juan y Acardo, y llegan con hábito de franciscanos, y luego pasan á presentarse al rey de Aragon. Al verlos D. Pedro, se complace en gran manera, y asiendo al señor Juan de la mano, se lo lleva á su estancia, prorumpiendo en amargos lamentos por el fallecimiento del papa, y diciendo: «Frustróse nuestro intento, puesto que murió nuestro caudillo, esto es, el papa, y así no cabe ya tratar mas el asunto, ni aferrarnos en tal empresa;» y contéstale el señor Juan: «no digais tal, porque estamos esperanzados de lograr un papa no menos propicio y amigo nuestro. No hay pues que temer; afanaos con mas ahinco que nunca en nuestro asunto; tengamos muy presentes á nuestros amigos sicilianos, y no tengamos tanta aprension por la muerte del papa, pues así lo conceptúan aquellos amigos; y sabed que este mi compañero es un hidalgo que envia el señor Paleólogo, llamado Acardo, varon latino y atinado. Por tanto os suplico que lo agasajeis, y dando desde luego oidos á cuanto os diga, sabed que os trae treinta mil onzas de oro para habilitar la escuadra.»

Alentóse el rey sobremanera con esta conversacion y dijo: «conceptúo ahora que esta empresa es del agrado de Dios, y hágase como mejor le parezca:» y le replica el señor Juan: «repito, señor, que este caballero venido conmigo es embajador del emperador Paleólogo.» Sale entónces de su estancia, y el señor Acardo le saluda de parte de su amo, quien, le dice, está muy ansioso de verle y de emparentar con su familia, y luego al presentarle el dinero, le manifiesta como uno á otro se sirven de recomendacion. Juntos luego los tres, conversan acerca del grande intento y de la temporada en que debe ponerse en planta, á saber, en todo el año de 1282. Llega luego un mensajero de Roma, con la noticia de haber nombrado papa á un cardenal llamado el señor Simon de Brion (1), francés, con el nombre de Martin IV. Con esto cavilan muchísimo, haciéndose cargo de ser francés el nuevo papa, amigo del rey Cárlos, y por tanto que podia en gran manera dificultar el negocio. Prorumpe luego el rey de Aragon: «por Dios santo, señor Juan, recapacitemos lo que se ha de practicar para nuestro intento.» Y responde el señor Juan: «Intimo palaciego del rey Cárlos es ese papa; pero adelante siempre, y allá verémos lo que se ha de ir practicando, segun convenga. Lo pensarémos y repensarémos mas y mas, mas nunca hay que soñar en retraernos de la empresa.»

Juntos siempre arreglan desde luego las primeras disposiciones del armamento, y entretanto llega por abril un enviado del rey de Francia, se presenta al rey de Aragon y le dice: «el rey de Francia os saluda á impulsos de la fina amistad que os profesa, y me envia, por cuanto tiene entendido, que estais preparando grandísimo armamento y habilitando una escuadra, para guerrear contra los Sarracenos, en lo cuál puede auxiliaros eficazmente con su persona y caudales, y os suplica que le manifesteis en pago de su afecto, por cartas ó por mensajeros, hácia qué parte encaminais vuestro tránsito y cuáles son los Sarracenos á quienes asestais vuestros tiros; si necesitais dinero, pues quizá escasearéis de medios en este punto, os facilitará gustoso cuanto podais necesitar.»

El rey de Aragon contesta: «agradezco en el alma la fineza de vuestro amo, el señor rey de Francia, en acudir á mis urjencias. Escusadas son cartas entre nosotros, pues sabe muy bien que somos hermanos; bastará pues que hable con un caballero como vos, y no desconfiará de vuestras palabras, y así nos comunicarémos verbalmente. Decid pues al rey de Francia de mi parte como es muy positivo que estoy disponiendo un armamento contra los Sarracenos, pero su salida es punto que yo acá me reservo; aunque conceptúo que luego lo podrá saber, pues no dejará de sonar entre las jentes.»

Parte el embajador con esta contestacion y llega á la corte de Francia, y enterado el rey de aquel mensaje, envia al punto á Paris, donde atesora sus caudales, mandando que se remitan al rey de Aragon cuarenta mil libras tornesas, como se verificó puntualmente. En seguida el rey de Francia envia un embajador al rey Cárlos, comunicándole las noticias que tiene del rey de Aragon, quien va con grandes fuerzas contra los Sarracenos, sin querer manifestar el punto de su tránsito, y por tanto añade: «tened á bien estar alerta en todo vuestro territorio, esto es, vuestro reino, aconsejándoos con el Santo Padre.»

Marcha el embajador á la Pulla, y halla en Viterbo al rey Cárlos y al papa juntos, y les fué refiriendo el pormenor de la embajada que le habia encargado su señor el rey de Fraucia; y enterado el rey Cárlos, se encara con el papa y le

(1) Simon de Brion, cardenal sacerdote con título de Santa Cecilia, electo papa en Viterbo, con los amaños del partido francés, el 22 de febrero de 1281, tomó el nombre de Martin IV.

dice en particular: «Santo Padre, acabo de recibir embajada del rey de Francia, con la noticia de que el rey de Aragon está habilitando una armada grandísima, reservándose su objeto; es un malvado; y así os suplico que enviеis á preguntarle para donde se encamina: siendo sobre los Sarracenos, hay que brindarle con auxilio poderoso, y si es contra Cristianos, mandadle, so pena de perder cuanto territorio está poseyendo por vos, que no vaya contra los fieles de la Iglesia Romana con ánimo de dañarles.»

A estas palabras contesta el papa: «Hijo del alma, hágase cuanto decis,» y en seguida manda llamar al hermano Jaime, de la órden de Santo Domingo, y le dice: «Andad de mi parte en busca del rey de Aragon, y manifestadle como ha llegado á nuestros oidos y estamos enterados de que se halla habilitando una armada contra los Sarracenos, y siendo cierto, que vaya en paz de Dios; y que el Señor lo guie y le proporcione blasones y victoria, en cuyo caso decidle que si necesita auxilios, se los franquearémos de todo nuestro albedrío. Y le encargo de mi parte que diga si trata de pasar á Ejipto, á Bertería, ó meramente á Granada. En suma, queremos saberlo, por cuanto su espedicion se da la mano con el honor de la Iglesia Romana. No le cabe el marchar sin nuestra órden, y así le mandamos, so pena de perder todo el territorio que nos debe, que no trate de guerrear contra ningun fiel cristiano, encargándole que os dé contestacion terminante y positiva.»

Y fray Jaime, con un compañero de Santo Domingo, se encamina al rey de Aragon, y le manifiesta la embajada que lleva del papa. Llama el rey de Aragon al señor Juan Prócida y le dice: «¿os enterais de lo que me encarga el papa?» y en seguida deliberan entre sí, y en el mismo dia y sitio contesta al dicho fray Jaime: «manifestad al señor Santo Padre que le agradecemos en el alma su brindis paternal de auxiliarnos en nuestra empresa, y el cariño entrañable que nos demuestra; decidle que en necesitando su auxilio, acudirémos á pedirlo, recurriendo á él como á nuestro padre; pero decidle tambien que no le cabe saber por ningun título nuestro embate, pues si una de mis manos dijese á donde ha de ir, me la cortaria con la otra; pero con la voluntad de Dios irémos á un paraje que será muy del agrado del Santo Padre y de los cardenales: y así por esta vez tendrá que perdonarnos, pues no cabe otro arbitrio; suplicándole que rece por nosotros y á nuestra intencion.»

El hermano Jaime, oida la contestacion del rey de Aragon, parte, llega á Montefiascone donde están el Santo Padre y el rey Cárlos, y enterado el papa de todo, se queda atónito; y entónces prorumpe Cárlos: «¿no os lo decia yo, Santo Padre, que el rey de Aragon era un alevoso? pues harto lo dice su contestacion preciosa; pero vaya con Dios y haga lo que le acomode; y si acaso va contra los Sarracenos, podréis alegraros vos y toda la corte romana.» No sonó mas aquel punto, y el papa, confiado en él, dijo: «escudad bien vuestro territorio, por cuanto el rey de Aragon es el mas emprendedor de cuantos hay en el orbe;» y el rey Cárlos le contesta. «Allá verémos, Santo Padre, por donde asoma.»

Entretanto el señor Juan de Prócida y el caballero Acardo se despiden por fin del rey de Aragon, diciendo: «vamos á Sicilia que se ha de sublevar en todo este año contra el rey Cárlos;» y entónces el rey de Aragon le encarga y reencarga la reserva para el logro de sus intentos (1).

Parte Prócida por enero, y avisa al señor abad Palmieri, como tambien á Alaimo de Lentini, Gualtieri de Calatagione y á otros barones de Sicilia, que acudan á conversar con él, y en teniéndolos juntos, les dice: «Gallardos señores, tened entendido como el rey de Aragon tiene armada ya la escuadra mas asombrosa del orbe, con muchas y bizarras tropas, al cargo del almirante mas valeroso y atinado de cuantos asomaron jamás por los mares, que se llama el señor Rojer de Lauria, Calabrés, el cual vivió siempre en Aragon con aquel rey, descollando siempre con su ardimiento y maestría en su ejercicio; es además enemiguísimo de los Franceses, como matadores de su padre; con que veamos como se ha de arrojar al rey Cárlos de nuestro territorio, bajo el concepto de que nunca se rodeará mejor coyuntura que la presente, hallándose Cárlos en la corte del papa y el príncipe su hijo en Provenza; y antes que se enteren de todo esto, ha de mediar tiempo, en el cual os cabe resguardar toda la Sicilia.» En lo cual están todos conformes y se encargan de sublevar el pais contra el rey Cárlos.

Al asomar el mes de abril de 1282, el mártes de la Pascua de Resurreccion (30 de marzo de 1282), los señores Palmieri abad, Alaimo de Lentini, Gualtieri de Calatagione acuden con los demás barones á Palermo y entablan acordes la rebelion. Hay costumbre de celebrar aquel dia en Palermo grandísima festividad en un sitio llamado Santo Espíritu. Allí un Francés se abalanza á una muchacha, la va palpando deshonestamente, como solian hacerlo ya de antemano, y la niña prorumpe en alaridos; todos se alborotan, y los dichos barones fomentan y acaloran la reyerta entre Franceses y Palermitanos,

(1) En cuanto al pormenor de estos hechos, véase Muntaner, p. 255.

arrojándose la jente con estruendo, armada de piedras y de cuanto le viene á la mano; voceando mas y mas: «Mueran los Franceses;» y corren todos á la ciudad con el mismo alboroto. El capitan á la entrada quiere contrarestarlos con su guardia del rey Cárlos, pero el jentío lo arrolla; huye y se encierra en un castillo, que es su morada. Entretanto el vecindario corre en cuadrillas por toda la ciudad matando á cuantos Franceses va encontrando. Sitian al capitan, lo rinden bajo ciertas condiciones; pero las orillan apenas lo tienen en su poder, y lo matan con todos los suyos. Pasan á los conventos de franciscanos y de dominicos, y en las mismas iglesias degüellan á cuantos hablan en lengua francesa.

Visto aquel principio, los barones se marchan á sus tierras, y en seguida se practica lo mismo por toda la Sicilia, menos en Mesina, que pide cierto plazo, y son hasta tres mil los Franceses muertos en Palermo.

Á la sazon llega un mensajero, enviado por el arzobispo de Monreal, quien va refiriendo al rey Cárlos la sublevacion de la Sicilia entera, matando á todos los Franceses, sin saber el motivo de aquella matanza ni sus particularidades. Sobre lo cual, añadió, recapacitad lo que habeis de practicar, como varon cuerdo y entendido (1)...

Entónces el rey Cárlos envia á varios paises y al rey de Francia y á su hijo la noticia de haberse sublevado contra él los Sicilianos, matando á todos los Franceses. «Ignoramos todos el motivo,» añade, «pero suplícoos, en particular á vos, rey de Francia, que me deis consejo;» encarga mas y mas á todos que acudan en su auxilio, enviándole ejecutivamente tropas por su amor. Encolerízase en estremo el rey de Francia con esta novedad, suspira y prorumpe: «Hermanos mios, malicio muchísimo que todo esto es parto del rey de Aragon, que no ha tenido á bien participarme su salida, ni el punto de su embestida, cuando le presté las cuarenta mil libras tornesas. Formo desde luego malísimo concepto, pero si se realiza, no creeré llevar en mis sienes la corona, no haciéndole arrepentir de su alevosía contra la casa de Francia.» Y en seguida dice al príncipe: «márchate á la Pulla;» y luego envia por los condes de Artois, de Alenzon y de Bretaña, y por otros muchos barones y caballeros, para participarles el hecho, encargándoles que se prevengan porque trata de enviarlos en auxilio del rey Cárlos.

Sucede luego que el mismo Cárlos, en aquel año de 1282, sale de Brindis con armada grandísima, pasa por tierra á Rejio en Calabria con crecido refuerzo de Franceses, Provenzales, Lombardos, Toscanos y del territorio de Roma, llega luego sobre Mesina, acampa en Santa María de Roca-Madur, teniendo consigo al señor Jerardo de Parma, cardenal y legado en Sicilia por la Iglesia (1). Al ver los Mesineses tantísima hueste que iba á atacarlos, quedan despavoridos, como reos de muerte, y envian al rey Cárlos y al cardenal un mensaje, brindándoles como á señores lejítimos con su territorio, é implorando su misericordia; pero entrando el rey Cárlos, quedaba el pais á su albedrío, y prescindiria de toda compasion. Así que se desentiende y les contesta retándolos como traidores á su corona, y declarándoles que ni aun la vida les concede, pues apetece su muerte y la de sus hijos, en escármiento de la maldad premeditada que han cometido contra la Iglesia de Roma y la casa de Francia, que no les cabria conmiseracion hasta que fenezcan todos, como lo han merecido, y que nunca asomen por su presencia. El rey Cárlos envia esta contestacion á Mesina por un mensajero. Entónces despavoridos los Mesineses, celebran consejo jeneral para tratar de avenirse á morir ó defenderse.

Un dia los condes de Montfort y de Briena se adelantan con gran comitiva de jinetes y de infantes por un pais llamado Melazzo, talando y abrasando á diestro y siniestro, y los naturales salen á contrarestarles. Los Franceses los ven, se abalanzan, y cojen y matan á muchos de Mesina y de Melazzo; lo cual sabido en Mesina, se

(1) Hallo en Rymér (Fœdera, 1280, p. 609) la carta siguiente, escrita por Fernando, hijo del rey de Aragon, al rey Eduardo de Inglaterra sobre los rumores reinantes de aquella matanza de Franceses:

«Illustrisimo ac victoriosissimo principi, domino Edoardo, Dei gratiæ regi Angliæ, Ferrandus filius bonæ memoriæ regis Aragonum, humile manuum osculamen.»

Le recomienda un traficante de Mompeller, llamado Cressuel, residente en Inglaterra, y añade:

«Ad hæc, domine, noveritis quod intellexi pro certo á quibusdam mercatoribus qui de novo venerunt de curia quod papa pro certo in brevi veniet Massiliam; qui etiam pro certo dixerunt mihi quod quinque civitates Siciliæ insurrexerunt contra regem Karolum it interfecerunt omnes gallicos habitantes in eis.»

«Alia non narrantur Parisius digna referri.
«Datum Parisiis VII Kalend. junii.

En el sobre: «illustrisimo et victoriosissimo principi, domini regi Angliæ (an. X, Edw. I.).»

(1) Llegó Cárlos el 16 de julio sobre Mesina. Componíase su hueste de quince mil caballos, de innumerable infantería y de cien galeras, dice Ramon Muntaner, c. 43.

dan todos por difuntos. Luego en el mes de julio entra el legado en Mesina y manifiesta al concejo las cartas de los papas, y el acta formalizada por la Iglesia contra ellos, con tal que entreguen sus tierras pacíficamente y lleven las llaves al rey Cárlos, como á su lejítimo señor, diciendo en términos espresos que en su mano está el cojerlos y quitarlos á todos de en medio, hablando de este modo la carta:

«A los alevosos Judíos de la isla de Sicilia: el papa Martin IV os envia la salutacion que mereceis, tras el rompimiento de la paz, la matanza de los Cristianos y el derramamiento de la sangre de sus hijos. Os mandamos que en vista de nuestras cartas, os rindais inmediatamente, entregando la tierra á nuestro hijo y campeon Cárlos, rey de Jerusalen y de Sicilia, por la autoridad de la santa iglesia de Roma. Por tanto teneis que obedecer al sobredicho como á vuestro señor lejítimo, y no obedeciéndole, os declaro escomulgados y en entredicho, segun la razon divina, y amenazándoos con la justicia espiritual.»

Al oir los Mesineses semejante carta con sus mandatos, se estremecieron y nombraron treinta prohombres, para que ideasen el medio de avenirse con el rey Cárlos y el legado del papa. Recapacita y conferencia entre sí esta treintena, se avistan con el legado y le dicen: «Venimos á manifestaros lo que ocurre,» y les contesta: «hablad.» — «Pedimos al rey Cárlos las condiciones siguientes: le entregamos el territorio, y seguirémos pagándole como anteriormente en tiempo del rey Guillermo, y no queremos otros señores que los latinos (Italianos) para oficiales, y nunca Franceses ó Provenzales, y deseamos que nos indulte de la demasía que con nuestros hijos hemos cometido con sus caballeros y dependientes; y con esto le serémos justificados y leales.» Al oir aquellas razones el legado, contesta: «Enviarémos á los reales del señor Cárlos, y verémos lo que pretende, pues con la voluntad de Dios todo se arreglará amistosamente.» En seguida el legado llama y envia á uno de sus camarlengos con aquellas condiciones al rey Cárlos por escrito, manifestándole por su parte que debe avenirse, instándole á que acepte aquellos pactos y los indulte, para que Dios le perdone tambien á él.

Encolerízase en gran manera el rey Cárlos al oir el mensaje de los Mesineses, y prorumpe: «¿Cómo, unos reos de muerte vienen haciendo peticiones y proponiendo pactos? En vez de allanarse á devolverme mi señorío, me vienen ahora con el del rey Guillermo, que carecia de territorio y de rentas. Decidles que les perdono la vida, pero han de estar bajo mi potestad para hacer con ellos cuanto me pluguiese; les impondré la forma de gobierno que me acomode, á fuer de dueño absoluto, y pagarán los diezmos y adeudos al estilo del dia. Si les hace al caso, corriente; pero si no se conforman, que acudan á defenderse, pues harto lo necesitarán.» Llega el camarlengo á Mesina con dicha contestacion; y enterada la treintena, pasa á participar al pueblo la resulta del mensaje, y el pueblo clama en una voz: «Queremos arrostrarlo todo antes que avenirnos á eso, pues todos ellos estarian siempre prontos á vengarse; y así anteponemos el morir al caer en esa perdicion rematada de las manos de nuestros enemigos.» Llevan esta razon al legado, quien prorumpe de ira: «Puesto que no os avenis á este convenio con el legado y el rey Cárlos, desde ahora os declaro escomulgados y entredichos, de parte del santo Padre, el papa y de la Iglesia de Roma;» y sin decir mas sale de Mesina, mandando á todos los ordenados que salgan del pais en el preciso plazo de tres dias, como tambien al concejo de Mesina, en el término de cuarenta dias para oir su sentencia, so pena de perder el territorio que le están debiendo, esto es, á la Iglesia Romana.

Al ver el rey al legado y enterarse de la respuesta de los Mesineses, celebra consejo con sus condes para tratar de cuanto se ha de disponer, y todos opinan que se guerree á todo trance y se avasalle el pais á viva fuerza. El rey Cárlos está todo un dia y una noche cavilando sobre aquel acuerdo, y á la madrugada, convocando á sus barones, les dice: «Señores, no me conformo con vosotros en punto al dictámen que me habeis manifestado, pues siguiéndolo, tendria que talar mi propio territorio. No trato de matar á los niños, porque no son culpados; sino que quiero bloquearlos tan cerrada y estrechamente, que vengan á fenecer de hambre, y entretanto estarémos poseyendo nuestro territorio y cuanto apetezcamos; y luego tenemos aquí mil instrumento y máquinas de guerra para acosarlos y lograr nuestro intento.» Y así se verificó.

Un dia, queriendo el rey Cárlos trabar gran refriega, acuden todos los Mesineses con sus mujeres, criados y niños, y levantan un antemural hácia la parte del enemigo, y se ponen luego en defensa, nombrando á uno de los suyos por capitan y gobernador; defendiéndose así gallardamente por dos meses contra el rey Cárlos.

Sale entretanto el rey de Aragon para Berbería, aporta en un territorio llamado Alcoill (1) junto á Túnez, da batalla y permanece allí quince dias por el mes de agosto. El señor Juan de Prócida y los demás diputados de Sicilia pasan por mar á Cataluña, se avistan con el rey de

(1) Véase Muntaner y B. Desclot sobre aquel año.

Aragon para que vaya á posesionarse de la Sicilia, y son el citado Juan de Prócida y Guillermo de Mesina, á quienes el rey agasaja sobremanera (1); y preguntando al señor Prócida noticias relativas al rey Cárlos, le contesta: «ya se halla en Mesina, con poderosísima hueste, estrechando mucho el pais.—¿Me aconsejaréis,» replica el rey, «lo que debo hacer?» Y le responde el señor Juan: «no hay que temer; asomad por Sicilia, y notificad al rey Cárlos que se desvie de vuestro territorio, habiéndooslo dado el santo padre, y siendo ya de vuestra esposa, y luego sabréis su contestacion. Y tened entendido que este señor Guillermo es embajador de Mesina, y por tanto tendréis á bien el oirle, como tambien á todos los demás síndicos de Mesina y de Sicilia.» Y entónces, todos se levantan y dicen: «Nuestro rey y señor, vuestros leales de Sicilia os están esperando con ansia, y nos envian para instaros á que paseis á tierra de Sicilia, para hacer levantar el sitio al rey Cárlos y á su ejército, pues no contamos con otro auxilio que el vuestro; y así os suplicamos encarecidamente que tengais á bien tomar este acuerdo por todo un Dios; y si no acudis al intento, tendrémos que implorar perdon y entregarnos á merced del rey Cárlos y de la Iglesia Romana.»

Acabado este razonamiento, lo confirman todos los acompañantes, y entónces el rey de Aragon prorumpe: «Pasaré gustoso á la isla de Sicilia en auxilio de mis leales, y así andad é id participando á todos como voy á llegar muy pronto; que se esplayen, pues luego acudo á socorrerlos;» y con esta contestacion se marchan.

Parte en seguida el rey de Aragon y aporta en Sicilia (1). El señor Palmieri abad, con todos los barones de aquel reino, le salen al encuentro, y celebrando consejo acerca de lo que deben practicar, se levanta el señor Juan de Prócida y dice: «Rey y señor, conceptuamos que ahora mismo debeis pasar á Palermo, y allí recapacitarémos el sesgo que hemos de tomar; allí nos enterarémos de lo que está haciendo el rey Cárlos, lo que ha obrado en Mesina y por todo el territorio; y en vista de todo determinarémos con la voluntad de Dios.» Y así se hizo.

El año de mil doscientos ochenta y dos del nacimiento de Cristo por agosto, pasó el rey de Aragon á caballo de Trapani á Palermo, cuyo vecindario se esmeró en festejarle, como jente ufanísima de haberse librado de la muerte, saliéndole al encuentro mas de seis mil personas, damas, señoritas, hombres y mujeres, condes, barones y caballeros. No quiso el arzobispo de Monreal acudir para ceñirle la corona, habiendo fallecido el arzobispo de Palermo, y el de Monreal habiéndose salvado, se fué en busca del papa. No se coronó el rey de Aragon, pero lo proclamó el pueblo, y en breve se juntaron allí los barones para celebrar consejo con él.

Levantóse el abad Palmieri y dijo: «¡alabado sea el santo Dios! habeis venido, haciendo lo que estábamos anhelando por vuestra dignacion y la del señor Juan de Prócida; y así os rogamos encarecidamente que tengais á bien redondear este negocio tan á derechas como se ha entabla-

(1) Véase Muntaner, p. 262 y 264, y Desclot, p. 632. El rey D. Pedro de Aragon escribió entónces al rey Eduardo de Inglaterra la carta siguiente, informándole de cuanto estaba pasando:

Excelentissimo et quam plurium diligendo domino Eduardo, Dei gratia, illustri regi Angliæ, domino Iberniae et duci Aquitaniæ, Petrus per eandem gratiam rex Aragonum, salutem et sinceræ devotionis affectum.

Dilectoni regiæ præsentibus intimetur quod nos ante recessesum nostri viatici armata nostræ, videlicet in quo sumus, cum proponerimus illam ad Dei servitium facere, misimus nuntium nostrum ad summum pontificem ut nobis super eodem negotio subsidium largiretur. Quemdem nuntium dictus summus pontifex, audita supplicatione nostra, timens an regem Siciliæ accenderet, sine responsione aliqua relegarit.

Postmodum verò, cum venerimus in Barbariam, ad locum videlicet de Alcoyll, ad exaltacionem fidei christianæ, adhibito consilio riches-hominum nobiscum existentium super eo, videlicet quod nobis in prosequendo facto per nos inchoato subveniret decimâ per ecclesiam in regno nostro receptâ, et concederet indulgenciam apostolicam nobis et illis qui nobiscum essent et etiam reciperet sub protectione ecclesiæ et commodo: cui nuntio dictus summus pontifex fecit, quandam dilatoriam responsionem. distulitque sibi tradere literam.

Cumque nos resisteremus inimicis fidei, ut nostrum erat propositum, si dicto summos pontifici complaceret, venerunt ad nos nuncii quorundam locorum et civilatum regni Siciliæ, exponentes nobis et supplicantes quod ad regnum ipsum accederemus, quia omnes siculi unanimes et concordes nos in eorum dominum invocabant.

Nos si quidem, advertentes quod istud esset nobis et dominationi nostræ honorificum et utiles accedere ad dictum regnum Siciliæ cum familia nostrâ et stolo ad habendum et impetrandum ejus quod illustris et bona consors nostra, domina regina Aragon, et filii nostri habent in eodem regno, proponimus; et erit decus nostrum et nostrorum, Domino perhibente, etc.

Dat apud Alcoyll, anno 1282.

(1) Coronóse el rey D. Pedro en Palermo el 2 de setiembre de 1282.

do, pero nos complaceríamos de que vinierais mas acompañado; por cuanto si el rey Cárlos se estiende por toda la isla de Sicilia, teniendo ya quince mil jinetes, en estremo arduo será el empeño que traigamos con él; así que no podemos menos de esmerarnos en aumentar nuestras fuerzas; y aun conceptúo ya perdida á Mesina, por la estrechez de su bloqueo y suma penuria ó mas bien carencia de abastos.»

Absorto queda el rey de Aragon al oir que Cárlos tiene tantísima tropa, y en seguida despacha correos para toda la isla de Sicilia, como si el rey Cárlos estuviese ya sobre Palermo. Llega aquella noche un notario, enviado por el concejo de Mesina, noticiando al rey de Aragon como la ciudad carece de abastos para mas de ocho dias, añadiendo: «Teneis que surtirnos de jente y de comestibles, pues no tenemos ya arbitrio para contrarestar mas al rey Cárlos; y así tenemos que rendírnosle sin recurso.» Llama el rey á todos los barones de Sicilia, y les comunica el mensaje; y entónces el señor Gualtieri de Calatajione se levanta y prorumpe: «Nuestro rey y señor, conceptúo que debierais adelantaros hasta Melazzo, junto á Mesina, con cuya novedad opino que Cárlos tendrá que levantar el sitio; por cuanto la pérdida de Mesina nos ha de redundar en infinito daño. Levántase el señor Juan de Prócida, y dice: «En mi concepto debe mediar lo siguiente, por cuanto Cárlos no es hombre medroso ni propenso á la fuga, y es que se le envie una carta de parte del rey de Aragon, espresándole como el papa le tiene concedido este nuestro territorio, y que así Cárlos debe desviarse; y en caso de negativa, tendréis que defender el pais como propio; y entónces podréis enviar á Mesina vuestro almirante con todas las galeras, para interceptar cuantos bajeles intenten abastecer al rey Cárlos, que es el único arbitrio para acabar con él y salvar á Mesina. Con esto será muy sonada y pavorosa la venganza que le impongais; pero si se retira, estarémos en acecho para ver si se marcha, ó bien embiste cualquiera otra parte de la isla, ó bien se marcha y acoje á su Calabria.

Tras estas palabras todos se avienen, y envian á los reales de Cárlos dos caballeros catalanes con cartas; llamábase el uno Guillermo y el otro Amlerigo, siendo el contenido de las cartas el siguiente:

«D. Pedro de Aragon y de Sicilia, á vos Cárlos, rey de Jerusalen y conde de Provenza: os participamos nuestro arribo á la isla de Sicilia, como reino que se nos ha conferido por la santa Iglesia de Roma, por la autoridad del papa Nicolás III; por tanto os mandamos que leidas las presentes, dejeis con todos los vuestros la Sicilia; pues no verificándolo, tened entendido que allá van nuestros leales caballeros contra vos y contra los vuestros.»

Ve Cárlos la carta, celebra consejo con sus barones, y estos se quedan atónitos al oir los denuestos contenidos contra el rey mismo y contra los suyos. Levántase Gui de Monforte y prorumpe: «Se me hace muy estraño que un potentado mediano se arroje á desposeer de un territorio á otro poderosísimo y en todo sobresaliente;» entretanto el rey Cárlos quiere que todos vayan diciendo sus pareceres, y entónces levantándose el conde de Bretaña, dice: que en su concepto debe el rey contestar al de Aragon: «que lo ha engañado y vendido indebidamente, no habiéndole agraviado el rey Cárlos en lo mas mínimo, y añade que no teniendo el rey de Aragon el territorio ni por la Iglesia Romana ni por el papa, sino que al contrario se lo apropia con doblez y traicion, que se vaya en seguida de aquel pais, pues de lo contrario, le haréis arrepentirse de su demasía, pues jamás se vió que un señor embistiese á otro sin asomo de razon, y por cuanto habia divulgado traidoramente la voz de que iba contra los Sarracenos, y ahora ha venido sobre los Cristianos y contra la iglesia de Roma; por tanto enviad á decirle por nuestra parte que hablais en tales términos con la voluntad de los barones, que están todos conformes en el mismo dictámen.»

Con esto el rey Cárlos mandó estender para los enviados de Aragon una carta, cuyo contenido era el siguiente:

«Cárlos, por la gracia de Dios, rey de Jerusalen y de Sicilia, conde de Provenza, príncipe de Capua y de Forcalquier, á ti, Pedro, rey de Aragon, conde de Barcelona: Me pasmo de que te hayas entrometido en la isla de Sicilia, que poseemos por la autoridad de la Iglesia Romana. Por tanto te mando por la autoridad de mi albedrío, que en vista de la presente, en seguida te marches del reino de Sicilia, como malvado y traidor, y si no, vas á ver sobre ti á mi persona y á mis caballeros, ansiosos todos de habérselas con tu jente.»

Parten los mensajeros por disposicion del rey Cárlos, llegan á Palermo, pasan á presentar la carta al rey de Aragon, el cual enterado, celebra consejo con sus barones. Levántase entónces el señor Juan de Prócida y prorumpe: «por Dios santo, mandad al punto á vuestro almirante que dé la vela para Mesina, con el encargo de apresar todas las naves del rey Cárlos, y puesto que ya lo habeis retado, echad el resto en dañarle, y os predigo desde ahora lo que va á suceder, y es que el rey Cárlos quedará prisionero, y que lo quitaréis de enmedio con el

jénero de muerte que corresponde á semejante hombre. En seguida llaman al almirante Rojer de Lauria, y el rey le manda que habilite ejecutivamente la escuadra, se encamine á Mesina y aprese ó queme todas las naves del rey Cárlos.

Llega entretanto de Jénova un espía del señor Alain Alquier, almirante de Cárlos; sale al punto de Palermo, pasa al ejército y refiere á su almirante la llegada del señor Rojer de Lauria; y enterado Alquier de todo, se lo comunica al rey Cárlos, diciéndole: «Afanaos en pasar á Calabria, me ha venido de Palermo un espía con la noticia de que el almirante de Aragon pasa á Mesina con toda su escuadra, para ir apresando todas nuestras naves, y tened entendido que careciendo de galeras, con bajeles desarmados, vamos á perderlos sin pelea, y entónces vais á quedaros en este pais desabastecido y muerto de hambre, pues lo tendrémos aquí en tres dias; por lo mismo hay que apresurarse en volver á Calabria, pues asoma el invierno, y carecemos de puerto para resguardarnos con nuestros bajeles; y no conformándoos, van á quedar todos destrozados. Tratad pues de abrigaros en tierra-firme, para dar tiempo á que llegue cuanto necesitais de vuestro pais.»

Encolerízase Cárlos, celebra consejo con sus barones y les comunica cuanto acaba de oir á su almirante. Desconsoladísimos los barones con esta novedad, dicen al rey Cárlos: «Nos llega al alma el que no hayais querido tomar á Mesina ni por paz ni por guerra, y ahora no cabe el rendirla por medio alguno, lo que sentimos sobremanera. Vámonos pues á tierra-firme, y venga luego lo que Dios quisiere.» Y así quedó dispuesto unánimemente.

Al oir esto el rey Cárlos, se acobarda, y como fuera de sí, prorumpe en suspiros y en estas palabras: «Muerto soy con tantísima desventura, puesto que me desposee de mi territorio un hombre á quien jamás he intentado desagradar. Me pesa en el alma de no haber querido tomar á Mesina, pero ya que no hay mas arbitrio, vámonos á Calabria, y así muera luego el culpado de tamaña traicion, y cuantos han tenido parte en ella.» No dice mas, y en setiembre pasa toda la armada á Calabria.

Desde el primer dia atraviesa la reina el estrecho, y el segundo, el rey con muchísima tropa, dejando hasta dos mil jinetes y diciéndoles: «Ocultaos mucho, y cuando el vecindario salga para asaltar los equipajes abalanzaos á ellos y entrad revueltos en Mesina, y si se logra el intento, acudo al punto á sosteneros.» Así queda dispuesto; pero el vecindario de Mesina, enterado de todo por sus espías, pregona luego que nadie salga de la ciudad, como se verifica. Al ver los Franceses que ningun Mesinés sale, pasan tambien á Calabria, y dicen al rey: «Señor, se frustró el intento, por cuanto ningun Mesinés ha salido de la ciudad.»

El rey Cárlos se desespera y prorumpe: «Ahora verémos lo que hace el rey de Aragon con su jente.» Al dia siguiente el almirante Rojer de Lauria entra, por disposicion de su rey, en Mesina por delante del Faro con gran boato, llevando solas diez galeras consigo. Embiste á las naves del rey Cárlos, apresa y echa á pique galeras y bajeles, y entre aquellas cinco del concejo de Pisa, y se las lleva á Mesina, esperanzado además de alcanzar al rey Cárlos en la travesía. Sábelo este y se apesadumbra en términos que apetece la muerte; pero ya sobre la Calabria, va despidiendo á todos los estranjeros y asalariados, menos á los de su pais, sucediendo esto ya en octubre.

En el mismo, el rey de Aragon pasa á Mesina con el señor de Prócida, y el vecindario los recibe con grandísimo regocijo y estraordinaria pompa; saliéndoles al encuentro un sinnúmero de caballeros, damas y señoritas, y otras jentes honradas del pais, esmerándose todos en obsequiarle como á su príncipe, rey y señor.

Y así acaba la historia.

# CAPITULO X.

*Espedicion de Catalanes y Aragoneses, al mando de Rojer de Flor, contra Turcos y Griegos.—Índole de Rojer.—Motivo del tránsito de los Catalanes y Aragoneses á Romania, en servicio del imperio. —Salida de Sicilia.—Llegada á Constantinopla.—Refriega entre los desembarcados y los Jenoveses de Pera y Galata.—Hazañas de los Españoles.-Pasan al Asia.-Arrollan á los Turcos.-Aventuras y peleas del tercio español en Anatolia y hasta el mismo confin de la Armenia.— Regreso á Europa.—Se avecindan en Galípoli.—Competencia entre Rojer y Miguel, hijo de Andrónico.-Asesinato de Rojer por Jircon, capitan de los Alanos.—Sublevacion del tercio español en Galípoli. —Alternativas en sus caudillos Berenguer de Entenza y Rocafort.—Defensa de Galípoli por Ramon Muntaner.—Llegada del infante D. Fernando de Mallorca.—Toma el mando supremo de la espedicion.—Guerras y acontecimientos que ocasiona en Macedonia y Tesalia.—Muerte de Entenza.—Division de la jente.—Se desvia el infante D. Fernando.—Muerte de Rocafort.—Vaivenes de Catalanes y Aragoneses en el ducado de Aténas.—Lo rinden.—D. Federico de Sicilia les envia su hijo natural D. Alfonso Federico, tronco de la dinastía española de los últimos duques de Aténas hasta la conquista de Ática por los Turcos.*

**DESDE 1303 HASTA 1455.**

Las vísperas sicilianas, al trasladar el señorío de Sicilia á los hijos de Pedro III, patentizaron desde luego al mismo Aragon la trascendencia de su poderío marítimo, encumbrándolo á imperar sobre el Mediterráneo casi incontrastablemente por los dos siglos posteriores. El denuedo triunfador de la soldadesca aragonesa, cuyos lances, con solo vitorear á Aragon, hemos ido presenciando, vino á parar en proverbio por toda la Europa. El pavor de su nombre cundió hasta las playas de Levante, y era con efecto tan sumo su decantado arrojo, que tan solo unos cuantos miles, traspuestos por acontecimientos allá muy peregrinos al servicio del imperio griego en Oriente, fueron tremolando los pendones hermanados de Aragon, Sicilia y Bizancio hasta la raya occidental de la Frijia mayor. Las provincias mas sonadas de la historia antigua, tanto en Asia como en Europa, la Misia, la Troada, la Frijia menor, la Eólida, la Jonia, la Lidia, la Frijia grande en el Asia Menor, la Tracia, la Macedonia, Tesalia, Fócida y Atica en Europa, estuvieron presenciando aquellas proezas y heroicidades, que graduaríamos de increibles, á no testimoniarlas los escritores mas fidedignos. Historia interesantísima cual ninguna novela, y que por cierto merece referirse grandiosamente, es la de aquellos ocho mil aventureros catalanes y aragoneses, quienes, tras de vencer á los Turcos en la Cilicia, á las faldas del Tauro, estuvieron á pique de constituir el Asia Menor en feudos militares en beneficio propio, ateniéndose al sistema feudatario del Occidente, y que, por un agolpamiento de fracasos nunca vistos, tuvieron que venir á conquistar ó asolar por Europa lo mas florido y descollante de aquel mismo imperio que habian acudido á resguardar y poner en salvo; y quienes desde el Quersoneso de Tracia, tras una marcha triunfal, atravesando la Macedonia hasta el pié del Olimpo y del Osa, y luego por los valles amenísimos de la Tesalia hasta la Beocia y el Atica, terminaron por fin sus peregrinaciones asombrosas y de mano armada en este último pais con la derrota del duque Gualtero de Briena, el último de los duques de linaje francés que mandaron en Aténas; y enarbolaron los blasones barreados de uno de sus príncipes síciloaragoneses á las puertas de la Acrópolis de Minerva, mientras la bandera de Aragon y el estandarte de San Pedro ondeaban en las almenas del Pireo, en el puerto de Falera, y sobre las mazmorras de la fortaleza de Crisa (1).

(1) Los manantiales preferentes para esta jenial y curiosísima espedicion vienen á ser Ramon Muntaner y los historiadores griegos Paquímero y Nicéforo Gregoras. La relacion de Muntaner, testigo presencial, y retratista candoroso y pintoresco, es ante todas la que se ha de seguir, á pesar de su manifiesta parcialidad, ó mas bien pasion entrañable á su amigo y jeneral, el megaduque templario fray Rojer de Flor,

Tras la paz de Castro Novo y el matrimonio de Federico primero con Leonor, hija tercera de Cárlos II, rey de Nápoles, en virtud de aquel ajuste que afianzaba á Federico la posesion pacífica de la Sicilia, quedaron las tropas conquistadoras catalanas y aragonesas desempleadas; iban á permanecer en Sicilia, contra la disposicion espresa de su lejítimo rey, y no les cabia regresar á España sin esponerse á cierto jénero de castigo, acaso leve, pero siempre deshonroso. Por otra parte se hacian gravosas á Federico en Sicilia, asolada toda con la guerra é imposibilitada de premiar los servicios dignísimos de tantos veteranos, aun cuando el rey ansiase mostrarse jeneroso con ellos á costa de sus propios vasallos. En situacion tan crítica, los Aragoneses y Catalanes deliberan ahincadamente sobre el partido que les cabia tomar; al desobedecer á su rey, venian como á desterrarse por sí mismos de su patria y reducidos á la suerte de aventureros, y acordaron luego volar en alas de su destino, sin esperar fortuna mas que de su arrojo y sus aceros. Con este ánimo se plantean un gobierno que afianze la potestad á uno de sus caudillos mas sobresalientes. Titubean largo tiempo entre cuatro varones á cual mas descollante por su valentía y desempeño, á saber, Rojer de Flor, vice-almirante de Sicilia, Berenguer de Entenza, Fernando Jimenez de Arenos, y Berenguer de Rocafort. Se reunen los votos á favor de Rojer, no por conceptuarle el mas denodado, sino por ser dueño de una escuadra, de la cual no podian prescindir los aventureros para ir en busca de fortuna fuera del recinto de la Sicilia.

Rojer de Flor, á quien cupo el mando, habia nacido en Brindis de padres nobles (1). Su padre, oriundo de Alemania, habia seguido por Italia al emperador Federico II con el cargo de Halconero. Llamábase Ricardo Blum (flor), y trocó su nombre en el de Ricardo de Flor, para desposarse con una Italiana, con la cual se avecindó en Brindis, y de cuyo matrimonio fué Rojer el segundo fruto. Al echar Conradino de Suabia el resto para recobrar su herencia, el anciano Ricardo fué uno de los primeros en acudir á sus banderas. Cúpole la suerte de tantos valientes fenecidos en Tagliacozzo, y luego se estremó la desventura con la niñez de Rojer. Tras la ejecucion del gallardo y malhadado Conradino, quedó la familia comprendida en la proscripcion que arrolló á toda la parcialidad del heredero de Federico. Menguada con la confiscacion de sus haberes, seguia la viuda viviendo en Brindis humildísimamente, y habitando una de aquellas casillas del puerto abocadas al mar, cuando un templario francés, llamado Vasallo, se prendó en tanto grado de la travesura del niño Rojer, que se lo llevó consigo á Jerusalen, para alistarlo en la órden del Temple; y Ramon Muntaner nos refiere aquel acaso donde se cifró el porvenir de Rojer Blum del modo siguiente: « Por entónces las naves mesinesas solian arribar á Brindis, invernando tambien las de la Pulla, trasportadoras de peregrinos y abastos, por cuanto los Mesineses tienen grandísimos establecimientos así en Brindis como por toda la Pulla y por el reino entero. Los bajeles invernadores, al asomo de la primavera, iban ya juntando sus cargamentos para pasar á Acre, embarcando peregrinos, aceite, vinos y otros caldos, como tambien trigo, bajo el concepto de ser el punto mas aventajado de la cristiandad para el tránsito á levante, y luego situado en pais pingüe de todo jénero de frutos y cercano á Roma, con un puerto hermosísimo... Teniendo ya el niño Rojer unos ocho años, ocurrió que un prohombre, hermano sirviente del Temple, llamado fray Vasallo, natural de Marsella y comandante de una de las naves de la órden, y esperto marino, invernó por toda la temporada en Brindis, haciendo carenar y lastrar su nave en la Pulla. Durante aquella faena, solia el Rojerillo andar acá y acullá por el buque con tanta ajilidad como si fuese un grumete, pasando allí el dia, por habitar la madre junto al astillero. Se agradó tanto el buen Templario Vasallo de aquel niño, que vino á quererlo como si fuese propio, y se lo pidió á la madre, diciéndole que si se lo entregaba, corria de su cuenta el hacerlo un gallardo Templario; y aviniéndose la madre, lo tomó consigo. El ternezuelo Rojer se fué haciendo diestrísimo, pues era un pasmo el verle trepar por las jarcias y

cuyo apoderado jeneral en Sicilia fué Muntaner, y luego su consejero fiel y amante compañero en cuantos trances fueron ocurriendo por mar y por tierra. (Véase la crónica ô descripció des fets e hazanyes dels reys D' Aragó, per lo magnific en Ramon Muntaner, desde el capítulo CXCIV hasta el CCLIV inclusive) — A principios del siglo diez y siete, el conde de Moncada, escritor elegante y castizo, sacó de la crónica de Muntaner el episodio de la guerra de Romania, y lo publicó en castellano con este título: «Espedicion de Catalanes y Aragoneses contra Turcos y Griegos;» pero se reduce á una paráfrasis primorosa del relato catalan (siendo por lo mas la hermana infiel de d' Ablancur), y por tanto no le cabe el servir de autoridad.

(1) Véase el cap. 194 de la crónica de Ramon Muntaner « donde se refieren los principios de fray Rojer, que luego se encumbró tantísimo con las grandes proezas que hizo durante todo su vida. »

desempeñar garbosamente las maniobras, en tanto grado que á los quince años se le conceptuaba consumadamente práctico en la profesion, y á los veinte estaba igualmente impuesto en la teórica, dejando ya Vasallo á su cargo el réjimen absoluto de la nave. El gran maestre del Temple, al verle tan valiente y despejado, le dió el manto de Templario y lo hizo hermano sirviente. A poco tiempo compró el Temple á los Jenoveses el bajel mas grandioso que se hubiese construido hasta entónces; llamábase el *Halcon*, y se puso al mando del dicho hermano Rojer de Flor (1).

Dándole la órden todo desahogo, quedó en estremo satisfecha por su desempeño en varias espediciones, siendo el pavor de los marinos por las costas de levante, cuando el reino de Jerusalen se vió en el trance de su agonía á manos de los infieles..... Defendióse Acre largo tiempo, y no fué Rojer de los menos eficaces en aquella resistencia; pero dándola al fin por infructuosa, acudió á sacar para sí todo el partido asequible de aquel fracaso jeneral. Encargado del tesoro en moneda, dió la vela en la nave habilitada al intento, y desapareció para siempre en concepto de los Templarios, querellándose amargamente contra él el mismo Gran Maestre. Pregonáronlo por todas partes, intimándole su presentacion ante el tribunal de la órden, sin poderlo haber á las manos. Desde Marsella, donde se detuvo larga temporada, pasó á Jénova, donde habilitando á su costa una galera llamada la *Oliveta*, entró en Nápoles para brindar con sus servicios al duque de Calabria, Roberto III, que estaba armando á la sazon contra el rey Federico de Sicilia. El duque ni lo agasajó ni desairó, ni de palabra ni de obra,» dice Ramon Muntaner, «permaneciendo tres dias sin lograr contestacion, y al cuarto le dice: «Señor, me hago cargo de que no apreciais mi servicio, allá os las hayais con Dios, pues me voy en busca de otro potentado que se prende mas de mis ofrecimientos;» y el duque le contesta: «Idos muy en buen hora» (2). Rojer, lastimado con tamaño desaire, pasó á brindar con su auxilio al rey de Sicilia, quien lo aceptó con afan, pues á la verdad escaseaba de medios para su defensa, y sobre todo carecia de un marino de cabal desempeño para el mando de su escuadra. Concluido el tratado despues, y árbitro luego de esplayar su actividad en el ejercicio de su cargo, no solo anduvo Rojer infestando las costas del reino de Nápoles con sus piraterías, sino que

(1) Crónica dels reys D'Aragó, l. c.

(2) Lo duch riposti que anas á la bona ventura (Chronica dels reys D'Aragó, c. 194).

menudeó con desembarcos certeros; y se acaudaló hasta el punto de habilitar una compañía de escuderos armados de punta en blanco. Colocó en su casa cinco caballeros catalanes y aragoneses, y pertrechado con tantísimo caudal, se presentó al rey para ofrecérselo, pues andaba escasísimo, y le dió en Piazza mas de mil onzas de oro en dinero. Lo dió tambien al señor Blasco, á Guillen Garceran, y especialmente á Berenguer de Entenza, con quien trabó intimidad entrañable, hermanándose para sus hechos de armas y mancomunando sus intereses habidos y por haber. ¿Qué mas dirémos? (continúa Ramon Muntaner, de quien hay que sacar todos estos pormenores, como que los estuvo presenciando, y que nadie puede participar tan verídicamente (1) como él), pues no hubo ricohombre ni caballero que no terciase en sus dones; y aun por cuantas fortalezas iba pasando, pagaba siempre los haberes de un mes á la soldadesca. Con esto engrandeció á su rey y señor y envalentonó su jente en términos que cada uno valia por dos. El rey, en vista de su mérito, lo creó vice-almirante de Sicilia, é individuo de su consejo, le regaló el castillo de Alicata, el de Trip, y las rentas de Malta (2).

Vuela Rojer en alas de la fortuna, cede al rey su compañía de jinetes mandada por dos Españoles, el uno catalan llamado Berenguer de Mont-Roig, y el otro aragonés, Rojer de la Matina, y luego con cinco galeras y un land se pone á recorrer la costa napolitana, las playas romanas y las riberas de Piza, Jénova, Provenza, Cataluña, España y Berbería; y á cuantos encuentra, amigos ó enemigos, les apresa dinero y mercancías, rellenando sus naves, y dando créditos á los amigos les dice que á la paz quedarán corrientes; á los enemigos les quita cuanto hace al caso, dejándoles sus laudes y su tripulacion, sin dañar jamás á los individuos, mostrándosele todos agradecidos (3). Sigue mas y mas Rojer este sistema de guerra, con el cual viene á ser el marino mas rico de su tiempo. Descuella con su desempeño, su arrojo y serenidad en lo sumo

(1) De les quals maravelles (nos dice él mismo en su crónica, hablando de las proezas que principalmente le inclinaron á escribir), nul hom tant verdaderament non poria recomptar la veritad com yo fas qui fuij en Sicilia en la seu prosperitat (de Rojer de Flor) procurador general seu, e cabi en tots los affers seus ells majors que ell feu e per mar é per terra: porque cascu m' en desvets mills creure (Ibid., l. c.).

(2) Chr. dels reys D' Aragó, l. c.

(3) Aycant com les galeres pogueren portar (Ibid l. c. ).

del trance; táchanle de codicioso, pero su afan por el dinero es tan solo para disfrutar los deleites que proporciona en todos los lances de la vida. Ensalzado ahora á caudillo de Aragoneses y Catalanes, cavila con ahinco sobre el modo de emplearlos.

Vacilante aparece el solio de los antiguos Comnenos, donde lleva ya veinte años de asiento el emperador Andrónico II, hijo de Miguel Paleólogo, quien habia reconquistado á Constantinopla, príncipe de suyo inhábil y apocado, y luego sin tino para acertar con algun arrimo adecuado á su situacion. El imperio de Oriente, desde principios del siglo XIII en que lo habia conquistado el ancianísimo Dogo de Venecia Henrique Dandolo, adolecia de suma languidez y necesitaba el empuje rejenerador de soberanos briosos; y aquella pujanza no cupo, ni por asomo á los Paleólogos. En vez de atajar la decadencia incesante del imperio con desempeño eficaz y despejado, viculábase Andrónico en refutar las herejías de sus mismos súbditos. Supersticioso sin tasa, adoraba como oráculos las decisiones del clero, y con especialidad del patriarca de Constantinopla; eran los clérigos sus senadores y consejeros; y tan resabiado yacia con aquella vida eclesiástica, que en los trances de batallas sangrientas por la salvacion de su capital, se estaba rezando fervorosamente, y tildando á su hijo de temerario, por cuanto Miguel, asociado desde su mocedad al imperio, no se habia atropellado como los demás en la huida de una refriega en que se cifraba la defensa de Constantinopla. Tan endeble en el interior de su mismo palacio como en todo el reino, habia tenido que encerrar á su hermano uterino y desterrar á su segunda esposa. Favorecedor del clero por inclinacion, sus escaseces le precisaban á desangrarlo, pues las demás clases del estado hambreaban de muerte. No era despótica su alma, mas le era imprescindible aquella tropelía; solia en su dilatado mando falsificar la moneda, acarreando trances mortales á todo el estado social; queria en fin mostrarse garboso y leal, pero le arrollaban las circunstancias á pesar suyo al engaño y la alevosía (1).

Forzoso es en suma decir que poquísimos potentados se han visto en situacion mas congojosa que la del emperador Andrónico. Hostigado al poniente por Húngaros, Búlgaros y Cumanos, le estaban amagando los Turcos por levante. El poderío formidable de los Musulmanes iba descollando sobre los escombros del antiguo imperio oriental, debiendo sus primeros medros á un emir llamado Otman ú Otoman, que en 1300, cuando la potestad labrada por los Selyukides en Rum, el antiguo Iconio, quedó volcada por los Mogoles, fué uno de los emires que se repartieron los despojos de sus antiguos dueños. Refieren los mas al principio del siglo IX el asomo de la ranchería asiática de los Turcos ó Turcomanes; la cual descolgándose por las faldas del Imao, se fué encaminando á bandadas hácia el occidente y siguió imponiendo dueños, ó arrebatando por esclavas á cuantas naciones iba encontrando en su travesía. Amenazados tambien los califas, acudieron estudiadamente al arbitrio de proponerles el Alcoran; los Turcomanes lo aceptaron y vinieron á incorporarse en la nacion, al pronto como milicia permanente y encargada de la guardia de los califas. Los caudillos de aquella milicia preponderante, como de un pueblo aun bravío sobre otro un tanto afeminado con la civilizacion, se fueron alzando con el gobierno de las provincias, y á fines del siglo XI, se declararon, bajo el nombre de sultanes, lugartenientes de los califas, quienes quedaron reducidos á mera sombra de potentados. Muchos se fueron constituyendo independientes en sus gobiernos, y de una de estas rebeldías parciales salió á luz la sultania, ó el estado de Iconio bajo los Selyukides. Rapidísimos fueron los adelantos de los Turcos por el Asia occidental; y el imperio, arrojado ya de toda el Africa y luego de la Siria, estuvo presenciando su malogro incesante de cuanto poseia en el Asia Menor. En tiempo de la primera cruzada contra los Turcos (1096), señoreaban ya estos á Nicea, conservando apenas el imperio tal cual avance allende el Bósforo (1); pero las cruzadas

(1) Resulta este retrato de la lectura de los historiadores griegos, principalmente de Jorje Paquímero, y en este concepto, nada hay que carezca de su debido fundamento.

(1) Divídense los Selyukides en cinco ramas, que estuvieron conjuntamente reinando en el Asia, á saber;

1. Los Selyukides del Irak, ó de Persia.
2. Los de Kerman.
3. Los de Iconia, ó de Rum.
4. Los de Alepo.
5. Los de Damasco.

Soliman, hijo de Kutulmich, hijo de Israel, hijo de Selyuk, fundador y primer monarca de la dinastía de los Selyukides, quienes tenian su corte en Iconio. Malek Schah, sultan de los Selyukides de Persia, cedió el año de 467 (1074) á Soliman todo el pais allende Antioquía. Entró Soliman en el Asia Menor y quitó Nicea á los Griegos, constituyéndola su capital, desde donde destacaba partidas hasta el Bósforo. Alejo Comneno, que estaba reinando á la sazon en Constantinopla, ajustó un tratado con Soliman, tras-

trocaron en gran manera aquel aspecto, y Antioquía, Jerusalen y Edesa pararon en asiento de varios estados muy reñidos entre las diversas familias de los cruzados mas poderosos; y bajo su señorío se fué desmembrando el Asia, por el método feudal, en ducados, marquesados, condados ó meros feudos. Hubo condes en Jope, marqueses en Galilea, príncipes en Sidon, en Cesarea y en Acre. Mas á los doscientos años de alternativas, contiendas y fracasos, tuvieron los Cristianos que ceder el Asia á los Musulmanes; los Turcos; aventados por los Mogoles, se hallaron al fin poderosísimos y dispuestos para llevar adelante la empresa acordada de su grandiosa invasion occidental. En aquel trance fecha el encumbramiento de aquella familia turca, encabezada por Otman ú Otoman, tronco de los emperadores osmanlies, arrollados en algun modo por los Mogoles sobre el occidente.

Cupo á Otoman (1), además de una parte considerable de la Bitinia, todo el pais comprendido por las cercanías del monte Olimpo, y entroncando con otros emires, franqueó á sus sucesores la perspectiva de la conquista de Constantinopla. No cabia temporada mas oportuna para el vuelco del imperio griego, repuesto hacia veinte años, que la del reinado de Andrónico II; mas escaseaban todavía los Osmanlies de medios para atravesar en crecido número el Helesponto, y aquel grandioso acontecimiento no pudo tener cabida hasta mas de siglo y medio despues, y así tenian los Osmanlies que hostigar al emperador por sus estados del Asia. Obraban á fuer de guerreros saqueadores de profesion, y el esterminio era el padron perpetuo de su tránsito, yaciendo ya las ciudades mas grandiosas bajo su poderío. Ajenos de todo arte para asaltar las plazas, se tendian bajo sus almenas acechando el punto en que el hambre precisase las guarniciones á rendirse. Por meses y aun por dias iban dando un paso mas y acercándose á las puertas del imperio en Europa. Se estaba temiendo su pronta invasion, y se carecia de aliento para precaverla; y Andrónico seguia mas ansiando y pidiendo al cielo una peste, un terremoto ú cualquier otro fracaso esterminador de los enemigos de sus estados, pero jamás cayó en la cuenta de juntar hasta las postreras fuerzas del imperio para abalanzarse contra aquella hueste. Semejante determinacion, dice un historiador, le pareciera un desacato contra los derechos de Dios, quien se estaba valiendo de los Turcos, bien así como un azote para castigar á los Griegos por sus pecados.

Enterado Rojer de Flor, como gran marino, de la situacion del imperio griego, acordó avalorarla en provecho suyo y de sus compañeros de armas. Afanóse tanto mas en este empeño, cuanto habia solido en la guerra de Sicilia saltear las costas de los estados romanos, enemistándose con el papa, y careciendo de asilo seguro en toda la Europa occidental, si acaso el pontífice, como ya una vez lo habia hecho, lo reclamaba por desertor del órden templario. Cavila y mas cavila, se franquea con los demás caudillos, se avienen todos por fin; pero apetecen la anuencia del rey Federico.

Hállase este en Mesina solemnizando su desposorio con Leonor de Anjú, y se le hace tanto mas plausible la propuesta cuanto le precave el apuro de estar manteniendo aquellos huéspedes tan descontentadizos como eran los Catalanes y Aragoneses, para agasajarlos por mas tiempo en una isla estragada y casi hambrienta. Aparenta Federico suma pesadumbre en desacompañarse de unos valentones cuyo auxilio voluntario le tenian afianzada en las sienes su corona; se lamenta de que se le despidan desde luego y antes de poderles evidenciar con testimonios esplendorosos su reconocimiento; mas Rojer le manifiesta espresivamente que lo tendrá siempre á sus órdenes en requiriéndolo el trance, y que solo tratan de ir á guerrear por una temporada, y así el jóven rey está rebosando de inclinacion amistosa cual les hacia muy al caso para la ejecucion esclarecida de su intento en unos aventureros tan arrojados. Envian al punto diputados al emperador Andrónico; la tropa toda se desvive impacientísima por el regreso de los compañeros, pues cuanto mas se dilata su mansion en Sicilia, mas está en ascuas por volver á su vida jenial y aventurera.

No se equivocó Rojer de Flor en tomar sobre sí la seguridad de que el emperador Andrónico recibiria su oferta como don del mismo cielo, pues apenas los enviados apuntan el motivo de su embajada, los presentan al emperador, quien desde luego, en audiencia pública, se aviene con mil amores á cuantas condiciones le propone Rojer, pues prorumpe que en el universo todo está resonando el eco de la valentia aragonesa. Pedia Rojer, entre las demás condiciones, que el emperador se dignase concederle

pasándole todos los paises del Asia, y así este vino á quedar dueño de cuantas provincias median desde Laodicea en Siria hasta el Helesponto

(1) Cuanto en los historiadores turcos antecede á la historia de aquel príncipe es tan solo un contenido de patrañas, soñadas todas para sublimar las glorias de aquella familia. Otman y Orkan, su hijo, no fueron al pronto mas que unos emires selyukides. Para mayor ilustracion, véase la historia escelente del imperio otomano por M. de Hammer, t. I.

por esposa la princesa María, su sobrina, hija de Asan ó Azan, décimo rey de los Búlgaros, quien, destronado por su cuñado Tertero, se habia refujiado en Constantinopla, donde se habia enlazado con Irene, hermana de Andrónico, en la cual tuvo á María. Pedia tambien que se le crease megaduque, ó gran duque, del imperio, por via de afianzamiento en el galardon de cuantos servicios iba á tributarle. Era aquella la cuarta dignidad del imperio de Bizancio, siendo la primera la de Sebastocrator; la segunda la de Déspota, y la tercera la de César. Avínose á todo Andrónico gustosamente, conceptuándose dichosísimo de lograr por fin un refuerzo de tropas incontrastables. Éranle con efecto de menguado provecho sus Masajetas y sus Turkopolis, que se reducian á una chusma de forajidos indómitos, y así mal podian acudir á un soberano que para sus propias jentes era un mero usurpador, puesto que habian cegado al heredero lejítimo del solio griego, confinándolo luego en un aldea. Rebosaba tantísimo de alborozo la corte de Constantinopla con la oferta de Rojer, que no solo se ajustó el convenio con los diputados, sino que se les entregaron las insignias de megaduque para su caudillo, á fin de estimular su llegada ejecutiva. Eran aquellos blasones un baston realzado de oro y plata, y un ropaje y un sombrero de hechura peregrina, llamado escaramango. Fueron grandísimas las promesas de caudales, pues cada soldado de la caballería principal habia de disfrutar cuatro onzas de plata al mes, dos el jinete lijero, y una el infante; reservándose el emperador el determinar los premios correspondientes á la oficialidad, para proporcionarlos, decia, á su respectivo desempeño; y por fin la hueste, desde su primer asomo por cualquiera provincia del imperio, debia recibir anticipadamente cuatro mesadas, y luego dos al retirarse, ya fuesen todos, ya una porcion.

Estendióse una acta solemne con todas estas particularidades, pues Ramon Muntaner fué uno de los enviados, y al parecer secretario de la embajada, y es quien nos entera de todo su pormenor, habiendo intervenido en la redaccion del convenio entre el emperador Andrónico y el caudillo aragonés (1).

Al traer los diputados en su regreso á Sicilia tan plausibles noticias, enloquece de júbilo la hueste catalano-aragonesa; agólpase por las playas, embárcase en Mesina; y la escuadra se compone de treinta y seis velas, entre ellas, diez y ocho galeras y cuatro naves mayores. Llevaba alistados mil y quinientos jinetes colmadamente equipados, pero sin caballos, cuatro mil almogavares, mil infantes, y además la marinería de las tripulaciones, que eran todas de Catalanes y Aragoneses, llevando consigo mujeres, mancebas y niños. Emplea Rojer de Flor en la espedicion cuanto se habia ido granjeando en la última guerra, y aun le prestan los Jenoveses, en nombre del emperador Andrónico, hasta veinte mil ducados; y á pesar de todo, es la armada inferior á lo que se habia conceptuado. Parten desde luego solas cuantas tropas siguen la bandera del vice-almirante para Constantinopla; Berenguer de Entenza y Rocafort se rezagan, el primero porque está esperando de España refuerzos, sin los cuales no queria marchar, por no asomar desairado en la capital del imperio griego, y el segundo porque estaba aun poseyendo en la Calabria dos castillos grandiosos y no queria devolverlos mientras no entregasen á él y á su tropa los sueldos que tenian devengados con el rey de Nápoles. Así que la jente capitaneada por Rojer de Flor para Constantinopla se reducia á unos ocho mil hombres, entre los cuales habria, cuando mas, seis mil soldados, pues príncipes y jentiles-hombres de aquel tiempo iban siempre acompañados de sus sirvientes, abultando así en gran manera los bagajes y atropellando los paises donde se guerreaba.

La pujanza de la hueste de Rojer se cifraba en sus cuatro mil almogávares, nombre arábigo que llevaba en el siglo XIV, como ya se ha visto, la infantería aragonesa. Solian ser de la parte alta de Aragon; y avezados á vivir siempre de sus presas al enemigo, prescindian de todo peligro, y para estimular mas y mas su arrojo, llevaban consigo sus mujeres y sus niños en cuantas campañas emprendian contra los Sarracenos. Era su traje adecuado á su vivir: una redecilla de hilo de alambre les resguardaba la cabeza; pellicos y zaleas los abrigaban contra la intemperie, y sus armas se reducian á una espada, un gran cuchillo y un lio de chuzos ó venablos agudísimos, manejando estos últimos con tal maestría, que uno solo contrarestaba á muchos. En una de sus correrías por la costa de Calabria, un almogávar solo se defendió contra veinte jinetes, mató hasta cinco, cayendo al fin acuchillado por los otros. Habia Cárlos de Anjú oido hablar tantísimo de su valentía, que estaba ansiando el presenciarla; y á poco tiempo logró ver cumplido su anhelo. Hizo algunos prisioneros, y entre ellos tres almogávares. Sonrióse Cárlos al verlos, y prorumpió en que no sabia porqué habian de causar tantísimo pavor semejantes bárbaros; y uno de ellos oyendo aquel improperio, pide al

(1) E perçó sé yo aquestes coses com yo mateix fuí al dictar e al ordenar los dits capitols (Chronik. etc., c. 199.)

rey desaforadamente que le pongan delante un jinete armado. Acepta Cárlos, y se presenta un jinete francés armado de piés á cabeza, con su lanza, espada y maza. Acude el almogávar con su espada y su chuzo; pónese el jinete en movimiento, y cae al punto su caballo atravesado de un chuzazo, y luego le iba á caber igual suerte, cuando la voz del rey detiene al vencedor, quien habiendo otorgado la vida al jinete, recibe en cambio la libertad (1).

Tales vienen á ser los pavorosos auxiliares que conduce Rojer al endeble Andrónico, y con los cuales va luego á asombrar á todo el Oriente.

Llega la hueste felizmente á Malvasía, puerto de la Morea, donde halla cuantos refrescos y agasajos puede apetecer, por disposicion del emperador, con la porcion ofrecida del sueldo. Insta él mismo á Rujer en una carta para que pase prontamente á Constantinopla; se reembarca este al punto, atraviesa en popa el estrecho y aporta en setiembre de 1303 en la bahía de Constantinopla. Suena por donde quiera algazara incesante, y Andrónico y su heredero salen al encuentro, y echan el resto en solemnizar aquella venida. Desembarcan en el mismo dia el equipaje de los Españoles, y los acuartelan en el barrio y palacio del arsenal, distribuyéndoles víveres y vino por via de agasajo, con la paga de cuatro meses (2).

Casóse luego el megaduque con la sobrina del emperador, siendo María linda y recatada en estremo, y de edad de unos diez y seis años (1).

(1) Véase sobre la índole y costumbres de los Almogávares, en este mismo, tomo c. 7.

(2) Paquimero cuenta, sin rebozo del encono que profesa á los Catalanes y Aragoneses, su llegada á Constantinopla en los términos siguientes:

«Por setiembre y en la segunda indiccion, la ciudad de Constantinopla estuvo viendo (¡y ojalá que nunca lo viera!) la llegada de Rojer el Catalan, en su propia escuadra y con sus compañeros, los mas Catalanes y Almogávares, en número de ocho mil. Habiale precedido Fernando Jimenez, que era tambien de la armada misma. Era no obstante Fernando Jimenez de linaje noble, y los que traia eran suyos, y sin que nadie lo llamase, acudia como auxiliar á pelear contra los Turcos, en caso de acomodar al emperador (Andrónico), mediando con todo una paga convenida, mas Rojer vino espresamente llamado.

Era este un hombre en toda su lozanía, de aspecto pavoroso, ejecutivo en todos sus ademanes, y arrebatado en todas sus jestiones. Voy á referir algunas de sus espresiones, segun las he ido oyendo yo mismo, y si mis palabras se desvian algun tanto de la verdad, no será el escritor el engañoso, sino el rumor jeneral que se las ha traido.

Hallábase pues dicho Rojer en Tolemaida (Acre) de Siria, ciudad de las ciudades que todavía descollaba con su cabal grandeza, y estaba allí con los caballeros del Temple, cuando la tomaron los Etíopes (Ejipcios) y quedó arrasada; pero salvando él mismo los tesoros de aquel monasterio, y comprando naves larguísimas, emprendió su corso contra los Sarracenos, y pirateando desaforadamente, se le agregaron un sinnúmero de los compañeros; no apetecía mas que trastornos. Engreido al par de sus asociados con las riquezas y el lujo que les proporcionaban sus piraterías, arredró las jentes bajo el nombre de caballero del Temple. Poderoso ya con el número de sus naves, se presenta á Federico, que está poseyendo la Sicilia por Manfredo, como herencia de familia con la escomunion de la Iglesia, por cuya causa está guerreando contra Cárlos. Con un sueldo ajustado se alista en su servicio con aquella jente suya, auxiliándole eficazmente por algun tiempo; pero acabada la guerra y mediando un desposorio, se ajustó una alianza. Se acordó que el hermano del rey se casaria con Catalina, habiéndole el papa coronado de emperador, y proclamándolo soberano, aunque sin posesiones, le esperanzó de recobrar á Constantinopla por mediacion de su esposa, vástago de Balduino. Reconciliado así Federico por fin con la iglesia, el papa entabló la solicitud de que le entregase Rojer; pero Federico, hecho cargo de la injusticia y el desacierto de enviarle un varon para él tan benemérito en trances apuradísimos, y mas constando á entrambos que le reservaba castigos tremendos, conceptuó manifestar amistad al uno y rendimiento al otro, pues lo retraia de su privanza, y le avisaba al mismo tiempo que tratase de ponerse en salvo como mejor se le pudiera proporcionar. Entónces no le cupo mas arbitrio que brindar con sus servicios al emperador, participándole que llevaba consigo hartas fuerzas para acudir en su auxilio por donde quiera que tuviese á bien disponer. A la verdad, como lo patentizó luego, estaba Rojer dotado de prendas sobresalientes, con un corazon magnánimo y una maestría sin igual en acaudillar jente forajida, y realizando, como lo habia ofrecido, hechos portentosos. El emperador, precisado ya de antemano á valerse de auxiliares advenedizos, se abalanzó á la propuesta como don del cielo, enviándole sus bulas de oro para alistarlo en su servicio con todos los suyos. Ofreció honrar su persona con el cargo de megaduque, dandole por esposa su sobrina María, y prometiendo á sus acompañantes sueldos cuantiosos, y cuanto condujese para guerrear, pues, como he dicho, no habia que contar con los Griegos, ya desavenidos del Occidente, y en busca de la esclavitud, como medio único para existir. (Paquimero, Andrónico, l. XI, c. 12.)»

(1) Lo megaduc pres per muller la naboda del emperador, qui era de les belles donzelles e de les

Rojer tenia sobre treinta, pero sin atractivo para los Griegos, quienes sin embargo lo estaban viendo rebosar de teson y de travesura, y así lo espresa el historiador Paquímero (1). No se conceptuó impropio aquel desposorio, pues si la novia le sobresalia en su cuna, no le desmerecia el megaduque con sus esclarecidos atributos y las esperanzas grandiosas que infundia con su presencia. Mas y mas regocijos están por varios dias solemnizando la boda esplendorosa, cuando sobreviene reyerta entre Jenoveses y Españoles, quienes pelean á mano armada en medio de las calles.

Poseedores arraigados los Jenoveses del comercio de Levante, preponderaban tantísimo en Constantinopla, que el mismo emperador, á impulsos de sus escaseces habia tenido que acudir á ellos para ponerse en franquía, y así por mas que les repugnase su creencia á los Griegos, se les hacian menesterosos los Jenoveses por sus incesantes apuros (2). Segun Paquímero, el arranque de la pendencia procedió de haber pedido á los Españoles recien llegados los veinte mil ducados recibidos de la república en nombre del emperador Andrónico; pero segun otra relacion mas verosímil, fué casual aquella ocurrencia, pues la traza de los almogávares era tan estrambótica, que no pudo menos de mover á escarnio la galanura y jentileza de los Jenoveses mas entonados y primorosos con los medios y el despejo de sus tratos. Paséase un almogávar por las calles de la ciudad, y prorumpen algunos Jenoveses en risa desencajada; el Aragonés, con la índole propia de un soldado, se agravia y embiste á los insultantes, acuden refuerzos por ambas partes, se traba y formaliza la pelea, en la cual se desmandan como suelen los Jenoveses, y al ver los Españoles á los Jenoveses acuadrillados salir del arrabal de Gálata, su morada propia, malician su intento; sale la caballería para facilitar la reunion de los almogávares, quienes se forman pronto y se adelantan. Entónces la refriega se jeneraliza, la cual está viendo el emperador desde sus ventanas. Capitanea á los Jenoveses su caudillo Roso de Finale, pero los almogávares campean con sus venablos y cuchillos, dejando tendidos á tres mil Jenoveses. El emperador, incomodadísimo con aquel espectáculo, llama al drungario ú almirante de su escuadra Estévan Muzalon y á otros varios prohombres para atajar la matanza, mas están todos tan enfurecidos, que perece el enviado del emperador en medio de la contienda. Ya van los almogávares tras los Jenoveses fujitivos allá sobre Gálata y Pera á incendiar los arrabales, cuando asoma por fin el megaduque Rojer, y recaba con su predominio que vuelvan á acuartelarse.

Al ver el emperador, dice Ramon Muntaner, á los almogávares ir en demanda de Pera, llama al megaduque, y le dice: «Hijo mio, acude á tu jente y retráela, pues en asolando á Pera, aquí finó el imperio, por cuanto esos Jenoveses nos están poseyendo muchísimo á nosotros mismos, á los barones y á otros individuos del imperio. Monta el megaduque en seguida á caballo, con su maza en la mano, seguido de los ricos-hombres y caballeros venidos con él, se adelanta á los almogávares ya dispuestos para asaltar á Pera, y los retrae, quedando el emperador muy pagado y gozoso (1).

avies del mon, e habia entra a XVI anys. Muntaner schr. c. 202.

(1) Jorje Paquímero, donde arriba.

(2) Ramon Muntaner (c. 202), al referir la llegada de los Catalanes y Aragoneses á Constantinopla, espresa que si el emperador, su hijo y todo el imperio se mostraban gozosísimos con ellos, por el contrario les desazonaban muchísimo á los Jenoveses, haciéndose cargo de que si se arraigaban allí, volaban al punto las condecoraciones y el predominio que estaban ellos disfrutando.—No habian los Jenoveses intervenido, como los Venecianos sus competidores, en la toma de Constantinopla por los Francos en 1204; y así al volver allí Miguel Paleólogo en 1261, acudieron á vitorear sus servicios, y se apropiaron cuantas preeminencias habian gozado antes los Venecianos; y entónces plantearon sus establecimientos de Pera y Gálata en el terreno que les cedió Paleólogo. Véase Sauli, de la colonia de i Genovesi in Galata, t. I, p. 64, y Serra, Storia di Genova, t. II, páj. 1177 y sig.

(1) E tantort lo megaduch cavalcá en un cavall, e ab la maça en la ma, ab tots los richs homens e cavallers qui ab ell eran anats quel siguiren, anaren en vers la Lalmugavería que ja volien esvahir Pera, e feu los ne tornar; e axi Lemperador tornas molt pagat y alegre (Ramon-Muntaner, c. 202.)—Segun Paquímero, se trabó la contienda, como ya se ha dicho, por los veinte mil ducados que el caudillo español habia tomado de la república en nombre del emperador; Andrónico los Jenoveses acudieron á Rojer; quien los endosó al emperador. Pero estos declararon que no conocian á otro que á él, que era un deudor de mala fe, y de aquí vinieron á las manos. El emperador, que hasta entónces se habia negado á pagar la deuda, enterado de lo que pasaba, se avino á satisfacerla y envió al drungario de su armada, Estévan Muzalon, para prevenir la pendencia, pero ya estaba comenzada, y Muzalon que se presentó á caballo, pereció en el cumplimiento de su deber. Los Catalanes convirtieron el monasterio de San Como en una ciudadela, de donde hacian sus salidas y volvian

Cesó entónces la refriega, mas no el encono recíproco, que luego acarreó aciagas resultas para los Españoles, mientras permanecieron en el imperio griego, donde los estaban mirando sus contrarios con odio y zozobra, conceptuando la codiciosa Jénova ya malogrado todo su comercio. Por otra parte aquella pelea trabada en las mismas calles de Constantinopla á la madrugada tras el desposorio de la sobrina del emperador, al paso que está patentizando la valentía de los recien-venidos, está infundiendo todo jénero de zozobras á los Griegos, susurrándose por toda la ciudad que el intento inalterable de Rojer era el apoderarse del imperio de Oriente á nombre del rey de Sicilia, á quien el papa tiene concedida la soberanía.

Llega el rumor á oidos del aprensivo Andrónico, quien se acobarda tanto mas cuanto era muy obvia la desavenencia venidera entre Griegos y Españoles á fuego y sangre. Aquejado con este sobresalto, insta al megaduque para que dé en seguida la vela con sus tropas, en desempeño de su verdadero destino, que es el de contrarestar á los Turcos, y entroncado ya Rojer en la familia imperial se conforma desde luego con aquel deseo. Se embarca en el mismo puerto, atraviesa con viento favorable la Propóntida, llamada por Muntaner la Boca de Avic (el estrecho de Abidos), hoy mar de Mármara, y aporta en el cabo de Arcacio, á cerca de veinte leguas de Constantinopla, junto á los escombros del antiguo Cícico, conceptuando el sitio adecuado para el desembarco de la caballería. Seguia á los Españoles una huestecilla de Alanos, al mando de su jeneral Jircon, para mancomunarse con ellos contra los Turcos.

Imprescindibles eran tales auxilios, pues los Turcos estaban hostilizando todo el imperio, yaciendo con especialidad las provincias de Asia en mortal desamparo, y asustando mas y mas el cuadro que rasguea Paquímero en su historia de los emperadores Andrónico y Miguel, hasta el punto de no alcanzarse cómo un gobierno, con recursos todavía cuantiosos, podia imposibilitarse tantísimo.

Los quebrantos que los Turcos iban agolpando sobre el imperio, prorumpe aquel escritor, en esta parte muy fidedigno, crecian por instantes con tan redoblado atropellamiento, que todo yacia desahuciado. Cuantas calamidades pueden caber en el orbe se agolpaban sobre nosotros, no tan solo á larga distancia, sino acá en nuestras mismas puertas, pues en atravesando el Bósforo, ya se estaba en medio de mil peligros. La playa fronteriza estaba hirviendo de advenedizos acampados á su salvo, que plagaban el pais á su antojo y al ímpetu de su desenfreno. Remedo era el pais de un yermo escítico, donde nadie asomaba por mas que le estrechasen sus urjencias. La zozobra y la veda del emperador atajaban los pasos aun para acudir á los apuros mas imprescindibles, y el desarmado que se arrojase á parecer por medio de aquella jente por maravilla salia indemne de su temeridad, sin anochecer jamás sin que los bárbaros embistiesen algun pueblo, y apresasen ó degollasen á muchísimos Romanos; amargando todavía mas el suceder tales fracasos en dias festivos cuando estábamos embargados con el rezo y demás ejercicios de nuestra relijion sagrada. Al asomarnos á las almenas de la ciudad, estábamos viendo á la otra parte guerrillas enemigas á pié ó á caballo, desaladas tras el saqueo, y si alguien se arrojaba y acudia á defender sus haberes, yacia al punto degollado, ú cuando menos mal herido tenia que espirar en aquel desamparo y en medio de cadáveres destrozados y miembros dispersos. Habíanse refujiado los campesinos por las ciudades, cuajando las calles los desastrados y exánimes forasteros. Hambre y peste los acosaban, y entrambas plagas internándose por las viviendas, no habia medio de atajar sus estragos. Tomaron los bárbaros á Calé, Hiero y Astrabita, y estremaron sus crueldades horrorosas tan á su albedrío como si el emperador yaciese adormecido de continuo, ú mas bien difunto. El hambre y la sed aquejaban hasta lo sumo á Nicomedia. Nicea, ciudad ostentosa, quedó despojada de todas sus galas y realces. Quedaron yermos Bilocomos, Anjelocomos, Anagurdos, Platanea y Melajerda, moviendo á lloro su perspectiva. Padecieron, si cabe, mayor esterminio Crula y Catecia; desiertas quedaron las carreteras de Nenzicanos y de Heraclea, poco antes llenas de jentío por sus comunicaciones con Nicea. Tan solo habia para llegar á este pueblo una vereda escusada, atravesando un bosque para avisar á los Nicenses las ocurrencias de mayor entidad. Padecieron los de Bebricia cuantas tropelías cupieron antes á los de Calcedonia y Alisa. Quien pasaba al Asia por mar hacia alto un dia en Escio; atravesaba de noche el ismo y las Ascanias, y llegaba á la única puerta que se franqueaba en Nicea, estando cerradas todas las del continente para contrarestar los embates enemigos, sin que pu-

á refujiarse. Los Jenoveses se valieron de tablas, toneles, escudos, arena y todo lo que pudieron haber para parapetarse en la playa; y tras mucho derramamiento de sangre pudieron al fin el emperador y Rojer restablecer el órden (Paquímero, l. V, c. 14).

diese el emperador atajar el raudal de tantísimo quebranto (1).

Habian los Turcos arrojado al emperador por aquella parte (allende el estrecho de Abidos), dice al par Muntaner, de mas de treinta jornadas de territorio, con otras muchas ciudades floridas, pueblos y castillos, avasallándolos como tributarios. Hacíase todavía mas doloroso el que si un Turco apetecia la hija del mayor prohombre del pais ya conquistado, era forzoso que padre, madre y amigos la entregasen, y luego los niños tenian que ser Turcos, circuncidándolos sin arbitrio, como lo están los Sarracenos, aunque las niñas tenian en su mano el escojer la ley que les acomodase; tal era el estremo de su quebranto y servidumbre con afrenta de toda la cristiandad. Resulta lo infinito que urjia el acudir al contraresto de los Turcos arrolladores de casi todo el pais y con el descaro intolerable de asomarse á las mismas puertas de Constantinopla como escuadronados, y sin mediar mas que un brazo de mar con menos de una legua de anchura, blandiendo allá sus alfanjes y amenazando al emperador, quien podia presenciarlo todo. Júzguese cual seria su congoja, pues en teniendo los Turcos bajeles, ya estaban sobre Constantinopla (2).

¿Qué venia pues á ser aquel emperador que estaba presenciando tales demasías sin remediarlas? ¿Quién era aquel soberano que consentia aquel flujo de crueldades contra los suyos? Segun la espresion elocuente de Paquímero, yacia aletargado y como difunto.

«Véase qué jente es esa griega,» prorumpe Ramon Muntaner, «y hasta qué punto estaba Dios airado contra ella. Habia pasado Kyr Miguel, primojénito del emperador, á Artaki (poco antes de la llegada de los Españoles á Constantinopla) con doce mil caballos y cien mil infantes, y jamás se atrevieron á trabar pelea con los Turcos, teniendo que regresar vergonzosísimamente; y el emperador envia al mismo paraje de Artaki al megaduque con mil y quinientos caballos y cuatro mil infantes (3).»

Las quejas y arranques en que prorumpe Paquímero, historiador propenso á la casa imperial, hacen conceptuar, todavía mas que las espresiones de Muntaner, cuan sumo servicio estaban tributando los Catalanes y Aragoneses al mando de Rojer á los Paleólogos, y lo muchísimo que esperanzaban con ellos. Poníase á cargo de aquellos cinco mil y seiscientos valentones, lo mismo que poco antes no habia podido desempeñar el hijo de Andrónico capitaneando hasta ciento y doce mil hombres.

Descuella por lo demás Rojer desde su primer asomo con su tino y despejo consumado, pues hace revestir á sus compañeros y hermanos de armas con cuantos cargos conceptúa al emperador propenso á concederles, para afianzar en sus galeras las tripulaciones veteranas y adecuadas, y que ni Jenoveses ni Griegos se propasasen por este rumbo contra los Catalanes ni le maniatasen en sus disposiciones venideras; así pues, dice Ramon Muntaner, antes de su partida acordó pedir para Ferrand de Aones, al emperador una parienta suya, con cuyo enlace lo nombra almirante del Imperio (1).

Al aportar tras la Propóntida en el promontorio de Artaki (2), sabe Rojer por el vecindario que los Turcos, en la madrugada de aquel mismo dia, habian dado allí un embate infructuoso; pregunta dónde se hallan, y le dicen que á dos leguas, encajonados entre dos rios. Al golpe idea su avance para anticiparse á todo aviso de su llegada; junta su jente, y le participa como á la madrugada van á trabar refriega, «y doy por tan certero el trance cuanto cojeré desprevenido al enemigo. En el primer arranque se cifran siempre el temor ó la confianza, en saliendo ahora vencedores, lo habeis de ser mas y mas en lo sucesivo. Por lo demás, nada de cuartel, pues nunca lo dan los Turcos, matad á diestro y siniestro hasta á los niños.»

Anochece, se ponen al punto en marcha; Rojer y el Griego Marulli encabezan la vanguardia, escuadronada bajo dos banderas, la del emperador y la del megaduque. Va la infantería al mando de Corbaron de Arlet, oficial valerosísimo, formando un solo cuerpo con las banderas al frente, para demostrar que va á pelear á todo trance. Son tambien dos los pendones, tremolando en el uno las armas del rey de Aragon, y en el otro las del monarca de Sicilia, pues media en el tratado con el emperador la condicion imprescindible que usarán de su derecho en

(1) Paquímero, l. XI. c. 2.

(2) Ramon Muntaner, c. 202.— Así que ya desde el siglo catorce, un soldado catalan estaba ya barruntando aquel fracaso, que no debia redondearse hasta un siglo despues.

(3) Ramon Muntaner, c. 203.

(1) E aban que partissen de Constantinopla, lo megaduch ordená que lemperador donas per muller una parenta sua an Ferran Daunes, el feu Almirall del Imperi é aço ordená lo megaduch per so que les sues galees se mantengasen ab los homens de la mar qui ell havia manats, é que Jenovesos ne altres gents nos gosassen contra los Cathálans mours en tot limperi (Ibid. c. 203).

(2) La antigua península de Cízico, resguardada por un malecon ya construido en tiempos remotos.

llevar por donde quiera el nombre, las armas y la estampa de su rey.

Salen por fin á media noche del valladar que separa el promontorio de tierra firme, y al amanecer llegan al riachuelo junto al cual están los Turcos, segun su costumbre, acampados en tiendas, con mujeres y niños. Entablan Rojer y Marulli la refriega con su caballería, y los almogávares se abalanzan desaforadamente á los Turcos todavía dormidos y sin acertar á rehacerse; acuden por fin á las armas para su resguardo y el de mujeres y niños, pero allá revuelta y desmandadamente. El chuzo de los almogávares los va matando á cientos, pues nunca habian tropezado con tales enemigos. «Atónitos se mostraban los Turcos al ver aquella jente,» dice nuestro autor, «que con sus venablos les descargaban aquellos golpes irresistibles. ¿Qué mas dirémos? armados al fin los Turcos, tremenda es la lid; ¿mas á qué les conducia su teson? Atácales el megaduque con caballería é infantería con tal ímpetu que no halla contraresto. No huyen sin embargo, por las mujeres y niños que les están allí traspasando el corazon, anteponiendo la muerte á la fuga, de modo que no cabe teson mas aferrado. Los últimos quedan al cabo prisioneros con mujeres y niños, feneciendo en aquel dia mas de tres mil jinetes con dos mil infantes (1).

Tras el saqueo del campamento turco, regresa el megaduque á Cízico, desde donde se esmera en noticiar al emperador la esplendorosa victoria que acaba de alcanzar contra los enemigos de su imperio. Aportan luego en Constantinopla las galeras catalanas cuajadas de cautivos de ambos sexos y de miles de preciosidades, agólpase arremolinado y gozosísimo el vecindario por la playa, vitorea mas y mas á los triunfadores, pues tan solo habian mediado ocho dias desde su salida. Ofrecen los cómitres de las galeras, en nombre de Rojer, esclavos y preseas al emperador, á la emperatriz y á su hijo Miguel, asociado desde su niñez al imperio, en 21 de mayo de 1234. Riquísimo es el presente á la esposa María, despojo imponderable de las damas turcas, corroborando así mas y mas el alborozo causado por la primera noticia de la victoria. Sumo y descompasado es el júbilo de los Griegos, voceando sin cesar estremadas alabanzas al denuedo y heroismo de Rojer y de sus Españoles. No trasciende sin embargo á todos aquel regocijo, pues los Jenoveses presencian ya desde aquel punto la privanza y encumbramiento de sus contrarios, causando al sebastocrator, Kyr Miguel, amarguísima pesadumbre, y abrigando allá en su interior un encono mortal contra Rojer y su jente; encono que los historiadores bizantinos achacan al desenfreno de la hueste catalana con el vecindario de Cízico, tras el vencimiento de los Turcos, pero cuyo movil fundamental está patente en Muntaner: «no cabia en Miguel avenirse á una sobresalencia tan esclarecida que redundaba en desaire y aun en borron bochornoso de su persona, y antepusiera, segun el cronista catalan, el malograr su imperio al verles lograr tan esclarecida victoria, habiendo él antes pasado á Cízico acaudillando grandísima hueste, y padecido hasta dos descalabros (1).

Los paniaguados de Miguel, zahiriendo las propensiones de los Españoles, andaban repitiendo que habian venido á trocar de enemigos, puesto que los Catalanes iban á señorear el imperio, desmandándose mas y mas en sus pretensiones; cargos que trasecendian hasta los oidos del mismo emperador. Habia Rojer descalabrado á los Turcos á fines de octubre de 1303; se estaba preparando para redondear colmadamente la campaña y arrojar á los Turcos de toda la Anatolia, cuando desde primeros de noviembre se encrudece horrorosamente el invierno; agua, viento, frio y nieve se agolpan y se revuelven á porfía: crecen los rios y están intransitables; celebra Rojer consejo y acuerdan todos permanecer en Cízico por aquella estacion tan cruda, y aun esto mismo redunda en desconcepto suyo, achacándole el intento de usurpar el imperio. El menguado Andrónico se pasma de que Rojer no esfuerze hasta lo sumo sus ventajas y desde luego despeje el Asia Menor de los Turcos que la están infestando, como si la estacion rigurosísima y los caminos intransitables, la falta de guias certeros, y antetodo el esmero con que le era forzoso acudir al mantenimiento de su huestecilla, con todo afecto y como enamoramiento, no fuesen causales harto suficientes para aquella demora, sincerada además por la costumbre jeneral. Intímanle que esplique su dilatada inaccion, y Rojer lo hace sin rebozo, poniendo de manifiesto su situacion; mas hállanse en Constantinopla contrapuestos á sus descargos, y si se le tolera su permanencia en Cízico, consiste en que se carece de medios para removerle, y por fin les repugna menos el aparentar avenencia que el traerlo para Europa; y así correspondieron las providencias á su consentimiento. Con efecto Andrónico abastece á Cízico; acude la princesa María á invernar con su consorte, pasa por una temporada la escuadra á la isla de Escio, y ajusta la soldadesca con sus

(1) Ramon Muntaner, c. 203.

(1) El mismo, lugar citado.

huéspedes las condiciones con que los han de alojar y mantener. Con este motivo estiende Rojer un arreglo imponderable, segun su enardecido y leal amigo Muntaner; entresaca seis prohombres del vecindario, á los cuales agrega dos caballeros catalanes, dos adalides y dos almogávares. Estos doce van repartiendo los alojamientos respectivos á ricos-hombres, caballeros y almogávares, deslindando lo que cada cual debia aprontar en pan, vino, avena, carne salada, queso, legumbres, cama y cuanto necesite, pues en suma se les debia suministrar todo, menos carne fresca y condimentos. Determinaron los doce el precio arreglado por cada renglon, y luego dispusieron que cada huésped tuviese su tarja de caña ó madera rajada de estremo á estremo, y juntando las dos mitades se les fuesen haciendo cortes para señalar cuanto iban aprontando ú recibiendo, pues cada renglon tenia su tarja aparte; y se acordó que se practicase así desde primeros de noviembre hasta fines de marzo. Cumplido el plazo, venia el ajuste de cuentas ante los doce ó uno de ellos, y cuanto cada cual habia ido tomando se le hacia de rebaja en su haber, corriendo á cargo de la caja militar el reintegrar sus alcances al patron ó amo de casa, de modo que tropa y paisanaje quedaron igualmente satisfechos con esta disposicion, que se verificó inalterablemente por toda la invernada.

El megaduque, prosigue Muntaner, envió á Constantinopla por la megaduquesa, y pasaron juntos la temporada con sumo recreo y desahogo; disponiendo además que el almirante con su escuadra transitase á Escio, isla de escelente invernadero.... y además punto muy oportuno para interceptar á los Turcos sus barcas, que no cesaban de cruzar por todas las islas, y así unos y otros disfrutaron aquel invierno con solaz y regocijo (1).

No dejaron de propasarse los Españoles en Cízico, aunque los historiadores griegos abultan en gran manera sus demasías. Internados allá por las casas, dice Paquímero, se condujeron peor que unos enemigos, estafando dinero y abastos, atropellando á las mujeres, y tratando á los maridos cual si fuesen esclavos comprados: estremando tantísimo su desenfreno, que el mismo Fernan Jimenez, avergonzado de cuanto presenciaba, les anduvo reconviniendo y recordando las finezas del emperador y la villanía de su comportamiento; y luego como nada podia recabar obrando así al arrimo de sus adalides, se marchó con su jente en sus propias naves á casa; y así los demás quedaron mas anchurosos y desenfrenados (1).

Con efecto Fernan Jimenez de Arenas llegó á desavenirse con el megaduque en Cízico, dejó la hueste con los suyos y se marchó á Sicilia. Al atravesar el mar Ejeo, aportó en Aténas y se alistó al servicio de un descendiente de Villehasdaino, duque de aquel estado, donde permaneció hasta que nuevas ocurrencias sobrevenidas entre sus paisanos lo recondujeron á Galípoli (2).

El megaduque, antes de abrir la segunda campaña, tenia que pagar á su jente, y no asomando el caudal necesario para el intento, acuerda pasar personalmente á Constantinopla; se lleva consigo á la esposa con la suegra hermana del emperador, y dos cuñados que tambien habian invernado con él. Echa luego de ver cuantos y cuan poderosos émulos tiene en la capital, paniaguados del emperador jóven, quienes se esmeran en andarle calumniando. El príncipe mismo se retrae de su presencia, pues además del sonrojo que le causa el megaduque con el descalabro de los Turcos, se muestra quejoso de que la hueste española está invernando en un pais de donde saca sus principales rentas. Andrónico sin embargo concede á Rojer su peticion, y este dejando á su esposa en Constantinopla, regresa á Cízico el 15 de marzo de 1304, con caudal cuantioso y libramientos contra las islas cercanas, y así quedan pagadas cuantas deudas ha contraido la soldadesca con sus huéspedes. Refiérelo Muntaner con pormenores curiosísimos de administracion militar: preguntó, dice, el megaduque si estaban ya corrientes con sus patrones, y contestaron que sí. Manda con esto pregonar que á la madrugada acudan todos á una plaza que hay delante de su morada, con la nota de su deuda, que debia ser doble por encargo de los doce comisionados, arreglada por órden alfabético, una por parte del patron, y otra por la del soldado. Sellan las cuentas con el sello del

(1) Muntaner, l. c.—Pasaron en efecto el invierno todo tan embargados en sus recreos, que finado ya febrero, el megaduque pregonó por todo el pais de Artaki que cada cual ajustase cuentas con su huesped, comprendiendo cuanto por entero, hubiesen tomado estando todos listos para primeros de abril en sus respectivos pendones, y los hubo tan descompasados en sus gastos, por dicho del mismo Ramon Muntaner, tan propenso á cohonestar las faltas de sus paisanos, que tuvieron al fin que desembolsar algunos por la paga de mas de un año; los mas arreglados, añade (c. 204.), no se propasaron tanto, pero siempre escedió el gasto al importe del sueldo por la temporada.

(1) Paquímero, l. XI, c. 14.

(2) Omite Muntaner la desavenencia de Ferran Jimenez de Arenas con Rojer de Flor.

megaduque; debian reintegrarse los desembolsos al patron, rebajando al soldado su importe para lo venidero. Llegados á la plaza cada cual con su apunte, siéntase el megaduque en un sillon que le tenian dispuesto bajo un olmo en el centro; y luego se les va llamando á todos por su órden, y resultó que todos habian tomado en demasía para la temporada del invernadero. Recibidas todas las notas y arrojadas sobre una alfombra que tiene delante, se levanta y prorumpe: «Jente valerosa, os agradezco en el alma el haber tenido á bien elejirme por vuestro adalid y señor, siguiéndome por donde quiera que os he conducido. Resulta ahora que habeis recibido otro tanto de lo que os correspondia por la invernada; y aun los hay que han recibido tres y hasta cuatro tantos de su haber, y así me hago cargo de que si la caja militar ha de venir á reintegrarse de tan sumo desembolso, vais á padecer amarguísimas escaseces. Por tanto, en honra de Dios, y en honor del imperio, y tambien por el afecto entrañable que os profeso, y por fineza particularísima, os regalo cuanto habeis gastado este invierno, y nada se os descuente de vuestra paga; y en fin dispongo que se quemen aquí mismo cuantas notas me habeis traido, llevando los Griegos las suyas á mi tesorero, quien está encargado de abonarlas al golpe.» Hace luego traer lumbre y manda quemar allí mismo á presencia de todos las consabidas notas. Agólpanse de un bote á besarle todos la mano y tributarle millones de gracias; y con infinita razon, pues era el agasajo mas cuantioso que jamás un señor, ni en mil años, hiciera á sus vasallos, pues el total ascendia anchamente al sueldo de ocho meses en su conjunto; porque con los jinetes solos era ya de cincuenta mil onzas de oro, y con la infantería mas de sesenta, y se regulaba que la suma ascendia á mas de cien mil onzas de oro, lo que compone una porcion de millones.

Corriente ya todo, quiere además agasajarlos juntándolos á la madrugada en la misma plaza, y entregándoles en oro hermosísimo su paga de cuatro meses, de donde se echa de ver como rebosaria de gozo la hueste toda, y con que denuedo serviria en lo sucesivo; y así se cumplió, encargando al mismo tiempo que cada cual estuviese listo para entrar luego en campaña (1).

Encabeza la campaña con el intento de acudir á descercar á Filadelfia sitiada por los Turcos; afánase Rojer en sus preparativos, cuando sobreviene entre almogaváres y Alanos una reyerta que para luego en pelea. Quéjanse los Alanos de la parcialidad del jeneral; encónanse mas y mas por momentos, y falta ya tan solo algun pretesto baladí para acudir á las armas. Ocurre que dos Alanos afianzan por suya una fanega de avena, y dos almogávares aseguran lo contrario, y uno de los Alanos prorumpe en que si el megaduque sigue con sus sinrazones, tal vez le cabria la suerte del gran doméstico á quien han destrozado. Chismean los almogávares aquel dicho á Rojer, y ó bien con su anuencia espresa, ó que tuviesen por tal su mero silencio, asaltan

(1) Muntaner. c. 204. -Refiere Paquímero muy diversamente aquella mansion en Cízico y la proppartida para la campaña. Tizna á los Catalanes, y con especialidad á los almogávares, cuyo nombre conceptúa que corresponde á su descendencia de los antiguos Alvaros, como siempre embargados sin tasa en sus demasías. Aquel desenfreno de la soldadesca procedia, dice (l. XI. c. 21), tanto de la gratitud que el caudillo queria demostrarle, por haberse sujetado voluntariamente á su obediencia, como del recelo de que desertasen, si se oponia á que se enriqueciesen mientras él se estaba acaudalando con las finezas del emperador. Este era el móvil de aquel desenfreno que les franqueaba en medio de estarles suministrando la paga del emperador, sin hacerle servicio alguno. Raya la primavera, y muchos no pudiendo ya mas esquilmar el pais, embarcan sus equipajes y abastos, y se juntan con la soldadesca de Ferran Jimenez, que se habia marchado antes. Se alistan con el duque de Aténas, desentendiéndose de cumplir su ajuste con el megaduque; los demás permanecen inservibles en Cízico, esperanzados de alcanzar del emperador el sueldo de tres meses, en llegando el plazo. Avergonzado el caudillo con la escasez de sus servicios, pasó á Constantinopla para disculparse, y fué tan afortunado, que no solo se dió el emperador por satisfecho, sino que le franqueó caudal para alistar Alanos, á quienes suponen mas valerosos y leales que los de su nacion. Recibió Rojer parte de aquel caudal sobre la marcha, y lo restante se le libró contra los productos de las islas. A los cuarenta dias de su regreso á Cízico, se le dieron caballos y el dinero que habia pedido para los Alanos, y en seguida lo repartió. Dió á los latinos (esto es, á los Catalanes y Aragoneses) dos ó tres onzas de oro al mes, y á los Alanos tan solos tres escudos, caballos y algun equipaje, encelándolos con esta desigualdad enfurecidamente. Confirió luego á un almirante, como ellos dicen, el mando de doce naves, tripulándolas con Latinos, con sus mujeres y los piesos con que se habian enriquecido, mandándoles que acudiesen á Anea junto á Andrinópolis, ofreciéndoles incorporarse allí con ellos. Trató de enviar otro cuerpo que se hallaba en Cízico á cierto paraje, mas no lo pudo recabar. Temeroso estaba el emperador de recibir noticias de aquel pais, por ser siempre aciagas, trayendo muestras patentes de la ira del cielo. Acudió á sus rezos; y pasaba noches enteras en plegarias con el patriarca.

aquella misma noche á los Alanos, y fenece el hijo valeroso de su caudillo en el trance, y no se retiran los almogávares hasta dejar tendidos á trescientos. Entónces Rojer quisiera haber tenido mas entereza para precaver aquel aciago acontecimiento, y no alcanza ya á templar las iras del caudillo alano, quien menosprecia el regalo cuantioso que se le ofrece bajo el concepto de que ha de amainar el enojo de algun bárbaro con el dinero; pero gran parte de los Alanos se desvian desde aquel punto, y solo con regalos y promesas se logra contener algunos centenares de Alanos en compañía de los Españoles; y es Jircon quien los capitanea, esperanzado de lograr así su desagravio por la muerte del hijo.

El primero de abril de 1304, por la gracia de Dios, hablando al estilo de Muntaner, se tremolan por fin las banderas y acuden todos á seguirlas, internándose luego por el reino de Anatolia (1). Compónese la hueste de seis mil Catalanes y Aragoneses, llamados por Paquímero Italianos, de unos ochocientos Alanos y de varias compañías romanas, esto es, griegas al mando de Marulli. Seguian la marcha un cuartel maestre, llamado Nostungas y nombrado por el emperador, para precaver en lo posible las tropelías y el saqueo. Rojer se detuvo en Jerme, plaza fuerte ocupada por los Turcos y en su rumbo para Filadelfia; pero al ver los enemigos que van á asaltarlos, conceptuando que no les cabe resistencia, huyen anticipadamente, pero las guerrillas del megaduque les siguen el alcance y les quitan despojos considerables. Plantea Rojer en esta campaña severísima disciplina, con lo cual se le resfria el cariño de la soldadesca. Fué pasando luego por los ejidos de Cliara y de otras plazas para acudir á Filadelfia; y cuanto mas se acercaba á su término, iban siendo mayores las instancias del vecindario para su llegada, hallándose ya asomado á su despeñadero; y les iba mas y mas contestando que tuviesen teson, pues pronto estaria allí en su auxilio y desahogo. Dueños ya los Turcos de las plazas cercanas, y quedando por rendida á Filadelfia muy en breve, se quedan atónitos con el asomo de una hueste griega, pues por tal la conceptúan.

Avezados á ir arrollando á los Griegos en todo encuentro, el caudillo karmanio Alisurio levanta el sitio de Filadelfia repentinamente, guarnece los fuertes del contorno con suficiencia, y marcha contra Rojer con ánimo resuelto de ir á desagraviar el descalabro de Artaki en el año anterior. Consta su ejército de mas de ocho mil caballos y doce mil infantes, oriundos todos de Karmania, morada de las rancherías turcas mas valerosas, y de las mismas tribus de Cisa y de Frici, derrotadas ya por Rojer anteriormente. Aunque son menos los Españoles, les aventajan en teson, arreglo y desempeño militar; al asomo de los Turcos, divide Rojer su caballería en tres cuerpos de Alanos, Romanos y Catalanes; haciendo Corberan de Arlet otro tanto con la infantería. Aparece la señal, se ejecuta el avance sobre todos los puntos, descuellan como siempre los almogávares tanto para la embestida como para el contraresto. Se ensangrienta desesperadamente la refriega junto al acueducto de Filadelfia; se aferran cual nunca los Turcos, y no acuden á la retirada hasta ver ya menguadísimos sus escuadrones. Mil jinetes logran apenas ponerse en salvo, y los infantes pasan de ochocientos. Mal-herido Alisurio, consigue por fin su escape á todo trance. Pierden los Españoles como ochenta caballos y cien infantes, y aunque es menguado el quebranto, no tiene á bien Rojer aventurar el alcance con empeño, receloso de alguna emboscada. Permanecen los Españoles ocho dias en el campamento enemigo, para rehacerse bajo las tiendas de tantísimos afanes; y entretanto las guarniciones turcas, con el sobresalto de aquella vecindad, desamparan los fuertes para incorporarse en la retirada de su caudillo. Entretanto Rojer se adelanta pausadamente hácia Filadelfia, siempre temeroso de alguna celada, y no conceptuando tan formal el desvío de los Turcos (1).

(1) Ab tant lo primer dia del mes de abril, ab la gracia de Deu, la senyera exi, é tot hom pensa de seguí la senyera, et ab la bona hora entrárensen per lo regne del Natuli (Muntaner, c. 205.—Dice Paquímero en mayo, pero en esto merece seguirse Muntaner con preferencia.

(1) Paquímero echa neciamente el resto en disminuir aquella valentonada.—«Habia sido tomada Trípolis algun tiempo antes, dice en el lugar citado, y los fuertes cercanos habian tenido que recibir, á pesar suyo, guarnicion karamana, jente aventajada entre los Turcos, y enviaron encargados para manifestar á Rojer la precision en que se habian visto de rendirse con esta condicion, y suplicarle que los libertase del yugo de aquella dominacion estranjera, comprometiéndose á mancomunarse en armas al asomar con su jente acudiendo al socorro. Mostróse grato á su diputacion, se apalabró á socorrerlos, y se aparató para la refriega. Hicieron los Turcos, enterados de todo, otro tanto, y se trabó la lid cerca de Aulaques, mas nada ocurrió correspondiente á tantas fuerzas y preparativos. Dícese no obstante que Alisurio, mal herido, tuvo que alejarse, con cuyo ejemplo se retiraron atropelladamente los Turcos. Como la hueste de Rojer estaba dividida en tres porciones, con esto ninguna se arrojó al estrecho alcance de los Turcos.

Esta nueva victoria de Rojer vuelve el aliento á las ciudades griegas del Asia Menor, que se iban ya conceptuando como presa de los Turcos. Enloquece de regocijo el vecindario de Filadelfia, y sale al encuentro á su libertador, encabezándolo su obispo Teolepto, varon relijiosísimo, cuyas exhortaciones habian atajado la rendicion de la plaza, atribuyendo allá á sus plegarias el descalabro de los idólatras, para no encumbrar en demasía el denuedo de los Occidentales. Entra Rojer en la ciudad capitaneando su caballería, síguenle los estandartes quitados á los vencidos, y luego la gran carretería cargada con la presa, acompañada de mujeres y niños turcos, todos prisioneros. Cierra la marcha al fin la infantería y causa indecible asombro con la estrañeza de su traje, mezcla nunca vista de boato y desnudez. Detiénese el ejército catorce dias en Filadelfia, entregado siempre á los banquetes y regocijos; pero destemplóse en breve la armonía entre Orientales y Occidentales, siendo de costumbres harto contrapuestas para vivir en paz largo tiempo. Engreíanse los Españoles hasta lo sumo con su valentía, no les iban en zaga los Griegos con su relijiosidad, y tan descomedidos como eran aquellos en sus demandas, se mostraban estos mezquinos en sus concesiones. Blasonaban los unos de sus finezas, y alegaban los otros sus padecimientos y su desamparo tras un larguísimo sitio. Para descargar algun tanto á los Filadelfios, emprende Rojer una correría por la parte de Kula (Kolea, hoy Koleh), por donde reasomaban los Turcos. Llega y huyen al vuelo y á lo lejos los Turcos, recibiéndolé aquel vecindario, ya rendido, con aplausos de redentor. Con el temple batallador de los Españoles, despreciable aparece la bastarda jeneracion griega en el siglo XIV; y así Rojer está providenciando rigurosísimamente contra todo gobernador alevoso donde quiera que lo alcanza, y recarga mas y mas el pais de contribuciones cuantiosísimas. Bajo el concepto de que la opulencia griega habia de parar en las garras enemigas, no sabiéndolas resguardar sus naturales, se inclinaba de suyo á empuñarlas en sus manos, y le corroboraba en su intento el estar presenciando el réjimen delirante de la corte de Constantinopla, y la persuasion de que Andrónico yaceria imposibilitado de cumplir sus ofrecimientos.

temerosos de emboscadas, aunque murieron muchos en la retirada; y esto proporcionó al vecindario de Filadelfia descanso, y sobre todo alivio del hambre que lo estaba acosando. Sonó como acontecimiento de suma entidad aquel levantamiento de sitio, pero nada correspondiô á tantísimo preparativo como se agolpó para el intento. Alisurio, que decian herido de muerte, se puso en salvo con los suyos hácia Amurion.»

Regresa el megaduque de Kula á Filadelfia, celebra consejo de guerra para acordar las operaciones de la campaña, y todos los adalides unánimes opinan que no cabe internarse por el pais á mansalva, sin tener antes afianzadas las islas y las plazas marítimas. Con este acuerdo la campaña entablada ya contra los Turcos pasa en avance contra los Griegos pacíficos. Desde Filadelfia (la moderna Alascher) se encamina Rojer á Nicea (1), alegando que se halla sitiada por los infieles. No los halla, mas la trata, dicen, y atropella tan desaforadamente como á Filadelfia, al par de ciudad enemiga, imponiéndole contribuciones exorbitantes para la guerra. Está invernando allí desde 1304 á 1305, y al rayar la primavera vuelve á Filadelfia. Pasa luego á Magnesia, la Manika de los Turcos, ciudad situada sobre el Hermes, la mayor de las Magnesias griegas (Magnesia ad Siphylum) (2). La posicion casi inespugnable de aquella ciudad le determina á constituirla su plaza de armas; deposita allí sus tesoros y la escoje para centro y emporio de todas sus presas venideras; y en aquel tránsito las tropas de Rojer tienen que seguir el cauce del Hermo, llamado por los Turcos Sarabad. Hállase Sardes, la antigua capital de la Lidia, en el comedio de ambas ciudades, no siendo en el dia mas que un cúmulo de escombros. Entra Rojer en alcance de los Turcos por el pais mas cuajado de ciudades populosas con cortísimo intermedio. Allí, dicen, que se hallaban las siete iglesias cristianas del Apocalípsis de San Juan; abultan allí Pérgamo, Tyatira, entrambas Magnesias, Esmirna, Sardes, Filadelfia, Efeso, Antioquía, Trípolis, Hierápolis, Laodicea, Sagalaso, Apamea, Golospos y Metrópolis. Descollaba todavía para nuestros Catalanes el recuerdo de Troya y de Homero, con el de Ajesilao, de Jerjes y aun de Alejandro (3). Permanece todavía Rojer en Magnesia cuando llegan diputados de Tiria (Tireh), la antigua Tapireo, llamada por Muntaner Catira, en demanda de su auxilio,

(1) Hay en Muntaner Nif, pero se ha de leer Nicea, no cabiendo ser Ninfea, pueblo de la Caria, muy distante del teatro de las primeras hazañas de la jente de Rojer en el Asia Menor.

(2) Yenibazar es el nombre de la otra Magnesia, construida en la confluencia del Meandro y del rio de Larisa.

(3) Véase el capítulo 214 de Muntaner, donde va refiriendo la guerra de Troya, y como al fin esta ciudad con sus cien leguas de ámbito, tras un sitio de trece años, fué asaltada, rendida y acosada.

pues no era la fortaleza de su patria adecuada para contrarestar á los embates redoblados de los Turcos, añadiendo que es muy obvio el degüello de aquellos forajidos, en avalorando el trance oportuno, pues no soliendo tropezar con la menor resistencia, se emboscan al anochecer para entablar sus talas al asomar el dia. El megaduque, cuya índole emprendedora se prendaba luego de aquel jénero de instancias, acude arrebatadamente de los Tireos, encubriendo tan esmeradamente su avance que para ya en su destino antes de que les llegue la menor noticia.

Aquella propia mañana al salir el sol, se desparraman los Turcos por las llanuras de Tireh, y adelantan sus correrías hasta la iglesia donde está descansando el cuerpo del señor San Jorje, cerca de una legua de la ciudad. Los está el megaduque oteando desde las almenas, les envia impensadamente á Corberan con doscientos caballos y mil infantes; los Turcos despavoridos creen ilusion cuanto están viendo, y así Corberan los embiste mas de recio, de modo que en breve rato quedan los Turcos vencidos y destrozados, huyendo poquísimos restos á enriscarse por las serranías. Se aferran los Españoles en su ahinco, sin diferenciar su caballería casi maciza de la lijerísima de los Turcos; siguen no obstante prevaleciendo hasta que los Turcos, para ponerse en salvo, se apean y trepan á una cumbre cercana muy empinada: se empeña Corberan en hostigarlos, y haciéndose cargo que no cabe dar al traste con ellos á caballo, se apea igualmente con todos los suyos, encabeza el avance, y allá se arroja..... pero se cambia la suerte, pues por sumo que sea el ahinco de los Españoles para trepar á lo alto, no hay arbitrio para conseguirlo. Corberan, sofocado y polvoroso, se descubre enteramente, y sus valientes lo imitan echando el resto en seguirle; pero los enemigos lo hieren y vuelcan de un flechazo en la cabeza dejándolo muerto; los Cristianos hacen allí alto y los Turcos se ponen en salvo. En el alma siente Rojer aquella muerte, como amiguísimo de Corberan, conceptuándolo como muy sobresaliente entre todo el ejército, y nombrado ya Senescal, le tenia apalabrada su muchacha habida en una dama de Chipre, educada junto á la megaduquesa en Constantinopla. Enterraron á Corberan en la iglesia de San Jorje con otros diez valientes fenecidos á su lado; levantándoles monumentos grandiosos por disposicion de Rojer. Permanecen todavía los Españoles ocho dias en Tireh, desde donde envia Rojer, por el conducto de Esmirna, órden á la escuadra mandada por Ferrando de Aones, almirante, para que deje á Escio y acuda á las costas del continente de Asia, esperando en Ania nuevas instrucciones (1).

Por aquel tiempo Berenguer de Rocafort ajustó un convenio con el rey de Nápoles, devolviéndole sus pueblos al precio que quiso. Desalado por terciar en los portentos que estaban obrando sus compatricios por las playas del Asia Menor, embárcase en Mesina y llega á Constantinopla con dos galeras, llevando consigo doscientos jinetes con sus arneses cabales, y como mil almogávares. Recíbele Andrónico espresivamente, como sujeto cuyo auxilio se hace necesario, y le manda que en seguida acuda á incorporarse con Rojer, por donde quiera que lo halle. Llega Rocafort á Escio en el trance de estar Ferrando de Aones dando la vela para la ciudad de Ania, con arreglo á la órden que acaba de recibir. Rocafort se le incorpora, y desde Ania participa al megaduque su llegada. Esta noticia alegró infinito á todo el ejército, no solo por el refuerzo que le proporcionaba, sino tambien por la persona de Rocafort, que se conceptuaba por uno de las capitanes mas descollantes de toda España. Envíale al punto Rojer uno de sus íntimos para agasajarle en Ania, y acompañarle hasta la ciudad de Efeso, ciudad en estremo esclarecida allá por el culto de Diana, y luego por el sepulcro de San Juan, amenazada ahora por los Turcos, y á cuya defensa acudia ahora el megaduque. Era aquel enviado Muntaner, como nos lo espresa él mismo en su crónica, soldado y contador de igual desempeño, que manejaba con igual valentía la pluma como la espada, saliendo siempre airoso en los encargos por su tino y despejo en los negocios, quien se dedicó desde luego á rasguear los portentos ejecutados por sus paisanos y compañeros en Oriente (2).

Despedíme luego del megaduque y amigos, dice Muntaner, llevando conmigo veinte caballos para el servicio de Rocafort, para que pudiese cabalgar y venir conmigo á la ciudad de Efeso, llamada Teólogos en lengua griega, para resguardarla contra los Turcos, quienes hacian diariamente correrías por su campiña (3). Hallé á Rocafort

(1) Muntaner en su relacion denota á Esmirna con el nombre, de Esmina que viene á ser la forma turca actual.—Estaba situada Ania hácia el mediodía del golfo de Andamytti.

(2) Quiso, dice (c. 206), que yo pasase á Ania, para ir en busca de Berenguer de Rocafort y traerlo al ejército hasta la ciudad de Altolloch (la moderna Ayastoluk), llamada Efeso en la Escritura.—E volch que yo anas á Dania, é que menas en Beranges de Rochafort entre la ciutat de Altolloch, que apella la Escriptura Epheso.

(3) El nombre de Altolloch, que da el cronista cata-

aparejado, y se trajo consigo hasta quinientos almogávares, con los cuales rechazamos repetidamente á los Turcos que venian á hostilizarnos por el camino, quedando los demás con Ferrando de Aones para el resguardo de las naves. Llega luego Rojer á Efeso con su hueste, y caudillos y soldados se reencuentran con mil estremos de regocijo. Agasaja caballerosamente Rojer á Rocafort, dándole la plaza de senescal, vacante por la muerte de Corberan de Arlet; y para intimarse aun mas con él, Rojer le apalabra aquella misma hija, ya novia de Corberan. Entra Rocafort al punto en el desempeño de su nuevo cargo, y Rojer le entrega cien caballos, haciéndole adelantar cuatro mesadas de su paga. Esta liberalidad le granjea al golpe el ánimo de los recienvenidos; pero si nos atenemos á los historiadores griegos, era Rojer dadivoso anchamente á costa de los Efesios, cargándoles desde su llegada crecidísimas contribuciones de guerra, ascendiendo á sumas de mayor cuantía. En particular Paquímero y Nicéforo Grégoras no hallan espresiones adecuadas para encarecer las tropelías y violencias que estuvo aguantando Efeso por parte de los Españoles de Rojer. Estremaron tantísimo sus salteamientos, dice Paquímero, en Pirgos y en Efeso, que se pudiera afirmar de cuantos cayeron en sus manos, evitando las del enemigo, que para libertarse de la humareda habian tenido que arrojarse á la lumbre, salvando apenas la vida cuantos se quedaron sin haberes. Padecieron sus crueldades las islas al par del continente, comprendiendo á Escio, Lemnos y Mitilene. En maliciando dinero en cualquiera, por mas que profesase la vida monástica, estuviese ordenado ú gozase privanza con el mismísimo emperador, no se libertaba de tormentos irresistibles, y con el amago de una muerte ejecutiva salia á luz cuanto se requeria. Rescataban su vida los entregadores, mas los reacios morian sin arbitrio, y tal fué la suerte desventurada de Macramo de Mitilene (1)... Viene luego un ejemplar de estas tropelías tiránicas de Rojer; y consta por lo menos que en su reseña de las costas del Asia Menor atesoró grandísimas riquezas, que le embargó el invierno entero desde 1305 á 1306. Fuéronse trasladando infinitos caudales y abastos, con su competente escolta, de Efeso á Magnesia, y entretanto marcha la hueste para Asia, donde Ferrando de Aones se halla con su escuadra. Llegada á su destino, todas las tripulaciones le salen al encuentro, siendo sumo el júbilo de su incorporacion; y en aquellos ímpetus de regocijo, dan por muy hacedero el despejo de toda el Asia Menor de la tiranía turca, y esperanzó mas el megaduque á todos con el avance de cuatro pagas cabales. Queda Pedro de Aror, infanzon aragonés, con treinta jinetes y cien infantes en Tireh de guarnicion, y en verdad que era graduar en mucho el pavor que causaba el nombre español. Convoca Rojer un consejo de guerra de adalides, y se acuerda regresar á las provincias orientales, tramontando cumbres é internándose en Panfilia, para batallar decisivamente con los Turcos; mas antes de entablar la ejecucion de tan grandioso plan, se halla embestida la misma hueste española en el recinto de Ania. El turco Scharkan adelanta sus correrías desde la provincia de Atia (Aidin) hasta las playas del golfo de Adramite, por donde está situada Ania, llevando el pais á fuego y sangre. Los Españoles, airadísimos con un arrojo que les parecia desacato, se descuelgan sobre Scharkan, y lo acorralan tan estrechamente que á duras penas logra salvarse, dejando en el sitio mil jinetes y dos mil infantes; escarmiento que envalentonó y esperanzó tantísimo á los Españoles para todas las campañas venideras, que lo miraron como fineza del cielo y no como resultado de un plan de guerra ideado de antemano.

Conceptúan Rojer y demás adalides muy del caso avalorar aquellos alientos, y tras un descanso de quince dias, tremola Rojer su bandera en ademan de recorrer y despejar la Anatolia entera. Rompen la marcha, atraviesan la Caria y demás provincias entre el mar Ejeo y la Armenia, sin que asome un enemigo. Asombrados y despavoridos miran aquellos naturales á los Españoles, y los Turcos van evitando su encuentro á todo trance. Llegan á la falda del Tauro, que deslinda la Cilicia de la Armenia menor, en la Puerta de Hierro. Llámase así el tránsito de una serranía para comunicarse dos provincias: y allí los caudillos hacen alto para acordar si debian ó no internarse por un pais desconocido y arriesgado. En medio de la deliberacion acuden atropelladamente algunas guerrillas descubridoras á caballo, con el aviso de que asoman enemigos. Son los mismos Turcos derrotados ya en las puertas de Ania, y aunque encabezados por la tribu de Atia, los acompañan muchísimas

lan á Efeso, aparece, como tambien el nombre moderno de Ayastoluk que le dan los Turcos, un estragamiento del otro Teólogo con que apunta aquí Muntaner apellidaban tambien los Griegos á Efeso, (c. 207), sin duda en memoria de San Juan Evanjelista, apellidado regularmente con el mero dictado de *Theólogos* (el Teólogo).—Estendíase la antigua Efeso hasta la moderna Ayastoluk, y cuyos escombros principales asoman á media legua de Ayastoluk, hácia el estremo meridional del golfo de Scala Nova.

(1) Paquímero, l. III, c. 25.

otras, así á pié como á caballo, aposentadas por las cumbres. No es el trance muy oportuno, pues los Españoles se hallan cansadísimos, mas no hay medio y se hace forzoso arrostrar la suerte así como se rodea. Encáranse entrambas huestes, y, segun Muntaner, son los Turcos veinte mil infantes y diez mil caballos; es el dia de la Asuncion al amanecer (agosto de 1306). Los almogávares, avezados á contrarestar fuerzas muy superiores, ofrecen á los oficiales mil portentos, y segun allá un estilo antiguo, van golpeando el suelo con sus espadas y chuzos, y arrojando el alarido de: «vamos, despierta, acero mio (1).» Arrójase el megaduque con su caballería contra la turca, y Rocafort con los almogávares (la almugavería) sobre los infantes. Se jeneraliza la refriega, es imponderable la valentía, pues en el vencimiento se cifran la libertad y la vida, pero en la realidad prepondera con mucho el peligro de los Españoles, que pelean en pais desconocido, donde no les cabe retirada alguna. Ceja un tanto al primer embate la línea española, mas luego prorumpe toda en el alarido que tantas veces le hizo vencer en Sicilia: ¡Aragon! ¡Aragon! y esta voz les infunde tan sumo arrojo que derrotan de todo punto á los Turcos (2). Siguen el alcance hasta la noche, que ataja la pelea, ó mas bien la matanza. Pasan los vencedores la noche en el campo de batalla, y el sol á la madrugada está manifestando el esterminio enemigo. Todo enmudece y suenan tan solo allá los jemidos del moribundo; empapada en sangre está la tierra, con hombres y caballos amontonados y revueltos, ascendiendo, segun Muntaner, á seis mil caballos y doce mil infantes los cadáveres. Calla el Catalan el quebranto de los suyos, que no dejaria de ser considerable, pero sin proporcion con el de los Turcos, puesto que en medio de su corto número, componen una hueste predominante por el teatro de la guerra.

La soldadesca triunfadora se empeña en pasar á la Armenia; pero repartidos los despojos, pregona Rojer que cada cual vaya siguiendo su propia bandera, y Rojer se vuelve con su tropa á la Puerta de Hierro, deslindadora de la Armenia y la Anatolia, mas no conceptúa acertado el engolfarse por un pais cuyo nombre apenas conocia, sin el acompañamiento de prácticos. Asoma ya la estacion trabajosa, y carecen de seguridad fuera del alcance de sus espadas; por tanto Rojer, tras de acampar tres dias en aquel lindero estremado de sus espediciones por el Asia Menor, se vuelve á su Ania. Aquel ha de ser su invernadero hasta la primavera y campaña siguiente. Pausadísima es la retirada, para que nunca los Griegos se propasen á tildarla de fuga. Los vecindarios griegos van por todo el tránsito mostrando su mal ánimo, escaseándoles hasta lo sumo el dinero y los abastos imprescindibles para la subsistencia. Sucedia tener que abastecerse á viva fuerza, muy á despecho de los Griegos, quienes ansiaban en el alma el verse libres de los Turcos, pero siempre sin quebranto de sus personas y peculios. Con esto quedan esplicadas las tropelías cometidas por los Españoles en aquella retirada. Cabe el dar crédito en esta parte á Paquímero y Nicéforo Grégoras; pero á ver ¿qué estaban haciendo los Griegos mientras los Españoles derrotaban á los Turcos, aventándolos allende los confines antiguos del imperio? Caben tambien derechos en la misma guerra, y el soldado que carece de paga metódica y tiene que mantenerse de su industria es acreedor á mucha benevolencia. La cobardía de los Griegos, que estaba patentizando á los Turcos todos los ámbitos del Bósforo, no merecia conmiseracion por parte de aquella entereza empedernida de Rojer; no le bastaban caudales para galardonar á los valentones que le iban siguiendo, y quienes á su mando habian desaherrojado de manos de los Turcos lo mas florido y precioso del Asia Menor. Tienen que hacerse cargo aun los que mas lo acriminan, y el mismo Nicéforo Grégoras llega á decir, que vinieron los Turcos á quedar tan despavoridos con el desempeño militar, el denuedo arrojado, y el ímpetu incontrastable de aquellos guerreros, que se retrajeron, no solo de los paises cercanos á Constantinopla, sino aun allende los confines del antiguo imperio romano en Asia (1).

Al regresar á Ania, y al irse acercando á la ciudad de Magnesia, sabe el caudillo catalan que ha sobrevenido asonada contra él, al punto de estar marchando hácia la Puerta de Hierro, que le habian saqueado sus tesoros y arsenales, matando parte de la tropa que los resguardaba. Mientras iba mas y mas avasallando las islas del Archipiélago, idearon los Magnesianos el sublevarse contra él. Ya les estaba interiormente prometiendo el mismo agasajo que el Cíclope á Ulíses, dice Paquímero, y guardándolos para los postreros en el esterminio, les habia dado á custodiar su dinero y alhajas. Con el caudal que tenian en sus manos, los abastos de trigo y otros

(1) Desperta ferres; e los Almugavars cridaren ¡desperta ferres!

(2) A la fi tots les Franchs llevaren un crit, e cridaren ¡Aragó, Aragó! e allavons prengueren tan gran victoria quels Turchs se venceren... etc.

(1) Nicèf. Grégor., l. VII. c. 3.

granos, y luego tropas recien-llegadas, se envalentonan é intentan escudarse contra el peligro que los está amagando. Encabeza Atabiote la empresa, juraméntase con sus compañeros, se abalanzan todos á la guarnicion latina, degüellan una porcion, encarcelan la otra; se estimulan mútuamente para defenderse hasta lo sumo, consolados en que no han de evitar la muerte en cayendo una vez en manos del megaduque; y así cierran sus puertas y pregonan la asonada. El temple cruelísimo de Rojer le hace idear al golpe un escarmiento memorable. Arrebata su tropa latina y griega, agregándole algunos Alanos á viva fuerza, se pone á sitiar desde luego á Magnesia, la está batiendo con todo jénero de máquinas, y echa el resto en allanarla, enardecido mas y mas con los amargos escarnios de los sitiados. Siendo el agua imprescindible, y mas para tan largo sitio, abarcaron en su recinto el campo de Magoz, donde habia un manantial cuantioso. Acuden los sitiadores á cortar el acueducto, mas no lo consiguen, y ofreciéndoles Rojer levantar el sitio, si le devuelven lo suyo, desechan con suma altanería esta condicion (1).

Engríense los Magnesianos tantísimo mas con sus logros cuanto saben que su conducta y teson se hacen gratos hasta á la corte misma del emperador, quien, siempre en vaiven consigo mismo, como sucede siempre á los apocados, se esmera en favorecerlos (2), sin hacerse cargo de que los quebrantos padecidos por el megaduque han de redundar en aumento de sus demandas incontrastables; y así se empeña en el levantamiento de aquel sitio, alegando que necesita la tropa de Rojer para refrenar una rebelion sobrevenida en Tracia. El apuro del megaduque se acibara luego con la separacion de los Alanos que se vienen á Europa, y así desesperanzado de rendir á Magnesia y recobrar su tesoro, queda espuesto á los quebrantos que le acarrea la flaqueza del emperador, capaces de sincerar en él una total desavenencia; pero ya que conceptuase muy arriesgado aquel desvío, ó bien por miramiento con su linda consorte, tiene que condescender, y obedeciendo levanta el sitio de Magnesia, regresa por el pronto á Ania, y luego se encamina al Helesponto.

Muntaner, pasando de largo el desaire de Rojer en Magnesia, trae otra causal para el llamamiento de la hueste á Europa, cohonestándolo con aquel nuevo campo de bizarrías; pues segun él, al regresar Rojer á Ania desahuciadamente del sitio de Magnesia, ó en sus mismos reales, recibió enviados del emperador, quienes le mandaron de su parte que, desentendiéndose de cuanto trajese entre manos, volviese con su tropa á la capital para escudarla contra el embate de los Búlgaros, con el motivo siguiente. El rey Azan, suegro del mismo Rojer, acababa de fallecer, dejando el reino á sus hijos, que eran dos hermanos de la megaduquesa, y por consiguiente cuñados de Rojer y sobrinos del emperador; y un tio, hermano del padre, se habia apoderado de la corona. Contra tamaña novedad, habia el emperador mandado al tio que franquease el reino á sus sobrinos, como de derecho les correspondia, pero habiendo aquel contestado broncamente, habia tenido el emperador que declararle la guerra, encargando su desempeño á Miguel, cuya tropa estaban siempre derrotando los Búlgaros, y por tanto habia enviado aquellos mensajeros á Rojer para traerlo junto á sí, necesitándolo en Europa (1).

Rojer, cuenta su íntimo confidente, se apesadumbra en el alma de tener que desamparar en aquel punto la Natolia (2); mas habido el mensaje y la instancia encarecida de Andrónico, junta consejo sobre el acuerdo que se ha de tomar; y todos son de dictámen que no cabe demora en acudir al emperador por donde quiera los necesite, reservándose en volver por la primavera á la Natolia. Manda Rojer aprontar la partida, habilitando las galeras. Salen armada y ejército á un mismo tiempo, y siguiendo este la costa, desde Scala Nova hasta los Dardanelos,

Holló de Troya la ínclita ceniza,

sin perder jamás de vista las galeras. Va el megaduque dejando alguna jente en cada fuerte, resguardo escusado, segun el pavor con que los Catalanes y Aragoneses tienen traspasados á los Turcos; emboca el estrecho de Abydos, que los Turcos llaman Avida (la Boca de Avia de Muntaner), y desde la mayor estrechura envia un laud armado al emperador, pidiéndole sus órdenes; y este al parecer, temeroso de la presencia de Catalanes y Aragoneses en la capital del imperio, contesta ejecutivamente al megaduque encargándole que pase á Galípoli, en cuyo cabo puede aposentar y desahogar á los suyos, pues luego acordará lo que convenga practicar (3).

(1) Paquímero, l. III, c. 26.

(2) Durante el sitio, añaden los mismos historiadores, andaba el vecindario aclamando sin cesar al emperador, dando á entender que obraban de mancomun.

(1) Muntaner, c. 208.

(2) E lo megaduc es molt despagat, com en aquella saho havia á desemparar lo regne del Natolí, que havia tot guanyat, e restaurat de dolor, e dels mans des Turchs. Ibit., c. 209.

(3) Ramon Muntaner, c. 209.

Hagamos algun alto en este cabo con la huestecilla catalano-aragonesa, pues la despejada y espresiva descripcion en que lo rasguea Muntaner pondrá de manifiesto varios de los hechos sucesivos con cabal órden y claridad.

Tendrá, dice Muntaner, el cabo de Galípoli unas quince leguas de largo, y cuando mas una legua de ancho, estrellándosele el mar por ambas lados. Amenísimo y fertilísimo es el paraje con mieses, viñedos y frutales de todos jéneros en suma abundancia; hay en su garganta un fuerte grandioso llamado Eximile, esto es, seis mil (la antigua Lisimaquia), por cuanto allí tendrá el cabo como dos leguas de anchura, y en el centro campea el castillo que sirve de resguardo al cabo entero. A un lado cae la Boca de Avia, y al otro el golfo de Megarix; y luego en el interior del cabo se halla la ciudad de Galípoli, y luego Pótamos, Sestos y Madytos, pueblos todos harto lindos y con caseríos intermedios muy apreciables. Va repartiendo el megaduque su tropa por aquellos parajes, surtidos de todo, mandando que cada vecino suministre á su alojado cuanto necesite, llevando la cuenta por escrito ú con tarjas (1).

Pasa Rojer algunos dias en Galípoli con el afan de ir acuartelando su tropa, cuando le avisan de parte del emperador que la rebelion de los Búlgaros está casi enteramente aplacada, y que la mayor fuerza podia regresar al Asia, quedando alguna en auxilio del jóven Miguel. En vista de aquel mensaje del emperador, Rojer se hace cargo de que lo han engañado, y contesta que de ningun modo puede dividir su jente, y despide al mensajero con esta contestacion. Era ya tan preeminente la nombradía de aquella hueste, que el hermano de Azan, usurpador del reino de sus sobrinos, al eco de la nueva llegada, se da por perdido y se afana en sujetarse á todo. Así que el emperador, dice Muntaner, con el arrimo nuestro, logra cuanto le place en aquel disturbio; mas en vez de mostrarse agradecido, cavila y se desentiende allá de sus promesas (2).

Atascada allí la actividad aragonesa, paró en desagrado propio y ajeno, y el megaduque, enterado del peligro de su situacion, pues en medio de su preponderancia son muy arduas las particularidades que le acosan, se le hace forzoso ya el tomar declaradamente algun partido. Odiado por el heredero del solio, malquisto con los Griegos asiáticos y con los Alanos, cuyo caudillo tiene muy presente la muerte de su hijo, y ante todo careciendo de dinero con la pérdida de su tesoro en Magnesia, ¿qué debe intentar? Conceptuó por lo mas seguro avecindarse en el Quersoneso de Tracia, convertir á Galípoli en plaza fuerte, y precisar á Andrónico al cumplimiento de sus empeños. Acuartelada una vez su tropa por los pueblos y aldeas vecinas, se encamina personalmente á Constantinopla para ajenciar sus propios negocios.

Pasa allí con cuatro galeras y una escolta selecta. Su boato, á la entrada, está embelesando á los Griegos, y acompañado á palacio, se le recibe con mil estremos de aprecio é intimidad. Se congratula agudamente con el emperador sobre el rescate de las provincias de Asia, precisándole así á encarecer la valentía española. Tras la presentacion pública, median audiencias particulares, donde se franquea acerca de la desesperacion en que lo están poniendo con toda su jente, por el atraso en los suministros de paga y demás renglones. El emperador insinúa que los despojos del Asia deben servirle de equivalente; Rojer le contesta que todo soldado suele bien ó malgastar su presa, ateniéndose siempre á su paga, y Andrónico se compromete á suministrársela en breve, y hace acuñar moneda falsa para salir de la urjencia. Fabrican entre otra una especie de ducados que no valen, con su nombre de venticiones, tres dinerillos barceloneses, y se manda que corran por el valor intrínseco de ocho de aquellos (1). Se pregona que los Griegos suministren á los Españoles cuanto necesiten pagándolo en aquella moneda; practicándolo así, segun Muntaner, con voluntad torcida para fomentar discordias entre el paisanaje y la tropa, añadiendo que logrado una vez su anhelo de contrarrestar al enemigo, deseara que todos sus libertadores se cayesen difuntos ó se marchasen del imperio (2).

Desecha el megaduque aquella moneda, y estando pendiente de aquel altercado en Constantinopla, sabe que Berenguer de Entenza acaba de desembarcar en el puerto de Madytos, del Quersoneso de Tracia, con trescientos caballos

(1) E ordonna (lo megaduch) que cascu escrivis, ó ab talles, e tenguesen compte (Ibid. l. c.).

(2) Muntaner, c. 210.

(1) Ibid., l. c.—Véase, sobre esta falsificacion de monedas griegas, Paquímero, l. VI, c. 8. Empezó la alteracion de la moneda de oro con Juan Ducas, reduciéndolas á la mitad de su oro puro; y luego continuó aquella práctica, estremándola todavía; y con esto, añade Paquímero, zozobró la confianza y la fortuna pública.

(2) E aço fou per mal viu, ço que entras hoy e mala voluntad entre les pobles e la host, que tantost que ell hach son enteniment de totes les guerres, volgia quels Francks fossen tots morts, ó fora del Imperi. (cap. 210).

y mil Almogávares. Habíale repetidamente instado Andrónico para su venida, y así no podia menos de merecer sumo agasajo, como le cupiera positivamente mediando otras circunstancias, pero en el trance de estar la corte ideando algun medio para descargarse de aliados tan costosos, hacíasele incomodísimo el presenciar nuevos refuerzos, y así tenemos que creer á Paquímero, cuando afirma que sirviera de suma complacencia al emperador el verle regresar al punto á Sicilia. Aquel nuevo atolladero para la corte era lo mismo que daba mas alas y esperanzas al megaduque, pues era íntimo y hermano de armas con Berenguer. Lo retrató estudiadamente como uno de los primeros caudillos del occidente, adelantándose á decir que estaba pronto á traspasarle todos sus realces con el gran ducado sin asomo de repugnancia. Se empeñaba Rojer en estimular asi la curiosidad del apocado Andrónico, hecho cargo de que en logrando aquel intento, se hallaba pronto para el adelanto de todos los demás. Precisábale su situacion á avalorar mas y mas la decadencia del imperio griego, y enterado de estar malquisto con el heredero del trono, echaba el resto por inhabilitar los impulsos de aquel odio, para cuyo intento tenia que irse encumbrando hasta lo sumo, y acrecentando el número de los suyos, se esmeró por tanto en imponer á su antiguo hermano de armas en todos sus planes; y entrambos obraron acordes por su idéntico interés, desempeñando cada cual su parte, como si lo tuviesen ideado desde muy de antemano.

Ansioso Andrónico de conocer al proto-héroe del occidente, convida á Berenguer de Entenza para que venga de Galípoli, donde está anclado, á Constantinopla. Aquel se desentiende, y cuando, tras otro brindis, pasa por fin á Constantinopla, acompañado de dos galeras y de un séquito esclarecido, se manifiesta allá tan tibio en visitar al emperador, que se arroja á ponerle por condicion que le entregue como rehen su hijo segundo el déspota Juan. Con la suma impresion que causa peticion tan sin ejemplar en la corte, el megaduque se engrie, disculpando la pretension de Entenza con la práctica de occidente, desconocida en Constantinopla, y ensalza tantísimo su prosapia, que el emperador propende á concederle su instancia. Contiénenle los palaciegos mas íntimos, mas como se muestra mas y mas ansioso de ver á Entenza, acordaron que, para zanjar toda desavenencia, se desentendiera este de todo empeño, aviniéndose á la palabra del emperador sobre la ninguna continjencia que cabria á su persona; mas para no tener que orillar su decoro, se detiene poquísimo Berenguer en palacio, y todas las tardes regresa á su nave, como si tamaña cautela fuese imprescindible para su resguardo. Siguió con ella algunos dias, hasta que por fin Rojer y Entenza avasallan al emperador, á cuya presencia entablan una especie de lid caballerosa, afirmando el uno que le era impropio el usar aquel dictado de megaduque ante un sujeto de tantísima entidad como es Entenza, y repitiendo el otro que en ningun caso se avendria á usurpar timbres que tan dignamente se tiene granjeados otro varon, su íntimo compañero de armas. Andrónico, cuya jerarquía suprema le está constituyendo árbitro en la contienda, prorumpe en que Berenguer de Entenza ha de ser megaduque, y Rojer, por via de indemnizacion, ascenderá á la clase de César. Logra con esto Rojer el intento, pues sobre su entronque con la familia imperial se, halla ya en otra cumbre mas descollante y determinada que la de gran duque ó megaduque.

Asoman estos pormenores en el contesto de Jorje Paquímero, refiriendo que por aquel tiempo (á fines de 1306) otro Catalan, llamado Berenguer, llegó al puerto de Madylos con nueve naves grandiosas, ya que lo atrajese el boato del galardon que merecia el megaduque al emperador, ó que el mismo Rojer le brindase por sus cartas á iguales logros, y en breve pasaron entrambos á Constantinopla, á fines de octubre. Habló al emperador el megaduque á favor de Berenguer, y pidió para él y su jente hasta la suma de trescientos mil escudos, echando el resto en ponderarlo y ensalzarlo hasta lo sumo. Esplayóse en los timbres de su esclarecida cuna y de su denuedo peregrino, haciéndole acreedor á la privanza del emperador mismo, y que le correspondia una aceptacion decorosa y encumbrada, pues merecia mucho mejor que él todo jénero de cargos preeminentes como el de megaduque, aventajándosele sobremanera en la antigüedad de su hidalguía. Oyó el emperador tibiamente aquella recomendacion. A pocos dias, mostrándose el emperador al megaduque, descontento y enojadizo por la peticion de sumas tan crecidas para su jente, aunque segun algunos, por impulso del mismo megaduque, quien se lo habia suplicado para manifestar á los suyos lo infinito que se interesaba por ellos hasta indisponerse con el emperador, señó á cuantos se hallaban presentes para que se acercasen, y teniendo delante al senado, esforzó la voz diciendo esplayadamente que nunca habia apetecido un auxilio tan grandioso como el acaudillado por Rojer, sino tan solo de mil infantes y quinientos caballos, como constaba por sus cartas selladas con la bula de oro; pero que sin embargo, una vez llegados, no habia querido des-

pedirlos, recibiéndolos por una temporada, y asistiéndolos con cierto sueldo fijo; que su liberalidad habia sido descompasada, que sabia el gran duque cuantos saquillos rellenos de dinero le tenia entregados, para irlos distribuyendo á su tropa segun el cabal conocimiento que le cabia de sus respectivos merecimientos y servicios; que no habia tratado de nombrarles otro adalid que él mismo, para que obedeciéndole, como estaban ya avezados, observasen estrechísima disciplina, y que en medio de todo, teniendo ya exhausto su erario con tantísimo desembolso, ningun fruto le habia reportado; que habiendo invernado en Cizico, mas quebrantos que ventajas le habian cabido; que era muy obvio el enterarse de cuanto habian practicado en los demás pueblos, con las quejas que estaban exhalando los vecindarios todos, con mas estruendo que si voceasen tanto como el mismo Estentor; que el sitio de Magnesia, donde habian asestado sus armas contra los Romanos, absolutamente no admitia disculpa; que confesando sin rebozo el servicio que les debia en socorrer oportunamente á Filadelfia, aun cuando se hiciesen allí acreedores á cuantas dádivas les habia derramado, habian luego tiznado aquella gloria con las tropelías cometidas posteriormente; y en fin, que ni necesitaba tan crecidas fuerzas, ni podia costearlas el imperio, exhausto como estaba con tantísimo desembolso; y por último que ansiaba divulgasen los presentes todo aquello para que se enterasen por igual los ausentes, y llegase á noticia del caudillo recienvenido, á fin de que no se empeñase en pedir lo que no se le podia conceder, ni abrigase esperanzas aereas (1).

Esto y mas por el mismo rumbo dijo el emperador; y los Catalanes, sin despegar los labios en contrario, se enardecieron contra el caudillo que los habia traido.

Segun dicha relacion, desahuciado el megaduque de lograr tan cuantiosas sumas, fué moderando sus demandas, se contentó al fin con poquísimo y se comprometió á ir aquietando á los Latinos; le aseguró además que habia enviado una porcion al emperador Miguel, su hijo (contra Eltimir de Esfentislavo, ú Venceslao), y que por su parte estaba pronto para ir á servirle por el oriente; pero que en cuanto á Berenguer de Entenza, no sabia despedirlo tras de ir tan esperanzado con su liberalidad, y así le pedia permiso para venir á saludarle, asegurándole su agasajo, y luego su regreso espedito; que despues iria á auxiliar al emperador jóven, sirviéndole con toda lealtad: el emperador, hecho cargo de todo, espidió á Berenguer cartas selladas con la bula de oro y su salvo conducto, y envió grandes regalos al megaduque, señalándole parte de los impuestos cobrados sobre granos... En cuanto á Berenguer, dispuso recibirlo con cuanta magnificencia apetecia, y para acudir á sus gastos, cercenó un tercio de la paga que estaba dando á la oficialidad de occidente, habiendo ya mucho antes rebajado las adehalas de sus palaciegos, y adulteró mas y mas la moneda de oro con nuevas ligas... El emperador, echando el resto en agasajar á Berenguer, envió repetidos recados á Galípoli, á donde se supo que habia pasado con su escuadra, encargándole mas y mas que no dejase de venir á verle, entregándole las cartas selladas con la bula de oro, en las cuales con juramentos horrorosos le prometia recibirle con demostraciones entrañables de cabal intimidad, franqueándole todo ensanche para regresar, cuando le acomodase, agraciado con riquísimos regalos. No bien recibe en sus manos Berenguer aquellas cartas, cuando aporta en el mismo Constantinopla. Antes de bajar á tierra, participa su llegada al emperador, quien le envia sus carrozas, permanece aferrado en su nave cual está á sus anclas, negándose á bajar hasta que el emperador le envia en rehen á su hijo. Pero á los asomos de la festividad del nacimiento del Señor (pues Berenguer ancló en Constantinopla á mediados de diciembre), el emperador le ruega que se contente con su juramento sin mediar rehenes: Berenguer, tras mil dudas y vaivenes, se allana por fin; es suntuosamente recibido, visita repetidamente al emperador, y se retira todas las tardes á su bajel, donde, á manera de ciudadela, está consumiendo con los suyos cuantas provisiones le franquea diariamente el emperador con abundancia. Este agasajo lo amansa en términos, y se familiariza con el emperador tantísimo, que le muestra impulsos de rendirle juramento de fidelidad. Se escoje para el intento la funcion de Navidad, y en presencia del senado y de todo el vecindario se le declara megaduque, entregándole el baston guarnecido de oro y plata por insignia de su dignidad, segun la nueva costumbre planteada por el emperador Andrónico; siéntase luego en los sitiales mas eminentes, revestido con el traje de ceremonia y encasquetándose el escaramango (sombrero de honor). Tras todo esto, no pone ya dificultad en bajar de á bordo, ni tiene reparo en habitar el monasterio de San-Cosme, con los principales de su comitiva, agraciados en parte por el emperador con la jerarquía de caballeros. Logra luego suma privanza con el emperador, y su voto es de grandísima consideracion en los

(1) Paquímero, l. V, c. 4 y 5.

consejos. Trátase luego de pautar la fórmula del juramento, y teniendo que declararse Berenguer amigo de todos los amigos, y enemigo de todos los enemigos del emperador, prorumpe sin rebozo, y afectando sinceridad en todos sus contratos y constancia en la intimidad, que le es forzoso esceptuar á Federico, con quien está comprometido de antemano para guardarle fidelidad y obediencia, y á quien no podia menos de tributar uno y otro, habiendo cumplido tambien por su parte; pero que con aquella escepcion estaba pronto á servir al imperio contra todos los demás. Maliciaron algunos que encubria allá algun intento suyo, mas el emperador se inclinó á suponer en su interior pura jenerosidad sin asomo de doblez, conceptuando que le seria leal, siendolo así con Federico (1).

Esta es la relacion de Paquímero compendiada por Muntaner, quien se esplaya poquísimo en cuanto no propende á ensalzar y endiosar sus dos héroes y amigos entrañables Rojer de Flor y Berenguer de Entenza, y orillando los primeros pasos allá enmarañados y torcidos por entrambas partes, salta de un golpe á lo que únicamente conceptúa de entidad, á saber, el agraciar el emperador á Berenguer con el cargo de megaduque y el encumbramiento de Rojer á la dignidad de César, por consecuencia inmediata; refiriendo dramáticamente las pláticas que mediaron en aquella concesion y solemnidad por una y otra parte.

—«Señor, dice Rojer á Andrónico, este rico hombre es uno de los varones mas esclarecidos de España, no siendo de la alcurnia rejia; es uno de los caballeros mas gallardos del orbe, y es como mi hermano; viene acá para guerrear por vuestro señorío y por mi amistad, y así no puedo menos de manifestarle un agasajo preeminente, y con vuestro beneplácito voy á traspasarle el baston de megaduque con el sombrero para que lo sea realmente en lo sucesivo.» Manifestóle el emperador su agrado, y al presenciar aquella jenerosidad, se hizo cargo de que debia serle gananciosa. Al dia siguiente, en corte concurridísima, el megaduque se descubre y encasqueta el sombrero del megaducado á Berenguer de Entenza, traspasándole el baston, sello y bandera del empleo. Tras lo cual el emperador hace sentar al hermano Rojer en su presencia, y le entrega el baston, sombrero, bandera y sello del imperio, y lo reviste con el ropaje distintivo de otra nueva jerarquía, creándolo César del Imperio (1).

Habia el dictado de César hacia tiempo caducado en la corte de Constantinopla. Reservado al principio esclusivamente para el heredero del trono, habia venido á perder hacia mas de dos siglos aquel concepto, confiriéndole los emperadores ajeno de todo derecho á la sucesion en el solio. Habia Alejo Comneno ape-

(1) Paquímero, l. VI, c. 11 y 12.—El texto griego habla de Berenguer de Entenza y de Federico.

(1) Ramon Muntaner, c. 211 y 212.—Ateniéndose á los motivos que espresa Paquímero para el ensalzamiento de Rojer á la jerarquía de César, medió algun tiempo desde el nombramiento de Entenza al megaducado, pero todo está comprobando que la concesion de entrambas dignidades fué á la par, siendo la una consecuencia necesaria de la otra. Reinando entrañable intimidad entre Rojer y Entenza desde Sicilia, consta por Muntaner que cuanto hizo el primero por el segundo es muy corriente. Socorrió con dinero á los caballeros Blasco y Garceran, pero con especial á Entenza, al qui s'acostó da y tal amor ques faeren frares, e que fos comu tot ço que ells haguessen (R. Munt. c. 194).—Nicéforo Grégoras cuenta así el doble encumbramiento de Rojer y de Entenza, desde la paz de Castro Nova hasta aquel punto; concluyendo, lo mismo que Muntaner, en la union de entrambos nombramientos.—Ajustados estos convenios, entrambos reyes Cárlos de Nápoles y Federico de Sicilia (á quien llama, al par de Paquímero, Teuderico) arrimaron las armas y firmaron la paz. Con esto los auxiliares de Federico (los Catalanes) tuvieron que idear como ganarian la vida en adelante; ajenos de hogares y haciendas que requiriesen su presencia, pues eran todos venidos de diversos parajes, y todos menesterosos, que trayendo por mar un vivir vagaroso, se habian juntado para piratear, ocurrió al caudillo Rojer el pensamiento de enviar mensajeros al emperador Andrónico, participándole que si lo tenia á bien estaban prontos á alistarse en su servicio contra los Turcos. Acoje el emperador con afan aquella oferta, parte Rojer arrebatadamente de Sicilia, con dos mil hombres, la mitad llamados Catalanes, por ser los mas de Cataluña, y los otros mil Almogávares; pues así llaman los Latinos á su infantería, como tambien Rojer nombraba á los suyos. A poco de su llegada, le da el emperador en matrimonio á su sobrina María, elevándole á la jerarquía de gran duque. Pero en breve otro Catalan, llamado Berenguer de Entenza (continúa), habiendo sido convidado por Rojer, encumbró á este á la dignidad de César, y á Berenguer á la de gran duque, y en cuanto á los desembolsos que hizo, tanto para sus vestiduras, regalos, abastos y el sueldo de todos, ascendieron á tantísimo, que luego vino á quedar exhausto el erario.

llidado á su socio en el imperio Sebastocrator, y apeado así el dictado de César de todo su prestijio, dió luego al marido de Irene, su primojénita, el título de déspota, menguando todavía un grado mas el de César, y asi paró en el dictado honorífico segundo y aun tercero del imperio. Se cifraban sin embargo en este nombre esclarecidas preeminencias, acudiendo siempre al César con grandísimas muestras de acatamiento, pues ceñia riquísima diadema; su túnica superior era idéntica con la del emperador mismo; su vestido interior y sus zapatos eran de seda azul, su sillon semejante al imperial, aunque sin águilas; su morada el palacio; y al asomar en público el soberano, iba el César á caballo á su lado. «La prerogativa del cargo de César,» dice Muntaner, «es que se coloca en un sillon junto al solio del emperador, medio palmo escaso mas bajo; goza en el imperio suma autoridad, concediendo dádivas perpetuas; tiene accion sobre el erario; puede cargar impuestos, embargar y confiscar, y por fin practica cuanto está haciendo el emperador. Se firma *César de nuestro imperio*, y escribiendo al emperador, *César de tu imperio*. En fin, repito, en cuanto al asiento, se reduce la diferencia á estar el del César como medio palmo mas bajo, y luego el emperador con sombrero y ropaje encarnado, al paso que el César trae sombrero y ropa azul, con bordados de estrellas (1).»

Se conceptúa desde luego que tantísimo encumbramiento de Rojer de Flor no pudo menos de causar suma impresion en el ánimo de los Griegos. Habíanse contentado siempre los caudillos de Alanos y de Turcópolis con sus respectivos sueldos, y los Españoles debian al parecer manifestar otro tanto. Aquel aspirar á los primeros puestos hizo maliciar que trataban de dar al través con el imperio griego; pues abrigando tales intentos, se emparejaban con el heredero del trono, con el cual era mas obvio el hallar acojida, por cuanto ya Miguel estaba conceptuado por enemigo de los occidentales. Resultó un hervidero jeneral en el imperio, que proporcionó á los Jenoveses coyuntura para desfogar su odio contra los Españoles. Constábales, decian, que al asomo de la primavera habia de acudir poderosa escuadra de Sicilia para volcar del solio á los Paleólogos, añadiendo que lo sucedido hasta entónces venia á ser un mero floreo de cuanto se estaba preparando, ejecutándose todo á impulso y en nombre del rey de Sicilia, cuyo hermano natural se habia de aposentar en el solio griego. «Cuanto mas se rezague la defensa,» clamaban, «mas hay que temer. Por nuestra parte estamos prontos para acudir en auxilio de los Griegos; en haciendo el emperador una seña, allá vamos con cincuenta naves á embestir y dispersar la escuadra española, sin que necesitemos dinero, ni traigamos mas mira que la de salvar al imperio (1).

Corroboraba en parte aquellas hablas el ademan que tomaron luego el César Rojer y el megaduque Entenza. El primero, malquisto con la soldadesca de Galípoli por cuanto no le aprontaba los atrasos, esforzó mas y mas sus instancias al intento, y para formalizarlas con nuevo ahinco, envió á Andrónico una diputacion con el encargo de manifestarle que siempre los Españoles se hallaban dispuestos para las empresas mas arriesgadas, en cumpliendo con cuanto se les habia prometido. Recibió Andrónico el mensaje con la mansedumbre que requerian las sumas escaseces de su erario y de todo el imperio. Quiso al pronto despedirlos para Galípoli con promesas halagüeñas, pero medió Entenza, que permanecia en Constantinopla, y se zanjó la dificultad entregándoles al golpe un auxilio cuantioso. Todo quedaba corriente, cuando entablan los Jenoveses nueva tramoya: la moneda supuestamente cabal que se dió á los Españoles era falsa, y aunque por sí no lo echaron de ver, los mismos súbditos del emperador la rehusaron y luego vinieron á resultar nuevas turbulencias y tropelías.

Airadísimo Entenza con aquella bastardía, tiene el arranque caballeroso de estrellarse al punto con la corte de Constantinopla, pues podia en trance semejante dañar su neutralidad á los suyos, y en el vaiven de anteponer ó no el dictado de megaduque al aprecio de su nacion, devuelve sin titubear al emperador las alhajas de plata y oro que habia recibido á bordo, y las devuelve con los manjares peregrinos que le servian; arrojando luego al mar en presencia de sus paisanos las insignias de su dignidad y dando la vela con viento favorable aquella misma noche para Galípoli. Cuanto ensalzan los Españoles aquel desenfado, otro tanto lo calumnian los Jenoveses; mas Andrónico se hizo cargo de que á duras penas podria ya evitar un rompimiento patente con aquellos engreidos advenedizos.

Achaca Paquímero (malvadamente, segun todo lo está comprobando) la partida de Berenguer de Entenza á los zelos que abrigaba, por cuanto unos plebeyos se habian granjeado, de buen grado ú á viva fuerza, cantidades descompasadas (mil millares de escudos de oro, pues tantísimo habia cabido á Rojer y á los su-

(1) Ram. Munt., l. c.

(1) En cuanto á la malquerencia de los Jenoveses, Paquímero, l. 6, c. 9.

yos desde su llegada al imperio), al paso que siendo él de tan esclarecida cuna y acaudillando tropas belicosísimas y formidables, no podia esperanzar galardon que ni por asomo se pareciese al de sus compañeros (1). Espresólo tal vez así Entenza por convenio con su hermano de armas Rojer, para lograr mas de parte del emperador.

Lo que consta es que al ver luego al emperador poquísimo propenso á portarse con él en los términos que estaba apeteciendo, se fué en seguida cutibiando para el desempeño ofrecido de sus cargos, y al saber luego que habian pagado á sus compañeros del Quersoneso de Tracia en moneda falsa, se reembarcó con ánimo de manifestar á las claras su desabrimiento. Pasando pues al dar la vela por el banco de los Blaquernos, segun Paquímero, traspuso la puerta del palacio imperial, dudando todavía, y conservando las insignias de su condecoracion, y unos treinta platos de oro y plata, en los cuales habia recibido regalos y manjares el dia anterior. El emperador, dudando siempre de aquella resolucion de Berenguer, y no acabando de creer que se marchase de aquel modo, lo convidó repetidamente á pasar con él la festividad de los reyes (6 de enero del año 1307), siempre condecorado con sus insignias; pero él se mofó de la dignidad y de sus insignias, y se sirvió en presencia de los enviados de su vasija como de una que se emplea en subir agua del mar, y los despidió chanceando de modo que demostró estar en ánimo de regresar á su pais y juntarse con su íntimo pariente Federico. Se dedicó tres dias con sus noches al apronto del viaje, devolviendo antes al emperador su vajilla de plata y de oro. Algunos Mombastiotas que estaban sirviendo por mar al emperador ansiaban el ir en su alcance, ya para recobrar un bajel que le habian prestado, ya para castigar el descoco y menosprecio con que trataba al emperador; mas este no se avino, bien porque le enfrenase su juramento, al contraer aquella alianza, ó que esperanzase todavía el verle variar de dictámen, ó ya que temiese el éxito de la refriega, ó en fin por aparentar mansedumbre y comedimiento, pues consta que anhelaba merecer aquel concepto, pero en vez de ostentar aquellas prendas con sus leales súbditos, las guardaba para unos advenedizos alevosos, por temor de que le culpasen por aquel rompimiento. Como quiera, sopló el viento propicio, y Berenguer se marchó á Galípoli tan arrebatadamente, como toro enfurecido que corre á emboscarse (2).

En cuanto á tratar desde allí ambos aliados con el emperador como de potencia á potencia, parece el hecho indudable, y recien ido Entenza, fué recibiendo avisos el emperador que le hacian desconfiar de la lealtad del mismo Rojer. Supo que se estaba atrincherando en Galípoli, que hacia salar carnes, que acopiaba trigo y bizcocho, que en todo iba obrando con un señorío y una altanería descompasada, y en fin que estaba ideando disimuladamente una rebeldía (1). Ansioso el emperador, prosigue Paquímero, de apurar sus sospechas, y de escudriñar ó variar los pensamientos de Rojer, ó por lo menos averiguarlos, le habia enviado á Marulli, y luego á su propia hermana, convidándole para solemnizar juntos la festividad de la Epifanía (6 de enero de 1307). Se desentendió aquella dándose por indispuesta, y luego Rojer, negándose sin rebozo y por menosprecio al convite, le pidió el dinero debido á los Catalanes, añadiendo que faltándoles la paga, quedaba espuestísimo á un desacato. Envióle el emperador segunda embajada instándole para que se contentase con lo que le podia aprontar desde luego, y se marchase para Levante en habiéndolo recibido. Acude Rojer á rodeos y pretestos, alegando que por la parte de Occidente habia abastos con abundancia, al paso que careciendo de todo por Levante, iba á perecer de hambre su tropa durante el invierno. Hecho cargo el emperador de su desobediencia venidera y aprensivo de su rebelion, no se atrevió á enconarlo, antes bien lo esperanzó con timbres y galardones, brindándole con el dictado de César, revestido además con el mando del Oriente á todo su albedrío, escepto en las capitales, ofreciendo tambien abastecer sus tropas, con tal que le afianzasen su lealtad, y aprontándoles desde luego veinte mil escudos de oro y cien mil fanegas de trigo en pasando al Oriente, en el concepto de que se echaria el resto para que nada les faltase en lo venidero. Repitieron los enviados mas y mas la propuesta, haciendo intervenir á la hermana del emperador para que contribuyese por su parte á la avenencia de Rojer. El apuro del estado precisaba imprescindiblemente á tanto allanamiento; y mas con las nuevas infaustas recienvenidas de hallarse los Turcos acosando á Filadelfia, con el hambre estremada de estar comiendo cadáveres. Rojer sin embargo no hablaba mas que de dinero, aferrándose en que su tropa estaba desesperada, sin tener ya en su mano el enfrenarla; pues ni con todas sus insignias y condecoraciones no se conceptuaba seguro en aquel sitio y trance, que al contrario aquel boato le redundaba en mayor malquerencia, pues ni un áto-

(1) Paquímero, l. VI, c. 15.
(2) Ibid., c. 16.

(1) Ibid., c. 16.

mo les alcanzaba del manantial de toda su privanza. Patentizaban estas respuestas lo mucho que queria á la soldadesca, y el intento de retraerle de aquel empeño no podia menos de enfurecerle, puesto que tampoco se habia aun doblegado á la obediencia. Tras repetidos mensajes se acudió, como mas á propósito para el intento, á Canahure, palaciego de su esposa, el cual anduvo yendo y viniendo hasta que por fin trajo que Rojer pedia prendas y resguardos que le afianzasen el cumplimiento de las promesas del emperador, jurándolo ante la efijie de la Madre de Dios. La noticia recienllegada de que el hermano natural de Federico andaba surcando los mares y comunicándose de continuo con los Catalanes en trece naves precisó al emperador á conceder todas aquellas condiciones que estaba pidiendo, sin contestar á punto alguno. Fué nombrado Teodoro Chumnos para llevar á Rojer las insignias de César, las cartas selladas con la bula de oro, treinta mil escudos de oro para el pago de sus tropas, asegurándole que se le aprontaria muy luego el trigo; y que si algo faltaba, estaria corriente en llegando á su destino.....

Con esto, de apuro en apuro, y sin arbitrio para cumplir en moneda efectiva con los atrasos, el paradero fué ir cediendo el emperador territorios y pueblos del ultra-Helesponto. Fuéronse por consiguiente señalando por indemnizacion á los capitanes españoles las provincias del Asia en feudo, con todos los derechos y productos usados en Occidente. El emperador, para gastos de primera entrada en posesion, les aprontó, como se ha visto, veinte mil escudos de oro y trescientas mil fanegas de trigo; pactando además la anticipacion de seis mesadas de sueldo. Era cuanto podian pedir unos aventureros espatriados, y así se comprometian á defender los estados del imperio, no solo en Asia, con determinado número de jente, sino en cuantos puntos fuesen llamados (1).

Avínose Andrónico, juramentándose ante la efijie de la vírjen María para la observancia del tratado. Habia el Asia Menor presenciado aquel sistema, habiendo los cruzados instituido feudos militares al estilo de Occidente. Antioquía, Jerusalen y Edesa habian sido solios de reinos cristianos, divididos y como desmenuzados segun el réjimen feudal, en ducados, marquesados, condados y meros feudos. Los grandes pueblos, las ciudades que apellida Paquímero esclarecidas, fueron las únicas esceptuadas en la concesion de Andrónico; lo que tambien cuadraba con la política occidental, que desde el siglo XII fué libertando las ciudades grandiosas de la servidumbre jeneral de los alodios.

Ya asomaba todo á un ajuste definitivo, cuando el ánimo alevoso y astuto de los Jenoveses atravesó nuevos obstáculos. Por cuanto Teodoro Chumnos, portador de los escudos de oro á Galípoli, para que al punto se evacuase el Quersoneso de Tracia, desconfiaba de que el César le acojiese favorablemente, por ser hermano del guarda de Canicleo, á quien Rojer tildaba de haber aconsejado al emperador que no pagase á sus tropas, hizo que Canahure se adelantase para avisar á la reina de la novedad y hacerse cargo de todo y se lo avisase. Fué sin embargo siguiendo pausadamente á Canahure, y antes de llegar á Branchcale, supo que el campamento estaba todo alborotado, y que Rojer se desentendia del dictado de César, temeroso de encelar y conmover mas y mas á la soldadesca, á menos de satisfacerla cabalmente en cuanto se le habia prometido. Chumnos, con la zozobra de que le quitasen el caudal que llevaba, se ocultó en el fuerte de Zimpé, donde se detuvo algunos dias, y al fin careciendo de toda noticia, regresó á Constantinopla. Aquel procedimiento de Chumnos acarreó nueva asonada en los reales españoles, pues yendo siempre á mas el afan impaciente por el dinero, se dudaba mucho mas por cada dia de la buena fe del emperador, y aun de su propio jeneral.

Iba ya á estallar la desavenencia, cuando el César se esmeró en precaver algun fracaso nuevo convocando en Galípoli los caudillos de sus tropas y los ricos-hombres del Quersoneso, á quienes conceptuó acreedores á ciertas esplicaciones. Rojer, por lo que dice Paquímero, juntando a los vecinos principales de cada poblacion, asomó fuera del fuerte de Galípoli, sobre una loma, y prorumpió en varias hablas, con ademan atrevido y orgulloso. Encabezó su relacion desde el principio para descartarse de la odiosidad de tanta desventura sobrevenida últimamente, descargándola sobre el emperador. Empezó engrandeciendo recargadamente su nacimiento, el esmero de su educacion caballerosa, y su desempeño en todas las empresas, peleando ya como auxiliar, ya como caudillo. Fué luego esplicando en términos muy engreidos su ahinco y su desvelo, sostenidos felizmente por la suerte, pues cuantos habian acudido al arrimo

(1) Avínose el César con el emperador, dice Muntaner, en términos que le traspasó todo el reino de Natalia y todas las islas de la Romania; se allanó con esta condicion á pasar allá, repartiendo ciudades, pueblos y castillos entre sus vasallos, teniendo que suministrarle cierto número de caballos armados sin pagarles sueldo alguno (Chronic. dels reys d' Aragó, c. 212).

de sus armas habian palpado desde luego resultados ventajosísimos, bendiciendo una y mil veces el trance en que se habia declarado por ellos; que cuantos luego carecieron de su amparo allá quedaron sumidos en un turbion de quebrantos y desdichas, confesando á voces que al yacer sin su ayuda se nubló aquel cúmulo de prosperidades que estuvieron gozando á su arrimo. Esplayóse luego en sus afanes por Sicilia, libertando aquella isla de una guerra dilatada y planteando desde luego una paz felicísima, y que entónces, no acertando á desprenderse de su predilecto ejercicio de las armas, se habia brindado al emperador para despejarle sus territorios de los Turcos asoladores; que de resultas lo habia condecorado con cuantos timbres se franquean á los príncipes de la sangre, con el dictado de megaduque, trayendo desde luego el número de tropas que habia apetecido; que á duras penas habia logrado enfrenar por el Oriente las correrías de los Turcos; que habia ido perdiendo una porcion de valientes en asaltos repetidos á los Magnesianos para castigo de su rebeldía; que al tener estrechada la plaza hasta lo sumo, le habia sido forzoso levantar el sitio por las cartas urjentísimas y órdenes terminantes del emperador para acudir al auxilio de su hijo, asegurándole que en atravesando el Helesponto, hallaría refrescos y galardones, y que habiendo obedecido, quedaba frustrado en aquellas promesas. Acriminó al emperador por cuantos males habian padecido sus pueblos, y cual único culpado en las demasías de su soldadesca, se empeñó en que no merecia vituperio, ni era yerro el que acosada del hambre, se tomase por sí sus abastos; que le constaba (pues con efecto Andrónico tenia encargado á su hijo que embistiese á los Catalanes, en rodeándosele la coyuntura de hacerlo á su salvo) como el emperador Miguel venia contra él acaudillando las tropas romanas; que por supuesto su juramento de fidelidad le precisaba á salirle al encuentro y saludarle con acatamiento; pero que sabria recatarse personalmente y resguardar á sus soldados, pronto siempre á matar ó morir; que no convenia estuviesen los suyos cuidadosos por su caudillo; que no correspondia á un pecho varonil el pararse por tan menguadas zozobras, y como naufragar en el puerto. Siguió así con otros razonamientos, á cual mas italianamente vanaglorioso, continúa Paquímero, para disculpar á su soldadesca y achacar la causa al emperador (1).

A los diez dias, segun el mismo historiador, se hizo cargo de haberse propasado, y al oir que el emperador mozo está marchando contra él, escribe al emperador una carta con mil protestas de cabal obediencia, suplicándole que disimulase las espresiones desentonadas en que habia prorumpido, atribuyéndolas á la urjencia del trance que le habia precisado á usarlas para aplacar á sus soldados; que hiciese justipreciar los estragos cometidos por su jente para rebajar su importe de las cantidades que tuviese á bien suministrarle, á lo menos en parte; que se atendria inviolablemente á su juramento de fidelidad con el emperador; que con sus mil hombres de la mas acendrada lealtad contrarestaria á cuantos intentasen rebelarse, etc. (1). Quince dias despues, los mismos Catalanes enviaron sus embajadores al emperador en su desagravio, repitiendo las mismas demostraciones de sumision y acatamiento. Recibió el emperador aquellos enviados, que eran Rodrigo Perez de Santa Cruz, Arnao de Monartes y Ferrer de Torrellas, el 9 de marzo de 1307, en presencia de su consejo. Queriendo, dice Paquímero, patentizarles sus propios hechos, manifestándoles como se habian apropiado mucho con su anuencia y mas contra ella, fué haciendo reseña de su conducta anterior, vituperándola hasta lo sumo. Retrató ante todo muy al vivo su desenfreno en Cízico y por toda el Asia Menor, y lo infinito que debian á su persona y á todo el imperio. Les recordó el entrañable agasajo que recibieron; que no podian menos de tener presentes las finezas y ventajas que les habian cabido; que salidos en carnes de los reales de Federico, inermes, descarnados y macilentos, se habian allí rehecho y robustecido, y arrinconado luego la pobreza. Aconsejóles atenerse al debido comedimiento, no atropellar los negocios, ni hacer demandas á viva fuerza, cuando se les podia rechazar igualmente de mano armada. Encargóles por fin que no le precisasen á acudir al rigor contra ellos, pues no yacia el imperio griego tan exhausto y tan yerto, que no pudiese juntar aun hartas fuerzas para escarmentar su desacato y su rebeldía. Luego los despidió manifestándoles que iba á providenciar lo conducente para con ellos, y que podian deliberar á sus anchuras sobre lo que conceptuasen mas acertado en semejante trance.

En medio de aquel vaiven, el emperador á todo evento envió órden á las tropas mandadas por Miguel para que pasasen á acampar junto á Aspros, manteniéndose prontas á pelear contra los Catalanes y almogávares, en caso del menor amago por parte de estos. Sin embargo Andrónico, propenso siempre á conservar su amistad

(1) Paquímero, l. VI, c. 18.

(1) Ibid., l. c.

con Rojer por todo jénero de finezas, le envió, á persuasion de su cuñado Asan, el dinero que antes debió darle Teodoro Chumnos, bajo la condicion de activar su partida para el Asia. Recibió al mismo tiempo de la dignacion del emperador los atavíos ó insignias de la jerarquía de César, el dia de la festividad de San Lázaro (1). Ofreció Rojer marchar en seguida para el Oriente; pero siempre mañoso y astuto, dice Paquímero, soslayó su promesa; y en vez de ir despidiendo sus tropas, como lo tenia ofrecido, las anduvo enviando en parte á Cízico, y en parte á Piga y á Lopadion. Siempre en tratos con Berenguer y con el hermano de Federico, franqueó á los Sicilianos el ámbito del mar hasta Mitilene, y retuvo mas y mas los Catalanes con el frívolo pretesto (así habla á sus ensanches el historiador griego) de que no habian redondeado los sueldos contra la palabra que tenia dada de irlos despidiendo. Procedió tambien de mala fe, segun el mismo escritor, apropiándose mayor acopio de trigo del contratado. Al paso que los dependientes del emperador se lo iban entregando, lo hacia arrebatar pretestando que lo necesitaba la tropa, pero en realidad para imposibilitar el rejistro de las entregas y seguir pidiendo mas y mas sin cuenta ni razon (2).

Prescindiendo de tamaños cargos, harto sospechosos en nuestro concepto por su parcialidad, continuó espedita la correspondencia entre el emperador y el jeneralísimo catalan, ansiándola aquel por las infaustas nuevas recienvenidas á Constantinopla. Estaba Filadelfia sitiada de nuevo por los Turcos, en vísperas de rendirse, habian los enemigos de la cruz conquistado la isla de Escio y despeñado sobre el mar la mayor porcion de su vecindario. Cifrábase en Rojer la conservacion del Asia Occidental. Así estaba dispuesto, y el nuevo César se preparaba para atravesar el Helesponto á los asomos de la primavera, cuando un acontecimiento imprevisto dió al través con cuanto estaba ya dispuesto.

Por individuo de la familia imperial, por César, por feudatario y por caudillo de la hueste española, ansiaba Rojer estar viviendo con el jóven emperador Miguel; pero como este se le esquivó siempre con ahinco, no cabia en Rojer el brindársele confiadamente, aunque sea por afecto ú bien por miramientos, no se avenia á marchar desavenido con el mozo emperador. Así lo requeria la cordura, pues siendo Andrónico anciano, á Rojer con su dictado de César le interesaba merecer la bienquerencia del dueño venidero del imperio, y conceptuó oportunisimo aquel paso en su propartida para el Asia para guerrear contra los Turcos, acosándolos hasta en el centro de sus moradas.

Cuantos tenian calada la índole alevosa del emperador jóven echaron el resto para retraer y disuadir al caudillo español de pasar á Andrinópolis, donde Miguel habia sentado su real; contándose entre los retrayentes mas eficaces la suegra, la cuñada y la esposa. —Dijo el César, cuenta Muntaner, á la suegra y á su señora con sorte que trataba de ir á despedirse de Kyr-Miguel, primojénito del emperador, y entrambas damas le contestaron á una que por ningun caso lo hiciera, pues les constaba que era su mortal enemigo, en términos que donde quiera que se hallase con él, siéndole prepotente, habia de fenecer juntamente con cuantos le acompañasen. Pero el César se aferró en que ni por el mundo entero se retraeria de su intento, pues le seria en estremo bochornoso el salir de Romania y entrar en el reino de Natolia con ánimo de avecindarse fronterizo á los Turcos para siempre, sin despedirse de su persona, afeándoselo luego todos (1). María, no pudiendo recabar su avenencia, acudió á los adalides de la hueste, pero en vano se empeñaron en disuadirle de su intento, pues Rojer se mantuvo incontrastable (2). Conceptuaba la zozobra de su consorte como una niñada, y para acallar á su oficialidad le fué manifestando la precision política é imprescindible de aquel viaje, pues mediaba la causal de imponer al emperador menor en su plan de operaciones, para que no le cupiese el contrastarlo pretestando su ignorancia; que trascendia aquel intento á la salvacion de todos; que así se zanjaban los tropiezos de toda equivocacion, siendo importantísimo el hermanarse desde luego con el soberano venidero de un imperio, cuyas columnas iban á ser ellos mismos en el Oriente.

Ceden los adalides á razones tan poderosas, y el almirante Ferrando de Aones conduce la esposa de Rojer á Constantinopla con cuatro gale-

(1) Esto es, el sábado 18 de marzo de 1307, víspera del domingo de Ramos.—Su esposa, segun Paquímero, estaba ya llevando los realces competentes á tan suma dignidad, por donde se esmeraba en retraerla de los intereses de cuantos en su nacion se le hacian detestables por su insolencia. (Paquímero, l. VI, c. 19.

(2) Paquim., l. VI, c. 22.

(1) Seria li dotat en mal (Ram. Munt., c. 213).

(2) ¿Qué diré? esclama Muntaner (que us diré?) Suegra, esposa, cuñados, estaban inconsolables y juntaron el consejo entero de la hueste y le hicieron suplicar que por cuanto habia en el mundo no hiciera aquel viaje, y todo fué en vano, pero no hubo medio para retraerle de su intento (Ibid. l. c.).

ras, acompañándole madre y hermanos. Hállase María embarazada de siete meses, y apetece la madre que sea en la capital su alumbramiento (1). En el trance del embarque capitanea Rojer á los trescientos jinetes que le acompañan á Andrinópolis, y luego verémos cuan fundadas eran las zozobras de su familia y de sus guerreros.

Sabe el 28 de marzo el emperador Miguel que el nuevo César está en camino para visitarle, y estrañando aquella ida tan inesperada, le envia un mensajero para preguntarle si semejante novedad procedia de disposicion de Andrónico ú de su propio albedrío. Contéstale que pasa á tributar su acatamiento al Sebastocrator y conversar con él acerca de su plan ideado para la campaña venidera, antes de ir á ponerlo en planta por el Oriente. Sosiégase al punto el emperador mozo, enviando á decir al visitante que lo veria con suma complacencia, y que va á pasar las órdenes competentes para su recibimiento. Verificóse el dia de Santo Tomás, desviviéndose Miguel en demostraciones de aprecio y de cariño.

Median luego visitas amistosas, y logra Miguel desvanecer todo asomo de aprension, hasta el punto de conceptuarse los temores de la preciosa consorte del César meramente sueños infaustos; y el mismo Rojer desatiende su propio resguardo, en términos de no mandar siquiera una sola vez á su jente que se mantenga alerta (2). Sóbranle no obstante motivos para vivir cuidadoso, pues hierve Andrinópolis de tropas griegas, hállanse allí sus mayores enemigos, como tambien, á lo menos por las cercanías, el caudillo de los Alanos, Jircon, á cuyo hijo habian muerto los almogávares en Cízico; con los Turcópolis mandados por el búlgaro Boesilao y por Melek, y luego Griegos de cuerpos diferentes. Creen ó aparentan suponer los Orientales que Rojer ha pasado á Andrinópolis tan solo para hacerse cargo de sus fuerzas, y entre los caudillos, todos odian y envidian de muerte á Rojer. Todos se andan preguntando cual ha de ser el paradero de un hombre que en tan corto plazo se encumbró ya á la jerarquía de César del imperio; y así el atajarle la carrera no puede menos de ser una fineza para con la familia imperial, con especialidad para el emperador, que en breve ha de ser el soberano; sobresaliendo en despecho y afan el adalid de los Albanos.

Mediase ó no la anuencia de Miguel, conceptuándose en salvo despues de la ejecucion, á la propartida de Rojer, el caudillo de los Alanos, el turcópoli Melek y un tal Gregorio se juntan en palacio al hallarse el César ajenísimo de maliciar alguna alevosía; y al salir de la mesa del emperador, ya sea en la puerta, ó ya en el comedor mismo, dieron con él al través. Segun Muntaner, fué Kyr-Miguel quien dispuso la atrocidad, tributándole honores aparentes para engañarle mas aventajadamente.—El hijo del emperador, dice, al ver que el César está rebosando de complacencia y regocijo, corresponde falsamente con uno y otro, pero á los seis dias de hallarse allí Rojer, Kyr-Miguel hace venir al pueblo á Jircon, capitan de Alanos, y a Melek, de los Turcópolis, componiendo entre todos hasta nueve mil jinetes. Convida aquel dia al César, y acabada la comida, dicho Jircon entra en palacio donde se hallan Kyr-Miguel, su mujer y el César, desenvainan sus alfanjes y destrozan al César y á cuantos le acompañan (1).

Solo Nicéforo dice que el matar á Rojer fué delante del palacio, sin espresar quien ni por qué disposicion. Pero Paquímero concuerda sobre lo principal con Muntaner, por mas que luego eche el resto por abonar y descargar de toda sospecha al emperador jóven: este le recibió al cuarto dia de la semana que llaman los Griegos de Santo Tomás, le agasajó en su mesa y entraron juntos en Andrinópolis. En aquel dia y el

(1) La megaduquesa permaneció en Constantinopla donde á su tiempo parió un lindo niño, que estaba aun viviendo al empezar yo este libro, dice Muntaner. E á son temps hach un bell fill qui encara era viu quand j'ai comense aquese libre (por 1330).—Habla tambien Paquímero de la preñez de María, pero les supone miras políticas en su regreso á Constantinopla, con madre y hermanos. «Tuvo la maña, dice (l. VI, c. 22), de enviar la suegra y la esposa en su regreso á Constantinopla para manifestar al emperador que le era imposible el hacer atravesar á su tropa, sin concederle antes cuanto pedia.»

(2) Aquel desenfado, dice Muntaner, era parto de la suma lealtad que abrigaba en su pecho y del cariño finísimo y la fe pura que profesaba al emperador y á su hijo, conceptuándolos iguales en lealtad; mas sucedia lo contrario, como lo evidenció lo venidero, y se irá luego diciendo.—E aço feya ell per gran lleyaltat que havia en son cor; é de fina amor e dreta rahó que havia al emperador e a son fill, e cuydabas que axi com ell era ple de tota lleyaltat que lemperador e sos fills fossen aytals, perque era tot contrari e provar sa avans, com oyrets (Ram. Munt. c. 215).

(1) E com hach ensemps ab ell estat VI jorns el VII jorn Kir Miquel hach fert venir á Andrinopol Gircon cap dels Alans, et Milich cap dels Turchoples; axi que foren entre tots IX milia homens de cavall. E aquell dia ell convidá lo César, e com hagren menjat, aquell Gircon cap dels Alans entrá en lo palou hon estava Kir Miquel e sa muller e lo César, e van trer les espases, e pecejaren lo César e tots aquells que ab ell eren (Ibid. l. c.).

siguiente lo estuvo halagando hasta lo sumo, estrechándole para que en adelante no tiranizase mas á los Griegos. Agradóse Rojer sobremanera con aquella instancia y se despidió con testimonios patentes de entrañable afecto. Enconadísimos estaban los Alanos contra él por la muerte del hijo de Jircon en Cízico, obra suya; y andaban mas y mas acechando coyuntura para vengarse, y esta se les rodeó al entrar solo en la estancia de la emperatriz, habiendo dejado fuera su guardia. Al asomar en el umbral de la puerta, Jircon le hincó su espada por los riñones, como en busca de la sangre de su hijo tan injustamente derramada. Cae muerto al golpe aquel bárbaro atropellador é insolente, pero arrojado é inalterable; y los Orientales, enfurecidos con la memoria de las crueldades cometidas con los suyos, lo andan descuartizando en mil trozos. El emperador Miguel, fuera de sí, pregunta si la emperatriz está en salvo, y enterado de que sí, prorumpe en lamentos por el fracaso de Rojer; mas como cuerdo, veda el que comuniquen á los ciento y cincuenta Latinos, que habia fuera, lo sucedido, mandando que los desarmen y encarcelen. Pero los matadores se desentienden, diciendo que no han hecho mas que desagraviar á los pueblos oprimidos; mas otros, y en particular los Alanos, enajenados de saña, andan corriendo en ademan de esterminar á los Catalanes; y temeroso el jóven emperador de que las tropas así dispersas queden luego derrotadas, envia ejecutivamente á su tio Teodoro para recojerlas, pero con toda su dilijencia no puede acudir á tiempo y estorbar que maten á cuantos Catalanes van cayendo en sus manos (1).

Era Rojer de treinta y siete años cuando vino á terminar así su carrera esclarecida, habiéndole predispuesto la naturaleza para empresas de mayor cuantía. Feo de facciones,pero rebosando pujanza, con su pecho anovelado y su fantasía ardientísima, era de suyo aventurero; la maestría con que acertó á encabezar advenedizos, y granjearse su cariño hasta el punto de irle siguiendo por rejiones lejanas á su albedrío, está demostrando que nació para mandar á los hombres. Descollaba con su entereza sistemática, su despejo avasallador y mañoso, para concentrar y acanalar por un solo rumbo tantísimas voluntades encontradas ó diversas, cautivándolas con su galantería dadivosa y su señorío despreciador de los haberes, menosprecio que le constituia (prenda harto peregrina) poco mirado en los medios de alcanzar sus logros. Quizás á nadie ha cuadrado tan cabalmente el dicho italiano de *galant uomo, ma un poco ladrone;* principios idénticos, ateniéndonos á héroes antiguos, eran los de Aníbal y de César.

Mientras los caudillos alanos están destrozando al César, su soldadesca recorre la ciudad, y se abalanza á los Aragoneses y Catalanes, sus acompañantes, como acaba de referirlo Paquímero. Estos, no menos confiados que su jeneral, andan mal armados por las calles de Andrinópolis, pero se escuadronan arrebatadamente (1), y ansiosísimos de vender caras sus vidas, trocaron en armas cuanto les vino á las manos, y batallaron hasta que por fin la suma preponderancia del número acabó con ellos, salvándose tan solo tres, Ramon Alquier, hijo de Jilberto, caballero de Castellon de Ampudias, Guillen de Tur, hijo de otro caballero catalan, y Berenguer de Riudor, de las orillas del Llobregat. Dándose por desahuciados, se metieron en una iglesia, y al verse allí acosados, treparon á la torre, desde donde se defendieron tan esforzadamente que no hubo medio para rendirlos ni matarlos. Cabia el destruirlos por hambre, mas la humanidad de Miguel no se avino con estremo tan violento tras aquella matanza, y así blasonando de jeneroso, les franqueó libertad y vida, con el paso para Galípoli, degollando ú aherrojando á todos los demás. Esmérase Paquímero en achacar tan tremenda carnicería á la barbarie de los Alanos, presenciándola Miguel, pues le acompañaron los Aragoneses á su entrada en Andrinópolis; pero con toda su relacion enmarañada no logra sincerar al emperador mozo, y así nos ate-

(1) Paquímero, l. VI, c. 24.—Este es el pormenor, valga lo que pueda, aunque sucinto,de Nicéforo Grégoras, bien que mal comprobado:—Dejando lo restante de su hueste en Galípoli para su defensa, el César Rojer, con doscientos hombres selectos de los suyos, se fué en busca del emperador Miguel, que se hallaba en Orestiades de la Tracia, requiriéndole el sueldo convenido para sus tropas, acudiendo, si era preciso,á las amenazas. Enconando mas y mas con estos pasos la saña que tenian jurada contra él, varios soldados le rodean y lo matan delante del palacio imperial, como tambien á muchos de los que le habian acompañado. Los mas se preservaron huyendo de aquel fracaso, y sin pensar corrieron á participar aquel acontecimiento á los Latinos de Galípoli.

(1) Nicéforo dice en Orestiades, Zurita habla de Andrinópolis y de Orestiades como de pueblos diferentes, pero Nicéfero da á Andrinópolis el nombre que tenia antes que el emperador Adriano lo apellidase con el suyo, de donde resulta el moderno; y así Andrinópolis ó Adrianópolis y Orestíades no componen mas que una sola é idéntica ciudad.

nemos por entero á Muntaner, quien dice que por disposicion suya Turcópolis y Alanos se arrojaron á una tentativa aun sobre Galípoli, empeñándose en el esterminio total de Catalanes y Aragoneses, antes que la noticia del malogro de Rojer estremase sus ímpetus con el afan de vengar su muerte; por tanto dejarémos aquí hablar al mismo cronista catalan:

«Cometió el dicho Kyr-Miguel otra bastardía mayor, nos dice con su afluencia marcial, disponiendo que los Turcópolis, con su competente número de Alanos, pasasen á Galípoli, para que, recien muerto el César, lo arrasasen todo en el mismo pueblo y sus cercanías. Habíamos en aquel mismo dia enviado á pacer nuestra caballería, y teníamos desparramada la jente por sus alojamientos, ¿qué diré? nos sobrecojieron por nuestras viviendas, se nos apoderaron de los caballos y nos mataron á mas de mil individuos; y así tan solo nos quedaron doscientos y seis caballos y tres mil trescientos y siete hombres de armas, entre caballería é infantería, de mar y tierra. Nos sitiaron luego con tan crecido jentío, que serian hasta catorce mil caballos y treinta mil infantes; por lo cual el megaduque Berenguer dispuso, como se hizo, que nos atrincherásemos en derredor de todo el arrabal de Galípoli.

«¿Qué mas diré? por quince dias muy cumplidos estuvimos con ellos en porfiada refriega dos veces al dia, con sumo y lastimoso quebranto nuestro. ¿Qué añadiré todavía? estando así cercados tan estrechamente, dispuso Berenguer que se habilitasen cinco galeras con dos bajeles mas en busca de refrescos y de dinero. Nos opusimos á este dictámen, diciéndole que era mas acertado el contrarestar á todo trance á nuestros sitiadores; pero él, como valeroso y práctico caballero, se hizo cargo de nuestro sumo peligro, y se aferró en hacer una llamada poderosa por la parte de Constantinopla, para regresar luego á Galípoli. Verificóse así, embarcándose con él tantas fuerzas, que en Galípoli no quedaron mas que Rocafort, senescal de la hueste, y yo Muntaner, comandante de la fortaleza, con cinco caballeros, á saber: G. Sischar, catalan, Ferrando Gorri, aragonés, Juan Perís, de Caldas en Cataluña, y Ramon y Jimenez de Albero. A la salida de Entenza echamos de ver que al todo entre caballería é infantería habíamos venido á quedar mil cuatrocientos sesenta y dos hombres de armas, entre los cuales doscientos y seis apeados, y mil doscientos cincuenta y seis infantes; y traíamos tal afan que desde la madrugada hasta la noche estábamos todos los dias peleando contra el sinnúmero de jente que nos cercaba (1).»

Conceptuaban los Griegos que, atónitos los Españoles con la muerte inesperada de su caudillo, se les haria obvio su degüello, ú por lo menos su arrojo de todo el Oriente. Lográranlo positivamente, á no estar ya resguardados con su plaza fuerte y aventajada de Galípoli; pero en medio de aquella sorpresa, y aunque dispersos por las aldeas y acantonamientos de Tracia, donde fenecieron muchísimos, como nos lo acaba de participar Muntaner, en sus mismos lechos, el teson de los demás contraresta luego el ímpetu de los matadores, que daban por consumado su atroz intento. Mataron por su parte los Españoles al vecindario de Galípoli; «los Catalanes, dice Paquímero, entran y degüellan hasta los niños (2).» «Sabedores los Latinos del asesinato del César, dice Nicéforo Grégoras, quitan desde luego de enmedio á cuantos encuentran, sin distincion de edad, en el interior de Galipoli, y en seguida echan el resto en la fortificacion de sus muros para resguardarse á todo trance (3).» En medio de tan sangrientas represalias, no se estrellan todavía absolutamente con la corte de Constantinopla, y antes de pasar adelante, al paso que se defienden con su pujanza jenial y bravía contra los embates alevosos de sus enemigos, envian diputados de su hueste al emperador Andrónico, á fuer de soberano, brindándole con la debida obediencia y pidiéndole al par satisfaccion por el agravio recibido en la persona de Rojer y de los suyos, peleando al estilo de aquel tiempo, diez de ellos contra diez Griegos, ó ciento contra ciento. Componíase la embajada, segun Muntaner, de un caballero llamado Siscar, del

(1) E ab ell Cabalier Berenguer Dentensa recullirensen tanta de jent quen Galipol no remas mes que en Berenguer de Rochafort, qui era senescal de la host, e yo R. Muntaner, que era capitá de Galipol. E no romangueren ab nos mas V. cavallers, so es a saber en G. Gischar, cavaller de Cathalunya, e en Ferran Gorri, un cavaller Daragó é en Joan Peris de Caldes de Cathalunya è R. e Xamen Dalbero. E reconognen quants eram, com en Bñg. Dentenza fo partit de Galipol, e trobam que erem, entre de caball e de peu, mil CCCCLXII homens darmes, dels quals erem da caball CCVI que no haviem pas cavalls, e mil CCLVI homens de peu. E axí romanguem en tal dolor que tots dies teniem del mati al vespre, lo torney dels defora ab nos (Crónica. etc., c. 215).

(2) Paquimero, sobre el año.

(3) Nicef. Gregor., l. c.

adalid Pedro Lopez, de dos almogávares y de dos marineros, como representantes de todo su ejercitillo.

«Es muy cierto, dice Muntaner, que muerto el César, venidos ellos contra nosotros y sitiándonos en Galípoli, convinimos todos en que antes de dañar al emperador, lo debíamos retar y acusar de falto de fe, en cuanto habia hecho contra nosotros; como tambien que este reto y acusacion se debian verificar en el mismo Constantinopla y á presencia de los concejales de Venecia, procediendo en todo con documentos públicos. Acordóse pues que Siscar, caballero, Pedro Lopez, adalid, dos comandantes almogávares y dos cómitres, saldrian en una embarcacion de veinte remos de parte de Berenguer de Entenza y de todos, y así mismo se verificó. Llegados á Constantinopla, allí ante los concejales referidos de Venecia, retaron al emperador, acusándolo de falto de fe, y pregonaron que diez contra diez y ciento contra ciento estaban prontos á comprobar que malvada y alevosamente habia hecho matar al César y á sus acompañantes, que habia dispuesto correrías contra la hueste sin previo desafío, y que así habia quebrantado el juramento, y desde aquel punto se desentendian de su persona. Y de todo esto sacaron testimonio, repartiéndolo por abecedario y llevándose y dejando copias fieles y auténticas en manos de dichos concejales.

«Disculpóse el emperador, continúa Muntaner, protestando que no habia hecho tal, como si pudiera caber disculpa, y mas habiendo hecho matar en el mismo dia á cuantos Aragoneses y Catalanes habia en Constantinopla, como tambien al almirante Ferrand de Aones (1).»

Sea pues que el bizarro y esclarecido reto que con ufana sencillez refiere Muntaner, encolerizase mas y mas el ánimo imperial, ó sea que, como lo afirma Paquímero, se desencadenase el desenfreno popular, el vecindario de Constantinopla se enfureció y degolló á cuantos Catalanes y Aragoneses pudo haber á las manos. Ferrand de Aones, quien, como se dijo, habia sido el conductor de la esposa del César á Constantinopla, al partir este para Andrinópolis, permanecia aun en casa de su suegro Raul el Grueso, deudo cercano de la familia imperial. Pidió el pueblo á Raul que le entregase cuantos Españoles tenia consigo, y no condescendiendo desde luego, le incendiaron la casa. Feneció allí Ferrand de Aones en las llamas, con su familia y compañeros, como guerrero dignísimo de mejor suerte (2).

Faltaba aun allá una tropelía nueva y horrenda para estremar de remate la ira de los Españoles encerrados en Galípoli, y era el asesinato de los mensajeros enviados á Constantinopla, como se verificó en Rodosto. Pudo haberlo acarreado un mero acaso, esto es, que probablemente el emperador ninguna órden tenia dada al intento; mas era tal á la sazon el destemple jeneral de los ánimos, que todo lance tenia visos de muy premeditado. Veamos pues cómo se vino á cometer aquella atrocidad, segun Muntaner.

Practicada su dilijencia, suplicaron al separarse al emperador que les proporcionase escolta para su regreso hasta Galípoli, como se verificó; pero llegados al pueblo de Rodosto, la misma escolta los hizo prender, siendo hasta veinte y siete entre Catalanes y Aragoneses, y luego los descuartizaron á todos en el mismo matadero, colgando despues acá y acullá sus trozos. Se deja discurrir cuanto se vino á tiznar el em-

(1) Ramon Muntaner, l. c.

(2) En vano se empeña Paquímero en hablar de traiciones, pues sus cargos aereos no tienen asomo de fundamento, y dejan muy cabal el cariño que se cobra al valerosísimo almirante catalan. Cuenta pues así este acontecimiento (lib. VI, c. 26): Habia el emperador acojido propiciamente al Catalan, recienvenido para rendirle su acatamiento, y como al trocar de traje y de propensiones, lo tenia estrañablemente persuadido de su lealtad, le habia condecorado con el cargo de almirante, casándolo con una dama de alcurnia esclarecida, hija de Raul, apellidado el Grueso. Trataba de confiarle un bajel latino, tripulado con jente asalariada, y en ánimo de enviar luego otros varios. A su propartida, se llegó el cómitre á noticiar al emperador como habia visto mas de cincuenta almogávares armados y tendidos por la bodega, lo que se comprobó ser muy cierto, y así quedó descubierta la alevosía del almirante. Con esto se le prendió con cincuenta soldados, escapándose otros al eco de la traicion que se fué divulgando por la ciudad, y suscitando mil quejas contra las tropelías cometidas por los Catalanes, achacando todos aquel desman al descuido en mantener bajeles siempre listos para las ocurrencias, sin tener que acudir á los estranjeros. Reúnense entretanto los estranjeros moradores de Constantinopla con motivo de las noticias infaustas que van llegando de sus respectivos paises, contra las cuales no hallaban mas arbitrio que el degüello de los Catalanes, pero hallándose á buen recaudo cuantos se habian guarecido con los Jenoveses, se atropellan sobre la casa de Raul, donde les consta que hay algunos refujiados, y no cabiéndoles el allanarla, al ver que no se les entregan, entónces la incendian y la reducen á cenizas. Defiéndense los Catalanes denodadamente, mas no alcanzan á contrarestar la muchedumbre enfurecida, y fenecen todos á hierro y fuego.»

perador con tamaña crueldad, y con sujetos condecorados bajo el concepto de mensajeros públicos..... pero desahóguese todo pecho pundonoroso, pues luego vino el desagravio y escarmiento ejemplarísimo, con el auxilio de Dios, que nos proporcionó una venganza sin igual (1).

Llega la noticia de trajedia tan sangrienta á Galípoli, y abrasados todos en el afan de aquella venganza decantada por Muntaner, salen, talan y asuelan el territorio enemigo, matan á diestro y siniestro á los Griegos, sin escepcion de clases ni edades, resueltos á guerrear implacable y mortalmente contra el imperio.

Risueña se muestra la suerte con los Españoles, pues en aquel arduo trance de poner en planta su intento segun el ánimo de Berenguer de Entenza, Don Sancho de Aragon, hijo de Pedro III, yal parecer de una Sarracena (2), asoma impensadamente sobre la isla de Lesbos, con una escuadra de diez galeras. Sabedores los Españoles de su llegada, le envian diputados, suplicándole que pasea Galípoli, para rendirle su acatamiento en nombre del rey de Sicilia. Acude Don Sancho y le reciben con ímpetus de sumo regocijo; pero ya que le preocupasen sus propios intentos, ó que desconfiase del éxito de sus compatricios, pronto se desavino con los caudillos españoles. Un tal Garcia Lopez de Lobera recibió en su nombre el homenaje á favor del rey de Sicilia; para quien la tropa le nombró diputado, como tambien á Ramon Marques, ciudadano de Barcelona, y Ramon de Copons, oficial de los almogávares, para recordarle los servicios antiguos de la hueste española é implorar su auxilio. Prometió al pronto Don Sancho su arrimo á los Españoles al mando de Berenguer de Entenza, y reconvenido con su palabra, se desentendió alegando que no traia tal encargo, y mas estando su hermano Federico en paz con el emperador Andrónico. A pesar de sus conatos, la pujanza arraigadísima de los Españoles preponderaba mas y mas, siempre muy ajena de influjo estraño. Adviértese desde luego en cuantos acontecimientos van á sobrevenir la suma particularidad con que descuella aquel menguado ejercito, desentrañando de sí mismo todos los móviles de sus briosas operaciones, y despejándose á diestro y siniestro y por sí solo el campo anchuroso de su carrera esclarecida.

Desaparece Don Sancho y entabla Berenguer su empresa. Da la vela con cinco galeras, dos leños ó barcas de remos y diez y seis barcos, llevando consigo ochocientos infantes y cincuenta caballos, encaminándose á la isla de Mármora, llamada Propontida por los antiguos. Desembarca con su jente, lo lleva todo á fuego y sangre; nada de presas, ciñéndose á destruir y arrasar, vengando así tan afrentosos desafueros. Revuelve luego Berenguer sobre la costa de Tracia, apresa un sinnúmero de naves, embiste á Heraclea, la antigua Períntes, llamada por Muntaner, Recrea, ciudad considerable, á solas ocho leguas de Constantinopla, la da á saco y hace una presa infinita. Sabe Andrónico aquellas noticias cuando conceptúa que los desaforados Catalanes se hallan ya navegando para Sicilia. Envia, para atajarles aquella carrera asoladora, al déspota Calo Juan con cuatrocientos infantes y otros tantos caballos. Sábelo á tiempo el adalid español para providenciar lo conducente; ya está reembarcado, pero hace alarde glorioso de ir en su busca y desembarca de nuevo. Traba denodada refriega, y aun siendo mas los enemigos, la valentía española los arrolla. En pocas horas queda la hueste de Calo Juan destruida ó dispersa, salvándose el príncipe á duras penas en Constantinopla, donde es el pavor tan sumo, que Andrónico permite que se arme el vecindario. Ya se conceptúa á Berenguer asomado á la capital, y en ademan de tratarla como á las demas ciudades asoladas y encendidas. Su postrera victoria es del 31 de mayo de 1307, y reunidas sus tropas en Galípoli, se está temiendo que en pocos dias se van á presentar sobre Constantinopla. Mas no cabia en la cordura de Berenguer el aventurarse á tamaña empresa con fuerzas tan escasas como las suyas, y su plan se vinculaba en inutilizar ó apurar cuantos buques paraban en su puerto y por aquella costa. cuando un revés de la suerte le vuelca sus intentos, dejándolo para siempre en inaccion, encaminando la guerra por el rumbo que habia estado apeteciendo Berenguer de Rocafort.

Ya Entenza, á impulsos de su arrojo, amanece sobre la capital el 4 de junio, cuando el primer destello del sol le patentiza una escuadra de diez y ocho velas que asoma por el rumbo de Galípoli, allá por retaguardia de sus aguas, entre Planido y Ganor. La avista, se conceptúa cortado, dispone su defensa, todo en el mismo instante. Se acodera aproado á tierra, y presenta con sus popas una línea mas anchurosa para su defensa. Se adelantan los conceptuados enemigos, se reconocen mutuamente, y son las re-

(1) El mismo.

(2) Es el mismo hermano natural del rey de Sicilia á quien están nombrando de contínuo los historiadores griegos; y que debia, segun los Jenoveses, á lo que refiere Paquímero, derribar del trono á los Paleólogos, y apoderarse del imperio de Oriente, en nombre de Federico de Sicilia. Véase Zurita, anales de Aragon, l. VI, c. 4.

cien vistas naves jenovesas con riquísimos cargamentos que van á desembarcar ya en Pera, ya en las demás factorías del oriente (1). Saludan los Jenoveses á los Españoles, quienes con esta demostracion arriman las armas, resultando coloquios mas ó menos familiares, en los cuales Entenza se esmera mañosamente ora en granjearse el ánimo del caudillo jenovés, ora en desviarlo decorosamente; mas este acechaba pretestos para apropiarse la escuadra española con todas sus presas, rebosando su astucia y disimulo con el disfraz de la llana confianza. Para comunicarse mas ejecutivamente propone el Jenovés á Berenguer que pase á visitarle; pero este titubea, mas como Odoardo Doria, pues así se llamaba, repetia mil protestas de no haberle de resultar daño alguno, y por cuanto aquellas demostraciones recaian sobre la mediana armonía que mediaba á la sazon con los Jenoveses de Pera, inclinándoseles en los varios alborotos anteriores, conceptúa Entenza todo recelo como ajeno del trance, y que su denuedo personal seria siempre el árbitro en aquel conflicto. Agasájale en estremo el Jenovés con acatamientos y opíparos banquetes; y mostrándose ansioso de enterarse cabalmente del estado de las relaciones que median entre los suyos y el imperio griego, se esplaya el campeon aragonés sobre el particular, informándole de que por un disturbio reciente se habian deshermanado de su antigua intimidad, hasta el punto de tener entónces cerrado el puerto de Constantinopla para los Jenoveses. Con este antecedente se esmera Entenza en granjearse el ánimo del almirante; mas este, ufanísimo con su coyuntura, con la vista clavada siempre en las presas que atesoraba la escuadrilla española, aparenta dar por sentado todo aquel pormenor, brinda por su salud, y va dilatando el coloquio y la funcion hasta el anochecer. Envia entretanto reservadamente una galera para enterar de todo aquel caso al podestá jenovés en Pera y pedirle dictámen. Adormécese entretanto Entenza; y en vez de dispertarle, los Jenoveses, con la órden que reciben por contestacion á su mensaje de prender al convidado y avalorar la coyuntura, sorprenden, desarman y aherrojan á Entenza y embisten sus naves, y por mas que tropiezan con una resistencia inesperada, defendiéndose los Almogávares desesperadamente, y matándoles doscientos hombres antes de apoderarse de cuatro galeras, por fin las afianzan. La quinta, mandada por Berenguer Villamaria, logrando algun desahogo para el contraresto, se defiende con tantísimo teson por sí sola contra diez y seis, que fenecen hasta trescientos Jenoveses mas en aquel nuevo trance, apoderándose al fin tras la muerte de su capitan y de toda su tripulacion; y así con aquel revés de la suerte tan sumamente impensado, queda Entenza preso, y su escuadra con cuanto lleva para en manos de un vil alevoso, atropellador del pundonoroso heroismo (1).

(1) Que venia á Constantinopla, dice Muntaner, para luego embocar el mar mayor, esto es, el mar Negro.

(1) Los historiadores griegos refieren, por supuesto ó su modo y rebosando de alborozo, el apresamiento de la escuadra española, como si tamaña tropelía fuese parto de los Griegos, y luego muy honorífica para sus ejecutores. «Luego que los Latinos quedados en Galípoli, dice Nicéforo Grégoras, supieron la muerte del César, se dispararon matando al vecindario entero del pueblo, y robusteciendo sus muros, se resguardaron muy á su salvo. Dividiendo luego sus fuerzas, completaron el armamento de sus treinta galeras al mando de Berenguer de Entenza, con el encargo de asechar cuantas naves asomasen por los estrechos del Helesponto para apresarlas con sus cargamentos griegos. La otra mitad se arrojó sobre la Tracia para andar dia y noche saqueando sus aldeas. En cuanto á la armada de Berenguer, pronto quedó, gracias á Dios, esterminada, pues tropezando con diez y seis galeras jenovesas muy pertrechadas por temor de los piratas, todos fueron sumerjidos ó muertos (los de Berenguer), quien quedó tambien preso y luego vendido á los suyos.»

«Diez y seis naves cargadas de mercancías aportaron bonanciblemente con viento del sur, dice por su parte Paquímero (l. VI, c. 27), cuando menos se las esperaba. Habian los Catalanes acometido á nuestra marineria en el puerto de Rejio, y para mas y mas aterrarlos les fueron empalando algunos niños, y luego abrasando á unos y haciendo servir de acémilas á los otros, los mataban atrozmente. Se estaban regalando con tamañas humanidades, cuando avistan bajeles jenoveses, que al pronto conceptúan sicilianos, y enloquecen de gozo soñando que en incorporándose todos. van á tomar al golpe á Constantinopla; mas al ver los pavellones jenoveses, desmayan, pero no por eso se desesperan. Por el contrario, esperanzaron contratar y hermanarse con ellos, pues no era de presumir que quisiesen aventurar las ventajas de su comercio. Recordaron tambien que los Jenoveses habian sido sus amparadores contra el enfurecimiento popular, enviándoles un buque cargado de abastos, y en castigo de habérselo apropiado los Griegos, habian muerto al comandante de las galeras del emperador, quien se vengara luego de aquella demasía, si las coyunturas le permitieran prescindir de su auxilio, teniendo que disimular tamaño desacato. Esperanzad

Entra la escuadra jenovesa á sus anchuras en Gálata, aclamada por la plebe de Constantinopla. Echa Andrónico el resto por apropiarse al preso Entenza, pero por mas ofrecimientos que le hizo, no lo pudo recabar, ya que Doria se abochornase de vender á sujeto tan esclarecido, ó ya que temiese la venganza de los reyes de Sicilia y de Aragon, siéndoles Berenguer vasallo esclarecido; y para resguardarlo de todo intento palaciego, le envió Doria á Trebisonda, donde tenian los Jenoveses factoría, y se lo trajo luego al regresar despues á occidente. En su tránsito frente á Galípoli, echaron los Españoles el resto para lograr el rescate de su caudillo, acudiendo Ramon Muntaner con el encargo de ofrecer hasta cinco mil monedas de oro. Doria, habiendo desairado ya al emperador griego, conceptuó que debia igualarlo con los Españoles para no ofenderle, y no cupo á Muntaner mas que la proporcion de entregar parte de aquel caudal, con ánimo de recurrir al intento á los monarcas de Sicilia y de Aragon. Vuelve pues Berenguer de Entenza al occidente para yacer penando en las cárceles del rey de Nápoles hasta que asome el trance de su rescate, y que su temple aventurero y el afan de venganza le repongan en su anhelado Oriente.

así los Almogávares, agasajan á los Jenoveses, todos atónitos al presenciar tantas cosas mal paradas con incendios recientes. Aportan, y Berenguer les va relatando sus aventuras, esmerándose en halagarlos para servirle y favorecerle. Díjoles que el emperador Andrónico estaba enojadísimo con ellos, por haber socorrido á los relijiosos de su nacion. Los Jenoveses, en vez de dar crédito á todas sus hablas, tienen la cordura de enviar por la noche una galera á Constantinopla y enterarse de la verdad acerca de los ánimos del emperador. Procura Entenza enconar contra este á los Jenoveses, ignorando tal vez que se habia reconciliado á la sazon con ellos ó bien aparentó no saberlo. Llega la galera de noche, entéranse los encargados de todo, declaránse los Jenoveses contra los advenedizos, y por su parte el emperador, ansioso de terciar en el trance, ponia una porcion de sus tropas. Junta hasta diez mil hombres, los embarca y los coloca en crucero desde Constantinopla hasta Rejio. Antes del regreso de la galera destacada, traban ambos partidos una refriega por la noche, por cuanto les constaba que Berenguer, desahuciado de todo asomo de paz, habia brindado con sumas cuantiosas á los comandantes de la escuadra para que peleasen cobardemente. Al primer combate arrollan á los Almogávares, precisándolos á la lid. Quedan muchos muertos y heridos en el trance, pero salen victoriosos los Jenoveses, apresando todas las naves, menos una. Viendo Berenguer malogrado, su intento se rinde al caudillo de la armada enemiga, quien lo oculta en la bodega, donde estuvo solo y á buen recaudo mientras los demás peligraban en la pelea. En el mismo dia, último de mayo de 1307, se estuvo viendo la escuadra victoriosa atravesar el puerto al mediodía con el boato y la magnificencia correspondiente á tan ínclito logro; manifestado con sus pavellones enarbolados y grandiosos, y al contrario las naves enemigas abatidas, desaseadas y sin pavellones ni insignias. Llegada la escuadra á la ciudadela, en vez de encaminarse á Gálata, tomó el rumbo de la costa de San Foces, donde permaneció fondeada. Al dia siguiente, mostrando siempre las naves vencidas, se presentaron al emperador, quien los recibió con suma cortesanía, distribuyendo vestiduras á la oficialidad y víveres á la soldadesca, sin desprenderse nadie ni de sus prisioneros ni de sus despojos, sino por su valor. Propúsoles el emperador el ir á sitiar Galípoli; pero sin desmandarse, ni tampoco ajustar la paz, tomaron el rumbo del mar lázico (negro) con dictámen de algunos caudillos que habian tratado ya con los Catalanes, enviando aviso de todo á su pais. Ansiaba al emperador acabar con Galípoli, por saber que esperaban el auxilio de Federico de Sicilia, y aun de los Turcos.»

El esterminio de la escuadra española y el cautiverio de su caudillo brindaron al emperador Andrónico, en su dictámen, con proporcion obvia para de una vez aventar del Quersoneso de Tracia ó los estranjeros. Se hermana con los Jenoveses, quienes deben acometerlos por mar, dándoles sobre la marcha hasta seis mil escudos, pagados en barras de oro, segun Paquímero; pero los avispados mercaderes, antes de dar á la vela, ensayan el metal y echan de ver que Andrónico los engaña con un tercio de mengua, y le devuelven el total, y por mas que Andrónico se aviene á redondear y aun duplicar la suma, los Jenoveses, ya enterados de lo arduo del intento, y retraidos además por los enlaces políticos de su pais con los reyes de Aragon y de Sicilia, se desentienden al fin positivamente; y así se frustró aquella empresa, que, combinada con los embates por tierra, pudiera haber dado al través con el baluarte fundamental de la hueste catalano-aragonesa en Galípoli.

Quedó esta ya reducida á mil y doscientos infantes y doscientos jinetes, al mando de Berenguer de Rocafort; los adalides sobresalientes tras él eran Guillen Siscar y Juan Perez de Caldes, catalanes, Fernando Gori y Jimeno de Alvaro, aragoneses, y Ramon Muntaner, ya comandante de Galípoli. Deliberan sobre lo que conviene practicar tras la prision de Berenguer de Entenza, y variando los dictámenes, opinan unos por el abandono de Galípoli, pues tienen á demencia el intento de conservarlo, y retirarse á Les-

bos para desde allí poder infestar los parajes cercanos; pero la mayoría rechaza este dictámen, conceptuando de tan suma entidad la defensa de aquel punto, que viene á declarar cobardes y traidores de antemano á cuantos no echasen el resto en aquel empeño; y aun se acuerda, para zanjar todo arbitrio de retirada por mar, el destrozo de cuantas naves les quedan; siguiendo el ejemplo de Agatócles, pero aquel rey de Sicilia estaba capitaneando á treinta mil hombres, y se hallaba en otra situacion que el senescal Berenguer de Rocafort.

Destruidas las naves, se conceptuó imprescindible el plantear una disciplina esmeradísima, cabiendo el mando de caudillo á Rocafort, con la asesoría de doce consejeros, votados por toda la hueste, para que se mostrasen mas autorizados, siendo en realidad superiores al senescal, puesto que este no podia menos de atenerse á sus unánimes disposiciones. Estamparon un sello con el rostro de San Pedro, con este rótulo: *Sello de la hueste de los Francos que están reinando en Macedonia* (1). Por este medio les cabia el ir juntando reclutas, por cuanto el nombre de Francos era mas sonado y temido que el de Catalanes. En seguida se atendió á pormenores de menos entidad, pero encaminados todos al interés jeneral, y luego Rocafort dispuso una salida contra el ejército sitiador.

Descollaban siempre los Españoles en cuantas escaramuzas habian venido á trabarse hasta entónces; mas feneciendo siempre muchos, la huestecilla iba siempre á menos con aquellos reencuentros; por tanto el salvamento de todos se cifraba en la contingencia del conjunto. Antes de salir la tropa por las puertas, se enarbola un estandarte, con la estampa de San Pedro, en la torre mayor de Galípoli; arrodíllase entónces toda la línea, y tras breve plegaria al santo, invoca el auxilio de la Vírjen María; y al entonar el Salve Regina, sobreviene un nubarron que entolda y remoja á la tropa arrodillada, mas de

(1) Sagell de la host des Francs, que regnen lo regne de Macedonia (C. 226). No diferencia Muntaner la Tracia de la Macedonia. Lelauliu, Galípoli, en la Tracia marítima, era la capital del reino de Macedonia, cuyo señor fué Alejandro, quien nació allí mismo. Es tambien Galípoli en la marina, dice, la capital del reino de Macedonia, como lo es Barcelona en Cataluña por la marina, y Lérida en tierra firme. (De Galípol vull que sapiats que es cap del regne de Macedonia, don Alexandre fo senyor et hi nasqué, e axi Galipol es cap en la marina, del regne de Macedonia, axí com Barcelona es cap de Catalonya en la marina, et en la terra firma Lleida). Capítulo 224.

improviso se despeja de estremo á estremo el ambiente; fenómeno que es para los Españoles prenda cierta de la victoria. Duermen la noche siguiente sin zozobra, y á la madrugada, domingo, 21 de junio, salen de su recinto en demanda del enemigo.

Avisan á este sus avanzadas aquella novedad, y sale al encuentro con ocho mil caballos y mayor número de infantes. Resguardan á los aventureros su caballería por la izquierda y un pantano por la derecha. Juan Perez de Caldes, caballero catalan ya veterano, es el alférez tremolador de la bandera de Aragon, Fernando Gori de la de Sicilia, y Jimeno de Alvaro de la de San Jorje, poniendo Rocafort la suya en manos de Guillen de Turbi. Los apostados en las torres de Galípoli debian dar la señal del avance, por cuanto divisaban mejor á los enemigos al desembocar de sus desfiladeros. Adelántanse los valientes al cerro donde tiene sus reales el enemigo, el cual se mantiene gallardamente y sin ejemplar en ademan de contrarestar el avance, en tanto grado, dice Muntaner, que en tan sumo trance conceptuamos por demasiado costoso nuestro intento; pero entónces se levanta un alarido entre nosotros, y á un mismo tiempo á la falda del cerro, y á una sola voz gritamos: «¡A ellos, á ellos! ¡Aragon, Aragon! ¡San Jorje, San Jorje!»

Dales nueva pujanza el grito de San Jorje; ensangriéntase la refriega, pero dura poco rato; pues huye el jeneral búlgaro Brosilao, y se jeneraliza la derrota, en términos que cuesta gran trabajo á los Españoles el ir matando á cuantos encuentran; parte de los fujitivos intentan salvarse por el mar, y recargando las lanchas, se van á pique. Jamás hubo victoria mas completa, y la noche puso por fin término á la matanza, pues los Españoles no se acordaron de los despojos; retíranse á Galípoli á deshora, remanecen á la madrugada en busca de la presa desatendida la víspera, y emplean mas de ocho dias en su acarreo á la plaza. Vestiduras de seda, armaduras riquísimas, joyas de toda especie, tres mil caballos, y tantísimos abastos que les sobraron por largo tiempo, fueron el premio de su arrojo, quedando el ejército griego destruido ú disperso. El malogro de los Españoles fué casi ninguno, reduciéndose á un jinete y pocos infantes; y aun cuando se descreyese á Muntaner, los acontecimientos sucesivos vendrian á corroborarlo, siguiéndose luego á esta victoria otra mayor y mas esclarecida (1).

Sonó luego el eco de aquel encuentro por

(1) Compárese Ramon Muntaner, l. c., con Paquimero, c. 30.

Constantinopla, y para consolarse de tamaño descalabro, dijeron que no sucediera tal, si mandara la batalla el heredero del solio. Vinculáronse las esperanzas de todos en el emperador jóven Miguel; y previendo que cuantos Españoles se mantenian ocultos acudirian á los pendones de Rocafort, y que aun recibirian quizás auxilios de Aragon y de Sicilia, se acordó desasosegar mas y mas á los vencedores, y aventurar segunda refriega agolpando las fuerzas todas del imperio.

Sábelo Muntaner por una Griega, que era su espía; y sus compañeros, ardiendo mas y mas en denuedo, y pagados de que ningun ejército del orbe les ha de servir de contraresto, abrigan el arrojo de no esperar á los Griegos en Galípoli, sino de ir en su busca hasta el mismo Andrinópolis, su punto de reunion. Queda tan solo en Galípoli la guarnicion precisa para el resguardo de los tesoros granjeados en el postrer lance, y las demás tropas, en número ya de tres mil hombres, con el aumento que les habia proporcionado su triunfo anterior, salen á campaña. Tala y destruccion es todo el rumbo por cuantas partes de la Tracia van recorriendo, y llevándolo todo á fuego y sangre, llegan al anochecer ante una montaña que les ataja la vista del terreno; traen los descubridores la noticia de que asoman muchas fogatas á la traspuesta; se formaliza el reconocimiento, se cojen dos prisioneros griegos, y cuentan que el emperador jóven Miguel, con seis mil caballos y proporcionada infantería, se halla aposentado entre los pueblos de Apros y de Cipsela, esperando todavía refuerzos para encaminarse á Galípoli. Enterados cabalmente los adalides, tratan de entablar un ataque nocturno, pues al amanecer se ha de hacer patente la cortedad de sus fuerzas; mas luego se hacen cargo de que el soldado necesita algun refrijerio para luego batallar con acertado desempeño.

A la madrugada, resplandece el sol, confiesan y comulgan los Españoles, trepan á la cumbre que los separa del enemigo, se escuadronan con la infantería en un solo cuerpo, y la caballería en tres, para cubrir con dos entrambas alas, y retener el tercero en reserva para lo que requiriese el trance. Otean desde la altura la hueste enemiga de estremo á estremo; han llegado los consabidos refuerzos por la noche, y Miguel va colocando los suyos con suma eficacia. Divide en cinco porciones su infantería, al mando de su tio Teófilo, caudillo de la milicia oriental; á la izquierda va la caballería alana y la turcópola, mandadas por Brasilao: los caballos traces y macedonios, que eran los mas conceptuados, acuden á la derecha, acaudillados por el heteriarca. El emperador en persona se coloca en medio de la reserva, para disponer las operaciones acorde con su hermano menor, quien va recorriendo las filas y encargando á todos su respectivo y animoso desempeño.

Al presenciar entrambas huestes, se hacia muy obvio que tantísima desigualdad no podia menos de redundar en descalabro de los escasos Españoles; pero luego el desengaño evidenció aquella verdad notoria de que el denuedo, y no el número, es el árbitro de las batallas.

Marchan los Españoles bizarramente en demanda del enemigo, descolgándose desde luego los almogávares sobre Alanos y Turcópoles, quienes, muy mal pagados y por tanto descontentos, huyen á carrera. Traces y Macedonios están contrarestando el embate de los Españoles á la derecha; mas apenas flanquean los almogávares la infantería enemiga, imposibilitan toda resistencia. Asemejóse nuestra hueste desde aquel punto, dice Nicéforo, á nave engolfada que al embate del huracan tormentoso se hunde allá con su arboladura y su velámen destrozado. Es tan horrorosa la matanza de Griegos por los almogávares, que aun aquella mejor caballería huye desaladamente hácia Cipsela. Insta en vano Miguel á los suyos que se mantengan con teson, dales en vano gallardo ejemplo, engolfándose en lo recio de la refriega y acuchillando personalmente á un Español; dispárase ya la derrota jeneral, y deteniéndose Miguel todavía, el venablo de un almogávar le traspasa y vuelca el caballo, y al arrojarse los Españoles á destrozarlo, por fin un sirviente que se hace matar á su lado lo salva con jenerosidad heroica (1).

Está ya á todas luces perdida la batalla, y Miguel á ciegas no acaba de darla por desahuciada, esperanzando siempre contrarestar á tan corto número de valientes; insiste mas y mas en rehacer su jente, pero al fin desengañado de que nadie le obedece, se introduce en Apros, plaza medianamente fortificada, desde donde participa á su padre aquel fracaso. Pero estaba Andrónico tan acostumbrado á semejantes desastres, y su ciega piedad le esplicaba tan fácilmente sus causas, que no supo hacer otra cosa mas que reconvenir á su hijo por la locura con que, trascordando la salvacion del imperio, habia querido dar el ejemplo en un trance decisivo.

Temen los Españoles alguna asechanza y no acosan á los vencidos; particularidad felicísima para nosotros, prorumpe Paquímero, pues en su mano estuvo el guadañar aquellos restos de

(1) Dice Muntaner que salió herido en el rostro de un chuzazo.

nuestra hueste. Permanecen junto al campo de batalla, y la madrugada siguiente les muestra su colmado triunfo. Tratan luego de sitiar á Apros, de donde ha huido ya Miguel con la oscuridad de la noche, y posesiónanse luego de la endeble fortaleza, donde se detienen ocho dias para rehacerse de sus afanes. Habíales costado, segun Muntaner, la última batalla tan solos veinte y seis infantes y nueve caballos, al paso que los Griegos perdieron hasta diez mil caballos y quince mil infantes. Abultadísima parece esta diferencia; pero consta que, tras refriegas tan reñidas y sangrientas, siguieron siempre los Españoles componiendo una hueste (1).

Resulta antetodo tras la batalla de Apros una sedicion tremenda en Andrinópolis, pues al sonar la prepotencia esplendorosa de los Españoles, los Catalanes que desde la muerte de Rojer yacen penando en mazmorras se envalentonan y echan el resto para salvarse y acudir al llamamiento de sus compañeros. Son sesenta y logran de mancomun el abrir su calabozo que está en una torre, cuya puerta principal se empeñan luego en echar á tierra; pero es muy recia, y queda frustrado su intento. Trepan á lo alto por ver si logran descolgarse; mas no cabe quedar con vida al llegar á tierra; entretanto suena su tentativa, y acude un tropel de curiosos y guardas. Arrójanles los Catalanes cuanto puede hacerles veces de armas; pero se agolpa el vecindario, trae leña para abrasar con la torre á los presos; mas su teson contraresta la furia de las llamas; arrójanles toda su ropa á fin de apagarlas, mas no lo consiguen; se abrazan por despedida, se persignan y se lanzan desnudos al centro de la hoguera. Dos hermanos, aun mas de corazon que de nacimiento, enlazándose estrechísimamente, se derrocan desde lo alto y fenecen al caer; pero advierten que uno muy mozo se contiene antes de arrojarse, con el pavor del trance, y como en ademan de avenirse á vergonzosa servidumbre; pero lo tiran al incendio, conceptuando ponerlo en salvo al rematarlo; y á tamaño estremo los redujo su desesperacion (2).

Los vencedores regresan de Apros á Galípoli, con toda la Tracia patente á sus correrías. Las ciudades, sin quedar absolutamente preservadas de los quebrantos de la guerra, servian á lo menos de resguardo certero contra el número cortísimo de los Españoles; al paso que las campiñas eran suyas sin contraresto; y así sus moradores se iban mas y mas agolpando en ciertos recintos con sus haberes, y con aquel recargo de vecindario acarrearon escaseces mortales, y mas con el malogro de las mieses asoladas por la soldadesca. Pavoroso es el cuadro de aquella temporada en los escritores griegos, sin que asomen visos de la menor exajeracion, esplayándose los Españoles en sus correrías hasta Marronea, Ródope y Biza. Estaban desiertos pueblos y aldeas, y exánimes hasta los ejidos y jardines de las ciudades, yendo siempre á mas el desenfreno soldadesco al par del trémulo pavor de los naturales. Avasallaron la Romanía entera, siendo para los Griegos una especie de *coco* ú espantajo tal, que en voceándoles *los Francos,* andaban acá y acullá despavoridos corriendo sin saber á dónde. Llegaban diariamente cabalgando hasta las mismas puertas de Constantinopla. Acaeció un dia que un almogávar llamado Perico de Nádara, habiéndose jugado cuanto tenia, carga con sus dos hijos, y sin mas acompañamiento, llega á una puerta de Constantinopla en busca de aventuras. Tropieza con un mercader jenovés, acompañado de su hijo. Los prende y se los lleva á Galípoli sin resistencia, y se los tiene presos hasta que le paguen de rescate 1,500 escudos para costear sus deudas. Muntaner va refiriendo un sinnúmero de lances de igual cuantía (1).

Pero aquellos actos individuales suponian poco á la hueste mientras no vengasen la muerte de sus diputados en el vecindario de Rodosto, y este era el asunto predilecto de toda la tropa desde su regreso á Galípoli. Ardua se hacia la empresa, pues cae Rodosto á veinte leguas de Galípoli, y habia que internarse para revolver luego hácia la orilla del mar, mediando en el tránsito crecidas poblaciones; reflexiones en verdad tremendas, pero la ira lo arrolla todo, y mas conceptuando que los Rodostanos, ufanos con su situacion, estarian muy ajenos de todo recelo. Están acordes, emprenden la marcha, y para afianzar mas el logro, se encaminan á trozos por varios rumbos. Consiguen su intento, pues al amanecer, yaciendo aun el vecindario en profundísimo sueño, escalan los Españoles el muro, y luego dueños de todo el recinto, degüellan á diestro y siniestro hombres, mujeres y niños, al mismo tenor que habian allí tratado á sus mensajeros, sin el menor contraresto en su matanza. Tan pavorosa fué aquella venganza,

(1) Véanse Ramon Muntaner, c. 221; Paquímero, l. VII, c. 39, y Nicéforo Grégoras, l. VII, c. 4.

(2) Paquímero es quien, tras la batalla, nos refiere tamaño rasgo del arrojo de los Catalanes, el cual era dignísimo de sonar en la crónica de Muntaner; relacion que compone el c. 3.º del l. VII de Paquímero.

(1) Ramon Muntaner, l. 221.

que aun mucho despues, por los mismos paises, la maldicion mas tremenda que cabia contra un enemigo era: *«¡así la venganza de los Catalanes te caiga encima!»*

Tomado Rodosto, se apoderan los vencedores de un pueblo á media legua, llamado por Muntaner Panido, con la misma facilidad, tratándolo con idéntico desenfreno. No incendian uno y otro, pues los conservaron los adalides como puntos de entidad para atacar á Constantinopla. Poseidos entrambos, dice Muntaner, juzgaron oportuno trasladarse allí todos, con mujeres, niños y mancebas, menos yo que hube de permanecer en Galípoli con la marinería, cien almogávares y cincuenta jinetes, moviéndolos al intento el hallarse en Rodosto y Panido á veinte leguas no mas de Constantinopla (1).

Habíase Ferrand Jimenez de Arenas separado, desde la primera campaña, con la jente del megaduque Rojer en Astaki; y alistado en el servicio del duque de Aténas, le habia auxiliado poderosamente guerreando contra sus vecinos; mas al oir los portentos obrados por sus compatricios acaudillados por Berenguer de Rocafort, se embarca con los restantes de los suyos para terciar con ellos en peligros y en nombradía. Aporta impensadamente en Galípoli, en una galera que traia ochenta guerreros de valentía incontrastable. Recíbele Muntaner con los brazos abiertos, y le proporciona cuanto necesita en caballos, armas y ropa; se le alistan algunos voluntarios, y sale á campaña con trescientos infantes y sesenta caballos. Avístase en Rodosto con Berenguer de Rocafort, quien le aconseja que se sitúe por las cercanías de Constantinopla, por cuanto los de Rodosto están todos hambreando. Atraviesa entónces Arenas el rio llamado por los antiguos Yalinia, y va talando las aldeas en derredor de la capital; sitia á la ciudad de Maditos al mediodía de Galípoli, hácia la marina; pero conceptuando sorprenderla, malogra su intento, pues habia murallas de resistencia y elevacion, y tenia de guarnicion setecientos hombres que nunca podian carecer de víveres, por cuanto no cabia atajarle la comunicacion con el estrecho. No por eso se desalienta Ferrand, y aposentándose junto á la puerta principal con su huestecilla, está acechando la coyuntura de arrollarla, mas con el intento de emplear su soldadesca que esperanzado de salir airoso con la empresa. Habia asestado un ariete contra el muro, y no advirtiendo el menor adelanto, lo deja; pero abastecido colmadamente de comestibles por Muntaner, aguanta hasta ocho meses en aquel empeño. Por fin, un dia festivo de julio, desamparando los centinelas sus puntos, alborotado y revuelto el vecindario, está resonando la música por todas las calles, cuando Arenas, enterado de todo, se aprovecha del trance arrojadamente. Manda á cien soldados correr con escalas y trepar á las almenas, mientras asalta con los demás la puerta; hasta sesenta de los primeros se encaraman venturosamente sobre el muro, y se aposentan en tres parajes dominantes. Los Maditenos se embullan, y embisten ufanos al cortísimo número de mentecatos que como á viva fuerza se han metido en el recinto. Traban refriega con ellos, cuando logra Ferrand quebrantar la puerta y entrar en la ciudad por otro punto. Embestido entónces el vecindario por la espalda, huye y sigue peleando por las calles, pero torpe y escasamente, arrollándolo mas y mas los Españoles, de modo que al anochecer ya habian los mas acudido á la marina y embarcádose para Constantinopla. Así se posesionó Ferrand Jimenez de aquella plaza, relacionándose en intereses con Berenguer de Rocafort, sin que su roce intimo en los negocios los deshermanase para sus respectivos intentos. Con esto se situó la hueste en tres puntos diferentes, formando una especie de gradería; Jimenez en Maditos, Muntaner en Galípoli, y Berenguer de Rocafort en Rodosto y Panido.

Era no obstante siempre Galípoli el apostadero céntrico de los Españoles en Tracia, donde se abastecia la hueste, y á donde acudian los traficantes de todas las naciones; y se deja discurrir que, en el desamparo de los Españoles respecto al universo entero, no cabia que Muntaner se des-

(1) Ramon Muntaner, c. 222; y Paquímero trae tambien los motivos que mediaron para trasladarse á Rodosto para dejar á Galípoli con guarnicion suficiente (l. VII, c. 3).

«Aconteció á la sazon á los Catalanes una novedad ventajosísima para sus intentos. Los Turcos asociados con ellos se empeñaron en que habian de partir las presas hechas en sus guerras de mancomun. Eran jinetes los Catalanes, y no quisieron promediar sus despojos con meros infantes, dándoles lo que les acomodase, con lo cual se indispusieron en términos que atravesaron el mar, desviándose los mas de aquel convenio. Se valen de un bajel griego, y en el tránsito tropiezan con Andrés Morisco, quien respeta á los Griegos y degüella á los Turcos. Corre la voz, y retrae á los demás Turcos de su desvio, estrechándose con los Catalanes y acompañándolos en la asolacion de la Tracia entera. Regresa Morisco á Constantinopla, y ascendido á almirante, cesó el pavor que causaba la escuadra griega, y dejando guarnicion en Galípoli, anduvieron Turcos y Catalanes talando el pais, matando á los hombres, arrebatando mujeres, niños y preciosidades, y saciando su afan, abandonaron muebles, abastos y gran parte de su presa.»

entendiese del roce con todos los estraños. Vivian pues nuestros aventureros como gavilla crecida de salteadores, dividida en tres cuerpos, y duró aquella situacion hasta cinco años. En urjiendo la necesidad ó el tedio, nueva correría, y á los quince dias estaba ya la soldadesca de vuelta, recargada de presos, en el paraje de donde habia salido. «Encabezaba Galípoli, dice Muntaner, el ejercitillo, permaneciendo yo allí con toda mi casa y mis secretarios, como comandante de la plaza, y mientras yo me hallaba allí, tenian todos que reconocer mi autoridad, desde lo sumo hasta lo ínfimo. Era además yo canciller y contador jeneral de toda la hueste (1), entendiéndose conmigo todos los secretarios de la hueste, de modo que nadie mas que yo sabia el número que componíamos entre todos. Constábame á mí por escrito la porcion de caballos encubertados, ó bien los armados á la lijera, y otro tanto sucedia con los infantes; arreglándose siempre las cabalgatas con atencion á mis rejistros, cabiéndome siempre el quinto de la ganancia en todas las correrías de mar y tierra. Tambien paraba en mi poder el sello jeneral, pues muerto el César Rojer y preso Berenguer de Entenza, todo el cuerpo habia hecho labrar un gran sello con el rostro del bienaventurado San Jorje, cuyo rótulo decia: «*Sello de la hueste de los Francos que están reinando en Macedonia.*» Y así fué Galípoli la cabeza de todo aquel conjunto, esto es, en los siete años que lo poseímos, y en los cinco estuvimos á boca que pides, sin asomo de sembrar, plantar ni arar jamás; y al agolparnos todos en Galípoli, me cupo en suerte el cargo de permanecer con mujeres, niños y cuanto correspondia al procomunal (2). Allí acudian cuantos necesitaban ropa, armas y otros renglones, hallándolo todo, y avecindándose los traficantes de toda clase. Hallábase en Rodosto y Panido Rocafort con toda la demás tropa, viviendo todos con riqueza y holganza. Ni sembrábamos, ni arábamos, ni teníamos que cultivar ni podar viñedo, teníamos cuanto vino requeria nuestro consumo, como igualmente trigo y avena, de modo que estuvimos cinco años á boca que pides. *Axí que V anys vixquem de renadiu.*»

Interesaba infinito á los Griegos el recobro de Galípoli, para atajar á los Españoles sus comunicaciones con el mar. Brindaba al parecer la empresa con su logro, por cuanto su guarnicion, sumamente escasa hacia mucho tiempo, estaba al mando de Muntaner, que no gozaba gran predicamento como guerrero. Mientras Andrónico estaba tratando de paz con los caudillos españoles, un tal Jorje de Cristópolis sale de Macedonia con ochenta caballos al intento de sorprender aquella fortaleza. Llega á hurtadillas hasta las cercanías y tropieza con varias carretas españolas cargadas con leña del bosque inmediato para el abasto de la plaza. Su conductor, el jinete español Marco, viéndose sobrecojido, manda á su jente que se oculte tras las paredes de un molino, y rompe á escape para tocar á rebato en Galípoli; corre Jorje tras él para llegar al mismo tiempo á las puertas, pero Marco, ducho en todos los atajos, le saca ventaja. La endeble guarnicion acude á las armas, y Muntaner sale con catorce caballos á reconocer al enemigo; lo embiste con tal denuedo que en poco rato quedan hasta treinta y seis soldados de Jorje destrozados ó rendidos. Huye Jorje, y Muntaner lo persigue hasta larga distancia, y vuelve al fin al pueblo con una porcion de presas, que va luego repartiendo con los suyos (1).

Por entónces Berenguer y Ferrand juntan sus fuerzas y se adelantan por la marina atravesando la Tracia, para apoderarse de una plaza tambien marítima que Muntaner llama Lestenaire (Stenayre). Matan, incendian y saquean, segun costumbre, y andando mas de doce leguas sin tropiezo, llegan á la ciudad, la toman por asalto, y en seguida apresan cuantas naves hay surtas en el puerto. Eran, al decir de Muntaner, hasta ciento y cincuenta, y entre ellas las cuatro galeras en que Ferrand de Ahones llevó á Constantinopla la esposa del César Rojer; las reparan para enviarlas á Galípoli, y abrasan todos los demás bajeles. Hartos ya de venganza, cargan sus muchas presas en las cuatro galeras rescatadas, y las envian á sus destinos. Rocafort y Arenas regresan sosegadamente á sus invernaderos, y cuanto vecindario quedaba todavía por los pueblos huye á emboscarse en las serranías. Estaba Andrónico tan desmayado, que ni aun se acordaba de reponer su ejército.

Estaban, además de los Españoles, asolando tambien el imperio los Alanos y los Turcópoles, retrayéndose siempre mútuamente, de modo que no se tropezasen jamás unos con otros; mas vivia siempre en ascuas el encono de los Españoles contra los Alanos, llevando siempre Rocafort clavado en el pecho el afan de vengar la muerte del César Rojer, siendo con efecto Jircon el matador con sus propias manos en Andrinópolis (2). Los Turcópoles, émulos mortales de los

(1) Maestre-racional ó de raciones, dignidad de la corona de Aragon, y que hermanaba en sí las incumbencias de tesorero y canciller del reino.

(2) Ramon Muntaner, etc.

(1) El mismo, c. 224.

(2) E apres a pochs de jorns metem nos tuit en cor en Rocafort e en Ferran Eximenis, e yo, e els altres,

Alanos, participaron á los Españoles como Jircon estaba tratando de volverse á Bulgaria; y Rocafort ideó al punto el intento de acometerle antes de tramontar las cumbres del Hemo, que á la sazon deslindaba la Bulgaria del imperio griego; pues se hacia espuesto el seguirle el alcance hasta sus propios dominios, ya por el jaez del territorio sumamente quebrado y escabroso, ya por el temple belicoso de los naturales, y ya por fin á causa de hallarse entónces los Búlgaros aliados con el emperador Andrónico.

Para la ejecucion de su intento, junta Rocafort á sus adalides en Panido, y acuerdan echar el resto de las fuerzas españolas, segun lo grandioso de la empresa, depositando las mujeres en Galípoli al cargo de Muntaner, dejándole doscientos infantes y veinte caballos de guarnicion.

Desagradó en gran manera á Muntaner aquel arreglo, por cuanto ansiaba alternar en peligros con los suyos en la nueva campaña; y para avenirle con su encargo, le manifestaron la suma confianza que á todos merecia, puesto que le constituian amparador de mujeres, niños y haberes. Ofrecióse un tercio de la presa á cuantos permanecian con él, sin lo cual, dice, nadie se quedara. Surtió tan poco efecto la promesa, que por la noche se marcharon varios de los nombrados al intento, reduciéndose la guarnicion de Galípoli con Muntaner á ciento treinta y tres infantes, siete marinos hechos almogávares, y siete caballos encubertados, que eran de su casa; pues á todos los demás tuvo á su pesar que franquearles el paso, ofreciéndole promediar con él cuantas presas les cupiesen con los siete caballos sobredichos; de modo que «vine á quedar,» dice candorosamente, «muy escaso de hombres, pero harto acompañado de mujeres, ascendiendo al todo á mas de dos mil entre unas y otras las quedadas conmigo (1).»

Sale la hueste de Panido en pos de los Alanos, y redobla sus marchas, pero noticiosos los enemigos, atropellan su retirada, aunque, empachados con mujeres y niños, que no se avienen á desamparar, tienen que entorpecer sus movimientos; por cuanto los Alanos viven á lo tártaro, sin avecindarse en ciudad, pueblo ni aldea. Los Españoles, en doce dias de marchas forzadas é incesantes, los alcanzan, aun antes de llegar a la falda del monte Hemo, pues sobre la tarde en el estío, la vanguardia señala el asomo del enemigo, componiendo, dicen, un cuerpo de seis mil infantes con tres mil caballos, siguiéndoles inmenso bagaje. Opinan Rocafort y Jimenez, no el retardar mucho la refriega, sino el dar algun tiempo á la tropa á fin de que pueda rehacerse, y así se suspende el trance, hasta la madrugada, providenciando el atajar á los Alanos é imposibilitarles todo jénero de movimientos.

Escuadrónanse los Españoles al amanecer; y los Alanos, que van á pelear ya para sí mismos, y no para el emperador, admiten el reto. Lo entabla Jircon su caudillo con mil caballos, siendo aquel primer estrellon tan formidable, que la caballería española tiene que cejar hasta los bagajes, donde á duras penas se resguarda, aunque con ventaja. Llegan ambas infanterías á las manos; pavorosa es la refriega; hecho de intento aparece el campo de batalla en anfiteatro por una vega del Hemo. Tras el encuentro de la caballería, asoman acá y acullá jinetes sin caballo, sable ni maza, y siguen peleando con garrotes ó á puñetazos. Estimula á los Españoles el afan de la venganza, y á los Alanos el de su conservacion; y no hay cejar sin fenecer. Descollaron por largo rato los Alanos, ó por lo menos pelearon con desahogo; pero como al medio dia muere el caudillo alano, le cortan la cabeza, y amainan sus pendones; y entónces derrotados ya los Alanos, se guarecen tras sus bagajes. Entrométense con ellos los Españoles, y es allí mas sangrienta la matanza, falleciendo los maridos en brazos de sus esposas, degolladas luego igualmente con sus hijos. Afanados los Alanos en resguardarlas, malogran el rato que pudieran dedicar á la pelea. Las mujeres, ya desparramadas por el campo de batalla, ya sentadas sobre caballos desalentados, aumentan el desconcierto y la carnicería. De los nueve mil combatientes, logran salvarse trescientos, quedando ya la victoria declarada por los Españoles á la hora de la siesta.

Presencia la hueste toda por la tarde un trance dolorosísimo. Un mozo alano, despues de pelear valerosísimamente, huye, no tanto para ponerse en salvo, como para acudir al conflicto de una jóven muy linda con quien estaba recien casado. Logra sacarla del campo de batalla, y la monta sobre el primer caballo que se le depara; marcha delante la hermosa y la sigue el amante, esmerándose entrambos en trepar á la cumbre del monte. Éntranles en su alcance tres jinetes españoles; y advirtiéndolo el Alano, aguija mas y mas su escape; mas el caballo de su querida, en estremo endeble y malparado, le sigue trabajosamente; ya llegan los Españoles; y el mozo, al pronto á impulsos de la propension natural de su conservacion, espolea con ahinco

que tot quant haviem feyt no valia res, si nons anavem a combatre ab los alans. quins havien mort lo César.

(1) Axi romanguí mal acompanyat de homens, be acompanyat de fembres: que tota hora hi romanguecn mes de dos mil fembres, entre unes et altres ab mi.

y se desvia: pero volandero es aquel conato, pues le está llamando el alarido lloroso de su compañera; vuelve, se llega á ella, la toma en brazos, la estrecha un rato entrañablemente, y la arroja luego muerta á sus piés de un sablazo. Encárase en seguida con los tres jinetes, y descargando una cuchillada sobre Guillen de Belver, que se está ya apoderando del caballo de la esposa, le cercena el brazo izquierdo. Al ver caer aquel miembro, los otros dos jinetes (llámase el uno A. Miró, hermoso hombre de armas; el otro Berenguer de Ventayola) se abalanzan á él, quien los contraresta con arrojo. Trábase lid á muerte; el Alano, asido mas y mas al cuerpo idolatrado, para y descarga tajos y sigue defendiéndose hasta que le hacen trozos en el sitio (1).

A la madrugada los Españoles agolpan su presa y regresan hácia Galípoli, pero se les hace trabajosísima la marcha, con todo su júbilo por haber desagraviado al César, con tantísimo herido y por territorio talado con las continuas guerras, siendo arduo el abastecerse todos (2).

(1) Véase Muntaner, c. 226. El esforzado maestre de raciones se enfervoriza al referir aquel rasgo desesperado de valentía, y por otra parte hace justicia al teson de los Alanos, quienes vinieron á fenecer casi todos, peleando tan bizarramente como el denodado mozo *que kanch non volch llevar de prop la dona entro legren tot pecejat.*

(2) Habla Paquímero (l. VII, c. 18 y 19) de aquella empresa contra los Alanos en la raya de Bulgaria.

«Hostilizaban mas y mas los Catalanes; pero aunque acordes sobre este punto, discordaban en su sistema de guerra, opinando unos por asolarlo todo entre Branchiale y Constantinopla, para, desde el pié de sus muros, pedir los atrasos al emperador; y en caso de negativa, ponerle sitio. Otros, principalmente los Turcópoles, querian marchar contra los Alanos para rescatar sus prisioneros, manifestándose harto abastecidos para aquella empresa. Los Alanos, separados ya de los Griegos, enviaron á suplicar á Venceslao, que estaba ocupando á Anchiale, Mesembria, Agatópolis y otras poblaciones, que les auxiliase con Búlgaros para embestir á los Griegos. Envióles mil Venceslao, y juntos recorrieron y talaron el territorio, y luego acudieron á incorporarse con el mismo Venceslao, llevándose mujeres y niños. Los Turcópoles lo saben, y se apesadumbran con la escapada de sus enemigos, llevándoseles prisioneros íntimos de su nacion. Por esto incitaron á los Catalanes para acosarlos, estando ya atropellados con el viaje, prometiéndoles riquísima presa. Turcópoles y Catalanes persiguieron á los Alanos con cuatrocientos carruajes, embistiéndoles en la raya de Bulgaria. Pelearon los Alanos porfiadamente, anteponiendo el honor á la vida; pero á pesar de sus esfuerzos, exhaustos ya de daidos, matando á muchos Turcópoles y Catalanes, tuvieron que huir desamparando bagaje, mujeres y niños.

Mientras ocurria aquel suceso por las faldas del Hemo, tuvo Muntaner que contrarestar por su parte recio asalto de los Jenoveses en su Galípoli, pues llegando á Constantinopla diez y ocho galeras para el trasporte del príncipe Demetrio, hijo tercero del emperador y de su segunda consorte Irene, al marquesado de Monferrato, á donde iba á reinar tras su abuelo materno, se hallaba la escuadra al mando del almirante jenovés Antonio Espinola, sujeto de esclarecido desempeño. Conversando con Andrónico, quien le muestra indecible ansia de venir á descargarse de los Catalanes, se empeña el Jenovés en arrojarlos de Galípoli, si concede en galardon el enlazar su hijo tercero con la hija de Opicino Espinola, hermano de Antonio. Aviénese el emperador, y Espinola echa el resto en apercibirse para el desempeño de su oferta.

Pero oigamos al garboso Muntaner:

«En este trance me retraigo de mis compañeros, que están ya de vuelta batallando con afanes y trabajos, para concentrarme en nosotros quedados en Galípoli, donde no les fuimos en zaga por nuestros apuros, pues al irse alejando la hueste en busca de los Alanos, noticiaron el intento al emperador. Aportan casualmente á la sazon en Constantinopla diez y ocho galeras capitaneadas por Antonio Espinola, venido á trasladar á Lombardía el hijo menor de Andrónico para ser marqués de Monferrato. Sucedió pues que Espinola le manifestó que en concediéndole su hijo el marqués para novio de la hija de Opicino Espinola, estaba pronto á guerrear contra los Francos de Romanía; y el emperador se avino gustoso á la propuesta. Con esto Espinola se llega con dos galeras á Galípoli para retarnos de parte del concejo de los Jenoveses. Era su contenido el siguiente, á saber: que nos participaba y mandaba de parte del concejo de Jénova que evacuásemos el jardin (y era el imperio que apellidaban el jardin de su concejo), y no verificándolo, nos retaba en nombre de aquel concejo y de todos los Jenoveses del orbe (1). Contestéle yo mismo que no aceptábamos su reto, constándonos que el concejo habia sido y era amigo de la casa de Aragon y de Sicilia y de Mallorca; y que por tanto semejante reto era ajeno de toda razon, asi para hacerlo como para aceptarlo. Tomó testimonio de todo, como yo lo hice por mi

(1) Elo desafiament fo aytal: que ell nos manavensdeya, de part del comú de Genova, que nos que exquescem de llur jardi; ço era l' imperi de Constantinoble, que era jardi del comú de Genova...

parte, de cuanto habia contestado por la hueste. Segundó luego su desafío, y mi respuesta fué la misma, tomando y publicando nuevamente su testimonio; y volviendo hasta tercera vez, le repuse que obraba mal en venir con tales retos, pues allí estábamos por parte de Dios y para la exaltacion de nuestra sagrada fe católica; que se abstuviese de tales retos, y que yo, en nombre del santo padre, el papa, cuya bandera estaba viendo, habia venido con los demás contra el emperador, que era un cismático, así como todos los suyos, traidores todos y matadores de nuestros adalides y hermanos en el trance de estar sirviendo con nosotros contra los infieles; y que, al contrario, le intimaba yo, en nombre del santo padre y de los reyes de Aragon y de Sicilia, que nos auxiliase para redondear nuestro desagravio; y aun cuando así no lo hiciese, por lo menos tampoco nos dañase, y que si por el contrario persistia en no revocar su reto, que protestaba yo, en nombre de Dios y de la santa fe católica, que el tal reto iba á recaer sobre su cabeza y sobre las de cuantos le sostuviesen sobre aquel negocio; en quienes debia tambien recaer cuanta sangre se derramase por nuestra parte y por la suya tras el dicho reto, sin que nos resultase pecado ni tildadura alguna, presenciando Dios y el mundo cómo nos habia precisado á recibirlo y contrarestarlo; todo lo cual dispuse que se formalizase en acta pública; mas él insistió siempre en su desafío. Obraba tambien así, porque habia manifestado al emperador que en pregonando su concejo aquel reto, por ningun título nos atreveríamos á permanecer en Romanía. Atrasadísimo estaba en el conocimiento de nuestros pechos, pues nos habíamos resuelto incontrastablemente á nunca jamás movernos hasta despues de redondear nuestro desagravio.

«Volvióse pues á Constantinopla y refirió al emperador cuanto habia mediado, añadiendo que sobre la marcha iba á entregarle tanto la fortaleza como mi persona, con cuantos me acompañaban. Embarca pues la jente en sus galeras, con mas siete del emperador, cuyo almirante era el Jenovés Andrés Morisco, llevando tambien consigo al hijo del emperador para trasladarlo al marquesado de Monferrato. Llegan al frente de Galípoli un sábado con sus veinte y cinco galeras; pasan el dia y la noche disponiendo escalas y otras artimañas para asaltarnos, constándoles que la hueste se halla muy lejana, y que éramos poquísimos hombres de armas. Mientras ellos preparan el asalto, yo me dedico á disponer mi defensa durante toda la noche, y es en la forma siguiente: hago que cuantas mujeres tenemos allí se encajen sus armaduras, de las cuales teníamos de sobras, y las voy colocando por todo el ámbito del muro, y en cada punto pongo un mercader catalan, de los muchos que teníamos, encargándoles el mando de las mujeres. Tambien hice colocar por las calles tinas de vino fuerte y algunas de vinagre, con abundancia de pan para que comiesen y bebiesen cuantos quisieran, constándome que los enemigos de fuera estarian tan tenaces, que ni un momento nos dejarian para ir á comer por nuestras casas. Encargué particularmente que los hombres se ajustasen mucho las corazas, por saber que los Jenoveses iban siempre muy pertrechados de arrojadizas, empleando muchísimas, por cuanto suelen tirar de continuo, haciendo mas descargas en una refriega que los Catalanes en diez. Dispuse pues que todos los hombres se revistiesen de armadura cabal, dejando abiertas las portezuelas de las barbacanas (estando estas todas aspilladas) para así acudir ejecutivamente á donde conviniera. Mandé por otra parte que los facultativos estuviesen siempre á la mano y prontos para asistir á los heridos y habilitarlos para que en seguida volviesen á la pelea. Tomadas todas mis cautelas y señalado á cada cual el paraje de su desempeño y cuanto le competia por su parte, tomé veinte hombres para ir con ellos acá y acullá, segun lo fuese requiriendo la urjencia. Amanece, y las galeras van asomando encalladas por la playa; y con mi arrogante caballo, siendo yo el tercero de los encubertados con mallas cerradas, voy estorbando á la marinería el saltar en tierra hasta muy tarde. Por fin se aterran hasta diez galeras á mucha distancia, y en aquel mismo trance se me cae el caballo, y mi escudero entónces me apronta el suyo; mas en aquel breve rato del trueque del caballo, nos alcanzan hasta trece heridas. Montado por fin de nuevo, traigo á mi escudero en ancas, y nos acojemos á la fortaleza, con cinco heridas por mi parte, pero condoliéndome levemente, escepto una recibida de cuchillada por lo largo del pié. Híceme curar de todas ellas, pero entretanto perdí el caballo. Al ver los galeotes que yo habia caido, vocean todos: *¡muerto es el capitan, á ellos, á ellos!* y entónces saltan todos en tierra. Tienen arreglada de antemano su formacion, pues sale su pendon de cada galera con la mitad de sus tripulaciones con el intento de ir abrigando en su barco á quien tuviese hambre ó sed ó estuviese herido; de forma que si era ballestero, saliese otro igual en su reemplazo; y lo mismo lancero, y así de todos los demás, sin que menguasen los combatientes por motivo alguno, sosteniendo su línea siempre cabal. Desembarcan así en formacion, y cada jefe capitanea su jente, echando el

resto para el avance, así como nosotros para su rechazo. Son tantísimas las arrojadizas que nos disparan, como que casi encubren el cielo, durando la descarga incesante hasta las tres, y cuajando casi la fortaleza; y baste decir que cuantos nos aventuramos á salir quedamos heridos, pues a mi cocinero, hallándose en la cocina con el afan de guisar gallinas para los heridos, le alcanzó un dardo que entró por la chimenea y le encarnó hasta dos dedos tras el muslo.

«¿Qué mas diré? reñidísima es la pelea, pues hasta las mujeres, con las piedras y ladrillos que yo les hize aprontar al intento, defienden á las mil maravillas las barbacanas, habiendo mujer herida ya con cinco flechazos en el rostro, que sigue peleando como si nada le aconteciera. Duró esta batalla hasta la madrugada. Entónces el capitan Antonio Espinola, que, como llevo dicho, fué el retador, vocea: « *Jente sin alma, ¿cómo es esto? ¿con qué tres tiñosos que hay allá dentro nos han de contrarestar? Sois unos cobardes.* » Y entónces dispone saltar de las galeras con cuatrocientos hombres de distincion que trae, siendo de las mejores familias de Jénova, con cinco banderas. Me lo avisan á mí y á los seis demás jinetes encubertados, y en estando todos listos y gallardos, entresaqué hasta cien hombres, todos selectos, de la guarnicion; y mandándoles arrojar sus armaduras por ser el calor escesivo, por hallarnos á mediados de julio, cuanto mas por haber cesado las arrojadizas, por haberlas apurado el enemigo, puestos en camisa y calzoncillos, abroquelados y blandiendo sus lanzas con la espada al cinto y su puñal tambien al costado, les encargo que estén prontos. Entónces al asomar Espinola con sus valientes y cinco banderas á la puerta de Hierro del castillo, y pelear con ahinco por un rato, en términos de estar todos sacando larguísima lengua de sed y sofocacion, me encomiendo á Dios y á Nuestra Señora Santa María, mando abrir la puerta, y con mis seis caballos encubertados y mis infantes tan á la lijera, nos abalanzamos tan disparadamente á las banderas, que volcamos hasta cuatro de ellas en el primer empuje; y al presenciar nuestro ímpetu jeneral, cejan y luego no vemos mas que sus espaldas.

«¿Qué mas diré? El señor Antonio Espinola deja la cabeza en el mismo sitio donde nos habia estado retando, y con él sus cuatrocientos acompañantes, feneciendo al todo positivamente mas de seiscientos Jenoveses. Trepan luego los nuestros por las mismas escalas de sus galeras, y á la verdad, si tenemos tan solos cien hombres mas de tropa fresca, nos apoderamos de cuatro ó cinco galeras suyas; pero estábamos todos ó heridos ó postradísimos, y los dejamos marchar en hora mala. Embarcados ya todos, menos los muchos que cayeron en el mar con el arrebato y el acosamiento nuestro, me avisan que hay hasta cuarenta en una loma cercana. Acudimos allá, y el capataz de aquella cuarentena es un hombrazo que sobresale en pujanza á todos los Jenoveses, y se llama Bocanegra. ¿Qué mas diré? Fenecen todos sus compañeros; y él, empuñando un montante de agudísimos filos, descarga tan tremendos tajos, que nadie se atreve á acercársele. Al verle tan poderoso y desaforado, mando que nadie le lastime; le digo que se rinda y se lo insto repetidas veces, mas nunca se aviene. Mando entónces á un escudero mio, que monta uno de los caballos encubertados, que se abalance á él, y cumpliéndolo al punto, se dispara y de un pechugon formidable con su caballo, lo vuelca, y al momento queda descuartizado.

« Con esto las galeras jenovesas malparadas huyen dejando tantísima jente estropeada ó muerta, marchándose á Jénova con el marqués de Monferrato, mientras las del emperador regresan á Constantinopla; y con aquel descalabro tan memorable quedamos nosotros en estremo ufanos y satisfechos (1).

«A la madrugada, noticiosa la hueste de que estábamos sitiados,» añade Muntaner, «los jinetes mas bien montados echaron de tal modo el resto, que en un dia con su noche anduvieron mas de tres jornadas, llegando aquella tarde hasta mas de ochenta, y á los dos dias la hueste entera, que presenció nuestra postracion y nuestras heridas, doliéndose sobremanera de no haber llegado á tiempo. Sumo fué sin embargo el regocijo por ambas partes; hubo procesiones en accion de gracias al Señor por las victorias que nos habia franqueado; y luego los compañeros, compartiendo con nosotros cuanto se habian

(1) Refiere Paquímero muy sucintamente aquella tentativa infructuosa de los Jenoveses contra Galípoli (c. 20).

« Antes que los Catalanes, idos en demanda de los Alanos, estuviesen de vuelta á Galípoli, regresaron los Jenoveses de Trebisonda y de las cercanías de Constantinopla, con ánimo de encaminarse á su pais, y aunque el emperador no trató de retenerlos, por cuanto no querian servir en tierra, se brindaron con todo á complacerle por donde quiera que lo apeteciese; por tanto proponiéndoles el emperador el embestir á Galípoli, se acercaron allá y quemaron un molino á la parte de afuera; mas con la muerte de uno de los principales de su nacion, la herida de Andrés Morisco, y el ademan de los sitiados de hacer una salida, se asombraron en términos, que recojiéndolo, todo se volvieron á su patria.»

granjeado, quedamos todos, por la merced de Dios, en realidad riquísimos (1). »

Esclarecida en estremo fué la batalla por las faldas del Hemo para los Españoles; pero menguaron con ella en gran manera sus fuerzas, y aunque podian mantenerse todavía en su asiento, sus propias correrías y talas por todo el pais les imposibilitaban ya la subsistencia, necesitando al fin posesionarse de pueblos crecidos, careciendo de arbitrios para reclutarse al intento; pues nada asomaba por el Occidente, y frustrados yacian sus conatos anteriores; pero se les rodearon fuerzas auxiliares por donde menos podian esperarlas.

Desavenido ya el emperador con los Españoles, embisten los Turcos y allanan de nuevo las provincias del Asia. Ríndese Filadelfia á pocos dias de sitio, y las demás ciudades van siguiendo su ejemplo, atravesando infinitas jentes el estrecho en busca de salvamento; así en breve tiempo señorean los Turcos cuanto poseia el emperador por aquella parte del Asia, y aun los Griegos, hechos cargo del quebranto en que yace el imperio, se muestran desahuciados de su reconquista.

Desde aquel trance, ansian ya los Turcos poner tambien sus plantas en Europa, para cuyo intento conceptúan por arbitrio ejecutivo el avenirse con los Españoles, dueños ya de la Tracia. Envian diputados á Galípoli para conferenciar con los adalides catalanes; y Muntaner despacha en dilijencia un laud para traer de allende el Bósforo el caudillo turco llamado Kimelik ó Isaak Melek, con diez jinetes de su tribu ó de su alcurnia. « Manifestó en presencia de Rocafort, de Ferrand Jimenez y de mí, » dice Muntaner, «que estaba pronto á incorporársenos con su comitiva, mujer é hijos, juramentándose para portarse como hermano con nosotros, y auxiliarnos contra el mundo entero, depositando en nuestras manos mujeres é hijos, y obedeciéndonos en todo como los mismos individuos de nuestra hueste, con mas la entrega del quinto en todas sus presas. Entónces hicimos partícipes á los compañeros de tamaña novedad; y en consejo pleno se acordó que se les acojiese: en cuyo convenio se les acojió, y luego vino Isaak con ochocientos caballos y mil infantes (1). »

Se hermanan además y al propio tiempo los Españoles con los Turcópoles, que poco antes se hallaban como ellos asalaria los por el emperador, y que viéndose en igual situacion, tenian que acudir al refuerzo de aquella nueva alianza. Aquellos Turcos, á fuer de bautizados, logran condiciones mas aventajadas que los otros, ya por identidad en la creencia, ya para atajarles así todo roce con los mahometanos. Llegan los Turcópoles con mil caballos, y juramentándolos desde luego, los ponen al mando de Juan Perez de Caldes. Robustecido así Rocafort, va ya ideando empresas grandiosas, con tanta mayor confianza, cuanto, en caso de algun desman, le queda siempre el arbitrio de retirarse al resguardo de los Turcos; cuando todavía le llega otro refuerzo inesperado.

Llegado á Italia el caudillo Berenguer de Entenza, los Jenoveses ni le devuelven su libertad ni sus haberes con las cuatro galeras. Llega la noticia de aquella sinrazon á Tracia, poco despues de la batalla de Apros, y delibera sobre ella el consejo de los doce, presidido por Berenguer de Rocafort. Acosada la hueste por su situacion, está requiriendo sumo conato en sus disposiciones, y como siempre habia que dirijirse al Occidente en demanda de auxilios, se acordó valerse de la coyuntura del cautiverio de Entenza para enviar una embajada al rey de Aragon D. Jaime II, nombrando por diputados á García de Berga, Perez de Arbe y Pedro Roldan, individuos del consejo de los doce, quienes parten sobre la marcha. Llegan á la corte de Aragon, retratan al vivo y con pinceladas negrísimas la conducta de los Jenoveses, y se esmeran en implorar el arrimo del rey contra aquella república. Le delinean además un cuadro de sus victorias y de la situacion lastimera del imperio griego. « En manos está del rey, » añaden, « el apropiárselo, pues en redondeando la empresa que tenemos tan bien entablada, yace en tierra el imperio de los Paleólogos. » No se aviene Don Jaime con esta última propuesta, y ciñe su contestacion á que mediará por Berenguer de Entenza, comprometiéndose desde luego á su rescate, pues no le cabia el arrojarse á la conquista del imperio griego por su lejanía, empresa que cuadraba mas bien á su hermano el rey de Sicilia, pues le caia mas cercana. En seguida pasan los diputados á Roma, esperanzados de granjearse el arrimo del papa Benedicto XI para sus intentos; pero desde el fallecimiento de Bonifacio VIII, andaba la corte romana embargada con el afan de conservar su existencia política, y no le cabia el abarcar allá planes grandiosos de tamañas conquistas. Acosada por Aragon, y aun mas por Francia, ni aun quiso la corte de Roma acudir con su influjo espiritual á Oriente. Con lo cual regresan los diputados á Tracia in-

(1) El mismo en dicho lugar.

(2) Allí mismo. — Aquellos ochocientos jinetes con dos mil infantes llegaron, segun costumbre, con mujeres, hijos y bagajes. Encarece Muntaner, en el lugar citado, su lealtad y valentía. Compárese con él Paquímero (l. VII, c. 15, 22 y 23).

fructuosamente, por lo menos en cuanto al objeto principal de su embajada. Mas Don Jaime cumple su promesa, declarando á la república de Jénova que si no dejaba libre y en todo y por todo desagraviado á Berenguer de Entenza, uno de sus primeros vasallos, tendria que acudir á imponerle una venganza sonada por el ultraje que contra el sagrado derecho de jentes habia cometido en la persona de su jeneral (1). Esmeróse la república en disculparse como le fué dable, y añadió que estaba pronta á complacerle, con tal de que se dignase mandar á los Españoles de Tracia, que estaban perjudicando en gran manera á su comercio por levante, que regresasen á su patria. Rechaza D. Jaime semejante cláusula como ajena de su autoridad; y los Jenoveses, aunque frustrados en aquel intento, libertan á Berenguer. Júntanse diputados aragogoneses y jenoveses en Mompeller, para deslindar los debidos alcances; pero usaron los Jenoveses de tantos ardides mercantiles, alegaron tales cuentas y embolismo, que nada vino á resultar en limpio de tan prolija deliberacion. Arde mas y mas Berenguer en su afan de reincorporarse con sus paisanos de Tracia, pide auxilios al papa y al rey de Francia, y desairado por entrambos, acude á Cataluña, vende ó empeña grandísima parte de sus posesiones, fleta un bajel de P. Saolivella en Barcelona, embarca, entre sujetos de distincion y otros, hasta quinientos guerreros de todo desempeño, y parte para Romanía. Llega á Galípoli en el trance mismo de haber ajustado el convenio con Turcos y Turcópoles, y de hallarse Berenguer de Rocafort, que nunca le habia profesado amistad, en lo sumo de su nombradía y arrogancia, suponiéndose el centro y móvil de las prosperidades y engrandecimiento de la hueste.

Asoma Entenza, y estalla una emulacion violenta con Rocafort, despues de haberla evitado discretamente Ferrand Jimenez. «Recibí á Entenza,» dice Muntaner, «obsequiosamente, conceptuándolo mi caudillo y superior; mas no quiso Rocafort reconocerle por tal, alegando

(1) Hubo dos ramas ó alcurnias de Entenza de igual hidalguía, siendo Berenguer de la segunda, con entronques en la familia real de Aragon. Dos linajes hubo llamados de Entenza, dice Beuter (crónica, libro 15, c. 31); el uno fué del moro *Muley Alade*, que era señor de Entenza; el otro fué del tio (materno) del rey D. Jaime, Bernardo Guillen, á quien el rey dió Tenza.

Llámase ahora mismo la baronía (de Entenza) una porcion de territorio, entre Barbastro y Huesca, que comprende varios pueblos; entre ellos Barbañales, patria del ínclito D. José Nicolás de Azara.

que era y debia ser él mismo el sumo jefe. Nos esmeramos todos los del consejo de los doce en hermanarlos, de modo que luego, en tratando Entenza de emprender una correría, en mano de cada cual estaba el seguirle, como igualmente á Rocafort para el propio intento, por mas reñidos que apareciesen; y otro tanto sucedia con Ferrand Jimenez. Mas Rocafort, con su práctica y despejo, encariñó en tan sumo grado á los almogávares, que todos le iban cercando como de guardia para su defensa; cautivando igualmente á Turcos y Turcópoles, como que se nos habian incorporado al hallarnos bajo su esclarecido mando, de modo que en lo sucesivo no reconocieron caudillo alguno en contraresto suyo.

«Para lograr aquella paz y concordia entre ellos,» continúa nuestro maestre de raciones, «tuve que afanarme en gran manera, teniendo que ir y venir incesantemente de unos á otros, y que atravesar por parajes fronterizos ocupados por el enemigo. ¿Qué mas dirémos? Rocafort, con los Turcos y grandísima parte de almogávares, pasó á sitiar la ciudad de Ainé, como á veinte leguas de Galípoli; y Entenza el castillo llamado Megarix, á igual distancia entre nosotros y Rocafort, permaneciendo con el mismo Entenza Ferrand Jimenez con todos los Aragoneses de la hueste, y parte de la marinería catalana, formando cada cual su sitio respectiva y separadamente, pertrechados igualmente con sus máquinas para batir los pueblos sitiados (1).»

(1) Habla tambien Paquímero del regreso de Berenguer de Entenza á Grecia, y de la disposicion jeneral de sitiar varias plazas á un tiempo (c. 30 y 31).

«Lo que complacia en estremo á los Griegos (en cuanto á las desavenencias entre Catalanes y Turcos) era que Ferrand Jimenez, con el cebo de grandiosas promesas, propendia al parecer á los intereses del emperador; pero en el trance de ir á ejecutar aquel intento, llega Berenguer en su nave grandísima, cargada de caballería, y entibia aquellos ímpetus, esperanzándolo con galardones por parte de Federico (rey de Sicilia), si se avenia á seguir su bando. Continúa no obstante Jimenez en sus tratos con el emperador, manifestándosele siempre afecto. Envíale Andrónico dos galeras para embarcarse; pero encontrándose con la nave que monta Berenguer, van á embestirle, cuando Jimenez protesta que van allí jentes suyas y que no corresponde el que las asalten hasta que las retire, por estar negociando un convenio; que por la noche, sacados los suyos, serán dueños de hostilizar á los demás, y para comprometerlos mas engañosamente, les entrega en prenda sus baules, donde les dice que van sus tesoros, y luego trae tanta oficialidad á la nave, que ya las galeras no se atreven á embestirla. Con tamaña alevosía acuden á rejistrar los baules, y

El mismo Muntaner venia á estar mandando soberanamente en Galípoli, donde un mero acaso le proporcionó el favorecer en gran manera á todos los compañeros, pues llegó allí un Jenovés llamado Ticino Zacarías, sobrino del señor Benito tambien Zacarías (1). Pide Ticino un salvo conducto á Muntaner, manifestándole sin rebozo los motivos de aquel viaje. «Le franqueé,» dice Muntaner, «el salvo conducto, y me dijo: capitan, ya sabréis como he tenido á mi cargo por cinco años el castillo de Focea, á nombre de mi tio el señor Benito Zacarías; pero habiendo este fallecido, su hermano, heredero de Benito, y tambien mi tio, ha venido á posesionarse del castillo con cuatro galeras, pidiéndome cuentas. Se las he dado, pero no estamos acordes en sus partidas; y resulta ahora que con otras cuatro galeras de refuerzo trata de acosarme y prenderme, con ánimo de colocar otro capitan en Focea. Tengo con efecto una carta de su hijo, en que me espresa que ni por el mundo entero asome por allá, pues si logra afianzarme, positivamente me ha de enviar á Jénova. Esta es la causa de acudir á vuestro amparo, con ánimo de rendiros homenaje, y de incorporarme, como tambien todos los mios, en vuestra compañía.»

Teniéndolo Muntaner por sujeto de suposicion, y conceptuándolo luego por advertido y animoso, lo agasajó y lo alistó con diez caballos armados en el rejistro de su cuerpo, hermanándolo en la hueste. Trabaron estrecha amistad, y el huésped movió á Muntaner para que le franquease una galera y dos laudes bien tripulados para ir á apoderarse facilísimamente del castillo de Focea, donde hallarian riquísimos tesoros. Avínose Muntaner, y con dichos bajeles y escasa tripulacion, pero veterana y esforzada, sale Ticino Zacarías de Galípoli el lúnes santo; llega al castillo, dispone su jente la noche del sábado víspera de pascua, y al estar en maitines, arriman al muro las escalas que traen al intento y con cabal noticia de las dimensiones precisas. Se internan á su salvo; traban la refriega al amanecer, matan á ciento y cincuenta hombres y rinden á los demás. Tomado el castillo, embisten al pueblo, propio de los Griegos; no hacen resistencia, y resulta riquísima presa; todo para en poder de los Españoles, como tambien la ciudadela, y Muntaner, gozosísimo con logro tan obvio é importante, emplea á Zacarías en la conquista de un fuerte en la isla de Tasos, que luego redundó en grandísimo provecho de los Españoles (1).

todo su contenido se reduce á piedras y arena, tras cuyo desengaño regresan las galeras á Constantinopla... Hambrean los Catalanes, y aquel apuro es muy natural, porque jamás tratan de sembrar ni de esquilmar las cosechas, padeciendo además el hedor insufrible de un sinnúmero de cadáveres. Desamparan luego á Rodosto, Panies y las cercanías del monte Ganos, y vueltos á Galipoli, dejan guarnicion competente, y allá se arrojan por las inmediaciones de Ainé y de Megarix; y á impulsos de sus escaseces andan batallando con los naturales. Sonaba que atravesando el rio Maritze hácia sus manantiales mas vadeables, con su llegada, despavorido el vecindario, habia ocupado el fuerte, dejando así á su albedrío las mieses.»

Nicéforo Grégoras menciona del modo siguiente la desavenencia de Entenza y de Jimenez de Rocafort:

«Poco despues de la desercion del turco Chalil (dice, l. VII, c. 4), sobrevino un rompimiento entre Ferrand Jimenez y Berenguer de Entenza por una parte, y su caudillo Rocafort por la otra; alegando serles impropio, como caballeros principales, el reconocer por un superior á un plebeyo y de ínfima clase; y para escusar de razones acudieron á las armas, ateniéndose á su resultado. Entenza murió en la pelea, y Jimenez se retiró al amparo del emperador Andrónico. Agasajólo este en estremo y mas de lo que tenia esperanzado, ascendiéndolo á la dignidad de megaduque, y casándolo con Teodora, hija de una hermana del emperador, y que se hallaba viuda en aquel punto.»

(1) Ramon Muntaner, quien suele escribir los nombres con una ortografía que le es peculiar, lo llama el señor Tici Jaqueria. «Aportó en Galípoli, dice, un prohombre jenovés, llamado Tici Jaqueria, sobrino del señor Benito Zacarías: vench á Gallipoli un prom genoves, per nom ser Tici Jaqueria, qui era nabot de miser Beneyto Jaqueria.»

(1) Asoman los Zacarías entre los Jenoveses que mas se utilizaron con el restablecimiento del imperio griego en Constantinopla; pues al recobrar los Griegos aquella capital, Miguel Paleólogo, al arrimo de los Jenoveses aliados, con arreglo a las cláusulas del tratado de Ninfea (ratificado el 10 de julio de 1261, quince dias antes de la toma de Constantinopla), se arrojó á redondear aquellas ventajas primeras, desposeyendo á cuantos Franceses y Venecianos quedaban en el imperio.

«Il Paleologo dunque, dice Serra (Storia de Genova, tom. II, p. 139), d' accordo con la republica di Genova, fa intendere a' Greci e a'Jenavesi, che in feudo perpetuo lo avranno coloro cui darà l'animo di racquistarlo. A tale invito fan plauso i naviganti piu resoluti di Genova; chi è ricco allestisce le proprie galee, ladove i men facoltosi si uniscono insieme, e assunto un nome commune, apparecchiano à comuni spese una squadra. Donde gli *Embriaci* s' impadroniscono di Lemno, i *Centurioni* o *Ceriteri* di Metelino, i *Gattilusi* di Enos, un *Zaccaria* va à Negroponte che gli antichi nominavano Eubea; *Rabano*, *marchese delle Car*

Adelantan entretanto los caudillos sus sitios, y con especialidad Rocafort estrecha hasta lo sumo el de Ainé, cuando el infante Don Fernando, hijo del rey de Mallorca, aporta en Galípoli para encargarse del mando del ejército en nombre del rey de Sicilia. Plausible en estremo es su llegada para Muntaner, ya porque así da por zanjadas las desavenencias entre los adalides, ya por ser entrañablemente afecto á la casa de Aragon. Habia Don Fernando admitido aquel encargo por condescendencia con el tio, quien, estrechado mas y mas para facilitar auxilios á los Españoles de Tracia, apetecia dar algun paso por ellos, aunque no cabia en su situacion formalizar guerra declarada contra el emperador. Promete el infante á su propartida que no tomará el mando de la hueste ó de pueblo ni ciudad alguna, como tampoco desposarse, sin conocimiento y anuencia de dicho señor rey de Sicilia. El documento de este convenio, entre Federico, tercero de aquel nombre, rey de Sicilia, y su sobrino D. Fernando de Mallorca, se habia firmado en Melazzo de Sicilia, puerto cercano á Mesina y frontero á las islas de Lípari, el 10 de marzo de 1306 (estilo antiguo), ó 1307 por el nuevo. Debia Don Fernando encaminarse sobre la marcha á Romanía, para encargarse del mando de las fuerzas catalanas, para zanjar cuantas desavenencias mediaban entre los varios adalides de la hueste, aunque varios tropiezos fueron dilatando su ida hasta 1308, llevando consigo el duplicado de aquel ajuste de Melazzo (1).

*ceri*, Veronese, dominava quell' isola sotto l'alto dominio de'Veneziani.» Aquel fué el principio de la asomada de los Zacarías en el imperio griego, y el que suena aquí se llamaba Benito. Con tropas griegas se apoderó de Orea (Paquímero, V, 26; N. Grégoras, IV, 12), al norte de Negroponto, junto á Calcis. Quedó prisionero Rabano con Gui de la Roca (en 1262), duque de Aténas, su amigo, quien pasó á sostenerle; y lo enviaron á Constantinopla. Dividíase antes la isla de Negroponto en tres señoríos, como se ve en la crónica de Morea, y terciaba Rabano. Sucedióle Benito Zacarías en aquel tercio, y Miguel Paleólogo en los otros dos, indemnizando con la isla de Escio á Zacarías, titulándolo almirante y gran condestable, cuando Andrés y Jaime Catanei se habian apoderado de la antigua Focea.

Manuel Zacarias, hijo de Benito, obtuvo en donde Miguel Paleólogo el pueblo aquí citado de Focea, con facultad de beneficiar el alumbre. Así lo refiere Paquímero.

«Siguen los mismos enemigos acosando el imperio por mas que nuestras tropas atajasen á los Turcos en el estrecho de Abidos, á satisfaccion, decian, de los almogávares. Están los Turcos á la otra orilla, hostilizando mas y mas á cuantos Griegos asoman, sin acercarse á Adrameto y la Focea, en manos de Zacarías, principalmente por la nombradía de valientes que gozan los Latinos; y él mismo para resguardarlas se brindó al intento cediéndole los impuestos. Miguel, padre de Andrónico, habia concedido todo esto (l. VI, c. 34).

Manuel Zacarías, tuvo dos hijos, uno Benito, sucesor del padre en Focea y Escio; y el otro se volveria á Jenova y seria el padre de Ticino, el amigo de Muntaner. Cantacuzeno (l. II, c. 10) lo menciona como reconquistador de Escio, concediéndosela el emperador Andrónico.

(1) Este es el convenio de Melazzo entre Federico de Sicilia y Fernando de Mallorca, cual se copió con arreglo al orijinal, á instancia de Roberto, hijo de Cárlos II, presenciándolo el cardenal Gentili, titulado de San Martin, en la ciudad de Nápoles, el 23 de abril de 1308; cuyo orijinal, esto es, el de la copia, se halla en Paris, archivo del reino, con el sello del cardenal, número 23 de la division I, 512.

Universis presentes litteras inspecturis.

Frater Gentilis, miseratione divinâ tituli sancti Martini in montibus presbiter cardinalis, apostolice sedis legatus, salutem in domino sempiternam.

Noveritis nos vidisse, legisse ac diligenter inspexisse in presentia testium et notarii subscriptorum, quoddam instrumentum publicum, non cancellatums non abrasum, non viciatum, neque corruptum in aliqua parte sui omnique suspicione carens, munitum duobus sigillis cere rubræ rotundis, pendentibu ad cordulam de serico rubeo et zallo (Va luego la descripcion del diploma).

Cujus instrumenti tenor talis est:
In nomine Domini. Amen.

Anno incarnationis ejusdem millesimo trecentesimo sexto, mense marcii, decimo ejusdem, quinte indictionis, regnante serenissimo domino nostro rege Federico tertio, regni ejus anno undecimo feliciter. Amen.

Nos infrascripti judices civitatis Messanœ, notarius Berardus de Mileto, regius totius insule Sicilie notarius publicus, et subscripti testes ad hoc vocati specialiter et rogati present scripto publico, notum facimus et testamur quod, cum illustris dominus infans Ferrandus, filius illustris domini regis Majoricarum, consobrinus dicti domini nostri regis obtenta licentia a dicto domino nostro rege recedendi de Sicilie partibus proponeret et in animo gereret conferre se ad partes Romaniæ ad gentem dicti domini nostri regis in ejusdem partibus existentem, et idem dominus noster rex animadvertens sibi et dicto domino infanti ad honorem cedere, quod ipse dominus

Llevaba ademas cartas esplicativas de Federico, y un diploma por esteuso con sobrescrito para los caudillos principales de la hueste (Berenguer de Entenza, Berenguer de Rocafort, Ferrand Jimenez de Arenas y Ramon Muntaner), paraque recibiesen al infante D. Fernando por caudillo y señor, cual si fuese su idéntica persona. Trasladóse un diploma igual á toda la tropa; y Munta-

infans, ex quo profecturus erat ad predictam partes ad gentem predictam, gereret in eisdem partibus locum et vicem dicti domini nostri regis, et predicte gente loco et vice regia, presideret; de grata spontanea voluntate eorum, nobis presentibus, dictus dominus noster rex et dictus dominus infans qui in nos predictos judices et notarium consensit cum sciret nos suos non esse, ab incrementum dignitatis eorum convenientiorem utriusque statum, conventiones et pacta subscripta ad invicem solempniter inierunt, videlicet:

Predictus dominus infans Ferrandus convenit et promisit solempniter dicto domino nostro regi, se conferre in presenti viagio, quod facit de civitate Messane de presenti mense marcii, cum duobus galeis ipsius domini infantis, recto tramite ad predictas partes Romanie, ad predictam gentem dicti domini nostri regis existentem in partibus ipsis.

Item, promisit solempniter dictus dominus infans Ferrandus dicto domino nostro regi, quod idem dominus Ferrandus preerit et assidebit predicti genti quam dictus dominus noster rex habet in dictis partibus Romanie, tanquam locum tenens ejusdem domini regis, nomine et pro parte ejusdem.

Item, quod, quamdiu idem dominus infans preerit et dominabitur genti predicte, in omnibus et circa omnia qualiacumque sint disponet se voluntati dicti domini nostri regis et semper faciet omnia que dicto domino regi placuerint et que eidem domino regi videbuntur expedientia, secundum suum consilium.

Item, quod dictus dominus infans semper toto posse suo adjuvabit et erit in adjutorium predicti domini nostri regis.

Item, quod ipse dominus infans Ferrandus semper erit amicis ejusdem domini nostri regis amicus, et inimicis ipsius domini regis inimicus, cujuscumque conditionis vel status fuerint amici vel inimici dicti domini nostri regis, et sic tractabit et procurabit amicos et inimicos ejusdem domini nostri regis ut idem dominus noster rex tractabit et procurabit eosdem.

Item, quod dictus dominus infans Ferrandus nullam pacem seu fedus iniet cum aliquo vel aliquibus, sine mandato et disposicione preambulis dicti domini nostri regis; sed si vellet aliquam pacem facere vel fedus inire, quod debeat eam facere de mandato, consilio et ordinacione ejusdem domini nostri regis.

Item, quod in ducenda pro se uxore servabit voluntatem et disposicionem dicti domini nostri regis, et eam ducet in uxorem quam dictus dominus noster rex elegerit fore sibi uxorem congruam, dummodo predicta electa per predictum dominum nostrum regem placeat predicto domini infanti Ferrando.

Et versâ vice predictus dominus noster rex solempniter promisit et convenit predicto domino Ferrando infanti:

Quod idem dominus noster rex, in quantum convenienter et bono modo poterit, subveniet eidem domino infante Ferrando nec in hoc dificiat juxta posse, se idem dominus Ferrandus predicta omnia servaverit et faciet inviolabiliter observari.

Item, promisit dictus dominus noster rex ac consensit et voluit, quod dictus dominus Ferrandus recipiatur et habeatur a predicta gente dicti domini nostri regis que est in dictis partibus Romanie ut persona dicti domini nostri regis et tanquam vicem et locum tenes in dictis partibus ejusdem domini nostri regis et quod predicta gens dicto domini nostri regis que est in dictis partibus eidem domino infanti Ferrando nomine et pro parte ejusdem domini regis, faciat fedem et homanagium.

Pro quibus omnibus et singulis observandis predictus dominus infans Ferrandus fecit fidem et manibus et ore homanagium in manibus dicti domini nostri regis.

Unde, ad futuram memoriam et ut de premissis in perpetuum habere valeat plena fides, facta sunt exinde per manus predicti mei notarii, duo scripta publica consimilia per alfabetum bipartita, presens videlicet penes predictum dominum infautem Ferrandum et alterum penes predictum domiuum nostrum regem remansura, nostrorum predictorum judicum notarii et subscriptorum testium subscriptionibus, ac parvo sigillo secreto dicti domini nostri regis et sigilli dicti domini infantis Ferrandi pendentibus communitum.

Actum Melacii, anno, die, mense et indictione premissis.

Ego Petronus Guercius, judex Messane.

Ego Bartholomeus de Magistro, judex civitatis Messane.

Nos Arnaldus, Dei gratia Montis-Regalis archiepiscopus predictis interfuimus et testamur.

Ego Sanchius de Aragonia serenissimus domini regis Aragonie filius testor.

Ego Conradus Lança de Castro Maynardo, miles testor.

Ego Petrus Aurie, filius magnifici domini Conradi Aurii, regii amirali, testor.

Ego Guillermus de Rexacho, testor.

Ego Jacobus de Palacio, civis Barchinonensis, testor.

Ego Natarius, Berardus de Mileto, qui supra, re-

ner desde luego reconoció é hizo reconocer por cuantos se hallaban en Galípoli al infante como caudillo supremo en nombre del rey de Sicilia, le puso guardia de cincuenta caballos, con servidumbre competente, cediéndole el palacio que habitaba, por ser el mas descollante en Galípoli. «Envié al punto,» dice, «dos jinetes á Berenguer de Entenza, que estaba sitiando á Megarix, á diez leguas de Galípoli, y otros dos á Rocafort, que estaba sobre Ainé (á veinte leguas (1) del mismo), y otros dos tambien á Ferrand Jimenez, que se hallaba en su castillo de Maditos, á ocho leguas del propio Galípoli.»

Al saber Entenza la feliz llegada del príncipe, parte para Galípoli, ansioso de saludarle con el dictado de caudillo y señor en nombre del rey de Sicilia. Acude y sigue en todo su ejemplo Ferrand Jimenez de Arenas. Procedia aquella conducta de entrambos adalides, ya de sus zozobras con el ambicioso Rocafort, ó bien de su afecto á la alcurnia de Aragon; mas Rocafort, que no los acompañaba en aquella inclinacion, tomó diverso rumbo; «y así todos los demás,» dice Muntaner, «obedecimos al señor rey de Sicilia, reconociendo al infante por caudillo, comandante y señor nuestro. Rebosábamos á porfía de gozo con aquella venida, y dábamos por ganada nuestra causa, puesto que nos enviaba Dios un infante del mismo linaje de Aragon, como hijo del señor rey de Mallorca, y por su parte uno de los cuatro mejores caballeros, mas espeditos y mas

gius locius insule Sicilie notarius publicus, predictis interfui, et ea omnia rogatus scripsi, et testor.

Nos autem frater Gentilis, Cardinalis et legatus predictus, ad certitudinem inspicienciuni et scire volencium, continentiam instrumenti predicti, intercedente super hoc apud nos excelenti et spectabili domino domino Roberto, illustris Jerusalemi et Sicilie regis, domini Caroli secundi primoyenito ac ejus in regno Sicilio vicario generali, duce Calabrie suprascriptum instrumentum de verbo ad verbum presentibus inseri fecimus, easque in publicam formam redigi per magistrum Albertinum de Parma, nostrum notarium infrascriptum, et ad majoris efficacie fedem eas fecimus sigilli nostri apprensione muniri.

Datum Neapoli in castro Capuane, die 23 aprilis anno nativitatis Domini 1308 indictione sexta pontificatus domini domini Clementis pape V, anno tercio.

Sigue luego el testimonio del notario Alberto de Tribuscasalibus, que se dice de la ciudad de Parma.)

(1) En lo mas angosto del golfo de Salónica.—Habian logrado los Jenoveses plantear allí una factoría por el tratado de 1261, como tambien en Esmirna, Adramiti, Salónica y Calandria é igualmente, en las islas de Metelin, Escio, Creta y Negroponto.

justicieros del orbe; y así nos era su llegada oportunísima. Despues de juramentados ya con dicho señor, nos envia Rocafort un mensaje, diciendo que no le cabia el desamparar su sitio ya entablado; pero que rogaba al dicho señor pasase á sus reales, por cuanto se alegraban todos en el alma con su llegada.

«Aconsejóse el señor infante sobre este punto, y todos fuimos de dictámen que pasase allá, brindándonos á ir en su compañía, menos Entenza y Jimenez, quienes permanecerian en Galípoli, por sus desavenencias con Rocafort; pero asegurando que en avistándose el señor infante con Rocafort, irian entrambos á incorporarse con él; y así todos, escepto un cortísimo número, quedado en Galípoli con los dos adalides, fuímos acompañando al señor infante hasta donde se hallaba Rocafort haciendo su sitio(1)...»

Hacíase desabrida aquella novedad á Rocafort; pues aun suponiendo que el infante estuviese enterado en el arte y desempeño de la guerra para constituirse caudillo supremo, ¿cómo cabia que Turcos y Turcópoles, juramentados con Rocafort solo y puestos en su manos, se aviniesen á obedecer á Don Fernando?

Llega este á los tres dias al campamento de Ainé, preséntalo Ramon Muntaner á la tropa; y toda reboza de regocijo, mostrándose el mismo Rocafort espresivo y obsequioso, y empleando varios dias en funciones y en banquetes que dispuso él mismo con el mayor esmero. Se estaba sin embargo, segun Muntaner, diciendo allá en sus adentros: «si este señor queda de caudillo y amo, quedas perdido, por cuanto Entenza y Jimenez lo han recibido antes que tú; entrambos son hidalgos, y en consejos y donde quiera siempre te los sobrepondrá; te odian de muerte, y te acarrearán cuanto daño les quepa; y en el dia te hallas de caudillo y señor de la hueste, y estás mandando á la porcion de los Francos que se hallan en Romanía, tanto á pié como á caballo; y luego están ahí los Turcos y Turcópoles, que no reconocen mas amo que tú. En este caso, ¿cómo puede caber que de dueño y señor como eres, te avengas luego á quedar en absolutamente nadie? En suma, hay que apelar á ciertos arbitrios para que semejante señor no permanezca por acá. Mas se requiere para tanto logro echar el resto en disimulo y maestría, pues aquí todos enloquecen de alegría con su llegada, y lo apetecen por comandante y caudillo. No queda pues mas que un medio, y se reduce á que aparentándole un mundo de ventajas, se vaya de aquí.»

«Ahora se va á saber,» prorumpe Muntaner, «cuál fué su pensamiento y arbitrio, bajo el

(1) Ram. Munts., c. 23.

concepto de que nadie pudo idear tamaño intento con tantísima reserva (1).»

Esperando estuvo mas y mas el infante que Rocafort le ofreciese el mando, para recibirlo de nuevo; y como no acababa de verificarlo, por fin le manifestó Don Fernando como traia cartas para toda la hueste de parte del rey de Sicilia, para lo cual era preciso que la convocase; y entónces le prometió la convocacion para el dia siguiente.

Entretanto Rocafort junta á los capitanes de todas las compañías de á pié y de á caballo, y les dice: «Prohombres, quiere el infante que mañana juntemos consejo, por cuanto está deseando manifestaros las cartas que os trae del rey de Sicilia, y trata de espresaros personalmente el objeto de su venida. Esmeraos por decoro en escucharle todos atentamente; mas en acabando, haced que nadie le conteste: y entónces lo haré yo en vuestro nombre, que os habeis enterado del contenido de sus cartas y de sus apreciables palabras, que puede retirarse á su vivienda, y que vamos á celebrar consejo sobre cuanto nos ha dicho.»

«A la madrugada se junta el consejo de la hueste por disposicion de Rocafort, y el infante, con gran comitiva de oficialidad, hace leer las cartas del rey. Añade luego el infante que el rey de Sicilia, movido por las instancias que él mismo le tenia hechas, habia recibido el juramento de fidelidad que le habian tributado por medio de sus diputados, y aun cuando no se combinase con los intereses de su reino el abrigarlos á las claras, habia tenido á bien franquearles aquel testimonio de afecto, enviándoles su sobrino para gobernarlos en nombre suyo, y prometerles de nuevo sus auxilios. Calló por un rato la hueste, segun el encargo de Rocafort, y contestó por fin que deliberaria sobre el particular, y participaria el resultado al infante; con lo cual este se retiró á su habitacion.

«¿Qué añadirémos? permanece Rocafort en medio del consejo, y luego prorumpe: «Barones, no cabe el arreglar este negocio acá entre todos, y así entresaquemos hasta cincuenta prohombres que acuerden la contestacion debida, y en estando conformes, os la trasladarán para ver si está corriente; y en aprobándola vosotros, se dará, ó bien se variará, segun convenga.» Aprueban todos aquella propuesta, y escojen desde luego los cincuenta, se juramentan para guardar sijilo; y entónces les dice Rocafort: «Barones, patente se muestra el cariño de Dios para con nosotros, pues nos envia un señor tan apreciable, y cual no cabe en el orbe, como que es de la alcurnia acendrada de Aragon, descollando entre miles de caballeros por verídico y justiciero. Por tanto es mi dictámen que lo reconozcamos en todo y por todo á fuer de señor nuestro. Nos propone el recibirle en nombre del rey de Sicilia; nada de eso, pues nos hace mas al caso que nos mande por sí mismo, prescindiendo de aquel monarca, pues careciendo de reino y de territorio, acá estará siempre entre nosotros, y nosotros con él. En cuanto al rey de Sicilia, harto os consta el galardon que le hemos merecido por los servicios que le hemos hecho, tanto nosotros como nuestros padres. Apenas consiguió la paz, nos despidió de su Sicilia, con un quintal de pan por individuo. Así que debemos tenerlo muy presente, y manifestárselo en contestacion formal á nuestro infante y señor: á saber, que por ningun caso lo recibirémos en nombre del rey de Sicilia Federico; pero que estamos prontos á recibirlo en su propio nombre, como nieto de nuestro señor natural (1), teniéndonos en eso por muy favorecidos, estando muy dispuestos á tributarle fe y homenaje; á lo cual no dejará de mostrarse muy agradecido, pues le tratamos con el debido acatamiento. Con esto patentizamos al rey de Sicilia, que tenemos muy en memoria su correspondencia para con nosotros, desde el punto en que recabó la paz.» En suma, todos se avinieron á la propuesta; mas ignoraban todos, escepto Rocafort, los convenios que mediaban entre el señor rey Federico y el caballero infante. Pero constábale muy bien á Rocafort cuán estrechos eran, y que de ningun modo cabia al infante el recibir, durante su peregrinacion, señorío alguno, bajo cualquier pretesto, de ciudad, pueblo ú fortaleza, y en una palabra, de la menor especie; pues si lo supieran los demás, no le dejaran marchar, sino que por el contrario, con mil amores lo reconocieran en nombre del señor rey de Sicilia. Luego les dijo Rocafort: «Barones, si os contesta que no, y que por cuanto hay en el orbe no ha de aceptar vuestro señorío en su nombre, no hay que pasar cuidado, pues al cabo vendrá positivamente á parar en recibirlo por su cuenta.»

«¿Qué mas dirémos? al tenor de lo convenido con los cincuenta, traspasaron su dictámen á todo el consejo puesto en consulta; mas no fué Rocafort quien tomó la palabra, sino dos de los cincuenta encargados al intento, quienes hablaron por todos, y el consejo prorumpió: *Corriente; corriente;* y tal fué la contestacion que se dió al señor infante, quien al oirla, conceptuó por el pronto que le era honorífica (2).»

(1) El mismo lugar citado.

(1) Fernando de Mallorca era hijo de Jaime, rey de Mallorca, y nieto de Pedro, rey de Aragon y conde de Cataluña.

(2) El mismo, l. c.

En sustancia, Rocafort ni queria rey ni lugarteniente, sino que para desentenderse de lo uno, acudia á lo otro, por via de estantigua ó de rechazo mutuo. Aceptando el infante el dictado de príncipe independiente, se esponia á tres jéneros de continjencias; pues quebrantaba su palabra con el rey de Sicilia y se tiznaba de traidor; se encasquetaba una corona deleznable, con un reino compuesto únicamente de llanuras desiertas y ciudades todas despobladas, y en fin se constituia desde luego instrumento de un caudillo, de cuyo arrimo perpetuo, aun en el caso de prosperar aquel estado, no podria prescindir. Ya lo tenia Rocafort calculado todo de antemano; mas no así sus amigos, ajenos todos de tamaños intentos, disfrazados con visos jenerosos. Correspondió el éxito á su idea, pues el consejo, ya robustecido con la anuencia de la hueste, insistió en su propuesta, y por espacio de quince dias tuvo suspenso al infante con idas y venidas y recados interminables. Hecho cargo por fin el infante de aquel empeño, contestó que tuviesen por muy positivo que si no se avenian á recibirle tan solo en nombre del rey Federico, se volveria á Sicilia. Tras esta contestacion, trató el señor infante de hacer su despedida; mas Rocafort y los suyos le instaron encarecidamente que no se marchase hasta despues de hallarse en el reino de Salónica, diciéndole que lo mirarian hasta allí como señor suyo, y que entretanto podia ir disponiendo sus negocios, como lo harian ellos tambien por su parte, y que con el favor de Dios restableceria entre todos la concordia. Entónces le manifestaron la desavenencia reinante entre Rocafort, Entenza y Jimenez, estrechándole para zanjarla, y contestó que así lo haria muy gustoso.

Tomóse Ainé durante la mansion del infante en los reales de Rocafort, y á su mediacion debió el vecindario la salvacion de sus vidas. Rindióse tambien Megarix á Entenza, pactando el salvamento de vidas y hogares; siendo de poquísima entidad entrambas conquistas. Entraron ya los Españoles en zozobra con las resultas de sus talas y asolaciones, pues hasta diez jornadas en derredor de Galípoli no se habia cultivado campiña, vega ó viñedo por muchos años, y la conquista de Andrinópolis ó de Constantinopla era en estremo ardua para tratar de emprenderla; y así era llegado el trance para los Españoles de tener que desamparar el teatro de sus demasías, ó fenecer de hambre.

«Es muy cierto,» dice Muntaner, «que habíamos estado por siete años morando en el cabo de Galípoli, desde la muerte del César; por cinco años habíamos vivido á pedir de boca, y al mismo tiempo habíamos ido talando la comarca hasta diez jornadas en contorno, acabando con los moradores, en términos de no asomar cosecha alguna. Forzoso se hacia por tanto estrañarse de aquel pais, y en lo mismo estaban Rocafort y los suyos, tanto Cristianos como Turcos y Turcópoles. Idéntico era tambien el dictámen de Entenza, de Jimenez y de todos los suyos, y el mio y el de cuantos paraban conmigo en Galípoli; mas tampoco nos atrevíamos á movernos por la zozobra de que nuevas contiendas nos ensangrentasen unos con otros, como fundadamente nos lo debíamos recelar. Con este motivo el señor infante fué hablando á cada cual en particular, y así se acordó que todos al par vendríamos á desamparar el pais, y que yo con los veinte y cuatro laudes que teníamos (entre ellos cuatro galeras, pues los demás eran laudes armados), embarcaria la marinería, mujeres y niños, y que navegaria con ellos para Cristópolis, ciudad que está en la entrada del reino de Salónica, y que antes demoleria yo é incendiaria la fortaleza de Galípoli, el castillo de Maditos, y cuantos parajes nos hallábamos dominando. Con esto me despedí de todos y pasé á Galípoli, donde ejecuté mis órdenes, y luego con treinta y seis velas, entre galeras, laudes armados, barcas tambien armadas y algunas de rio, salí de la boca de Avies, é hice rumbo para Cristópolis.»

Entretanto el encono entre Rocafort y Entenza iba siempre á mas, con tal desenfreno, que estaba ya como pregonando sangrienta catástrofe. Sin embargo la prepotencia del infante lograba tener á raya aquellos ímpetus, y todos se aunaron para acudir á la salvacion jeneral. Celebróse consejo de guerra para redondear el plan de operaciones que debian practicarse. Concordaron todos en el desamparo de la Tracia y la ocupacion de la Macedonia, donde por lo menos se podia contar con subsistencias para una temporada, puntualizando el intento de allanar la ciudad de Cristópolis, lindante entre ambos paises, pues facilitaba el tránsito de una provincia para otra, y podia servir de guarida en caso de algun quebranto (1).

Sabedores el infante y adalides todos de la quema y destruccion de Galípoli con sus pertenencias por Muntaner, como tambien de su prós-

(1) Ya se ha visto que Muntaner no deslinda la Tracia de la Macedonia; pero aquí nos atenemos á los datos de la jeografía positiva. Segun él, «Galípoli, en la Tracia marítima, era la capital del reino de Macedonia, donde reinó y nació Alejandro. Galípoli viene á ser así la capital del reino de Macedonia, como Barcelona en Cataluña por la marina, y Lérida en tierra firme. *De ahi lo sagell de la host des Franchs que regnen lo regne di Macedonia* (c. 226).»

pero desemboque por el estrecho de Abidos, disponen igualmente su salida, que, con arreglo á la órden que pasa el infante, es como sigue: Rocafort y los suyos, con Turcos y Turcópoles, toman la vanguardia con una jornada intermedia, de modo que adonde pasaban una noche, iban la siguiente el infante, Entenza y Jimenez á hacer otrotanto, conservando siempre la idéntica distancia. Siguen así ordenadamente y á marchas cortas, á los asomos de la otoñada, y como hallan la Macedonia intacta por la plaga de la guerra, logran abastos con abundancia. Huyen los Griegos á carrera al acercarse los Españoles, quienes se rehacen colmadamente de las escaseces padecidas en los dos años anteriores. Llegan á dos jornadas de Cristópolis; «el mismo diablo, que se desvive siempre por dañar,» dice Muntaner, quiere que la division de Entenza madrugue muchísimo, por causa de los calores, y cabalmente aquel dia se empereza hasta entrado el dia la jente de Rocafort, por hallarse en territorio de amenísimas huertas, cuajadas de la esquisita fruta que sazona por entónces, y luego acequias sin fin entre viñedos pingües, tienen muy surtido el vecindario de regalados vinos. Con motivo de ir en su busca, la vanguardia del infante alcanza á la retaguardia de Rocafort, y como el encono de los caudillos habia trascendido á la soldadesca, recelosos los almogávares de Rocafort, se conceptúan hostigados. Suena entre ellos una voz diabólica, segun la espresion de Muntaner, que clama: *¡á las armas! ¡á las armas! pues aquí está la jente de Entenza y de Jimenez que viene á matarnos* (1); y este grito se va repitiendo de fila en fila hasta la vanguardia. Rocafort enjaeza sus caballos, y todos se aprontan. Disparan desde luego Turcos y Turcópoles sus caballos, y llegan luego á las manos con la jente de Entenza, y se traba la refriega sin mas antecedente. ¿Qué mas os diré? Llega el estruendo hasta el infante, Entenza y Jimenez. Brinca Entenza, con su ropa ordinaria, y sin mas armadura que espada al cinto y chuzo en la mano, sobre su caballo, sin mas ánimo que el de enfrenar á los suyos y hacerlos cejar para incorporarse con los demás, y sigue así conteniéndolos en cuanto alcanza, ignorando el motivo de aquel alboroto, portándose como prohombre y veterano en los trances. Llega en esto sobre su caballo encubertado Jilberto de Rocafort, hermano menor de Berenguer, y luego Dalmao de San Martin, tambien á caballo y en los mismos términos, y adelantándose al ver á Entenza conteniendo á los suyos conceptúan que los está incitando. Se arrojan al par entrambos sobre él; clama Entenza *¿qué viene á ser esto?* pero entrambos le enristran á un tiempo, y estando desarmado, le atraviesan el cuerpo de un lanzazo, y lo matan, siendo lastimosísimo que lo acaben así, obrando tan honradamente; y cometido aquel hecho, siguen luego en busca de los demás, y particularmente de Ferrand Jimenez.

Habia este tambien acudido, é igualmente desarmado, al estruendo, aunque á caballo, esmerándose en contener y aplacar con sus razones á los combatientes; mas al ver muerto á Entenza por los de Rocafort, y hecho cargo de que estarian allí Turcos y Turcópoles, que siempre hacian cuanto se les mandaba, matando á diestro y siniestro, se guarece con treinta jinetes en un castillo del emperador donde le reciben con sumo agasajo.

La jente de Rocafort va llegando así á tajos y reveses hasta la bandera del infante y su tercio, y este tuvo la suerte de aplacar el alboroto. Con efecto, al asomar bien armado á caballo, y con su maza en la mano, Rocafort y su jente le saludan, y se le forman en derredor saludándole, dice Muntaner, para que nadie pueda ofenderle, ni tampoco los Turcos ni Turcópoles; mas al atajarse la refriega con su presencia, mas de cincuenta jinetes y sobre quinientos infantes yacen difuntos por la parte de Berenguer de Entenza y Ferrand Jimenez; y advierte Muntaner que si en aquel trance la jente del pais acude contra la hueste, no podia menos de fenecer por entero (1).

(1) Com aquells den Rocafort los vaeren, una veu del diable vench entrells, qui cridá: *armes, armes, que gent de la companya den Berenguer Dentenza e den Ferrand Eximenis quins venen matar.*

(1) Allí mismo, c. 232.—Llega luego á los Griegos la novedad de aquella contienda entre sus opresores, con la muerte de Entenza: «Poco despues de la disercion del Turco Khalil (dice Nicéforo Grégoras, l. VII, c. 4) sobrevino una gran desavenencia entre Jimenez y Entenza por una parte, y su caudillo Rocafort por otra. Blasonaban de ser impropio de varones principales el ser mandados por plebeyos y de humilde esfera; y orillando palabras, acudieron á las armas para zanjar su contienda, en la cual feneció Berenguer de Entenza.» «Atraviesan los Catalanes el rio Maritza, dice Paquímero (malísimamente enterado, tal vez de intento), con ánimo, segun se conceptúa, de regresar á su pais, ó como ellos afirman, de aposentarse en el monte Atos. Consta que Rocafort salió de Aine con los Turcos, y Entenza con Jimenez, pasando á Casandria harto desavenidos, y Rocafort, anteponiendo el pelear á las claras al valerse de ardides contra sus enemigos, y esponerse á fracasar con su alevosía, empeñó refriega, mató á Entenza y prendió á Jimenez. Puesto luego este en libertad, anduvo vagando, y se puso en salvo junto

Hace luego el infante que le lleven al sitio donde yace Entenza, se apea, estrecha en sus brazos el cadáver, lo besa hasta mas de diez veces, segun Muntaner, en términos que toda la hueste se conduele igualmente. « El mismo Rocafort, » añade, « prorumpiendo en llanto, manifestó su desconsuelo, como tambien su hermano y tio, los matadores, y al reconvenirles el señor infante por aquel homicidio, se disculparon diciendo que lo habian desconocido. Yerro sumo y pecado gravísimo fué el de matar á tan precioso prohombre y á todos los demás. Hizo el señor infante detener tres dias á la hueste, y enterraron el cadáver de Entenza en la iglesia de una ermita de San Nicolás que habia en aquel sitio. Se le celebraron y cantaron misas, y se le colocó en un monumento ostentoso junto al retablo mayor. ¡ Así Dios se encargue de su alma ! por cuanto fué un verdadero mártir, pues le cupo la muerte cuando iba con el empeño de que á nadie se causase daño. »

« Terminado todo esto, » continúa Muntaner, « sabe el infante como Jimenez se halla en aquel castillo con sus acompañantes, habiéndole seguido hasta otros setenta, y así al todo eran unos cien valerosos hombres de armas de la hueste. El señor infante lo envia á llamar; pero Jimenez le contesta que no está en su mano, pues habiéndose guarecido en aquel castillo, ya no podia menos de presentarse al emperador con todos los suyos; y el señor infante se dió por satisfecho con su disculpa (1). »

Seguia entretanto Muntaner su rumbo. Habia acaecido, por lo que aparece, el homicidio de Entenza hácia el estremo occidental de la gran llanura de Churadjilarkir, no lejos de la embocadura del rio Karasú, puesto que caia casi en frente de aquella isla de Tasos, donde el grande historiador Tucídides vivió largos años, y escribió parte de sus obras. Pasó el infante, como se ha dicho, tres dias en el teatro de tan infausto acaecimiento y providenciando cuanto convenia, mientras llegaban sus galeras y las de Muntaner; las primeras, mandadas por Delmas Serrau, caballero, y Jaime des Palau, de Barcelona, tenian órden para ir á Galípoli, en busca de Muntaner, y luego acudir juntos al paraje donde se hallase la hueste; mas temerosos de engargantarse por el estrecho de Abidos, por causa de los Jenoveses, se encaminaron en derechura al paradero último, y llegaron al tercer dia á los reales del infante, quien se regocijó en gran manera con su venida. El malogro de Entenza y el desvío de Jimenez eran ocurrencias de bulto, y hecho cargo el infante de su desarrimo, y al mismo tiempo sin desentenderse á la lijera del objeto de su ida, convoca nueva junta de adalides, y repite la pregunta de si quieren ó no recibirle en nombre de su tio Federico, añadiendo que, en caso de negativa, está en marcharse para el Occidente. Rocafort, engreido mas y mas con la muerte de Entenza y la ausencia de Jimenez, aferró al congreso en su primer acuerdo de no recibir por título alguno al infante á nombre del rey de Sicilia, sino tan solo en su propio y privado nombre, lo que le constaba ser inasequible por parte del infante, á no mediar gran felonía. Cumplió luego Jimenez su palabra, y se embarcó y dió la vela para la isla de Tasos, que no distaba ni dos leguas cabales de aquella orilla, segun Muntaner, dejando á Rocafort por caudillo del ejército con autoridad sin límites.

Por casualidad, Muntaner, careciendo de toda noticia de la hueste, llega en el mismo dia á la idéntica isla de Tasos, poseida por aquel mismo Ticino Zacarías, á quien el ex-comandante de Galípoli acababa de auxiliar para rendir el castillo de Fosea, donde se habia posesionado de tan crecidas riquezas que, despues de quedar corriente con Muntaner y hacerlo partícipe de la presa, pudo luego entablar conquistas por su propia cuenta. Con tan pingües haberes logró Zacarías redondear su señorío en el castillo y la isla de Tasos, en donde Muntaner acababa de aportar y fué recibido con mil estremos de agasajo. « Por tanto, » añade, « es ciertísimo aquel refran catalan de haz bien y no mires á quien, pues en un paraje, á donde jamás soñaba haber ido, me cupo sumo regalo, como tambien por mi causa al señor infante y á todos los nuestros (1). »

Oye Muntaner con entrañable desconsuelo de boca del infante cuanto acaeció en la orilla opuesta, requiriéndole en su nombre y el del rey de Sicilia que no se le aparte. El estado de la hueste y el afan que se habia dignado mos-

á Xantos. Los soldados restantes de la derrota se alistaron en las banderas de Rocafort, que fué acaudillando su jente por Tesalia, cuyo resultado será cual Dios disponga. Estoy ansiando que favorezca los intentos del emperador, y no frustre nuestras esperanzas. »

Así termina Paquímero, con el año 49 del emperador Andrónico, que corresponde al de 1308, el último capítulo (l. VII, c. 36) de su obra.

(1) Acudió con efecto Jimenez al emperador, quien lo agasajó mas de lo que él esperanzaba, encumbrándolo luego á la dignidad de megaduque, y casándolo con Teodora, hija de una hermana del mismo Andrónico, la cual se hallaba viuda á la sazon.

(1) Perque l'ixemple del Cathalá que diu; *fes plaer é no guarts aquí*, quen aquell lloch que yo james cuydaba esser rebi yo tan gran plaer, e lo Senyor infant por mi, e tota nostra companya (c. 234).

trarle el infante por tenerle á su lado, movieron á Muntaner para separarse de sus amigos antiguos en desempeño de su fe con el infante, mas no cabia en él procedimiento encubierto, ni tampoco ajeno de cautela para el resguardo de intereses que tenia á su cargo. Ruega pues al infante que lo espere en Tasos con su amigo Zacarías, quien echa el resto en obsequiarle; y luego, dice, con mis treinta y seis velas, pasé á los reales que hallé á una jornada de Cristópolis, y antes de saltar en tierra, solicité de Rocafort salvos conductos muy formales para cuantos hombres, mujeres, niños, en una palabra, para cuanto correspondia á Entenza y á su division, como igualmente para cuanto pertenecia á Jimenez; desembarqué luego, y cuantos quisieron ir á incorporarse con Jimenez lo tuvieron en su mano, haciéndolos yo acompañar por cien jinetes turcos y otros tantos turcópoles, con cincuenta cristianos, facilitándoles además carruajes para el trajin de sus haberes. Quedáronse con la hueste cuantos quisieron, y á los demás se les aprontaron bajeles para trasladarlos á su salvo hasta Negroponto. »

Detúvose con esto el ejército dos dias en aquel paraje, y Muntaner juntó consejo jeneral en que reconvino con entereza á los vocales por cuanto habia acaecido, y los precisó á recordar cuantísimo estaban debiendo al prohombre que habian sacrificado, como tambien á Ferrand Jimenez, quien, por el afecto que les profesaba, se habia retraido del duque de Aténas, quien lo estaba honrando hasta lo sumo. Y luego en presencia de todos, dice, les devolví el sello del consejo que estaba á mi cargo, como tambien todos los rejistros, dejándoles igualmente los secretarios de la hueste, despidiéndome al fin de todos ellos. Instáronme, aunque en vano, encarecidamente para que no los dejase, y con especialidad los Turcos y Turcópoles nuestros aliados, quienes se me abalanzaron llorando y suplicándome que no los desamparase, pues me miraban como padre, sin apellidarme nunca mas que *Cata*, voz que en lengua turca significa realmente padre; y aun, hablando sin rebozo, eran mis predilectos, pues bajo mi resguardo se habian alistado en Rocaquier con nosotros, y confiaban en mí mas que en todos los de la hueste cristiana. Pero contesté á todos que ya nada en el mundo podia detenerme, pues no me era dable quebrantar mi fe con el señor infante, que era en todo mi dueño.

Despedido ya con todas veras, y dejando á sus amigos en aquel pais nuevo absolutamente y por beneficiar, se reincorporó Muntaner en Tasos con el infante, mientras los demás se encaminaron juntos para Macedonia.

Con las desavenencias de los Españoles al asomar sobre Macedonia, habian malogrado tantísimo tiempo, que no les cabia ya dar el asalto inesperado á Cristópolis, teniendo que entablar por otro rumbo sus operaciones. Junto á dicha ciudad y faldeando el Ródope, contrapuesto á la marina, se engargantan desfiladeros que desembocan al interior de aquel territorio. Toma Rocafort aquel rumbo árduo y espuestísimo, ya por cuanto podian hermanarse los Griegos entre sí, acaudillados por un militar de todo desempeño, y luego les empachaba infinito su inmenso bagaje; pero á fines de octubre se esplayan los Españoles por las vegas de Macedonia sin tropiezo. Rebosan de abastos, habiéndolos desamparado sus moradores al retirarse á las ciudades, con el afan de ponerse en salvo, escarmentados por el paradero de sus vecinos. Titubea Rocafort en cuanto al sitio de sus reales, y por fin se aposenta en los escombros de la antigua Casandria. Logra allí la cercanía del mar con varias ensenadas y fondeaderos, cuya situacion le franquea ensanches para sus invasiones, amagando desde luego á Tesalónica (1). Mas dejemos por un rato á Rocafort y sus compañeros, para seguir á Muntaner y al infante en demanda de asilo por el ducado de Aténas, donde á la sazon está reinando Guillermo II de la Roca, primer par de Acaya y marido de la jóven Matilde, hija de Isabel de Villa-Harduino por sus segundas nupcias con Florencio de Henao, bisnieto de Balduino I, emperador de Constantinopla; y veamos lo que les cupo, durante el invernadero de los demás en Casandria.

El infante, á la salida de Tasos, cedió á Muntaner su galera mas aventajada, despues de la propia, con el nombre de (2) *Española*, hicieron rumbo para Amiros, donde el infante, habia dejado, antes de entrar en Romania, cuatro hombres para fabricarle biscochos, y enterado de que el vecindario los habia muerto, mandó llevarlo todo á fuego y sangre, en escarmiento de su maldad. Desde allí pasó á la isla de Scopelos, asolándola igualmente y fondeando luego en el mismo cabo de Negroponto,

(1) Cuando llegué á desviarme de la hueste, tras aquella sonada separacion, pasó allá trabajosamente por los estrechos de Cristópolis, y luego siguiendo sus jornadas, se situó en el cabo llamado de Casandria, que es un promontorio á cuarenta leguas de Salónica. Se acamparon en el arranque del cabo, haciendo en seguida correrías hasta la ciudad de Salónica y toda la comarca, intacta y flamante para beneficiarla, y así acordaron disfrutarla hasta dejarla exhausta, al par de las cercanías de Galípoli, Constantinopla y Andrinópolis.

(2) La qual havia nom la *Espanyola*.

en cuya ciudad habian agasajado en estremo al infante al entrar en Romania. Empeñóse, contra el dictámen de Muntaner, en volver á ella, poseida por uno de los señores terciantes en la isla, de la familia de los Carceris, suponiendo que se le hospedaria á su regreso con el mismo afan que á su llegada, y quiso contra el parecer de todos aportar al instante (1).

En mala hora (2), dice Muntaner, tomamos aquel rumbo, poniéndonos á sabiendas el dogal á la garganta. Peligrosísimo suele hacerse el andar con hijos de reyes, siendo mozos, pues engreidos con su sangre ilustre, allá se figuran que nadie se ha de atravesar en su contraresto... Y por cierto que no cabe el oponerse á sus determinaciones, y así nos cupo el tener que avenirnos para nuestro propio esterminio.

Por nuestra suma desventura, acababa de fondear en la misma ensenada de Negroponto una escuadra veneciana, á cuyo bordo se hallaba un enviado de Cárlos de Valois, hermano de Felipe el Hermoso, y padre de Felipe de Valois, despues rey de Francia. Cárlos de Valois, que no habia podido posesionarse de Aragon, donde, como dice Muntaner, jamás habia sido rey mas que en el nombre, se afanaba por desquitarse realizando su dictado de emperador (3), y habia enviado á Teobaldo de Cepoy, para irle labrando el camino. Habia algunos años antes (en 1306) negociado ya Teobaldo con el dogo veneciano Grandinigo un tratado que para todavía en el armario de hierro del archivo jeneral del reino, y sellado con la bula de oro de Venecia; y en virtud de aquel tratado en que se titula embajador, procurador y nuncio de Cárlos, estaba Teobaldo haciendo rumbo con diez galeras venecianas y un laud armado.

(1) Los dueños de aquella parte de Negroponto eran á la sazon Juan de Nixia y Bonifacio de Verona. —La antigua isla de Eubea, llamada Negroponto por corrupcion de la antigua forma griega *is ton Euripon*, al Euripo (Este es el estrecho que la separa del continente), estaba, como se ha dicho, dividida en tres señoríos; y los terciantes del Negroponto de la familia de los Carceris eran de Verona.

(2) C. 235.

(3) Es el mismo Cárlos de Valois, llamado tambien Cárlos sin Tierra, á quien manifiesta Muntaner tantísima enemiga en el trance de sus campañas de Cataluña y de Sicilia, y contra quien no se muestra menos enconado Dante:

Quindi non terra, ma peccato ed onta
Guadagnerà, per se tanto più grave,
Quanto più lieve simil danno conta.
Purgat. xx, v. 76 y sig.

Venia pues Teobaldo de Cepoy (1), á nombre de Cárlos, en busca de la hueste, con cuyo auxilio, resonando tantísimo sus hazañas por el Occi-

Hijo y padre de dos reyes de Francia, Cárlos de Valois, esperanzó ser rey de Aragon y luego de Sicilia, y despues emperador de Constantinopla, y tuvo por paradero, segun la espresion del cronista catalan, el ser tan solo rey *del viento* y *del sombrero*, rey del vent é del xapeu (al modo de los Cardenales).

(1) «Hallábase allí, dice Muntaner, un hidalgo francés llamado el señor Teobaldo de Cepoy.» Cuéntalo el padre Anselmo entre los almirantes de Francia, y entre ellos está su reinado en Versalles al 1170. — Voy á traer aquí por entero aquel tratado curioso que derrama muchísima luz sobre uno de los puntos mas enmarañados de la historia feudal, del Imperio Franco de Constantinopla, y sobre los motivos de la espedicion de Teobaldo de Cepoy.

In nomine Domini Nostri Jesu'Cristi, amen.

Anno Nativitatis ejusdem (1306) die 19 intrante mense decembris, quarta indictionis;

Gravibus exasperata conviciis, dolorosis afflicta puncturis, sacrosanta Romana Ecclesia, unica sponsa Christi, matera nostra, de execrabili inveterati sismatis dispendio, per quod diabolicè fraudis dampnosa nequicia ab ipsâ, que est caput Catholicorum omnium et magistra super universas orbis ecclesias obtinens principatum, Grecorum Ecclesiam segregavit, filiorum suorum implorat auxilium, cunctorumque quos fidei zelus et fervor fidei catholice accendit querens presidia imploransque succursum ut eamdem Grecorum Ecclesiam á Petracristo succisam in errorem et scissure demum, proh dolor! constitutam, ad vere fidei disciplinam summa diligenciâ, providâ et discretâ, alti consilii maturitate reducat.

Hinc est cum illustris et magnificus princeps dominus Karolus, regis Francie filius Valesie, Alençonis, Carnoti, andegavieque comes, accensus zelo fidei ut ipsam Grecorum ecclesiam quam à malo timor Dei non revocat, virtute bellicâ ad vere fidei disciplinam reducat et ad recuperacionem ipsius imperii ferventer intendat, attendens et seiens quod illustris et magnificus dominus Petrus Grandonico, Dei graciâ Venecie, Dalmacie, atque Chroacie dux, dominus quarte partis et dimidie totius imperii Romanie et potens commune suum Venecie quos erga ipsam Romanam Ecclesiam nulla teruit vel mutavit necessitas, dictum negocium ferventer et viriliter amplutantur, opem et operam efficacem opponere proponentes ad prefatos dominum ducem et commune Venecie, nobiles et sapientes viros dominos Theobaldum de Cepoy militem, et Petrum dictum Le Riche, subdecanum Carnotensem, in suos ambaxatores, procuratores et nuncios speciales; cum pleno et sufficienti mandato ad tractandum, ordinandum, conveniendum, paciscendum et confederandum, faciendum et firmandum ordinaciones, convenciones, pacta et confederacio-

dente mismo, se estaba ya regalando con la conquista del imperio para su señor; y al rodeársele coyuntura para complacerle, aprisionando á un príncipe de la casa de Aragon, y agasajar al caudillo de la hueste entregándole un sujeto que conceptuaba odiado por él con estremo,

nes cum predictis domino duce et communi Venecie, pro ipsius orthodoxe fidei deffensione et dicti imperii recuperacione, transmisit; et post plures tractatus habitos hinc et inde, omnipotens Deus qui concordias facit, suâ pietate partes easdem concordans, in subscriptam deduxit concordie unitatem.

Si quidem, illustris et magnificus dominus Petrus Gradonico Dei graciâ dux Venecie predictus, unâ cum suis minori et majori consiliis communis Venecie, ad sonum campane et voces preconum more solito congregatis et ipsa consilia et homines ipsorum consiliorum unâ cum domino duce predicto pro se et communi Venecie ex unâ parte, et suprascripti domini Teobaldus, miles, et Petrus, subdecanus Carnotensis, ambaxatores, procuratores et nuncii suprascripti principis domini Koroli, suum habentes ad hoc mandatum, sigillo cereo rubeo pendenti ipsius munitum subterannexi tenoris, procuratorio nomine ejusdem domini Karoli, ex parte alterâ, ad deffensionem fidei et recuperacionem ejusdem imperii Romanie quod nunc detinetur per Andronicum Paleologum et alios occupatores et detentores ejusdem imperii occupatum pacta et convenciones et veram societatem, unionem et confederacionem perpetuo duraturam, secundùm infra scriptum modum et formam, inter se concorditer inierunt.

In primis videlicet: quod illa pacta et convenciones que olim habita et facta fuerunt inter serenissimos principer dominum Phylippum condam imperatorem Romanie et dominum Carolum primum regem Sicilie ex unâ parte et dominum ducem et commune Venecie ex alterâ, super recuperacionem dicti imperii Romanie, sicut per omnia continent, ita simili modo nunc fuit et est firmatum inter supradictum dominum Karolum per se et suis heredibur et successoribus ex unâ parte et dictos dominum ducem et commune Venecie ex parte alterâ, super ipsius imperii recuperacionem, que debeant de cetero per jam dictas partes inviolabiliter observari cui infra scriptis mutacionibus, declaracionibus, addicionibus et substractionibus que per ordinem inferiùs declarantur; scilicet quod:

Quanquam in ipsis pactis et convencionibus supradictis inter alia, sit certus specificatus numerus equorum et galearum ponendorum et ponendarum per partes, pro ipsius imperii recuperacione, si tamen ipsis videbitur partibus quod minor numerus equorum et galearum sit sufficiens pro ipsa recuperacione, hoc remaneat in voluntate et beneplacito partis utriusque hoc addito et etiam expresso quod in quod partibus predictis videbitur esse sufficiens et in principio et quolibet tempore, tam de equis, equitibus et peditibus quam de galeis, per quamlibet partium teneri debeat pro hoc facto, usque ad guerram finitam.

Item placet eisdem partibus, concordant et volunt quod, in nomine Domini, per ipsas partes debeat fieri passagium super recuperacionem predictam, à mense martii prius venturi in anteà usque ad unum annum indè venturum. Et feri debeat apud Brundusium; quo loco et tempore dicte partes esse teneantur et debeant cum omnibus suis exercitibus et guarnimentis.

Item placet eisdem partibus, corcordant et volunt quod, totum navigium quod dictus dominus Karolus pro se equis et gente suâ accipere debebit pro hoc facto pro pecunia vel precio, vel naulo, accipiet de Veneciâ pro precio, vel naulo competenti, si eisdem domino Karolo placebit accipere de Veneciâ; et de hoc certificabit dominum ducem et commune Venecie usque ad Pascam resurrectionis Domini primo venturam.

Item placet eisdem partibus, concordant et volunt quod, si essent aliqui qui vellent factum predictum impedire et inimicari parti alter-utri, supradicte partes debeant se juvare ad invicem et facere de impedientibus seu inimicantibus tanquam de propriis inimicis.

Item placet eisdem partibus, concordant et volunt quod, medio tempore usque ad predictum terminum ipsius passagii fiendi ponantur per dictas partes ad custodiam maris et terrarum me non ad nocendum inimicis communibus in imperio, galu 12; in hunc modum, videlicet: quod 5 ipsarum sint benè armate in Veneciâ et due alie cum dimidiâ ubicumque placebit eidem domino Korolo ad expensar ipsius domini Karoli et 4 alie cum dimidiâ in Veneciâ pro commune Veneciarum ex dictâ pucuniâ communis Veneciarum.

Item placet eisdem partibus, concordant et volunt quod, pro parte dicti domini Karoli, accipiatur et ponatur magister seu capitaneus in galeis partis sue que armabuntur in Veneciâ, qui debeat esse de Veneciâ et facere expensas galearum ipsius domini Karoli, quas gabas habebit pro competenti precio à commuui Venecie. Et si videbitur dictis partibus ponere plures duodecim galeis, illud plus salvatur per dictas partes per ratam, ut suprà dictum est.

Item eum iu pactis et convencionibus suprà dictis, olim habitis inter dictos dominum Philippum, olim imperatorem, et dominum Karolum primum regem Sicilie et dominum ducem et commune Venetie, contineatur quod dominus dux debeat personaliter in dicto ire passagio, dicte partes sunt in concordiâ et consentiunt quod domiuus dux ire possit vel alium per se mittere, sicut sibi et consilio Venecie videbitur.

Item dominus Karolus predictus procurabit suo posse ergà dommum regem Francie fratrem suum

se esmeró en afianzarlo. Pide el infante un salvo conducto para él mismo y para los suyos; desde luego se lo franquearon los señores de Negroponto, mas no bien desembarca, cuando las galeras venecianas se abalanzan sobre las españolas, y con especialidad sobre la de Muntaner, por cuanto, dice el mismo, sonaba muchísimo que se llevaba de Romania los tesoros del orbe entero. El enemigo al subir le mató mas de cuarenta hombres, (y lo mataran tambien si estuviese allí, pero se hallaba en tierra con el infante y lo prendieron con él, y con otros nueve, los mas visibles de la comitiva. «Verificada tamaña traicion, continúa Muntaner, el dicho Teobaldo de Cepoy entregó el señor infante al llamado Juan de Nixia (1) (dueño de un tercio de Negroponto), para que lo condujese al duque de Aténas, quien lo habia de guardar á la órden del señor Cárlos, y hacer de él lo que tuviese por conveniente. Así que lo enviaron con ochocientos jinetes y cuatro escuderos á la ciudad de Tébas (2), donde lo encer-

quod dominus rex predictus frater suus dicet quod inimicabitur inimicis negocii.

Et hec omnia et singula suprà dicta, dicti domini Theobaldus, miles, et Petrus subdecanus Carnotensis, procuratores, ambaxatores et nuncii ipsius domini Karoli, et pro ipso et suis heredibus et successoribus, solemni stipulatione promiseruut et promittunt, et juraverunt et jurant, ad sancta Dei Evangelia, se facturos et curaturos quod dictus dominus Karolus, cujus sunt nuncii, sicut inter ipsas partes actum et conventum est, predicta omnia ratifficabit et aceptabit, et tactis corporaliter sacrosanctis Evangeliis jurabit, se et suos heredes et successores predicta omnia et singula, quantium ad eum pertinet plenè et integrè attendere et inviolabiter observare, et contrà ea vel eorum aliquid nullo modo, per se vel alios facere vel venire et presenti publico instrumento et etiam instrumento coram eodem domino Korolo super hoc conficiendo, idem dominus Karolus, bullam suam seu sigillum faciet apponi, sicut dictus dominus dux, presenti instrumento coram dictis partibus confecto ejus bullam aureamm fecit apponi.

Dictus vero dominus dux pro se et dictis suis consiliis et communi Venecie, eisdem dominis Theobaldo, militi, et Petro, subdecano, ambaxatoribus et nunciis ejusdem domini Karoli solemni stipulatione similiter promisit et promittit, et juravit et jurat, ad sancta Dei Evangelia, tactis scripturis, se et commune Veneciarum plenè et integrè, quantium ad eos pertinet, inviolabiliter observare, et contrà ea vel eorum aliquid per se vel alios, nullo modo facere vel venire.

Tenor autem prenominate mandati supradictorum domini Theobaldi militis et Petri subdecani Carnotensis, ambaxatorum et nunciorum ejusdem domini Karoli, de verbo ad verbum talis est:

Karolus, reges Francie filius, Valesie, Alençonis, Carnotis, andegavieque comes, notum facimus universis quod nos dilectis et fidelibus consiliariis nostris, Theobaldo de Cepoy, militi Petro dicto Le-Riche, subdecano Carnotensi, et Petro de Herbovilla, militi, quos ad nobiles et prudentes viros, ducem, consilium et commune Venecie pro certis negociis spectantibus ad recuperacionem nostri Constantinopolitani imperii destinamus, damus et concedimus plenariam potestatem et mandatum speciale tractandi, nomine nostro, et pro nobis ordinandi, conveniendi, paciscendi, confederandi ordinaciones, convenciones, pacta et confederaciones, juramente prestatione in animam nostram et penarum adjectione firmandi, eum duce, consilio et communi prefatis, super omnibus et singulis quae ad felicem recuperacionem imperii nostri predicti necessaria, expediencia vel utilia, eis aut duobus ex eis, videbuntur; et omnia et singula faciendi quod nos, si essemus presentes, personaliter faceremus, ratum et gratum habituri quicquid per dictos consiliarios nostros vel duos ex eis factum cum duce, consilio et comuni prefatis concordatum et firmatum fuerit in omnibus et singulis suprascriptis et dependentibus ab eisdem.

Datum Parisiis, anno Domiui 1306, die 28 mensis julii.

In quorum omnium testimonium presens publicum instrumentum, ad preces et requisicionem partium predictarum per me infrascriptum Johannem notarium in publicam formam redactum prefatus dominus dux jussit suâ bullâ aureâ pendenti muniri.

Actum Venecie, in ducali palatio, in salâ ubi consuevit majus consilium civitatis Venecie congregari, presentibus nobilibus viris dominis Marco Grimaldo et Michaele Maurocino, procuratoribus Sancti-Marci, et discretes viris dominis presbitero Almarico, plebano ecclesie Sancti-Geminiani, Tanto, ducatus Venecie cancellario, presbitero Jacobo de Dho ecclesie Sancte Lucie, et presbitero Nicolao ecclesie Sancti Jacobi de Luprio de Veneciâ, Donato Lambardo et Jacobo Eccelini, notariis et ducatus Venecie scribis testibus ad hoc vocatis et rogatis, et aliis.

Ego Johannes, filius quondam marchesini Egiei, notarius, imperiali auctoritate judex ordinarius et publicus notarius, ducatus Venecie scriba, supradictis omnibus interfui et dictis juramentis, et rogatus, ad preces et requisicionem dictarum partium scripsi, et in publicam formam redegi, meoque solito sigillo et nomine rebosavi.

(1) Naxos, uno de los señores terciantes en Negroponto, de la familia Delle Carceri, se habia enlazado con cierta Sanudo, heredera del ducado de Naxos.

(2) Hay Destines y Dertines en Muntaner, quien llama Tebas á la Tibes en la edicion plagada de erratas de Valencia, en 1557, segun la pronunciacion de los Griegos, quienes la llamaban Thivi, pronunciando la *th* á la inglesa, ó como la *z* de los Andaluces.

raron estrechamente en el castillo de aquel pueblo, apellidado de Sant-Omer (1).

En cuanto á Muntaner, habiendo significado algunos habitantes de Negroponto á Cepoy que habia cargado con grandísima porcion del tesoro de la hueste catalana, cuya opulencia era ya proverbial, y que le serviria de gran recomendacion para con ella el devolvérselo, les dió crédito, acompañándolo, por consejo de los mismos, con García Gomez Palacin, con quien estaba enconadísimo Rocafort. Habíase este situado en Casandria hacia algun tiempo, cuando Teobaldo de Cepoy, llevando consigo á García Gomez Palacin y Ramon Muntaner, llega al campamento con ánimo de granjearlo para el empeño de Cárlos de Valois. No bien desembarca Gomez, cuando sin mas enjuiciamiento y en presencia de todos le manda cortar la cabeza; mas no corrió igual suerte Muntaner, pues «al verme la soldadesca, dice, y el mismo Rocafort con los demás, vienen á besarme y abrazarme, prorumpiendo en lágrimas por mis quebrantos. Turcos y Turcópoles acuden á porfia y me besan las manos, llorando de gozo, conceptuando que habia de permanecer con ellos. En seguida Rocafort y todos sus acompañantes me hospedan en la mejor casa del paraje, poniéndola á mi disposicion. Apenas me hallo aposentado, me envian los Turcos veinte caballos y mil monedas de oro y otro tanto los Turcópoles. Rocafort me agasaja con un hermoso caballo, una mula, cien quintales de harina, cien cahices de avena, cecina y todo jénero de ganados; y en suma todo adalid, todo oficial de Almogávares y todo sujeto de alguna suposicion me envió su regalo; tanto que las entradas en solos tres dias ascendieron al valor de tres mil monedas de oro, mostrándose Cepoy y los Venecianos muy chasqueados con haberme llevado á aquel paraje.»

Agasajaba Teobaldo á la hueste por su arrimo en favor de Cárlos de Valois, teniendo que comprometerse al desagravio cabal y reintegro de haberes con Muntaner, pues todos voceaban que Muntaner habia sido su padre y su amparo desde la salida de Sicilia, sin que padeciesen jamás quebranto en su presencia. Tras lo cual Cepoy y los cómitres de las galeras entablaron sus tratos con la hueste.

Como Rocafort se habia malquistado con las casas de Sicilia, de Aragon y de Mallorca, se abalanzó á la coyuntura de amistarse con Cárlos, y así dispuso que todos se juramentasen con la casa de Francia, con sumo quebranto para entrambas partes. Reconocieron á Teobaldo de Cepoy por lugarteniente del príncipe francés, rindiendo á este su homenaje como á soberano venidero del imperio griego. Tal vez era tan solo el ánimo de Rocafort el tantear los auxilios que le cabrian del rey de Francia, pues no le era jenial el atenerse á segundo papel en asunto alguno. Tras aquel reconocimiento ya jurado de caudillo de la hueste, vino Teobaldo á soñar que nadie mas intentaria ejercer el mando, pero, dice Muntaner, que Rocafort hacia de su persona el mismo caso que de un perrillo (1); pues atufado con la humareda de su ambicion, tenia trastornado el celebro con las ínfulas de único caudillo, y aun aspiraba á coronarse en Tesalónica ó donde quiera, pues desde luego se mandó labrar un sello representando un jinete y una corona. Subordinóse nominalmente á Teobaldo por mera política y para un rato, mas reservándose la realidad en el mando; «de modo que vino á ser Teobaldo caudillo del aire, así como su amo y señor que lo fué del sombrero y del viento cuando aceptó la donacion del reino de Aragon (2).»

Al ver los cómitres de las galeras venecianas ajustado aquel convenio, dieron por terminado el objeto de su venida, colocando á Teobaldo en nombre de Cárlos de Valois al frente de la hueste; y así se despidieron para dar la vela. Con ellas dejó tambien Muntaner las costas de Macedonia, arrollando las instancias de sus amigos y del mismo Teobaldo, quien le rogaba permaneciese con ellos. Proporciónole este una galera para el trasporte de sus compañeros y su comitiva, encargando al comandante de la escuadra veneciana que lo colocase á su bordo y lo tratase con todo jénero de miramientos: y además lo pertrechó con cartas mandando á los de Negroponto que le devolvieran cuanto se le habia quitado. No tuvo resultas esta órden, «pues todos, dice, se mostraron ansiosos de que yo me contentase con aire, como que nada pude recobrar de todos mis haberes.» Pidió Muntaner que lo trasladasen á Tebas, que cae á ocho leguas de Negroponto, para ver al infante á su propartida. Se lo manifestó al mismo almirante veneciano, quien por fineza se allanó á esperarle cuatro dias en el puerto de Negroponto. Pasa en seguida el antiguo maestre de raciones á Tebas, donde halla al duque de Aténas, Gui II de la Roca, enfermo de la dolencia que luego lo

(1) Llamado así por su fundador Nicolás de Sant-Omer.

(1) En Rocafort lo demanava menys que un ca.

(2) En Tibaut fo capita del vent, axi com son senyor fo, que fo rey del xapeu e del vent com hach presa la donació del regne Darago, e axi fo ell capita del xapeu e del vent. — Ya hemos visto la idéntica chanzoneta usada por Muntaner, y dejamos arriba esplicado su oríjen.

acabó en noviembre de 1308, y le mereció sin reparo el permiso de internarse en el calabozo de su amigo el infante. Finísimo se mostró Gui con Muntaner, y aun le espresó su pesar de tener que intervenir en aquella tropelía (1). Franquéale al punto el castillo donde yace don Fernando, y aun se adelanta á brindarle para dar un paseo á caballo con Muntaner, quien pasa dos dias en compañía del infante y aun se ofrece á permanecer con él; pero el infante conceptúa mas conducente para sus negocios que Muntaner pase á Sicilia ante el rey Federico. Violentísimo se hace á Muntaner el desabrazarse de su infante, y fué solo haciendo jurar por los Evanjelios á su cocinero el estar siempre alerta por conservarle la vida; despídese luego del duque de Aténas, quien lo agasaja con regalos, y vuelto á Negroponto, se embarca, pasa á Spezzia, Malvasia, el cabo Malea, Porto Quaglio, Coron y Sapienza; de allí á Modon, en la playa de Matagnion, Glarenza y Corfú, despues al golfo de Tarento y punta de Leuca, por las costas de Calabria, y por fin á Mesina (2).

Pasó luego Muntaner á ver al rey en su quinta de Castro-Nuovo, y se detuvo varios dias con él tratando los asuntos del infante. Acudió luego á los suyos y pidió permiso para pasar á Cataluña, en busca de su esposa, con quien hacia siete años estaba apalabrado, siendo niña en la ciudad de Valencia. Franqueóle el rey cuanto pudiera necesitar, y Muntaner armó una galera de cien remos, se abasteció de todo, se habilitó con galas y aderezos de boda, y fué á despedirse del rey en Monte-Albano, donde le tenia citado.

Cuidadoso en estremo se hallaba hacia algun tiempo el rey Federico por la posesion de la isla de Grebes sobre la costa de Africa. Habíala señoreado el almirante Rojer de Lauria, y desde su fallecimiento habian padecido todos sus gobernadores tantísimo quebranto, que no se acertaba con sujeto á propósito para el intento. El rey, muy enterado del gran denuedo y desempeño de Muntaner, aprovechó su llegada á Sicilia para proponerle encarecidamente el encargo de tan árduo destino, y al ir Muntaner á despedirse, le puso, el rey de manifiesto su grandísimo apuro.

« Por todo lo cual acá en mi alma he conceptuado, que nadie absolutamente en todo mi reino es tan capaz de ir á desempeñar aquel

(1) Usaba Cárlos de Valois, desde su desposorio, el dictado de emperador de Constantinopla, reconocido como tal por los antiguos vasallos franceses de Baudino.

(2) Así refiere el mismo Muntaner su viaje:—«Nos embarcamos en seguida, salimos de Negroponto, refrescamos en la isla de Spezzia, luego en la Cidia, Malvasía, Malea, Santa Ana, Porto Quaglio, y Coron y desde alli á la isla de la Sapieuza, haciendo allí noche, y luego al amanecer divisamos cuatro galeras y un laud por el mismo rumbo que habíamos dejado; y entónces variando el rumbo del poniente, nos encamínamos á su encuentro. Entónces tomaron ellos las armas, pues relucian sus celadas y sus chuzos, y los creimos de Rimbaldo des Far, porque sonaba que se esparcian por aquellos mares. Así lo dije al capitan, y se armaron los Venecianos.

«A poco rato se nos arrimó el laud armado de Rimbaldo, con Pedro Ribalta en la popa; y conociéndolo, se vino á nosotros. Mostróse gozosísimo, y subiendo á bordo, me dijo que las galeras con efecto eran las de Rimbaldo. Me llaman aparte los capitanes venecianos y me encargan que les informe acerca de aquella jente, si era Ribalta algun malvado y si en algun tiempo habia dañado á los Venecianos. Contéstoles que es todo un caballero, y que ni por todo el mundo dañaria á quien fuese afecto al rey de Aragon, rogándoles al contrario que lo agasajasen cuanto fuese dable. Entónces desarman su jente y me encargan le diga de su parte que no pase cuidado, y que sean todos muy bien venidos.

«Subo luego al laud san P. Ribalto, y vamos en busca de Rimbaldo, quien hace desarmar á los suyos, y volvemos juntos á las galeras. Allí se saludan mutuamente todos los bajeles y volvemos juntos á la isla de Sapieuza. Pusimos todas nuestras escalas en tierra, y nuestros capitanes convidaron á Rimbaldo Des-Far y á todos los demás caudillos. Pasamos allí el dia, y luego por la noche fuimos á Modon en donde todas las galeras refrescamos é hicimos aguada. A la madrugada desembarcamos en la playa de Mutagrison para completar nuestra aguada, y luego á Clarenza, donde tuvieron los Venecianos que pararse por el arreglo de cuatro galeras que debian dejar de asiento. Trasbordéme allí con Rimbaldo, quien me proporcionó una galera para mí con toda mi comitiva, y el señor Juan Tori Veneciano y Capitan me regaló dos toneles de vino y abasto cabal de bizcocho y cecina y de cuanto llevaba para los suyos; y luego compré allí cuanto se me ofrecia. Rimbaldo y yo acordamos de nuevo el pasar á Corfú; luego atravesamos el golfo y fuimos á Torente, rebasamos el cabo de Leuca, y costeando la Calabria, paramos en Mesina. Allí desarmó Rimbaldo, y fuimos juntos á ver al rey, que hallamos en Castro Nuovo. Agasajó el buen señor á Rimbaldo con varios regalos, y marchándose aquel, permanecí yo en la corte. Entregué al rey la carta del señor infante, poniéndole de manifiesto sus encargos. Apesadumbróse en el alma aquel señor con el fracaso del infante, y en seguida lo participó espresamente á los señores reyes de Mallorca y de Aragon.»

cargo, por varias razones; la primera y ante todas, por cuanto habeis presenciado mas guerras que otro alguno en este reino; luego porque habeis estado mandando jentes de armas, y sabeis cómo se han de manejar; luego sabeis el habla sarracena, y así podeis anchamente despachar los negocios sin acudir al intérprete, y valeros de espías, ya para cuanto ocurra en la isla, y en fin por otros varios motivos, todos muy obvios.»

Encargóse Muntaner, mediando las disposiciones que propuso, del gobierno de las islas de Gerbes y de Querquens, con la correspondiente investidura, defendiéndolas á todo trance dos años como gobernador y luego tres como señor y dueño. Quedó ya desviado de la espedicion, mas aunque embargado con otros empeños, siguió informándose de sus lances, y refirió luego cuanto le cupo saber; y así es que, despues de referirnos como mientras él estaba defendiendo sus islas, logró el infante su libertad, y como aportó en Colliure, donde padre, madre y prohombres á porfia lo festejaron infinito, amándolo todos mas que á nadie, con especialidad, el señor rey su padre (1); luego añade « por fin dejo al señor infante regocijarse ya sano y salvo en compañía del rey su padre, y vuelvo á historiar la hueste, despues de haberla dejado en el ducado de Aténas, donde se halla en la actualidad. »

Seguirémosle, acudiendo á la hueste que allá dejamos invernando en Casandria, bajo la lugartenencia suprema de Teobaldo de Cepoy y el mando mas positivo del ambicioso y despótico Berenguer de Rocafort.

Labrado ya el sello, este soberàneó de tal modo la hueste, que Teobaldo suponia menos que un mero sarjento, hasta el punto de darse el Francés por muy desairado y escarnecido; propasándose Rocafort tanto que, en falleciendo cualquiera por todo el campamento, se apropiaba al momento cuanto habia dejado. Por otra parte, quien poseia consorte, hija ó manceba linda tenia que cedérsela, en términos que nadie sabia lo que le estaba pasando (2). El paradero de todo fué el agolparse todos los capitanes en busca de Teobaldo, preguntándole qué rumbo les cabia seguir en punto á Rocafort, pues ya se les hacia intolerable. Contestóles que no le ocurria consejo alguno que darles, puesto que el tal era dueño de todo, y así que recapacitasen allá entre sí lo que les pareciese mas acertado, pues él haria lo mismo por su parte; espresándose así Teobaldo temeroso de algun engaño y traicion. Pasó luego á verse á solas con Rocafort, le hizo varios cargos, y todos fueron muy desabridamente recibidos.

«Habia Teobaldo enviado su hijo á Venecia para que le armasen seis galeras, y luego llegó con ellas bajo sus órdenes; con lo cual se conceptuó por fin en salvo. Inquirió reservadamente de los capitanes su acuerdo acerca del consabido punto, y le contestaron que en su dictámen debia convocar el consejo jeneral y allí le manifestarian cuanto tenian tratado, y que allí prenderian á Rocafort y se lo entregarian. Por desgracia de ellos así se verificó, pues al punto le reconvinieron por haber desquiciado la hueste, y prendiéndolo, se lo entregaron al mismo Teobaldo; en lo cual cometieron el yerro mas grave que cupiera en el mundo, poniéndolo en manos ajenas, en vez de tomarse ellos por sí y ante sí el desagravio, si tenian pecho para tanto.

«¿Qué mas diré? Apenas el señor Teobaldo tuvo en sus manos afianzados á Berenguer de Rocafort y á su hermano Jilberto (pues el tio y Dalmau de S. Martin habian fallecido poco antes de enfermedad), los capitanes acudieron á la casa y las gabetas de Rocafort, y hallaron tantísimas monedas de oro que cupieron hasta trece para cada individuo; y en suma saquearon cuanto habia.

«Teobaldo, habidos que tuvo á Rocafort y á su hermano (1), se embarcó reservadamente y á deshora con los suyos, llevándose á entrambos hermanos; y forzando luego de remos, desamparó la hueste sin despedirse de nadie. A la madrugada, echando menos á Teobaldo y á Rocafort, hubo gran pesadumbre en la tropa arrepintiéndose de cuanto habian hecho; movióse luego tal estruendo que todos se abalanzaron á las armas y atravesaron á lanzazos á los catorce capitanes cómplices en el trance. En seguida nombraron á dos caballeros, uno para adalid y otro para comandante de almogávares, hasta que les cupiese un caudillo, y además dos jinetes para el mando jeneral y á consulta siempre del consejo de los doce (2).

(1) C. 238.

(2) Nul hom no moria en la host qu'ell no prengues tot quant havia. D'altra part si negu hagues bella muller, ó bella filla, ó bella amiga, mester era quell la hagues.

(1) Menciona Teobaldo de Cepoy el arresto de Rocafort en sus cuentas de gastos (Nota, páj. 468).

« A Jaime de Carnoy que se trajo á la Pulla á Rocafort con otros traidores, y luego pasó á Francia, 60 florines.»

(2) Ya se ha visto como el consejo supremo de la hueste constaba de aquellos doce, probabilísimamente en recuerdo de los doce pares que andaban en todas las novelas y tradiciones.

Marchóse Teobaldo de Cepoy á Nápoles, donde entregó Rocafort y su hermano al rey Roberto, con quienes se mostraba este enconadísimo por no haber querido devolverle sus castillos de Calabria, como los demás lo habian practicado. Apenas los hubo en su poder, los mandó llevar al castillo de Aversa, y empozándolos en una mazmorra, fenecieron allí de hambre, pues nadie asomó ya para llevarles alimento ni auxilio alguno; en lo cual se echa de ver que quien mal procede no se resguarda del daño propio, y cuanto mas se encumbra el hombre, debe manifestarse mas sufrido y justificado. Pero no hay que mentar mas á Rocafort, pues le llegó su plazo, y volvamos á la hueste (1).

Sobrevino en aquel punto el fallecimiento del duque de Aténas sin sucesion, dejando la herencia al conde de Briena, su primo. Habíase este criado de niño (1) en Sicilia y castillo de Agosta, enviado en rehen por su padre, cuando cayó prisionero, y luego pagó su rescate, y con este motivo se hallaba muy bienquisto con los Catalanes, cuyo idioma sabia hablar.

Hecho ya duque, lo retó el déspota de Arta, como tambien Anjel, señor de la Valaquia, como tambien el emperador; de manera que todos lo estaban acosando (2). Con esto envió un mensaje á la hueste, comprometiéndose, si le auxiliaba, á pagarle el sueldo por seis meses, y continuárselo despues, siendo de cuatro onzas al mes por caballo encubertado, dos por el lijero y una por infante; ajustando un tratado y formalizando escritura de todo, juramentándose por ambas partes. Partió pues la jente al intento desde Casandria al ducado de Aténas, atravesando la Valaquia, que es el pais mas formidable del orbe.

Traspone luego Muntaner los afanes de los Españoles en el tránsito, pero se cuaja anchamente aquel vacío con los historiadores griegos, refiriendo Nicéforo Grégoras las vagas correrías de los Catalanes desde su llegada al cabo Casandria (3).

Despues de especificar los preparativos del emperador para fortificar á Tesalónica contra sus embates, y el malecon para el resguardo de Cristópolis, desde la marina hasta la cumbre de un picacho para atajarles aquel tránsito, y sus disposiciones para salir á campaña y sitiarlos por hambre, añade luego:

«A los asomos de la primavera, dejando los Catalanes (1309) su invernadero del cabo Casandria, se fueron desparramando, los unos hácia las aldeas y cercanías de Tesalónica, y los otros por las campiñas, pero al verlo todo yermo y falto de ganados, con las ciudades todas armadas y en defensa, trataron de regresar á Tracia. Ejecutivo era el trance, pues iban á fenecer sin arbitrio, careciendo de lo mas preciso para ellos, que serian ocho mil, y luego con tantísimo caballo y

(1) Juan Villani compendia en un solo capítulo la estancia de toda la hueste catalana en Grecia.

Nell'anno 1302 partito messere Carlo (de Valois) dit Cicilia e rimasa l'isola in pace, una gran gente di soldati catalani, genovesi e altri italiani, estati in Cicilia alla detta guerra per l'una parte e per l'altra, si partito di Cicilia con 20 galere e altri legni, onde fecero capitano loro uno fra Ruggierì dell' ordine de Tempieri, uomo dissoluto e di sangue crudele, e andarono e passarono in Romania per conquistare terra; e posonsi nel reame di Salonica, e quello distrussono, e guastarono la Grecia infino in Constantinopoli. E crescendo il loro podere d'ogni coletta di gente latina e fugitive, dissoluti e palerini e d'ogni setta scacciata, vivendo illibitamente fuori d'ogni legge, si chiamarono la compagna, stando e vivendo in corso e in guerra alla roba d'ogni uomo. E cio che acquistuvano era comune, distruggendo e rubando cio che trovavano, senza ritenere citta, castello ó casale che prendessero, ma quelle rubate ardendo e guastando. E cosi durò la detta Compagnía dissoluta piu de 12 anni, occidendo piu loro Signori, e rimutandol'in poco tempo chi piú avea seguito ó podere. Alla fine tornato sopra le terre del despoto, cio e il reame di Macedonia, e quello distrussero. E poi ne vennero nel ducato d'Atene, e rebellarsi dal conte di Bren,a ch'era duca d'Atene e loro capitano e signore, e per quistioni da lui a loro si combatterono insieme, e sconfissero il detto duca loro signore, e a lui preso tagliarono la testa; e presoro le terre sue, e di quelle della Morea; e quelli signoraggi tra loro si partirono e disabitaro; e distrussero li antichi fii de' Franceschi che quelli signoraggi teneano; e le loro donne e figliule che a loro piacquono ritennero e presero per moglie, et rimasono abitante e paesani della terra. E cosi le delizie de Latini, *acquistate anticamente per li Franceschi, i quale erano i piu morbidi e meglio stanti che in ullo paese del mundo*, per cosi dissoluta gente furono distrutte e guaste (l. VIII, c. 50).

(1) Murió Gui de la Roca el 5 de octubre de 1308. Se habia casado con Matilde, hija de Florencio de Henao y de Isabel de Villa-Harduino, princesa de Morea; mas no se consumó positivamente el enlace, pues en el trance de la muerte del duque, su esposo, nacido el 23 de noviembre de 1223, no tenia aun once años cumplidos; y así Gualterio de Briena sucedió en octubre de 1308 á Gui de la Roca en el ducado de Aténas.

(2) Estas contiendas del duque de Aténas con el déspota de Asia, el emperador griego y el señor de Valaquia se hallan referidas en Nicéforo.

(3) L. VII, c. 6 y 7.

cautivo como llevaban consigo. Mas antes de divulgar con los suyos aquel pensamiento, supieron por un cautivo la imposibilidad de su ejecucion por el encajonamiento que tenian en derredor habiéndolo amurallado todo. Novedad tan inesperada los dejó atónitos y perplejos, careciendo absolutamente de rumbo y paradero, y luego entraron en gran zozobra de que los pueblos de Macedonia amedrentados se alentasen y hermanasen, como Ilirios, Trebalios, Acarnanios y Tesalos, y agolpando así sus fuerzas, los acorralasen y esterminasen, cuando ya no les quedaba arrimo ni resguardo. En aquel desamparo, acuden á una determinacion que mas parecia ímpetu de locura que de arrojo, y fué seguir siempre adelante y en suma dilijencia para subyugar la Tesalia, pais pingüe para todas las urjencias de la vida, y aun alojarse allá por donde conviniera hácia el Peloponeso y por allí plantear por fin una morada fija, terminando de una vez sus correrías vagarosas; ó bien ajustar algun armisticio con tal cual pueblo marítimo, y lograr el ensanche de regresar embarcados á sus hogares. Salen de Casandria, y al tercer dia se encumbran á las serranías de Tesalia, en los picachos del Olimpo, Osa y Pelion. Acampan, talan en derredor las campiñas y se abastecen con sobras de cuanto necesitan.» Aquí refiere Nicéforo que al partir los Catalanes para Tesalia, sus nuevos aliados Turcos, al mando de Meleo y Chalil, se negaron á seguirles, y tras larguísima contienda, habian quedado en seguir cada cual su rumbo, repartiéndose antes las presas y los prisioneros. «Separados ya los Turcos, añade Nicéforo, invernaron los Catalanes á las faldas del Olimpo y del Osa; pero al rayar la primavera, se pusieron en marcha, atravesaron cumbre y valle de Tempé, y al asomar el estío, se descolgaron sobre las amenísimas vegas de Tesalia. Al presenciar un pais tan precioso, pasaron el año incendiando y talando cuanto hallaban por las campiñas, sin encontrar jamás resistencia. Yacia á la sazon la Tesalia como yerta por causa de la niñez de su gobernador (Juan Anjel), quien por otra parte nunca se habia asomado á negocio alguno de entidad, padeciendo además una dolencia penosísima, y en vísperas de espirar acarreando el esterminio de una potestad heredada de sus mayores, revestidos todos de la dignidad sebastocrátora. Se hallaba recien casado con Juana, hija natural de Andrónico emperador, mas no resultó sucesion que pudiera disfrutar su señorío. Por consecuencia, desquiciados ya los negocios, no podian menos de parar en mayor trastorno, cuando se tratase de sucesor para tamaña autoridad, yaciendo todavía allá en tinieblas el nombre de quien debia llegar á poseerla. En el trance pues de fallecer en su postrera dolencia el caudillo del territorio, y de estar los enemigos talándolo desenfrenadamente, los principales tuvieron por acertado el zanjar aquel asunto en la forma siguiente: En suma acordaron halagar á sus contrarios, cohecharlos con regalos y granjearse el albedrío de los adalides con agasajos todavía mas cuantiosos, antes que la guerra les arrebatase sus tesoros, franqueándoles guias para encaminarlos á la Acaya y la Beocia, terreno pingüe y riquísimo, surtido de mil alicientes, y muy adecuado para plantear en él su residencia perpetua. Conceptuaron los mismos Latinos grata la propuesta, y á medida de sus anhelos.» (Tengo un soliloquio consultivo de los Latinos, harto difuso y sin mas hechos que los ya sabidos.) «Los Catalanes, hechos cargo de todo, ajustaron con los Tesalos un tratado de alianza bajo las condiciones ya espresadas, y al primer asomo de la primavera, habiéndoles merecido ricos regalos y luego guias, tramontan las serranías allende la Tesalia, y atravesando las Termópilas, plantan sus reales en la Lócrida y sobre las orillas del Cefiso. Descuélgase aquel gran rio de las cumbres del Parnaso, encarando su cauce con el oriente dejando al norte los Opuncios y los Locrios; al sur y al sud-este toda la parte mediterránea de la Acaya y de la Beocia, y luego sin desmerecer y siempre caudaloso va regando las campiñas de la Livadia y del Haliartes, y despues dividiéndose en dos brazos, trueca su nombre en los de Asopo y de Ismeno, y en fin con aquel mismo apellido de Asopo zanja el Atica en dos porciones, desagua en el mar, como tambien el Ismeno, por la parte de Eubea, muy cerca de Aulis, donde cuentan que los héroes griegos, navegando para Troya, aportaron por la vez primera. Luego que el señor de Tebas, de Aténas y de todo aquel territorio, apellidado, como llevo dicho, Megaskirios, estragando el nombre de Megas Primikerios (gran Primiciero) que tenia en lo antiguo, supo la llegada de los enemigos, les atajó, á pesar de las instancias encarecidísimas de los Catalanes, todo tránsito por sus dominios, para luego encaminarse á su albedrío hácia cualquier otro paraje; hablándoles al contrario con desaforada altanería, y escarneciéndolos como grey que nada le suponia, y sobre todo afanándose luego todo el otoño y por la invernada en agolpar tropas para la próxima primavera. Llegada esta, los Catalanes atraviesan el Cefiso y acampan por sus ribazos, en territorio de Beocia, con ánimo de trabar refriega en aquel mismo sitio Son los Catalanes tres mil y quinientos de caballería y tres mil de infantería, entre los cuales hay tambien prisioneros, colocados en las filas

por habilísimos en tirar el arco. Al asomo del enemigo aran el campo de batalla, y luego cuajándolo en derredor para regarlo con acequias, lo empantanan todo con el agua del rio, para imposibilitar á los caballos enemigos de manejarse hundidos en el lodo. Llega la primavera, se presenta el señor del pais con hueste grandiosa compuesta de Tesalios, Atenienses y de toda la flor de los Locrios, Foceos y Megarenses, contándose hasta seis mil y cuatrocientos de caballería y mas de ocho mil infantes. Ensoberbecido el príncipe y ajeno de toda consideracion, sueña que ha de esterminar al golpe á los Catalanes, apoderándose de todo el territorio con sus ciudades y hasta el mismo Bizancio, mas luego se desengaña con el escarmiento, pues cifrando sus esperanzas en sí mismo, y no en la mano del Señor, para luego en escarnio de sus enemigos. Viendo verdear aquella campiña y sin maliciar el menor ardid, prorumpe en su alarido de guerra, enardece á los suyos y con toda su caballería en torno, se va mas y mas adelantando sobre el enemigo, siempre inmóvil y en espera. Los caballos embebidos luego en el terreno regado como si los amarrasen cadenas gruesísimas, sin afianzar sus piés en suelo tan pegajoso y resbaladizo, ya se revuelcan con sus jinetes, ya solos se desenfrenan, y ya permanecen inmobles como si llevasen estátuas en vez de hombres. Los Catalanes á su salvo los van asaeteando y luego degollando, y arrojándose sobre los fujitivos, los acosan y persiguen hasta Tebas y Aténas, y con aquel avance repentino se apoderan de entrambas ciudades, como tambien de sus tesoros, mujeres y niños. Con esto señorean todo el pais, pues habiendo la suerte, como en un juego de dados, favorecido á su intento, dan fin á sus correrías vagarosas, ensanchándose mas y mas por cada dia en el ámbito de sus posesiones.»

«Colocados ya en el ducado de Aténas, el conde de Briena, los acoje esmeradamente, dice por su parte Muntaner, y les entrega el sueldo de dos meses, sirviéndole y guerreando de resultas con tal ahinco que en breve le despejan toda la raya de enemigos. ¿Qué mas puedo decir? Todos acuden gozosísimos á ajustar paces con el conde, quien recobra mas de treinta castillos que le habian quitado, y trata honoríficamente con el emperador, con Anjel y con el déspota. Median seis meses y tan solo tiene entregada la paga de dos, y hallándose ya en paz con todos sus vecinos, idea un intento siniestro, y es el de acabar con toda la Compañía (1). Entresaca hasta doscientos jinetes aventajados de su ejército, y unos trescientos infantes, los coloca en su casa, les franquea plenamente haciendas, y teniéndolos ya á toda su devocion, manda á los demás que se aparten de su ducado. Estos le contestan que les abone el sueldo por todo el tiempo de su servicio, á lo cual replica que su don se reducirá tan solo á una horca, y entretanto tiene ya á su disposicion, ya sea de las tierras del rey Roberto, ya del principado de Morea, ya en fin de todos los territorios cercanos, hasta setecientos jinetes franceses. Viéndolos ya reunidos, agolpa hasta veinte y cuatro mil infantes griegos de su ducado, y escuadronados ya todos, se encamina contra la Compañía; mas esta, enterada de todo, sale con mujeres y niños y se escuadrona en una llanura junto á Tebas, y habiendo un pantano se resguarda con él (1).

«Mas al ver los doscientos jinetes y trescientos infantes catalanes que se va formalizando el trance, se vuelven juntos al conde y le manifiestan que allí están sus hermanos, «y estamos viendo, señor,» añaden, «que tratais de esterminarlos injusta y pecadoramente; por tanto protestamos que todos queremos ir á fenecer con ellos; y así os retamos y nos desentendemos de nuestras obligaciones con vos.» Y el conde les contesta que se marchen muy noramala, y mueran desde luego con ellos. Entónces pasan juntos á incorporarse con los suyos, aparatándose todos para el trance. Turcos y Turcópoles se juntan en un paraje cercano, desviados de la Compañía, maliciándose que obran así por convenio de unos con otros para esterminarlos, y así se mantienen reunidos para presenciar cuanto ocurriese.

«¿Qué diré mas? el conde, gallardamente escuadronado en medio de doscientos caballeros franceses, todos con espuelas de oro (2) y otros muchos jinetes del pais y luego con su infantería, se abalanza á la Compañía, encabezando él mismo la vanguardia con su bandera; espolea á su caballo y entabla al punto la refriega. Correspóndele la Compañía, y en aquel punto los caballos del conde, al estruendo que mueven los almogávares, huyen hácia el pantano, donde cae tambien el conde con su estandarte. Llega toda la vanguardia, y Turcos y Turcópoles, al ver ya empeñada reciamente la lucha, espolean igualmente sus caballos y traban lid reñidísima.

(1) Habla aquí Muntaner por relaciones ajenas y sin presenciar los hechos, por tanto Nicéforo Grégoras es un norte mas seguro para estos pormenores.

(1) Se echa de ver como se equivoca Muntaner sobre los móviles de la guerra, pero está muy enterado de los hechos mas esenciales. No hay mas que cotejar su relacion con la de Nicéforo Grégoras que yo he ido traduciendo.

(2) Distintivo de linaje esclarecido.

Pero Dios, que vuelve siempre por la equidad, auxilia tan eficazmente á la Compañía, que de los setecientos jinetes tan solo se salvan dos; feneciendo todos los demás con el conde y los demás barones del principado de Morea, que han acudido ansiosos de anonadar la Compañía. Los dos únicos restantes fueron el señor Bonifacio de Verona, dueño de la tercera parte de Negroponto, que era grande y leal prohombre, y fino apasionado de la Compañía, y así los nuestros al reconocerle, lo pusieron en salvo. El otro fué el señor Rojer Des-Laur, caballero del Rosellon, ido repetidas veces de mensajero á la misma Compañía. Allí finaron tambien todos los jinetes del pais, como igualmente mas de veinte mil infantes; y por último apoderándose en seguida de los reales, ganó la Compañía todo el ducado de Aténas.

«Instan luego al señor Bonifacio para que los acaudille, y desentendiéndose aquel absolutamente, nombran al señor Rojer Des-Laur, dándole por esposa la viuda del señor de Larsola, con el castillo del mismo nombre (1). Entónces se van repartiendo la ciudad de Tebas con todas las poblaciones y castillos del ducado, proporcionando mujeres á todos los individuos, segun la esfera de cada cual, habiéndoles tal vez cabido algunas damas que se dieran por honrados en servirles el agua para lavarse las manos. Con esto lograron afianzar su situacion, hallándose tan á su placer con aquella nueva existencia, que si continúan en portarse con la debida cordura, tanto ellos como los suyos disfrutarán decoro y satisfaccion para siempre (2).

Turcos y Turcópoles, viendo ya de asiento á la Compañía en el ducado de Aténas, y rebosando todos de presas y despojos, se despiden. Los Catalanes les brindan con tres ó cuatro parajes del ducado, ó bien escojiendo otros á su albedrío, les instan á que permanezcan con ellos; pero insisten en no quererse avecindar bajo título alguno, y puesto que Dios les habia favorecido ya con tantos haberes, apetecen tan solo volverse á su reino de Natolia junto á sus amigos. Con esto se desvian prorumpiendo en mil estremos de mútuo cariño y prometiendo acudir al punto en su auxilio, si llega el caso de necesitarlo. Se van pues retirando á jornada corta y á su salvo hácia Galípoli, llevando cuanto encuentran á fuego y sangre, sin la menor zozobra de oposicion por el estado á que los Catalanes tienen reducido el imperio. Al asomar sobre la boca del Avia, se llegan á ellos diez galeras jenovesas, para tratar con ellos de parte del emperador, ofreciéndoles atravesar el estrecho en aquel paraje, que tiene poco mas de una legua de anchura. Se convienen luego, y los Jenoveses juran por los Evanjelios trasladarlos sanos y salvos allende el estrecho de la boca de Avia, que es allí angostísimo. En el primer tránsito pasaron á los inferiores, y al ver los principales como habian cumplido con los demás, entran ellos igualmente en las galeras, y entregando las armas, como lo tenian convenido de antemano, las hacinan todas en una sola galera. Luego los Jenoveses, al verlos á todos indefensos, se abalanzan á ellos, matan á la mitad y empozan á los demás en la bodega. Despues van entresacando á los mas aventajados para enviarlos á Jénova, y por fin los venden ya en la Pulla, ya en Nápoles, ó en Calabria y por donde quiera; sin que tampoco quede uno de los llegados á las cercanías de Galípoli, pues el emperador envia de Constantinopla muchas tropas que los van matando (1).

«Con tamaña ruindad y alevosía vinieron á quedar aniquilados los Turcos, salvándose tan solo, de manos de los Jenoveses los trasportados en el primer embarque. La jente de nuestra Compañía se condolió entrañablemente al saberlo; pues tan lastimoso fué el paradero de aquellos desventurados que en hora muy aciaga quisieron separarse de los nuestros (2).»

Estos nuevos pormenores de Muntaner sobre lo acontecido á los Turcos despues de su partida tuvieron, como los recien referidos, algunas verdades salpicadas de equivocaciones, siendo aquí guia mas fiel Nicéforo Grégoras.

Segun él mismo, al desviarse de los Catalanes, se dividieron los Turcos en dos cuerpos, mandado el uno por Melec y el otro por Chalil. Los de Melec, quienes, despues de recibir el bautismo y el sueldo del emperador griego, se desentendieron de uno y otro, ajenísimos de volver á Grecia, pasaron á alistarse con el cral de Servia en número de mil jinetes y quinientos infantes. La otra porcion, al mando de Chalil, compuesta de mil y trescientos jinetes y ochocientos de infantería, quedó en Macedonia, y trató de convenirse con los Griegos, para lograr su tránsito al Asia. Estando ya corriente el ajuste para la traslacion, refiere el mismo Nicéforo que los Griegos, á impulsos al mismo tiempo de su afan vengativo y del cebo de una presa cuantiosa, estaban en ánimo, contra lo pactado, de embestir-

(1) ¿Será Salona, la antigua Alnphisa? (Chron. de Morea, p. 79).

(2) Así se espresaba Muntaner, respecto á ellos (cap. 240), cuando estaba escribiendo su Crónica, hácia 1328.

(1) Muntaner, cap. 241.

(2) El mismo en el propio lugar.

los de improviso y degollarlos sin conmiseracion; pero los Turcos, cerciorados del intento, en vez de rendirse y dejarse matar, como lo cuenta Muntaner, se atrincheraron poniendo mujeres y niños á buen recaudo, y aunque en cortísimo número, se arrojaron con tal ímpetu contra la hueste griega muy crecida, dispuesta contra Ulloa y mandada por el emperador Miguel en persona, que en breve rato quedó sin fuerza y destrozada toda, salvándose á duras penas el emperador con la fuga, y dejando prisionera á la oficialidad principal y grandísima parte de la soldadesca. Tienda, tesoro, alhajas, ropaje imperial y hasta la propia mitra cuajada de riquísima pedrería, vino á parar en sus manos, presentándose Chalil, por via de escarnio con su mitra encasquetada, haciendo reir á todos los suyos, con mil ademanes y chanzonetas, burlándose del emperador y de los Griegos, quienes trataban de venderlos y anonadarlos (l. VII, c. 8). Mediaron todavía dos años de nuevas talas y asolaciones de los Turcos, hasta que los Griegos convocando en su auxilio todo el poderío de sus aliados, y acaudillados al fin por un capitan de valor y desempeño, Guillermo Paleólogo, marqués de Monferrato, ascendido despues á la graduacion de mariscal, les dieron otra batalla, los arrollaron á costa de grandísimo ahinco, los encajonaron en el Quersoneso, y sosteniendo bajeles en crucero sobre el estrecho, les imposibilitaron el tránsito y el recibo de nuevos refuerzos. Entónces, por lo visto, ocurrió el trance y alevosía de los Jenoveses, que tambien se rastrea en Nicéforo, por mas que se esmere en trasponer el hecho, refiriendo con efecto, que el poderío de los Latinos de Gálata (ὁ τῶν ἐν τοῖς Γαλάτου Λατίνων προτέςτατος) (1) llegó con ocho galeras y máquinas de sitio, en auxilio del emperador sobre el Helesponto. Los Turcos, al verse imposibilitados de atravesar por sorpresa el campamento griego, que á la sazon estaba muy alerta, tuvieron que acudir á los Jenoveses. Habla Nicéforo:

«A la madrugada, tras aquel intento frustrado, aun de noche, arrojan sus armas, cargan con sus preciosidades, y se asoman á las galeras jenovesas, pues no les cabe ya cifrar su salvamento mas que en los Latinos, y ajenos de toda zozobra, pues ningun daño les habian hecho directamente, siguiendo siempre la oscuridad y sin luna, equivocan algunos el rumbo y huyen hácia las galeras griegas, y como si al sortear el humo, se arrojaran á las llamas, quiero decir las manos de los Griegos, estos al punto los despojan y luego los degüellan sin conmiseracion. En cuanto á los Jenoveses, no matan en verdad á todos sus refujiados, sino á los mas cargados de caudal, para ocultar mejor cuanto les roban, á fin de que ignorándolo por su parte los Griegos, no acudan en demanda de alguna porcion; pero á los demás que dejan con vida, los aherrojan, ofrecen algunos al emperador, y se reparten los demás como esclavos (lib. VII, cap. 10).» Por lo demás, aunque admito el testimonio de Nicéforo Grégoras en cuanto al pormenor de los últimos lances, conceptúo que se equivoca sobre el trance de la separacion entre Turcos y Catalanes, pues Nicéforo lo supone en el punto de partir del Cabo de Casandria para la Tesalia, y Muntaner tan solo tras la refriega trabada en Beocia contra el duque de Aténas, y opino que estaba Muntaner bien enterado sobre el particular. Boivin, en sus notas sobre Nicéforo Grégoras, cita varios pasos de un retórico tambien contemporáneo, los cuales corroboran á Muntaner. Es aquel retórico Teódulo, mas conocido bajo el nombre de Tomás Magister, autor de un elojio de un tal Chandrinos, quien por lo que aparece contrarestó con algun brio á los Catalanes en sus correrías por Tesalia. Nadie mas que Teódulo menciona á ese Chandrinos, y hay dos manuscritos de aquella obra entre los de la Biblioteca real. Traen que los Turcos fueron acompañando á los Catalanes en su tránsito desde el Cabo de Casandria hasta las llanuras de Beocia, que terciaron en todas sus correrías por Tesalia, peleando en sus líneas allá en la gran batalla de Beocia contra el duque de Aténas, y tan solo en el punto de acordar los Catalanes dar fin á sus movimientos y avecindarse en el ducado de Aténas que acababan de conquistar juntos, por fin se resolvieron los Turcos á su separacion. Que entónces tomando su porcion de armas, caballos y despojos, regresaron sin tropiezo por un pais aterrado con el nombre de la Compañía, hasta la muralla de Crisópolis, donde entabla Nicéforo su relacion. En el cotejo de Teódulo con Muntaner, campea desde luego el esmero con que este indagaba sus informes, pues el apunte de Teódulo sobre la espedicion de los Catalanes cuadra cabalmente y redondea las especies de Muntaner (1).

Planteados ya los Catalanes en el ducado de Aténas y dueños del pais, acuerdan unánimes enviar un mensaje al rey de Sicilia, manifestándole que si se digna favorecerles con alguno de sus hijos, jurarán reconocerle por señor, entregándole cuantas fuerzas están poseyendo, pues

(1) El mismo, en el lugar citado.

(1) M. Boissonnade ha publicado en sus *Anécdotas* el elojio de Chandrinos con otro pedazo de Teódulo sobre la misma guerra.

se hacen cargo de que no han de poder subsistir sin un soberano. El rey de Sicilia celebra consejo y tiene por conveniente enviarles por señor á su hijo segundo, esto es, al infante Manfredo, y quedan muy satisfechos. Sin embargo el rey contesta además que siendo el infante tan tierno todavía (1), no era razon de enviarlo por entónces, mas que entretanto jurasen reconocerlo por señor, y que á nombre del infante iria un caballero para capitanearlos adecuadamente. Acceden los enviados al convenio, y toda la Compañía se juramenta con el infante para señor.

Nombra entónces el rey un caballero llamado Berenguer Estangol, para desempeñar el cargo del protectorado, decretando que partiese con los enviados para capitanear la hueste, recibiendo de todos fe y homenaje. Federico los despide juntos con cinco galeras, y al presentarse de vuelta los enviados, quedan todos muy satisfechos del mensaje, y de ver á Berenguer de Estangol encargado del mando en nombre del infante Manfredo.

Capitaneó Berenguer de Estangol larga, cuerda, acertada y caballerosamente la hueste, como veterano y siempre triunfador, babilitando la Compañía para contrarestar, como era forzoso, á potencias mayores, esto es, al marquesado (2), á las fortalezas y otros puntos pertenecientes al emperador, y además á Anjel, señor de la Valaquia, y por otras dos partes al déspota de Asia y al príncipe de Morea (3). Sabia Berenguer providenciar de modo que solo tuviese guerra con uno de ellos, hermanándose con los demás, y luego escarmentando á aquel, pasaba á guerrear contra los otros, siguiendo así mas y mas, pues no les cupiera desahogada subsistencia sin la guerra.

[illegible]o algun tiempo, fallece Berenguer, y [illegible]pan al rey de Sicilia, pidiéndole otro [illegible], y el rey trae de Cataluña á Alfonso [illegible] que se está educando con el rey de [illegible]e con él una compañía de caballeros mayores y menores y otras jentes, y pasan de Barcelona á Sicilia, con sumo alborozo del rey su padre, dice Muntaner, al verle tan crecido y gallardo (1). Lo surte colmadamente de todo, y lo envia con diez galeras por caudillo jeneral de la Compañía en nombre del infante D. Manfredo.

«Llegando á la Compañía manifiestan todos sumo alborozo, recibiéndole honoríficamente, y luego los maneja y los está todavía gobernando con acertada cordura (2).»

Fallece de allí á poco el infante Manfredo, y el rey de Sicilia les manifiesta que en vista de aquel malogro tienen que reconocer por caudillo y superior á D. Alfonso-Federico (1326), por lo cual dice Muntaner quedan todos muy satisfechos, casándole luego con la hija del señor Bonifacio de Verona, heredera de cuanto habia poseido el padre, esto es, del tercio de la ciudad é isla de Negroponto, y además trece castillos en tierra firme, del ducado de Aténas (3), y así logra por esposa á la hija de aquel rico hombre, que fué en estremo cortés y entendido, y para demostrarlo referiré mas adelante los honores que le franqueó el duque de Aténas (4).

Cupo pues, continúa Muntaner, á Alfonso-Federico aquella señorita, hija de la sangre mas es-

[illegible]fredo, hijo segundo de Federico de Sicilia [illegible]nor, hija de Cárlos II de Nápoles, no podia menos de ser muy muchacho á la sazon, pues el desposorio de su padre habia sido en mayo de 1302.

(2) Se trata quizás del señor [illegible] marques de Bodoniza muy hacendado en Livadia.

(3) Era á la sazon Felipe de Saboya tercer marido de Isabel Vilarduino. Recien casado en Roma, en 1301, habia ido á viajar con Isabel á Morea, mas no permaneció mas que hasta 1304, aburrido con aquella posesion, por los tropiezos que se le atravesaban para plantear su autoridad.

(4) Parece probable que Alfonso-Federico seria hijo natural de Federico, aunque no lo espresa Muntaner. No asoma su nombre en la familia de Federico, en el arte de comprobar las fechas, y el esmero del padre en educarlo allá en Aragon induce á corroborar aquel supuesto; cuanto mas que no habiéndose casado Federico hasta 1302, no cabia que de su desposorio tuviese ya á la sazon un hijo capaz de encabezar los negocios, puesto que el primojénito Pedro no nació hasta 24 de agosto de 1305, y así nunca Muntaner aplica el dictado de infante á este Federico-Alfonso. En su capítulo 248, cita otra hija natural de Federico, anterior al desposorio, en una dama que llama Sibila de Solmela, apalabrándola con Rojer, hijo del almirante Rojer de Lauria. Quizás este Alfonso Federico era tambien hijo de la misma Sibila.

(1) Corrobora de nuevo Muntaner con esta reflexion mi supuesto, y el cargo que le confiere, á nombre de un hermano mas mozo, viene á ser otro argumento mas.

(2) Muntaner, c. 243; quien estuvo escribiendo su crónica por 1328.

(3) Bonifacio dalle Carzeri de Verona poseia en tierra firme los castillos que suenan aquí, por su mujer, hija de Guillermo, antecesor de Gualterio.

(4) Véase, en cuanto á los honores tributados á Bonifacio, además del cap. 243 de Muntaner, el siguiente 244, donde refiere lo que fué Bonifacio de Verona y su linaje, y como el duque de Verona recibió la órden de caballería, y le dió grandísimos regalos por la noche, despues de armarlo caballero.

clarecida de Lombardía. La madre, esposa de Bonifacio, era tambien de la primera nobleza de la Morea, y por ella recayó en Bonifacio el tercio de Negroponto. Tuvo Alfonso-Federico en aquella dama dilatada familia, y era la señora mas preciosa que asomó por aquel pais. Fué con efecto lindísima cristiana, pues la ví en casa de su padre, siendo de ocho años, y fué en el trance de hacerme prisionero con el señor infante, arrestándonos en casa del mismo Bonifacio.

«Ya no podré hablar de Alfonso-Federico ni de la Compañía, porque vuelto á Cataluña, me hallo á suma distancia, y no me cabe historiar mas sus hechos, puesto que en todo este libro nunca he dicho mas que la pura verdad. Dios quiera hacerles decir y obrar bien, pues por mi parte, en adelante me desentenderé ya siempre de sus hechos (1).» Vino así á plantearse en Aténas una dinastía española, perteneciendo el ducado á Alfonso-Federico y su posteridad, por espacio de ciento veinte y siete años, hasta 1453, época de la conquista de Constantinopla por los Turcos. Cuanto ocurrió en Grecia por todo aquel espacio de tiempo, y el sistema de los duques españoles en el réjimen y defensa de sus estados, yace desconocido, escepto tal cual apunte descabalado; pero siempre consta que su posteridad no alcanzó á contrarestar el torrente, y se empozó allá en la ruina de todo el imperio, pues la relacion de Calcondilo ninguna duda viene á dejar sobre este punto, manifestando que rendida Corinto por Omar, hijo de Turahan, cayó por consecuencia Aténas en sus manos. Los descendientes de aquellos Españoles que siglo y medio antes habian acosado á los Turcos hasta por la raya de la Natolia y de Charirmene, pararon en esclavos de aquellos mismos Turcos, y en sus propios solares, y sin resistencia.

(1) El mismo en el lugar citado.

---

Queda concluido el pormenor de la memorable Espedicion catalano-aragonesa á las rejiones de Levante, referido con mas estension que en la muy apreciable Historia por Don Francisco de Moncada, como se cerciorará quien se pare á observar el debido cotejo entre ambas relaciones con algun esmero.

Como quiera, semejante empresa no puede menos de interesar sumamente, en primer lugar á los Catalanes y Aragoneses, y luego á la nacion entera; como que se halla en el caso de la Quema de las naves por Hernan Cortés en el puerto de Veracruz.

Con efecto, si tales sucesos no correspondiesen al ámbito de la historia como tales y positivos, y algun poeta ó novelista los insertase á su albedrío, se tacharia al autor de temerario y delirante, por idear acontecimientos de todo punto inverosímiles y superiores al heroismo mas arrojado y sobrehumano. Pero ahí está el historiador esmerado y siempre verídico Ramon Muntaner, defensor esclarecido de Galípoli con su soldadesca mujeril, y ahí se aparecen los escritores griegos confirmando cabal y colmadamente los mismos hechos.

Como quiera, el segundo caudillo Berenguer se titulaba ya desde entónces Baron de Entenza, territorio que media entre Barbastro y Huesca, y se llama aun ahora mismo *La Baronía.*

Además de aquellos historiadores, se han tenido presentes varios documentos orijinales y contemporáneos, y así se ha logrado acabalar de todo punto la relacion auténtica de aquellas heroicidades inauditas, que franquean hermoso y dilatado campo para un gran poema, cuya empresa tan solo se ha bosquejado escasamente, y está clamando por un Injenio sublime que perpetúe sin fin aquel valeroso empeño de batallar con fuerzas desproporcionadas, vencien-
do á
sant
taro
jene
Po
larg
de la
disi
orie
mid
real
y ac
Cata
pañ
¡ Oja
pon
emi
T
mente este episodio, para que se jeneralice mas y mas la nombradía asombrosa de campeones tan incomparables.

